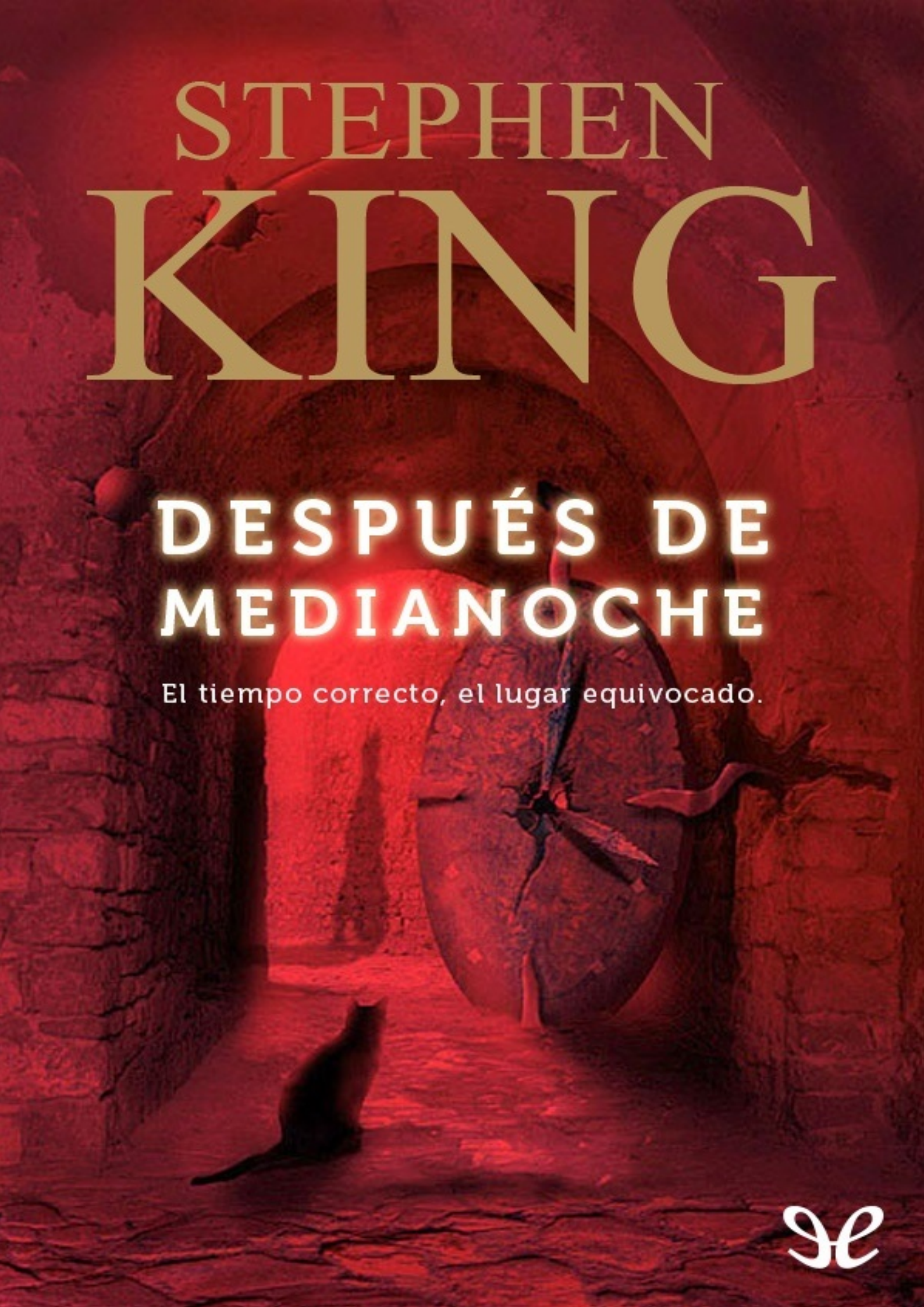

STEPHEN
KING
DESPUÉS DE
MEDIANOCHE
El tiempo correcto, el lugar equivocado.

Algo sucede con el tiempo después de la medianoche: transcurre a una velocidad extraña, el aire parece más denso, la frontera entre lo real y lo imaginario se difumina. Pero ¿qué es lo que ocurre realmente?

Quizás estas cuatro pavorosas novelas de Stephen King le proporcionen algunas respuestas inesperadas. Al fin y al cabo, la medianoche es la hora favorita de Stephen King.

A la una después de medianoche, en «Los langolieros» se narra un accidentado viaje de avión al que sólo sobreviven once pasajeros. Cuando consiguen aterrizar se encuentran con un mundo extraño en el que les está esperando algo ante lo cual desearían haber perecido en el avión…

A las dos después de medianoche, en «Ventana secreta, jardín secreto», King nos desvela las extrañas conexiones que pueden existir entre un autor, sus lectores y los argumentos y personajes de sus novelas. Conexiones que pueden estar muy relacionadas con la vida y la muerte.

A las tres después de medianoche, en «El policía de la biblioteca», Sam Peebles cree estar volviéndose loco desde que tuvo que atravesar el umbral de la biblioteca de Junction City. Aún no sabe que se está enfrentando a un enterrado fantasma de su infancia y a un destructivo policía, pero sólo si consigue descubrir la verdad tendrá una oportunidad de salir con vida.

A las cuatro después de medianoche, con «El perro de la Polaroid», una amenaza se está cerniendo sobre la realidad. Cuando Kevin Delivan cumplió quince años le regalaron lo que más deseaba: una cámara Polaroid Sun 600. Con ella le estaban regalando una pesadilla espeluznante.

Stephen King

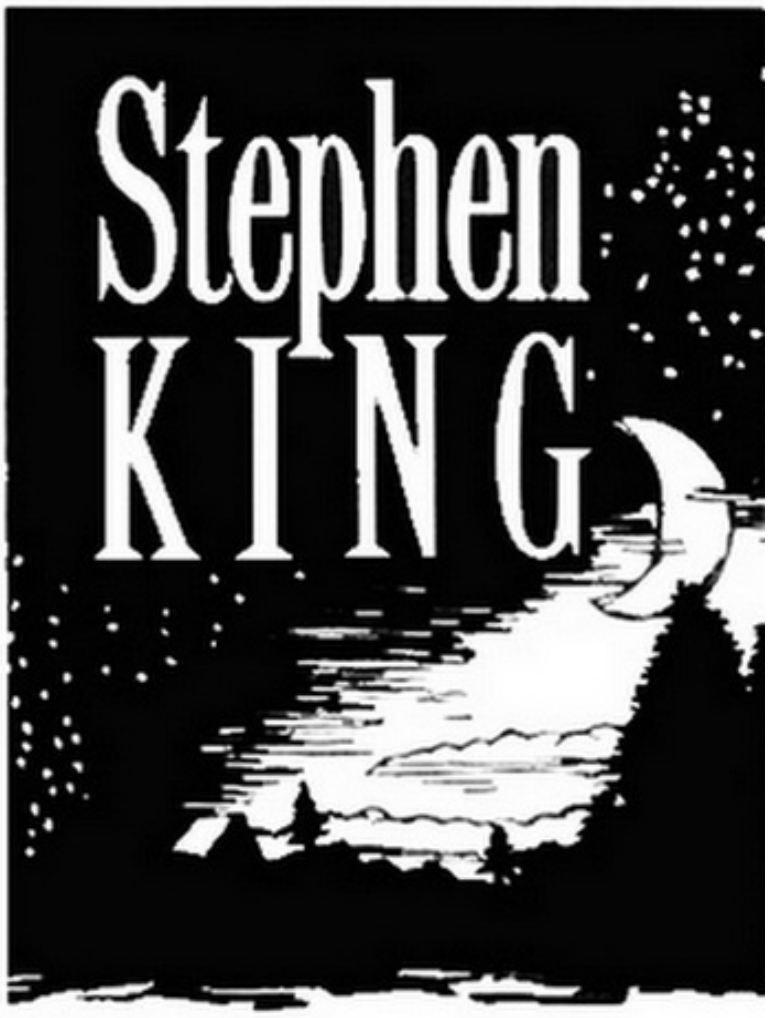
Después de medianoche

ePub r1.3
Rob_Cole 23.05.2016

Título original: *Four Past Midnight*
Stephen King, 1990
Traducción: Susana Constante
Imagen de portada: Darek Kocurek
Diseño de portada: leandro

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: leandro (r1.0 a r1.2)
ePub base r1.2

DESPUÉS DE



MEDIANOCHE

En el desierto,
Vi una criatura desnuda, bestial,
Que, acuclillada en el suelo,
Tenía su corazón entre las manos,
Y comía de él.

Dije: «¿Es bueno, amigo?»
«Es amargo…, amargo —me contestó
Pero me gusta
Porque es amargo
Y porque es mi corazón».

STEPHEN CRANE

Voy a besarte chica, y a abrazarte,
Voy a hacer todas las cosas que te dije
En la hora de la medianoche.

WILSON PICKETT

Directo hacia la medianoche

Una nota introductoria

Bueno, fíjate bien en esto; aquí estamos todos. Lo hemos vuelto a hacer. Espero que te alegres de estar aquí al menos la mitad de lo que me alegro yo. Lo digo solo porque me acuerdo de una historia, y como contar historias es lo que hago para ganarme la vida (y para conservar mi cordura), te transmitiré ésta.

No hace mucho, este mismo año (escribo esto a finales de julio de 1989), estaba tirado delante de la tele, mirando el partido de los Red Sox contra los Milwaukee Brewers. Robin Yount, de los Cerveceros, caminaba hacia la caja de bateo, y los comentaristas de Boston empezaron a maravillarse del hecho de que Yount aún se hallara en los primeros años de la treintena.

—A veces parece que Robin ayudó a Abner Doubleday a establecer las primeras líneas de *foul* —dijo Ned Martin mientras Yount entraba en la base para encarar a Roger Clemens.

—Sí —coincidió Joe Castiglione—. Llegó a los Cerveceros recién salido de la escuela secundaria, creo. Ha estado jugando con ellos desde 1974.

Me enderecé tan rápido que casi me derramé por encima una lata de Pepsi-Cola. «¡Espera un segundo! —pensaba para mí mismo—. ¡Espera un segundo, maldita sea! ¡Yo publiqué mi primer libro en 1974! ¡De eso no hace tanto tiempo! ¿A qué viene esa gilipollez de ayudar a Abner Doubleday a pintar las primeras líneas del campo?».

Entonces se me ocurrió que la percepción del transcurso del tiempo (un tema recurrente una y otra vez en los relatos que componen *Después de medianoche*) es algo sumamente personal. Es cierto que la publicación de *Carrie* en la primavera de 1974 (fue publicada, de hecho, solo dos días antes de que diera comienzo la temporada de béisbol y que un adolescente de nombre Robin Yount debutara con los Cerveceros de Milwaukee) no me parecía que hubiera ocurrido hacía tanto tiempo, subjetivamente hablando (era apenas como un rápido vistazo por encima del hombro, en realidad), pero existen otras maneras de contar los años, y algunas de ellas sugieren que tres lustros pueden ser mucho tiempo, en efecto.

En 1974, Gerald Ford era el Presidente de Estados Unidos, y el Shah seguía siendo el amo del cotarro en Irán. John Lennon estaba vivo, y Elvis Presley también. Donny Osmond cantaba con sus hermanos y hermanas con voz aguda y aflautada. Los grabadores de vídeo caseros ya se habían inventado, pero solo podían adquirirse

en unos pocos mercados de prueba. Las personas con información privilegiada predijeron que cuando estuvieran disponibles a gran escala los aparatos Beta de Sony tumbarían rápidamente al formato rival, el VHS. La idea de que la gente pronto podría alquilar películas de éxito igual que una vez habían alquilado novelas de éxito en bibliotecas aún pendía en el horizonte. Los precios del combustible habían subido hasta cifras impensables: cuarenta y ocho centavos el galón de gasolina normal, cincuenta y cinco centavos el galón de la sin plomo.

Las primeras hebras blancas aún no habían hecho su aparición ni en mi cabeza ni en mi barba. Mi hija, ahora en la facultad, tenía cuatro años. Mi hijo mayor, que ahora es más alto que yo, toca el arpa del blues, y luce exuberantes mechones de pelo a lo Sammy Hagar que le llegan hasta los hombros, acababa de ser ascendido al uso de pantalones. Y mi hijo pequeño, que ahora lanza y juega de primera base en el equipo de la Liga Infantil, aún tardaría en nacer tres años.

El tiempo posee esta curiosa cualidad plástica, y todo lo que da vueltas termina regresando. Cuando te montas en el autobús, piensas que no te llevará lejos (al otro lado de la ciudad, quizá, no más allá), y de repente, ¡hostias!, has atravesado la mitad del país. ¿Encuentras la metáfora un pelín ingenua? Yo también, y la jodienda de ello es que no importa. La incógnita esencial del tiempo es tan perfecta que incluso observaciones tan vacuas como la que acabo de hacer retienen una extraña y plañidera resonancia.

Una cosa no ha cambiado durante estos años; es la principal razón, supongo, por la que a veces me da la impresión (y probablemente a Robin Yount también) de que el tiempo no ha pasado en absoluto. Sigo haciendo lo mismo: escribir historias. Y eso significa todavía bastante más de lo que sé; sigue siendo lo que amo. Oh, no me malinterpretes. Amo a mi esposa, y amo a mis hijos, pero sigue siendo un placer encontrar estas peculiares carreteras secundarias, recorrerlas, ver quién vive allí, ver qué hacen y para quién, y quizá incluso por qué. Sigo amando la rareza de todo ello y esos momentos magníficos cuando las imágenes se aclaran y los sucesos comienzan a formar un patrón. Siempre voy pisándole los talones a la historia. Es una bestia veloz, y a veces yerro el blanco, pero cuando la atrapo por la cola, la aprieto con fuerza… y la sensación es estupenda.

En 1990, cuando se publique *Después de medianoche*, serán dieciséis años en el negocio de la fantasía y la imaginación. Hacia la mitad de esta carrera, mucho después de haberme convertido, mediante algún proceso que sigo sin comprender del todo, en el coco literario de Estados Unidos, publiqué un libro titulado *Las cuatro estaciones*. Se trataba de una recopilación de cuatro novelas cortas inéditas, tres de las cuales no eran historias de terror. Mi editor aceptó el libro de buen grado pero, creo, que también con ciertas reservas mentales. Sé que yo también las albergaba. Tal como resultaron las cosas, ninguno de nosotros tenía nada de lo que preocuparse. A veces un escritor publica un libro al que de forma natural le sonríe la suerte, y con *Las cuatro estaciones* eso fue lo que me pasó.

Una de las historias, «El cuerpo», se convirtió en una película (*Cuenta conmigo*) que tuvo un gran éxito de taquilla… En realidad, era la primera obra llevada al cine que triunfaba desde *Carrie* (una película que se remontaba a cuando Abner Doubleday y ya-sabes-quién diseñaban las líneas del campo de béisbol). Rob Reiner, que realizó *Cuenta conmigo*, es uno de los directores más valerosos e inteligentes que he conocido nunca, y me siento orgulloso de mi relación con él. También me hace gracia ver que la compañía que Míster Reiner fundó después del éxito de *Cuenta conmigo* se llama Castle Rock Entertainment… un nombre con el que muchos de mis lectores más veteranos estarán familiarizados.

A los críticos, en conjunto, también les gustó *Las cuatro estaciones*. Casi todos ellos bombardearían con napalm algún relato concreto, pero como cada uno elegía para chamuscar una historia distinta, sentí que podía despreciarlos a todos ellos con total impunidad… y lo hice. Este comportamiento no siempre es posible. Cuando la mayoría de las reseñas de *Christine* sugirieron que era verdaderamente una obra espantosa, llegué a regañadientes a la conclusión de que probablemente no era tan buena como había esperado (lo cual, sin embargo, no me detuvo a la hora de cobrar los cheques correspondientes a los derechos de autor). Conozco a escritores que afirman no leer las críticas de sus libros, o que, si lo hacen, no se sienten heridos si son malas, y lo cierto es que creo a dos de estos individuos. Yo pertenezco a otra clase de personas: me obsesiona la posibilidad de recibir malas críticas, y me amargo dándole vueltas a la cabeza cuando salen. Pero no me dejan con el ánimo por los suelos por mucho tiempo; me basta con matar a unos pocos críos y a unas cuantas ancianitas para volver a ponerme en pie, firme como un trébede.

Lo más importantes es que a los lectores les gustó *Las cuatro estaciones*. No recuerdo ni una sola carta de aquella época que me reprendiera por escribir algo que no fuera de terror. Casi todas, de hecho, eran para decirme que alguna de las historias había despertado sus emociones de alguna manera, que les habían hecho pensar, que les habían hecho sentir, y estas cartas son la verdadera venganza contra los días (y hay muchos) en que las palabras llegan con dificultad y la inspiración aparenta ser poca o incluso no existente. Dios bendiga y conserve al Lector Constante; la boca puede hablar, pero no existe cuento que valga si no hay un oído comprensivo que escuche.

Esto fue en 1982. El año en que los Cerveceros de Milwaukee ganaron el banderín de campeones de su única Liga, liderados (sí, has acertado) por Robin Yount. Ese año, Yount alcanzó un promedio de bateo de 331, consiguió veintinueve *home-runs*, y fue nombrado MVP de la Liga Americana.

Fue un buen año para dos viejos carcamales como nosotros.

Las cuatro estaciones no fue un libro planificado; simplemente fue algo que salió así. Las cuatro historias que contenía surgieron en intervalos aislados de tiempo durante un período de cinco años, historias que eran demasiado largas para ser publicadas como cuentos, y un poquito demasiado cortas para constituir una novela

por sí solas. Al igual que lanzar un *no-hitter* o batear para el ciclo (conseguir un sencillo, un doble, un triple y un *home-run* durante un juego), no fue tanto una proeza como una rareza estadística. Su éxito y su aceptación me proporcionaron un inmenso placer, pero también sentí una clara sensación de arrepentimiento cuando el manuscrito fue finalmente entregado a The Viking Press. Sabía que era bueno; también sabía que probablemente nunca más publicaría otro libro exactamente igual que ése en toda mi vida.

Si estás esperando que diga «Bueno, me equivocaba», no me queda más remedio que defraudarte. *Después de medianoche* es un libro muy diferente a ese otro anterior. *Las cuatro estaciones* consistía en tres historias «convencionales» y un cuento acerca de lo sobrenatural; todos los relatos de este libro son cuentos de terror. Son, en conjunto, un poco más largos que los de *Las cuatro estaciones*, y fueron escritos en su mayor parte durante los dos años que supuestamente pasé retirado. Tal vez son diferentes porque proceden de una mente que se encontró a sí misma girando, al menos temporalmente, hacia temas más oscuros.

El tiempo, por ejemplo, y los efectos corrosivos que puede ejercer sobre el corazón humano. El pasado, y las sombras que arroja sobre el presente; sombras donde crecen cosas desagradables a veces, y donde incluso se esconden cosas aún más desagradables… y que engordan.

Pero no todas mis inquietudes han cambiado, y la mayoría de mis convicciones no han hecho más que fortalecerse. Sigo creyendo en la capacidad de recuperación del corazón humano y en la validez esencial del amor; sigo creyendo que pueden establecerse conexiones entre la gente, y que los espíritus que habitan nuestro interior a veces nos tocan. Sigo creyendo que el coste de estas conexiones es terrible, escandalosamente alto… y sigo creyendo que las ganancias recibidas sobrepasan por mucho el precio que debe pagarse. Sigo creyendo, supongo, en la llegada del Blanco y en encontrar un lugar para oponer resistencia… y defender ese lugar hasta la muerte. Son inquietudes y creencias anticuadas, pero mentiría si no admitiera que aún las poseo. Y que ellas aún me poseen a mí.

Sigo amando una buena historia, también. Amo contarlas, y amo escucharlas. Puede que sepas, o puede que no (o que no te importe), que me pagaron un buen montón de dinero para publicar *Después de medianoche*, y los dos libros siguientes, quizá lo sepas, o en el caso de que te importe, deberías saber también que no me pagaron ni un centavo por escribir los relatos que contiene. Como cualquier otra cosa que sucede por sí misma, el acto de escribir se sitúa más allá de las divisas. Es maravilloso tener dinero, pero en lo que se refiere al acto de la creación, lo mejor es no pensar en él demasiado. Puede constipar el proceso entero.

El modo en que cuento mis historias también ha cambiado un poco, supongo (espero haber mejorado, pero eso es algo que cada lector debe juzgar por sí mismo, desde luego), aunque es lo que cabría esperarse. Cuando los Cerveceros ganaron el banderín en 1982, Robin Yount jugaba de parador en corto. Ahora él ocupa la

posición en el centro del campo. Supongo que eso significa que es un poquito más lento… pero sigue atajando casi todo lo que va en su dirección.

A mí me serviría. Me serviría perfectamente.

Como un gran número de lectores sienten curiosidad por la procedencia de las historias, o se preguntan si encajan dentro de un esquema general más amplio que el autor pueda estar persiguiendo, ésa es la razón por la que he prologado cada uno de los relatos con una pequeña nota explicando cómo se escribieron. Quizá las encuentres entretenidas, pero no tienes necesidad de leerlas si no quieres; no es una tarea escolar, gracias a Dios, y no habrá ningún examen después.

Déjame terminar diciendo de nuevo lo bueno que es estar aquí, sano y salvo, y hablando contigo una vez más… lo bueno que es saber que tú sigues ahí, sano y salvo, y esperando a ir a algún otro lugar, un lugar donde, quizá, las paredes tengan ojos y los árboles tengan oídos y algo verdaderamente desagradable esté tratando de encontrar su vía de escape del desván y bajar por la escalera hasta donde está la gente. Esa cosa todavía me interesa… pero creo que, a día de hoy, me interesan todavía más las personas que puedan o no estar escuchando.

Antes de irme, tengo que decirte cómo terminó el partido de béisbol. Los Cerveceros derrotaron finalmente a los Red Sox. Clemens consiguió un *strike out* en el primer turno al bate de Robin Yount… pero en el segundo, Yount (que ayudó a Abner Doubleday a diseñar la zona válida de juego, según Ned Martin) conectó un doble por encima del *Gran Monstruo Verde* del lado izquierdo del campo y condujo a dos corredores hasta el *home*.

Robin aún no está acabado para este juego, supongo.

Yo, tampoco.

Bangor, Maine
Julio de 1989

Para Joe,
otro volador
intrépido.

La una después de medianoche

Una nota sobre Los langolieros

A mí los cuentos se me ocurren en circunstancias y momentos diferentes: en el coche, bajo la ducha, mientras camino e incluso durante las fiestas.

En un par de ocasiones han acudido a mi mente en sueños. Pero raras veces los escribo en cuanto se me ocurre la idea, y nunca llevo un cuaderno de notas encima.

No anotar las ideas constituye un ejercicio de autopreservación. Se me ocurren muchas, pero solo un pequeño porcentaje es bueno, así que las guardo en una especie de archivo mental. Allí, las malas terminan por autodestruirse, como la cinta de Control al comienzo de cada episodio de *Misión imposible*. Pero las buenas no.

De vez en cuando, al abrir el cajón del archivo para echar una mirada a lo que queda, ese pequeño montón de ideas me mira, cada una de ellas con su brillante imagen central.

En el caso de *Los langolieros*, la imagen era una mujer que apretaba la mano contra una grieta en la pared de un jet comercial.

No servía de nada recordarme a mí mismo que sabía muy poco sobre aviación comercial. Lo hacía, pero a pesar de ello la imagen persistía cada vez que abría el archivo para guardar en él otra idea.

Las cosas llegaron a tal extremo que hasta podía oler el perfume de la mujer (era L’Envoi), ver sus ojos verdes y escuchar su respiración jadeante.

Una noche, mientras estaba en la cama a punto de dormirme, advertí que aquella mujer era un fantasma.

Recuerdo que me senté en la cama, apoyé los pies en el suelo y encendí la luz.

Me quedé un rato sentado, sin pensar en nada concreto, al menos aparentemente. Sin embargo, allá al fondo el tipo que de verdad realiza este trabajo por mí estaba ocupado diseñando su espacio y preparándose para volver a poner todas las máquinas en funcionamiento.

Al día siguiente, empecé —o empezó— a escribir esta historia. Tardé alrededor de un mes, y se resolvió con mayor facilidad que otras, siguiendo un desarrollo suave y natural a medida que avanzaba.

De vez en cuando, los cuentos y los bebés llegan al mundo casi sin dolores de parto, y es lo que sucedió con éste. Motivado por el clima apocalíptico que lo envolvía, semejante a una novela corta que yo había escrito anteriormente, *La niebla*, encabecé cada capítulo de la misma manera anticuada, rococó. Salí de este cuento sintiéndome casi tan bien como cuando entré en él, cosa que sucede en contadas ocasiones.

Soy un investigador holgazán, pero esta vez me esforcé en hacer mis deberes. Tres pilotos —Michael Russo, Frank Soares y Douglas Damon— me ayudaron a entender las cosas y a no cometer disparates. Cuando les prometí no romper nada, se pusieron a mi disposición.

¿Lo he hecho todo bien? Lo dudo. Eso no le sucedió ni siquiera al gran Daniel Defoe. En *Robinson Crusoe*, nuestro héroe se desnuda, nada hasta el barco del que ha escapado hace poco y, una vez allí, se llena los bolsillos de objetos que necesitará para sobrevivir en su isla desierta.

Por otro lado, tenemos el caso de aquella novela (cuyo título y autor omitiremos por misericordia) sobre el metro de Nueva York, en la que al parecer el autor confunde los cubículos de los conductores con lavabos públicos.

Para terminar, he aquí mi particular muestra de reconocimiento: agradezco a los señores Russo, Soares y Damon lo que entendí bien; me culpo a mí mismo por lo que entendí mal. Esta afirmación no es mera cortesía. Por lo general, los errores no se producen por haber recibido una información incorrecta, sino que son fruto de la incapacidad para plantear la pregunta adecuada. Es cierto que me he tomado una o dos libertades con el avión en el que se encuentran a punto de embarcar, pero no se trata más que de pequeñas licencias que parecían necesarias para el desarrollo del relato.

Bueno, ya está bien de hablar de mí. Suban a bordo.

Naveguemos por los cielos hostiles.

Capítulo 1

Malas noticias para el capitán Engle.
La niña ciega.
El perfume de la dama.
La banda de los Dalton llega a Tombstone.
El extraño caso del vuelo 29.

1

Exactamente a las diez y catorce minutos de la noche, Brian Engle detuvo el American Pride L1011 ante la puerta 22 y apagó el letrero luminoso de ABRÓCHENSE EL CINTURÓN. Luego, dejó escapar un silbante suspiro entre los dientes y se desprendió del arnés de seguridad que le sujetaba los hombros.

No recordaba la última vez que se había sentido tan aliviado, y tan cansado, al término de un vuelo. Tenía un intenso y desagradable dolor de cabeza, y ya había decidido qué haría por la noche. Nada de tragos en el salón de oficiales ni de cena; ni siquiera de un baño cuando regresara a Westwood. Tenía intención de echarse en la cama y dormir catorce horas seguidas.

El vuelo 7 de American Pride —Servicio Flagship de Tokio a Los Ángeles— se había demorado por la aparición de fuertes vientos contrarios y por la típica congestión del LAX, que era, según Engle, el peor aeropuerto de Estados Unidos sin contar el de Logan, en Boston. Para colmo, durante la última parte del viaje había surgido un problema en el sistema de presurización, al principio sin importancia, pero que fue empeorando gradualmente hasta convertirse en algo preocupante. De hecho, había estado a punto de producirse una descompresión explosiva, aunque por suerte se había detenido a tiempo. A veces, esos problemas se estabilizan repentina y misteriosamente, y eso era lo que había sucedido en esa ocasión. Los pasajeros que estaban desembarcando ahora desde el otro lado de la cabina de control no tenían ni la más remota idea de lo cerca que habían estado de convertirse en paté humano durante el vuelo de esa noche desde Tokio, pero Brian sí, y eso le había provocado una jaqueca espantosa.

—Este cabrón va a ir derecho a que le hagan un diagnóstico —dijo a su copiloto —. Saben que va y saben cuál es el problema, ¿correcto?

El copiloto asintió.

—No les gusta, pero lo saben.

—Me importa una mierda lo que les guste o deje de gustarles, Danny. Esta noche hemos estado a punto.

Danny Keene asintió. Sabía que era cierto.

Brian suspiró y se frotó la nuca. La cabeza le dolía como una muela cariada.

—Tal vez me esté haciendo viejo para este negocio.

Naturalmente, era el tipo de comentario que todos los de la profesión hacían de vez en cuando, sobre todo al terminar un turno malo. Brian sabía perfectamente que no era demasiado viejo para el trabajo, que a los cuarenta y tres años apenas había entrado en la mejor edad para un piloto de aviación. Sin embargo, esa noche casi lo creía. ¡Dios! Estaba muy cansado.

Se oyó un golpe en la puerta de la cabina. Steve Searles, el navegante, se volvió y abrió sin ponerse de pie. Al otro lado de la puerta había un hombre con el uniforme

verde de American Pride. Parecía un funcionario del control de pasajeros, pero Brian sabía que no lo era. Era John (o quizá James) Deegan, subdelegado de operaciones de American Pride en el LAX.

—¿Capitán Engle?

—¿Sí?

De pronto, las alarmas internas se pusieron en funcionamiento y la jaqueca empeoró. Su primera idea, no producto de la lógica sino de la tensión y la fatiga, fue que iban a intentar hacerlo responsable de la nave averiada. Era una idea paranoica, por supuesto, pero es que él estaba paranoico.

—Me temo que tengo malas noticias para usted, capitán.

—¿Se trata de la fuga de presión? —preguntó Brian, elevando el tono de voz en exceso, por lo que resultó inevitable que algunos de los pasajeros miraran a su alrededor.

Deegan meneaba la cabeza.

—Se trata de su esposa, capitán Engle.

Por un instante, Brian no tuvo ni la menor idea de acerca de qué hablaba el hombre. Se quedó inmóvil, mirándolo con la boca abierta y sintiéndose exquisitamente estúpido. Después comprendió. Por supuesto, se refería a Anne.

—Mi ex esposa. Nos divorciamos hace dieciocho meses. ¿Qué le pasa?

—Ha habido un accidente —dijo Deegan—. Será mejor que suba a mi oficina.

Brian lo miró con curiosidad. Después de las tres largas y tensas últimas horas, todo aquello parecía extrañamente irreal. Reprimió el impulso de decirle a Deegan que si era una especie de *Objetivo indiscreto*, podía irse a joder a otro. Pero, por supuesto, no lo era. Los jefazos de las compañías aéreas no eran gente dada a las bromas, y menos a expensas de los pilotos que habían estado a punto de tener desagradables problemas en pleno vuelo.

—¿Qué le pasa a Anne? —se oyó preguntar Brian, esta vez en voz más baja. Era consciente de que su copiloto lo miraba con cautelosa compasión—. ¿Se encuentra bien?

Deegan bajó la mirada hacia sus brillantes zapatos. Entonces, Brian supo que las noticias eran muy malas y que Anne se hallaba muy lejos de estar bien. Lo supo, pero le resultó imposible creerlo. Anne solo tenía treinta y cuatro años, estaba sana y era una mujer de hábitos moderados. Por otra parte, en más de una ocasión Brian había pensado que era la única conductora completamente cuerda de la ciudad de Boston, e incluso tal vez de todo el estado de Massachusetts.

Ahora se oyó preguntar otra cosa. Realmente era como si un extraño se le hubiera metido en el cerebro y usara su boca a modo de micrófono:

—¿Está muerta?

John o James Deegan miró a su alrededor como si buscara ayuda, pero junto a la puerta solo había un auxiliar de vuelo deseando a los pasajeros una agradable noche en Los Ángeles y lanzando de vez en cuando miradas ansiosas hacia la cabina,

probablemente preocupado por lo mismo que se le había ocurrido a Brian, es decir, que por alguna razón iban a culpar a la tripulación de la lenta fuga de presión que había convertido en una pesadilla las últimas horas del vuelo. Deegan estaba solo. Volvió a mirar a Brian y asintió.

—Sí. Me temo que sí. ¿Tendrá la amabilidad de acompañarme, capitán Engle?

2

Quince minutos después de la medianoche, el capitán Engle se acomodaba en el asiento 5A correspondiente al vuelo 29 de American Pride, el Buque Insignia de la ruta Los Ángeles-Boston. Unos quince minutos más tarde, aquel vuelo nocturno conocido por los viajeros transcontinentales como el «ojo rojo» estaría en el aire. Recordaba haber pensado hacía un rato que, si el LAX no era el aeropuerto comercial más peligroso de Estados Unidos, entonces lo era Logan. A causa de la más desagradable de las coincidencias, ahora tendría la oportunidad de experimentar ambos lugares en cuarenta y ocho horas: el LAX como piloto y Logan como viajero con pase.

Su jaqueca, que había ido de mal en peor desde el aterrizaje con el vuelo 7, se hizo más intensa.

Un incendio —pensó—. *Un maldito incendio. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasó con los detectores de humo? ¡Era un edificio nuevo!*

Se le ocurrió que en los últimos cuatro o cinco meses apenas había pensado en Anne. Al parecer, durante el primer año posterior al divorcio, Anne era lo único en lo que había pensado: qué hacía, qué ropa llevaba y, naturalmente, con quién salía. Cuando por fin se puso en marcha el proceso de curación, todo sucedió muy rápido, como si le hubieran inyectado un antibiótico revitalizador del espíritu. Había leído lo suficiente sobre el divorcio para saber cuál solía ser ese agente revitalizador: no un antibiótico, sino otra mujer. En otras palabras, el efecto reactivo.

Pero, en el caso de Brian, no había otra mujer, al menos por el momento. Tan solo algunas citas y un cauteloso encuentro sexual (había llegado a convencerse de que en la era del SIDA todos los encuentros sexuales extramatrimoniales eran cautelosos), pero ninguna otra mujer en serio. Simplemente, se había curado.

Brian observó la llegada de los demás pasajeros. Una mujer joven, de cabello rubio, caminaba junto a una niña con gafas oscuras. La mano de la niña se apoyaba en el codo de la rubia. La mujer murmuró algo y la niña miró inmediatamente hacia

donde sonaba la voz. Brian comprendió que era ciega por el peculiar gesto de la cabeza. Le hizo gracia pensar en la cantidad de cosas que revelaban los pequeños gestos.

Anne —pensó—. *¿No tendrías que estar pensando en Anne*?

Pero su cansado cerebro insistía en apartarse del tema. Anne había sido su esposa. Anne era la única mujer a quien había pegado. Anne, ahora, estaba muerta.

Se le ocurrió que podía organizar una gira de conferencias para hablar a grupos de divorciados. O de divorciadas, le daba igual. El tema sería el divorcio y el arte del olvido.

El momento ideal para el divorcio es poco después del cuarto aniversario —les diría—. *Vean mi caso. Pasé el año siguiente en el purgatorio, preguntándome cuál era mi parte de culpa y cuál la de ella, preguntándome si había sido correcto o incorrecto presionarla con el tema de los hijos. Ése era el problema entre nosotros: nada dramático, como las drogas o el adulterio, sino el eterno dilema entre hijos y carrera. Después fue como si tuviera un ascensor dentro de la cabeza y Anne estuviera dentro, y el ascensor se precipitara al vacío…*

Sí, se había derrumbado. Y durante los últimos meses Brian había conseguido no pensar en Anne, ni siquiera cuando tenía que enviarle el cheque de la pensión. Era una cantidad muy razonable, muy civilizada, sobre todo considerando que Anne ganaba ochenta mil al año sin impuestos. La pagaba su abogado, y era un gasto más del presupuesto mensual que éste le enviaba a Brian, un pequeño gasto de dos mil dólares perdido entre la cuenta de la luz y el pago de la hipoteca de su apartamento.

Vio acercarse por el pasillo a un adolescente con aire desgarbado, un estuche de violín bajo el brazo y un *yarmulke* en la cabeza. El chico parecía nervioso y excitado, y tenía los ojos llenos de futuro. Brian lo envidió.

Durante el último año de matrimonio había habido mucha amargura y cólera entre ellos, hasta que por último, unos cuatro meses antes del fin, sucedió: su mano dijo «ve», antes de que su cerebro pudiera decir «no». No le gustaba recordarlo. Ella había bebido demasiado en una fiesta y cuando regresaron a casa empezó a fastidiarlo.

«Brian, no sigas dándome la lata con eso. Simplemente, déjame tranquila. No hablemos más de niños. Si quieres una prueba de esperma, ve al médico. Mi trabajo es la publicidad, no hacer niños. Estoy harta de tus tonterías machist…».

Entonces fue cuando la abofeteó, con violencia y en la boca. El golpe había interrumpido con brutal limpieza la última palabra. Se quedaron mirándose uno a otro en el apartamento donde ella moriría más tarde, ambos más escandalizados y asustados de lo que estaban dispuestos a admitir (aunque quizá ahora, sentado en el asiento 5A y mirando subir a los pasajeros del vuelo 29, Brian estaba admitiéndolo finalmente). Ella se tocó la boca, que había empezado a sangrar, y le mostró los dedos.

«Me has pegado», dijo. En su voz no había ira, sino perplejidad. A él se le ocurrió que tal vez fuera la primera vez que alguien ponía una mano airada sobre una parte

del cuerpo de Anne Quinlan Engle.

«Sí —contestó—. Puedes apostar a que lo hice. Y volveré a hacerlo si no te callas. No vas a volver a fustigarme con esa lengua, encanto. Será mejor que te pongas un candado, te lo digo por tu bien. Se acabó. Si lo que quieres es tener a alguien dando vueltas por la casa, cómprate un perro».

El matrimonio siguió funcionando a duras penas unos meses más, pero en realidad había terminado en el instante en que la palma de la mano de Brian tocó violentamente la comisura de la boca de Anne. Lo había provocado, Dios sabía que lo había provocado, pero de todos modos habría dado cualquier cosa por borrar ese desdichado segundo.

Mientras los últimos pasajeros subían a bordo, pensaba de un modo casi obsesivo en el perfume de Anne. Recordaba exactamente su fragancia, pero no su nombre. ¿Cómo se llamaba? ¿Lissome? ¿Lithsome? ¿Lithium? ¡Por el amor de Dios! El nombre danzaba apenas a unos milímetros de su alcance. Era enloquecedor.

La echo de menos —pensó estúpidamente—. *Ahora que se ha ido para siempre, la echo de menos. ¿No es sorprendente?*

¿Lawnboy? ¿Algún nombre estúpido como ése?

—*¡Basta!* —ordenó a su fatigado cerebro—. *Olvídalo.*

—*Vale* —aceptó su cerebro—. *No hay ningún problema, puedo dejarlo. Puedo dejarlo en el momento que quiera. ¿No sería Lifebuoy? No, eso es un jabón. Lo siento. ¿Lovebite? ¿Lovelorn?*

Brian se ajustó el cinturón, se reclinó, cerró los ojos y aspiró un perfume al que no podía dar nombre.

Entonces, la azafata le habló. Por supuesto. Brian Engle tenía la teoría de que a las azafatas las adiestraban en un curso para posgraduados que podría llamarse «Aprenda a fastidiar al ganso», para que no ofrecieran ningún servicio a los pasajeros mientras éstos no hubieran cerrado los ojos. Y, por supuesto, debían esperar hasta estar razonablemente seguras de que el pasajero dormía, antes de despertarlo para preguntarle si quería una manta o una almohada.

—Perdone… —empezó a decir. Pero se detuvo.

Brian vio que sus ojos iban de las charreteras de su chaqueta negra a la gorra, con su incomprensible garabato de huevos revueltos, colocada en el asiento vacío que había junto a él.

La muchacha volvió a pensárselo y comenzó de nuevo.

—Perdone, capitán, ¿le apetece café o zumo de naranja?

A Brian le divirtió ver que la había turbado un poco. Hizo un gesto en dirección a la mesa situada al principio del compartimiento, exactamente debajo del pequeño monitor rectangular. Sobre la mesa había dos cubos de hielo. De cada uno de ellos sobresalía el esbelto cuello verde de una botella de vino.

—Naturalmente, también hay champán.

Engle lo meditó durante un instante, pero muy brevemente.

Love Boy casi casi… pero te quedas sin cigarro de la victoria.

—Nada, gracias —dijo—. Y no querré ningún servicio durante el vuelo. Creo que dormiré hasta Boston. ¿Cuál es el informe meteorológico?

—Nubes a seis mil metros desde las Grandes Llanuras hasta Boston, pero sin problemas. Estaremos a once mil. ¡Ah! Hemos recibido informes acerca de la aurora boreal sobre el desierto de Mohave. Tal vez quiera verla.

Brian arqueó las cejas.

—Debe de estar bromeando. ¿La aurora boreal sobre California? ¿Y en esta época del año?

—Es lo que nos han dicho.

—Alguien ha estado tomando droga barata —comentó Brian, y ella rió—. Creo que solo dormiré, gracias.

—Muy bien, capitán —dijo, y vaciló una vez más antes de continuar—. Usted es el capitán que acaba de perder a su esposa, ¿no?

La jaqueca latía y gruñía, pero Brian se obligó a sí mismo a sonreír. La mujer, que en realidad era apenas una niña, no lo hacía con mala intención.

—Era mi ex esposa. Pero sí, lo soy.

—Lamento muchísimo su pérdida.

—Gracias.

—¿He volado antes con usted, señor?

La sonrisa de Brian reapareció.

—No lo creo. Durante los últimos cuatro años más o menos he estado en servicio transatlántico —respondió, y, como parecía necesario, le tendió la mano—. Brian Engle.

Ella la estrechó.

—Melanie Trevor.

Engle sonrió otra vez, después se echó hacia atrás y volvió a cerrar los ojos. Se dejó ir, pero no quiso quedarse dormido. Los anuncios anteriores al vuelo, seguidos del ruido del despegue, volverían a despertarlo. Ya tendría tiempo de dormir cuando estuvieran en el aire.

El vuelo 29, como la mayoría de los vuelos de madrugada, despegó enseguida. Brian pensó que aquella característica debía de figurar en primer lugar en su negra lista de atractivos. El avión era un Boeing 767 con algo más de la mitad de su pasaje máximo. En primera clase había otra media docena de pasajeros. Ninguno de ellos le pareció borracho o pendenciero. Eso era bueno. Tal vez consiguiera realmente dormir durante todo el viaje hasta Boston.

Miró pacientemente a Melanie Trevor mientras ella señalaba las puertas de emergencia, demostraba cómo usar la mascarilla en caso de pérdida de presión (procedimiento que, no hacía mucho, Brian había revivido interiormente con cierta urgencia) y cómo inflar el salvavidas que había debajo de cada asiento. Cuando el avión alcanzó la altitud de crucero, la muchacha se acercó a él y volvió a preguntarle

si quería beber algo. Brian meneó la cabeza, le dio las gracias y apretó el botón que reclinaba el asiento. Cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormido.

Nunca volvió a ver a Melanie Trevor.

3

Unas tres horas después de que el vuelo 29 despegara, una niña llamada Dinah Bellman se despertó y preguntó a su tía Vicky si podía tomar un vaso de agua.

La tía Vicky no contestó, así que Dinah volvió a preguntar. Al no obtener respuesta, se estiró para tocar el hombro de su tía; pero ya estaba segura de que su mano solo tocaría el respaldo de un asiento vacío, y eso fue lo que ocurrió. El doctor Feldman le había dicho que los niños ciegos de nacimiento solían desarrollar una gran sensibilidad —casi como una especie de radar— con relación a la presencia o ausencia de gente en sus inmediaciones, pero en realidad Dinah no necesitaba esa información. Sabía que era cierto. No funcionaba siempre, pero casi, sobre todo si la persona en cuestión era su lazarillo.

Bueno, debe de haber ido al lavabo y volverá enseguida, pensó Dinah. Pero de todos modos sintió una extraña y difusa inquietud. No se había despertado de golpe. Había sido un proceso lento, como el de un buceador emergiendo de un lago. Si la tía Vicky, que tenía el asiento de ventanilla, la hubiese rozado para salir al pasillo en los dos últimos minutos, Dinah lo habría notado.

Así que se fue antes —se dijo—. *Tal vez hubiera tenido necesidad de hacer un Número Dos… no pasa nada, Dinah. O tal vez al volver se detuvo a charlar con alguien.*

El problema era que Dinah no oía hablar a nadie en la clase turista del gran avión; solo oía el ronroneo regular de los motores del jet. La sensación de intranquilidad aumentó.

La voz de la señorita Lee, su terapeuta (aunque Dinah siempre pensaba en ella como la maestra de ciegos), sonó en el interior de su cabeza: *No debes tener miedo del miedo, Dinah. Todos los niños tienen miedo de vez en cuando, sobre todo en situaciones nuevas. Y más los niños ciegos. Créeme, lo sé.* Y Dinah la creía porque, al igual que ella, la señorita Lee era ciega de nacimiento. *No renuncies a tu miedo, pero tampoco te entregues a él. Conserva la calma e intenta razonar. Te sorprenderá la cantidad de veces que este sistema funciona*.

Sobre todo en situaciones nuevas.

Bien, eso coincidía. Aquélla era la primera vez que Dinah volaba en algo. Nunca lo había hecho, y menos para realizar un viaje de costa a costa montada en un inmenso jet transcontinental.

Intenta razonar.

Veamos, había despertado en un lugar extraño y su lazarillo se había ido. Desde luego eso resultaba inquietante pese a saber que la ausencia era temporal. Al fin y al cabo, su lazarillo no podía haber decidido irse al Taco Bell más cercano porque tenía hambre, si estaba encerrada en un avión que volaba a once mil metros de altura. En cuanto al extraño silencio que reinaba en la cabina…, bueno, al fin y al cabo, aquel vuelo era nocturno, el «ojo rojo». Tal vez los otros pasajeros estuvieran durmiendo.

¿*Todos*?, preguntó incrédula la parte preocupada de su cerebro. ¿*TODOS están dormidos? ¿Es eso posible*?

Y entonces encontró la respuesta: la película. Los que estaban despiertos miraban la película. Por supuesto.

Se sintió invadida por un alivio casi palpable. La tía Vicky le había dicho que la película era *Cuando Harry encontró a Sally*, con Billy Crystal y Meg Ryan, y que pensaba verla…, si conseguía no dormirse, claro.

Dinah pasó la mano con suavidad por el asiento de su tía, buscando los auriculares, pero no estaban allí. En lugar de eso, sus dedos encontraron un libro de bolsillo. Seguramente era una de esas novelas románticas que le gustaban a la tía Vicky, donde, como ella decía, se hablaba de los tiempos en que los hombres eran hombres, en lugar de serlo las mujeres.

Los dedos de Dinah avanzaron un poco más y encontró otra cosa: piel suave, de grano fino… Un instante después identificó una cremallera y luego la tira de cuero.

Era el bolso de la tía Vicky.

La inquietud de Dinah retornó, esta vez duplicada. Sobre el asiento de la tía Vicky no estaban los auriculares, pero sí su bolso, que contenía todos los cheques de viaje, salvo uno de veinte dólares que estaba en el monedero de Dinah. Lo sabía porque antes de salir de su casa, en Pasadena, había oído a su madre y a la tía Vicky hablando sobre ese asunto.

¿Acaso la tía Vicky se iría al lavabo dejando su bolso sobre el asiento? ¿Lo haría, teniendo en cuenta que su compañera de viaje no solo tenía diez años, sino que estaba dormida y además era ciega?

Dinah no lo creía.

No renuncies a tu miedo, pero tampoco te entregues a él. Conserva la calma e intenta razonar.

Sin embargo, no le gustaba ese asiento vacío, y tampoco el silencio que reinaba en el avión. Le parecía muy sensato que la mayoría de la gente estuviera durmiendo y que los que estaban despiertos guardaran silencio por consideración a ellos, pero seguía sin gustarle. Dentro de su cerebro despertó y empezó a gruñir un animal con dientes y garras extremadamente afilados. Conocía su nombre. Era el pánico, y si no

lo controlaba deprisa podía hacer algo que las avergonzara a ambas, a ella y a la tía Vicky.

Cuando pueda ver, cuando los doctores de Boston me arreglen los ojos, no tendré que pasar por estos ratos estúpidos.

Eso era verdad, por supuesto, pero no le servía de gran ayuda en ese momento.

De pronto, Dinah recordó que, después de sentarse, la tía Vicky había cogido su mano y le había doblado todos los dedos menos el índice, guiándolo al costado del asiento. Allí estaban los controles. Eran muy pocos y resultaba fácil recordar su función. Había dos ruedecillas que podían usarse cuando uno se ponía los auriculares: una era para pasar a los diferentes canales de audio; la otra, para controlar el volumen. El pequeño interruptor rectangular regulaba la luz que había sobre el asiento. *Ése no lo necesitarás* —dijo la tía Vicky en tono afable—. *Al menos, todavía no*. El último era un botón cuadrado. Cuando lo apretabas, venía la azafata.

Ahora los dedos de Dinah tocaron ese botón y resbalaron sobre su superficie ligeramente convexa.

¿*Realmente quieres hacerlo*? —se preguntó. Y la respuesta llegó enseguida—: *Sí, quiero*.

Apretó el botón y escuchó el tenue sonido del timbre. Después esperó.

No acudió nadie.

Solo se oía el susurro aparentemente eterno de los motores del jet. Nadie hablaba. Nadie reía. (*Supongo que la película no es tan divertida como creía la tía Vicky*, pensó Dinah.) Nadie tosía. El asiento contiguo, el de la tía Vicky, seguía vacío, y ninguna azafata se inclinó sobre ella, envuelta en un tranquilizador aroma de perfume, champú y maquillaje, para preguntar si podía traerle algo de comer, o tal vez el deseado vaso de agua.

Solo el suave ronroneo regular de los motores.

El animal del pánico lloriqueaba con más energía que nunca. Para combatirlo, Dinah se concentró en afinar aquella especie de radar, convirtiéndolo en algo así como un bastón invisible que podía blandir desde su asiento, en el centro de la clase turista. Eso se le daba bien. A veces, cuando se concentraba mucho, casi creía que podía ver a través de los ojos de los demás. Una vez había mencionado esa sensación a la señorita Lee, pero su respuesta había sido extrañamente cortante. *La sensación de compartir la visión es una fantasía frecuente entre los ciegos* —le había dicho—. *Sobre todo entre los niños ciegos. Nunca cometas el error de fiarte de ella, Dinah, porque podrías caer rodando por la escalera o encontrarte de pronto bajo las ruedas de un coche*.

Así que había desechado sus esfuerzos por «compartir la visión», como decía la señorita Lee, y en las pocas ocasiones en que la sensación regresaba, en que veía el mundo —en penumbras, acuoso, pero allí— a través de los ojos de su madre o de la tía Vicky, había tratado de librarse de ella del mismo modo que una persona que teme estar volviéndose loca procura no escuchar el murmullo de voces fantasmales. Pero

ahora estaba asustada, de modo que sentía por otros, percibía por otros, y no los encontraba.

Ahora, el terror había aumentado y los gritos del animal del pánico eran imperiosos. Sintió que en su garganta tomaba forma un chillido y apretó los dientes. Porque no saldría como un llanto o un grito. Si lo dejaba progresar, saldría de su boca como un alarido.

No gritaré —se dijo, decidida—. *No pienso gritar y avergonzar a la tía Vicky. No pienso gritar y despertar a todos los que están durmiendo, ni asustar a los que están despiertos para que se acerquen corriendo y digan: «Mirad a la niña ciega, mirad a la aterrorizada niña ciega»*.

Ahora, esa sensación de radar, esa parte de ella que evaluaba toda clase de vagos datos sensoriales y que a veces creía ver a través de los ojos de los demás (dijera lo que dijese la señorita Lee), solo servía para aumentar su miedo en lugar de aliviarlo.

Porque esa sensación le decía que dentro de su radio de acción no había nadie.

Nadie en absoluto.

4

Brian Engle estaba siendo víctima de una pesadilla. En su sueño, se encontraba otra vez al mando del vuelo 7 de Tokio a Los Ángeles, pero en esta ocasión la fuga era mucho peor. En la carlinga flotaba una palpable sensación de catástrofe. Steve Searles lloraba mientras se comía una galleta danesa.

¿*Cómo puedes comer estando tan alterado*?, preguntó Brian. Un silbido agudo, como el de una tetera llena de agua hirviendo, empezó a penetrar en la carlinga. Supuso que se trataba del ruido producido por la fuga de presión. Era una estupidez, por supuesto, porque las fugas casi siempre eran silenciosas hasta que se producía la explosión, pero dio por sentado que en los sueños todo era posible.

Porque adoro estas pastas y nunca volveré a comer otra, contestó Steve sin dejar de sollozar.

Y entonces, de pronto, el silbido cesó. Apareció una sonriente y aliviada azafata —en realidad era Melanie Trevor—, diciendo que habían encontrado y sellado la fuga de presión. Brian se puso en pie y la siguió por el interior del avión hasta la clase turista, donde Anne Quinlan, su ex esposa, permanecía de pie en un pequeño espacio del que habían retirado los asientos. Junto a ella, escrita sobre una ventanilla podía leerse una frase críptica y ominosa: SOLO ESTRELLAS FUGACES. Estaba escrita en rojo,

el color del peligro.

Anne iba vestida con el uniforme verde oscuro de las azafatas de American Pride, lo cual resultaba extraño. Ella era ejecutiva de una agencia de publicidad de Boston, y siempre había mirado frunciendo su fina y aristocrática nariz a los bodrios con los que volaba su marido. Tenía la mano apoyada en una grieta del fuselaje.

¿*Ves, querido*? —dijo muy orgullosa—. *Todo está bajo control. Ni siquiera importa que me hayas pegado. Te he perdonado*.

¡*Anne, no hagas eso!*, gritó Brian. Pero ya era demasiado tarde. En el dorso de su mano apareció un pliegue que imitaba la grieta del fuselaje y que fue haciéndose más profundo a medida que la presión diferencial succionaba incansablemente su mano. Primero desapareció el dedo medio, después el anular, luego el índice y el pulgar. Se oyó el súbito ruido de una explosión —algo así como si un camarero ansioso hubiera destapado una botella de champán—, y toda la mano atravesó la grieta del avión.

Sin embargo, Anne seguía sonriendo.

Es L'Envoi, querido —dijo mientras su brazo empezaba a desaparecer. Su cabello escapaba del pasador que lo sujetaba y flotaba en torno a su cara como si fuera una nube brumosa—. *Es el que siempre he usado, ¿te acuerdas?*

Sí, se acordaba, ahora se acordaba. Pero ya no tenía importancia.

¡*Anne, vuelve!*, gritó.

Ella siguió sonriendo mientras su brazo era absorbido lentamente por el vacío que rodeaba el avión. *No duele, Brian. Puedes creerme*.

La manga de su chaqueta verde de la compañía American Pride empezó a agitarse, y Brian vio que la carne de Anne pasaba por la grieta en forma de un líquido blanco y espeso. Parecía pegamento.

L'Envoi, ¿recuerdas?, preguntó Anne mientras era devorada por la grieta. Entonces, Brian pudo oír otra vez ese sonido que el poeta James Dickey llamó una vez «el vasto silbido animal del espacio». Fue aumentando de volumen a medida que el sueño se oscurecía y al mismo tiempo empezaba a ensancharse, para convertirse, no en el grito del viento, sino en el de la voz humana.

Brian abrió los ojos. Durante un instante, solo uno, se sintió desorientado por la nitidez del sueño. Pero él era un profesional que desempeñaba un trabajo arriesgado y de gran responsabilidad, un trabajo en el que uno de los requisitos indispensables era la capacidad de reacción. Estaba en el vuelo 29, y no en el 7; el trayecto no era Tokio-Los Ángeles, sino Los Ángeles-Boston; Anne ya había muerto, pero no víctima de una fuga de presión, sino de un incendio en su apartamento de Atlantic Avenue, cerca del puerto. Sin embargo, el sonido persistía.

Una niña profería penetrantes gritos.

5

—Por favor, ¿querría hablarme alguien? —preguntó Dinah Bellman con claridad y en voz baja—. Lo siento, pero mi tía no está y soy ciega.

Nadie contestó. Cuarenta filas y dos compartimientos más adelante, el capitán Brian Engle soñaba que su navegante lloraba mientras se comía una galleta danesa.

Solo se oía el murmullo continuado de los motores.

El pánico volvió a oscurecer su mente, y Dinah hizo lo único que se le ocurría para mantenerlo a raya. Se desabrochó el cinturón, se levantó y salió al pasillo.

—¿Hola? —preguntó en voz más alta—. ¡Hola, cualquiera!

Sin respuesta. Dinah empezó a llorar. Sin embargo, se controló y empezó a caminar lentamente por el pasillo. *Cuenta* —le advirtió frenéticamente una parte de su cerebro—. *Cuenta las filas que pasas porque si no te perderás y no podrás encontrar el camino de regreso.*

Se detuvo en la fila de asientos de babor, delante de la que había ocupado la tía Vicky y ella, y se inclinó con los brazos y los dedos extendidos. Se preparó para tocar la cara dormida del hombre que estaba sentado allí. Sabía que había un hombre porque la tía Vicky había hablado con él apenas un minuto antes de que el avión despegara. Al contestar, su voz había salido del asiento que quedaba justo en frente del de Dinah. Eso lo sabía. Localizar la ubicación de las voces era parte de su vida, un hecho habitual de la existencia, como respirar. El hombre se sobresaltaría cuando sus dedos lo tocaran, pero a Dinah ya no le importaba.

Sin embargo, el asiento estaba vacío.

Completamente vacío.

Dinah se incorporó con las mejillas húmedas y las sienes latiéndole de terror. No podían estar juntos en el lavabo, ¿verdad? Por supuesto que no.

Tal vez hubiera dos lavabos. En un avión de ese tamaño debía de haber dos lavabos.

Pero eso tampoco importaba.

La tía Vicky no habría dejado su bolso por ningún motivo. Dinah estaba segura.

Empezó a avanzar lentamente, deteniéndose en cada fila de asientos y acercándose a los más próximos: primero al de babor y después al de estribor.

Tocó un bolso en uno de ellos y lo que parecía un portafolios en otro; una pluma y un bloc en un tercero; en otros dos, auriculares. Tocó algo pegajoso en un audífono de la segunda serie de asientos. Se frotó los dedos, hizo una mueca y a continuación los limpió en el paño que cubría la cabecera del asiento. Era cera, estaba segura. Tenía aquella inconfundible textura pastosa.

Dinah Bellman continuó avanzando lentamente por el pasillo, sin tomarse ya la molestia de ser cuidadosa en sus exploraciones. No importaba. No oprimía ningún ojo ni ninguna mejilla, ni tampoco tiraba del pelo de nadie.

Todos los asientos que tocó estaban vacíos.

No puede ser —pensó aterrada—. *Simplemente, no puede ser. Estábamos rodeadas de gente cuando subimos. ¡Yo los oí! ¡Los sentí! ¡Los olí! ¿Dónde se han metido?*

Ignoraba adónde, pero sabía que se habían ido. Cada vez estaba más segura de eso.

En algún momento, mientras ella dormía, su tía y los demás pasajeros del vuelo 29 habían desaparecido.

¡No! —gritaba la parte más racional de su cerebro con la voz de la señorita Lee —. *¡No, Dinah, es imposible! Si todos se han ido, ¿quién pilota el avión*?

Empezó a moverse más deprisa, agarrándose a los bordes de los asientos. Sus ojos ciegos permanecían abiertos detrás de las gafas oscuras y el borde de su vestido rosado revoloteaba. Había perdido la cuenta, pero en su angustia por el silencio continuado aquél era un detalle sin importancia.

Volvió a detenerse y tanteó con las manos el asiento de la derecha. Esta vez tocó el cabello, pero el lugar donde estaba situado no era el correcto. El pelo descansaba sobre el asiento, ¿cómo podía ser?

Lo apretó y lo cogió. De pronto tuvo una intuición súbita y terrible.

Es pelo, pero el hombre a quien pertenece se ha ido. Es un cuero cabelludo. Tengo en la mano el cuero cabelludo de un muerto.

Y entonces Dinah Bellman abrió la boca y empezó a proferir los alaridos que arrancaron a Brian Engle de su sueño.

6

Albert Kaussner estaba acodado en la barra, bebiendo Branding Iron Whiskey. Los hermanos Earp —Wyatt y Virgil— permanecían a su derecha, y Doc Halliday a su izquierda. En el momento en que Albert levantaba su vaso para hacer un brindis, un hombre con pata de palo entró saltando en el Sergio Leone Saloon.

—¡Es la banda de los Dalton! —gritó—. ¡Los Dalton acaban de entrar en Dodge!

Wyatt se volvió tranquilamente y lo miró. Su rostro delgado y moreno resultaba atractivo. Se parecía mucho a Hugh O'Brian.

—Estamos en Tombstone, Muffin —dijo—. Tienes que controlar el canguelo.

—¡Bueno, están entrando estemos donde estemos! —exclamó Muffin—. ¡Y parecen estar furiosos, Wyatt! Parecen estar realmente furiosos.

Como para corroborar su afirmación, en la calle empezaron a sonar disparos. Se

oyó el ronco estallido de los 44 del ejército (probablemente robados) mezclado con las explosiones más nítidas y fuertes de los rifles Garand.

—No te cagues en los pantalones, Muffy —dijo Doc Halliday, echándose el sombrero hacia atrás. A Albert no le sorprendió comprobar que Doc se parecía a Robert De Niro. Siempre había creído que si había alguien apropiado para hacer el papel del dentista tuberculoso ése era De Niro.

—¿Qué decís, muchachos? —preguntó Virgil Earp, mirando a su alrededor.

Virgil no se parecía a nadie.

—Vamos —dijo Wyatt—. Estoy hasta el gorro de los malditos Clanton.

—Son los Dalton, Wyatt —rectificó tranquilamente Albert.

—¡Me importa un pimiento! ¡Por mí, como si quieren ser John Dillinger y Pretty Boy Floyd! —exclamó Wyatt—. ¿Estás con nosotros o no, As?

—Estoy contigo —dijo Albert Kaussner en el tono suave pero amenazador del asesino nato. Apoyó una mano en la culata de su Buntline Special de cañón largo y se llevó la otra a la cabeza un momento, para asegurarse de que tenía el *yarmulke* bien puesto. Lo tenía.

—Muy bien —dijo Doc—. Vamos a patear algún trasero Dalton.

Salieron los cuatro juntos por las puertas batientes, justo en el momento en que la campana de la iglesia baptista de Tombstone empezaba a tañer señalando el mediodía.

Los Dalton bajaban al galope por la calle Mayor, agujereando los cristales de las ventanas y los postigos. Convirtieron en fuente el barril de agua que había delante del almacén de ramos generales de Duke.

Ike Dalton fue el primero en ver a los cuatro hombres de pie en la calle polvorienta con las chaquetas abiertas para dejar libres las culatas de los revólveres. Ike tiró brutalmente de las riendas de su caballo, que se levantó apoyado en las patas traseras, relinchando e impregnando de espuma el bocado. Ike Dalton se parecía un poco a Rutger Hauer.

—Mirad a quién tenemos aquí —dijo en tono burlón—. Es Wyatt Earp y el mariposón de su hermano Virgil.

Emmett Dalton (que se parecía a Donald Sutherland después de pasarse un mes acostándose tarde) se detuvo junto a Ike.

—Y también el maricón de su amigo el dentista —bramó—. ¿Quién más quiere…? —Pero en ese momento vio a Albert y se quedó lívido. La fina sonrisa se desvaneció de sus labios.

Paw Dalton se detuvo junto a sus dos hijos. Paw se parecía muchísimo a Slim Pickens.

—¡Dios mío! —susurró Paw—. ¡Es As Kaussner!

En ese momento, Frank James detuvo su cabalgadura junto a la de Paw. Tenía la cara de color tierra.

—¡Qué demonios, chicos! —exclamó Frank—. No me importa atemorizar a uno

o dos pueblos en un día aburrido, pero nadie me advirtió que estaría el Judío de Arizona.

Albert *As* Kaussner, conocido como el Judío de Arizona desde Sedalia hasta Steamboat Springs, dio un paso adelante. Su mano revoloteó sobre la culata del Buntline. Escupió a un lado una bola de tabaco sin apartar su escalofriante mirada gris de los matones a caballo que tenía frente a él, a seis metros escasos de distancia.

—Muchachos, empezad a moveros —ordenó el Judío de Arizona—. Según mis cálculos, el infierno no está ni medio lleno.

La banda de los Dalton apareció en el preciso instante en que el reloj de la torre de la iglesia baptista de Tombstone daba la última campanada del mediodía en el cálido aire del desierto. As palpó el arma y la desenfundó a una velocidad vertiginosa. Cuando empezaba a hacer girar el cañón con la palma de la mano izquierda, enviando una lluvia de muerte del calibre 45 hacia la banda de los Dalton, una niña que estaba de pie frente al hotel Longhorn empezó a gritar.

Que alguien haga callar a esa mocosa —pensó As—. *¿Qué demonios le pasa? Lo tengo todo bajo control. No en vano me llaman el judío más rápido al oeste del Mississippi*.

Pero los gritos siguieron dispersándose por el aire, oscureciéndolo al salir, y todo empezó a hacerse añicos.

Durante un instante, Albert, perdido en la oscuridad a través de la cual fragmentos de su sueño caían y giraban vertiginosamente, no estuvo en ninguna parte. La única constante era aquel grito terrible que sonaba como el silbido de una tetera demasiado llena.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en su asiento, en la parte delantera de la clase turista del vuelo 29. Desde la parte trasera del avión, una niña de diez o doce años, con un vestido rosa y gafas oscuras, avanzaba por el pasillo.

¿*Y ésta quién es? ¿Una estrella de cine o algo así*?, pensó. Lo que resultaba evidente era que estaba muy asustada. Una desagradable manera de salir de su sueño favorito.

—¡Eh! —exclamó suavemente, como si no quisiera despertar a los demás pasajeros—. ¡Eh, chica! ¿Qué pasa?

La niña volvió bruscamente la cabeza en dirección a la voz. Un instante después, volvió también el cuerpo y echó a correr hacia los asientos centrales, ordenados en filas de a cuatro, golpeándose los muslos contra uno de ellos. Entonces, rebotó y cayó hacia atrás, tropezando en el brazo de uno de los de babor y aterrizando en su asiento con las piernas levantadas.

¿*Dónde están todos*? —gritaba—. *¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!*

—¡Eh, azafata! —exclamó Albert, preocupado, mientras se desabrochaba el cinturón. Luego se levantó, se volvió hacia la niña que gritaba y… entonces se detuvo. Miraba hacia la parte trasera del avión, y lo que vio lo dejó paralizado.

Lo primero que pensó fue: *Supongo que, tal como están las cosas, no tengo que*

preocuparme de si despierto a los demás pasajeros.

A Albert le pareció que la clase turista del 767 estaba vacía.

7

Brian Engle casi había llegado a la mampara que separaba el compartimiento de primera clase cuando comprendió que estaba totalmente vacío. Se detuvo apenas un instante y continuó caminando. Tal vez los demás hubieran abandonado sus asientos para ver quién gritaba tanto.

Naturalmente, sabía que no era así. Hacía mucho tiempo que llevaba pasajeros, el suficiente para conocer sus reacciones psicológicas en grupo. Cuando un pasajero sufría un ataque de nervios, no era habitual que los demás se movieran. La mayoría renunciaba humildemente a la acción individual al entrar en el pájaro, sentarse y abrocharse el cinturón. Una vez realizadas esas cosas sencillas, todo lo relacionado con la resolución de problemas se convertía automáticamente en responsabilidad de la tripulación. El personal de las compañías aéreas llamaba gansos a los pasajeros, pero en realidad eran ovejas. De cualquier modo, la mayor parte de las tripulaciones consideraba estupenda esa actitud, pues facilitaba la tarea de manejar a los nerviosos.

Sin embargo, como era lo único que en apariencia tenía sentido, Brian ignoró lo que sabía y continuó caminando. Todavía estaba envuelto en los jirones de su propio sueño, y parte de su cerebro seguía convencido de que era Anne quien gritaba, de que la encontraría en la clase turista con la mano adherida a una grieta del fuselaje del avión, una grieta abierta bajo un cartel con la leyenda: SOLO ESTRELLAS FUGACES.

En primera clase había un solo pasajero, un hombre mayor vestido con un traje marrón de tres piezas. Su cabeza calva resplandecía suavemente bajo la luz de la lámpara de lectura. Sus manos hinchadas a causa de la artritis reposaban sobre la hebilla del cinturón. Estaba profundamente dormido y roncaba estruendosamente ajeno a toda la algarabía.

Al entrar en clase turista, la energía que impulsaba a Brian hacia delante quedó anulada por la incredulidad más absoluta. Vio a un adolescente de pie junto a una niña que había caído sobre uno de los asientos de babor. Pero el chico no la miraba a ella, sino que miraba hacia la parte trasera del avión con la boca abierta, de modo que la mandíbula inferior casi tocaba el cuello de su camiseta del Hard Rock Café.

La reacción de Brian fue la misma que la de Albert Kaussner: *¡Dios mío! ¡El avión está completamente vacío!*, pensó.

Entonces vio a una mujer que asomaba por estribor y salía al pasillo para ver qué sucedía. Tenía el aspecto desorientado y abotargado de alguien a quien arrancan de un sueño profundo.

En medio del avión, en el pasillo central, un hombre joven con un jersey de cuello alto estiraba la cabeza hacia la niña y la miraba con ojos inexpresivos. Otro hombre, de unos sesenta años, se levantó de un asiento cercano al puesto de observación de Brian y se quedó allí, parado e indeciso. Llevaba una camisa de franela roja y parecía totalmente desconcertado. Los encrespados rizos de su cabello le conferían el aspecto de un científico loco.

—¿Quién grita? —preguntó a Brian—. ¿El avión tiene problemas, señor? No se estará cayendo, ¿verdad?

La niña dejó de gritar. En un intento desesperado por levantarse del asiento donde se había desplomado, estuvo a punto de caer hacia delante. El chico la cogió a tiempo. Se movía con una lentitud de mareo.

¿Adónde han ido? —pensó Brian—. *¡Dios mío! ¿Dónde se han metido todos*?

Pero ahora sus pies lo llevaban hacia la niña. Pasó junto a otro pasajero que seguía durmiendo: una chica de unos diecisiete años. Su boca abierta producía una impresión desagradable, y respiraba con inhalaciones largas y secas.

Brian llegó junto al adolescente y la niña del vestido rosa.

—¿Dónde están, colega? —preguntó Albert Kaussner. Había pasado el brazo en torno a los hombros de la niña, pero no la miraba. Sus ojos examinaban sin descanso la clase turista, casi desierto—. ¿Aterrizamos en alguna parte mientras estaba durmiendo?

—¡Mi tía ha desaparecido! —sollozó la niña—. ¡Mi tía Vicky! ¡Creí que el avión estaba vacío! ¡Creí que estaba sola! Por favor, ¿dónde está mi tía? ¡Quiero ver a mi tía!

Brian se arrodilló un momento junto a ella, de modo que quedaron más o menos a la misma altura. Observó las gafas oscuras y recordó haberla visto con la mujer rubia.

—Todo va bien —afirmó—. Todo va bien, jovencita. ¿Cómo te llamas?

—Dinah —contestó, sollozando—. No puedo encontrar a mi tía. Soy ciega y no puedo verla. Me desperté y el asiento estaba vacío…

—¿Qué pasa? —preguntó el joven del jersey de cuello alto. Hablaba por encima de la cabeza de Brian, ignorándolo a él y a Dinah. Se dirigía al chico de la camiseta del Hard Rock Café y al hombre mayor de la camisa de franela—. ¿Dónde están los demás?

—Todo va bien, Dinah —repitió Brian—. Aquí hay más gente. ¿Los oyes?

—S… sí, los oigo. Pero ¿dónde está mi tía Vicky? ¿Y a quién han matado?

—¿Matado? —preguntó bruscamente la mujer que se había acercado desde estribor. Brian miró un momento hacia arriba y vio que era joven, bonita, morena—. ¿Han matado a alguien? ¿Nos han secuestrado?

—No han matado a nadie —aseguró Brian, por decir algo. Se sentía raro, como

una barca a la que le hubieran soltado las amarras—. ¡Cálmate, preciosa!

—¡He tocado su pelo! —insistió Dinah—. ¡Alguien le ha arrancado el PELO!

Aquello resultaba demasiado extraño para aceptarlo junto a todo lo demás, de modo que Brian descartó la posibilidad de que fuera cierto. De pronto, con escalofriante intensidad, le asaltó la misma duda que antes a Dinah: ¿quién cojones estaba pilotando el avión?

Se incorporó y se volvió hacia el hombre mayor con camisa de franela.

—Tengo que ir a la parte delantera —dijo—. Quédese con la niña.

—Vale —aceptó el hombre de la camisa roja—. Pero ¿qué pasa?

Un hombre de unos treinta y cinco años, con tejanos planchados y camisa Oxford, se unió al grupo. A diferencia de los demás, parecía totalmente tranquilo. Sacó del bolsillo unas gafas con montura de concha, las sacudió y se las puso.

—Parece que faltan algunos pasajeros, ¿no es eso? —preguntó, con un acento británico tan almidonado como su camisa—. ¿Y qué sucede con la tripulación? ¿Alguien lo sabe?

—Es lo que voy a averiguar —respondió Brian, avanzando otra vez. Al llegar al extremo de la clase turista, se volvió y contó rápidamente. Otros dos pasajeros se habían unido al grupo que rodeaba a la niña de las gafas oscuras. Uno era la adolescente que hacía un momento dormía profundamente; se tambaleaba como si estuviera borracha o drogada. El otro era un caballero anciano con una chaqueta deportiva raída. En total, ocho, más el propio Brian y el tipo de primera clase, que por el momento seguía durmiendo.

Diez personas.

¡Por el amor de Dios! ¿Dónde está el resto?

Pero no era el momento más indicado para preocuparse de eso. Había problemas más importantes. Brian continuó avanzando a toda prisa, dedicándole apenas una mirada al viejo calvo que dormía en primera clase.

8

El área de servicio, encajonada entre la parte posterior de la pantalla y los dos primeros asientos de primera clase, estaba vacía. La cocina también, pero allí Brian vio algo sumamente inquietante: el carrito de las bebidas estaba aparcado junto al lavabo de estribor. En el estante inferior había algunos vasos usados.

Estaban preparándose para servir bebidas —pensó—. *Acababan de sacar el*

carrito cuando sucedió…, fuera lo que fuese. Esos vasos usados son los que sirvieron antes de despegar. Así que lo que haya sucedido debe de haber pasado en la media hora posterior al despegue, tal vez algo más. ¿No preveían turbulencias sobre el desierto? Creo que sí. Y estaba aquel extravagante comentario acerca de la aurora boreal…

Durante un instante, Brian tuvo la convicción de que eso último formaba parte de su sueño, porque sin duda era extraño. Pero, después de reflexionar, se convenció de que Melanie Trevor, la azafata, lo había dicho realmente.

No importa. ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

No lo sabía, pero sí sabía que el espectáculo del carrito de bebidas abandonado le producía una sensación de terror y espanto supersticioso. Durante un segundo pensó que así debían de haberse sentido los primeros en subir a bordo del *Mary Celeste* y contemplar un barco desierto con las velas desplegadas, la mesa del capitán puesta para la cena, todas las cuerdas cuidadosamente enrolladas y la pipa de un marinero quemando el resto de su tabaco en la proa…

Realizando un tremendo esfuerzo, Brian apartó de su mente aquellas ideas que le dejaban paralizado y se acercó a la puerta que separaba el área de servicio de la carlinga. Golpeó. Tal como había temido, no hubo respuesta. Y aunque sabía que era inútil insistir, apretó el puño y golpeó varias veces.

Nada.

Intentó hacer girar el picaporte. No se movió. Aquélla era una medida obligatoria en la época de los viajes no programados a La Habana, Beirut y Teherán. Solo los pilotos podían abrirla. Brian podía conducir ese avión, pero no desde allí fuera.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh, muchachos! ¡Abrid la puerta!

Pero ya lo sabía. Las azafatas habían desaparecido; casi todos los pasajeros habían desaparecido; Brian Engle estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que los dos pilotos del 767 también habían desaparecido.

Estaba convencido de que el vuelo 29 se dirigía hacia el este con el piloto automático.

Capítulo 2

Oscuridad y montañas.
El hallazgo del tesoro.
La nariz de Cuello Alto.
Ningún perro ladrando.
No se permite el pánico.
Cambio de destino.

1

Brian había pedido al hombre mayor de la camisa roja que cuidara de Dinah, pero cuando ésta oyó a la mujer que se había acercado desde estribor —la que tenía bonita voz—, se aferró a ella con temerosa intensidad, acercándose y buscando su mano con una especie de tímida determinación. Después de los años pasados con la señorita Lee, Dinah reconocía la voz de una maestra en cuanto la escuchaba. La mujer morena aceptó su mano de buen grado.

—¿Dijiste que te llamas Dinah, encanto?

—Sí —dijo Dinah—. Soy ciega, pero después de la operación que van a hacerme en Boston, probablemente podré volver a ver. Los doctores dicen que hay un setenta y cinco por ciento de posibilidades de que recupere un poco de visión y un cuarenta por ciento de que la recupere toda. ¿Cómo te llamas?

—Laurel Stevenson —contestó la mujer morena. Sus ojos seguían explorando la clase turista y su rostro parecía no poder desprenderse de su expresión inicial de incredulidad atónita.

—El laurel es una flor, ¿no? —preguntó Dinah, hablando con febril vivacidad.

—¡Ajá! —exclamó Laurel.

—Perdóneme —intervino el hombre de gafas con montura de concha y acento británico—. Voy hacia la parte delantera a reunirme con nuestro amigo.

—Yo también voy —dijo el hombre mayor de la camisa roja.

—¡Quiero saber qué está pasando aquí! —exclamó de pronto el hombre con el jersey de cuello alto. En su cara mortalmente pálida destacaban dos manchas de color a la altura de las mejillas, brillantes como si llevaran colorete—. Exijo saber ahora mismo qué está pasando.

—No me sorprende en absoluto —dijo el británico mientras comenzaba a avanzar.

El hombre de la camisa roja fue tras él. La adolescente con mirada perdida los siguió unos metros, pero se detuvo en la mampara que separaba la clase turista de primera clase como si no supiera bien dónde estaba.

El caballero anciano de la chaqueta raída se acercó al portillo de babor, se inclinó y miró.

—¿Qué ve? —preguntó Laurel Stevenson.

—Oscuridad y montañas —respondió el hombre de la chaqueta deportiva.

—¿Las Rocosas? —preguntó Albert.

El hombre asintió.

—Creo que sí, joven.

Albert decidió ir también hacia delante. Tenía diecisiete años, era inteligente y la pregunta misteriosa de la noche también se le había ocurrido a él: ¿quién pilotaba el avión?

Pero después decidió que no importaba, al menos por el momento. Volaban

apaciblemente, de modo que era presumible que alguien estuviera pilotando, y si ese alguien resultaba ser algo —en otras palabras, el piloto automático—, él no podía hacer nada al respecto. Como Albert Kaussner, era un violinista de talento —no exactamente un prodigio— que se dirigía al Conservatorio de Berklee. Como As Kaussner, era (al menos en sus sueños) el judío más rápido del oeste del Mississippi, un cazador de recompensas que descansaba los sábados, no ponía los zapatos encima de la cama y mantenía siempre los ojos abiertos, uno en espera de que se presentara la oportunidad y el otro de que apareciera un café *kosher* en la carretera polvorienta. Suponía que As era su manera de escabullirse de unos padres superprotectores que no le habían permitido participar en la liguilla de béisbol porque podía dañar sus valiosas manos y que, en el fondo de su corazón, estaban convencidos de que un simple estornudo era el inicio de una neumonía. Él era un violinista pistolero, una interesante combinación, pero no sabía nada de aviones. Y la niña había dicho algo que al mismo tiempo le había intrigado y le había helado la sangre en las venas. *¡He tocado su pelo!* —había dicho—. *¡Alguien le ha arrancado el PELO!*

Se apartó de Dinah y de Laurel (el hombre de la chaqueta vieja se había acercado a estribor y miraba por una de las ventanillas, y el del jersey de cuello alto avanzaba en dirección a los demás, con los ojos entornados en actitud pendenciera), y empezó a desandar el recorrido de Dinah por el pasillo.

¡Alguien le ha arrancado el PELO!, había dicho. Unas filas más allá, Albert vio a qué se refería.

2

—Señor, rezo para que la gorra de piloto que vi en uno de los asientos de primera clase le pertenezca —dijo el británico.

Brian estaba de pie ante la puerta cerrada, con la cabeza gacha, pensando a toda velocidad. Cuando el otro habló detrás de él, se incorporó sorprendido y giró sobre sus talones.

—No tenía intención de asustarlo —dijo suavemente el británico—. Me llamo Nick Hopewell —añadió tendiéndole la mano.

Brian la estrechó. Al hacerlo, cumpliendo con la parte que le correspondía del antiguo ritual, se le ocurrió que debía de ser un sueño provocado por el tenso viaje desde Tokio y el descubrimiento, al llegar, de que Anne había muerto.

Parte de su cerebro sabía que no era así, exactamente igual que había sabido que

el alarido de la niña no tenía nada que ver con que el compartimiento de primera clase estuviera desierto, pero se aferró a esa idea del mismo modo que se había aferrado a la otra. Le servía de ayuda, así que ¿por qué no? Todo lo demás era demencial. Tanto, que cualquier intento por reflexionar acerca de ello le producía una sensación de fiebre y mareo. Además, en realidad no había tiempo para pensar; simplemente, no había tiempo, y descubrió que en cierta forma eso era un alivio.

—Brian Engle —dijo—. Encantado de conocerlo, aunque las circunstancias son… —Y se encogió de hombros, desamparado. ¿Cuáles eran exactamente las circunstancias? No se le ocurría ningún adjetivo que pudiera describirlas de manera adecuada.

—Algo extrañas, ¿no? —aceptó Hopewell—. Supongo que por el momento será mejor no pensar en ellas. ¿La tripulación contesta?

—No —dijo Brian, y de pronto golpeó la puerta con el puño, frustrado.

—Tranquilo, tranquilo —murmuró Hopewell—. Háblame de la gorra, señor Engle. No tiene ni idea de la satisfacción y el alivio que sentiría si pudiera llamarle capitán Engle.

Brian sonrió a su pesar.

—Soy el capitán Engle —afirmó—. Pero, dadas las circunstancias, supongo que puede llamarme Brian.

Nick Hopewell cogió la mano izquierda de Brian y la besó con entusiasmo.

—Creo que le llamaré Salvador —dijo—. ¿Le molesta mucho?

Brian echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Nick también rió. Estaban allí de pie, ante la puerta cerrada de la cabina de un avión casi vacío, riendo a carcajadas, cuando llegaron el hombre de la camisa roja y el del jersey de cuello alto, que los miraron como si se hubieran vuelto locos.

3

Albert Kaussner cogió el cabello con la mano derecha y se quedó mirándolo, pensativo. Era negro, y brillaba bajo la luz del techo. Se trataba de una excelente peluca, y no le sorprendió en absoluto que asustara a la niña. Si no hubiera podido verlo, también Albert se habría asustado.

Volvió a dejar la peluca sobre el asiento, echó una mirada al bolso que descansaba en el asiento contiguo y observó con más atención lo que había junto al bolso. Era una alianza de oro. La cogió, la examinó y la dejó donde estaba. Empezó a caminar

lentamente hacia la cola del avión. En menos de un minuto, Albert se había quedado tan estupefacto que olvidó la cuestión de quién pilotaba el avión o de cómo iban a bajar de allí si estaba funcionando con el piloto automático.

Los pasajeros del vuelo 29 habían desaparecido, pero dejando tras de sí un fabuloso —y en ocasiones enigmático— tesoro. Albert encontró joyas en casi todos los asientos: anillos de casados en su mayor parte, pero también diamantes, esmeraldas y rubíes. Había pendientes, la mayoría de ellos baratijas, aunque a Albert algunos le parecieron muy caros. Su madre tenía algunas joyas valiosas, y ciertas cosas de las que había allí hacían que sus mejores joyas parecieran saldos. Había broches, collares, gemelos, pulseras de identificación. Y relojes, infinidad de relojes de diferentes marcas: Timex, Rolex… Debía de haber por lo menos doscientos sobre los asientos, en el suelo, por los pasillos… Resplandecían bajo las luces.

Había por lo menos sesenta pares de gafas. Con montura de metal, de concha, de oro. Había gafas discretas, gafas punky y gafas con diamantes falsos en las patillas. Había Ray-Ban, Polaroid y Foster Grant.

Había hebillas de cinturones, pasadores y pilas de repuesto. Billetes no, pero sí unos cuatrocientos dólares en moneda fraccionaria. Había billeteros. No tantos como bolsos, pero sí más de una docena, piel de todas las calidades y de plástico. Había cortaplumas y por lo menos una docena de calculadoras de bolsillo.

Y también cosas más raras. Cogió un cilindro de plástico de color carne y lo examinó durante casi treinta segundos antes de llegar a la conclusión de que era un consolador y dejarlo rápidamente. Había una cucharilla de oro sujeta a una fina cadena. Aquí y allá, en los asientos y en el suelo, había objetos brillantes de metal casi todos de plata, aunque también los había de oro. Cogió un par para ratificar el juicio de su cerebro inquieto: algunos eran fundas dentales, pero en su mayor parte se trataba de empaste de dientes humanos. Y en una de las filas traseras encontró dos diminutos cilindros de acero. Los miró con detenimiento antes de comprender que eran clavos quirúrgicos, y que no pertenecían al suelo de un avión casi desierto sino a la rodilla u hombro de algún pasajero.

Descubrió a otro pasajero, un joven con barba que estaba despatarrado sobre dos asientos de la última fila, roncando sonoramente y oliendo como una destilería.

A dos asientos de distancia encontró un aparato que parecía un marcapasos.

Albert se detuvo en la cola del avión y miró hacia delante por el ancho y vacío tubo del fuselaje.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó con un hilo de voz.

4

—¡Exijo saber qué está pasando aquí! —dijo, alzando la voz el hombre del jersey de cuello alto. Entró en el área de servicio, situada en la parte delantera de primera clase, como un invasor montado en un caballo hostil.

—¿En este momento? Estamos a punto de romper la cerradura de esta puerta —dijo Nick Hopewell, clavando una mirada brillante en Cuello Alto—. La tripulación parece haber abdicado junto con todos los demás, pero de todos modos tenemos suerte. Mi nuevo amigo es un piloto que estaba volando con pase y…

—Desde luego, aquí hay un botarate, y tengo intención de descubrir quién es, créame —amenazó Cuello Alto, pasando junto a Nick sin dedicarle ni una mirada y acercando su cara a la de Brian, tan agresivo como un jugador que disputa una pelota —. ¿Usted trabaja para American Pride, amigo?

—Sí —respondió Brian—. Pero ¿por qué no dejamos eso por ahora, señor? Es importante que…

—¡Yo le diré lo que es importante! —gritó Cuello Alto. Un fino rocío de saliva cubrió las mejillas de Brian, el cual tuvo que reprimir un impulso súbito y violento de rodear con sus manos el cuello de ese idiota y descubrir cuánto podía apretar antes de que se rompiera algo dentro—. ¡Esta mañana a las nueve tengo una reunión en el Prudential Center con representantes de la Banca Internacional! ¡A las nueve en punto! Reservé un asiento en este vehículo de buena fe, y no tengo intención de llegar tarde a mi cita. Quiero saber tres cosas: quién autorizó un aterrizaje no programado de este avión mientras yo dormía, dónde se realizó ese aterrizaje y por qué se hizo.

—¿Ha visto alguna vez *Star Trek*? —preguntó de pronto Nick Hopewell.

La cara congestionada de Cuello Alto se volvió hacia Nick. Su expresión decía que, en su opinión, el inglés estaba obviamente loco.

—¿De qué demonios habla?

—De una maravillosa serie de televisión americana —respondió Nick—. Ciencia ficción. La exploración de extraños mundos nuevos, como el que aparentemente existe en el interior de su cabeza. Y si no cierra el pico enseguida, imbécil, me encantará hacerle una demostración de la famosa llave vulcaniana del señor Spock.

—¡No puede hablarme así! —bramó Cuello Alto—. ¿Sabe quién soy?

—Por supuesto —dijo Nick—. Es un gusanillo estúpido que ha confundido su tarjeta de embarque con credenciales que proclaman que es el Sumo Sacerdote de la Creación. Además, está muy asustado. No hay nada de malo en ello, pero podría haberlo.

La cara de Cuello Alto estaba tan congestionada que Brian empezó a temer que le explotara la cabeza. Una vez había visto una película donde pasaba eso y no quería verlo en la vida real.

—¡No puede hablarme así! ¡Ni siquiera es ciudadano americano!

Nick Hopewell se movió con tal rapidez que Brian apenas vio lo que estaba

pasando. El hombre del jersey de cuello alto estaba aullando ante la cara de Nick, que permanecía de pie junto a Brian con las manos en jarras sobre sus tejanos planchados. Un instante después, Cuello Alto tenía la nariz atrapada entre el pulgar y el índice de la mano derecha de Nick.

Cuello Alto intentó apartarse. Los dedos de Nick apretaron y su mano giró levemente, como si estuviera ajustando un tornillo o dando cuerda a un despertador. Cuello Alto rugió.

—Puedo romperla —advirtió Nick con suavidad—. Créame, es lo más fácil del mundo.

Cuello Alto intentó retroceder. Sus manos golpeaban sin resultado el brazo de Nick. Éste volvió a dar una vuelta y Cuello Alto rugió por segunda vez.

—Creo que no me ha oído. Puedo romperla, ¿entiende? Si entiende, haga una seña.

Y retorció por tercera vez la nariz de Cuello Alto.

En esta ocasión, Cuello Alto no rugió, sino que aulló.

—¡Ostras! —exclamó detrás de él la chica drogada—. Una llave de nariz.

—No tengo tiempo para discutir sus citas de negocios —le dijo con calma Nick a Cuello Alto—. Ni tampoco para ocuparme de una histeria disfrazada de agresividad. Nos encontramos ante una situación difícil e incomprensible. Es evidente, señor, que usted no forma parte de la solución, y no tengo ninguna intención de permitir que se convierta en parte del problema. En consecuencia, voy a enviarlo de regreso a clase turista. Este caballero de la camisa roja…

—Don Gaffney —interrumpió el caballero de la camisa roja. Se le veía tan atónito como al propio Brian.

—Gracias —dijo Nick, que seguía apretando la nariz de Cuello Alto con aquella llave sorprendente, mientras Brian veía fluir un hilillo de sangre por uno de los atormentados orificios nasales del hombre. Luego, lo atrajo hacia sí y prosiguió con voz cálida y confiada—: El señor Gaffney, aquí presente, será su escolta. En cuanto llegue a clase turista, mi fastidioso amigo, se sentará con su cinturón de seguridad bien ajustado. Más tarde, cuando el capitán se haya asegurado de que no vamos a chocar contra una montaña, un edificio u otro avión, tal vez podamos hablar más extensamente de su situación. En este momento, sin embargo, su interferencia es innecesaria. ¿Comprende todas las cosas que le he dicho?

Cuello Alto emitió un balido dolorido y escandalizado.

—Si comprende, levante los pulgares por favor.

Cuello Alto levantó un pulgar. Brian vio que la uña había sido sometida a una cuidadosa manicura.

—Estupendo —dijo Nick—. Otra cosa. Cuando le suelte la nariz tal vez sienta deseos de venganza. Sentirse así es fabuloso, pero dar rienda suelta a ese sentimiento sería un error. Quiero que recuerde que lo que le he hecho a su nariz puedo repetirlo con toda facilidad con sus testículos. De hecho, puedo retorcerlos tanto que al

soltarlos usted saldría volando por la cabina, como el avioncito de un niño. Espero que ahora se vaya con el señor… —y miró inquisitivamente al hombre de la camisa roja.

—Gaffney —repitió el hombre de la camisa roja.

—Eso, Gaffney. Lo siento. Espero que se vaya con el señor Gaffney. No discuta, no se niegue. En realidad, si dice aunque sea una palabra, se descubrirá explorando mundos de dolor hasta ahora desconocidos. Si entiende esto, demuéstremelo con el pulgar.

Cuello Alto meneó su pulgar con tanto entusiasmo que durante un instante pareció un excursionista con diarrea tratando de parar un coche.

—Perfecto —dijo Nick, y le soltó la nariz.

Cuello Alto retrocedió, mirando a Nick Hopewell con ojos enfurecidos y perplejos. Parecía un gato al que acabaran de despertar con un cubo de agua fría. En sí misma, la ira habría dejado indiferente a Brian. Fue la perplejidad lo que le inspiró cierta compasión. Él también estaba perplejo. Cuello Alto se llevó una mano a la nariz para verificar que todavía estaba en su sitio. De cada fosa nasal fluía un delgado hilillo de sangre, no más ancho que la tira de celofán de un paquete de cigarrillos. Miró con incredulidad las yemas de sus dedos manchadas de sangre. Abrió la boca.

—Yo no lo haría, señor —dijo Don Gaffney—. El tipo habla en serio. Es mejor que venga conmigo.

Cogió a Cuello Alto del brazo. Durante un momento, este opuso resistencia a su amistoso tirón y volvió a abrir la boca.

—No me parece una buena idea —intervino la chica que parecía drogada—. Si no se las pira, perderá.

Cuello Alto cerró la boca y permitió que Gaffney lo guiara de regreso a la parte trasera del compartimiento de primera. Miró una vez por encima del hombro, con ojos dilatados y atónitos, y volvió a llevarse los dedos a la nariz.

Mientras tanto, Nick había perdido todo interés por el hombre. Miraba por una de las ventanillas.

—Al parecer estamos sobrevolando las Rocosas —dijo—, y a una altura bastante segura.

Brian también miró un instante. Eran las Rocosas, sí, y por su aspecto debían de encontrarse aproximadamente en el centro de la cadena. Calculó la altitud en unos diez mil metros. Más o menos lo que le había dicho Melanie Trevor. Así que iban bien, al menos por el momento.

—Venga —dijo—. Ayúdeme a forzar esta puerta.

Nick se acercó.

—¿Quiere que dirija esta parte de la operación, Brian? Tengo cierta experiencia.

—Como quiera.

Brian se descubrió preguntándose cómo habría adquirido Nick Hopewell su experiencia en retorcer narices y forzar puertas. Se le ocurrió que probablemente

fuera una larga historia.

—Resultaría útil saber hasta qué punto el cerrojo es resistente —dijo Nick—. Si golpeamos con demasiada fuerza, seremos catapultados al interior de la carlinga, y no me gustaría caer sobre algo que no merezca la pena.

—No lo sé —respondió Brian—. Sin embargo, no creo que sea fuerte.

—Vale —dijo Nick—. Dese la vuelta y colóquese de espaldas a mí, con el hombro derecho apuntando a la puerta.

Brian obedeció.

—Yo contaré. Cuando diga tres, empujaremos juntos. Al avanzar flexione las piernas. Tenemos más posibilidades de romper el cerrojo si golpeamos la puerta por debajo. No golpee con toda su fuerza. Más o menos la mitad. Si no es suficiente, siempre podemos volver a intentarlo. ¿Entiende?

—Entiendo.

La chica, que ahora parecía más despierta y lúcida, dijo:

—No dejan una llave bajo el felpudo o algo así, ¿verdad?

Nick la miró sobresaltado y se volvió hacia Brian.

—¿Es posible que dejen alguna llave por ahí?

Brian meneó la cabeza.

—Me temo que no. Es una medida antiterrorista.

—Claro —dijo Nick—. Claro que lo es —repitió, guiñándole un ojo a la chica—. Pero, de todos modos, a eso se le llama usar la cabeza.

La chica le sonrió, vacilante.

Nick volvió a mirar a Brian.

—¿Listo?

—Listo.

—Vale, entonces…, uno… dos… tres.

Se lanzaron contra la puerta, agachándose con sincronización perfecta antes de golpearla, y la puerta se abrió con absurda facilidad. Entre el área de servicio y la cabina de mando había un umbral pequeñísimo, en realidad un desnivel demasiado corto para considerarse un escalón.

Brian tropezó con la punta del zapato, y habría caído de lado en la cabina si Nick no lo hubiera cogido por el hombro. El hombre era veloz como un gato.

—Está bien —dijo, más para sí mismo que a Brian—. Veamos con qué tenemos que enfrentarnos, ¿de acuerdo?

5

La cabina estaba vacía. Al verlo, a Brian se le pusieron los pelos de punta. Sabía perfectamente que un 767 podía volar miles de kilómetros con el piloto automático, utilizando la información introducida en el sistema de navegación informatizado —solo Dios sabía la cantidad de kilómetros que él mismo había volado así—, pero ver los dos asientos vacíos era una cosa muy distinta. Eso fue lo que le asustó. En toda su carrera no había visto jamás una carlinga vacía durante el vuelo.

Ahora la estaba viendo. Los controles del piloto se movían solos, realizando las correcciones infinitesimales necesarias para mantener el avión en la ruta programada para ir a Boston. Las luces del tablero estaban en verde. Las dos pequeñas alas que aparecían encima del indicador de altitud del avión permanecían inmóviles sobre el horizonte artificial. Más allá de las dos pequeñas ventanillas rasgadas, un billón de estrellas parpadeaban en el cielo del amanecer.

—¡Uau! —exclamó la adolescente en voz baja.

—Caramba —dijo Nick al mismo tiempo—. Mire aquí, compañero.

Nick señalaba una taza de café medio vacía que estaba sobre la consola de servicio, junto al brazo izquierdo del asiento del piloto. Al lado del café había una galleta danesa mordida. Al verla, el sueño regresó de pronto a la mente de Brian, que se estremeció violentamente.

—Fuera lo que fuese, pasó muy rápido —dijo Brian—. Mire aquí. Y aquí.

Señaló primero el asiento del piloto y después el suelo, junto al asiento del copiloto. Dos relojes de pulsera centelleaban bajo la luz de los controles: un Rolex a prueba de presión y un Pulsar digital.

—Si quieren relojes, tienen para elegir —dijo una voz detrás de ellos—. Allí detrás hay toneladas.

Brian miró por encima del hombro y vio a Albert Kaussner, con el aspecto ordenado y juvenil que le proporcionaba su pequeña gorra y la camiseta del Hard Rock Café. Junto a él estaba el caballero anciano de la chaqueta deportiva raída.

—¿De veras? —preguntó Nick. Por primera vez parecía haber perdido todo su aplomo.

—Relojes, joyas y gafas —dijo Albert—. Y bolsos. Pero lo más raro es que… hay cosas que estoy casi seguro de que salieron del interior de la gente. Cosas como clavos quirúrgicos y marcapasos.

Nick miró a Brian Engle. El inglés se había quedado visiblemente pálido.

—Yo partía más o menos del mismo supuesto que nuestro locuaz y grosero amigo —dijo—. Que el avión había aterrizado en alguna parte, por alguna razón, mientras dormía. Que la mayoría de los pasajeros y la tripulación se habían quedado en tierra por algún motivo.

—Me habría despertado en el instante en que comenzara el descenso —dijo Brian —. Es por el hábito.

Descubrió que no podía apartar la vista de los asientos vacíos, la taza de café medio vacía y la galleta danesa mordida.

—En circunstancias normales, diría lo mismo —aceptó Nick—. Así que pensé que me habían puesto narcótico en la bebida.

No sé cómo se gana la vida este tipo —pensó Brian—, *pero desde luego no vende coches de segunda mano*.

—Nadie puso nada en mi vaso —dijo—, por la sencilla razón de que no tenía ninguno.

—Ni yo —dijo Albert.

—En cualquier caso, es imposible que se haya producido un aterrizaje y un despegue mientras dormíamos —explicó Brian—. Se puede conducir un avión con piloto automático, y el Concorde puede aterrizar automáticamente, pero para despegar es imprescindible una persona.

—Entonces, no hubo aterrizaje —dijo Nick.

—No.

—Entonces ¿adónde han ido, Brian?

—No lo sé —contestó Brian. Se dirigió hacia el asiento del piloto y se sentó.

6

Estaban volando a once mil metros, tal como le había dicho Melanie Trevor, en dirección 090. Eso cambiaría una o dos horas después cuando el avión llegara más al norte. Brian cogió la carta de navegación, miró el indicador de velocidad del viento e hizo una serie de cálculos rápidos. Después, se puso los auriculares.

—Centro de Denver, aquí el vuelo 29 de American Pride, corto.

Cambió la posición del interruptor, pero no oyó nada. Nada en absoluto. Ni interferencias, ni conversaciones, ni señales del control de tierra ni de ningún otro avión. Controló la posición del transmisor: 7700, como debía ser. Volvió a mover el interruptor para transmitir otra vez.

—Centro de Denver, conteste por favor, aquí el vuelo 29 de American Pride. Repito, el *Heavy* de American Pride. Tengo un problema, Denver, tengo un problema.

Volvió a colocar el interruptor en posición de recibir y permaneció a la escucha.

Entonces hizo algo que aceleró el corazón de Albert *As* Kaussner: golpeó con los nudillos el panel de control, debajo del equipo de radio. El Boeing 767 era un avión de alta tecnología, un avión piloto. En semejante avión, no se intentaba hacer

funcionar los aparatos de esa manera. Lo que acababa de hacer el piloto era lo que uno hacía cuando la vieja radio Philco que había comprado por un dólar en la subasta de Kiwanis se negaba a funcionar al llegar a casa.

Brian volvió a llamar al centro de Denver. No obtuvo respuesta. Ninguna respuesta.

7

Hasta ese momento, Brian se había sentido mareado y terriblemente perplejo. Ahora empezó a estar asustado, muy asustado. Hasta entonces no había tenido tiempo de sentir miedo. Le habría gustado que siguiera siendo así, pero no lo era. Pasó la radio a la frecuencia de emergencia y volvió a probar. No hubo respuesta. Era el equivalente a llamar al 911 en Manhattan y oír una grabación que decía que todos se habían ido de fin de semana. Cuando se llamaba por la banda de emergencia, siempre se obtenía una respuesta instantánea.

Por lo menos hasta ahora, pensó Brian.

Pasó al UNICOM, donde los pilotos privados obtenían asesoramiento sobre el aterrizaje en los aeropuertos pequeños. Nada. Escuchó atentamente, pero no oyó nada. Y eso era imposible. Los pilotos privados charlaban como estorninos posados en el cable telefónico. La chica del Piper quería conocer el informe meteorológico. El tipo del Cessna se quedaría muerto en su asiento si no conseguía que alguien llamara a su esposa y le dijera que llevaba tres amigos a cenar. Los del Lear querían que la recepcionista del aeropuerto Arvada anunciara a los pasajeros del chárter que llevaban quince minutos de retraso, y que tuvieran paciencia porque de todos modos llegaría a Chicago a tiempo para el partido de béisbol.

Pero allí no se oía nada de eso. Al parecer, los estorninos habían volado y las líneas telefónicas estaban abandonadas.

Volvió a pasar a la banda de emergencia de la FAA.

—¡Denver, conteste! ¡Conteste ya! ¡Éste es el vuelo 29 de AP! ¡Contesten, maldita sea!

Nick le tocó el hombro.

—Calma, compañero.

—¡El perro no quiere ladrar! —gritó Brian, frenético—. ¡Es imposible, pero es lo que está sucediendo! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una guerra nuclear, o qué?

—Calma —repitió Nick—. Brian, tranquilícese y dígame qué quiere decir eso de que el perro no quiere ladrar…

—¡Me refiero al centro de control de Denver! —exclamó Brian—. ¡A ese perro! ¡Y a la emergencia de la FAA! ¡A ese perro! ¡Y al UNICOM! ¡A ese otro perro! Jamás… —Y movió otro interruptor sin acabar la frase—. Ésta es la banda de onda media. Tendrían que estar saltando unos sobre otros como ranas sobre un pavimento ardiendo, pero no se oye una mierda.

Probó otro interruptor y levantó la mirada hacia Nick y Albert Kaussner, que también se había acercado.

—Denver no emite la señal VOR —dijo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no tengo ni radio ni señal de navegación de Denver. Y mi tablero dice que todo funciona estupendamente. Lo cual es una gilipollez. Tiene que serlo.

Empezó a ocurrírsele una idea terrible, que surgió como el cuerpo de un ahogado que emerge a la superficie de un río.

—Oye, chico, mira por la ventanilla. Por el lado izquierdo. Dime qué ves.

Albert Kaussner miró. Miró durante un buen rato.

—Nada —dijo—. Nada en absoluto. Solo el final de las Rocosas y el comienzo de las praderas.

—¿No hay luces?

—No.

Brian se irguió sobre unas piernas que parecían débiles e incorpóreas. Se quedó mirando durante largo rato.

Por último, Nick Hopewell dijo tranquilamente:

—Denver ha desaparecido, ¿no es eso?

Por los gráficos y el equipo de navegación de a bordo, Brian sabía que ahora deberían estar volando a menos de ochenta kilómetros de Denver, pero debajo solo veía el paisaje oscuro y monótono que señalaba el comienzo de las Grandes Llanuras.

—Sí —respondió—. Denver ha desaparecido.

8

Hubo un momento de absoluto silencio y después Nick Hopewell se volvió hacia el coro escénico, que en ese momento estaba formado por Albert, el hombre de la

chaqueta raída y la chica. Nick batió palmas enérgicamente, como si fuera una maestra de parvulario. Sus palabras también sonaban como si lo fuera.

—Bien, muchachos, vuelvan a sus asientos. Creo que aquí necesitamos un poco de tranquilidad.

—Estamos tranquilos —objetó la chica, muy razonablemente.

—Creo que lo que el caballero quiere decir no es tranquilidad, sino un poco de intimidad —dijo el hombre de la chaqueta raída. Su voz sonó educada, pero su mirada suave y preocupada estaba clavada en Brian.

—Es exactamente lo que quiero decir —aceptó Nick—. Por favor.

—¿Cree que está bien? —preguntó en voz baja el hombre de la chaqueta raída—. Parece bastante alterado.

Nick contestó en el mismo tono confidencial.

—Sí —dijo—. Estupendamente. Yo me ocuparé de él.

—Vamos, chicos —dijo el hombre. Pasó un brazo por los hombros de la chica y el otro por los de Albert—. Volvamos y sentémonos. Nuestro piloto tiene cosas que hacer.

Por lo que se refería a Brian, no tenían por qué haber bajado la voz. Era como un pez alimentándose bajo el agua mientras por el cielo pasa una pequeña bandada. El sonido puede llegar hasta el pez, pero desde luego no le hace el menor caso. Brian estaba atareado pasando de una banda de emisión a otra, de un punto de navegación a otro. Era inútil. No había Denver, ni Colorado Springs, ni Omaha. Todo había desaparecido.

Sentía que el sudor corría por sus mejillas como lágrimas y que la camisa se le pegaba a la espalda.

Debo de oler como un cerdo —pensó—, *o como un…*

Entonces tuvo una inspiración. Pasó a la frecuencia de la aviación militar, a pesar de que las normas lo prohibían expresamente. El Comando Estratégico del Aire era prácticamente dueño de Omaha. Ellos estarían en el aire. Se exponía a que le dijeran que saliera a toda pastilla de su frecuencia, y probablemente lo amenazarían con denunciarlo a la FAA, pero Brian estaba dispuesto a aceptarlo con alegría. Tal vez fuera el primero en comunicarles que, al parecer, la ciudad de Denver se había ido de vacaciones.

—Control de las Fuerzas Aéreas, Control de las Fuerzas Aéreas, aquí el vuelo 29 de American Pride. Tenemos un problema, un grave problema, ¿me entienden? Corto.

Pero allí tampoco ladró ningún perro.

Entonces fue cuando Brian sintió algo así como si un cerrojo empezara a ceder dentro de su cerebro. Entonces sintió que toda la estructura de pensamiento organizado empezaba a resbalar lentamente en dirección a un abismo oscuro.

9

En ese momento, Nick Hopewell apoyó una mano en la parte superior de su hombro, cerca del cuello. Brian dio un salto en el asiento y estuvo a punto de gritar. Volvió la cabeza y encontró la cara de Nick apenas a unos centímetros de la suya.

Ahora me cogerá la nariz y empezará a retorcerla, pensó Brian.

Pero Nick no le cogió la nariz. Habló con una inmensa serenidad, con los ojos fijos en los de Brian, sin pestañear.

—Veo una expresión en sus ojos, amigo mío… Aunque no necesito ver sus ojos para saber que está ahí. Puedo oírlo en su voz y verlo en la manera en que está sentado. Ahora, escúcheme con atención: el pánico no está permitido.

Brian se quedó mirándolo, congelado por la mirada azul.

—¿Me entiende?

Habló con gran esfuerzo.

—Nick, no dejan que un tipo haga el trabajo que yo hago si se deja vencer por el pánico.

—Lo sé —dijo Nick—, pero ésta es una situación excepcional. Sin embargo, debe recordar que en este avión hay una docena de personas o más, y que su trabajo es el de siempre: llevarlos a tierra de una pieza.

—¡No necesita decirme cuál es mi trabajo! —le espetó Brian.

—Me temo que sí —dijo Nick—. De todas formas, ya parece estar mucho mejor, me alivia decirlo.

Pero el cambio no se reducía a parecer estar mejor; Brian estaba empezando a sentirse bien otra vez. Nick había clavado el alfiler en la parte más sensible: su sentido de la responsabilidad. *Era lo que pretendía*, pensó Brian.

—¿Cómo se gana la vida? —preguntó con voz temblorosa.

Nick echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Como subsecretario adjunto en la embajada británica, viejo.

—¡Y un cuerno!

Nick se encogió de hombros.

—Bueno, es lo que dicen mis papeles y supongo que es bastante correcto. Si dijeran algo más, supongo que pondrían mecánico de Su Majestad. Arreglo cosas que necesitan ser arregladas. En este momento, a usted.

—Gracias —replicó Brian, fastidiado—, pero ya no necesito arreglos.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer? ¿Puede navegar sin esos radares de tierra? ¿Puede evitar otros aviones?

—Puedo navegar perfectamente con el equipo de a bordo —respondió Brian—. En cuanto a otros aviones —añadió, señalando la pantalla de radar—, este hijo de mala madre dice que no hay ninguno más.

—Sin embargo, tal vez los haya —dijo con suavidad—. Podría ser que, por el momento, las condiciones de la radio y del radar no sean las óptimas. Usted

mencionó la guerra nuclear, Brian. Creo que si hubiera habido un intercambio nuclear, lo sabríamos. Pero eso no quiere decir que no haya podido producirse algún accidente. ¿Conoce el fenómeno conocido como pulso electromagnético?

Brian pensó un instante en Melanie Trevor. *¡Ah! Hemos recibido informes acerca de la aurora boreal sobre el desierto de Mohave. Tal vez quiera verla*.

¿Podía ser cierto que se tratara de algún extraño fenómeno atmosférico?

Suponiendo que fuera posible, ¿por qué no se oía nada en la radio? ¿Por qué no había interferencia en la pantalla del radar? ¿Por qué esa negrura mortal? Se resistía a creer que la aurora boreal fuera responsable de la desaparición de ciento cincuenta y dos pasajeros.

—¿Y bien? —preguntó Nick.

—Usted es un excelente mecánico, Nick —contestó Brian por fin—, pero no creo que sea un PEM. Todo el equipo de a bordo, incluyendo el cambio direccional, parecen funcionar a la perfección —dijo señalando la lectura del compás digital—. Si hubiéramos experimentado un pulso electromagnético, ese bebé estaría girando como un loco. Pero está inmóvil.

—¡Ajá! ¿Piensa seguir hasta Boston?

¿*Piensa…*?

Con estas palabras, el resto de pánico desapareció. *Es lo correcto* —pensó—. *Ahora soy el capitán de esta nave, y en última instancia las cosas se reducen a eso. Debería habérmelo recordado antes, amigo mío, y nos habríamos evitado muchos problemas*.

—¿Afrontar Logan al amanecer sin tener ni idea de lo que pasa debajo o en el resto del mundo? Ni hablar.

—Entonces ¿cuál es nuestro destino? ¿O necesita tiempo para pensarlo?

No era necesario. Empezó a revisar todas las cosas que necesitaba.

—Ya lo sé —dijo—. Y creo que es hora de que me dirija a los pasajeros. A los pocos que quedan.

En el momento en que se disponía a coger el micrófono el hombre calvo que había estado durmiendo en primera clase asomó la cabeza por la cabina.

—Caballeros, ¿serían tan amables de decirme qué le ha sucedido al personal auxiliar de este vuelo? —preguntó quejoso—. He dormido una siesta estupenda, pero ahora me gustaría cenar.

10

Dinah Bellman se encontraba mucho mejor. Era estupendo estar rodeada de otras personas, sentir su presencia tranquilizadora. Estaba sentada entre un pequeño grupo formado por Albert Kaussner, Laurel Stevenson y el hombre de la chaqueta raída, que se había presentado como Robert Jenkins. Según dijo, era autor de más de cuarenta novelas de misterio y se dirigía a Boston para intervenir en un simposio de aficionados al género.

—Ahora —anunció—, me encuentro envuelto en un misterio mucho más extravagante que cualquiera de los que me habría atrevido a escribir.

Los cuatro estaban sentados en la zona central, cerca de la cabecera de clase turista. El hombre del jersey de cuello alto estaba sentado a estribor, varias filas más atrás, apretando con un pañuelo su nariz (que en realidad había cesado de sangrar minutos antes) y consumiéndose de furia en solitario esplendor. Cerca de él estaba Don Gaffney, que lo vigilaba inquieto. Gaffney solo se había dirigido a Cuello Alto una vez, para preguntarle su nombre, pero éste no había contestado. Simplemente, había clavado en Gaffney una mirada de intensidad tétrica por encima del ramillete arrugado de su pañuelo.

Gaffney no insistió.

—¿Alguien tiene alguna idea de lo que está sucediendo? —preguntó Laurel—. Se supone que mañana inicio mis primeras vacaciones auténticas en diez años y ahora sucede esto.

Resultó que Albert estaba mirando detenidamente a la señorita Stevenson cuando ésta habló. Al decir lo de las primeras auténticas vacaciones en diez años, vio que sus ojos iban de derecha a izquierda y parpadeaban velozmente tres o cuatro veces, como si una mota de polvo se le hubiera metido dentro. Se le ocurrió una idea que era casi una certeza: la dama mentía. Por alguna razón, la dama mentía. La observó con más detenimiento, pero no vio nada realmente notable: una mujer con una especie de belleza en decadencia, una mujer que estaba en puertas de abandonar la veintena y adentrarse en la mediana edad (y para Albert, la mediana edad empezaba decididamente a los treinta), una mujer que pronto resultaría descolorida e invisible. Pero ahora tenía color; sus mejillas ardían. Albert desconocía el significado de la mentira, pero pudo ver que había refrescado su belleza por un instante.

Esta dama debería mentir más a menudo, pensó Albert. De inmediato, antes de que él u otro pudiera responderle, la voz de Brian surgió por los altavoces.

—Señoras y caballeros, les habla el capitán.

—¡Capitán de mierda! —exclamó Cuello Alto.

—¡Cállese! —barbotó Gaffney desde el otro lado del pasillo.

Cuello Alto lo miró sorprendido y obedeció.

—Como indudablemente saben, nos enfrentamos a una situación muy extraña —continuó Brian—. No necesitan que les explique nada; para comprender, basta con que miren a su alrededor.

—Yo no comprendo nada —murmuró Albert.

—Sé algunas otras cosas que no les pondrán exactamente de buen humor, pero puesto que el asunto nos afecta a todos, quiero ser lo más sincero posible. No puedo establecer comunicación con tierra. Por otra parte, hace unos cinco minutos deberíamos haber visto las luces de Denver desde el avión. No las vimos. La única conclusión que puedo sacar por ahora es que alguien olvidó pagar el recibo de la luz. Y hasta que sepamos algo más, creo que es la única conclusión que se puede sacar.

Hizo una pausa. Laurel tenía cogida la mano de Dinah. Albert emitió un silbido bajo que dejaba traslucir el miedo. Robert Jenkins, el escritor de misterio, dirigía una mirada soñadora hacia el espacio con las manos descansando en los muslos.

—Ésas son las malas noticias —continuó Brian—. Las buenas son éstas: el avión no ha sufrido daños, tenemos mucho combustible y estoy cualificado para pilotar esta marca y modelo, así como para aterrizar. Creo que todos estamos de acuerdo en que aterrizar con seguridad es nuestro objetivo prioritario. Mientras lo intentamos, no se puede hacer nada más, y quiero que estén seguros de que lo conseguiremos. Lo último que quiero comunicar es que nuestro destino actual es Bangor, Maine.

Cuello Alto se incorporó bruscamente.

—¿Quéeee? —gimió.

—Nuestro equipo de navegación está en perfectas condiciones de funcionamiento, pero no puedo decir lo mismo del VOR, el sistema de navegación que también utilizamos. Por consiguiente, he decidido no entrar en el espacio aéreo de Logan. No he podido encontrar por radio a nadie, ni en tierra ni en el aire. El equipo de radio del aparato parece funcionar bien, pero, dadas las circunstancias, creo que no puedo fiarme de las apariencias. El aeropuerto internacional de Bangor presenta las siguientes ventajas: el tramo corto es por tierra, no por agua; el tráfico aéreo a la hora estimada de llegada, alrededor de las ocho y media de la mañana, será muy escaso…, suponiendo que lo haya; además Bangor, que era una base de las Fuerzas Aéreas, tiene la pista comercial más larga de la costa Este. Nuestros amigos británicos y franceses aterrizan allí con el Concorde cuando no pueden descender en Nueva York.

Cuello Alto berreó:

—¡TENGO UNA IMPORTANTE REUNIÓN DE NEGOCIOS EN EL PRU ESTA MAÑANA A LAS NUEVE Y LE PROHÍBO DESCENDER EN UN AEROPUERTO PERDIDO DE MAINE!

Dinah dio un salto y se apartó del sonido de la voz de Cuello Alto, apretando la mejilla contra un seno de Laurel Stevenson. No lloraba —en todo caso, todavía no—, pero Laurel sintió que su pecho empezaba a agitarse.

—¿ME OYE? —continuó berreando Cuello Alto—. ¡ME ESPERAN EN BOSTON PARA HABLAR DE UNA TRANSACCIÓN DE BONOS ANORMALMENTE GRANDE Y TENGO INTENCIÓN DE LLEGAR A TIEMPO A ESA REUNIÓN! —Y, desabrochándose el cinturón, empezó a ponerse en pie. Tenía las mejillas rojas y la frente blanca como la cera. En sus ojos había una mirada

neutra que a Laurel le pareció aterradora—. ¿ENTIENDE?

—Por favor —dijo Laurel—. Por favor, señor, está asustando a la niña.

Cuello Alto volvió la cabeza, y la inquietante mirada negra se posó en ella. Laurel podía haber esperado.

—¿ASUSTANDO A LA NIÑA? ESTAMOS DESVIÁNDONOS HACIA UN DIMINUTO AEROPUERTO DE MIERDA EN MEDIO DE LA NADA, Y LO ÚNICO QUE LE PREOCUPA ES…

—Siéntese y cierre el pico, o le zurro —dijo Gaffney, poniéndose en pie.

Era por lo menos veinte años mayor que Cuello Alto, pero también más pesado y de complexión más atlética. Se había arremangado las mangas de su camisa roja de franela hasta los codos, y cuando apretó los puños, los músculos de sus antebrazos se hincharon. Tenía el aspecto de un leñador que empieza a ablandarse.

El labio superior de Cuello Alto se estiró sobre los dientes. Aquella mueca canina asustó a Laurel, porque no creía que el tipo supiera que estaba poniendo cara rara. Fue la primera en preguntarse si aquel hombre no estaría loco.

—No creo que pudiera hacerlo solo, papi —dijo.

—No será necesario —dijo el calvo de primera clase—. Si no se calla, yo le ayudaré.

Albert Kaussner reunió todo su valor y dijo:

—Y yo también, *putz*.

Decirlo fue un gran alivio. Se sentía como uno de los tipos de El Álamo, pisando la línea que el coronel Travis había dibujado en el polvo.

Cuello Alto miró a su alrededor. Su labio volvió a levantarse y caer en esa extraña mueca canina.

—Ya veo, ya veo. Todos contra mí. ¡Estupendo! —exclamó, sentándose y mirándolos con truculencia—. Pero si supieran algo sobre el mercado de bonos sudamericanos…

No terminó. En el brazo del asiento que estaba a su lado había una servilleta de papel. La cogió y empezó a pellizcarla.

—No tiene por qué ser así —dijo Gaffney—. No soy quisquilloso por naturaleza, señor, y tampoco me siento inclinado a seguir las normas a rajatabla.

Laurel pensó que intentaba parecer agradable, pero en sus palabras se percibía la fatiga y tal vez también la cólera.

—Debería relajarse y tomárselo con calma. ¡Mire el lado positivo! Probablemente, la compañía aérea le devolverá el importe íntegro del billete.

Cuello Alto miró fugazmente en dirección a Don Gaffney y después desvió la mirada hacia la servilleta. Dejó de pellizcarla y empezó a desgarrarla en largas tiras.

—¿Alguien sabe cómo hacer funcionar ese pequeño horno de la cocina? —preguntó Calvo como si no hubiera pasado nada—. Quiero cenar.

Nadie contestó.

—Me lo temía —dijo Calvo apesadumbrado—. Estamos en la era de la

especialización. Tiempos lamentables para estar vivos.

Y con este pronunciamiento filosófico, Calvo se retiró nuevamente a primera clase.

Laurel bajó la vista y vio que, tras las gafas oscuras con su desenfadada montura de plástico rojo, las mejillas de Dinah estaban humedecidas por el llanto. Laurel olvidó parte de su miedo y confusión, al menos temporalmente, y abrazó a la niña.

—No llores, cariño… Ese hombre está muy alterado, pero ya se encuentra mejor.

Si te parece que permanecer sentado con aspecto de zombi, mientras corta en diminutas tiras una servilleta de papel es encontrarse mejor, pensó Laurel.

—Estoy asustada —susurró Dinah—. Para ese hombre, todos somos monstruos.

—No, no lo creo —dijo Laurel sorprendida y un poco desconcertada—. ¿Cómo se te ocurre eso?

—No lo sé —contestó Dinah.

Le gustaba esa mujer, le había gustado desde el instante en que escuchó su voz, pero no tenía intención de decirle que por un momento los había visto a todos, ella incluida, mirando al hombre que gritaba.

Había estado dentro del hombre que gritaba. Se llamaba señor Tooms, o Tunney, o algo así, y para él todos tenían el aspecto de un grupo de trols malos y egoístas.

Si le dijera algo así a la señorita Lee, ella pensaría que estaba loca. ¿Por qué aquella mujer, a quien Dinah acababa de conocer, iba a ser distinta de la señorita Lee?

Así que no dijo nada.

Laurel la besó en la mejilla. Sintió su piel caliente bajo los labios.

—No tengas miedo, cariño. Estamos viajando sin problemas, ¿lo sientes? Dentro de unas horas estaremos otra vez en tierra firme.

—Eso está muy bien, pero yo quiero tener conmigo a mi tía Vicky. ¿Dónde crees que está?

—No lo sé, encanto —dijo Laurel—. Ojalá lo supiera.

Dinah volvió a pensar en los rostros que veía el hombre furibundo: rostros malos, crueles… Pensó en su propia cara tal como él la percibía: una porcina cara de bebé con los ojos ocultos tras unas enormes gafas oscuras. Entonces, le falló el valor y empezó a llorar con ásperos sollozos que a Laurel le partían el corazón. Abrazó a la niña porque era lo único que se le ocurría y pronto ella también empezó a llorar. Lloraron juntas durante casi cinco minutos, y después Dinah empezó a calmarse.

Laurel miró al joven delgado que se llamaba Albert o Alvin, no recordaba bien, y vio que sus ojos también estaban húmedos. Albert la pilló observándolo y desvió rápidamente la mirada hacia sus manos.

Dinah emitió un último sollozo entrecortado. Después, con la cabeza apoyada en el pecho de Laurel, dijo:

—No creo que llorar nos ayude, ¿verdad?

—No, supongo que no —aceptó Laurel—. ¿Por qué no intentas dormir, Dinah?

Capítulo 3

El método deductivo.
Accidentes y estática.
Posibilidades especulativas.
Presión en los fosos.
El problema de Bethany.
Se inicia el descenso.

1

—Esa niña dijo algo interesante hace aproximadamente una hora —dijo de pronto Robert Jenkins.

Mientras tanto, la niña en cuestión se había vuelto a dormir, pese a sus dudas sobre su capacidad para hacerlo. También Albert Kaussner se había adormilado, tal vez para regresar a las míticas calles de Tombstone. Había bajado el estuche del violín del maletero y lo tenía sobre el regazo.

—¡Qué! —exclamó, al tiempo que se incorporaba.

—Lo siento —dijo Jenkins—. ¿Estaba dormitando?

—De eso nada —respondió Albert—. Estaba totalmente despierto. —Y para demostrarlo volvió hacia Jenkins dos ojos grandes y enrojecidos, rodeados por un oscuro cerco. Jenkins pensó que parecía un mapache, sorprendido mientras escarba en los cubos de basura—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Le dijo a la señorita Stevenson que no creía que pudiera dormir porque ya había dormido antes. Más temprano.

Albert miró un instante a Dinah.

—Bueno, pues ahora duerme como un tronco —dijo.

—Ya lo veo, pero no se trata de eso, querido muchacho. No se trata de eso en absoluto.

Albert pensó en decirle al señor Jenkins que As Kaussner, el judío más rápido al oeste del Mississippi y el único texano que sobrevivió a la batalla de El Álamo, no sentía demasiado placer al ser llamado «querido muchacho», pero decidió dejarlo pasar, al menos por el momento.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Yo también estaba dormido. Me quedé frito incluso antes de que el capitán, quiero decir nuestro capitán original, apagara el letrero de NO FUMAR. Siempre he sido así. Trenes, autobuses, aviones… Me duermo en cuanto arranca el motor. ¿Y usted, querido muchacho?

—¿Qué?

—¿Estaba dormido? Lo estaba, ¿no?

—Bueno, sí.

—Todos estábamos dormidos. La gente que desapareció estaba despierta.

Albert se quedó pensativo.

—Bueno… Sí, es posible.

—Tonterías —dijo Jenkins en un tono casi jovial—. Me gano la vida escribiendo libros de misterio. Se podría decir que la deducción es mi pan nuestro de cada día. ¿No cree que si alguien hubiera estado despierto cuando todas esas personas fueron eliminadas, habría empezado a vociferar «asesinos» a voz en grito y todos nos habríamos despertado?

—Supongo que sí —respondió Albert, pensativo—. Excepto tal vez aquel tipo que está en la parte trasera. Creo que ni una sirena de ataque aéreo podría despertarlo.

—Vale, anoto su deducción. Pero no gritó nadie, ¿verdad? Y tampoco se ha ofrecido nadie a contarnos lo que sucedió. De modo que deduzco que solo los pasajeros despiertos fueron sustraídos. Junto con la tripulación, claro.

—Sí. Quizá sea así.

—Se le ve preocupado, querido muchacho. Por su expresión deduzco que, pese a sus atractivos, la idea no le parece perfecta. ¿Puedo preguntar por qué? ¿Me he olvidado de algo?

La expresión de Jenkins decía que no lo creía posible, pero que su madre le había enseñado a ser cortés.

—No lo sé —admitió Albert—. ¿Cuántos somos? ¿Once?

—Sí. Contando al tipo de atrás, el que está en estado comatoso, somos once.

—Si usted tiene razón, ¿no deberíamos ser más?

—¿Por qué?

Pero Albert permaneció en silencio, sobresaltado por una imagen vívida y repentina de su infancia. Había sido criado en una oscura dimensión teológica por padres que no eran ortodoxos pero tampoco agnósticos. Él y sus hermanos habían crecido observando la mayor parte de las tradiciones (o leyes, o lo que fueran), habían celebrado su Bar-Mitzvá y habían sido educados para saber quiénes eran, de dónde venían y qué se suponía que significaba eso. Y la historia que Albert recordaba con mayor claridad de sus visitas al Templo, durante la infancia, era la de la plaga final que había caído sobre el Faraón, el terrible tributo exigido por el ángel oscuro de la mañana. Ahora veía al ángel dentro de su cabeza, pero no sobrevolando Egipto, sino el avión. Y vio que se llevaba a la mayoría de sus pasajeros estrechándolos contra su terrible pecho, no porque hubieran olvidado manchar el umbral de sus puertas (o quizá sus asientos) con la sangre del cordero, sino porque…

¿Por qué?

Albert no lo sabía, pero de todos modos se estremeció. Y deseó que no se le hubiera ocurrido pensar en aquella vieja historia siniestra. *Deja marchar a mis amigos voladores*, pensó. Pero no resultaba divertido.

—¿Albert? —La voz del señor Jenkins parecía llegar de muy lejos—. Albert, ¿se encuentra bien?

—Sí, estaba pensando —dijo, después de aclararse la garganta—. Si todos los pasajeros dormidos quedaron, ya sabe, descartados, tendríamos que ser por lo menos sesenta. Tal vez más. Lo que quiero decir es que este avión es nocturno.

—Querido muchacho, ¿alguna vez…?

—¿Podría llamarme Albert, señor Jenkins? Es mi nombre.

Jenkins palmeó el hombro de Albert.

—Lo siento. De verdad. No pretendo parecer condescendiente. Estoy alterado, y cuando estoy alterado tengo tendencia a retirarme, como una tortuga que esconde la

cabeza en su caparazón. Solo que yo me retiro a la ficción. Creo que estaba representando a Philo Vance. Es un detective, un gran detective creado por el difunto S. S. Van Dyne. Supongo que nunca lo ha leído. En estos días apenas lo lee nadie, y es una lástima. En todo caso, le pido excusas.

—Está bien —dijo Albert, incómodo.

—Se llama Albert, y Albert le llamaré a partir de ahora —prometió Robert Jenkins—. Lo que quería preguntarle es si había viajado alguna otra vez en el «ojo rojo».

—No, ni siquiera había viajado de costa a costa.

—Bueno, yo sí. Muchas veces. En algunas ocasiones, he ido contra mi tendencia natural y he permanecido un rato despierto. Sobre todo cuando era más joven y los vuelos eran más ruidosos. Después de esto, podría admitir mi edad diciendo que mi primer viaje de costa a costa fue en un propulsor TWA que hizo dos aterrizajes para repostar. Según he observado, muy poca gente se pone a dormir en estos vuelos durante la primera hora o así; después, en cambio, prácticamente todos lo hacen. Durante esa primera hora, la gente se dedica a mirar el paisaje, hablar con sus esposas o compañeros de viaje, tomar uno o dos tragos…

—Quiere decir que se instalan —sugirió Albert.

Lo que decía el señor Jenkins le parecía perfectamente sensato, aunque él no lo habría hecho. Había estado tan excitado con el viaje inminente y la nueva vida que le esperaba que apenas había dormido las dos noches anteriores. En consecuencia, se había apagado como una luz en cuanto el 767 despegó.

—Hacen pequeños nidos —matizó Jenkins—. ¿Observó por casualidad el carrito de las bebidas delante de la cabina, queri… Albert?

—Vi que estaba allí —contestó Albert.

Los ojos de Jenkins resplandecieron.

—¡Exacto! Porque lo veía, o tropezaba con él. Pero ¿lo observó realmente?

—Supongo que no, si usted vio algo que yo no vi.

—Albert, no es el ojo el que observa, sino el cerebro, la mente deductiva entrenada. Yo no soy ningún Sherlock Holmes, pero observé que acababan de sacarlo del pequeño armario donde lo guardan, y que los vasos utilizados durante el servicio previo al vuelo seguían en el estante inferior. De ello deduzco lo siguiente: el avión despegó con normalidad, ascendió a su altura de crucero y, por suerte, pusieron en funcionamiento el piloto automático. Después, el capitán apagó el letrero de ABRÓCHENSE EL CINTURÓN. Eso debió de ser a la media hora de vuelo, si no interpreto mal los signos, es decir, hacia la una de la madrugada. Cuando se apagó el indicador de los cinturones, la azafata se puso en pie e inició su primera tarea: preparar cócteles para unas ciento cincuenta personas a unos siete mil metros de altura, mientras el aparato seguía subiendo. Entretanto, el piloto puso el automático para que nivelara el avión al llegar a los once mil metros, y continuara volando hacia el este siguiendo la dirección correcta. Algunos pasajeros, once en concreto, se quedaron dormidos.

Otros, tal vez dormitaban, aunque no tan profundamente como para salvarse de lo que sucedió, y el resto estaba totalmente despierto.

—Preparando sus nidos —puntualizó Albert.

—¡Exacto! ¡Construyendo sus nidos! —Jenkins hizo una pausa y agregó, en tono melodramático—: ¡Y entonces sucedió!

—¿Qué sucedió, señor Jenkins? —preguntó Albert—. ¿Tiene alguna idea sobre eso?

Jenkins permaneció largo rato en silencio. Cuando por fin contestó, el tono jocoso había desaparecido de su voz. Escuchándolo, Albert comprendió que, tras aquellos modos un tanto teatrales, se escondía un hombre tan asustado como él. Descubrió que eso no le importaba. Hacía que el anciano escritor de misterio con su chaqueta raída pareciera más real.

—El misterio de la habitación cerrada es el caso donde el método deductivo se presenta en su aspecto más puro —dijo Jenkins—. Yo mismo he escrito algunos relatos basados en ese método. Para hacer honor a la verdad, bastantes, pero jamás supuse que formaría parte de uno.

Albert lo miró y no supo qué decir. Recordó un cuento de Sherlock Holmes titulado «La banda de lunares», en el que una serpiente venenosa entraba en la famosa habitación cerrada por un conducto de ventilación. El inmortal Sherlock ni siquiera había necesitado despertar todas sus células grises para resolver ese misterio.

Pero, aun cuando el compartimiento de carga del avión hubiera estado lleno de serpientes venenosas, repleto de ellas, ¿dónde estaban los cuerpos? ¡Dios mío! ¿Dónde estaban los cuerpos? El miedo volvió a invadirlo. Parecía fluir por sus piernas en dirección a sus partes vitales. Pensó que nunca, en toda su vida, se había sentido tan lejos del famoso pistolero As Kaussner.

—Si solo fuera el avión —continuó suavemente Jenkins—, supongo que se me ocurriría una explicación. Al fin y al cabo, así es como me he ganado la vida durante los últimos veinticinco años. ¿Le gustaría escuchar uno de esos argumentos?

—Claro —dijo Albert.

—Muy bien. Supongamos que una oscura organización del gobierno llamada La Tienda decide llevar a cabo un experimento y que nosotros somos sus conejillos de Indias. Dadas las circunstancias, el objetivo de ese experimento podría ser observar los efectos de un severo estrés mental y emocional en un grupo de americanos medios. Ellos, los científicos que realizan el experimento, llenan el sistema de oxígeno del avión con alguna droga hipnótica inodora…

—¿Existen esas cosas? —preguntó Albert fascinado.

—Por supuesto que sí —afirmó Jenkins—. Por ejemplo, la diazalina o el metoprominol. Recuerdo la época en que los lectores que se las daban de «serios» se reían de las novelas de Fu-Manchú, de Sax Rohmer. Las tachaban de melodramas histéricos en su más pura expresión —dijo, meneando lentamente la cabeza—. Ahora, gracias a la investigación biológica y la paranoia de agencias como la CIA y

la DIA, vivimos en un mundo que podría ser la peor pesadilla de Sax Rohmer. La diazalina, que en realidad es un gas nervioso, sería lo más apropiado. Se supone que actúa con gran rapidez. Después de liberarla en el aire, todos se quedan dormidos salvo el piloto, que está respirando aire no contaminado a través de una máscara.

—Pero… —empezó a decir Albert.

Jenkins sonrió y levantó una mano.

—Ya sé cuál es su objeción, Albert, y puedo explicarla. ¿Me permite?

Albert asintió.

—El piloto toma tierra, por ejemplo, en una pista secreta de Nevada. Los pasajeros que estaban despiertos cuando se liberó el gas, y por supuesto las azafatas, son desembarcados por hombres siniestros con blancos trajes de *La amenaza de Andrómeda*. Los que estaban dormidos, usted y yo entre ellos, mi joven amigo, siguen durmiendo, solo que un poco más profundamente que antes. Entonces, el piloto vuelve a situar el avión en la altura y dirección correctas, y conecta el automático. Cuando el avión llega a las Rocosas, los efectos del gas empiezan a desvanecerse. La diazalina es una de las drogas llamadas claras, que no dejan efectos posteriores apreciables. En otras palabras, no produce resaca. Por el intercomunicador, el piloto escucha a la niña ciega gritando en busca de su tía. Sabe que despertará a los demás. El experimento está a punto de comenzar. De modo que se levanta y abandona la cabina, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo podría hacerlo? Fuera no hay picaporte.

Jenkins agitó una mano con negligencia.

—Eso es lo más fácil del mundo, Albert: utilizando un trozo de cinta adhesiva con la parte pegajosa hacia fuera. Cuando se echa el pestillo desde el interior, la puerta queda cerrada.

Una sonrisa de admiración empezó a extenderse por la cara de Albert, y de pronto se congeló.

—En ese caso, el piloto sería uno de nosotros —dijo.

—Sí y no. En mi relato, Albert, el piloto es el piloto. El piloto que por casualidad iba a bordo, supuestamente con destino a Boston, el que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la puerta de la cabina, cuando la mierda golpeó el ventilador.

—El capitán Engle —dijo Albert en voz baja y horrorizada.

Jenkins contestó con el tono complacido y complaciente del profesor de geometría que acaba de escribir QED en la parte inferior de un teorema especialmente difícil.

—El capitán Engle —repitió.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Cuello Alto los miraba con ojos brillantes y febriles. Cuello Alto cogió la revista de a bordo de la bolsa del asiento delantero, arrancó la cubierta y empezó a romperla en tiras largas y estrechas, dejándolas caer al suelo, donde fueron a hacer compañía a las tiras de servilleta que

rodeaban sus mocasines.

Sus labios se movían sin emitir sonido alguno.

2

Si Albert hubiera sido un estudioso del Nuevo Testamento, habría comprendido cómo se sintió Saulo, aquel celoso perseguidor de los primeros cristianos, cuando en el camino de Damasco las escamas cayeron de sus ojos. Contempló a Robert Jenkins con entusiasta admiración, sin el menor resto de modorra.

Naturalmente, si te parabas a pensarlo —o si alguien como el señor Jenkins, que, prescindiendo de su chaqueta raída, evidentemente tenía la mente despejada, lo pensaba por ti—, el asunto era demasiado obvio para no verlo. Prácticamente toda la tripulación del vuelo 29 de American Pride había desaparecido entre el desierto de Mohave y la Gran Frontera. Sin embargo, uno de los pocos supervivientes resultaba ser, ¡oh sorpresa!, otro piloto de American Pride que, según sus propias palabras, estaba «calificado para pilotar esta marca y modelo, así como para aterrizar».

Jenkins había estado mirando atentamente a Albert, y ahora sonrió. No era una sonrisa demasiado alegre.

—Es una explicación tentadora, ¿no cree? —dijo.

—Tendremos que capturarlo en cuanto aterricemos —dijo Albert, frotándose febrilmente una mejilla—. Usted, yo, el señor Gaffney y ese tipo británico. Parece fuerte. Pero ¿qué pasará si el británico está en el ajo? Podría ser, ya sabe, el guardaespaldas del capitán Engle. Por si alguien adivinaba el asunto, como ha hecho usted.

Jenkins abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hacerlo Albert continuó:

—Tendremos que arreglárnoslas para atraparlos a los dos. —Y ofreció al señor Jenkins una apretada sonrisa. Una sonrisa As Kaussner: fría, tensa, peligrosa. La sonrisa de un hombre que es más veloz que el rayo y lo sabe—. Tal vez no sea el tipo más listo del mundo, señor Jenkins, pero tampoco soy la rata de laboratorio de nadie.

—El problema es que no se sostiene, ¿sabe? —dijo Jenkins con serenidad.

Albert parpadeó.

—¿El qué?

—El argumento que acabo de esbozar. No se sostiene.

—Pero… Usted dijo…

—Dije que si solo se tratara del avión, podría encontrar una explicación. Y lo hice. Una buena. Si fuera una idea para un libro, apuesto a que mi agente podría venderla. Por desgracia, no se trata solo del avión. Tal vez Denver estuviera todavía allí abajo, pero en ese caso todas las luces estaban apagadas. He estado controlando nuestra ruta con mi reloj, y ahora puedo decir que no es solo Denver. También Omaha, Des Moines… Muchacho, allí abajo no hay ni rastro de ellas. De hecho, no he visto absolutamente ninguna luz. Ni granjas, ni silos, ni astilleros, ni fronteras interestatales. Esas cosas se ven de noche, ¿sabe? Con esa nueva iluminación de alta intensidad, se ven muy bien, aunque uno esté a casi diez mil metros de altura. La tierra está totalmente a oscuras. Ahora bien, puedo creer que haya una organización gubernamental lo bastante inmoral para drogarnos con objeto de observar nuestras reacciones. Al menos hipotéticamente. Lo que no puedo creer es que nadie, ni siquiera La Tienda, sea capaz de convencer a todos los que están debajo de nuestra ruta de vuelo de que apaguen las luces para reforzar la ilusión de que estamos solos.

—Bueno, tal vez todo sea un montaje —sugirió Albert—. Tal vez en realidad estemos todavía en tierra, y lo que vemos por las ventanillas sea una proyección. Ya sabe a lo que me refiero. Una vez vi una película donde pasaba algo parecido.

Jenkins meneó lenta y pesarosamente la cabeza.

—Estoy seguro de que era una película muy interesante, pero no creo que funcionara en la vida real. No lo creo, a menos que nuestra teórica organización hubiera perfeccionado una especie de pantalla supergigante para proyectar en tres dimensiones. Pase lo que pase, no sucede solo dentro del avión, Albert, y ahí es donde la deducción falla.

—Pero ¡el piloto…! —exclamó Albert desconcertado—. ¿Qué me dice de que estuviera casualmente en el lugar y en el momento adecuados?

—¿Es usted aficionado al béisbol, Albert?

—¿Eh? No. Es decir, a veces miro a los Dodgers en la tele, pero en realidad no.

—Bueno, permítame comunicarle lo que debe de ser la estadística más sorprendente jamás registrada en un juego donde abundan las estadísticas. En 1957, Ted Williams alcanzó la base en dieciséis bateos consecutivos. Esta racha comprendió seis partidos de béisbol. En 1941, Joe DiMaggio bateó bien en cincuenta y seis juegos. Sin embargo, el cálculo de probabilidades de la hazaña de DiMaggio no es nada comparado con el de la proeza de Williams, que se ha estimado en torno a una de cada dos billones. A los aficionados al béisbol les gusta decir que la racha de DiMaggio nunca será igualada. No estoy de acuerdo. Pero estaría dispuesto a apostar que, si dentro de cien años siguen jugando al béisbol, las dieciséis bases seguidas de Williams se sostendrán.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, en mi opinión, la presencia del capitán Engle esta noche no es ni más ni menos que una casualidad, como las dieciséis bases consecutivas de Williams. Y, considerando nuestras circunstancias, se trata de una afortunada casualidad.

Albert, si la vida fuera como una novela de misterio, donde la casualidad no está permitida y nunca se sostienen las apuestas por mucho tiempo, las cosas serían mucho más ordenadas. No obstante, he descubierto que en la vida real la casualidad no es la excepción, sino la regla.

—Entonces ¿qué sucede? —susurró Albert.

Jenkins dejó escapar un largo e inquieto suspiro.

—Me temo que no soy la persona adecuada para responder a eso. Es una pena que no tengamos a bordo a Larry Niven o a John Varley.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Escritores de ciencia ficción —contestó Jenkins.

3

—Supongo que no lee ciencia ficción, ¿verdad? —preguntó de pronto Nick Hopewell.

Brian se volvió a mirarlo. Desde que él tomara el control del vuelo veintinueve dos horas antes, Nick había estado sentado en silencio en el asiento del copiloto. Había asistido sin decir palabra a los esfuerzos de Brian por comunicarse con alguien, con cualquiera, en tierra o en el aire.

—Me volvía loco cuando era pequeño —dijo Brian—. ¿Y usted?

Nick sonrió.

—Hasta que cumplí los dieciocho años, creía firmemente que la Santísima Trinidad la encarnaban Robert Heinlein, John Christopher y John Wyndham. Compañero, he estado sentado aquí recordando esas viejas historias, pensando en cosas tan exóticas como saltos en el tiempo y en el espacio, y expediciones espaciales alienígenas.

Brian asintió. Se sentía aliviado; resultaba reconfortante confirmar que no era el único en tener ideas raras.

—Quiero decir que en realidad no tenemos manera de saber si allá abajo queda algo, ¿no?

—No —respondió Brian—. No tenemos.

Al sobrevolar Illinois, las nubes bajas habían ocultado la oscura mole de la tierra. Brian estaba seguro de que seguía siendo la tierra —incluso a once mil metros, las Rocosas parecían tranquilizadoramente familiares—, pero más allá de eso no estaba seguro de nada. Y la cobertura de nubes podía mantenerse hasta Bangor. No tenía

forma de saberlo sin establecer comunicación con el Control de Tráfico Aéreo. Había estado especulando con diferentes explicaciones, pero la más desagradable era la siguiente: que saldrían del interior de una de las nubes y descubrirían que todo signo de vida humana —incluyendo el aeropuerto donde pensaba aterrizar— había desaparecido. Y entonces ¿dónde posaría ese pájaro?

—Siempre he pensado que esperar es la parte más dura —dijo Nick.

¿*La parte más dura de qué*?, se preguntó Brian, pero no lo dijo.

—¿Y si bajara a unos mil quinientos metros o así? —propuso repentinamente Nick—. Solo para echar una rápida mirada. Tal vez la visión de algunos pueblos y de las autopistas interestatales nos tranquilizara.

Brian ya lo había pensado. Había considerado esa posibilidad con un intenso anhelo.

—Resulta tentador —dijo—, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Nick, los pasajeros siguen siendo mi responsabilidad primordial. Aunque explicara de antemano lo que vaya hacer, lo más probable es que cundiera el pánico. Estoy pensando sobre todo en nuestro charlatán amigo de la cita urgente en el Pru. El tipo al que le retorció la nariz.

—Puedo manejarlo —contestó Nick—. Y también a otros que se pongan nerviosos.

—Estoy seguro de ello —dijo Brian—, pero no veo la necesidad de asustarlos innecesariamente. Y terminaremos por enterarnos. No podemos quedarnos aquí arriba para siempre, ¿sabe?

—Muy cierto, compañero —dijo secamente Nick.

—De todos modos, podría hacerlo si estuviera seguro de que a mil o mil quinientos metros estaría por debajo de la capa de nubes, pero sin ATC y sin otros aviones con los que hablar, no puedo saberlo. Ni siquiera sé qué tiempo hace allá abajo, y no estoy hablando de cosas normales. Si quiere, puede reírse, pero…

—No me río, colega. Ni siquiera estoy cerca de la risa. Créame.

—Bueno, suponga que hemos dado un salto en el tiempo, como en una novela de ciencia ficción. ¿Qué pasaría si atravesara las nubes y pudiéramos echar un vistazo a un grupo de brontosaurios pastando en el campo del granjero John, antes de ser destrozados por un ciclón o incinerados por una tormenta eléctrica?

—¿Cree que es posible? —preguntó Nick.

Brian lo miró con atención para ver si era una pregunta sarcástica. No lo parecía, pero resultaba difícil decirlo. Los británicos eran famosos por su cáustico sentido del humor, ¿no?

Brian pensó en contarle que una vez había visto algo semejante en un episodio de *La dimensión desconocida*, pero decidió que no contribuiría a reforzar su credibilidad.

—Supongo que es muy improbable, pero ya me comprende… Sencillamente, no

sabemos con qué nos enfrentamos. Podríamos chocar con una montaña nuevecita en lo que solía ser el centro de Nueva York. O con otro avión. ¡Diablos! Incluso con una plataforma lanzadora de cohetes. Al fin y al cabo, si hemos dado un salto en el tiempo, podríamos estar tanto en el futuro como en el pasado.

Nick miró hacia fuera por la ventanilla.

—Parece que tenemos el cielo para nosotros solos.

—Aquí arriba sí. Pero allá abajo, ¿quién sabe? Y la incertidumbre es una situación arriesgada para un piloto. Tengo intención de sobrevolar Bangor cuando lleguemos, si todavía se mantienen las nubes. Conduciré el avión hasta situarlo sobre el Atlántico y, cuando regresemos, bajaré. Si hacemos el descenso inicial sobre el agua, nuestras posibilidades serán mayores.

—De modo que, por ahora, nos limitamos a seguir.

—Correcto.

—Y a esperar.

—Correcto otra vez.

Nick suspiró.

—Bueno, usted es el capitán.

—Tres en raya —dijo Brian, sonriendo.

4

En lo más profundo de las fosas abisales de los océanos Pacífico e Índico, hay peces que viven y mueren sin ver ni sentir jamás el sol. Esas criaturas fabulosas recorren las profundidades como globos fantasmagóricos, encendidos desde dentro por su propia radiación. Aunque parecen delicados, en realidad son maravillas de diseño biológico, construidas para soportar presiones que dejarían a un hombre más plano que un cristal en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, su gran fuerza es también su gran debilidad. Prisioneros de sus extraños cuerpos, permanecen eternamente encerrados en los oscuros abismos. Si se los captura y se los arrastra hasta la superficie, hacia el sol, simplemente estallan. Lo que los destruye no es la presión, sino su ausencia.

Craig Toomy había sido criado en su propia fosa oscura, había vivido en su atmósfera de alta presión. Su padre había sido un ejecutivo del Banco de América, que se ausentaba de casa durante largos períodos. En realidad, una caricatura del superejecutivo tipo A, que exigía a su hijo con la misma furia despiadada con que se exigía a sí mismo. Las historias nocturnas que le relataba a Craig, cuando éste era un

niño, aterrorizaban al pequeño. Y no era extraño, porque el terror era exactamente la emoción que Roger Toomy quería despertar en él. La mayor parte de aquellos relatos trataban de una raza de monstruos llamados los langolieros.

Su trabajo, su misión en la vida (en el mundo de Roger Toomy todo tenía un trabajo, una tarea seria que realizar) era cazar a los niños holgazanes que perdían el tiempo. Cuando tenía siete años, Craig ya era un superesforzado tipo A, como su padre. Y ya había tomado la decisión de su vida: los langolieros nunca lo atraparían.

Un boletín de calificaciones en el que todas las notas no fuesen «A» era inaceptable. Una «A» era objeto de un sermón lleno de advertencias sobre lo que representaría una vida dedicada a cavar pozos o vaciar cubos de basura, y una B terminaba en castigo, que solía ser el confinamiento en su habitación durante una semana. Durante esa semana, Craig solo podía salir para ir a la escuela y comer. No tenía derecho a salir a jugar como premio por su buen comportamiento. Por otro lado, logros extraordinarios, como aquella vez en que Craig ganó el decatlón triescolar, no traían consigo elogios o premios. Cuando Craig enseñó a su padre la medalla que le habían dado en aquella ocasión —delante de todos los estudiantes—, su padre le dedicó una mirada, gruñó y volvió a sumergirse en la lectura del periódico. Craig tenía nueve años cuando su padre murió de un ataque al corazón. En realidad, se sintió más bien aliviado de que hubiera desaparecido esa réplica burocrática del general Patton.

Su madre era una alcohólica, cuya tendencia a la bebida solo había sido controlada por el miedo que tenía al hombre con quien se había casado. En cuanto Roger Toomy estuvo bajo tierra, donde ya no podía buscar sus botellas y romperlas, o abofetearla, o pedirle que se controlara, ¡por el amor de Dios!, Catherine Toomy se dedicó en serio al trabajo de su vida. Alternativamente, asfixiaba a su hijo con su amor o lo congelaba con su rechazo, según la cantidad de ginebra que corriera en ese momento por sus venas. Su conducta era con frecuencia peculiar y a veces extravagante. El día en que Craig cumplió diez años, puso un fósforo de madera entre dos de los dedos de sus pies, lo encendió y cantó *Cumpleaños feliz* mientras el fósforo iba consumiéndose lentamente y la llama acercándose a la piel. Le dijo que, si intentaba resistirse o tirarlo, lo llevaría de inmediato al orfanato. La amenaza del orfanato era frecuente cuando Catherine Toomy iba cargada.

—De todas maneras, debo hacerlo —le dijo mientras encendía el fósforo, que sobresalía entre los dedos de su lloroso hijo como una especie de depauperada vela de aniversario—. Eres igual que tu padre. Él no sabía divertirse, y tú tampoco. Eres una lata, Craiggy-weggy.

Terminó la canción y apagó el fósforo antes de que la piel del segundo y tercer dedos del pie derecho llegara a quemarse. Pero Craig nunca olvidó la llama amarilla, el palito rizado y ennegrecido, y el calor que iba en aumento mientras su madre barbotaba con su monótona y desafinada voz de borracha:

—Cumpleaños feliz, querido Craiggy-weggy, te deseamos todos cumpleaños

feliz.

Presión.

Presión en los abismos.

Craig Toomy siguió obteniendo Aes y pasando mucho tiempo en su habitación. El lugar que había sido su prisión se convirtió en su refugio. Allí, fundamentalmente estudiaba, pero a veces, cuando las cosas no iban bien, cuando se sentía acorralado, cogía una hoja tras otra de papel borrador y las rompía en tiras estrechas, que dejaba caer y amontonarse lentamente en torno a sus pies, mientras sus ojos miraban a través del espacio. Sin embargo, esos períodos en blanco no eran frecuentes. Entonces no.

Obtuvo el título de graduado en el instituto. Su madre no asistió a la ceremonia. Estaba borracha. Quedó noveno de su clase en la Escuela de Empresariales de la UCLA. Su madre no fue. Estaba muerta. En las profundidades abismales del centro de su corazón, Craig estaba convencido de que finalmente los langolieros habían ido a buscarla.

Craig comenzó a trabajar para la Corporación Bancaria Desert Sun de California, como miembro del programa de entrenamiento de ejecutivos. Le fue muy bien, lo cual no tenía nada de sorprendente. Craig Toomy había sido formado para conseguir Aes, para medrar sometido a las altas presiones de las grandes profundidades. Y, a veces, tras enfrentarse a un pequeño revés en el trabajo (y en aquellos días, apenas cinco años atrás, todos los reveses eran menores), regresaba a su apartamento de Westwood, a menos de ochocientos metros del que ocuparía Brian Engle después de su divorcio, y desgarraba pequeñas tiras de papel durante horas. Poco a poco, aquellos episodios fueron haciéndose más frecuentes.

Durante esos cinco años, Craig corrió por la vía rápida corporativa como un galgo persiguiendo a un conejo mecánico. Los rumores decían que tenía muchas posibilidades de convertirse en el vicepresidente más joven de los gloriosos cuarenta años de historia del Desert Sun. Pero algunos peces están hechos para emerger hasta determinado punto, ni un milímetro más. Si transgreden ese límite interno, estallan.

Hacía ocho meses que a Craig Toomy le habían asignado su primer gran proyecto: el equivalente corporativo a una tesis doctoral. El proyecto era obra del Departamento de Bonos. Los bonos —bonos extranjeros y bonos basura (con frecuencia eran lo mismo)— eran la especialidad de Craig. El proyecto en cuestión proponía la compra de un número limitado de bonos sudamericanos muy sospechosos —llamados a veces «bonos de morosos»—, según un plan cuidadosamente establecido. La teoría que subyacía a estas compras era bastante razonable, dada la posibilidad limitada de asegurarlos que había, y las exenciones de impuestos que se producían en la facturación dejaban sustanciosos beneficios (el Tío Sam estaba prácticamente derrumbándose para evitar el colapso de la compleja estructura de la deuda sudamericana). Solo se trataba de llevarlo a cabo con mucho cuidado.

Craig Toomy propuso un plan que despertó bastantes recelos. Se centraba en una gran compra de diversos bonos argentinos, considerados normalmente como los

peores de un mal lote. Craig defendió con entusiasmo y persuasión su plan, presentando datos, cifras y proyecciones para demostrar su teoría de que los bonos argentinos eran mucho más sólidos de lo que parecían. Insistió en que, con un solo golpe audaz, Desert Sun podría convertirse en el comprador más importante y rico de bonos extranjeros del oeste americano. Según dijo, los beneficios que obtendrían no serían tan importantes como la credibilidad a largo plazo que conseguirían.

Tras una larga discusión, a veces acalorada, la propuesta de Craig recibió luz verde. Tom Holby, uno de los vicepresidentes *senior*, se llevó aparte a Craig después de la reunión para felicitarlo y hacerle una advertencia.

—Si al término del año fiscal esto ha salido como usted piensa, se convertirá en nuestra mascota. Si no, va a encontrarse en un lugar muy poco acogedor, Craig. Le sugiero que dedique los próximos meses a construirse un refugio.

—No necesitaré un refugio, señor Holby —dijo confiadamente Craig—. Después de esto, lo que necesitaré será un planeador. Puede estar seguro de que será la compra de bonos del siglo. Algo así como encontrar diamantes en la liquidación de un granero. Espere y verá.

Aquella noche se fue a casa temprano. Cuando la puerta del apartamento estuvo cerrada con triple llave, la sonrisa confiada desapareció de sus labios y fue reemplazada por la inquietante mirada neutra. De camino a casa había comprado las últimas revistas. Las llevó a la cocina, las colocó ordenadamente frente a sí, sobre la mesa, y empezó a romperlas en tiras largas y estrechas. Siguió haciéndolo durante más de seis horas. Rasgó papel hasta que todas las hojas de *Newsweek*, *Time* y *U. S. News & World Report* quedaron esparcidas por el suelo, alrededor de él. Sus mocasines Gucci estaban cubiertos de tiras. Parecía el único superviviente tras una explosión en una fábrica de cintas perforadas de teletipo.

La compra de bonos que había propuesto —sobre todo la de los argentinos— suponía un riesgo mucho mayor de lo que había dejado entrever. Había sacado adelante su propuesta exagerando algunos datos, suprimiendo otros, e incluso inventando algunos. Muy pocos, era verdad. Después se había ido a casa y había desgarrado tiras de papel durante horas, preguntándose por qué lo había hecho. No sabía nada de los peces que viven en los abismos, viviendo sus vidas y muriendo sus muertes sin haber visto nunca el sol. No sabía que hay peces y hombres cuya *bête noire* no es la presión, sino su ausencia. Solo sabía que había sentido el irrefrenable impulso de comprar aquellos bonos, de dar en una diana situada en su propia frente.

Ahora tenía que reunirse con representantes de bonos de cinco corporaciones bancarias importantes, en el Prudential Center de Boston. Compararían sus notas, especularían acerca del futuro del mercado de bonos, discutirían sobre las compras de los últimos dieciséis meses y sus resultados. Y antes de que terminara el primer día de los tres que duraría la conferencia, todos sabrían lo que Craig Toomy sabía desde hacía nueve días: que, en ese momento, los bonos que había comprado valían menos de seis centavos. Y, no mucho después, el jefazo de la Desert Sun descubriría el resto

de la verdad: que él había comprado más de tres veces lo que le habían autorizado a comprar. También había invertido hasta el último penique de sus ahorros personales, aunque no creía que eso pudiera importarles.

¿Quién puede saber cómo se siente el pez capturado en uno de esos profundos abismos y arrastrado velozmente hasta la superficie, hacia la luz de un sol cuya existencia jamás ha sospechado? ¿No es por lo menos posible que sus últimos momentos estén presididos por el éxtasis en lugar de por el horror? ¿No es posible que sienta la realidad aplastante de toda esa presión precisamente en el momento en que por fin va a desaparecer? ¿No es posible que en los segundos anteriores a la explosión piense —en la medida en que los peces puedan pensar, claro está—, envuelto en una especie de frenesí de júbilo: *Por fin me he liberado de aquel peso*? Probablemente no. Probablemente los peces de esas profundidades oscuras no sienten en absoluto, al menos de una forma reconocible para nosotros, y desde luego no piensan. Pero la gente sí.

En lugar de sentir vergüenza, cuando Craig Toomy embarcó en el avión de American Pride rumbo a Boston se sintió invadido por un inmenso alivio y una especie de felicidad inquieta, horrorizada. Iba a estallar y descubrió que le importaba un pimiento. En realidad, lo esperaba con ansiedad. Mientras ascendía a la superficie, sentía que la presión iba desprendiéndose de la superficie de su piel. Por primera vez en semanas, no había rasgado papel. El sueño lo había vencido antes incluso de que el vuelo 29 despegara, y había dormido como un bebé hasta que esa mocosita ciega empezó a maullar.

Y ahora le decían que todo había cambiado. Pero él no podía permitirlo. No debía permitirlo. Había estado firmemente atrapado en la red, había sentido el embriagador ascenso y el estiramiento de la piel provocado por el choque de fuerzas. Ahora no podían cambiar de idea y volver a arrojarlo a las profundidades.

¿Bangor?

¿Bangor, Maine?

¡Ah, no! De ninguna manera.

Craig Toomy advertía nebulosamente que la mayor parte de la gente del vuelo 29 había desaparecido, pero no le importaba. Ellos no eran lo importante. No formaban parte del plan general que a su padre siempre le gustaba llamar «el PANORAMA GLOBAL». La reunión en el Pru formaba parte del PANORAMA GLOBAL.

Esa idea demencial de desviarse a Bangor, en Maine, ¿de quién había sido exactamente?

Naturalmente, del piloto. Idea de Engle, ese supuesto capitán.

Ahora bien, Engle… Engle muy bien podía formar parte del PANORAMA GLOBAL. De hecho, podía ser un agente del enemigo. En el fondo de su corazón, Craig lo había sabido desde el instante en que Engle empezó a hablar por el intercomunicador. Pero ahora ya no necesitaba depender de su corazón, ¿verdad? Claro que no. Había estado escuchando la conversación entre el chico flaco y el

hombre con la chaqueta de rebajas. El gusto del hombre era terrible, pero sus palabras le habían parecido muy sensatas a Craig Toomy, al menos hasta cierto punto.

En ese caso, el piloto sería uno de nosotros, había dicho el chico. *Sí y no* —había contestado el tipo de la chaqueta barata—. *En mi relato, el piloto es el piloto. El piloto que por casualidad iba a bordo, supuestamente con destino a Boston, el que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la puerta de la cabina*.

En otras palabras, Engle.

Y el otro tipo, el que le había retorcido la nariz a Craig, estaba evidentemente en el ajo, ejerciendo de una especie de mariscal del cielo para proteger a Engle de cualquiera que comprendiera.

No había seguido escuchando mucho tiempo más la conversación, porque entonces el hombre de la chaqueta de rebajas dejó de decir cosas razonables y empezó a barbotar un montón de mierda sobre que Denver, Des Moines y Omaha habían desaparecido. La idea de que tres grandes ciudades americanas podían desaparecer sin más era ridícula, pero eso no quería decir que todo lo que había dicho el tipo lo fuera.

Por supuesto, era un experimento. Esa idea no era ni mucho menos tonta. Sin embargo, la teoría del viejo de que ellos eran conejillos de Indias era producto de una mente desequilibrada.

Yo —pensó Craig—. *Soy yo el conejillo.*

Durante toda su vida, Craig se había sentido el conejillo de un experimento parecido a éste. *Caballeros, es una cuestión de relación presión-éxito. La relación correcta produce un factor X. ¿Qué factor X? Eso es lo que nos mostrará nuestro sujeto, el señor Craig Toomy*.

Pero entonces Craig Toomy había hecho algo que no esperaban, algo que nunca se habrían atrevido a hacer sus ratas y conejillos de Indias: les había dicho que no participaba.

¡No puede hacer eso! ¡Estallará!

¿De veras? ¡Estupendo!

Y ahora todo se había aclarado, por completo. Los demás eran espectadores inocentes o extras contratados para dar a este drama estúpido la verosimilitud que necesitaba. Todo se había organizado con un objetivo: mantener lejos de Boston a Craig Toomy, mantener a Craig Toomy alejado de la opción de abandonar el experimento.

Yo les enseñaré, pensó Craig. Arrancó otra hoja de la revista y la miró. Mostraba a un hombre feliz, un hombre que obviamente nunca había oído hablar de langolieros, que evidentemente no sabía que se arrastraban por todas partes, detrás de cada arbusto y cada árbol, en toda oquedad, justo por encima del horizonte. El hombre feliz conducía por una carretera campestre al volante de su coche alquilado en Avis. El anuncio decía que, al presentar la tarjeta de usuario asiduo de American Pride en el mostrador de Avis, prácticamente te daban ese coche de alquiler y tal vez también

una chica para conducirlo. Empezó a rasgar una tira de papel del costado del reluciente anuncio. El prolongado y lento sonido resultaba al mismo tiempo angustioso y exquisitamente tranquilizador.

Les demostraré que cuando digo que me retiro, lo digo en serio.

Dejó caer la tira al suelo y empezó con la siguiente. Era importante rasgar despacio. Era importante que cada tira fuera lo más estrecha posible, pero no se podían hacer demasiado estrechas porque se te escapaban y se rompían antes de llegar al final de la página. Para que cada tira tuviera la medida correcta, se requería una vista aguda y manos seguras. *Y yo tengo ambas cosas. Será mejor que lo crean. Será mejor que lo crean.*

Rasss.

Tal vez tenga que matar al piloto.

Sus manos se detuvieron en la mitad de la página. Miró por la ventanilla y vio su cara larga y pálida reflejada en la oscuridad.

Tal vez también tenga que matar al inglés.

Craig Toomy nunca había matado a nadie. ¿Podría hacerlo? Con creciente alivio, llegó a la conclusión de que sí. Naturalmente, no mientras estuvieran en el aire; el inglés era muy rápido, muy fuerte, y allí arriba no había armas lo bastante seguras. Pero, cuando aterrizaran…

Sí. Si tengo que hacerlo, lo haré.

Al fin y al cabo, la conferencia en el Pru duraría tres días. Al parecer, era inevitable llegar tarde, pero al menos podría explicar que había sido drogado y tomado como rehén por una organización gubernamental. Eso los dejaría atónitos. Podía ver sus caras sobresaltadas mientras él permanecía en pie. Trescientos banqueros de todo el país se reunían para hablar de bonos y deudas, y en lugar de eso se enterarían de la sucia verdad de lo que hacía el gobierno. *Amigos míos, fui secuestrado por…*

Rasss.

… y pude escapar solo cuando…

Rasss.

Si es necesario, puedo matarlos a los dos. En realidad, puedo matarlos a todos.

Las manos de Craig Toomy empezaron a moverse otra vez. Terminó de rasgar una tira, la dejó caer al suelo y empezó con la siguiente. La revista tenía muchas páginas, cada página tenía muchas tiras, y eso quería decir que había mucho trabajo que hacer antes de que aterrizara el avión. Pero eso no le preocupaba.

Craig Toomy era un hombre hacendoso.

5

Laurel Stevenson no volvió a dormirse, pero sí a dormitar. Sus pensamientos —que en ese estado mental desbocado parecían sueños— se centraron de nuevo en la razón por la cual iba a Boston.

Se supone que inicio mis primeras vacaciones auténticas en diez años, había dicho. Pero era mentira. Contenía un granito de verdad, pero dudaba de que hubiera sido muy convincente. No le habían enseñado a decir mentiras, y su técnica no era buena. No creía que la gente que quedaba en el vuelo 29 estuviera interesada, claro. No en esa situación. El hecho de ir a Boston a ver a un hombre desconocido —y casi con seguridad a acostarse con él— no era nada comparado con el de ir hacia el este en un avión del cual habían desaparecido casi todos los pasajeros y toda la tripulación.

> Querida Laurel:
>
> Me hace mucha ilusión conocerte. Cuando bajes por la escalerilla ni siquiera tendrás que mirar mi fotografía. Tendré tal cosquilleo en el estómago que lo único que necesitarás hacer será buscar al tipo que esté flotando cerca del techo…

Su nombre era Darren Crosby.

Era cierto. No necesitaría mirar su fotografía. Había memorizado su cara, así como la mayor parte de sus cartas. La cuestión era por qué. No tenía respuesta a esa pregunta. Ni siquiera una pista. Era una prueba más de la veracidad de la observación de J. R. R. Tolkien: debes llevar cuidado cada vez que franqueas la puerta, porque la calle que pasa por delante es en realidad un camino, y el camino te arrastra siempre hacia delante. Si no llevas cuidado, es posible que te encuentres… bueno…, arrastrada, una forastera en tierra extraña, que no sabe cómo ha llegado allí.

Laurel había dicho a todos adónde iba, pero no por qué ni para qué. Era bibliotecaria graduada por la Universidad de California. Aunque no era una modelo, estaba bien formada y resultaba agradable de mirar. Se movía en un pequeño círculo de buenos amigos que se habrían escandalizado si hubieran sabido que se dirigía a Boston con la intención de encontrarse con un hombre a quien solo conocía por correspondencia, un hombre con quien había entrado en contacto a través de la columna personal de una revista llamada *Amigos y amantes*.

En realidad, ella también estaba escandalizada.

Darren Crosby medía un metro ochenta y dos, pesaba ochenta y un kilos y tenía los ojos de color azul oscuro. Le gustaba el whisky escocés (aunque no en cantidad excesiva), tenía un gato llamado Stanley, era un heterosexual devoto y un perfecto caballero (o al menos eso afirmaba), y en su opinión Laurel era el nombre más bello que había oído nunca. Las fotos que había enviado mostraban a un hombre de rostro agradable, abierto e inteligente. Laurel sospechaba que era el tipo de hombre que parecería siniestro si no se afeitara dos veces al día. Y eso era todo lo que sabía.

Laurel había mantenido correspondencia con media docena de hombres en media docena de años (suponía que era un *hobby*), pero jamás había imaginado que daría el paso siguiente…, este paso. Suponía que el escueto y autocensurado sentido del humor de Darren formaba parte de su atractivo, pero era perturbadoramente consciente de que las auténticas razones estaban en ella, no en él. ¿No sería que la atracción real era de hecho su incapacidad para comprender ese violento deseo de hacer algo inhabitual, como volar hacia lo desconocido esperando encontrar la luz adecuada?

¿*Qué estás haciendo*?, volvió a preguntarse.

El avión atravesó una pequeña turbulencia y volvió a estabilizarse.

Laurel salió de su somnolencia y miró a su alrededor. Vio que la adolescente se había sentado frente a ella y miraba por la ventanilla.

—¿Qué ves? —preguntó Laurel—. ¿Ves algo?

—Bueno, ha salido el sol —dijo la chica—, pero eso es todo.

—¿Y qué hay de la tierra? —Laurel no quería levantarse a mirar. Dinah seguía teniendo la cabeza apoyada en ella y no quería despertarla.

—No la veo. Está todo cubierto de nubes —explicó, mirando a su alrededor. Sus ojos se habían aclarado y su rostro había recuperado un poco de color, no mucho—. Me llamo Bethany Simms. ¿Y tú?

—Laurel Stevenson.

—¿Crees que estaremos bien?

—Supongo —contestó Laurel. Y añadió, reacia—: Eso espero.

—Me asusta lo que puede haber bajo esas nubes —dijo Bethany—. Pero, de todos modos, ya estaba asustada. Por Boston. De repente, mi madre decidió que sería una gran idea que pasara un par de semanas con mi tía Shawna, a pesar de que el colegio empieza dentro de diez días. Creo que la idea era que bajara del avión como un corderito para que la tía Shawna me atara la soga al cuello.

—¿Qué soga?

—No busques la salida fácil, no cojas dinero, acude enseguida al centro de rehabilitación y empieza a secarte —dijo Bethany, pasando las manos por su cabello corto y oscuro—. Las cosas ya eran tan raras que esto parece una continuación. —Miró detenidamente a Laurel y agregó con total seriedad—: Esto está sucediendo realmente, ¿no? Quiero decir que ya me he pellizcado varias veces y no ha cambiado nada.

—Es real.

—No parece real —dijo Bethany—. Parece una de esas estúpidas películas de catástrofes. *Aeropuerto 1990* o algo así. No puedo dejar de buscar a un par de actores como Wilford Brimley y Olivia de Havilland. Se supone que se conocen durante el fregado y se enamoran, ¿sabes?

—No creo que estén en el avión —dijo Laurel con gravedad. Se miraron a los ojos y, durante un instante, estuvieron a punto de reír juntas. Si hubiera sucedido, se

habrían hecho amigas. Pero no sucedió. No del todo.

—¿Y tú qué, Laurel? ¿Tienes un problema de película catastrofista?

—Me temo que no —contestó Laurel. Y entonces sí se echó a reír, porque una palabra apareció en su mente en rojas letras de neón: *¡Mentirosa!*

Bethany se tapó la boca con la mano y dejó escapar una risilla.

—¡Jesús! —exclamó un minuto después—. Es lo que faltaba, ¿no?

Laurel asintió.

—Lo sé. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Necesitas rehabilitación, Bethany?

—No lo sé —respondió, volviéndose otra vez a mirar por la ventanilla. Su sonrisa había desaparecido y la voz era átona—. Supongo que no me vendría mal. Solía pensar que era solo ocasional, pero ahora no lo sé. Supongo que está fuera de control. Pero ser embalada de esta manera… Me siento como un cerdo en la cola del matadero.

—Lo siento —dijo Laurel, pero también lo sentía por sí misma. La niña ciega ya la había adoptado; no necesitaba una segunda pupila. Ahora que se había despejado otra vez, descubrió que estaba asustada, muy asustada. Si la chica pretendía desembarazarse de un montón de angustia catastrofista, ella no quería estar en la parte trasera del camión descargador. La idea la hizo sonreír otra vez. No podía evitarlo. Era lo que faltaba. ¡Vaya si lo era!

—Yo también lo siento —dijo Bethany—, pero supongo que no es el momento apropiado para preocuparse, ¿eh?

—Creo que no —dijo Laurel.

—El piloto no desaparecía nunca en aquellas películas de *Aeropuerto*, ¿verdad?

—No, que yo recuerde.

—Son casi las seis. Faltan dos horas y media.

—Sí.

—Solo con que el mundo estuviera todavía allí —dijo Bethany—, sería suficiente para empezar. —Y añadió, mirando atentamente a Laurel—: Supongo que no tendrás hierba, ¿no?

—Me temo que no.

Bethany se encogió de hombros y ofreció a Laurel una sonrisa fatigada que resultaba extrañamente cautivadora.

—Bueno —dijo—, me llevas ventaja. Yo solo temo.

6

Un rato después, Brian Engle volvió a verificar la dirección, la velocidad del aire, las cifras de navegación y sus mapas. Lo último que hizo fue mirar el reloj. Eran las ocho y dos minutos.

—Bueno —dijo a Nick sin volver la cabeza—. Creo que ya es hora. Todo o nada.

Se estiró y encendió la señal de ABRÓCHENSE EL CINTURÓN. La campanilla emitió su sonido lento y agradable. Después, abrió el intercomunicador y cogió el micrófono.

—Hola, señoras y caballeros. Les habla el capitán Engle. Estamos sobrevolando el océano Atlántico, aproximadamente a unos cincuenta kilómetros al este de la costa de Maine, y muy pronto iniciaré el descenso a la zona de Bangor. En circunstancias normales, no encendería tan pronto la señal de los cinturones, pero estas circunstancias no son normales, y mi madre siempre decía que la prudencia es el ingrediente esencial del valor. Por lo tanto, quiero asegurarme de que sus cinturones están bien abrochados y ajustados. Las condiciones, abajo, no parecen ser especialmente amenazadoras, pero como no puedo establecer comunicación por radio, el tiempo será una especie de regalo sorpresa para todos. Esperaba que las nubes se abrieran, y de hecho vi algunos claros sobre Vermont, pero me temo que han vuelto a cerrarse. Desde mi experiencia como piloto puedo decirles que las nubes que ven debajo no me parecen indicadoras de tiempo muy malo. Creo que en Bangor puede estar nublado, y tal vez caiga una ligera llovizna. Ahora inicio el descenso. Por favor, permanezcan tranquilos. Todas las luces del tablero están en verde y los procedimientos en el interior del avión son de rutina.

Brian no se había molestado en programar el piloto automático para el descenso. Inició el proceso. Hizo girar el aparato en una curva amplia y pausada, y su asiento se inclinó ligeramente hacia delante cuando el 767 empezó su lento deslizamiento hacia las nubes que había a mil metros.

—Un discurso muy tranquilizador —dijo Nick—. Tendría que haberse dedicado a la política, colega.

—No creo que estén demasiado tranquilos ahora —replicó Brian—. Yo no lo estoy.

De hecho, estaba más asustado de lo que lo había estado nunca. Comparada con esa situación, la fuga de presión del vuelo 7 desde Tokio parecía un inconveniente menor. El corazón latía lenta y pesadamente en su pecho, como un tambor fúnebre. Tragó saliva y oyó un clic en la garganta. El vuelo 29 se situó a nueve mil metros y siguió descendiendo. Ahora, las nubes blancas e informes estaban más cerca. Se extendían sobre el horizonte como una extraña pista de baile.

—Estoy cagado de miedo, compañero —dijo Nick Hopewell con una voz ronca y extraña—. Vi morir a hombres en las Falkland, recibí una bala en la pierna, tengo una rodilla de Teflón, y en Beirut me salvé por un pelo de volar con un coche-bomba… Fue en 1982. Pero jamás estuve tan asustado como ahora. Parte de mí desearía cogerlo y obligarlo a subir otra vez. Lo más alto posible.

—No serviría de nada —contestó Brian. Su voz ya no era firme; a través de ella escuchaba los latidos del corazón, haciéndola ascender y descender en variaciones diminutas—. Recuerde lo que dije antes: no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Lo sé, pero tengo miedo de lo que pueda haber bajo esas nubes. O de lo que no haya.

—Bueno, lo descubriremos juntos.

—No hay más remedio, ¿eh, colega?

—No.

El 767 llegó a los siete mil quinientos metros y siguió descendiendo.

7

Todos los pasajeros estaban en clase turista; hasta el hombre calvo, que se había aferrado tercamente a su lugar en el de ejecutivos durante la mayor parte del vuelo, se había reunido con los demás.

Y estaban todos despiertos, excepto el barbudo de la cola del avión. Lo oían roncar alegremente y, durante un instante, Albert Kaussner sintió celos, el deseo de ser él quien despertara cuando ya estuvieran seguros en tierra, como seguramente haría el barbudo, y dijera lo que probablemente diría el barbudo: ¿*Dónde demonios estamos*?

El único ruido era el suave *rasss… rasss… rasss*… que producía Craig Toomy al desmembrar la revista. Estaba sentado con los pies hundidos en un enorme montón de tiras de papel.

—¿Le importaría dejar eso? —preguntó Don Gaffney. Su voz era tensa y forzada —. Va a hacer que empiece a subirme por las paredes, compañero.

Craig volvió la cabeza y miró a Don Gaffney con los ojos muy abiertos, neutros, vacíos. Volvió la cabeza de nuevo y levantó la página con la que estaba trabajando, que resultó ser la mitad oriental del mapa de ruta de la American Pride.

Rasss.

Gaffney abrió la boca para decir algo, pero la cerró.

Laurel tenía el brazo en torno a los hombros de Dinah. Ésta cogía entre las suyas la mano libre de Laurel.

Albert estaba junto a Robert Jenkins, delante de Gaffney. Y delante de él estaba la chica de pelo corto y oscuro. Miraba por la ventanilla con el cuerpo estirado con tanta rigidez que parecía atada con alambre. Y delante de ella estaba el hombre calvo de

primera clase.

—¡Bueno, al menos conseguiremos algo para masticar! —dijo en voz alta.

Nadie contestó. La clase turista parecía embutida en una tensa y rígida concha. Albert Kaussner sentía que cada uno de los pelos de su cuerpo estaba erizado. Buscó el refugio consolador de As Kaussner, el duque del desierto, el barón del Buntline, pero no pudo encontrarlo. As se había ido de vacaciones.

Las nubes estaban mucho más cerca. Habían perdido su aspecto chato; ahora, Laurel veía curvas algodonosas y canales llenos de sombras del amanecer. Se preguntó si Darren Crosby estaría todavía allí, esperándola pacientemente entre la muchedumbre, en la puerta de llegada del aeropuerto Logan. No le sorprendió demasiado descubrir que, en el fondo, no le importaba. Su mirada volvió a sentirse atraída por las nubes y olvidó a Darren Crosby, el hombre al que le gustaba el whisky escocés (aunque no en exceso) y que afirmaba ser un perfecto caballero.

Imaginó una mano, una inmensa mano verde, surgiendo de pronto a través de aquellas nubes y cogiendo el 767 como un niño enfadado cogería un juguete. Imaginó que la mano apretaba, vio el carburante del jet explotando en lenguas de fuego color naranja entre los enormes nudillos y cerró un momento los ojos.

No baje allí! —quería gritar—. *¡Por favor, no baje!*

Pero ¿qué elección tenían? ¿Qué elección?

—Estoy muy asustada —dijo Bethany Simms con voz débil e imprecisa. Se pasó a uno de los asientos de la zona central, se ajustó el cinturón y apretó las manos contra el vientre—. Creo que voy a desmayarme.

Craig Toomy le lanzó una mirada y empezó a hacer otra tira con el mapa de ruta. Un momento después, Albert se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se sentó junto a Bethany y volvió a ajustárselo. En cuanto se sentó, ella le cogió las manos. Tenía la piel fría como el mármol.

—Todo saldrá bien —dijo él, luchando por sonar fuerte y seguro, luchando por sonar como el judío más rápido al oeste del Mississippi. Pero solo sonaba como Albert Kaussner, un estudiante de violín de diecisiete años que se sentía a punto de mearse en los pantalones.

—Espero… —empezó a decir ella. Pero entonces el avión empezó a saltar y Bethany gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Dinah con voz débil y ansiosa—. ¿Le pasa algo malo al avión? ¿Vamos a caernos?

—No creo…

Se escuchó la voz de Brian por los altavoces.

—Es un poco de turbulencia normal, chicos —dijo—. Por favor, permanezcan tranquilos. Al entrar en las nubes, lo más probable es que saltemos más. La mayoría de ustedes ha pasado antes por esto, así que tranquilos.

Rasss.

Don Gaffney miró al hombre del jersey de cuello alto y sintió un impulso súbito,

casi insoportable, de arrancar la revista de las manos de ese hijo de puta y empezar a golpearlo con ella.

Ahora las nubes estaban muy cerca. Robert Jenkins veía la forma negra del 767 corriendo por sus blancas superficies, justo debajo del avión. Pronto, el aparato besaría su propia sombra y desaparecería. Jamás había tenido una premonición, pero en ese momento tuvo una, cierta y completa. *Cuando salgamos de esas nubes, vamos a ver algo que ningún ser humano ha visto nunca. Será algo totalmente increíble…, y sin embargo nos veremos obligados a creerlo. No tendremos elección.*

Apretó los puños sobre los brazos de su asiento. Una gota de sudor le entró en un ojo. En lugar de levantar la mano para limpiarla, Jenkins trató de eliminarla parpadeando. Sentía las manos clavadas al asiento.

—¿Todo va a salir bien? —preguntó frenéticamente Dinah. Sus manos pequeñas apretaban las de Laurel con una fuerza casi dolorosa—. ¿Todo va a salir bien?

Laurel miró por la ventanilla. Ahora, el 767 rozaba la parte superior de las nubes y los primeros copos de algodón dulce pasaron junto a su ventana. El avión sufrió otra serie de sacudidas, y tuvo que apretar la garganta para no gemir. Por primera vez en su vida, se sentía físicamente enferma de terror.

—Espero que sí, encanto —dijo—. Espero que sí, pero realmente no lo sé.

8

—¿Qué indica el radar, Brian? —preguntó Nick—. ¿Algo fuera de lo normal? ¿Algo?

—No —dijo Brian—. Dice que el mundo está allí abajo, pero eso es todo. Estamos…

—Espere —dijo Nick. Su voz tenía un sonido tenso y estrangulado, como si se le hubiera cerrado la garganta hasta tener el diámetro de la cabeza de un alfiler—. Vuelva a subir. Pensémoslo. Espere a que se abran las nubes…

—No hay ni tiempo ni combustible. —Los ojos de Brian estaban clavados en los instrumentos. El avión empezó a agitarse otra vez y realizó automáticamente las correcciones—. Aguante. Entramos.

Empujó los mandos hacia delante. La aguja del altímetro empezó a moverse más deprisa bajo el círculo de vidrio, y el avión se internó en las nubes. Durante un instante, la cola sobresalió, cortando la superficie algodonosa como la aleta de un tiburón. Un momento después, también había desaparecido y el cielo estaba vacío, como si allí no hubiera habido nunca un avión.

Capítulo 4

En las nubes.
Bienvenidos a Bangor.
Una salva de aplausos.
El tobogán y la cinta transportadora.
No se oyen teléfonos.
Craig Toomy da un mal paso.
La advertencia de la niña ciega.

1

La clase turista pasó de la brillante luz solar a la penumbra del final del crepúsculo y el avión empezó a agitarse con más violencia. Después de un salto particularmente fuerte, Albert sintió una presión contra su hombro derecho. Miró y vio la cabeza de Bethany, pesada como una madura calabaza de octubre. La chica se había desmayado. El avión saltó otra vez y en primera clase se oyó un ruido. Esta vez fue Dinah quien gritó. Gaffney preguntó alarmado:

—¿Qué ha sido eso? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha sido eso?

—El carrito de las bebidas —respondió Bob Jenkins en voz baja y seca. Trató de hablar más fuerte para que todos le oyeran, pero descubrió que no podía—. El carrito de las bebidas se quedó fuera, ¿recuerda? Creo que debe de haber rodado…

El avión dio un brinco, bajó con un ruido desgarrador y el carrito de las bebidas cayó. El cristal tembló. Dinah volvió a gritar.

—Está bien —dijo Laurel frenéticamente—. No me aprietes tanto, cariño, está bien…

—¡Por favor, no quiero morir! ¡Es que no quiero morir!

—Turbulencia normal, muchachos. —La voz de Brian sonaba tranquila a través de los altavoces, pero a Bob Jenkins le pareció que en ella había un terror apenas controlado—. Permanezcan…

Otro salto vertiginoso. Otro estallido al caer más vasos y botellines del carrito volcado.

—… tranquilos —terminó Brian.

A la izquierda de Don Gaffney, al otro lado del pasillo, se oyó otro *rasss*.

Gaffney se volvió.

—Déjelo ahora mismo, hijo de puta, o le meteré en la garganta lo que queda de la revista.

Craig lo miró apaciblemente.

—Inténtelo, viejo imbécil.

El avión volvió a subir y a bajar. Albert se inclinó sobre Bethany, en dirección a la ventanilla. Al hacerlo sintió la presión de sus senos contra el brazo, y por primera vez en los últimos cinco años esa sensación no consiguió eliminar de su cabeza todo lo demás. Miró por la ventanilla, buscando desesperadamente un hueco en las nubes, intentando hacer aparecer un hueco en las nubes.

No había nada, salvo sombras gris oscuro.

2

—¿A qué altura está el techo, compañero? —preguntó Nick. Ahora que ya se habían internado en las nubes, parecía más tranquilo.

—No lo sé —dijo Brian—. Pero más abajo de lo que esperaba.

—¿Qué pasa si se queda sin espacio?

—Si los instrumentos fallan, aunque sea un poco, caeremos en la sopa —contestó brutalmente—. Pero lo dudo. Si al llegar a los ciento cincuenta metros sigue sin haber noticias, volveré a subir y me dirigiré a Portland.

—Tal vez tendría que hacerlo ahora.

Brian meneó la cabeza.

—El tiempo es casi siempre peor allí que aquí.

—¿Y Presque Isle? ¿No hay una base SAC de largo alcance?

Brian solo tuvo un instante para pensar que ese tipo sabía mucho más de lo que debía.

—Está fuera de nuestras posibilidades. Nos estrellaríamos en los bosques.

—Entonces Boston también está fuera de nuestras posibilidades.

—Y que lo diga.

—Esta empieza a parecer una pésima decisión, compañero.

El avión golpeó otra corriente invisible de turbulencias y se sacudió como un perro resfriado. Brian oyó débiles gritos procedentes de la clase turista mientras hacía las correcciones necesarias, y deseó poder decirles que no era nada, que el 767 podía atravesar turbulencias veinte veces peores. El verdadero problema era el techo.

—Todavía no hemos salido —dijo.

El altímetro señalaba seiscientos setenta metros.

—Pero ¡nos estamos quedando sin espacio!

—Estamos… —Brian se quedó en silencio. Sintió que una oleada de alivio lo invadía como si fuera la caricia de una mano refrescante—. Ya está —dijo—. Salimos.

Delante del negro morro del 767, las nubes iban raleando rápidamente. Por primera vez desde que sobrevolaran Vermont, Brian vio un hueco en la manta blanco grisácea y, a través de él, el color plomizo del océano Atlántico.

Brian habló por el micrófono de la cabina:

—Señoras y caballeros, hemos alcanzado el techo. Espero que esta pequeña turbulencia cese cuando terminemos de pasar. Dentro de unos minutos oirán, en la parte inferior, el ruido del tren de aterrizaje al bajar y ajustarse en su lugar. Continúo el descenso hacia la zona de Bangor.

Desconectó y se volvió un instante hacia el hombre sentado en el lugar del navegante.

—Deséeme suerte, Nick.

—Ya lo hago, colega, ya lo hago.

3

Laurel miró por la ventanilla casi sin respirar. Ahora, las nubes se despejaban con rapidez. Vio el océano en una sucesión de breves parpadeos: olas, rompiente y un gran trozo de roca saliendo del agua como el colmillo de un monstruo muerto. Tuvo la visión de un objeto naranja brillante que podía ser una boya.

Pasaron por encima de una pequeña isla cubierta de árboles; agachándose y doblando el cuello podía ver la costa. Durante cuarenta y cinco interminables segundos, delgados jirones de nubes oscurecieron la visión. Cuando desaparecieron, el 767 estaba otra vez sobrevolando tierra. Pasaron por encima de un campo, de un grupo de árboles, de lo que parecía un estanque.

Pero ¿dónde están las casas? ¿Dónde están los caminos, los coches, los edificios y los cables de alta tensión?

Entonces dejó escapar un grito.

—¿Qué sucede? —chilló Dinah—. ¿Qué pasa, Laurel? ¿Qué va mal?

—¡Nada! —gritó, triunfante. Abajo veía un camino estrecho que conducía a una pequeña aldea costera. Desde allí arriba, parecía un pueblo de juguete con diminutos coches aparcados en la calle principal. Vio la torre de una iglesia, una cantera de piedra, un campo de béisbol—. ¡Nada va mal! ¡Está todo ahí! ¡Las cosas todavía están ahí!

Robert Jenkins habló a sus espaldas. Su voz, tranquila y plana, reflejaba un profundo desaliento.

—Señora —dijo—, me temo que se equivoca.

4

Un largo y blanco jet de pasajeros sobrevoló lentamente la tierra, unos ocho kilómetros al este del aeropuerto internacional de Bangor. En la cola, en números grandes y orgullosos, se leía: 767. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras AMERICAN PRIDE con letras inclinadas hacia la izquierda para dar impresión de velocidad. A ambos lados del morro figuraba el emblema de la compañía aérea: una gran águila roja. Sus alas desplegadas estaban tachonadas de estrellas azules; tenía los espolones flexionados y la cabeza ligeramente inclinada. Al igual que el avión al que decoraba, el águila parecía estar a punto de posarse.

El avión no proyectaba ninguna sombra en el suelo mientras volaba hacia la ciudad que tenía delante. No llovía, pero la mañana era gris y sin sol. Su vientre se abrió. El tren de aterrizaje bajó y se extendió. Las ruedas se ajustaron en su lugar, bajo el cuerpo del avión y la zona de la cabina de mandos.

El vuelo 29 de American Pride descendió hacia Bangor. Al hacerlo, se inclinó ligeramente hacia la izquierda. Ahora, el capitán Engle podía realizar las correcciones visualmente y lo hizo.

—¡Lo veo! —exclamó Nick—. ¡Veo el aeropuerto! ¡Dios, qué visión más hermosa!

—Si lo ve es que no está en su asiento —dijo Brian. Habló sin volver la cabeza. Ahora no tenía tiempo para eso—. Abróchese el cinturón y cierre la boca.

Pero aquella larga pista era una hermosa visión.

Brian centró en ella el morro del avión y continuó el descenso, pasando de trescientos a doscientos cincuenta metros. Un bosque de pinos aparentemente interminable pasó por debajo de las alas del avión y dio paso a una serie de edificios. Automáticamente, los ojos inquietos de Brian registraron el habitual grupo de moteles, gasolineras y restaurantes de comidas rápidas. Después atravesaron el río Penobscot y entraron en el espacio aéreo de Bangor. Brian controló de nuevo el tablero, observó que tenía luces verdes en los alerones y volvió a intentar establecer contacto con el aeropuerto, aunque sabía que era inútil.

—Torre de Bangor, aquí el vuelo 29 —dijo—. Estoy denunciando una emergencia. Repito, estoy denunciando una emergencia. Si hay tráfico, apártenlo de mi camino. Estoy entrando.

Echó una mirada al indicador de velocidad del aire justo a tiempo para verlo caer por debajo de ciento cuarenta, la velocidad que teóricamente lo obligaba a aterrizar. Debajo de él, algunos árboles dispersos dieron paso a una pista de golf. Tuvo una rápida visión del cartel verde de un Holiday Inn y, después, de las luces que señalaban el final de la pista: el número 33 pintado en grandes números blancos.

Las luces no estaban ni rojas ni verdes.

Simplemente, estaban muertas.

No había tiempo para pensar en ello. No había tiempo para pensar qué les sucedería si un Learjet o un orondo y pequeño Doyka aparecían de pronto en la pista que tenían delante. No había tiempo para nada que no fuera posar el pájaro.

Sobrevolaron una corta franja cubierta de hierbas y gravilla y después, apenas a diez metros por debajo del aparato, empezó a extenderse una pista asfaltada. Pasaron sobre la primera serie de rayas blancas y después empezaron a ver las huellas dejadas probablemente por los jets de la Guardia Nacional del Aire.

Brian condujo el 767 hacia la pista. Debajo de ellos vieron la segunda serie de rayas. Un momento más tarde dieron un pequeño salto cuando el tren de aterrizaje tocó tierra. Ahora, el vuelo 29 corría a lo largo de la pista 33 a ciento noventa kilómetros por hora, con el morro ligeramente levantado y las alas inclinadas en un

ángulo suave. Brian aplicó los alerones e invirtió los empujes. Se oyó otro golpe sordo, más débil que el primero, cuando el morro se posó en el suelo.

Después, el avión fue disminuyendo la velocidad de ciento noventa a ciento sesenta, de ciento sesenta a ciento treinta, de ciento treinta a sesenta, de sesenta a la velocidad de carrera de una persona.

Estaba hecho. Había aterrizado.

—Aterrizaje de rutina —dijo Brian—. Nada especial.

Entonces dejó escapar un suspiro largo y estremecido, y detuvo por completo el avión a cuatrocientos metros de la pista de rodaje más cercana. De pronto, su delgado cuerpo se estremeció violentamente. Se llevó la mano a la cara y la retiró mojada de sudor. Luego, la miró y lanzó una débil carcajada. Una mano se apoyó en su hombro.

—¿Está bien, Brian?

—Sí —respondió, y volvió a coger el micrófono del intercomunicador—. Señoras y caballeros —dijo—, bienvenidos a Bangor.

Brian oyó a sus espaldas un coro de exclamaciones de júbilo y sonrió.

Nick Hopewell no reía. Estaba inclinado sobre el asiento de Brian y miraba por la ventanilla de la cabina. En la red de pistas de rodaje no se movía nada; tampoco en las de aterrizaje. No había camiones ni vehículos de seguridad recorriendo el asfalto de uno a otro lado. Veía algunos vehículos, un avión de transporte del ejército, un C-12 aparcado en una pista exterior y un Delta 727, pero estaban quietos como estatuas.

—Gracias por la bienvenida, amigo mío —dijo suavemente—. Mi profundo agradecimiento proviene del hecho de que es el único que va a ofrecernos una bienvenida. Este lugar está totalmente desierto.

5

Pese al continuado silencio radial, Brian era reacio a aceptar el juicio de Nick. Sin embargo, cuando llegó a un punto situado entre dos de las terminales de pasajeros, descubrió que era imposible creer ninguna otra cosa. No era solo la ausencia de gente; ni siquiera el hecho de que ni un solo coche de seguridad se acercara a ver qué sucedía con aquel inesperado 767; se trataba de la presencia de un aire totalmente inanimado, como si el aeropuerto internacional de Bangor hubiera permanecido desierto durante mil o cien mil años. Bajo un ala del jet Delta había un tren de equipaje enganchado a un jeep, con algunas maletas y bolsos. Los ojos de Brian no

dejaban de mirarlas mientras colocaba el avión lo más cerca que se atrevía de la terminal y lo estacionaba. Las maletas parecían tan antiguas como artefactos exhumados de alguna antigua y fabulosa ciudad. *Me pregunto si el tipo que descubrió la tumba de Tutankamón se sentiría así*, pensó.

Apagó los motores y permaneció sentado un momento. Ahora no se oía ruido alguno, salvo el leve susurro de una unidad eléctrica auxiliar —una de las cuatro que había—, en la parte trasera del avión. La mano de Brian se dirigió hacia el interruptor de FUERZA ELÉCTRICA INTERNA y estuvo a punto de tocarlo. De pronto, deseó no cerrarlo por completo y apartó la mano. No había razón precisa, pero la voz del instinto era muy clara.

Además —pensó Brian—, *no creo que haya nadie por aquí para fastidiar por el gasto de combustible, de lo poco que queda para gastar*.

Después se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó.

—¿Y ahora qué, Brian? —preguntó Nick.

También se había puesto en pie, y Brian observó por primera vez que era unas cuatro pulgadas más alto que él. Pensó: *He estado al mando. Desde que sucedió esta cosa rara…, mejor dicho, desde que descubrimos que sucedió, he estado al mando. Pero creo que eso va a cambiar muy pronto*.

Descubrió que no le importaba. Meter el 767 en las nubes había exigido hasta la última pizca de coraje que poseía, pero no esperaba ningún tipo de agradecimiento por mantener el control y realizar su trabajo. El coraje era una de las cosas por las que le pagaban. Recordaba que, una vez, un piloto le había dicho: *Brian, nos pagan cien mil dólares al año o más, y en realidad lo hacen por una sola razón. Saben que en la carrera de casi todo piloto hay treinta o cuarenta segundos en que realmente pueden cambiar las cosas. Nos pagan para que no nos quedemos paralizados cuando por fin llegan esos segundos*.

Estaba muy bien que el cerebro te dijera que, con nubes o sin ellas, tenías que bajar, que no había elección, así de sencillo. Las terminaciones nerviosas continuaban vociferando su vieja advertencia, telegrafiando el alto voltaje del terror a lo desconocido. Hasta Nick, fuera quien fuese e hiciera lo que hiciese en tierra, había querido retroceder cuando llegó el momento. Había necesitado a Brian para hacer lo que había que hacer. Él y los demás habían necesitado que Brian pusiera los cojones. Ahora estaban abajo y no había monstruos, solo ese extraño silencio y un tren de equipaje abandonado bajo el ala de un Delta 727.

Así que, si quieres tomar el mando y ser el capitán, amigo retorcedor de narices, tienes mi bendición. Si quieres, hasta te presto mi gorra. Pero no hasta que bajemos del avión. Hasta que tú y el resto de los gansos estéis en el suelo, seguís bajo mi responsabilidad.

Pero Nick le había hecho una pregunta, y Brian pensó que merecía una respuesta.

—Ahora bajaremos del avión y veremos cómo están las cosas —dijo, pasando junto al inglés.

Nick apoyó una mano en su hombro, intentando refrenarlo.

—¿Cree…?

Brian sintió un relámpago de ira muy poco habitual en él. Se libró de la mano de Nick.

—Lo que creo es que vamos a salir del avión —dijo—. No hay nadie para colocar una escalerilla, así que usaremos el tobogán de emergencia. Después, empezará a pensar usted, compañero.

Entró en primera clase y estuvo a punto de caer sobre el carrito de las bebidas, que se había volcado. Había un montón de cristales rotos y el olor a alcohol hacía brotar las lágrimas. Saltó por encima. Nick le alcanzó al final del compartimiento.

—Brian, si he dicho algo que le ofendiera, lo siento. Ha hecho un trabajo magnífico.

—No me ha ofendido —dijo Brian—, pero en las últimas diez horas he tenido que enfrentarme a una fuga de presión sobre el océano Pacífico, a la muerte de mi ex mujer en un estúpido incendio en Boston y al hecho de verme envuelto en una horrible película para televisión. Me siento algo apaleado.

Atravesó la primera clase y entró en turista. Durante un momento, el silencio fue absoluto. Allí estaban todos, sentados y mirándolo, con la tez blanca y un desconcierto total. Después, Albert Kaussner empezó a aplaudir.

Al cabo de un instante, Bob Jenkins lo imitó, y Don Gaffney y Laurel Stevenson. El hombre calvo miró a su alrededor, mostró unos dientes demasiado anchos y blancos para no ser postizos y también empezó a aplaudir.

—¿Quién es? —preguntó Dinah a Laurel—. ¿Qué sucede?

—Es el capitán —dijo Laurel, y empezó a llorar—. Es el capitán, que nos ha traído a tierra sanos y salvos.

Entonces, Dinah se puso a aplaudir.

Brian los miraba estupefacto. De pie, a sus espaldas, Nick se unió a los aplausos. Se desabrocharon los cinturones y se pusieron en pie sin dejar de aplaudir. Los únicos que no lo hicieron fueron Bethany, que se había desmayado, el barbudo, que seguía roncando en la última fila, y Craig Toomy, que los examinó a todos con su extraña mirada perdida y empezó a cortar otra tira de la revista de la compañía.

6

Brian sintió que se ruborizaba. Resultaba escalofriante. Levantó las manos, pero

durante un momento no le hicieron caso.

—Señoras y caballeros, por favor…, por favor…, les aseguro que ha sido un aterrizaje de rutina…

—Tranquila, señora, no ha sido nada —dijo Bob Jenkins, haciendo una pasable imitación de Gary Cooper.

Albert se echó a reír. Junto a él, Bethany comenzó a parpadear y miró a su alrededor, mareada.

—¿Aterrizamos con vida? —preguntó—. ¡Dios mío, es maravilloso! ¡Pensé que éramos carne muerta!

—Por favor —dijo Brian. Levantó más los brazos y se sintió como Richard Nixon aceptando la nominación de su partido por otros cuatro años. Tenía que luchar contra unos súbitos deseos de reír a carcajadas. No podía hacerlo; los pasajeros no comprenderían. Querían un héroe y lo habían elegido a él. Lo mejor que podía hacer era aceptar el puesto, y utilizarlo. Al fin y al cabo, todavía tenía que sacarlos del avión.

—¿Quieren prestarme atención? ¡Por favor!

Todos dejaron de aplaudir y se quedaron mirándolo, expectantes. Todos excepto Craig, que desechó la revista con gesto resuelto, se desabrochó el cinturón, se levantó y salió al pasillo, pateando papel. Empezó a revolver el portaequipajes que estaba sobre su asiento, con el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—Han mirado por las ventanillas, así que saben tanto como yo —dijo Brian—. La mayoría de los pasajeros y toda la tripulación de este vuelo desaparecieron mientras dormíamos. Eso ya es bastante inquietante, pero ahora parece que nos enfrentamos a una realidad aún más demencial. Parece como si mucha más gente hubiera desaparecido también, aunque la lógica sugiere que en alguna parte debe de haber otras personas. Nosotros sobrevivimos a lo que fuera y debe de haber otros supervivientes.

Bob Jenkins, el escritor de novelas de misterio, susurró algo. Albert lo oyó, pero no entendió las palabras. Se volvió a medias en dirección a Jenkins cuando el escritor volvía a murmurar esas dos palabras. Esta vez, Albert las entendió. Lo que decía era: «Falsa lógica».

—Creo que la mejor manera de afrontar la situación es ir paso a paso. El primero es salir del avión.

—Yo compré un billete para ir a Boston —dijo Craig Toomy con voz tranquila y razonable—, y quiero ir a Boston.

Nick asomó por detrás del hombro de Brian. Craig le lanzó una mirada y sus ojos se entornaron. Por un instante, pareció un gato doméstico enfurruñado. Nick levantó una mano con los dedos doblados y dos nudillos adelantados, haciendo el gesto de pellizcar una nariz. Craig Toomy, a quien una vez habían obligado a esperar con un fósforo encendido entre los dedos de los pies mientras su madre cantaba *Cumpleaños feliz*, recibió el mensaje de inmediato. Siempre había sido rápido. Y podía esperar.

—Tendremos que utilizar el tobogán de emergencia —dijo Brian—, así que quiero repasar con ustedes el procedimiento. Escuchen con atención, después formen una fila y síganme a la parte delantera del aparato.

7

Cuatro minutos más tarde, la entrada delantera del vuelo 29 de American Pride se abrió hacia dentro. Algunos murmullos salieron por la abertura y parecieron acallarse de inmediato en el aire fresco y silencioso. Se oyó un silbido, y un gran bulto de tela color naranja floreció de pronto en la puerta. Por un instante, pareció un extraño girasol híbrido. Creció y tomó forma al caer, y su superficie se hinchó hasta convertirse en un tobogán rechoncho. Cuando la parte inferior del tobogán llegó al asfalto, se oyó un apagado ¡plop! y se quedó allí, como un enorme colchón de aire color naranja.

Brian y Nick estaban frente a la corta fila de pasajeros, en el lado de babor del compartimiento de primera.

—Al aire de ahí fuera le pasa algo malo —dijo Nick en voz baja.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Brian, y bajó aún más la voz al añadir—: ¿Que está envenenado?

—No. Al menos, no lo creo. Pero no tiene olor ni sabor.

—Está loco —dijo Brian, intranquilo.

—No, no lo estoy —dijo Nick—. Esto es un aeropuerto, colega, no un maldito campo de heno, y ¿se huele a aceite o a gasolina? Yo no huelo a nada.

Brian olfateó. No olía a nada. Si el aire estaba envenenado —no lo creía—, se trataba de una toxina de acción lenta. Sus pulmones parecían procesarla muy bien. Pero Nick tenía razón. No olía a nada. Y aquella otra cualidad, más esquiva, que el británico llamaba gusto… Tampoco sabía a nada. El aire del otro lado de la puerta abierta era absolutamente neutro. Como si estuviera enlatado.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ansiosa Bethany Simms—. Es decir, si pasa, no estoy segura de querer saberlo, pero…

—Nada —dijo Brian. Contó las cabezas, vio que había diez y se volvió hacia Nick—. Aquel tipo del fondo sigue durmiendo. ¿Cree que deberíamos despertarlo?

Nick pensó e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo hagamos. Ya tenemos bastantes problemas por el momento para además tener que cuidar a un estúpido con resaca.

Brian sonrió. Era lo que él pensaba.

—Sí, creo que sí. Vale, baje usted primero, Nick. Después sujete el pie del tobogán. Yo ayudaré a los demás.

—Tal vez sería mejor que usted bajara primero, por si el bocazas de mi amigo decide ponerse tonto con lo del aterrizaje no programado —dijo, con cuidadosa pronunciación británica.

Brian lanzó una mirada al tipo del jersey de cuello alto. Estaba de pie al final de la fila, con un delgado maletín con monograma en una mano, mirando inexpresivamente hacia el techo. Su rostro tenía la expresión de un maniquí de grandes almacenes.

—No me va a causar ningún problema —replicó Brian—, porque me importa un pito lo que haga. Me da igual que se baje o que se quede.

Nick sonrió.

—A mí también. ¡Que empiece el gran éxodo!

—¿Se ha quitado los zapatos?

Nick levantó un par de mocasines negros de cabritilla.

—Vale. Allá vamos. —Brian se volvió hacia Bethany—. Observe con atención, señorita, usted va después.

—¡Dios! Odio esta clase de mierda.

No obstante, Bethany se acercó a Brian y miró con aprensión mientras Nick Hopewell se acercaba al tobogán. Nick saltó levantando al mismo tiempo las dos piernas, de tal modo que parecía un hombre tirándose al agua sentado. Aterrizó sobre el trasero y se deslizó hasta el fondo. Lo hizo con pulcritud; el pie del tobogán apenas se movió. Llegó abajo con los pies por delante, se irguió, dio media vuelta e hizo una reverencia cómica con los brazos a la espalda.

—¡Lo más fácil del mundo! —gritó—. ¡Que pase el siguiente!

—Es usted, señorita —dijo Brian—. ¿Su nombre es Bethany?

—Sí —respondió ella, nerviosa—. No creo que pueda hacerlo. Me catearon en gimnasia tres semestres seguidos y al final permitieron que me cambiara a economía doméstica.

—Lo hará estupendamente —le dijo Brian. Pensó en que la gente utilizaba el tobogán con mayor entusiasmo y no requería tanta persuasión cuando había una amenaza que podían ver, como un agujero en el fuselaje o un incendio en uno de los motores de estribor—. ¿Se ha quitado los zapatos?

Bethany lo había hecho —en realidad, era un par de viejas zapatillas rosadas—, pero de todos modos intentó alejarse de la puerta y del tobogán naranja brillante.

—Tal vez si antes pudiera tomar un trago…

—El señor Hopewell está sosteniendo el tobogán y no le pasará nada —insistió Brian, pero estaba empezando a temer que tendría que empujarla. No quería hacerlo, pero si no saltaba pronto lo haría. No era posible dejarlos ir al final de la cola hasta que recuperaran el coraje. Cuando se trataba del tobogán, ésa era la regla más

importante. Si se permitía, todos querían pasar al final.

—Salta, Bethany —dijo de pronto Albert. Había cogido su violín y lo sostenía bajo el brazo—. Le tengo un miedo mortal a esa cosa, y si tú saltas, tendré que hacerlo yo también.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

Albert se había ruborizado.

—Porque eres una chica —dijo sencillamente—. Sé que soy una rata sexista, pero es la verdad.

Bethany lo miró un momento más, después rió y se volvió hacia el tobogán. Brian había decidido empujarla si volvía a mirar a su alrededor o a retroceder, pero no lo hizo.

—¡Cristo! Me gustaría tener un poco de hierba —dijo, y saltó.

Había visto la maniobra de Nick y sabía lo que tenía que hacer, pero en el último momento le falló el coraje e intentó estirar los pies. En consecuencia, resbaló hacia un lado al tocar la superficie saltarina del tobogán. Brian estaba seguro de que caería, pero la propia Bethany vio el peligro y se las arregló para echarse hacia atrás. Bajó a toda velocidad la pendiente sobre el lado derecho, con una mano sobre la cabeza y la blusa enrollada casi hasta la nuca. Después Nick la sujetó y la ayudó a bajar.

—¡Cristo! —exclamó sin aliento—. Es como volver a ser niña.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Nick.

—Sí, creo que me he mojado un poco las bragas, pero estoy bien.

Nick le sonrió y se volvió hacia el tobogán.

Albert miró tímidamente a Brian y le tendió el estuche donde guardaba el violín.

—¿Le importaría sostenérmelo? Si caigo del tobogán, se romperá. Mis viejos me matarían. Es un Gretch.

Brian lo cogió. Mantenía una expresión seria y tranquila, pero por dentro sonreía.

—¿Puedo mirar? Hace alrededor de mil años, solía tocar.

—Claro —dijo Albert.

El interés de Brian tranquilizó al muchacho, y eso era exactamente de lo que se trataba. Abrió los tres cerrojos y el estuche. El violín que había dentro era un Gretch de verdad, y no de los más baratos. Brian supuso que por lo que había costado se podría comprar un coche.

—Hermoso —dijo, y le arrancó cuatro notas rápidas de la canción: «Mi perro tiene pulgas». Tenía un sonido dulce y puro. Brian cerró el estuche otra vez—. Lo cuidaré. Lo prometo.

—Gracias —respondió Albert. Luego se acercó a la puerta, hizo una inspiración profunda y soltó el aire—. Jerónimo —dijo con una vocecilla débil, y saltó. Al hacerlo, metió las manos debajo de los brazos, en las axilas. Proteger sus manos en cualquier situación en que era posible el daño físico se había convertido en un reflejo. Calló sentado en el tobogán y se deslizó pulcramente hasta el fondo.

—¡Bien hecho! —exclamó Nick.

—No ha sido nada —dijo As Kaussner. Al bajar, estuvo a punto de tropezar con sus propios pies.

—¡Albert! —llamó Brian—. ¡Cógelo!

Se inclinó, colocó el estuche del violín en el centro del tobogán y lo soltó. Albert lo cogió sin dificultad a un metro del final, se lo puso bajo el brazo y retrocedió.

Jenkins cerró los ojos al saltar y bajó oblicuamente sobre su flaco trasero. Nick pasó ágilmente al lado izquierdo del tobogán y cogió al escritor en el momento en que caía, salvándolo de un feo golpe en el asfalto.

—Gracias, joven.

—De nada, colega.

Siguieron Gaffney y el hombre calvo con la dentadura desmesurada. Después, Laurel y Dinah Bellman llegaron a la abertura.

—Estoy asustada —dijo Dinah con vocecilla insegura.

—No pasará nada, cariño —dijo Brian—. Ni siquiera tienes que saltar. —Puso las manos en los hombros de Dinah y le hizo dar la vuelta, de modo que quedara de espaldas al tobogán—. Dame las manos y te bajaré hasta el tobogán.

Pero Dinah escondió las manos.

—Usted no. Quiero que lo haga Laurel.

Brian miró a la mujer joven del cabello oscuro.

—¿Quiere hacerlo?

—Sí, si usted me dice lo que tengo que hacer.

—Dinah ya lo sabe. Bájela hasta el tobogán cogiéndola de las manos. Cuando esté apoyada sobre la panza con los pies hacia abajo, puede deslizarse.

Las manos de Dinah estaban frías.

—Estoy asustada —repitió.

—Cariño, será como bajar por el tobogán del parque —dijo Brian—. El hombre de acento inglés está esperando en el otro extremo para cogerte. Tiene las manos levantadas como un *catcher* en un partido de béisbol.

Aunque claro, Dinah no debía de saber cómo era eso.

Dinah volvió la cara hacia él como si estuviera comportándose de un modo tonto.

—No es eso. Me asusta este lugar. Huele raro.

Laurel, que no percibía ningún olor, salvo el de su sudor nervioso, miró indefensa a Brian.

—Cariño —dijo él, arrodillándose ante la niña ciega—, tenemos que salir del avión. Lo sabes, ¿no?

Los oscuros cristales de las gafas se volvieron hacia él.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que bajar del avión? Aquí no hay nadie.

Brian y Laurel se miraron.

—Bueno, eso no lo sabremos hasta que nos hayamos asegurado, ¿no crees? —dijo Brian.

—Yo ya lo sé —dijo Dinah—. No se huele ni se oye nada. Pero…, pero…

—Pero ¿qué, Dinah? —preguntó Laurel.

Dinah vaciló. Quería hacerles comprender que lo que le fastidiaba no era la manera de abandonar el avión. Había bajado antes por toboganes y confiaba en Laurel. Si era peligroso, Laurel no le soltaría las manos. Allí había algo malo, realmente malo, y a eso era a lo que le tenía miedo. No era el silencio ni el vacío. Tal vez tuviera que ver con esas cosas, pero era algo más.

Algo malo.

Pero los adultos no creían a los niños, y mucho menos a los niños ciegos, y todavía menos aún a las niñas ciegas. Quería decirles que no podían quedarse allí, que no era seguro, que tenían que volver a poner en marcha el avión e irse. Pero ¿qué dirían? ¿Dirían acaso: *Vale, Dinah, está bien, subamos todos al avión*? Ni hablar.

Ya lo verán. Verán que está vacío, y volveremos al avión, e iremos a alguna otra parte. A otra parte donde no se perciba nada malo. Todavía hay tiempo. Creo.

—No importa —dijo a Laurel en voz baja. Su tono era de resignación—. Bájame.

Laurel la bajó cuidadosamente al tobogán. Un instante después, Dinah estaba mirándola (*Pero no está realmente mirando* —pensó Laurel—, *no puede mirar realmente*), descalza y con los pies extendidos sobre el tobogán color naranja.

—¿Todo va bien, Dinah? —preguntó Laurel.

—No —dijo Dinah—. Aquí nada va bien. —Y antes de que Laurel pudiera soltarla, abrió las manos y se libró. Se deslizó hasta el fondo y allí Nick la recibió.

Después siguió Laurel, que cayó perfectamente en el tobogán y se recogió la falda con recato. Quedaban Brian, el borracho roncador de la parte trasera del avión y aquel animal desgarrador de papel y amante de la diversión, el señor Jersey de Cuello Alto.

Brian había dicho que no tendría problemas con él porque le importaba un pito lo que hiciera, pero descubrió que no era verdad. El tipo tenía problemas en la azotea. Brian sospechaba que hasta la niña se había dado cuenta, y la niña era ciega. ¿Qué pasaría si lo dejaba atrás y el tipo decidía abandonarse a una orgía de destrucción? ¿Y si entraba en la cabina de mandos y la destrozaba?

¿Y qué? No vas a ir a ninguna parte. Los tanques están casi vacíos.

No obstante, no le gustaba la idea, y no porque el 767 fuera un aparato multimillonario. Tal vez lo que sentía fuera un débil eco de lo que había visto en la cara de Dinah cuando miró desde el tobogán. Allí las cosas estaban mal, peor de lo que parecían, y eso resultaba atemorizador, porque no se le ocurría cómo era posible que empeoraran. Sin embargo, el avión funcionaba bien. Aun con los tanques de combustible casi vacíos, era un mundo que conocía y comprendía.

—Su turno, amigo —dijo tan cortésmente como pudo.

—Sabe que voy a denunciarlo por esto, ¿no? —dijo Craig Toomy con una voz escalofriantemente amable—. ¿Sabe que planeo demandar a esta línea aérea por treinta millones de dólares y que pienso mencionarlo como principal responsable?

—Está usted en su perfecto derecho, señor…

—Toomy. Craig Toomy.

—Señor Toomy —repitió Brian, y vaciló—. Señor Toomy, ¿es usted consciente de lo que nos ha sucedido?

Craig miró un momento hacia fuera. Miró el asfalto desierto y las anchas ventanas de la terminal del segundo nivel, ligeramente polarizadas, donde no había amigos ni parientes felices esperando para abrazar a los pasajeros que llegaban, donde ningún viajero impaciente esperaba que llamaran a su vuelo.

¡Por supuesto! Eran los langolieros. Los langolieros habían venido en busca de toda la gente estúpida y holgazana, tal como siempre había dicho su padre.

Con la misma voz suave, Craig dijo:

—En el Departamento de Bonos de la Corporación Desert Sun me conocen como El Caballo de Tiro, ¿lo sabía? —Hizo una pausa, aparentemente esperando la respuesta de Brian. Al no obtener ninguna, continuó—: Por supuesto que no. Así como tampoco sabe lo importante que es esta reunión en el Prudential Center de Boston. Ni le importa. Pero permítame que le diga algo, capitán: el destino económico de naciones enteras puede depender de los resultados de esa reunión, de la que estaré ausente cuando se pase lista.

—Señor Toomy, todo eso es muy interesante, pero realmente no tengo tiempo…

—¿Tiempo? —gritó súbitamente Craig—. ¿Qué demonios sabe usted del tiempo? ¡Pregúnteme a mí! ¡Yo lo sé todo sobre el tiempo! ¡Todo! ¡Queda poco tiempo, señor! ¡Queda muy poco tiempo!

¡A la mierda! Voy a empujar a este loco hijo de puta, pensó Brian. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Craig Toomy se volvió y saltó. Hizo un perfecto aterrizaje sobre el trasero, apretando el maletín contra su pecho, y Brian se sintió estúpido al recordar aquel viejo anuncio televisivo de Hertz, en el que O. J. Simpson pasaba volando por los aeropuertos con traje y corbata.

—¡Ya queda poco tiempo! —gritó Craig mientras descendía, con el maletín apretado contra el pecho, como si fuera un escudo, y las perneras de los pantalones levantadas, mostrando los negros calcetines de ejecutivo.

—¡Jesús! ¡Qué loco cabrón! —murmuró Brian. Hizo una pausa en el extremo del tobogán, miró una vez más el mundo tranquilizador y conocido de su aparato, y saltó.

8

Había diez personas en dos pequeños grupos bajo el ala gigante del 767 con el águila azul y roja en el morro. En un grupo estaban Brian, Nick, el hombre calvo, Bethany Simms, Albert Kaussner, Robert Jenkins, Dinah, Laurel y Don Gaffney. Ligeramente apartado de ellos, y constituyendo su propio grupo, estaba Craig Toomy, conocido también como el Caballo de Tiro. Craig se inclinó y alisó las arrugas de sus pantalones con minuciosa concentración, usando para ello la mano izquierda. La derecha seguía aferrada al asa de su maletín. Después se irguió y miró a su alrededor con ojos grandes y desinteresados.

—¿Y ahora qué, capitán? —preguntó animosamente Nick.

—Dígamelo usted. Díganoslo.

Nick lo miró un instante con una ceja ligeramente levantada, como preguntándole si hablaba en serio. Brian inclinó unos milímetros la cabeza. Fue suficiente.

—Bueno, supongo que para empezar podríamos dirigirnos a la terminal —dijo Nick—. ¿Cuál sería la manera más rápida de llegar? ¿Alguna idea?

Brian señaló con la cabeza una hilera de portaequipajes aparcados bajo el alero de la terminal principal.

—Yo diría que la forma más rápida de entrar sin pasarela es la cinta transportadora de equipaje.

—Estupendo, estupendo. Vamos hacia allí, señoras y caballeros. ¿De acuerdo?

Era un camino corto, pero Laurel, que daba la mano a Dinah, pensó que era el más raro que había hecho en su vida. Podía verse como si estuviera mirando el grupo desde arriba: menos de una docena de puntos caminando lentamente a través de una enorme planicie de cemento. No había brisa. Los pájaros no cantaban. No se oían motores a la distancia y ninguna voz humana quebraba el anómalo silencio. Hasta el ruido de las pisadas le parecía extraño. Llevaba tacones altos, pero en lugar del repiqueteo enérgico al que estaba acostumbrada, parecía oír solo pequeños golpes sordos.

Parece —pensó—. *Ésa es la palabra clave. Como la situación es extraña, todo empieza a parecer extraño. Es el cemento, nada más. Los tacones suenan distintos sobre el cemento*.

Sin embargo, había caminado antes con tacones altos sobre cemento y no recordaba haber oído nunca un ruido como ése. Por alguna razón, sonaba pálido, exangüe.

Llegaron a los transportes de equipajes. Nick zigzagueó entre ellos, a la cabeza de la fila, y se detuvo ante una cinta transportadora inmóvil que salía de un agujero del cual colgaban unas tiras de caucho. La cinta describía un amplio círculo por una pista donde normalmente los porteadores descargaban los vehículos, y después reingresaba por otro agujero con tiras.

—¿Para qué son esas tiras de goma? —preguntó nerviosa Bethany.

—Supongo que para parar las corrientes de aire cuando hace frío —contestó Nick —. Déjenme meter la cabeza ahí y echar una mirada. No hay problema. Solo será un

momento. —Y antes de que nadie pudiera contestar, se había subido a la cinta transportadora y caminaba inclinado hacia uno de los agujeros practicados en el edificio. Cuando llegó, cayó de rodillas y metió la cabeza entre las tiras de goma.

Ahora se oirá un silbido y un golpe —pensó Albert absurdamente—, *y cuando tiremos de él, le faltará la cabeza*.

No hubo ni silbido ni golpe. Y cuando Nick reapareció, su cabeza estaba firmemente pegada a los hombros y en su cara había una expresión pensativa.

—No hay moros en la costa —dijo, y a Albert el tono alegre le sonó fingido—. Pasen, amigos. Cuando un cadáver encuentra a otro y todo eso.

Bethany se echó hacia atrás.

—¿Hay cadáveres? Señor, ¿hay gente muerta ahí dentro?

—Que yo sepa, no, señorita —dijo Nick, abandonando el tono de frivolidad—. Estaba parafraseando al viejo Bobby Burns en un intento de parecer gracioso. Me temo que en lugar de humor, solo he demostrado falta de tacto. El hecho es que no he visto a nadie. Pero es lo que esperábamos, ¿no?

Lo era, pero de todos modos les impresionó saberlo. Y por su tono, también a Nick.

Treparon uno tras otro a la cinta y se arrastraron entre las tiras de goma.

Dinah hizo una pausa antes de la entrada y volvió la cabeza hacia Laurel. Una luz brumosa relampagueó a través de sus gafas oscuras, convirtiéndolas momentáneamente en espejos.

—Aquí las cosas están muy mal —repitió, y pasó al otro lado.

9

Uno tras otro, salieron a la terminal principal del aeropuerto internacional de Bangor, como si fueran un exótico equipaje arrastrándose por una cinta transportadora averiada. Albert ayudó a bajar a Dinah, y se quedaron todos allí, de pie, mirando a su alrededor con silenciosa estupefacción.

La desagradable sorpresa de despertar en un avión que había quedado casi vacío como por arte de magia ya había pasado; ahora, en lugar de desconcierto se producía un sentimiento de dislocación. Ninguno de ellos había estado jamás en un aeropuerto totalmente desierto. El mostrador de coches de alquiler estaba vacío. Los monitores de llegadas y partidas permanecían oscuros y silenciosos. No había nadie en los mostradores de Delta, United, Northwest Air-Link o MidCoast Airways. El enorme

tanque colocado en el centro, con la bandera que proponía COMPRE LANGOSTAS DE MAINE, estaba lleno de agua, pero no había langostas. Las luces fluorescentes del techo estaban apagadas y la escasa luz que entraba por las puertas en el extremo más alejado del largo recinto apenas alcanzaba el centro, dejando al grupo del vuelo 29 apiñado en un desagradable nido de sombras.

—Bueno —dijo Nick, intentando parecer enérgico y logrando solo transmitir inquietud—. ¿Y si probáramos los teléfonos?

Mientras él se dirigía hacia la hilera de teléfonos, Albert se acercó al mostrador de alquiler de coches. En los casilleros de la parte inferior vio carpetas con los nombres Briggs, Handleford, Marchant, Fenwick y Pestleman. Sin duda, dentro de cada una de ellas había un contrato de alquiler, junto con planos de la zona centro de Maine, y en cada uno de esos planos habría una flecha con la leyenda USTED ESTÁ AQUÍ, señalando la ciudad de Bangor.

Pero ¿dónde estamos realmente? —se preguntó Albert—. *¿Y dónde están Briggs, Handleford, Marchant, Fenwick y Pestleman? ¿Los han transportado a otra dimensión? Tal vez sea Grateful Dead. Tal vez la Muerte*[1] *está tocando en alguna parte del estado y todos han ido a escucharla*.

Detrás de él sonó un chasquido seco. Albert se sobresaltó y se volvió a toda prisa, enarbolando el violín como si fuera una porra. Vio a Bethany encendiendo un cigarrillo con una cerilla. La chica arqueó las cejas.

—¿Te he asustado?

—Un poco —dijo Albert, bajando el estuche y dedicándole una pequeña sonrisa turbada.

—Lo siento. —Sacudió la cerilla, la arrojó al suelo y aspiró el humo—. Esto al menos es mejor. En el avión no me atrevía. Temía que algo pudiera estallar.

Bob Jenkins se acercó a ellos.

—Hace unos diez años que dejé de fumar, ¿sabe?

—Por favor, nada de sermones —dijo Bethany—. Me da la impresión de que si nos libramos de ésta, tendré sermones para un mes. Y de los pesados.

Jenkins alzó las cejas, pero no pidió explicaciones.

—En realidad, iba a pedirle uno —dijo—. Parece un momento ideal para reanudar relaciones con los viejos hábitos.

Bethany sonrió y le ofreció un Marlboro. Jenkins lo cogió y la muchacha le dio fuego. Él aspiró el humo y tosió, emitiendo una serie de señales de humo.

—Pues sí que lo había abandonado —observó ella.

Jenkins asintió.

—Pero volveré a acostumbrarme enseguida. Me temo que éste es el verdadero horror del hábito. ¿Han observado el reloj?

—No —dijo Albert.

Jenkins señaló el reloj que había encima de las puertas de los lavabos. Se había detenido a las cuatro y siete minutos.

—Coincide —dijo—. Sabemos que hacía un rato que estábamos en el aire cuando se produjo el…, llamémoslo suceso a falta de algo mejor. Las cuatro y siete minutos de la mañana en el Este equivalen a la una y siete minutos del Oeste. Así que ahora sabemos cuándo fue.

—¡Ostras, es cierto! —exclamó Bethany.

—Sí —afirmó Jenkins, que no notó o decidió no notar el ligero sarcasmo de su voz—. Pero hay algo que no va bien. Desearía que hubiera sol. Entonces podría estar seguro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Albert.

—Los relojes no valen, al menos los eléctricos. No tienen jugo, pero si hubiera sol podríamos tener al menos una idea aproximada de la hora por la longitud y la dirección de las sombras. Según mi reloj van a ser las nueve y cuarto, pero no me fío. Parece más tarde. No tengo pruebas y no puedo explicarlo, pero es así.

Albert lo pensó y miró a su alrededor. Después se volvió hacia Jenkins.

—Es verdad, ¿sabe? —dijo—. Parece como si fuera la hora de almorzar. ¿No es extraño?

—No lo es —dijo Bethany—. Solo es resaca de jet.

—No estoy de acuerdo —dijo Jenkins—. Hemos viajado de oeste a este, jovencita. Cualquier dislocación temporal que sufran los que van de oeste a este va en la dirección contraria. Siente que es más temprano de lo que es.

—Quiero hacerle una pregunta sobre algo que murmuró en el avión —dijo Albert —. Cuando el capitán comentó que aquí debía de haber más gente, usted dijo: «Falsa lógica». Lo repitió dos veces. Pero a mí me parece bastante correcto. Estábamos dormidos y estamos aquí. Y si eso sucedió a… —Albert miró hacia el reloj—, a las cuatro y siete minutos hora de Bangor, casi toda la gente de la ciudad debía de estar durmiendo.

—Sí —aceptó Jenkins—. Y entonces ¿dónde están?

Albert titubeó.

—Bueno…

Se oyó un ruido provocado por Nick al colgar con fuerza uno de los teléfonos. Era el último de una larga hilera y los había probado todos.

—¡Qué desastre! —exclamó—. Todos mudos. Tanto los que funcionan con monedas como los que dan línea directa. Brian, a los perros que no ladran le puede agregar los teléfonos que no suenan.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Laurel. Escuchó el sonido solitario de su voz, que la hizo sentir muy pequeña y perdida. Dinah, a su lado, describía lentos círculos. Parecía un radar humano.

—Subamos —propuso Calvo—. Seguramente, allí debe de estar el restaurante.

Todos lo miraron. Gaffney resopló.

Calvo lo miró por debajo de una ceja levantada.

—En primer lugar, mi nombre es Rudy Warwick —contestó—. En segundo lugar,

la gente piensa mejor con el estómago lleno. —Se encogió de hombros—. Es una ley natural.

—Creo que el señor Warwick tiene razón —dijo Jenkins—. Todos necesitamos comer, y si subimos tal vez encontremos más claves que indiquen qué ha sucedido. En realidad, creo que así será.

Nick se encogió de hombros. De pronto, parecía cansado y confuso.

—¿Por qué no? —dijo—. Estoy empezando a sentirme como el maldito Robinson Crusoe.

Se dirigieron en un pequeño grupo hacia la escalera mecánica, que tampoco funcionaba. Albert, Bethany y Jenkins caminaban juntos al final de la fila.

—Usted sabe algo, ¿verdad? —preguntó de pronto Albert—. ¿Qué es?

—Podría saber algo —corrigió Jenkins—. Y también podría no saber. Por el momento, me quedaré callado. Solo haré una sugerencia.

—¿Cuál?

—No a usted, sino a la joven —dijo, señalando a Bethany—. Ahorre cerillas, ésa es mi sugerencia.

—¿Cómo? —preguntó Bethany, frunciendo el entrecejo.

—Ya me ha oído.

—Sí, claro que sí, pero no entiendo lo que quiere decir. Probablemente haya un quiosco de prensa arriba, señor Jenkins. Tienen montones de cerillas, además de cigarrillos y encendedores desechables.

—Estoy de acuerdo —dijo Jenkins—. Sin embargo, le aconsejo que ahorre cerillas.

Ya está otra vez haciendo de Philo Christie o quien sea, pensó Albert.

Estaba a punto de hacer una observación y pedirle a Jenkins que hiciera el favor de recordar que no estaba dentro de una de sus novelas, cuando Brian Engle se detuvo al pie de la escalera mecánica, tan bruscamente que Laurel tuvo que dar un tirón a la mano de Dinah para evitar que la niña tropezara con él.

—Mire por dónde va, ¿de acuerdo? —dijo Laurel—. Por si no lo sabe, la niña es ciega.

Brian la ignoró. Miraba al pequeño grupo de refugiados.

—¿Dónde está el señor Toomy?

—¿Quién? —preguntó Warwick, el hombre calvo.

—El tipo que tenía una cita inaplazable en Boston.

—¿A quién le importa? —preguntó Gaffney—. Que le vaya muy bien.

Pero Brian estaba muy inquieto. No le gustaba la idea de que Toomy se hubiera ido por su cuenta. No sabía por qué, pero no le gustaba en absoluto. Lanzó una mirada a Nick, quien se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—No me di cuenta, colega. Estaba ocupado con los teléfonos, lo siento.

—¡Toomy! —gritó Brian—. ¡Craig Toomy! ¿Dónde está?

No hubo respuesta. Solo aquel silencio extraño y opresivo. Y entonces Laurel

observó algo, algo que la dejó helada. Brian había hecho bocina con las manos, gritando hacia la parte superior de la escalera mecánica. En un lugar con el techo tan alto debía haber producido algo de eco.

Pero no lo había.

Ningún eco.

10

Mientras los otros estaban ocupados abajo —los adolescentes y el viejo junto a uno de los mostradores de la agencia de alquiler de coches, y el resto contemplando al matón británico mientras probaba los teléfonos—, Craig Toomy se había deslizado escaleras arriba, silencioso como un ratón. Sabía exactamente adónde quería ir y qué buscar cuando llegase allí.

Caminó rápidamente por la gran sala de espera con el maletín balanceándose junto a su rodilla derecha, ignorando las sillas vacías y el desierto bar llamado El Barón Rojo. En el extremo más alejado del recinto había un cartel que colgaba sobre la entrada de un corredor ancho y oscuro.

PUERTA 5. LLEGADAS INTERNACIONALES
DUTY FREE SHOPS
ADUANA
SEGURIDAD DEL AEROPUERTO

Casi había llegado al principio del corredor cuando echó un vistazo por una de las enormes ventanas y se detuvo. Se aproximó lentamente al cristal y miró.

No había nada que ver salvo el asfalto vacío y el cielo blanco e inmóvil, pero de todos modos sus ojos empezaron a dilatarse y sintió que el miedo invadía su corazón.

Vienen, le dijo de pronto una voz muerta. Era la voz de su padre, y hablaba desde un pequeño mausoleo arrinconado entre las penumbras del corazón de Craig Toomy.

—No —susurró Craig y la palabra proyectó un pequeño capullo de niebla sobre el cristal, frente a sus labios—. No viene nadie.

Has sido malo. Peor, has sido holgazán.

—¡No!

Sí. Tenías una cita y no acudiste. Huiste. Entre todos los posibles lugares estúpidos, huiste a Bangor, Maine.

—No fue culpa mía —murmuró. Ahora se aferraba al asa del maletín en un apretón casi doloroso—. Me llevaron contra mi voluntad, fui secuestrado.

La voz interior no respondió. Solo percibía oleadas de desaprobación. Y una vez más, Craig intuyó el tipo de presión a que estaba sometido, la terrible presión interminable, el peso de los abismos. La voz interior no tenía que decirle que no había excusa válida; Craig lo sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

Ellos han estado aquí, y volverán. Lo sabes, ¿no?

Lo sabía. Los langolieros volverían. Volverían a buscarlo. Los sentía. Jamás los había visto, pero sabía que eran horribles. ¿Sería el único en saberlo? Creía que no.

Pensó que tal vez la niña ciega también supiera algo de los langolieros. Pero eso no importaba. Lo único importante era llegar a Boston, llegar antes de que los langolieros convirtieran Bangor en sus terribles dominios y se lo comieran vivo sin dejar de gritar. Tenía que llegar a esa reunión en el Pru, tenía que informarles acerca de lo que había hecho, y entonces sería…

Libre.

Sería libre.

Craig se obligó a apartarse de la ventana, a apartarse del vacío y el silencio, y se sumergió en el corredor. Pasó junto a las tiendas vacías sin dedicarles ni una mirada. Finalmente llegó a la puerta que estaba buscando. Sobre la puerta había una pequeña placa rectangular, justo encima de la mirilla, con la inscripción: SEGURIDAD DEL AEROPUERTO.

Tenía que entrar allí. De una u otra manera, tenía que entrar allí.

Todo esto…, esta locura… no tiene por qué tocarme. No tengo por qué aceptarla. Ya no.

Craig estiró la mano y agarró el picaporte de la puerta de la Oficina de Seguridad. La mirada neutra había sido reemplazada por una expresión de determinación.

He estado mucho, mucho tiempo bajo presión. ¿Desde los siete años? No, creo que empezó antes. El hecho es que he estado bajo presión desde que tengo memoria. Esta última locura no es más que una nueva variante. Probablemente sea lo que dijo el hombre de la chaqueta deportiva gastada: una prueba. Agentes de alguna agencia secreta del gobierno o de alguna siniestra organización extranjera están haciendo una prueba. Pero yo elijo no participar en más pruebas. No me importa si a cargo de ellas está mi padre, o mi madre, o el decano de la Escuela de Empresariales, o el director de la Desert Sun. Elijo no participar. Elijo escapar. Elijo ir a Boston y terminar lo que inicié cuando propuse la compra de bonos argentinos. Si no lo hago…

Sabía lo que pasaría si no lo hacía.

Se volvería loco.

Craig intentó hacer girar el picaporte, pero éste no se movió.

Frustrado, dio un pequeño empujón, y entonces la puerta se abrió. O no había quedado bien cerrada o se había abierto al producirse el apagón y fallar los sistemas

de seguridad. A Craig no le interesaba. Lo importante era que no necesitaría arruinarse la ropa arrastrándose por un conducto de aire acondicionado o algo así. Seguía decidido a aparecer en su reunión antes de que terminara el día, y no quería llegar con la ropa manchada de polvo y grasa. Una de las sencillas verdades que regían su vida era que los tipos con el traje sucio no tienen credibilidad.

Abrió la puerta y entró.

11

Brian y Nick fueron los primeros en llegar a lo alto de la escalera, y los otros se apiñaron a su alrededor. Era la sala de espera central del aeropuerto, una gran caja cuadrada llena de asientos de plástico anatómicos (algunos llevaban pequeños televisores optativos sujetos al brazo) y dominada por un muro de cristal polarizado que iba del suelo al techo. A la izquierda estaba el quiosco de prensa y el control de seguridad de la puerta 1; a la derecha, al otro extremo del recinto, estaba el bar El Barón Rojo y el restaurante Nube Nueve. Más allá del restaurante había un pasillo que conducía a la Oficina de Seguridad del aeropuerto y al anexo de llegadas internacionales.

—Vamos… —empezó a decir Nick, pero entonces Dinah lo interrumpió.

—Esperen.

Habló con voz fuerte y urgente, y todos se volvieron hacia ella con curiosidad.

Dinah dejó caer la mano de Laurel y levantó las suyas. Colocó los pulgares detrás de sus orejas y estiró los dedos como abanicos. Y se quedó allí, quieta como un poste en esa extravagante postura de escucha.

—¿Qué…? —Brian intentó preguntar algo, pero Dinah tampoco le dejó.

Se volvió ligeramente hacia la izquierda, hizo una pausa y después se volvió hacia el otro lado, hasta que la luz blanca que entraba por las ventanas cayó sobre ella, convirtiendo su cara, ya pálida, en algo fantasmal y escalofriante. Se quitó las gafas. Sus ojos eran grandes, castaños, y no exactamente neutros.

—Allí —dijo con voz soñadora, y Laurel sintió que el terror empezaba a apretar su corazón con dedos helados. No era la única. Bethany se apretaba contra ella por un lado mientras Don Gaffney se acercaba por el otro—. Allí. Siento la luz. Dijeron que por eso sabían que puedo volver a ver. Siempre puedo sentir la luz. Es como un calor dentro de la cabeza.

—Dinah, ¿qué…? —dijo Brian.

Nick le dio un codazo. El rostro alargado del inglés parecía fatigado, y tenía la frente surcada de arrugas.

—Silencio, colega.

—La luz está… aquí.

Dinah se alejó lentamente de ellos, sin quitar las manos de detrás de las orejas y con los codos levantados para percibir cualquier objeto que pudiera tener delante. Avanzó hasta que estuvo a menos de medio metro de la ventana. Después, estiró poco a poco la mano hasta que sus dedos tocaron el cristal. Parecían estrellas negras dibujadas sobre un cielo blanco. Dejó escapar un débil murmullo desconsolado.

—El cristal también está mal —dijo con voz soñadora.

—Dinah —intervino Laurel.

—Chist… —susurró la niña sin volverse. Se quedó ante la ventana como una niña que esperara el regreso a casa de su padre—. Oigo algo.

Estas palabras susurradas produjeron en Albert Kaussner un terror inexpresable. Sentía una presión en los hombros, y descubrió que había cruzado los brazos y se abrazaba con fuerza.

Brian se concentró en escuchar. Escuchaba su respiración y la de los otros, pero nada más. *En su imaginación* —pensó—. *Nada más*.

Pero no estaba seguro.

—¿Qué? —preguntó Laurel con urgencia—. ¿Qué oyes, Dinah?

—No lo sé —dijo la niña sin volverse—. Es muy leve. Me pareció oírlo cuando salimos del avión y pensé que era mi imaginación. Ahora lo oigo mejor. Lo oigo incluso a través del cristal. Suena como…, como los copos de arroz cuando se vierte la leche encima.

Brian se volvió hacia Nick y le preguntó en voz baja.

—¿Oye algo?

—Ni un maldito ruido —contestó Nick, bajando también la voz—. Pero ella es ciega. Está habituada a que sus oídos hagan trabajo adicional.

—Creo que es histeria —dijo Brian. Ahora susurraba, con la boca junto al oído de Nick.

Dinah se volvió hacia ellos y repitió sus palabras:

—«¿Oye algo? Ni un maldito ruido. Pero ella es ciega. Está habituada a que sus oídos hagan trabajo adicional. —Hizo una pausa y agregó—: Creo que es histeria».

—Dinah, ¿de qué estás hablando? —preguntó Laurel, confundida y asustada. No había oído la conversación entre Brian y Nick, aunque estaba mucho más cerca de ellos que Dinah.

—Pregúntaselo a ellos —dijo Dinah con voz temblorosa—. ¡No estoy loca! ¡Estoy ciega, pero no loca!

—Vale —admitió Brian, impresionado—. Vale, Dinah. Estaba hablando con Nick —le explicó a Laurel— y ella nos oyó. Nos oyó desde allí, desde las ventanas.

—Tienes un oído excelente, encanto —dijo Bethany.

—Oigo lo que oigo —puntualizó Dinah—. Y oigo algo allí afuera. En aquella dirección —dijo, señalando hacia el oeste. Los contempló con sus ojos muertos—. Y es malo. Es un sonido espantoso, aterrador.

—Si supieras lo que es, pequeña, sería una ayuda —dijo Don Gaffney, vacilante.

—No lo sé —admitió Dinah—. Pero sé que está más cerca que antes. —Volvió a ponerse las gafas con una mano temblorosa—. Tenemos que salir de aquí. Y pronto. Porque viene algo. La cosa mala que chisporrotea como los cereales.

—Dinah —intervino Brian—, el avión en el que vinimos no tiene casi combustible.

—¡Entonces tiene que ponerle más! —gritó Dinah con voz aguda—. Se acerca, ¿entiende? ¡Se acerca! Y si no nos hemos ido cuando llegue, moriremos. ¡Todos moriremos!

Su voz se quebró, y la niña empezó a sollozar. No era una sibila ni una médium, sino tan solo una niña obligada a vivir su terror en una oscuridad casi completa. Avanzó a trompicones hacia ellos, descontrolada. Laurel la sujetó antes de que pudiera tropezar con una de las cuerdas que señalaban el camino hacia el control de seguridad, y la abrazó. Trató de calmarla, pero en su cerebro asustado y confuso seguían sonando las últimas palabras de la niña: *Si no nos hemos ido cuando llegue, moriremos. Todos moriremos*.

12

Craig Toomy oyó que la mocosa empezaba a maullar en alguna parte y la ignoró. Había encontrado lo que buscaba en el tercer armario que abrió, el que llevaba el nombre Markey. El almuerzo del señor Markey —un bocadillo cuyo extremo salía de una bolsa de papel de estraza— estaba en el estante superior. Los zapatos del señor Markey estaban cuidadosamente colocados en el estante inferior. En medio de ambos estantes, colgadas juntas, había una camisa blanca lisa y una cartuchera. Por la cartuchera asomaba la culata del revólver de servicio del señor Markey.

Craig desabrochó la tira de seguridad y cogió el revólver. No sabía mucho de armas —por lo que a él se refería, podría haber sido del calibre 32 o del 38, o incluso del 45—, pero no era estúpido; tras unos instantes de desconcierto, consiguió hacer girar el cilindro. Las seis cámaras estaban cargadas. Volvió a cerrar el cilindro, asintiendo ligeramente cuando lo oyó regresar a su sitio; después estudió la zona del gatillo y ambos lados de la culata. Buscaba un seguro, pero al parecer no lo había.

Puso el dedo en el gatillo y oprimió hasta que vio que el percutor y el cilindro se movían ligeramente. Asintió satisfecho.

Se volvió y, súbitamente, se sintió invadido por la soledad más intensa de su vida adulta. El arma pareció adquirir más peso, y la mano que la sostenía vaciló. Estaba de pie, con los hombros caídos, el maletín colgando de la mano derecha y la pistola del guardia de seguridad, de la izquierda. En su rostro había una expresión de miseria absoluta y abyecta. Y de pronto recordó algo, algo en lo que no había pensado durante años: Craig Toomy, doce años de edad, tumbado en la cama y temblando mientras ardientes lágrimas corrían por sus mejillas. En la habitación contigua, el estéreo a todo volumen y su madre cantando junto a Merrilee Rush con su monótona y desafinada voz de borracha: «Llámame ángel… de la mañana, amor… toca mi mejilla… antes de dejarme, amor…».

Tumbado en la cama. Temblando. Llorando. Sin emitir un sonido y pensando: *¿Por qué no puedes quererme y dejarme tranquilo, mamá? ¿Por qué no puedes quererme y dejarme tranquilo*?

—No quiero lastimar a nadie —murmuró Craig Toomy a través de las lágrimas —. No quiero, pero esto es…, es intolerable.

Al otro lado de la habitación había un grupo de monitores de televisión, todos oscuros. Durante un instante, mientras los miraba, la verdad de lo que había sucedido, de lo que seguía sucediéndole, intentó imponérsele. Durante un instante, estuvo a punto de atravesar el complejo sistema de defensas neuróticas y entrar en el refugio antiaéreo donde vivía su vida.

Todos se han ido, Craiggy-weggy. Todo el mundo ha desaparecido, excepto tú y la gente que estaba en ese avión.

—No —gimió, desplomándose en una de las sillas que rodeaban la mesa de fórmica que había en el centro de la habitación—. No, no es así. Simplemente no es así. Rechazo esa idea. La rechazo absolutamente.

Los langolieros han estado aquí y regresarán, dijo su padre. Su voz tapó la de su madre, como siempre. *Será mejor que no estés cuando lleguen…, o ya sabes lo que pasará*.

Lo sabía. Se lo comerían. Los langolieros se lo comerían.

—Pero yo no quiero lastimar a nadie —repitió con voz alterada y exhausta. Sobre la mesa había una hoja de servicio mimeografiada. Craig soltó el portafolios y colocó el revólver sobre la mesa, junto a él. Después levantó la hoja, la miró un instante sin verla y empezó a rasgar una larga tira por el lado izquierdo.

Rasss.

No tardó en quedar hipnotizado, mientras una pila de tiras delgadas —¡tal vez las más delgadas que había conseguido en su vida!— empezaban a caer sobre la mesa. Pero ni siquiera entonces lo abandonó del todo la fría voz de su padre:

O ya sabes lo que pasará.

Capítulo 5

La carterita de cerillas.
La aventura del bocadillo de salami.
Otro ejemplo del método deductivo.
El Judío de Arizona toca el violín.
El único ruido de la ciudad.

1

El silencio helado que siguió a la advertencia de Dinah fue roto por Robert Jenkins.

—Tenemos algunos problemas —anunció con voz seca, de conferenciante—. Si Dinah oye algo, y después de su notable demostración me inclino a creerla, resultaría útil saber qué es. No lo sabemos. Ése es un problema. El otro es la falta de combustible del avión.

—Allá fuera hay un 727 aparcado en una pista de rodaje —intervino Nick—. ¿Puede conducir uno de ésos, Brian?

—Sí —contestó Brian.

Nick tendió una mano abierta hacia Bob y se encogió de hombros, como diciendo: *Ahí tiene: un problema resuelto.*

—Suponiendo que volviéramos a despegar, ¿adónde iríamos? —prosiguió Bob Jenkins—. Es un tercer problema.

—Lejos —dijo Dinah de inmediato—. Lejos de ese ruido. Tenemos que escapar de ese ruido y de lo que lo produce.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —le preguntó Bob con suavidad—. ¿Cuánto antes de que llegue, Dinah? ¿Tienes alguna idea?

—No —contestó Dinah desde el refugio de los brazos de Laurel—. Creo que todavía está lejos, que queda tiempo, pero…

—Entonces sugiero que hagamos exactamente lo que dijo el señor Warwick —dijo Bob—. Pasemos al restaurante, comamos algo y hablemos de lo que vamos a hacer. La comida ejerce un efecto benéfico sobre lo que a *monsieur* Poirot le gustaba llamar las pequeñas células grises.

—No deberíamos esperar —dijo Dinah asustada.

—Quince minutos —dijo Bob—. No más. Incluso a tu edad, Dinah, deberías saber que el pensamiento objetivo debe preceder a la acción concreta.

Súbitamente, Albert percibió que el escritor de novelas de misterio tenía sus razones para ir al restaurante. Las pequeñas células grises del señor Jenkins estaban en perfecto estado de funcionamiento —o al menos él lo creía así—, y después de su escalofriante estimación de la situación a bordo del avión, Albert estaba por lo menos dispuesto a concederle el beneficio de la duda. *Quiere mostrarnos o probarnos algo,* pensó.

—Podemos disponer de quince minutos… —insinuó.

—Bueno, supongo que sí —aceptó Dinah de mala gana.

—¡Estupendo! —exclamó Bob animado—. Está decidido.

Y se puso en marcha hacia el restaurante, dando por sentado que los otros lo seguirían.

Brian y Nick se miraron.

—Será mejor que vayamos —dijo Albert muy sereno—. Creo que sabe cosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Brian.

—No lo sé exactamente, pero creo que podría merecer la pena.

Albert siguió a Bob, y Bethany a Albert; los otros fueron tras ellos, Laurel dando la mano a Dinah. La niña estaba muy pálida.

2

El restaurante Nube Nueve era en realidad una cafetería con una nevera llena de bebidas y bocadillos al fondo, y un mostrador de acero inoxidable que flanqueaba una larga mesa dividida en compartimientos. Todos estaban vacíos e inmaculadamente limpios. En la parrilla no había ni una gota de grasa. Los vasos —esos sólidos vasos de cafetería con los bordes mellados— se amontonaban formando pulcras pirámides en los estantes traseros, junto a una amplia selección de loza aún más resistente.

Bob Jenkins estaba de pie junto a la caja registradora. Cuando Albert y Bethany entraron, dijo:

—¿Puede darme otro cigarrillo, Bethany?

—¡Vaya! Es usted un auténtico vampiro —exclamó ella en tono amable. Cogió su cajetilla de Marlboro y sacó un cigarrillo. Él lo tomó y tocó su mano cuando ella sacó las cerillas.

—Usaré una de éstas, si no le importa —dijo, señalando un bol de cristal lleno de carteritas de cerillas con la publicidad de LaSalle Business School que había junto a la caja. Al lado del bol había un cartel donde se podía leer: PARA NUESTROS AMIGOS SIN CERILLAS. Bob cogió una carterita, la abrió y arrancó una cerilla.

—Claro que no —dijo Bethany—, pero ¿por qué?

—Eso es lo que vamos a descubrir —respondió él. Echó una mirada a los otros. Estaban todos de pie, formando un semicírculo y mirándolo. Todos excepto Rudy Warwick, que se había ido al fondo de la cafetería y estudiaba el contenido del expositor.

Bob frotó la cerilla. Dejó una pequeña mancha blanca, pero no se encendió. Volvió a frotarla con el mismo resultado. Al tercer intento, la cerilla se dobló. La mayor parte de la cabeza inflamable se había desprendido.

—Vaya, vaya —dijo Bob en tono sorprendido—. Supongo que deben de estar húmedas. Probemos con una carterita del fondo, ¿vale? Ésas tienen que estar secas.

Revolvió en el fondo del bol, tirando un montón de carteritas sobre el mostrador. A Albert le parecía que estaban totalmente secas. Detrás de él, Nick y Brian

intercambiaron otra mirada.

Bob sacó otra carterita, arrancó una cerilla y trató de encenderla sin resultado.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Al parecer, hemos descubierto otro problema. ¿Puede dejarme sus cerillas, Bethany?

Ella se las dio sin decir nada.

—Espere un momento —dijo lentamente Nick—. ¿Qué es lo que sabe, colega?

—Solo que esta situación tiene implicaciones más vastas de lo que pensamos —dijo Bob. Sus ojos permanecían bastante tranquilos, pero la cara desde la cual miraban estaba demacrada—. Y pienso que es posible que hayamos cometido un gran error, comprensible teniendo en cuenta las circunstancias: pero hasta que no hayamos rectificado nuestra opinión, no creo que podamos adelantar nada. Yo lo llamaría un error de perspectiva.

Warwick regresaba. Había elegido un bocadillo envuelto y una botella de cerveza. Aquellas adquisiciones parecían haberlo alegrado considerablemente.

—¿Qué pasa, amigos?

—No tengo ni idea —confesó Brian—, pero no me gusta.

Bob Jenkins arrancó una cerilla de la carterita de Bethany y la frotó. Encendió enseguida.

—¡Ah! —exclamó aplicando la llama a la punta de su cigarrillo. El humo tenía un olor increíblemente intenso, dulce le pareció a Brian, y un instante de reflexión le indicó una razón posible, y es que era lo único —exceptuando el débil aroma de la loción para afeitarse de Nick y el perfume de Laurel— que olía. Al pensar en ello, Brian fue consciente de que incluso podía oler el sudor de sus compañeros de viaje.

Bob seguía sosteniendo la cerilla encendida en la mano. Dobló la parte trasera de la carterita que había sacado del bol, exponiendo todas las cerillas, y las tocó con la que estaba encendida. Durante un largo momento no sucedió nada. El escritor pasaba la llama de uno a otro lado de las cerillas, pero no se encendían. Los demás miraban fascinados.

Finalmente se oyó un desagradable siseo, y algunas de las cerillas cobraron una momentánea y fatigada vida. En realidad no ardieron; se produjo un débil resplandor y se apagaron. Ascendieron algunos hilillos de humo, de un humo que parecía inodoro.

Bob los miró y sonrió con amargura.

—Incluso esto es más de lo que esperaba —dijo.

—Está bien —intervino Brian—. Explíquenos de qué se trata. Sé…

En ese momento, Rudy Warwick dejó escapar un grito de asco. Dinah soltó un chillido y se apretó contra Laurel. A Albert le dio un vuelco el corazón.

Rudy había desenvuelto el bocadillo, que a Brian le pareció de salami y queso, y le había dado un buen mordisco. Ahora lo escupió en el suelo con una mueca de asco.

—¡Está estropeado! —exclamó—. ¡Maldita sea! ¡Es horrible!

—¿Estropeado? —preguntó rápidamente Bob Jenkins. Sus ojos resplandecían

como chispas eléctricas azules—. Lo dudo. Las carnes procesadas están tan llenas de conservantes en estos días que se necesitan ocho horas o más al sol para que se estropeen. Y por los relojes sabemos que la electricidad de esos expositores se fue hace menos de cinco horas.

—Tal vez no —dijo Albert—. Usted fue el que dijo que parecía más tarde de lo que indicaban nuestros relojes.

—Sí, pero no creo… ¿Seguía fría la nevera, señor Warwick? ¿Seguía fría cuando la abrió?

—No exactamente fría, pero sí fresca —contestó Rudy—. Sin embargo, este bocadillo está jodido. Perdón, señoras. Tome —dijo, ofreciéndoselo a Bob—. Si no cree que esté echado a perder, pruébelo.

Bob miró el bocadillo, pareció reunir fuerzas, y se decidió a dar un pequeño mordisco en la mitad entera. Albert vio que una expresión de repugnancia le velaba el rostro, pero no escupió inmediatamente la comida. Masticó una vez…, dos… Después se volvió y lo escupió en su mano. Echó el trozo medio mascado del bocadillo al cubo de basura que había bajo el estante de los condimentos y después tiró el resto del bocadillo.

—No está estropeado —informó—. Es insípido. Aunque tampoco es exactamente eso. Parece no tener textura. —Al decirlo, su boca se frunció en una involuntaria expresión de asco—. Hablamos de cosas sosas, como el arroz blanco sin sal, las patatas hervidas, pero en mi opinión hasta las cosas más sosas tienen algún sabor. Eso no tiene. Era como comer papel. No es sorprendente que haya pensado que estaba echado a perder.

—Estaba echado a perder —repitió tercamente el calvo.

—Pruebe la cerveza —sugirió Bob—. Eso no se habrá estropeado. Tiene puesta la chapa, y una botella de cerveza sin destapar no puede estropearse aunque no se ponga en la nevera.

Rudy miró pensativamente la botella de Budweiser que tenía en la mano, meneó la cabeza y se la pasó a Bob.

—Ya no la quiero —dijo, y echó una mirada al refrigerador. Su expresión era furibunda, como si sospechara que Jenkins lo había hecho objeto de un chiste práctico.

—Lo haré si es necesario —dijo Bob—, pero ya he legado mi cuerpo a la ciencia. ¿Quiere alguien probar la cerveza? Creo que es muy importante.

—Démela —dijo Nick.

—No —dijo Don Gaffney—. Démela a mí. ¡Dios! Una cerveza me vendría muy bien. He bebido muchas calientes y no se me caen los anillos.

Cogió la cerveza, la destapó y tomó un trago. Un instante después, volvió la cara y escupió el trago que había tomado.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Está desbravada! ¡No tiene ni una burbuja!

—¿De veras? —preguntó Bob, animado—. ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Es algo que

todos podemos ver!

Rápidamente, se situó al otro lado del mostrador y cogió un vaso del estante. Gaffney había dejado la botella junto a la caja, y Brian la miró de cerca cuando Bob Jenkins la cogió. No veía espuma en la parte interior del cuello de la botella. *Podría ser agua*, pensó.

Sin embargo, lo que Bob sirvió no parecía agua. Parecía cerveza. Cerveza desbravada. Sin espuma. Unas diminutas burbujas se aferraban al interior del vaso, pero ninguna de ellas se elevó a la superficie.

—Vale —dijo lentamente Nick—. Está desbravada. A veces pasa. La chapa no ajusta bien y el gas se escapa. A todo el mundo le ha pasado alguna vez.

—Sí, pero si a eso se añade el salami insípido resulta sugestivo, ¿no cree?

—¿Ah, sí? ¿Y qué le sugiere? —estalló Brian.

—Un momento —dijo Bob—. Primero ocupémonos de la objeción del señor Hopewell, ¿les parece? —Sin esperar respuesta, se volvió, cogió vasos con ambas manos (un par de ellos cayeron del estante y se rompieron), y empezó a disponerlos a lo largo del mostrador con la agilidad de un camarero—. Traigan más cerveza. Y, ya que estamos, un par de refrescos también.

Albert y Bethany fueron a la nevera y cogieron cuatro o cinco botellas cada uno.

—¿Está loco? —preguntó Bethany en voz baja.

—No lo creo —respondió Albert. Tenía una vaga idea de lo que estaba tratando de demostrarles el escritor, y no le gustaba lo que parecía—. ¿Recuerdas cuando te dijo que ahorraras cerillas? Sabía que iba a pasar algo así. Por eso estaba tan empeñado en venir al restaurante. Quería demostrarnos algo.

3

La hoja se había convertido en tres docenas de tiras estrechas, Y los langolieros estaban más cerca.

Craig sentía su proximidad en el fondo de la cabeza.

Notaba más presión, más peso insoportable.

Había llegado el momento de irse.

Cogió el arma y el maletín, se puso en pie y salió de la Oficina de Seguridad. Empezó a ensayar mentalmente una frase, mientras caminaba con lentitud: *No quiero dispararle, pero lo haré si me veo obligado a ello. Lléveme a Boston. No quiero dispararle pero lo haré si me veo obligado a ello. Lléveme a Boston.*

—Lo haré si me veo obligado a ello —mascullaba una y otra vez Craig mientras regresaba a la sala de espera—. Lo haré si me veo obligado a ello. —Su dedo encontró el percutor y lo empujó hacia atrás.

En medio del recinto, su atención se vio atraída una vez más por la pálida luz que entraba por las ventanas y dobló en esa dirección. Los sentía allá fuera. Eran los langolieros. Se habían comido a toda la gente inútil y holgazana, y ahora regresaban a buscarlo. Tenía que ir a Boston, tenía que destrozar su carrera. Era la única manera que conocía de salvar lo que quedaba de sí mismo, porque la muerte de ellos sería horrible. Su muerte sería verdaderamente horrible.

Se dirigió lentamente a las ventanas y miró hacia fuera, ignorando, al menos por el momento, el murmullo de los pasajeros remanentes a sus espaldas.

4

Bob Jenkins vertió en su vaso un poco de cada botella. El contenido estaba tan desbravado como el de la primera.

—¿Está convencido? —preguntó a Nick.

—Sí —afirmó éste—. Colega, si sabe lo que está pasando aquí, lárguelo. Por favor, hable.

—Tengo una idea —admitió Bob—. No es… Me temo que no es muy agradable, pero soy de esa clase de gente que cree que a la larga el conocimiento es mejor y más seguro que la ignorancia, por mal que uno se sienta cuando comprende ciertos hechos. ¿Tiene algún sentido?

—No —dijo Gaffney inmediatamente.

Bob se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada.

—Sea como fuere, lo sostengo. Y antes de decir nada más, quiero que miren a su alrededor y me digan lo que ven.

Miraron, concentrándose tan intensamente en el grupo de mesas y sillas que nadie vio a Craig Toomy de pie en el extremo más alejado de la sala de espera, dándoles la espalda y mirando el asfalto.

—Nada —dijo por fin Laurel—. Lo siento, pero no veo nada. Sus ojos deben de ser más agudos que los míos, señor Jenkins.

—No. Veo lo mismo que ve usted, es decir, nada. Sin embargo, los aeropuertos permanecen abiertos las veinticuatro horas del día. Cuando esa cosa…, cuando ese suceso se produjo, seguramente era la hora de menor concurrencia, pero me resulta

difícil creer que no hubiera por lo menos algunas personas aquí, tomando café o desayunando temprano. Personal de mantenimiento, personal del aeropuerto… Tal vez un puñado de pasajeros que esperaban un trasbordo y habían decidido ahorrar dinero pasando las horas entre la medianoche y las seis o las siete de la mañana en la terminal, en lugar de instalarse en algún motel cercano. Cuando bajé de aquella cinta transportadora y miré a mi alrededor, me sentí totalmente desconcertado. ¿Por qué? Porque los aeropuertos nunca están totalmente vacíos, del mismo modo que no lo están los cuartelillos o las estaciones de bomberos. Ahora miren y pregúntense dónde están las comidas a medio terminar, los vasos con algo de líquido. ¿Recuerdan el carrito de las bebidas del avión, con los vasos sucios debajo? ¿Recuerdan la galleta mordida y la taza de café medio vacía junto al asiento del piloto? Aquí no hay nada parecido. No se ve el menor indicio de que aquí hubiera gente cuando sucedió eso.

Albert volvió a mirar y dijo lentamente:

—No hay pipa en la proa, ¿eh?

Bob lo miró con atención.

—¿Cómo? ¿Qué dice, Albert?

—Cuando estábamos en el avión —contestó Albert—, pensaba en aquel barco sobre el que una vez leí un libro. Se llamaba *Mary Celeste*, y alguien lo localizó flotando sin rumbo. Bueno, supongo que no estaría flotando, porque el libro decía que las velas estaban izadas, pero cuando lo abordaron todos los tripulantes habían desaparecido. Sus cosas estaban allí, y había comida al fuego, en la cocina. Alguien encontró una pipa en la proa. Estaba humeando.

—¡Bravo! —exclamó febrilmente Bob. Todos lo miraban, así que nadie vio que Craig Toomy avanzaba lentamente hacia ellos. El revólver que había encontrado ya no apuntaba al suelo.

—¡Bravo, Albert! ¡Ha puesto el dedo en la llaga! Y hubo otra desaparición famosa: toda una colonia de pobladores en un lugar llamado Roanoke Island, frente a la costa de Carolina del Norte, creo. Todos desaparecidos, pero habían dejado restos de fuegos, casuchas y basuras. Y ahora, Albert, dé otro paso. ¿Qué más falta en esta terminal que no faltaba en el avión?

Albert se quedó en blanco durante un instante, pero después comprendió.

—¡Los anillos! —gritó—. ¡Los bolsos! ¡Los billeteros! ¡El dinero! ¡Los clavos quirúrgicos! ¡Aquí no hay nada de eso!

—Correcto —dijo suavemente Bob—. Totalmente correcto. Como muy bien dice, aquí no hay nada de eso. Pero fue en el avión donde despertamos, ¿no? En la cabina había incluso una galleta mordida y media taza de café. El equivalente de la pipa humeante en la proa.

—Cree que hemos pasado a otra dimensión, ¿no es cierto? —preguntó Albert. Su voz sonaba espantada—. Como en los relatos de ciencia ficción.

Dinah inclinó la cabeza hacia un lado y, durante un instante, el parecido con Nipper, el perro del sello RCA Victor, resultó increíble.

—No —dijo Bob—, pienso…

—¡Cuidado! —gritó Dinah—. Algo, algún…

Demasiado tarde. Cuando Craig Toomy venció la parálisis que lo invadía y empezó a moverse, lo hizo con rapidez. Antes de que Nick o Brian pudieran volverse, había pasado un brazo alrededor del cuello de Bethany, arrastrándola hacia atrás. Colocó el arma en su sien. La chica emitió un chillido desesperado, aterrorizado.

—No quiero dispararle, pero lo haré si me veo obligado a ello —jadeó Craig—. Lléveme a Boston —añadió, y sus ojos ya no eran neutros. Lanzaba en todas direcciones miradas de una inteligencia aterrada, paranoica—. ¿Me oye? ¡Lléveme a Boston!

Brian empezó a avanzar hacia él, pero Nick le puso una mano en el pecho sin apartar los ojos de Craig.

—Tranquilo, colega —dijo en voz baja—. No sería seguro. Nuestro amigo está chalado.

Bethany se retorcía bajo el antebrazo de Craig.

—¡Me está ahogando! ¡Por favor, deje de ahogarme!

—¿Qué pasa? —preguntó Dinah—. ¿Qué es?

—¡Quieta! —le ordenó Craig a Bethany—. ¡Deje de moverse! ¡Va a obligarme a hacer algo que no quiero hacer! —Y apretó el cañón del arma contra su sien. Ella siguió luchando, y Albert comprendió de pronto que no sabía que el otro tenía un revólver; no lo sabía pese a que lo había apoyado contra su cráneo.

—¡Basta, chica! —dijo Nick abruptamente—. ¡Deje de luchar!

Por primera vez en su vida consciente, Albert se descubrió, no ya pensando como el Judío de Arizona, sino actuando como el legendario personaje. Sin apartar los ojos del lunático, empezó a levantar despacio el estuche del violín. Sacó la mano del asa y la colocó junto a la otra, en torno a la parte más estrecha. Toomy no lo miraba. Sus ojos pasaban velozmente de Brian a Nick, y tenía las manos ocupadas sujetando a Bethany.

—No quiero dispararle… —Craig comenzaba de nuevo cuando la chica se echó de espaldas contra él, golpeando sus genitales, y él levantó el brazo. Inmediatamente, Bethany hincó los dientes en su muñeca—. ¡Ay! —gritó Craig—. ¡Ayyyy!

Aflojó el apretón y Bethany se deslizó por debajo de su brazo. Albert dio un salto adelante, levantando el estuche del violín, mientras Toomy apuntaba a Bethany. Su cara estaba distorsionada en una mueca de dolor y cólera.

—¡No, Albert! —berreó Nick.

Craig Toomy vio avanzar a Albert y le apuntó con la pistola. Durante un segundo, Albert lo miró fijamente. Era como en uno de sus sueños o fantasías. Mirar el cañón del revólver era como mirar su tumba abierta. *Tal vez esté cometiendo un error*, pensó. Entonces Craig apretó el gatillo.

5

En lugar de una explosión, se oyó un pequeño plop no más fuerte que el de un viejo fusil Daisy de aire comprimido. Albert sintió que algo golpeaba el pecho de su camiseta del Hard Rock Café; tuvo tiempo de advertir que le habían disparado antes de golpear la cabeza de Craig con el estuche del violín. Se oyó un sólido golpe que recorrió su brazo en sentido ascendente y que le hizo pensar en la sensación que produce batear una pelota, y de pronto la voz indignada de su padre sonó en su cabeza: *¿Qué pasa contigo, Albert? ¡Ésa no es manera de tratar un valioso instrumento musical!*

Se oyó un sobresaltado chasquido cuando el violín saltó dentro de su estuche. Uno de los cerrojos de bronce se clavó en la frente de Toomy, y la sangre brotó en una lluvia sorprendente. Después, las rodillas del hombre se doblaron y cayó delante de Albert como un ascensor superveloz. Albert vio que los ojos se le ponían en blanco y que estaba a sus pies, inconsciente.

A Albert se le ocurrió una idea loca, pero maravillosa: *¡Vaya por Dios! ¡No había jugado en mi vida!* Después advirtió que ya no podía respirar y se volvió hacia los demás. Su boca se desplegó en una sonrisilla confusa.

—Creo que me han agujereado —dijo As Kaussner, y el mundo se oscureció. Entonces fueron sus rodillas las que se doblaron, y cayó al suelo sobre el estuche de su violín.

6

Estuvo inconsciente menos de treinta segundos. Cuando reaccionó, Brian abofeteaba suavemente sus mejillas con aspecto ansioso. Bethany estaba arrodillada junto a él, mirándolo con brillantes ojos de «mi héroe». Detrás de ellos, Dinah Bellman seguía llorando en brazos de Laurel. Albert miró a Bethany y sintió que el corazón —al parecer todavía entero— no le cabía en el pecho.

—El Judío de Arizona cabalga de nuevo —murmuró.

—¿Qué, Albert? —preguntó ella, y le acarició la mejilla. Su mano era maravillosamente suave, maravillosamente fresca. Albert decidió que estaba enamorado.

—Nada —dijo, y el piloto volvió a abofetearlo.

—¿Estás bien, chico? —preguntaba Brian—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo Albert—. Deje de hacer eso, ¿quiere? Y me llamo Albert. As para los amigos. ¿Estoy muy mal herido? Todavía no siento nada. ¿Han podido parar la hemorragia?

Nick Hopewell se agachó junto a Bethany. En su rostro se dibujaba una sonrisa desconcertada e incrédula.

—Creo que vivirás, colega. Nunca en mi vida he visto nada parecido, y he visto mucho. Vosotros, los americanos, sois demasiado tontos para no amaros. Tiende la mano y te regalaré un recuerdo.

Albert estiró la mano que temblaba incontroladamente y Nick dejó caer algo. Albert lo acercó a sus ojos y vio que era una bala.

—La cogí del suelo —dijo Nick—. Ni siquiera está deformada. Debió de golpearte justo en medio del pecho, porque hay una marca de pólvora en tu camiseta, y después cayó. Fue un tiro fallido. Parece que Dios te quiere, colega.

—Estaba pensando en las cerillas —dijo Albert débilmente—. Medio pensé que no dispararía.

—Eso fue muy valeroso y muy tonto, muchacho —dijo Bob Jenkins. Tenía la cara lívida y el aspecto de estar a punto de desmayarse—. Jamás creas a un escritor. Escúchalo, por supuesto, pero nunca le creas. ¡Dios mío! ¿Qué habría pasado si llego a estar equivocado?

—Casi lo estuvo —dijo Brian, que ayudó a Albert a ponerse en pie—. Fue como cuando encendió las otras cerillas, las del bol. Había energía suficiente para sacar la bala del arma. Un poco más y Albert tendría una bala en el pulmón.

Otra oleada de mareo invadió a Albert. Se tambaleó, y Bethany pasó un brazo en torno a su cintura.

—Me pareció un acto muy valiente —le dijo, mirándolo con ojos que sugerían que, en su opinión, Albert Kaussner cagaba diamantes con un culo de platino—. Quiero decir increíble.

—Gracias —dijo As, sonriendo fríamente, aunque algo mareado—. No fue para tanto.

El judío más rápido al oeste del Mississippi advirtió que había una gran cantidad de chica apretada contra él y que olía intolerablemente bien. De pronto, se sintió estupendo. En realidad, le parecía que nunca se había sentido mejor en su vida. Después recordó su violín, se inclinó y cogió el estuche. Había una profunda muesca a un lado, y uno de los cerrojos, que se había roto, estaba impregnado de sangre y pelo. Albert sintió que se le revolvía el estómago. Abrió el estuche y miró dentro. El instrumento parecía estar bien, y dejó escapar un pequeño suspiro.

Después comenzó a pensar en Craig Toomy y la alarma reemplazó al alivio.

—No habré matado al tipo, ¿verdad? Le di un golpe muy fuerte. —Y miró hacia Craig, que estaba tirado en el suelo cerca de la puerta del restaurante, con Don Gaffney arrodillado a su lado. De pronto, Albert se sintió otra vez a punto de

desvanecerse. En la cara y la frente de Craig había mucha sangre.

—Está vivo —declaró Don—, pero se ha apagado como una luz.

Albert, que en sueños había agujereado a tipos más duros que El Hombre sin Nombre, sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¡Jesús! ¡Hay tanta sangre!

—Eso no significa nada. Las heridas en el cuero cabelludo suelen sangrar mucho —dijo Nick acercándose a Don. Cogió la muñeca de Craig y buscó el pulso—. Tienes que recordar que estaba apuntando a la chica con un revólver, colega. Si hubiera apretado el gatillo a quemarropa, habría podido matarla. ¿Recuerdas al actor que hace unos años se mató con una bala sin pólvora? El señor Toomy se lo buscó. Se lo merece. No te preocupes.

Dejó caer la muñeca de Craig y se incorporó.

—Además —añadió, cogiendo un buen montón de servilletas de papel de un servilletero cercano—, su pulso es fuerte y regular. Creo que despertará dentro de unos minutos con un buen dolor de cabeza, pero nada más. También creo que deberíamos tomar precauciones con relación a este feliz suceso. Señor Gaffney, en aquel rincón las mesas parecen estar equipadas con manteles. Extraño, pero real. ¿Quiere alcanzarme un par, por favor? Tal vez sería prudente atar las manos del señor Tengo-que-ir-a-Boston a sus espaldas.

—¿Realmente tiene que hacerlo? —preguntó Laurel con calma—. Al fin y al cabo, el hombre está inconsciente y sangrando.

Nick apretó su improvisada compresa contra la herida de Craig Toomy y levantó la mirada hacia ella.

—Usted es Laurel, ¿no?

—Sí.

—Bien, Laurel, no nos hagamos ilusiones. Este hombre es un demente. No sé si fue nuestra aventura lo que provocó su estado o si creció así, como Topsy, pero sé que es peligroso. Si Dinah hubiera estado más cerca que Bethany, la habría cogido a ella. Si no lo atamos, tal vez la próxima vez lo haga.

Craig gimió y movió febrilmente las manos. Bob Jenkins se apartó de él en cuanto empezó a moverse, aun cuando el revólver estaba metido en la cintura de los pantalones de Brian Engle, y Laurel hizo lo mismo, arrastrando consigo a Dinah.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó nerviosamente Dinah—. No, ¿verdad?

—No, cariño.

—Lo habría oído antes, pero estaba escuchando al hombre que parece un maestro.

—Está bien —dijo Laurel—. Todo ha salido bien, Dinah.

Entonces miró hacia la terminal desierta y sus palabras le sonaron a burla. Allí nada estaba bien. Nada en absoluto.

Don regresó con un mantel a cuadros blancos y rojos en cada mano.

—Maravilloso —dijo Nick. Cogió un mantel y lo retorció rápida y hábilmente hasta convertirlo en una cuerda. Se puso la parte central en la boca, apretando para

evitar que se desenrollara, y usó las manos para envolver a Craig como una tortilla humana.

Craig gritó, y sus ojos parpadearon.

—¿Es necesario ser tan brutal? —preguntó Laurel bruscamente.

Nick la miró un instante y ella bajó los ojos de inmediato. No podía evitar la comparación entre los ojos de Nick Hopewell y los de la fotografía enviada por Darren Crosby. Ojos claros, muy separados, en un rostro atractivo aunque poco expresivo. Pero también los ojos eran pocos expresivos, ¿no? ¿Y acaso los ojos de Darren no tenían algo o tal vez mucho que ver con la razón por la que había hecho ese viaje? ¿Acaso no había llegado a la conclusión, después de un examen detenido, de que eran los ojos de un hombre que se portaría bien? ¿Un hombre que desistiría si una mujer le pedía que lo hiciera?

Había embarcado en el vuelo 29 diciéndose que aquélla era la gran aventura de su vida, su extravagante tango con el romance; un impulsivo salto transcontinental hacia los brazos del alto y moreno extranjero. Pero a veces una se encontraba en una de esas situaciones fastidiosas en las que ya no se podía evadir la verdad, y Laurel supuso que la verdad era que había elegido a Darren Crosby porque sus fotos y cartas le habían dicho que no se diferenciaba demasiado de los muchachos y hombres plácidos con los que salía desde los quince años; muchachos y hombres que aprendían enseguida a limpiarse los zapatos en el felpudo antes de entrar en casa en las noches lluviosas; muchachos y hombres que cogían un trapo de cocina y ayudaban con la vajilla sin necesidad de pedírselo; muchachos y hombres que te soltarían si les decías que lo hicieran en un tono de voz lo bastante convincente.

¿Habría estado esta noche en el vuelo 29 si las fotos le hubieran mostrado los ojos azul oscuro de Nick Hopewell en lugar de los suaves ojos castaños de Darren? No lo creía. Pensaba que le habría escrito una nota amable, pero impersonal (*Gracias por su respuesta y su foto, señor Hopewell, pero por alguna razón me parece que no nos llevaríamos bien*), y habría seguido buscando un hombre como Darren. Y, naturalmente, dudaba mucho de que los hombres como el señor Hopewell leyeran alguna vez las revistas de corazones solitarios, y mucho más de que pusieran anuncios en las columnas personales. Pese a todo, allí estaba con él en esa situación descabellada.

Bueno, había querido vivir una aventura, solo una, antes de instalarse en la mediana edad, ¿no? Sí. Y allí estaba, dando la razón a Tolkien. La noche anterior había cruzado el umbral de su puerta como siempre, y mira dónde había terminado: una versión extraña y espantosa del Mundo de la Fantasía. Pero era una aventura. Aterrizajes de emergencia, aeropuertos desiertos, un lunático con un revólver… Por supuesto que era una aventura. De pronto recordó algo que había leído hacía años: *Ten cuidado con lo que pides, porque tal vez lo consigas*.

Era muy cierto.

Y muy desconcertante.

En los ojos de Nick Hopewell no había desconcierto, pero tampoco compasión. Hacían estremecer a Laurel, produciéndole una sensación que no tenía nada de romántica.

¿*Estás segura*?, susurró una voz. Pero Laurel la acalló enseguida.

Nick sacó las manos de Craig de debajo de su cuerpo y juntó las muñecas en la espalda. Craig gimió más fuerte y empezó a luchar débilmente.

—Tranquilo, compañero —dijo Nick, procurando calmarlo. Pasó el mantel dos veces por los antebrazos de Craig y lo ató con fuerza. Los codos de Craig se agitaron, y el hombre emitió un extraño grito apagado—. ¡Vale! —exclamó, mientras se incorporaba—. Atado tan pulcramente como el pavo navideño del Padre John. Hasta nos sobra uno por si este empieza a ceder. —Se sentó en una de las mesas mirando a Bob Jenkins y prosiguió—: Y ahora, ¿qué estaba diciendo cuando nos interrumpieron de manera tan grosera?

Bob lo miró, incrédulo y vacilante.

—¿Qué?

—Continúe —dijo Nick. Parecía un ferviente aficionado a las conferencias en lugar de un hombre sentado sobre una mesa, en el restaurante de un aeropuerto abandonado, con los pies plantados junto a otro hombre maniatado que yacía en un charco de sangre—. Había llegado a la parte en que comparaba el vuelo 29 con el *Mary Celeste*. Interesante ese concepto.

—¿Y quiere que continúe, así sin más? —preguntó Bob, incrédulo—. ¿Como si no hubiera pasado nada?

—¡Deje que me levante! —gritó Craig. Sus palabras quedaban algo sofocadas por la gruesa moqueta industrial del suelo del restaurante, pero de todos modos sonaba increíblemente enérgico para tratarse de un hombre al que habían derribado con un estuche de violín unos minutos antes—. ¡Deje que me levante ahora mismo! Exijo que usted…

Entonces Nick hizo algo que los escandalizó a todos, incluso a aquellos que le habían visto retorcerle la nariz como si se tratara del grifo de una bañera. Dio una fuerte y corta patada en las costillas de Craig. Se detuvo en el último momento, pero no mucho. Craig emitió un gruñido de dolor y se calló.

—Vuelva a empezar, colega, y se las hundo —dijo Nick con aspereza—. Se me ha terminado la paciencia.

—¡Eh! —exclamó Gaffney desconcertado—. Pero ¿qué ha hecho…?

—¡Escúchenme! —le interrumpió Nick, mirando a su alrededor. Sus modales corteses habían desaparecido, y su voz vibraba de cólera y urgencia—. Necesitan despertar, chicos y chicas, y no tengo tiempo de hacerlo con suavidad. Esa niña, Dinah, dice que tenemos problemas y yo la creo. Dice que oye algo, algo que puede venir hacia nosotros, y eso también me inclino a creerlo. Yo no oigo nada, pero mis nervios saltan como grasa en una parrilla y estoy habituado a prestar atención cuando me sucede eso. Creo que se está acercando algo, y no creo que su intención sea la de

pretender vendernos accesorios de aspiradora o el último invento en materia de seguros. Ahora podemos dedicarnos a insultar civilizadamente a este sangriento lunático o a entender lo que nos ha sucedido. Tal vez entender no nos salve la vida, pero cada vez estoy más convencido de que no entender puede dejarnos sin ella muy pronto. Dinah —añadió, mirando a la muchacha—, si crees que estoy equivocado, dímelo. A ti te escucharé con gusto.

—No quiero que lastime al señor Toomy, pero no creo que esté equivocado —respondió Dinah con voz temblorosa.

—Muy bien —dijo Nick—. Es bastante justo. Haré todo lo posible por no volver a lastimarlo, pero no te prometo nada. Empecemos con un concepto sencillo. Este tipo al que he empaquetado…

—Toomy —interrumpió Brian—. Su nombre es Craig Toomy.

—Vale. El señor Toomy está loco. Tal vez si logramos volver al lugar que nos corresponde, o si descubrimos adónde han ido los demás, consigamos ayuda para él. Pero por ahora solo podemos ayudarle dejándolo fuera del combate, que es precisamente lo que he hecho, con la generosa pero imprudente ayuda de Albert. Y volviendo al tema que nos ocupa, ¿alguien tiene una opinión contraria?

No hubo respuesta. Los otros pasajeros miraron intranquilos a Nick.

—Vale —dijo Nick—. Continúe, señor Jenkins.

—Yo…, yo no estoy acostumbrado a… —balbuceó Bob, haciendo un visible esfuerzo por controlarse—. Supongo que en los libros he matado a gente suficiente para llenar todos los asientos del avión que nos trajo aquí, pero lo que acaba de suceder es el primer acto de violencia que he contemplado. Lamento si…, bueno, si me he comportado mal.

—Creo que lo está haciendo muy bien, señor Jenkins —dijo Dinah—. A mí me gusta escucharle. Me hace sentir mejor.

Bob la miró agradecido y sonrió.

—Gracias, Dinah —dijo, metiendo las manos en los bolsillos.

Echó una mirada preocupada a Craig Toomy y después miró más allá, hacia la vacía sala de espera.

—Creo que nuestra teoría adolece de una falacia central. Cuando empezamos a percibir la magnitud del suceso, todos dimos por sentado que le había sucedido algo al resto del mundo. Esta suposición resulta comprensible porque nosotros estamos bien, y los demás, incluyendo a los otros pasajeros con quienes subimos al avión en el aeropuerto de Los Ángeles, parecen haber desaparecido. Pero las pruebas que tenemos no apoyan este supuesto. Lo que ha sucedido nos ha sucedido a nosotros y solo a nosotros. Estoy convencido de que el mundo, tal como lo hemos conocido, sigue funcionando como siempre. Somos nosotros, los pasajeros desaparecidos y los once supervivientes del vuelo 29, quienes estamos perdidos.

7

—Tal vez yo sea tonto, pero no entiendo lo que quiere decir —dijo Rudy Warwick un momento después.

—Ni yo —agregó Laurel.

—Hemos mencionado dos desapariciones famosas —dijo tranquilamente Bob. Ahora hasta Craig Toomy parecía escuchar. En todo caso, había dejado de forcejear —. Una, el caso del *Mary Celeste,* se produjo en el mar. La segunda, el caso de la Isla Roanoke, se produjo cerca del mar. Y no son las únicas. Se me ocurren al menos otras dos que tuvieron que ver con aviones: la desaparición de la aviadora Amelia Earhart sobre el océano Pacífico, y la desaparición de varios aparatos de las Fuerzas Aéreas sobre esa zona del Atlántico conocida como el Triángulo de las Bermudas. Creo que eso sucedió en 1946 o 1947. Hubo una especie de transmisión frustrada del comandante de la escuadrilla. La base de Florida envió de inmediato aviones de rescate, pero jamás encontraron rastro de los aviones o de sus tripulantes.

—He oído hablar de ellos —dijo Nick—. Creo que es la base de la mala reputación del Triángulo.

—No, allí han desaparecido montones de barcos y aviones —intervino Albert—. Leí el libro de Charles Berlitz. Realmente interesante —dijo, mirando a su alrededor —, aunque jamás pensé verme metido en algo así. Ya saben lo que quiero decir.

—No sé si alguna vez ha desaparecido un avión sobre la masa continental de Estados Unidos —dijo Jenkins—, pero…

—Ha pasado muchas veces con aparatos pequeños —le interrumpió Brian—, y una vez, hace unos treinta y cinco años, con un avión de pasajeros. Había más de cien personas a bordo. Fue en 1955 o 1956. El aparato era un TWA o un Monarch, no recuerdo. El avión se dirigía a Denver desde San Francisco. El piloto mantuvo contacto por radio con la torre de Reno, algo rutinario, y jamás volvió a saberse nada del avión. Por supuesto hubo una búsqueda, pero…

Brian vio que lo miraban con una especie de espantada fascinación, y rió incómodo.

—Historias de fantasmas de los pilotos —dijo con un matiz de disculpa en la voz —. Parece un argumento para una historieta de Gary Larson.

—Apostaría a que todos pasaron al otro lado —murmuró el escritor. Había empezado otra vez a frotarse una mejilla. Parecía angustiado, casi horrorizado—. A menos que hayan encontrado los cuerpos…

—Por favor, díganos qué sabe o qué cree saber —dijo Laurel—. El efecto de esta…, de esta cosa… parece ir acumulándose sobre uno. Si no obtengo alguna explicación pronto, creo que puede empezar a atarme y ponerme junto al señor Toomy.

—No sea tan presuntuosa —dijo Craig, hablando clara aunque enigmáticamente.

Bob le dedicó otra mirada incómoda, y después pareció reunir sus ideas.

—Aquí no hay comida, pero en el avión sí. Aquí no hay electricidad, pero en el avión sí. No es concluyente, por supuesto, ya que el avión posee su propio generador, mientras que la electricidad de aquí procede de alguna planta. Pero piensen en las cerillas. Bethany estaba en el avión y sus cerillas funcionan estupendamente. Las que cogí de este bol no encienden. El revólver que el señor Toomy cogió, supongo que de la Oficina de Seguridad, disparó sin fuerza. Creo que si probaran una linterna a pilas, descubrirían que tampoco funciona. O si funciona, que no lo hace por mucho tiempo.

—Tiene razón —dijo Nick—. Y no necesitamos una linterna para demostrar su teoría —añadió, señalando hacia arriba. Todos miraron. Había una luz de emergencia en la pared, detrás de la parrilla, y estaba tan muerta como las luces del techo—. Eso funciona con una batería —prosiguió—. Cuando falla la electricidad, se activa un solenoide sensible a la luz. Aquí está lo bastante oscuro para que ese dispositivo se ponga en funcionamiento pero no lo ha hecho. Lo que significa que, o bien ha fallado el circuito solenoidal, o bien la batería está descargada.

—Sospecho que ambas cosas —dijo Bob Jenkins. Se dirigió lentamente hacia la puerta del restaurante y miró afuera—. Nos encontramos en un mundo que se diría entero y en un razonable estado de funcionamiento, pero que al mismo tiempo parece casi exhausto. Las bebidas carbonatadas están desbravadas, la comida no tiene sabor y el aire es inodoro. Nosotros todavía despedimos aromas…, por ejemplo, huelo el perfume de Laurel y la loción para el afeitado del capitán, pero todo lo demás parece haber perdido su olor.

Albert cogió uno de los vasos de cerveza y olfateó. Decidió que aquello despedía un olor, pero muy, muy vago. El pétalo de una flor apretado durante muchos años entre las páginas de un libro no podía dar ese distante recuerdo de aroma.

—Lo mismo ocurre con los sonidos —siguió Bob—. Son chatos, unidimensionales, totalmente desprovistos de resonancia.

Laurel pensó en el apagado claqueteo de sus tacones sobre el cemento y en la falta de eco cuando el capitán Engle gritó en busca del señor Toomy.

—Albert, ¿puedo pedirle que toque algo? —preguntó Bob.

Albert lanzó una mirada a Bethany. Ella sonrió y asintió.

—Vale. Claro. En realidad, siento curiosidad por saber cómo suena después de… —y miró a Craig Toomy—. Ya saben.

Abrió el estuche, haciendo muecas cuando sus dedos tocaron el cerrojo que habían producido la herida en la cabeza de Toomy, y sacó su violín. Lo acarició un momento, después cogió el arco con la mano derecha y colocó el violín bajo su barbilla. Se quedó así un momento, pensando. ¿Cuál era la música adecuada para ese extraño mundo nuevo donde los teléfonos no sonaban y los perros no ladraban? ¿Ralph Vaughan Williams? ¿Stravinsky? ¿Mozart? ¿Tal vez Dvořák? No, ninguno de ellos era el adecuado. Entonces tuvo una inspiración y empezó a tocar «Someone’s in the kitchen with Dinah».

A media canción, el arco se detuvo.

—Supongo que debiste de dañar el violín al golpear al tipo —dijo Don Gaffney —. Suena como si estuviera relleno de algodón.

—No —dijo Albert despacio—. Mi violín está en perfectas condiciones. Lo sé por cómo lo siento y por cómo se portan las cuerdas bajo mis dedos, pero hay algo más. Acérquese, señor Gaffney.

Gaffney se acercó y se detuvo junto a Albert.

—Ahora, acérquese lo más que pueda al violín. No, tan cerca no, le metería el arco en el ojo. Ahí. Estupendo. Vuelva a escuchar.

Albert empezó a tocar, cantando para sus adentros, como acostumbraba hacer cuando tocaba esa música trillada pero alegre.

Singing fee-fi-fiddly-I-oh,
Fee-fi-fiddly-I-oh-oh-oh-oh,
Fee-fi-fiddly-I-oh,
Strummin'on the old banjo.

—¿Escucha la diferencia? —preguntó al terminar.

—De cerca suena mucho mejor, si es eso a lo que te refieres —dijo Gaffney. Miraba a Albert con verdadero respeto—. Tocas bien, chico.

Albert le sonrió, pero en realidad le estaba hablando a Bethany Simms.

—A veces, cuando sé que mi maestro de música no anda por ahí, toco las viejas canciones de Led Zeppelin —dijo—. Esa música realmente se cuece en el violín. Les sorprendería. De todos modos —añadió, mirando a Bob—, coincide con lo que usted estaba diciendo. Cuanto más se acerca uno, mejor suena el violín. No es el instrumento el que está mal, sino el aire. No conduce el sonido como debería, y por eso lo que sale suena como sabe la cerveza.

—Desbravada —dijo Brian.

Albert asintió.

—Gracias, Albert —dijo Bob.

—Claro. ¿Puedo guardarlo ahora?

—Por supuesto. —Y Bob continuó mientras Albert guardaba el violín en el estuche y usaba una servilleta para limpiar los cerrojos y sus dedos—. El sabor y el sonido no son los únicos elementos distorsionados de la situación en que nos encontramos. Piensen en las nubes, por ejemplo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Rudy Warwick.

—No se han movido desde que llegamos y no creo que vayan a moverse. Creo que el esquema meteorológico en el que estamos acostumbrados a vivir se ha interrumpido o se está agotando como un viejo reloj de bolsillo. —Bob hizo una pausa. De pronto, parecía viejo, indefenso y asustado—. Como diría el señor Hopewell, no hilemos fino. Aquí todo está mal. Dinah, cuyos sentidos, incluido ese extraño y vago llamado sexto sentido, están más desarrollados que los nuestros, ha

sido tal vez quien lo ha sentido con mayor fuerza, pero creo que todos lo hemos percibido en mayor o menor grado. Aquí las cosas están mal. Y ahora llegamos al núcleo del asunto. No hace ni quince minutos dije que parecía la hora del almuerzo. Ahora me parece mucho más tarde. Las tres o las cuatro de la tarde. Mi estómago no gruñe por el desayuno, sino por el té. Tengo la terrible sensación de que puede empezar a oscurecer antes de que nuestros relojes nos digan que son las diez menos cuarto de la mañana.

—Al grano, compañero —dijo Nick.

—Creo que guarda relación con el tiempo —prosiguió Bob, pensativo—. No con las dimensiones, como sugirió Albert, sino con el tiempo. Supongamos que, de vez en cuando, en la corriente del tiempo aparece un agujero. No se trata de una desviación sino de un desgarramiento, un desgarramiento en la fábrica del tiempo.

—¡Es el disparate más grande que he oído en mi vida! —exclamó Don Gaffney.

—¡Amén! —lo secundó desde el suelo Craig Toomy.

—No —dijo bruscamente Bob—. Si quieren disparates, piensen en cómo sonaba el violín de Albert cuando estaban a menos de dos metros de distancia. O mire alrededor de usted, señor Gaffney. Mire alrededor. Lo que nos está sucediendo, la situación en la que nos vemos envueltos, ése es el disparate.

Don frunció el entrecejo y metió las manos en los bolsillos.

—Continúe —dijo Brian.

—Vale. No estoy diciendo que tenga razón; simplemente, estoy ofreciendo una hipótesis que coincide con la situación en la que nos hallamos. Digamos que esas roturas en el tejido del tiempo aparecen de vez en cuando, pero la mayor parte en zonas no pobladas; naturalmente, me refiero al océano. No sé por qué iba a ser así, pero sigue siendo una suposición lógica, porque al parecer es allí donde se produce la mayor parte de las desapariciones.

—Los patrones meteorológicos sobre el agua casi siempre son distintos de los patrones meteorológicos sobre grandes masas de tierra —dijo Brian—. Podría ser por eso.

Bob asintió.

—Equivocados o no, es una buena manera de pensar en ello, porque sitúa el asunto en un contexto que nos resulta familiar a todos. Podría ser algo semejante a los raros fenómenos meteorológicos que se registran a veces: tornados que van de arriba abajo, arco iris circulares o aparición de luz astral durante el día. Estos desgarramientos del tiempo pueden aparecer y desaparecer al azar, o moverse como se mueven los frentes y los sistemas de presión, pero muy raramente se producen sobre tierra. Sin embargo, un experto en estadísticas diría que, más pronto o más tarde, lo que puede suceder sucederá; de modo que supongamos que anoche apareció uno sobre tierra y tuvimos la mala suerte de volar directamente a su interior. Y sabemos algo más. Alguna regla o propiedad desconocida de ese increíble fenómeno meteorológico hace que sea imposible que un ser humano lo atraviese a menos que

esté dormido.

—Un cuento de hadas —afirmó Gaffney.

—Completamente de acuerdo —dijo Craig Toomy desde el suelo.

—¡Cierre el pico! —gruñó Gaffney.

Craig parpadeó y, después, levantó el labio superior en una débil sonrisa burlona.

—Parece correcto —dijo Bethany en voz baja—. Es como si fuéramos a contracorriente de todo.

—¿Qué le sucedió a la tripulación y a los pasajeros? —preguntó Albert, que parecía enfermo—. Si el avión pasó y nosotros también, ¿qué le sucedió al resto?

Su imaginación le proporcionó una respuesta en forma de imagen súbitamente clara: cientos de personas cayendo del cielo, con las corbatas y los pantalones ondeando, los vestidos levantándose y dejando al descubierto ligueros y ropa interior, zapatos cayendo, plumas (las que no habían quedado en el avión) saliendo de los bolsillos; gente agitando brazos y piernas y tratando de gritar en el aire desoxigenado; gente que había dejado a sus espaldas billeteros, bolsos, monedas y, al menos en un caso, marcapasos. Los vio cayendo al suelo como bombas, aplastando arbustos, levantando nubecillas de polvo, imprimiendo la forma de sus cuerpos al suelo del desierto.

—Mi idea es que se vaporizaron —dijo Bob—. Que sus cuerpos desaparecieron.

En un primer momento, Dinah no comprendió; después pensó en el bolso de la tía Vicky, con los cheques de viaje dentro, y empezó a llorar suavemente. Laurel pasó los brazos por los hombros de la niña ciega y la abrazó. Mientras tanto, Albert estaba agradeciendo fervientemente a Dios que su madre hubiera cambiado de idea en el último momento y hubiera decidido no acompañarlo al Este.

—En muchos casos, sus cosas se fueron con ellos —continuó el escritor—. Los que dejaron billeteros y bolsos tal vez los tuvieran en la mano en el momento del…, del suceso. Pero es difícil decirlo. Lo que se llevaron y lo que quedó… Supongo que estoy pensando en la peluca, más que nada… No parece demasiado razonable.

—Lo encuentro correcto —dijo Albert—. Por ejemplo, está el caso de los clavos quirúrgicos. Dudo que el tipo al que pertenecían se los sacara del hombro o de la rodilla solo porque estaba aburrido.

—Estoy de acuerdo —dijo Rudy Warwick—. Era demasiado al comienzo del vuelo para estar tan aburrido.

Bethany lo miró sobresaltada y se echó a reír.

—Soy de Kansas —dijo Bob—, y el elemento de capricho me hace pensar en los ciclones que solíamos tener en verano. Borraban del mapa una granja, pero dejaban en pie la letrina, o destrozaban un granero sin derribar ni un fragmento del silo que estaba exactamente al lado.

—Colega, vaya al fondo del asunto —dijo Nick—. Sea cual fuere nuestra situación, no puedo evitar sentir que es muy tarde.

Brian pensó en Craig Toomy, en Tengo-que-llegar-a-Boston, de pie en lo alto del

tobogán de emergencia, gritando: *¡Queda poco tiempo! ¡Queda muy poco tiempo!*

—De acuerdo —dijo Bob—. El fondo del asunto. Supongamos que existen cosas tales como desgarramientos en el tiempo y que hemos entrado en uno. Creo que hemos ido al pasado y hemos descubierto la desagradable verdad de los viajes a través del tiempo: no se puede aparecer en el Texas Book Depository el 22 de noviembre de 1963 y detener el asesinato de Kennedy; no se puede contemplar la construcción de las pirámides o el saqueo de Roma; no se puede investigar la Edad de los Dinosaurios… —Y levantó los brazos con las manos estiradas, como para incluir el mundo silencioso en el que se encontraban—. Miren bien a su alrededor, viajeros. Éste es el pasado. Está vacío, silencioso. Es un mundo, tal vez un universo, con el sentido y el significado de un bote de pintura vacía. Es posible que hayamos dado un salto absurdamente pequeño en el tiempo, tal vez de quince minutos, al menos inicialmente, pero es evidente que el mundo está desarmándose en torno de nosotros. Van desapareciendo los datos sensoriales. La electricidad ya ha desaparecido. El tiempo es lo que era el tiempo cuando dimos el salto al pasado. Pero a mí me parece que, a medida que el mundo se desarma, el tiempo se alza en una especie de espiral para caer sobre sí mismo.

—¿Y no podría ser el futuro? —preguntó Albert con cautela.

Bob Jenkins se encogió de hombros. De pronto parecía muy cansado.

—No estoy seguro, claro, ¿cómo podría estarlo? Pero no lo creo. Este lugar en el que estamos parece viejo, estúpido, débil e insensato. Se siente como… no sé…

Entonces Dinah habló y todos se volvieron a mirarla.

—Acabado —dijo suavemente.

—¡Exacto! —exclamó Bob—. Gracias, querida. Es la palabra que buscaba.

—¿Señor Jenkins?

—¿Sí?

—¿Recuerda ese ruido del que hablaba? Vuelvo a oírlo. —Tras una pausa añadió —: Suena más cerca.

8

Permanecieron todos en silencio, con expresión concentrada. A Brian le pareció oír algo, pero llegó a la conclusión de que era el ruido de su corazón. O su imaginación.

—Quiero ir otra vez junto a las ventanas —dijo Nick de pronto. Pasó por encima del cuerpo de Craig sin dedicarle ni una mirada y salió del restaurante sin agregar

nada más.

—¡Eh! —exclamó Bethany—. ¡Eh! ¡Yo también quiero ir!

Albert la siguió, y casi todos los demás también.

—¿Qué hacen ustedes dos? —preguntó Brian a Laurel y a Dinah.

—No quiero ir —dijo Dinah—. Desde aquí puedo oírlo igual. —Hizo una pausa y agregó—: Pero si no salimos pronto, lo oiré mejor.

Brian miró a Laurel Stevenson.

—Me quedo aquí con Dinah —dijo ella suavemente.

—Vale —dijo Brian—. Manténgase alejada del señor Toomy.

—Manténgase alejada del señor Toomy —repitió ferozmente Craig desde su lugar en el suelo. Volvió la cabeza con gran esfuerzo y movió los ojos para mirar a Brian—. Realmente, no puede salir con bien de esto, capitán Engle. No sé cuál es el juego que se traen entre manos usted y su amigo inglés, pero no saldrá bien. Probablemente, su próximo trabajo como piloto será traer cocaína desde Colombia. Al menos, cuando hable a sus amigos de lo buen piloto que es, un verdadero «crack», no estará mintiendo.

Brian se disponía a responder, pero lo pensó mejor y se calló. Nick decía que el tipo estaba loco, al menos temporalmente, y en su opinión Nick tenía razón. Tratar de razonar con un lunático era inútil, además de una pérdida de tiempo.

—Mantendremos la distancia, no se preocupe —dijo Laurel. Llevó a Dinah junto a una de las pequeñas mesas y se sentó con ella—. Y estaremos bien.

—Vale —dijo Brian—. Si empieza a soltarse, grite.

Laurel sonrió débilmente.

—Cuente con ello.

Brian se inclinó, examinó el mantel con el que Nick había atado las manos de Craig y se fue hacia la sala de espera para reunirse con los demás que estaban alineados frente a las enormes ventanas.

9

Empezó a oírlo antes de haber atravesado la mitad de la sala, y cuando llegó junto a los demás, era imposible creer que fuera una alucinación auditiva.

El oído de esa niña es realmente notable, pensó Brian.

El ruido era muy leve —al menos para él—, pero existía y parecía venir desde el este. Dinah había dicho que sonaba como arroz inflado cuando se le echaba la leche.

A Brian le parecía más bien como estática radial, esa estática excepcionalmente fuerte que se recibe a veces en períodos de gran actividad de las manchas solares. No obstante, estaba de acuerdo con Dinah en una cosa: sonaba como algo malo.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Miró a los demás y vio idénticas expresiones de atemorizado desmayo en todas las caras. Nick era el que se controlaba mejor, y Bethany, la chica que se había mostrado reacia a usar el tobogán, era la que parecía más asustada, pero todos escuchaban lo mismo.

Malo.

Algo malo que se aproximaba. A toda velocidad.

Nick se volvió hacia él.

—¿Qué conclusión saca, Brian? ¿Alguna idea?

—No —confesó Brian—, ni la más mínima idea. Lo único que sé es que es el único ruido que se oye aquí.

—Todavía no ha llegado —dijo Don—, pero creo que llegará. Me gustaría saber cuánto tiempo tardará.

Se quedaron callados otra vez, escuchando el permanente chisporroteo siseante que venía del este. Y Brian pensó: *Creo reconocer ese sonido. No es de cereal empapado en leche, ni tampoco estática, sino… ¿Qué? Si no fuese tan débil…*

Pero no quería saberlo. De pronto lo comprendió, y con gran intensidad. El sonido lo llenaba de un asco profundo.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —dijo Bethany. Su voz era chillona y temblorosa. Albert le rodeó la cintura con un brazo y ella asió con fuerza su mano. La asió con el apretón del pánico—. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!

—Sí —dijo Bob Jenkins—. Tiene razón. Ese ruido…, no sé qué es, pero resulta espantoso. Tenemos que salir de aquí.

Todos miraban a Brian, y él pensó: *Parece que vuelvo a ser el capitán. Pero no por mucho tiempo*. Porque no comprendían. Ni siquiera Jenkins comprendía, por agudas que fuesen sus deducciones, que no irían a ninguna parte.

Fuera cual fuese la fuente del sonido, avanzaba, y no tenía importancia porque seguirían allí cuando llegase. No había manera de escapar. Él comprendía la razón, aunque fuera el único… y, de pronto, Brian Engle también comprendió cómo debe de sentirse un animal cogido en una trampa mientras escucha los pesados pasos del cazador que se aproxima.

Capítulo 6

Varados.
Las cerillas de Bethany.
Tráfico de doble sentido.
El experimento de Albert.
Crepúsculo.
La oscuridad y la espada.

1

Brian se volvió hacia el escritor.

—Dice que tenemos que salir de aquí, ¿no?

—Sí, creo que deberíamos hacerlo lo más pronto posible…

—¿Y adónde sugiere que vayamos? ¿A Atlantic City? ¿A Miami Beach? ¿Al Club Med?

—Capitán Engle, ¿sugiere que no tenemos adónde ir? Creo… Espero que se equivoque. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Dentro de un momento. Primero, contésteme a una pregunta. ¿Puede volver a poner combustible en el avión? ¿Puede hacerlo aunque no haya electricidad?

—Creo que sí. Digamos que con la ayuda de algunos hombres hábiles podría hacerlo. ¿Y qué?

—Después volvemos a despegar —dijo Bob. En su cara arrugada brillaban pequeñas gotas de sudor. Parecían gotas de aceite—. Ese ruido, ese ruido chisporroteante viene del este. La fractura del tiempo se produjo a varios miles de kilómetros al oeste. Si desandáramos nuestra ruta original… ¿Podría hacerlo?

—Sí —dijo Brian. Había dejado funcionando la unidad eléctrica auxiliar, y eso quería decir que el programa del ordenador seguía intacto. Ese programa era una réplica exacta del viaje que acababan de hacer, desde el instante en que el vuelo 29 despegó en el sur de California hasta el momento en que habían aterrizado en Maine. Un simple botón indicaría al ordenador que invirtiera esa ruta; otro botón, ya en el aire, pondría a trabajar el piloto automático. El sistema de navegación informatizado Teledyne recrearía el viaje hasta la más mínima variación de grado—. Sí, podría hacerlo, ¿por qué?

—Porque tal vez el desgarramiento esté todavía allí. ¿Se da cuenta? Tal vez aún podríamos volver a atravesarlo en sentido opuesto.

Nick miró a Bob con una súbita y sobresaltada concentración, y después se volvió hacia Brian.

—Tal vez tenga razón, colega. Tal vez.

El cerebro de Albert Kaussner se desvió por un camino lateral irrelevante pero fascinante: si el desgarramiento seguía allí y su avión había volado a una altitud y en una dirección frecuentes —por una especie de avenida en el cielo—, entonces quizá otros aviones habrían pasado por ahí entre la una y siete minutos de la madrugada y ahora (fuera la hora que fuese). Quizá había otros aviones descendiendo o detenidos en otros aeropuertos americanos desiertos, otras tripulaciones y otros pasajeros vagando por ahí, aturdidos…

No —pensó—. *Dio la casualidad de que nosotros llevábamos un piloto a bordo. ¿Cuáles son las posibilidades de que eso suceda dos veces?*

Pensó en lo que había dicho el señor Jenkins sobre las dieciséis bases

consecutivas de Ted Williams y se estremeció.

—Puede tenerla o no —dijo Brian—. En realidad no importa, porque no vamos a ningún sitio en ese avión.

—¿Por qué no? —preguntó Rudy—. Si puede ponerle combustible, no veo por qué…

—¿Recuerda las cerillas? ¿Las que estaban en el bol del restaurante? ¿Las que no encendían?

Rudy lo miró sin comprender, pero una expresión de intensa angustia apareció en la cara de Bob Jenkins. Se llevó una mano a la frente y dio un paso atrás. Parecía haberse encogido delante de ellos.

—¿Qué? —preguntó Don. Miraba a Brian con el ceño fruncido. Era una mirada que transmitía confusión y sospecha—. Qué tiene eso que ver con…

Pero Nick lo sabía.

—¿No lo ve? —dijo—. ¿No lo ve, colega? Si las baterías no funcionan, si las cerillas no encienden…

—… entonces el combustible no arderá —terminó Brian—. Estará tan agotado y gastado como todo lo demás en este mundo. —Los miró a todos de uno en uno y añadió—: Sería lo mismo que llenar los tanques con melaza.

2

—¿Alguna de ustedes, hermosas damas, ha oído hablar de los langolieros? —preguntó súbitamente Craig. Su tono era ligero, casi vivaz.

Laurel se sobresaltó y miró nerviosamente a los otros, que seguían de pie junto a la ventana, hablando. Dinah se volvió hacia la voz de Craig, al parecer sin sorpresa.

—No —dijo tranquilamente—. ¿Qué son?

—No hables con él, Dinah —susurró Laurel.

—La he oído —dijo Craig en el mismo tono agradable—. ¿Sabe? Dinah no es la única que tiene buen oído.

Laurel sintió que se ruborizaba.

—De todos modos, no le haría daño a la niña —continuó Craig—. No más del que le habría hecho a aquella chica. Solo estoy asustado. ¿Y usted?

—También —replicó Laurel—, pero cuando estoy asustada no tomo rehenes ni intento matar a adolescentes.

—Usted no tuvo que hacer frente al ataque de lo que parecía el equipo completo

del Rams de Los Ángeles —dijo Craig—. Y ese tipo inglés… —Se echó a reír. El sonido de su risa en aquel lugar silencioso resultaba perturbadoramente alegre, perturbadoramente normal—. Bueno, lo único que puedo decir es que si cree que yo estoy loco, debe de ser porque no lo ha mirado a él. Ese hombre tiene una picadora de carne en cada ojo.

Laurel no sabía qué decir. Sabía que las cosas no habían sucedido tal como decía Craig Toomy, pero cuando él hablaba parecía como si hubieran tenido que ser así. Y lo que decía del inglés se acercaba demasiado a la verdad. Los ojos del hombre…, y la patada que le había dado al señor Toomy en las costillas después de haberlo atado… Laurel se estremeció.

—¿Qué son los langolieros, señor Toomy? —preguntó Dinah.

—Bueno, yo solía creer que eran una invención —contestó Craig en el mismo tono de buen humor—. Ahora empiezo a preguntarme… Porque yo también los oigo, señorita. Claro que sí.

—¿El ruido? —preguntó Dinah con suavidad—. ¿Ese ruido son los langolieros?

Laurel apoyó una mano en el hombro de Dinah.

—Preferiría que no siguieras hablando con él, encanto. Me pone nerviosa.

—¿Por qué? Está atado, ¿no?

—Sí, pero…

—Y siempre puedes llamar a los otros, ¿no?

—Bueno, creo…

—Quiero saber lo de los langolieros.

Haciendo un esfuerzo, Craig volvió la cabeza para mirarlas, y Laurel percibió parte del encanto y de la fuerte personalidad que habían mantenido a Craig en la vía rápida mientras obedecía al guión de alta presión que sus padres habían escrito para él. Lo sintió aun cuando estaba echado en el suelo con las manos atadas a la espalda y su frente y mejilla izquierda manchadas de sangre seca.

—Mi padre decía que los langolieros eran pequeñas criaturas que vivían en los armarios, las cloacas y otros lugares oscuros.

—¿Como elfos? —quiso saber Dinah.

Craig rió y sacudió la cabeza.

—Me temo que no tan agradables. Decía que solo eran pelo y dientes y piernecillas veloces…, muy veloces, para poder atrapar a los niños y niñas malos por muy deprisa que huyeran.

—Pare —dijo fríamente Laurel—. Está asustando a la niña.

—No —replicó Dinah—. Sé distinguir una invención cuando la oigo. Es interesante, simplemente.

No obstante, su cara decía que era más que interesante. Estaba concentrada, fascinada.

—Lo es, ¿no es cierto? —preguntó Craig, aparentemente complacido por su interés—. Creo que lo que Laurel quiere decir es que la estoy asustando a ella. ¿Me

he ganado el cigarro, Laurel? Si es así, querría un El Producto, por favor. Nada de esos White Owls baratos para mí. —Y volvió a reír.

Laurel no contestó, y al cabo de un instante Craig continuó.

—Mi padre decía que había miles de langolieros, que tenía que haberlos porque había cientos de miles de niños y niñas malos huyendo en todo el mundo. Eso decía. Mi padre no vio correr a un niño en su vida. Para él siempre correteaban. Creo que le gustaba esa palabra porque implica un movimiento insensato, carente de dirección, improductivo. Pero los langolieros no corretean, ellos corren. Ellos tienen un propósito. En realidad, se podría decir que los langolieros son el propósito personificado.

—¿Y qué hacían los niños que fuera tan malo? —preguntó Dinah—. ¿Qué hacían que fuera tan malo para que los langolieros tuvieran que correr tras ellos?

—¿Sabes? Me alegro de que me hagas esa pregunta, Dinah —dijo Craig—. Porque cuando mi padre decía que algo era malo, en realidad quería decir que era ocioso. Una persona ociosa no podía formar parte del PANORAMA GLOBAL. De ninguna manera. En mi casa, o formabas parte del PANORAMA GLOBAL o estabas descuidando el trabajo, y eso era lo peor que podías hacer. Degollar a alguien era un pecado venial comparado con descuidar el trabajo. Mi padre decía que si no formabas parte del PANORAMA GLOBAL, los langolieros vendrían y te borrarían totalmente del mapa. Decía que una noche estarías en tu cama y los oirías venir…, mordiendo y mascando todo a su paso…, y que aunque trataras de huir correteando, ellos te atraparían, porque tenían unas veloces…

—¡Ya basta! —exclamó Laurel. Su voz era neutra y seca.

—Sin embargo, ahí fuera está ese ruido —dijo Craig. Sus ojos la miraban, brillantes, casi pícaros—. No puede negarlo. El ruido está realmente ahí…

—Pare o le pegaré con algo —amenazó Laurel.

—Vale —dijo Craig. Se desplazó rodando hasta quedar boca arriba, hizo una mueca y volvió a rodar, colocándose de espaldas a ellas—. Cuando un hombre está atado y en el suelo, se cansa de que le peguen.

En esta ocasión, Laurel no se ruborizó, sino que se puso furiosamente roja. Se mordió el labio y no dijo nada. Tenía ganas de llorar. ¿Cómo se suponía que debía manejar esa situación? ¿Cómo? Primero el tipo parecía estar loco de atar, y después tan cuerdo como es posible estarlo. Y mientras tanto, el mundo entero —el PANORAMA GLOBAL del señor Toomy— se había ido al infierno.

—Apuesto a que le tenía miedo a su papá, ¿no es cierto, señor Toomy?

Sobresaltado, Craig miró a Dinah por encima del hombro. Volvió a sonreír, pero la sonrisa era distinta. Era una sonrisa apesadumbrada, herida, sin un ápice de relaciones públicas.

—Esta vez eres tú quien gana el cigarro, señorita —dijo—. Le tenía terror.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Estaba descuidando el trabajo? ¿Lo cogieron los langolieros?

Craig se quedó un largo rato pensando. Recordaba que le habían dicho que su padre había tenido un ataque al corazón en la oficina. Cuando su secretaria tocó el timbre para convocarlo a la reunión de las diez con el personal, no obtuvo respuesta. Entonces, entró y lo encontró muerto sobre la alfombra, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma.

¿*Te dijo eso alguien*? —se preguntó de pronto—. *¿Te dijo alguien que los ojos se le salían de las órbitas y que tenía espuma en la boca? ¿Te lo dijo alguien, tal vez mamá cuando estaba borracha, o era una expresión de tus deseos*?

—¿Señor Toomy? ¿Lo hicieron?

—Sí —dijo Craig, pensativo—. Creo que estaba descuidando el trabajo y que lo cogieron ellos.

—Señor Toomy.

—¿Qué?

—Yo no soy como usted me ve. No soy fea. Ninguno de nosotros lo es.

Él la miró sobresaltado.

—¿Y cómo sabes de qué modo te veo, señorita ciega?

—Se sorprendería —dijo Dinah.

Laurel se volvió hacia ella, más inquieta que nunca, pero por supuesto no había nada que ver. Las gafas oscuras de Dinah desafiaban la curiosidad.

3

Los demás pasajeros seguían de pie en el extremo más alejado de la sala de espera, escuchando aquel sonido bajo y sin decir nada. Parecía como si no quedara nada por decir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Don. Parecía haberse marchitado dentro de su camisa roja de leñador. Albert pensó que incluso la camisa había perdido parte de su alegre vibración varonil.

—No lo sé —respondió Brian. Sentía que una horrible impotencia le atenazaba el vientre. Miró el avión, que durante un tiempo había sido su avión, y le sorprendieron sus líneas netas y su suave belleza. Por comparación, el Delta 727 que estaba a su izquierda parecía una matrona desaliñada. *Te parece hermoso porque nunca volverá a volar, eso es todo. Es como ver un instante a una hermosa mujer en el asiento trasero de una limusina… Parece mucho más hermosa de lo que realmente es porque no es*

tuya y nunca podrá serlo.

—¿Cuánto combustible queda, Brian? —preguntó de pronto Nick—. Tal vez aquí el índice de combustión no sea el mismo. Tal vez haya más del que piensa.

—Todos los aparatos están en perfecto estado de funcionamiento —dijo Brian—. Cuando aterrizamos, tenía menos de trescientos litros. Para regresar al lugar donde sucedió esto, necesitaríamos al menos veintitrés mil.

Bethany sacó sus cigarrillos y ofreció uno a Bob. Éste negó con la cabeza. Ella depositó uno entre sus labios, sacó las cerillas y frotó una.

No encendió.

—¡Oh! —exclamó.

Albert la miró. Ella volvió a frotar la cerilla, y otra vez, y otra. No pasaba nada. Miró al muchacho asustada.

—A ver —dijo Albert—. Dame.

Le quitó las cerillas de la mano y arrancó otra. La frotó contra la banda de la parte trasera de la carterita. No pasó nada.

—Sea lo que fuere, parece contagioso —observó Rudy Warwick.

Bethany se echó a llorar y Bob le tendió su pañuelo.

—Espera un minuto —dijo Albert, y volvió a frotar la cerilla. Esta vez encendió, pero la llama era diminuta, débil, mortecina. La aplicó a la temblorosa punta del cigarrillo de Bethany, y de pronto vio una imagen: la de una señal con la que se cruzaba todos los días al pasar con su ciclomotor en dirección al Instituto Pasadena. PELIGRO, decía el cartel, CIRCULACIÓN EN AMBOS SENTIDOS.

¿*Qué demonios significa eso*?

No lo sabía, al menos todavía no. Lo único que sabía era que había una idea pugnando por salir, pero que, al menos por el momento, permanecía encallada.

Albert apagó la cerilla, sacudiéndola. No necesitó demasiada energía.

Bethany aspiró su cigarrillo e hizo una mueca.

—¡Uf! Parece un Carlton o algo así.

—Échame humo en la cara —dijo Albert.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Échame humo en la cara.

Ella obedeció y Albert olfateó el humo. Su dulce fragancia anterior estaba sofocada.

Sea lo que fuere, parece contagioso.

Peligro: CIRCULACIÓN EN AMBOS SENTIDOS.

—Vuelvo al restaurante —dijo Nick. Parecía deprimido—. El viejo Casio parece flaco y resbaladizo. No me gusta dejarlo demasiado tiempo solo con las damas.

Brian y los demás lo siguieron. Albert pensó que había algo divertido en aquellos traslados masivos. Se comportaban como vacas que huelen la tormenta en el aire.

—Ven —dijo Bethany—. Vamos.

Tiró el cigarrillo medio consumido en un cenicero y usó el pañuelo de Bob para

secarse los ojos. Después, cogió a Albert de la mano.

Se encontraron cruzando la sala de espera, cuando acudió de nuevo a la mente de Albert mientras éste miraba la parte posterior de la camisa roja del señor Gaffney, y esta vez con más fuerza: CIRCULACIÓN EN AMBOS SENTIDOS.

—¡Espera un minuto! —gritó. De pronto, pasó un brazo por la cintura de Bethany, la atrajo hacia sí, acercó la cara a su cuello y olfateó profundamente.

—¡Eh! ¡Apenas nos conocemos! —protestó Bethany. Después, empezó a reír sin poder evitarlo y rodeó el cuello de Albert con sus brazos.

Albert, un chico cuya natural timidez solo desaparecía en sueños, no le prestó atención. Hizo otra inspiración profunda por la nariz. Los olores de su cabello, sudor y perfume seguían allí, pero eran leves, muy leves.

Todos miraron, pero Albert ya había soltado a Bethany y corría de regreso a las ventanas.

—¡Uau! —exclamó Bethany. Seguía riendo un poco, muy ruborizada—. ¡Un tipo extraño!

Albert miró el avión y vio lo que había notado Brian unos minutos antes: sus líneas eran netas y suaves, y se veían de un blanco casi irreal. Parecía vibrar en la torpe quietud exterior.

Y de pronto la idea fue a su encuentro. Pareció estallar detrás de sus ojos como un cohete. El concepto central era una bola ardiendo, brillante; sus implicaciones irradiaban como feroces chispas, y durante un instante casi se olvidó de respirar.

—¿Albert? —preguntó Bob—. Albert, ¿qué pa…?

—¡Capitán Engle! —gritó Albert. En el restaurante, Laurel se incorporó bruscamente y Dinah se agarró a su brazo con manos que parecían garras. Craig Toomy volvió la cabeza para mirar—. ¡Capitán Engle! ¡Venga aquí!

4

Fuera, el ruido se oía más fuerte.

Para Brian era el sonido de la estática radial. A Nick Hopewell le parecía que sonaba como un fuerte viento agitando secas hierbas tropicales. A Albert, que el verano anterior había trabajado en McDonald’s, le recordó el ruido de las patatas fritas en la freidora. Y a Bob Jenkins le sugería el ruido del papel cuando alguien lo arrugaba en una habitación distante.

Los cuatro se arrastraron por entre las tiras de goma y bajaron a la zona de

descarga de equipajes, escuchando el sonido de lo que Craig Toomy llamaba los langolieros.

—¿Está mucho más cerca? —preguntó Brian a Nick.

—No sabría decirlo. Suena más cerca, pero antes estábamos dentro.

—Vamos —dijo Albert, impaciente—. ¿Cómo volvemos a subir? ¿Trepando?

—No será necesario —dijo Brian, y señaló una escalerilla rodante que estaba en el extremo más alejado de la puerta 2. Fueron en su busca, acompañados por el fatigoso golpeteo de sus zapatos en el cemento.

—Sabes que es una idea muy improbable, ¿no, Albert? —preguntó Brian mientras andaba.

—Sí, pero…

—Las ideas improbables son las mejores —terminó Nick por él.

—Solo quiero que no se decepcione demasiado si esto no funciona.

—No se preocupe —dijo Bob con suavidad—. Yo me decepcionaré por todos. La idea del muchacho tiene su lógica. Debería resultar. Albert, ¿comprendes que puede haber factores que no hemos descubierto?

—Sí.

Cuando llegaron a la escalerilla, Brian sacó los frenos de una patada. Nick se colocó junto a un asa que sobresalía de la barandilla izquierda y Brian cogió la de la derecha.

—Espero que todavía ruede —dijo Brian.

—Debería hacerlo —contestó Bob Jenkins—. Al parecer, algunos, tal vez casi todos los componentes físicos y químicos de la vida parecen seguir funcionando; nuestros cuerpos pueden procesar el aire, las puertas se abren y se cierran…

—Y no olvide la gravedad —intervino Albert—. La tierra todavía retiene.

—Dejemos de hablar y probemos —dijo Nick.

La escalerilla rodaba con facilidad. Los dos hombres la empujaron hacia el 767, con Albert y Bob en la retaguardia. Una de las ruedas chirriaba rítmicamente. Aparte de ése, el único ruido que se oía era el bajo y constante chisporroteo procedente de algún lugar del horizonte oriental.

—Mírenlo —dijo Albert mientras se acercaban al 767—. Solo mírenlo. ¿No lo ven? ¿No ven que está mucho más allí que cualquier otra cosa?

No era necesaria una respuesta y nadie la dio. Todos lo veían. Reacio, casi contra su voluntad, Brian empezó a pensar que tal vez el chico hubiera encontrado algo.

Colocaron la escalerilla en un ángulo entre el tobogán de emergencia y el fuselaje del avión, con el escalón superior apartado a un solo paso largo de la puerta abierta.

—Yo iré primero —anunció Brian—. Nick, una vez que haya vuelto a meter el tobogán, usted y Albert lleven la escalera a una posición mejor.

—Sí, mi capitán —dijo Nick, haciendo un pequeño saludo militar con los nudillos del primer y segundo dedo tocando su frente.

Brian bufó.

—¡Subsecretario adjunto! —exclamó, y corrió escaleras arriba. Unos momentos después, había plegado el tobogán utilizando el mecanismo de despegue.

A continuación, se inclinó para ver cómo Nick y Albert colocaban cuidadosamente la escalerilla en posición, con el último escalón justo debajo de la entrada delantera del 767.

5

Ahora, Rudy Warwick y Don Gaffney vigilaban a Craig. Bethany, Dinah y Laurel estaban alineadas ante las ventanas de la sala de espera, mirando.

—¿Qué hacen? —preguntó Dinah.

—Han recogido el tobogán y han colocado una escalerilla junto a la puerta —dijo Laurel—. Ahora suben. ¿Estás segura de que no sabes qué se proponen? —preguntó a Bethany.

La chica hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo único que sé es que As, quiero decir Albert, casi se volvió loco. Me gustaría pensar que fue una irrefrenable atracción sexual, pero no lo creo. —Hizo una pausa, sonrió y agregó—: Al menos, todavía no. Dijo algo sobre que el avión estaba más allí, y mi perfume menos allí, lo cual probablemente no complacería a Coco Chanel o como se llame. Y también algo así como circulación en ambos sentidos. No lo entendí. Realmente, barbotaba.

—Yo sé de qué se trata —dijo Dinah.

—¿Qué piensas, encanto?

Dinah se limitó a menear la cabeza.

—Espero que se den prisa. Porque el pobre señor Toomy tiene razón. Vienen los langolieros.

—Dinah, eso es algo que se inventó su padre.

—Quizá alguna vez fuera una invención —dijo Dinah, volviendo sus ojos ciegos hacia la ventana—, pero ya no lo es.

6

—Vale, As —dijo Nick—. Adelante con el espectáculo.

El corazón de Albert palpitaba con fuerza, y sus manos temblaban mientras disponía los cuatro elementos de su experimento en el estante de primera clase donde, hacía mil años y al otro lado del continente, una mujer llamada Melanie Trevor había supervisado un cartón de zumo de naranja y dos botellas de champán.

Brian lo miró con atención mientras Albert colocaba una caja de cerillas, una botella de Budweiser, una lata de Pepsi y un bocadillo de mantequilla de cacahuete que había sacado de la nevera del restaurante. El bocadillo estaba envuelto en plástico.

—Muy bien —dijo Albert, e hizo una inspiración profunda—. Veamos qué tenemos aquí.

7

Don salió del restaurante y se acercó a las ventanas.

—¿Qué sucede?

—No lo sabemos —dijo Bethany. Se las había arreglado para conseguir llama de otra de sus cerillas y volvía a fumar. Cuando apartó el cigarrillo de sus labios, Laurel vio que le había sacado el filtro—. Entraron en el avión, siguen dentro del avión, fin de la historia.

Don se quedó unos segundos mirando hacia el exterior.

—Algo ha cambiado fuera. No sé en qué sentido, pero así es.

—La luz se está yendo —dijo Dinah—. Ésa es la diferencia. —Su voz era bastante tranquila, pero el pequeño rostro reflejaba soledad y miedo—. Puedo sentir que se va.

—Tiene razón —corroboró Laurel—. Solo ha habido luz de día durante dos o tres horas, y ya vuelve a oscurecer.

—¿Sabe? Sigo pensando que esto es un sueño —dijo Don—. Sigo pensando que es la peor pesadilla que he tenido, pero despertaré pronto.

Laurel asintió.

—¿Cómo está el señor Toomy?

Don rió sin demasiada alegría.

—No se lo creería.
—¿El qué? —preguntó Bethany.
—Se ha quedado dormido.

8

Craig Toomy, por supuesto, no dormía. La gente que se quedaba dormida en momentos críticos, como aquel tipo que se suponía debía vigilar mientras Jesús rezaba en el jardín de Getsemaní, decididamente no formaba parte del PANORAMA GLOBAL.

Había vigilado atentamente con los ojos entornados a los dos hombres, deseando que uno o ambos salieran. Por fin, el de la camisa roja salió. Warwick, el calvo con dientes postizos, se acercó a Craig y se inclinó. Craig cerró por completo los ojos.

—¡Eh! —exclamó Warwick, echando en la cara de Craig el mal aliento de su dentadura—. ¡Eh! ¿Está despierto?

Craig se quedó quieto con los ojos cerrados, respirando con regularidad. Se le ocurrió fabricar un pequeño ronquido, pero lo pensó mejor.

Warwick lo tocó. Craig mantuvo los ojos cerrados y siguió respirando regularmente.

Calvo se incorporó, pasó por encima de él y se dirigió hacia la puerta del restaurante para mirar a los otros. Craig entreabrió los párpados y se aseguró de que Warwick le daba la espalda. Después, cuidadosa y silenciosamente, empezó a mover las muñecas dentro del apretado ocho que formaba el mantel. Ya lo sentía más flojo.

Movía las muñecas con sacudidas cortas, vigilando la espalda de Warwick, listo para dejar de moverse y volver a cerrar los ojos en cuanto éste diera señales de volverse. Deseó que Warwick no lo hiciera. Quería estar libre antes de que volvieran los gilipollas del avión. Sobre todo el gilipollas inglés, el que le había lastimado la nariz y lo había pateado mientras estaba en el suelo. El gilipollas inglés lo había atado muy bien; gracias a Dios, solo era un mantel y no una cuerda de nailon. En tal caso, no habría habido ninguna posibilidad, pero siendo así…

Uno de los nudos se aflojó, y Craig empezó a hacer rotar las muñecas de un lado a otro. Oía a los langolieros acercarse. Tenía intención de estar fuera de allí y camino de Boston antes de que regresaran. En Boston estaría seguro. Cuando uno estaba en una habitación llena de banqueros, quedaba prohibido el correteo.

¡Y que Dios ayudara a quien tratara de impedírselo, fuera hombre, mujer o niña!

9

Albert cogió la carterita de cerillas que había sacado del bol del restaurante.

—Prueba A —dijo—. Allá voy.

Arrancó una cerilla y la frotó. Sus manos temblorosas lo traicionaron, y lo hizo unos milímetros por encima de la tira que cubría la parte inferior del cartón. La cerilla se dobló.

—¡Mierda! —exclamó Albert.

—¿Quieres que yo…? —empezó Nick.

—Déjelo tranquilo —intervino Brian—. Se trata de su espectáculo.

—Tranquilo, Albert —dijo Bob.

El chico sacó otra cerilla, le dedicó una sonrisa descompuesta y la frotó.

No encendió.

Volvió a frotar.

La cerilla no encendió.

—Supongo que tendremos que aceptarlo —dijo Brian—. No hay nada…

—¡La olí! —manifestó Nick—. ¡Olí el azufre! ¡Prueba con otra, As!

Sin embargo Albert volvió a probar con la misma cerilla, y en esta ocasión se encendió. No se limitó a prender y apagarse, sino que se irguió con la familiar forma de lágrima, azul en la base y amarilla en la punta, y empezó a quemar la parte de papel.

Albert levantó la mirada con una amplia sonrisa.

—¿Lo ven? —dijo—. ¿Lo están viendo?

Sacudió la cerilla, la dejó caer y cogió otra. Ésta encendió a la primera. Dobló la tapa de la carterita y tocó las otras cerillas con la llama, como había hecho Bob Jenkins en el restaurante. Esta vez se encendieron con un siseo seco. Albert las apagó como velas de aniversario. Necesitó soplar dos veces para conseguirlo.

—¿Lo ven? —preguntó—. ¿Se dan cuenta de lo que significa? ¡Circulación en ambos sentidos! ¡Trajimos nuestro tiempo con nosotros! ¡Ahí fuera está el pasado, y supongo que en todas partes al este del agujero que atravesamos, pero aquí dentro todavía reina el presente! ¡Sigue atrapado dentro del avión!

—No lo sé —dijo Brian, pero de pronto todo volvía a parecer posible. Sintió un impulso loco, casi irrefrenable, de abrazar a Albert y darle unas palmadas en la espalda.

—¡Bravo, Albert! —exclamó Bob—. ¡La cerveza! ¡Pruebe con la cerveza!

Albert destapó la botella de cerveza mientras Nick buscaba un vaso entero de entre el desastre que rodeaba el carrito de las bebidas.

—¿Dónde está el humo? —preguntó Brian.

—¿Humo? —dijo Bob, desconcertado.

—Bueno, no es humo exactamente, cuando se destapa una cerveza por lo general aparece una especie de humillo alrededor del gollete de la botella.

Albert olfateó y le pasó la cerveza a Brian.

—Huela.

Brian lo hizo y empezó a sonreír. No podía evitarlo.

—¡Dios! Con humo o sin él, huele a cerveza.

Nick tendió el vaso y a Albert le gustó ver que la mano del inglés también temblaba.

—Viértela —dijo—. Apresúrate, colega, mis huesos me dicen que el suspense es malo para el viejo reloj.

Albert sirvió la cerveza y sus sonrisas se desvanecieron.

Estaba desbravada. Absolutamente desbravada. Permanecía inmóvil en el vaso de whisky que había encontrado Nick, y su aspecto era el de una muestra de orina.

10

—¡Dios todopoderoso! Está oscureciendo.

La gente que estaba junto a las ventanas miró hacia atrás cuando Rudy Warwick se reunió con ellos.

—Se supone que tiene que vigilar al lunático —dijo Don.

Rudy hizo un gesto de impaciencia.

—Duerme como un lirón. Creo que ese golpe en la cabeza le desordenó los muebles más de lo que pensamos al principio. ¿Qué pasa ahí fuera? ¿Por qué oscurece tan pronto?

—No lo sabemos —dijo Bethany—. Simplemente es así. ¿Cree que el tipo raro está entrando en coma o algo así?

—No lo sé —dijo Rudy—. Pero si es así ya no tendremos que preocuparnos por él, ¿no? ¡Cristo! ¡Ese ruido es escalofriante! Suena como un grupo de termitas en una balsa.

Por primera vez, Rudy parecía haber olvidado su estómago.

Dinah levantó la cara hacia Laurel.

—Creo que sería mejor vigilar al señor Toomy —dijo—. Estoy preocupada por él. Apuesto a que está asustado.

—Si está inconsciente, Dinah, no hay nada que podamos…

—No creo que esté inconsciente —dijo Dinah con calma—. Ni siquiera que esté dormido.

Laurel observó pensativamente a la niña y después cogió su mano.

—Vale —dijo—. Echemos un vistazo.

11

Finalmente, el nudo que había hecho Nick Hopewell para inmovilizar la muñeca derecha de Craig se aflojó lo bastante para permitirle sacar la mano. La utilizó para deshacer el nudo que sujetaba su mano izquierda y se puso en pie rápidamente. Manadas de puntos negros pasaron por su campo de visión y desaparecieron. Advirtió que la terminal se sumía en la penumbra. Caía una noche prematura. Escuchaba el ruido masticatorio de los langolieros con mayor claridad, tal vez porque sus oídos habían captado su frecuencia, o tal vez porque estaban más cerca.

En el extremo más alejado de la terminal, vio dos siluetas, una alta y la otra baja, que se apartaban de las otras y desandaban el camino hacia el restaurante. La mujer de voz de arpía y la niña ciega de rostro feo y regordete. No podía permitir que diesen la alarma. Eso sería terrible.

Craig se alejó del trozo ensangrentado de moqueta donde había permanecido tumbado, sin apartar los ojos de las figuras que se aproximaban. No conseguía determinar a qué velocidad se iba la luz.

En un mostrador, a la izquierda de la caja registradora, había cubiertos, pero eran de plástico, no le servían. Craig dio la vuelta a la caja y encontró algo mejor: un cuchillo de carnicero sobre el mostrador, junto a la parrilla. Lo cogió y se acuclilló detrás de la caja registradora para vigilar. Miraba a la niña con un interés especialmente ansioso. La niña sabía mucho, quizá demasiado. La pregunta era: ¿de dónde había sacado sus conocimientos?

Una pregunta realmente interesante.

¿No?

12

La mirada de Nick fue de Albert a Bob.

—¡Ajá! —exclamó—. Las cerillas funcionan, pero la cerveza no. —Y se volvió para dejar el vaso de cerveza—. ¿Qué significará eso?

De pronto, una nubecilla de burbujas como una seta salió de ninguna parte del fondo del vaso. Se elevó rápidamente, se extendió y apareció en lo alto del vaso. Los ojos de Nick se dilataron.

—Al parecer —dijo secamente Bob—, las cosas requieren cierto tiempo para ponerse a tono. ¡Excelente! —exclamó tras coger el vaso, beber y chascar la lengua. Todos miraron el complicado encaje de espuma blanca en el interior del vaso—. Puedo afirmar sin vacilación que es el mejor vaso de cerveza que he bebido en mi vida.

Albert echó más cerveza en el vaso. Esta vez salió con espuma que rebosó y se deslizó por la parte exterior. Brian lo cogió.

—¿Seguro que quiere hacerlo, colega? —preguntó Nick, sonriendo—. ¿No decís vosotros que tienen que pasar «veinticuatro horas entre la botella y el acelerador»?

—En caso de viajes a través del tiempo, la regla queda en suspenso. Puede consultarlo —dijo Brian e, inclinando el vaso, bebió—. Tiene razón —dijo a Bob riendo—. Es la mejor cerveza que ha existido. Prueba la Pepsi, Albert.

Albert abrió la lata y todos escucharon el familiar siseo del gas, elemento principal de cientos de refrescos. Tomó un gran trago. Cuando bajó la lata, sonreía, pero había lágrimas en sus ojos.

—Caballeros, la Pepsi-Cola está muy buena hoy —dijo con el tono pomposo de un *maître*, y todos se echaron a reír.

13

Don Gaffney alcanzó a Laurel y a Dinah cuando entraban en el restaurante.

—Me pareció mejor… —Sin acabar la frase, comenzó a mirar a su alrededor—. ¡Mierda! ¿Dónde está?

—No lo… —empezaba a decir Laurel cuando Dinah Bellman la interrumpió.

—Silencio —susurró la niña a sus espaldas.

La cabeza de Laurel se volvió hacia atrás con la lentitud de la luz de una linterna agotada. Durante un instante, no hubo ruido alguno en el restaurante, al menos nada que ella pudiera oír.

—Allí —dijo Dinah, y apuntó hacia la caja registradora—. Está escondido allí.

Detrás de algo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Don con voz seca y nerviosa—. No oigo…

—Yo sí —dijo tranquilamente Dinah—. Oigo las yemas de sus dedos deslizándose sobre metal. Y oigo su corazón. Late muy deprisa. Está mortalmente asustado. Me da mucha pena.

De pronto se soltó de la mano de Laurel y avanzó.

—¡No, Dinah! —gritó Laurel.

Dinah no le prestó atención. Siguió caminando hacia la caja registradora con los brazos extendidos y los dedos buscando posibles obstáculos. Las sombras parecían ir en su busca y envolverla en sus manos ansiosas y oscuras.

—¿Señor Toomy? Por favor, salga. No queremos hacerle daño. Por favor, no tenga miedo…

Desde detrás de la caja registradora empezó a elevarse un sonido. Era un potente aullido…, una palabra, o algo que intentaba ser una palabra, pero desprovista de cordura.

—Túuuuuuuu…

Craig salió de su escondite con los ojos llameantes y enarbolando el cuchillo. De pronto había comprendido que era Dinah, que Dinah era uno de ellos, que detrás de esas gafas oscuras se escondía uno de ellos. Además, no se trataba de un simple langolier, sino del jefe de los langolieros. Era quien llamaba a los otros con sus ciegos ojos muertos.

—Túuuuuuuu…

Craig se precipitó sobre ella, chillando. Don Gaffney apartó a Laurel de su camino, tirándola casi al suelo, y dio un salto adelante.

Era rápido, pero no lo bastante. Craig Toomy estaba loco y se movía con la velocidad de un langolier. Se acercó a Dinah en una carrera frenética. No tendría posibilidad alguna de corretear.

Dinah no hizo ningún esfuerzo por apartarse. Miró desde su oscuridad a la de él y extendió los brazos, como para abrazarlo y consolarlo.

—Túuuuuuu…

—Está bien, señor Toomy —dijo ella—. No tenga mie…

En ese momento, Craig enterró el cuchillo en su pecho, pasó corriendo junto a Laurel y entró en la terminal sin dejar de chillar.

Dinah se quedó un instante inmóvil. Sus manos encontraron el mango de madera que salía de su vestido, y sus dedos flotaron por encima de él, explorándolo. Después, se desplomó lenta y grácilmente en el suelo, convirtiéndose en una sombra más de la creciente oscuridad.

Capítulo 7

Dinah en el valle de las sombras.
El devorador de tostadas más rápido del Mississippi.
Corriendo contra el tiempo.
Nick toma una decisión.

1

Albert, Brian, Bob y Nick se pasaron el bocadillo de mantequilla de cacahuete y jalea. Le dieron dos mordiscos cada uno y se quedaron sin bocadillo, pero mientras duró, Albert pensó que jamás había hundido los dientes en algo más delicioso. Su estómago despertó y empezó a reclamar más.

—Ésta es la parte que más le va a gustar a nuestro amigo el señor Warwick —dijo Nick, tragando—. Eres un genio, As —añadió, mirando a Albert—. Lo sabes, ¿no? Un genio absoluto.

Albert se ruborizó, feliz.

—No es para tanto —dijo—. Solo utilicé lo que el señor Jenkins llama método deductivo. Si dos corrientes que fluyen en direcciones distintas se juntan, se mezclan y forman un torbellino… Vi lo que pasaba con las cerillas de Bethany y pensé que aquí podía estar pasando algo parecido. Y además, estaba la camisa roja del señor Gaffney. Empezó a perder color. De modo que pensé que si las cosas empezaban a desvanecerse cuando ya no estaban en el avión, tal vez si se subía al avión algo que estaba borroso, podría…

—Siento interrumpir —dijo suavemente Bob—, pero creo que si queremos intentar volver, deberíamos iniciar el proceso lo más pronto posible. Los ruidos que oímos me preocupan, pero hay algo que me preocupa más. Este avión no es un sistema cerrado. Creo que hay posibilidades de que dentro de poco empiece a perder su…, su…

—¿Su integridad temporal? —sugirió Albert.

—Sí, bien dicho. Ahora todavía puede arder el carburante que pongamos, pero tal vez dentro de unas horas no.

A Brian se le ocurrió una idea desagradable: que el combustible dejara de arder en pleno vuelo, con el 767 a diez mil metros de altura. Abrió la boca para decirlo, pero volvió a cerrarla. ¿De qué serviría sugerirles eso si no podían hacer nada para evitarlo?

—¿Por dónde empezamos, Brian? —preguntó Nick con su habitual concisión y sentido práctico.

Brian revisó mentalmente el proceso. Resultaría algo complicado, sobre todo trabajando con hombres cuya única experiencia con los aviones probablemente empezaba y terminaba en el aeromodelismo, pero pensó que era posible.

—Empecemos encendiendo los motores y colocando el avión lo más cerca que podamos de aquel Delta 727 —dijo—. Cuando lleguemos allí, apagaré el motor de estribor y dejaré encendido el de babor. Tenemos suerte. Este 767 está equipado con tanques de ala húmeda y un sistema APU que…

Hasta sus oídos llegó un grito penetrante que cortó el sordo y chisporroteante ruido de fondo como si se frotara un tenedor contra un encerado. Siguieron los pasos de alguien que subía por la escalerilla. Nick se volvió en esa dirección y levantó los

brazos. Albert reconoció el gesto enseguida; había visto en la escuela a algunos de esos tipos locos por las artes marciales que practicaban el movimiento. Era la clásica posición defensiva del taekwondo. Un instante después, la cara pálida y aterrorizada de Bethany apareció en la puerta, y Nick dejó caer los brazos.

—¡Vengan! —gritó Bethany—. ¡Tienen que venir!

Jadeaba sin aliento en la plataforma de la escalerilla, y empezó a caer hacia atrás. Por un segundo, Albert y Brian pensaron que caería y se partiría el cuello contra los escalones. Nick dio un salto adelante, la cogió por la nuca y la metió en el avión. Bethany no parecía darse cuenta de que había estado a punto de caer. Sus ojos oscuros los miraban desde el círculo blanco de la cara.

—¡Vengan! ¡La ha apuñalado! ¡Creo que está muriéndose!

Nick apoyó las manos en sus hombros y acercó la cara a la suya como si pensara besarla.

—¿Quién ha apuñalado a quién? —preguntó Nick con calma—. ¿Quién se está muriendo?

—Yo…, ella…, el señor T-T-Toomy…

—Bethany, di taza.

Ella lo miró, aturdida y sin comprender. Brian miraba a Nick como si se hubiera vuelto loco.

—Di taza. Ahora mismo.

—T-T-taza.

—Taza y plato. Dilo, Bethany.

—Taza y plato.

—Vale. ¿Mejor?

Ella asintió.

—Sí.

—Bien. Si vuelves a sentir que pierdes el control, di taza y lo recuperarás. Ahora, dime, ¿quién ha sido apuñalado?

—La niña ciega. Dinah.

—¡Mierda! Vale, Bethany. Solo… —Pero Nick alzó la voz cuando vio que Brian pasaba por detrás de Bethany en dirección a la escalerilla, seguido de Albert—. ¡No! —gritó en un tono cortante y duro que los detuvo en seco—. ¡Quédense donde están!

Brian, que había servido en Vietnam y conocía el tono de orden incuestionable cuando lo escuchaba, se detuvo tan repentinamente que Albert chocó contra su espalda. *Lo sabía* —pensó—. *Sabía que tomaría el mando. Era cuestión de esperar el momento oportuno y las circunstancias adecuadas*.

—¿Sabes cómo sucedió o dónde está ahora nuestro maldito compañero de viaje? —preguntó Nick a Bethany.

—El tipo…, el tipo de la camisa roja dijo…

—Vale, no te preocupes —dijo, mirando de reojo a Brian. Tenía los ojos encendidos de cólera—. Los malditos imbéciles lo dejaron solo. Apostaría mi

pensión. Bueno, no volverá a suceder. Nuestro señor Toomy ha disparado su último cartucho.

Volvió a mirar a la chica, que bajó la cabeza. El pelo le tapaba la cara y respiraba con profundas y temblorosas inspiraciones.

—¿Está viva, Bethany? —preguntó con suavidad.

—Yo…, yo…, yo…

—Taza, Bethany.

—¡Taza! —dijo Bethany, gritando, y lo miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. No lo sé. Estaba viva cuando yo…, ya sabe, cuando vine a buscarlos. Ahora puede estar muerta. Le dio de lleno. ¡Jesús! ¿Por qué teníamos que cargar con un maldito psicópata? ¿No estaban ya bastante mal las cosas sin eso?

—Y ninguno de ustedes, que se suponía que tenían que vigilar al tipo, tiene la menor idea de adónde fue después, ¿no es cierto?

Bethany se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Era toda la respuesta que necesitaban.

—No sea tan duro con ella —dijo Albert, y rodeó la cintura de Bethany con su brazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y empezó a llorar con más fuerza.

Nick los apartó suavemente.

—Si quisiera ser duro con alguien, lo sería conmigo, As. Debí quedarme. Regreso a la terminal —dijo, volviéndose hacia Brian—. Usted no. Seguramente, el señor Jenkins tiene razón: tenemos poco tiempo. No quiero ni pensar cuánto. Encienda los motores, pero no mueva el avión todavía. Si la niña vive, necesitaremos las escalerillas para subirla. Bob, vaya al pie de la escalera. Manténgase alerta por si aparece ese cabrón de Toomy. Albert, tú vienes conmigo. —Y entonces agregó algo que espantó a todos—: Que Dios me perdone, pero en el fondo espero que haya muerto. Ahorraríamos tiempo.

2

Dinah no había muerto, ni siquiera estaba inconsciente. Laurel le había quitado las gafas para limpiar el sudor que cubría su cara, y los ojos de Dinah, muy grandes y castaños, miraron sin ver los ojos azul verdosos de Laurel. Detrás de ella, Don y Rudy miraban ansiosamente el suelo.

—Lo siento —dijo Rudy por quinta vez—. De verdad, pensé que estaba dormido, que se había desmayado.

Laurel lo ignoró.

—¿Cómo te encuentras, Dinah? —preguntó suavemente. No quería mirar el mango de madera que sobresalía del vestido de la niña, pero no podía apartar los ojos de él. Había muy poca sangre, al menos por el momento; solo un círculo del tamaño de una taza pequeña en torno al lugar donde había entrado la hoja.

Por el momento.

—Duele —dijo Dinah con voz débil—. Es difícil respirar. Y está caliente.

—Te pondrás bien —dijo Laurel, pero sus ojos eran arrastrados sin cesar hacia el mango del cuchillo. La niña era muy pequeña, y no conseguía comprender cómo la hoja no la había atravesado. No podía comprender cómo no había muerto ya.

—… fuera de aquí —dijo Dinah. Hizo una mueca, y un grueso y lento hilo de sangre brotó de la comisura de su boca y corrió por su mejilla.

—No trates de hablar, cariño —dijo Laurel, y apartó de la frente de Dinah los húmedos bucles de pelo.

—Tienen que salir de aquí —insistió Dinah. Su voz era poco más que un susurro —. Y no deben culpar al señor Toomy. Está…, está asustado, eso es todo. Tiene miedo de ellos.

Don miró furiosamente a su alrededor.

—Si encuentro a ese bastardo, yo lo asustaré —dijo apretando los puños. En la oscuridad creciente, un sello brilló en uno de sus dedos—. Le haré desear haber nacido en una cueva de ratones.

En ese momento, Nick entró en el restaurante, seguido de Albert. Empujó a Rudy Warwick sin una palabra de disculpa y se arrodilló junto a Dinah.

Su mirada brillante se fijó un instante en el mango del cuchillo y después pasó a la cara de la niña.

—Hola, cariño —dijo alegremente, pero sus ojos se habían oscurecido—. Veo que te han acomodado. No te preocupes. Estarás bien en un tris.

Dinah sonrió un poco.

—¿Qué es un tris? —susurró. Al hablar le salió más sangre de la boca y Laurel vio que le manchaba los dientes. El estómago le dio un lento vuelco.

—No lo sé, pero estoy seguro de que es algo agradable —contestó Nick—. Voy a volver tu cabeza a un lado. Quédate tan quieta como puedas.

—Vale.

Nick le movió la cabeza muy suavemente, hasta que su mejilla tocó la moqueta.

—¿Duele?

—Sí —murmuró Dinah—. Está caliente. Duele… respirar.

Su voz susurrante había adquirido un timbre quebrado, ronco. Un delgado hilo de sangre brotó de su boca y empezó a acumularse sobre la alfombra, a menos de tres metros de donde se secaba la sangre de Craig Toomy. Se oyó el gemido de alta presión de los motores del avión. Don, Rudy y Albert se volvieron en su dirección. Nick no apartó la mirada de la niña. Habló suavemente.

—¿Tienes ganas de toser, Dinah?

—Sí…, no…, no lo sé.

—Es mejor que no lo hagas —dijo—. Si sientes ese picor, trata de ignorarlo. Y no vuelvas a hablar, ¿vale?

—No… No le haga daño… al señor Toomy.

Sus palabras, aunque susurradas, transmitían un sentimiento de urgencia.

—No, cariño, ni se me ocurriría. Créeme.

—No… confío… en usted…

Él se agachó, la besó en la mejilla y le susurró al oído:

—Pero puedes confiar en mí. Por ahora, lo único que tienes que hacer es quedarte quieta y dejar que nosotros nos hagamos cargo de todo. —Y miró a Laurel—. No habrá intentado sacar el cuchillo, ¿verdad?

—Yo… no. —Laurel tragó saliva. Tenía un bulto caliente y áspero en la garganta. Tragar no le sirvió de nada—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Si lo hubiera hecho, no habría demasiadas posibilidades. ¿Tiene experiencia como enfermera?

—No.

—Muy bien, voy a decirle lo que debe hacer, pero primero necesito saber si la vista de sangre, de bastante sangre, va a hacer que se desmaye. Y necesito la verdad.

—No he visto mucha sangre desde que mi hermana chocó contra una puerta y le saltaron dos dientes mientras jugábamos al escondite —dijo Laurel—. Pero entonces no me desmayé.

—Bien, y tampoco va a desmayarse ahora. Señor Warwick, tráigame media docena de manteles de aquel bar que hay allí. —Sonriendo, se dirigió a la niña—: Dame uno o dos minutos, Dinah, y creo que te sentirás mucho mejor. El joven doctor Hopewell es muy amable con las damas, sobre todo con las que son jóvenes y bonitas.

Laurel sintió un súbito y absurdo deseo de estirar la mano y tocar el pelo de Nick.

Pero ¿qué te pasa? ¡Probablemente esta niña esté muriéndose y tú te preguntas cómo será el pelo de este tipo! ¡Déjalo! ¿Hasta qué punto puedes ser estúpida?

Bueno, veamos… Lo bastante, estúpida para haber atravesado el país con objeto de conocer a un hombre con quien trabaste amistad a través de las columnas personales de una de esas revistas de la «amistad». Lo bastante para haber planeado acostarte con él si resultaba ser presentable, y no le olía mal el aliento, claro.

¡Oh! Déjalo, Laurel. ¡Basta!

Sí —aceptó otra voz en su cabeza—. *Tienes toda la razón, es una locura estar pensando cosas como éstas en un momento así, y voy a dejarlo, pero me pregunto cómo será el joven doctor Hopewell en la cama. Me pregunto si será tierno o…*

Laurel se estremeció, preguntándose si sería así como solía empezar un colapso nervioso típico.

—Están cerca —dijo Dinah—. Realmente… —Un acceso de tos la interrumpió, y

entre sus labios apareció una gran burbuja de sangre, que estalló, manchando sus mejillas. Don Gaffney murmuró algo y se apartó. La niña acabó la frase—: Tienen que darse prisa.

La alegre sonrisa de Nick no se alteró.

—Lo sé —dijo.

3

Craig atravesó corriendo la terminal, se apoyó en la barandilla de la escalera mecánica y bajó deprisa los helados escalones de metal, con el pánico rugiendo y latiendo en su cabeza como el océano en medio de una tormenta; ahogaba incluso aquel otro ruido, el incansable ruido chisporroteante y masticador de los langolieros. Nadie lo vio irse. Corrió por el vestíbulo inferior hacia las puertas de salida y chocó contra ellas. Lo había olvidado todo, incluso el hecho de que las células fotoeléctricas de las puertas no funcionaban.

Rebotó, sin aire, y cayó al suelo, jadeando como un pez atrapado en la red. Se quedó allí un momento, intentando recurrir a lo que le quedaba de pensamiento, y se descubrió contemplando su mano derecha. Era solo una burbuja blanca en la creciente oscuridad, pero veía las manchas negras y sabía lo que eran: sangre de la niña.

Solo que en realidad no era una niña. Parecía una niña, pero era el langolier jefe, y si ella desaparecía, los otros no podrían…, no podrían…

¿*Qué*?

¿*Encontrarlo*?

Sin embargo, todavía oía el devorador sonido de su avance; ese enloquecedor sonido de mandíbulas, como si en algún punto al este estuviera avanzando una tribu de inmensos insectos hambrientos.

La cabeza le daba vueltas. ¡Oh, estaba tan confundido!

Craig vio una puerta más pequeña que conducía al exterior, se levantó y se dirigió hacia allí. Pero se detuvo. Allí fuera había un camino, y sin duda el camino conducía a la ciudad de Bangor. ¿Y qué? Bangor no le interesaba; decididamente, Bangor no formaba parte de aquel fabuloso panorama. Era a Boston adonde tenía que ir. Si podía llegar allí, todo iría bien. ¿Y qué significaba eso? Su padre lo habría sabido. Significaba que tenía que DEJAR DE CORRETEAR y continuar con el PROGRAMA.

Su cerebro se aferró a esa idea como la víctima de un naufragio se aferra a un trozo de madera, a cualquier cosa que flote; aunque no sea más que la puerta de la letrina, es un tesoro que hay que guardar. Si pudiera llegar a Boston, toda esa experiencia sería… sería…

—Dejada de lado —murmuró.

Ante aquellas palabras, un brillante rayo de luz racional pareció atravesar la oscuridad interior de su cabeza, y una voz (podría haber sido la de su padre) exclamó: *¡Sí!*

Pero ¿cómo iba a hacer eso? Boston estaba demasiado lejos para ir andando, y los otros no lo dejarían regresar a bordo del único avión que todavía funcionaba. No después de lo que le había hecho a su mascota ciega.

—Pero ellos no saben —susurró Craig—, no saben que les hice un favor, porque no saben lo que es ella. —Y asintió sabiamente. Sus ojos, enormes y húmedos en la oscuridad, lanzaban destellos.

Escóndete —le susurró la voz de su padre—. *Escóndete en el avión*.

¡Sí! —agregó la voz de su madre—. *¡Escóndete! ¡Ésa es la contraseña, Craiggy-weggy! Y si lo haces, ni siquiera la necesitarás, ¿no*?

Craig miró vacilante hacia la cinta transportadora de equipajes. Podía usarla para llegar a las pistas, pero ¿qué pasaría si habían dejado a alguien de guardia en el avión? Al piloto ni se le ocurriría —una vez fuera de su cabina, el tipo era obviamente imbécil—, pero al inglés seguramente sí.

Entonces ¿qué tenía que hacer?

Si la salida de la terminal hacia Bangor no servía, y el lado de las pistas de rodaje tampoco, ¿qué se suponía que tenía que hacer?, ¿adónde debía ir?

Craig miró nervioso la escalera mecánica. Pronto empezarían a perseguirlo. Seguramente, el inglés conduciría la jauría, y allí estaba él, en medio del suelo, tan desprotegido como una bailarina de *streap-tease* que acaba de arrojar sus bragas al público.

Tengo que esconderme, al menos por un rato.

Había oído el ruido de los motores, pero eso no le preocupó; sabía un poco de aviones y comprendía que Engle no podía ir a ninguna parte mientras no hubiera cargado combustible. Y esa operación llevaría tiempo. No tenía que preocuparse por que se fueran sin él.

No de momento, al menos.

Escóndete, Craiggy-weggy. Eso es lo que tienes que hacer ahora. Tienes que esconderte antes de que empiecen a buscarte.

Se volvió lentamente en busca del mejor lugar, bizqueando en la creciente oscuridad. Y entonces vio una placa, en una puerta situada entre el mostrador de Avis y el de la agencia de viajes Bangor: SERVICIOS DEL AEROPUERTO.

Una placa que podía significar casi cualquier cosa.

Craig se dirigió deprisa hacia la puerta, lanzando nerviosas miradas por encima

del hombro, e intentó abrirla. Al igual que sucediera con la puerta de la Seguridad del Aeropuerto, el picaporte no giraba, pero se abrió al empujar. Craig lanzó una última mirada por encima del hombro, no vio a nadie y cerró la puerta tras de sí.

Una oscuridad absoluta, completa, se lo tragó. Allí dentro era tan ciego como la niña a la que había apuñalado. A Craig no le importaba. No tenía miedo a la oscuridad; en realidad, más bien le gustaba. A menos que estuvieras con una mujer, nadie esperaba que hicieses nada significativo en la oscuridad. En la oscuridad, el rendimiento dejaba de ser un factor.

Y lo que era aún mejor, el sonido masticatorio de los langolieros quedaba amortiguado.

Craig avanzó lentamente con las manos estiradas y arrastrando los pies. Después de dar tres pasos, su muslo entró en contacto con un objeto duro que parecía el borde de un escritorio. Se echó hacia delante y se inclinó. Sí, era un escritorio. Dejó que sus manos lo recorrieran un momento, extrayendo consuelo de los elementos familiares a la Norteamérica de cuello blanco: un bloc de papel, un dietario, el borde de un papel secante, una caja de clips y un juego de pluma y lápiz. Rodeó el escritorio y su cadera chocó con el brazo de un sillón. Craig se colocó entre la silla y el escritorio, y se sentó. Estar detrás de un escritorio lo hacía sentirse aún mejor. Lo hacía sentirse él mismo: tranquilo, bajo control. Buscó el cajón superior y lo abrió. Buscó dentro un arma, algo afilado. Casi inmediatamente, su mano tocó un abrecartas.

Lo cogió, cerró el cajón y colocó el utensilio junto a su mano derecha, sobre el escritorio.

Se quedó allí sentado un momento, escuchando las sacudidas de su ritmo cardíaco y el sonido apagado de los motores del jet. Después, volvió a tantear con delicadeza la superficie del escritorio hasta que encontró el montón de papeles. Cogió la hoja de encima y la atrajo hacia sí, pero no vio ni siquiera un resplandor blanco, pese a colocarla frente a sus ojos.

Está bien, muy bien, Craiggy-weggy. Quédate aquí en la oscuridad. Siéntate y espera el instante de moverte. Cuando llegue el momento…

Yo te avisaré, concluyó ominosamente su padre.

—De acuerdo —dijo Craig. Sus dedos se deslizaron sobre la hoja invisible buscando el rincón superior derecho. Lo rasgó suavemente en un movimiento descendente.

Rasss.

La calma lo invadió como si fuera agua fresca y azul. Dejó caer la tira invisible sobre el escritorio invisible y llevó otra vez los dedos hacia el extremo superior de la hoja. Todo iba a salir bien. Perfectamente bien. Empezó a tararear con un susurro átono.

—Llámame ángel… de la mañana, nena…

Rasss.

—Toca mi mejilla antes de irte… nena…

Tranquilo ya, en paz, Craig se quedó allí sentado y esperó a que su padre le dijera lo que tenía que hacer a continuación, como había hecho tantas veces cuando era niño.

4

—Albert, escucha con atención —dijo Nick—. Tenemos que llevarla al avión, pero necesitamos una litera. A bordo no debe de haber ninguna, pero aquí sí. ¿Dónde?

—¡Ostras, señor Hopewell! El capitán Engle lo sabría…

—Pero el capitán Engle no está aquí —dijo pacientemente Nick—. Tendremos que arreglárnoslas solos.

Albert frunció el ceño y recordó el cartel que había visto en el nivel inferior.

—¿Servicios del Aeropuerto? —preguntó—. ¿Le parece posible?

—Claro que sí —dijo Nick—. ¿Dónde lo viste?

—En el piso inferior. Cerca de los mostradores de alquiler de coches.

—Vale —dijo Nick—. Lo haremos así. Te nombro a ti y al señor Gaffney exploradores. Señor Gaffney, sugiero que busque en la repisa que hay detrás del mostrador. Supongo que encontrará algunos cuchillos afilados. Estoy seguro de que allí es donde encontró el suyo nuestro desagradable compañero. Coja uno para usted y otro para Albert.

Sin decir palabra, Don pasó al otro lado de la barra. Rudy Warwick regresó del bar El Barón Rojo cargado de manteles a cuadros rojos y blancos.

—Lamento muchísimo… —comenzó de nuevo, pero Nick lo interrumpió.

El inglés seguía mirando a Albert, y su cara era solo un círculo blanco encima de las sombras más intensas del pequeño cuerpo de Dinah. La oscuridad era casi total.

—No creo que encuentres al señor Toomy. Supongo que salió de aquí sin armas, llevado por el pánico. Imagino que a estas alturas ha encontrado un escondite o ha abandonado la terminal. Si lo ves, te recomiendo enérgicamente que no te metas con él a menos que te obligue. —Y, volviendo la cabeza para mirar a Don, que regresaba con un par de cuchillos de carnicero, continuó—: No pierdan de vista las prioridades. Su misión no es volver a capturar al señor Toomy y traerlo ante el tribunal. Su trabajo es conseguir una camilla y traerla lo más rápido que puedan. Tenemos que salir de aquí.

Don ofreció a Albert uno de los cuchillos, pero Albert meneó la cabeza y miró a Rudy Warwick.

—¿Podría darme uno de esos manteles?

Don lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Un mantel? ¿Para qué diablos lo quiere?

—Se lo mostraré.

Albert estaba arrodillado junto a Dinah. Se puso de pie y pasó detrás de la barra. Miró a su alrededor, sin saber exactamente qué buscaba, pero seguro de que lo sabría en cuanto lo viera. Y lo supo. En un rincón de la barra había una vieja tostadora. La cogió, la desenchufó de la red y enrolló el cable mientras regresaba a donde estaban los demás. Cogió uno de los manteles, lo desplegó y colocó la tostadora en una punta. Después lo retorció dos veces, envolviendo la tostadora como un regalo de Navidad. Hizo unos nudos en cada una de las puntas para formar un bolsillo. Cuando cogió el extremo suelto del mantel y él se levantó, la tostadora se había convertido en una piedra colocada en un tirador improvisado.

—Cuando era niño, solíamos jugar a Indiana Jones —dijo Albert en tono de disculpa—. Yo hacía algo parecido a esto y fingía que era mi látigo. Una vez casi le rompo el brazo a mi hermano David. Metí la plomada de una persiana en una manta que encontré en el garaje. Era una barbaridad, pero yo no tenía ni idea de lo duro que se podía pegar con eso. Se convirtió en un arma terrible. Supongo que parece estúpido, pero funciona bien. Al menos, a mí siempre me funcionó.

Nick miró dudoso el arma improvisada de Albert, pero no dijo nada. Si una tostadora envuelta en un mantel daba confianza a Albert para desplazarse en la oscuridad, no sería él quien pusiera pegas.

—Vale, está bien. Ahora encuentren una camilla y tráiganla. Si no hay en la oficina de servicios, prueben en otra parte. Si dentro de quince minutos no han encontrado nada…, no, mejor diez…, regresen y la llevaremos nosotros.

—¡No puede hacer eso! —dijo suavemente Laurel—. Si hay hemorragia interna…

Nick la miró.

—Ya hay hemorragia interna. Y diez minutos son todo el tiempo de que disponemos.

Laurel abrió la boca para contestar, para discutir, pero la interrumpió el áspero susurro de Dinah:

—Tiene razón.

Don metió la hoja del cuchillo en su cinturón.

—Vamos, hijo —dijo—. Hay lugares adonde ir y cosas que hacer.

Atravesaron juntos la terminal y empezaron a bajar a la primera planta. Albert enrolló el extremo del mantel en torno a su mano.

5

Nick volcó su atención en la niña.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Duele mucho —respondió Dinah débilmente.

—Sí, claro que sí —dijo Nick—. Y me temo que lo que voy a hacer te dolerá mucho más, al menos durante unos segundos. Pero el cuchillo está en tus pulmones y tiene que salir. Lo sabes, ¿no?

—Sí —contestó, y lo miró con sus oscuros ojos ciegos—. Estoy asustada.

—Yo también, Dinah. Yo también. Pero hay que hacerlo. ¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Buena chica. —Nick se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla—. Eres una chica buena y valiente. No llevará mucho tiempo, te lo prometo. Dinah, quiero que te quedes lo más quieta que puedas y que procures no toser. ¿Me comprendes? Es muy importante. Procura no toser.

—Lo intentaré.

—Durante unos instantes sentirás que no puedes respirar. Tal vez notes que te desinflas, como si fueras un neumático. Es una sensación terrible, cariño, y tal vez quieras moverte o gritar. No debes hacerlo. Y sobre todo no debes toser.

Dinah dijo algo que nadie entendió.

Nick tragó saliva, se secó el sudor de la frente con un gesto rápido y se volvió hacia Laurel.

—Doble dos de esos manteles como si fueran compresas cuadradas. Lo más gruesos que pueda. Arrodíllese a mi lado. Lo más cerca posible. Warwick, sáquese el cinturón.

Rudy empezó a obedecer de inmediato.

Nick miró a Laurel, y una vez más ella quedó sorprendida —y esta vez agradablemente— por la fuerza de su mirada.

—Voy a coger el mango del cuchillo y a sacarlo. Si no está atascado en una de las costillas, y no lo creo por la posición en que está, la hoja tiene que salir con un solo tirón lento y continuado. En cuanto salga, me apartaré y le dejaré acceso a la zona del pecho. Coloque uno de los apósitos sobre la herida y apriete. Apriete fuerte. No tiene que preocuparse por lastimarla o por apretar tanto que no le permita respirar. Tiene por lo menos una perforación en el pulmón y apuesto a que hay dos. Eso es lo que debe preocuparnos. ¿Me entiende?

—Sí.

—Cuando haya colocado el apósito, la levantaré en sentido opuesto al de la presión que esté ejerciendo usted. El señor Warwick colocará el otro apósito por debajo de ella si vemos sangre en la espalda del vestido. Después sujetaremos las compresas con el cinturón del señor Warwick. Cuando se lo pida —dijo, mirando a Rudy—, démelo, amigo. No me haga pedirlo dos veces.

—Tranquilo.

—¿Ve lo bastante para hacerlo, Nick? —preguntó Laurel.

—Creo que sí —contestó Nick—. Espero que sí. —Y volvió a mirar a Dinah—. ¿Lista?

Dinah murmuró algo.

—Vale —dijo Nick. Respiró a fondo y soltó el aire—. ¡Que Dios me ayude!

Rodeó el mango del cuchillo con sus delgadas manos de largos dedos, como un hombre cogiendo un bate de béisbol. Tiró. Dinah chilló. De su boca salió una gran bocanada de sangre. Laurel estaba echada hacia delante, tensa, y de pronto su cara quedó cubierta por la sangre de Dinah. Retrocedió.

—¡No! —le espetó Nick sin levantar la mirada—. ¡No se atreva a fallarme! ¡No se atreva!

Laurel volvió a echarse hacia delante, presa de arcadas y estremecimientos. La hoja, un triángulo plateado en la tiniebla profunda, salió del pecho de Dinah y centelleó en el aire. El pecho de la niña se levantó, y se oyó un agudo y escalofriante silbido cuando la herida volvió hacia dentro.

—¡Ahora! —gruñó Nick—. ¡Apriete! ¡Lo más fuerte que pueda!

Laurel se echó hacia delante. Durante un segundo vio salir la sangre del agujero del pecho y después cubrió la herida. El apósito se puso caliente y húmedo casi de inmediato.

—¡Más fuerte! —rugió Nick—. ¡Apriete más fuerte! ¡Séllela! ¡Selle la herida!

Laurel comprendió lo que quería decir la gente cuando hablaba de estar totalmente desarticulada, porque se sentía al borde de ello.

—¡No puedo! ¡Le romperé las costillas si…!

—¡A la mierda las costillas! ¡Tiene que hacer un sello!

Laurel se balanceó y apoyó todo su peso sobre las manos. Sentía un líquido que fluía lentamente entre sus dedos, aunque el apósito era muy grueso.

El inglés tiró a un lado el cuchillo y se echó hacia delante, casi tocando la cara de Dinah con la suya. La niña tenía los ojos cerrados. Levantó uno de los párpados.

—Creo que por fin se ha desmayado —dijo—. No lo sé seguro, porque sus ojos son muy extraños, pero espero que sea así. —Y sacudió la cabeza para apartar el pelo que había caído sobre su frente. Miró a Laurel—. Lo está haciendo bien. Siga, ¿quiere? Ahora voy a darle la vuelta. Mantenga la presión.

—¡Hay tanta sangre! —gimió Laurel—. ¿Se ahogará?

—No lo sé. Mantenga la presión. ¿Listo, señor Warwick?

—¡Dios, espero que sí! —graznó Rudy Warwick.

—Vale, allá vamos. —Nick deslizó las manos bajo el omóplato derecho de Dinah e hizo una mueca—. Es peor de lo que pensé —murmuró—. Mucho peor. Está empapada.

Empezó a levantar lentamente a Dinah, oponiéndose a la presión que hacía Laurel.

Dinah emitió un gemido espeso, quebrado. De su boca salió una bocanada de sangre medio coagulada que se dispersó en el suelo, y de pronto, Laurel oyó que un río de sangre caía sobre la moqueta, debajo de la niña.

Súbitamente, el mundo empezó a temblar y a alejarse.

—¡Mantenga la presión! —gritó Nick—. ¡No afloje!

Pero ella estaba desvaneciéndose.

Lo que provocó su acto siguiente fue la intuición de lo que pensaría Nick Hopewell de ella si se desmayaba. Sacó la lengua, como un niño haciendo muecas, y se la mordió lo más fuerte que pudo. El dolor era brillante y exquisito, y su boca se llenó enseguida con el sabor salado de su propia sangre, pero superó aquella sensación de que el mundo se alejaba de ella como si fuera un enorme pez holgazán en un acuario. Estaba allí otra vez.

Se oyó un gritó de dolor y sorpresa que venía de abajo. A continuación, otro grito ronco. Inmediatamente después, un aullido alto y penetrante.

Rudy y Laurel se volvieron en aquella dirección.

—¡El chico! —exclamó Rudy—. ¡Él y Gaffney! Han…

—Han encontrado al señor Toomy —dijo Nick. Su cara era una máscara de tensión. Los tendones de su cuello destacaban como cuerdas de acero—. Esperemos que… —De abajo llegó un golpe sordo seguido de un horrible aullido de agonía. Después, una serie de golpes amortiguados—. Esperemos que estén controlando la situación. Ahora no podemos hacer nada. Si nos detenemos, esta niña morirá con toda seguridad.

—¡Pero parecía el chico!

—No lo podemos evitar, ¿no cree? Pase el apósito por debajo, Warwick. Hágalo ya o le doy una patada en el culo.

6

Don bajó la escalera en cabeza y se detuvo un instante abajo, revolviendo en sus bolsillos. Sacó un objeto cuadrado que resplandecía levemente en la oscuridad.

—Mi Zippo —dijo—. ¿Crees que seguirá funcionando?

—No lo sé —contestó Albert—. Tal vez durante un rato. Será mejor que no lo pruebe hasta que no sea necesario. Espero que funcione. Sin eso no podremos hacer nada.

—¿Dónde están las oficinas de servicios?

Albert señaló la puerta que unos minutos antes había atravesado Craig Toomy.

—Allí.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno —dijo Albert—, solo hay una manera de saberlo.

Atravesaron la terminal, con Don siempre en cabeza, llevando el encendedor en la mano derecha.

7

Craig los oyó llegar. Sin duda, más sirvientes de los langolieros. Pero no le preocupaba. Se había hecho cargo de la cosa disfrazada de niña y haría lo mismo con ésos. Apretó el abrecartas, se puso en pie y rodeó el escritorio.

—¿Crees que estará abierta?

—Bueno, solo hay una manera de saberlo.

Bueno, algo van a encontrar, de todos modos, pensó Craig. Tocó la pared junto a la puerta. Estaba cubierta de estantes llenos de papel. Se estiró y tocó los goznes. Estupendo. Al abrirse, la puerta lo ocultaría, aunque no era probable que lo vieran, claro. Aquello estaba más oscuro que el culo de un elefante. Levantó el abrecartas a la altura del hombro.

—El picaporte no se mueve.

Craig se relajó, pero solo un momento.

—Inténtelo empujando.

Ése era otra vez el chico listo.

La puerta empezó a abrirse.

8

Don entró, parpadeando en las tinieblas. Empujó con el pulgar la tapa del encendedor,

la levantó y le dio a la ruedecilla. Se vio una chispa, y la mecha se encendió enseguida, produciendo una llama baja. Vieron lo que parecía una mezcla de oficina y almacén. En un rincón había unas maletas, y en otro una máquina Xerox. La pared más alejada estaba cubierta de estantes, llenos de lo que parecían formularios de distintas clases.

Don penetró más en la oficina, levantando el encendedor como un espeleólogo enarbolando una goteante lámpara de petróleo en el interior de una cueva. Señaló la pared de la derecha.

—¡Eh, chico! ¡As! ¡Mira!

Había un póster en la pared que mostraba un tipo borracho con traje de ejecutivo, saliendo de un bar y mirando el reloj. EL TRABAJO ES LA MALDICIÓN DE LA CLASE BEBEDORA, rezaba el póster. Junto a él había colgada una caja de plástico blanca con una gran cruz roja; y abajo, apoyada en la pared, una camilla plegada de las que tienen ruedas.

Sin embargo, Albert no miraba el póster, ni el botiquín de primeros auxilios, ni siquiera la camilla. Sus ojos estaban clavados en el escritorio que había en el centro del cuarto.

Sobre el escritorio vio un montón de tiras de papel.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Cuidado, está aq…!

Craig Toomy salió de detrás de la puerta y descargó el golpe.

9

—Cinturón —dijo Nick.

Rudy no se movió ni contestó. Tenía la cabeza vuelta hacia la puerta del restaurante. Los ruidos de abajo habían cesado. Solo se oía el sonido de dientes y el ronroneo regular, tembloroso, de los motores en la oscuridad exterior.

Nick dio una patada hacia atrás, como una mula, golpeando la espinilla de Rudy.

—¡Ay!

—¡Cinturón! ¡Ahora!

Rudy se dejó caer torpemente de rodillas y se acercó a Nick, que tenía a Dinah levantada con una mano mientras con la otra apretaba un segundo apósito contra su espalda.

—Páselo por debajo del apósito —dijo Nick. Jadeaba, y el sudor le corría abundante por la cara—. ¡Rápido! ¡No puedo seguir sosteniéndola eternamente!

Rudy pasó el cinturón por debajo del apósito. Nick bajó a Dinah, pasó la mano al otro lado del pequeño cuerpo y levantó su hombro izquierdo para sacar el cinturón por el otro lado. Después, lo ató sobre su pecho y apretó. Puso el extremo suelto del cinturón en la mano de Laurel.

—Mantenga la presión —dijo, poniéndose de pie—. No se puede usar la hebilla, es demasiado pequeña.

—¿Va a bajar? —preguntó Laurel.

—Sí, parece lo indicado.

—Tenga cuidado. Tenga cuidado, por favor.

Él le sonrió, y todos aquellos dientes blancos brillando de pronto en las tinieblas resultaban sorprendentes, pero no atemorizadores. Más bien todo lo contrario.

—Naturalmente. Así sobrevivo —dijo, inclinándose y apretándole un hombro. Su mano era cálida, y al tocar a la muchacha, ella sintió que un leve estremecimiento le recorría todo el cuerpo—. Lo ha hecho muy bien, Laurel. Gracias.

Empezó a volverse, pero en ese momento una pequeña mano se levantó y agarró la pernera de sus tejanos. Miró hacia abajo y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos otra vez.

—No… —empezó a decir, pero de pronto la sacudió un estornudo sofocado. De su nariz salieron diminutas gotas de sangre.

—Dinah, no debes…

—No… lo mate —dijo la niña, y hasta en la oscuridad Laurel percibió el colosal esfuerzo que estaba haciendo para hablar.

Nick la miró pensativo.

—El cabrón te apuñaló, ¿sabes? ¿Por qué insistes tanto en mantenerlo entero?

El pequeño pecho luchó contra el cinturón. El apósito lleno de sangre se levantó. Luchó y se las arregló para decir una cosa más. Todos la oyeron; Dinah se esforzó enormemente en hablar con claridad.

—Lo único… que sé… es que lo necesitamos —susurró, y sus ojos volvieron a cerrarse.

10

Craig hundió profundamente el abrecartas en la nuca de Don Gaffney. Don chilló y dejó caer el encendedor, que aterrizó en el suelo y se quedó allí, con una llama vacilante. Cuando vio que Craig se abalanzaba sobre Don, Albert se volvió

sorprendido. Ahora, Don se tambaleaba en dirección al escritorio y movía débilmente las manos, buscando el objeto que sobresalía de su nuca.

Craig cogió el abrecartas con una mano y apoyó la otra contra la espalda de Don. Mientras tiraba y empujaba simultáneamente, Albert escuchó el ruido que hace un hombre hambriento al sacar un muslo de pavo bien asado. Don volvió a gritar, esta vez más fuerte, y cayó sobre el escritorio con los brazos estirados; una bandeja y el montón de formularios para equipajes perdidos que Craig había estado rasgando cayeron al suelo.

Craig se volvió hacia Albert, dispersando una lluvia de gotas de sangre que había en la hoja del abrecartas.

—Tú también eres uno de ellos —susurró—. Bueno, a la mierda. Voy a Boston y no puedes detenerme. Nadie puede detenerme.

En ese momento, el encendedor se apagó y quedaron en la oscuridad. Albert dio un paso atrás y sintió ante su cara una cálida ráfaga de aire cuando Craig atacó con el abrecartas el lugar que él ocupaba un segundo antes. Tanteó detrás de él, temeroso de meterse en un rincón donde Craig pudiera usar su cuchillo (a la débil luz del Zippo, le había parecido un cuchillo) para atacarlo, y donde su arma resultaría inútil además de estúpida. Sus dedos encontraron el vacío y retrocedió, atravesando la puerta en dirección al vestíbulo. No se sentía nada sereno; no se sentía como el judío más rápido de ninguna orilla del Mississippi; no se sentía más rápido que los relámpagos azules. Se sentía como un chico asustado que había elegido estúpidamente un arma de juguete en lugar de un arma real, porque era incapaz de creer —de creer realmente — que las cosas llegarían a ese punto, pese a lo que el lunático le había hecho a la niña. Percibía su olor. Hasta en ese aire muerto percibía su olor. Era el rancio olor del miedo.

Craig se deslizó por la puerta con el abrecartas en la mano levantada. Se movía en la oscuridad como una sombra danzante.

—Te veo, hijito —susurró—. Te veo como si fuera un gato.

Empezó a avanzar. Albert retrocedió y al mismo tiempo empezó a balancear la tostadora atrás y adelante, advirtiendo que solo tendría una oportunidad antes de que Toomy se le echara encima y le clavara la hoja en la garganta o el pecho.

Y si la tostadora se sale del maldito bolsillo antes de golpearlo, estoy frito.

11

Craig se acercó, balanceando la parte superior de su cuerpo como una víbora saliendo de una cesta. Una sonrisilla ausente levantaba las comisuras de su boca, formando sendos hoyuelos. *Muy bien* —dijo ominosamente su padre, desde su eterna fortaleza en el interior de la cabeza de Craig—. *Si tienes que matarlos de uno en uno, hazlo. EPI, Craig, ¿recuerdas? EPI. El Esfuerzo Produce Ingresos.*

Está bien, Craiggy-weggy —canturreó su madre—. *Puedes y debes hacerlo*.

—Lo siento —murmuró Craig a través de su sonrisa al chico pálido—. Lo siento muchísimo pero tengo que hacerlo. Si pudieras ver las cosas desde mi punto de vista, lo comprenderías.

12

Albert lanzó una rápida mirada a sus espaldas y vio que retrocedía hacia el mostrador de la United Airlines. Si retrocedía mucho más, el movimiento de su arma se vería interrumpido. Tenía que actuar con rapidez. Empezó a balancear más velozmente la tostadora, sujetando el mantel con su mano sudorosa.

Craig percibió el movimiento en la oscuridad, pero no lograba ver qué era lo que balanceaba el muchacho. No importaba. No podía permitir que importara. Reunió sus fuerzas y dio un salto adelante.

—¡Voy a Boston! —chilló—. ¡Voy a Bo…!

Los ojos de Albert iban adaptándose a la oscuridad y vieron el movimiento de Craig. La tostadora estaba en la parte posterior de su parábola. En lugar de doblar la muñeca para echarla hacia delante, se dejó llevar por su peso y levantó el brazo en un exagerado gesto de lanzamiento. Al mismo tiempo, dio un paso a la izquierda. Al estar el peso en el extremo del mantel, el objeto describió un círculo breve en el aire, firmemente adherido al bolsillo por la fuerza centrípeta. Craig colaboró dando un paso adelante y poniéndose en el camino de descenso de la tostadora, que cayó sobre su frente y el puente de su nariz con un sonido duro y átono.

Craig lanzó un alarido de agonía y dejó caer el abrecartas. Se llevó las manos a la cara y retrocedió a trompicones. La sangre que brotaba de su nariz rota manaba entre sus dedos como el agua de una bomba rota. Albert estaba aterrorizado por lo que había hecho, pero todavía le aterrorizaba más abandonar, ahora que Toomy estaba herido.

Dio otro paso a la izquierda y balanceó el mantel hacia un costado, golpeando a Craig en el centro del pecho. El hombre cayó hacia atrás sin dejar de gritar.

Albert *As* Kaussner tenía una sola idea en la cabeza; lo demás era un vértigo vacilante y fragmentario de color, imagen y emoción.

Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que lograr que deje de moverse, porque si no me matará. Tengo que…

Por lo menos, Toomy había arrojado el arma, que centelleaba en la moqueta del vestíbulo. Albert la pisó y volvió a descargar la tostadora. Al bajar ésta, dobló la cintura como un anticuado mayordomo saludando a un miembro de la familia real. El bulto envuelto en el mantel cayó sobre la boca abierta de Craig Toomy. Se oyó un ruido como el de un vidrio roto dentro de un pañuelo.

¡Dios! —pensó Albert—. *Ésos han sido sus dientes*.

Craig se retorció en el suelo. Mirarlo era terrible, y quizá más terrible aún por la falta de luz. En su horrible vitalidad había algo monstruoso, invencible, de insecto.

Una de sus manos atrapó un mocasín de Albert. Lanzando un grito de asco, Albert apartó el pie del abrecartas y Craig trató de cogerlo. Su nariz, entre ambos ojos, era un bulto sanguinolento. Apenas podía ver a Albert; su visión estaba inmersa en una gran aureola de luz blanca. En su cabeza sonaba una nota alta e insistente, como la música de una carta de ajuste a todo volumen.

Ya no tenía posibilidad de hacer ningún daño, pero Albert no lo sabía. Aterrorizado, volvió a golpear la cabeza de Craig con la tostadora. Se escuchó un ruido metálico cuando las piezas del interior se soltaron.

Craig dejó de moverse.

Albert se quedó en pie, luchando por respirar, con el pesado mantel colgando de una mano. Después, dio dos largos pasos vacilantes en dirección a la escalera, se inclinó y vomitó en el suelo.

13

Cuando retiró la pantalla de plástico negro que cubría la terminal del vídeo del 767, Brian se persignó, casi convencido de que estaría vacía. La miró atentamente y dejó escapar un suspiro de alivio.

ÚLTIMO PROGRAMA COMPLETO

informó la pantalla en frías letras verdes, y debajo:

NUEVO PROGRAMA? S/N

Brian oprimió S, y luego tecleó:

INVIERTE AP 29: LAX/LOGAN

La pantalla quedó un momento a oscuras. Después apareció el siguiente mensaje:

INCLUIR INVERSIÓN EN PROGRAMA AP 29?

S/N

Brian volvió a marcar la S.

PROCESANDO INVERSIÓN

le informó la pantalla, y menos de cinco segundos más tarde:

PROGRAMA CONCLUIDO

—¿Capitán Engle?

Se volvió. En la puerta de la cabina estaba Bethany. Tenía el rostro pálido y demacrado.

—En este momento estoy algo ocupado, Bethany.

—¿Por qué no han vuelto?

—No lo sé.

—Le pregunté a Bob…, al señor Jenkins, si veía algún movimiento en el interior de la terminal y dijo que no. ¿Qué pasa si están todos muertos?

—Estoy seguro de que no es así. Si te hace sentir mejor, ¿por qué no te reúnes con él al pie de la escalerilla? Todavía tengo trabajo aquí.

Al menos eso espero, pensó.

—¿Está asustado? —preguntó ella.

—Sí, claro que sí.

La chica sonrió un poco.

—En cierta forma me alegro. Es muy feo tener miedo sola, te sientes enloquecer. Ahora lo dejaré solo.

—Gracias. Estoy seguro de que pronto saldrán.

La chica se fue. Brian se volvió hacia el monitor y escribió:

¿HAY PROBLEMAS CON ESTE PROGRAMA?

Pulsó la tecla de EJECUTAR.

NINGÚN PROBLEMA. GRACIAS POR VOLAR
EN AMERICAN PRIDE.

—No tienes por qué darlas, desde luego —murmuró Brian, y se limpió la frente con la manga.

Y ahora —pensó—, *veamos si el combustible arde*.

14

Bob oyó pasos en la escalerilla y se volvió rápidamente. Era Bethany, que bajaba con lentitud y cautela, pero de todos modos estaba alterado. El ruido que venía del este aumentaba cada vez más. Cada vez estaba más cerca.

—Hola, Bethany. ¿Puedo pedirte otro cigarrillo?

La chica le tendió el paquete casi vacío y después cogió uno para ella. Había metido la carterita de cerillas experimentales de Albert en el envoltorio de celofán del paquete, y cuando probó una se encendió con facilidad.

—¿Hay señales de ellos?

—Bueno, supongo que eso depende de a qué llamas «señales» —dijo Bob con cautela—. Antes de bajar, me pareció oír unos gritos.

Lo que había oído eran alaridos, chillidos, para ser más precisos, pero no veía razón para decirle eso a la chica. Parecía tan asustada como el propio Bob, y se le había ocurrido que le había tomado simpatía a Albert.

—Espero que Dinah se ponga bien —dijo ella—, pero no lo sé. La herida es muy grave.

—¿Has visto al capitán?

Bethany asintió.

—Casi me echó. Supongo que está programando sus instrumentos o algo así.

Bob Jenkins asintió escuetamente.

—Eso espero.

La conversación decayó. Ambos miraron hacia el este. Un ruido nuevo y todavía más abominable se había agregado al ruido de masticación: un alarido agudo, inanimado. Era un sonido extrañamente mecánico que hacía pensar a Bob en una transmisión automática con poca electricidad.

—Ahora está mucho más cerca, ¿no?

Bob asintió, reacio. Aspiró su cigarrillo y la brasa iluminó momentáneamente un par de ojos fatigados y aterrorizados.

—¿Qué cree que es, señor Jenkins?

Él meneó lentamente la cabeza.

—Querida niña, espero que nunca tengamos que averiguarlo.

15

Al llegar a la mitad de la escalera, Nick vio una figura inclinada ante la línea de teléfonos públicos inutilizables. Imposible saber si era Albert o Craig Toomy. El inglés metió la mano en su bolsillo derecho, apretándolo con la mano izquierda para evitar el tintineo de monedas, y eligió al tacto un par de monedas de cuarto de dólar. Apretó la mano derecha y deslizó las monedas entre los dedos, improvisando una especie de manopla. Después, continuó bajando hacia el vestíbulo.

Cuando Nick se aproximó, la figura que estaba junto a los teléfonos se incorporó. Era Albert.

—No pise el vómito —dijo con voz neutra.

Nick guardó las monedas en el bolsillo y se dirigió con rapidez hacia donde estaba el muchacho con las manos apoyadas en las rodillas, como un viejo que hubiera sobreestimado su capacidad para hacer ejercicio. Percibía el olor intenso y agrio del vómito. Eso y el sudor provocado por el miedo que despedía el chico eran olores a los que estaba acostumbrado. Los había olido en las Falkland y, más íntimamente, en el norte de Irlanda. Pasó el brazo izquierdo en torno a los hombros de Albert, que se enderezó despacio.

—¿Dónde están, As? —preguntó serenamente Nick—. ¿Dónde están Gaffney y Toomy?

—El señor Toomy está allí. —Y señaló una forma derrumbada en el suelo—. El señor Gaffney está en la oficina de Servicios del Aeropuerto. Creo que están los dos muertos. El señor Toomy estaba en la oficina, supongo que detrás de la puerta. Mató al señor Gaffney porque entró en primer lugar. Si yo hubiera entrado primero, me habría matado a mí. —Albert tragó saliva y continuó—: Entonces, maté al señor Toomy. Tenía que hacerlo. Me siguió, ¿comprende? Encontró otro cuchillo en alguna parte y me siguió.

Hablaba en un tono que podía confundirse con indiferencia, pero Nick sabía que no era eso. Y tampoco era indiferencia lo que veía en la blanca bruma del rostro de Albert.

—¿Puedes controlarte, As? —preguntó Nick.

—No lo sé. Nunca he matado a nadie antes y… —Albert emitió un sollozo estrangulado de espanto.

—Lo sé —dijo Nick—. Es una cosa horrible, pero se puede superar. Lo sé. Y debes superarlo, As. Tenemos que recorrer mucho camino antes de dormir y no hay tiempo para hacer terapia. El ruido es más intenso.

Dejó a Albert y se acercó a la forma que yacía en el suelo. Craig Toomy estaba echado de lado con un brazo alzado que le tapaba parcialmente la cara. Nick lo puso de espaldas y lanzó un débil silbido. Toomy seguía vivo —escuchaba el ruido áspero de su respiración—, pero esta vez Nick estaba dispuesto a apostar su cuenta bancaria a que no fingía. No era que su nariz estuviese fracturada, sino que parecía haberse evaporado. La boca era un agujero sanguinolento orlado por los temblorosos restos de los dientes. Y la hendidura profunda en el centro de la frente sugería que Albert había dado unos retoques creativos en el cráneo del tipo.

—¿Hizo todo esto con una tostadora? —musitó Nick—. ¡Jesús, María y José!

Se incorporó y levantó la voz.

—No está muerto, As.

Cuando Nick lo dejó, Albert había vuelto a inclinarse. Ahora se enderezó lentamente y dio un paso hacia él.

—¿No lo está?

—Escucha tú mismo. Está inconsciente, pero no fuera de combate.

Aunque no por mucho tiempo; al menos, por el ruido creo que no.

—Busquemos al señor Gaffney, tal vez él también tuvo suerte. ¿Y qué hay de la camilla?

—¿Eh? —dijo Albert, como si Nick le hubiera hablado en una lengua extraña.

—La camilla —repitió pacientemente Nick mientras se dirigían hacia la oficina.

—La encontramos —dijo Albert.

—¿De veras? ¡Estupendo!

Albert se detuvo nada más cruzar la puerta.

—Espere un minuto —murmuró, y se agachó para buscar en el suelo el mechero de Gaffney. Lo encontró enseguida. Seguía caliente. Volvió a incorporarse—. Creo que el señor Gaffney está al otro lado del escritorio.

Dieron la vuelta, pasando por encima de los papeles y de la bandeja. Albert levantó el mechero e hizo girar la ruedecilla. Al quinto intento, la mecha se encendió y ardió débilmente durante tres o cuatro segundos. Fue suficiente. Nick había visto bastante con las chispas anteriores a la llama, pero no había querido decírselo a Albert. Don Gaffney yacía boca arriba con los ojos abiertos y una expresión de profunda sorpresa fijada en la cara. Al fin y al cabo, no había tenido suerte. Ni un poquito.

—¿Cómo fue que Toomy no te hirió a ti también? —preguntó Nick un momento después.

—Sabía que estaba aquí dentro —dijo Albert—. Incluso antes de que hiriera al señor Gaffney, lo sabía.

Su voz seguía seca y temblorosa, pero se sentía algo mejor. Ahora que había

mirado de frente al pobre señor Gaffney, a la cara, por así decirlo, se sentía algo mejor.

—¿Lo oíste?

—No, vi esas cosas sobre el escritorio —respondió señalando el pequeño montón de tiras de papel.

—Tuviste suerte —dijo Nick, apoyando la mano sobre el hombro de Albert en la oscuridad—. Mereces estar vivo, colega. Te lo has ganado a pulso, ¿lo entiendes?

—Lo intentaré —dijo Albert.

—Hazlo, hijo. Te ahorrará un montón de pesadillas. Estás mirando a un hombre que lo sabe.

Albert asintió.

—Mantén el control, As. Ésa es la cuestión. Mantén el control y estarás perfectamente.

—¿Señor Hopewell?

—¿Sí?

—¿Le importaría no llamarme así? Yo… —Le falló la voz y se aclaró violentamente la garganta—. Creo que ya no me gusta.

16

Treinta segundos más tarde salieron de la oscura cueva en que se había convertido la oficina. Nick llevaba la camilla. Cuando llegaron a la hilera de teléfonos, Nick le pasó la camilla a Albert, que la cogió sin decir nada. El mantel estaba en el suelo, a pocos pasos de Toomy, que ahora roncaba con grandes inspiraciones arrítmicas.

Había poco tiempo, muy poco tiempo, pero Nick tenía que ver eso. Tenía que verlo.

Cogió el mantel y sacó la tostadora. Una de las piezas calefactoras estaba atrapada en la ranura para el pan; la otra cayó al suelo. También cayeron el reloj y la palanca que servía para hacer bajar el pan. Uno de los extremos de la tostadora estaba hundido. El lado izquierdo estaba abollado formando una profunda hendidura circular.

Ésta es la parte que chocó con el morro del amigo Toomy —pensó Nick—. *Sorprendente*. Sacudió la tostadora y escuchó el ruido de las partes rotas en el interior.

—Una tostadora —se maravilló—. Albert, tengo amigos, amigos profesionales,

que no se lo creerían. Apenas lo creo yo. Quiero decir que, al fin y al cabo, es una tostadora.

Albert había vuelto la cabeza.

—Tírela —dijo roncamente—. No quiero mirarla.

Nick obedeció y le dio unas palmadas en el hombro.

—Lleva la camilla arriba. Enseguida me reuniré contigo.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero ver si en esa oficina hay alguna otra cosa útil.

Albert lo miró un instante, pero no logró distinguir sus rasgos en la oscuridad. Por último dijo:

—No le creo.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Nick con voz curiosamente suave—. Ve, As, quiero decir, Albert. Enseguida me reuniré con vosotros. Y recuerda lo que dije: no mires atrás.

Albert lo observó un momento más y después empezó a subir por la escalera, con la cabeza gacha y la camilla colgando de su mano como una maleta. No miró atrás.

17

Nick esperó hasta que el chico desapareció en la penumbra. Después se acercó a donde yacía Craig Toomy y se agachó a su lado. Toomy seguía inconsciente, pero su respiración parecía algo más regular. Nick supuso que no era imposible que con una o dos semanas de tratamiento asiduo en un hospital, Toomy se recuperara. Al menos había demostrado una cosa: tenía una cabeza increíblemente dura.

Lástima que los sesos que hay debajo estén reblandecidos, colega, pensó. Se estiró con la intención de poner una mano sobre la boca de Toomy y la otra encima de la nariz, o de lo que quedaba de ella. Tardaría menos de un minuto, y ya no tendrían que volver a preocuparse por el señor Craig Toomy. Los demás habrían retrocedido horrorizados ante semejante acto, lo habrían llamado asesinato a sangre fría, pero Nick lo veía nada más y nada menos que como una póliza de seguros. Una vez, Toomy había emergido de lo que parecía una inconsciencia total y ahora uno de ellos estaba muerto y había otra mal herida, tal vez mortalmente herida. No tenía sentido correr el mismo riesgo otra vez.

Y había otra cosa. Si dejaba vivo a Toomy, ¿qué sería exactamente lo que le esperaría? ¿Una existencia breve, acosada, en un mundo muerto?

¿La posibilidad de respirar aire muerto bajo un cielo inmóvil que parecían haber abandonado todos los fenómenos meteorológicos? ¿Una oportunidad de conocer lo que se aproximaba desde el este, haciendo un ruido como el de una colonia de gigantescas hormigas merodeadoras?

No. Lo mejor era ayudarlo a escapar. Sería indoloro, y eso en sí mismo ya era bueno.

—Más de lo que merece este bastardo —dijo Nick, pero seguía vacilando.

Recordó a la niña, mirándolo con sus oscuros ojos ciegos.

¡No lo mate! No era un ruego, sino una orden. Había reunido algo de fuerza de una última reserva escondida para darle esa orden. *Lo único que sé es que lo necesitamos*.

¿*Por qué diablos lo protege tanto*?, se preguntó Nick.

Se quedó allí un momento más, mirando la cara arruinada de Craig Toomy. Y cuando Rudy Warwick habló desde lo alto de la escalera, saltó como si se hubiera tratado del propio diablo.

—¿Señor Hopewell? ¿Nick? ¿Viene?

—¡En un tris! —dijo Nick por encima del hombro. Volvió a estirar la manos hacia la cara de Toomy y se detuvo otra vez, recordando aquellos ojos negros.

Lo necesitamos.

Se puso de pie, abruptamente, dejando a Craig Toomy inmerso en su tortuosa lucha por respirar.

—Ya voy —dijo, y subió corriendo la escalera.

Capítulo 8

Repostando.
La primera luz del alba.
Los langolieros se acercan.
Ángel de la mañana.
Los guardianes del tiempo de la eternidad.
Despegue.

1

Bethany había tirado el cigarrillo antes de que se consumiera, y empezaba a subir la escalerilla cuando Bob Jenkins gritó:

—¡Creo que salen!

La joven volvió y bajó corriendo. Una serie de puntos negros salía de la zona de equipajes y se arrastraba por la cinta transportadora. Bob y Bethany corrieron a su encuentro.

Dinah estaba atada a la camilla. Rudy llevaba un extremo y Nick el otro. Andaban de rodillas y Bethany oía los jadeos del hombre calvo.

—Deje que lo ayude —le dijo, y Rudy cedió de buena gana su puesto en la camilla.

—Procura no sacudirla —dijo Nick, sacando las piernas de la cinta—. Albert, ponte al lado de Bethany y ayúdala a subir la escalera. Queremos que esta cosa quede en posición horizontal tanto como sea posible.

—¿Cómo está? —preguntó Bethany a Albert.

—Bastante mal —respondió él, ceñudo—. Sigue inconsciente, pero aún vive. Es todo lo que sé.

—¿Dónde están Gaffney y Toomy? —preguntó Bob mientras iban hacia el avión. Tuvo que levantar ligeramente la voz para hacerse oír. Ahora el ruido de dientes era más fuerte, y aquel tono subyacente estaba convirtiéndose en una nota dominante, enloquecedora.

—Gaffney ha muerto y, por lo que sé, Toomy puede haber muerto también —dijo Nick—. Si le parece, hablaremos después. En este momento no hay tiempo. Ustedes dos —añadió, deteniéndose al pie de la escalerilla— no se olviden de mantener la camilla levantada por ese lado.

Subieron lenta y cuidadosamente la camilla. Nick caminaba hacia atrás y la sostenía inclinado sobre el extremo delantero, y Albert y Bethany levantaban la parte trasera a la altura de la frente, procurando entrar los dos por la angosta escalerilla. Bob, Rudy y Laurel los seguían. Laurel había hablado una sola vez desde el regreso de Albert y Nick, para preguntar si Toomy estaba muerto. Cuando Nick le dijo que no, lo había mirado inquisitivamente, asintiendo aliviada después.

Cuando Nick llegó a lo alto de la escalera y metió el extremo de la camilla dentro del avión, Brian estaba de pie en la puerta de la cabina central.

—Quiero ponerla en primera clase —dijo Nick—, con este extremo de camilla levantado, para que tenga la cabeza alta. ¿Es posible?

—No hay problema. Asegure la camilla pasando un par de cinturones de seguridad por la parte superior del marco. ¿Lo ve?

—Sí. Suban —ordenó a Albert y a Bethany—. Lo están haciendo muy bien.

Bajo las luces de la cabina, la sangre que manchaba las mejillas y la barbilla de Dinah contrastaba con el blanco amarillento de su piel. Tenía los ojos cerrados; los

párpados eran de un delicado color lavanda. Bajo el cinturón (en el que Nick había practicado un nuevo agujero, muy apartado de los otros), la compresa improvisada era de color rojo oscuro. Brian escuchó su respiración. Era como el de una cañita que absorbe aire del fondo de un vaso vacío.

—Está mal, ¿no? —preguntó Brian en voz baja.

—Bueno, es su pulmón y no su corazón, y no se está llenando de sangre tan rápido como temí, pero es serio, sí.

—¿Vivirá hasta que regresemos?

—¿Cómo mierda voy a saberlo yo? —gritó Nick de repente—. ¡Soy un soldado, no un maldito matasanos!

Los otros se quedaron helados, mirándolo con ojos cautelosos. Laurel volvió a sentir que se le erizaba la piel.

—Lo siento —murmuró Nick—. Los viajes a través del tiempo no sientan bien a los nervios, ¿verdad? Lo siento muchísimo.

—No necesita disculparse —dijo Laurel tocando su brazo—. Todos estamos sometidos a una gran presión.

Él le dedicó una sonrisa fatigada y tocó su cabello.

—Eres un encanto, Laurel, no hay duda. Ven, vamos a sujetarla y veamos qué podemos hacer para salir pitando de aquí.

2

Cinco minutos después, la camilla de Dinah había quedado sujeta a dos asientos de primera clase en posición inclinada, y con la cabecera levantada. El resto de los pasajeros estaban reunidos en un pequeño grupo en torno a Brian, en la zona de servicio del compartimiento de primera clase.

—Tenemos que repostar. Ahora vaya a encender el otro motor y me acercaré todo lo que pueda a ese 727-400 que hay en la pista de rodaje —dijo Brian, señalando el avión Delta, que apenas era ya un bulto gris en la oscuridad—. Como nuestro aparato es más alto podré colocar el ala derecha encima del ala izquierda del Delta. Mientras lo hago, cuatro de ustedes irán a buscar un vehículo con manga. Hay uno en la otra pista, lo vi antes de que oscureciera.

—Tal vez tendríamos que despertar a la Bella Durmiente para que nos ayude —dijo Bob.

Brian lo pensó un instante y meneó la cabeza.

—Lo último que necesitamos ahora es otro pasajero asustado, desorientado y, por si fuera poco, con resaca. Además, no nos va a hacer ninguna falta: dos hombres fuertes pueden acercar la manga en un momento; lo he visto hacer. Solo tienen que controlar la palanca de transmisión para asegurarse de que está en punto muerto. La manga hay que colocarla directamente debajo de los alerones, ¿está claro?

Todos asintieron. Brian los miró y llegó a la conclusión de que Rudy y Bethany todavía estaban demasiado fatigados para servir de ayuda.

—Nick, Bob y Albert. Ustedes empujan. Laurel, usted conduce. ¿De acuerdo?

Asintieron.

—Entonces, háganlo. Bethany, señor Warwick, bajen con ellos. Aparten la escalerilla del avión y, cuando el avión esté en la nueva posición, colóquenla cerca de los alerones. Los alerones, no la puerta, ¿vale?

Asintieron. Mirándolos, Brian vio que, por primera vez desde que habían aterrizado, sus ojos parecían claros y brillantes. *Claro* —pensó—. *Ahora tienen algo que hacer. Y yo también, gracias a Dios.*

3

A medida que se aproximaban al vehículo situado a la izquierda de la pista vacía, Laurel advirtió que podía verlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ya vuelve a hacerse de día. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que oscureció?

—Menos de cuarenta minutos por mi reloj —dijo Bob—, pero me parece que cuando estoy fuera del avión mi reloj no funciona bien. De todos modos, también siento que aquí el tiempo no importa mucho.

—¿Qué le pasará al señor Toomy? —preguntó Laurel.

Habían llegado al vehículo. Era pequeño, con un tanque en la parte trasera, una cabina sin techo y gruesas mangas negras enrolladas a cada lado. Nick le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Durante un instante, Laurel tuvo la loca idea de que pensaba besarla y sintió que su corazón se aceleraba.

—No sé qué le pasará —dijo—. Lo único que sé es que cuando se presentó la oportunidad, decidí hacer lo que quería Dinah. Lo dejé en el suelo, inconsciente. ¿Está bien?

—No —dijo ella con voz algo temblorosa—, pero supongo que tendrá que bastar.

Él esbozó una sonrisa, asintió y oprimió ligeramente su cintura.

—¿Te gustaría cenar conmigo si conseguimos regresar a Los Ángeles?

—Sí —respondió ella de inmediato—. Es algo por lo que conservar la esperanza.

Él volvió a asentir.

—Para mí también. Pero, a menos que podamos repostar, no iremos a ninguna parte. ¿Crees que puedes encontrar el punto muerto? —preguntó, mirando la cabina del camión.

Laurel observó la palanca de cambios que salía del suelo del vehículo.

—Me temo que solo sé conducir con cambio de marchas automático.

—Yo lo haré —dijo Albert, saltando a la cabina.

Empezó a mover la palanca, fijándose en el diagrama que tenía en la parte superior. A sus espaldas, el segundo motor del 767 se encendió y ambos motores empezaron a hacer más ruido a medida que Brian los aceleraba. Era un ruido infernal, pero Laurel descubrió que no le importaba. Tapaba aquel otro sonido, aunque fuera temporalmente. Y seguía deseando mirar a Nick. ¿De veras la había invitado a cenar? Le parecía difícil de creer.

Albert pasó de una marcha a otra hasta que encontró el punto muerto.

—Lo tengo —dijo, y bajó de un salto—. Arriba, Laurel. Una vez que estemos rodando, tendrás que presionar con la mano derecha y hacer que describa un círculo.

—De acuerdo.

Miró nerviosa a sus espaldas, mientras los tres hombres se colocaban en la parte trasera del vehículo, con Nick en el centro.

—¿Listos, chicos? —preguntó.

Albert y Bob asintieron.

—Vale, entonces… todos juntos.

Bob se había preparado para empujar tan fuerte como pudiera, pese al maldito dolor en la parte baja de la cintura que lo perseguía desde hacía diez años, pero el vehículo rodó con increíble facilidad. Laurel hizo girar el volante rígido con todas sus fuerzas. El camión describió un pequeño círculo en el asfalto gris y empezó a rodar hacia atrás, en dirección al 767, que estaba colocándose lentamente en posición a la derecha del jet Delta aparcado.

—Es increíble la diferencia entre los dos aparatos —dijo Bob.

—Sí —asintió Nick—. Tenías razón, Albert. Tal vez nos hayamos apartado del presente, pero de alguna manera ese avión sigue formando parte de él.

—Y nosotros también —dijo Albert—. Al menos por el momento.

Las turbinas del 767 se apagaron, dejando solo el rugido grave y regular de los motores. Ahora Brian tenía los cuatro encendidos, pero no bastaba para tapar el ruido procedente del este. Antes aquel sonido tenía una especie de uniformidad masiva, pero a medida que se acercaba iba fragmentándose; parecía haber ruidos dentro de los ruidos, y la suma de todos ellos empezaba a parecer horriblemente familiar.

Animales a la hora del almuerzo —pensó Laurel, y se estremeció—. *Así es como suena. Ruido de animales comiendo, transmitido por un amplificador y elevado a*

proporciones grotescas.

Se estremeció violentamente y sintió que el pánico empezaba a invadir sus pensamientos: una fuerza elemental que no podía controlar, como tampoco podía controlar lo que producía aquel ruido.

—Si pudiéramos verlo, tal vez podríamos hacerle frente —dijo Bob mientras empujaban.

Albert le lanzó una mirada y dijo:

—No lo creo.

4

Brian apareció en la puerta delantera del 767 e hizo gestos a Bethany y a Rudy de que acercaran la escalerilla. Cuando lo hicieron, salió a la plataforma superior y señaló los alerones. Mientras llevaban el vehículo hacia allí, oyó el ruido que se aproximaba y recordó una película que había visto hacía mucho tiempo, en una sesión de madrugada. En aquella película, Charlton Heston era dueño de una gran plantación en Sudamérica. La plantación había sido atacada por una vasta alfombra viviente de hormigas soldado, que comían todo lo que encontraban a su paso: árboles, hierba, edificios, vacas, hombres. ¿Cómo se llamaba aquella película? No conseguía recordarlo. Solo recordaba que Charlton Heston había utilizado estratagemas cada vez más desesperadas para detenerlas o al menos retrasarlas. ¿Había logrado derrotarlas? Tampoco recordaba eso, pero de pronto apareció en su mente un fragmento de su sueño, perturbador por su falta de asociación con nada: un siniestro cartel rojo que rezaba: SOLO ESTRELLAS FUGACES.

—¡Paren! —gritó a Rudy y a Bethany.

Dejaron de empujar, y Brian bajó por la escalerilla hasta que su cabeza quedó a la misma altura de la parte inferior del ala del Delta. Tanto el 767 como el 727 estaban equipados con una sola portilla de acceso al combustible en el ala izquierda. Ahora estaba mirando una pequeña puerta cuadrada con las palabras ACCESO AL TANQUE DE COMBUSTIBLE y ANTES DE REPOSTAR CONTROLE LA VÁLVULA DE CIERRE. Algún gracioso había puesto una pegatina con una redonda y amarilla cara feliz. Era el último toque surrealista.

Albert, Bob y Nick habían empujado la manga en la posición correcta y ahora lo miraban. Sus caras eran círculos de color gris sucio en la penumbra que se disipaba.

Brian se agachó y gritó a Nick:

—¡Hay dos mangas, una a cada lado! ¡Quiero la más corta!

Nick la desenrolló y se la alcanzó. Sosteniendo la escalerilla y el pico de la manga con una mano, Brian se situó bajo el ala y abrió el cuadrado del tanque. Dentro había un conector macho con una palanca de acero que sobresalía como un dedo. Brian se inclinó más y resbaló. Se cogió a la barandilla de la escalera.

—Aguante, colega —dijo Nick, subiendo a la escalerilla—. Ya llega la ayuda. —Se detuvo tres escalones debajo de Brian y lo cogió por el cinturón—. Hágame un favor, ¿quiere?

—¿De qué se trata?

—No se tire un pedo.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerlo.

Volvió a estirarse y miró a los otros. Rudy y Bethany se habían reunido con Bob y con Albert debajo del ala.

—¡Apártense, a menos que quieran recibir un chorro de combustible! —gritó—. No puedo controlar la válvula de cierre del Delta y tal vez pierda.

Mientras esperaba a que retrocedieran, pensó: *Por supuesto, es posible que no pierda. Por lo que sé, los tanques de esta cosa pueden estar más secos que un maldito hueso.*

Volvió a estirarse y, como ahora Nick lo sujetaba, pudo usar las dos manos y encajar el pico en la portilla. Se produjo una breve lluvia de combustible, una lluvia muy bienvenida en aquellas circunstancias, y después se oyó un fuerte chasquido metálico. Brian hizo girar el pico un cuarto de vuelta a la derecha, sujetándolo en el lugar, y escuchó satisfecho que el combustible pasaba por la manguera hacia el vehículo, donde una válvula cerrada detendría su flujo.

—Vale —suspiró, recuperando su lugar en la escalera—. Hasta ahora, todo va bien.

—¿Y ahora qué, colega? ¿Cómo hacemos funcionar ese vehículo? ¿Lo hacemos desde el avión o qué?

—Dudo de que pudiéramos hacerlo aunque alguien hubiera recordado traer los cables —dijo Brian—. Afortunadamente, no tiene por qué correr. En esencia, es solo un dispositivo para filtrar y transferir combustible. Voy a usar las unidades eléctricas auxiliares de nuestro avión para chupar el combustible, como si fuera una cañita para beber limonada de un vaso.

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—En condiciones óptimas, es decir, bombeando con electricidad de tierra, podríamos cargar novecientos litros de combustible por minuto. Pero de esta manera me resulta difícil calcular. Nunca he tenido que usar los auxiliares para bombear. Por lo menos una hora. Tal vez dos.

Nick miró ansiosamente hacia el este, y cuando habló lo hizo en voz baja.

—Hágame un favor, compañero, no se lo diga a los demás.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que dispongamos de dos horas. Tal vez ni siquiera de una.

5

Sola en primera clase, Dinah Catherine Bellman abrió los ojos.

Y vio.

—Craig —murmuró.

6

Craig.

Pero él no quería volver a oír su nombre. Cuando la gente pronunciaba su nombre, siempre pasaba algo. Siempre.

¡Craig! ¡Levántate, Craig!

No, no se levantaría. Su cabeza se había convertido en un vasto avispero; el dolor rugía en cada cavidad, en cada retorcido conducto. Habían llegado las abejas. Creyeron que estaba muerto y habían invadido su cabeza, transformando el cráneo en un panal. Y ahora…, ahora…

Sienten mis pensamientos y tratan de matarlos con sus aguijones —pensó, y emitió un gemido espeso, agónico. Sus manos manchadas de sangre se abrieron y cerraron lentamente sobre la moqueta que cubría el suelo del vestíbulo inferior—. *Dejadme morir, por favor, dejadme morir*.

¡Craig, tienes que levantarte ahora! ¡Ya!

Era la voz de su padre, la única que nunca había podido rechazar ni desoír. Pero ahora la rechazaría. Ahora la desoiría.

—Vete —graznó—. Te odio. Vete.

El dolor chillaba en su cabeza como un aullido dorado de trompetas. Nubes de

abejas, furiosas y agresivas, se apartaron de las campanas que sonaban.

¡Ah, dejadme morir! —pensó—. *Dejadme morir. Esto es el infierno. Estoy en un infierno de abejas y trompas.*

Levántate, Craiggy-weggy. Hoy es tu cumpleaños y, ¿sabes qué? En cuanto te levantes, alguien te regalará una cerveza y te dará un golpe en la cabeza porque este golpe es para ti.

—No —dijo—. Basta de golpes. —Y su mano arañó la alfombra. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos, pero una pasta pegajosa de sangre que se secaba los había sellado—. Estás muerta. Los dos estáis muertos. No podéis golpearme ni obligarme a hacer cosas. Los dos estáis muertos, y yo también quiero morir.

Pero no estaba muerto. En algún lugar, más allá de aquellas voces fantasmales, oía el gemido de los motores del jet, y aquel otro ruido. El ruido del avance de los langolieros. De su carrera.

Comprendió que no era la voz de su padre ni la de su madre. Eso solo había sido producto de su cabeza, que intentaba engañarse. Ésta era una voz que procedía de…, de…

(¿*arriba*?)

algún otro lugar, un lugar alto y brillante donde el dolor era un mito, y la presión un sueño.

Craig, ha venido a verte toda la gente a la que querías ver. Dejaron Boston y vinieron aquí. Eres así de importante para ellos. Todavía puedes hacerlo, Craig. Todavía puedes sacar el percutor. Todavía queda tiempo para entregar los papeles y quedar fuera del ejército de tu padre, es decir, si eres lo bastante hombre para hacerlo.

Si eres lo bastante hombre para hacerlo.

—¿Lo bastante hombre? —graznó—. ¿Lo bastante hombre? Seas quien seas, debes de estar burlándote de mí.

Intentó de nuevo abrir los ojos. La sangre pegajosa que los mantenía cerrados cedió un poco, pero no lo suficiente. Se las arregló para acercar una mano a la cara. La mano rozó los restos de su nariz y emitió un bajo y fatigado grito de dolor. Dentro de su cabeza, las trompetas chillaban y las abejas zumbaban. Esperó a que cediera lo peor del dolor y se abrió los ojos con dos dedos.

La aureola de luz seguía allí. En la penumbra, constituía una forma vagamente evocadora.

Lentamente, Craig levantó la cabeza.

Y entonces la vio.

Era ella, de pie dentro de la aureola de luz.

Era la niña, pero ya no llevaba las gafas oscuras y lo miraba con ojos amables.

Vamos, Craig. Sé que es duro, pero tienes que levantarte, tienes que hacerlo. Porque están todos aquí, esperando, pero no esperarán para siempre. Los langolieros se ocuparán de eso.

Vio que la niña estaba ahora de pie en el suelo. Sus zapatos parecían flotar tres o cuatro centímetros por encima de la superficie y ella estaba totalmente rodeada por la luz brillante, envuelta en una radiación espectral.

Vamos, Craig. Levántate.

Craig empezó a luchar por ponerse en pie. Era muy duro. Había perdido casi por completo el sentido del equilibrio y le resultaba difícil mantener la cabeza erguida. ¡Naturalmente, como que estaba llena de abejas furiosas! Cayó dos veces hacia atrás, pero volvió a incorporarse y a intentarlo, fascinado y obligado por la niña resplandeciente, con sus dulces ojos y su promesa de liberación final.

Todos esperan, Craig. Te esperan.

Están esperándote.

7

Dinah yacía en la camilla, mirando con sus ojos ciegos cómo Craig Toomy se apoyaba en una rodilla, caía de lado e intentaba levantarse de nuevo. Su corazón estaba invadido por una piedad terrible hacia aquel hombre herido y quebrado, aquel pez asesino que solo deseaba estallar. En su cara sanguinolenta, destrozada, vio una terrible mezcla de emociones: terror, esperanza y una especie de despiadada decisión.

Lo siento, señor Toomy —pensó—. *Pese a lo que hizo, lo siento. Pero lo necesitamos*.

Después volvió a llamarlo; lo llamó con su conciencia moribunda: *¡Levántate, Craig! ¡Deprisa! ¡Pronto será demasiado tarde!*

Y sintió que lo era.

8

Cuando la manga más larga estuvo bajo el vientre del 767 y sujeta a la portilla del

combustible, Brian regresó a la cabina, activó los auxiliares y se puso a trabajar, absorbiendo hasta la última gota de combustible del 727-400.

Mientras miraba cómo la pantalla lectora del tanque derecho ascendía lentamente hacia los once mil litros, esperó tenso a que el auxiliar empezara a traquetear y arrastrarse, intentando engullir un combustible que no ardería.

El tanque de la derecha había llegado a los tres mil quinientos litros cuando se produjo un cambio en la nota emitida por los motores jet de la parte trasera del avión. La nota se hizo dificultosa, áspera.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó Nick. Estaba otra vez en el asiento del copiloto. Tenía el cabello revuelto, y una gran mancha de grasa adornaba su camisa, antes tan limpia.

—Los motores auxiliares están probando el combustible del 727 y no les gusta —dijo Brian—. Espero que Albert tenga razón, Nick, pero no estoy muy seguro.

Un instante antes de que la lectora señalara los cuatro mil litros en el tanque derecho, el primer auxiliar se apagó. En el tablero de Brian apareció una luz roja de MOTOR CERRADO. Bajó el interruptor.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó Nick, levantándose para mirar por encima del hombro de Brian.

—Utilizar los otros tres para mantener las bombas en funcionamiento y esperar lo mejor —dijo Brian.

El segundo motor auxiliar se apagó treinta segundos más tarde y mientras Brian estiraba la mano para bajar el interruptor, se apagó el tercero. Con él desaparecieron las luces de la cabina; ahora solo quedaban las luces parpadeantes del tablero y el ruido irregular de las bombas hidráulicas. El último auxiliar funcionaba asmáticamente, subiendo y bajando, y sacudiendo el avión.

—Voy a cerrar del todo —dijo Brian. Su voz le sonaba áspera y tensa hasta a él mismo; la voz de un hombre que estaba ante una situación que no controlaba y que le producía fatiga—. Tendremos que esperar a que el combustible del Delta se ponga a la altura de la corriente temporal de nuestro avión, o marco temporal, o como se llame. De esta manera no podemos seguir. Si se produce un flujo potente de electricidad antes de que se corte el último auxiliar, nos vaciará el ordenador. Tal vez hasta lo fría.

Pero cuando Brian se inclinaba en busca del interruptor, la nota convulsa del motor empezó a cambiar y a emparejarse. Se volvió y miró incrédulo a Nick. Éste le devolvió la mirada mientras una lenta sonrisa le iluminaba el rostro.

—Tal vez hayamos tenido suerte, compañero.

Brian levantó las manos, cruzó los dedos y los agitó en el aire.

—Eso espero —dijo, y volvió a mirar los tableros. Levantó los interruptores marcados como Auxiliares 1, 3 y 4. Empezaron a funcionar suavemente. Las luces de la cabina regresaron. Las campanillas sonaron. Nick vitoreó y le dio una palmada en la espalda.

Detrás de ellos apareció Bethany.

—¿Qué pasa? ¿Todo está bien?

—Creo —dijo Brian sin volverse— que tal vez tengamos una oportunidad.

9

Finalmente, Craig se las arregló para ponerse en pie. Ahora, la niña resplandeciente estaba encima de la cinta transportadora de equipajes. Lo miraba con una dulzura sobrenatural y algo más, algo que Craig había anhelado toda su vida. ¿Qué era?

Buscó lo que era y finalmente lo encontró.

Era compasión.

Compasión y comprensión.

Miró a su alrededor y vio que la oscuridad se desvanecía. Eso quería decir que había estado inconsciente toda la noche, ¿no? No lo sabía. Y no importaba. Lo único que importaba era que la niña resplandeciente los había llevado a todos: los inversores, los especialistas en bonos, los agentes y los vendedores de acciones. Estaban allí y querían una explicación de lo que había estado haciendo el joven señor Craiggy-weggy Toomy-Woomy, y allí estaba la verdad: especulaciones tramposas. A eso se había dedicado…, a metros y metros de especulaciones tramposas…, kilómetros de especulaciones tramposas. Y cuando les dijera eso…

—Tendrán que dejarme ir, ¿no es cierto?

Sí —dijo ella—. *Pero tienes que apresurarte, Craig. Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.*

Craig empezó a avanzar despacio. Los pies de la niña no se movían, pero, a medida que él se acercaba, ella retrocedía como un espejismo en dirección a las tiras de goma que colgaban entre la zona de recuperación de maletas y el embarcadero de carga, en el exterior.

Y, ¡oh, gloria!, estaba sonriendo.

10

Ahora estaban todos en el avión, salvo Bob y Albert, que se habían quedado sentados en la escalerilla, escuchando avanzar el ruido en una ola lenta y fragmentada.

Laurel Stevenson permanecía de pie en la puerta delantera, mirando hacia la terminal y preguntándose todavía qué harían con el señor Toomy cuando Bethany dio un tirón a su blusa.

—Dinah habla en sueños o algo así. Creo que está delirando. ¿Puedes venir?

Laurel fue. Rudy Warwick estaba sentado frente a Dinah, cogiéndole una mano entre las suyas y mirándola ansiosamente.

—No lo sé —dijo deprisa—. No lo sé, pero creo que se está yendo.

Laurel tocó la frente de la niña. Estaba seca y muy caliente. La hemorragia había disminuido o se había detenido por completo, pero la respiración de la niña se había convertido en una serie de penosos silbidos. Tenía sangre pegada en torno a la boca como si fuera salsa de fresas.

—Creo… —empezó a decir Laurel.

Y en ese momento Dinah dijo con total claridad:

—Tienes que apresurarte antes de que piensen que no quieres ir y se vayan.

Laurel y Bethany intercambiaron miradas desconcertadas y asustadas.

—Creo que sueña con ese tipo, Toomy —dijo Rudy a Laurel—. Antes lo nombró.

—Sí —dijo Dinah. Tenía los ojos cerrados, pero movía ligeramente la cabeza como si estuviera escuchando a alguien—. Sí, lo seré —dijo—. Si lo deseas, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.

—Está delirando, ¿no es cierto? —susurró Bethany.

—No —respondió Laurel—. No lo creo. Debe de estar soñando.

Pero no era eso lo que pensaba. Lo que pensaba realmente era que Dinah podía estar

(*viendo*)

haciendo otra cosa. No estaba segura de querer saber qué era esa otra cosa, aunque en algún lugar de su mente giraba y danzaba una idea. Sabía que podía formularla si lo deseaba, pero no lo deseaba. Porque allí estaba sucediendo algo horrible, muy horrible, y no podía dejar de pensar que tenía algo que ver con

(*no lo mate, lo necesitamos*)

el señor Toomy.

—Déjenla sola —dijo con voz seca y brusca—. Déjenla sola para que pueda

(*hacer lo que tenga que hacerle*)

dormir.

—¡Dios! Espero que despeguemos pronto —dijo Bethany angustiada, y Rudy le pasó un brazo consolador por los hombros.

11

Craig llegó a la cinta transportadora y cayó sobre ella. Una blanca sábana de agonía pasó por su cabeza, su cuello, su pecho. Trató de recordar qué le había sucedido y no pudo. Había bajado corriendo por la escalera, se había escondido en un cuarto pequeño, se había quedado en la oscuridad, rasgando tiras de papel, y allí se detenía el recuerdo.

Levantó la cabeza con el pelo cubriéndole los ojos y miró a la niña resplandeciente, que ahora estaba sentada con las piernas cruzadas frente a las tiras de goma, un par de centímetros por encima de la superficie de la cinta transportadora. Era la cosa más hermosa que había visto en su vida. ¿Cómo pudo creer alguna vez que era uno de ellos?

—¿Eres un ángel? —graznó.

Sí, contestó la niña resplandeciente, y Craig sintió que el júbilo taponaba el dolor. Su visión se hizo borrosa, y las lágrimas, las primeras que habían derramado desde que era adulto, empezaron a correr por sus mejillas. De pronto se descubrió recordando la voz dulce, ronroneante y embriagada de su madre cuando cantaba aquella vieja canción.

—¿Eres un ángel de la mañana? ¿Querrás ser mi ángel de la mañana?

Sí, lo seré. Si quieres, lo seré. Pero apresúrate. Sé que duele, pero tienes que apresurarte.

—Sí —sollozó Craig, y empezó a arrastrarse ansiosamente por la cinta transportadora, hacia ella. A cada movimiento lo atravesaba un dolor nuevo en oleadas irregulares. De su nariz destrozada y de su boca brotaba sangre. Sin embargo, se apresuraba tanto como podía. Delante de él, la niña retrocedía y desaparecía por las tiras de goma, y por alguna razón ni siquiera las movía al pasar.

—Solo toca mi mejilla antes de irte, nena —dijo Craig. Vomitó un coágulo esponjoso de sangre, lo escupió contra la pared, donde quedó colgado como una enorme araña muerta, y trató de arrastrarse más deprisa.

12

Un ruido crujiente, desgarrador, invadió la extraña mañana al este del aeropuerto. Bob y Albert habían permanecido sentados en la escalerilla, pero se pusieron en pie,

pálidos y haciéndose miles de preguntas temerosas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Albert.

—Creo que ha sido un árbol —contestó Bob, y se humedeció los labios.

—¡Pero si no hay viento!

—No —aceptó Bob—. No hay viento.

Ahora, el ruido se había convertido en una barricada móvil de sonido ensordecedor. Fragmentos del sonido parecían avanzar…, y retroceder un instante antes de que fuera posible identificarlos. Al cabo de un momento, Albert estaba dispuesto a jurar que oía algo así como ladridos, y después, los ladridos, o aullidos, o lo que fueran, fueron engullidos por un breve sonido ronroneante, como de electricidad. Las únicas constantes que oía eran el ruido de dientes y el penetrante silbido.

—¿Qué sucede? —preguntó Bethany a sus espaldas.

—Nad… —empezó Albert, pero en ese momento Bob apretó su hombro y señaló.

—¡Mira! —gritó— ¡Mira allí!

A lo lejos, hacia el este, sobre el horizonte, se erguía una serie de torres eléctricas que se extendían de norte a sur a lo largo de un alto promontorio de madera. Mientras Albert miraba, una de las torres se inclinó como un juguete y se derrumbó, arrastrando con ella un montón de cables de alta tensión. Un instante después, cayó otra torre, y otra, y otra.

—Y eso no es todo —dijo Albert, aturdido—. Mire los árboles. Aquellos árboles se agitan como arbustos.

Pero no solo se agitaban. Mientras los miraban, los árboles empezaron a caer, a desaparecer.

Crunch, tac, crunch, golpe, ladrido.

Crunch, tac, ladrido, golpe, crunch.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Bob. Apretaba a Albert con ambas manos. Sus ojos estaban desorbitados, llenos de una especie de terror idiota. La expresión contrastaba de un modo repulsivo con su rostro alargado e inteligente—. Creo que tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Sobre el horizonte, a unos quince kilómetros de distancia, el alto caballete de una torre de radio se balanceó, giró y se desplomó, desapareciendo entre los temblorosos árboles. Ahora notaban que la tierra vibraba; la vibración ascendía por la escalerilla y sacudía sus pies dentro de los zapatos.

—¡Háganlo parar! —gritó súbitamente Bethany desde la puerta. Se llevó las manos a los oídos—. ¡Por favor, por favor, hagan que pare!

Pero la onda sonora avanzaba hacia ellos… el ruido de dientes, lamidas, alimentación de los langolieros.

13

—No quiero fastidiar, Brian, pero ¿cuánto falta? —La voz de Nick era tensa—. A unos seis kilómetros de aquí hay un río…, lo vi cuando descendíamos…, y creo que lo que se acerca está ahora en la otra margen.

Brian observó los indicadores de combustible. Once mil litros en el ala derecha; siete mil en la izquierda. Ahora que no tenía que bombear el combustible del Delta hacia el otro lado, la cosa iba más rápida.

—Quince minutos. —Sentía que gruesas gotas de sudor cubrían su frente—. Necesitamos más combustible, Nick, porque si no, caeremos en el desierto de Mohave. Otros diez minutos para desengancharnos, dar las órdenes y salir.

—¿No puede ser menos? ¿Está seguro de que no puede ser menos?

Brian negó con la cabeza y volvió a observar los aparatos.

14

Craig pasó arrastrándose por las bandas de goma, sintiendo que se deslizaban por su espalda como dedos muertos. Emergió a la blanca y muerta luz de un nuevo día, muy abreviado. El sonido era terrible, abrumador: el ruido de un ejército invasor caníbal. Hasta el cielo parecía temblar con él, y durante un segundo el miedo lo dejó petrificado.

Mira, pronunció su ángel de la mañana, y señaló hacia las pistas.

Craig miró y olvidó su miedo. Más allá del 767 de la American Pride, en un triángulo de hierbas muertas flanqueado por dos pistas y una carretera de rodaje, había una larga mesa de caoba. Brillaba intensamente bajo la fatigada luz. En cada sitio había un bloc amarillo, una jarra de agua helada y un vaso Waterford. Sentados en torno a la mesa había dos docenas de hombres, vestidos con sobrios trajes de banqueros, que ahora se volvían a mirarlo.

De pronto, empezaron a aplaudir. Se pusieron en pie y lo miraron, aplaudiendo su llegada. Craig sintió que una amplia sonrisa de agradecimiento empezaba a estirarle la cara.

15

Dinah se había quedado sola en primera clase. Su respiración era dificultosa, y su voz apenas un susurro estrangulado.

—¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rápido, rápido!

16

Craig bajó a trompicones de la cinta, cayó en el suelo con un golpe violento y se incorporó. El dolor ya no importaba. ¡El ángel los había llevado! ¡Claro que los había llevado! Los ángeles eran como los fantasmas de aquel cuento del señor Scrooge. ¡Podían hacer todo cuanto quisieran! La corona que rodeaba su cabeza comenzaba a desaparecer, pero no importaba. Ella había traído su salvación: una red en la cual estaba por fin, misericordiosamente, atrapado.

¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Rodea el avión! ¡Aléjate del avión! ¡Corre hacia ellos ahora!

Craig empezó a correr dando torpes zancadas que pronto se convirtieron en una trabajosa carrera. Mientras corría, su cabeza iba arriba y abajo como un girasol sobre un tallo quebrado. Corrió hacia unos hombres sin humor y sin piedad, unos hombres que eran su salvación, unos hombres que habrían podido ser pescadores de pie en un barca, más allá de un cielo plateado, recogiendo su red para ver qué animal fabuloso habían cogido.

17

Al llegar a los nueve mil quinientos litros, la pantalla lectora del tanque izquierdo empezó a detenerse, y cuando llegó a diez mil se quedó prácticamente inmóvil. Brian entendió lo que pasaba y accionó a toda prisa dos interruptores, cerrando las bombas

hidráulicas. El 727-400 les había dado todo lo que tenía: algo más de veinte mil ochocientos litros de combustible. Tendría que ser suficiente.

—Vale —dijo poniéndose en pie.

—Vale, ¿qué? —preguntó Nick, imitándolo.

—Vamos a desengancharnos y a salir a toda pastilla.

El ruido que se aproximaba había alcanzado intensidades ensordecedoras. Mezclado con el sonido de dientes y el chillido de transmisión, se oía el ruido de árboles que caían y el estallido sordo de edificios que se desplomaban. Antes de cerrar las bombas había percibido una serie de golpes seguida de una especie de chapoteo. Imaginó que se trataba de algún puente en el río que había visto Nick.

—¡Señor Toomy! —chilló repentinamente Bethany—. ¡Es el señor Toomy!

Nick se adelantó a Brian y pasó primero por la puerta, en dirección al compartimiento de primera, pero de todos modos los dos llegaron a tiempo de ver a Craig tropezando y corriendo por la pista. Ignoró totalmente el avión. Su destino parecía ser un vacío triángulo de hierbas limitado por un par de pistas que se entrecruzaban.

—¿Qué está haciendo? —jadeó Rudy.

—No se preocupen por él —dijo Brian—. Ya no queda tiempo. ¿Nick? Baje la escalerilla de delante. Sosténgame mientras saco la manguera. —Brian se sentía como un hombre desnudo en una playa mientras una enorme ola se hincha en el horizonte y corre hacia la orilla.

Nick lo siguió y volvió a cogerlo del cinturón mientras él se estiraba y sacaba la manguera. Un instante después, lo consiguió y la dejó caer al suelo, donde el extremo metálico tintineó sordamente. Brian cerró el portillo del combustible.

—Vamos —dijo, cuando Nick lo atrajo hacia la escalerilla. Su cara tenía un color gris sucio—. Vámonos de aquí.

Pero Nick no se movió. Estaba petrificado mirando hacia el este. Su piel había adquirido el color del papel. En su cara había una expresión de horror de pesadilla. Le temblaba el labio superior, y en ese momento parecía un perro demasiado asustado para ladrar.

Brian volvió lentamente la cabeza en esa dirección, y oyó que los tendones de su cuello crujían como un resorte oxidado en una vieja puerta. Volvió la cabeza y vio por fin a los langolieros, que entraban en escena por la izquierda.

18

—Así que ya ven —dijo Craig, aproximándose a la silla vacía que estaba en la cabecera de la mesa y plantando cara a los hombres que la rodeaban—, los agentes con los que hice negocios no solo carecían de escrúpulos; muchos de ellos eran gente de la CIA, cuyo trabajo consistía en contactar y engañar a banqueros como yo, hombres que querían llenar rápidamente sus carteras. En lo que a ellos se refiere, el objetivo, es decir, evitar que el comunismo se infiltre en Sudamérica, justifica cualquier medio.

—¿Y qué procedimientos empleó para frustrar a estos tipos? —preguntó un hombre gordo con un caro traje azul—. ¿Utilizó una compañía aseguradora de bonos, o su banco tiene para esos casos una empresa de investigación específica?

La cara redonda y jovial de Traje Azul estaba perfectamente afeitada; sus mejillas resplandecían a causa de la buena salud o, tal vez, de cuarenta años de whisky con soda; sus ojos eran despiadadas astillas de hielo azul. Eran ojos maravillosos: ojos de padre.

En alguna parte, muy lejos de aquella sala de reuniones en el penúltimo piso del Prudential Center, Craig escuchaba un ruido ensordecedor.

Supuso que estaban arreglando la calle. En Boston siempre estaban arreglando las calles, y suponía que la mayor parte de las veces era innecesario, que se trataba de la misma vieja historia: los hombres carentes de escrúpulos que se aprovechaban alegremente de los incautos. No tenía nada que ver con él. Nada en absoluto. Su trabajo consistía en argumentar con el hombre de traje azul, y estaba impaciente por empezar.

—Estamos esperando, Craig —dijo el presidente de su institución bancaria.

Craig sintió una sorpresa momentánea (no estaba previsto que el señor Parker asistiera a esa reunión), pero después aquella sensación quedó anulada por la felicidad.

—¡Ningún procedimiento! —gritó alegremente ante sus rostros estupefactos—. ¡Me limité a comprar y comprar y comprar! ¡No utilicé *ningún procedimiento en absoluto*!

Estaba a punto de continuar, de abundar en el asunto, de exponerlo realmente, cuando un ruido lo detuvo. Ese ruido no estaba a kilómetros de distancia, sino cerca, muy cerca, tal vez en la propia sala de reuniones.

Un estremecedor ruido de picadora, como de dientes secos y hambrientos masticando.

Súbitamente, Craig sintió una profunda necesidad de rasgar papel, cualquier papel. Estiró la mano en busca del bloc que estaba frente a su asiento, pero el bloc había desaparecido. Y también la mesa. Y los banqueros. Y Boston.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil y perpleja, mirando a su alrededor. Y de pronto comprendió…, y los vio.

Habían llegado los langolieros.

Habían venido a buscarlo.

Craig Toomy empezó a gritar.

19

Brian los veía, pero no comprendía qué era lo que estaba viendo. De una manera extraña, parecían desafiar toda visión, y él sentía que su cerebro frenético, fatigado, trataba de procesar la información, convertir en algo comprensible las formas que habían empezado a aparecer por el extremo oriental de la pista 21.

Al comienzo eran solo dos formas, una negra y otra roja como un tomate.

¿*Son pelotas*? —pensó desorientado—. ¿*Podrían ser pelotas*?

Algo pareció acomodarse en el centro de su cerebro, y vio que efectivamente eran pelotas, una especie de pelotas de playa, pero que se expandían y contraían y volvían a expandirse, como si estuviera viéndolas a través de la bruma temblorosa del calor. Avanzaron rodando, saliendo de entre las hierbas muertas del final de la pista, dejando tras ellas senderos de negrura. De alguna manera, estaban cortando el césped.

«No —dijo su cerebro, reacio—. No están solo cortando el césped, y tú lo sabes. Están cortando mucho más que eso».

Lo que dejaban atrás eran bandas estrechas de absoluto vacío. Y ahora, mientras corrían juguetonamente por el cemento blanco del extremo de la pista, seguían dejando atrás marcas negras que brillaban como asfalto.

No —repitió su cerebro—. *No es asfalto. Tú sabes lo que es ese vacío. Es nada. Absolutamente nada. Están comiendo mucho más que la superficie de la pista de rodaje*.

En sus evoluciones había algo de alegría maligna. Se entrecruzaron, trazando una temblorosa «X» negra en la pista exterior. Botaron, dieron un salto cruzado y exuberante, y después corrieron en línea recta hacia el avión.

En ese momento, Brian y Nick gritaron a la vez. Debajo de las superficies de las veloces pelotas asomaban caras, caras monstruosas, extrañas, que temblaban, se retorcían y ondulaban como si estuvieran hechas de resplandeciente gas pantanoso. Los ojos eran solo muescas rudimentarias, pero las bocas eran inmensas: cuevas semicirculares bordeadas de dientes mordedores, desdibujados.

A medida que avanzaban, comían, levantando estrechas tiras de mundo.

En la pista exterior había un camión de combustible de Texaco. Los langolieros se abalanzaron sobre él, mordiendo y triturando a toda velocidad con sus dientes, que sobresalían de sus cuerpos difuminados. Lo destrozaron con saña. Uno de ellos abrió

una senda a través de los neumáticos traseros y, durante un momento, antes de que los neumáticos se deshincharan, Brian vio la forma que dejaba, una forma semejante a la que deja un ratón en un dibujo animado.

El otro dio un potente salto, desapareció un instante detrás del tanque de Texaco y después lo atravesó, dejando un agujero por el cual empezó a salir un chorro de apagado color ámbar. Cayeron al suelo, volvieron a saltar como si tuvieran resortes, se cruzaron y corrieron hacia el avión. Debajo de ellos, la realidad se desintegraba en estrechas tiras, fuera lo que fuese lo que tocaban, y a medida que se aproximaban, Brian comprendió que estaban consumiendo algo más que el mundo: estaban abriendo las profundidades de la eternidad.

Llegaron al borde del asfalto y se detuvieron. Durante un momento, se agitaron vacilantes, como las bolas saltadoras que aparecían encima de las palabras en los viejos teatros de variedades.

Después, giraron y se precipitaron en otra dirección.

Se precipitaron hacia Craig Toomy, que estaba mirándolos y gritando en el aire blanco.

Con un esfuerzo inmenso, Brian superó la parálisis que lo dominaba y le dio un codazo a Nick, que seguía inmóvil.

—¡Vamos!

Nick no se movió y Brian le dio otro codazo, golpeando con fuerza su frente.

—¡He dicho que vamos! ¡Mueva el culo! ¡Nos vamos de aquí!

Aparecieron más bolas negras y rojas. Saltaban, bailaban, giraban… y corrían hacia ellos.

20

No puedes huir de ellos —decía su padre—, *porque poseen unas veloces piernecillas*.

No obstante, Craig lo intentó.

Se volvió y corrió en dirección a la terminal, lanzando miradas horrorizadas y grotescas por encima del hombro. Sus zapatos se arrastraban sobre el pavimento. Ignoró el 767 de la American Pride, que ahora aumentaba las revoluciones de sus turbinas, y corrió hacia la zona de equipajes.

No, Craig —dijo su padre—. *Tal vez creas que estás corriendo, pero no es así. Ya sabes lo que estás haciendo: estás CORRETEANDO*.

Detrás de él, las dos bolas se apresuraron, acortando la distancia a un ritmo

cómodo y jubiloso. Se cruzaron dos veces, igual que una pareja de alegres exhibicionistas en un mundo muerto, dejando tras ellas erizadas líneas de vacío. Rodaron hacia Craig separadas por una distancia de pocos centímetros, trazando lo que parecían huellas de esquí en negativo tras sus cuerpos burbujeantes y extraños.

Lo alcanzaron a seis metros de la cinta transportadora de equipajes y se comieron sus pies en una milésima de segundo. Un momento antes, los rápidos pies que huían estaban allí; ahora, Craig había disminuido cinco centímetros. Sus pies, junto con sus caros mocasines Bally, simplemente habían dejado de existir. No había sangre; las heridas eran cauterizadas instantáneamente por el paso ígneo de los langolieros.

Craig no sabía que ya no tenía pies. Correteaba sobre los muñones de sus tobillos, y cuando la primera sensación de dolor empezó a ascender por sus piernas, los langolieros dieron una vuelta cerrada y regresaron, rodando alegremente uno junto a otro por el pavimento.

Esta vez sus caminos se cruzaron dos veces, dibujando una media luna de cemento orlada de negro, como las que aparecen en los libros de colorear de los niños. Solo que esta media luna empezó a hundirse, no en la tierra —porque debajo de la superficie, al parecer, no había tierra— sino en la nada.

En esta ocasión, los langolieros saltaron al unísono y mordieron a Craig en las rodillas. Al intentar seguir corriendo, cayó y se desplomó agitando los muñones. Sus días de correteo habían terminado.

—¡No! —aulló—. ¡No, papá! ¡No! ¡Seré bueno! ¡Por favor, haz que se vayan! Seré bueno, juro que a partir de ahora seré bueno si haces que se vay…

Y entonces volvieron a arrojarse sobre él, farfullando, parloteando, zumbando y gimiendo, y Craig vio la difusa maquinaria helada de sus dientes trituradores, y sintió los cálidos gemidos de su vitalidad ciega y furiosa, en la fracción de segundo anterior al momento en que empezaron a descuartizarlo a desordenados mordiscos.

Su último pensamiento fue: *¿Cómo pueden ser veloces sus piernecillas? No tienen pier…*

21

Habían aparecido grupos de esas cosas negras, y Laurel comprendió que pronto habría cientos, miles, millones, billones. Incluso con el rugido de los motores que se oía a través de la puerta delantera mientras Brian apartaba el 767 de la escalerilla y el ala del Delta, oía aquel chillido barboteante, inhumano…

Enormes rizos de negrura se entrecruzaban al final de la pista 21. Después, las sendas fueron estrechándose en dirección a la terminal, convergiendo a medida que las bolas se precipitaban hacia Craig Toomy.

Supongo que no comen carne viva muy a menudo, pensó, y súbitamente le entraron ganas de vomitar.

Tras una última mirada incrédula, Nick Hopewell cerró bruscamente la puerta delantera y empezó a retroceder por el pasillo, tambaleándose como un borracho. Sus ojos parecían ocupar toda la cara. Por su barbilla corría la sangre, porque se había mordido salvajemente el labio inferior. Abrazó a Laurel y hundió su rostro ardiente entre el cuello y el hombro de la joven. Ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

22

En la cabina, Brian imprimió a los motores toda la potencia que se atrevió y se lanzó con el 767 a gran velocidad por la pista, en una operación suicida. Ahora, el borde oriental del aeropuerto estaba abarrotado de negras bolas invasoras; el extremo de la pista 21 había desaparecido y el mundo que existía más allá se desvanecía. En aquella dirección, el insensible cielo blanco se extendía sobre un universo de líneas negras y árboles caídos.

Al acercarse el avión al final de la pista, Brian cogió el micrófono y gritó:

—¡Abróchense el cinturón! ¡Abróchense el cinturón! ¡Y si no, agárrense fuerte!

Disminuyó un poco la velocidad e introdujo el 767 en la pista 33. Al hacerlo, vio algo que conmovió su cordura: enormes secciones del mundo que había al este de la pista, enormes trozos irregulares de la propia realidad caían como ascensores, dejando tras de sí grandes trozos de vacío.

Se están comiendo el mundo —pensó—. *¡Dios mío! Se están comiendo el mundo*.

Entonces, todo el campo de aterrizaje dio la vuelta frente a él y el avión quedó otra vez orientado hacia el oeste, con la pista 33 abierta, larga y desierta delante.

23

Cuando el 767 giró en la pista, los maleteros situados sobre los asientos se abrieron, lanzando bolsos de mano por todo el compartimiento. Bethany, que no había tenido tiempo de ajustarse el cinturón, cayó en el regazo de Albert Kaussner. Albert no notó ni el cálido cuerpo de chica que tenía sobre las piernas, ni el maletín que cayó pasando a siete centímetros de su nariz. Solo vio las oscuras formas negras que corrían por la pista 21, a la izquierda, y las resplandecientes huellas negras que dejaban detrás. Aquellas huellas convergían hacia un gigantesco pozo de negrura que ocupaban el lugar donde había estado la zona de descarga de equipajes.

Han sido atraídos por el señor Toomy —pensó—, *o por el lugar donde estaba el señor Toomy. Si él no hubiera salido de la terminal, habrían elegido el avión. Se lo habrían comido, con nosotros dentro, empezando por las ruedas y siguiendo con todo lo demás.*

Detrás de él, Bob Jenkins dijo con voz espantada y temblorosa.

—Ahora lo sabemos, ¿no?

—¿Qué? —gritó Laurel con una voz extraña, jadeante, que no reconocía como suya. Una bolsa de muletón le cayó en el regazo. Nick levantó la cabeza, soltó a Laurel y lanzó una mirada ausente al pasillo—. ¿Qué es lo que sabemos?

—Pues lo que le sucede al hoy cuando se convierte en ayer, lo que le ocurre al presente cuando se transforma en pasado. Permanece a la espera, muerto y vacío. Los espera a ellos. Espera a los guardianes del tiempo, de la eternidad, que no cesan de correr tras él limpiando la confusión de la manera más eficaz: comiéndosela.

—El señor Toomy los conocía —dijo Dinah con voz clara y soñadora—. El señor Toomy decía que son los langolieros.

En ese momento, los motores alcanzaron su potencia máxima y el avión atravesó rugiendo la pista 33.

24

Brian vio que dos de las bolas se abalanzaban cruzando la pista delante de él, pelando la superficie de la realidad en dos huellas paralelas que resplandecían como ébano lustrado. Era tarde para detenerse. El 767 se estremecía como un perro resfriado mientras corría por encima de los lugares vacíos, pero logró mantenerlo en la pista.

Bajó los aceleradores, apoyándose sobre ellos, y miró cómo el velocímetro avanzaba hacia el punto de despegue.

Seguía oyendo aquellos ruidos de trituración y deglución, pero no sabía si sonaban en sus oídos o solo en su mente confusa. Y no le importaba.

25

Inclinándose sobre Laurel para mirar por la ventanilla, Nick vio la terminal del aeropuerto internacional de Bangor seccionada, picada, triturada y acanalada. Saltaba dividida en diversas piezas de rompecabezas, y después empezó a desplomarse en solitarias simas de oscuridad.

Bethany Simms gritó. Una huella negra corría junto al 767, mascando el borde de la pista. Súbitamente, giró hacia la derecha y desapareció bajo el avión.

Se oyó otro golpe aterrador.

—¿Nos ha golpeado? —gritó Nick—. ¿Nos ha golpeado?

Nadie contestó. Sus caras pálidas y aterrorizadas miraban por las ventanillas, y nadie dijo una palabra. Los árboles pasaban a toda velocidad entre una bruma verde grisácea. En la cabina, Brian esperaba en tensión, echado hacia delante, a que una de esas bolas saltara frente al parabrisas y lo atravesara. No sucedió.

Las últimas luces rojas del tablero se pusieron en verde. Brian tiró del volante hacia atrás y el 767 despegó.

26

En clase turista, un hombre de barba negra con ojos inyectados en sangre se abrió paso por el corredor, parpadeando como una lechuza.

—¿Ya estamos llegando a Boston? —preguntó en general—. Espero que sí, porque quiero meterme en la cama. Tengo una jaqueca espantosa.

Capítulo 9

Adiós a Bangor.
Atravesando días y noches hacia el oeste.
Verlo a través de los ojos de los demás.
El golfo interminable.
La grieta.
La advertencia.
La decisión de Brian.
El aterrizaje.
Solo estrellas fugaces.

1

El avión se ladeó hacia el este, arrojando al hombre barbudo sobre una hilera de asientos vacíos cerca de un extremo de clase turista.

Abrió desmesuradamente los ojos con expresión asustada al ver los asientos vacíos, y después los cerró.

—¡Jesús! —murmuró—. Es *delirium tremens,* el maldito *delirium tremens*. Es lo peor que me ha pasado —añadió, mirando atemorizado a su alrededor—. Lo siguiente son los gusanos… ¿Dónde están esos cabrones gusanos?

No hay gusanos —pensó Albert—, *pero espera a ver las bolas. Ésas sí que te van a gustar*.

—Abróchese el cinturón, colega —dijo Nick—, y cá…

Se interrumpió, mirando incrédulo el aeropuerto, o más bien el lugar donde había estado el aeropuerto. Los edificios principales habían desaparecido, y también la base de la Guardia Nacional, en el extremo occidental. El avión sobrevolaba un creciente abismo de tinieblas, una cisterna eterna que parecía no tener fin.

—¡Dios mío, Nick! —exclamó Laurel, y de pronto se tapó los ojos con las manos.

Mientras sobrevolaban la pista 33 a quinientos metros de altura, Nick vio entre sesenta y cien líneas paralelas que iban abriéndose paso rápidamente por el pavimento, cortando la pista en largas tiras que se hundían en el vacío. Las tiras le recordaron a Craig Toomy.

Rasss.

Al otro lado del pasillo, Bethany bajó la cortinilla que estaba junto al asiento de Albert.

—¡No te atrevas a abrir eso! —le dijo en tono amenazador.

—No hay peligro —replicó Albert, quien de pronto recordó que había dejado su violín allá abajo. Bueno, sin duda había desaparecido.

De repente, él también se cubrió la cara con las manos.

2

Antes de dar la vuelta de nuevo hacia el oeste, Brian vio lo que había al este de Bangor. Nada. Nada en absoluto. Un titánico río de oscuridad que se extendía en el horizonte bajo la blanca cúpula del sol. Los árboles habían desaparecido, la ciudad se

había evaporado, la propia tierra había dejado de existir.

Así debe de ser volar por el espacio exterior, pensó, y sintió que su racionalidad cedía un punto, como le había sucedido durante el viaje al este.

Se aferró desesperadamente a sí mismo y se obligó a concentrarse en el vuelo. Subió muy deprisa, deseando estar ya en las nubes y que desapareciera aquella visión infernal. El vuelo 29 se dirigía otra vez hacia el oeste. En los instantes anteriores a entrar en las nubes vio las colinas, bosques y lagos que se extendían hacia el oeste de la ciudad, los vio violentamente mermados por miles de telarañas negras. Vio enormes trozos de realidad deslizándose sin ruido hacia la creciente boca del abismo, e hizo algo que jamás había hecho en la cabina del avión.

Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban ya en el interior de las nubes, oculta la infernal visión.

3

Esta vez casi no se produjeron turbulencias. Tal como había sugerido Bob Jenkins, los esquemas meteorológicos parecían ir agotándose como un viejo reloj. Diez minutos después de entrar en las nubes, el vuelo 29 emergió en el mundo azul que empezaba a los cinco mil metros de altura. Los pasajeros se miraron nerviosos, y después miraron los altavoces, por donde salió la voz de Brian.

—Estamos arriba —dijo sencillamente—. Ahora, todos sabéis lo que pasa: regresamos exactamente por donde vinimos. Esperemos que la puerta por donde entramos siga allí. Si es así, pasaremos. —Hizo una pausa y después prosiguió—: Nuestro vuelo de regreso durará entre cuatro horas y media y seis. Desearía ser más exacto, pero no puedo. En circunstancias normales, un vuelo hacia el oeste suele tardar más que hacia el este, a causa de los vientos, pero por lo que puedo ver en mis instrumentos, no hay viento. —Hizo otra pausa y añadió—: Aquí arriba no se mueve nada, salvo nosotros.

Durante un lapso, el intercomunicador siguió abierto, como si Brian tuviera intención de agregar algo, pero después se cerró.

4

—¡En nombre de Dios! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre de la barba negra, estremeciéndose.

Albert lo miró un instante y dijo:

—No creo que quiera saberlo.

—¿Estoy otra vez en el hospital? —preguntó, parpadeando asustado.

Albert sintió una repentina simpatía hacia él.

—Si eso le ayuda, ¿por qué no lo cree así?

El hombre siguió mirándolo un momento, con fascinado espanto, y después anunció:

—Me vuelvo a dormir. Ahora mismo. —Y, reclinando su asiento, cerró los ojos. Menos de un minuto después, su pecho subía y bajaba con regularidad, y el hombre roncaba por lo bajo.

Albert lo envidió.

5

Nick dio un corto abrazo a Laurel, se desabrochó el cinturón y se levantó.

—Voy adelante —dijo—. ¿Quieres venir?

Laurel meneó la cabeza y señaló a Dinah, del otro lado del pasillo.

—Me quedaré con ella.

—No puedes hacer nada, ¿sabes? —dijo Nick—. Me temo que ahora está en manos de Dios.

—Ya lo sé —respondió ella—, pero quiero quedarme.

—Muy bien, Laurel —dijo, acariciando ligeramente su pelo con la palma de la mano—. Es un nombre tan bonito. Te lo mereces.

Ella lo miró y sonrió.

—Gracias.

—Tenemos una cita para cenar. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No —contestó ella, sin dejar de sonreír—, ni lo olvidaré.

Él se inclinó y le dio un suave beso en la boca.

—¡Estupendo! —exclamó—. Yo tampoco.

Nick se fue hacia delante y Laurel apretó ligeramente los dedos contra los labios,

como para mantener el beso allí, en su lugar. Cenar con Nick Hopewell, un extraño oscuro y misterioso. Tal vez con velas y una buena botella de vino. Y después, más besos, besos de verdad. Parecía lo que a veces sucede en esos romances de la colección Arlequín que leía de vez en cuando. ¿Y qué? Eran historias agradables, llenas de sueños dulces e inofensivos. Soñar un poco no hacía daño, ¿verdad?

Por supuesto que no. Pero ¿por qué sentía que era tan improbable que ese sueño se hiciera realidad?

Ella también se desabrochó el cinturón, cruzó el pasillo y puso la mano sobre la frente de la niña. El calor febril que sintiera antes había desaparecido. Ahora la piel de Dinah estaba fría como la cera.

Creo que se va, había dicho Rudy poco antes de que iniciaran su frenética retirada. Laurel recordó esas palabras, que resonaron con angustiosa veracidad. Dinah respiraba dando ligeras bocanadas, y su pecho apenas se movía bajo la tira que apretaba el mantel contra su herida.

Con infinita ternura, Laurel le apartó el pelo de la frente y pensó en aquel extraño momento en el restaurante, cuando Dinah agarró la pernera del tejano de Nick. *No lo mate…, lo necesitamos*.

¿Nos salvaste, Dinah? ¿Le hiciste al señor Toomy algo que nos salvó? ¿Te las arreglaste para que entregara su vida a cambio de la nuestra?

Pensó que quizá había sucedido algo así, y que, en tal caso, aquella niña ciega y mal herida había tomado una terrible decisión en medio de su oscuridad.

Se echó hacia delante y besó los cerrados párpados de Dinah.

—Aguanta —susurró—. Por favor, Dinah, aguanta.

6

Bethany se volvió hacia Albert, le cogió las manos entre las suyas, y preguntó:

—¿Qué pasa si el combustible no funciona?

Albert la miró con seriedad y dulzura.

—Ya conoces la respuesta, Bethany.

—Puedes llamarme Beth si quieres.

—Vale.

La chica sacó sus cigarrillos, miró el cartel encendido de NO FUMAR y volvió a guardarlos.

—Sí, lo sé —dijo—. Nos caemos. Fin de la historia. ¿Y sabes qué?

Él meneó la cabeza, sonriendo un poco.

—Si no podemos volver a encontrar ese agujero, espero que el capitán Engle ni siquiera intente aterrizar. Espero que elija una bonita y alta montaña y choque contra la cima. ¿Viste lo que le pasó a aquel tipo loco? No quiero que me pase eso a mí.

Se estremeció, y Albert la rodeó con un brazo. Ella lo miró con franqueza.

—¿Te gustaría besarme?

—Sí —dijo Albert.

—Bueno, entonces adelante. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Albert obedeció. Era la tercera vez en su vida que el judío más rápido del oeste del Mississippi besaba a una chica, y lo encontró estupendo. Podría pasarse todo el viaje de regreso pegado a los labios de esta chica sin una sola preocupación en el mundo.

—Gracias —dijo ella, y apoyó la cabeza en su hombro—. Lo necesitaba.

—Bueno, si vuelves a necesitarlo, no tienes más que pedirlo.

Ella lo miró, divertida.

—¿Necesitas que lo pida, Albert?

—Supongo que no —dijo el Judío de Arizona, y volvió al trabajo.

7

Cuando se dirigía a la cabina de mandos, Nick se detuvo para hablar con Bob Jenkins. Se le había ocurrido una idea desagradable y quería consultarla con el escritor.

—¿Cree que puede haber alguna de esas cosas aquí arriba?

Bob lo pensó un momento.

—A juzgar por lo que vimos en Bangor, yo diría que no. Pero es difícil decirlo, ¿no cree? En una situación así, uno no puede apostar nada.

—Sí, supongo que en estas circunstancias no hay apuestas que valgan. —Nick se quedó pensativo y preguntó—: ¿Y qué hay de ese desgarramiento en el tiempo de su teoría? ¿Qué probabilidades cree que hay de que volvamos a encontrarlo?

Bob Jenkins meneó lentamente la cabeza.

Rudy Warwick habló a sus espaldas, sobresaltándolos.

—No me lo ha preguntado, pero le daré mi opinión. Creo que son de mil a una.

Nick lo pensó. Un instante después, una sonrisa radiante iluminó su cara.

—No está mal —dijo—. Sobre todo si se considera la alternativa.

8

Menos de cuarenta minutos más tarde, el cielo azul por el que volaban empezó a adquirir un tono más profundo. Viró lentamente al índigo y después a un púrpura oscuro. Sentado en su cabina, manejando los instrumentos y anhelando una taza de café, Brian recordó una vieja canción: *Cuando cae la púrpura profunda… sobre los soñolientos muros del jardín…*

Allí arriba no había ni muros ni jardín, pero veía las primeras estrellas brillando en el cielo. Había algo tranquilizador y sedante en el hecho de que las viejas constelaciones aparecieran, una a una, en sus lugares habituales. Le resultaba incomprensible que estuvieran igual cuando tantas otras cosas habían sufrido profundas alteraciones, pero le alegraba que fuese así.

—Vamos deprisa, ¿eh? —dijo Nick a sus espaldas.

Brian se volvió a mirarlo.

—Sí. Creo que dentro de un rato los «días» y las «noches» pasarán a la velocidad del obturador de una cámara.

Nick suspiró.

—Ahora nos queda lo más difícil de todo, ¿no? Esperar a ver qué pasa. Y rezar un poco, supongo.

—No vendría mal —dijo Brian, lanzando una mirada especulativa a Nick Hopewell—. Yo iba a Boston porque mi ex esposa murió en un estúpido incendio. Dinah iba porque un montón de médicos le prometieron un par de ojos nuevos. Bob iba a una convención, Albert al Conservatorio y Laurel de vacaciones. ¿Por qué iba usted, Nick? Confiese. Se hace tarde.

Nick lo miró pensativo un largo rato y después se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo. Pero Brian no era tan torpe para creer que la pregunta iba dirigida a él—. ¿Qué significa una clasificación de Alto Secreto cuando uno acaba de ver un grupo de bolitas asesinas enrollando el mundo como una alfombra? —Y volvió a reír antes de continuar—. Estados Unidos no ha copado exactamente el mercado de trucos sucios y operaciones encubiertas. Nosotros, los Limeys, hemos olvidado más canalladas de las que conocieron ustedes, los Johnnies. Hemos hecho el loco en la India, en Sudáfrica, en China y en la parte de Palestina que se convirtió en Israel. Desde luego, esa vez nos metimos en un lío gordo, ¿no cree? Sin embargo, los británicos somos fieles creyentes de la capa y espada, y el fabuloso MI5 no es el final sino el principio. He pasado dieciocho años en las Fuerzas Armadas, Brian, y los últimos cinco en Operaciones Especiales. Desde entonces, he hecho trabajos diversos, algunos inocuos y otros increíblemente malignos.

Ahora la oscuridad era total y las estrellas brillaban como lentejuelas en un traje de fiesta femenino.

—Estaba en Los Ángeles, en realidad de vacaciones, cuando me localizaron y me ordenaron que fuera a Boston. No me avisaron con tiempo, y después de cuatro días

de marcha por los montes San Gabriel, me caía de cansancio. Por eso estaba durmiendo cuando se produjo lo que el señor Jenkins llama el suceso. Verá, hay un hombre en Boston…, o había…, o habrá…, los viajes a través del tiempo enredan mucho los tiempos verbales, ¿no le parece?…, que es un político de cierto renombre. La clase de tipo que se mueve y actúa con desenvoltura entre bastidores. Ese hombre, lo llamaré O'Banion para facilitar la conversación, es muy rico, Brian, y es un amigo entusiasta del IRA. Ha invertido millones de dólares en lo que algunos llaman la tarea benéfica favorita de Boston, y sus manos están manchadas de sangre. No se trata solo de soldados británicos, sino también de niños en los patios de las escuelas, mujeres en la lavandería y bebés que volaron hechos pedazos desde sus cochecitos. Es un idealista de la clase más peligrosa, de los que nunca han tenido que presenciar la carnicería, de los que nunca se han encontrado ante una pierna cortada tirada en una alcantarilla y que, por lo tanto, no se han visto obligados a reconsiderar sus actos a la luz de la experiencia.

—¿Tenía que matar a ese O'Banion?

—No, a menos que fuera necesario —dijo con sequedad Nick—. Es muy rico, pero ése no es el único problema. Es un político total, así que tiene más dedos de los que usa para revolver el guisado en Irlanda. Tiene muchos amigos poderosos y algunos de sus amigos son nuestros amigos. Así es la política: una telaraña tejida por hombres que en su mayor parte deberían estar encerrados en habitaciones acolchadas.

»Matar al señor O'Banion sería un gran riesgo político. Pero él tiene un punto débil. Era a ella a quien debía matar.

—Como advertencia —dijo Brian en voz baja y fascinada.

—Sí, como advertencia.

Pasó casi un minuto mientras los dos hombres se miraban. El único sonido era el ronroneo adormecedor de los motores. Los ojos de Brian tenían una mirada escandalizada y enormemente juvenil. Solo Nick parecía fatigado.

—Si salimos de ésta —dijo por fin Brian—, si volvemos, ¿seguirá con eso?

Nick meneó la cabeza. Lo hizo con lentitud, pero con absoluta decisión.

—Mi viejo compañero, he tenido lo que esos gilipollas de los adventistas llaman una conversión del alma. Ya no habrá más estremecimientos a medianoche o trabajos especiales para Nicholas, el hijo de la señora Hopewell. Si salimos de ésta, proposición que en este momento me parece bastante endeble, creo que me retiraré.

—¿Y qué hará?

Nick lo miró pensativo y después dijo:

—Bueno, supongo que podría aprender a pilotar.

Brian se echó a reír. Un instante después, Nicholas, el hijo de la señora Hopewell, unió su risa a la de él.

9

Treinta y cinco minutos después, la luz empezó a filtrarse otra vez en el interior del compartimiento principal del avión. Tres minutos más tarde, parecía media mañana; quince minutos después, mediodía.

Laurel miró a su alrededor y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos.

¿Estaban totalmente ciegos? Había en ellos algo, algo que escapaba a las definiciones y que provocaba esa pregunta. Laurel sintió que la invadía un sentimiento de horror desconocido, un sentimiento que se parecía bastante al miedo.

Se estiró y cogió suavemente una de las manos de Dinah.

—No trates de hablar —dijo con dulzura—. Dinah, si estás despierta, no trates de hablar, solo escucha. Estamos en el aire. Vamos de regreso y te pondrás bien, te lo prometo.

La mano de Dinah apretó la suya y Laurel comprendió que tiraba de ella. Se inclinó sobre la camilla. Dinah habló con una debilísima voz que a Laurel le pareció un perfecto modelo a escala de su voz anterior.

—No te preocupes por mí, Laurel. Conseguí… lo que quería.

—Dinah, no deberías…

Los ciegos ojos castaños se movieron hacia el sonido de la voz de Laurel. Una pequeña sonrisa estiró su boca ensangrentada.

—Vi —le dijo aquella voz débil, frágil como el cristal—. Vi a través de los ojos del señor Toomy. Al principio y después otra vez, al final. Al final fue mejor. Al comienzo, todo le parecía mezquino y horrible. Fue mejor al final.

Laurel la miró, estupefacta.

La mano de la niña soltó la de Laurel y se levantó temblorosa para tocar su mejilla.

—No era un hombre tan malo, ¿sabes? —Entonces tosió, y de su boca saltaron pequeños coágulos de sangre.

—Por favor, Dinah —dijo Laurel. Tuvo la repentina sensación de que casi podía ver a través de la niña ciega, y eso le produjo un pánico asfixiante, vertiginoso—. Por favor, no intentes seguir hablando.

Dinah sonrió.

—Y te vi a ti —dijo—. Eres hermosa, Laurel. Todo era hermoso…, hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!

Realizó una de sus breves inspiraciones, soltó el aire y simplemente no volvió a aspirarlo. Ahora, sus ojos ciegos parecían mirar mucho más allá de Laurel Stevenson.

—Por favor, respira, Dinah —dijo Laurel. Cogió una de las manos de la niña y empezó a besarla, como si besándola pudiera devolver la vida a lo que había escapado más allá. No era justo que Dinah muriera después de haberlos salvado. No había Dios que pudiera exigir semejante sacrificio, ni siquiera a gente que se encontraba fuera de su tiempo—. Por favor, respira, por favor, respira, por favor,

respira…

Pero Dinah no respiró. Después de largo rato, Laurel soltó la mano de la niña y miró fijamente su cara pálida e inmóvil. Esperó que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero no pasó nada. Sin embargo, el corazón le dolía con profunda pena y en su cabeza resonaba una ultrajada protesta: *¡Ah, no! ¡No es justo! ¡Esto no es justo! ¡Rectifica, Dios! ¡Rectifica, maldito seas! ¡Rectifica! ¡Rectifica!*

Pero Dios no lo hizo. Los motores ronroneaban, el sol brillaba en la manga ensangrentada del vestido de viaje de Dinah, y Dios no rectificó. Laurel miró al otro lado del pasillo y vio que Albert y Bethany se besaban. Albert tocaba uno de los pechos de la chica a través de la camiseta, suave, delicada, casi religiosamente. Parecían constituir una forma ritual, una representación simbólica de la vida y esa chispa testaruda, intangible, que hace que la vida continúe incluso ante las desgracias más espantosas y los más terribles reveses. Laurel volvió a mirar a Dinah, esperanzada, pero Dios seguía sin rectificar.

Dios no había rectificado.

Laurel besó la suave colina de la mejilla de Dinah y tocó su cara. Sus dedos se detuvieron a unos milímetros de sus párpados.

Vi a través de los ojos del señor Toomy. Todo era hermoso…, hasta las cosas que estaban muertas. ¡Era tan maravilloso ver!

—Sí —dijo Laurel—, puedo vivir con eso.

Y dejó abiertos los ojos de Dinah.

10

El avión de la American Pride voló hacia el oeste a través de días y noches, pasando de la luz a la oscuridad, y de nuevo a la luz, y de nuevo a la oscuridad, a través de un gran desfile ocioso y cambiante de densas nubes. Cada ciclo se producía un poco más deprisa que el anterior.

Algo más de tres horas después, las nubes que tenían debajo desaparecieron, exactamente en el mismo punto en que habían comenzado durante el viaje al este. Brian estaba dispuesto a apostar que el frente no se había movido ni veinte centímetros. Las Grandes Llanuras se extendían bajo ellos en una silenciosa franja de tierra amarillenta.

—Por aquí no hay señal de ellos —dijo Rudy Warwick. No era necesario aclarar a quiénes se refería.

—No —dijo Bob Jenkins—. Al parecer, los hemos dejado atrás, sea en el espacio o en el tiempo.

—O en ambos —apuntó Albert.

—Sí, o en ambos.

Pero no era así. Cuando el avión empezó a sobrevolar las Rocosas, empezaron a ver otra vez las líneas negras, delgadas como hilos. Se precipitaban arriba y abajo por las escarpadas pendientes y dibujaban modelos no exactamente sin sentido en la alfombra gris azulada de los árboles. Nick permaneció de pie junto a la puerta delantera, mirando por el pequeño ojo de buey. Aquel ojo tenía un extraño efecto magnificante, y pronto descubrió que veía mejor de lo que realmente deseaba. Mientras miraba, dos de las líneas negras se separaron, corrieron en dirección a un afilado pico cubierto de nieve, se encontraron al otro lado, se cruzaron y se precipitaron por la otra pendiente en direcciones divergentes. Tras ellas, la cima de la montaña se desplomó sobre sí misma, dejando algo semejante a un volcán con una enorme caldera muerta en la cumbre truncada.

—¡Jesús, María y José! —murmuró Nick, y se pasó una mano temblorosa por la frente.

Mientras atravesaban la pendiente oeste en dirección a Utah, empezó a oscurecer otra vez. El sol poniente arrojaba una luz entre anaranjada y rojiza sobre un fragmentario paisaje infernal que ninguno de ellos podía mirar durante mucho tiempo. Uno tras otro, siguieron el ejemplo de Bethany y bajaron las cortinillas. Nick regresó a su asiento con paso inseguro y se tocó la frente con una mano fría y convulsa. Un instante después, se volvió hacia Laurel, quien lo tomó en sus brazos sin decir nada.

Brian estaba obligado a mirar. En la cabina no había cortinillas. Debajo de él y frente a sus ojos, Colorado occidental y Utah se sumergieron en el pozo de la eternidad pieza tras pieza. Montañas, prados, mesetas y collados dejaban de existir a medida que los langolieros los iban separando de la podrida tela de su pasado muerto, para soltarlos y dejar que se precipitaran hacia interminables abismos eternos. Arriba no se oía nada, y por alguna razón eso era lo más horrible de todo. La tierra que había bajo los langolieros desaparecía tan silenciosamente como si se tratara de una acumulación de motas de polvo.

Después, afortunadamente, se hizo la oscuridad, y durante un rato pudo concentrarse en las estrellas. Se aferró a ellas con la desesperación del pánico. Eran las únicas cosas reales que quedaban en ese mundo horrible: Orión, el cazador; Pegaso, el gran caballo tembloroso de la medianoche; Casiopea, en su silla estrellada.

11

Media hora más tarde volvió a salir el sol y Brian sintió que su cordura vacilaba y se deslizaba lentamente hacia el borde de su propio abismo. El mundo había desaparecido de manera total y absoluta. El profundo cielo azul era una cúpula que cubría un océano ciclópeo del ébano más intenso y puro.

El mundo había sido arrebatado de debajo del vuelo 29.

La idea de Bethany también se le había ocurrido a Brian: si lo peor llegaba, podía iniciar un descenso vertical con el 767 y arrojarse contra una montaña, terminando de una vez por todas. Pero ahora no había montañas contra las que estrellarse.

Ahora no había tierra donde estrellarse.

¿Qué nos sucederá si no podemos volver a encontrar la grieta? —pensó—. *¿Qué sucederá si nos quedamos sin combustible? No intentes decirme que nos estrellaremos porque no lo creo. No es posible estrellarse contra nada. Creo que simplemente caeremos, caeremos y caeremos. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y hasta dónde? ¿Hasta dónde puede caerse en la nada*?

No pienses en eso.

Pero ¿cómo conseguirlo? ¿Cómo podía uno negarse a pensar?

Se volvió con deliberación hacia la hoja de cálculos. Trabajó con ellos, consultando frecuentemente la pantalla lectora, hasta que la luz empezó otra vez a desvanecerse del cielo. Calculó que el tiempo transcurrido entre la salida del sol y el crepúsculo había sido de unos veintiocho minutos.

Buscó el interruptor que controlaba el intercomunicador de la cabina y abrió el circuito.

—Nick, ¿puede venir?

Menos de treinta segundos después, Nick estaba en la puerta de la cabina.

—¿Han bajado las cortinillas? —le preguntó Brian antes de que pudiera entrar del todo.

—¡Ya lo creo! —dijo Nick.

—Una medida muy prudente. Por favor, todavía no mire hacia abajo, si puede evitarlo. Dentro de unos minutos le pediré que mire hacia fuera, y en cuanto lo haga, supongo que no podrá evitar mirar también hacia abajo, pero le aconsejo que lo demore lo máximo posible. No es muy agradable.

—Desaparecido, ¿no?

—Sí. Todo.

—La niña también. Dinah. Laurel la acompañó al final. Está reaccionando muy bien. Le gustaba la niña. A mí también.

Brian asintió. No estaba sorprendido. La herida de la niña era de las que exigen tratamiento inmediato en una unidad de cuidados intensivos, y aun así el diagnóstico habría sido dudoso, pero de todos modos sintió un peso en el corazón. A él también le gustaba Dinah y creía lo mismo que Laurel: que de alguna manera la niña era más

responsable de la supervivencia de todos que cualquier otra cosa.

Le había hecho algo al señor Toomy, lo había utilizado de una manera extraña, y Brian pensaba que, en el fondo, a Toomy no le habría importado que lo utilizaran así. De modo que si su muerte era un presagio, era de los peores.

—No tuvo oportunidad de ver —dijo.

—No.

—Pero ¿Laurel está bien?

—Más o menos.

—A usted le gusta, ¿verdad?

—Sí —dijo Nick—. Tengo colegas a los que les haría gracia, pero me gusta. Es un poco sentimental, pero tiene fuerza.

Brian asintió.

—Bueno, si regresamos, le deseo la mejor de las suertes.

—Gracias. —Nick se sentó en el lugar del copiloto—. He estado pensado en la pregunta que me hizo antes sobre lo que haré cuando salgamos de este lío, en caso de que salgamos, además de llevar a cenar a la adorable Laurel, claro. Supongo que podría terminar persiguiendo al señor O'Banion, al fin y al cabo. En mi opinión, no es muy distinto de nuestro amigo Toomy.

—Dinah le pidió que no hiciera daño al señor Toomy —señaló Brian—. Tal vez sea algo que deba agregar a su ecuación.

Nick asintió. Lo hizo como si su cabeza se hubiera vuelto demasiado pesada para su cuello.

—Tal vez lo sea.

—Escuche, Nick, lo he llamado porque si existe la falla en el tiempo de la que habla Bob, estamos acercándonos al lugar por donde entramos. Tenemos que vigilar juntos. Usted controle el lado de estribor y del centro a la derecha; yo, el de babor y hacia la izquierda. Si ve algo que parezca una falla en el tiempo, silbe.

Nick miró a Brian con grandes ojos inocentes.

—¿Buscamos una falla de tipo bambodante o cree que se tratará de una variedad más o menos fucodélica, colega?

—Muy gracioso —dijo Brian, que a su pesar se sintió sonreír—. No tengo ni la más remota idea de cómo será o de si podremos verla. Si ha derivado hacia un lado o ha cambiado de altitud, nos veremos metidos en un buen lío. Por comparación, resultaría fácil encontrar la aguja en el pajar.

—¿Y el radar?

Brian señaló el monitor del radar en color RCA/TL.

—Como ve, no hay nada. Pero no es sorprendente. Si la tripulación original hubiera detectado algo en el radar, nunca lo habrían atravesado.

—Tampoco lo habrían atravesado si lo hubieran visto —señaló melancólicamente Nick.

—Eso no es necesariamente así. Tal vez lo vieron demasiado tarde para evitarlo.

Los jets se mueven con gran rapidez, y la tripulación no se pasa todo el viaje registrando el cielo en busca de monstruos, Nick. No es necesario; para eso está el control de tierra. A los treinta o treinta y cinco minutos de vuelo, las tareas exteriores de la tripulación terminan. El pájaro está en el aire, fuera del espacio aéreo de Los Ángeles, la bocina anticolisión permanece conectada y suena cada noventa segundos para demostrar que funciona. El vuelo está enteramente programado (ya lo está antes de que el avión abandone la tierra), y le va diciendo al piloto automático lo que tiene que hacer. Por el aspecto que presentaba la cabina, el piloto y el copiloto estaban tomando café. Tal vez estuvieran sentados aquí, uno frente al otro, hablando de la última película que vieron o de la montaña rusa de Hollywood Park. Si hubiera habido un auxiliar de vuelo delante antes de que se produjera el suceso, al menos habrían contado con otro par de ojos, pero sabemos que no fue así. La tripulación masculina tomaba su café y sus galletas de mantequilla; las auxiliares de vuelo se preparaban para servir bebidas a los pasajeros. Entonces sucedió.

—Es una descripción muy detallada —dijo Nick—. ¿Está tratando de convencerme a mí o a usted mismo?

—A estas alturas, estoy dispuesto a convencer a cualquiera.

Nick sonrió y pasó a la ventanilla de estribor. Involuntariamente, dirigió la mirada hacia el lugar donde estaba la tierra, y su sonrisa se heló y se desvaneció. Se le doblaron las rodillas y tuvo que cogerse para no caer.

—Croquetas de mierda —dijo con voz débil y desmayada.

—No es muy agradable, ¿eh?

Nick se volvió para mirar a Brian. Sus ojos parecían flotar en la cara lívida.

—Durante toda mi vida —dijo—, cada vez que oía hablar del gran cabrón, pensaba en el fuego del infierno, pero no es así. Eso de ahí abajo es el infierno.

Brian volvió a comprobar las instrucciones de vuelo y los gráficos. En uno de ellos había dibujado un pequeño círculo rojo. Estaban a punto de entrar en el espacio aéreo representado por ese círculo.

—¿Puede hacer lo que le he pedido? Si no, dígalo. El orgullo es un lujo que no podemos…

—Por supuesto que puedo —murmuró Nick. Había apartado los ojos del inmenso bolsillo negro que había bajo el avión, y contemplaba el cielo—. Pero me gustaría saber qué estoy buscando.

—Creo que lo sabrá cuando lo vea —dijo Brian. Hizo una pausa y agregó—: Si lo ve.

12

Bob Jenkins estaba sentado con los brazos cruzados, como si tuviera frío. Una parte de él estaba fría, en efecto, pero no era un frío físico. El frío salía de su cabeza.

Algo andaba mal.

No sabía qué era, pero algo andaba mal. Algo estaba fuera de lugar, o perdido, u olvidado. Habían cometido un error o estaban a punto de cometerlo. Esa sensación lo reconcomía como un dolor no lo bastante localizado para poder identificarlo. Esa sensación de error estaba a punto de cristalizarse en una idea, pero volvía a alejarse como un animalillo a medio domar.

Algo erróneo.

O fuera de lugar. O perdido.

U olvidado.

Delante de él, Albert y Bethany se hacían carantoñas. Detrás Rudy Warwick tenía los ojos cerrados y movía los labios. En una mano sujetaba las cuentas de un rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson estaba sentada junto a Dinah, acariciando suavemente una de sus manos.

Error.

Bob levantó la cortinilla que había junto a su asiento, miró hacia el exterior y la bajó de golpe. Mirar eso no contribuiría a ningún pensamiento racional; más bien al contrario. Lo que había debajo del avión era pura demencia.

Debo advertírselo. Tengo que hacerlo. Están trabajando en base a mi hipótesis, pero si es un error…, y peligroso… Tengo que advertírselo.

Pero ¿advertirles de qué?

Una vez más, estuvo a punto de encontrar el enfoque correcto, pero de nuevo se le escapó, convirtiéndose en una sombra entre las sombras, pero una sombra con brillantes ojos malignos.

Súbitamente, se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

Albert se volvió.

—¿Adónde va?

—A Cleveland —dijo Bob, malhumorado, y empezó a caminar por el pasillo en dirección a la cola del avión, tratando de identificar el origen de ese timbre de alarma interior.

13

Brian apartó los ojos del cielo —que ya volvía a mostrar señales de luz—, aunque solo lo necesario para echar un vistazo rápido a la lectora de instrumentos y después al círculo de la carta de navegación. Ahora estaban acercándose a la zona más alejada del círculo. Si la falla temporal seguía allí, la verían pronto. Si no, suponía que tendría que tomar los controles y volver atrás para hacer otro pase a una altitud o en una dirección ligeramente distintas. Sería terrible, pues iban muy justos de combustible, pero como de todas formas lo más probable era que la cosa fuese desesperada, no importaba mu…

—¿Brian? —La voz de Nick era temblorosa—. Brian, creo que veo algo.

14

Bob llegó a la parte trasera del avión, dio media vuelta y comenzó lentamente a volver sobre sus pasos, recorriendo una fila tras otra de asientos vacíos. Miró los objetos que había sobre ellos y en el suelo: bolsos, gafas, trozos de metal que probablemente eran tapas de tacones, empastes dentales, anillos de bodas.

Algo va mal.

¿Sí? ¿Era realmente así o se trataba solo de su cerebro fatigado luchando desesperadamente por nada, el equivalente mental de un músculo cansado que no deja de latir?

Déjalo, se aconsejó, pero no podía.

Si realmente algo va mal, ¿por qué no lo ves? ¿No le dijiste a ese chico que la deducción era tu pan de cada día? ¿Acaso no has escrito cuarenta novelas de misterio? ¿Y no eran buenas por lo menos una docena de ellas? ¿Acaso Newgate Callender no dijo que La Madonna durmiente *era «una obra maestra de la lógica» cuando…?*

Bob Jenkins se detuvo de pronto y sus ojos se dilataron. Miró un asiento de babor, cerca de la parte delantera del compartimiento. El hombre de la barba negra estaba dormido otra vez, roncando lujosamente. Dentro del cerebro de Bob, el tímido animal empezó lentamente a salir a la luz. Solo que no era pequeño, como había creído. Ése había sido su error. A veces las cosas no se ven porque son demasiado pequeñas, pero en otros casos se ignoran porque son demasiado grandes, demasiado obvias.

La Madonna durmiente.

El hombre durmiente.

Abrió la boca y trató de gritar, pero no salió ningún sonido.

Tenía la garganta obturada. El terror se sentaba sobre su pecho como un mono. Intentó gritar otra vez, pero no logró emitir más que un chillido sofocado.

Madonna durmiente, hombre durmiente.

Ellos, los supervivientes, estaban durmiendo.

Y ahora ninguno de ellos dormía, salvo el barbudo.

Una vez más, abrió la boca e intentó gritar, y una vez más no sucedió nada.

15

—¡Dios bendito! —susurró Brian.

La falla temporal estaba unos ciento cincuenta kilómetros delante de ellos, aproximadamente seis o siete grados a estribor del 767. Había derivado, pero imperceptiblemente. Brian supuso que la ligera diferencia se debía a un pequeño error de navegación.

En realidad, era un agujero romboidal, pero no un vacío negro. Estaba orlado por una luz de un rosa purpúreo, como la aurora boreal. Más allá, Brian veía las estrellas, pero muy difusas. Una cinta blanca y ancha de vapor entraba o salía de esa forma que colgaba del cielo. Parecía una extraña autopista etérea.

Podemos entrar sin problemas —pensó Brian, excitado—. *¡Es mejor que un faro!*

—¡Estamos en el buen camino! —dijo, riendo como un idiota y sacudiendo los puños en el aire.

—Debe de tener tres kilómetros de ancho —susurró Nick—. ¡Dios mío, Brian! ¿Cuántos aviones más cree que habrán pasado?

—No lo sé —dijo Brian—, pero apuesto perro y fusil a que somos los únicos que tenemos la oportunidad de regresar.

Abrió el intercomunicador.

—Señoras y caballeros, hemos encontrado lo que estábamos buscando —dijo, y su voz se quebraba a causa del alivio y la sensación de triunfo—. No sé exactamente qué sucederá después, o cómo, o por qué, pero hemos divisado lo que parece ser una enorme puerta-trampilla en el cielo. Voy a pasar por el centro. Juntos veremos qué hay al otro lado. Ahora me gustaría que se abrocharan el cinturón y…

En ese momento, Bob Jenkins se precipitó por el pasillo, gritando con toda la

fuerza de sus pulmones.

—¡No, no! ¡Si entra, moriremos todos! ¡Regrese! ¡Tiene que regresar!

Brian se volvió en su asiento e intercambió una mirada de desconcierto con Nick.

Nick se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

—Es Bob Jenkins —dijo—. Parece que ha tenido un buen ataque de nervios. Siga, Brian. Yo me ocuparé de él.

—Vale —dijo Brian—. Limítese a mantenerlo alejado de mí. No quisiera que me cogiese del brazo en el último momento y nos estrelláramos contra los bordes de esa cosa.

Apagó el piloto automático y tomó los controles del 767. El suelo se inclinó suavemente hacia la derecha mientras derivaba hacia la larga y resplandeciente ranura que tenía delante. Parecía deslizarse por el cielo hasta que quedó frente al morro del 767. Ahora oía un ruido mezclado con el ronroneo de los motores. Un ruido profundo y rítmico, como un enorme motor diésel. A medida que se aproximaba al río de vapor —ahora vio que fluía hacia dentro del agujero y no hacia fuera—, empezó a captar destellos de color: verde, azul, violeta, rojo, rosa acaramelado. *Es el primer color verdadero que he visto en este mundo*, pensó.

A sus espaldas, Bob Jenkins entró corriendo en el compartimiento de primera en dirección al área de servicios, y cayó entre los brazos de Nick.

—Tranquilo, colega —lo calmó Nick—. Ahora todo saldrá muy bien.

—¡No! —gritó Bob, luchando salvajemente. Pero Nick lo sujetaba con la misma facilidad con que un hombre sujeta a un gatito travieso—. ¡No, usted no comprende! ¡Tiene que regresar! ¡Tiene que regresar antes de que sea demasiado tarde!

Nick apartó al escritor de la puerta de la cabina y lo condujo de nuevo al compartimiento de primera.

—Nos sentaremos aquí y nos abrocharemos el cinturón, ¿vale? —dijo con el mismo tono apaciguador y amistoso—. Tal vez saltemos un poco.

Para Brian, la voz de Nick era un murmullo lejano y confuso. A medida que entraba en el ancho flujo de vapor que se colaba en la falla, sentía como si una mano grande y poderosa cogiera el avión, tirando ansiosamente de él hacia delante. Se encontró pensando en la fuga del vuelo de Tokio a Los Ángeles, y en lo rápido que pasaba el aire por un agujero en un entorno presurizado.

Es como si todo este mundo, o lo que queda de él, estuviera goteando a través de ese agujero, pensó, y luego recordó una vez más aquella frase extraña y ominosa de su sueño: *Solo estrellas fugaces*.

Ahora, la falla estaba exactamente frente al morro del 767, aumentando rápidamente de tamaño.

Vamos a entrar —pensó—. *Que Dios nos ayude, de verdad vamos a entrar*.

16

Bob continuó luchando mientras Nick lo empujaba a uno de los asientos de primera clase con una mano, y le ajustaba el cinturón con la otra. Bob era un hombre pequeño, enclenque, apenas de sesenta kilos de sudor, pero el pánico le había dado ánimos y se lo estaba poniendo muy difícil.

—De verdad, todo saldrá bien, colega —dijo Nick. Finalmente, se las arregló para ajustar el cinturón de Bob—. Estuvimos bien cuando pasamos la otra vez, ¿no?

—¡Estábamos todos durmiendo cuando pasamos, maldito idiota! —chilló Bob—. ¿No lo comprende? ¡Estábamos dormidos! ¡Tiene que detenerlo!

Nick se quedó paralizado en el momento en que buscaba el cinturón. Lo que Bob estaba diciendo, lo que había estado intentando decir todo el tiempo, cayó de pronto sobre él como una carga de ladrillos.

—¡Oh, Dios misericordioso! —susurró—. ¡Dios misericordioso! ¿En qué estábamos pensando?

Saltó del asiento y se precipitó a la cabina.

—¡Brian, pare! ¡Dé la vuelta! ¡Dé la vuelta!

17

Mientras se aproximaba, Brian contemplaba el interior de la falla como hipnotizado. No había turbulencias, pero sí se incrementó aquella sensación de terrible poder, de aire entrando por un agujero como un potente río. Miró sus instrumentos y vio que la velocidad del aire aumentaba velozmente. Entonces, Nick empezó a gritar y un instante después estaba detrás de él, apretando sus hombros, mirando la falla que se agrandaba frente al morro del jet, con su juego de profundos colores reflejándose en sus mejillas y su frente, de modo que parecía un hombre mirando una vidriera en un día soleado. El ruido regular se había convertido en un trueno oscuro.

—¡Media vuelta, Brian, tiene que dar media vuelta!

¿Tenía Nick una razón para decir eso o se le había contagiado el pánico de Bob? No había tiempo de tomar una decisión sobre una base racional; solo un segundo para consultar el silencioso latido del instinto.

Brian Engle cogió el volante y lo hizo girar bruscamente hacia babor.

18

Nick voló por la cabina y chocó contra un mamparo. Se oyó un ruido nauseabundo cuando su brazo se rompió. En clase turista, el equipaje, que había caído de los maleteros superiores cuando Brian hizo un viraje en el aeropuerto de Bangor, volvió a salir despedido, golpeando las paredes curvas y rebotando en las ventanillas. El hombre de la barba negra cayó de su asiento como una muñeca y tuvo tiempo de emitir un grito antes de que su cabeza chocara contra el brazo del asiento y cayera en el pasillo como un montón de huesos. Bethany gritó y Albert la apretó contra él. Dos filas más atrás, Rudy Warwick cerró los ojos, apretó más su rosario y rezó a mayor velocidad mientras su asiento se inclinaba debajo de él.

Ahora sí había turbulencias. El vuelo 29 se convirtió en una tabla con alas que se balanceaba, se retorcía y daba tumbos por el aire agitado. Las manos de Brian perdieron momentáneamente contacto con el volante y volvieron a cogerlo. Al mismo tiempo, el piloto accionó al máximo el acelerador, y los turbos del avión respondieron con un profundo rugido que raras veces se oía fuera de los hangares. Las turbulencias aumentaron; el avión saltaba descontroladamente arriba y abajo, y de algún lugar llegó el chillido amenazador del metal.

En el compartimiento de primera, Bob Jenkins apretó los brazos de su asiento, vagamente agradecido de que el inglés le hubiera ajustado el cinturón. Se sentía como si lo hubieran atado al jet de algún lunático.

El avión dio otro gran salto, se colocó en posición casi vertical por el lado del ala de babor, y la dentadura postiza de Jenkins saltó de su boca.

¿*Estamos entrando? Buen Dios, ¿estamos entrando*?

No lo sabía. Solo sabía que el mundo era una pesadilla saltarina, violenta…, pero que todavía estaba en él.

Al menos por el momento, todavía estaba en él.

19

Mientras Brian conducía el 767 a través de la ancha corriente de vapor que penetraba en la falla, las turbulencias seguían aumentando. Delante de él, el agujero continuaba agrandándose frente al morro del avión, como si no dejara de deslizarse hacia estribor. Luego, tras un salto especialmente aterrador, salieron de los rápidos y

entraron en un aire más sereno. La falla temporal desapareció por estribor. La habían perdido, y Brian no quería pensar si sería para siempre.

Continuó inclinando el avión, pero en un ángulo menos drástico.

—¡Nick! —gritó sin volverse—. Nick, ¿se encuentra bien?

Nick se levantó lentamente, apretando el brazo derecho contra el vientre y sujetándolo con la mano izquierda. Tenía la cara muy blanca y los dientes apretados en una mueca de dolor. Delgados hilos de sangre fluían por su nariz.

—He estado mejor, colega. Creo que me he roto el brazo. Tampoco es la primera vez para ese pobre. No entramos, ¿verdad?

—No —respondió Brian, mientras hacía que el avión retrocediera, describiendo con lentitud un amplio círculo—. Y dentro de un minuto me explicará por qué, después de haber recorrido todo este camino para encontrarla. Y será mejor que la explicación sea buena, con brazo roto o sin él.

Buscó la palanca del intercomunicador.

20

Cuando Brian empezó a hablar, Laurel abrió los ojos y descubrió que tenía la cabeza de Dinah sobre el regazo. Acarició suavemente su pelo y después volvió a colocarla en la camilla.

—Amigos, soy el capitán Engle. Lo siento mucho. Ha sido terrible, pero todo va bien. Las luces del tablero están en verde. Déjenme repetir que hemos encontrado lo que buscábamos, pero…

De pronto, interrumpió la comunicación.

Los otros esperaron. Bethany Simms sollozaba contra el pecho de Albert. Detrás de ellos, Rudy seguía rezando el rosario.

21

Brian interrumpió la transmisión cuando vio que Bob Jenkins estaba de pie a su lado. El escritor temblaba, había una mancha húmeda en sus pantalones, y su boca tenía un extraño aspecto hundido que Brian no había notado antes, pero parecía controlarse. Detrás de él, Nick se dejó caer pesadamente en la silla del copiloto, dando un respingo de dolor y sujetándose el brazo, que había empezado a hincharse.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó severamente Brian—. Un poco más de turbulencia y este cabrón se hubiera roto en diez mil pedazos.

—¿Puedo hablar por ahí? —preguntó Bob, señalando el interruptor INTERCOM.

—Sí, pero…

—Deje que lo haga.

Brian iba a protestar, pero lo pensó mejor. Accionó el interruptor.

—Adelante, está en el aire. Será mejor que la explicación sea buena.

—¡Escúchenme todos! —gritó Bob.

Escucharon detrás de ellos un gemido de protesta.

—Hemos…

—Hable en tono normal —dijo Brian—. Les va a reventar los tímpanos.

Bob hizo un esfuerzo evidente por controlarse y prosiguió en un tono más bajo.

—Ha sido necesario retroceder y lo hemos hecho. El capitán me ha explicado que lo logramos por un pelo. Hemos tenido mucha suerte…, además de haber sido muy estúpidos. Verán, olvidamos lo más elemental, aunque lo teníamos delante de nuestras narices. Cuando atravesamos por primera vez la falla, todas las personas que estaban despiertas desaparecieron.

Brian hizo un movimiento brusco. Se sentía como si lo hubieran abofeteado. Delante del morro del 767, a unos cincuenta kilómetros de distancia, el rombo ligeramente resplandeciente había vuelto a aparecer en el cielo, como una gigantesca piedra semipreciosa. Parecía burlarse de él.

—Nosotros estamos todos despiertos —dijo Bob.

En el compartimiento principal, Albert miró al hombre barbudo, que seguía desmayado en el pasillo, y pensó: *Con una excepción*.

—La lógica sugiere que si intentamos volver de esa manera, desapareceremos. —Hizo una pausa y después dijo—: Eso es todo.

Brian cerró mecánicamente el intercomunicador. Detrás de él, Nick soltó una carcajada dolorida e incrédula.

—¿Y eso es todo? ¿Absolutamente todo? ¿Y qué podemos hacer?

Brian lo miró y no dijo nada. Tampoco Bob Jenkins.

22

Bethany levantó la cabeza y miró el rostro tenso y desconcertado de Albert.

—¿Tenemos que dormir? ¿Y eso cómo se hace? ¡Nunca en mi vida he tenido menos ganas de dormir!

—No lo sé —dijo Albert, y miró esperanzado a Laurel. Ella movía la cabeza de un lado a otro. Habría deseado dormir, simplemente dormir y olvidar esa loca pesadilla, pero, al igual que Bethany, nunca había tenido menos sueño en su vida.

23

Bob dio un paso adelante y miró con silenciosa fascinación por la ventanilla de la cabina. Tras una larga pausa, dijo con voz suave y asustada.

—De modo que es así.

Brian recordó súbitamente una frase de una canción de rock-and-roll: *Puedes mirar, pero será mejor que no toques*. Observó los indicadores de combustible. Lo que vio allí no contribuyó a tranquilizarlo y miró indefenso a Nick. Al igual que los otros, nunca había estado tan despejado como en ese momento.

—No sé qué haremos ahora —dijo—, pero si queremos intentar atravesar ese agujero, tiene que ser pronto. El combustible de que disponemos durará una hora, tal vez un poco más. Después, olvídenlo. ¿Alguna idea?

Nick bajó la cabeza, sin dejar de acunar su brazo. Un momento después, levantó la mirada.

—Sí —dijo—. En realidad, tengo una idea. La gente que vuela raras veces guarda las medicinas en el equipaje que factura; les gusta llevarlas con ellos por si su equipaje termina al otro lado del mundo y tarda unos días en volver a sus manos. Si revisamos las bolsas de mano, seguramente encontraremos montones de sedantes. Ni siquiera tendremos que sacar las bolsas de los maleteros. A juzgar por el ruido, la mayor parte de ellas ya deben de estar en el suelo. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Las preguntas iban dirigidas a Bob Jenkins, que había empezado a menear la cabeza en cuanto él habló de «medicinas».

—¿Sabe algo de sedantes? —le preguntó a Nick.

—Un poco —respondió Nick, como a la defensiva—. Un poco, sí.

—Bueno, yo sé mucho —dijo Bob con sequedad—. Los he estudiado

exhaustivamente, desde el All-Nite al Xanax. Comprenderá que el asesinato por medio de narcóticos siempre ha sido un método apreciado en mi campo de actividades. Aun cuando encontrara una de las medicinas más potentes en la primera bolsa que revisara, cosa poco probable, no podríamos establecer una dosis segura que actuara lo bastante rápido.

—¿Por qué demonios no?

—Porque la droga tardaría unos cuarenta minutos en actuar, y dudo mucho de que funcionara en todos los casos. La reacción natural de la gente estresada ante esos fármacos es luchar, intentar rechazarlos. No hay manera alguna de combatir esa reacción, Nick; sería como intentar controlar su ritmo cardíaco. Lo que haría, suponiendo que encontrara la cantidad suficiente de medicinas para ello, sería administrar una serie de dosis letales y convertir el avión en un cementerio. Tal vez pasáramos, pero muertos.

—Cuarenta minutos —dijo Nick—. ¡Cristo! ¿Está seguro? ¿Está absolutamente seguro?

—Sí —respondió Bob con firmeza.

Brian miró el centelleante rombo en el cielo. Estaba haciendo que el avión describiera una ruta circular, y la falla se encontraba a punto de desaparecer otra vez. Pronto volverían a verla, pero no estarían más cerca.

—No puedo creerlo —dijo Nick, fatigado—. Pasar por lo que hemos pasado, haber despegado con éxito y haber recorrido todo este camino, haber encontrado la maldita cosa… y descubrir que no podemos pasar para volver a nuestro tiempo porque no somos capaces de dormir.

—De todas formas, no tenemos cuarenta minutos —dijo Brian con serenidad—. Si esperáramos tanto, este avión se estrellaría diez kilómetros al este del aeropuerto.

—Seguramente hay otros campos de aterrizaje.

—Los hay, pero no lo bastante grandes para aceptar un avión de este tamaño.

—¿Y si pasáramos y nos dirigiéramos hacia el este?

—Las Vegas. Pero Las Vegas estará fuera de nuestro alcance en… —Brian miró los instrumentos— en menos de ocho minutos. Creo que tiene que ser Los Ángeles. Necesitaré por lo menos treinta y cinco minutos para llegar allí. Y es hilar muy fino aun en caso de que apartaran todos los obstáculos de nuestro camino y nos dejaran entrar directamente. Esto nos da un máximo de… —y volvió a mirar el cronómetro— veinte minutos para pensar en algo y atravesar el agujero.

Bob miraba pensativo a Nick.

—¿Y usted, qué? —le preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Me parece que usted es soldado, pero no creo que sea un soldado común. ¿Tal vez del Servicio Especial Aéreo?

La cara de Nick se puso rígida.

—¿Y en ese caso qué, colega?

—Tal vez usted podría dormirnos —dijo Bob—. ¿No les enseñan esas cosas a las Fuerzas Especiales?

Brian recordó el primer enfrentamiento de Nick con Craig Toomy. *¿Alguna vez ha visto* Star Trek? —había preguntado a Craig—. *Un maravilloso programa americano… Y si no cierra el pico enseguida, idiota, me encantará hacerle una demostración de la famosa llave vulcaniana del señor Spock.*

—¿Que hay de eso, Nick? —preguntó suavemente—. Si alguna vez hemos necesitado la famosa llave Vulcano, es ahora.

Incrédulo, Nick miró a Bob, a Brian y otra vez a Bob.

—Por favor, no me hagan reír, caballeros, me duele todavía más el brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bob.

—No sé nada de sedantes, ¿eh? Bueno, déjenme decirles que ustedes no saben nada de mí. No soy James Bond. Nunca hubo un James Bond en el mundo real. Supongo que podría matarlo dándole un golpe en la nuca, Bob, pero lo más probable es que lo dejara paralítico por el resto de su vida. Tal vez ni siquiera lograra dejarlo inconsciente. Y además está esto. —Y, dando un respingo, Nick levantó el brazo, que se hinchaba a marchas forzadas—. Mi mano diestra está pegada al brazo que acabo de volver a romperme. Tal vez podría defenderme con la izquierda contra un rival no preparado, pero eso de lo que hablan… no. Ni hablar.

—Están olvidando lo más importante de todo —dijo otra voz.

Se volvieron. En la puerta de la cabina estaba la figura blanca y demacrada de Laurel Stevenson. Había cruzado los brazos como si tuviera frío, y se sujetaba los codos.

—Si estamos todos inconscientes, ¿quién pilotará el avión? —preguntó—. ¿Quién va a llevar el avión a Los Ángeles?

Los tres hombres la miraron, mudos. Detrás de ellos volvió a aparecer la enorme piedra semipreciosa que era la falla de tiempo, pero nadie le prestó atención.

—Estamos jodidos —dijo tranquilamente Nick—. ¿Lo saben? Estamos totalmente jodidos. —Rió un poco y dio un respingo cuando los movimientos de su estómago sacudieron el brazo roto.

—Tal vez no —dijo Albert. Él y Bethany habían aparecido detrás de Laurel. Albert rodeaba con un brazo la cintura de la chica. Tenía el pelo pegado a la frente en rizos sudorosos, pero sus ojos oscuros emitían un destello significativo. Permanecían fijos en Brian—. Creo que usted puede hacernos dormir —dijo—, y creo que puede aterrizar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Brian con brutalidad.

Y Albert contestó:

—De la presión. Estoy hablando de la presión.

24

En ese momento, el sueño de Brian regresó con tal intensidad que era casi como si lo reviviera: Anne con la mano apoyada en la grieta del fuselaje del avión, la grieta con las palabras SOLO ESTRELLAS FUGACES escritas arriba en letras rojas.

Presión.

¿*Ves, querido? Todo está bajo control*.

—¿Qué quiere decir, Brian? —preguntó Nick—. Veo que se le ha ocurrido algo, su cara me lo dice. ¿De qué se trata?

Brian lo ignoró. Miró fijamente al estudiante de música de diecisiete años a quien se le había ocurrido una idea que podía sacarlos de esa jaula en la que se encontraban encerrados.

—¿Y qué pasa después? —preguntó—. ¿Qué sucede cuando hayamos pasado? ¿Cómo vuelvo a despertar para hacer aterrizar el avión?

—¿Quiere alguien explicarse, por favor? —rogó Laurel. Se había acercado a Nick, que le rodeó la cintura con su brazo sano.

—Albert ha sugerido que use esto para dejarnos inconscientes —dijo Brian, señalando el reóstato del tablero de control, donde se leía: PRESIÓN DE LA CABINA.

—¿Y puede hacerlo, colega? ¿Puede hacerlo de verdad?

—Sí —dijo Brian—. He conocido pilotos, pilotos de charter, que lo han utilizado en alguna ocasión en que un pasajero que había bebido demasiado empezaba a fastidiar y a poner en peligro sus vidas o las de la tripulación. Dejar inconsciente a un borracho bajando la presión del aire no es tan difícil. Para lograrlo con todos, lo que tengo que hacer es bajarla un poco más, digamos a la mitad de la presión sobre el nivel del mar. Es como ascender tres mil metros sin máscara de oxígeno. ¡Bum!, te desmayas.

—Y si puede hacerse, ¿por qué no se ha usado contra los terroristas? —preguntó Bob.

—Porque hay máscaras de oxígeno, ¿no? —dijo Albert.

—Sí —contestó Brian—. Al comienzo de cada vuelo comercial, la tripulación hace una demostración: coloque la mascarilla sobre la boca y la nariz y respire profundamente. ¿Vale? Cuando en la zona de pasajeros la presión cae por debajo de ochocientos milibares, las máscaras se desprenden automáticamente. Si un piloto al que han tomado como rehén intentara dejar inconscientes a los terroristas bajando la presión del aire, lo único que tendrían que hacer ellos es coger una máscara, ponérsela y empezar a disparar. No sucede así con los jets más pequeños, como el Lear. Si en el avión desciende la presión, el pasajero tiene que sacar él mismo la mascarilla.

Nick miró el cronómetro. Ahora, la posibilidad de atravesar aquella ventana estaba a catorce minutos.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar de hablar y hacerlo —dijo—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Todavía no —replicó Brian, y miró a Albert—. Puedo volver a colocar el avión en línea con la falla y empezar a disminuir la presión a medida que nos acerquemos. Puedo calcular con bastante exactitud la presión de la cabina y estoy seguro de que puedo hacer que todos quedemos sin sentido antes de pasar. Pero eso deja en pie la pregunta de Laurel: ¿quién conduce el avión, si estamos todos inconscientes?

Albert abrió la boca, volvió a cerrarla y meneó la cabeza.

Entonces habló Bob Jenkins. Su voz era seca y átona, la voz de un juez que pronuncia sentencia.

—Creo que usted puede llevarnos a casa, Brian. Pero alguien tendrá que morir para que pueda hacerlo.

—Explíquese —dijo Nick con nerviosismo.

Bob lo hizo. No tardó mucho tiempo. Cuando terminó, Rudy Warwick se había unido al pequeño grupo que estaba de pie en la puerta de la cabina.

—¿Funcionaría, Brian? —preguntó Nick.

—Sí —contestó Brian con aire ausente—. No hay razón para que no funcione. —Volvió a mirar el cronómetro. Once minutos. Once minutos para cruzar al otro lado. Se necesitaría ese tiempo para alinear el avión, programar el piloto automático y recorrer los sesenta y cinco kilómetros—. Pero ¿quién va a hacerlo? ¿Nos lo echamos a suertes, o qué?

—No es necesario —dijo Nick en tono ligero, casi negligente—. Lo haré yo.

—¡No! —exclamó Laurel. Tenía los ojos dilatados y oscurecidos—. ¿Por qué tú? ¿Por qué tienes que ser tú?

—¡Cállate! —susurró Bethany—. ¡Si quiere hacerlo, déjalo!

Albert miró compungido a Bethany, a Laurel y después a Nick. Una voz —no demasiado enérgica— susurraba que él debería haberse ofrecido voluntario, que ése era un trabajo para un rudo superviviente de El Álamo, como el Judío de Arizona. Pero la mayor parte de él solo sabía que amaba mucho la vida y que no quería terminarla todavía. De modo que abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada.

—¿Por qué tú? —volvió a preguntar Laurel con urgencia—. ¿Por qué no lo echamos a suertes? ¿Por qué no Bob, Rudy, o yo?

Nick la cogió del brazo.

—Ven conmigo un momento —dijo.

—Nick, no hay mucho tiempo —dijo Brian. Trató de mantener su tono normal de voz, pero percibió detrás desesperación, tal vez incluso pánico.

—Lo sé. Empiece a hacer todo lo necesario.

Nick condujo a Laurel hacia la puerta.

25

Ella se resistió un momento y después lo siguió. Nick se detuvo en el pequeño espacio de la cocina y la miró de frente. En ese momento, con sus caras a menos de diez centímetros de distancia, ella percibió la terrible verdad: él era el hombre que había esperado encontrar en Boston. Había estado todo el tiempo en el avión. Aquel descubrimiento no tenía nada de romántico; era horrible.

—Creo que entre tú y yo habría podido suceder algo —dijo él—. ¿Crees que tengo razón? Si es así, dilo, no tenemos tiempo para andarnos con rodeos. Nada de tiempo.

—Sí —dijo ella con voz seca y temblorosa—. Creo que es así.

—Pero no lo sabemos. No podemos saberlo. Todo se reduce al tiempo, ¿no crees? Tiempo, sueños e ignorancia. Pero tengo que ser yo, Laurel. He tratado de examinarme racionalmente y todos mis libros están en rojo. Ésta es mi oportunidad de pagar y pienso aprovecharla.

—No entiendo lo que quie…

—Tú no, pero yo sí. —Hablaba rápido, casi cortando las palabras. Entonces se estiró, cogió su brazo y la acercó aún más a él—. Estabas embarcada en alguna clase de aventura, ¿no, Laurel?

—No sé qué quieres…

Él la sacudió.

—¡Te he dicho que no tenemos tiempo de andarnos con rodeos! ¿Estabas metida en una aventura?

—Yo… sí.

—¡Nick! —llamó Brian desde la cabina.

Nick lanzó una rápida mirada en aquella dirección.

—¡Voy! —gritó, y volvió a mirar a Laurel—. Me propongo enviarte a otra. Si sales de esto y estás de acuerdo.

Ella se limitó a mirarlo con labios temblorosos. No sabía qué decir. Su mente estaba confusa. Él le apretaba mucho los brazos, pero eso lo advertiría después, cuando viera las marcas de sus dedos. En aquel momento, la atracción de sus ojos era mucho más intensa.

—Escucha, escucha con atención. —Hizo una pausa y después habló con un énfasis curioso, medido—. Iba a dejarlo. Ya lo había decidido.

—¿Dejar qué? —preguntó ella con voz débil y temblorosa.

Nick meneó la cabeza, impaciente.

—No importa. Lo que importa es si me crees o no. ¿Me crees?

—Sí —dijo ella—. No sé de qué estás hablando, pero creo que lo dices de verdad.

—¡Nick! —advirtió Brian desde la cabina—. ¡Vamos hacia allí!

Nick volvió a lanzar una mirada hacia la cabina, con los ojos brillantes y entornados.

—¡Voy ahora mismo! —gritó. Cuando volvió a mirarla, a Laurel le pareció que nunca en su vida la habían contemplado con una intensidad tan feroz—. Mi padre vive en la aldea de Fluting, al sur de Londres —dijo—. Pregunta por él en cualquier tienda de High Street. Señor Hopewell. Los otros todavía lo llaman el capataz. Ve y dile que estaba decidido a dejarlo. Necesitarás insistir. Cuando escucha mi nombre, suele dar la espalda y maldecir. Escabullirse con el típico «No tengo ningún hijo». ¿Puedes insistir?

—Sí.

Él asintió y sonrió con amargura.

—¡Vale! Repite lo que te he dicho y dile que me creíste. Dile que he hecho todo lo posible por pagar por aquel día detrás de la iglesia, en Belfast.

—En Belfast.

—Correcto. Y si no consigues que te escuche de otro modo, dile que debe escucharte. Por las margaritas. La vez que llevé las margaritas. ¿Puedes recordar eso?

—Porque una vez le llevaste margaritas.

Nick estuvo a punto de reír, pero ella nunca había visto un rostro tan lleno de tristeza y amargura.

—No, no a él, pero servirá. Ésa es tu aventura. ¿La emprenderás?

—Sí…, pero…

—Vale. Gracias, Laurel. —Y, cogiéndola por la nuca, la acercó y la besó. Su boca estaba fría, y ella percibió el sabor del miedo en su aliento.

Un instante después se había ido.

26

—¿Vamos a sentirnos como si…, ya sabe, como si nos ahogáramos? —preguntó Bethany—. ¿Como si nos asfixiáramos?

—No —respondió Brian. Se había puesto de pie para ver si volvía Nick. Al verlo reaparecer con Laurel Stevenson muy temblorosa, volvió a su asiento—. Te sentirás algo mareada, con la cabeza ligera, y después, nada. —Mirando a Nick, añadió—: Hasta que despertemos.

—¡Eso! —dijo alegremente Nick—. Y ¿quién sabe? Tal vez todavía esté aquí. Ya saben, mala hierba… ¿No es cierto, Brian?

—Supongo que cualquier cosa es posible —contestó Brian. Oprimió ligeramente el volante. El cielo volvía a aclararse. La falla estaba delante de ellos—. A sentarse,

gente. Nick, junto a mí. Voy a mostrarle lo que tiene que hacer y cuándo tiene que hacerlo.

—Un segundo, por favor —dijo Laurel. Había recuperado parte de su color y su compostura. Se puso de puntillas y plantó un beso en la boca de Nick.

—Gracias —dijo éste con gravedad.

—Ibas a dejarlo. Lo habías decidido. Y si no quiere escuchar, tengo que recordarle el día que llevaste las margaritas. ¿Está bien?

Él sonrió.

—Perfectamente, amor mío, perfectamente. —La rodeó otra vez con el brazo izquierdo y volvió a besarla, firme y largamente. Cuando la soltó, había una sonrisa suave y pensativa en su boca—. Eso tiene que servir —dijo—. Está muy bien.

27

Tres minutos más tarde, Brian abrió el intercomunicador.

—Voy a empezar a bajar la presión. Revisen sus cinturones.

Lo hicieron. Albert esperaba en tensión algún sonido, tal vez el siseo de la fuga del aire, pero solo se oía el ronroneo regular de los motores. Se sentía más despierto que nunca.

—¿Albert? —dijo Bethany con voz débil y asustada—. ¿Puedes abrazarme, por favor?

—Sí —contestó Albert—. Si tú me abrazas a mí.

Detrás de ellos, Rudy Warwick había comenzado de nuevo a rezar el rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson se agarraba a los brazos de su asiento. Todavía sentía la huella cálida de los labios de Nick Hopewell en su boca. Levantó la cabeza, miró el maletero y empezó a hacer profundas y lentas inspiraciones. Estaba esperando que cayeran las máscaras…, y unos noventa segundos después, cayeron.

Recuerda también el día de Belfast —pensó—. *Detrás de la iglesia. Un acto de reparación, dijo. Un acto…*

En mitad de la frase, se durmió.

28

—¿Sabe lo que tiene que hacer? —volvió a preguntar Brian. Hablaba con voz soñadora y confusa. Delante de ellos, la falla temporal estaba otra vez agrandándose, extendiéndose por el cielo. Ahora amanecía, y otra fantástica mezcla de colores pasó ante ellos y se sumergió en las extrañas profundidades del abismo.

—Lo sé —dijo Nick. Estaba de pie junto a Brian, y sus palabras sonaban sofocadas por la máscara de oxígeno. Por encima de la orla de goma, sus ojos se veían serenos y claros—. No tema, Brian. Es completamente seguro. Vaya a dormir. Que tenga dulces sueños y todo eso.

Brian empezó a desvanecerse. Se sentía ir, y al mismo tiempo resistía ante la visión de la vasta falla en el tejido de la realidad. Parecía hincharse en dirección a las ventanas de la cabina, abalanzarse sobre el avión. *¡Es tan hermoso!* —pensó—. *¡Dios, es tan hermoso!*

Sintió aquella mano invisible que sujetaba el avión y tiraba de él hacia delante. Esta vez no había regreso.

—Nick —dijo. Hablar le costaba un esfuerzo tremendo. Sentía como si su boca estuviera a miles de kilómetros de su cerebro. Levantó la mano. Parecía alejarse de él en el extremo de un largo brazo blando.

—Duerma —dijo Nick, cogiendo su mano—. No se resista, a menos que quiera irse conmigo. Ya no tardará mucho.

—Solo quería darle las gracias.

Nick sonrió y le apretó la mano.

—De nada, colega. Ha sido un vuelo que quedará grabado en la memoria. Incluso sin película ni mimosas gratis.

Brian volvió a mirar la falla. Ahora entraba por ella un río de colores maravillosos. Giraban, se mezclaban y parecían formar palabras ante sus mareados y expectantes ojos.

Solo estrellas fugaces

—¿Es eso… lo que somos? —preguntó con curiosidad, y su voz le llegó desde un universo distante.

La oscuridad se lo tragó.

29

Ahora Nick estaba solo. La única persona despierta del vuelo 29 era un hombre que una vez mató a tres muchachos detrás de una iglesia en Belfast, tres muchachos que se habían dedicado a pintar patatas con pintura gris oscura para que parecieran granadas. ¿Por qué habían hecho semejante cosa? ¿Había sido una especie de desafío loco? Nunca lo supo.

No tenía miedo, pero lo invadía una intensa soledad. El sentimiento no era nuevo. No era la primera guardia que soportaba solo, con las vidas de otros en sus manos.

Ante él, la falla se agrandaba. Colocó la mano sobre el reóstato que controlaba la presión de la cabina.

Es maravilloso, pensó. Le parecía que los resplandecientes colores que surgían de la falla eran la antítesis de todo lo que había experimentado en las últimas horas; estaba mirando el interior de un crisol de nueva vida y nuevo movimiento.

¿Y por qué no iba a ser hermoso? Éste es el lugar donde tal vez comienza la vida, toda la vida, el lugar donde se gesta la vida cada segundo de cada día; la cuna de la creación y el manantial del tiempo. Más allá de ese punto, no se permiten langolieros.

Por su frente y sus mejillas pasaba una extensa gama de colores en sus diferentes matices: el verde de la selva era superado por el naranja lava, y a éste lo reemplazaba el blanco amarillento del sol tropical, el cual era suplantado por el helado azul de los océanos del norte. El rugido de los motores parecía sordo y distante. Bajó la mirada y no le sorprendió ver que el color estaba consumiendo el cuerpo derrumbado y dormido de Brian Engle. Sus formas y sus rasgos se veían envueltos por un cambiante caleidoscopio de resplandor. Se había convertido en un fantasma fabuloso.

A Nick tampoco le sorprendió ver que sus manos y brazos estaban descoloridos. *El fantasma no es Brian, soy yo.*

La falla parecía enorme.

El ruido de los motores se perdió por completo en un sonido nuevo. El 767 parecía correr a través de un túnel de viento lleno de plumas. De pronto, justo enfrente del morro del aparato, explotó una vasta nova de luz como un fuego de artificio celeste. Dentro de ella, Nick Hopewell vio colores que ningún hombre había imaginado. No solo llenaban la falla; llenaban también su mente, sus nervios, sus músculos, e incluso sus huesos, en un estallido gigantesco, coruscante.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es tan hermoso! —gritó. Y, cuando el avión se internó en la falla, volvió a subir la presión al máximo.

Una fracción de segundo después, los empastes de las muelas de Nick cayeron al suelo de la cabina. Se oyó un golpecito cuando el disco de teflón que había estado en su rodilla —recuerdo de un conflicto marginalmente más honorable que el de Irlanda del Norte— se unió a ellos. Eso fue todo.

Nick Hopewell había dejado de existir.

30

Lo primero que advirtió Brian fue que su camiseta estaba húmeda y que le dolía la cabeza otra vez.

Se incorporó lentamente en su asiento, dando un respingo a causa de la jaqueca, y trató de recordar quién era, dónde estaba y por qué sentía una necesidad tan apremiante de despertar de inmediato. ¿Qué había estado haciendo que era tan importante?

La fuga —susurró su cerebro—. *Hay una fuga de presión en clase turista, y si no se estabiliza tendremos muchos pro…*

No, eso no era correcto. Habían estabilizado el escape —o se había estabilizado solo por alguna misteriosa razón—, y él había aterrizado en el aeropuerto de Los Ángeles con el vuelo 7. Después había venido el hombre del uniforme verde y…

¡Es el funeral de Anne! ¡Dios, me he quedado dormido!

Sus ojos se abrieron, pero no estaba ni en la habitación de un motel ni en la habitación de invitados de la casa del hermano de Anne, en Revere. Estaba mirando un cielo lleno de estrellas a través de la ventanilla de una cabina.

Y de pronto lo recordó todo.

Se incorporó por completo con demasiada rapidez, pues su cabeza emitió un enfermizo grito de protesta. De su nariz brotó un chorro de sangre que cayó sobre la consola central del tablero. Miró hacia abajo y vio que llevaba la pechera de la camisa empapada de sangre. Se había producido una fuga, claro, pero provocado por él.

Por supuesto —se dijo—. *La despresurización suele producir esto. Tendría que haber advertido a los pasajeros… A propósito, ¿cuántos pasajeros me quedan?*

No podía recordarlo. Su cabeza estaba llena de bruma.

Miró los indicadores de combustible, vio que la situación se acercaba rápidamente al punto crítico y revisó la pantalla lectora. Estaban exactamente donde debían estar, descendiendo a toda velocidad hacia Los Ángeles, y en cualquier momento podían entrar en el espacio aéreo ocupado por otro avión.

Alguien había estado compartiendo con él la cabina antes de que se desmayara. Pero ¿quién?

Hizo un esfuerzo y recordó. Nick, por supuesto. Nick Hopewell. Nick había desaparecido. Al parecer, no era tan mala hierba… Pero debía de haber cumplido con su trabajo, porque de otro modo él no estaría despierto ahora.

Encendió rápidamente la radio.

—Control de Los Ángeles, aquí el American Pride, vuelo… —Se detuvo. ¿Qué vuelo era? No podía recordarlo. Se lo impedía aquella bruma.

—Veintinueve, ¿no? —dijo detrás de él una voz borrosa y confusa.

—Gracias, Laurel —dijo Brian sin darse la vuelta—. Ahora regrese y abróchese el cinturón. Tal vez tenga que hacer algunas maniobras bruscas. —Y continuó

hablando por el micrófono—: El vuelo 29 de American Pride. Repito, dos, nueve. SOS, control, es una emergencia. Por favor, hagan que se aparte todo lo que tenga delante. Bajo en dirección 85 y no tengo combustible. Preparen un camión de espuma y…

—¡Oh, déjelo! —ordenó detrás de él la voz átona de Laurel—. Déjelo.

Entonces Brian se volvió, ignorando la punzada de dolor en su cabeza y la sangre que brotaba de su nariz.

—¡Siéntese de una vez, maldita sea! —ladró—. Estamos bajando sin anunciarlo en un lugar de mucho tráfico. Si no quiere romperse el cuello…

—Allí abajo no hay tráfico pesado —dijo Laurel en el mismo tono de voz—. Ni tráfico, ni camiones extintores. Nick murió por nada, y yo nunca podré transmitir su mensaje. Mírelo con sus propios ojos.

Brian lo hizo. Y aunque ahora estaban sobrevolando los suburbios de Los Ángeles, no vio más que oscuridad.

Al parecer, allá abajo no había nadie.

Absolutamente nadie.

Detrás de él, Laurel Stevenson rompió a llorar en desgarrados sollozos de terror y frustración.

31

Un largo y blanco jet de pasajeros sobrevoló lentamente la tierra veinticinco kilómetros al este del aeropuerto internacional de Los Ángeles. En la cola, en números grandes y orgullosos, se leía: 767. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras AMERICAN PRIDE con letras inclinadas hacia la izquierda para dar impresión de velocidad. A ambos lados del morro figuraba una gran águila roja con las alas tachonadas de estrellas azules. Al igual que el aparato al que decoraba, el águila parecía estar a punto de posarse.

Al pasar por encima de la maraña de calles, el avión no proyectaba ninguna sombra; faltaba una hora para el amanecer. Bajo él no se movía ningún coche ni brillaban las luces de las calles. Bajo él, todo era silencio e inmovilidad. Delante no brillaban las luces de las pistas de rodaje.

El vientre del avión se abrió. El tren de aterrizaje bajó y se extendió. Las ruedas se ajustaron en su lugar.

El vuelo 29 de American Pride descendió hacia Los Ángeles. Al hacerlo, se

inclinó ligeramente hacia la derecha. Ahora, Brian podía realizar las correcciones visualmente y lo hizo. Sobrevolaron un grupo de moteles situado en los alrededores del aeropuerto, y por un instante Brian vio el monumento que se alzaba en el centro del complejo de la terminal: un gracioso trípode de patas curvadas con un restaurante en el centro. Pasaron por encima de una corta extensión de hierba; después, la pista asfaltada se extendió treinta pasos por debajo del avión.

Esta vez, Brian no tenía tiempo de acercar el 767 a los edificios. Los indicadores de combustible estaban a cero, y el hada se encontraba a punto de convertirse en una bruja. Descendió con violencia, como si condujera un trineo lleno de ladrillo. Se produjo un choque que les hizo castañetear los dientes, y la hemorragia nasal comenzó de nuevo. El cinturón que atravesaba su pecho se cerró. Laurel, que ocupaba el asiento del copiloto, dejó escapar un grito.

Después, Brian levantó los alerones y apretó los frenos a fondo. El avión empezó a disminuir su velocidad. Circulaban a poco más de ciento cincuenta kilómetros por hora cuando dos de los frenos dejaron de funcionar y apareció iluminado en rojo el mensaje: CIERRE DE MOTORES. Cogió el micrófono.

—¡Sujétense! ¡Vamos a entrar duro! ¡Sujétense!

Los frenos dos y cuatro continuaron funcionando un momento más y después también dejaron de hacerlo. El avión se precipitó por la pista de rodaje en medio de un silencio espantoso, con la única ayuda de los alerones para detenerlo. Brian se quedó mirando desamparado, mientras la pista de asfalto desaparecía bajo el avión y se acercaba la red de encrucijadas de las pistas interiores. Y allí, exactamente frente a ellos, estaba la carcasa de un jet de la Pacific Airways.

El 767 seguía circulando al menos a cien kilómetros por hora. Brian hizo que doblara hacia la derecha, apoyándose en el volante con todas sus fuerzas. El avión respondió y se deslizó junto al jet estacionado, a apenas dos metros de distancia. Sus ventanillas pasaron rugiendo como una hilera de ojos ciegos.

Después rodaron hacia la terminal de la United, donde había por lo menos una docena de aviones estacionados en fila, como bebés amamantando. Ahora, la velocidad del 767 había descendido a poco más de cincuenta kilómetros por hora.

—¡Agárrense fuerte! —gritó Brian por el intercomunicador, olvidando por un instante que su avión estaba ahora tan muerto como los demás y que utilizar el intercomunicador era inútil—. ¡Vamos a chocar! ¡Va…!

El avión de la American Pride chocó contra la puerta 29 de la terminal de United Airlines, a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora. Se oyó el ruido producido por un fuerte golpe hueco, seguido por el de metal y cristales rotos. Brian recibió otra violenta sacudida y después se desplomó sobre el asiento. Se quedó un momento allí, rígido, esperando la explosión, y entonces recordó que en los tanques no quedaba nada que pudiera explotar. Apagó todos los interruptores del panel de control —el panel estaba muerto, pero los hábitos persistían—, y después se volvió para mirar a Laurel. Ella le devolvió la mirada con una expresión apática y sin brillo.

—Nunca había estado tan cerca —dijo Brian vacilante.

—Debió permitir que nos estrelláramos. Todo lo que intentamos… Dinah…, Nick…, todo para nada. Aquí es igual. Exactamente igual.

Brian se desabrochó el cinturón y se incorporó temblando. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se lo tendió.

—Límpiese la nariz. Está sangrando.

Ella cogió el pañuelo y lo miró, como si fuera el primero que veía en su vida.

Brian pasó a su lado y se dirigió lentamente hacia el compartimiento principal. Se quedó en la puerta, contando cabezas. Sus pasajeros —es decir los que quedaban— parecían estar bien. Bethany tenía la cabeza apretada contra el pecho de Albert y sollozaba. Rudy Warwick se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se golpeó la cabeza contra el maletero y volvió a sentarse. Miró a Brian con ojos confusos y desconcertados. Brian se preguntó si Rudy seguiría teniendo hambre. Más bien le parecía que no.

—Salgamos del avión —dijo Brian.

Bethany levantó la cabeza.

—¿Cuándo vienen? —le preguntó, histérica—. ¿Cuánto tardarán esta vez? ¿Los oye alguien?

Brian sintió que el dolor volvía a invadirle la cabeza y se tambaleó. De pronto, tuvo la seguridad de que iba a desmayarse.

Un brazo firme le rodeó la cintura. Sorprendido miró a su alrededor. Era Laurel.

—El capitán Engle tiene razón —dijo con serenidad—. Salgamos del avión. Tal vez las cosas no estén tal mal como parece.

Bethany emitió una carcajada histérica.

—¿Hasta qué punto puede parecer mal? —preguntó—. ¿Hasta qué punto…?

—Hay algo distinto —dijo súbitamente Albert, que miraba por la ventanilla—. Algo ha cambiado. No sé cuál es la diferencia, pero no es lo mismo. —Miró primero a Bethany, y después a Brian y a Laurel antes de repetir—: No es lo mismo.

Brian se inclinó junto a Bob Jenkins y miró por la ventanilla. No veía nada demasiado distinto del aeropuerto de Bangor. Había más aviones, por supuesto, pero estaban tan desiertos, tan muertos como los otros. De todos modos, pensó que Albert podía haber sentido algo.

Era más una sensación que algo tangible. Había alguna diferencia esencial que no conseguía captar. Se le escapaba, como le había sucedido con el nombre del perfume de su ex mujer.

Es L'Envoi, querido Brian. Es el que siempre he usado, ¿recuerdas?

¿Recuerdas?

—Vamos —dijo—. Esta vez usaremos la salida de la cabina de mandos.

32

Brian abrió la trampilla situada bajo el panel de instrumentos y trató de recordar por qué no la habían utilizado en Bangor para hacer bajar a sus pasajeros: era mucho más fácil que usar el tobogán de emergencia. No parecía haber una razón. Simplemente, no se le había ocurrido, tal vez porque lo habían entrenado para pensar antes que nada en el tobogán en una situación de emergencia.

Se metió acuclillado en la zona delantera, deslizándose bajo un nido de cables eléctricos, y abrió el cerrojo que había en el suelo, en el morro del 767. Albert se unió a él y ayudó a bajar a Bethany. Brian ayudó a Laurel; después, él y Albert ayudaron a Rudy, que se movía como si sus huesos se hubieran convertido en vidrio. Seguía apretando el rosario. Como el espacio que quedaba bajo la cabina estaba muy atestado, Bob Jenkins los esperó arriba, apoyado en las manos y observándolos a través de la trampilla.

Brian sacó la escalerilla, quitando los ganchos de seguridad, y la colocó en su lugar. Descendieron uno por uno, Brian primero y Bob en último término.

Cuando los pies de Brian tocaron el asfalto, sintió una urgencia loca por apoyar la mano en su corazón y exclamar: *¡Reclamo esta tierra de leche rancia y amarga miel para los supervivientes del vuelo 29, al menos hasta que lleguen los langolieros!*

Sin embargo, no dijo nada. Se quedó allí con los demás, bajo la cúpula que formaba el morro del avión, mirando a su alrededor y sintiendo una ligera brisa contra sus mejillas. Oyó un ruido a lo lejos. No era el sonido chisporroteante y mordiente que habían advertido en Bangor, no se parecía en nada a aquél, pero tampoco conseguía descubrir a qué sonaba exactamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Bethany—. ¿Qué es ese ronroneo? Parece electricidad.

—No —dijo pensativamente Bob—. Suena como… —Y meneó la cabeza.

—No suena a nada que haya oído antes —intervino Brian, pero no estaba seguro de que fuera verdad. Una vez más, lo asaltó la sensación de que algo que sabía o debería saber rondaba por su mente.

—Son ellos, ¿no? —preguntó Bethany, casi histérica—. Son ellos, que vienen. Los langolieros de los que nos habló Dinah.

—No lo creo. No suena igual. —Pero de todos modos sintió que el miedo le retorcía las entrañas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Rudy. Su voz era áspera como la de un cuervo—. ¿Empieza todo de nuevo?

—Bueno, no necesitamos la cinta transportadora y, para empezar, eso ya es algo. La puerta de servicio de la pista está abierta —dijo Brian mientras salía de debajo del morro del 767 y señalaba en aquella dirección. La fuerza del aterrizaje había desplazado la escalerilla rodante de la puerta 29, pero resultaría sencillo volver a colocarla en posición—. Vamos. —Se dirigieron en grupo hacia la escalerilla—.

Albert —añadió—, ayúdame con la escale…

—Esperen —interrumpió Bob.

Brian volvió la cabeza y vio que Bob miraba a su alrededor con maravillada cautela. Y esa expresión en sus ojos, antes nublados…, ¿era de esperanza?

—¿Qué? ¿Qué es, Bob? ¿Qué ve?

—Solo otro aeropuerto vacío. Es lo que siento —contestó Bob, acercando una mano a su mejilla. Después la levantó, como si intentara hacer flamear una bandera.

Brian empezaba a preguntarle qué quería decir cuando comprendió que lo sabía. ¿Acaso no lo había notado él mismo cuando estaba de pie bajo el morro del jet? ¿No lo había notado y apartado de su pensamiento?

La brisa soplaba contra su cara. No era una brisa fuerte, apenas más que un hálito, pero era brisa. El aire estaba en movimiento.

—¡Cristo bendito! —exclamó Albert. Se metió un dedo en la boca y después lo levantó. En su cara apareció una sonrisa incrédula.

—Y eso no es todo —dijo Laurel—. ¡Escuchen!

Salió repentinamente de debajo del ala del 767, donde se habían detenido, y regresó corriendo con el cabello flotando a sus espaldas. Sus altos tacones repiqueteaban enérgicamente sobre el pavimento.

—¿Lo han oído? —preguntó—. ¿Lo han oído?

Lo habían oído. Aquel timbre chato y sofocado había desaparecido. Y ahora, escuchando hablar a Laurel, Brian comprendió que, en Bangor, sus voces sonaban como si todos ellos hablasen con las cabezas metidas dentro de campanas fundidas en algún metal sofocante: bronce o, tal vez, plomo.

Bethany levantó las manos y dio unas palmadas, que sonaron con la claridad y nitidez del estallido de una pistola. En su rostro apareció una sonrisa de deleite.

—¿Qué signi…? —empezó a preguntar Rudy.

—¡El avión! —exclamó Albert con voz aguda y jubilosa. Durante un segundo Brian recordó a aquel tipejo de *Fantalandia*, un antiguo programa de la tele. Estuvo a punto de lanzar una carcajada—. ¡Ya sé qué es lo distinto! ¡Miren el avión! ¡Ahora es igual que los demás!

Se volvieron para mirar. Durante un largo momento, nadie dijo nada, quizá porque nadie era capaz de hablar. El Delta 727 estacionado junto al jet de la American Pride en Bangor tenía un aspecto apagado y desvencijado, en cierta forma menos real que el 767. Ahora, en cambio, todos los aparatos —el de American Pride y los de la United alineados en las pistas que se extendían a sus espaldas— presentaban el mismo brillo y aspecto. Incluso en la oscuridad, la pintura y los logotipos de las marcas parecían resplandecer.

—¿Qué significa? —preguntó Rudy a Bob—. ¿Qué significa? Si de verdad las cosas vuelven a ser normales, ¿por qué no funciona la electricidad? ¿Dónde está la gente?

—¿Y qué es ese ruido? —intervino Albert.

El ruido sonaba más cercano, con más claridad. Era un ronroneo, como había dicho Bethany, pero no tenía nada de eléctrico. Parecía aire circulando por una tubería abierta, o un coro inhumano que emitiera al unísono una letra abierta: aaaaaaaa…

Bob meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo, volviéndose—. Volvamos a colocar la escalerilla y entremos…

Laurel lo asió por un hombro.

—¡Usted sabe algo! —dijo con voz tensa—. Lo veo en su expresión. Deje que nos enteremos, ¿no le parece?

Él vaciló un momento y meneó de nuevo la cabeza.

—En este momento no estoy preparado para decirlo, Laurel. Primero quiero entrar y mirar.

Tuvieron que contentarse con eso. Brian y Albert volvieron a colocar la escalerilla. Unos de los cierres se había aflojado ligeramente, y Brian lo sujetó mientras subían uno tras otro. Él subió el último, caminando por el lado opuesto al del cerrojo roto. Los otros lo habían esperado para recorrer juntos el camino y entrar en la terminal.

Se encontraron en un recinto grande, redondo, con puertas de embarque colocadas a intervalos regulares a lo largo de la pared curva. Las desiertas hileras de asientos presentaban un aspecto fantasmal y las luces fluorescentes del techo eran cuadrados oscuros, pero a Albert le pareció que casi podía percibir el olor de otra gente, como si la sala hubiese estado llena de personas que habían salido en bandada segundos antes de que entraran los supervivientes del vuelo 29.

Desde el exterior, aquel ronroneo coral continuaba hinchándose, aproximándose como una lenta ola invisible: aaaaaaa…

—Vengan conmigo —dijo Bob Jenkins, haciéndose cargo del grupo de manera natural—. Rápido, por favor.

Se precipitó hacia el vestíbulo y los otros lo siguieron en fila. Albert y Bethany caminaban juntos, enlazados por la cintura. Una vez que salieron de la superficie alfombrada de la sala de embarque de la United, y ya en el vestíbulo, sus tacones repiquetearon y despertaron ecos, como si en lugar de seis personas fueran dos docenas. Pasaron junto a borrosos y oscuros carteles publicitarios colgados de las paredes: Mire la CNN, Fume Marlboro, Conduzca un Hertz, Lea *Newsweek*, Vea Disneylandia…

Y aquel ruido, aquel ruido abierto y coral, continuaba aumentando. Cuando estaban fuera, Laurel había creído que se aproximaba hacia ellos desde el oeste. Ahora parecía estar allí, con ellos, como si los cantantes —en caso de que fueran cantantes— ya hubieran llegado. El ruido no la asustaba exactamente, pero le ponía la carne de gallina.

Llegaron a un restaurante-cafetería y Bob los condujo adentro. Sin detenerse, se deslizó tras el mostrador y cogió una pasta envuelta de una pila que había sobre la

barra. Al intentar abrir el paquete con los dientes, comprendió que su dentadura se había quedado en el avión. Emitió un pequeño sonido de disgusto y la arrojó en dirección a Albert.

—Hazlo —ordenó, con los ojos brillantes—. ¡Rápido, Albert! ¡Rápido!

—¡Rápido, Watson, el juego ha comenzado! —dijo Albert, riendo como un lunático. Abrió el envoltorio de celofán y miró a Bob, que asintió. Albert sacó la pasta y la mordió. Por los lados se escurrieron nata y jalea de frambuesa. Albert sonrió—. ¡Ez delizioza! —exclamó con la voz amortiguada, dispersando migas al hablar—. ¡Deliciosa!

Se la tendió a Bethany, que dio un mordisco más grande.

Al oler el relleno de frambuesa, el estómago de Laurel pareció borbotear. La muchacha se echó a reír. Súbitamente se sentía mareada, alegre, casi drogada. Las telarañas producidas por la despresurización habían desaparecido casi por completo; sentía la cabeza como si fuera la habitación de una planta alta después de haber soplado la fresca brisa marina en una tarde caliente y pegajosa. Pensó en Nick, que no estaba allí, que había muerto para que los demás pudieran estar allí, y se le ocurrió que a él no le habría importado que se sintiera así.

El sonido coral continuaba aumentando. Era un sonido sin dirección, un suspiro cantarín sin origen definido que los envolvía: aaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Bob Jenkins salió de detrás de la barra, sorteando la caja registradora a tal velocidad que tuvo que cogerse al carrito de los condimentos para no perder el equilibrio y caer. Lo logró, pero el carrito de acero inoxidable se estampó contra el suelo con un estallido maravilloso y resonante, dispersando cubiertos de plástico y paquetitos de mostaza, ketchup y especias en todas direcciones.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡No podemos quedarnos aquí! Va a suceder pronto, creo que en cualquier momento, y no podemos estar aquí cuando ocurra. ¡Creo que no es seguro!

—¿Qué es lo que no es…? —empezó a preguntar Bethany, pero entonces Albert la rodeó con un brazo y la arrastró detrás de Bob, su lunático guía, que ya corría hacia la puerta de la cafetería.

Salieron corriendo y lo siguieron hacia la sala de embarque de la United. Ahora, el eco de sus pisadas casi se perdía en el poderoso canturreo que inundaba la terminal desierta, sonando y resonando en las innumerables gargantas de sus pasillos.

Brian advirtió que aquella vasta nota empezaba a fragmentarse. No se estremecía, ni siquiera cambiaba realmente, pero adquiría nitidez del mismo modo que lo había adquirido el sonido que emitían los langolieros conforme se iban aproximando a Bangor.

Cuando volvieron a entrar en la sala de embarque, vio que una luz etérea empezaba a deslizarse sobre las sillas vacías, los monitores oscuros de LLEGADAS y SALIDAS y los mostradores de embarque. El rojo siguió al azul; el amarillo, al rojo; el verde, al amarillo. El aire parecía llenarse de una espera enorme y exótica. Sintió que

un escalofrío le recorría el cuerpo, que todo el vello se le erizaba. Una nítida sensación de seguridad empezó a invadirlo como un rayo de sol matinal: *Estamos al borde de algo, de una cosa grande y sorprendente*, pensó.

—¡Por aquí! —gritó Bob. Los condujo hacia la pared situada junto al camino por donde habían entrado. Era una zona reservada para pasajeros, protegida por un cordón de terciopelo rojo. Bob saltó por encima con la misma facilidad del escolar que había sido alguna vez—. ¡Contra la pared!

—¡Contra la pared, gilipollas! —gritó Albert en un espasmo de risa súbita e incontrolable.

Se reunieron con Bob, apretándose contra la pared como sospechosos en una rueda de identificación policial. En el desierto vestíbulo circular que tenían delante, los colores resplandecieron un momento y después empezaron a desvanecerse. Sin embargo, el ruido continuaba intensificándose y se hacía más real. A Brian le pareció que en ese ruido distinguía voces y pasos, incluso algunos molestos llantos de bebé.

—¡No sé de qué se trata, pero es maravilloso! —exclamó Laurel, que reía y lloraba simultáneamente—. ¡Me encanta!

—Espero que aquí estemos seguros —dijo Bob. Tuvo que alzar la voz para que lo oyeran—. Creo que sí. Nos encontramos lejos de las principales zonas de tráfico.

—¿Qué va a suceder? —preguntó Brian—. ¿Qué es lo que sabe?

—¡Cuando atravesamos la falla de tiempo hacia el este, retrocedimos en el tiempo! —gritó Bob—. ¡Fuimos al pasado! Tal vez solo quince minutos, ¿recuerdan que lo dije?

Brian asintió y, de pronto, la cara de Albert se iluminó.

—¡Esta vez nos ha conducido al futuro! —exclamó—. Es eso, ¿no? ¡Esta vez la falla nos ha conducido al futuro!

—¡Sí, creo que sí! —respondió Bob a gritos. Sonreía sin poder evitarlo—. ¡Y en lugar de llegar a un mundo muerto, a un mundo que se había movido sin nosotros, hemos llegado a un mundo que está a punto de nacer! ¡Un mundo tan fresco y nuevo como una rosa en el momento de abrirse! Creo que eso es lo que está sucediendo ahora. Eso es lo que oímos y percibimos, lo que nos ha producido esta alegría tan maravillosa e involuntaria. Creo que estamos a punto de ver y experimentar algo que ningún hombre y ninguna mujer han contemplado nunca. Hemos presenciado la muerte del mundo; ahora creo que vamos a asistir a su nacimiento. Creo que el presente está a punto de alcanzarnos.

Así como habían brillado y se habían desvanecido los colores, disminuyó de pronto el timbre profundo y reverberante del sonido. Al mismo tiempo, las voces que lo formaban empezaron a hacerse más fuertes y claras. Laurel comprendió que estaba oyendo palabras e incluso frases enteras:

—… tengo que llamarla antes de que decida…

—… realmente no creo que la opción sea viable…

—… y si no podemos cargarle este asunto a la compañía madre, nos iremos a

casa secos…

Eso era lo que pasaba frente a ellos a través del vacío que había al otro lado de la cuerda de terciopelo.

Brian Engle sintió que en su interior crecía una especie de éxtasis que lo envolvía en un resplandor de maravilla y felicidad. Tomó la mano de Laurel y sonrió a la joven cuando ella la cogió y la apretó con fuerza. Junto a ellos, Albert abrazó de pronto a Bethany, y ésta empezó a llenar su cara de besos, riendo. Bob y Rudy se sonrieron encantados, como amigos perdidos que se han encontrado por casualidad en un lugar absurdo y apartado del mundo.

Por encima de sus cabezas, las luces fluorescentes empezaron a encenderse. Lo hicieron sucesivamente, desde el centro del recinto, en un círculo en expansión que atravesó todo el vestíbulo, apartando las sombras de la noche como si fuera un rebaño de ovejas negras. De pronto, Brian percibió olores: sudor, perfume, loción para después del afeitado, agua de colonia, humo de cigarrillos, cuero, jabón, desinfectante industrial…

El amplio círculo del vestíbulo de embarque permaneció vacío un instante más. Era un lugar ocupado por las voces y los pasos de aquellos que todavía no existían. Y Brian pensó: *Voy a presenciarlo. Voy a ver el presente en movimiento, llegando a este futuro estacionario y arrastrándolo, igual que aquellos ganchos de los antiguos trenes expreso solían enganchar sacas de correspondencia de los postes del servicio de Correos que había junto a las vías de los pequeños pueblos soñolientos del Sur. Voy a ver cómo se abre el tiempo del mismo modo que una rosa en una mañana de verano*.

—Sujétense —musitó Bob—. Quizá se produzca una sacudida.

Apenas un segundo más tarde, Brian percibió un golpe sordo, no solo bajo sus pies, sino también en todo su cuerpo. En el mismo momento sintió como si una mano invisible le hubiera dado un empujón en el centro de la espalda. Se inclinó hacia delante y notó que Laurel lo seguía. Albert tuvo que coger a Rudy para evitar que cayera. A Rudy no pareció importarle; en su cara apareció una sonrisa inmensa, delirante.

—¡Mira! —jadeó Laurel—. ¡Oh, Brian, mira!

Él miró y sintió que se le cortaba la respiración.

La sala de embarque estaba llena de fantasmas.

Figuras etéreas, transparentes, se cruzaban y entrecruzaban por la gran zona central: hombres con trajes de ejecutivo y carteras en la mano; mujeres con hermosos conjuntos de viaje; adolescentes con Levi’s y camisetas decoradas con logos de grupos de rock. Vio a un padre fantasma llevando de la mano a dos niños fantasma y, a través de ellos, a otros fantasmas sentados en las sillas, leyendo ejemplares transparentes de *Cosmopolitan*, *Esquire* y *U. S. News & World Report*. Después, el color descendió en una serie de resplandores de cometa sobre aquellas formas y las solidificó, y las voces resonantes se resolvieron en un prosaico enjambre en estéreo

de verdaderas voces humanas.

Estrellas fugaces —pensó Brian—. *Solo estrellas fugaces*.

Los dos niños eran los únicos que estaban mirando directamente a los supervivientes del vuelo 29 cuando se produjo el cambio; ellos fueron los únicos que vieron a cuatro hombres y a dos mujeres en un lugar donde un segundo antes solo había una pared vacía.

—¡Papá! —exclamó el pequeño, tirando de la mano derecha de su padre.

—¡Papá! —dijo la niña, tirando de su mano izquierda.

—¿Qué? —preguntó el padre, lanzándoles una mirada impaciente— ¡Estoy buscando a mamá!

—¡Gente nueva! —dijo la niña, señalando a Brian y a su desaliñado quinteto de pasajeros—. ¡Mira la gente nueva!

El hombre miró un momento a Brian y a los otros, y apretó la boca en un gesto nervioso. Brian supuso que era a causa de la sangre. Él, Laurel y Bethany habían tenido hemorragias nasales. El hombre sujetó con fuerza las manos de los niños y empezó a arrastrarlos a toda prisa.

—Sí, bien. Ahora, ayudadme a buscar a mamá. ¡Menudo lío!

—¡Pero no estaban allí antes! —protestó el niño—. Ellos…

Desaparecieron entre la multitud apresurada.

Brian miró los monitores y vio que eran las cuatro y diecisiete minutos de la madrugada.

Aquí hay mucha gente —pensó—, *y apuesto a que sé por qué*.

Como confirmación, se oyó una voz por los altavoces: «Todos los vuelos hacia el Este continúan en suspenso a causa de las condiciones meteorológicas inusuales sobre el desierto de Mohave. Lamentamos las molestias, pero les pedimos paciencia y comprensión mientras continúen en vigor las medidas de precaución. Repetimos: todos los vuelos hacia el Este…».

Condiciones meteorológicas inusuales —pensó Brian—. *¡Oh, sí! Las más extrañas condiciones meteorológicas que jamás hayan existido*.

Laurel se volvió hacia Brian y miró su rostro. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y no hizo ningún esfuerzo por secarlas.

—¿La oíste? ¿Oíste lo que dijo la niña?

—Sí.

—¿Es eso lo que somos, Brian? ¿Gente nueva? ¿Crees que eso es lo que somos?

—No lo sé —contestó él—, pero es lo que se siente.

—Eso fue maravilloso —dijo Albert—. Dios mío, fue lo más maravilloso del mundo.

—¡Totalmente tubular! —gritó Bethany feliz, y empezó a dar otra vez palmadas.

—Y ahora, ¿qué hacemos Brian? —preguntó Bob—. ¿Alguna idea?

Brian miró hacia la atestada zona de embarque y dijo:

—Creo que quiero salir. Respirar aire fresco y mirar el cielo.

—¿Deberíamos informar a las autoridades de lo que…?

—Lo haremos —dijo Brian—. Pero primero quiero ver el cielo.

—Y tal vez comer algo —dijo Rudy, esperanzado.

Brian rió.

—¿Por qué no?

—Mi reloj se ha detenido —dijo Bethany.

Brian miró su muñeca y vio que al suyo le había pasado lo mismo. Todos sus relojes se habían detenido.

Brian se lo quitó, lo dejó caer al suelo con indiferencia y rodeó con su brazo la cintura de Laurel.

—Nos piramos de aquí —dijo—. A menos que alguno de ustedes quiera esperar el próximo vuelo al Este.

—Hoy no —dijo Laurel—, pero pronto lo haré para ir a Inglaterra. Tengo que buscar a un hombre en… —Durante un momento horrible creyó que había olvidado el nombre, pero al final lo recordó—. En Fluting —dijo—. Preguntar a cualquiera de High Street. La gente todavía lo llama el capataz.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Albert.

—Margaritas —contestó ella, y se echó a reír—. Creo que estoy hablando de margaritas. Hala, vámonos.

Bob sonrió, mostrando unas rosadas encías de bebé.

—Pues yo creo que la próxima vez que tenga que ir a Boston cogeré el tren.

Laurel empujó con el pie el reloj de Brian y preguntó:

—¿Estás seguro de que no lo quieres? Parece caro.

Brian sonrió, meneó la cabeza y la besó en la frente. El olor de su cabello era sorprendentemente dulce. Se sentía más que bien; se sentía renacido: cada centímetro de su persona era nueva y fresca, y no llevaba las marcas del mundo. De hecho, sentía que si abría los brazos podría volar sin ayuda de motores.

—En absoluto —dijo—. Sé qué hora es.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hora es?

—Ahora y media.

Albert le dio una palmada en la espalda.

Abandonaron juntos la sala de embarque, abriéndose camino a través de los grupos de impacientes pasajeros. Muchos los miraron con curiosidad, y no solo porque algunos de ellos parecían haber sufrido hemorragias nasales recientemente, o porque estuvieran riendo en medio de tanta gente enfadada y fastidiada.

Miraron porque esas seis personas parecían, por alguna razón, más brillantes que todos los demás.

Más reales.

Más presentes.

Solo estrellas fugaces —pensó Brian. Y de pronto recordó que en el avión quedaba todavía un pasajero, el hombre de la barba negra—. *Jamás olvidará esta*

resaca. Sonrió y comenzó a correr arrastrando a Laurel. Ella se echó a reír y lo abrazó.

Los seis corrieron juntos por el vestíbulo hacia la escalera mecánica, al encuentro del mundo que había más allá.

Para
Chuck Verril.

Las dos después de medianoche

Una nota sobre Ventana secreta, jardín secreto

Soy una de esas personas que creen que la vida es una serie de ciclos…, de ruedas dentro de ruedas; algunas se mezclan con otras, otras giran solas, pero todas realizan una función repetitiva y concreta. Me gusta esa imagen abstracta de algo parecido a una eficaz máquina industrial, probablemente porque la vida real, cercana y personal, parece muy confusa y extraña. Es agradable poder distanciarse de vez en cuando y decir: ¡Al fin y al cabo, hay un esquema! ¡No sé qué significa, pero por Dios que lo veo!

Todas esas ruedas parecen completar sus ciclos aproximadamente al mismo tiempo, y cuando sucede —más o menos cada veinte años, creo—, pasamos por una etapa en la que terminamos cosas. Los psicólogos han inventado incluso una palabra para describir este fenómeno: lo llaman clausura.

Ahora tengo cuarenta y dos años y, al examinar los últimos cuatro de mi vida, puedo descubrir todo tipo de clausuras. Esto es tan evidente en mi trabajo como en todo lo demás. En *It* utilicé una increíble cantidad de espacio para terminar de hablar de los niños y de las vastas percepciones que iluminan sus vidas interiores. El año próximo tengo intención de publicar la última novela del ciclo Castle Rock, *La Tienda* (la última historia del segundo volumen de esta antología, «El perro de la Polaroid» forma el prólogo de esta novela). Por otra parte, creo que esta historia es la última que dedicaré al tema de los escritores, a la escritura y a esa extraña tierra de nadie que existe entre lo que es real y lo que es ficticio. Sin duda, una buena cantidad de mis lectores, que han soportado pacientemente mi fascinación por este tema, se alegrarán de saberlo.

Hace unos años publiqué una novela llamada *Misery* que, al menos en parte, trataba de ilustrar la poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el lector. El año pasado publiqué *La mitad oscura*, donde trataba de explorar lo contrario: la

poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el escritor. Mientras ese libro estaba en proceso de elaboración, empecé a pensar que tal vez hubiera una manera de contar ambas historias al mismo tiempo, enfocando algunos de los elementos del argumento de *La mitad oscura* desde un ángulo totalmente distinto. En mi opinión, escribir es un acto secreto —tan secreto como soñar—, y ése es un aspecto de este extraño y peligroso oficio en el cual nunca había reflexionado mucho.

Sabía que de vez en cuando los escritores revisaban viejos trabajos (John Fowles lo hizo con *El mago*, y yo mismo lo hice con *Apocalipsis*), pero lo que tenía en la cabeza no era una revisión. Quería tomar elementos familiares y reunirlos de una manera enteramente nueva. Lo había intentado hacer al menos una vez antes, reestructurando y poniendo al día los elementos básicos del *Drácula* de Bram Stoker para crear *El misterio de Salem's Lot*, y me sentía cómodo con la idea.

Un día de finales de otoño de 1987, mientras estaba pensando estas cosas, me detuve en el lavadero de nuestra casa para dejar una camisa sucia. Nuestro lavadero está en el segundo piso y es una habitación pequeña y estrecha. Metí la camisa en la máquina y me acerqué a una de las dos ventanas del cuarto. Solo por curiosidad casual. Hace ya once o doce años que vivimos en la misma casa, pero nunca había mirado antes por esta ventana en particular. La razón es sencilla: colocada a nivel del suelo, casi escondida detrás de la secadora, medio oculta tras los cestos de ropa sucia, es una ventana que apenas sirve para mirar nada. De todos modos, me las arreglé para acercarme y miré afuera.

La ventana da a un pequeño recinto con suelo de ladrillo entre la casa y el solárium anejo. Es una zona que veo casi todos los días, pero el ángulo de visión era nuevo. Mi esposa había puesto allí fuera media docena de tiestos, supongo que para que las plantas recibieran un poco del sol de comienzos de noviembre, y el resultado era un jardincillo encantador que solo yo podía ver. Naturalmente, lo que se me ocurrió es el título de este cuento. Me pareció una metáfora excelente para lo que hacen con sus días y sus noches los escritores, sobre todo los que escriben historias fantásticas. Sentarse ante la máquina o coger un lápiz es un acto físico; la analogía espiritual es mirar por una ventana casi olvidada, una ventana que ofrece una vista común desde un ángulo enteramente distinto, un ángulo que convierte lo ordinario en extraordinario. El trabajo del escritor es mirar por esa ventana e informar de lo que ve.

Pero a veces la ventana se rompe. Creo que ése, más que ningún otro, es el tema de este relato: ¿qué le sucede al observador atento cuando la ventana entre la realidad y lo irreal se rompe y el cristal empieza a volar?

Capítulo 1

—Usted me robó la historia —aseguró el hombre de pie en el umbral—, me robó la historia y habrá que hacer algo al respecto. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo, y hay que hacer algo.

Morton Rainey, que acababa de despertar de la siesta y todavía se sentía un tanto alejado del mundo real, no tenía ni idea de qué podía decir. Aquello no le sucedía nunca cuando estaba trabajando, enfermo o sano, totalmente despierto o medio dormido. Era un escritor, y casi nunca tenía dificultades para poner en boca de sus personajes una réplica aguda. Rainey abrió la boca, no encontró en ella ninguna réplica aguda, por tímida que fuera, y volvió a cerrarla.

Pensó: *Este hombre no parece enteramente real. Parece un personaje de una novela de William Faulkner*.

Eso no lo ayudaba a resolver la situación, pero era una verdad innegable. El tipo que había llamado a su puerta en aquella casa del oeste de Maine aparentaba unos cuarenta y cinco años y era muy delgado. Tenía un rostro apacible, casi sereno, atravesado por surcos profundos que se extendían horizontalmente a través de su amplia frente formando olas regulares, descendían desde las comisuras de los labios delgados hasta la mandíbula, e irradiaban en diminutos haces desde el rabillo de los ojos. Los ojos eran de un azul brillante, intenso. Rainey no podía decir de qué color tenía el cabello, pues el hombre llevaba un gran sombrero negro de copa redonda, encasquetado de tal modo en la cabeza que la parte inferior del ala tocaba las puntas de sus orejas. Se parecía a esos sombreros que usan los cuáqueros. No le asomaban patillas, de modo que, a juzgar por lo que Morton Rainey veía, bajo ese sombrero de fieltro podía ser tan calvo como Telly Savalas.

Llevaba una camisa de trabajo azul, prolijamente abotonada hasta ceñir la piel fláccida y enrojecida de su cuello pese a no llevar corbata. El faldón de la camisa desaparecía en el interior de unos tejanos, en apariencia demasiado grandes para él. Los pantalones descansaban sobre un par de zapatos de trabajo de un amarillo desvaído, que parecían hechos para caminar por el surco de una tierra recién arada, unos tres pasos y medio detrás del culo de una mula.

—¿Y bien? —preguntó, al ver que Rainey continuaba mudo.

—No lo conozco —dijo por fin Rainey. Era lo primero que decía desde que se había levantado del diván para abrir la puerta, y a él mismo le sonó de una estupidez sublime.

—Eso ya lo sé —replicó el hombre—, y no tiene ninguna importancia. Pero yo sí lo conozco a usted, señor Rainey, y eso es lo que importa. Usted me robó la historia —insistió, tendiendo la mano.

Hasta aquel momento, Rainey no se había dado cuenta de que llevaba algo en ella. Era un fajo de papeles, pero no uno cualquiera. Se trataba de un manuscrito. Pensó que, tras permanecer cierto tiempo en el negocio editorial, cualquiera es capaz

de reconocer un manuscrito.

Sobre todo un manuscrito rechazado.

Y, un momento después, se dijo: *Morton, chico, menos mal que no era un revólver. Habrías llegado al infierno antes de enterarte de que habías muerto*.

Con mayor lentitud aún, comprendió que probablemente estaba hablando con algún loco. Por supuesto, hacía tiempo que debía haber sucedido. Aunque sus últimos tres libros habían sido *best sellers*, ésa era la primera visita que recibía de esa tribu fabulosa. Sintió una mezcla de miedo y pena, al tiempo que su mente se concentraba en un único objetivo: cómo librarse del tipo lo antes posible y con la menor dosis posible de agresividad.

—No leo manuscritos… —empezó a decir.

—Éste ya lo ha leído —le interrumpió serenamente el hombre con cara de aparcero—. Lo robó.

Hablaba como si estuviera constatando un hecho simple, como un hombre que dice que acaba de salir el sol y hace un agradable día de otoño.

Al parecer, esa tarde todas las ideas de Morton llegaban con retraso; por primera vez advirtió lo solo que estaba allí. Había llegado a la casa de Tashmore Glen a comienzos de octubre, después de dos meses desdichados en Nueva York. Su divorcio se había hecho efectivo la semana anterior.

Era una casa grande, pero se trataba de un lugar de veraneo, al igual que el propio pueblo. En esa calle en concreto había unas veinte casas, distribuidas a lo largo de la bahía norte del lago Tashmore.

En julio y agosto la mayor parte de las casas permanecía ocupada; pero no estaban ni en julio ni en agosto, estaban a finales de octubre. Comprendió que, probablemente, el ruido de un disparo pasaría inadvertido. Si cualquiera lo escuchaba, supondría que alguien estaba cazando codornices o faisanes. Era la época.

—Puedo asegurarle…

—Ya sé que puede —dijo con la misma increíble paciencia el hombre del sombrero negro—. Ya lo sé.

A espaldas del hombre, Morton veía el vehículo en el que este había llegado. Era una vieja furgoneta con aspecto de haber recorrido muchos kilómetros en su vida, y pocos de ellos por buenas carreteras. Veía que la matrícula no era del estado de Maine, pero no conseguía distinguir de qué estado era. Sabía desde hacía tiempo que tenía que ir al oculista a que le cambiaran las gafas, e incluso había planeado hacerlo a comienzos del verano; pero, un día de abril, Henry Young lo llamó preguntando quién demonios era el tipo con el que había visto a Amy en el embarcadero —¿tal vez un pariente?—, desencadenando un alud de sospechas que culminó de un modo escalofriantemente rápido en el divorcio por mutuo acuerdo.

Aquel huracán de mierda había absorbido todo su tiempo y energía durante los últimos meses. En aquellos días, se daba por satisfecho si recordaba que debía cambiarse de ropa interior, así que cosas tan esotéricas como pedir una cita al oculista

habían quedado relegadas.

—Si desea expresar alguna queja —empezó Morton vacilante, detestando el pomposo sonido de su propia voz, pero sin saber de qué otro modo contestar—, puede hablar con mi ag…

—Esto es entre usted y yo —dijo pacientemente el tipo, de pie en el umbral.

Bump, el gato vagabundo de Mort, que había permanecido acurrucado en el pequeño armario destinado a la basura (había que meter la basura en un lugar cerrado, porque si no, por la noche, venían los mapaches y rompían las bolsas, dispersando su contenido), en ese momento bajó de un salto y se abrió paso por entre las piernas del extraño.

Los brillantes ojos azules del hombre no apartaron su mirada de la cara de Rainey.

—No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo —insistió.

—No me gusta que me acusen de plagio, si es eso lo que pretende —dijo Mort, mientras algo en su mente le advertía que debía ser muy cuidadoso en el trato con gente perteneciente a la tribu de los Locos Frustrados.

¿Seguirles la corriente? Sí. Pero aquel hombre no parecía tener un arma, y Mort lo superaba en más de veinte kilos. *Además, por su aspecto, tengo cinco o diez años menos que él*, pensó. Había leído que un tipo verdaderamente loco poseía una fuerza anormal, pero no tenía intención de quedarse allí y dejar que aquel hombre al que nunca había visto continuara diciendo que él, Morton Rainey, le había robado su relato. Por lo menos, no sin rebatir su acusación.

—No me extraña que no le guste —dijo el hombre del sombrero negro. Hablaba con el mismo tono sereno y paciente. A Morton le pareció que lo hacía como un terapeuta cuyo trabajo es enseñar a niños pequeños con alguna clase de retraso mental leve—. Pero lo hizo. Me robó mi historia.

—Tendrá que irse —dijo Mort. Ahora estaba completamente despierto y ya no se sentía tan desconcertado y en desventaja—. No tengo nada que decirle.

—Sí, me iré —dijo el hombre—. Seguiremos hablando en otro momento.

Le tendió el fajo de papeles, y Mort se descubrió tendiendo la mano para cogerlo. Volvió a dejarla caer a un costado, un instante antes de que su visitante inesperado e indeseado pudiera depositar en ella el manuscrito, como un oficial de justicia que finalmente logra entregar una citación a un hombre que ha estado eludiéndolo durante meses.

—No pienso cogerlo —dijo Mort, maravillado por la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Cuando alguien te tiende algo, tu primer instinto es cogerlo. No importa que sea un cheque de mil dólares o un cartucho de dinamita con la mecha encendida: la primera reacción es cogerlo.

—Señor Rainey, no le servirá de nada jugar conmigo —dijo el hombre tranquilamente—. Es preciso solucionar este problema.

—En lo que a mí se refiere, ya está solucionado —dijo Mort, y cerró la puerta

ante aquella cara arrugada, gastada y, en cierto modo, atemporal.

Solo había sentido uno o dos momentos de miedo, cuando advirtió, de una manera desorientada y soñolienta, lo que estaba diciendo el hombre.

Después, todo había sido absorbido por un sentimiento de cólera. Cólera por que lo molestaran durante su siesta y más cólera al comprender que quien lo molestaba era un representante de los Locos Frustrados.

Una vez cerrada la puerta, el miedo retornó. Apretó los labios y esperó a que el tipo empezara a golpearla. Y cuando eso no sucedió, tuvo la convicción de que el tipo seguía de pie allá fuera, quieto como una piedra y tan paciente como ella, esperando a que Morton volviera a abrir la puerta, cosa que tendría que hacer, más pronto o más tarde.

Después oyó un golpe sordo, seguido de una serie de pasos ligeros que cruzaban el porche. Mort se dirigió hacia el dormitorio principal, que daba al sendero para coches. Allí había dos ventanales: uno daba al sendero y a la colina que quedaba detrás; el otro ofrecía una visión de la pendiente que conducía a la extensión azulada y plácida del lago Tashmore.

Ambos ventanales estaban reflectarizados, es decir, que él podía mirar al exterior, pero cualquiera que intentara mirar de fuera adentro vería solo su imagen distorsionada, a menos que apretara la nariz contra el cristal y colocara las manos a uno y otro lado de los ojos.

Vio que el hombre con camisa de trabajo y tejanos doblados en las perneras regresaba a su vieja furgoneta. Desde ese ángulo, podía ver a qué estado pertenecía la matrícula: Mississippi. Mientras el hombre abría la portezuela del lado del conductor, Morton pensó: *¡Mierda! El arma está en el coche. No la llevaba encima porque creía que podría razonar conmigo, sea cual fuere la idea que tiene de lo que significa «razonar». Pero ahora ha ido a buscarla y regresará. Probablemente la guarde en la guantera o debajo del asiento*…

Sin embargo, el hombre se sentó ante el volante, deteniéndose solo lo indispensable para quitarse el sombrero negro y dejarlo en el asiento contiguo. Cuando cerró la portezuela y puso en marcha el motor, Mort pensó: *Ahora hay en él algo distinto*. Pero solo comprendió lo que era después de que el visitante indeseado hubiera recorrido el sendero y desaparecido tras el espeso seto que Mort siempre olvidaba podar.

Cuando el hombre había entrado en el coche ya no llevaba el manuscrito.

Capítulo 2

Estaba en el porche trasero. Le había puesto una piedra encima para evitar que las páginas salieran volando al soplar la brisa. El golpe sordo que había oído lo hizo el hombre al poner la piedra sobre el manuscrito.

Mort se quedó de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui, mirándolo. Sabía que la locura no era contagiosa (excepto en casos de contacto prolongado, imaginaba), pero seguía sin querer tocar el maldito fajo de papeles. Sin embargo, suponía que tendría que hacerlo. No sabía exactamente cuánto tiempo estaría en Tashmore Glen. Tal vez un día, una semana, un mes o un año; en ese momento, cualquier cosa parecía posible. La cuestión era que no podía dejar ahí esa maldita cosa. Esa tarde, temprano, acudiría Greg Carstairs, el encargado de cuidar su casa, para entregarle un presupuesto de lo que costaría volver a techar la casa, y se preguntaría qué era aquello. O, peor aún, supondría que pertenecía a Mort, lo cual requeriría más explicaciones de las que merecía el hecho en sí.

Permaneció allí, de pie, hasta que el ruido del motor de la furgoneta de su visitante se perdió en el murmullo sordo y lento de la tarde.

Después salió al porche, caminando cuidadosamente con los pies descalzos (hacía ya un año que el porche necesitaba una mano de pintura, y la madera reseca estaba llena de astillas), y arrojó la piedra al matorral de enebro que había a la izquierda. Cogió el pequeño montón de páginas y lo miró. En la primera página figuraba el título. Ponía:

VENTANA SECRETA, JARDÍN SECRETO
John Shooter

Muy a su pesar, Mort experimentó un instante de alivio. Jamás había oído hablar de John Shooter, y jamás había leído o escrito un relato llamado *Ventana secreta, jardín secreto*.

Al entrar, arrojó el manuscrito a la papelera de la cocina, regresó al diván de la sala y volvió a acostarse. Cinco minutos después estaba dormido.

Soñó con Amy. En aquellos días dormía mucho y soñaba con Amy. Ya no le sorprendía demasiado despertar sobresaltado por el sonido de sus propios gritos roncos. Suponía que, con el tiempo, las pesadillas acabarían por desaparecer.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Mort se encontraba sentado frente a su ordenador, en el pequeño recoveco de la sala que siempre había utilizado como lugar de trabajo en aquella casa. El ordenador estaba conectado, pero él miraba el lago a través de la ventana. Había dos motoras, que trazaban anchos surcos blancos en el agua azul. Al principio pensó que se trataba de pescadores, pero no disminuían la velocidad. Se limitaban a avanzar, retroceder y cruzarse describiendo amplias curvas. *Jóvenes* —se dijo—. *Son jóvenes jugando*.

No hacían nada interesante, pero, al fin y al cabo, él tampoco. Desde que dejara a Amy, no había escrito una palabra que valiera la pena. Todos los días, de nueve a once, se sentaba frente al ordenador, como había hecho todos los días durante los tres últimos años (durante los mil años anteriores había pasado aquellas dos horas frente a un viejo modelo de la Royal), pero a juzgar por lo que salía de allí, habría podido cambiar tranquilamente el ordenador por una motora e irse con los muchachos al lago.

Aquel día, durante esas dos horas, había escrito las siguientes líneas de prosa insustancial:

> Cuatro días después de haber confirmado con satisfacción que su esposa lo engañaba, George se enfrentó a ella.
>
> —Abby, tengo que hablar contigo —dijo.

No era bueno.

Demasiado parecido a la vida real para ser bueno.

Cuando se trataba de la vida real, nunca había sido tan tajante. Tal vez eso fuera parte del problema.

Apagó el ordenador y, un segundo después de haberlo hecho, advirtió que había olvidado archivar el documento. Bueno, estaba bien. Tal vez el crítico que dormía en su inconsciente le había dicho que no merecía la pena guardarlo.

Al parecer, la señora Gavin había terminado su trabajo arriba; finalmente había cesado el ronroneo de la Electrolux. Venía a limpiar todos los martes, y hacía dos martes había quedado reducida a un silencio muy poco característico cuando Mort le comunicó que Amy y él se habían separado. Sospechaba que a ella le gustaba Amy mucho más que él, pero a pesar de todo siguió yendo y Mort supuso que eso ya era algo.

Se levantó y fue al salón en el momento en que la señora Gavin bajaba la escalera. Llevaba la aspiradora cogida por la manga y arrastraba tras de sí el pequeño mecanismo tubular. La máquina descendía de peldaño en peldaño como un perrito mecánico. *Si yo intentara bajar así la aspiradora, se me incrustaría en un tobillo y después caería rodando hasta abajo* —pensó Mort—. *Me pregunto cómo lo hace.*

¿Será otro secreto del oficio? Seguramente sí.

—Hola, ¿qué tal, señora Gavin? —dijo, cruzando la sala en dirección a la puerta de la cocina. Quería tomar una Coca-Cola. Escribir mierda siempre le daba sed.

—Hola, señor Rainey.

Había intentado que lo llamara Mort, pero se negaba. Ni siquiera había aceptado llamarlo Morton. La señora Gavin era una mujer de principios, pero esos principios nunca le habían impedido llamar Amy a su mujer.

Tal vez debería decirle que pesqué a Amy en la cama con otro hombre en uno de los mejores moteles de Derry —pensó Mort mientras empujaba la puerta batiente—. *En el peor de los casos, a lo mejor volvía a llamarla señora Rainey*.

Era una idea fea y mezquina, el tipo de idea causante, según sospechaba, de sus problemas con la escritura; pero, al parecer, no podía evitarlo. Tal vez también desaparecería con el tiempo, como las pesadillas. Por alguna razón, aquello le hizo recordar una pegatina que había visto una vez en la parte trasera de un viejo VW: ESTREÑIDO – NO PUEDE PASAR.

Mientras la puerta de la cocina volvía a cerrarse, la señora Gavin dijo:

—Señor Rainey, he encontrado uno de sus cuentos dentro de la basura. Pensé que querría tenerlo, así que lo he dejado sobre la barra.

—Vale —respondió Mort, sin la menor idea de a qué podía referirse. No tenía la costumbre de tirar al cubo de la basura manuscritos inservibles o borradores. Cuando producía una porquería (cosa que últimamente sucedía con excesiva frecuencia), se iba directamente al cielo de los datos en el archivo circular que tenía a la derecha del ordenador. Ni siquiera por un minuto pensó en el hombre de cara arrugada y sombrero de cuáquero.

Abrió la puerta de la nevera, apartó dos bandejas de cenas rápidas llenas de restos innombrables, descubrió una botella de Pepsi y la abrió mientras cerraba la puerta de la nevera con la cadera. Al ir a tirar la chapa a la basura, vio el manuscrito encima de la barra. La página del título tenía manchas de algo que parecía zumo de naranja, pero, por lo demás, estaba en buen estado. Entonces recordó. Claro, John Shooter. Socio fundador de Locos Frustrados, sucursal Mississippi.

Tomó un trago de Pepsi y cogió el manuscrito. Puso al final la página del título y, en lo alto de la primera página, vio lo siguiente:

John Shooter
Lista de correos
Dellacourt, Mississippi

30 páginas
Aproximadamente 7500 palabras
En venta derechos de serie, Norteamérica

VENTANA SECRETA, JARDÍN SECRETO
John Shooter

El texto estaba mecanografiado en papel de calidad, pero la máquina era un caso desesperado. A juzgar por los resultados, un viejo modelo de oficina en pésimo estado de mantenimiento. La mayoría de las letras estaban tan torcidas como los dientes de un viejo. Leyó la primera frase, después la segunda y la tercera, y durante unos segundos perdió la capacidad de pensar con claridad.

> Todd Downey pensaba que una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era una mujer que mereciera la pena. En consecuencia, decidió matarla. Lo haría en aquel rincón profundo donde se unían la casa y el granero, formando un pronunciado ángulo. Lo haría en el lugar donde su esposa tenía el jardín.

—¡Mierda! —exclamó Mort, dejando el manuscrito. Al hacerlo, empujó la botella de Pepsi con el brazo. La botella se volcó, y el líquido espumoso y burbujeante recorrió la barra y se deslizó por las puertas de los armarios—. ¡Oh, mierda! —repitió, gritando.

La señora Gavin entró a toda prisa, estudió la situación y dijo:

—¡Bah! No es nada. Por el ruido, pensé que se había cortado el cuello. Apártese un poco, ¿quiere, señor Rainey?

Él obedeció. Lo primero que hizo ella fue coger el montón de papeles y ponérselo en la mano. Seguía intacto; el líquido se había derramado hacia el otro lado. Alguna vez había sido un hombre con sentido del humor —en todo caso, él lo creía así—, pero al mirar el pequeño montón de papeles que tenía en la mano, todo lo que pudo conseguir fue un amargo sentimiento de ironía. *Es como el gato de la canción infantil* —pensó—. *Ese que siempre volvía*.

—Si está tratando de ahogar eso —dijo la señora Gavin, señalando el manuscrito con la cabeza mientras sacaba una bayeta de debajo del fregadero—, va por buen camino.

—No es mío —contestó Mort.

Resultaba gracioso, ¿no? El día anterior, cuando estuvo a punto de coger el manuscrito que le tendía el tipo, había pensado en la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Aparentemente, esa urgencia por adaptarse irradiaba en todas direcciones, porque lo primero que sintió al leer aquellas frases fue culpa. ¿Y no era precisamente eso lo que pretendía Shooter, si es que ése era su nombre? Por supuesto que sí. *Usted me robó la historia*, había dicho. ¿Y acaso no era culpa lo que se suponía que debían sentir los ladrones?

—Con permiso, señor Rainey —dijo la señora Gavin, mostrándole la bayeta.

Él se apartó para dejarla limpiar.

—No es mío —repitió, o más bien insistió.

—¡Ah! —exclamó ella, mientras limpiaba la mancha. Luego se acercó al fregadero para escurrir la bayeta—. Pensé que sí.

—Pone John Shooter, ¿ve? —dijo Mort, colocando la página del título en su lugar y mostrándosela.

La señora Gavin dedicó a la página la mirada más breve que permite la cortesía y empezó a limpiar las puertas de los armarios.

—Pensé que era uno de esos…, ¿cómo se llaman? —preguntó—. Pseudonombres…, o nimos. Eso que a veces utilizan los escritores.

—No utilizo ninguno —respondió Mort—. Nunca lo he hecho.

Esta vez, la señora Gavin le dedicó a él una mirada breve —una mirada ligeramente divertida de astucia campesina—, antes de arrodillarse para limpiar el charco de Pepsi que había en el suelo.

—Supongo que no me lo diría si lo hiciera —dijo.

—Lamento el accidente —se excusó Mort, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Es mi trabajo —contestó ella lacónicamente.

La señora Gavin no volvió a levantar la mirada. Mort captó la insinuación y se fue.

Se quedó un momento de pie en la sala, mirando la aspiradora abandonada en el centro. En su cabeza sonó la voz del hombre de cara arrugada, diciendo pacientemente: *Esto es entre usted y yo. No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo*.

Mort pensó en aquella cara, la reconstruyó cuidadosamente poniendo en funcionamiento su mente entrenada para recordar rostros y actos, y pensó: *No fue una aberración momentánea, ni una manera extravagante de conocer a un autor a quien puede o no considerar famoso. Regresará*.

De pronto, se volvió hacia su estudio al tiempo que enrollaba el manuscrito.

Capítulo 4

Tres de las cuatro paredes del estudio estaban cubiertas de librerías, y una de ellas había quedado reservada para las diversas ediciones de su obra, nacionales y extranjeras. Había publicado seis libros en total: cinco novelas y un libro de relatos. El libro de relatos y las dos primeras novelas habían recibido una buena acogida entre su familia y algunos amigos. La tercera novela, *El chico del organillero*, se había convertido de inmediato en un *best seller*. Después, se reeditaron los trabajos anteriores, que funcionaron bastante bien, aunque nunca alcanzaron la popularidad de sus libros posteriores.

El libro de relatos se llamaba *Todos tiran la moneda*, y la mayoría de ellos se habían publicado originalmente en revistas para hombres, rodeados de fotos de mujeres con mucho maquillaje en los ojos y poco más encima. Uno de los relatos había aparecido en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y se llamaba «Tiempo de siembra». Ése era el que ahora buscaba.

> Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías, no era una buena mujer. Ésa era, al menos, la opinión de Tommy Havelock. Por eso decidió matarla. Sabía incluso en qué lugar lo haría, en qué lugar exacto: en el pequeño trozo de jardín que tenía ella en el ángulo formado por la casa y el granero al juntarse.

Mort se sentó y comenzó a leer con detenimiento ambas narraciones, hacia atrás y hacia delante. Cuando llegó a la mitad, comprendió que en realidad no era necesario seguir. En algunos lugares variaban las palabras; en otros hasta las palabras eran las mismas, una por una. Prescindiendo de ese detalle, eran exactamente iguales. En ambos, un hombre mataba a su mujer. En ambos, la esposa era una puta fría e indiferente a quien solo le interesaban su jardín y sus conservas. En ambos, el asesino enterraba a su cónyuge en el jardín y después lo cuidaba, logrando una cosecha verdaderamente espectacular. En la versión de Morton Rainey, la cosecha era de guisantes. En la de Shooter, de maíz. En ambas versiones, el asesino terminaba por volverse loco, y la policía lo encontraba ingiriendo increíbles cantidades de las cosechas en cuestión y jurando que se libraría de ella, que al final acabaría librándose de ella.

Mort nunca se había considerado un gran escritor de relatos de horror; de hecho, en «Tiempo de siembra» no había nada sobrenatural, pero de todos modos resultaba más bien escalofriante. Amy, al terminar de leerlo con un pequeño estremecimiento, había dicho: «Supongo que es bueno, pero el cerebro de ese hombre… ¡Dios mío, es una caja de gusanos!».

Eso había resumido bastante bien sus propios sentimientos. El paisaje de «Tiempos de siembra» no era de aquellos que le interesaba frecuentar, y no era ningún «Corazón delator», pero pensaba que había hecho un buen trabajo en la descripción del quebranto homicida de Tom Havelock. El editor del *Ellery Queen* se

había mostrado de acuerdo con él, y también los lectores; pues se recibieron cartas muy elogiosas. El editor le había pedido más, pero Mort nunca había aparecido con otro relato ni remotamente parecido a «Tiempo de siembra».

> —Sé que puedo hacerlo —dijo Todd Downey, cogiendo otra panocha de maíz de la olla hirviendo—. Estoy seguro de que, con el tiempo, ella acabará por desaparecer.
>
> Ése era el final de Shooter.
>
> —Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —les dijo Tom Havelock, mientras se servía otra ración de guisantes del cazo rebosante, hirviente—. Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para mí.

Así era como terminaba el cuento de Mort Rainey.

Mort cerró su ejemplar de *Todos tiran la moneda* y, pensativo, volvió a colocarlo en el estante de las primeras ediciones.

Se sentó y empezó a revolver lenta y exhaustivamente los cajones de su escritorio. Era un mueble grande, tanto que los tipos de la mudanza se habían visto obligados a entrarlo desmontado, y tenía un montón de cajones. El escritorio era de su exclusivo dominio; ni Amy ni la señora Gavin le habían puesto jamás la mano encima, y los cajones estaban llenos de papeles acumulados durante diez años. Hacía cuatro que Mort había dejado de fumar, y si quedaban cigarrillos en la casa, sería seguramente allí. Si encontraba alguno, fumaría. En ese momento, estaba loco por un cigarrillo. Si no encontraba ninguno, daba lo mismo; revisar toda aquella basura resultaba relajante. Viejas cartas que había apartado para contestar y no había contestado nunca; aquello que en su momento parecía importante y ahora se veía antiguo, incluso prehistórico; postales que había comprado y no había enviado nunca; fragmentos de manuscritos en diversos estados de elaboración; media bolsa de Doritos viejísimos, sobres, recortes, cheques anulados… Percibía allí capas casi geológicas, capas de verano congeladas en su sitio. Y resultaba relajante. Terminó con un cajón y pasó al siguiente, sin dejar de pensar en John Shooter y en cómo le hacía sentirse la historia de John Shooter. ¡La suya, mierda!

Por supuesto, lo más evidente era que le producía la sensación de necesitar un cigarrillo. No era la primera vez que se sentía así en los últimos cuatro años; había habido momentos en que solo ver a alguien fumando tras el volante de un coche contiguo al suyo, detenido en un semáforo, podía desatar un ansia furiosa y momentánea de tabaco. Pero, naturalmente, en ese caso la palabra clave era «momentánea». Aquellos sentimientos pasaban pronto, como furiosos chaparrones. Cinco minutos después de caer una espesa cortina de agua, vuelve a brillar el sol. Nunca había sentido la necesidad de entrar en la tienda más próxima para comprar tabaco, ni de revolver en la guantera en busca de uno o dos cigarrillos sueltos, como hacía ahora en su escritorio.

Se sentía culpable, y eso era absurdo. Irritante. No había robado el relato de John Shooter y lo sabía. Si se había producido un robo (cosa harto evidente, porque a Morton le resultaba imposible creer que dos relatos pudieran ser tan semejantes sin el

conocimiento previo de uno de los dos escritores), el ladrón era Shooter.

Claro.

Lo veía tan claro como su propia nariz, como el redondo sombrero negro en la cabeza de John Shooter.

Y sin embargo se sentía alterado, intranquilo, culpable. Se sentía perdido de una manera para la cual tal vez no hubiese palabra. ¿Alguna razón? Bueno, porque…

En ese momento, Mort levantó una fotocopia del manuscrito de *El chico del organillero* y encontró un paquete de cigarrillos L&M. ¿Es que seguían fabricando L&M? No lo sabía. El paquete era viejo y estaba arrugado, pero no vacío. Lo sacó y lo miró. Pensó que debía de haberlo comprado en 1985, basándose en la ciencia informal de estratificación que podía llamarse, a falta de una palabra mejor, Escritorología. Al fin y al cabo, *El chico del organillero* se había publicado en enero de 1986 y la fotocopia estaba encima del paquete de L&M.

Miró dentro del paquete. Vio tres diminutos clavos de ataúd, todos en fila.

Viajeros en el tiempo de otra era, pensó Mort. Se metió un cigarrillo en la boca y fue a la cocina en busca de una cerilla de la caja que había junto al fogón. *Viajeros en el tiempo de otra era, cabalgando a través de los años, pacientes viajeros cilíndricos con la misión de esperar, perseverar, atender a la llegada del momento apropiado para ponerme en el camino del cáncer de pulmón. Y al parecer el momento ha llegado.*

—Probablemente sabrá a mierda —dijo en voz alta a la casa vacía, pues hacía mucho que la señora Gavin se había ido.

Encendió el cigarrillo, pero no sabía a mierda. Tenía un gusto muy bueno. Regresó hacia el estudio, fumando y sintiéndose agradablemente mareado. *¡Ah! La espantosa y paciente persistencia de la adicción*, pensó. ¿Qué había dicho Hemingway? Este agosto no, este septiembre tampoco, este año debes hacer lo que quieras. Pero el momento llega. Siempre lo hace. Más tarde o más temprano vuelves a meterte algo en tu vieja bocaza. Un trago, un cigarrillo, quizá el cañón de la escopeta. Este agosto no, este septiembre…

Por desgracia, estaba en octubre.

Un momento antes, mientras revisaba el escritorio, había encontrado un viejo bote de cristal medio lleno de cacahuetes. Dudaba mucho de que se pudieran comer, pero la tapa del bote servía de maravilla como cenicero. Se sentó ante su escritorio, miró el lago (las barcas que había visto antes habían desaparecido al igual que la señora Gavin), disfrutó de su hábito antiguo y malsano, y descubrió que podía pensar con un poco más de ecuanimidad en John Shooter y su relato.

Por supuesto, el tipo pertenecía a la tribu de los Locos Frustrados. Si necesitaba alguna prueba, ya la tenía. En cuanto a cómo le hacía sentirse el descubrimiento de que la semejanza era real…

Bueno, un relato era una cosa, una cosa real. En todo caso, uno podía considerarlo así, sobre todo si alguien te había pagado por él. Pero, en otro sentido más

importante, no era en absoluto una cosa. No era como un florero, una silla o un coche. Era tinta sobre papel, pero no era ni tinta ni papel. A veces la gente le preguntaba de dónde sacaba sus ideas, y aunque él se burlaba de la pregunta, siempre lo hacía sentirse vagamente avergonzado, espurio. Al parecer, creían que en alguna parte había un Depósito Central de Ideas (de la misma forma que se suponía que en alguna parte había un cementerio de elefantes, y en otra una fabulosa ciudad perdida de oro), y que él debía tener un mapa secreto que le permitía ir y volver. Pero él sabía. Podía recordar dónde estaba cuando se le ocurrieron ciertas ideas y sabía que, con frecuencia, la idea era el resultado de ver o percibir alguna conexión extraña entre objetos, sucesos o gente que antes no parecía tener ninguna. No podía expresarlo mejor. En cuanto a por qué veía dichas conexiones o sentía el impulso de escribir relatos después de haberlas visto, no tenía ni la menor idea.

Si John Shooter hubiera golpeado a su puerta diciendo «Me robó mi coche», en lugar de «Me robó mi historia», Mort habría rechazado la idea rápidamente y con decisión. Habría podido hacerlo aunque los coches en cuestión hubieran sido del mismo año, marca, modelo y color. Le habría mostrado al hombre del sombrero redondo el registro de su coche, invitándole a comparar el número del papel rosado con el que había en la puerta de su casa y lo habría mandado a paseo.

Sin embargo, cuando uno tiene una idea para un relato, nadie le entrega una factura de compra. No se podía rastrear el origen. ¿Por qué tendría que poderse? Nadie te daba una factura cuando conseguías algo gratis. Tú le cobrabas a quien quisiera comprártela: revistas, periódicos, editores, compañías cinematográficas. ¡Oh, claro que sí! Les cobrabas todo lo posible y, si podías, un poco más también, para compensar todas las veces que los bastardos te regateaban el precio. Pero el artículo llegaba a tus manos gratis, limpio y sin hipotecas. Ésa era la razón.

Por eso se sentía culpable aun cuando sabía que no había plagiado la historia del granjero John Shooter. Se sentía culpable porque escribir relatos siempre le había parecido un poco como robar, y probablemente siempre se lo parecería. John Shooter era simplemente la primera persona que aparecía en el umbral de su puerta y lo acusaba de ello en voz alta. Pensó que, inconscientemente, hacía años que esperaba algo así.

Mort aplastó el cigarrillo y decidió echarse a dormir una siesta. Después pensó que no era una buena idea. Sería mejor, más sano, tanto mental como físicamente, comer algo, leer una media hora y después dar un agradable paseo junto al lago. Estaba durmiendo demasiado, y dormir demasiado era un buen síntoma de depresión. A mitad de camino de la cocina, se desvió hacia el gran diván modular que había en la sala, contra la pared de la ventana. *Al demonio con todo* —pensó poniéndose una almohada bajo la nuca y otra bajo la cabeza—. *Estoy deprimido*.

Su último pensamiento antes de dormirse fue una repetición: *Ese tipo todavía no ha terminado conmigo. No, todavía no. Regresará*.

Capítulo 5

Soñó que estaba perdido en un inmenso campo de maíz y que caminaba tropezando constantemente. El sol reverberaba en los doce relojes que llevaba repartidos entre los dos antebrazos, y cada reloj marcaba una hora diferente.

¡Por favor, ayúdenme! —gritaba—. *¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Estoy perdido y tengo miedo!*

Delante de él, el maíz se agitaba y susurraba. Entonces, Amy aparecía por un lado y John Shooter por el otro. Ambos iban armados con un cuchillo.

Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —dijo Shooter mientras Amy y él avanzaban sobre Mort con los cuchillos en alto—. *Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para nosotros.*

Mort se volvió para huir, pero una mano —la de Amy, estaba seguro— lo asió por el cinturón y le obligó a retroceder. Entonces, los cuchillos, centelleando bajo el caliente sol de aquel inmenso jardín secreto…

Capítulo 6

Lo que le despertó una hora y cuarto más tarde fue el teléfono. Luchó por salir de un sueño terrible (alguien lo perseguía, eso era todo cuanto recordaba claramente) y sentarse en el diván. Tenía un calor horrible; cada centímetro de su cuerpo parecía estar cubierto de sudor. El sol había entrado por ese lado de la casa mientras dormía y le había dado de lleno a través de la ventana durante Dios sabía cuánto tiempo. Mort se dirigió lentamente hacia la mesilla del teléfono, en el recibidor, andando como un hombre con traje de buzo que avanza en contra de la corriente por el lecho de un río, con la cabeza latiéndole sordamente y un gusto de gofio viejo y muerto en la boca. A cada paso que daba hacia delante, el recibidor parecía retirarse un paso más y a Mort se le ocurrió, no por primera vez, que probablemente el infierno fuera semejante a la manera como te sentías al despertar de un sueño largo y profundo en una tarde calurosa. Lo peor no era el malestar físico. Lo peor era aquella sensación angustiosa, desorientada, de estar en cierto modo fuera de ti mismo, como si fueras un observador mirando a través de cámaras duales de televisión con lentes borrosas.

Cogió el teléfono, pensando que sería Shooter.

Sí, será él, por supuesto. La única persona en el mundo con la que no debería hablar con la guardia baja y la mitad del cerebro desenganchado de la otra mitad. Claro que será él, ¿quién si no?

—¿Diga?

No era Shooter, pero, mientras escuchaba la voz procedente del otro lado de la línea contestando a su saludo, descubrió que había por lo menos otra persona con la cual no debía hablar mientras estaba en situación de vulnerabilidad psíquica.

—Hola, Mort —dijo Amy—. ¿Estás bien?

Capítulo 7

Aquel mismo día, más tarde, Mort se puso la camisa de franela roja extralarga que utilizaba como chaqueta a comienzos del otoño y dio el paseo que habría debido dar antes. Bump, el gato, lo siguió el tiempo suficiente para asegurarse de que Mort iba en serio. Después regresó a casa.

Mort caminó lenta y voluntariosamente, sumergido en la atmósfera de una tarde exquisita que parecía ser toda ella cielo azul, hojas rojas y aire dorado. Caminó con las manos hundidas en los bolsillos, procurando no impedir que el sereno influjo del lago atravesara su piel y lo calmara, como siempre había hecho antes. Suponía que ésa era la razón por la cual había ido allí, en lugar de quedarse en Nueva York, como esperaba Amy, mientras se dirigían concienzudamente hacia el divorcio. Había ido porque era un lugar mágico, sobre todo en otoño, y al llegar sintió que si había en el planeta un bulto triste que necesitaba un poco de magia, ése era él. Y si aquella vieja magia le fallaba, ahora que su escritura se había vuelto tan rancia, no sabía qué iba a hacer.

Resultó que no necesitaba preocuparse por ello. Al cabo de un rato, el silencio y aquella extraña atmósfera de espera que siempre poseía el lago Tashmore cuando finalmente llegaba el otoño y los veraneantes se habían ido, empezaron a influir en él, ayudándolo a relajarse como lo habrían hecho unas manos gentiles. Sin embargo, ahora tenía algo más en que pensar, aparte de John Shooter: Amy. Sonaba casi como si quisiera que regresase.

—Por supuesto que estoy bien —había dicho, hablando en el tono de un borracho que quiere convencer a la gente de que está sobrio. En realidad, seguía tan aturdido que se sentía borracho. Las palabras le llenaban la boca como si fueran troncos de piedra blanda. Había continuado abriéndose paso, con gran cautela, a través de las formalidades iniciales y los gambitos de la conversación telefónica como si lo hiciera por primera vez—. ¿Y cómo estás tú?

—¡Oh! Muy bien, muy bien —contestó ella, dejando escapar aquella risilla que habitualmente quería decir que estaba flirteando o terriblemente nerviosa. Mort dudaba de que estuviera flirteando con él a esas alturas, y comprender que ella también estaba nerviosa contribuyó a tranquilizarlo un poco—. Se me ocurrió que estando ahí solo, podría pasarte cualquier cosa y nadie se enteraría —exclamó abruptamente.

—En realidad no estoy solo —dijo tranquilamente—. Hoy estuvo aquí la señora Gavin y ayer vino Greg Carstairs a mirar el tejado.

—¡Ah! Lo había olvidado —exclamó Amy.

Por un momento, a él le sorprendió lo natural que sonaba la conversación. *Escuchándonos* —pensó—, *nadie pensaría que en mi cama se acuesta un miserable agente de la propiedad inmobiliaria, o, al menos, en lo que solía ser mi cama*. Esperó que regresara la ira —la ira dolorosa, celosa, traicionada—, pero allí donde había

estado aquel sentimiento intenso aunque desagradable solo se movió un fantasma.

—Bueno, Greg no lo olvidó —afirmó Mort—. Vino alrededor de las cuatro y media, y estuvo andando a gatas por el tejado durante casi dos horas.

—¿Está muy mal?

Se lo explicó, y durante los cinco minutos siguientes continuaron hablando del tejado mientras Mort iba despertando lentamente; hablaron de los tejados viejos como si las cosas fueran como siempre habían sido, como si fueran a pasar el verano siguiente juntos bajo las nuevas chapas de cedro, de la misma manera en que habían pasado los nueve veranos anteriores bajo las antiguas. *Que me den un tejado y algunas vigas, y hablaré para siempre con esta bruja*, pensó Mort.

Mientras se escuchaba manteniendo su parte de la conversación, empezó a sentir una sensación de irrealidad cada vez mayor. Se sentía como si estuviera retornando al estado de zombi —medio despierto, medio dormido— en el que se encontraba sumido al descolgar el teléfono. Llegó un momento en que no pudo soportarlo más. Si se trataba de un concurso para ver quién aguantaba más fingiendo que los últimos seis meses no habían existido, estaba dispuesto a ceder. Más que dispuesto.

Ella estaba preguntando dónde conseguiría Greg las vigas de cedro y si contrataría a gente del pueblo cuando Mort la interrumpió.

—¿Por qué has llamado, Amy?

Hubo un momento de silencio, durante el cual Mort percibió que Amy pensaba y descartaba respuestas como si se estuviera probando sombreros, y eso sí que provocó el regreso de la ira. Era una de esas cosas —en realidad, una de las pocas— que podía afirmar honestamente que detestaba de ella. Aquella duplicidad totalmente inconsciente.

—Ya te lo dije —respondió por fin Amy—, para saber si estabas bien. —Su voz sonaba otra vez agitada e insegura, lo que, por lo general, significaba que decía la verdad. Cuando Amy mentía, siempre sonaba como si estuviera afirmando que la tierra era redonda—. Tenía uno de mis presentimientos… Sé que no crees en ellos, pero no debes de haber olvidado que los tengo y que yo creo en ellos, ¿no es así, Mort?

La cuestión era que no había en ella nada de su habitual cólera ofensiva o defensiva. Sonaba casi como si estuviera rogándole algo.

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues tuve uno. Estaba preparándome un bocadillo para almorzar y tuve la sensación de que tú…, en fin, de que podías no estar bien. Me aguanté un rato, pensando que se me pasaría, pero no fue así. Así que me decidí a llamar. Estás bien, ¿no?

—Sí.

—¿Y no ha sucedido nada?

—Bueno, sucedió algo —dijo Mort, tras un instante de debate interno. Pensaba que era posible, incluso probable, que John Shooter (*si ése es su nombre*, insistía en

agregar su cerebro) hubiera tratado de encontrarlo en Derry antes de ir allí. Al fin y al cabo, Derry era el lugar donde solía estar en esa época del año. Tal vez Amy lo hubiera enviado a Tashmore.

—Lo sabía —afirmó Amy—. ¿Te lastimaste con esa maldita sierra, o…?

—Nada que requiera hospitalización —respondió Mort, sonriendo un poco—. Solo un contratiempo. ¿Te dice algo el nombre de John Shooter, Amy?

—No, ¿por qué?

Mort dejó escapar un débil suspiro irritado. Amy era una mujer brillante, pero siempre había tenido una especie de cortocircuito entre el cerebro y la boca. Recordaba que una vez había dicho que debería tener una camiseta con la leyenda: HABLA PRIMERO, PIENSA DESPUÉS.

—No digas que no sin pensar. Tómate unos segundos para reflexionar con calma. El tipo es bastante alto, debe de medir uno ochenta aproximadamente, tendrá unos cuarenta y cinco años. Por las facciones parece más viejo, pero se mueve como un hombre en torno a la cuarentena. Su cara es de campesino: buen color y muchas arrugas del sol. Cuando lo vi, pensé que parecía un personaje de Faulk…

—¿De qué se trata, Mort?

En ese momento sus sentimientos afloraron de nuevo y comprendió por qué, pese a su dolor y confusión, había rechazado los impulsos que sentía —sobre todo de noche— de preguntarle si al menos no podían intentar limar sus diferencias. Supuso que sabía que si lo pedía con la insistencia suficiente, ella habría aceptado. Pero los hechos eran los hechos: en su matrimonio había habido muchas más cosas malas aparte del agente de la propiedad de Amy.

Ahora había aparecido aquella cualidad taladrante de su voz; era otro síntoma de lo que los había destrozado. Lo que decía por debajo de las palabras era: ¿Y ahora qué has hecho? Pero no era una simple pregunta, sino la exigencia de una explicación: ¿En qué clase de lío te has metido? Explícate.

Cerró los ojos y, antes de contestar, volvió a dejar escapar el aire por entre los dientes apretados. Después le habló de John Shooter, de su manuscrito y de su relato. Amy recordaba con toda claridad «Tiempo de siembra», pero afirmó no haber oído nunca hablar de un hombre llamado John Shooter. No era el tipo de nombre que se olvida, según dijo, y en eso Mort se inclinaba a darle la razón. Y, desde luego, tampoco lo había visto.

—¿Estás segura? —insistió Mort.

—Claro que sí —contestó Amy. Sonaba como si la insistencia de Mort le provocara cierto resentimiento—. Desde que te fuiste, no he visto a nadie de esas características. Y, antes de que me digas que no hable sin pensar, déjame asegurarte que tengo un recuerdo muy claro de lo que ha sucedido desde entonces.

Amy hizo una pausa, y él advirtió que ahora le costaba un gran esfuerzo hablar, que posiblemente sentía verdadero dolor. Una mínima y mezquina parte de él se regocijó. La mayor parte no; la mayor parte de él se sentía disgustada al descubrir que

había otra, por pequeña que fuera, a la que aquello le hacía feliz. No obstante, ello no ejerció efecto alguno sobre su mecanismo interior. El Mort mezquino podía perder, pero también parecía impermeable a los intentos del Mort más grande por eliminarlo.

—Tal vez lo haya visto Ted —dijo Mort.

Ted Milner era el agente de la propiedad inmobiliaria. Todavía le resultaba difícil creer que ella lo hubiera dejado por un agente de la propiedad inmobiliaria, y suponía que eso era parte del problema, la vanidad que había permitido que las cosas llegaran a ese punto.

Desde luego no iba a afirmar, sobre todo no ante sí mismo, que había sido tan inocente como un corderito.

—¿Se supone que eso es gracioso?

Amy parecía enfadada, avergonzada, apenada y desafiante al mismo tiempo.

—No —contestó. Empezaba a sentirse cansado otra vez.

—Ted no está aquí —dijo ella—. Ted rara vez viene aquí. Yo… yo voy a su casa.

Gracias por hacerme esa confidencia, Amy, estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Sería estupendo terminar por lo menos una conversación sin una tormenta de acusaciones. De modo que no le agradeció la confidencia, ni tampoco dijo: *Eso cambiará*. Y, sobre todo, no preguntó: ¿*Qué demonios te pasa, Amy*?

Más que nada, porque entonces ella habría podido preguntarle lo mismo.

Capítulo 8

Amy le había sugerido que llamara a Dave Newsome, el policía de Tashmore. Al fin y al cabo, el tipo podía ser peligroso. Mort contestó que no creía que fuera necesario, al menos todavía no, pero que si John Shooter regresaba, probablemente le haría una llamada a Dave. Después de intercambiar algunos comentarios afilados, colgaron.

Él sabía que a Amy le había molestado su oblicua sugerencia de que Ted podía estar en ese mismo momento sentado en la silla del oso Morty o durmiendo en la cama del oso Morty, pero francamente no sabía cómo habría podido evitar mencionar a Ted Milner antes o después. En definitiva, el hombre había pasado a formar parte de la vida de Amy. Y además, ella lo había llamado a él. Había tenido uno de esos grandiosos presentimientos y lo había llamado.

Mort llegó al lugar donde el camino del lago se bifurcaba. El sendero de la derecha ascendía la pronunciada pendiente por donde se regresaba a Lake Drive. Cogió ese sendero, caminando lentamente y saboreando el color del otoño. Al llegar a la última curva, desde donde veía la cinta estrecha del asfalto, no se sintió sorprendido al distinguir la polvorienta furgoneta azul con matrícula de Mississippi aparcada allí, como un perro castigado y atado a un árbol, y la delgada figura de John Shooter apoyada contra el parachoques derecho, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mort esperó que su ritmo cardíaco se acelerara, que la adrenalina corriera por su cuerpo, pero su corazón mantuvo el ritmo normal y sus glándulas conservaron la compostura, lo que, al menos por el momento, significaba que se quedaron quietas.

El sol, que se había ocultado tras una nube, volvió a salir, y los colores otoñales, que ya eran brillantes antes, parecieron ahora encenderse. Reapareció su propia sombra, oscura, larga y nítida. El sombrero negro de Shooter parecía más negro, su camisa azul, más azul, y el aire era tan claro que el hombre parecía recortado de una porción de realidad más brillante y vital que la que Mort veía habitualmente. Entonces comprendió que sus razones para no llamar a Dave Newsome eran erróneas, que había estado equivocado o bien había perpetrado un pequeño engaño, tanto para sí mismo como para Amy. La verdad era que quería manejar aquel asunto personalmente. *Tal vez solo para demostrarme que hay cosas que todavía puedo manejar*, pensó. A continuación, retomó el ascenso de la colina hacia donde John Shooter esperaba apoyado contra su coche.

Capítulo 9

El paseo por el camino del lago había sido largo y lento. Su mente no solo había estado ocupada recordando la llamada de Amy mientras él caminaba por encima o en torno a árboles caídos, o se detenía para arrojar una piedra chata al agua (cuando era niño, había logrado que una realmente buena —de esas que llamaba «chatitas»— saltara hasta nueve veces, pero ese día su mejor marca había sido cuatro). También había pensado en la manera de enfrentarse con Shooter cuando éste regresara, si es que lo hacía.

Era cierto que había sentido cierta culpa pasajera —o quizá no tan pasajera— al ver hasta qué punto se asemejaban ambos relatos. Sin embargo, ese problema ya lo había resuelto; no era más que la culpa difusa que sentían de vez en cuando todos los escritores de ficción. En cuanto al propio Shooter, los únicos sentimientos que le provocaba eran fastidio, cólera y una especie de alivio. Estaba lleno de una ira sin objeto; lo había estado durante meses. Resultaba reconfortante contar por fin con alguien a quien atribuirle ese sentimiento podrido y maloliente.

Mort conocía aquel viejo dicho que afirma que si cuatrocientos monos golpean sin interrupción cuatrocientas máquinas de escribir durante cuatro millones de años, uno de ellos terminará por producir las obras completas de Shakespeare. Él lo creía. Aun admitiendo que fuera verdad, John Shooter no era un mono y, por arrugada que tuviera la cara, tampoco era tan viejo.

De modo que Shooter había copiado su relato. La razón por la que había elegido «Tiempo de siembra» era algo que estaba más allá de su capacidad de conjetura; pero sabía que eso era lo que había sucedido por dos motivos: porque había descartado la coincidencia y porque sabía perfectamente que, si bien él podía haber robado esa historia, como todas las demás, del Gran Banco de Ideas del Universo, no se la había robado al señor John Shooter del Gran Estado de Mississippi.

Pero ¿de dónde la había copiado Shooter? En opinión de Mort, ésa era la cuestión más importante; en la respuesta podía estar su oportunidad de exponer a Shooter como falsario y estafador.

No había más que dos respuestas posibles, porque «Tiempo de siembra» solo se había publicado dos veces: primero en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y después en su libro *Todos tiran la moneda*. Por lo general, las fechas de publicación de los relatos aparecen en la página del *copyright*, al principio del libro, y es lo que se había hecho en *Todos tiran la moneda*. Mort había mirado la correspondiente a «Tiempo de siembra», y había descubierto que la publicación original en el *Ellery* correspondía al número de junio de 1980. La antología *Todos tiran la moneda* había sido publicada por St. Martin's Press en 1983. Desde entonces se había reeditado varias veces —todas, menos una, en ediciones de bolsillo—, pero eso no importaba. El material con el que tenía que trabajar eran esas dos fechas, 1980 y 1983, basándose en su esperanzada creencia de que, aparte de los agentes y los abogados de las editoriales,

nadie prestaba mucha atención a aquellas líneas en cuerpo pequeño de la página de *copyright*.

Confiando en que tal fuera el caso de John Shooter, y en que éste simplemente diera por sentado —como lo hacía la mayor parte de los lectores— que un relato que él leía por primera vez en una antología no tenía existencia previa, Mort se acercó al hombre hasta quedar situado frente a él al borde de la carretera.

Capítulo 10

—Supongo que a estas alturas ya habrá podido leer mi relato —dijo Shooter. Hablaba con la misma indiferencia que si estuviera haciendo comentarios superficiales acerca del tiempo.

—Sí.

Shooter asintió con gravedad.

—Imagino que le hizo recordar algo, ¿no?

—Claro que sí —aceptó Mort, y con estudiada negligencia preguntó—: ¿Cuándo lo escribió?

—Pensé que lo preguntaría —dijo Shooter.

Esbozó una tímida sonrisa secreta, pero no dijo nada más. Sus brazos permanecían cruzados sobre el pecho, con las manos apoyadas a los lados, justo bajo las axilas. Daba la impresión de que se sentiría contentísimo si se quedara para siempre donde estaba, o por lo menos hasta que el sol se hundiera detrás del horizonte y dejara de calentarle la cara.

—Claro —dijo Mort con serenidad—. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Si dos tipos aparecen con el mismo relato, la cosa es seria.

—Muy seria —aceptó Shooter en tono meditabundo.

—Y la única manera de resolver una cosa así —continuó Mort—, de decidir quién copió a quién, es descubrir quién fue el primero en escribir las palabras. —Contempló los difusos ojos azules de Shooter con los suyos, secos e imparciales. En las cercanías, un pájaro pió pomposamente en una masa arbolada, y después calló—. ¿No le parece?

—Supongo que sí —aceptó Shooter—. Supongo que es la razón por la cual he venido desde Mississippi.

Mort escuchó el ronroneo de un vehículo que se aproximaba. Ambos se volvieron en la dirección del sonido y vieron aparecer por encima de la colina más cercana el Scout de Tom Greenleaf, arrastrando tras de sí un pequeño ciclón de hojas caídas. Tom, un sano y robusto nativo de Tashmore de setenta y pico años, era el encargado de la mayor parte de las casas de ese lado del lago que no controlaba Greg Carstairs. Al pasar, Tom saludó levantando la mano. Mort le respondió. Shooter sacó una mano y levantó un dedo en un gesto amistoso que, de una manera oscura, hablaba de muchos años pasados en el campo, de la incontable e inmemorial cantidad de veces que había saludado de esa misma manera casual a los conductores de camiones, tractores, trilladoras y embaladoras. Después, cuando el Scout de Tom se perdió de vista, volvió a apoyar la mano sobre las costillas, de modo que sus brazos quedaron de nuevo cruzados.

Mientras las hojas crujían y descansaban otra vez en el camino, su mirada paciente, inalterable, casi eterna, volvió a posarse en el rostro de Mort Rainey.

—¿Qué estábamos diciendo? —preguntó casi con dulzura.

—Estábamos tratando de establecer la procedencia —respondió Mort—. Eso significa…

—Sé lo que significa —le respondió Shooter, dedicándole una mirada a la vez serena y moderadamente despreciativa—. Sé que llevo ropa de comemierda, que tengo un coche de comemierda y que provengo de una larga línea de comemierdas, lo cual tal vez me convierta en un comemierda, pero no necesariamente en un comemierda estúpido.

—No —aceptó Mort—, supongo que no. Pero ser listo no implica que sea necesariamente honesto. En realidad, creo que con frecuencia sucede al revés.

—Si no lo hubiera sabido, usted me lo habría dado a entender —dijo secamente Shooter.

Mort sintió que se ruborizaba. No le gustaba que se burlaran de él y rara vez le sucedía, pero Shooter acababa de hacerlo con la facilidad con que un tirador experimentado abate a un pichón.

Sus esperanzas de hacer caer a Shooter en una trampa disminuyeron. No hasta cero, pero casi. Listo y astuto no eran lo mismo, pero ahora sospechaba que Shooter era ambas cosas. Sin embargo, no tenía sentido hablar de eso. No quería permanecer más tiempo del necesario junto a aquel hombre. En cierto modo, había esperado aquella confrontación desde el momento en que se convenció de que era inevitable. Quizá solo era un descanso en una rutina que ya se había vuelto aburrida y desagradable. Ahora quería que terminara. Ya no estaba seguro de que John Shooter estuviera loco —al menos, no del todo—, pero creía que podía ser peligroso. Era absolutamente implacable. Decidió arriesgar su mejor baza y terminar con el asunto: basta de fintas.

—¿Cuándo escribió su relato, señor Shooter?

—Tal vez no me llame Shooter —contestó el hombre con aspecto más bien divertido—. Tal vez sea solo un seudónimo.

—Ya veo. ¿Y cuál es su nombre verdadero?

—No dije que no lo fuera; dije «tal vez». De todos modos, no tiene nada que ver con nuestro asunto.

Hablaba con serenidad, al parecer más interesado en una nube que avanzaba lentamente por el cielo azul hacia el sol poniente.

—Vale —aceptó Mort—, pero sí lo tiene la fecha en que escribió ese relato.

—Lo escribí hace siete años —dijo, sin dejar de observar la nube, que ahora había tocado el borde del sol y presentaba un fleco dorado—. En 1982.

Bingo —pensó Mort—. *Astuto o no, terminó por meterse en la trampa. Es evidente que sacó el relato de la antología. Y como* Todos tiran la moneda *se publicó en 1983, pensó que cualquier fecha anterior serviría. Amigo, deberías haber leído la página del* copyright.

Esperó una sensación de triunfo que no llegó. Solo un sordo sentimiento de alivio al ver que se podía enviar al alegre lunático a paseo sin más problemas ni

confusiones. Sin embargo, sentía curiosidad; era la maldición de la clase escribiente. Por ejemplo, ¿por qué especialmente ese relato, un relato tan distinto de los que solía escribir, tan absolutamente atípico? Y, si el tipo pretendía acusarlo de plagio, ¿por qué elegir un oscuro relato cuando habría podido cocinar el mismo tipo de manuscrito casi idéntico de un *best seller* como *El chico del organillero*? Eso habría sido jugoso; esto era casi un chiste.

Supongo que copiar una novela se habría parecido demasiado a un trabajo, pensó Mort.

—¿Y por qué esperó tanto tiempo? —preguntó—. Quiero decir que mi libro de relatos se publicó en 1983, hace seis años. Ya van para siete.

—Porque no lo sabía —contestó Shooter. Apartó la mirada de la nube y volvió a observar a Mort con aquella inquietante mirada de leve desprecio—. Supongo que un hombre como usted imagina que todos los habitantes de América, si no todos los de cada país en que se publican sus libros, leen lo que él ha escrito.

—Creo que tengo una idea más ajustada —dijo Mort, aprovechando su turno para ser seco.

—Pero eso no es verdad —continuó Shooter, ignorando lo que había dicho Mort con aquel estilo aterradoramente sereno y obsesivo que le caracterizaba—. No es verdad en absoluto. Jamás vi ese relato hasta mediados de junio, del pasado junio.

Mort estuvo a punto de decir: *Bueno, ¿sabes qué, chico? ¡Yo nunca vi a mi esposa en la cama con otro hombre hasta mediados de mayo!* Si dijera algo en voz alta, ¿lograría conmover a Shooter?

Miró la cara del hombre y decidió que no. La serenidad salía de aquellos ojos difusos igual que la bruma surge de las colinas en un día que promete ser de un calor infernal. Ahora, Shooter parecía un pastor fundamentalista a punto de arrojar fuego y lava sobre las cabezas gachas y temblorosas de su rebaño, y por primera vez Mort Rainey sintió realmente miedo de aquel hombre. Sin embargo, también seguía enfadado. Volvió a sentir lo mismo que había sentido casi al finalizar su primer encuentro con John Shooter: asustado o no, no pensaba quedarse allí y aceptar que aquel hombre lo acusara de robo. Y menos aún entonces, cuando el tipo había revelado la falsedad de la acusación por su propia boca.

—Déjeme adivinar —dijo Mort—. Un tipo como usted es demasiado selectivo en sus lecturas para molestarse en leer la basura que escribo. Usted se mantiene fiel a tipos como Marcel Proust y Thomas Hardy, ¿verdad? Por la noche, después de ordeñar, le gusta encender una de esas acogedoras lámparas de queroseno, ponerla en la mesa de la cocina, que, por supuesto, está cubierta con uno de esos manteles tan hogareños a cuadros rojos y blancos, y descansar leyendo un rato *Tess* o *En busca del tiempo perdido*. Tal vez los fines de semana se suelta un poco el pelo, se achispa y saca algún Erskine Caldwell o Annie Dillard. Quien le dijo que yo había copiado su relato tan trabajosamente elaborado fue uno de sus amigos. ¿No es así, señor Shooter…, o como se llame?

Su voz había adquirido un tono áspero; le sorprendió descubrir que estaba al borde de una furia real, aunque después advirtió que no estaba sorprendido del todo.

—No. No tengo amigos —dijo Shooter con el tono seco de un hombre que establece un hecho, sin más—. Ni amigos, ni familia, ni esposa. Tengo una pequeña propiedad a unos treinta kilómetros al sur de Perkinsburg y, ya que lo menciona, sí tengo un mantel a cuadros en la mesa de la cocina. Pero en el pueblo hay luz eléctrica; solo saco las lámparas de queroseno cuando hay tormenta y se caen los cables.

—Bien por usted —dijo Mort.

Shooter ignoró el sarcasmo.

—Heredé la propiedad de mi padre y la mejoré con un poco de dinero que me dejó mi abuela. Tengo unas veinte vacas lecheras, en eso también ha acertado, y por las noches escribo relatos. Supongo que usted tiene uno de esos ordenadores de lujo, con pantalla, pero yo me las arreglo con una máquina portátil.

Hizo una pausa, y durante un momento ambos escucharon el susurro crujiente de las hojas, movidas por el ligero viento del fin de la tarde.

—En cuanto a la similitud de su relato con el mío, la descubrí por mi cuenta. Verá, se me ocurrió que podría vender la granja. Pensé que, con un poco más de dinero, podría escribir durante el día, cuando estoy despejado, en lugar de hacerlo por la noche. El agente de Perkinsburg quería que fuera a ver a un tipo de Jackson que tiene un montón de granjas lecheras en Mississippi. No me gusta conducir más de veinte o veinticinco kilómetros, me produce dolor de cabeza; sobre todo si parte del trayecto es urbano, porque allí es donde dejan sueltos a todos los tontos, así que cogí el autobús. Me preparaba para subir cuando recordé que no había cogido nada para leer. Odio los viajes largos en autobús sin algo para leer.

Mort se descubrió asintiendo involuntariamente. Él también detestaba viajar —fuese en autobús, tren, avión o coche— sin algo para leer, algo más sustancioso que el periódico.

—En Perkinsburg no hay estación de autobuses. Los Greyhound solo se detienen unos cinco minutos en el Rexall y continúan el viaje. Ya estaba subiendo al autobús cuando advertí que tenía las manos vacías. Le pedí al conductor que me esperara un momento pero me dijo que ni hablar, que ya iba con retraso y que dentro de tres minutos saldría. Si yo estaba, estupendo, y si no, podía besarle el culo cuando volviéramos a encontrarnos.

Habla como un escritor —pensó Mort—. *Que me cuelguen si no*.

Trató de apartar ese pensamiento —no parecía ser una manera correcta de pensar —, pero no lo logró del todo.

—Bueno, entré corriendo en aquel *drugstore*. Había uno de esos antiguos expositores de alambre con libros de bolsillo, de esos que giran, como el que hay en el almacén que está cerca de su casa.

—¿El Bowie’s?

Shooter asintió.

—Exacto. De todos modos, cogí el primer libro que me vino a la mano. Por lo que vi en la cubierta, habría podido ser una edición bolsillo de la Biblia. Pero no lo era. Era su libro de relatos *Todos tiran la moneda*. Y por lo que sé, eran sus relatos. Todos salvo uno.

Páralo ahora —pensó Mort—. *Va derecho a un estallido, así que apágale la mecha*.

Pero descubrió que no quería. Tal vez Shooter era un escritor. Cumplía con las dos exigencias principales: contaba una historia que uno quería escuchar hasta el final, aunque tuviera una idea bastante ajustada de cuál era, y estaba tan lleno de mierda que crujía.

En lugar de decir lo que habría debido decir, que aun suponiendo —lo cual era dar un amplio margen a la imaginación— que Shooter dijera la verdad, él, Mort, le había ganado con ese maldito relato por dos años, dijo:

—Así que leyó «Tiempo de siembra» en el autobús de la Greyhound mientras se dirigía a Jackson a vender su granja el mes de junio pasado.

—No, lo leí al regreso. Vendí la granja y volví en el Greyhound con un cheque de sesenta mil dólares en el bolsillo. A la ida había leído las primeras seis historias. No me parecieron demasiado excepcionales, pero servían para pasar el tiempo.

—Gracias.

Shooter lo observó un momento.

—No estaba haciéndole un cumplido.

—¿Cree que no lo sé?

Shooter se quedó pensativo un instante y se encogió de hombros.

—En todo caso, durante el regreso leí otras dos, y después ésa. La mía.

Miró la nube, que se había convertido en una masa transparente de oro centelleante, y después otra vez a Mort. Su expresión era tan imparcial como siempre, pero Mort comprendió de pronto que había cometido un grave error al creer que aquel hombre poseía siquiera una brizna de paz o serenidad. Lo que había confundido con estas cosas era la férrea máscara de control adoptada por Shooter para evitar matar a Morton Rainey con sus propias manos. Su rostro era inexpresivo, pero sus ojos ardían con la furia más profunda y salvaje que Mort había visto nunca. Comprendió lo estúpido que había sido al ascender el sendero desde el lago hacia lo que realmente podía ser su muerte a manos de aquel tipo. Estaba ante un hombre lo bastante loco y enfadado para cometer un asesinato.

—Me sorprende que nadie le haya hablado antes de ese relato. No se parece a ninguno de los demás, ni siquiera un poco.

La voz de Shooter seguía siendo serena, pero ahora Mort la identificó con la voz de un hombre esforzándose por no golpear, aplastar, tal vez estrangular; con la voz de un hombre que sabe que lo único que necesitaría para cruzar la frontera entre hablar y matar sería escuchar su propia voz elevándose en espiral hacia los registros de la

furia; la voz de un hombre que sabe lo increíblemente fácil que resultaría convertirse en una multitud capaz de realizar un linchamiento.

De pronto, Mort se sintió como alguien que camina por una habitación oscura sembrada de finísimos alambres, que conducen a paquetes de explosivos de gran potencia. Resultaba difícil creer que unos momentos antes había estado seguro de controlar la situación. Sus problemas —Amy, su imposibilidad de escribir— parecían ahora datos sin importancia en un paisaje sin importancia. En cierto sentido, habían dejado de ser problemas. Ahora solo tenía un problema, que consistía en sobrevivir el tiempo suficiente para regresar a casa, por no hablar del tiempo suficiente para ver ponerse el sol.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. No se atrevía a decir nada. Ahora no. La habitación estaba llena de alambres.

—Estoy muy sorprendido —repitió Shooter con aquella voz pesada y pareja, que ahora sonaba como una espantosa parodia de la serenidad.

Mort se escuchó decir:

—Mi esposa. A ella no le gustó. Ella dijo que no se parecía a nada que hubiera escrito antes.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Shooter lentamente y con fiereza—. Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios se las arregló un gilipollas garrapateador lleno de dinero como usted para llegar a un pueblo de mierda de Mississippi y robarme mi maldito relato? Además, me gustaría saber por qué, a menos que haya robado los otros también, pero por el momento me conformo con saber cómo.

La monstruosa injusticia de aquellas palabras provocó el retorno de la ira de Mort, como si fuera una sed no saciada. Durante un momento olvidó que estaba solo en la carretera del lago, con aquel lunático de Mississippi.

—Déjelo —dijo ásperamente.

—¿Dejarlo? —preguntó Shooter mirando a Mort con una especie de estupefacción torpe—. ¿Dejarlo? ¿Qué mierda quiere decir con eso?

—Ha dicho que escribió su relato en 1982 —contestó Mort—. Creo que yo escribí el mío a fines de 1979. No recuerdo la fecha exacta, pero sé que se publicó por primera vez en junio de 1980. En una revista. Le gano por dos años, señor Shooter o como se llame. Si alguien puede interponer una demanda por plagio, soy yo.

Mort no lo vio moverse exactamente. Estaban de pie junto al coche de Shooter, mirándose, y al segundo siguiente se encontró contra la puerta del lado del conductor, con las manos de Shooter apretando sus brazos y la cara de Shooter pegada a la suya, frente con frente. Entre ambas posturas, solo tuvo la borrosa sensación de que lo cogían y le obligaban a darse la vuelta.

—Miente —afirmó Shooter, y de su aliento se desprendió un seco aroma a canela.

—¡Y una mierda! No miento —replicó Mort, y se lanzó contra el peso opresivo del hombre.

Shooter era fuerte, casi con seguridad más fuerte que Mort Rainey, pero éste era más joven y, además, contaba con la vieja furgoneta como apoyo. Consiguió romper el cerco de Shooter y hacerle retroceder trastabillando dos o tres pasos.

Ahora vendrá a por mí —pensó Mort. Aunque no había tenido una pelea desde el «si tú me empujas, yo te empujo» del patio escolar, en cuarto curso, le sorprendió descubrir que su cabeza estaba clara y fresca—. *Vamos a rompernos la cara por ese maldito relato. Bueno, vale. De todos modos, hoy no tenía nada que hacer*.

Pero no sucedió. Shooter levantó las manos, las miró, vio que estaban apretadas y se obligó a abrirlas. Mort vio el esfuerzo que le costaba al hombre recuperar aquella capa de control y sintió una especie de espanto. Shooter se llevó una mano abierta a la boca y se secó los labios, lenta y deliberadamente.

—Demuéstrelo —dijo.

—Vale. Venga a casa conmigo. Le mostraré la fecha que consta en la página de *copyright*.

—No —repuso Shooter—. El libro no me interesa. El libro me importa un pito. Muéstreme el relato. Muéstreme la revista con el relato, para que pueda leerlo.

—No tengo la revista aquí.

Estaba a punto de agregar algo, pero Shooter levantó la cara al cielo y emitió un ladrido de risa. El ruido era tan seco como el de un hacha partiendo leña.

—No —dijo. La furia seguía ardiendo y bailando en sus ojos, pero parecía bajo control—. No, apuesto a que no la tiene.

—Escúcheme —dijo Mort—. Habitualmente, éste es solo un lugar donde venimos mi esposa y yo en verano. Aquí tengo ejemplares de mis libros y de mis ediciones extranjeras, pero también he publicado artículos y ensayos en muchas revistas, además de relatos. Esas revistas están en la casa que ocupamos durante todo el año. La de Derry.

—Y entonces ¿por qué no está usted allí? —preguntó Shooter.

Mort podía leer en sus ojos incredulidad y una especie de satisfacción irritante. Era evidente que Shooter había esperado que él tratara de zafarse del asunto y que, en su opinión, eso era precisamente lo que Mort estaba haciendo. O tratando de hacer.

—Estoy aquí porque… —Interrumpió la explicación para preguntar—: ¿Y usted cómo sabía que estaría aquí?

—Me limité a mirar la contraportada del libro que compré —respondió Shooter.

En ese momento, Mort habría podido golpearse la frente con una palmada de frustración y comprensión súbitas. Claro, tanto en la edición en tapa dura como en la de bolsillo aparecía una fotografía que le había hecho la propia Amy. Era una instantánea excelente. Él estaba en primer plano, la casa a media distancia y detrás el lago Tashmore. El epígrafe rezaba simplemente: «Morton Rainey, en su hogar del Maine occidental». Así que Shooter se había dirigido al oeste de Maine, y probablemente no había tenido que entrar en demasiados bares o *drugstores* para encontrar a alguien que dijera:

—¿Mort Rainey? ¡Diablos, sí! Tiene una casa en Tashmore. ¡En realidad, es amigo mío!

Bueno, en todo caso eso respondía a una pregunta.

—Estoy aquí porque mi esposa y yo nos hemos divorciado —dijo—. El divorcio acaba de hacerse efectivo. Ella se quedó en Derry. Cualquier otro año, esta casa habría estado vacía.

—¡Ajá! —exclamó Shooter.

El tono de su voz volvió a enfurecer a Mort. *Está mintiendo* —decía—. *Pero en este caso no importa mucho, porque sabía que mentiría. Al fin y al cabo, mentir es su oficio, ¿no?*

—Bueno, lo habría encontrado en cualquier sitio —prosiguió, clavando en Mort una mirada chispeante—. Lo habría encontrado aunque se hubiese mudado a Brasil.

—Lo creo —dijo Mort—. En todo caso, o se equivoca o intenta estafarme. En su honor, estoy dispuesto a creer que se trata de un error, porque parece sincero. (¡Oh, Dios, claro que sí!) El hecho es que publiqué ese relato dos años antes de la fecha en que usted dice que lo escribió.

Vio una vez más aquel resplandor demente en los ojos de Shooter, pero desapareció enseguida. Sin embargo, no lo había eliminado, sino simplemente embridado, como si sujetara a un caballo desbocado.

—¿Y dice que esa revista está en su otra casa?

—Sí.

—Y en esa revista está el relato.

—Sí.

—¿Y la fecha de esa revista es junio de 1980?

—Sí.

Al principio, aquel ritual laborioso había provocado la impaciencia de Mort (entre cada pregunta se producía una pausa larga y meditativa), pero luego le hizo albergar cierta esperanza. Era como si el hombre intentara convencerse de que lo que Mort le decía era verdad, una verdad que parte de John Shooter debió de haber sabido todo el tiempo, porque la semejanza casi exacta entre las dos historias no era una coincidencia. Mort seguía creyéndolo firmemente, pero había llegado a aceptar la idea de que Shooter podía no tener un recuerdo consciente de haber cometido un plagio. Porque era evidente que el hombre estaba loco.

Mort no estaba tan asustado como la primera vez que viera aquel odio y aquella furia danzando en los ojos de Shooter, como si fueran el reflejo del incendio incontrolado de un granero. Cuando empujó al hombre, éste había trastabillado, y Mort pensó que si llegaban a una pelea, probablemente podría mantenerse firme, o incluso arrojarlo al suelo.

Sin embargo, sería mejor que las cosas no llegaran a ese punto. De una manera extraña e involuntaria, había empezado a sentir cierta pena por Shooter.

Mientras tanto, el caballero proseguía obstinadamente su camino.

—Esa otra casa, la que se ha quedado su esposa, ¿también está en Maine?

—Sí.

—¿Y ella está allí?

—Sí.

Esta vez la pausa fue mucho más larga. Shooter le producía la extravagante sensación de ser un ordenador procesando una pesada carga de información. Por último, dijo:

—Le daré tres días.

—Muy generoso de su parte —replicó Mort.

El largo labio superior de Shooter se levantó, dejando a la vista unos dientes demasiado parejos para ser otra cosa que una dentadura postiza encargada por correo.

—No me tome a la ligera, hijo —dijo—. Estoy haciendo lo posible por contenerme, y me sale bastante bien, pero…

—¡Usted! —exclamó Mort—. ¿Y qué pasa conmigo? ¡Esto es increíble! ¡Sale de la nada y me hace la acusación más seria que se le puede hacer a un escritor, y cuando le digo que tengo pruebas de que o bien se equivoca o bien miente por su maldita bocaza, empieza a felicitarse por saber contenerse! ¡Increíble!

Shooter entornó los ojos y le dirigió una mirada astuta.

—¿Pruebas? —preguntó—. No veo ninguna prueba. Lo oigo hablar, pero hablar no es una prueba.

—¡Ya se lo he dicho! —gritó Mort. Se sentía indefenso, como un hombre tratando de boxear con una intrincada red de telas de araña—. ¡Se lo he explicado todo!

Shooter miró largo rato a Mort, después se volvió y metió la mano por la ventanilla abierta del coche.

—¿Qué hace? —preguntó Mort con voz tensa.

Ahora sí sentía la adrenalina corriendo por su cuerpo, preparándolo para pelear o huir —probablemente esto último— si Shooter estaba buscando la gran escopeta que Mort vio de pronto con los ojos de su imaginación.

—Solo busco mis cigarrillos —contestó Shooter—. Tranquilícese.

Cuando sacó el brazo del coche, tenía en la mano un paquete rojo de Pall Mall. Lo había cogido del salpicadero.

—¿Quiere uno?

—Tengo los míos —dijo Mort con cierto malhumor, y sacó el viejo paquete de L&M del bolsillo que había debajo de la roja camisa de franela abierta.

Cada uno encendió un cigarrillo de su propio paquete.

—Si seguimos así, acabaremos pegándonos —dijo Shooter por fin—, y no es eso lo que pretendo.

—¡Jesús bendito, yo tampoco!

—Una parte suya sí —le contradijo Shooter. Continuaba estudiando a Mort por debajo de los párpados con aquella expresión de astucia campesina—. Una parte de

usted quiere precisamente eso. Pero no creo que sea yo o mi relato lo que le dan ganas de pelear. Tiene alguna otra pulga en la oreja que le molesta y que dificulta este asunto. Parte de usted quiere pelear, pero lo que no comprende es que si empezamos a pelear, la cosa no terminará hasta que uno de nosotros esté muerto.

Mort buscó algún indicio de que Shooter estuviera exagerando a propósito, pero no vio ninguno. De pronto sintió frío en la base de la columna vertebral.

—Así que voy a darle tres días —prosiguió Shooter—. Usted llama a su ex y hace que le mande la revista con el relato, si es que existe. Y yo regresaré. Por supuesto, no hay ninguna revista; creo que ambos lo sabemos, pero me parece que usted necesita dedicarse a meditar larga y seriamente. —Miró a Mort con una desconcertante expresión de piedad severa antes de añadir—: Nunca creyó que alguien llegara a descubrirlo, ¿verdad? Realmente no lo creyó.

—Si le muestro la revista, ¿se irá? —preguntó Mort. Estaba hablando más para sí mismo que para Shooter—. Supongo que lo que verdaderamente quiero saber es si merece o no la pena.

De pronto, Shooter abrió la puerta de su coche y se deslizó ante el volante. A Mort le resultaba escalofriante la velocidad con la que el tipo podía moverse.

—Tres días. Utilícelos como quiera, señor Rainey.

Puso en marcha el motor. Ronroneaba con el silbido bajo característico de las bujías sucias, y el hedor de aceite que salía del tubo de escape contaminaba el aire de la tarde moribunda.

—Lo correcto es correcto y lo justo, justo. Lo primero es llevarlo a un lugar donde usted comprenda que lo tengo cogido y que no puede salirse de este lío como probablemente se ha salido de los líos durante toda su vida. Esto es lo primero —repitió, mirando inexpresivamente a Mort por la ventanilla—. Lo segundo —agregó — es la verdadera razón por la que he venido.

—¿Y cuál es? —se oyó preguntar Mort. Resultaba extraño y bastante irritante, pero volvía a sentir la invasión incansable de la culpa, como si de verdad hubiera hecho aquello de lo que lo acusaba el loco.

—Ya hablaremos de eso —contestó Shooter mientras ponía la primera—. Entretanto, piense en lo que es correcto y justo.

—¡Usted está chalado! —gritó Mort, pero Shooter ya avanzaba por el camino del lago hacia el lugar donde éste conectaba con la carretera 23.

Mort se quedó mirando hasta que la furgoneta se perdió de vista y después regresó lentamente a la casa. A medida que se acercaba, se sentía cada vez más vacío. La ira y el miedo habían desaparecido. Solo se sentía frío, cansado y nostálgico de un matrimonio que ya no existía y que, por lo que empezaba a intuir, jamás había existido.

Capítulo 11

Cuando se encontraba a medio camino del sendero que bajaba por la colina desde el camino del lago hacia la casa, empezó a sonar el teléfono. Mort echó a correr, pese a saber que no llegaría y maldiciéndose por su reacción estúpida. ¡Que le hablaran del perro de Pavlov!

Había abierto la puerta de tela metálica y trataba de hacer girar el picaporte de la puerta interior cuando el teléfono enmudeció. Entró, cerró la puerta y miró el teléfono, que estaba sobre un pequeño escritorio antiguo que Amy había encontrado en un mercadillo de Mechanic Falls. En ese momento, no le costaba nada imaginar que el teléfono le devolvía la mirada con estudiada impaciencia mecánica: *No me preguntes, jefe. Yo no invento las noticias, solo las transmito.* Pensó que tenía que comprar una de esas máquinas que cogen mensajes…, o quizá no. Cuando lo pensaba con detenimiento, comprendía que el teléfono no era precisamente su aparato favorito. Si la gente te necesitaba realmente, terminaba por volver a llamar.

Se preparó un bocadillo y un bol de sopa, y después descubrió que no los quería. Se sentía solo, desdichado y algo contagiado de la demencia de John Shooter. No le sorprendió mucho advertir que la suma de dichos sentimientos era el sueño. Empezó a lanzar miradas ansiosas al diván.

Vale —susurró una voz interior—. *Pero recuerda: no puedes echar a correr y esconderte. Esta mierda seguirá aquí cuando despiertes.* Pensó que era cierto, pero que mientras tanto todo desaparecería, todo quedaría misericordiosamente borrado. Lo único que podía decirse con seguridad de las soluciones a corto plazo era que resultaban mejor que nada. Decidió que llamaría a casa (su cerebro insistía en llamar hogar a la casa de Derry, y sospechaba que eso cambiaría pronto), pediría a Amy que cogiera el ejemplar de la *Ellery* donde aparecía «Tiempo de siembra» y se lo enviara por correo urgente. Después, se desplomaría en el diván y dormiría un par de horas. Se levantaría alrededor de las siete, iría, ya más fresco, al estudio y escribiría un poco más de mierda.

Y mierda es lo único que conseguirás con esa actitud, le reprochó la voz interior.

—¡Vete al carajo! —le espetó Mort, pensando que una de las ventajas de vivir solo era que podías hablar contigo mismo en voz alta sin que nadie se preguntara si estabas loco.

Cogió el teléfono y marcó el número de Derry. Escuchó los habituales chasquidos de las llamadas interurbanas y luego el más irritante de los sonidos telefónicos: el tut-tut-tut de la señal de comunicación. Amy estaba hablando por teléfono con alguien, y cuando Amy se ponía a hablar la conversación podía prolongarse durante horas. Tal vez incluso podía durar días.

—¡Oh, mierda, estupendo! —exclamó Mort, colgando el receptor con la fuerza suficiente para hacer sonar débilmente la campanilla.

Vale, ¿y ahora qué, hombrecito?

Supuso que podía llamar a Isabelle Fortin, que vivía al otro lado de la calle, pero de pronto eso le pareció demasiado laborioso, además de aburrido. Isabelle ya estaba tan metida en la ruptura entre Amy y él que había hecho de todo excepto filmar escenas domésticas. Además, eran más de las cinco. Fuera cual fuese la hora en que Amy depositara la revista en el correo, ésta no emprendería su viaje de Derry a Tashmore hasta la mañana siguiente.

Trataría de hablar con Amy más tarde, y si la línea seguía ocupada (o si, por casualidad, Amy continuaba con la misma conversación), entonces llamaría a Isabelle y le daría el mensaje. En ese momento, el canto de sirena del diván de la sala era demasiado fuerte para ignorarlo.

Mort desconectó el teléfono —quien hubiera llamado cuando bajaba por el sendero, tendría que esperar un poco más— y se fue a la sala.

Colocó los cojines en su posición habitual, uno detrás de la cabeza y otro debajo de la nuca, y miró hacia el lago, donde el sol se ponía en el extremo de una larga huella dorada y espectacular. *Nunca en mi vida me había sentido tan solo y tan espantosamente mal*, pensó con cierta sorpresa. Después, los párpados se cerraron muy despacio sobre los ojos inyectados en sangre, y Mort Rainey, a quien todavía le faltaba descubrir lo que era el verdadero horror, se quedó dormido.

Capítulo 12

Soñó que estaba en un aula.

Era un aula conocida, aunque no habría podido decir por qué. Estaba allí con John Shooter, que llevaba una bolsa de comestibles colgada de un brazo. Shooter sacó una naranja de la bolsa y empezó a arrojarla al aire con expresión meditabunda. Miraba en dirección a Mort, pero no a él; su mirada parecía fija en algo que estaba más allá del hombro de Mort. Éste se volvió y vio una pared, una pizarra y una puerta con un panel superior de vidrio esmerilado. Al cabo de un momento, pudo descifrar la frase que figuraba en el cristal y que él veía invertida: BIENVENIDO A LA ESCUELA DE LAS EXPERIENCIAS DURAS.

La escritura de la pizarra resultaba más fácil de leer. TIEMPO DE SIEMBRA. UN RELATO DE MORTON RAINEY. De pronto, algo pasó silbando por encima del hombro de Mort, junto a su cabeza. Era la naranja. Cuando Mort se echó hacia atrás, la naranja se estrelló contra la pizarra, reventó con un asqueroso sonido acuático, y su pulpa quedó adherida a las palabras escritas con tiza.

Mort se volvió hacia Shooter. *¡Pare!*, gritó con voz temblorosa y gruñona.

Shooter volvió a buscar en su bolsa. *¿Qué pasa*? —preguntó con su voz tranquila y severa—. *¿Acaso no distingue las naranjas sanguinas cuando las ve? ¿Qué clase de escritor es usted*?

Y arrojó otra, que escupió su jugo carmesí sobre el nombre de Morton y empezó a gotear lentamente por la pared.

¡Ya basta!, gritó Mort. Pero Shooter volvió a buscar en la bolsa, lenta e implacablemente. Sus dedos largos y callosos se hundieron en la piel de la naranja que sacó. La sangre empezó a deslizarse por la superficie de la naranja, en forma de gotas del tamaño de una cabeza de alfiler.

¡Basta! ¡Basta, por favor! ¡Basta! ¡Si para, lo admitiré! ¡Admitiré cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! Si usted…

Capítulo 13

para, si para…

Se estaba cayendo.

Mort se agarró al borde del diván justo a tiempo de ahorrarse un breve y tal vez doloroso viaje hasta el suelo de la sala. Se volvió hacia el respaldo del sofá y se quedó allí un momento, apretando los cojines, temblando y tratando de aferrar los flecos del sueño.

Recordó algo acerca de un aula, naranjas sangrientas y una escuela de las experiencias duras. Pero incluso eso se le escapaba, y el resto ya había desaparecido. Fuera lo que fuese, había sido real. Demasiado real.

Por fin abrió los ojos, pero no había gran cosa que ver; había dormido hasta mucho después del crepúsculo. Se sentía horriblemente rígido, sobre todo en la base de la nuca, y sospechaba que había dormido al menos cuatro horas, quizá cinco. Se abrió paso cuidadosamente hacia el interruptor de la luz de la sala, arreglándoselas para evitar, por una vez, la mesilla de café octogonal con tablero de cristal (sustentaba la opinión de que la mesilla era semiconsciente y gustaba de cambiar ligeramente de posición al anochecer, para poder castigar mejor sus canillas), y salió al recibidor para volver a llamar a Amy. De camino, miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Había dormido más de cinco horas. No era la primera vez que le pasaba y sabía que ni siquiera pagaría por ello con el insomnio nocturno. A juzgar por experiencias pasadas, se quedaría dormido en cuanto apoyara la cabeza en la almohada.

Levantó el auricular del teléfono y quedó momentáneamente desconcertado por el silencio mortal, hasta que recordó que había desconectado el maldito aparato. Deslizó el cable entre los dedos hasta que encontró el enchufe, se volvió para conectarlo e hizo una pausa.

Desde allí podía mirar a través de la pequeña ventana que había a la izquierda de la puerta, que le proporcionaba un ángulo de visión del porche, donde el misterioso y desagradable señor Shooter dejara su manuscrito el día anterior, bajo una piedra. Veía también el contenedor de la basura, y algo que había encima; en realidad, dos cosas: una clara y otra oscura. La oscura parecía repulsiva; durante un instante, Mort pensó que había una enorme araña agazapada y sintió miedo.

Dejó caer el cable del teléfono y encendió a toda prisa la luz del porche. Transcurrió un lapso —no sabía de qué magnitud ni le importaba— durante el cual fue incapaz de moverse.

Lo blanco era una hoja de papel, una hoja normal y corriente de papel de mecanografía. Aunque el contenedor de la basura estaba a unos buenos quince pasos del lugar donde él se encontraba, las pocas palabras que figuraban en él estaban escritas con letras grandes y Mort podía leerlas con facilidad. Pensó que Shooter debía de haber usado un lápiz de mina extremadamente blanda o un trozo de

carbonilla. El mensaje decía: RECUERDE, TIENE 3 DÍAS. NO ESTOY BROMEANDO.

Lo oscuro era Bump. Al parecer, Shooter le había roto el cuello antes de clavarlo a la tapa del cubo con un destornillador de la caja de herramientas de Mort.

Capítulo 14

No tuvo conciencia del momento en que superó la parálisis. Se encontraba inmóvil en el recibidor, junto a la mesilla del teléfono, mirando al bueno de Bump, que parecía haber criado un destornillador justo en medio del pecho, en el lugar donde tenía una mancha blanca que a Amy le gustaba llamar el «babero» de Bump; y un instante después estaba de pie en el porche, sintiendo cómo el frío aire nocturno penetraba a través de la fina tela de su camisa, y tratando de mirar en seis direcciones distintas al mismo tiempo.

Hizo un esfuerzo por calmarse. Por supuesto, Shooter se había ido. Por eso había dejado la nota. No parecía ser el tipo de chalado que disfrutaría contemplando el lógico horror de Mort al descubrir a Bump. Era un lunático, de acuerdo, pero no de esa clase. Simplemente había usado el gato contra Mort, de la misma manera en que un granjero a final de la cuarentena podía usar una palanca para mover una piedra rebelde. No había en ello nada personal; simplemente, era un trabajo que tenía que hacer.

Después pensó en la expresión de los ojos de Shooter aquella tarde y se estremeció violentamente. Sí que era algo personal. Era personal en todos los sentidos posibles.

—Cree que lo hice —susurró Mort a la fría noche del oeste de Maine. Las palabras salían de su boca a ráfagas ásperas, cortadas por el castañeteo de los dientes —. Ese loco hijo de puta está convencido de que lo hice.

Mort se acercó al contenedor de la basura; el estómago le dio un vuelco, como si fuera un perro haciendo cabriolas, y su frente se cubrió de sudor frío. No estaba seguro de poder hacer lo que debía. La cabeza de Bump estaba vuelta hacia la izquierda, lo que le daba un grotesco aire inquisitivo. Los diminutos dientes, limpios y afilados como agujas, asomaban por su boca entreabierta. La parte del destornillador que había atravesado su («babero») piel estaba ligeramente manchada de sangre. Bump era un gato amistoso; si Shooter se hubiera aproximado a él, no habría escapado. Mientras se secaba el sudor, Mort pensó que debió de ser precisamente eso lo que Shooter hizo. Después, había levantado el gato, le había roto el cuello con los dedos como si fuera un bastón de caramelo y lo había clavado a la tapa del contenedor. Todo eso había sucedido mientras Mort dormía, si no el sueño de los justos, al menos el de los desprevenidos.

Mort arrugó el papel, se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y apoyó la mano en el pecho de Bump. El cuerpo del animal, que aún no estaba completamente rígido ni frío, se movió bajo su mano. El estómago se le revolvió, pero Mort obligó a su otra mano a cerrarse en torno al mango de plástico amarillo del destornillador y a sacarlo.

Tiró el destornillador al suelo y cogió al pobre Bump con la mano derecha, como si fuera una bolsa de trapos. Ahora, su estómago practicaba la caída libre, rodaba,

rodaba; rodaba… Levantó la pesada tapa del contenedor, y la sujetó con el gancho que le impedía caer sobre los brazos o la cabeza de quien estuviera metiendo la basura dentro. En el interior había tres latas. Mort levantó la tapa de la del centro y depositó suavemente en ella el cuerpo de Bump, que rodeó la parte superior de una bolsa de basura color verde oliva como si fuera una estola de piel.

De pronto se sintió furioso con Shooter. Si el hombre hubiera aparecido en el sendero en ese momento, Mort se habría abalanzado sobre él sin pensarlo dos veces, lo habría derribado y habría intentado estrangularlo. *Tranquilo. Es contagioso*, pensó.

Tal vez lo fuera. Y tal vez no le importara. No se trataba solo de que Shooter hubiera matado a su único compañero en aquella solitaria casa; era que lo había hecho mientras Mort dormía y de una manera tal que el pobre y viejo Bump se había convertido en un objeto repugnante, en algo sobre lo cual era difícil no vomitar.

Más que nada era el hecho de que se había visto obligado a depositar a su querido gato en una lata de basura, como cualquier residuo inservible. *Mañana lo enterraré. En aquel cuadrado blando a la izquierda de casa. Mirando hacia el lago*.

Sí, pero aquella noche Bump yacería en una situación indigna encima de una bolsa de basura, dentro del contenedor, porque un hombre —un loco hijo de puta— podía estar rondando por allí, y ese hombre estaba resentido a causa de un relato en el que Mort Rainey ni siquiera había pensado en los últimos cinco años aproximadamente. El hombre en cuestión estaba loco; en consecuencia, a Mort le daba miedo enterrar a Bump esa noche porque, con nota o sin ella, Shooter podía estar vigilándolo.

Quiero matarlo. Y si ese loco bastardo me presiona un poco más, tal vez lo intente.

Entró, cerró la puerta de golpe y pasó el cerrojo. Después recorrió lentamente la casa, cerrando las puertas y ventanas. Una vez hecho esto, regresó a la ventana que había junto a la puerta del porche y se quedó mirando pensativo la oscuridad exterior. Veía el destornillador tirado en el suelo y el oscuro anillo que había quedado en la hoja al hundirla Shooter en la tapa del contenedor.

De pronto recordó que su objetivo era intentar ponerse en contacto con Amy otra vez.

Conectó el teléfono. Sus dedos marcaron con rapidez, oprimiendo los viejos números familiares que resumían la idea de hogar, mientras se preguntaba si le contaría a Amy lo de Bump.

Después de los chasquidos preliminares, se produjo una pausa inusualmente larga. Estaba a punto de colgar cuando un chasquido final, tan fuerte que casi pareció un golpe, dio paso a una voz de robot que le decía que el número que había marcado se encontraba fuera de servicio.

—Maravilloso —murmuró—. ¿Qué demonios hiciste, Amy? ¿Lo usaste hasta que se rompió?

Apretó el botón de desconexión, pensando que no tendría más remedio que llamar

a Isabelle Fortin; mientras buscaba el número en su memoria, el teléfono sonó.

Hasta entonces no había advertido hasta qué punto estaba nervioso. Emitió un débil grito quebrado y saltó hacia atrás, dejando caer el auricular al suelo y tropezando inmediatamente después con el maldito banco que Amy había comprado y colocado junto a la mesa del teléfono; ese banco que nadie, salvo Amy, había usado jamás.

Manoteó, se agarró a la librería y consiguió mantener el equilibrio. Después, levantó el auricular.

—¡Hola! ¿Es usted, Shooter? —dijo, porque en aquel momento, cuando parecía que todo el mundo estaba volviéndose al revés, no podía imaginar que pudiera ser otra persona.

—¿Mort?

Era Amy, y hablaba casi a gritos. Conocía muy bien el tono de los últimos dos años de su matrimonio. Era frustración o furia, probablemente lo segundo.

—Mort, ¿eres tú? ¡Por Dios! ¿Eres tú? ¿Mort? Mort…

—Sí, soy yo —respondió, sintiéndose de pronto agotado.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Llevo tres horas intentando hablar contigo!

—Durmiendo —dijo.

—Desconectaste el teléfono —afirmó ella con el tono fatigado pero acusador de alguien que ha recorrido ese camino antes—. Bueno, compañero, elegiste un excelente momento para hacerlo.

—Te llamé alrededor de las cinco…

—Estaba en casa de Ted.

—Bueno, allí había alguien —dijo él—. Tal vez…

—¿Qué quieres decir con que había alguien? —preguntó Amy con la velocidad de un relámpago—. ¿Quién?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Amy? Eres tú quien está en Derry, ¿recuerdas? Tú, Derry, yo, Tashmore. Lo único que sé es que cuando llamé la línea comunicaba. Si estabas en casa de Ted, supongo que Isabelle…

—Sigo en casa de Ted —le interrumpió Amy. Ahora, su voz sonaba curiosamente plana—. Supongo que estaré en su casa durante bastante tiempo, me guste o no. Mort, alguien incendió nuestra casa. Alguien la incendió hasta los cimientos.

De pronto, Amy se echó a llorar.

Capítulo 15

Él estaba tan obsesionado con John Shooter que su suposición inmediata —mientras estaba aturdido en el recibidor de la única casa Rainey restante, con el teléfono pegado a la oreja— fue que Shooter era el incendiario. ¿Motivo? Claro, evidente. Quemó la casa, una casa victoriana restaurada que valía ochocientos mil dólares, para librarse de una revista. Del *Ellery Queen's Mystery Magazine*, para ser exactos. Y en concreto del número de junio de 1980.

Pero ¿podía haber sido Shooter? Seguramente no. Entre Derry y Tashmore había más de ciento cincuenta kilómetros, y el cuerpo de Bump aún se mantenía cálido y flexible; la sangre que impregnaba el destornillador estaba pegajosa, pero no seca.

Si se apresuraba…

¡Oh! Déjalo, ¿quieres? Si continúas así, no tardarás en culpar a Shooter de tu divorcio y en pensar que te has pasado durmiendo dieciséis horas de cada veinticuatro porque Shooter te ha estado poniendo fenobarbital en la comida. ¿Y después? Podrías empezar a escribir cartas a los periódicos afirmando que el rey de la cocaína en América es un caballero de Culo del Cuervo, en el estado de Mississippi, llamado John Shooter. Que el tipo en cuestión mató a Jimmy Hoffa y también fue el famoso segundo tirador que disparó a Kennedy desde el promontorio en noviembre de 1963. El tipo está loco, vale, pero ¿de verdad piensas que recorrió ciento cincuenta kilómetros en dirección norte e incendió tu maldita casa para hacer desaparecer una revista? Sobre todo teniendo en cuenta que debe de haber ejemplares de esa misma revista repartidos por todo el territorio de Estados Unidos. Sé serio.

Y, sin embargo, si se apresuraba…

No. Era ridículo, pero Mort advirtió de pronto que no podría mostrarle al hombre su maldita prueba. A menos que…

Su estudio estaba en la parte trasera de la casa; habían arreglado lo que una vez fuera la parte superior del recinto donde se guardaban los carruajes.

—Amy —dijo.

—¡Es tan horrible! —sollozó ella—. Estaba en casa de Ted, e Isabelle llamó… Dijo que había por lo menos quince coches de bomberos, las mangueras escupiendo agua…, la muchedumbre mirando, curiosos…, mirones… Ya sabes cómo odio que la gente se quede mirando la casa, aunque no esté ardiendo…

Tuvo que morder con fuerza la parte interior de sus mejillas para ahogar un loco aullido de risa. Reír ahora sería lo peor, lo más cruel que podría hacer, porque lo sabía. Después de años de lucha, su éxito en el oficio que había elegido había supuesto algo grande y satisfactorio para él; a veces se sentía como un hombre que se ha abierto paso por una selva peligrosa donde la mayor parte de los aventureros muere, y al hacerlo hubiera ganado un premio fabuloso. Amy se había alegrado por él, al menos al principio, pero para ella la cosa tenía un lado amargo: la pérdida de su

identidad, no solo en el plano de la vida privada sino también en el de la autonomía.

—Sí —dijo Mort con la máxima suavidad de que fue capaz, sin dejar de morderse las mejillas para evitar reírse. Si reía, sería a causa de la desafortunada manera en que Amy se había expresado, pero ella no lo vería así. Durante los años pasados juntos, había malinterpretado su risa muy a menudo—. Sí, lo sé, cariño. Cuéntame lo que sucedió.

—¡Alguien incendió nuestra casa! —exclamó Amy entre lágrimas—. ¡Eso es lo que sucedió!

—¿Es una pérdida total?

—Sí, lo dijo el jefe de bomberos.

La oía tragar saliva tratando de controlarse. De pronto, volvió a echarse a llorar.

—¡Se quemó por com… completo!

—¿Incluso mi estudio?

—Allí es donde empezó —contestó Amy—. Al menos, es lo que supone el jefe de bomberos. Y encaja con lo que vio Patty.

—¿Patty Champion?

Los Champion eran dueños de la casa contigua a la de los Rainey, por el lado derecho; ambas propiedades estaban separadas por un cinturón de tejos que había ido enmarañándose sin control con el paso de los años.

—Sí. Espera un segundo, Mort.

Mort oyó un potente soplido cuando ella se sonó. Al reaparecer en la línea, Amy parecía más calmada.

—Patty explicó a los bomberos que había sacado a pasear al perro. Esto fue poco después de oscurecer. Pasó frente a nuestra casa y vio un coche aparcado bajo el pórtico. Después oyó un estallido dentro y vio fuego en la ventana grande de tu estudio.

—¿Vio qué clase de coche era? —preguntó Mort.

Tenía una sensación desagradable en la boca del estómago. A medida que se enteraba de cosas, el asunto de John Shooter empezaba a adquirir una importancia y unas dimensiones insospechadas. No se trataba solo del maldito número de junio de 1980 del *Ellery*, sino de casi todos sus manuscritos —los publicados y los incompletos—, de la mayor parte de sus primeras ediciones, de las traducciones y los artículos periodísticos…

¡Ah! Pero eso era solo el comienzo. Había perdido sus libros, al menos cuatro mil volúmenes. Si el daño era tal como Amy decía, toda la ropa de ella se habría quemado, así como los muebles antiguos que había reunido —a veces con su ayuda, pero casi siempre sola—. Ahora todo aquello había quedado reducido a cenizas y escoria. Sus joyas y los papeles personales de ambos, como pólizas de seguro y cosas por el estilo, probablemente estuvieran a salvo (se suponía que la caja fuerte escondida en la parte trasera del armario de arriba era a prueba de incendio), pero las alfombras turcas serían ceniza, las cerca de mil cintas de vídeo se habrían convertido

en un montón de plástico fundido, el equipo audiovisual, su ropa, sus fotografías, miles de fotografías…

¡Dios santo! ¡Y lo primero en que había pensado era en aquella maldita revista!

—No —dijo Amy, contestando a la pregunta que Mort olvidó haber formulado al comprender lo enorme de la pérdida personal—, no pudo decir qué clase de coche era. Por lo visto, pensó en un cóctel Molotov o algo así, porque el fuego salió por la ventana inmediatamente después del ruido de cristales. Según contó, empezó a correr por el sendero de entrada, y entonces se abrió la puerta de la cocina y salió un hombre. Bruno empezó a ladrarle, pero Patty se asustó y lo hizo retroceder, aunque él estuvo a punto de soltarse. Entonces, el hombre se metió en el coche, lo puso en marcha y encendió los faros. Patty dijo que la luz casi la cegó. Levantó el brazo para protegerse los ojos, y el coche salió disparado de debajo del pórtico… Es lo que dijo… Ella se apretó contra la cerca delantera y tiró de Bruno lo más fuerte que pudo, porque si no el hombre lo habría atropellado. Después, el tipo salió por el sendero de entrada y bajó la calle a toda velocidad.

—¿Y no vio en ningún momento qué clase de coche era?

—No. Al principio estaba oscuro, y después, cuando empezó a brillar el fuego a través de la ventana de tu estudio, los faros la cegaron. Regresó corriendo a su casa y llamó a los bomberos. Isabelle dice que llegaron enseguida, pero ya sabes cómo es nuestra vieja casa…, cómo era…, y lo rápido que arde la madera seca…, sobre todo si se usa gasolina…

Sí, lo sabía. Vieja, seca, llena de madera: la casa era el sueño erótico de un pirómano. Pero ¿quién? Si no era Shooter, ¿quién? Esa noticia terrible, que venía a coronar los acontecimientos del día como un postre espantoso al final de una comida abominable, había anulado casi por completo su capacidad de razonamiento.

—Dijo que probablemente era gasolina… Me refiero al jefe de bomberos… Él llegó primero, pero después vino la policía y no paró de hacer preguntas, Mort, la mayor parte sobre ti…, acerca de los enemigos que pudieras tener…, enemigos… Yo dije que no creía que tuvieras enemigos… Traté de contestar a todas sus preguntas…

—Estoy seguro de que lo hiciste lo mejor que pudiste —le dijo amablemente.

Ella siguió como si no lo hubiera oído, hablando entrecortadamente, como una operadora telegráfica repitiendo noticias espantosas en voz alta a medida que eran escupidas por los cables.

—Ni siquiera sabía cómo decirles que estamos divorciados… No lo sabían, por supuesto. Al final, fue Ted quien tuvo que decírselo… Mort…, la Biblia de mi madre… estaba en el dormitorio, en la mesilla de noche… Dentro había fotos de mi familia…, y… y era lo único…, lo único suyo que te… tenía…

Su voz se disolvió en sollozos.

—Iré mañana —dijo Mort—. Si salgo a las siete, puedo llegar hacia las nueve y media. Tal vez a las nueve, ahora que no hay tanto tráfico como en verano. ¿Dónde dormirás esta noche? ¿En casa de Ted?

—Sí —dijo ella, sorbiendo—. Sé que no te gusta, Mort, pero no sé qué habría hecho esta noche sin él…, cómo habría podido manejar…, ya sabes…, todas sus preguntas…

—Entonces me alegro de que lo tuvieras —dijo él con firmeza. La calma y la civilización de su voz le resultaron realmente sorprendentes—. Cuídate. ¿Tienes tus píldoras?

Durante los últimos seis años de matrimonio, ella había tomado tranquilizantes, pero solo cuando tenía que volar o cuando él debía asistir a algún acto público. Uno de esos que exigían la presencia de la denominada «esposa».

—Estaban en el botiquín —dijo ella con voz monótona—. No importa. No estoy estresada, solo desesperada.

Mort estuvo a punto de decirle que creía que ambas cosas eran la misma, pero decidió no hacerlo.

—Llegaré tan pronto como pueda —dijo—. Si crees que yendo esta noche podría hacer algo…

—No —contestó ella—. ¿Dónde nos encontraremos? ¿En casa de Ted?

De pronto, inesperadamente, él vio su mano sosteniendo una de esas llaves maestras que tienen las camareras de los hoteles. La vio girar en la cerradura de la puerta de una habitación de motel. Vio cómo se abría la puerta. Vio los rostros sorprendidos por encima de la sábana: el de Amy a la izquierda, el de Ted Milner a la derecha. La mirada desencajada de él era oblicua y confusa a causa del sueño, y a Mort le había recordado un poco a Alfalfa en aquellas tiras breves de Little Rascals. Además, ver el pelo de Ted desordenado por el sueño había hecho que el tipo le pareciera real por primera vez. Había visto su confusión y sus hombros desnudos. Y, de pronto, casi al azar, pensó: *Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías…*

—No —dijo—, en casa de Ted no. ¿Qué te parece la pequeña cafetería de la calle Witcham?

—¿Preferirías que fuese sola?

No parecía enojada, pero sí dispuesta a enojarse. *¡Qué bien la conozco!* —pensó Mort—. *Cada movimiento, cada ascenso y caída de su voz, cada expresión. ¡Y qué bien debe de conocerme ella!*

—No —respondió—. Trae a Ted. No pasa nada.

Sí pasaba, pero podía soportarlo. Al menos eso pensaba.

—Entonces, a las nueve y media —dijo ella, y a Mort le pareció que se inclinaba un poco—. En Marchman’s.

—¿Se llama así?

—Sí. Restaurante de Marchman.

—Vale, a las nueve y media o un poco antes. Si llego primero, haré una marca de tiza en la puerta…

—… y si yo llego primero, la borraré —terminó ella el viejo chiste, y ambos

rieron un poco.

Mort descubrió que hasta reír dolía. ¡Claro que se conocían! ¿No se suponía que para eso servían todos aquellos años juntos? ¿Y acaso no era ésa la razón por la que dolía tanto descubrir que aquellos años no solo podían terminar sino que habían terminado realmente?

Recordó de pronto la nota sujeta bajo la temblorosa tapa del contenedor: RECUERDE, TIENE 3 DÍAS. NO ESTOY BROMEANDO. Pensó decir: *Amy, yo también he tenido algunos problemas aquí.* Pero se dio cuenta de que no podía añadir más peso al que ella ya soportaba. Era su problema.

—Si hubiera sucedido más tarde, al menos habrías salvado tus cosas —estaba diciendo ella—. No quiero ni pensar en todos los manuscritos que debes de haber perdido, Mort. Si hace dos años, cuando Herbert lo sugirió, hubieras comprado aquellos muebles a prueba de incendio, tal vez…

—No creo que importe —dijo Mort—. El manuscrito de la nueva novela lo tengo yo. —Y era verdad. Las catorce rígidas y asquerosas páginas que lo constituían estaban allí—. ¡Al demonio con el resto! Te veré mañana, Amy. Yo…

(*te amo*).

Apretó la boca. Estaban divorciados. ¿Podía amarla aún? Parecía casi perverso. Y, aunque la amara, ¿tenía derecho a decírselo?

—… lamento mucho todo esto —fueron sus palabras.

—Y yo, Mort. Lo lamento muchísimo.

Estaba empezando a llorar otra vez. Mort oía la voz de alguien —de una mujer, quizá Isabelle Fortin— consolándola.

—Duerme un poco, Amy.

—Y tú también.

Colgó. De pronto, la casa pareció mucho más silenciosa que cualquiera de las otras noches que había pasado solo en ella; tan solo se oía el viento nocturno susurrando en torno a los aleros y, a lo lejos, un somorgujo cantando en el lago. Sacó la nota del bolsillo, la alisó y volvió a leerla. Era el tipo de cosa que se suponía que uno guardaba para la policía. En realidad, era el tipo de cosa que se suponía que ni siquiera debía tocar hasta que la policía hubiera tenido la posibilidad de fotografiarla y echarle sus polvitos mágicos. Era —por favor, redoble de tambores y estallido de trompetas— una prueba.

Bueno, a la mierda, pensó Mort, estrujándola una vez más. Nada de policía. Probablemente Dave Newsome, el policía local, tenía dificultades para recordar lo que había comido durante el desayuno cuando llegaba la hora del almuerzo; y Mort no podía imaginarse llevando el asunto al sheriff del condado o a la policía estatal. Al fin y al cabo, no era como si hubiesen atentado contra su vida; habían matado a su gato, pero un gato no era una persona. Y después de las devastadoras noticias de Amy, John Shooter parecía haber perdido toda importancia. Era uno de los Locos Frustrados, estaba chalado y podía ser peligroso, pero Mort se sentía cada vez más

inclinado a tratar de manejar el asunto solo aunque Shooter fuera peligroso. Sobre todo si era peligroso.

La casa de Derry tenía prioridad sobre John Shooter y sus ideas de lunático. Incluso sobre el detalle de quién la había incendiado, fuera Shooter o algún otro maniático resentido, perturbado o ambas cosas. La casa y, suponía, Amy. Evidentemente, estaba mal, y ofrecerle consuelo no podía ser malo para ninguno de los dos. Tal vez incluso ella…

Desechó toda especulación de lo que podía llegar a hacer Amy. Por ese camino no veía más que dolor. Era mejor creer que se trataba de un camino cortado.

Fue al dormitorio, se quitó la ropa y se echó en la cama con las manos bajo la cabeza. El somorgujo volvió a cantar, desesperado y distante. Pensó otra vez que Shooter podía estar allí fuera, agazapado, con la cara como un círculo pálido bajo el extraño sombrero negro. Shooter estaba chalado, y aunque había utilizado las manos y un destornillador con Bump, eso no eliminaba la posibilidad de que tuviera un arma.

Pero Mort no creía que Shooter estuviera ahí fuera, armado o desarmado.

Llamadas —pensó—. *De camino a Derry, tengo que hacer por lo menos dos. Una a Greg Carstairs, y otra a Herb Creekmore. Si salgo a las siete, es demasiado temprano para hacerlas desde aquí, pero podría usar una de las cabinas que hay en el peaje de Augusta…*

Se colocó de lado, pensando que tardaría mucho en dormirse, y entonces el sueño rodó sobre él como una ola tersa y oscura. Y si alguien se acercó a espiarlo mientras dormía, no se enteró.

Capítulo 16

El despertador sonó a las seis y cuarto. Se tomó media hora para enterrar a Bump en la parcela arenosa situada entre la casa y el lago, y a las siete estaba en marcha, tal como había planeado. Había recorrido quince kilómetros y entraba en Mechanic Falls, una ajetreada localidad formada por una fábrica textil que había cerrado en 1970, cinco mil almas y un semáforo que hacía guiños de color ámbar en la intersección de las carreteras 23 y 7, cuando observó que su viejo Buick despedía humo. Entró en la gasolinera de Bill, maldiciéndose por no haber mirado el indicador. Si hubiera atravesado Mechanic Falls sin observar cuánto había bajado el nivel, habría podido tener problemas y llegado realmente tarde a su cita con Amy.

Mientras el empleado trataba de llenar el pozo sin fondo del Buick, se dirigió al teléfono público que había contra la pared. Sacó del bolsillo trasero izquierdo del pantalón su maltratada agenda y marcó el número de Greg Carstairs. Pensó que, siendo temprano, tal vez incluso pudiera encontrarlo, y tuvo razón.

—¿Diga?

—Hola, Greg… Soy Mort Rainey.

—Hola, Mort. Parece que has tenido problemas en Derry, ¿eh?

—Sí —contestó Mort—. ¿Lo han dicho en las noticias?

—En Canal 5.

—¿Y cómo se veía?

—¿Cómo se veía qué? —replicó Greg.

Mort dio un respingo, pero si alguien tenía que decírselo, se alegraba de que fuese Greg Carstairs. Era un ex hippie amable y de cabellos largos que se había integrado en una secta religiosa más bien oscura —tal vez la de Swedenborg—, poco tiempo después de Woodstock. Tenía esposa y dos hijos, uno de siete años y otro de cinco, y por lo que Mort podía recordar, la familia estaba tan chalada como el propio Greg. Uno se acostumbraba tanto a la permanente sonrisilla del hombre que en las pocas ocasiones en que no se le veía, el tipo parecía desnudo.

—Tan malo como todo eso, ¿eh?

—Sí —respondió Greg sencillamente—. Debe de haberse consumido como un cohete. Lo siento de veras, tío.

—Gracias. Ahora voy para allá, Greg. Te llamo desde Mechanic Falls. ¿Puedes hacerme un favor mientras estoy ausente?

—Si te refieres a las vigas, creo que llegarán…

—No, no es eso. Se trata de otra cosa. Durante los últimos dos o tres días ha estado molestándome un tipo. Un chalado. Afirma que le robé un relato que escribió hace seis o siete años. Cuando le dije que había escrito mi versión del mismo relato antes de cuando dice que lo hizo él, que podía demostrarlo, se puso violento. Yo esperaba que la cosa terminara ahí, pero no hubo suerte. Anoche, mientras yo dormía en el sofá, mató a mi gato.

—¿A Bump? —Greg pareció sobresaltarse, una reacción que en su caso equivalía a la estupefacción de cualquier otro—. ¿Mató a Bump?

—Exacto.

—¿Le has hablado de esto a Dave Newsome?

—No, y tampoco quiero hacerlo. Si puedo, preferiría arreglármelas solo.

—Mort, el tipo no parece precisamente un pacifista.

—Matar a un gato no es lo mismo que matar a un hombre —dijo Mort—, y creo que podría manejarlo mejor que Dave.

—Bueno, en eso tal vez tengas razón —asintió Greg—. Desde que cumplió los setenta, Dave se ha debilitado un poco. ¿Qué puedo hacer por ti, Mort?

—Por un lado, me gustaría saber dónde para el tipo.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. El nombre que figura en el manuscrito que me mostró es John Shooter, pero después se puso tonto con eso, me dijo que podía ser un seudónimo. Creo que lo es… Al menos suena como un seudónimo. En todo caso, dudo de que se haya registrado con ese nombre si está en un motel de la zona.

—¿Cómo es?

—Un metro ochenta, aproximadamente, y alrededor de los cuarenta y pico. Tiene una de esas caras castigadas por el tiempo: arrugas producidas por el sol en torno a los ojos y surcos en las comisuras de la boca, como si tuviera la barbilla entre paréntesis.

Mientras hablaba, el rostro de John Shooter aparecía en su conciencia cada vez con mayor claridad, como el rostro de un espíritu flotando en la bola de cristal de una adivina. Mort sintió que se le ponía la piel de gallina en el dorso de las manos y se estremeció un poco. Una voz semiconsciente le decía que estaba cometiendo un error o engañando deliberadamente a Greg. Shooter era peligroso. No había necesitado ver lo que el hombre le había hecho a Bump para saberlo. Lo había visto el día anterior por la tarde en los ojos de Shooter. Entonces, ¿por qué jugaba a perseguirlo?

Porque sí —respondió otra voz más profunda, con una especie de firmeza peligrosa—. *Porque sí, eso es todo*.

La voz semiconsciente volvió a oírse, preocupada: ¿*Tienes intención de hacerle daño? ¿Se trata de eso? ¿Tienes intención de hacerle daño*?

Pero la voz profunda se negó a contestar. Había enmudecido.

—Esa descripción corresponde a la de la mitad de los granjeros que hay por aquí —dijo Greg, dubitativo.

—Bueno, hay un par de cosas que pueden ayudar a identificarlo —replicó Mort —. Por ejemplo, es sureño. Tiene un acento que lo delata a un kilómetro de distancia. Lleva un gran sombrero negro, creo que de fieltro, de copa redonda, como esos sombreros que usan los Amish. Y conduce una furgoneta Ford azul, de principios de los sesenta, matrícula de Mississippi.

—Vale, eso está mejor. Preguntaré por ahí. Si está en la zona, alguien sabrá

dónde. En esta época del año, las matrículas de fuera del estado llaman la atención.

—Lo sé —dijo Mort, y de pronto se le ocurrió algo más—. Podrías empezar preguntándole a Tom Greenleaf. Ayer estaba hablando con ese Shooter en el camino del lago, a unos quinientos metros al norte de mi casa, cuando Tom pasó con su Scout. Nos saludó al pasar y le respondimos. Tom debió de echarle una buena mirada.

—Vale. Probablemente lo veré en el almacén de Bowie si voy alrededor de las diez a tomar un café.

—Él también estuvo allí —dijo Mort—. Lo sé porque mencionó el expositor de libros de bolsillo. Es uno de esos anticuados.

—Y si lo encuentro, ¿qué?

—Nada —dijo Mort—. No hagas nada. Te llamaré esta noche. Supongo que mañana por la noche ya estaré de vuelta. No sé qué demonios voy a hacer en Derry, salvo revolver entre las cenizas.

—¿Y qué pasa con Amy?

—Está con un tipo —respondió Mort, procurando no parecer demasiado rígido y probablemente sin conseguirlo—. Supongo que lo que vaya a hacer Amy tendrán que decidirlo entre ellos.

—¡Oh! Lo siento.

—No pasa nada.

Miró hacia la zona de los surtidores de gasolina, y vio que el chico había terminado de llenar el depósito de su coche y ahora limpiaba el parabrisas, una visión que no había esperado volver a tener en su vida.

—Esto de enfrentarte al tipo tú solo…, ¿estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—Sí, creo que sí —dijo Mort.

Vaciló, percibiendo de pronto lo que probablemente le pasaba por la cabeza a Greg. Estaba pensando que si encontraba al tipo del sombrero negro y, como resultado, Mort resultaba herido, él, Greg, sería responsable.

—Oye, Greg, si quieres puedes venir conmigo cuando vaya a hablar con el tipo.

—Tal vez lo haga —contestó Greg, aliviado.

—Lo que él quiere son pruebas —dijo Mort—, de modo que tendré que conseguirlas.

—Pero dijiste que las tenías.

—Sí, pero no me creyó. Supongo que tendré que pasárselas por la cara para que me deje tranquilo.

—¡Ah! —exclamó Greg—. El tipo está loco, ¿no?

—Por supuesto.

—Bueno, veré si puedo encontrarlo. Llámame esta noche.

—Lo haré. Y gracias, Greg.

—De nada. Un cambio es tan bueno como un descanso.

—Eso dicen.

Se despidió de Greg y miró el reloj. Eran casi las siete y media; demasiado temprano para llamar a Herb Creekmore, a menos que quisiera sacarlo de la cama. Y no era tan urgente. Si paraba en el peaje de Augusta sería perfecto. Regresó al Buick mientras guardaba la agenda y sacaba el billetero. Le preguntó al chico cuánto le debía.

—Son veintidós cincuenta, con el descuento por pago en efectivo —dijo el chico, y, mirándolo tímidamente, añadió—: Señor Rainey, ¿podría firmarme un autógrafo? Tengo todos sus libros.

Eso le recordó otra vez a Amy y cómo detestaba a los cazadores de autógrafos. El propio Mort no los entendía, pero no veía ningún mal en ellos. Para Amy, resumían un aspecto de sus vidas que cada vez le resultaba más odioso. Hacia el final de su relación, él se retraía cada vez que alguien hacía esa pregunta en presencia de Amy. A veces, casi la oía pensar: *Si me amas, ¿por qué no los paras?* ¡Como si fuera posible! Su trabajo consistía en escribir libros que gente como ese chico quisiera leer, o al menos eso le parecía. Cuando lo lograba, le pedían autógrafos.

Garrapateó su nombre en la parte trasera de una factura de crédito (al fin y al cabo, el muchacho le había lavado el parabrisas), y pensó que si Amy lo había culpado por hacer algo que a ellos les gustaba —y opinaba que lo había hecho sin ser realmente consciente de ello—, suponía que era culpable de verdad. Así estaban las cosas.

Después de todo, lo correcto era lo correcto y lo justo era lo justo.

Subió al coche y prosiguió su camino en dirección a Derry.

Capítulo 17

Pagó sus setenta y cinco centavos en el peaje y entró en la zona de aparcamiento situada junto a los teléfonos, al otro extremo. El día era soleado, fresco y ventoso. El viento —que venía del sudoeste, desde Litchfield, y corría sin encontrar obstáculos por la abierta explanada donde estaban las cajas— era lo bastante fuerte para que los ojos de Mort se llenasen de lágrimas. De todos modos, lo disfrutaba. Casi podía sentir cómo desempolvaba las habitaciones del interior de su cabeza, que habían permanecido cerradas y a oscuras durante demasiado tiempo.

Utilizó la tarjeta de crédito para llamar a Herb Creekmore a Nueva York. A su apartamento, no al despacho. En realidad, Herb no llegaría a James & Creekmore, la agencia literaria de Mort Rainey, hasta por lo menos una hora después, pero Mort lo conocía desde hacía el tiempo suficiente para imaginar que probablemente a esas alturas el hombre ya habría pasado por la ducha y estaría bebiendo una taza de café mientras esperaba a que desapareciera el vapor del espejo del baño para afeitarse.

Por segunda vez consecutiva, tuvo suerte. Herb contestó con una voz de la que casi había desaparecido la confusión del sueño. ¿*Tengo buena racha esta mañana o qué*?, pensó Mort, sonriendo al frío viento de octubre. Al otro lado de los cuatro carriles de la autopista, veía a unos hombres colocando vallas contra la nieve en prevención del invierno que ya asomaba por el horizonte del calendario.

—Hola, Herb —dijo—. Te llamo desde una cabina en el peaje de Augusta. Mi divorcio ya es efectivo, mi casa de Derry se incendió anoche, un chalado mató a mi gato y está más frío que la hebilla del cinturón de un minero…, ¿sigo?

No había comprendido lo absurdo que resultaba el catálogo de sus agravios hasta que se oyó recitarlos en voz alta, y estuvo a punto de echarse a reír. ¡Jesús! Ahí fuera hacía frío, ¡pero era estimulante! ¡Era limpio!

—¿Mort? —preguntó Herb con cautela, como si sospechara que estaba siendo víctima de una broma pesada.

—A tu servicio —contestó Mort.

—¿Qué es eso de tu casa?

—Te lo explicaré, pero solo una vez. Toma nota si tienes que hacerlo porque pienso estar de vuelta en mi coche antes de quedar congelado junto a este teléfono.

Empezó con Shooter y su acusación. Terminó con la conversación que había mantenido la noche anterior con Amy.

Herb, que había pasado bastante tiempo como invitado de Mort y Amy (y que, según suponía Mort, había quedado totalmente abrumado por su ruptura), expresó su sorpresa y su pena por lo que le había pasado a la casa de Derry. Preguntó si Mort tenía alguna idea de quién lo había hecho. Mort dijo que no.

—¿Sospechas de ese tal Shooter? —preguntó Herb—. Comprendo la significación de que el gato fuera asesinado solo un rato antes de que despertaras, pero…

—Supongo que técnicamente es posible y no lo descarto por completo —respondió Mort—, pero tengo mis dudas. Tal vez sea solo porque no puedo aceptar la idea de que un hombre queme una casa de veinticuatro habitaciones para librarse de una revista. Pero creo que sobre todo es porque lo conocí. Está firmemente convencido de que le robé el relato, Herb. Quiero decir que no tiene dudas sobre eso. Cuando le dije que podía mostrarle pruebas, su actitud fue la de: «Vale, hijo de puta, demuéstramelo».

—Sin embargo…, llamaste a la policía, ¿no?

—Sí, esta mañana hice una llamada —contestó Mort.

A pesar de que la afirmación era algo tramposa, no era una mentira absoluta. Había hecho una llamada esa mañana. A Greg Carstairs. Pero si le decía a Herb Creekmore, a quien visualizaba sentado en la sala de su apartamento de Nueva York con unos pantalones de tweed y una sofisticada camisa, que tenía intención de resolver el asunto solo, con ayuda de Greg, dudaba mucho de que Herb lo comprendiese. Herb era un hombre agradable y un buen amigo, pero era un estereotipo: hombre civilizado, modelo finales del siglo veinte, cortés y urbano. Era el tipo de hombre que cree en la asesoría. El tipo de hombre que cree en la meditación y la mediación. El tipo de hombre que cree en la conversación cuando está presidida por la razón, y en la inmediata delegación del problema a las autoridades cuando no lo está. Para Herb, la idea de que hay cosas que a veces un hombre debe hacer personalmente tenía su lugar en las películas protagonizadas por Sylvester Stallone.

—Bueno, eso está bien —dijo Herb aliviado—. Ya tienes bastantes problemas para preocuparte además por un psicópata de Mississippi. ¿Qué harás si lo encuentran? ¿Lo denunciarás por acoso?

—Preferiría convencerlo de que regresara a casa y se llevase consigo su escena de persecución —respondió Mort.

Su sentimiento de alegre optimismo, tan inesperado como indudablemente real, persistía. Suponía que pronto se estrellaría, pero por el momento no podía dejar de sonreír. Así que se limpió la goteante nariz con la manga de la chaqueta y continuó sonriendo. Había olvidado lo agradable que era tener una sonrisa permanente en los labios.

—¿Y cómo lo harás?

—Espero que con tu ayuda. Tienes archivadas mis ediciones, ¿no?

—Sí, pero…

—Bueno, necesito que cojas el número de junio de 1980 de la *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Es donde aparece publicado «Tiempo de siembra». El mío lo he perdido a causa del incendio, pero…

—No lo tengo —le interrumpió Herb con calma.

—¿No? —pestañeó Mort. Eso era algo que no había esperado—. ¿Y por qué no?

—Porque en 1980 faltaban dos años para que me convirtiera en tu agente. Tengo

por lo menos un ejemplar de todo lo que vendí para ti, pero ése es uno de los relatos que vendiste tú.

—¡Mierda! —exclamó Mort, mientras repasaba mentalmente la página de créditos de *Todos tiran la moneda*. Junto a la mayoría de títulos, aparecía la siguiente frase: «Reeditado con el permiso del autor y sus agentes, James & Creekmore». Junto a «Tiempo de siembra» (y otros dos o tres más de la antología), tan solo ponía: «Reeditado con permiso del autor».

—Lo siento —dijo Herb.

—¡Claro! Lo envié yo mismo. Recuerdo haber escrito la carta de cesión antes de enviarlo, pero es que parece que hayas sido siempre mi agente. —Rió un poco y agregó—: No hay ofensa.

—Claro que no —dijo Herb—. ¿Quieres que llame a *Ellery*? Deben de tener números atrasados.

—¿Lo harías? —preguntó Mort, agradecido—. Sería estupendo.

—Será lo primero que haga por la mañana, solo que…

—¿Qué?

—Prométeme que no estás pensando enfrentarte solo a ese tipo una vez que tengas el ejemplar de la revista.

—Lo prometo —respondió rápidamente Mort.

Hacía trampas de nuevo, pero ¡qué demonios!, le había pedido a Greg que lo acompañara y Greg había aceptado, así que no estaría solo. Y al fin y al cabo, Herb Creekmore era su agente literario, no su papá. En realidad, no era de su incumbencia la forma en que afrontaba él sus asuntos personales.

—Vale —dijo Herb—. Me ocuparé de eso. Llámame desde Derry. Mort…, tal vez no sea tan malo como parece.

—Me gustaría creerlo.

—Pero ¿no lo crees?

—Me temo que no.

—Está bien. —Herb suspiró y después añadió tímidamente—: ¿No pasa nada si te pido que le des un abrazo de mi parte a Amy?

—Nada, y se lo daré.

—De acuerdo. Ahora resguárdate del viento y continúa tu camino, Mort. Lo oigo silbar por el receptor. Debes de estar helándote.

—Voy para allá. Gracias otra vez, Herb.

Colgó y miró pensativo el teléfono un momento. Había olvidado que el Buick necesitaba gasolina, lo cual era un olvido menor, pero también había olvidado que Herb Creekmore no se había convertido en su agente hasta 1982, y eso no era tan menor. Suponía que era a causa de un exceso de presión, pero ahora se preguntaba qué otra cosa podía haber olvidado.

La voz interior, no la de las regiones intermedias sino de la profunda, dijo de pronto: *Por ejemplo haber robado el relato. Tal vez lo olvidaste*.

Lanzó una carcajada mientras regresaba deprisa hacia el coche. Jamás había estado en Mississippi y ni siquiera ahora, atrapado como se encontraba en una «seca» de escritor, se le había ocurrido rebajarse al plagio. Se deslizó ante el volante y conectó el motor, pensando que, desde luego, de vez en cuando la mente de una persona inventaba mierda muy rara.

Capítulo 18

Mort no creía que la gente —ni siquiera los que trataban de ser totalmente honestos consigo mismos— supiera cuándo una cosa se había terminado. Pensaba que, con frecuencia, seguían creyendo o intentando creer, aunque las palabras no solo estuvieran escritas en la pared, sino escritas en letras lo bastante grandes para ser leídas a cien metros de distancia sin prismáticos. Si se trataba de algo que realmente te importaba y sentías que necesitabas, resultaba fácil engañarte a ti mismo, confundir tu vida con la televisión y convencerte de que eso que parecía estar mal terminaría por arreglarse, tal vez después de la siguiente tanda publicitaria. Suponía que, sin esa gran capacidad para el autoengaño, la raza humana estaría mucho más loca de lo que ya lo estaba.

Pero, a veces, la verdad se abría paso y, si habías intentado conscientemente eludir esa verdad, los resultados podían ser desastrosos. Era como estar en un lugar en el momento en que una ola enorme pasaba, no por encima, sino a través de un dique que habían puesto en el camino, arrastrando consigo el dique y a ti.

Mort Rainey experimentó una de esas manifestaciones cataclísmicas cuando los representantes de la policía y los bomberos se fueron y él, Amy y Ted Milner se quedaron solos, caminando lentamente en torno a las humeantes ruinas de la verde casa victoriana que había estado en el 92 de la calle Kansas durante ciento treinta y seis años. Fue mientras realizaban aquella melancólica inspección cuando comprendió que su matrimonio con la antigua Amy Dowd, de Portland, Maine, había terminado. No era un «período de tensión matrimonial» ni «una separación de prueba». No iba a ser uno de esos casos que se oían mencionar de vez en cuando, en que ambos cónyuges se arrepentían y volvían a casarse. Había terminado. Sus vidas juntos eran historia. Hasta la casa en la que habían compartido tan buenos momentos no era más que una serie de vigas incandescentes, desmoronadas en el hueco que fuera el sótano como los dientes de un gigante.

Su encuentro en Marchman’s, la pequeña cafetería de la calle Witcham, había ido bastante bien. Amy lo había abrazado, y él a ella, pero cuando intentó besarla en la boca, ella volvió con habilidad la cabeza, de modo que sus labios encontraron la mejilla. Beso-beso, como decían en las fiestas de oficina. Me alegro de verte, querido.

Ted Milner, con su cabello seco perfectamente ordenado esa mañana, sin un solo rizo Alfalfa a la vista, los observaba desde una mesa del rincón. Tenía en la mano la pipa que Mort había visto entre sus dientes en diversas fiestas durante los últimos tres años, aproximadamente. Mort estaba convencido de que, en el caso de Ted, la pipa era un objeto artificioso, un pequeño artefacto utilizado con el único propósito de hacer que su dueño pareciera mayor. Porque ¿cuántos años tenía? Mort no estaba seguro, pero si Amy tenía treinta y seis, pensó que Ted, con sus impecables tejanos lavados a la piedra y su camisa J. Press abierta en el cuello, tenía que ser por lo

menos cuatro años más joven, tal vez más. Se preguntó si Amy había pensado que dentro de diez años podía tener problemas…, incluso dentro de cinco…, y después llegó a la conclusión de que para sugerírselo hacía falta ser mejor de lo que él era.

Preguntó si había alguna novedad. Amy dijo que no. Entonces empezó a hablar Ted con un ligero acento sureño mucho más suave que la pronunciación nasal de John Shooter.

Le dijo a Mort que el jefe de bomberos y un teniente del Departamento de Policía de Derry se encontrarían con ellos en lo que Ted llamaba «el sitio». Querían hacerle unas preguntas. Mort dijo que le parecía estupendo. Ted preguntó si quería una taza de café: tenían tiempo. Mort contestó que eso también sería estupendo. Ted le preguntó cómo estaba. Mort volvió a utilizar la palabra estupendo. Cada vez que salía de su boca, había perdido algo más de sustancia. Amy contemplaba aquel intercambio con cierta aprensión, y Mort lo comprendió. El día que los había descubierto acostados juntos, le había dicho a Ted que lo mataría. En realidad, tal vez hubiera dicho algo sobre matarlos a los dos. Su recuerdo de la escena era brumoso. Sospechaba que el de ellos también podía serlo. No sabía nada de los otros dos vértices del triángulo, pero en su caso le parecía que la bruma no solo era comprensible, sino compasiva.

Tomaron café. Amy le preguntó por John Shooter. Mort dijo que creía que la situación estaba bajo control. No habló de gatos, ni notas, ni revistas, y al cabo de un rato salieron de Marchman’s y se dirigieron al 92 de la calle Kansas, donde una vez había estado su hogar.

El jefe de bomberos y el detective de la policía estaban allí, como habían prometido, y también como habían prometido hicieron preguntas. La mayoría se referían a gente que pudiera tenerle la antipatía suficiente para arrojar un cóctel Molotov en su estudio. Si Mort hubiera estado solo, no habría mencionado a Shooter, pero si no lo hacía él lo haría Amy, de modo que relató el encuentro inicial tal como había sucedido.

—¿El tipo estaba enfadado? —preguntó el jefe de bomberos.

—Sí.

—¿Lo bastante para venir a Derry e incendiar su casa? —preguntó Bradley, el detective.

Él estaba casi seguro de que Shooter no lo había hecho, pero no quería profundizar en sus breves encuentros con Shooter. En primer lugar, eso significaría decirles lo que le había hecho a Bump, y el asunto entristecería a Amy. La entristecería mucho y abriría una caja de gusanos que prefería dejar cerrada. Mort pensó que había llegado el momento de disimular otra vez.

—Al comienzo pudo haberlo estado —respondió—. Pero cuando descubrí que ambos relatos eran realmente similares, miré la fecha original de publicación del mío y…

—¿El de ese tipo no se ha publicado? —le interrumpió Bradley.

—No, estoy seguro de que no. Entonces, cuando ayer volvió a aparecer, le pregunté cuándo había escrito su relato, esperando que mencionara una fecha posterior a la de la publicación del mío, ¿comprende?

El detective Bradley asintió.

—Estaba tratando de probar que le había ganado de mano.

—Exacto. «Tiempo de siembra» aparece en un libro de relatos que publiqué en 1983, pero se había publicado originalmente en 1980. Esperaba que el tipo se sentiría seguro con una fecha solo un año o dos anterior a 1983. Tuve suerte. Dijo que lo había escrito en 1982, así que, ya ve, lo tenía.

Esperaba que las cosas terminaran allí, pero Wickersham, el jefe de bomberos, continuó.

—Usted y nosotros lo vemos, señor Rainey, pero ¿lo vio él?

Mort suspiró para sus adentros. Supuso que se podía disimular hasta cierto punto, pero que si las cosas se prolongaban el tiempo suficiente, se llegaba a un extremo en el cual había que decir la verdad o inventar una mentira directa. Y ese punto había llegado. Pero ¿el asunto le concernía a él o a ellos? A él. Vale. Y tenía intención de que las cosas siguieran siendo así.

—Sí —dijo—, lo vio.

—¿Qué hizo? —preguntó Ted. Mort lo miró con moderado fastidio. Ted apartó la vista, como si experimentara el deseo de jugar con su pipa. La pipa estaba en el coche. La camisa J. Perry no tenía bolsillo para llevarla.

—Se fue —dijo Mort. Su irritación con Ted, que no tenía derecho alguno a interferir, le facilitó la mentira. Además, el hecho de estar mintiéndole a Ted se lo ponía más fácil—. Murmuró algunas payasadas sobre la increíble coincidencia, saltó a su coche como si le hubieran prendido fuego al pelo y le estuviera llegando al culo, y se fue.

—¿Observó la marca del coche y la matrícula, señor Rainey? —preguntó Bradley. Había sacado un bloc y un bolígrafo.

—Era un Ford —dijo Mort—. Lo siento, pero no puedo ayudarlo con la matrícula. No era de Maine, pero aparte de eso…

Se encogió de hombros y trató de parecer contrito. Por dentro se sentía cada vez más incómodo por la forma en que se desarrollaban las cosas. Mientras se las daba de listo, sorteando la posibilidad de la mentira directa, le había parecido una manera de ahorrarle a Amy el dolor de saber que el loco le había roto el cuello a Bump y lo había atravesado con un destornillador. Pero ahora se había colocado en una posición comprometida. Había dado dos versiones distintas del mismo hecho a dos grupos distintos de personas. Si se reunían y comparaban, las cosas se pondrían feas para él. Explicar sus razones para mentir podía resultar incómodo. Suponía que aquellas comparaciones eran muy improbables en la medida en que Amy no hablara con Greg Carstairs o con Herb Creekmore. Pero ¿qué sucedería si, cuando él y Greg cogieran a Shooter y le refregaran por los morros el número de junio de 1980 de *Ellery*, se

producía una conmoción?

No importa —se dijo—, *cuando llegue el momento, quemaremos ese puente*. Aquella idea le hizo recuperar en cierto modo el buen humor que había sentido mientras hablaba con Herb en el peaje, y estuvo a punto de que se le escapara una risita. La contuvo. Si hacía eso, se preguntarían por qué reía, y supuso que tendrían razón al preguntárselo.

—Supongo que, a estas alturas, Shooter debe de estar regresando a…

(*Mississippi*)

—… al lugar de donde vino —terminó, casi sin interrupción.

—Parece verosímil —dijo el teniente Bradley—, pero me inclino por investigar este asunto, señor Rainey. Tal vez haya convencido al tipo de que se equivocaba, pero eso no quiere decir que se haya ido apaciguado. Es posible que viniera aquí e incendiara su casa solo porque se sentía cegado… Perdone, señora Rainey.

Amy le dedicó una sonrisilla forzada y desechó la disculpa con un gesto de la mano.

—¿Lo crees posible?

No —pensó Mort—, *no lo creo. Si hubiera decidido quemar la casa, creo que habría matado a Bump antes de salir para Derry, por si yo despertaba antes de su regreso. En ese caso, la sangre habría estado seca y Bump rígido cuando lo encontré. Y no sucedió así. Pero no puedo decirlo. Ni aunque quisiera. Entre otras cosas, porque se preguntarían por qué he ocultado lo de Bump tanto tiempo. Probablemente pensarían que tengo algunos tornillos flojos*.

—Supongo que sí —respondió—, pero yo estuve con él. No me pareció del tipo de los que queman casas.

—Quieres decir que no era un Snope —dijo Amy de pronto.

Mort la miró sorprendido y sonrió.

—Exacto —contestó—. Un sureño, pero no un Snope.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Bradley con aire cansado.

—Es un viejo chiste, teniente —dijo Amy—. Los Snope son personajes de algunas novelas de William Faulkner. Se iniciaron en el mundo de los negocios quemando graneros.

—¡Ah! —exclamó Bradley desconcertado.

—Señor Rainey, no existe un tipo específico de incendiario —dijo Wickersham —. Los hay de todas formas y tamaños, créame.

—Bueno…

—Dígame algo más del coche, si puede —insistió Bradley, apoyando el lápiz sobre el bloc—. Quiero que la policía estatal tenga datos sobre ese tipo.

Súbitamente, Mort decidió mentir un poco más. En realidad, mucho más.

—Bueno, era un sedán. Eso puedo asegurarlo.

—¡Ajá! Un sedán Ford. ¿De qué año?

—Creo que de los setenta —contestó Mort. Estaba seguro de que habían

fabricado la furgoneta más o menos hacia la época en que un hombre llamado Oswald había designado a Lyndon Johnson presidente de Estados Unidos. Hizo una pausa y agregó—: La matrícula era de color claro. Podría ser de Florida. No puedo jurarlo, pero podría ser.

—¡Ajá! ¿Y el tipo?

—Altura media. Pelo rubio. Gafas. De esas de montura redonda como las que le gustaban a John Lennon. En realidad, es todo lo que re…

—¿No dijiste que llevaba sombrero? —preguntó Amy de pronto.

Mort sintió que sus dientes se entrechocaban.

—Sí —respondió con calma—. Es verdad, lo había olvidado. Gris oscuro o negro. Pero parecía más bien una gorra. Ya sabe, con visera.

—Vale —dijo Bradley, cerrando el bloc de golpe—. Es algo por donde empezar.

—¿No puede haber sido un simple caso de vandalismo, la obra de un maníaco? —preguntó Mort—. En las novelas, todo se relaciona, pero la experiencia me dice que en la vida real a veces las cosas suceden simplemente.

—Es posible —asintió Wickersham—, pero revisar las conexiones evidentes no le hace mal a nadie. —Y, dedicando un pequeño guiño solemne a Mort, agregó—: A veces la vida imita al arte.

—¿Necesitan algo más? —le preguntó Ted, pasando un brazo por los hombros de Amy.

Wickersham y Bradley intercambiaron una mirada, y Bradley movió la cabeza.

—Creo que no, al menos por el momento.

—Solo lo pregunto porque Amy y Mort tendrán que dedicar un rato al agente de seguros —dijo Ted—. Y tal vez también a un investigador de la central de la empresa.

El acento sureño del hombre le resultaba cada vez más irritante a Mort. Sospechaba que Ted provenía de una parte del sur que estaba varios estados más al norte que la tierra de Faulkner, pero de todos modos se trataba de una coincidencia que habría preferido evitar.

Los funcionarios estrecharon las manos de Amy y de Mort, expresaron sus condolencias, les dijeron que avisaran si les sucedía algo más y se marcharon. Luego, los tres dieron otra vuelta en torno a la casa.

—Amy, lamento todo esto —dijo Mort súbitamente. Ella caminaba entre ambos y lo miró, al parecer sorprendida por algo que había percibido en su voz. Tal vez simple sinceridad—. Todo, lo lamento de veras.

—Yo también —dijo ella suavemente, y tocó su mano.

—Bueno, con Teddy somos tres —dijo Ted con solemne cordialidad.

Amy se volvió hacia él y, en ese momento, Mort habría podido estrangularlo alegremente hasta hacer que sus ojos saltaran y quedaran colgando de los nervios ópticos.

Ahora recorrían el lado oeste de la casa, en dirección a la calle. Ahí arriba había estado el rincón por donde su estudio comunicaba con la casa, y no lejos de allí se

encontraba el jardín de Amy. Todas las flores habían muerto, y Mort pensó que tal vez fuera mejor así. El fuego había sido lo bastante intenso para chamuscar toda la hierba verde en un radio de cinco metros en torno a la casa. Si las flores hubieran estado abiertas, también las habría chamuscado, y eso hubiese sido triste. Hubiese sido…

Súbitamente, Mort se detuvo. Estaba recordando los relatos. El relato. Podía llamarse «Tiempo de siembra» o «Ventana secreta, jardín secreto», pero cuando se limaban las pequeñas diferencias eran una sola y misma cosa. Miró hacia arriba. Ahora solo se veía el cielo azul, pero antes del incendio de la noche anterior había una ventana exactamente en el punto que estaba mirando. Era la ventana de la pequeña habitación contigua al lavadero, del cuartito donde Amy tenía su despacho. Allí, ella hacía los cheques, escribía su diario, realizaba las llamadas telefónicas indispensables… Era el cuarto donde Mort sospechaba que Amy había empezado una novela hacía varios años. Y cuando la novela murió, fue el cuarto donde ella la enterró, decorosa y silenciosamente, en un cajón del escritorio. El escritorio estaba junto a la ventana. A Amy le gustaba ir allí por las mañanas. Ponía la lavadora en la habitación de al lado, y hacía su trabajo mientras esperaba que la chicharra le indicara que había llegado el momento de vaciar la lavadora y poner la ropa en la secadora. El cuarto se encontraba alejado de la parte principal de la casa, y a Amy, según decía, le gustaba su tranquilidad. Su tranquilidad y la clara y saludable luz de la mañana que entraba por la ventana. A ella le gustaba mirar por la ventana de vez en cuando, hacia sus flores, que crecían en el profundo rincón formado por la casa y el estudio. Y Mort la oyó diciendo: *Es la mejor habitación de la casa, al menos para mí, porque casi nadie va allí, salvo yo. Tiene una ventana secreta y da a un jardín secreto*.

—¿Mort? —decía Amy.

Durante un instante, no le prestó atención, confundiendo su voz real con la voz que escuchaba en su cabeza, que era la del recuerdo. Pero ¿era un recuerdo real o falso? Ésa era la pregunta importante, ¿no? Parecía real, pero él había atravesado una época de gran estrés, incluso antes de lo de Shooter, Bump y el incendio. ¿No era al menos posible que estuviera padeciendo una…, bueno, una alucinación mnemotécnica? ¿Que estuviera tratando de que su pasado con Amy coincidiera en cierta forma con aquella maldita historia en la que un hombre se había vuelto loco y había matado a su esposa?

¡Jesús, espero que no! Espero que no, porque si es así estoy demasiado cerca del derrumbe nervioso para sentirme tranquilo.

—Mort, ¿te encuentras bien? —preguntó Amy, dándole un violento tirón de la manga y sacándolo del trance, al menos por el momento.

—Sí —contestó; y después, bruscamente, agregó—: No. Si quieres que te diga la verdad, me encuentro un poco mal.

—Tal vez sea el desayuno —dijo Ted.

Amy le lanzó una mirada que hizo que Mort se sintiera un poco mejor. No era

muy amistosa.

—No es el desayuno —dijo con cierta indignación, y mostró las ruinas ennegrecidas—. Es eso. Salgamos de aquí.

—La gente de la compañía de seguros vendrá al mediodía —advirtió Ted.

—Bueno, falta más de una hora. Vamos a tu casa, Ted. Yo tampoco me encuentro bien. Me gustaría sentarme.

—Vale —dijo Ted en el tono ofendido de quien está pensando «no es necesario gritar», y que también le hizo sentirse mejor.

Y, a pesar de que aquella mañana, durante el desayuno, habría jurado que la casa de Ted Milner era el último lugar de la tierra adonde deseaba ir, los acompañó sin protestar.

Capítulo 19

Durante el viaje por la ciudad hacia la parte este donde Ted colgaba su sombrero permanecieron en silencio. Mort no sabía en qué estarían pensando Amy y Ted, pero suponía que tal vez Amy pensara en la casa y Ted en si llegarían o no a tiempo para ver a los encargados de la compañía de seguros. En todo caso, sabía en qué estaba pensando él. Estaba tratando de descubrir si se estaba volviendo loco o no. ¿Aquello era real o un juego de Memory?

Finalmente, llegó a la conclusión de que Amy había dicho aquello acerca de su despacho junto al lavadero: no era un falso recuerdo. Ahora bien, ¿lo había dicho antes de 1982, cuando John Shooter afirmaba haber escrito un relato llamado «Ventana secreta, jardín secreto»? No lo sabía. Por mucho que se esforzara, de su cerebro confuso y dolorido todo lo que obtenía era un mensaje breve: respuesta incierta. Pero si ella lo había dicho, fuera cuando fuese, ¿no podía ser que el título de Shooter fuera una simple coincidencia? Tal vez, pero las coincidencias empezaban a acumularse, ¿no? Había llegado a la conclusión de que el incendio era, tenía que ser, una coincidencia. Pero el recuerdo del jardín de Amy con su cosecha de flores muertas… Bueno, cada vez resultaba más difícil creer que todo eso no estuviera ligado de una manera extraña, tal vez incluso sobrenatural.

¿Y acaso el propio Shooter no había estado igualmente confundido a su manera? ¿*Cómo lo consiguió*? —había preguntado, con la voz teñida de cólera y desconcierto —. *Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios un gilipollas garrapateador con dinero como usted llegó a un pueblo de mierda de Mississippi y robó mi maldita historia?* En aquel momento, Mort había pensado que, o bien se trataba de otra señal de la locura del tipo, o bien éste era un actor excelente. Ahora, en el coche de Ted, se le ocurrió por primera vez que ésa era exactamente la forma en que habría reaccionado él si las circunstancias se hubieran invertido.

Como había sucedido, en cierta forma. El único detalle en el que los relatos diferían de manera sustancial era en el título. Ambos eran correctos, pero Mort descubrió que ahora tenía una pregunta para hacer a Shooter, una pregunta muy semejante a la que Shooter le había hecho a él: *¿Y cómo se le ocurrió ese título, señor Shooter? Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios supo que, a dos mil kilómetros de su pueblo de mierda en Mississippi, la esposa de un escritor de quien según usted no oyó hablar hasta este año, tenía su propia ventana secreta que daba a su propio jardín secreto*?

Bueno, naturalmente había una sola manera de descubrirlo. Cuando Greg encontrara a Shooter, Mort tendría que preguntárselo.

Capítulo 20

Mort rechazó la taza de café que le ofreció Ted y preguntó si tenía una Coca-Cola o una Pepsi. Ted tenía. Después de beberla, el estómago de Mort se asentó. Había supuesto que el solo hecho de estar allí, donde Ted y Amy jugaban a mamás y papás ahora que no tenían que molestarse en acudir a moteles pequeños y baratos de la ciudad, lo enfurecería e inquietaría. No fue así. Era solo una casa, una casa donde todas las habitaciones parecían proclamar que su dueño era un Joven Soltero Calavera que Estaba Trepando la Escalera. Mort descubrió que podía aceptarlo con tranquilidad, aunque volvía a inspirarle cierta inquietud por Amy. Pensó en su pequeño despacho, por donde entraba una luz clara y saludable, y en el ronroneo adormecedor de la secadora a través de la pared, su pequeña oficina con su ventana secreta, la única ventana de la casa que daba al ángulo profundo formado por la casa y el anexo, y reflexionó en lo mucho que pertenecía a ese lugar y en lo poco que parecía pertenecer a aquél. Sin embargo, aquélla era una cuestión con la cual tendría que enfrentarse ella. Tras observar unos minutos esa otra casa, que no era un antro de iniquidad, sino simplemente una casa, Mort se dijo que podría vivir con aquello, que incluso podría estar contento.

Ella preguntó si pasaría la noche en Derry.

—No. Regresaré en cuanto terminemos con los de la compañía de seguros. Si surge algo más, pueden ponerse en contacto conmigo, o puedes hacerlo tú.

Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y le rozó brevemente una mano. A Ted no le gustó. Miró por la ventana con el entrecejo fruncido y toqueteó su pipa.

Capítulo 21

Llegaron a tiempo para la reunión con los representantes de la compañía de seguros, lo que sin duda alguna tranquilizó a Ted Milner. A Mort no le entusiasmaba especialmente que Ted estuviera allí. Al fin y al cabo, jamás había sido su casa, ni siquiera después del divorcio. No obstante, tenerlo allí parecía tranquilizar a Amy, así que no dijo nada.

Don Strick, el agente de la Compañía de Seguros Consolidated con quien habían tratado, los llevó a su oficina después de otra breve visita al «sitio». En el despacho encontraron a un hombre llamado Fred Evans, un investigador de campo de la Consolidated especializado en incendios. La razón por la cual Evans no había estado aquella mañana con Wickersham y Bradley se aclaró enseguida: había pasado la mayor parte de la noche anterior recorriendo las ruinas con una linterna celular y una cámara Polaroid. Explicó que había regresado a su habitación del motel para echar un sueñecito antes de ver a los Rainey.

Evans le cayó muy bien a Mort. Parecía realmente apenado por la pérdida que habían sufrido Amy y él, mientras que todos los demás, incluido el señor Teddy Somos Tres, parecían haber proferido solo las palabras tradicionales de condolencia antes de seguir con lo que cada uno de ellos consideraba la tarea que tenía entre manos (y en el caso de Ted Milner, pensó Mort, la tarea entre manos era conseguir que saliera de Derry y se fuera al lago Tashmore lo más pronto posible). Fred Evans no habló del número 92 de la calle Kansas como «el sitio»; se refería a él como «la casa».

Sus preguntas, si bien en esencia eran las mismas que habían hecho Wickersham y Bradley, resultaban más amables, minuciosas e insistentes. Pese a haber dormido como mucho cuatro horas, tenía los ojos brillantes, y su expresión era franca y clara. Después de hablar con él durante veinte minutos, Mort decidió que si alguna vez decidía incendiar una casa para cobrar el dinero del seguro, trataría con otra compañía que no fuera Consolidated o esperaría a que ese hombre se jubilara.

Cuando terminó con sus preguntas, Evans les sonrió.

—Se han mostrado muy dispuestos a colaborar y quiero darles las gracias otra vez, tanto por las respuestas meditadas como por su amabilidad. En muchos casos, la gente se irrita en cuanto oyen la expresión «investigador de seguros». Están alterados, lo cual es comprensible, y a menudo se toman la presencia de un investigador en la escena como una acusación de que han incendiado su propiedad.

—Dadas las circunstancias, me parece que no podrían habernos tratado mejor —dijo Amy, y Ted Milner asintió con tal violencia que parecía como si su cabeza pendiera del extremo de un hilo, de un hilo manejado por un titiritero con un ataque de nervios.

—Lo que viene es duro —prosiguió Evans, e hizo una seña a Strick, quien abrió un cajón y sacó unos papeles impresos en ordenador—. Cuando un investigador

confirma que un incendio ha sido tan serio como evidentemente ha sido éste, debe mostrar a los clientes una lista de las pertenencias que están aseguradas. Estúdienla con atención, pues habrán de firmar una declaración jurada de que los artículos mencionados siguen perteneciéndoles y seguían en la casa cuando se produjo el incendio. Tendrían que poner una marca junto a cualquier artículo que hayan vendido desde la última renovación de seguro que hicieron con el señor Strick, y junto a cualquier artículo asegurado que no estuviera en la casa en el momento del incendio. —Antes de seguir, Evans se llevó una mano a la boca y se aclaró la garganta—. Me han dicho que hace poco se ha producido una separación de domicilios, de modo que esto último puede ser especialmente importante.

—Estamos divorciados —dijo francamente Mort—. Estoy viviendo en nuestra casa del lago Tashmore. Solo la utilizábamos en verano, pero tiene una chimenea y es habitable durante los meses fríos. Por desgracia, no llegué a trasladar el grueso de mis cosas. Estuve demorándolo.

Don Strick asintió comprensivamente. Ted cruzó las piernas, jugueteó con su pipa y dio en general la impresión de un hombre que procura no parecer tan aburrido como está.

—Háganlo lo mejor que puedan con la lista —dijo Evans. Cogió los papeles de manos de Strick y se los pasó a Amy por encima del escritorio—. Puede resultar un tanto desagradable. Es como ir en busca del tesoro, pero al revés.

Ted había dejado la pipa y miraba la lista. Su aburrimiento había desaparecido, al menos por el momento; sus ojos reflejaban tanta avidez como los de cualquier transeúnte contemplando los restos de un accidente grave. Amy se dio cuenta de que miraba y le acercó amablemente la hoja. Mort, que estaba sentado al otro lado, tiró de ella en sentido contrario.

—¿Le importa? —preguntó a Ted. Estaba enfadado, realmente enfadado, y todos lo percibieron en su voz.

—Mort… —dijo Amy.

—No voy a armar un escándalo con este asunto —le dijo Mort—, pero éstas eran nuestras cosas, Amy. Nuestras.

—No me parece… —empezó a decir Ted, indignado.

—No, señor Milner, él tiene razón —intervino Fred Evans con una moderación que a Mort le pareció que podía resultar engañosa—. Según la ley, usted no tiene ningún derecho a saber nada acerca de los artículos mencionados. Si a nadie le importa, lo pasamos por alto, pero creo que al señor Rainey sí le importa.

—Puede apostar lo que quiera a que al señor Rainey le importa —dijo Mort. Tenía las manos apretadas sobre el regazo; sentía cómo sus uñas marcaban sonrientes medias lunas en sus palmas.

Amy trasladó su mirada de ruego de Mort a Ted. Mort esperaba que Ted se inflara, resoplara y tratara de derribar la casa de alguien, pero no lo hizo. Pensó que esa suposición daba la medida de la hostilidad que sentía hacia el tipo. No conocía

muy bien a Ted (aunque sabía que cuando se le despertaba súbitamente en un motel discreto se parecía un poco a Alfalfa), pero conocía a Amy. Si Ted hubiera sido un pomposo, ya lo habría dejado.

Dirigiéndose a Amy con una suave sonrisa e ignorando por completo a Mort y a los demás, Ted dijo:

—¿Te ayudaría que me fuese a dar una vuelta a la manzana?

Mort trató de reprimirse, pero no lo logró del todo.

—¿Por qué no dos? —le preguntó con amabilidad fingida.

Amy le lanzó una mirada oscura y dura, y se volvió hacia Ted.

—¿Lo harías? Esto podría resultar algo más fácil…

—Claro —dijo él. La besó en el pómulo, y Mort tuvo otra revelación dolorosa: el hombre la quería. A lo mejor no la querría siempre, pero ahora la quería. Mort comprendió que había estado a punto de creer que Amy era solo un juguete que había cautivado a Ted por un tiempo, un juguete del cual se cansaría pronto. Pero eso tampoco encajaba con lo que sabía de Amy. Su instinto con la gente no solía engañarla, y sentía respeto por sí misma.

Ted se puso en pie y salió. Amy miró a Mort, ofendida.

—¿Estás satisfecho?

—Supongo —contestó—. Mira, Amy, probablemente no he manejado este asunto todo lo bien que habría podido, pero mis motivos son bastante honorables. En el transcurso de los años compartimos muchas cosas. Supongo que esto es lo último y creo que nos pertenece a los dos. ¿De acuerdo?

Strick parecía incómodo. Fred Evans, no. Su mirada iba de Mort a Amy, y otra vez a Mort, con el mismo interés que si estuviera asistiendo a un excelente partido de tenis.

—De acuerdo —dijo Amy en voz baja.

Él rozó ligeramente su mano y ella le sonrió. Era una sonrisa forzada, pero era mejor que nada.

Mort acercó su silla a la de ella, y ambos se inclinaron sobre la lista, con las cabezas juntas, como muchachos estudiando para un examen. A Mort no le costó mucho comprender por qué Evans les había hecho la advertencia. Creía haber captado la magnitud de la pérdida pero se equivocaba.

Mirando las columnas de frío tipo de impresora, Mort pensó que no habría podido sentirse más abrumado si alguien hubiese cogido todo lo que había en la casa del 92 de la calle Kansas y lo hubiese dispersado por la manzana para que lo viera todo el mundo. Le parecía increíble haber olvidado tantas cosas, todas las cosas que habían desaparecido.

Siete artefactos eléctricos de importancia. Cuatro televisores, uno con reproductor de vídeo. La porcelana Spode y los muebles auténticos de estilo americano primitivo que Amy había comprado pieza por pieza. El valor del armario antiguo que había en el dormitorio era de catorce mil dólares. No habían sido coleccionistas de arte serios,

pero sí buenos conocedores, y habían perdido doce piezas de pintura original valoradas en veintidós mil dólares. Sin embargo, a Mort no le interesaba el valor en dinero. Estaba pensando en el dibujo de N. C. Wyeth de los dos niños saliendo a navegar en una pequeña barca. En el cuadro llovía; los niños llevaban impermeable y zuecos, y lucían una amplia sonrisa. Mort amaba aquel cuadro, y ahora ya no estaba. La cristalería Waterford. Los equipos deportivos guardados en el garaje: esquíes, bicicletas de diez velocidades y la vieja canoa Old Town. En la lista figuraban los tres abrigos de piel de Amy. La vio hacer diminutas marcas junto a la nutria y el visón —al parecer, continuaban depositadas en la tintorería—, pero pasó el chaquetón de zorro sin marcarlo. Aquella prenda cálida y elegante para el otoño estaba colgada en el armario cuando estalló el incendio. Recordaba haberle regalado esa chaqueta para su cumpleaños, hacía seis o siete años. Ahora ya no existía. Su telescopio Celestron. Desaparecido. El enorme edredón de *patchwork* que la madre de Amy les había regalado cuando se casaron. La madre de Amy había muerto, y ahora las cenizas del edredón se unían a las suyas.

Lo peor, al menos para Mort, estaba hacia la mitad de la segunda columna, y en ese caso lo que dolía tampoco era su valor en dólares. «124 botellas de vino, valor: 4900 dólares». El vino era una cosa que les gustaba a ambos. No es que fueran unos expertos, pero habían logrado reunir juntos una pequeña bodega en el sótano. Habían almacenado botellas y de vez en cuando descorchado una.

—Hasta el vino —dijo a Evans—. Hasta eso.

Evans le dirigió una mirada extraña que Mort no supo interpretar y luego asintió.

—La bodega no ardió porque había muy poco combustible en el tanque del sótano y no se produjo una explosión. Pero alcanzó una temperatura tan elevada que la mayor parte de las botellas estalló. Las pocas que se han salvado… Bueno, no entiendo mucho de vinos, pero dudo de que se las pueda beber. Tal vez me equivoco.

—No —dijo Amy. Una lágrima rodó por su mejilla y la secó con aire ausente.

Evans le ofreció su pañuelo. Ella movió la cabeza y volvió a inclinarse sobre la lista.

Diez minutos más tarde habían terminado. Firmaron en los lugares correctos y Strick fue testigo de las firmas. Ted Milner apareció unos instantes después, como si hubiera presenciado la escena por una pantalla secreta.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Mort a Evans.

—De momento no, pero puede haberla. ¿Su número de Tashmore figura en el listín, señor Rainey?

—No —respondió mientras lo anotaba—. Por favor, si puedo ayudarle, póngase en contacto conmigo.

—Lo haré —dijo, al tiempo que se levantaba con la mano tendida—. Estos asuntos resultan siempre desagradables. Lamento que hayan tenido que pasar por ello.

Después de estrecharles la mano, dejaron a Strick y a Evans para que escribieran

sus informes. Era la una pasada cuando Ted preguntó a Mort si deseaba almorzar con él y con Amy. Mort movió la cabeza.

—Quiero volver. Trabajar un poco y ver si puedo olvidar todo esto por un rato.

Se sentía como si realmente pudiera escribir. No era sorprendente. En los malos tiempos —en todo caso, hasta el divorcio, que parecía una excepción a la regla—, siempre le había resultado fácil escribir. Incluso necesario. Era bueno disponer de mundos ficticios donde refugiarse cuando el mundo real te había herido.

Esperaba a medias que Amy le pidiera que cambiara de idea, pero no lo hizo.

—Conduce con cuidado —dijo, y le dio un casto beso en la comisura de la boca —. Gracias por venir y ser tan…, tan razonable con todo.

—¿Puedo hacer algo por ti, Amy?

Ella movió la cabeza sonriendo un poco y cogió la mano de Ted. Si había estado buscando un mensaje, éste era demasiado claro para no recibirlo.

Caminaron lentamente hacia el Buick de Mort.

—¿Está bien instalado allí? —preguntó Ted—. ¿Necesita algo?

Por tercera vez le sorprendió el acento sureño del hombre. Solo otra coincidencia.

—No se me ocurre nada —dijo, sacando las llaves del coche del bolsillo y abriendo la portezuela—. ¿De dónde es originario, Ted? Seguramente usted o Amy me lo habrán dicho alguna vez, pero me temo que no lo recuerdo. ¿Era Mississippi?

Ted rió cordialmente.

—Muy lejos de allí, Mort. Crecí en Tennessee, en un pueblecito llamado Shooter’s Knob.

Capítulo 22

Mort regresó al lago Tashmore con las manos aferradas al volante, la columna vertebral rígida como una regla y la mirada fija en la carretera. Puso la radio con el volumen alto y se concentró ferozmente en la música cada vez que sentía reveladores signos de actividad mental detrás del centro de la frente. Antes de haber recorrido setenta kilómetros, tuvo una sensación de presión en la vejiga. Ni siquiera pensó en hacer una parada para aliviarse. La necesidad de orinar era otra distracción excelente.

Llegó a Tashmore alrededor de las cuatro y media, y aparcó el Buick en su lugar acostumbrado, junto a la casa. Ahogó a Eric Clapton en mitad de un solo de guitarra al apagar el motor, y el silencio cayó como una carga de piedras envuelta en un colchón de espuma. En el lago no había ni una barca; en la hierba, ni un solo gusano.

Mear y pensar tienen mucho en común —pensó, mientras salía del coche y se bajaba la cremallera del pantalón—. *Puedes demorarlo, pero no indefinidamente*.

Mort Rainey estaba de pie, orinando y pensando en ventanas y jardines secretos; pensaba en aquellos que podían tener lo último y en aquellos que podían mirar a través de lo primero. Pensaba en el hecho de que la revista que necesitaba para demostrar que cierto tipo era un lunático o un estafador acababa de quemarse la misma noche en que había intentado ponerle las manos encima. Pensaba en el hecho de que el amante de su ex mujer, un hombre al que detestaba cordialmente, procedía de un pueblo llamado Shooter’s Knob, y que Shooter resultaba ser el seudónimo del lunático o estafador antes mencionado, que había aparecido en la vida de Mort Rainey en el momento preciso en que el antedicho Mort Rainey empezaba a aceptar su divorcio no como un concepto académico sino como un hecho sencillo de su vida venidera. Pensaba incluso en el hecho de que John Shooter afirmaba haber descubierto el plagio de Mort Rainey más o menos en la época en que Mort Rainey descubrió que su mujer le era infiel.

Pregunta: ¿Se trataba de coincidencias?

Respuesta: Técnicamente era posible.

Pregunta: ¿Creía él que se trataba de coincidencias?

Respuesta: No.

Pregunta: Entonces ¿acaso creía que se estaba volviendo loco?

—La respuesta es que no —dijo Mort—. No lo cree. Al menos, por el momento no.

Cerró la cremallera y rodeó la casa en dirección a la entrada.

Capítulo 23

Encontró la llave, empezó a meterla en la cerradura y volvió a sacarla. En cambio, apretó el picaporte y, cuando sus dedos se cerraron encima, sintió la absoluta certeza de que giraría con facilidad. Shooter había estado allí, había estado o estaba todavía. Y no había necesitado forzar la entrada. Ese mamón no. Mort guardaba un duplicado de la llave en la vieja lata de jabón que había en un estante alto del cobertizo, que era de donde Shooter había cogido el destornillador cuando llegó el momento de clavar al pobre Bump a la tapa del cubo de la basura. Ahora estaba en la casa, curioseando o, tal vez, ocultándose. Era…

El picaporte se negó a moverse; los dedos de Mort resbalaron. La puerta seguía cerrada.

—Vale, no pasa nada —dijo Mort, y hasta rió un poco mientras metía la llave en la cerradura y la hacía girar.

De todos modos, el que la puerta estuviera cerrada con llave no significaba que Shooter no estuviese en la casa. En realidad, cuando te parabas a pensarlo, hacía más probable el hecho de que estuviera en la casa. Podía haber usado el duplicado de la llave, volverlo a poner en su lugar y después cerrar la puerta desde dentro para no despertar las sospechas de su enemigo. Al fin y al cabo, lo único que había que hacer para cerrarla era apretar el botón del picaporte. *Está tratando de que me obsesione*, pensó Mort al entrar.

La casa estaba llena de silencio y de sol crepuscular. Pero no parecía un silencio desocupado.

—Está tratando de que me obsesione, ¿no? —exclamó. Esperaba que su pregunta le sonara absurda incluso a él: un hombre solitario, paranoico, dirigiéndose al intruso que solo existe en su imaginación. Pero no le parecía absurda. Al contrario, le daba la impresión de haber descubierto por lo menos la mitad del truco. Tal vez no fuera mucho, pero la mitad era mejor que nada.

Entró en la sala, con su techo catedralicio, su pared-ventana frente al lago y, ¿cómo no?, el Sofá Mort Rainey Famoso en Todo el Mundo, conocido también como el Diván del Escritor Comatoso. Una comedida sonrisilla le estiró las mejillas. Sentía las pelotas prietas y agazapadas en la bifurcación de la pelvis.

—Medio truco es mejor que nada, ¿eh, señor Shooter? —exclamó.

Las palabras murieron en el silencio polvoriento. En ese polvo percibía el olor de viejo humo de tabaco. Su mirada se posó en el deteriorado paquete de cigarrillos que había extraído del cajón de su escritorio. Se le ocurrió que la casa estaba impregnada de un olor —casi un hedor— horriblemente negativo: un olor no femenino. Después pensó: *No, es un error. No es eso. A lo que huele es a Shooter. Está impregnado de su olor y del de sus cigarrillos. No de los tuyos, sino de los suyos*.

Dio una vuelta lenta, con la cabeza echada hacia atrás. En el centro del techo color crema, un dormitorio de la segunda planta daba a la sala; el hueco estaba

protegido por maderas entrecruzadas de color castaño oscuro. Se suponía que esas maderas estaban allí para evitar que el desprevenido cayera y se estrellara en el suelo de la sala, pero también con intenciones decorativas. En aquel momento, a Mort no le parecieron especialmente decorativas; parecían los barrotes de la celda de una cárcel. Lo único que veía de lo que él y Amy llamaban la habitación de invitados era el techo y uno de los cuatro postes de la cama.

—¿Está ahí arriba, señor Shooter? —preguntó a voz en grito.

No hubo respuesta.

—¡Sé que está tratando de que me obsesione y huya! —dijo, empezando a sentirse un poquitín ridículo—. Pero no funcionará.

Unos seis años antes habían equipado el gran hogar de piedra de la sala con una estufa Blackstone Jersey. Junto a la estufa había un soporte con pinzas y herramientas para el fuego. Mort agarró el recogedor de ceniza por el mango, lo estudió un momento, lo dejó y cogió en su lugar el atizador. Luego, se colocó bajo la enrejada habitación de invitados y levantó el atizador como un caballero saludando a su dama. Después, se dirigió lentamente hacia la escalera y empezó a subir. Ahora sentía que la tensión se abría paso por sus músculos, pero comprendió que no era Shooter lo que le daba miedo; lo que lo asustaba era no encontrar nada.

—Sé que está aquí y sé que está tratando de espantarme. Lo único que no sé es de qué se trata, y será mejor que cuando lo encuentre me lo diga.

Hizo una pausa en el rellano de la segunda planta; el corazón le latía con violencia. La habitación de invitados estaba a su izquierda, y el cuarto de baño de los invitados a su derecha. Y de pronto comprendió que sí, que Shooter estaba allí, pero no en el dormitorio. Eso era una treta; era lo que Shooter quería que creyera.

Shooter estaba en el lavabo.

Y mientras permanecía de pie allí, en el rellano, con el atizador apretado en la mano derecha y el sudor chorreando por su cabello y sus mejillas, Mort lo oyó. Fue un débil sonido, como si alguien se arrastrase. ¡Claro que estaba allí! Por el ruido, parecía estar de pie en la bañera. Se había movido infinitesimalmente. Te encontré, amiguito. ¿Estás armado, caraculo?

Mort pensó que era probable, pero no creía que se tratase de un revólver. Tenía la sensación de que toda la relación que el tipo guardaba con las armas era su seudónimo[2].

Shooter parecía más bien la clase de tipo que se siente más cómodo con instrumentos contundentes. Prueba de ello era lo que le había hecho a Bump.

Apuesto a que es un martillo —pensó Mort, mientras con la mano libre se secaba el sudor de la nuca. Sentía como si sus ojos entraran y salieran de las órbitas al ritmo de los latidos de su corazón—. *Apuesto a que es un martillo del cobertizo*.

No había pensado en eso hasta que vio a Shooter. Lo vio claramente, de pie, en la ducha, con su sombrero negro de copa redonda y sus zapatos de trabajo color amarillo mierda, los labios entreabiertos sobre la dentadura comprada por catálogo en

una sonrisa que en realidad era una mueca, el sudor deslizándose por su cara, corriendo por los profundos surcos como el agua a través de una red de alcantarillas de hojalata galvanizada, y el martillo del cobertizo levantado a la altura del hombro, como la maza de un juez. Estaba allí, de pie, en la ducha, esperando descargar el martillo. El próximo caso, alguacil.

Te conozco, compañero. Tengo tu número. Lo supe la primera vez que te vi. ¿Y sabes qué? Elegiste al escritor equivocado para joderlo. Creo que desde mediados de mayo tengo ganas de matar a alguien, y tú eres tan bueno como cualquier otro.

Volvió la cabeza hacia el dormitorio. Al mismo tiempo, estiró la mano izquierda (después de secarla con la camisa para que no resbalara en el momento crucial) y agarró el picaporte del baño.

—¡Sé que está ahí dentro! —gritó a la puerta cerrada del dormitorio—. ¡Si está bajo la cama, será mejor que salga! ¡Voy a contar hasta cinco! Si no ha salido, entraré golpeando, ¿me oye?

No hubo respuesta, pero la verdad es que ni la esperaba, ni la deseaba. Aumentó la presión en el picaporte del lavabo. Sin embargo, decidió que gritaría los números en dirección a la puerta de la habitación de invitados. No sabía si Shooter percibiría la diferencia en caso de tener la cabeza orientada hacia el lavabo, pero pensó que tal vez sí. Obviamente, el tipo era listo. Endemoniadamente listo.

Un instante antes de empezar la cuenta, oyó otro leve ruido en el lavabo. Aun estando tan cerca, no lo habría percibido si no hubiera estado escuchando con toda la concentración de que era capaz.

—¡Uno!

¡Cristo! ¡Estaba sudando como un cerdo!

—¡Dos!

El picaporte de la puerta del lavabo era como una piedra fría en su puño.

—¡Tr…!

Hizo girar el picaporte y entró de golpe, haciendo rebotar la puerta contra la pared con la fuerza suficiente para rasgar el empapelado y aflojar el gozne inferior. Y allí estaba. Allí estaba, avanzando hacia él con el arma levantada, los dientes desnudos en una mueca asesina, y unos ojos dementes, absolutamente dementes. Mort descargó el atizador en un golpe silbante y tuvo el tiempo justo de comprender que Shooter no llevaba su sombrero redondo, que no era Shooter sino él, que el loco era él, antes que el atizador destrozara el espejo que había sobre el lavabo, el azogue se dispersara centelleando en la penumbra y el botiquín cayera dentro del lavabo. La puertecilla doblada se abrió como una boca, escupiendo frascos de jarabe para la tos, yodo y Listerine.

—¡He asesinado a un maldito espejo cabrón! —aulló.

Estaba a punto de arrojar el atizador cuando algo se movió en la ducha, tras la puerta esmerilada de la mampara, y se oyó un agudo chillido asustado. Sonriendo, Mort golpeó hacia un lado con el atizador, abriendo una herida aserrada en la puerta

plástica y sacándola de sus carriles. Levantó el atizador con los ojos empañados y dilatados, y los labios estirados en la mueca que había imaginado en el rostro de Shooter.

Bajó lentamente el atizador. Descubrió que para poder dejarlo caer al suelo tenía que utilizar los dedos de la mano izquierda para abrir los de la derecha.

—¡Bestezuela huidiza y cobarde! —dijo al ratón de campo que corría ciegamente por la bañera—. ¿Qué pánico anida en tu corazoncillo?

Su voz sonaba ronca, plana y extraña. No parecía en absoluto su propia voz. Era como escucharse por primera vez en una grabación.

Se volvió y salió lentamente del lavabo por la puerta torcida con el gozne saltado, haciendo crujir los fragmentos de espejo roto con sus pisadas.

De pronto, sentía la necesidad de bajar, echarse en el sofá y dormir una siesta. De pronto, deseaba eso más que nada en el mundo.

Capítulo 24

Lo despertó el teléfono cuando el crepúsculo ya casi se había transformado en noche. Mort caminó despacio junto a la mesilla de café con tablero de vidrio que tan aficionada era a morder, con el extraño sentimiento de que, de alguna manera, el tiempo se había plegado sobre sí mismo. El brazo derecho le dolía como el demonio y la espalda no estaba en condiciones mucho mejores. ¿Exactamente con qué fuerza había descargado aquel atizador? ¿Cuánto pánico lo había impulsado? No le gustaba pensarlo.

Cogió el teléfono sin tomarse la molestia de pensar quién podía ser. Últimamente, la vida se había vuelto tan ajetreada que hasta podía ser el presidente.

—¿Diga?

—¿Cómo le va, señor Rainey? —preguntó la voz.

Mort retrocedió, apartando un instante el teléfono del oído como si fuera una víbora a punto de picarlo. Luego volvió a apoyarlo despacio.

—Me va estupendamente, señor Shooter —dijo con una voz seca, sin rastro de saliva—. ¿Y cómo le va a usted?

—De maravilla —admitió Shooter, hablando con aquel espeso y crujiente acento sureño que por alguna razón resultaba tan desprotegido y notorio como un solitario granero sin pintar en medio del campo—. Pero no creo que usted esté realmente tan bien. Robarle a otro hombre no parece haberle preocupado. Pero el hecho de que le pillen…, eso sí que al parecer le ha provocado terribles angustias.

—¿De qué está hablando?

Shooter parecía más bien divertido.

—Bueno, me enteré por la radio de que alguien le incendió la casa. La otra casa. Y después, cuando regresó aquí, se diría que le dio un ataque o algo así al entrar. Gritando, destrozando cosas… O tal vez sea que los escritores de éxito como usted tienen pataletas cuando las cosas no salen como esperan. ¿Será eso?

¡Dios mío! Estaba aquí. Estaba.

Mort se descubrió mirando por la ventana como si Shooter todavía pudiera estar allí, tal vez escondido entre los arbustos mientras hablaba con Mort por alguna especie de teléfono sin hilos. Ridículo, por supuesto.

—La revista con mi relato está en camino —dijo Mort—. Cuando llegue, ¿me dejará tranquilo?

Shooter seguía pareciendo divertirse de manera lánguida.

—No existe ninguna revista que tenga ese relato, señor Rainey. Usted y yo lo sabemos. Por lo menos, no de 1980. ¿Cómo podría existir si mi relato no estuvo listo para ser robado hasta 1982?

—¡Maldita sea! No robé su re…

—Cuando me enteré de lo de su casa —dijo Shooter—, salí y compré un *Evening Express*. Había una foto de lo que quedaba. No era mucho. También había una foto de

su esposa. Es guapa —añadió tras una larga pausa y utilizando sarcástica y deliberadamente una pronunciación campesina—. ¿Cómo un hijo de perra como usted tiene la suerte de tener una esposa tan guapa, señor Rainey?

—Estamos divorciados —contestó—. Ya se lo dije. Tal vez descubrió lo feo que era. ¿Por qué no deja a Amy fuera de esto? Es entre usted y yo.

Por segunda vez en dos días comprendió que había contestado el teléfono medio dormido y casi indefenso.

En consecuencia, Shooter controlaba la conversación casi por completo. Llevaba a Mort a rastras, marcaba todos los tantos.

Entonces, cuelga.

Pero no podía; al menos, todavía no.

—Entre usted y yo, ¿eh? —dijo Shooter—. En ese caso, supongo que no me habrá mencionado a nadie.

—¿Qué es lo que quiere? ¡Dígame! ¿Qué demonios quiere?

—Desea conocer la segunda razón por la que vine, ¿no es eso?

—¡Sí!

—Quiero que me escriba un relato —le dijo Shooter tranquilamente—. Quiero que escriba un relato, ponga el nombre en él y me lo dé. Me lo debe. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo.

Mort permaneció inmóvil en el recibidor, con el teléfono apretado en el puño dolorido y una vena latiendo en el centro de la frente. Durante unos instantes, su ira fue tan absoluta que se encontró enterrado vivo en ella y lo único que pudo pensar fue: *¡Así que es eso! ¡Así que es eso! ¡Así que es eso!*, una y otra vez.

—¿Sigue ahí, señor Rainey? —preguntó Shooter con su voz serena y arrastrada.

—Lo único que escribiré para usted —respondió Mort, con la voz lenta y espesa como un jarabe a causa de la rabia— es su sentencia de muerte si no me deja en paz.

—Grandes palabras, peregrino —replicó Shooter en el tono paciente de un hombre que explica un problema sencillo a un niño estúpido—. Se atreve a pronunciarlas porque sabe que no puedo dañarlo. Si hubiera robado mi perro o mi coche, podría coger su perro o su coche. Podría hacerlo con la misma facilidad con que le rompí el cuello a su gato. Y si intentara impedírmelo, podría lastimarlo y hacerlo de todas formas. Pero esto es diferente. Las mercancías que quiero están dentro de su cabeza. Tiene las mercancías guardadas en una especie de caja fuerte. El problema es que no puedo volar la puerta ni abrirla con el soplete. Tengo que encontrar la combinación, ¿no es eso?

—No sé de qué está hablando —dijo Mort—, pero el día en que consiga un relato mío la Estatua de la Libertad se pondrá pañales, peregrino.

Shooter dijo en tono meditabundo:

—Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción.

De pronto, toda la saliva de la boca de Mort desapareció, dejándola seca, vidriosa

y caliente.

—¿Qué… qué quiere…?

—¿Quiere despertar de una de sus estúpidas siestas y descubrir a Amy clavada en la tapa del contenedor? —preguntó Shooter—. ¿O encender la radio una mañana y enterarse de que quedó segunda en una pelea con esa sierra que guarda en el garaje? ¿O acaso el garaje también ardió?

—Cuide sus palabras —susurró Mort. Sus ojos dilatados empezaron a picarle a causa de las lágrimas de ira y de miedo.

—Todavía le quedan dos días para pensarlo. Y yo lo pensaría muy bien, señor Rainey. Quiero decir que, si estuviera en su lugar, me dedicaría a pensar en ella. ¡Ah! Y no hablaría de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo. Divorciado o no, se me ocurre que todavía siente algo por esa dama. Ha llegado el momento de crecer un poco. No puede salirse con la suya. ¿Todavía no lo comprende? Sé lo que hizo y no voy a irme hasta obtener lo que es mío.

—¡Usted está loco! —gritó Mort.

—Buenas noches, señor Rainey —dijo Shooter, y colgó.

Capítulo 25

Mort se quedó allí un momento, con el auricular deslizándose por su oreja. Después, levantó el teléfono por la base. Estaba a punto de arrojarlo todo contra la pared, pero logró contenerse. Volvió a dejarlo y realizó una docena de inspiraciones profundas, las suficientes para hacer que se sintiera liviano y mareado. Después marcó el número de Herb Creekmore.

La amiga de Herb, Delores, descolgó a la segunda señal y llamó a Herb.

—Hola, Mort. ¿Qué pasa con la casa? —preguntó Herb, y su voz se apartó un poco del teléfono—. Delores, ¿quieres pasar la sartén al quemador de atrás?

Hora de cenar en Nueva York —pensó Mort— *y quiere que me dé por enterado. Bueno, ¡qué diablos! Un maníaco acaba de amenazar con transformar a mi esposa en filetes de ternera, pero la vida tiene que seguir, ¿no?*

—La casa ya no existe. El seguro cubrirá las pérdidas —respondió Mort, y tras hacer una pausa, añadió—: En todo caso, las pérdidas económicas.

—Lo siento —dijo Herb—. ¿Puedo hacer algo?

—Bueno, respecto a la casa no —contestó Mort—, pero gracias por ofrecerte. Pero sobre el relato…

—¿De qué relato hablas, Mort?

Volvió a sentir que su mano se apretaba en torno al auricular y se obligó a aflojarla. *No sabe cuál es la situación aquí. Tienes que recordar eso.*

—De ése con el que mi lunático amigo me está dando la lata —dijo, tratando de mantener un tono de voz ligero y casi despreocupado—. «Tiempo de siembra». *Ellery Queen's Mystery Magazine*.

—¡Ah, ése! —exclamó Herb.

Mort sintió un sobresalto de miedo.

—No olvidarías llamar, ¿verdad?

—No, llamé —lo tranquilizó Herb—. Solo que, por un momento, lo había olvidado. Con la pérdida de tu casa y todo eso…

—¿Y qué dijeron?

—No te preocupes por nada. Mañana me enviarán una fotocopia por mensajero y yo te la enviaré enseguida por correo urgente. La tendrás pasado mañana hacia las diez.

Durante un momento pareció que todos sus problemas estuvieran resueltos y empezó a relajarse. Después, recordó cómo habían ardido los ojos de Shooter y la manera en que había bajado la cabeza hasta que su frente y la de Mort casi se tocaron. Recordó el seco aroma de canela de su aliento al decir: «Miente».

¿Una fotocopia? No estaba seguro de que Shooter aceptara un ejemplar original, así que una fotocopia…

—No —dijo despacio—. No sirve, Herb. Nada de fotocopias ni de llamadas telefónicas del editor. Tiene que ser un ejemplar original de la revista.

—Bueno, eso es un poco más difícil. Naturalmente, tienen sus oficinas editoriales en Manhattan, pero almacenan los ejemplares en Pensilvania, en las oficinas de suscripción. Solo tienen unos cinco ejemplares de cada número; en realidad, es todo lo que pueden permitirse guardar, teniendo en cuenta que *Ellery* se publica desde 1941. Y la verdad es que no les gusta prestarlos.

—¡Vamos, Herb! ¡Esas revistas pueden encontrarse en mesas de rebajas en la mitad de las pequeñas librerías de Estados Unidos!

—De acuerdo, pero no la colección completa —objetó Herb. Tras hacer una pausa, añadió—: No sirve ni una llamada telefónica, ¿verdad? ¿Me estás diciendo que ese tipo está tan loco que creería que está hablando con uno de tus miles de secuaces?

Al fondo se oyó una voz.

«Herb, ¿quieres que sirva el vino?».

Herb volvió a hablar con la boca apartada del micrófono.

—Espera un par de minutos, Dee.

—Estoy retrasando tu cena —dijo Mort—. Lo siento.

—Gajes del oficio. Escucha, Mort, sé sincero conmigo, ¿ese tipo está tan loco como parece? ¿Es peligroso?

Yo no hablaría acerca de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo.

—No lo creo, pero quiero sacármelo de encima, Herb —contestó Mort, buscando el tono apropiado—. Me he pasado el último medio año atravesando una tormenta de mierda. Esto podría ser algo sobre lo que puedo actuar. Simplemente, quiero sacarme al chalado de encima.

—Vale —dijo Herb, súbitamente decidido—. Llamaré a Marianne Jaffery de *Ellery*. La conozco desde hace mucho tiempo. Si le pido que le pida al conservador de biblioteca, te juro que lo llaman así, conservador de biblioteca, que nos envíe un ejemplar del número de junio de 1980, lo hará. ¿Te parece bien que les diga que en un futuro próximo puedes tener un relato para ellos?

—¡Claro! —exclamó Mort. *Diles que lo firmaré con el nombre de John Shooter*, pensó, y estuvo a punto de echarse a reír.

—Vale. Ella hará que el conservador se lo envíe por correo urgente desde Pensilvania. Pero devuélvelo en buenas condiciones o tendrás que encontrar un ejemplar de repuesto en esas rebajas de las que hablabas.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda tenerlo pasado mañana? —preguntó Mort, firmemente convencido de que Herb pensaría que estaba loco por preguntarlo, que estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—Creo que hay bastantes posibilidades —respondió Herb—. No puedo garantizarlo, pero casi.

—Gracias, Herb —dijo Mort, honestamente agradecido—. Eres un gran tipo.

—¡Bah! Olvídelo, señora —replicó Herb, haciendo aquella pésima imitación de

John Wayne de la que se sentía tan absurdamente orgulloso.

—Ahora ve a cenar. Y dale a Delores un beso de mi parte.

Herb seguía con su humor John Wayne.

—¡Al diablo! Le daré un beso de mi parte, peregrino.

Grandes palabras, peregrino.

Mort sintió tal horror que estuvo a punto de gritar. La misma palabra, el mismo acento plano, arrastrado. De alguna manera, Shooter le había pinchado el teléfono y, llamara a quien llamase, era John Shooter quien contestaba. Herb Creekmore no era más que otro de sus seudónimos y…

—¿Mort? ¿Sigues ahí?

Cerró los ojos. Ahora que Herb había abandonado la imitación de John Wayne, todo volvía a la normalidad. Era Herb otra vez y siempre lo había sido. Pero el hecho de que hubiera utilizado esa palabra había sido…

¿Qué?

¿Otra carroza en el Desfile de las Coincidencias? Vale. Seguro. Ningún problema. Me quedaré en el bordillo y la miraré pasar. ¿Por qué no? Ya he dejado pasar media docena más grandes que ésa.

—Estoy aquí, Herb —respondió, abriendo los ojos—. Intentaba descubrir cuánto te amo. Ya sabes, contando las maneras.

—Eres tonto —dijo Herb, obviamente complacido—. Y vas a manejar este asunto con cuidado y prudencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, creo que iré a cenar con la luz de mi vida.

—Parece una buena idea. Adiós, Herb, y gracias.

—De nada. Trataré de que llegue pasado mañana. Dee también te saluda.

—Apuesto a que sí, si es que quiere servir el vino —dijo Mort, y ambos cortaron riendo.

En cuanto dejó el teléfono sobre la mesilla, la fantasía regresó. Shooter. Hacía de policía con voces diferentes. Claro que Mort estaba solo y era de noche, una situación propicia para engendrar fantasías. No obstante, no creía —al menos en el fondo— que John Shooter fuera un ser sobrenatural o un criminal peligroso. Si hubiera sido lo primero, sabría seguramente que Morton Rainey no había cometido plagio, al menos no con ese relato en especial, y si hubiera sido lo segundo, estaría haciendo trabajos manuales en un banco de trabajo, en lugar de tirándose pedos por los alrededores del oeste de Maine, intentando sonsacarle un relato a un escritor que hacía mucho más dinero con sus novelas.

Empezó a regresar lentamente hacia la sala, con la intención de dirigirse al estudio y conectar el ordenador, cuando una idea

(*al menos no con ese relato en especial*)

le hizo detenerse.

¿Qué quería decir exactamente no con ese relato en especial? ¿Es que alguna vez había robado el trabajo de otro?

Mort consideró seriamente esa cuestión por primera vez desde que Shooter apareciera en el porche con su montón de papeles. En bastantes reseñas de sus libros se había sugerido que no era un escritor original, que la mayor parte de su trabajo era una mera repetición. Recordaba a Amy leyendo una crítica de *El chico del organillero*, que hablaba primero de su ritmo y fácil lectura, y sugería después ciertas deudas del argumento. Ella había comentado: «¿Y qué? ¿Es que esa gente no sabe que solo hay unas cinco historias realmente buenas, y que los escritores las cuentan una y otra vez con personajes diferentes?».

El propio Mort creía que había por lo menos seis historias: éxito, fracaso, amor y pérdida, venganza, confusión de identidad y búsqueda de un poder superior, se llamara Dios o el diablo. Él había relatado las cuatro primeras una y otra vez, obsesivamente, y ahora que pensaba en ello, «Tiempo de siembra» incluía por lo menos tres de esas ideas. Pero ¿era plagio? Si lo fuera, todos los novelistas del mundo serían culpables de ese crimen.

El plagio era un robo descarado. Y eso no lo había hecho nunca en su vida. Nunca.

—Nunca —dijo, y entró en su estudio con la cabeza alta y los ojos muy abiertos, como un guerrero entrando en el campo de batalla. Permaneció sentado allí durante la hora siguiente, sin escribir una sola palabra.

Capítulo 26

Su período estéril ante el ordenador lo convenció de que sería una buena idea beber la cena en lugar de comerla, e iba por el segundo bourbon con agua cuando volvió a sonar el teléfono. Se acercó cautelosamente, y de pronto deseó tener un contestador a pesar de lo poco que le gustaban. Al menos tenían una cualidad diamantina: podías controlar las llamadas y separar al amigo del enemigo.

Se quedó indeciso junto al teléfono, pensando lo mucho que le desagradaba el sonido de los teléfonos modernos. Antes no sonaban así, campanilleaban alegremente. Ahora, en cambio, emitían un agudo pitido ululante que parecía una migraña a punto de desatarse.

Bueno, ¿vas a cogerlo o piensas quedarte aquí escuchando cómo suena?

No quiero volver a hablar con él. Me asusta y me enfurece, y no sé cuál de esos dos sentimientos me desagrada más.

Tal vez no sea él.

Tal vez sí.

Soportar el enfrentamiento de aquellas ideas opuestas en su cabeza era incluso peor que escuchar el irritante ti-ti-ti-ti del teléfono, así que lo cogió y masculló un «diga». Resultó que era alguien tan poco peligroso como Greg Carstairs, el encargado de su casa.

Greg hizo las ya familiares preguntas sobre la casa, y Mort volvió a contestarlas, pensando que explicar ese suceso parecía como explicar una muerte súbita: si había algo que te ayudaba a superar el shock, era la repetición constante de los hechos conocidos.

—Escucha, Mort, esta tarde encontré a Tom Greenleaf —dijo Greg, y a Mort le pareció que sonaba raro, como cauteloso—. Él y Sonny Trotts estaban pintando el Salón de la Parroquia Metodista.

—¡Ah! ¿Y le hablaste de mi camarada?

—Sí, lo hice —contestó Greg, en un tono que sonaba más cauteloso todavía.

—¿Y?

Hubo una pausa breve y después Greg dijo:

—Tom cree que seguramente te equivocaste de día.

—Me equivoqué de… ¿Qué quiere decir?

—Bueno —dijo Greg, como disculpándose—, dice que ayer por la tarde bajó por la carretera del lago y te vio; dice que te saludó con la mano y que tú le respondiste, pero, Mort…

—¿Qué? —preguntó Mort, aunque temía que ya sabía la respuesta.

—Tom dice que estabas solo —terminó Greg.

Capítulo 27

Durante un largo momento, Mort se quedó en silencio. No se sentía capaz de decir nada. Greg tampoco hablaba, de manera que Mort tuvo tiempo de pensar. Naturalmente, Tom Greenleaf no era un jovenzuelo; tenía por lo menos tres años más que Dave Newsome, tal vez hasta seis. Pero ninguno de los dos estaba senil.

—¡Jesús! —exclamó Mort finalmente, con gran suavidad. La verdad era que se sentía desinflado.

—Mi idea —dijo Greg con timidez— es que tal vez fue Tom quien se confundió un poco. Ya sabes que no es precisamente…

—Un jovenzuelo —terminó Mort—. Lo sé, pero en Tashmore no hay nadie con mejor ojo para los forasteros que Tom. Ha estado recordando forasteros toda su vida, Greg. Es una de las cosas que hacen los encargados de cuidar casas, ¿no? —Tras un instante de vacilación, añadió—: ¡Nos miró! ¡Nos miró de frente a los dos!

Con sumo cuidado, como si pretendiera tomarle el pelo, Greg insinuó:

—Mort, ¿estás seguro de que no lo has soñado?

—Ni siquiera lo había considerado hasta ahora —respondió Mort despacio—. Si nada de esto sucedió y yo voy por ahí diciendo a la gente que sí, supongo que eso me convierte en un loco.

—¡Oh! No lo creo —dijo Greg apresuradamente.

—Yo sí —afirmó Mort.

Y pensó: *Pero tal vez sea eso lo que realmente quiere. Lograr que la gente piense que estás loco. Y quizá, al final, lograr que sea verdad lo que la gente piensa.*

¡Ah, sí! ¡Claro! Y se le ocurrió asociarse con el viejo Tom Greenleaf para hacer el trabajo. En realidad, probablemente haya sido Tom quien fue a Derry y quemó la casa, mientras Shooter se quedaba aquí para liquidar al gato.

Y ahora, piensa. Piensa de verdad. ¿Estaba aquí? ¿Estaba?

De modo que Mort pensó en ello. Pensó concentrándose más que nunca; más incluso que cuando había pensado en Amy y Ted, y en lo que tenía que hacer con ellos después de descubrirlos en la cama aquel día de mayo. ¿Había soñado a John Shooter?

Volvió a pensar en la velocidad con que lo había cogido Shooter para arrojarle contra el coche.

—¿Greg?

—Estoy aquí, Mort.

—¿Tom tampoco vio el coche? ¿Una vieja furgoneta con matrícula de Mississippi?

—Dice que ayer no vio un solo coche en la carretera del lago. Solo a ti, de pie junto al extremo del sendero que baja al lago. Pensó que admirabas el paisaje.

¿Esto es la vida o un juego de Memory?

Seguía recordando la presión de las manos de Shooter en sus brazos, la velocidad

con la que el hombre lo había arrojado contra el coche. «Miente», había dicho Shooter. Mort había visto la ira en sus ojos y había percibido un aroma a canela seca en su aliento.

Sus manos.

La presión de sus manos.

—Greg, espera un segundo.

—Claro.

Mort dejó el auricular e intentó arremangarse la camisa. No tuvo mucho éxito porque le temblaban violentamente las manos, así que optó por desabrocharse la camisa y quitársela. A continuación levantó los brazos. Al principio no vio nada. Después los hizo girar hacia fuera todo lo que pudo y las vio: dos marcas que empezaban a amarillear en la parte interior de cada brazo, justo encima de los codos.

Las marcas que dejaron los pulgares de John Shooter cuando lo agarró y lo arrojó contra el coche.

De pronto, le pareció que podía estar entendiendo y tuvo miedo. Pero no por él.

Por el viejo Tom Greenleaf.

Capítulo 28

Levantó el auricular del teléfono.

—¿Greg?

—Estoy aquí.

—¿Tom parecía estar bien cuando hablaste con él?

—Estaba agotado —respondió Greg enseguida—. Ese viejo tonto no tiene por qué ir todo el día arrastrándose por un andamio y pintando con el frío que hace. A su edad no. Parecía a punto de caer en el montón más próximo de hojas secas si no llegaba pronto a la cama. Entiendo lo que sugieres, Mort. Supongo que si estaba muy cansado podría haberlo olvidado, pero…

—No, no es eso lo que pienso. ¿Estás seguro de que el agotamiento era todo? ¿Podría estar asustado?

Al otro lado de la línea se produjo un silencio largo y denso. Mort no lo interrumpió, aunque se sentía impaciente. Tenía intención de conceder a Greg todo el tiempo que necesitara.

—No parecía él —dijo Greg por fin—. Parecía distraído, no sé, como ido. Lo atribuí a simple cansancio, pero tal vez no fuera eso. Al menos no todo.

—¿Podía estar ocultándote algo?

Esta vez la pausa no fue tan larga.

—No lo sé. Puede ser. Es todo lo que puedo decir con certeza, Mort. Me haces desear haber hablado más con él, haberlo presionado un poco más.

—Creo que sería una buena idea ir a su casa —dijo Mort—. Inmediatamente. Greg, sucedió como te dije. Si Tom dijo otra cosa pudo ser porque mi amigo le metió el miedo en el cuerpo. Ahora mismo paso a buscarte.

—Vale —aceptó Greg, pero parecía otra vez preocupado—. ¿Sabes? Tom no es de la clase de hombre que se asusta con facilidad.

—Estoy seguro de que ha sido así, pero tiene setenta y cinco años. Me parece que cuanto más viejo te haces, más fácilmente te asustas.

—¿Por qué no nos encontramos allí?

—Parece una buena idea.

Mort colgó el teléfono, echó al fregadero el resto de bourbon y se dirigió con el Buick hacia la casa de Tom Greenleaf.

Capítulo 29

Cuando Mort llegó, Greg le esperaba en el sendero. El Scout de Tom estaba junto a la puerta trasera. Greg llevaba una chaqueta de franela con el cuello levantado; el viento que llegaba del lago era lo bastante cortante para resultar incómodo.

—Está bien —le dijo enseguida a Mort.

—¿Cómo lo sabes?

Ambos hablaban en voz baja.

—Vi su Scout, de modo que me dirigí a la puerta trasera. Ha dejado una nota diciendo que ha tenido un día duro y que se ha acostado temprano. —Greg sonrió y apartó de su cara el largo cabello—. También dice que si alguno de sus clientes lo necesita, que acuda a mí.

—¿La nota está escrita con su letra?

—Sí. Una letra grande de viejo. La reconocería en cualquier parte. Di la vuelta y miré por la ventana de su dormitorio. Está dentro. La ventana está cerrada, pero es un milagro que no rompa el maldito cristal con sus ronquidos. ¿Quieres comprobarlo?

Mort suspiró y movió la cabeza.

—Pero algo va mal, Greg. Tom nos vio. A los dos. Unos minutos después de que pasara Tom, el hombre se enfadó y me cogió por los brazos. Tengo las marcas. Si quieres, te las muestro.

Greg movió la cabeza.

—Te creo. Cuanto más pienso en ello, menos me gusta la manera en que me dijo que estabas solo cuando te vio. Por la mañana volveré a hablar con él. O podemos hacerlo juntos, si quieres.

—Eso sería estupendo. ¿A qué hora?

—¿Por qué no te vienes al local de la parroquia alrededor de las nueve y media? A esa hora ya habrá tomado dos o tres tazas de café. Antes del café no se le puede dirigir la palabra, pero después lograremos que baje del maldito andamio un rato. Tal vez le salvemos la vida. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió, tendiéndole la mano—. Lamento haberte hecho salir de casa para una persecución fantasma.

Greg estrechó su mano.

—No es necesario. Aquí hay algo que no va bien y siento curiosidad por saber qué es.

Mort regresó a su Buick y Greg se sentó al volante de su camión. Se fueron en direcciones opuestas, dejando al viejo sumido en su agotador sueño.

Mort no logró dormirse hasta casi las tres de la madrugada. Dio vueltas y más vueltas hasta que las sábanas acabaron por parecer un campo de batalla y ya no pudo soportarlo. Entonces, se fue al sofá de la sala envuelto en una especie de bruma, se golpeó las piernas con la mesilla de café, maldijo con voz monótona, se acostó, ajustó

los cojines detrás de su cabeza y, casi inmediatamente, se hundió en un pozo negro.

Capítulo 30

Cuando despertó a las ocho de la mañana siguiente, pensó que se encontraba estupendamente. Siguió pensando lo mismo hasta que bajó las piernas del sofá y se sentó. En ese momento se le escapó un gemido tan alto que era casi un grito sordo, y durante un momento solo pudo permanecer sentado, deseando ser capaz de sujetar su espalda, sus rodillas y su brazo derecho al mismo tiempo. Lo peor era el brazo, así que decidió sujetar ese miembro. Había leído en alguna parte que, mientras es presa del pánico, la gente puede realizar hazañas de fuerza casi sobrenaturales; que no sienten nada mientras levantan un coche para liberar a un niño atrapado debajo, o mientras estrangulan a dobermans asesinos con las manos desnudas, pero que una vez pasado el momento de tensión comprenden hasta qué punto han forzado sus cuerpos. Ahora lo creía. Había abierto la puerta del lavabo de arriba con la fuerza suficiente para hacer saltar uno de los goznes. ¿Cuánta fuerza había utilizado para blandir el atizador? A juzgar por el estado en que se encontraban su espalda y su brazo esa mañana, mucho más de la que le interesaba admitir. Tampoco quería pensar en el aspecto que presentarían los daños producidos arriba para una mirada menos inflamada. Sabía que él mismo arreglaría las cosas, al menos tanto como fuera posible. Mort pensó que Greg Carstairs ya debía de tener serias dudas sobre su cordura, pese a sus protestas en sentido contrario. Una mirada a la puerta rota, la mampara destrozada de la ducha y el botiquín abollado no contribuiría a sustentar la fe de Greg en su racionalidad. Recordaba haber pensado que tal vez la intención de Shooter era conseguir que la gente creyera que se había vuelto loco. Al examinar esta idea a la luz del día, ya no parecía estúpida; si acaso, parecía más lógica y creíble que nunca.

Sin embargo, su problema más acuciante era que había prometido encontrarse con Greg en el local de la parroquia dentro de noventa minutos —entonces ya eran menos — para hablar con Tom Greenleaf. Quedarse sentado enumerando sus dolores no le ayudaría a llegar allí.

Mort se obligó a ponerse en pie y cruzó lentamente el salón en dirección hacia el lavabo principal. Abrió la ducha con agua lo bastante caliente para provocar nubes de vapor, tragó tres aspirinas y se metió bajo el chorro de agua.

Cuando salió, las aspirinas habían empezado a hacer su trabajo, y pensó que después de todo podría soportar el día. No sería divertido y tal vez, cuando hubiera terminado, se sentiría como si hubiera durado varios años, pero creía que era posible hacerlo.

Éste es el segundo día —pensó mientras se vestía. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo—. *Mañana se cumple el plazo*.

Eso le hizo pensar primero en Amy y después en Shooter diciendo: *Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción*.

Un nuevo estremecimiento lo invadió. Primero, el loco hijo de puta había matado

a Bump; después, había amenazado a Tom Greenleaf (bueno, probablemente había amenazado a Tom Greenleaf): y, por último, Mort había llegado a la conclusión de que, en realidad, era posible que Shooter hubiera incendiado su casa de Derry. Suponía que lo había sabido todo el tiempo y simplemente se había negado a admitirlo. Quemar la casa y librarse de la revista había sido su objetivo principal.

Un hombre tan loco como Shooter no se pararía a pensar en los demás ejemplares de la revista que había por ahí. Ese tipo de cosas no debía de formar parte de la visión del mundo de un lunático.

¿Y Bump? Probablemente, lo del gato se le ocurrió después. Shooter regresó, vio al gato en la pendiente esperando a que lo dejaran entrar, se dio cuenta de que Mort seguía durmiendo y mató al gato por capricho. Si hubiera hecho el viaje de ida y vuelta a Derry a toda velocidad, habría tenido el tiempo justo, pero podría haberlo hecho. Todo tenía sentido.

Y ahora amenazaba con implicar a Amy.

Tendré que avisarla —pensó mientras se metía la camisa por la parte trasera de los pantalones—. *La llamaré esta mañana, se lo contaré todo. Una cosa es enfrentarme solo a ese tipo, pero otra muy distinta es quedarse quieto mientras un maníaco involucra a la única mujer a la que he amado realmente en algo de lo que ella no tiene ni idea*.

Sí, pero primero hablaría con Tom Greenleaf y le sacaría la verdad. Si Tom no corroboraba su historia acerca de que Shooter andaba de verdad por ahí y era peligroso, la conducta de Mort parecería sospechosa o lunática, o ambas cosas. Sí, probablemente ambas. Así que primero había que resolver el problema de Tom.

Sin embargo antes de encontrarse con Greg en el Salón de la Parroquia Metodista, tenía intención de detenerse en Bowie's y comer una de las famosas *omelettes* de tocino y queso de Gerda. Un ejército funciona con el estómago, soldado Rainey. Tiene razón, señor. Salió al recibidor, abrió la pequeña caja de madera colgada en la pared, sobre la mesilla del teléfono, y buscó las llaves del Buick. Pero no estaban allí.

Frunció el entrecejo y se dirigió a la cocina. Allí estaban, encima del mármol, junto al fregadero. Las cogió y se quedó pensativo mientras las hacía saltar en la palma de su mano. ¿No las había guardado en la caja la noche anterior, cuando volvió de casa de Tom? Trató de recordar, pero no pudo. No con certeza. Dejar las llaves en esa caja al regresar a casa era un hábito tan arraigado que realizaba el gesto maquinalmente. Si a un hombre a quien le gustan los huevos fritos se le pregunta qué desayunó hace tres días, lo más probable es que no lo recuerde. Supondrá que fueron huevos fritos, porque los come a menudo, pero no estará seguro. En fin, daba igual. Había vuelto cansado, dolorido y preocupado. Sencillamente, no lo recordaba.

De todos modos, no le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Se acercó a la puerta trasera y la abrió. Allí, en el suelo de madera del porche, estaba el sombrero negro de copa redonda de John Shooter.

Mort se quedó en la puerta, mirándolo, con las llaves del coche apretadas en una mano y el llavero de bronce colgando, de modo que recibía y reflejaba un haz de sol matinal. Oía los latidos de su corazón. Latía lenta y laboriosamente. Una parte de él había esperado aquello.

El sombrero estaba exactamente en el mismo lugar donde Shooter había dejado el manuscrito. Y más allá, en el sendero, estaba su Buick. Al regresar la noche anterior lo había aparcado a un lado de la casa —eso sí lo recordaba—, pero ahora estaba allí.

—¿Qué ha hecho? —gritó súbitamente Mort Rainey al sol de la mañana, y los pájaros que piaban desaprensivamente en los árboles enmudecieron de pronto—. ¡En nombre de Dios! ¿Qué ha hecho?

Pero si Shooter estaba allí, observándolo, no contestó. Tal vez pensó que Mort descubriría muy pronto lo que había hecho.

Capítulo 31

El cenicero del Buick estaba abierto y dentro había dos colillas. De cigarrillos sin filtro. Mort cogió una sujetándola con las uñas.

Su rostro se contraía en una mueca de disgusto. Estaba seguro de que sería un Pall Mall, la marca de Shooter. Lo era.

Hizo girar la llave y el motor respondió enseguida. Al salir, Mort no lo había escuchado latir y ronronear, pero de todas formas se encendió como si estuviese caliente. Ahora, el sombrero de Shooter estaba en el maletero. Mort lo había cogido con la misma aprensión que había demostrado con la colilla, sujetándolo por el ala con la punta de los dedos.

Debajo no había nada; ni tampoco dentro, salvo una franja más gastada que el resto y manchada de sudor. No obstante, desprendía un olor más preciso y acre que el sudor. Era un olor que, de una manera vaga, Mort reconocía aunque no lograba localizar. Tal vez lo recordaría más tarde.

Dejó el sombrero en el asiento de atrás y luego recordó que antes de una hora vería a Greg y a Tom. No estaba seguro de que deseara que ellos vieran el sombrero.

No sabía exactamente por qué se sentía así, pero aquella mañana parecía más seguro obedecer a sus instintos en lugar de cuestionarlos, de modo que guardó el sombrero en el maletero y salió hacia el pueblo.

Capítulo 32

De camino a Bowie's, volvió a pasar frente a la casa de Tom. El Scout ya no estaba en el sendero. Durante un instante, eso puso nervioso a Mort, pero después llegó a la conclusión de que era una buena señal, no mala: Tom ya debía de haber iniciado su jornada de trabajo. O tal vez hubiese ido a Bowie's. Tom era viudo y comía muchas veces en la barra de aquel establecimiento.

La mayoría de los miembros del Departamento de Obras Públicas de Tashmore se encontraba ante aquella barra, bebiendo café y hablando de la cercana temporada de caza del ciervo, pero Tom estaba

(*muerto, está muerto, Shooter lo mató y adivina qué coche utilizó*)

ausente.

—¡Mort Rainey! —exclamó Gerda Bowie con su habitual tono rudo de frecuentadora de graderías. Era una mujer alta, con una abundante melena de cabello castaño y rizado, y un gran pecho redondeado—. ¡Hace años que no te veo! ¿Has estado escribiendo buenos libros últimamente?

—Intentándolo —respondió Mort—. ¿Me harías una de tus *omelettes* especiales?

—¡Mierda, no! —dijo Gerda y rió para demostrar que bromeaba. Los tipos de Obras Públicas con sus monos verde oliva rieron con ella. Mort deseó por un instante tener un enorme revólver como el que usaba Harry el Sucio bajo sus chaquetas deportivas de tweed. Pim-pam-pum. Tal vez así habría un poco de orden—. Enseguida, Mort.

—Gracias.

Cuando le llevó la *omelette* con tostadas y café, dijo en voz más baja:

—Me enteré de lo del divorcio. Lo siento.

Él acercó la jarra de café a sus labios con una mano casi firme.

—Gracias, Gerda.

—¿Te cuidas?

—Bueno, lo intento.

—Pues no tienes muy buen aspecto.

—Algunas noches me cuesta mucho dormir. Supongo que todavía no estoy habituado al silencio.

—Tonterías, a lo que no estás habituado todavía es a dormir solo. Pero te diré una cosa, Mort, un hombre no tiene por qué dormir solo el resto de su vida solo porque su mujer no distingue una cosa buena cuando la tiene. Espero que no te importe que hable así.

—En absoluto —dijo Mort.

Pero sí le importaba. Pensó que Gerda Bowie hacía una pésima Ann Landers.

—Es que eres el único escritor famoso que hay en este pueblo.

—Probablemente sea el mejor.

Ella rió y le pellizcó la oreja. Mort se preguntó fugazmente qué diría ella, y los

hombretones de monos verde oliva, si él mordiera la mano que lo acariciaba. Le escandalizó un poco comprobar lo increíblemente atractiva que le resultaba aquella idea. ¿Estaban hablando realmente de él y de Amy? ¿De verdad algunos decían que ella no distinguía una cosa buena cuando la tenía, y otros que por fin se había cansado de vivir con un loco y había decidido irse, sin saber ninguno de ellos de qué mierda hablaban ni cómo lo habían pasado Amy y él cuando estaban bien? Por supuesto que sí, pensó con fatiga. Era lo que mejor hacía la gente. Hablar de las personas cuyos nombres veía en los periódicos.

Miró su *omelette* y, de pronto, ya no la quiso.

Sin embargo, empezó a comerla y se las arregló para lograr que pasara la mayor parte por su garganta. De todos modos, sería un día largo.

Las opiniones de Gerda Bowie sobre su aspecto y su vida amorosa no podían cambiar esa evidencia.

Cuando terminó, pagó el desayuno y un periódico y salió de la tienda (los de Obras Públicas habían salido *en masse* cinco minutos antes, y uno de ellos se detuvo el tiempo necesario para pedirle un autógrafo para su sobrina, que cumplía años). Eran las nueve y cinco pasadas. Se quedó sentado ante el volante el tiempo necesario para revisar el diario en busca de un artículo sobre la casa de Derry, y lo encontró en la página tres. LOS INSPECTORES DE BOMBEROS DE DERRY NO DAN PISTAS SOBRE EL INCENDIO RAINEY, decía el título. El artículo tenía menos de media columna. La última frase decía: «No fue posible conseguir declaraciones de Morton Rainey, conocido autor de *best sellers*, como *El chico del organillero* y *La familia Delacourt*». Esto significaba que Amy no les había facilitado el número de Tashmore. Estupendo. Si hablaba con ella más tarde, le daría las gracias.

Pero lo primero era Tom Greenleaf. Cuando llegara al Salón de la Parroquia Metodista serían casi las nueve y veinte. Lo bastante cerca de las nueve y media. Puso el Buick en movimiento y se fue.

Capítulo 33

Cuando llegó al Salón de la Parroquia, en el sendero había un solo vehículo, un antiguo Ford Bronco con una caravana detrás y un cartel en cada puerta con la inscripción: SONNY TROTTS. PINTURA-REPARACIONES DE CASAS-CARPINTERÍA EN GENERAL. Mort vio a Sonny (un hombre bajo, de unos cuarenta años, calvo y con ojos alegres) sobre un andamio. Pintaba con movimientos amplios, mientras en la radio que tenía al lado sonaba algo llamado *Las Vegas*, de Ed Ames o Tom Jones; en todo caso, de uno de esos tipos que cantaban con los tres botones superiores de la camisa abiertos.

—¡Eh, Sonny! —llamó Mort.

Sonny siguió pintando, balanceándose hacia delante y hacia atrás con ritmo casi perfecto, mientras Ed Ames o quien fuera se preguntaba cantando qué es un hombre y qué tiene. Eran preguntas que Mort se había hecho una o dos veces, aunque sin el acompañamiento de los instrumentos de viento.

—¡Sonny!

Sonny dio un brinco. Del extremo de su brocha saltó pintura blanca y, por un instante, Mort pensó alarmado que podía caerse del andamio. Después se agarró a una de las cuerdas, se volvió y miró hacia abajo.

—¡Ah, señor Rainey! —dijo—. ¡Me ha dado un susto de muerte!

Por alguna razón, Mort pensó en el picaporte de *Alicia en el país de las Maravillas* y reprimió un violento chillido de risa.

—Señor Rainey, ¿se encuentra bien?

—Sí —respondió, tragando saliva con la cabeza gacha. Era un truco que había aprendido en la escuela parroquial hacía unos mil años, y era la única manera segura que había encontrado de evitar la risa. Como la mayor parte de los trucos que funcionaban, dolía.

—Creí que iba a caerse.

—Yo no —dijo Sonny con su risa característica. Apagó la voz que salía de la caja de ruidos en el momento en que se lanzaba a otro viaje sentimental—. Tom tal vez podría caerse, pero yo no.

—¿Y dónde está Tom? —preguntó Mort—. Quería hablar con él.

—Llamó temprano y dijo que hoy no podía venir. Le dije que no pasaba nada, que de todos modos no había trabajo suficiente para los dos —le explicó Sonny, mirándolo con aspecto conspirador—. Claro que hay, pero esta vez Tom se ha pasado. Éste no es un trabajo para un tipo mayor. Dijo que tenía la espalda hecha trizas. Es lógico. No parecía el mismo.

—¿Y a qué hora fue eso? —preguntó Mort, tratando de parecer despreocupado.

—Temprano. A las seis o así. Estaba a punto de entrar en el viejo mierdatorio para mi fortificante matinal. Soy increíblemente regular —dijo Sonny muy orgulloso—. Por supuesto, Tom sabe a qué hora me levanto y empiezo a hacer cosas.

—Entonces ¿no parecía estar bien?

—No. Lo noté extraño. —Sonny hizo una pausa con el entrecejo fruncido. Parecía como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar algo. Después, se encogió levemente de hombros y siguió hablando—: Ayer, el viento que llegaba del lago era muy frío. Probablemente se resfrió. Pero Tommy es de hierro. Con uno o dos días estará perfecto. Lo que me preocupa es que le dé por caminar por el andamio —dijo, señalándole con el pincel y enviando una lluvia de gotas blancas ante sus zapatos—. ¿Puedo hacer algo por usted, señor Rainey?

—No —respondió Mort. En su corazón había una pelota de miedo, como un pedazo de lona arrugada—. A propósito, ¿ha visto a Greg?

—¿Greg Carstairs?

—Sí.

—Esta mañana, no. Claro que él está en el negocio del transporte. —Sonny se echó a reír y añadió—: Se levanta más tarde que los demás.

—Bueno, pensé que él también vendría para ver a Tom —dijo Mort—. ¿Le importa que espere un poco? Tal vez aparezca.

—Será usted mi invitado —dijo Sonny—. ¿Le molesta la música?

—En absoluto.

—En estos tiempos se pueden conseguir buenas grabaciones de la televisión. Lo único que hay que hacer es darles el número de la MasterCard. Ni siquiera hay que pagar la llamada, es uno de esos números 900. —Sonny se inclinó ante la radio y miró seriamente a Mort—. Éste es Roger Whittaker —añadió en tono bajo y reverente.

—¡Ah!

Sonny apretó el play. Roger Whittaker les dijo que había momentos (estaba seguro de que lo sabían) en que había mordido más de lo que podía masticar. Eso también lo había hecho Mort sin los instrumentos de viento. Caminó hasta el borde del sendero para coches, tamborileando en el bolsillo de su camisa con aire ausente. Le sorprendió un poco descubrir que el viejo paquete de L&M, reducido ahora a un superviviente, seguía allí. Encendió el último cigarrillo, esperando encontrar un sabor áspero. Pero no estaba mal. En realidad, casi no tenía sabor, como si los años se lo hubieran robado.

No es lo único que se han llevado los años.

¡Qué gran verdad! Irrelevante, pero cierto. Fumó y miró la carretera. Ahora, Roger Whittaker les decía a él y a Sonny que en el puerto había un carguero y que pronto partirían para Inglaterra. Sonny Trotts cantaba la última palabra de cada verso. Nada más; solo la última palabra. Coches y camiones circulaban por la carretera 23 en ambos sentidos. El Ford Ranger de Greg no apareció. Mort tiró el cigarrillo, miró su reloj y vio que eran las diez menos cuarto. Comprendió que tampoco Greg, que era religiosamente puntual, llegaría.

Shooter los cogió a los dos.

¡Oh, mierda, bien que lo sabes!

Sí, lo sé. El sombrero. El coche. Las llaves.

No estás sacando conclusiones, estás saltando sobre ellas.

El sombrero. El coche. Las llaves.

Dio media vuelta y regresó hacia el andamio.

—Supongo que lo olvidó —dijo, pero Sonny no le oyó. Se balanceaba a uno y otro lado, perdido en el arte de la pintura y el alma de Roger Whittaker.

Mort volvió a su coche y se fue. Perdido en sus pensamientos, no oyó que Sonny lo llamaba.

De todos modos, probablemente la música lo habría impedido.

Capítulo 34

Regresó a las diez y cuarto, salió del coche y empezó a caminar hacia la casa. A mitad del camino, dio la vuelta y abrió el maletero del coche. Allí estaba el sombrero, negro y rotundo, como una rana de verdad en un jardín imaginario. Lo cogió sin hacer tantos ascos como la primera vez, cerró el maletero de golpe y entró en la casa.

Se quedó de pie en el recibidor, sin saber qué haría después, y, de pronto, sin ninguna razón concreta, se puso el sombrero. Se estremeció al hacerlo, como se estremece en ocasiones un hombre al echarse un trago de licor fuerte. Pero se le pasó.

En realidad, el sombrero parecía quedarle bien.

Entró lentamente en el lavabo grande, encendió la luz y se colocó frente al espejo. Estuvo a punto de romper a reír: parecía el hombre con el rastrillo de aquel cuadro de Grant Wood: *American Gothic*. Se le parecía pese a que el hombre del cuadro no llevaba sombrero. El sombrero cubría por completo el pelo de Mort, como había cubierto el de Shooter (si Shooter tenía pelo; esto era algo que había que determinar, aunque Mort supuso que la próxima vez que lo viera lo sabría, porque ahora tenía su sombrero), y se apoyaba ligeramente en las puntas de sus orejas. Era muy divertido. En realidad, cómico.

Entonces, la inquieta voz de su cabeza preguntó: *¿Y por qué tenías que ponértelo? ¿A quién creías que te parecerías? ¿A él?* Y la risa desapareció. Era verdad, ¿por qué se había puesto el sombrero? *Él quería que lo hicieras*, dijo con gran calma la voz inquieta.

¿Sí? ¿Y por qué? ¿Por qué querría Shooter que Mort se pusiera su sombrero?

Tal vez quiere que…

—¿Qué? —instó a la voz—. ¿Qué quiere?

Mort pensó que la voz se había ido, pero cuando estaba a punto de apagar la luz, volvió a hablar.

… que te confundas, dijo.

En ese momento sonó el teléfono y se sobresaltó. Se sacó el sombrero con cierto sentimiento de culpabilidad (un poco a la manera de un hombre que teme que lo atrapen probándose la ropa interior de su mujer) y fue a contestar, pensando que sería Greg y resultaría que Tom estaba en su casa. Sí, claro, eso era lo que había pasado: Tom había llamado a Greg, le había hablado de Shooter y de sus amenazas, y Greg se había llevado al viejo a su casa, para protegerlo. Resultaba tan razonable que Mort no podía comprender cómo no lo había pensado antes.

Pero no era Greg. Era Herb Creekmore.

—Todo arreglado —dijo Herb con alegría—. Marianne me echó una mano. Es un encanto.

—¿Marianne? —preguntó Mort estúpidamente.

—¡Marianne Jaffery, de *Ellery*! —dijo Herb—. *Ellery*, «Tiempo de siembra»,

junio de 1980. ¿Comprende estas cosas, buana?

—¡Ah! —exclamó Mort—. ¡Ah, estupendo! ¡Gracias, Herb! ¿Es seguro?

—Sí. La tendrás mañana. La revista, no una fotocopia. La han enviado… ¿Has vuelto a tener noticias del señor Shooter?

—Todavía no —respondió Mort, mirando el sombrero negro que tenía en la mano. Aún percibía el aroma extraño y evocador que despedía.

—Bueno, dicen que no tener noticias es una buena noticia. ¿Hablaste con el representante de la ley?

¿Había prometido a Herb que lo haría? Mort no estaba seguro, pero tal vez lo hubiera hecho. Mejor ir sobre seguro.

—Sí. El viejo Dave Newsome no encendió una traca precisamente. Pensó que lo más probable era que el tipo estuviera jugando.

Era horrible mentirle a Herb, sobre todo después del favor que le había hecho, pero ¿qué sentido tendría decirle la verdad? Era demasiado absurda, demasiado complicada.

—Bueno, al menos corriste la voz. Creo que eso es importante, Mort, de verdad.

—Sí.

—¿Algo más?

—No, pero un millón de gracias por esto. Me has salvado la vida —dijo, y mentalmente añadió que tal vez no fuera una figura retórica.

—Encantado. Recuerda que, en los pueblos, Federal Express suele entregar la correspondencia directamente a la oficina de correos local. ¿Vale?

—Sí.

—¿Cómo va el nuevo libro? Hace días que quiero preguntarlo.

—¡Estupendo! —exclamó Mort con cordialidad.

—Bueno, bien. Sácate de encima a este tipo y vuelve a él. El trabajo ha salvado a hombres mejores que tú y que yo, Mort.

—Lo sé. Recuerdos a tu dama.

—Gracias, recuerdos a… —Herb se detuvo de golpe, y Mort casi pudo verlo mordiéndose el labio. Resultaba difícil acostumbrarse a las separaciones. Decían que los amputados seguían sintiendo el pie que ya no estaba allí—, a ti —terminó.

—De acuerdo —dijo Mort—. Cuídate, Herbert.

Se dirigió lentamente hacia la galería trasera y miró el lago. No había barcas. *Pase lo que pase, le he tomado la delantera. Puedo mostrarle la maldita revista. Tal vez no consiga calmarlo, pero también es posible que sí. Al fin y al cabo está loco, y nunca se sabe lo que puede hacer o no hacer la gente de la fabulosa tribu de los Locos Frustrados. En eso consiste su dudoso encanto, en que cualquier cosa es posible*.

Incluso era posible que Greg estuviera en casa. Tal vez hubiera olvidado la cita en el local parroquial o hubiera surgido algo totalmente ajeno al asunto que los ocupaba. Sintiéndose repentinamente esperanzado, Mort se acercó al teléfono y marcó el

número de Greg. El teléfono iba por la tercera llamada cuando recordó que Greg había dicho la semana anterior que su esposa y los chicos iban a pasar una temporada en casa de sus suegros. «Megan empieza la escuela el año próximo, y entonces les resultará más difícil viajar», había dicho.

Así que Greg había estado solo.

(*El sombrero*).

Como Tom Greenleaf.

(*El coche*).

El joven esposo y el viejo viudo.

(*Las llaves*).

¿Y cómo se hace? Bueno, tan sencillo como pedir una cinta de Roger Whittaker a la tele. Shooter va a casa de Tom Greenleaf, pero no en su furgoneta… ¡Ah, no! Eso sería como hacerse publicidad. Deja su coche aparcado en el sendero de Mort Rainey, o tal vez al lado de la casa. Va a casa de Tom en el Buick. Obliga a Tom a llamar a Greg. Probablemente, Greg está en la cama, pero tiene presente el estado de Tom y acude a toda prisa. Después, Shooter obliga a Tom a llamar a Sonny Trotts y decirle que no se encuentra lo bastante bien para ir a trabajar. Shooter pone un destornillador junto a la yugular de Tom y sugiere que si Tom no lo hace bien, quedará convertido en un idiota lamentable. Tom lo hace bastante bien, aunque hasta Sonny, que no es demasiado brillante y acaba de levantarse, comprende que no suena normal. Shooter clava el destornillador a Tom. Y cuando llega Greg Carstairs, usa el destornillador, o algo parecido, con él. Y…

Te has vuelto rematadamente loco. No es más que un ataque de canguelo, eso es todo. Repite: eso… es… todo.

Era razonable, pero no le convencía. No era un Chesterfield. No satisfacía.

Mort atravesó rápidamente la planta baja de la casa, tirándose del pelo.

¿Y qué hay de los vehículos? El Scout de Tom y el Ranger de Greg. Agrégale el Buick y piensas en tres vehículos; cuatro si cuentas el Ford Wagon de Shooter, y Shooter es solo un hombre.

No lo sabía, pero sí sabía que ya había bastante.

Cuando volvió junto al teléfono, sacó del cajón el listín telefónico y empezó a buscar el número de la policía local. De pronto se detuvo.

Uno de esos vehículos era el Buick, mi Buick.

Dejó despacio el teléfono. Empezó a pensar de qué manera podría haber manejado Shooter todos los vehículos. No se le ocurrió nada. Era como estar sentado frente al ordenador cuando no tenías ideas: no lograbas más que una pantalla negra. Sabía que quería llamar a Dave Newsome, pero todavía no. Estaba apartándose del teléfono, sin dirigirse a ningún sitio en especial, cuando éste sonó.

Era Shooter.

—Vaya al lugar donde nos vimos el otro día —dijo Shooter—. Baje un poco por el sendero. Me da la impresión de que usted piensa con la misma lentitud con que

mastican los viejos, señor Rainey, pero estoy dispuesto a concederle el tiempo necesario. Volveré a llamar esta tarde. Cualquiera a quien llame entre ahora y entonces es responsabilidad suya.

—¿Qué ha hecho? —preguntó una vez más. Esta vez, su voz había perdido toda la fuerza y era poco más que un susurro—: ¿Qué demonios ha hecho?

Capítulo 35

Se dirigió hasta el lugar en que el sendero y la carretera se unían, el lugar donde había estado hablando con Shooter cuando Tom Greenleaf tuvo la desgracia de verlos. Por alguna razón, le desagradaba la idea de usar el Buick. A ambos lados del sendero, los arbustos estaban aplastados y como esqueléticos; formaban un camino áspero. Recorrió tenso aquel camino, sabiendo lo que encontraría en el primer grupo de árboles lo bastante grande al que llegara. Y lo encontró. El Scout de Tom Greenleaf. Dentro estaban los dos hombres.

Greg Carstairs estaba sentado detrás del volante con la cabeza echada hacia atrás y un destornillador —esta vez era un Phillips— enterrado hasta el mango en la frente, encima del ojo derecho. El destornillador había salido de un armario de la alacena de casa de Mort. El mango de plástico rojo estaba deteriorado y era imposible no reconocerlo.

Tom Greenleaf estaba en el asiento trasero con un hacha plantada en lo alto de la cabeza. Tenía los ojos abiertos. En torno a las orejas tenía trozos secos de cerebro. En el mango del hacha, en letras rojas desvaídas, pero todavía legibles, se leía: RAINEY. Había salido del cobertizo.

Mort se quedó inmóvil, en silencio. Oyó cantar a un somorgujo. Un pájaro carpintero utilizó un árbol hueco para enviar señales en Morse. En el lago, una brisa fresca levantaba espuma; ese día, el agua era de un azul cobalto y la espuma hacía un bonito contraste.

Escuchó un crujido detrás. Se volvió con tal rapidez que estuvo a punto de caer. Habría caído si no se hubiera apoyado en el Scout. No era Shooter. Era una ardilla que lo miró con odio resplandeciente desde el lugar en que había quedado congelada, en medio del tronco de un arce envuelto en el rojo fuego del otoño. Mort esperó a que su galopante corazón se tranquilizara y a que la ardilla trepara a la copa del árbol a toda prisa. Su corazón obedeció; la ardilla, no.

—Los mató a los dos —dijo por fin, hablándole a la ardilla—. Fue a casa de Tom en mi Buick. Después, fue a la de Greg en el Scout de Tom, con Tom al volante. Mató a Greg. Después hizo que Tom viniera aquí y lo mató a él. Usó mis herramientas para liquidarlos a los dos. Después, regresó andando a casa de Tom, o tal vez corriendo. Parece lo bastante robusto para poder correr. Sonny encontró a Tom extraño y yo sé por qué. Cuando Sonny recibió aquella llamada, el sol se preparaba para salir y Tom ya estaba muerto. Era Shooter imitando a Tom. Y probablemente le haya resultado fácil. A juzgar por el volumen con que sonaba la música esta mañana, Sonny debe de estar un poco sordo. Cuando terminó con Sonny Trotts, Shooter volvió a meterse en mi Buick y regresó a mi casa. El Ranger de Greg sigue aparcado a la entrada de su casa, donde ha estado todo el tiempo. Y así es como…

La ardilla trepó corriendo por el tronco y desapareció entre las ardientes hojas

rojas.

—… así es como sucedió —concluyó Mort con voz monótona.

De pronto, sintió que le fallaban las piernas. Retrocedió dos pasos por el sendero, pensó en los sesos de Tom Greenleaf secándose en sus mejillas, y sus piernas se doblaron. Cayó, y durante un rato el mundo desapareció.

Capítulo 36

Cuando volvió en sí, Mort se incorporó, se sentó, aturdido, y levantó el brazo para mirar el reloj. Marcaba las dos y cuarto, pero naturalmente debió de detenerse la noche anterior a esa hora; era media mañana cuando encontró el Scout de Tom, así que ahora no podía ser por la tarde. Se había desmayado y, considerando las circunstancias, no era sorprendente. Pero nadie se desmaya durante tres horas y media.

Sin embargo, el segundero continuaba describiendo su pequeño círculo regular.

Debe de haberse puesto en marcha al incorporarme, eso es todo.

Pero no era todo. El sol había cambiado de posición, y pronto se perdería tras las nubes que estaban cubriendo el cielo. El color del lago se había atenuado hasta adquirir un matiz indefinido.

De modo que había empezado a salir del desmayo o desvanecimiento, ¿y qué? Bueno, parecía increíble, pero supuso que debía de haberse quedado dormido. Los últimos tres días habían sido tensos, y la noche anterior no había podido dormirse hasta las tres. Así que digamos que era una combinación de fatiga mental y física. Su mente se había desconectado. Y…

¡Shooter! ¡Cristo! ¡Shooter dijo que llamaría!

Al intentar ponerse en pie, su pierna izquierda cedió y Mort cayó hacia atrás con un pequeño ¡uf! en el que se mezclaban dolor y sorpresa. La pierna estaba llena de agujas y alfileres que danzaban como locos. ¿Por qué no había llevado el Buick, por amor de Dios? Si Shooter llamaba y Mort no estaba allí para coger el teléfono, el hombre podía hacer cualquier cosa.

Volvió a intentarlo y esta vez lo logró. Pero, cuando trató de apoyarse en la pierna izquierda, ésta rechazó su peso y lo arrojó hacia delante. Estuvo a punto de golpearse la cabeza con el costado del camión; de pronto, se encontró mirándose en uno de los espejos retrovisores del Scout. La superficie convexa hacía que su cara pareciese una máscara grotesca del Salón de los Espejos. Al menos se había dejado el maldito sombrero negro en casa; Mort pensó que si hubiera visto eso en su cabeza, habría gritado. No habría podido evitarlo.

De pronto recordó que dentro del Scout había dos hombres muertos. Estaban allí sentados y rígidos, y de sus cabezas sobresalían herramientas.

Salió a gatas de la sombra del Scout, cogió su pierna izquierda, la pasó por encima de la derecha y empezó a golpearla con los puños, como si tratara de ablandar un filete de carne barata.

¡Para! —gritó una vocecilla. Era el último jirón de racionalidad a su disposición, una lucecita sana en medio de lo que percibía como un vasto espacio de truenos entre las orejas—. *¡Para! Dijo que llamaría a última hora y solo son las dos y cuarto. ¡Tienes mucho tiempo!*

Pero ¿qué pasaría si llamaba temprano? ¿Qué pasaría si en el profundo y lunático

Sur la «última hora» empezaba después de las dos?

Sigue golpeándote la pierna de esa manera y terminarás con un calambre. Y después ya veremos cómo te las arreglas para estar de regreso a tiempo para recibir la llamada.

Aquello funcionó. Consiguió obligarle a parar. Esta vez se puso en pie con mayor cautela y se quedó quieto un momento (procuró mantenerse de espaldas al Scout de Tom; no quería volver a mirar el interior), antes de intentar caminar. Descubrió que el hormigueo disminuía. Al principio, caminó con una cojera pronunciada, pero al cabo de una docena de pasos su marcha empezó a adquirir regularidad.

Estaba a punto de dejar atrás los arbustos que Shooter había pisoteado y roto con el Scout de Tom cuando oyó que se aproximaba un coche. Se dejó caer de rodillas sin pensarlo siquiera y vio pasar un viejo Cadillac herrumbroso. Pertenecía a Don Bassinger, que tenía una casa en el extremo más alejado del lago. Bassinger, un veterano alcohólico que pasaba la mayor parte del tiempo bebiéndose los restos de una herencia que había sido sustancial, solía usar la carretera del lago como atajo para llegar a lo que se conocía como el Camino Bassinger. Mort pensó que Don era prácticamente el único residente permanente de aquellos contornos.

Cuando el Caddy se perdió de vista, Mort se puso en pie y recorrió deprisa la pendiente que conducía a la carretera. Ahora se alegraba de no haber traído el Buick. Él conocía el Cadillac de Bassinger, y Bassinger conocía su Buick. Probablemente fuera demasiado temprano para que Don estuviese totalmente borracho, y si su coche hubiera estado allí, aparcado cerca del lugar donde alguien haría pronto un descubrimiento extremadamente horrible, seguramente podría recordarlo.

Está trabajando para implicarte en este asunto —pensó Mort mientras caminaba cojeando hacia su casa por la carretera del lago—. *Eso es lo que ha estado haciendo todo el tiempo. Si alguien vio anoche un coche cerca de la casa de Tom Greenleaf, seguramente será tu Buick. Los mató con tus herramientas…*

Podría librarme de ellas —pensó de pronto—. *Podría arrojarlas al lago. Tal vez me llevara un poco de tiempo sacarlas, pero creo que podría hacerlo.*

Me pregunto si podrías. Y, aunque lo hicieras…, bueno, casi con toda seguridad Shooter habrá previsto esa posibilidad. Parece haber previsto todas las demás. Y sabe que si trataras de hacer desaparecer el hacha y el destornillador, y la policía dragara el lago y los encontrara, las cosas se pondrían aún peor para ti. ¿Ves lo que ha hecho? ¿Lo ves?

Sí. Lo veía. John Shooter le había hecho un regalo. Era una muñeca de alquitrán. Una enorme y reluciente muñeca de alquitrán. Mort le había dado a la muñeca en la cabeza con la mano izquierda y se había quedado pegado. De modo que le había dado en la panza con la mano derecha para sacársela de encima, pero su mano derecha también se había quedado pegada. Había logrado… (¿cuál era la palabra que había utilizado con traviesa satisfacción?) «confundirlo», ¿no? Sí, eso era. Durante todo ese tiempo había seguido enredándose cada vez más con la muñeca de John Shooter. ¿Y

qué sucedía ahora? Bueno, que le había mentido a toda clase de gente, y que si el asunto salía a la luz tendría mal aspecto, y que a medio kilómetro de distancia había un hombre que llevaba un hacha por sombrero con el nombre de Mort escrito en el mango, y que eso tendría un aspecto aún peor.

Mort imaginó el teléfono sonando en la casa vacía y se obligó a correr un poco.

Capítulo 37

Shooter no llamaba.

Los minutos se estiraban como melcocha y Shooter no llamaba. Mort recorría inquieto la casa, manoseando y tironeando su pelo. Imaginaba que así debía de sentirse un adicto esperando al traficante.

Por dos veces vaciló y fue hacia el teléfono para llamar a las autoridades. No al viejo Dave Newsome ni al sheriff del condado, sino a la policía estatal. Se aferraría al viejo axioma de Vietnam: mátalos a todos, que Dios reconocerá a los suyos. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, tenía buena reputación. Era un miembro respetado de dos comunidades de Maine, mientras que John Shooter era un…

Pero ¿qué era Shooter?

A su mente acudió la palabra «fantasma».

También acudió a su mente la expresión «fuego fatuo».

Pero no fue eso lo que lo detuvo, sino la horrible certeza de que Shooter intentaría llamar justo cuando Mort tuviese la línea ocupada, de que Shooter escucharía la señal de comunicando, colgaría y Mort nunca volvería a saber de él.

A las cuatro menos cuarto empezó a llover: una fina lluvia otoñal, fría y suave, que descendía de un cielo blanco, y tamborileaba en el tejado y en las hojas secas que rodeaban la casa.

A las cuatro menos diez sonó el teléfono. Mort dio un salto y lo cogió.

Era Amy.

Amy quería hablar del incendio. Amy quería hablar de lo desdichada que se sentía, no solo por ella sino por ambos. Amy quería decirle que Fred Evans, el investigador de la compañía de seguros, seguía en Derry recorriendo el sitio, haciendo preguntas de todas clases, desde cuál era la última vez que se habían inspeccionado los cables hasta quién tenía las llaves del sótano, y que Ted sospechaba de sus motivos. Amy quería que Mort se preguntara junto con ella si las cosas habrían sido distintas de haber tenido hijos.

Mort contestó lo mejor que supo y, mientras hablaba con ella, sintió que el tiempo —el comienzo de la última hora de la tarde— se le escapaba entre los dedos. Estaba casi loco de preocupación pensando que Shooter llamaría, encontraría la línea ocupada y cometería una nueva atrocidad. Por último, dijo lo único que se le ocurrió para conseguir que cortara: que si no iba pronto al lavabo, tendría un accidente.

—¿Es la bebida? —preguntó ella preocupada—. ¿Has estado bebiendo?

—Creo que fue el desayuno —respondió él—. Escucha, Amy, yo…

—¿En Bowie’s?

—Sí —dijo, intentando que su voz sonara como estrangulada de dolor y esfuerzo. La verdad era que se sentía estrangulado. Pensándolo bien, era toda una comedia—. Amy, de verdad, yo…

—¡Por Dios, Mort! ¡Tiene la parrilla más sucia del pueblo! —exclamó Amy—.

Ve. Llamaré más tarde.

El teléfono enmudeció. Dejó el receptor en su horquilla, permaneció allí un momento y se quedó sorprendido y escandalizado al descubrir que su queja ficticia se había hecho repentinamente real: su intestino se encontraba apretado en un nudo doloroso y palpitante.

Corrió hacia el lavabo, desabrochándose el cinturón por el camino.

Llegó justo, pero llegó. Se quedó sentado en el inodoro, envuelto en el olor intenso de sus excrementos, con los pantalones en los tobillos, reteniendo el aliento…, cuando el teléfono empezó a sonar otra vez.

Saltó como un muñeco de resorte al que se le abre la caja, se golpeó violentamente la rodilla contra el lavabo y corrió hacia el teléfono, sosteniendo los pantalones con una mano y corriendo como una chica con falda estrecha. Tenía esa desagradable y mortificante sensación de no-tuve-tiempo-de-limpiarme. Supuso que le sucedía a todo el mundo, pero de pronto se le ocurrió que nunca lo había leído en ningún libro. Nunca, ni en un solo libro.

¡Ah! La vida era una comedia.

Esta vez era Shooter.

—Lo he visto allí abajo —dijo Shooter. Su voz era tan pausada y serena como siempre—. Quiero decir, donde los dejé. Parecía que hubiera sufrido una insolación, solo que no estamos en verano.

—¿Qué quiere? —preguntó Mort, pasándose el teléfono a la otra oreja. Sus pantalones volvieron a caer hasta los tobillos. Los dejó y se quedó allí con la cinturilla de sus calzoncillos Jockey suspendida a mitad de camino entre las rodillas y las caderas. Pensó que sería una maravillosa fotografía de autor.

—Estuve a punto de clavarle una nota —dijo Shooter—, pero decidí no hacerlo. —Hizo una pausa y agregó con una especie de desprecio ausente—: Se asusta con demasiada facilidad.

—¿Qué quiere?

—Pero si ya se lo he dicho, señor Rainey. Quiero un relato para compensar el que me robó. ¿Todavía no está preparado para admitirlo?

Sí. ¡Dile que sí! Dile cualquier cosa: la tierra es plana, John Kennedy y Elvis Presley viven, están bien y forman un dúo de banjo en Cuba, Meryl Streep es un travestido, dile cualquier cosa…

Pero no quería.

De pronto, toda la furia, la frustración, el horror y la confusión surgieron de su boca en forma de aullido.

—¡No lo hice! ¡No lo hice! ¡Usted está loco y puedo demostrarlo! ¡Tengo la revista, maníaco! ¿Me oye? ¡Tengo la maldita revista!

Su respuesta fue la ausencia de respuesta. La línea estaba muda y muerta, sin siquiera el lejano murmullo de una voz fantasma que interrumpiera la lisa oscuridad, como aquella que trepaba por el muro de la ventana todas las noches que había

pasado solo allí.

—¿Shooter?

Silencio.

—Shooter, ¿sigue ahí?

Más silencio. Había cortado.

Mort apartó el auricular de su oreja. Estaba a punto de colgar, cuando la voz de Shooter, débil, distante y casi perdida, dijo:

—¿… ahora?

Mort volvió a apoyar el teléfono en su oído. Parecía pesar mil kilos.

—¿Qué? —preguntó—. Creí que había cortado.

—¿La tiene? ¿Tiene esa supuesta revista? ¿Ahora?

Le pareció que, por primera vez, Shooter parecía alterado. Alterado e inseguro.

—No —contestó.

—¡Ah, bueno! —exclamó Shooter, aliviado—. Creí que finalmente estaría preparado para hablar…

—Viene por Federal Express —le interrumpió Mort—. Mañana a las diez estará en la oficina de correos.

—¿Qué estará? —preguntó Shooter—. ¿Alguna cosa vieja que supuestamente es una copia?

—No —contestó Mort. La sensación de que había hecho vacilar a aquel tipo, de que había superado sus defensas golpeándolo lo bastante fuerte para que le doliera, era intensa e innegable. Durante uno o dos segundos, Shooter pareció realmente asustado, y Mort se sentía furiosamente complacido—. La revista. La revista real.

Hubo otra pausa larga, pero esta vez Mort mantuvo el teléfono pegado a la oreja. Shooter estaba allí. Claro que sí, y esta vez era él quien estaba atrapado. Mort había olvidado su trasero sucio. No había olvidado lo de Tom y Greg, pero casi. Súbitamente, el relato volvía a ser lo más importante, el relato y la acusación de plagio. Shooter tratándolo como si fuera un maldito colegial, eso era lo importante, y el hecho de que tal vez por fin estuviera asustado.

Una vez, en la misma escuela parroquial donde Mort había aprendido a tragar con la cabeza gacha, había visto a un chico atravesando con un alfiler un escarabajo que corría por su pupitre. El escarabajo quedó atrapado: clavado, retorciéndose y muriendo. En aquel momento, Mort se había sentido triste y horrorizado. Ahora comprendía. Ahora deseaba hacerle lo mismo a ese hombre. A ese loco.

—No puede haber ninguna revista —dijo Shooter por fin—. No con ese relato. ¡El relato es mío!

Mort percibió angustia en la voz del hombre. Verdadera angustia. Le alegró. El alfiler estaba clavado en Shooter. Y él se retorcía.

—Mañana a las diez estará aquí —dijo Mort—, o en todo caso tan pronto como el Express entregue el correo de Tashmore. Estaré encantado de verlo allí. Puede echarle una mirada. Una mirada tan prolongada como quiera, maldito maníaco.

—Allí no —dijo Shooter después de otra pausa—. En su casa.

—Olvídelo. Cuando le muestre el número de *Ellery Queen*, quiero hacerlo en un lugar donde pueda pedir ayuda si le da el ataque.

—Lo hará a mi manera —dijo Shooter. Parecía más calmado, pero Mort no creía que Shooter volviera a recuperar el control que había tenido anteriormente—. Si no, lo veré en la prisión del estado de Maine acusado de asesinato.

—No me haga reír —replicó Mort, pero sintió que su intestino volvía a anudarse.

—Lo he relacionado con esos dos hombres de más maneras de las que sabe —dijo Shooter—, y usted ha contado una buena sarta de mentiras. Si yo desaparezco, señor Rainey, va a encontrarse con la cabeza en un lazo y los pies colgando.

—No me asusta.

—Sí que lo asusto —afirmó Shooter. Hablaba casi con amabilidad—. Lo que pasa es que está empezando a asustarme un poco a mí también. No consigo entenderlo del todo.

Mort no dijo nada.

—Sería gracioso —dijo Shooter en tono extraño y meditabundo— si hubiéramos escrito el mismo relato en dos lugares distintos y en dos momentos distintos.

—Ya se me había ocurrido.

—¿De veras?

—Lo deseché —dijo Mort—. Demasiada coincidencia. Si fuera solo el mismo argumento, sería una cosa. Pero el mismo lenguaje, la misma dicción…

—¡Ajá! —exclamó Shooter—. Yo pensé lo mismo, peregrino. Es demasiado. La coincidencia queda descartada. Usted me lo robó, pero que me aspen si puedo imaginar cómo y cuándo.

—¡Oh, déjelo! —estalló Mort—. ¡Tengo la revista! ¡Tengo pruebas! ¿No lo comprende? ¡Ha terminado! ¡Tanto si era un juego demente o solo un engaño, ha terminado! ¡Tengo la revista!

Después de un largo silencio, Shooter dijo:

—No, todavía no.

—Es verdad —admitió Mort. Tenía un sentimiento de camaradería súbito y totalmente indeseado hacia ese hombre—. ¿Y qué hacemos esta noche?

—Pues nada —dijo Shooter—. Esos hombres esperarán. La mujer y los hijos de uno están visitando a la familia. El otro vive solo. Mañana por la mañana vaya a recoger la revista. Iré a su casa hacia el mediodía.

—Me matará —dijo Mort, descubriendo que la idea no le parecía muy aterradora; al menos, no esa noche—. Si le muestro la revista, su engaño habrá terminado y me matará.

—¡No! —contestó Shooter, y esta vez parecía sorprendido de verdad—. ¿A usted? ¡No, señor! Maté a esos dos porque iban a interferir en nuestro negocio. No podía permitirlo, y pensé utilizarlos para obligarle a tratar conmigo. A afrontar su responsabilidad.

—Es hábil —dijo Mort—, lo admito. Creo que está loco, pero también creo que es el hijo de puta más hábil que he conocido en mi vida.

—Bueno, pues crea también esto —replicó Shooter—: si mañana voy y descubro que se ha ido, señor Rainey, me ocuparé de destruir a todas las personas a las que usted ama y que le importan. Quemaré su vida como un campo de cañas en un día de viento. Irá a la cárcel por matar a esos dos hombres, pero ir a la cárcel será el menor de sus pesares, ¿me entiende?

—Sí —dijo Mort—. Comprendo, peregrino.

—Así que esté allí.

—Y suponga, solo suponga, que cuando le muestre la revista comprueba que mi nombre figura en el índice y que mi relato está dentro. ¿Qué pasará entonces?

Tras una breve pausa, Shooter dijo:

—Me entregaré a las autoridades y confesaré todo el asunto. Pero me ocuparía de mí mucho antes de que se celebrara el juicio; señor Rainey. Porque si las cosas son así, supongo que estoy loco, y ese tipo de loco… —Dejó escapar un suspiro antes de decir—: Ese tipo de loco no tiene excusa ni razón para vivir.

Aquellas palabras golpearon a Mort con una fuerza insólita. *Se siente inseguro* —pensó—. *Por primera vez, se siente inseguro. Incluso más de lo que yo me he sentido nunca*.

Pero reprimió violentamente aquella idea. Nunca había tenido una razón para sentirse inseguro. Eso era culpa de Shooter. Todo era culpa de Shooter. Dijo:

—¿Y cómo sé que no dirá que la revista es una falsificación?

No esperaba respuesta, excepto tal vez algo acerca de que Mort tendría que aceptar su palabra, pero Shooter lo sorprendió.

—Si es real, lo sabré —dijo—, y si es una falsificación lo sabremos ambos. No creo que pueda haber conseguido toda una revista falsa en tres días, por mucha gente que tenga trabajando para usted en Nueva York.

Le tocaba pensar a Mort, y lo hizo durante un tiempo largo, muy largo. Shooter esperó.

—Voy a confiar en usted —dijo por fin—. Desde luego, no sé por qué. Tal vez porque en estos días no tengo muchas razones para vivir. Pero no voy a confiar sin reparos. Usted viene, se queda en el sendero, donde pueda verlo y comprobar que no está armado. Yo salgo. ¿Es satisfactorio?

—Será suficiente.

—Que Dios nos ayude.

—Sí, señor. Que me aspen si estoy seguro de lo que hago… Y no es una sensación agradable.

—¿Shooter?

—Estoy aquí.

—Quiero que me conteste a una pregunta.

Silencio, pero un silencio que a Mort le pareció que invitaba a hablar.

—¿Incendió mi casa de Derry?

—No —respondió Shooter de inmediato—. Estaba vigilándolo a usted.

—Y a Bump —añadió Mort con amargura.

—Oiga —dijo Shooter—. ¿Tiene mi sombrero?

—Sí.

—Lo necesitaré —dijo Shooter—, de una manera u otra.

Y la línea enmudeció.

Sin más.

Mort dejó lentamente el teléfono y caminó con cautela hacia el lavabo sujetándose los pantalones, para terminar su tarea.

Capítulo 38

Amy volvió a llamar alrededor de las siete; esta vez Mort pudo hablar con ella con bastante normalidad, casi como si el lavabo de arriba no estuviese destrozado y no hubiera dos hombres muertos sentados detrás de una pantalla de arbustos en el camino que descendía al lago, poniéndose rígidos mientras a su alrededor el crepúsculo daba paso a la oscuridad.

Desde su llamada anterior, ella había hablado personalmente con Fred Evans y tenía la convicción de que sabía o sospechaba algo sobre el incendio que no quería comunicarles. Mort trató de tranquilizarla y le pareció que tenía éxito hasta cierto punto, pero él mismo estaba preocupado. Si Shooter no había iniciado el fuego —y Mort se inclinaba a creer que el hombre había dicho la verdad—, entonces era una simple coincidencia…, ¿correcto?

No sabía si era correcto o no.

—Mort, he estado muy preocupada por ti —dijo ella de pronto.

Eso lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Por mí? Estoy bien.

—¿Estás seguro? Cuando te vi ayer, me pareció que estabas… tenso. —Hizo una pausa—. En realidad, me pareció que estabas como antes de tener la…, ya sabes…

—Amy, no tuve una crisis nerviosa.

—Bueno, no —dijo rápidamente ella—, pero ya sabes lo que quiero decir. Cuando la gente de cine organizó aquel alboroto con *La familia Delacourt*.

Aquélla había sido una de las experiencias más amargas de la vida de Mort: Paramount había pagado una opción de setenta y cinco mil dólares sobre un precio base de setecientos cincuenta mil, una cifra muy alta. Y estaban a punto de aceptar la opción cuando alguien encontró en los archivos un viejo libreto, llamado *El equipo familiar*, que se parecía lo bastante a *La familia Delacourt* para poder plantear problemas legales. Fue la única vez en su carrera —en todo caso, antes de esa pesadilla— en que había estado expuesto a la posibilidad de una acusación de plagio. Los responsables dejaron que expirara la opción a última hora. Mort seguía sin saber si realmente temieron que alguien presentara una demanda por plagio, o si sencillamente dudaron del potencial cinematográfico de su novela. Si realmente tuvieron miedo, no comprendía cómo semejante grupo de damiselas podía rodar películas. Herb Creekmore había obtenido una copia del libreto de *El equipo familiar*, y Mort había encontrado solo una semejanza casual. Amy estaba de acuerdo.

El lío se produjo justo cuando estaba en un callejón sin salida con una novela que había deseado escribir desesperadamente. Al mismo tiempo había tenido que hacer una gira de promoción relacionada con la edición de bolsillo de *La familia Delacourt*. Todo aquello junto lo había sometido a una gran tensión.

Pero no había sufrido una crisis nerviosa.

—Estoy bien —insistió, hablando con suavidad. Años antes había descubierto

una cosa sorprendente y más bien conmovedora de Amy: si se le hablaba con la suavidad suficiente, estaba dispuesta a creer casi cualquier cosa. Había pensado a menudo que si se hubiera tratado de una característica de la especie, como mostrar los dientes para demostrar rabia o diversión, las guerras habrían terminado miles de años antes.

—¿Estás seguro, Mort?

—Sí. Si sabes algo más de nuestro amigo asegurador, llámame.

—Lo haré.

Él hizo una pausa.

—¿Estás en casa de Ted?

—Sí.

—¿Y cómo te sientes con él estos días?

Ella vaciló, y después dijo simplemente:

—Lo amo.

—¡Ah!

—No fui con otros hombres —dijo Amy de repente—. Siempre he querido decirte esto. No fui con otros hombres. Pero Ted miró más allá de tu nombre y me vio, Mort. Me vio a mí.

—¿Quieres decir que yo no?

—Lo hacías cuando estabas aquí —respondió, y su voz sonaba pequeña y sola—. Pero pasabas tanto tiempo fuera.

Sus ojos se dilataron, e instantáneamente estuvo listo para presentar batalla. Una batalla justa.

—¿Qué? ¡No he estado de gira desde *La familia Delacourt*! ¡Y ésa fue corta!

—No quiero discutir contigo, Mort —dijo ella suavemente—. Eso tendría que terminar. Lo que intento decir es que, aunque estuvieses aquí, te ausentabas mucho. Tenías una amante, ¿sabes? Tu trabajo era tu amante. —Su voz era firme, pero él sintió que en lo profundo de esa voz había lágrimas—. ¡Cómo odiaba a esa perra, Mort! Era más guapa que yo, más lista que yo, más divertida que yo. ¿Cómo podía competir?

—Échame toda la culpa a mí, ¿por qué no? —dijo él, turbado al descubrir que él mismo estaba al borde de las lágrimas—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me convirtiera en un maldito fontanero? Habríamos sido pobres y yo no habría conseguido un empleo. ¿No comprendes que no podía hacer otra cosa? ¡No podía hacer otra cosa!

Había supuesto que las lágrimas habían terminado, al menos por el momento, pero allí estaban. ¿Quién había vuelto a frotar esa horrible lámpara mágica? ¿Había sido él o ella esta vez?

—No te culpo. Yo también tengo culpa. Nunca nos habrías descubierto…, como lo hiciste…, si no hubiese sido débil y cobarde. No fue Ted. Él quería que fuésemos juntos y te lo contáramos. No paraba de decírmelo. Y yo no dejaba de retrasar el

momento. Le dije que no estaba segura. Me dije que seguía amándote, que las cosas podían volver a ser como antes…, pero supongo que nunca es así. Nunca… —Amy contuvo el aliento y Mort comprendió que ella también lloraba—. Nunca olvidaré tu cara cuando abriste la puerta de la habitación del motel. Me llevaré ese recuerdo a la tumba.

¡Estupendo! —deseó gritar— *¡Estupendo! ¡Porque tú solo tuviste que verla! ¡Yo tuve que llevarla!*

—Conocías mi amor —dijo tembloroso—. Nunca te lo oculté. Lo conocías desde el comienzo.

—Pero nunca supe lo intenso que podía ser su abrazo —replicó ella.

—Alégrate —dijo Mort—. Ahora parece haberme abandonado.

Amy lloraba.

—Mort, Mort… Solo quiero que vivas y seas feliz. ¿No lo ves? ¿No puedes hacerlo?

Lo que había visto era uno de sus hombros desnudos tocando el hombro desnudo de Ted Milner. Había visto sus ojos, dilatados y asustados, y el pelo de Ted tieso en un tirabuzón estilo Alfalfa. Pensó en decirle esto, o al menos intentarlo, dejarlo caer. Ya se había hecho bastante daño. Tal vez en otro momento pudieran volver a hablar del asunto. Sin embargo, habría preferido que no dijera eso de la crisis nerviosa. No había sufrido una crisis nerviosa.

—Amy, creo que tengo que dejarte.

—Sí, yo también. Ted ha salido a mostrar una casa, pero volverá pronto. Tengo que preparar algo de cena.

—Lamento la discusión.

—¿Llamarás si me necesitas? Sigo preocupada.

—Sí —respondió él.

Se despidió y cortó la comunicación. Permaneció un momento junto al teléfono, pensando que seguramente rompería a llorar. Pero pasó. Tal vez ése fuese el verdadero horror.

Pasó.

Capítulo 39

La lluvia que caía sin parar le hacía sentirse distraído y estúpido. Encendió un pequeño fuego en la chimenea, acercó una silla y trató de leer el último número de *Harper's*, pero no dejaba de cabecear y despertarse sobresaltado cuando su cabeza caía hacia delante, apretándole la tráquea y produciendo un ronquido. *Debería haber comprado unos cigarrillos* —pensó—. *Unos cigarrillos me habrían mantenido despierto*. Pero no lo había hecho, y de todos modos tampoco estaba seguro de que pudieran mantenerlo despierto. No solo estaba cansado; estaba bajo los efectos de un shock.

Por último, se acercó al diván, ajustó los cojines y se echó. Junto a su mejilla, la lluvia fría tamborileaba contra el vidrio oscuro.

Solo una vez —pensó—. *Solo lo hice una vez*. Y se quedó profundamente dormido.

Capítulo 40

En su sueño estaba en el aula más grande del mundo.

Las paredes se prolongaban a lo largo de kilómetros. Cada pupitre era una meseta, y los azulejos grises formaban la interminable pradera que se extendía entre ellas. El reloj que colgaba de la pared era un enorme sol frío. La puerta que daba al pasillo estaba cerrada, pero Morton Rainey podía leer las palabras escritas sobre el cristal esmerilado: SALA DE ESCRITURA DEL EQUIPO DEL HOGAR. PROF. DELLACOURT.

Lo han escrito mal —pensó Mort—. *Demasiadas eles*.

Pero otra voz le dijo que no era así.

Mort estaba de pie sobre el gigantesco repecho de las tizas de la pizarra, y se estiraba con un brazo levantado. Tenía en la mano un trozo de tiza del tamaño de un bate de béisbol. Quería bajar el brazo, que le dolía ferozmente, pero no podía. No hasta haber escrito la misma frase quinientas veces: *No copiaré a John Kintner*. Pensó que ya debía de haberla escrito cuatrocientas veces, pero no era suficiente. Robar el trabajo a un hombre, cuando el trabajo era todo lo que tenía ese hombre, era imperdonable. De modo que tendría que escribir y escribir y escribir, y no prestar atención a la voz interior que le decía que se trataba de un sueño y que el brazo derecho le dolía por otras razones.

La tiza chirriaba de una manera monstruosa. El polvillo, acre y en cierta forma familiar —demasiado familiar— le caía en la cara. Llegó un momento en que no pudo seguir. Su brazo cayó al costado como una bolsa llena de municiones de plomo. Se volvió, sin bajar del repecho, y vio que en la enorme aula solo había un pupitre ocupado. Su ocupante era un joven con una cara de campesino, una de esas caras que suelen verse en el campo detrás del culo de una mula. Su cabello castaño claro estaba encrespado, y mantenía las manos de trabajador del campo, que parecían todo nudillos, dobladas frente a él, sobre el pupitre. Miraba a Mort con ojos pálidos y absortos.

Te conozco, dijo Mort en el sueño.

Correcto, peregrino —replicó John Kintner con su acento sureño desnudo y arrastrado—. *Solo que me reconstruiste mal. Ahora sigue escribiendo. No son quinientas, sino cinco mil*.

Mort empezó a volverse, pero su pie resbaló en el borde del repecho. De pronto estaba cayendo hacia delante, gritando en el aire seco y tizoso, y John Kintner reía, y él…

Capítulo 41

• • • despertó en el suelo con la cabeza casi debajo de la mesilla de café, manoteando la alfombra y llorando con sollozos agudos y quejumbrosos.

Estaba en el lago Tashmore. No en un aula extravagante y ciclópea, sino en el lago, y el sol salía brumosamente por el este.

Estoy bien. Ha sido solo un sueño y estoy bien.

Pero no lo estaba. Porque no había sido solo un sueño. John Kintner había sido real. ¿Cómo diablos había podido olvidar a John Kintner?

Mort había ido a la Universidad de Bates y se había graduado en la especialidad de escritura creativa. Más adelante, cuando hablaba ante aspirantes a escritor (tarea que eludía siempre que podía), les decía que graduarse en eso era probablemente el peor error que podía cometer un hombre o una mujer si él o ella deseaban ganarse la vida escribiendo ficción.

—Consigan un trabajo en Correos —decía—. A Faulkner le fue muy bien.

Todos reían. Les gustaba escucharlo, y Mort suponía que le salía bastante bien eso de mantenerlos entretenidos. Era algo que le parecía muy importante, porque dudaba de que él o cualquier otro pudiera enseñarles a escribir creativamente. De todos modos, siempre se alegraba cuando acababa la clase, el seminario o el congreso. Los muchachos lo ponían nervioso. Suponía que la razón era John Kintner.

¿Era Kintner de Mississippi? Mort no lo recordaba, pero creía que no. Aunque, de todos modos, era de un enclave del profundo Sur: Alabama, Luisiana o tal vez el norte de Florida. No estaba seguro. Lo de Bates había sucedido hacía mucho tiempo, y llevaba años sin pensar en John Kintner, que había desaparecido súbitamente por razones que solo él conocía.

Eso no es verdad. Anoche pensaste en él.

Querrás decir que soñaste con él, se corrigió Mort con rapidez, pero aquella vocecita infernal que sonaba en su interior no estaba dispuesta a ceder.

No, antes de eso. Pensaste en él cuando hablabas por teléfono con Shooter.

No sabía qué pensar de eso. Por lo tanto no pensaría en ello. John Kintner pertenecía al pasado; John Kintner no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo ahora. Se levantó y se dirigió vacilante hacia la cocina para prepararse un café cargado. Litros y litros de café cargado. Pero la vocecita infernal no lo dejaba tranquilo. Mort miró el juego de cuchillos de cocina de Amy colgando de sus soportes de acero magnetizado, y pensó que si pudiera cortar esa vocecita, iniciaría inmediatamente la operación.

Pensabas que habías desestabilizado a Shooter, que finalmente le habías hecho vacilar. Pensabas que la historia volvía a ser la cuestión principal, la historia y la acusación de plagio. Shooter tratándote como a un maldito colegial. Como a un maldito colegial. Como a un…

—Cállate —ordenó Mort con voz ronca—. Cierra la boca.

La voz obedeció, pero Mort descubrió que era incapaz de dejar de pensar en John Kintner.

Mientras medía el agua para el café con mano temblorosa, pensó en sus permanentes y estridentes protestas de que no había plagiado el relato de Shooter, que jamás había plagiado nada.

Pero naturalmente, lo había hecho.

Una vez.

Solo una.

—Pero aquello ocurrió hace mucho tiempo —susurró—. Y no tiene nada que ver con este asunto.

Tal vez fuera verdad, pero eso no eliminaba sus pensamientos.

Capítulo 42

Estaba en primer año y era el semestre de primavera. Aquel semestre, la clase de escritura creativa de la que formaba parte se centraba en el relato. El profesor era un tipo llamado Richard Perkins Jr., autor de dos novelas que habían obtenido buenas críticas y vendido pocos ejemplares. Mort intentó leer una, y llegó a la conclusión de que las buenas críticas y las malas ventas tenían la misma causa: los libros eran incomprensibles. Sin embargo, el hombre no era mal maestro. Al menos, los mantenía entretenidos.

En la clase había unos doce estudiantes. Uno de ellos era John Kintner. Éste era solo un novato, pero había logrado un permiso especial para asistir a la clase. Y Mort pensaba que se lo merecía. Fuera o no un tipejo sureño, el mamón era bueno.

El curso exigía que cada uno de ellos escribiera seis relatos cortos o tres más largos. Cada semana, Perkins elegía los que le parecía que provocarían las discusiones más entusiastas y los entregaba al terminar la clase. Se suponía que a la semana siguiente los estudiantes irían preparados para discutir y criticar. Era la manera habitual de llevar esas clases. Una semana, Perkins les dio un relato de John Kintner. Se llamaba… ¿Cómo se llamaba?

Mort había abierto el grifo para llenar la cafetera, pero se quedó de pie, mirando con aire ausente la niebla del otro lado de la ventana y oyendo correr el agua.

Sabes muy bien cómo se llamaba. «Ventana secreta, jardín secreto».

—¡No era así! —aulló con petulancia a la casa vacía.

Pensaba con furia, decidido a acallar la infernal vocecilla de una vez por todas, cuando de pronto lo recordó.

—¡«Crowfoot Mile»! —chilló—. ¡El nombre del relato era «Crowfoot Mile», y no tiene nada que ver con nada!

Pero eso tampoco era enteramente verdad, y no necesitaba que la pequeña voz que se refugiaba en algún lugar de su dolorida cabeza se lo señalara.

Kintner había entregado tal vez tres o cuatro relatos antes de desaparecer donde hubiera desaparecido (si le pedían que aventurase una hipótesis, Mort diría que en Vietnam; allí era donde habían desaparecido la mayoría de personas a finales de los sesenta; por lo menos, los jóvenes). «Crowfoot Mile» no era el mejor de los relatos de Kintner, pero era bueno. Evidentemente, Kintner era el mejor escritor de la clase de Richard Perkins Jr. Éste trataba al chico casi como a un igual, y en la estimación no demasiado humilde de Mort Rainey, Perkins tenía razón, porque en su opinión Kintner era bastante mejor que Richard Perkins, Jr. Mort creía que él también era mejor que Perkins.

Eso sí, pero ¿mejor que Kintner?

—¡Oh, oh! —exclamó entre dientes mientras enchufaba la cafetera—. Era el segundo.

Sí. Era el segundo y no lo soportaba. Sabía que la mayor parte de los estudiantes

matriculados en los cursos de escritura estaban haciendo tiempo, satisfaciendo un capricho antes de abandonar los juegos infantiles y dedicarse al estudio de lo que sería su trabajo en la vida real. La escritura creativa que haría la mayoría de ellos en los años siguientes consistiría en colaboraciones para las páginas del Calendario Comunitario de sus periódicos locales o en textos publicitarios para el lavavajillas Brisa Azul. Mort se había inscrito en la clase de Perkins confiando en que sería el mejor, porque siempre había sido así en su caso. Por esta razón, John Kintner le provocó una desagradable conmoción.

Recordaba que una vez había intentado hablar con el muchacho. Pero Kintner, que en clase solo hablaba cuando se le hacía una pregunta, había resultado ser casi incoherente. Cuando hablaba en voz alta, farfullaba y se trababa como el hijo de un labriego pobre cuya educación se había interrumpido en cuarto curso. Aparentemente, su escritura era la única voz que tenía.

Y tú se la robaste.

—Cállate —murmuró—. Simplemente, cállate.

Eras el segundo y lo odiabas. Te alegraste cuando se fue porque entonces podrías volver a ser el primero. Como siempre lo habías sido.

Sí. Era verdad. Y un año después, cuando se preparaba para la graduación, un día en que se dedicó al armario empotrado del desordenado apartamento de Lewiston que compartía con otros dos estudiantes, encontró una pila de fotocopias del curso de Perkins. Entre ellas estaba uno de los relatos de Kintner. Resultó ser «Crowfoot Mile».

Recordaba haberse sentado en la raída alfombrilla de su cuarto, que apestaba a cerveza, para leer el relato, y cómo había vuelto a experimentar los viejos celos.

Tiró las fotocopias, pero no el relato, que guardó por razones que no estaba seguro de querer analizar con atención.

Cuando estaba en segundo curso, Mort envió un relato a una revista literaria llamada *Aspen Quarterly*. El relato volvió con una nota que decía que los lectores lo habían encontrado muy bueno, «aunque el final resultaba algo inmaduro». La nota, que a Mort le había parecido condescendiente y muy excitante, lo invitaba a enviar más material.

A lo largo de los dos años siguientes, envió otros cuatro relatos. No aceptaron ninguno, pero todos los formularios de rechazo iban acompañados de una nota. Mort atravesó la agonía de optimismo con alternancia de profundo pesimismo típica del escritor inédito. Había días en que estaba seguro de que solo era una cuestión de tiempo y de que terminaría por ser aceptado en *Aspen Quarterly*; y otros en que estaba convencido de que la totalidad del equipo editorial —degenerados con cabeza de lápiz todos ellos— se limitaba a jugar con él, tomándole el pelo como si fuera un perro hambriento, suspendiendo un trozo de carne sobre su cabeza y retirándolo cuando saltaba a cogerlo. A veces imaginaba a uno de ellos levantando uno de sus originales, recién sacado de su sobre de papel de manila, y gritando: «¡Aquí hay otro

de ese gilipollas de Maine! ¿Quién quiere escribir la carta esta vez?». Y a todos los demás riendo, tal vez incluso revolcándose por el suelo bajo sus pósters de Joan Baez y Moby Grape en el Fillmore.

La mayor parte de las veces, Mort no se permitía ese tipo de paranoia triste. Comprendía que era bueno y que solo era cuestión de tiempo. Y aquel verano, trabajando de camarero en un restaurante de Rockland, se acordó del relato de John Kintner. Pensó que probablemente estuviera todavía en su baúl, en algún lugar del fondo. Tuvo una idea súbita. Cambiaría el título y enviaría «Crowfoot Mile» al *Aspen Quarterly* con su nombre. Recordaba haber pensado que sería un buen chiste, aunque ahora no imaginaba de qué chiste se podía tratar.

También recordaba que no tenía intención de publicar el relato con su nombre; en todo caso, si en un estrato más profundo tenía esa intención, no había sido consciente de ello. En el improbable caso de una aceptación, retiraría el relato diciendo que quería trabajarlo un poco más. Y si lo rechazaban, al menos podría alegrarse de que tampoco John Kintner fuera lo bastante bueno para el *Aspen Quarterly*.

Así que había enviado el relato.

Y ellos lo aceptaron.

Y él les permitió que lo aceptaran.

Y le enviaron un cheque por valor de veinticinco dólares, llamado «honorario» en la carta que lo acompañaba.

Y lo habían publicado.

Y Morton Rainey, abrumado por un sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho, cobró el cheque e ingresó el dinero en la Caja de Caridad de Santa Catalina, en Augusta.

Pero no solo había sentido culpa. ¡Ah, no!

Mort se sentó ante la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en una mano, esperando que se filtrara el café. Le dolía la cabeza. No quería pensar en John Kintner ni en el relato de John Kintner. Lo que había hecho con «Crowfoot Miles» era una de las cosas más vergonzosas de su vida. ¿Era tan sorprendente que lo hubiera reprimido durante tantos años? Le habría gustado poder reprimirlo ahora. Al fin y al cabo, ése sería un gran día, tal vez el más importante de su vida. Tal vez incluso el último de su vida. Tenía que pensar en ir a Correos. Tenía que pensar en su confrontación con Shooter, pero su mente se negaba a dejar de lado aquella triste época.

Cuando vio la revista, la revista real con su nombre encabezando el relato de John Kintner, se sintió como si despertara de una horrible experiencia de sonambulismo, como si regresara de una salida inconsciente durante la cual había hecho algo irrevocable. ¿Cómo había permitido que las cosas llegaran tan lejos? ¡Por Dios santo! Se suponía que se trataba de un chiste, de una pequeña ironía…

¡Pero había dejado que las cosas llegaran tan lejos! El relato se había publicado, y en el mundo había por lo menos una docena de personas que sabían que no era suyo, incluyendo al propio Kintner. Y si uno de ellos hojeaba el *Aspen Quarterly*…

Él no se lo dijo a nadie, naturalmente. Se limitó a esperar enfermo de terror. Aquel fin de verano y comienzo de otoño comió y durmió muy poco, perdió peso y bajo sus ojos se formaron sombras oscuras. Cada vez que sonaba el teléfono, su corazón latía desordenadamente. Si la llamada era para él, se aproximaba al aparato arrastrando los pies y con la frente cubierta de sudor frío, convencido de que sería Kintner y de que sus primeras palabras serían: *Me robaste mi relato y hay que hacer algo al respecto. Empezaré por decirle a todo el mundo qué clase de ladrón eres*.

Y lo más increíble era esto: que él sabía cómo eran las cosas. Sabía cuáles eran las posibles consecuencias de ese acto por parte de un joven que esperaba hacer una carrera literaria. Era como jugar a la ruleta rusa con una bazuca. Y sin embargo…, sin embargo…

A medida que iba pasando el otoño sin que sucediera nada, empezó a relajarse un poco. El número de *Aspen Quarterly* había sido reemplazado por otro. El número ya no estaba sobre las mesas de las bibliotecas de todo el país; había sido guardado en los estantes o pasado a microficha. Todavía podía causar problemas —suponía lúgubremente que tendría que vivir con esa posibilidad el resto de su vida—, pero en la mayor parte de los casos, fuera de la vista significaba fuera de la cabeza.

Y entonces, en noviembre de aquel año, llegó una carta del *Aspen Quarterly*.

Mort la cogió, miró su nombre escrito en el sobre y empezó a temblar de pies a cabeza. Sus ojos se llenaron de un líquido que resultaba demasiado caliente y corrosivo para ser lágrimas, y ante su mirada el sobre se duplicó y triplicó.

Ya está. Me han cogido. Querrán que conteste a una carta que han recibido de Kintner, o de Perkins, o de alguno de la clase… Estoy atrapado.

Entonces pensó en el suicidio, serena y racionalmente. Su madre tenía píldoras para dormir. Las tomaría. Tranquilizado en cierta forma por la perspectiva, abrió el sobre y sacó una sola hoja de papel. La tuvo un largo momento doblada en la mano y pensó en quemarla sin mirarla siquiera. No estaba seguro de poder enfrentarse a la acusación. Pensó que podía volverse loco.

¡Adelante, maldita sea! ¡Mira! Lo menos que puedes hacer es contemplar las consecuencias. Tal vez no puedas afrontarlas, ¡pero por Dios que puedes contemplarlas!

Desplegó la carta.

> Querido Mort Rainey:
>
> Su relato «El ojo del cuervo» fue muy bien recibido aquí. Lamento que esta carta haya tardado tanto, pero, francamente, esperábamos saber de usted. Ha sido tan fiel en sus envíos a lo largo de los años que su silencio, ahora, cuando por fin lo ha «logrado», resulta desconcertante. Si hubo algo en la forma en que se trató su relato —tipo, diseño gráfico, lugar de la revista, etc.— que no le agradó, esperamos que nos lo diga. Mientras tanto, ¿qué le parece si nos envía otro?
>
> Respetuosamente suyo,
>
> Charlie
>
> Charles Palmer

Mort leyó dos veces la carta, y después lanzó ásperas carcajadas que recorrieron la casa, que afortunadamente estaba vacía. Había oído hablar de reventar de risa, y seguramente se trataba de eso. Sentía que si no se detenía pronto reventaría literalmente y sus entrañas se desparramarían por el suelo. ¡Se había preparado para matarse con las píldoras para dormir de su madre, y ellos querían saber si estaba disgustado por la composición del relato! ¡Había temido ver terminada su carrera antes de que empezara de verdad, y ellos querían más! ¡Más!

Rió —en realidad, aulló— hasta que su risa frenética se convirtió en lágrimas histéricas. Después se sentó en el sofá, releyó la carta de Charles Palmer y lloró hasta que volvió a reír. Por último, se fue a su cuarto, se echó con las almohadas dispuestas como le gustaba, y se quedó dormido.

Lo había conseguido. Ésa era la conclusión: lo había conseguido. Nunca más había vuelto a hacer nada ni remotamente semejante a eso, y todo había sucedido hacía unos mil años, así que ¿por qué lo torturaba ahora?

No lo sabía, pero tenía intención de dejar de pensar en ello.

—Y además, ahora mismo —dijo a la habitación vacía, mientras se acercaba enérgicamente a la cafetera, procurando ignorar el dolor de cabeza.

Sabes muy bien por qué estás pensando en eso ahora.

—Cállate —ordenó en un tono que resultaba bastante alegre.

Pero, mientras cogía la cafetera, sus manos temblaban.

Hay cosas que no se pueden ocultar para siempre. Podrías estar enfermo, Mort.

—Cállate, te lo advierto —repitió en el mismo tono alegre y coloquial.

Podrías estar muy enfermo. En realidad, podrías estar sufriendo una crisis nerv…

—¡Cállate! —gritó, arrojando la cafetera con toda la fuerza que pudo reunir.

El artefacto pasó por encima de la mesa, cruzó volando la cocina, girando una y otra vez, golpeó en la pared encristalada, se rompió y cayó al suelo. Miró la cristalera, y vio una larga y plateada grieta que subía zigzagueando hasta la parte superior, desde el lugar donde se había estrellado la cafetera. Se sentía como si tuviera una grieta similar abierta en medio del cerebro.

Pero la voz se había acallado.

Entró como atontado en el dormitorio, cogió el despertador y regresó a la sala. Puso el despertador a las diez y media. A esa hora iría a Correos, recogería su paquete enviado por Federal Express y proseguiría tranquilamente con la tarea de dejar esa pesadilla a sus espaldas.

Pero, mientras tanto, dormiría.

Dormiría en el sofá, que era donde siempre había dormido mejor.

—No estoy padeciendo una crisis nerviosa —susurró a la vocecilla.

Pero la vocecilla se negaba a discutir. Mort pensó que tal vez la hubiera asustado.

Esperaba que sí, porque desde luego la vocecilla lo había asustado a él.

Sus ojos encontraron la grieta plateada en la cristalera y la siguieron. Pensó en la llave de la camarera, en la habitación en penumbra y en cómo sus ojos habían necesitado un momento para ajustarse. Sus hombros desnudos. Sus ojos asustados. Él gritaba, no recordaba qué y nunca se había atrevido a preguntárselo a Amy, pero debió de ser algo aterrador a juzgar por sus miradas.

Si hubiera tenido alguna vez una crisis nerviosa —pensó mirando la insensata forma de rayo de la grieta—, *habría sido entonces. ¡Diablos! Esa carta del* Aspen Quarterly *no era nada comparado con abrir la puerta de un cuarto de motel y ver a tu esposa con otro hombre, un untuoso agente de la propiedad inmobiliaria de un pueblucho de mierda en Tennessee*.

Mort cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos fue porque otra voz gritaba. Ésta surgía del despertador. La niebla había desaparecido, había salido el sol y era hora de ir a Correos.

Capítulo 43

Por el camino, sintió de pronto la convicción de que el Express había llegado y partido, y de que Juliet estaría allí, en la ventanilla, asomando la cara, y de que menearía la cabeza y le diría que no había nada para él y que lo sentía. ¿Y su prueba? Se habría esfumado. Aquella sensación era irracional. Herb era un hombre cauto que no hacía promesas que no pudiera mantener, pero la sensación era demasiado intensa para ignorarla.

Tuvo que obligarse a salir del coche, y el camino desde la puerta de la oficina de Correos a la ventanilla donde estaba Juliet Stoker clasificando cartas le pareció por lo menos de mil kilómetros.

Cuando llegó, trató de hablar, pero las palabras no le salieron. Sus labios se movieron, pero la garganta estaba demasiado seca para emitir sonidos. Juliet lo miró y dio un paso atrás. Parecía alarmada. Sin embargo, no tanto como Amy y Ted cuando él abrió la puerta del hotel y los apuntó con un revólver.

—¿Señor Rainey? ¿Se encuentra bien?

Se aclaró la garganta.

—Lo siento, Juliet. La garganta me ha jugado una mala pasada.

—Está muy pálido —dijo, y escuchó en su voz ese tono que utilizaban tantos de los residentes de Tashmore cuando hablaban. Era una especie de orgullo, pero contenía un matiz subterráneo de irritación y condescendencia, como si fuera un niño prodigio que necesitara comida y cuidados especiales.

—Creo que es algo que comí anoche —dijo—. ¿El Express ha dejado algo para mí?

—No, nada.

Se agarró desesperadamente a la parte inferior del mostrador y, por un momento, pensó que iba a desmayarse, aunque comprendió casi de inmediato que no era eso lo que ella había dicho.

—¿Perdón?

Ella ya se había vuelto; mientras revolvía entre unos paquetes que había en el suelo, le presentó su sólido trasero campesino.

—Digo que solo una cosa —contestó.

Luego se volvió y le entregó el paquete. Mort vio que el remitente era *Ellery Queen* en Pensilvania y sintió que lo inundaba el alivio. Era como agua fresca pasando por una garganta seca.

—Gracias.

—De nada. ¿Sabe? La oficina de Correos tendría una rabieta si supiera que entregamos el correo de Federal Express.

—Bueno, desde luego se lo agradezco —dijo Mort. Ahora que tenía la revista, sentía necesidad de irse, de volver a la casa. Era una necesidad tan apremiante que resultaba casi elemental. No sabía por qué (faltaba una hora y cuarto para el

mediodía), pero así era. En su angustia y confusión, llegó a pensar incluso en darle una propina a Juliet para cerrarle la boca, y eso habría hecho que su alma, yanqui hasta sus raíces, levantara un verdadero clamor.

—Usted no lo dirá, ¿verdad? —preguntó ella con picardía.

—Ni hablar —contestó, esforzándose en sonreír.

—¡Estupendo! —exclamó Julie Stoker, y sonrió—. Porque vi lo que hizo.

Mort se detuvo junto a la puerta.

—¿Cómo ha dicho?

—Dije que me fusilarán si lo hacía —respondió, mirando a Mort con atención—. Señor Rainey, debería ir a casa a descansar. De verdad que no tiene buen aspecto.

Juliet, me siento como si hubiera pasado en cama los últimos tres días, es decir, los ratos en que no estuve golpeando cosas.

—Tal vez no sea mala idea —contestó—. Aún me siento débil.

—Hay un virus por ahí. Probablemente lo ha cogido.

Después entraron las dos mujeres de Camp Wigmore —esas de las que todo el pueblo sospechaba que eran lesbianas, aunque discretas— y Mort escapó sin problemas. Se sentó en el Buick con el paquete azul sobre las rodillas. No le gustaba la manera en que todo el mundo insistía en que parecía estar enfermo; y todavía menos la manera en que su mente había estado funcionando.

No importa. Ya casi ha terminado.

Empezó a abrir el sobre, pero entonces salieron las damas de Camp Wigmore y lo miraron. Juntaron las cabezas. Una de ellas sonrió. La otra rió en voz alta. Y, de pronto, Mort decidió que esperaría hasta volver a casa.

Capítulo 44

Aparcó el Buick junto a la casa, en su lugar acostumbrado, apagó el motor… Y una suave grisura le cubrió los ojos. Cuando desapareció, se sintió raro y asustado. Entonces ¿le estaba pasando algo malo de verdad? ¿Algo físico?

No. Llegó a la conclusión de que era solo el resultado de estar sometido a tanta tensión.

Oyó un ruido —o creyó oírlo— y miró rápidamente a su alrededor. Allí no había nada. *Controla tus nervios* —se dijo tembloroso—. *Eso es todo lo que tienes que hacer, controlar tus malditos nervios*.

Y después pensó: *Aquel día tenía un revólver. Pero estaba descargado. Se lo dije después. Amy me creyó. No sé Milner, pero Amy sí y…*

¿Lo estaba, Mort? ¿Estaba descargado?

Volvió a pensar en la grieta en la cristalera, en aquel insensato rayo que zigzagueaba y ascendía por el centro de las cosas. *Es así como sucede* —pensó—. *Es así como sucede en la vida de una persona*.

Después volvió a mirar el paquete de Federal Express. Era en aquello en lo que tenía que estar pensando, no en Amy ni en el señor Ted Bésame-el-culo de Shooter's Knob, Tennessee. En aquello.

El sobre estaba casi despegado; en esos días todo el mundo era descuidado. Terminó de abrirlo y lo sacudió para sacar la revista. *Ellery Queen's Mystery Magazine*, rezaba el logo en brillantes letras rojas. Debajo, en tipo menor, *Junio, 1980*, y más abajo figuraban los nombres de algunos de los escritores que aparecían en el número. Edward D. Hoch, Ruth Rendell, Ed McBain, Patricia Highsmith, Lawrence Block.

En la cubierta no estaba su nombre.

Bueno, claro que no. En ese momento apenas era conocido como escritor, y mucho menos como escritor de relatos de misterio. «Tiempo de siembra» había sido un caso aislado. Su nombre no habría significado nada para los lectores habituales de la revista, de modo que los editores no lo habían puesto. La abrió.

Debajo no había página de índice.

La habían cortado.

Hojeó frenéticamente la revista, la dejó caer y la cogió de nuevo con un pequeño grito. La primera vez no vio el recorte, pero al mirar por segunda vez advirtió que habían desaparecido las páginas 83 a 97.

—¡Lo ha cortado! —gritó. Gritó tan fuerte que los ojos se le salían de las órbitas. Empezó a golpear el volante del Buick con los puños, una vez y otra y otra y otra. El claxon hipó y chilló—. ¡Hijo de puta, lo ha cortado! ¿Cómo lo hizo? ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado!

Capítulo 45

Estaba a punto de entrar en casa cuando la vocecilla letal volvió a preguntarse cómo podría Shooter haber hecho eso. El sobre había llegado desde Pensilvania por Federal Express y lo había recibido Juliet, así que ¿cómo, en nombre de Dios…?

Se detuvo.

Estupendo —había dicho Juliet—. *Estupendo, porque vi lo que hizo.*

Eso era; eso lo explicaba. Juliet estaba metida en el asunto, solo que…

Solo que Juliet estaba en Tashmore desde siempre.

Solo que no había dicho eso. Eso solo había existido en su mente. Una pequeña flatulencia paranoide.

—Pero lo está haciendo —dijo Mort. Entró en casa y, cuando atravesó la puerta, arrojó la revista tan fuerte como pudo. Sus páginas revolotearon como un pájaro asustado, y el ejemplar aterrizó en el suelo con un golpe seco—. Oh, sí, puedes apostar tu maldito culo a que lo está haciendo. Pero no pienso quedarme quieto esperándolo. Voy…

Vio el sombrero de Shooter. El sombrero de Shooter estaba tirado en el suelo, frente a la puerta de su estudio.

Mort se quedó un momento inmóvil con el corazón martilleando en sus oídos, y después se acercó a la chimenea caminando de puntillas, como un personaje de dibujos animados. Separó el atizador del resto de herramientas, dando un respingo cuando la punta golpeó suavemente contra el recogedor de ceniza. Cogió el atizador y se dirigió cautelosamente a la puerta cerrada, levantándolo como lo había hecho antes de destrozar el lavabo. Tuvo que dar un rodeo para evitar la revista que había tirado.

Llegó a la puerta y se quedó de pie ante ella.

—¿Shooter?

No hubo respuesta.

—¡Shooter, será mejor que salga por su propio pie! ¡Si tengo que entrar a buscarlo, nunca volverá a salir por sus propios medios de ningún lugar!

Tampoco hubo respuesta.

Se quedó quieto un momento más, reuniendo coraje (aunque sin estar verdaderamente seguro de tenerlo) y después hizo girar el picaporte. Golpeó la puerta con el hombro e irrumpió en el cuarto gritando, agitando el atizador…

Y el cuarto estaba vacío.

Pero Shooter había pasado por allí, claro que sí. Sí. La pantalla del ordenador estaba en el suelo, resquebrajada, como un ojo fijo. Shooter la había asesinado. Sobre el escritorio donde antes estuviera, descansaba ahora una vieja máquina de escribir Royal. Las superficies de acero de aquel dinosaurio estaban opacas y polvorientas. Apoyado en el tablero había un manuscrito. El manuscrito de Shooter, el que hacía un millón de años había dejado en el porche, bajo una piedra.

Era «Ventana secreta, jardín secreto».

Mort dejó caer el atizador. Se acercó a la máquina como sonámbulo y cogió el manuscrito. Recorrió lentamente sus páginas y comprendió por qué la señora Gavin había estado tan segura de que era suyo, lo bastante segura para rescatarlo de la papelera. Tal vez no lo hubiera sabido conscientemente, pero su ojo había reconocido el tipo irregular. ¿Y por qué no? Durante años había visto manuscritos semejantes a «Ventana secreta, jardín secreto». El ordenador Wang y la impresora láser System Five eran relativamente unos recién llegados. Durante la mayor parte de su carrera literaria había utilizado esa vieja Royal. Los años la habían agotado y ahora era un caso perdido. Cuando se escribía con ella, producía letras tan torcidas como los dientes de un anciano.

Pero, naturalmente, había estado allí todo el tiempo, guardada en el fondo del armario del estudio, detrás de las pilas de viejas galeradas y manuscritos, lo que los editores llamaban los «chorizos». Shooter debió de robarla, escribir con ella su relato y después volver a guardarla sigilosamente mientras Mort iba a Correos. Claro. Tenía sentido, ¿no?

No, Mort, eso no tiene sentido. ¿Te gustaría hacer algo que sí tiene sentido? Entonces, llama a la policía. Eso tiene sentido. Llama a la policía y diles que vengan y te encierren. Diles que lo hagan rápidamente, antes de que puedas hacer más daño. Diles que lo hagan antes de que mates a alguien más.

Mort dejó caer las páginas lanzando un grito salvaje, y las hojas cayeron suavemente a su alrededor mientras toda la verdad se le aparecía de pronto como un aserrado rayo plateado.

Capítulo 46

No existía ningún John Shooter.

Nunca había existido.

—No —dijo Mort. Volvía a recorrer incansablemente la sala. Su dolor de cabeza aparecía y desaparecía en oleadas—. No, no lo acepto. No lo acepto en absoluto.

Pero su aceptación o rechazo no establecía ninguna diferencia. Todas las piezas del rompecabezas estaban allí, y cuando Mort vio la vieja Royal empezaron a unirse. Ahora bien, quince minutos más tarde, seguían juntas y, al parecer, no tenía poder para separarlas.

La imagen que se le aparecía reiteradamente era la del muchacho de la gasolinera de Mechanic Falls, utilizando una esponja para limpiar su parabrisas. Algo que no había esperado volver a ver en su vida. Más tarde, supuso que el muchacho le había ofrecido un pequeño servicio extra porque lo había reconocido y le gustaban sus libros. Tal vez fuera así, pero el parabrisas necesitaba una buena limpieza. Ya no estaban en verano, pero si uno recorría bastantes kilómetros a toda velocidad por caminos comarcales, se pegaban muchas cosas al cristal. Y seguramente habría usado caminos comarcales. Debió de haber ido a Derry y vuelto en un tiempo récord, deteniéndose solo el tiempo necesario para incendiar su casa. Ni siquiera se había detenido para llenar el depósito en el camino de vuelta. Al fin y al cabo, en ese momento tenía un lugar adonde ir y gatos que matar, ¿no? Atareado, atareado, atareado.

Se detuvo en el centro de la habitación y se volvió para mirar la cristalera.

—Si hice todo eso, ¿por qué no lo recuerdo? —preguntó a la grieta plateada del cristal—. ¿Por qué no lo recuerdo ni siquiera ahora?

No lo sabía, pero sí sabía de dónde había salido el nombre, ¿no? La mitad, del sureño cuyo cuento había robado en la universidad; la otra mitad, del hombre que le había robado a su esposa. Era como un extraño guiño literario.

Mort, ella dice que lo ama. Ahora dice que lo ama.

—A tomar por culo. Un hombre que se acuesta con la esposa de otro es un ladrón. Y la mujer es su cómplice.

Miró desafiante la grieta.

La grieta no dijo nada.

Tres años antes, Mort había publicado una novela llamada *La familia Delacourt*. La localidad que figuraba en el remite del cuento de Shooter era Dellacourt, Mississippi. Era…

De pronto corrió en busca de las enciclopedias del estudio; resbaló al pisar el montón de hojas que había en el suelo y estuvo a punto de caer. Sacó el volumen de la «M» y buscó la entrada Mississippi. Pasó un dedo tembloroso por la lista de ciudades (ocupaba una página entera), esperando contra toda esperanza.

No resultó.

No había ningún Dellacourt o Delacourt, Mississippi.

Pensó en buscar Perkinsburg, el pueblo donde Shooter le dijo que había comprado la edición de bolsillo de *Todos tiran la moneda* antes de subir al Greyhound, pero se limitó a cerrar la enciclopedia. ¿Para qué molestarse? Tal vez hubiera un Perkinsburg en Mississippi, pero eso no significaría nada.

El nombre del novelista que llevaba la clase donde Mort había conocido a John Kintner era Richard Perkins, Jr. De ahí venía el nombre.

Sí, pero no recuerdo nada de eso, así que ¿cómo…?

¡Oh, Mort! —se lamentó la vocecilla—. *Estás muy enfermo. Eres un hombre muy enfermo*.

—No acepto eso —replicó, horrorizado por la ondulada debilidad de su voz.

Pero ¿qué otra elección tenía? ¿Acaso no había pensado una vez que era casi como si durante su sueño estuviera haciendo cosas, dando pasos irrevocables?

Mataste a dos hombres —susurró la vocecilla—. *Mataste a Tom porque sabía que aquel día estabas solo, y mataste a Greg, para que no lo descubriera. Si hubieras matado solo a Tom, Greg habría llamado a la policía. Y tú no querías eso, no podías consentirlo. No hasta haber terminado este horrible relato que has empezado a contar. Ayer estabas muy dolorido cuando te levantaste. Dolorido y rígido. Pero no era solo por haber roto la puerta del lavabo y destruido la mampara de la ducha, ¿verdad? Tenías unas ocupaciones más interesantes. Tenías que encargarte de Tom y de Greg. Y no te equivocaste respecto al movimiento de vehículos. Pero fuiste tú quien llamó a Sonny Trotts fingiendo ser Tom. Un hombre que acabara de llegar al pueblo desde Mississippi no sabría que Sonny es un poco duro de oído, pero tú sí. Los mataste, Mort. Mataste a esos hombres*.

—¡No acepto haberlo hecho! —chilló—. ¡Esto es solo parte de su plan! ¡Es parte de su jueguecillo! ¡Su jueguecillo mental! Y yo no…, no acepto…

Para, susurró la vocecilla dentro de su cabeza, y Mort calló.

Durante un instante reinó un silencio absoluto en ambos mundos: el del interior de su cabeza y el del exterior.

Al cabo de un rato, la vocecilla preguntó con calma: *¿Por qué lo hiciste Mort? ¿Qué sentido tiene este elaborado episodio homicida? Shooter insistía en que quería un relato, pero Shooter no existe. ¿Qué quieres tú, Mort? ¿Para qué creaste a Shooter*?

En ese momento llegó desde fuera el ruido de un coche que entraba en el sendero. Mort miró el reloj y vio que las manecillas señalaban las doce. Un estallido de triunfo y alivio lo recorrió como llamas que surgen por el cuello de una chimenea. No importaba que siguiera sin tener pruebas pese a haber conseguido la revista. No importaba que Shooter lo matara. Moriría feliz sabiendo que había un John Shooter y que él no era responsable de los horrores que había imaginado.

—¡Está aquí! —gritó alegremente.

Salió corriendo del estudio, agitando las manos por encima de la cabeza, e incluso

hizo una pequeña pirueta mientras salía al recibidor.

Se detuvo y miró el sendero más allá de la tapa inclinada del contenedor donde había estado clavado el cuerpo de Bump. Lentamente, sus manos cayeron a los lados. Por encima de su cerebro se insinuó un horror oscuro. No por encima, sino por dentro, como si una mano despiadada estuviera bajando una persiana. La última pieza encontró su lugar. Momentos antes, en el estudio, se le había ocurrido que tal vez hubiese creado un asesino de fantasía porque le faltaba el coraje necesario para suicidarse. Ahora comprendió que Shooter había dicho la verdad cuando afirmó que nunca mataría a Mort.

El coche que estaba deteniéndose no era la imaginaria furgoneta de John Shooter, sino el pequeño y severo Subaru de Amy. Ella iba al volante. Ella le había robado su amor, y una mujer que te robaba tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era gran cosa como mujer.

De todos modos, la amaba.

Era Shooter quien la odiaba. Era Shooter quien pensaba matarla y enterrarla después junto al lago, cerca de Bump, donde antes de que pasara mucho tiempo sería un misterio para ambos.

—Vete, Amy —susurró con voz temblorosa de viejo—. Vete antes de que sea demasiado tarde.

Pero Amy estaba saliendo del coche, y cuando cerró la puerta a sus espaldas, la mano que habitaba en el cerebro de Mort bajó la persiana y él quedó sumido en la oscuridad.

Capítulo 47

Amy hizo girar el pomo y encontró la puerta abierta. Entró, empezó a llamar a Mort y se interrumpió. Sorprendida y con los ojos dilatados miró a su alrededor.

El lugar era un estercolero. El cubo de la basura estaba lleno y había cosas desperdigadas por el suelo. Algunas agusanadas moscas otoñales entraban y salían de una bandejita de aluminio con las puntas aplastadas. Olía a comida pasada y a moho. Pensó que incluso percibía un hedor a comida podrida.

—¿Mort?

No hubo respuesta. Se internó más a paso lento, no del todo segura de querer mirar el resto. La señora Gavin había estado allí hacía tres días. ¿Hasta qué punto se habían desmadrado las cosas desde entonces? ¿Qué había sucedido?

Durante el último año de su matrimonio se había sentido preocupada por Mort, pero desde el divorcio aún más. Preocupada y, naturalmente, culpable. Se atribuía parte de la culpa y suponía que siempre sería así. Mort nunca había sido fuerte, y su mayor debilidad era su obcecación (a veces casi histérica) en negarse a reconocer el hecho. Esa mañana le había parecido como si estuviera a punto de suicidarse. Y la única razón por la que había obedecido a su recomendación de no llevar a Ted, fue porque pensó que verlo podía dar el último empujón a Mort si realmente estaba al borde de cometer ese acto.

La idea del asesinato jamás le había pasado por la cabeza, y tampoco lo pensó en ese momento. No había tenido miedo ni siquiera aquella tarde terrible en el motel, cuando blandió un revólver delante de ellos. No de eso. Mort no era un asesino.

—¿Mort? M…

Rodeó la barra que separaba la cocina del salón y la palabra murió. Miró la gran sala con ojos dilatados y atónitos. Había papeles por todas partes. Era como si en un momento determinado Mort hubiera exhumado todas las copias de todos los manuscritos que tenía en los cajones del escritorio y en sus archivos, y hubiera arrojado las páginas como confeti en alguna negra celebración de Año Nuevo. La mesa estaba repleta de platos sucios. La cafetera estaba en el suelo, rota, junto a la cristalera resquebrajada.

Y en todas partes, en todas, había una palabra. La palabra era «SHOOTER».

La palabra SHOOTER había sido escrita en las paredes con tizas de colores que debió de encontrar en su cajón de material artístico. En la ventana aparecía dos veces, escrita con lo que parecía nata montada. Y en efecto allí había un espray de nata, bajo la estufa. Sobre el mármol de la cocina, la palabra SHOOTER estaba escrita una y otra vez con tinta, y con lápiz en los postes de apoyo del embarcadero, en el extremo más alejado de la casa… Una primorosa columna semejante a una suma, que descendía en línea recta: SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER…

Y, peor aún, estaba grabada en la lustrosa madera de cerezo de la mesa, en grandes letras aserradas de casi un metro de alto, como una grotesca declaración de amor: SHOOTER.

El destornillador que había usado para hacerlo estaba sobre una silla cercana. En su cuerpo de acero había algo rojo; Amy supuso que eran restos de madera de cerezo.

—¿Mort? —susurró, mirando a su alrededor.

Ahora tenía miedo de encontrarlo muerto por su propia mano. ¿Y dónde? Pues en el estudio, naturalmente. ¿Dónde si no? Allí era donde había vivido las partes más importantes de su vida; seguramente, habría elegido morir allí.

Aunque no deseaba entrar, no deseaba ser la que lo encontrara, sus pies la llevaron de todas maneras en aquella dirección. Al avanzar, apartó con el pie el número de *Ellery Queen* enviado por Herb Creekmore. No miró hacia abajo. Llegó a la puerta del estudio y la abrió lentamente.

Capítulo 48

Mort estaba frente a su vieja máquina Royal. La pantalla y la unidad de disco de su ordenador estaban en el suelo, en medio de un ramillete de cristales. Parecía una especie de predicador campesino. En parte era por la postura que había adoptado: estaba de pie, en una actitud casi remilgada, con las manos a la espalda. Pero, sobre todo, era a causa del sombrero. El sombrero negro, encasquetado de modo que casi tocaba las partes superiores de las orejas. Le pareció que se asemejaba un poco al viejo de aquel cuadro, *American Gothic*, aunque el hombre del cuadro no llevaba sombrero.

—¿Mort? —preguntó con voz débil e indecisa.

Él no contestó. Se limitó a mirarla. Sus ojos tenían un resplandor siniestro. Nunca había visto los ojos de Mort de esa manera, ni siquiera aquella tarde horrible en el motel. Era casi como si aquel hombre no fuera Mort, sino un extraño que se parecía a él.

No obstante, reconoció el sombrero.

—¿Dónde encontraste esa cosa vieja? ¿En la buhardilla? —preguntó con voz entrecortada a causa de los latidos del corazón.

Debía de haberlo encontrado en la buhardilla. El olor a naftalina que se percibía era intenso, incluso desde donde ella estaba. Mort había comprado el sombrero años atrás, en una tienda de recuerdos de Pensilvania. Habían hecho un viaje por territorio Amish. Ella tenía un jardincillo en la casa de Derry, en el ángulo donde se encontraban la casa y el anexo del estudio. Era su jardín, pero Mort salía a menudo a arrancar las malas hierbas cuando estaba bloqueado y buscaba una idea. Cuando lo hacía, solía ponerse aquel sombrero. Lo llamaba la gorra de pensar. Lo recordaba mirándose en el espejo una vez, con el sombrero puesto, y bromeando con que tenía que aparecer así en alguna contraportada. «Cuando me pongo esto —había dicho—, parezco un campesino caminando por los surcos tras el culo de una mula».

Después, el sombrero desapareció. Seguramente lo habían llevado allí y lo guardaron pero…

—Es mi sombrero —dijo él por fin, con una voz oxidada y absorta—. Nunca perteneció a nadie más.

—Mort, ¿qué pasa? ¿Qué…?

—Se ha equivocado, señora. Aquí no hay ningún Mort. Mort ha muerto. —Y los ojos penetrantes no vacilaron ni un momento—. Anduvo por ahí diciendo muchas cosas raras, pero al final no pudo seguir mintiéndose y menos mintiéndome a mí. Nunca le puse la mano encima, señora Rainey. Tomó la salida de los cobardes.

—¿Por qué hablas así? —preguntó Amy.

—Es mi forma de hablar —respondió él, algo sorprendido—. Todo el mundo habla así en Mississippi.

—¡Mort, basta!

—¿No entiende lo que he dicho? —preguntó—. No estará sorda, ¿verdad? Mort está muerto. Se suicidó.

—Basta, Mort —dijo ella, y empezó a llorar—. Me estás asustando y no me gusta.

—No importa —replicó él. Sacó las manos de detrás de la espalda. Una de ellas sostenía las tijeras que guardaba en el cajón superior del escritorio. Las levantó. Había salido el sol y, mientras él abría y cerraba las tijeras, un rayo de luz resplandeció en las hojas—. No estará asustada mucho tiempo —añadió, empezando a avanzar hacia ella.

Capítulo 49

Durante un instante, Amy permaneció donde estaba. Mort no la mataría. Si hubiera habido deseo de matar en Mort, seguramente lo habría hecho aquel día en el motel.

Entonces vio la mirada de sus ojos y comprendió que Mort también sabía eso.

Era Mort quien no podía matarla; él no.

Pero ése no era él.

Amy gritó, giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta.

Shooter la siguió, describiendo con las tijeras un arco plateado. Si sus pies no hubieran resbalado en los papeles dispersos por el suelo de madera, le habría hundido las tijeras hasta el mango entre los omóplatos. Cayó cuan largo era con una exclamación en la que se mezclaban ira y perplejidad. La tijera se clavó en la página nueve de «Ventana secreta, jardín secreto» y se le rompió la punta. Shooter se golpeó la boca en el suelo y le salió sangre. El paquete de Pall Mall —la marca que había fumado silenciosamente John Kintner en los descansos de la clase de escritura que compartía con Mort Rainey— salió disparado de su bolsillo y se deslizó por la madera lustrosa como una baldosa en el juego del tejo. Se arrodilló, gritando y sonriendo entre la sangre que corría por sus labios y dientes.

—¡No le servirá de nada, señora Rainey! —gritó, poniéndose en pie. Miró las tijeras, las abrió para estudiar mejor las puntas romas y las echó a un lado con gesto impaciente—. ¡Le tengo reservado un lugar en el jardín! Está todo decidido. ¡Ahora, tenga cuidado!

Y salió corriendo tras de ella.

Capítulo 50

Amy cayó en medio de la sala. Pisó el ejemplar de *Ellery Queen* y cayó de lado, lastimándose la cadera y el seno derechos. Gritó.

Detrás de ella, Shooter corrió hacia la mesa y cogió el destornillador que había utilizado para matar al gato.

—¡Quédese ahí! ¡Y quieta! —ordenó mientras ella se ponía de espaldas y lo miraba con unos ojos tan dilatados que parecía como si estuviera drogada—. Si se mueve, lo único que conseguirá es que la hiera antes de terminar. No quiero herirla, señora, pero lo haré si no me queda más remedio. Tengo que acabar, ¿comprende? He recorrido todo este camino y tengo que obtener algo a cambio de tantas molestias.

Mientras se aproximaba, Amy se incorporó apoyándose en los codos y retrocedió ayudándose con los pies. El pelo le colgaba sobre la cara. Tenía el cuerpo cubierto de sudor; podía oler cómo se desprendía de su piel, caliente y punzante. La cara que había encima de ella era el rostro solemne y justiciero de la demencia.

—¡No, Mort, por favor! ¡Por favor! Mort…

Él se abalanzó sobre Amy, levantando el destornillador por encima de la cabeza y descargando el golpe. Amy chilló y se apartó hacia la izquierda. El dolor describió una línea ardiente en su cadera cuando el destornillador desgarró su vestido y mordió su carne. Después, intentó arrodillarse mientras oía y sentía cómo se desgarraba el vestido en una larga tira recta.

—No, señora —jadeó Shooter. Su mano se cerró en torno al tobillo de Amy—. No, señora.

Ella miró por encima de su hombro y a través de los mechones de cabello, y vio que él estaba arrancando el destornillador del suelo con la otra mano. El negro sombrero de copa redonda estaba torcido.

Arrancó el destornillador y se lo clavó en la pantorrilla derecha.

El dolor fue horrible. El dolor ocupaba todo el mundo. Amy gritó y lanzó una patada hacia atrás, golpeando la nariz del hombre y rompiéndosela. Shooter gruñó y cayó de costado, sujetándose la cara. Mientras tanto, Amy se levantó. Shooter oía aullar a una mujer. Sonaba como un perro aullando a la luna. Supuso que era ella.

Intentó ponerse en pie. La parte inferior de su cara era una máscara de sangre. La máscara se abrió, mostrando los torcidos dientes frontales de Mort Rainey. Ella recordaba haber lamido aquellos dientes.

—Juguetona, ¿eh? —dijo él, sonriendo—. Está bien, señora. Siga.

Se arrojó sobre ella.

Amy retrocedió a tropezones. El destornillador se desprendió de su pantorrilla y rodó por el suelo. Shooter le echó una mirada y después volvió a lanzarse sobre ella, casi como jugando. Amy cogió una de las sillas de la sala y la colocó frente a él. Durante un segundo, se limitaron a mirarse por encima de la silla, y luego él intentó coger la parte delantera de su vestido. Amy retrocedió de nuevo.

—Ya estoy cansado de tontear con usted —jadeó él.

Amy se volvió y corrió hacia la puerta.

Él la siguió de inmediato, agitando los brazos tras ella. Las puntas de sus dedos patinaban y resbalaban por su nuca, intentaban agarrar el vestido, lo lograban y perdían después el apoyo que le habría servido para atraerla hacia él de una vez por todas.

Amy pasó corriendo junto a la barra de la cocina y se dirigió hacia la puerta trasera. Su zapato derecho borboteaba y se pegaba a su pie. Estaba lleno de sangre. Shooter la siguió, resoplando y haciendo burbujas de sangre con la nariz en su intento por atraparla.

Ella golpeó con ambas manos la puerta de tela metálica y después tropezó y cayó de bruces en el porche, quedándose sin aliento. Cayó exactamente en el lugar donde Shooter había dejado su manuscrito. Levantó la cabeza y lo vio avanzar. Ahora, Shooter solo contaba con sus manos, pero por su aspecto parecían más que suficientes. Bajo el ala del sombrero negro, sus ojos presentaban un aspecto severo, concentrado y horriblemente amable.

—Lo siento mucho, señora —dijo.

—¡Rainey! —gritó una voz—. ¡Deténgase!

Ella trató de mirar en torno, pero no pudo. Se había lastimado el cuello. Shooter ni siquiera lo intentó. Simplemente siguió avanzando hacia ella.

—¡Rainey, deténgase!

—Aquí no hay ningún Rainey… —empezó a decir Shooter.

Entonces, un disparo atravesó rápidamente el aire. Shooter se quedó donde estaba y miró con curiosidad, casi con negligencia, su pecho. Allí había un agujerito. No salía sangre —al menos al principio— pero el agujero era real. Se llevó la mano allí y después la apartó. En su índice había un pequeño punto de sangre. Parecía un signo de puntuación, el punto que termina una frase. Lo miró pensativo. Después, dejó caer las manos y miró a Amy.

—¿Nena? —preguntó, y cayó de bruces junto a ella, en el suelo de madera del porche.

Ella se dio la vuelta, se las arregló para apoyarse en los codos y fue a gatas hasta donde estaba el cuerpo, empezando a sollozar.

—¡Mort! —gritó—. ¡Mort! ¡Por favor, Mort, trata de decir algo!

Pero él no iba a decir nada, y al cabo de un momento Amy dejó que la comprensión de aquel hecho la inundara. Durante las semanas y meses siguientes, rechazaría ese hecho simple de su muerte; después, se debilitaría y la comprensión volvería a invadirla. Estaba muerto. Estaba muerto. Se había vuelto loco y estaba muerto.

Él y quienquiera que hubiera estado dentro de él al final.

Apoyó la cabeza en su pechó y lloró. Cuando alguien se le acercó por la espalda y le puso una mano consoladora en el hombro, Amy no volvió la cabeza.

Epílogo

Unos tres meses después de los acontecimientos que tuvieron lugar en el lago Tashmore, Ted y Amy Milner fueron a ver al hombre que había disparado y matado al primer marido de Amy, el conocido escritor Morton Rainey.

Durante aquel período había visto al hombre una vez, durante la audiencia, pero había sido una situación formal y Amy no quiso hablar personalmente con él. Allí no. Agradecía que le hubiera salvado la vida. Sin embargo, Mort había sido su marido y ella lo había amado durante muchos años; y, en lo más profundo de su corazón, sentía que el dedo de Fred Evans no había sido el único en apretar el gatillo.

De todos modos, sospechaba que con el tiempo iría a verlo para aclararlo todo lo mejor posible. Su tiempo habría podido ser un año, dos, incluso tres. Pero mientras tanto habían sucedido cosas que la hicieron moverse con mayor rapidez. Confiaba en que Ted le permitiese ir sola a Nueva York, pero él se había mostrado inflexible. No después de lo sucedido la última vez que la dejó ir sola a alguna parte. Aquella vez estuvieron a punto de matarla.

Amy señaló con cierta aspereza que a Ted le habría resultado difícil «dejarla ir», ya que ella no le había comunicado que iba. Pero Ted se limitó a encogerse de hombros. De modo que fueron juntos a Nueva York, subieron juntos hasta el piso cincuenta y tres del gran rascacielos, y juntos entraron en el pequeño cubículo de las oficinas de la Compañía de Seguros Consolidated, a las que Fred Evans llamaba su hogar durante el día laboral. A menos que estuviese haciendo trabajo de campo, claro.

Se sentó lo más lejos que pudo, en un rincón, y aunque las oficinas estaban caldeadas, mantuvo el chal apretado en torno a su cuerpo.

Los modales de Evans eran lentos y amables. Se parecía al médico rural que la había cuidado durante las enfermedades de la infancia, y a ella le caía bien. *Pero eso es algo que jamás sabrá* —pensó—. *Tal vez podría reunir el coraje suficiente para decírselo y él asentiría, pero su gesto no indicaría credulidad. Solo sabe que para mí siempre será el hombre que disparó contra Mort y que me vio llorar sobre el pecho de Mort hasta que llegó la ambulancia, y que uno de los enfermeros tuvo que ponerme una inyección para que les permitiera que se lo llevasen. Y lo que no sabrá es que, a pesar de eso, me cae bien.*

Evans llamó a una mujer de uno de los despachos exteriores y le pidió que llevara tres grandes y humeantes jarras de té. Estaban en enero, hacía mucho viento y la temperatura era baja. Pensó, en una breve ráfaga de nostalgia, cómo se estaría en Tashmore, con el lago finalmente helado y aquel viento asesino arrojando largas y fantasmales víboras de nieve en polvo por encima del hielo. Después su cerebro realizó una asociación oscura pero desagradable y vio a Mort cayendo al suelo, vio el paquete de Pall Mall resbalando por la madera como una baldosa del juego del tejo. Se estremeció, y la breve ráfaga de nostalgia desapareció.

—¿Se encuentra bien, señora Milner? —preguntó Evans.

Amy asintió.

Frunciendo majestuosamente el entrecejo y jugando con su pipa, Ted dijo:

—Mi esposa quiere que le cuente todo lo que sepa sobre lo que sucedió, señor Evans. Al principio traté de hacerla cambiar de idea, pero he llegado a la conclusión de que tal vez sea lo mejor para ella. Desde entonces, tiene pesadillas…

—Por supuesto —respondió Evans, sin ignorar del todo a Ted, pero hablándole directamente a Amy—. Supongo que las tendrá durante un largo tiempo. Yo también he tenido algunas. Nunca había disparado a un hombre. —Hizo una pausa y agregó —: Me perdí Vietnam por un año o así.

Amy le dedicó una sonrisa; triste pero al fin y al cabo sonrisa.

—Ella lo oyó todo en el sumario —continuó Ted—, pero quería oírlo otra vez de sus labios y sin los términos legales.

—Comprendo —dijo Evans. Y, señalando la pipa, añadió—: Puede encenderla si quiere.

Ted la miró y después la guardó rápidamente en el bolsillo de su abrigo, como si se sintiera avergonzado.

—En realidad, estoy tratando de dejarla.

Evans miró a Amy.

—¿De qué cree que servirá? —le preguntó con la misma voz amable, más bien dulce—. Aunque tal vez sería mejor preguntar para qué necesita usted que sirva.

—No lo sé —respondió Amy, en voz baja y modulada—. La cuestión es que Ted y yo fuimos hace tres semanas a Tashmore, para limpiar…, hemos puesto la casa en venta…, y sucedió algo. En realidad, dos cosas —puntualizó mirando a su esposo con otra sonrisa triste—. Ted sabe que sucedió algo porque fue cuando me puse en contacto con usted y concerté esta cita. Pero no sabe qué y me temo que está enfadado conmigo. Tal vez tenga razón.

Ted Milner no negó que estuviera enfadado con Amy. Metió la mano en el bolsillo del abrigo, empezó a sacar la pipa y después la soltó otra vez.

—Pero, estas dos cosas…, ¿se relacionan con lo que sucedió en octubre en su casa del lago? —preguntó Evans.

—No lo sé. Señor Evans, ¿qué sucedió? ¿Qué sabe usted?

—Bueno —dijo él, recostándose en la silla y sorbiendo un poco de té—, si ha venido esperando encontrar todas las respuestas, se va a sentir muy decepcionada. Puedo hablarle del incendio, pero acerca de por qué su esposo hizo lo que hizo, probablemente usted pueda llenar más blancos que yo. Lo que más nos desconcertaba del incendio era el lugar donde comenzó: no en el cuerpo principal de la casa, sino en el despacho del señor Rainey, que es un anexo. Eso hacía sospechar que el acto iba dirigido contra él, pero él ni siquiera estaba allí. Después, entre algunas ruinas del despacho, encontramos un gran fragmento de botella. Era de vino, de champán para ser exactos, pero no cabía duda de que lo último que había contenido era gasolina. Parte de la etiqueta estaba intacta, y enviamos un telefax a Nueva York. Se la

identificó como de Moët et Chandon, mil novecientos ochenta y algo. No constituía una prueba irrefutable de que la botella utilizada para preparar el cóctel Molotov proviniera de su bodega, señora Milner, pero resultaba muy sugerente, porque en la lista figuraban cosas mejores que las botellas de Moët et Chandon de 1983 y 1984. Esto nos llevaba a una suposición que parecía clara, aunque no muy razonable: que usted o su ex marido podrían haber incendiado la casa. Usted dijo que salió de casa sin cerrar la puerta con llave…

—Eso me ha hecho perder el sueño —dijo Amy—. A menudo olvidaba cerrar con llave cuando salía solo un momento. Crecí en un pueblo pequeño al norte de Bangor, y estos hábitos infantiles son difíciles de modificar. Mort solía… —Sus labios temblaron y permaneció en silencio un momento, apretándolos hasta que se pusieron blancos. Cuando volvió a recuperar el control, prosiguió en voz baja—: Solía reñirme por eso.

Ted le cogió la mano.

—Naturalmente, no tenía ninguna importancia —continuó Evans—. Si hubiera cerrado la casa, el señor Rainey habría podido entrar de todas formas porque todavía tenía sus llaves, ¿no es así?

—Sí —respondió Ted.

—Si hubiera cerrado la puerta, tal vez podría haber precipitado el final de la investigación, pero es imposible decirlo con certeza. De todos modos, en mi negocio procuramos evitar el vicio de predecir las cosas que ya han sucedido. Hay quien sostiene la teoría de que provoca úlceras, y yo lo creo. El asunto es el siguiente: dado el testimonio de la señora Rainey (perdón, la señora Milner) de que la puerta no estaba cerrada con llave, al principio creímos que el incendiario podía haber sido literalmente cualquiera. Pero en cuanto empezamos a considerar la posibilidad de que la botella utilizada proviniera de la bodega del sótano, las probabilidades se redujeron.

—Porque esa habitación sí estaba cerrada —dijo Ted.

Evans asintió.

—¿Recuerda que pregunté quién tenía las llaves de ese recinto, señora Milner?

—Por favor, llámeme Amy.

Él asintió.

—¿Lo recuerda, Amy?

—Sí. Hace tres o cuatro años empezamos a cerrar el armario de las bebidas porque habían desaparecido algunas botellas de vino tinto. Mort pensaba que era la señora de la limpieza. No me gustaba creer eso porque le tenía simpatía, pero pensé que podía tener razón y que probablemente fuera así. Empezamos a cerrarlo con llave para que nadie se sintiera tentado.

Evans miró a Ted Milner.

—Amy tenía una llave de la bodega y creía que el señor Rainey conservaba la suya, así que eso reducía las posibilidades. Claro que si hubiera sido Amy, usted,

señor Milner, tenía que haber sido su cómplice, porque cada uno de ustedes era la coartada del otro aquella noche. El señor Rainey no tenía coartada, pero estaba a una distancia considerable. Y lo principal era que no veíamos motivo alguno para el crimen. Su trabajo los había dejado, a él y a Amy, en una situación financiera desahogada. No obstante, buscamos huellas digitales y encontramos dos buenas. Eso fue el día posterior a nuestro encuentro en Derry. Ambas huellas pertenecían al señor Rainey. Seguía sin ser una prueba…

—¿No? —preguntó sorprendido Ted.

Evans meneó la cabeza.

—Las pruebas de laboratorio confirmaban que las huellas eran anteriores al incendio, pero no podían garantizar de cuándo. Verá, el calor había evaporado los aceites de las huellas. Y si nuestra suposición de que la botella pertenecía a las del sótano era real, bueno, alguien tenía que haberla cogido para sacarla de la bolsa o caja donde venía y colocarla en el botellero. Ese alguien podía haber sido el señor o la señora Rainey, y él habría podido decir que las huellas provenían de entonces.

—No estaba en situación de argumentar nada —comentó Amy con suavidad—. Al final, no.

—Supongo que es cierto, pero nosotros no lo sabíamos. Lo único que sabíamos es que cuando la gente coge botellas, generalmente lo hace por el cuello. Estas dos huellas estaban cerca de la base, y el ángulo era muy raro.

—Como si la hubieran cogido de costado, e incluso al revés —intervino Ted—. ¿No es eso lo que dijo en la audiencia?

—Sí, y la gente que sabe algo de vinos no hace eso. En la mayor parte de los casos remueve el poso. Y con el champán…

—Lo agita —dijo Ted.

Evans asintió.

—Si se agita con suficiente energía, una botella de champán estallaría a causa de la presión.

—Pero, no había champán en la botella —dijo Amy.

—No, pero seguía sin ser una prueba. Recorrí las gasolineras de la zona para ver si alguien parecido al señor Rainey había comprado una pequeña cantidad de gasolina aquella noche, pero no tuve suerte. No me sorprendió demasiado. Había podido comprar la gasolina en Tashmore o en cincuenta estaciones de servicio entre ambos lugares. Después fui a ver a Patricia Champion, nuestra única testigo. Llevé una foto de un Buick de 1986, la marca y modelo que suponíamos que había utilizado el señor Rainey. Dijo que podía ser el coche, pero no estaba segura. Así que me encontré en un callejón sin salida. Regresé a la casa para mirar por ahí, y entonces llegó usted, Amy. Era muy temprano. Yo quería hacerle unas preguntas, pero era evidente que usted estaba alterada. Le pregunté qué hacía allí y me respondió algo muy curioso. Dijo que se iba al lago Tashmore a ver a su ex esposo, pero que primero quería buscar algo en el jardín.

—Por teléfono, él no dejaba de hablar sobre lo que llamaba mi ventana secreta, la que daba al jardín. Dijo que se había dejado algo allí. Pero no estaba. O, en todo caso, yo no lo vi.

—Cuando nos conocimos, tuve un presentimiento —dijo Evans lentamente—. El presentimiento de que no era… equilibrado. No por que estuviese mintiendo sobre algunas cosas, aunque yo estaba bastante seguro de que era así. Era otra cosa. Una especie de distancia.

—Sí. Yo sentía cada vez más esa distancia.

—Usted parecía casi enferma de preocupación. Decidí que no estaría mal seguirla a la otra casa, Amy, sobre todo cuando me dijo que si el señor Milner venía a buscarla no le dijera adónde había ido. No creía que la idea se le hubiera ocurrido a usted. Pensé que tal vez podría descubrir algo. Y también pensé… —Se quedó en silencio con aspecto turbado.

—Pensó que podía sucederme algo —dijo ella—. Gracias, señor Evans. Él me habría matado, ¿sabe? Si usted no me hubiera seguido, él me habría matado.

—Aparqué al comienzo del sendero y me dirigí caminando hacia la casa. Oí un terrible estruendo dentro y empecé a correr. Eso fue cuando usted cayó, atravesando la puerta de tela metálica, y él apareció detrás.

Evans los miró con gran seriedad.

—Le pedí que se detuviera —dijo—. Se lo pedí dos veces.

Amy se estiró, apretó suavemente su mano por un instante y la soltó.

—Y eso es todo —dijo Evans—. Sé algo más, sobre todo por los periódicos y por dos conversaciones que sostuve con el señor Milner…

—Llámeme Ted.

—Ted, entonces —aceptó Evans, aunque no parecía tan dispuesto a usar el nombre de Ted como el de Amy—. Sé que el señor Rainey sufrió lo que probablemente fuera un episodio esquizofrénico en el que era dos personas, ninguna de las cuales tenía idea de que en realidad coexistían en un solo cuerpo. Sé que una de esas personas se llamaba John Shooter. Por la declaración de Herbert Creekmore, sé que el señor Rainey imaginaba que este tal Shooter lo perseguía a causa de un relato llamado «Tiempo de siembra», y que el señor Creekmore tenía un ejemplar de la revista en el que aparecía el relato y se lo envió a Mort para que pudiera demostrar que él lo había publicado primero. La revista llegó poco antes de que usted, Amy, entrara en la casa. El sobre de Federal Express donde la enviaron estaba en el asiento del Buick de su ex marido.

—Pero cortó el relato, ¿no? —preguntó Ted.

—No solo el relato. También la página del índice. Tuvo cuidado de eliminar cualquier huella de sí mismo. Llevaba un cuchillo del ejército suizo y probablemente fue lo que usó. Las páginas que cortó estaban en la guantera del Buick.

—Al final, la existencia de ese relato se convirtió en un misterio hasta para él —dijo Amy suavemente.

Evans la miró con las cejas arqueadas.

—¿Perdón?

Ella meneó la cabeza.

—Nada.

—Creo que les he contado todo lo que sé —dijo Evans—. Cualquier otra cosa sería pura especulación. Al fin y al cabo, soy un investigador de seguros, no un psiquiatra.

—Él era dos hombres —dijo Amy—. Era él, y al mismo tiempo se convirtió en un personaje que había creado. Ted cree que el apellido Shooter lo inventó cuando se enteró de que Ted proviene de una pequeña ciudad de Tennessee llamada Shooter's Knob. Estoy segura de que tiene razón. Mort siempre escogía de esa manera los nombres de los personajes, formando anagramas. No conozco el resto, solo puedo hacer suposiciones. Pero sé que cuando un estudio cinematográfico rechazó la opción sobre su novela *La familia Delacourt*, Mort estuvo a punto de sufrir una depresión nerviosa. Los del estudio y Herb Creekmore, su agente, dijeron que estaban preocupados por una similitud con un libreto titulado *El equipo familiar*, aunque comprendían que era imposible que él hubiera podido ver alguna vez ese libreto. No era cuestión de plagio, excepto en la cabeza de Mort. Su reacción fue exagerada, anormal. Fue como remover con un palo los restos del fuego de un campamento y encontrar debajo un tizón ardiendo.

—Usted no cree que creara a John Shooter solo para castigarla, ¿verdad? —preguntó Evans.

—No, Shooter estaba allí para castigar a Mort. Pienso que…

Hizo una pausa y se ajustó el chal, envolviéndolo más en torno a sus hombros. Después, cogió su taza de té con una mano no del todo firme.

—Pienso que, en el pasado, Mort robó el trabajo de alguien —prosiguió—. Probablemente hace mucho tiempo, porque todo lo que escribió a partir de *El chico del organillero* fue muy leído. Creo que no se habría descubierto. Dudo de que haya publicado realmente lo que robó, pero creo que eso es lo que pasó y que ése era el verdadero origen de John Shooter. No el hecho de que la compañía cinematográfica rechazara su novela, ni mi…, mi relación con Ted y el divorcio. Seguramente esas cosas hayan contribuido, pero creo que la raíz está en la época anterior a que nos conociéramos. Entonces, cuando se quedó solo en la casa del lago…

—Llegó Shooter —dijo serenamente Evans—. Llegó y lo acusó de plagio. Fuera quien fuese el hombre a quien el señor Rainey robó, nunca lo hizo, de modo que al final tuvo que castigarse a sí mismo. Pero dudo que eso fuera todo, Amy. Intentó matarla.

—No —dijo ella—. Ése fue Shooter.

Evans arqueó las cejas. Ted la miró con cautela y sacó la pipa del bolsillo.

—El verdadero Shooter.

—No la entiendo.

Ella esbozó una sonrisa pálida.

—Yo misma no lo entiendo. Por eso estoy aquí. No creo que contar esto sirva para nada práctico. Mort ha muerto y todo ha terminado, pero tal vez me ayude a mí. Tal vez me ayude a dormir mejor.

—Entonces dígalo, no faltaba más —dijo Evans.

—Verá, cuando fuimos a limpiar la casa nos detuvimos en el pequeño almacén del pueblo: Bowie's. Mientras Ted llenaba el depósito, yo entré a comprar unas cosas. Allí había un hombre, Sonny Trotts, que solía trabajar con Tom Greenleaf. Tom era el más viejo de los hombres que fueron asesinados. Sonny quería decirme cuánto lamentaba lo de Mort y también otra cosa. Me explicó que había visto a Mort el día anterior a su muerte y que tenía intención de decírselo a él. Era sobre Tom Greenleaf, sobre algo que Tom le dijo a Sonny mientras estaban pintando el salón de la parroquia metodista. Sonny vio a Mort después de eso, pero no pensó en decírselo en ese momento. Después recordó que tenía algo que ver con Greg Carstairs…

—¿El otro hombre muerto?

—Sí. Así que se volvió para hablar con Mort, pero él se había ido. Y al día siguiente murió.

—¿Qué le dijo el señor Greenleaf a ese tipo?

—Que creía haber visto un fantasma —dijo Amy tranquilamente.

La miraron sin decir nada.

—Sonny me explicó que últimamente Tom estaba olvidadizo y que eso le preocupaba. Sonny pensaba que era ese tipo de olvidos que se producen cuando una persona envejece, pero cinco o seis años antes Tom había cuidado a su esposa, que tenía la enfermedad de Alzheimer, y le daba terror enfermar de lo mismo. Según Sonny, si Tom olvidaba un pincel se pasaba la mitad del día obsesionado con eso. Tom dijo que ésa era la razón por la cual, cuando Greg Carstairs le preguntó si reconocería al hombre al que había visto el día anterior hablando con Mort Rainey o si lo reconocería si volviese a verlo, Tom dijo que no había visto a nadie con Mort, que Mort estaba solo.

Se oyó el chasquido de una cerilla. Al final Ted Milner había decidido encender su pipa. Evans lo ignoró. Estaba echado hacia delante, mirando fijamente a Amy Milner.

—Aclarémonos. Según ese Sonny Troots…

—Trotts.

—Vale, Trotts. Según él, ¿Tom Greenleaf vio a Mort con alguien?

—No exactamente —contestó Amy—. Sonny pensaba que si Tom lo hubiera creído con toda certeza no le habría mentido a Greg. Lo que dijo fue que no sabía qué había visto. Que estaba confuso. Que le había parecido mejor no decir nada. No quería que nadie, y menos Greg Carstairs, que estaba en su mismo negocio, supiera lo confuso que se sentía, y sobre todo no quería que nadie pensara que podía estar enfermando como había enfermado su esposa.

—No estoy seguro de comprender esto, lo siento.

—Según Sonny —dijo ella—, Tom pasó por la carretera del lago con su Scout y vio a Mort de pie, solo, donde se bifurca el camino del lago.

—¿Cerca de donde se encontraron los cuerpos?

—Sí, muy cerca. Mort saludó con la mano. Tom respondió y pasó de largo. Entonces, según dice Sonny, Tom miró por el espejo retrovisor y vio junto a Mort a otro hombre y una vieja furgoneta, aunque ni el hombre ni el vehículo estaban allí diez segundos antes. Dijo que el hombre llevaba un sombrero negro, pero que se podía ver a través de él y también a través del coche.

—¡Oh, Amy! —exclamó Ted con suavidad—. Ese hombre estaba dejando volar la imaginación.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que Sonny sea lo bastante listo para inventar semejante historia. Me dijo que Tom pensaba que debía ponerse en contacto con Greg y decirle que tal vez hubiera visto a ese hombre; que si no mencionaba lo de la transparencia, no pasaría nada. Pero, según Sonny, el viejo estaba aterrorizado. Estaba convencido de que, o bien había contraído la enfermedad de Alzheimer, o bien había visto un fantasma.

—Bueno, desde luego es horripilante —dijo Evans. Y lo era, porque la piel de sus brazos y su espalda se había erizado por uno o dos segundos—. Pero, en realidad, es un rumor acerca de un hombre muerto.

—Sí, pero está lo otro. —Amy dejó la taza de té sobre la mesa, cogió su bolso y empezó a remover dentro—. Cuando estaba limpiando el estudio de Mort, encontré aquel sombrero…, el espantoso sombrero negro…, detrás de su escritorio. Me asustó porque no lo esperaba. Pensé que la policía debía de habérselo llevado como prueba o algo así. Lo saqué de allí con un palo. Utilicé el palo para sacarlo y tirarlo al cubo de la basura, ¿comprende?

Evidentemente, Ted no comprendía, pero Evans sí.

—No quería tocarlo.

—Exacto, no quería tocarlo. Aterrizó directamente en una de las bolsas de basura, estoy dispuesta a jurarlo. Más o menos una hora más tarde, salí con una bolsa de medicamentos caducados, frascos de champú y cosas del lavabo. Cuando abrí la tapa del contenedor, el sombrero estaba boca arriba y en la banda interior había esto —dijo, sacando de su bolso una hoja plegada de papel y ofreciéndosela a Evans con una mano que seguía temblando imperceptiblemente—. No estaba allí cuando el sombrero salió de detrás del escritorio. Lo sé.

Evans cogió el papel y lo sostuvo un momento en la mano. No le gustaba. Era demasiado pesado y, por alguna razón, la textura era extraña.

—Creo que había un John Shooter —dijo Amy—. Creo que fue la mayor creación de Mort, un personaje tan vívido que se convirtió en real. Y creo que ése es el mensaje de un fantasma.

Evans desplegó el papel. En el centro había este mensaje:

Señora, lamento todos los problemas que le he causado.

Las cosas se salieron de madre. Ahora vuelvo a mi casa. Conseguí mi relato, que es lo que en principio vine a buscar. Se llama «Crowfoot Mile» y es de primera.

Sinceramente suyo,

La firma era un garabato bajo las líneas precisas de la escritura.

—¿Es ésta la firma de su finado esposo, Amy? —preguntó Evans.

—No —contestó ella—. No se parece en nada.

Se quedaron sentados los tres, mirándose. Fred Evans trató de encontrar algo que decir y no lo encontró. Al cabo de un rato, el silencio (y el olor de la pipa de Ted Milner) se hicieron insoportables. Así que el señor y la señora Milner dieron las gracias, se despidieron y abandonaron el despacho para continuar sus vidas lo mejor que pudieran. Fred Evans también continuó la suya lo mejor que pudo. A veces, por la noche, ya tarde, él y la mujer que había estado casada con Morton Rainey despertaban de sueños en los que un hombre con sombrero de copa redonda los miraba con ojos desvaídos por el sol y rodeados de arrugas. Los miraba sin amor, pero ambos sentían que lo hacía con una especie de extraña piedad severa.

No era una expresión amable y no proporcionaba consuelo, pero ambos sentían también, desde sus diferentes lugares, que podrían encontrar el modo de vivir con esa mirada. Y de continuar cuidando de sus jardines.

Para el equipo y
el patronato de
la biblioteca pública
de pasadena.

Las tres después de medianoche

Una nota sobre El policía de la biblioteca

La mañana en que se inició esta historia, yo estaba sentado a la mesa desayunando con mi hijo Owen. Mi esposa había subido a darse una ducha y vestirse. Ya se habían hecho aquellos dos repartos vitales de las siete de la mañana: el de los huevos revueltos y el del periódico. Willard Scott, que visita nuestra casa cinco de cada siete días, estaba hablándonos de una señora de Nebraska que acababa de cumplir ciento cuatro años, y creo que tanto Owen como yo mostrábamos un par de ojos bien abiertos. En otras palabras, era una típica mañana laborable *chez* King.

Owen se apartó de la sección de deportes lo suficiente para preguntarme si ese día iría al centro. Necesitaba un libro para un trabajo escolar y quería que yo lo recogiera. No recuerdo cuál era —tal vez *Johnny Tremain* o *Mañana de abril*, la novela de Howard Fast sobre la Revolución americana—, pero era uno de esos libros que nunca se consiguen en las librerías, bien porque acaban de agotarse, bien porque están a punto de reeditarse, o una cosa por el estilo.

Le sugerí a Owen que lo buscara en la Biblioteca local, que es muy buena. Estaba seguro de que lo tendrían. Murmuró algo. Solo capté unas palabras, pero dados mis intereses fueron más que suficientes para despertar mi curiosidad. Las palabras eran «Policía de la Biblioteca».

Dejé a un lado mi mitad del periódico, utilicé el botón del volumen del mando a distancia para estrangular la voz de Willard en medio de su extático informe sobre el Festival del Melocotón de Georgia, y le pedí amablemente a Owen que repitiera lo que había dicho.

Se mostró reacio a hacerlo, pero insistí. Al final me dijo que no le gustaba ir a la Biblioteca a causa de la Policía de Bibliotecas. Se apresuró a añadir que sabía que no existía tal cosa, pero que era una de esas historias que se metían en el inconsciente y se quedaban allí, latentes. La había oído de labios de su tía Stephanie cuando tenía

siete u ocho años y era mucho más crédulo, y le inquietaba desde entonces.

Naturalmente, yo estaba encantado, porque cuando era niño también había tenido miedo a la Policía de Bibliotecas, ese cuerpo de agentes sin cara que irían a tu casa si no devolvías los libros cuyo plazo había vencido. Eso ya era bastante malo por sí solo, pero ¿qué sucedería si no encontrabas los libros en cuestión cuando aparecían aquellos extraños representantes de la ley? ¿Qué te harían? ¿Qué se llevarían para compensar los libros perdidos? Hacía años que no pensaba en la Policía de Bibliotecas (aunque sí lo había hecho después de la infancia, pues recuerdo claramente haber hablado de ello con Peter Straub y su hijo Ben hace seis u ocho años), pero ahora esas preguntas, espantosas y en cierta forma atractivas, se plantearon de nuevo.

Durante los tres o cuatro días siguientes me sorprendí pensando en la Policía de Bibliotecas, y mientras lo hacía empecé a vislumbrar el bosquejo de mi próximo relato. Así es cómo se me suelen ocurrir los relatos, aunque por lo general el período de reflexión es más largo que en este caso. Cuando empecé, el relato se titulaba *La Policía de Bibliotecas*, y no tenía una idea clara de cómo se desarrollaría la historia. Pensé que probablemente sería un cuento cómico, algo así como las pesadillas suburbanas del extinto Max Shulman. Al fin y al cabo, la idea era divertida, ¿no? ¡La Policía de Bibliotecas! ¡Qué absurdo!

Sin embargo, comprendí algo que ya sabía: los miedos de la infancia son terriblemente persistentes. La escritura es un acto de autohipnosis, y en esa situación se produce un estado de total memoria emocional, en el cual los terrores que deberían haber muerto hace tiempo empiezan a funcionar y a hablar otra vez.

Es lo que empezó a sucederme mientras trabajaba con este relato. Al comenzar sabía que cuando era niño me gustaba la Biblioteca. ¿Por qué no? Era el único lugar donde un chico relativamente pobre podía conseguir todos los libros que deseaba. Sin embargo, al continuar escribiendo descubrí una verdad más profunda: también me daba miedo. Temía perderme entre las estanterías oscuras, temía ser olvidado en un rincón oscuro de la sala de lectura y quedarme encerrado toda la noche, temía a la vieja bibliotecaria de pelo azulado, gafas en forma de ojos de gato y boca casi sin labios que te pellizcaba el dorso de la mano con sus dedos pálidos y siseaba «chiist» si olvidabas dónde estabas y empezabas a hablar demasiado alto. Y, efectivamente, temía a la Policía de Bibliotecas.

Lo que sucedió con un trabajo de más envergadura, una novela titulada *Christine*, empezó a suceder aquí. Al cabo de treinta páginas, el humor empezó a desvanecerse de la situación. Y al llegar a las cincuenta, todo el relato dio un brusco viraje hacia los lugares oscuros que he recorrido a menudo y de los cuales todavía sé tan poco. Finalmente, encontré al tipo al que andaba buscando y me las arreglé para levantar la cabeza lo suficiente para mirar sus despiadados ojos plateados. He intentado trazar un esbozo de él, Lector Constante, pero tal vez no sea muy bueno.

Verán, cuando lo hice me temblaban mucho las manos.

Capítulo 1

El suplente

1

Más tarde Sam Peebles llegó a la conclusión de que la culpa había sido del maldito acróbata. Si el acróbata no se hubiera emborrachado en el momento menos apropiado, Sam nunca se habría encontrado metido en ese lío.

No es bastante malo —se dijo con una amargura tal vez justificada— *que la vida sea una estrecha viga suspendida sobre un abismo sin fondo, una viga sobre la que hay que caminar con los ojos vendados. Es malo, pero no lo bastante. A veces, además nos empujan*.

Pero eso fue después. Primero, antes incluso que el asunto del Policía de la Biblioteca, sucedió lo del acróbata borracho.

2

En Junction City, el último viernes de cada mes se celebraba la Noche del Orador, en el Rotary Club local. El último viernes de marzo de 1990, los rotarios habían sido convocados a escuchar a El Increíble Joe, un acróbata que trabajaba en el Circo y Carnaval Itinerante de Curry & Trembo, y a ser entretenidos por él.

El jueves por la tarde, a las cuatro y cinco, sonó el teléfono del escritorio de Sam Peebles en la Compañía de seguros y bienes raíces de Junction City. Lo cogió Sam. Siempre era Sam quien lo cogía —Sam en persona o Sam en el contestador—, porque era el dueño y único empleado de la Compañía de seguros y bienes raíces de Junction City. No era un hombre rico, pero sí razonablemente feliz. Le gustaba decir a la gente que su primer Mercedes estaba todavía muy lejos, en el futuro, pero tenía un Ford

casi nuevo y era el dueño de la casa donde vivía, en la avenida Kelton. «Además, el negocio me permite proveerme de cerveza y croquets», le gustaba añadir, aunque en realidad no había bebido demasiada cerveza desde la época del instituto y no sabía exactamente qué eran los croquets. Suponía que tal vez fuesen galletitas saladas.

—Compañía de seguros y bienes raíces de Junction City…

—Sam, soy Craig. El acróbata se ha roto el cuello.

—¿Qué?

—Ya me has oído —respondió Craig Jones en tono de profundo agravio—. ¡El acróbata se rompió el maldito cuello!

—¡Oh, diablos! —exclamó Sam. Hizo una pausa y preguntó cautelosamente—: ¿Ha muerto, Craig?

—No, pero en lo que a nosotros respecta es como si hubiera muerto. Está ingresado en el hospital de Cedar Rapids con el cuello embutido dentro de unos diez kilos de escayola. Acaba de llamarme Billy Bright. Dice que esta tarde el individuo apareció borracho como una cuba en la función matinal, trató de dar una voltereta hacia atrás y aterrizó fuera de la pista central, sobre la nuca. Dice Billy que el ruido se oyó hasta en las graderías, donde estaba sentado él, y que sonó como cuando te metes en un charco que acaba de congelarse.

—¡Uf! —exclamó Sam, dando un respingo.

—No me sorprende. Al fin y al cabo, eso de El Increíble Joe ¿qué clase de nombre es para un artista de circo? Quiero decir que si se llamara El Increíble Randix, vale. O El Increíble Tortellini, ése tampoco estaría mal. Pero ¿El Increíble Joe? A mí me parece la consecuencia lógica de un caso de lesión cerebral.

—¡Jesús! ¡Qué desastre!

—Una verdadera cagada, eso es lo que es. Nos deja sin orador para mañana por la noche, compañero.

Sam empezó a desear haber dejado la oficina a las cuatro en punto. Entonces, Craig se habría encontrado con Sam contestador automático, y eso habría concedido a Sam ser humano un poco más de tiempo para pensar. Sentía que pronto necesitaría tiempo para pensar. Sentía también que Craig Jones no iba a concedérselo.

—Sí, supongo que es verdad —dijo, esperando sonar filosófico, aunque indefenso —. ¡Qué barbaridad!

—Desde luego —respondió Craig, y entonces lanzó la bomba—. Pero sé que te sentirás honrado de reemplazarlo.

—¿Yo? Craig, ¡debes de estar bromeando! Ni siquiera puedo dar una voltereta normal, así que mucho menos una para atrás.

—Pensé que podías hablar de la importancia de los pequeños negocios independientes en la vida de una ciudad pequeña —insistió Craig despiadadamente —. Si no te va bien, siempre queda el recurso del béisbol. Y en último extremo, podrías bajarte los pantalones y menear la colita delante del público. Sam, no soy solo el presidente del Comité de Oradores, aunque eso ya sería bastante grave. El

problema es que desde que Kenny se mudó y Carl dejó de venir, soy el Comité de Oradores. Tienes que ayudarme. Necesito un orador para mañana por la noche. En todo el maldito club hay unos cinco tipos en los que siento que puedo confiar y tú eres uno de ellos.

—Pero…

—También eres el único que todavía no ha ayudado en una situación como ésta, así que eres el elegido, compañero.

—Frank Stephens…

—… reemplazó el año pasado al tipo del sindicato de transportistas, cuando el gran jurado lo condenó por fraude y no pudo venir. Sam, es tu turno. No puedes dejarme plantado, hombre. Me lo debes.

—¡Yo llevo un negocio de seguros! —exclamó Sam—. ¡Y cuando no estoy haciendo seguros, vendo granjas! ¡Sobre todo a los bancos! ¡Eso es aburrido para la mayor parte de la gente! ¡Los que no lo encuentran aburrido, lo encuentran repelente!

—Nada de eso tiene la menor importancia —replicó Craig, que ahora entraba a matar, pisando las débiles objeciones de Sam con pesadas botas claveteadas—. Después de cenar estarán borrachos y tú lo sabes perfectamente. El sábado por la mañana no recordarán ni una palabra de lo que dijiste, pero mientras tanto necesito a alguien que se ponga en pie y hable durante media hora, y tú has resultado elegido.

Sam continuó presentando objeciones un rato más, pero Craig seguía apoyándose en imperativos, subrayándolos sin piedad: necesito, tengo que, debes…

—¡Está bien! —cedió Sam finalmente—. ¡Está bien, está bien, ya basta!

—¡Eres mi hombre! —exclamó Craig. De pronto, el sol y el arco iris habían inundado su voz—. Recuerda, no debe durar más de treinta minutos, y quizá otros diez para responder preguntas, si es que alguien hace alguna. Y, si quieres, puedes mover la colita. Dudo que alguien pueda verla, pero…

—Craig, ya basta —dijo Sam.

—¡Ah, lo siento, pif paf puf! —se disculpó Craig, tal vez mareado de alivio.

—Oye, ¿por qué no interrumpimos esta conversación? —propuso Sam, estirando el brazo en busca de la bolsa de caramelos Tums que guardaba en el cajón del escritorio. De pronto tuvo la sensación de que necesitaría bastantes caramelos durante las veintiocho horas siguientes o así—. Parece ser que tengo que escribir un discurso.

—Exacto —dijo Craig—. Recuerda: cena a las seis, discurso a las siete y media. Y, como solían decir en *Intriga en Hawai*, no faltes. ¡Aloha!

—Aloha, Craig —contestó Sam, y cortó.

Miró el teléfono. Sintió que un gas caliente ascendía por su pecho hasta la garganta. Abrió la boca y dejó escapar un eructo agrio, producto de un estómago que hasta hacía cinco minutos había estado razonablemente sereno.

Después, engulló el primero de los muchos caramelos que se comería.

3

En lugar de ir esa noche a la bolera, como había proyectado, Sam Peebles se encerró en el estudio de su casa con un bloc de hojas amarillas, tres lápices afilados, un paquete de Kent y seis cervezas Jolt. Desconectó el teléfono, encendió un cigarrillo y miró el bloc. Al cabo de cinco minutos de contemplación, escribió en la línea superior de la primera hoja: EL COMERCIO EN LAS CIUDADES PEQUEÑAS: EL NERVIO DE NORTEAMÉRICA.

Lo leyó en voz alta y le gustó cómo sonaba. Bueno, quizá no se trataba exactamente de que le gustara, pero podía vivir con ello. Lo leyó en voz más alta aún y le gustó más. Un poco más. En realidad, no era tan bueno; de hecho, probablemente no fuera mejor que los títulos grandes e impresionantes, pero dejaba a la altura del betún a «Comunismo: apercibimiento o amenaza». Y Craig tenía razón: el sábado por la mañana, la mayor parte de ellos tendrían demasiada resaca para recordar lo que habían oído el viernes por la noche.

Algo más estimulado, Sam empezó a escribir.

«Cuando en 1984 me mudé de la progresista metrópoli de Ames a Junction City…».

4

«… Y por eso ahora siento, como en aquella brillante mañana de septiembre de 1984, que la pequeña empresa no es solo el nervio de Estados Unidos, sino el nervio alegre y chispeante de todo el mundo occidental».

Sam se detuvo, apagó el cigarrillo en el cenicero del escritorio de su despacho y miró esperanzado a Naomi Higgins.

—Bueno, ¿qué te parece?

Naomi era una bonita joven de Proverbia, una ciudad situada seis kilómetros al oeste de Junction City. Vivía junto al río Proverbia, en una casa destartalada, en compañía de su destartalada madre. La mayoría de los rotarios conocía a Naomi, y de vez en cuando habían hecho apuestas entre ellos sobre quién se derrumbaría primero, si la casa o la madre. Sam no sabía si alguien había aceptado las apuestas, pero si así era, su resolución seguía pendiente.

Naomi se había graduado en el Instituto Empresarial de la ciudad de Iowa y era

capaz de reconstruir frases coherentes a partir de sus notas taquigráficas. Como era la única mujer de la localidad que dominaba esa habilidad, estaba muy solicitada entre la limitada población empresarial de Junction City. También tenía unas piernas extremadamente bonitas, cosa que no disminuía su eficiencia. Trabajaba por las mañanas los cinco días de la semana, para cuatro hombres y una mujer: dos abogados, un banquero y dos agentes de bienes raíces. Por las tardes regresaba a la casa destartalada y, cuando no estaba cuidando de su destartalada madre, pasaba a máquina lo que había cogido al dictado.

Sam Peebles contrataba los servicios de Naomi todos los viernes, desde las diez de la mañana hasta el mediodía. Esa mañana había dejado su correspondencia —aunque había algunas cartas que requerían respuesta urgente— y le había preguntado a Naomi si quería escuchar algo.

—Claro, supongo que sí —había contestado la joven.

Parecía un poco preocupada, como si pensara que Sam —con quien había salido durante una breve temporada— podía proponerle matrimonio. Cuando él le explicó que Craig Jones lo había reclutado para reemplazar al acróbata herido y que quería que escuchara su discurso, se tranquilizó y lo oyó todo —los veintiséis minutos que duraba— con halagadora atención.

—No tengas miedo de ser honesta —agregó, antes de que Naomi pudiera abrir la boca.

—Es bueno —dijo ella—. Bastante interesante.

—No tienes que preocuparte por mis sentimientos. Dejemos todo eso.

—Pero si lo digo en serio. Está realmente bien. Además, cuando empieces a hablar todos estarán…

—Sí, lo sé, todos estarán cargados.

Al comienzo, esta perspectiva había consolado a Sam, pero ahora se sentía un tanto decepcionado. Escuchándose al leer, había pensado que su discurso era bastante bueno.

—Hay una cosa —dijo Naomi pensativa.

—¿Sí?

—Resulta un poco…, ya sabes…, seco.

—¡Ah! —Sam suspiró y se frotó los ojos. Se había quedado levantado hasta la una de la mañana, primero escribiendo y después corrigiendo.

—Pero eso es fácil de arreglar —le aseguró ella—. Ve a la Biblioteca y coge un par de libros.

Sam sintió un súbito dolor punzante en la parte baja del vientre y cogió su bolsa de caramelos. ¿Investigación para un estúpido discurso del Rotary Club? ¿Investigación bibliotecaria? Aquello era algo exagerado, ¿no? Nunca había estado en la Biblioteca de Junction City y no veía razón alguna para ir ahora. Sin embargo, Naomi había escuchado con atención, Naomi estaba tratando de ayudarlo y sería una grosería no escuchar al menos lo que tenía que decir.

—¿Qué libros?

—Ya sabes, libros de ésos con material para animar los discursos. Son como… —Nao mi buscó un ejemplo—. Bueno, ¿sabes la salsa picante que te dan en los restaurantes chinos si la pides?

—Sí…

—Pues como eso. Tienen chistes. Además, hay un libro que se llama *Los poemas más populares del pueblo norteamericano*. Tal vez ahí encuentres algo para terminar. Algo estimulante.

—¿En ese libro hay poemas sobre la importancia de la pequeña empresa en la vida norteamericana? —preguntó Sam, dudoso.

—Cuando recitas poesía, la gente se siente estimulada —respondió Naomi—. A nadie le importa de qué hablan, Sam, y menos para qué son.

—¿Y de verdad tienen libros con chistes especiales para discursos?

A Sam, aquello le resultaba casi increíble, aunque si le hubieran dicho que en la Biblioteca había libros tan esotéricos como un manual sobre la reparación de pequeños motores o peinado de pelucas, no se habría sorprendido en lo más mínimo.

—Sí.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Cuando Phil Brakeman se presentó como gobernador del estado, solía mecanografiar sus discursos —dijo Naomi—. Él tenía uno de esos libros. No consigo recordar cómo se llamaba. Lo que me viene a la cabeza es *Chistes de lavabo,* pero naturalmente eso no es lo más adecuado.

—No —aceptó Sam, pensando que algunos fragmentos bien elegidos de *Chistes de lavabo* probablemente convertirían su discurso en un gran éxito.

Sin embargo, empezó a ver lo que quería decir Naomi, y la idea le atraía a pesar de su escasa disposición a visitar la Biblioteca local después de tantos años de alegre descuido. Un poco de pimienta para el viejo discurso. Recicle los restos, transforme la carne sobrante en una obra maestra. Y, al fin y al cabo, una biblioteca era solo una biblioteca. Si uno no sabía cómo encontrar lo que buscaba, lo único que tenía que hacer era preguntar al bibliotecario. Una de sus tareas era responder a las preguntas que se le hacían, ¿no?

—De todos modos, podrías dejarlo tal como está —dijo Naomi—. Quiero decir que estarán borrachos. —Miró a Sam amablemente, pero con seriedad, y consultó su reloj—. Te queda más de una hora…, ¿querías hacer algunas cartas?

—No, creo que no. ¿Por qué no pasas a máquina mi discurso?

Ya había decidido pasar en la Biblioteca la hora del almuerzo.

Capítulo 2

La Biblioteca (I)

1

Desde que vivía en Junction City, Sam había pasado frente a la Biblioteca cientos de veces, pero ésta era la primera que la miraba de verdad, y al hacerlo descubrió una cosa sorprendente: a primera vista odiaba el lugar.

La Biblioteca Pública de Junction City estaba en la esquina de la calle State y la avenida Miller, y era una caja cuadrada de granito con ventanas tan estrechas que parecían troneras. Un tejado de pizarra sobresalía por los cuatro lados del edificio, y cuando uno se aproximaba desde el frente, la combinación de las ventanas estrechas y la línea de sombra creada por el tejado hacía que el edificio pareciera la cara ceñuda de un robot de piedra. Era un estilo bastante común en la arquitectura de Iowa, lo bastante común para que Sam Peebles, que hacía casi veinte años que vendía propiedades, le hubiera puesto un nombre: Fealdad del Medio Oeste. Durante la primavera, el verano y el otoño, el aspecto imponente del edificio quedaba suavizado por los arces que lo rodeaban formando una especie de bosquecillo, pero ahora, al final de un duro invierno de Iowa, los arces estaban desnudos y la Biblioteca parecía una cripta gigantesca.

No le gustaba. No sabía por qué, pero le producía una sensación de intranquilidad. Al fin y al cabo, era solo una biblioteca, no las mazmorras de la Inquisición. De todos modos, mientras atravesaba el sendero de piedra, otro eructo ácido le subió por el pecho. En aquel eructo había un matiz curiosamente dulce que le recordaba algo…, tal vez algo de hacía mucho tiempo. Se metió un caramelo en la boca, empezó a mascarlo y tomó una repentina decisión. Su discurso, tal como estaba, era suficientemente bueno. No excelente, pero sí lo bastante bueno. En definitiva, iba a hablar ante el Rotary Club local, no ante las Naciones Unidas. Ya era hora de dejar de jugar. Regresaría a la oficina y despacharía parte de la correspondencia que había descuidado aquella mañana.

Empezó a dar media vuelta, y entonces pensó: *Esto es una tontería, una solemne tontería. ¿Quieres comportarte como un tonto? Vale. Pero si aceptaste hacer el maldito discurso, ¿por qué no hacerlo bien?*

Se detuvo a la entrada de la Biblioteca, indeciso y con el entrecejo fruncido. Le gustaba hacer chistes sobre el Rotary. También a Craig. Y a Frank Stephens. La mayoría de los jóvenes empresarios de Junction City se reían de las reuniones. Pero rara vez se perdían una, y Sam supuso que sabía la razón: era un lugar donde podían entablarse relaciones, un lugar donde un tipo como él podía conocer a los empresarios no tan jóvenes de Junction City. Tipos como Elmer Baskin, cuyo banco había ayudado dos años antes a poner a flote un centro comercial en Beaverton. Tipos como George Candy, de quien se decía que con una llamada telefónica podía conseguir una inversión de tres millones de dólares…, si decidía hacerla.

Era gente de ciudad pequeña: hinchas de béisbol universitario, tipos que iban a cortarse el pelo a Jimmy's y usaban calzones y camisetas para dormir, en lugar de pijama, tipos que todavía bebían la cerveza en la botella y no se sentían cómodos en Cedar Rapids, a menos que salieran de repente en pleno Cleveland. También eran los tipos que hacían que en Junction City sucedieran cosas. Y, cuando se pensaba en ello, ¿no era ésa la razón por la cual Sam seguía yendo los viernes por la noche? ¿Y no era también la razón por la cual Craig había llamado tan histérico por el asunto del estúpido acróbata que se había roto el estúpido cuello? Uno quería llamar la atención de los que contaban, y no precisamente por haber fracasado. *Todos estarán borrachos*, había dicho Craig, y Naomi lo había secundado. Pero ahora a Sam le vino a la cabeza que nunca había visto a Elmer Baskin bebiendo algo más fuerte que café. Ni una sola vez. Y probablemente no fuese el único. Algunos de ellos tal vez estuvieran borrachos, pero no todos. Y los que no lo estaban podían muy bien ser los que importaban realmente.

Sam, haz un buen trabajo con esto y tal vez te beneficies. No es imposible.

No. No lo era. Improbable sí, por supuesto, pero no imposible. Y aparte de la política encubierta que podía hacerse o no en la Noche del Orador del Rotary Club el viernes por la noche, había otra cosa: él siempre se había enorgullecido de hacer el trabajo lo mejor posible. Así que era un discursillo aburrido, ¿y qué?

También es una tonta biblioteca de ciudad pequeña. ¿Cuál es el problema? Ni siquiera hay arbustos a los lados.

Sam había empezado a caminar otra vez por el sendero, pero se detuvo con el ceño cada vez más fruncido. Era una idea extraña; parecía haber salido de la nada. No había arbustos creciendo a los lados de la Biblioteca…, ¿y qué diferencia establecía eso? No lo sabía, pero sí sabía que ejercía en él un efecto casi mágico. Su vacilación tan poco característica lo abandonó y empezó a avanzar de nuevo. Subió los cuatro escalones de piedra e hizo una pausa. Volvía a sentirse vagamente inquieto sin saber exactamente por qué, salvo que el lugar parecía en cierta forma desierto. Empuñó el picaporte y pensó: *Apuesto a que está cerrado. Apuesto a que cierra los viernes por la tarde*. La idea resultaba absurdamente consoladora.

Sin embargo, el anticuado botón de plata se hundió bajo su pulgar y la pesada puerta se abrió silenciosamente hacia dentro. Sam entró en un pequeño vestíbulo con

suelo de mármol a cuadros blancos y negros. En el centro de aquella antecámara había un caballete. En el caballete había un cartel; el mensaje consistía en una sola palabra en letras muy grandes:

¡SILENCIO!

y no

EL SILENCIO ES ORO

o

GUARDE SILENCIO, POR FAVOR

sino solo aquella única palabra, precisa y severa:

¡SILENCIO!

—Y que lo digas —dijo Sam.

Solo murmuró, pero la acústica del lugar era excelente, y su murmullo bajo quedó magnificado en un gruñido que lo sobresaltó. Realmente, parecía rebotar desde el alto cielo raso. En ese momento volvió a sentirse como si estuviera otra vez en cuarto curso, a punto de que la señora Glasters le riñera por irrumpir en el momento más inadecuado. Miró intranquilo a su alrededor, esperando a medias que apareciera un bibliotecario malhumorado desde la sala de lectura para ver quién se atrevía a profanar el silencio.

¡*Para, por Dios! Tienes cuarenta años. Hace mucho tiempo que no estás en cuarto curso, amigo*.

La cuestión era que no parecía haber pasado tanto tiempo. Allí dentro no. Allí dentro, el cuarto curso parecía lo bastante cerca para poder tocarlo con solo estirar el brazo.

Cruzó la estancia, pisando el suelo de mármol a la izquierda del caballete y apoyando inconscientemente su peso en la parte delantera de los pies, de modo que los tacones de los zapatos no hicieran ruido, y entró en la sala principal de la Biblioteca de Junction City.

Del cielo raso (que era al menos seis metros más alto que el del vestíbulo) colgaban unos globos de cristal, pero no había ninguna luz encendida. La luz provenía de dos grandes claraboyas colocadas en ángulo. En un día soleado, habrían sido más que suficientes para iluminar el recinto; incluso habrían creado una atmósfera alegre y acogedora. Pero aquel viernes era un día nublado y desagradable, y la iluminación resultaba escasa. Los rincones de la sala estaban llenos de melancólicas telarañas de sombra.

Lo que sentía Sam Peebles era una sensación de equivocación. Era como si

hubiese hecho algo más que atravesar una puerta y cruzar un vestíbulo; se sentía como si hubiera entrado en otro mundo, en un mundo que no presentaba ninguna semejanza con la pequeña ciudad de Iowa que a veces le gustaba y a veces odiaba, pero que en general aceptaba. Allí dentro, el aire parecía más denso de lo normal y producía la sensación de que no conducía la luz como el aire normal. El silencio era espeso como una manta, y frío como la nieve.

La Biblioteca estaba desierta.

Encima de él, por todos lados, se extendían estanterías repletas de libros. Al mirar las claraboyas, atravesadas por la malla de alambres reforzantes, Sam se sintió algo mareado y tuvo una ilusión momentánea: creyó estar cabeza abajo, colgado por los tobillos sobre un profundo cuadrado lleno de libros.

Aquí y allá, contra las paredes, había escalerillas montadas en raíles y encajadas en el suelo sobre ruedas de goma. Dos islas de madera interrumpían el lago de espacio que había entre el lugar en que estaba él de pie y el escritorio de salida en el extremo más alejado de la enorme habitación. Una era un gran expositor de roble con revistas, del que colgaban periódicos, cada uno de ellos metido en un sobre de plástico transparente. Parecían las pieles de animales extraños puestas a curar en la habitación silenciosa. Encima del expositor, un cartel ordenaba:

¡DEVUELVA TODAS LAS REVISTAS
A SUS LUGARES CORRESPONDIENTES!

A la izquierda había una estantería de novelas nuevas y libros de no ficción. El cartel colocado encima de la estantería anunciaba que se trataba de préstamos por siete días.

Sam bajó por el pasillo situado entre las revistas y la estantería de los libros semanales, rascando y golpeando el suelo con los tacones pese a sus esfuerzos por desplazarse en silencio. Se encontró deseando haber obedecido su impulso original de dar la vuelta y regresar a la oficina. El lugar era tétrico. Aunque sobre el escritorio había una pequeña pantalla de microfilm encendida y ronroneante, no se veía hombre o mujer alguno. Había una pequeña placa que rezaba A. LORTZ, pero no se veían señales de A. Lortz ni de nadie más.

Probablemente esté colocando y clasificando los números nuevos del Library Journal.

Sam sintió un deseo loco de abrir la boca y gritar: «¿Todo va bien, A. Lortz?». Pero se le pasó enseguida. La Biblioteca Pública de Junction City no era el tipo de lugar que estimula a hacer comentarios ingeniosos.

De pronto, Sam recordó una pequeña rima de su niñez: *Basta de risas, basta de diversión, ha empezado de los Cuáqueros la reunión. Si muestras los dientes o sacas la lengua, tendrás que pagar una prenda*.

Si muestras los dientes o sacas la lengua aquí, ¿te obligará A. Lortz a pagar una prenda?, se preguntó. Volvió a mirar a su alrededor, dejó que sus terminaciones

nerviosas percibieran la ceñuda cualidad del silencio y decidió que se podía apostar por ello.

Sam, que había perdido interés por conseguir un libro de chistes o *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*, pero que se sentía fascinado por la atmósfera quieta y soñadora de la Biblioteca a pesar de sí mismo, se dirigió hacia una puerta situada a la derecha de los libros que se prestaban por una semana. Encima de la puerta, un cartel anunciaba que era la Biblioteca Infantil. ¿Había visitado él la Biblioteca Infantil cuando crecía en St. Louis? Le parecía que sí, pero aquellos recuerdos eran brumosos, distantes y difíciles de precisar. De todos modos, aproximarse a la puerta de la Biblioteca Infantil le produjo una sensación extraña e inquietante. Era casi como llegar a casa.

La puerta estaba cerrada. Contra la puerta había una lámina de Caperucita Roja contemplando al lobo acostado en la cama de la abuelita. El lobo llevaba el camisón y la cofia de la abuelita. Estaba gruñendo. De sus colmillos colgaba espuma. Una expresión de horror casi exquisito había inmovilizado la cara de Caperucita, y la lámina parecía no solo sugerir, sino de hecho afirmar, que el final feliz del cuento —de todos los cuentos de hadas— era una mentira piadosa. La cara demudada parecía decir que tal vez los padres creyeran esas memeces, pero que los niños eran más lúcidos.

¡*Estupendo*! —exclamó Sam para sus adentros—. *Apuesto a que con una lámina como ésta en la puerta vienen montones de niños a la Biblioteca Infantil. Apuesto a que a los más pequeños les encanta*.

Abrió la puerta y asomó la cabeza.

Su sensación de intranquilidad desapareció; quedó seducido al instante. Naturalmente, la lámina de la puerta era un error, pero lo que había detrás parecía enteramente correcto. ¡Claro que cuando era niño había ido a la Biblioteca! Necesitó solo una mirada a aquel mundo construido a escala para recordarlo. Su padre había muerto joven. Sam había sido un hijo único criado por una madre trabajadora a la que veía raras veces, salvo los domingos y durante las vacaciones. Cuando no conseguía dinero para ir al cine después de la escuela —lo que sucedía a menudo—, tenía que conformarse con ir a la Biblioteca, y la habitación que estaba viendo ahora le devolvía a aquellos días en una súbita oleada de nostalgia que resultaba dulce, penosa y oscuramente aterradora.

Había sido un mundo pequeño, y éste era un mundo pequeño; había sido un mundo bien iluminado, incluso en los días más oscuros y lluviosos, y éste también lo era. Nada de globos colgantes para esta sala; había luces fluorescentes que desvanecían las sombras, detrás de paneles de vidrio esmerilado que colgaban del techo, y todas estaban encendidas. Las superficies de las mesas quedaban apenas a un metro del suelo, y las sillas más abajo aún. En este mundo, los intrusos, los extraños incómodos serían los adultos. Si trataran de sentarse ante las mesas, las levantarían con las rodillas, y si intentaran inclinarse a beber de la fuente que había en la pared

más alejada, podían llegar a fracturarse el cráneo.

Allí, las estanterías no ascendían en un desagradable truco de perspectiva que te mareaba si mirabas hacia arriba demasiado tiempo; el cielo raso era lo bastante bajo para resultar acogedor, pero no tanto para que el niño se sintiera constreñido. Allí no había hileras de encuadernaciones aburridas, sino libros que casi gritaban con sus intensos colores primarios: azules, rojos y amarillos brillantes. En este mundo, el Doctor Seuss era el rey, Judy Blume la reina, y todos los príncipes y princesas acudían al Dulce Valle. Allí Sam experimentó aquella vieja sensación de bondadosa bienvenida después de la escuela, que emanaba de un lugar donde los libros casi rogaban ser tocados, manoseados, mirados y explorados. No obstante, aquellas sensaciones tenían su propio reverso oscuro.

Con todo, su sentido más claro era el de un placer casi melancólico. En una pared había una fotografía de un cachorro de ojos grandes y pensativos. Debajo de la cara ansiosa y esperanzada del cachorro aparecía escrita una de las grandes verdades de la vida: SER BUENO ES DIFÍCIL. En la otra pared había un dibujo de unos patos salvajes que avanzaban por la orilla de un río hasta el borde lleno de juncos. ¡PASO A LOS PATITOS!, anunciaba la lámina.

Sam miró a la izquierda; la leve sonrisa de su boca se congeló y, después, desapareció. Había una lámina que mostraba un coche grande y oscuro alejándose a toda velocidad de lo que se suponía era una escuela. Un niño miraba por la ventanilla del lado del acompañante. Tenía las manos apoyadas en el cristal y su boca estaba abierta en un grito. Al fondo, un hombre —solo una sombra vaga y ominosa— se echaba sobre el volante, conduciendo a toda pastilla. Las palabras que había debajo eran:

¡NUNCA SUBAS AL COCHE DE UN EXTRAÑO!

Sam reconocía que esa lámina y la de Caperucita que había en la puerta producían las mismas emociones primitivas de terror, pero ésta le parecía mucho más inquietante. Naturalmente, los niños no debían aceptar subir a los coches de los extraños y, naturalmente, había que enseñarles a no hacerlo, pero ¿era ésa la manera adecuada de señalarlo?

¿*Cuántos niños habrán tenido pesadillas durante una semana por culpa de este pequeño anuncio del servicio público*?, se preguntó.

Y había otra lámina, colocada frente al escritorio de salida, que provocó un helado estremecimiento a Sam. Mostraba a un niño y a una niña de unos ocho años, asustados, que retrocedían ante un hombre con gabardina y sombrero gris. El hombre parecía gigantesco, y su sombra se proyectaba sobre los rostros levantados de los niños. El ala de su fedora estilo años cuarenta proyectaba su propia sombra, y en sus negras profundidades resplandecían los ojos del hombre de la gabardina. Parecían trocitos de hielo que observaban a los niños, paralizándolos con la mirada torva de la

autoridad. Mostraba una placa con una estrella…, una estrella rara, de por lo menos nueve puntas. Tal vez de hasta una docena. El mensaje decía:

¡EVITA AL POLICÍA DE LA BIBLIOTECA!
¡LOS NIÑOS BUENOS DEVUELVEN SUS LIBROS A TIEMPO!

Volvía a sentir aquel sabor en la boca, aquel sabor dulce y desagradable. Y se le ocurrió una idea extravagante y aterradora: *Yo he visto antes a ese hombre*. Por supuesto, eso era ridículo, ¿no?

Sam pensó en cuánto debía de haberle intimidado esa lámina cuando era niño, en cuánto placer simple y puro debía de haber eliminado del seguro refugio de la Biblioteca, y sintió indignación. Dio un paso adelante para examinar más de cerca la extraña estrella, sacando al mismo tiempo su paquete de caramelos del bolsillo.

Estaba metiéndose un caramelo en la boca, cuando una voz dijo a sus espaldas:

—Bueno, ¡hola, usted!

Sam dio un salto y se volvió, dispuesto a luchar con el dragón de la Biblioteca ahora que finalmente había salido de su escondrijo.

2

Pero no apareció ningún dragón. Solo una mujer regordeta y canosa, de unos cincuenta y cinco años, que empujaba una mesilla con silenciosas ruedas de goma, llena de libros. Su cabello blanco enmarcaba un rostro agradable y sin arrugas, formando cuidadosos rizos de salón de belleza.

—Supongo que me buscaba —dijo—. ¿El señor Peckham le ha dicho que viniera aquí?

—No he visto absolutamente a nadie.

—¿No? Entonces es que se ha ido a su casa —dijo—. En realidad, no me sorprende, porque es viernes. El señor Peckham viene a quitar el polvo y a leer el periódico todas las mañanas alrededor de las once. Es el portero, pero no a tiempo completo, claro. A veces se queda hasta la una, y hasta la una y media la mayoría de los lunes, porque es el día en que los periódicos y la capa de polvo son más gruesos, pero ya sabe lo delgado que es el periódico los viernes.

Sam sonrió.

—¿Supongo que es usted la bibliotecaria?

—Lo soy —respondió la señora Lortz sonriendo. Sin embargo a Sam le pareció que sus ojos no sonreían; sus ojos parecían vigilarlo cautelosamente, casi con frialdad —. ¿Y usted es…?

—Sam Peebles.

—¡Ah, sí! ¡Seguros y bienes raíces! ¡Ése es su negocio!

—Culpable.

—Lamento que haya encontrado desierta la sala de lectura principal. Debe de haber pensado que estaba cerrada y que alguien se había dejado la puerta abierta por error.

—En realidad, la idea cruzó mi mente —contestó Sam.

—De dos a siete somos tres —dijo la señora Lortz—. Ya sabe, a las dos empiezan a salir niños del colegio. Los de la escuela elemental a las dos, los de los cursos medios a las dos y media, y los del instituto a las tres menos cuarto. Los niños son nuestros clientes más fieles y a los que mejor se recibe, al menos en lo que a mí respecta. Adoro a los pequeños. Solía tener una ayudante todo el día, pero el año pasado el ayuntamiento acordó un recorte del presupuesto de ochocientos dólares, y…

La señora Lortz juntó las manos e imitó el vuelo de un pájaro. Era un gesto divertido, encantador.

Entonces ¿por qué no estoy ni divertido ni encantado?, se preguntó Sam.

Suponía que eran los carteles. Seguía tratando de casar a Caperucita Roja, al niño que gritaba en el coche y al policía de ojos torvos con aquella sonriente bibliotecaria de ciudad pequeña.

Ella le tendió la mano izquierda, una mano pequeña, regordeta y redondeada como el resto de su persona, en un gesto de confianza totalmente espontáneo. Él miró el anular y vio que no llevaba anillo. Después de todo, no era la señora Lortz. El hecho de que fuese solterona le parecía de lo más típico, absolutamente característico de una ciudad pequeña. En realidad, casi una caricatura. Sam apartó sus pensamientos.

—No había estado nunca en nuestra Biblioteca, ¿verdad, señor Peebles?

—No, me temo que no. Y, por favor, llámeme Sam.

No sabía si deseaba realmente ser Sam para aquella mujer, pero era un hombre de negocios en una ciudad pequeña —de hecho, un vendedor—, y la oferta de su nombre fue casi automática.

—Bueno, gracias, Sam.

Él esperó que ella respondiera diciéndole su nombre, pero se limitó a mirarlo expectante.

—Me he metido en una especie de lío —dijo Sam—. El orador que teníamos previsto para esta noche en el Rotary Club tuvo un accidente y…

—¡Oh! ¡Qué barbaridad!

—Para él tanto como para mí. Me llamaron para reemplazarlo.

—¡Oh! —exclamó la señorita Lortz.

Su tono era de alarma, pero sus ojos sonreían divertidos. Y, sin embargo, a Sam seguía sin resultarle simpática, aunque por lo general era una persona que trababa amistad fácil, aunque superficialmente, con la gente; el tipo de hombre que tenía pocos amigos íntimos, pero que se sentía obligado a iniciar conversaciones con extraños en los ascensores.

—Anoche escribí un discurso y esta mañana se lo leí a la joven que toma al dictado y mecanografía mi correspondencia…

—Apuesto a que es Naomi Higgins.

—Sí… ¿Cómo lo sabe?

—Naomi es asidua. Se lleva muchas novelas románticas: Jennifer Blake, Rosemary Rogers, Paul Sheldon y cosas así. —Y, bajando la voz, añadió—: Dice que son para su madre, pero a mí me parece que es ella quien las lee.

Sam rió. Naomi tenía los ojos soñadores de una lectora de romances.

—En todo caso —prosiguió la señorita Lortz—, sé que es lo que en una gran ciudad se llamaría empleada de oficinas a tiempo parcial. Supongo que aquí, en Junction City, constituye todo el personal de secretariado. Parecía razonable que fuera ella la joven de la que hablaba.

—Sí. Le gustó mi discurso, o por lo menos eso es lo que dijo, pero le pareció que resultaba un poco seco. Sugirió…

—¡Apostaría a que sugirió *El compañero del orador*!

—Bueno, no recordaba el título exacto, pero desde luego eso suena bien. —Hizo una pausa y preguntó con cierta ansiedad—: ¿Tiene chistes?

—Solo trescientas páginas de chistes —contestó ella. A continuación, alargó la mano derecha, tan carente de anillos como la izquierda, y tiró de la manga de Sam—. Por aquí —dijo, al tiempo que lo conducía hacia la puerta por la manga—. Sam, voy a resolver sus problemas. Solo espero que no se necesite otra crisis para hacerlo regresar a nuestra Biblioteca. Es pequeña, pero buena. En todo caso, así lo creo, aunque por supuesto soy parcial.

Cruzaron la puerta y se dirigieron hacia las ceñudas sombras de la sala de lectura principal. La señorita Lortz pulsó tres interruptores que había junto a la puerta y los globos se encendieron, despidiendo un suave resplandor amarillo que alegraba y calentaba considerablemente la sala.

—Cuando está nublado, esto se pone muy melancólico —dijo en el tono confidencial de «ahora estamos en la verdadera Biblioteca». Seguía tirando con firmeza de la manga de Sam—. Pero, naturalmente, ya sabe cómo se queja el ayuntamiento de los recibos de luz en un lugar como éste. Bueno, tal vez no lo sepa, pero apuesto a que puede imaginarlo.

—Sí, puedo —aceptó Sam, bajando también la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—Aunque eso no es nada comparado con lo que cuentan de los gastos de

calefacción en invierno —dijo, levantando los ojos—. ¡El petróleo es tan caro! La culpa la tienen esos árabes… Mire lo que están haciendo ahora, se dedican a contratar tiradores religiosos para matar a escritores.

—Sí, parece algo excesivo —dijo Sam, y por alguna razón se encontró pensando otra vez en el cartel del hombre alto, el que llevaba la estrella rara en la placa, aquél cuya sombra caía tan ominosamente sobre los rostros levantados de los niños, ejerciendo una especie de presión.

—Y, por supuesto, he estado ordenando la Biblioteca Infantil. Cuando entro allí, pierdo la noción del tiempo.

—Es un lugar interesante —comentó Sam.

Tenía intención de continuar, de preguntar por las láminas, pero la señorita Lortz se le adelantó. A Sam le resultaba claro quién estaba a cargo de ese curioso desvío en un día por lo demás totalmente normal.

—¡Puede apostar a que lo es! Ahora, concédame un minuto —dijo la señorita Lortz, poniéndose de puntillas y apoyando las manos en sus hombros. Por un instante, Sam tuvo la absurda idea de que pensaba besarlo. En lugar de eso, lo empujó para que se sentara en un banco de madera que se extendía en sentido paralelo al lado más alejado del expositor de libros en préstamo—. Sé exactamente dónde encontrar los libros que necesita, Sam. Ni siquiera tengo que consultar los archivos.

—Podría cogerlos yo solo…

—Estoy segura —dijo ella—, pero están en la sección de Referencias Especiales y no me gusta que la gente entre allí si puedo evitarlo. Soy muy estricta con eso, pero siempre sé dónde tengo que poner la mano para conseguir lo que necesito, por lo menos allá atrás. ¡La gente es tan desordenada! Tienen muy poca consideración con el orden, ¿sabe? Los niños son los peores; pero si se los deja solos, hasta los adultos lo confunden todo. No se preocupe por nada. Estaré de vuelta en dos segundos.

Sam no tenía intención de protestar más, pero si hubiera querido hacerlo no le habría dado tiempo, pues ella ya había desaparecido. Se sentó en el banco, sintiéndose como un niño de cuarto curso otra vez, pero en esta ocasión un niño de cuarto curso que ha hecho algo malo, que se ha metido en líos y no puede salir a jugar con los demás niños a la hora del recreo.

Oía a la señorita Lortz moviéndose detrás del escritorio de registro y miró pensativo a su alrededor. No había nada que ver, salvo libros; ni siquiera había un viejo pensionista leyendo el periódico u hojeando una revista. Parecía raro. No había esperado que la Biblioteca de una ciudad pequeña como aquélla estuviera haciendo un negocio floreciente una tarde de día laborable, pero eso de que no hubiera nadie…

Bueno, ha estado el señor Peckham —pensó—, *pero acabó de leer el periódico y se fue a casa. Los viernes, el periódico es increíblemente delgado, ¿sabe? La capa de polvo también.* Y entonces comprendió que solo tenía la palabra de la señorita Lortz de que el señor Peckham había estado allí en algún momento.

Es verdad, pero ¿por qué iba a mentir?

No lo sabía; en realidad dudaba mucho de que hubiera mentido, pero el hecho de estar poniendo en tela de juicio la honestidad de una mujer de rostro dulce a la que acababa de conocer ponía de relieve la evidencia central y desconcertante de aquel encuentro: ella no le gustaba. Tuviera o no un rostro dulce, no le gustaba ni pizca.

Son los carteles. Estabas predispuesto a que no te agradara NADIE que colgara pósters como ésos en una sala de lectura infantil. Pero no importa, porque no es más que un trámite. Coge los libros y sal de aquí.

Se agitó en el banco, dirigió la mirada hacia arriba y vio un lema en la pared:

> Si quieres saber cómo trata un hombre a su mujer
> y a sus hijos, mira cómo trata sus libros.
>
> RALPH WALDO EMERSON

A Sam tampoco le interesaba demasiado esa pequeña homilía. No sabía exactamente por qué. Tal vez porque creía que un hombre, aunque fuera un ratón de biblioteca, podía tratar a su familia algo mejor que a su material de lectura. No obstante, el lema, escrito en letras doradas sobre roble barnizado, le contemplaba severamente y parecía sugerirle que lo pensara dos veces.

Antes de que pudiera hacerlo, regresó la señorita Lortz levantando una sección del escritorio y bajándola con cuidado después de pasar.

—Creo que tengo lo que necesita —dijo alegremente—. Espero que esté de acuerdo.

Le tendió dos libros. Uno era *El compañero del orador*, en una edición de Kent Adelmen, y el otro *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*. El contenido de este último, según la cubierta (protegida a su vez por una sobrecubierta de plástico resistente) no había sido editado exactamente, sino seleccionado por una tal Hazel Felleman. «¡Poemas de la vida! —prometía la cubierta—. ¡Poemas del hogar y la madre! ¡Poemas de risa y capricho! ¡Los poemas más solicitados por los lectores del *New York Times Book Review*!». Además, advertía que Hazel Felleman «ha sido capaz de tomar el pulso poético del pueblo norteamericano».

Sam la miró dudoso, y ella adivinó sus pensamientos.

—Sí, ya sé que parecen anticuados —reconoció—. Sobre todo en la actualidad, cuando los manuales de autoayuda son lo último. Supongo que si entrara en una de esas cadenas de librerías de Cedar Rapids, encontraría una docena de libros pensados para ayudar al orador principiante. Pero ninguno sería tan bueno como éste, Sam. Con toda sinceridad, creo que éstos son la mejor ayuda que existe para hombres y mujeres novatos en el arte de hablar en público.

—En otras palabras, aficionados —dijo Sam sonriendo.

—Pues sí. Por ejemplo, tome *Los poemas favoritos*. La segunda sección del libro, que, si la memoria no me engaña, empieza en la página sesenta y cinco, se llama «Inspiración». Casi seguro que ahí podrá encontrar algo para crear el clima adecuado a su charla, Sam. Y descubrirá que su público recuerda un poema bien elegido,

aunque olviden todo lo demás. Sobre todo si están un poco…

—Borrachos —dijo él.

—Achispados es la palabra que yo habría usado —corrigió ella en un tono de suave reproche—, aunque supongo que usted los conoce mejor que yo. —La mirada que le lanzó, sin embargo, sugería que solo decía eso porque era cortés.

La señorita Lortz levantó *El compañero del orador*. En la cubierta había un dibujo de un salón rodeado de tapicerías. Pequeños grupos de hombres vestidos con anticuados trajes de etiqueta estaban sentados ante mesas con vasos. Todos parloteaban. El hombre del estrado, que también iba en traje de etiqueta y naturalmente era el orador, sonreía con aire triunfal. Era evidente que había resultado un éxito.

—Al comienzo hay una sección dedicada a la teoría de los discursos posteriores a la cena —dijo la señorita Lortz—, pero como no me parece la clase de hombre que pretende hacer carrera como orador…

—En eso tiene razón —recalcó fervientemente Sam.

—… le sugiero que pase directamente a la sección central, que se llama «Discursos vivaces». Allí encontrará diferentes chistes y cuentos divididos en tres categorías: «Ponerlos cómodos», «Enternecerlos» y por último «Darles el toque de despedida».

Parece un manual de cortesanas, pensó Sam. Pero no lo dijo.

Ella volvió a leerle el pensamiento.

—Supongo que resulta algo sugerente, pero estos libros se publicaron en una época menos compleja, más inocente. A finales de la década de los treinta, para ser exactos.

—Mucho más inocente, claro —dijo Sam, pensando en desiertas granjas polvorientas, niñas vestidas con sacos de harina y barrios destartalados y herrumbrosos rodeados por las protectoras porras de la policía.

—De todas formas, ambos libros siguen siendo útiles —dijo ella, subrayando su afirmación con unos golpecitos—, y eso es lo importante en los negocios, ¿no es cierto, Sam? ¡Los resultados!

—Sí, supongo que sí.

Sam la miró pensativo, y la señorita Lortz alzó las cejas, tal vez un poco a la defensiva.

—Daría lo que fuera por saber qué piensa —dijo.

—Estaba pensando que esta situación es bastante poco habitual en mi vida adulta —respondió él—. No inaudita, nada como eso, por supuesto, pero resulta rara. Entré en busca de un par de libros para animar mi discurso, y al parecer me ha dado exactamente lo que vine a buscar. ¿Hasta qué punto es esto frecuente en un mundo en el que, por lo general, no puedes conseguir dos chuletas de cordero en la tienda cuando se te ha metido en la cabeza comerlas?

Ella sonrió. Parecía una sonrisa de verdadero placer, pero Sam volvió a observar

que sus ojos no sonreían. Tenía la sensación de que no habían cambiado de expresión desde que la había visto —o ella lo había visto a él— en la Biblioteca Infantil. Continuaban vigilando.

—¡Creo que acaba de echarme un piropo!

—Sí, señora, así es.

—Se lo agradezco, Sam. Con todo mi corazón. Dicen que la coba te lleva a cualquier parte, pero me temo que a pesar de ello voy a tener que pedirle dos dólares.

—¿De veras?

—Es el precio de la tarjeta para adultos —dijo ella—, pero tiene una validez de tres años y la renovación solo cuesta cincuenta centavos. Y ahora, ¿hacemos negocio o no?

—Me parece estupendo.

—Entonces, haga el favor de venir por aquí —dijo, y Sam la siguió al escritorio.

3

Le dio una tarjeta para que la rellenara: en ella escribió su nombre, dirección, números de teléfono y domicilio laboral.

—Veo que vive en la avenida Kelton. ¡Estupendo!

—Bueno, a mí me gusta.

—Las casas son grandes y encantadoras… Tendría que casarse.

Él se sobresaltó un poco.

—¿Y cómo sabe que no lo estoy?

—De la misma manera que usted supo que yo no estaba casada —contestó ella. Su sonrisa se había vuelto ligeramente astuta y gatuna—. Nada en el anular izquierdo.

—¡Ah! —exclamó él débilmente, y sonrió. Le parecía que no era su habitual sonrisa chispeante y sintió calor en las mejillas.

—Dos dólares, por favor.

Le dio dos billetes de dólar. Ella se acercó a un pequeño escritorio donde había una vieja y esquelética máquina de escribir, y escribió brevemente en una tarjeta de color naranja brillante. Volvió al escritorio principal, firmó abajo con ademán ostentoso y le pasó la tarjeta.

—Léalo y asegúrese de que toda la información es correcta, por favor.

Sam lo hizo.

—Está todo bien —dijo, y observó que su nombre de pila era Ardelia. Un nombre

bonito y poco común.

Ella volvió a coger su nueva tarjeta —la primera que Sam tenía desde la época de la universidad, ahora que pensaba en ello, y en realidad aquélla la había usado muy poco— y la colocó bajo la minigrabadora, junto a las fichas que sacó del bolsillo, correspondientes a los libros.

—Puede tenerlos solo una semana, porque son de Referencias Especiales. Es una categoría que inventé yo misma para los libros que tienen mucha demanda.

—¿Los libros de ayuda para oradores novatos tienen gran demanda?

—Ésos y los que tratan sobre cosas como reparaciones de fontanería, trucos de magia sencillos, etiqueta, urbanidad… Le sorprendería qué tipo de libros pide la gente. Pero yo lo sé.

—Apuesto a que sí.

—He estado en el negocio mucho, mucho tiempo, Sam. Y estos libros no son reemplazables, así que asegúrese de devolverlos el seis de abril. —Levantó la cabeza y la luz le dio en los ojos.

Sam estuvo a punto de definir como guiño lo que vio en ellos, pero no era eso. Era un resplandor. Un resplandor duro y plano. Durante un instante, pareció como si Ardelia Lortz tuviera una moneda de cinco centavos en cada ojo.

—¿Y si no lo hago? —preguntó él, y de pronto su sonrisa no le pareció una sonrisa, sino una máscara.

—Si no lo hace, enviaré al Policía de la Biblioteca en su busca —respondió la señorita Lortz.

4

Durante un instante, sus miradas se encontraron. A Sam le pareció que veía a la verdadera Ardelia Lortz, y que en esa mujer no había nada encantador, suave o típico de bibliotecaria solterona.

Esta mujer podría ser realmente peligrosa —pensó, aunque acto seguido rechazó la idea, algo turbado. La melancolía del día, y tal vez la presión del discurso inminente, le estaban afectando—. *Es tan peligrosa como un melocotón en almíbar. Pero lo que me pasa no es por culpa del día ni del discurso en el Rotary. Son esos malditos carteles*.

Llevaba bajo el brazo *El compañero del orador* y *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*, y estaban casi en la puerta cuando Sam comprendió que ella

lo acompañaba. De pronto, se detuvo con firmeza y ella lo miró sorprendida.

—¿Puedo preguntarle algo, señorita Lortz?

—Por supuesto, Sam. Para eso estoy aquí, para responder preguntas.

—Es sobre la Biblioteca Infantil y los carteles —dijo—. Algunos me sorprendieron. De hecho, casi me escandalizaron.

Esperaba que aquello sonara como algo que podía decir un predicador bautista acerca de un número de *Playboy* colocado bajo otras revistas en la mesilla de café de algunos feligreses, pero no fue así. *Porque no es un sentimiento convencional* —pensó—. *Realmente me sentí escandalizado. Sin el casi*.

—¿Carteles? —preguntó ella con el ceño fruncido. Después, su frente se aclaró y se echó a reír—. ¡Ah! Debe de referirse al Policía de la Biblioteca y a Simón *El Tonto*. ¡Claro!

—¿Simón *El Tonto*?

—¿Ha visto esa lámina donde pone: NUNCA SUBAS AL COCHE DE UN EXTRAÑO? Pues es el nombre que le dan los chicos al niño de la imagen que está gritando. Le llaman Simón *El Tonto*; supongo que lo desprecian por hacer una cosa estúpida. Creo que eso es muy saludable, ¿no le parece?

—No grita —rectificó lentamente Sam—. Aúlla.

Ella se encogió de hombros.

—Gritar, aullar, ¿qué diferencia hay? Son cosas que no se oyen mucho por aquí. Los niños son muy buenos y respetuosos.

—Apuesto a que sí —dijo Sam.

Se encontraban ya en el vestíbulo. Sam echó una mirada al cartel del caballete. No el que decía:

EL SILENCIO ES ORO

ni

TRATE DE PERMANECER EN SILENCIO, POR FAVOR,

sino el que contenía aquel imperativo indiscutible:

¡SILENCIO!

—Además —prosiguió la señorita Lortz—, todo es cuestión de interpretación, ¿no cree?

—Supongo que sí —reconoció Sam. Sentía que lo estaban manipulando, llevándolo con gran eficacia a un lugar donde no tendría un apoyo moral y donde el campo de la dialéctica pertenecería a Ardelia Lortz. Le dio la impresión de que estaba acostumbrada a ello, y eso despertó su terquedad—. Pero esos carteles me parecen exagerados.

—¿De verdad? —preguntó ella cortésmente. Ahora se habían detenido junto a la puerta de salida.

—Sí. Dan miedo —matizó, y haciendo acopio de valor dijo lo que realmente pensaba—: Inadecuados para un lugar donde se reúnen niños pequeños.

Descubrió que no sonaba mojigato ni justiciero, al menos a sus oídos, y eso era un alivio.

Ella sonreía, y su sonrisa le irritaba.

—Usted no es la primera persona que ha dado esa opinión, Sam. Los adultos sin hijos no son visitantes asiduos de la Biblioteca Infantil, pero a veces entran tíos, tías, el novio de alguna madre soltera al que le encargaron que eligiera un libro, o gente como usted, Sam, que me buscaba.

Gente que se encuentra en apuros —decían sus fríos ojos grises—. *Gente que viene en busca de ayuda y, cuando la obtiene, empieza a criticar la forma en que llevamos las cosas aquí, en la Biblioteca Pública de Junction City*.

—Supongo que piensa que no tendría por qué meter la nariz donde no me llaman —dijo Sam con simpatía.

No se sentía simpático. De pronto, no se sentía en absoluto simpático, pero era otro truco del oficio, un truco que ahora utilizó como una capa protectora.

—En absoluto. Lo que pasa es que no comprende. El verano pasado hicimos una encuesta, Sam. Era parte de nuestro programa anual de lectura estival. Lo llamamos «Chisporroteos Veraniegos de Junction City» y cada niño obtiene un voto por cada libro que ha leído. Es una estrategia que hemos utilizado a lo largo de los años para animar a los niños a leer. Verá, ésa es una de nuestras principales responsabilidades.

Sabemos lo que hacemos —le decía su mirada fija—. *Y soy muy cortés, ¿no cree?, considerando que usted, que no había estado aquí en su vida, ha tenido la insolencia de meter la cabeza una vez y empezar a criticar*.

Sam empezó a sentir que pisaba en falso. Aquel campo de batalla dialéctico todavía no pertenecía a la señorita Lortz, al menos no del todo, pero reconoció el hecho de que él se batía en retirada.

—Según la encuesta, la película favorita entre los niños el verano pasado fue *Pesadilla en Elm Street 5*. Su grupo de rock preferido era Guns’n Roses, y el que iba en ascenso un tal Ozzy Osbourne, que, según tengo entendido, durante los conciertos arranca con los dientes las cabezas de animales vivos. Su novela favorita era un libro de bolsillo llamado *La canción de Swan*. Es una novela de horror de un hombre llamado Robert McCammon. No conseguimos tenerla, Sam. En pocas semanas, destruyeron por completo el ejemplar nuevo. Hice encuadernar un ejemplar en Vinabind, pero naturalmente lo robaron. Uno de los chicos malos —especificó, apretando los labios, que quedaron reducidos a una línea delgada—. La segunda novela favorita era una de terror sobre incesto e infanticidio llamada *Flores en el ático*. Ésa ocupó el primer puesto durante cinco años consecutivos. Algunos incluso mencionaron *Peyton Place* —dijo, mirándole con severidad—. Yo nunca he visto

ninguna de las películas de *Pesadilla en Elm Street*. Jamás he escuchado un disco de Ozzy Osbourne ni deseo hacerlo, y tampoco quiero leer una novela de Robert McCammon, Stephen King o V. C. Andrews. ¿Entiende lo que quiero decir, Sam?

—Supongo que sí. Está diciendo que no sería justo… —necesitaba una palabra, la buscó y la encontró— usurpar los gustos de los niños.

Ella esbozó una sonrisa radiante con todo menos con los ojos, que de nuevo parecían frías monedas.

—Eso es parte del problema, pero no la totalidad. Los carteles que hay en la Biblioteca Infantil, tanto los agradables y anodinos como los que le han molestado a usted, nos los envió la Asociación de Bibliotecas de Iowa. Esta asociación es miembro de la Asociación de Bibliotecas del Medio Oeste, que a su vez es miembro de la Asociación Nacional de Bibliotecas, la base de cuyo presupuesto proviene de los impuestos. Es decir, del contribuyente, lo que equivale a decir de mí y de usted.

Sam trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro. No quería pasarse la tarde escuchando un sermón sobre «cómo su biblioteca trabaja para usted», pero ¿acaso no lo había provocado él? Suponía que sí. Lo único de lo que estaba seguro era de que cada vez le gustaba menos Ardelia Lortz.

—Más o menos cada dos meses, la Asociación de Bibliotecas de Iowa nos envía un cartel con las reproducciones de unas cuarenta ilustraciones —continuó incansable la señorita Lortz—. Podemos escoger cinco gratis; las extras cuestan tres dólares cada una. Veo que se impacienta, Sam, pero usted merece una explicación y ya estamos llegando al núcleo del asunto.

—¿Yo? No estoy impaciente —dijo Sam con impaciencia.

Ella le sonrió, mostrando unos dientes demasiado parejos para no ser postizos.

—Tenemos un Comité Infantil de biblioteca —dijo—. Y ¿quién lo compone? ¡Niños, naturalmente! Diez niños. Cuatro del instituto, cuatro del ciclo medio y dos de primaria. Para poder participar, cada niño tiene que tener un promedio de notable. Ellos eligen algunos de los libros nuevos que pedimos, al igual que eligieron las nuevas mesas y cortinas cuando redecoramos la sala el otoño pasado. Y, naturalmente, eligen los carteles. Como dijo una vez uno de los niños pequeños del Comité, «es la parte más divertida». ¿Comprende ahora?

—Sí —dijo Sam—. Los chicos eligieron a Caperucita Roja, a Simón *El Tonto* y al Policía de la Biblioteca. Les gustan porque asustan.

—¡Correcto! —dijo ella sonriendo.

Súbitamente, Sam sintió que ya tenía bastante. Era algo relacionado con la Biblioteca. No se trataba exactamente de los carteles ni de la bibliotecaria, sino de la Biblioteca en sí misma. De repente, la Biblioteca era como una astilla atormentadora, irritante, metida profundamente en una nalga. Fuera lo que fuese, era suficiente.

—Señorita Lortz, ¿tiene un vídeo de *Pesadilla en Elm Street 5* en la Biblioteca Infantil? ¿O una selección de álbumes de Guns’n Roses y Ozzy Osbourne?

—¡Sam, usted no acaba de captar la cuestión! —replicó ella con paciencia.

—¿Y qué hay de *Peyton Place*? ¿Tiene un ejemplar de esa novela en la Biblioteca Infantil, solo porque algunos de los chicos la han leído?

Y, mientras hablaba, pensaba: *¿Es posible que alguien siga leyendo esa antigualla*?

—No —respondió ella. Sam vio que sus mejillas iban cubriéndose de un rubor irritado. Decididamente no era una mujer habituada a que se contradijesen sus juicios —. Pero sí tenemos historias sobre invasión de propiedad ajena, abuso parental y robo. Naturalmente, me refiero a *Ricitos de Oro y los tres osos*, *Hansel y Gretel* y *Las habichuelas mágicas*. Esperaba que un hombre como usted fuese algo más comprensivo, Sam.

Un hombre al que ayudaste en un apuro, quieres decir —pensó Sam—. *Pero ¡qué demonios, señora! ¿No te paga para eso el ayuntamiento?*

No obstante, se controló. No sabía qué quería decir exactamente con eso de «un hombre como usted», ni estaba seguro de querer saberlo, pero sí comprendía que la conversación estaba a punto de escapársele de las manos y convertirse en una discusión. Había ido allí a encontrar un ablandador para espolvorear con él su discurso, no a pelearse con la bibliotecaria sobre la Biblioteca Infantil.

—Si he dicho algo que la ofendiera, le pido disculpas —dijo—. Ahora tendría que irme.

—Sí —contestó ella—, creo que sí.

Sus disculpas no se aceptan —telegrafiaron sus ojos—. *No se aceptan en absoluto.*

—Supongo —dijo él— que estoy un poco nervioso por mi debut como orador. Además anoche me quedé hasta tarde trabajando en esto —añadió ofreciéndole su bondadosa sonrisa Sam Peebles mientras cogía la cartera.

Ella se ablandó un poco, pero su mirada todavía era cortante.

—Es comprensible. Estamos aquí para servir, y naturalmente siempre nos interesa la crítica constructiva de los contribuyentes —dijo, recalcando ligeramente la palabra constructiva, suponía Sam que para darle a entender que la suya no lo era.

Ahora que había terminado, tenía el impulso —casi la necesidad— de que terminara todo, de suavizar las cosas como si se tratara de la colcha de una cama bien hecha. Supuso que aquello también formaba parte del hábito comercial o de la coloración protectora del hombre de negocios. Se le ocurrió una idea extraña: que, en realidad, el tema del discurso debía ser su encuentro con Ardelia Lortz. Decía más sobre el corazón y el espíritu de una ciudad pequeña que todo lo que había escrito. No todo era halagador, pero desde luego no tenía nada de seco. Y ofrecería un tono raramente oído en los discursos de los viernes por la noche: el inconfundible tono de la verdad.

—Bueno, durante uno o dos segundos nos acaloramos un poco —se escuchó decir, al tiempo que vio que su mano se tendía—. Supongo que traspasé los límites. Espero que no me guarde rencor.

Ella tocó su mano. Fue un contacto breve, condescendiente. Carne fresca, lisa, en cierto modo desagradable. Algo así como estrechar la mano de un paragüero.

—En absoluto —dijo, aunque sus ojos continuaban contando una historia diferente.

—Bueno, pues… me voy.

—Sí. Recuerde, Sam…, una semana. —Levantando un dedo, señaló los libros con una uña bien manicurada y sonrió. Sam percibió algo profundamente turbador en esa sonrisa, aunque no habría podido decir exactamente qué—. No me gustaría tener que enviar al Policía de la Biblioteca para que lo persiguiera.

—No —aceptó Sam—, a mí tampoco me gustaría.

—Exacto —dijo Ardelia Lortz, sin dejar de sonreír—. No le gustaría.

5

A mitad del sendero, el rostro de aquel chico que gritaba

(*Simón* El Tonto, *así lo llaman los chicos y creo que es muy saludable, ¿no le parece?)*

volvió a su memoria, y con él una idea…, una idea lo bastante tonta y práctica para hacer que se detuviera de golpe. Era la siguiente: si se le daba la oportunidad de elegir un cartel como ése, un jurado de niños podría muy bien elegirlo. Pero ¿enviaría realmente ese cartel una biblioteca, fuese de Iowa, el Medio Oeste o el país entero?

Sam Peebles pensó en las manos suplicantes apretadas contra el cristal resistente, carcelario, en la boca aulladora, agónica, y le resultó difícil de creer. Le resultaba imposible creerlo.

¿Y qué decir de *Peyton Place*? Suponía que la mayor parte de los adultos que acudían a la Biblioteca lo habían olvidado. ¿Creía realmente que algunos de sus hijos, los que eran lo bastante pequeños para ir a la Biblioteca Infantil, habían redescubierto aquella vieja reliquia?

Eso tampoco me lo creo.

No deseaba soportar una segunda dosis de la cólera de Ardelia Lortz; con la primera ya había tenido bastante, y le daba la impresión de que su intensidad no se había acercado ni por asomo al máximo. Sin embargo, aquellas ideas eran lo suficientemente potentes para hacerle girar sobre sus talones.

Ella había desaparecido.

Las puertas de la Biblioteca estaban cerradas: una boca como una rendija vertical

en aquella cejijunta cara de granito.

Sam permaneció un momento donde estaba y después se dirigió a toda prisa hacia el coche, aparcado junto al bordillo.

Capítulo 3

El discurso de Sam

1

Fue un éxito arrollador.

Empezó con sus adaptaciones de dos anécdotas del apartado «Ponerlos cómodos» de *El compañero del orador*: una era sobre un granjero que trataba de vender su producción al por mayor, y la otra se refería a un intento de vender cenas congeladas a esquimales. Utilizó una tercera hacia la mitad del discurso (que verdaderamente era árido). Encontró otra buena en el apartado titulado «Darles el toque de despedida»; empezó a copiarla y entonces recordó lo que Ardelia Lortz había dicho refiriéndose a *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano: Descubrirá que su público recuerda un poema bien elegido aunque olvide todo lo demás*. Sam encontró un buen poema breve en el apartado «Inspiración», tal como ella le había indicado.

Miró los rostros alzados de sus camaradas rotarios y dijo:

—He intentado explicarles algunas de las razones por las que vivo y trabajo en una ciudad pequeña como Junction City, y espero que al menos sean coherentes. Si no lo son, estoy metido en un lío.

Aquello fue saludado con un estallido de risa benevolente (y una vaharada de scotch y bourbon mezclados).

Sam sudaba abundantemente, pero en realidad se encontraba bastante bien. Empezaba a creer que saldría de aquella ileso. El micrófono solo había silbado una vez, nadie se había retirado, nadie había arrojado comida y solo se habían escuchado algunos maullidos, por otra parte benevolentes.

—Creo que un poeta llamado Spencer Michael Free resumió mucho mejor de lo que podría hacerlo yo lo que he tratado de decir. Verán, casi todo lo que vendemos en nuestros negocios puede encontrarse más barato en los centros comerciales de las grandes ciudades y en las grandes superficies de las afueras. A quienes dirigen esos lugares les gusta alardear de que allí uno puede conseguir prácticamente todas las mercancías y servicios que necesita y, además, aparcar gratis. Supongo que tienen razón, pero no del todo, porque sigue habiendo una cosa que pueden ofrecer los

negocios de ciudad pequeña y que no ofrecen los centros comerciales y grandes almacenes. Y es precisamente de eso de lo que habla el señor Free en su poema. No es muy largo, pero sí enormemente significativo. Dice así:

Lo que cuenta en el mundo es el toque humano,
el contacto de tu mano y la mía,
mucho más importante para el corazón vacilante
que el refugio, el pan y el vino.
Porque cuando pasa la noche, el refugio desaparece.
Y el pan solo dura un día.
Pero el contacto de una mano y el sonido de una voz
cantan para siempre en el alma.

Sam levantó la vista del texto y, por segunda vez aquel día, quedó sorprendido al descubrir que creía en cada una de las palabras que había dicho. Descubrió que, de pronto, su corazón estaba pletórico de felicidad y sencilla gratitud. Ya era bueno descubrir que todavía tenía corazón, que la rutina normal de los días normales no había acabado con él, pero todavía era mejor advertir que aún podía expresarse a través de su boca.

—Nosotros, los hombres y mujeres de negocios de ciudades pequeñas, ofrecemos ese toque humano. Por un lado, no es mucho; pero por el otro, lo es prácticamente todo. Sé que a mí me hace desear repetir. Quiero desear a nuestro orador contratado originalmente, El Increíble Joe, una rápida recuperación; quiero agradecer a Craig Jones por pedirme que lo reemplazara; y, por último, quiero darles las gracias a todos ustedes por escuchar con tanta paciencia mi aburrida charla. Así que: muchas gracias.

La ovación empezó incluso antes de que Sam terminara la última frase; se acrecentó mientras recogía las pocas páginas que había mecanografiado Naomi y que él había corregido durante toda la tarde; y llegó a su punto máximo cuando se sentó, turbado por la reacción.

Bueno, es por los tragos —se dijo—. *Te habrían aplaudido aunque les hubieras explicado cómo conseguiste dejar de fumar después de haber encontrado a Jesús en una reunión del Tupperware*.

Después, los asistentes empezaron a ponerse en pie, y Sam pensó que si estaban tan ansiosos por irse era porque debía de haber hablado demasiado. Pero siguieron aplaudiendo. Entonces vio a Craig Jones que agitaba las manos en su dirección. Al cabo de un momento, comprendió. Craig quería que se pusiese en pie e hiciera una reverencia.

Se llevó un dedo a la sien. ¡*Estás chalado*!

Craig meneó enfáticamente la cabeza y empezó a levantar las manos con tanta energía que parecía un predicador de la resurrección animando a sus fieles a cantar más alto.

De modo que Sam se puso en pie y quedó atónito cuando lo vitorearon.

Al cabo de unos instantes, Craig se acercó al estrado. Los vítores cesaron por fin cuando golpeó el micrófono unas cuantas veces, produciendo un sonido semejante al de un puño gigante envuelto en algodón y aporreando un ataúd.

—Creo que todos estaremos de acuerdo —dijo— en que el discurso de Sam ha compensado con creces el precio del pollo de goma.

Aquello provocó otro aplauso caluroso.

Craig se volvió hacia Sam y dijo:

—Sammy, si hubiera sabido que llevabas eso dentro, te habría contratado a ti en primer lugar.

Hubo más palmadas y silbidos. Antes de que se acallaran, Craig Jones había cogido la mano de Sam y la agitaba arriba y abajo enérgicamente.

—¡Ha sido estupendo! —exclamó Craig—. ¿De dónde lo copiaste, Sam?

—No lo hice —respondió éste. Notaba que sus mejillas estaban encendidas, y aunque solo había bebido un gin-tonic poco cargado antes de hablar, se sentía algo borracho—. Es mío. Conseguí un par de libros en la Biblioteca que me resultaron muy útiles.

Se acercaron otros rotarios; estrechaban una y otra vez la mano de Sam, que empezó a sentirse como la bomba del pueblo durante una sequía estival.

—¡Estupendo! —gritó alguien en su oído. Sam se volvió hacia la voz y vio que pertenecía a Frank Stephens, que había ingresado cuando el funcionario del sindicato de transportistas fue condenado por desfalco—. ¡Deberíamos grabarla y vendérsela a los malditos demagogos! ¡Demonios, Sam, ha sido una buena charla!

—¡Habría que llevarlo de gira! —dijo Rudy Pearlman. Su cara redonda estaba roja y sudorosa—. ¡Estuve a punto de llorar! Lo digo honestamente. ¿Dónde encontraste ese poema?

—En la Biblioteca —respondió Sam. Seguía sintiéndose mareado, pero su alivio al haber terminado entero estaba siendo reemplazado por un deleite cauteloso. Pensó que tenía que dar un extra a Naomi—. Estaba en un libro llamado…

Sin embargo, antes de que pudiera decirle a Rudy cómo se llamaba el libro, Bruce Engalls lo había cogido por el codo y lo llevaba hacia la barra.

—¡El mejor discurso que he oído en este estúpido club en los últimos dos años! —le decía Bruce—. ¡Tal vez cinco! Y además, ¿quién necesita a un maldito acróbata? Deja que te invite a una copa, Sam. ¡Demonios, deja que te invite a dos!

2

Antes de poder irse, Sam consumió un total de seis tragos, todos gratis, y terminó su noche triunfal vomitando en el felpudo de la entrada de su casa, poco después de que Craig Jones lo dejara en la avenida Kelton. Cuando su estómago se rebeló, Sam estaba intentando meter la llave en la cerradura de su puerta (era un trabajo enorme, porque parecía haber tres cerraduras y cuatro llaves), y simplemente no tuvo tiempo de acercarse a los arbustos que había junto a la pendiente. Así que cuando por fin logró abrir la puerta, se limitó a coger el felpudo (con cuidado, agarrándolo de los lados para que el vómito se juntara en el centro) y lo arrojó por encima de los arbustos.

Se preparó una taza de café para calmarse, pero el teléfono sonó dos veces mientras la bebía. Más felicitaciones. La segunda llamada fue de Elmer Baskin, que ni siquiera había estado allí. Se sentía un poco como Judy Garland en *Ha nacido una estrella*, pero resultaba difícil disfrutar de la sensación mientras su estómago seguía revuelto y su cabeza empezaba a castigar su autocomplacencia.

Sam conectó el contestador de la sala para evitar más llamadas, subió a su dormitorio, desconectó el teléfono que tenía junto a la cama, tomó dos aspirinas, se desnudó y se acostó.

Empezó a perder rápidamente la conciencia —estaba cansado además de borracho—, pero antes de que lo venciera el sueño tuvo tiempo de pensar: *Le debo la mayor parte de esto a Naomi y a esa desagradable mujer de la Biblioteca. Horst, Borscht, o como se llame. Tal vez también tendría que darle una propina a ella*.

Oyó que abajo empezaba a sonar el teléfono y que el contestador interfería.

Buen chico —pensó Sam medio dormido—. *Cumple con tu deber. Al fin y al cabo, para eso te pagan*.

Después, se sumió en la negrura y no supo nada más hasta las diez de la mañana del sábado.

3

Regresó a la tierra de los vivos con acidez de estómago y un ligero dolor de cabeza, pero podía haber sido mucho peor. Lamentaba lo del felpudo, pero se alegraba de haber expulsado al menos parte del alcohol antes de que pudiera actuar sobre su

cabeza más drásticamente de lo que lo había hecho. Se quedó diez minutos bajo la ducha, realizando tan solo gestos higiénicos de compromiso; después se secó, se vistió y bajó con la cabeza envuelta en una toalla. La luz roja que indicaba la presencia de mensajes en el contestador estaba parpadeando. Cuando apretó el botón correspondiente, la cinta solo se rebobinó un poco; aparentemente, la llamada que había escuchado mientras se dormía había sido la última.

¡Bip! «Hola, Sam. —Sam, que se estaba quitando la toalla, se quedó inmóvil y frunció el entrecejo. Era una voz femenina y la conocía. ¿A quién correspondía?—. Me enteré de que su discurso fue un gran éxito. Me alegro mucho por usted».

Comprendió que era la señorita Lortz.

¿Cómo habría conseguido su número? Pero, naturalmente, para eso estaba el listín telefónico. Además, lo había anotado en su tarjeta de la Biblioteca, ¿no? Sí. No existía razón definida alguna, pero un estremecimiento recorrió su espalda.

«Asegúrese de devolver los libros el seis de abril —continuó ella, y añadió en tono pícaro—: Recuerde al Policía de la Biblioteca».

Se oyó el chasquido de la interrupción de la llamada. En el contestador se encendió la luz que indicaba el final de los mensajes.

—Es un poco hija de puta, ¿no, señora? —dijo Sam a la casa vacía.

Después se fue a la cocina a prepararse unas tostadas.

4

Cuando el viernes siguiente a las diez de la mañana, una semana después del triunfal debut de Sam como orador, llegó Naomi, Sam le entregó un largo sobre blanco con su nombre escrito.

—¿Qué es esto? —preguntó Naomi con suspicacia mientras se quitaba la capa.

Fuera llovía intensamente. Era una lluvia regular, desagradable, de comienzos de primavera.

—Ábrelo y mira.

Ella lo hizo. Era una tarjeta de agradecimiento. Dentro había un retrato de Andrew Jackson.

—¡Veinte dólares! —exclamó, mirándolo con más suspicacia que nunca—. ¿Por qué?

—Porque me salvaste la vida al enviarme a la Biblioteca —contestó Sam—. El discurso resultó muy bien, Naomi. Creo que no me equivoco al decir que fue un gran

éxito. Habría puesto cincuenta dólares si hubiera pensado que los aceptarías.

Naomi comprendió y quedó evidentemente complacida, pero de todos modos intentó rechazar el dinero.

—Me alegro mucho de haberte sido útil, Sam, pero no puedo aceptar el di…

—Sí puedes —interrumpió él—, y lo harás. Si trabajaras para mí como vendedora cobrarías una comisión, ¿no?

—Pero no lo hago. Jamás conseguiría vender nada. Cuando estaba con los Scouts, mi madre fue la única persona que me compró pastas.

—Naomi, querida niña. No, no empieces a adoptar esa actitud nerviosa, como si te estuviera acosando. No voy a hacerte una proposición. Ya pasamos por eso hace dos años.

—Desde luego que sí —aceptó Naomi, pero seguía pareciendo nerviosa y miró para asegurarse de que tenía un camino de retirada despejado hasta la puerta, en caso de necesitarlo.

—¿Comprendes que desde aquel maldito discurso he vendido dos casas y contratado casi doscientos mil dólares de seguros? Debo admitir que la mayor parte fue protección grupal ordinaria con mucho tope y comisión baja, pero sigue siendo lo suficiente para comprarme un coche nuevo. Si no aceptas los veinte dólares, me sentiré una mierda.

—¡Sam, por favor! —exclamó ella con aspecto escandalizado.

Naomi era una baptista devota. Ella y su madre iban a una pequeña iglesia de Proverbia casi tan destartalada como su casa. Lo sabía porque una vez había estado allí. Pero le alegró ver que también parecía complacida y un poco más tranquila.

En el verano de 1988 Sam había salido dos veces con Naomi. En la segunda cita le hizo una proposición. Fue tan correcta como puede ser una proposición sin dejar por ello de ser una proposición. No le sirvió de mucho. Resultó que Naomi era lo bastante buena en eso de rechazar avances como para jugar en la defensa de los Denver Broncos. Según le explicó, no era que él no le gustase, sino simplemente que había llegado a la conclusión de que nunca podrían llevarse bien «de esa manera». Desconcertado, Sam había preguntado por qué, pero Naomi se limitó a menear la cabeza. *Hay cosas difíciles de explicar, Sam, pero no por eso son menos verdaderas. No podría funcionar nunca. Créeme, nunca.* Y eso fue todo lo que pudo sacarle.

—Lamento haber dicho esa palabra, Naomi —se disculpó ahora. Hablaba con humildad, aunque por alguna razón dudaba de que Naomi fuese tan mojigata como le gustaba hacer creer—. Lo que quiero decir es que si no aceptas esos veinte dólares, me sentiré como cacapipi.

Ella metió el billete en su monedero, y a continuación trató de mirarlo con una expresión de digna beatería. Estuvo a punto de conseguirlo, pero las comisuras de su boca temblaron ligeramente.

—Ya. ¿Satisfecho?

—Sí, salvo que habría querido darte cincuenta —dijo—. ¿Aceptarías cincuenta,

Omes?

—No —contestó ella—. Y, por favor, no me llames Omes. Sabes que no me gusta.

—Lo siento.

—Se aceptan las disculpas. Y ahora, ¿por qué no cambiamos de tema?

—Vale —dijo Sam amablemente.

—Oí decir a varias personas que tu discurso fue bueno. Craig Jones estaba como loco con él. ¿De veras crees que es la razón por la que has hecho más negocios?

—¿Acaso un oso…? —empezó a decir Sam, pero se interrumpió—. Sí, lo creo. A veces las cosas funcionan así. Es extraño, pero cierto. Esta semana, el viejo gráfico de ventas ha subido. Volverá a caer, claro, pero no creo que retroceda del todo. Si a los nuevos clientes les gusta mi forma de hacer negocios, y me agrada pensar que será así, habrá un progreso.

Sam se echó hacia atrás en su silla, juntó las manos en la nuca y miró pensativo al techo.

—Cuando Craig Jones me llamó y me puso en ese compromiso, quería matarlo. De veras, Naomi.

—Sí —asintió ella—. Parecías enfrentarte a un caso de envenenamiento por hiedra.

—¿De veras? —preguntó Sam, riendo—. Sí, supongo que sí. Es gracioso cómo suceden a veces las cosas, por pura suerte. Si hay un Dios, a veces hace que te preguntes si ajustó bien todos los tornillos de la maquinaria antes de ponerla en marcha.

Esperaba que Naomi lo riñera por su irreverencia (no sería la primera vez), pero ese día no aceptó el juego. En cambio dijo:

—Si los libros de la Biblioteca te ayudaron, tienes más suerte de la que crees. Los viernes no suele abrir hasta las cinco de la tarde. Tenía intención de decírtelo, pero me olvidé.

—¿Ah, sí?

—Debiste de encontrar al señor Price haciendo trabajo atrasado o algo así.

—¿Price? —preguntó Sam—. ¿Quieres decir Peckham? ¿El portero lector de periódicos?

Naomi meneó la cabeza.

—El único Peckham del que he oído hablar era el viejo Eddie Peckham, que murió hace años. Estoy hablando del señor Price, el bibliotecario —dijo mirando a Sam como si fuera el hombre más torpe del mundo, o por lo menos de Junction City, Iowa—. Un hombre alto, delgado, de unos cincuenta años.

—No —dijo Sam—. Me atendió una dama llamada Lortz. Baja, regordeta, y más o menos de la edad en que las mujeres establecen relaciones duraderas con las cosas de poliéster verde brillante.

Una extraña mezcla de expresiones pasó por la cara de Naomi: a la sorpresa

siguió la sospecha; y a la sospecha, una especie de diversión algo exasperada. Esa especial secuencia de expresiones indica casi siempre lo mismo, que alguien empieza a comprender que están tomándole el pelo. En circunstancias más normales, a Sam le habría llamado la atención, pero se había pasado toda la semana haciendo transacciones de terrenos, de modo que tenía mucho papeleo atrasado. La mitad de su mente ya se había desviado hacia eso.

—¡Ah! —exclamó Naomi riendo—. La señorita Lortz, ¿eh? Debió de resultar divertido.

—Sí, es una mujer muy peculiar —dijo Sam.

—¡Y que lo digas! —exclamó Naomi—. En realidad, es absolutamente…

Si hubiera terminado lo que había empezado a decir, es probable que Sam se hubiese sobresaltado, pero la suerte, como acababa de señalar él, desempeña un papel importante en los asuntos humanos, y en ese momento intervino.

Sonó el teléfono.

Era Burt Iverson, el jefe espiritual de la pequeña tribu legal de Junction City. Quería hablar de un contrato de seguros realmente inmenso —«el nuevo centro médico, cobertura clientes-grupo, todavía en estadio de planificación, pero ya sabes lo que puede suponer, Sam»—, y cuando Sam volvió con Naomi, toda idea relacionada con la señorita Lortz había desaparecido de su mente. Claro que sabía lo que podía suponer; al fin y al cabo, podía ponerlo tras el volante de aquel Mercedes Benz. Y, en realidad, no le gustaba pensar en qué medida podía atribuir toda esta buena suerte a aquel estúpido discurso, si realmente deseara hacerlo.

Naomi pensaba que le estaba tomando el pelo. Sabía perfectamente quién era Ardelia Lortz, y pensó que Sam también. Al fin y al cabo, la mujer había estado implicada en el asunto más escabroso ocurrido en Junction City en los últimos veinte años. Tal vez desde la Segunda Guerra Mundial, cuando el chico de los Moggins había regresado del Pacífico tocado de la cabeza y había asesinado a toda su familia, antes de meterse el cañón de su arma reglamentaria en el oído derecho y ocuparse también de sí mismo. Ira Moggins lo había hecho antes de la época de Naomi, a quien no se le ocurrió pensar que *l’affaire Ardelia* se había producido mucho antes de la llegada de Sam a Junction City.

En todo caso, había olvidado el asunto y estaba tratando de decidirse entre la lasaña de Stouffer o una comida de Lean Cuisine en el momento en que Sam colgó el teléfono. Él le dictó cartas sin parar hasta las doce, y después le preguntó si quería ir con él a McKenna’s a comer algo. Naomi rechazó la invitación, pretextando que tenía que volver junto a su madre, que en el transcurso del invierno había empeorado mucho. No se habló más de Ardelia Lortz.

Aquel día.

Capítulo 4

Los libros desaparecidos

1

En el transcurso de la semana, Sam no solía desayunar demasiado: un vaso de zumo de naranja y una pasta de avena integral eran suficientes. Pero los sábados por la mañana (al menos aquellos sábados en que no se enfrentaba a una resaca rotaria) le gustaba levantarse algo tarde, ir a McKenna's, en la plaza, y comer lentamente un bistec y huevos mientras leía de verdad el periódico, en lugar de hojearlo superficialmente entre dos citas de negocios.

A la mañana siguiente, el siete de abril, hizo exactamente eso. La lluvia del día anterior había cesado, y el cielo presentaba un color azul pálido perfecto, viva imagen del inicio de la primavera. Después de desayunar, Sam regresó a casa por el camino más largo, deteniéndose a ver qué tulipanes y azafranes progresaban, y cuáles se habían retrasado un poco. Llegó a su casa a las diez y diez.

El piloto que indicaba la presencia de mensajes en el contestador estaba encendido. Apretó el botón correspondiente, sacó un cigarrillo y encendió la cerilla.

«Hola, Sam —dijo la voz suave e inconfundible de Ardelia Lortz. La cerilla se detuvo a unos centímetros del cigarrillo—. Estoy muy decepcionada. Debería haber devuelto los libros».

—¡Mierda! —exclamó Sam.

Algo había estado molestándolo durante toda la semana, como cuando una palabra que buscas se detiene en tu lengua como si fuera un trampolín y salta fuera de tu alcance. Los libros. Los malditos libros. Sin duda, la mujer lo consideraría exactamente el tipo de filisteo que deseaba que fuera. Él, con sus juicios gratuitos sobre qué carteles eran adecuados para la Biblioteca Infantil y cuáles no. El único enigma real era si había utilizado su mordacidad con el contestador o si la guardaba hasta que lo viera personalmente.

Agitó la cerilla y la dejó caer en el cenicero, junto al teléfono.

«Creo que le expliqué —seguía con su voz suave y excesivamente razonable— que *El compañero del orador* y *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano* pertenecen a la sección de Referencias Especiales y no se pueden prestar más de una

semana. Esperaba algo más de usted, Sam. De veras que sí».

Para su exasperación, Sam descubrió que estaba en su propia casa, con un cigarrillo sin encender entre los labios y un rubor culpable que ascendía por su cuello y empezaba a llegar a las mejillas. Una vez más, había sido trasladado con firmeza al cuarto curso, y esta vez se encontraba sentado en un banquillo de cara al rincón, con una gorra de burro en la cabeza. En el tono característico de alguien que está haciendo un gran favor, Ardelia Lortz continuaba: «Sin embargo, he decidido concederle una prórroga. Tiene hasta el lunes por la tarde para devolver los libros. Por favor, ayúdeme a evitar situaciones desagradables. —Y, tras una pausa, añadió—: Recuerde al Policía de la Biblioteca, Sam».

—Ardelia, nena, ese truco ya está muy gastado —murmuró Sam.

Pero no le hablaba al contestador. Ella había colgado después de mencionar al Policía de la Biblioteca, y la máquina se desconectó silenciosamente.

2

Sam encendió otra cerilla. Todavía estaba exhalando el humo cuando se le ocurrió algo. Tal vez fuese una cobardía, pero daría por terminadas sus relaciones con la señorita Lortz. Además, había en ello una especie de justicia brutal.

Había dado su recompensa merecida a Naomi y haría lo mismo con Ardelia. Se sentó ante el escritorio de su estudio, donde había redactado el famoso discurso, y cogió la libreta de notas. Debajo del encabezamiento (*Del despacho de* SAMUEL PEEBLES), garrapateó la siguiente nota:

> Querida señorita Lortz:
>
> Le pido excusas por el retraso en la devolución de sus libros.
>
> Es una disculpa sincera, pues los libros me resultaron de gran utilidad en la preparación del discurso. Por favor, acepte este dinero en pago de la multa por el retraso y guarde el resto en prueba de mi gratitud.
>
> Sinceramente suyo,
>
>
>
> SAM PEEBLES

Sam releyó la nota mientras buscaba un clip en el cajón de su escritorio. Consideró cambiar «devolución de sus libros» por «devolución de los libros de la

Biblioteca», pero decidió dejarlo como estaba. Ardelia Lortz le había dado la clara impresión de ser el tipo de mujer que suscribe la filosofía de *l'état c'est moi*, aunque en este caso *l'état* fuera solo la Biblioteca local.

Sacó de su cartera un billete de veinte dólares y utilizó el clip para sujetarlo a la nota. Vaciló un momento más, tamborileando intranquilo en el borde del escritorio.

Lo considerará un soborno. Probablemente se ofenderá y se enfadará como un demonio.

Tal vez fuera cierto, pero a Sam no le importaba. Sabía lo que había detrás de la llamadita astuta de esa mañana. Tal vez detrás de ambas llamadas. La había fastidiado un poco con el asunto de los carteles de la Biblioteca Infantil, y ahora ella se lo devolvía…, o intentaba hacerlo. Pero esto no era el cuarto curso, él no era un chico huidizo y aterrorizado (al menos, ya no) y no iba a dejarse intimidar por el malhumorado cartel del vestíbulo de la Biblioteca ni por la reprimenda de «lleva un retraso de un día entero, mal chico», de la bibliotecaria.

—¡A tomar por culo! —exclamó en voz alta—. Si no quiere el maldito dinero, que lo done al fondo de ayuda a la Biblioteca o algo así.

Dejó la nota con el billete de veinte dólares sobre el escritorio. No tenía intención de llevarla en persona para darle la oportunidad de ponerse pesada. Reuniría ambos libros con una banda elástica, después de meter en uno de ellos la nota con el dinero de forma que se viesen. Luego, se limitaría a dejar el paquete en el buzón de libros. Había pasado seis años en Junction City sin conocer a Ardelia Lortz; con un poco de suerte, pasarían otros seis años antes de que volviera a verla.

Ahora, lo único que tenía que hacer era encontrar los libros.

No estaban en el escritorio del estudio, de eso estaba seguro. Sam pasó al comedor y miró sobre la mesa. Era el lugar donde solía dejar las cosas que había que devolver. Había dos cintas de VHS listas para devolver al Vídeo Stop de Bruce, un sobre de *Paperboy* y dos carpetas con pólizas de seguros dentro, pero ni rastro de *El compañero del orador* ni de *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*.

—¡Mierda! —exclamó Sam rascándose la cabeza—. ¿Dónde diablos…?

Fue a la cocina. Sobre la mesa solo estaba el periódico de la mañana, que había dejado allí al entrar. Lo tiró con aire ausente en la caja de cartón que había junto al horno, mientras miraba sobre el mármol; allí no había nada, excepto la caja de cartón de donde había sacado la cena congelada de la noche anterior.

Subió lentamente la escalera para buscar en las habitaciones de la segunda planta, pero estaba empezando a tener una sensación muy desagradable.

3

Esa tarde, a las tres, la sensación desagradable había empeorado mucho. En realidad, Sam Peebles estaba frenético. Después de recorrer dos veces la casa de arriba abajo (la segunda vez llegó incluso al sótano), había ido a su oficina, aunque estaba bastante seguro de haber llevado los libros a casa cuando salió del trabajo el lunes a última hora. Por supuesto, allí no había encontrado nada. Y allí estaba de nuevo, sin haber adelantado mucho tras haber perdido la mayor parte de un hermoso sábado primaveral en la búsqueda infructuosa de dos libros.

No dejaba de pensar en el tono pícaro de la mujer

(Recuerde al Policía de la Biblioteca, Sam)

y en lo feliz que se sentiría si supiera hasta qué punto le había impresionado. Sam no tenía duda alguna de que, si realmente existieran Policías de Biblioteca, a la mujer le encantaría enviar uno en su busca. Cuanto más pensaba en ello, más furioso se ponía.

Regresó a su estudio. Desde el escritorio lo contemplaban blandamente su nota a Ardelia Lortz y los veinte dólares agregados a ella.

—¡Cojones! —exclamó.

Estuvo a punto de iniciar otra búsqueda frenética por la casa, pero se controló y se contuvo. Con eso no conseguiría nada.

De pronto oyó la voz de su difunta madre. Era suave y dulcemente razonable. *Samuel, cuando no puedas encontrar algo, correr por ahí buscándolo no suele servir de nada. Siéntate y piensa. Utiliza la cabeza y no te arruines los pies.*

Había resultado un buen consejo cuando tenía diez años; supuso que resultaría igualmente bueno a los cuarenta. Sam se sentó ante el escritorio, cerró los ojos y comenzó a trazar el recorrido de los malditos libros desde el instante en que la señorita Lortz se los había entregado hasta… cuando fuera.

Desde la Biblioteca los había llevado a su oficina, deteniéndose de camino en la Casa de la Pizza de Sam para comprar una ración doble con pimiento y champiñones, que se había comido ante su escritorio buscando dos cosas en *El compañero del orador*: buenos chistes y la manera de contarlos. Recordaba el cuidado que había puesto en que no cayera ni una gota de salsa sobre el libro, lo cual resultaba más bien irónico si consideraba que ahora no podía encontrar ninguna de las dos cosas.

Había pasado la mayor parte de la tarde trabajando en el discurso, intercalando los chistes y reescribiendo toda la última parte para que el poema encajara mejor. Al regresar a casa la tarde del viernes, se había llevado el discurso terminado, pero no los libros. De eso estaba seguro. Cuando llegó la hora de la cena en el Rotary Club, Craig Jones lo recogió; y también fue Craig quien lo dejó en casa más tarde, justo a tiempo para el bautismo del felpudo.

La mañana del sábado había cuidado su resaca leve pero fastidiosa, y el resto del fin de semana se había quedado en casa leyendo, mirando la tele y —afróntalo, chico — disfrutando de su triunfo. No se había acercado a la oficina en todo el fin de

semana. Estaba seguro.

Vale —pensó—. *Ahora viene lo más difícil. Concéntrate*. Pero descubrió que, a fin de cuentas, no necesitaba concentrarse tanto.

A las cinco menos cuarto de la tarde del lunes, cuando se preparaba para salir de la oficina, había sonado el teléfono. Era Stu Youngman, que quería que suscribiera una gran póliza de seguros para un propietario. Ése había sido el comienzo de la lluvia de dólares de la semana. Mientras hablaba con Stu, sus ojos se habían posado en los dos libros de la Biblioteca, colocados en un rincón de su escritorio. Cuando salió por segunda vez, llevaba la chaqueta en una mano y los libros en la otra. Sobre eso no tenía la menor duda.

Había tenido intención de devolverlos a la Biblioteca aquella tarde, pero entonces llamó Frank Stephens invitándolo a cenar con él, su esposa y su sobrina, que había venido de visita desde Omaha (Sam había descubierto que cuando se es soltero en una ciudad pequeña, hasta los conocidos más casuales se convierten en incansables casamenteros). Habían ido a Brady's Ribs, habían vuelto tarde —alrededor de las once, tarde para un día laborable—, y cuando llegó a casa se había olvidado por completo de los libros de la Biblioteca.

Después de eso, los perdió de vista. No había pensado en devolverlos hasta la llamada de la señorita Lortz, porque la inesperada ebullición de negocios había ocupado la mayor parte de sus pensamientos.

Vale, probablemente no los haya cambiado de lugar desde entonces. Deben de estar donde los dejé cuando llegué a casa el lunes por la tarde.

Durante un instante, sintió esperanzas. ¡Tal vez siguieran en el coche! Entonces, justo cuando se levantaba para ir a comprobarlo, recordó que había pasado la chaqueta a la mano que sostenía los libros en el momento de llegar a casa el lunes. Lo había hecho para poder sacar las llaves de casa del bolsillo derecho. No los había dejado en el coche.

¿*Y qué hiciste cuando entraste*?

Se vio abriendo la puerta de la cocina, entrando, colocando la chaqueta sobre una silla, volviéndose con los libros en la mano…

—¡Oh, no! —murmuró Sam.

La sensación desagradable retornó.

En el estante contiguo al pequeño horno de leña de la cocina había una caja de cartón de buen tamaño, del tipo de las que se encuentran en las licorerías. Hacía ya un par de años que estaba allí. A veces la gente guarda los objetos más pequeños en esas cajas cuando se muda, pero sirven también como excelentes depósitos para objetos diversos. Sam utilizaba la que tenía junto al horno para almacenar periódicos. Después de leer el periódico del día, lo ponía en la caja. Hacía poco rato que había dejado allí el de ese día. Y una vez al mes aproximadamente…

—¡Dave *El Sucio*! —murmuró Sam.

Se puso en pie y se dirigió a toda prisa a la cocina.

4

La caja, ilustrada con la imagen provocativa y con monóculo de Johnnie Walker, estaba casi vacía. Sam revisó los pocos periódicos que había, buscando pese a saber que no encontraría nada, como hace la gente cuando está tan exasperada que en el fondo cree que desear intensamente una cosa hará que esté allí. Encontró la *Gazette* del sábado —la que acababa de dejar hacía poco— y el periódico del viernes. Naturalmente no había ningún libro, ni abajo ni entre los papeles. Sam se quedó inmóvil un momento, con la mente llena de ideas negras, y después fue hacia el teléfono para llamar a Mary Vasser, que le limpiaba la casa todos los jueves por la mañana.

—¿Diga? —preguntó una voz ligeramente preocupada.

—Hola, Mary. Soy Sam Peebles.

—¿Sam? —La preocupación aumentó—. ¿Pasa algo malo?

¡*Sí! ¡El lunes por la tarde la furcia que se encarga de la Biblioteca local estará detrás de mí! ¡Probablemente con una cruz y un montón de clavos largos*!

Pero, naturalmente, no podía decir una cosa así. No a Mary. Era uno de esos seres humanos desdichados que han nacido bajo una mala estrella y viven dentro de su oscura nube de premonición fatal. Las Mary Vasser de este mundo creen que hay un sinfín de enormes cajas fuertes colgando a tres pisos de altura por encima de un sinfín de aceras, sostenidas por cables raídos y esperando a que el destino conduzca a los condenados al punto de impacto. Y si no es una caja fuerte, es un conductor borracho; y si no, un maremoto (¿En Iowa? Sí, en Iowa). Y si no, un meteorito. Mary Vasser era uno de esos seres afligidos que siempre preguntan si ha sucedido algo cuando los llamas por teléfono.

—Nada —dijo Sam—. No pasa nada malo. Me preguntaba solo si el jueves viste a Dave.

La pregunta era una mera formalidad; al fin y al cabo, los periódicos habían desaparecido y Dave *El Sucio* era el único duende de los periódicos de Junction City.

—Sí —respondió Mary. La cordial afirmación de Sam de que no sucedía nada malo parecía haber aumentado sus temores. Ahora vibraba en su voz un terror escasamente disimulado—. Vino a buscar los periódicos. ¿Hice mal en dejarlo entrar? Hace años que viene, de modo que pensé…

—En absoluto —dijo Sam con una alegría demente—. Simplemente vi que no estaban y pensé en preguntarte si…

—Nunca me lo habías preguntado —interrumpió su voz—. ¿Está bien? ¿Le ha sucedido algo a Dave?

—No —dijo Sam—, quiero decir, no lo sé. Yo solo… —Entonces tuvo una idea repentina—. ¡Los cupones! —exclamó estúpidamente—. El jueves olvidé cortar los cupones, así que…

—¡Ah! —dijo ella—. Si quieres, puedo darte los míos.

—No, no podría hacer es…

—Te los llevaré el próximo jueves —interrumpió ella—. Tengo miles.

Tantos que nunca tendré oportunidad de usarlos todos —era la afirmación implícita en su voz—. *Al fin y al cabo, por ahí hay una caja fuerte esperando a que yo pase por debajo, o un árbol esperando una tormenta para desplomarse sobre mí, o, en algún motel de Dakota del Norte, un secador de pelo esperando caerse del estante dentro de la bañera llena de agua. Vivo de prestado, así que ¿para qué quiero tantos cupones?*

—Vale —dijo Sam—. Eso sería estupendo. Gracias, Mary, eres un encanto.

—¿Y estás seguro de que no pasa nada más?

—Nada —contestó Sam, más cordialmente que nunca. A sus oídos sonaba como si fuera un sargento lunático, incitando a los pocos hombres que le quedaban a intentar un último asalto estéril a un nido de ametralladoras fortificado. ¡*Vamos, muchachos, tal vez estén durmiendo*!

—Vale —dijo Mary dudosa, y por fin dio permiso a Sam para escapar.

Se dejó caer pesadamente en una de las sillas de la cocina y contempló con mirada torva la caja casi vacía de Johnnie Walker. Dave *El Sucio* había ido a buscar los periódicos como hacía la primera semana de cada mes, pero esta vez se había llevado sin saberlo un pequeño premio: *El compañero del orador* y *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*. Y Sam tenía una idea bastante ajustada de en qué se habían convertido.

En pulpa. Pulpa reciclada.

Dave *El Sucio* era uno de los alcohólicos en funciones de Junction City. Incapaz de mantener un trabajo fijo, se las componía para vivir de los desechos de los demás y de esa manera era un ciudadano bastante útil. Recogía envases retornables y tenía una ruta del papel, igual que Keith Jordan, un niño de doce años. La única diferencia estaba en que Keith repartía diariamente la *Gazette* y Dave Duncan *El Sucio* la recogía una vez al mes de casa de Sam y Dios sabe de cuántas más de la zona de la avenida Kelton. Sam lo había visto muchas veces empujando su carrito lleno de bolsas de basura verdes, cruzando la ciudad en dirección al centro de reciclaje situado entre el viejo depósito de trenes y el pequeño refugio para gente sin hogar donde él y una docena de camaradas pasaban casi todas las noches.

Se quedó sentado allí un momento más, tamborileando con los dedos sobre la mesa; después, se levantó, se echó una chaqueta por encima de los hombros y salió en dirección al coche.

Capítulo 5

La calle Angle (I)

1

Indudablemente, el pintor del rótulo había tenido las mejores intenciones, pero había cometido errores. El cartel estaba clavado a uno de los pilares del porche de la vieja casa, junto a las vías del tren, y anunciaba:

CALLE ANGLE

Como en la avenida del Ferrocarril no había ningún ángulo visible —al igual que la mayor parte de las calles y carreteras de Iowa, era recta como un cordel—, suponía que el hombre había querido poner «calle Ángel». Bueno, ¿y qué? Sam pensó que, si bien era cierto que el camino al infierno estaba empedrado de buenas intenciones, la gente que intentaba rellenar los agujeros que encontraba a lo largo del recorrido merecía al menos cierto crédito.

La calle Angle era un enorme edificio que, por lo que suponía Sam, debía de haber alojado a los empleados de la compañía ferroviaria en los tiempos en que Junction City había sido un auténtico nudo de comunicaciones. Ahora solo había dos vías en funcionamiento y ambas iban de este a oeste. Las demás estaban herrumbrosas y cubiertas de maleza. La mayor parte de las traviesas habían desaparecido, arrancadas para hacer fuego por la gente sin hogar que poblaba la calle Angle.

Sam llegó a las cinco menos cuarto. El sol despedía una luz débil y melancólica sobre los campos vacíos que llegaban hasta aquel extremo de la ciudad. Por detrás de los escasos edificios pasaba un tren de mercancías aparentemente interminable. Se había levantado una ligera brisa, y al detener el coche y bajar, oyó el gañido herrumbroso del viejo cartel de JUNCTION CITY, que se balanceaba adelante y atrás encima de la plataforma desierta, donde alguna vez la gente había subido a trenes que iban a St. Louis o a Chicago… Incluso al viejo Expreso Sunnyland, que había tenido su única parada de Iowa en Junction City, de camino al Oeste, a los fabulosos reinos de Las Vegas y Los Ángeles.

El refugio había sido blanco alguna vez; ahora era de un gris desnudo. Las cortinas de las ventanas estaban limpias, pero lacias y cansadas. En el patio ceniciento se esforzaban por crecer las malas hierbas. Sam pensó que hacia junio podían ganar terreno, pero por el momento no estaban haciendo un buen trabajo. Junto a los escalones astillados que llevaban al porche, habían colocado un barril herrumbroso. Enfrente del cartel de la calle Angle, clavado a otro pilar de porche, había este mensaje:

¡NO SE PERMITE BEBER EN EL REFUGIO!
¡SI TIENE UNA BOTELLA, DEBE DEJARLA AQUÍ
ANTES DE ENTRAR!

Estaba de suerte. Aunque ya casi había llegado la noche del sábado, y las tabernas y cervecerías de Junction City esperaban, Dave *El Sucio* estaba allí, y sobrio. De hecho, estaba sentado en el porche con otros dos borrachines, ocupados los tres en colocar carteles sobre grandes rectángulos de cartón blanco, obteniendo diversos resultados. El tipo sentado en el suelo, en el extremo más alejado del porche, se sostenía la muñeca derecha con la mano izquierda, en un esfuerzo por detener un ataque de temblor. El que estaba en el centro trabajaba con la lengua asomando por una comisura de la boca, y parecía un antiquísimo niño haciendo lo posible por dibujar un árbol que le depararía una estupenda estrella dorada para mostrarle a mamá. Dave *El Sucio*, sentado en una mecedora astillada cerca de los escalones del porche, era el que estaba en mejor forma, pero los tres parecían derrotados, constreñidos y mutilados.

—Hola, Dave —dijo Sam subiendo los escalones.

Dave levantó la mirada, bizqueó y esbozó una sonrisa vacilante. Todos los dientes que le quedaban estaban delante. La sonrisa mostró los cinco.

—¿Señor Peebles?

—Sí —dijo él—. ¿Cómo te va, Dave?

—¡Oh, bastante bien! ¡Creo que bastante bien! ¡Eh, muchachos! —exclamó, mirando a su alrededor—. ¡Saludad al señor Peebles! ¡Es abogado!

El tipo que sacaba la punta de la lengua levantó la mirada, hizo un breve gesto con la cabeza y volvió a concentrarse en su cartel. De la fosa nasal izquierda le colgaba un largo hilo de moco.

—En realidad, me ocupo de bienes raíces, Dave —aclaró Sam—. Bienes raíces y segur…

—¿Tiene mi Slim Jim? —preguntó abruptamente el de los temblores.

No levantó la vista, pero su gesto de concentración se acentuó. Desde donde estaba, Sam veía su cartel: estaba cubierto de largos churretes de color naranja que recordaban vagamente a palabras.

—¿Cómo dice? —preguntó Sam.

—Ése es Lukey —dijo Dave en voz baja—. No está en uno de sus mejores días,

señor Peebles.

—Consígame mi Slim Jim, consígame mi Slim Jim, consígame mi Slim Jim, maldito Slim Jim —canturreó Lukey sin mirarlos.

—Eh, lamento… —empezó a decir Sam.

—¡No tiene Slim Jims! —gritó Dave *El Sucio*—. ¡Lukey, cállate y haz el cartel! ¡Sarah los quiere para las seis! ¡Vendrá especialmente a buscarlos!

—Conseguiré yo solo un Slim Jim —dijo Lukey en tono grave y profundo—. Si no, supongo que comeré mierda de rata.

—No le haga caso, señor Peebles —dijo Dave—. ¿Qué pasa?

—Bueno, me preguntaba si no habrías encontrado por casualidad un par de libros cuando recogiste los periódicos el jueves pasado. Los he extraviado y se me ocurrió preguntarte. Tengo que devolverlos a la Biblioteca.

—¿Tiene un cuarto? —preguntó de súbito el hombre que sacaba la punta de la lengua—. ¿Cuál es la palabra? ¡Thunderbird!

Sam metió la mano en el bolsillo con gesto automático. Dave estiró la mano y tocó su muñeca casi como excusándose.

—No le dé dinero, señor Peebles —dijo—. Ése es Rudolph. No necesita ningún Thunderbird. Él y el águila ya no se llevan bien. Solo necesita una noche de sueño.

—Lo siento —se excusó Sam—. Estoy sin blanca, Rudolph.

—Sí, usted y todos los demás —dijo Rudolph. Y, mientras volvía a su cartel, murmuró—: ¿Qué precio es? Dos veces cincuenta.

—No vi ningún libro —dijo Dave *El Sucio*—. Lo lamento. Solo cogí los diarios, como de costumbre. Allí estaba la señora Vasser; ella puede decírselo. No hice nada malo.

Sin embargo, sus ojos lagrimeantes y desdichados decían que no esperaba que Sam le creyese. A diferencia de Mary, Dave Duncan *El Sucio* no vivía en un mundo en el que la muerte lo esperaba en el camino o al dar la vuelta a la esquina. Su maldición lo rodeaba; vivía en ella con la poca dignidad que podía conservar.

—Te creo —dijo Sam, poniendo la mano sobre el hombro de Dave.

Al principio Dave se encogió como si creyera que Sam pensaba pegarle, y después lo miró agradecido.

—Vacié su caja de diarios en una de mis bolsas, como siempre —explicó Dave—. Le juro por Dios que no vi ningún libro.

—¡Si tuviera mil Slim Jims, me los comería todos! —gritó de pronto Lukey—. ¡Me tragaría a esos mamones! ¡Eso es comida! ¡Eso es comida! ¡Es comida a medida!

—Te creo —repitió Sam, y palmeó el hombro horriblemente esquelético de Dave.

Que Dios lo perdonara, pero se descubrió preguntándose si Dave tendría ladillas. Inmediatamente después de esta idea tan poco caritativa, se le ocurrió otra: se preguntó si alguno de los rotarios, aquellos tipos cordiales y robustos con quienes había tenido tanto éxito la semana anterior, habrían estado últimamente por esa parte

de la ciudad. Se preguntó si conocían siquiera la calle Angle. Y también si Spencer Michael Free pensaba en hombres como Lukey, Rudolph y Dave *El Sucio* cuando escribió que lo que contaba en el mundo era el contacto humano…, el contacto de tu mano y la mía. Sintió una repentina oleada de vergüenza ante el recuerdo de su discurso, tan lleno de alarde inocente y aprobación por los placeres sencillos de la vida en una ciudad pequeña.

—¡Estupendo! —exclamó Dave—. Entonces ¿puedo volver el mes próximo?

—Por supuesto. Llevaste los diarios al centro de reciclaje, ¿verdad?

—¡Ajá! —asintió Dave *El Sucio*, apuntando con un dedo coronado por una uña amarilla y resquebrajada—. Allá. Pero está cerrado.

—Sí, claro. ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Pasando el tiempo —contestó Dave, y le dio la vuelta al cartel para que Sam pudiera verlo.

Era el dibujo de una mujer sonriente con una bandeja de pollo frito, y lo primero que impresionó a Sam fue que era bueno, realmente bueno. Borracho o no, Dave *El Sucio* tenía un talento natural. Sobre el dibujo figuraba la siguiente leyenda en letras impecables:

CENA DE POLLO EN LA 1.ª IGLESIA METODISTA
EN BENEFICIO
DEL REFUGIO PARA PERSONAS SIN HOGAR
DE «CALLE ÁNGEL»
DOMINGO 8 DE ABRIL
DE 18 A 20 HORAS
SI VIENE UNO, VIENEN TODOS

—Se hace antes de la reunión de AA —explicó Dave—, pero en el cartel no se puede poner nada sobre la organización porque es una especie de secreto.

—Lo sé —dijo Sam. Hizo una pausa y preguntó—: ¿Vas a Alcohólicos Anónimos? No tienes que contestarme si no quieres. Sé que no es asunto mío.

—Voy —respondió Dave—, pero es duro, señor Peebles. Me dan más bolitas blancas que píldoras para el hígado tiene Carter. Estoy sobrio un mes, a veces dos, y una vez aguanté casi un año entero. Pero es duro —repitió meneando la cabeza—. Dicen que algunas personas nunca logran cumplir el programa. Debo de ser uno de ésos, pero sigo intentándolo.

La mirada de Sam volvió a sentirse atraída hacia la mujer con la fuente de pollo. El dibujo era demasiado detallado para ser una caricatura o un esbozo, aunque tampoco era una pintura. Resultaba evidente que Dave lo había hecho de prisa, pero había conseguido darle un toque de gentileza en los ojos y de humor en la boca, como el último rayo de sol del día. Y lo más extraño era que la mujer le resultaba familiar.

—¿Es una persona real? —preguntó a Dave.

La sonrisa de Dave se ensanchó. El hombre asintió.

—Es Sarah. ¡Una gran muchacha, señor Peebles! Si no fuera por ella, este lugar habría cerrado hace cinco años. Siempre encuentra gente que dona dinero cuando parece que los impuestos son excesivos o que no lograremos arreglar el lugar para satisfacer a los inspectores de viviendas. Dice que la gente que da el dinero son ángeles, pero el ángel es ella. El lugar lleva ese nombre por Sarah. Claro que Tommy St. John lo escribió mal, pero su intención era buena. —Dave *El Sucio* se quedó un momento callado, mirando su cartel. Después, sin levantar los ojos, agregó—: Naturalmente, Tommy ha muerto. Murió el invierno pasado. Su hígado reventó.

—¡Oh! —exclamó Sam, y añadió débilmente—: Lo siento.

—No lo haga. Al menos, ha escapado de esto.

—¡Comida a medida! —exclamó Lukey poniéndose en pie—. ¡Comida a medida! ¿No es una cabrona comida a medida? —preguntó, mientras le llevaba el cartel a Dave.

Debajo de los churretes anaranjados había dibujado a una mujer monstruosa, cuyas piernas terminaban en unas aletas de tiburón que, en opinión de Sam, pretendían ser zapatos. En una mano, a duras penas lograba sostener una fuente deforme que parecía llena de serpientes azules. La otra aferraba un objeto cilíndrico de color marrón.

Dave cogió el cartel y lo examinó.

—Es bueno, Lukey.

Los labios se Lukey se estiraron en una sonrisa maliciosa. Señaló el objeto marrón.

—¡Mira, Dave! ¡Se ha comprado un Slim Jim!

—Claro que sí. Muy bueno. Si quieres, ve adentro y enciende la televisión. Están dando *Star Trek*. ¿Cómo te va, Dolph?

—Dibujo mejor cuando voy cargado —dijo Rudolph, mostrando su lámina a Dave.

Había dibujado un gigantesco muslo de pollo rodeado por hombres y mujeres como palitos, que lo miraban.

—Es el enfoque fantástico —le explicó Rudolph a Sam. Hablaba con cierta truculencia.

—Me gusta —dijo Sam.

Y era verdad. El cartel de Rudolph le recordaba a esos chistes del *New Yorker* que en ocasiones no comprendía porque eran demasiado surrealistas.

—Vale. —Rudolph lo miró con atención—. ¿Seguro que no tiene un cuarto?

—No —contestó Sam.

Rudolph asintió.

—En cierta forma es mejor —dijo—. Pero por otro lado es una cagada.

Rudolph siguió a Lukey al interior, y muy pronto se filtró el tema musical de *Star Trek* por la puerta abierta. William Shatner dijo a los alcohólicos y reventados de la calle Angle que su misión consistía en ir audazmente al lugar adonde nunca había ido

ningún hombre. Sam supuso que varios miembros de ese auditorio ya estaban allí.

—No viene mucha gente a las cenas, salvo nosotros y algunos de los de AA de la ciudad —dijo Dave—, pero al menos es una actividad. Lukey ya casi no habla, a menos que esté dibujando.

—Tú tienes mucho talento —le dijo Sam—. De verdad, Dave. ¿Por qué no…? —Se detuvo.

—¿Por qué no qué, señor Peebles? —preguntó Dave con suavidad—. ¿Por qué no uso la mano derecha para ganar un dólar? Por la misma razón por la cual no consigo un trabajo estable. Se me hizo tarde mientras estaba ocupado en otras cosas.

A Sam no se le ocurrió nada que decir.

—Pero lo intenté —prosiguió Dave—. ¿Sabe que fui con una beca a la Lorillard School de Des Moines? La mejor escuela de arte del Medio Oeste. Me catearon el primer semestre. La bebida. No importa. ¿Quiere entrar a tomar una taza de café, señor Peebles? Si se espera podría conocer a Sarah.

—No, es mejor que vuelva. Tengo algo que hacer.

Y era verdad.

—Vale. ¿Está seguro de que no está enfadado conmigo?

—En absoluto.

Dave se puso en pie.

—Entonces, creo que entraré —dijo—. Ha sido un día hermoso, pero ahora empieza a hacer frío. Que pase una buena noche, señor Peebles.

—Gracias —respondió Sam, aunque dudaba de que fuera a divertirse mucho precisamente esa noche.

Sin embargo, recordó que su madre tenía otra máxima: la manera de sacarle partido a una medicina desagradable es tragársela lo antes posible. Y eso era lo que tenía intención de hacer.

Bajó los escalones de la calle Angle mientras Dave Duncan *El Sucio* entraba en la casa.

2

Sam recorrió casi todo el camino hacia su coche, y después dio un rodeo en dirección al centro de reciclaje. Anduvo lentamente por el suelo cubierto de maleza y cenizas, observando cómo el largo tren de mercancías desaparecía en dirección a Camden y Omaha. Las luces rojas del furgón de cola parpadeaban como estrellas moribundas.

Por alguna razón, los trenes de carga siempre lo hacían sentirse solo, y ahora, después de su conversación con Dave *El Sucio*, se sentía más solo que nunca. En las pocas ocasiones en que había visto a Dave cuando éste recogía sus periódicos, le había parecido un hombre alegre, casi bufonesco. Esa noche le pareció ver detrás de la máscara, y lo que había visto le hacía sentirse desdichado e indefenso. Dave era un hombre perdido, serena pero totalmente perdido, que utilizaba un talento considerable en hacer carteles para una cena de la iglesia.

Para llegar al centro de reciclaje había que atravesar zonas repletas de basura: primero, los suplementos publicitarios amarillentos que salían de viejos ejemplares de la *Gazette*; después, las bolsas de basura rotas; y finalmente, un cinturón de asteroides de botellas rotas y latas aplastadas. Las persianas del pequeño edificio de tablillas estaban bajadas. En el cartel que colgaba de la puerta se leía solo: CERRADO.

Sam encendió un cigarrillo y regresó hacia el coche. Apenas había dado una docena de pasos cuando vio algo familiar en el suelo. Lo cogió. Era la sobrecubierta de *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*. Encima había un sello con las palabras: PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE JUNCTION CITY.

Así que ahora estaba seguro. Había puesto los libros en la caja de Johnnie Walker, encima de los periódicos, y los había olvidado. Después, encima de los libros había dejado otros periódicos, los del martes, el miércoles y el jueves. El jueves por la mañana, Dave *El Sucio* había ido a su casa, había cogido la caja y había vaciado el contenido en su bolsa de plástico. La bolsa había ido a parar a su carrito, el carrito había llegado allí, y aquello era todo cuanto quedaba: una sobrecubierta con un sello lodoso encima.

Sam dejó que la sobrecubierta se deslizara por entre sus dedos y regresó lentamente al coche. Tenía algo que hacer, y resultaba adecuado hacerlo a la hora de la cena.

Al parecer, tenía que comerse una rana.

Capítulo 6

La Biblioteca (II)

1

A mitad de camino de la Biblioteca, se le ocurrió una idea repentina, algo tan evidente que apenas podía creer que no se le hubiera ocurrido antes. Había perdido un par de libros de la Biblioteca, y ahora descubría que habían sido destruidos. Tendría que pagarlos.

Y eso era todo.

Pensó que Ardelia Lortz había tenido más éxito del que había creído en hacer que se sintiera como un niño de cuarto curso. Cuando un niño perdía un libro, era el fin del mundo. Impotente, se encogía bajo la sombra de la burocracia y esperaba la aparición del Policía de la Biblioteca. Pero no existía ningún Policía de Bibliotecas, y Sam, como adulto, lo sabía perfectamente. Solo había empleados del ayuntamiento como la señorita Lortz, que a veces se hacían una idea desmesurada sobre su función, y contribuyentes como él, que a veces olvidaban que ellos eran el perro que mueve la cola, y no al revés.

Ahora entraré, me disculparé y después le pediré que me envíe la factura de los ejemplares de reemplazo —pensó Sam—. *Y eso es todo. Es el final*.

Era tan sencillo que resultaba sorprendente.

Sam aparcó frente a la Biblioteca, todavía un poco nervioso y avergonzado, pero controlando mucho más aquella tempestad en un vaso de agua. Los faroles de carruaje que flanqueaban la entrada principal estaban encendidos, proyectando una suave radiación blanca en los escalones y sobre la fachada de granito del edificio. El atardecer daba al edificio un aspecto amable y acogedor, que decididamente no había percibido en su primera visita; o tal vez fuera que ahora la primavera ya se sentía con mayor claridad, cosa que no sucedía el nublado día de marzo en que había conocido al dragón residente. El rostro imponente del robot de piedra había desaparecido. Era otra vez la Biblioteca Pública.

Sam empezó a bajar del coche y se detuvo. Había tenido una revelación; ahora, súbitamente, se le concedió otra.

Recordó la cara de la mujer del cartel de Dave *El Sucio,* la que sostenía la fuente

de pollo frito. La que Dave había llamado Sarah. A Sam, esa mujer le había resultado familiar; súbitamente se produjo en su cerebro una oscura conexión y supo por qué.

Era Naomi Higgins.

2

En los escalones de la entrada se cruzó con dos chicos con cazadoras JCHS. Sam asió la puerta antes de que se cerrara y entró en el vestíbulo. Lo primero que le sorprendió fue el sonido. No es que hubiese estrépito en la sala de lectura, pero tampoco era el suave pozo de silencio que había saludado a Sam el viernes al mediodía, hacía una semana.

«Bueno, es que hoy es sábado por la tarde —pensó—. Seguramente hay chicos estudiando para los exámenes de mitad de curso».

Pero ¿permitiría Ardelia Lortz aquella charla, por discreta que fuera? La respuesta parecía ser sí, a juzgar por el sonido, pero desde luego no parecía típico de ella.

Lo segundo tenía que ver con aquella orden muda montada en el caballete.

¡SILENCIO!

Había desaparecido. En su lugar había un retrato de Thomas Jefferson, y debajo esta cita:

«No puedo vivir sin libros».
Thomas Jefferson (*en una carta a John Adams*)
10 de junio de 1815

Sam lo observó un momento, pensando que cambiaba toda la sensación previa a la entrada en la biblioteca.

Aquel ¡SILENCIO! producía una sensación de temblor e intranquilidad (por ejemplo, ¿qué pasaba si el estómago gruñía o si uno sentía la inminencia de un ataque de flatulencia no necesariamente silenciosa?).

En cambio, la frase «No puedo vivir sin libros» producía sentimientos de placer y anticipación, te hacía sentir como se siente un hombre hambriento cuando está llegando por fin la comida.

Desconcertado por que una cosa tan pequeña pudiera producir una diferencia tan esencial, Sam entró en la Biblioteca y se detuvo en seco.

3

El recinto era mucho más brillante que en su primera visita, pero ése era solo uno de los cambios. Habían desaparecido las escalerillas que ascendían a los brumosos espacios de los estantes superiores. No eran necesarias, porque ahora el cielo raso estaba a unos dos metros y medio por encima del suelo, en lugar de a nueve o diez. Si querías sacar un libro de uno de los estantes superiores, lo único que tenías que hacer era subirte a uno de los taburetes que había dispersos por allí. Las revistas estaban colocadas en invitador abanico sobre una amplia mesa, junto al escritorio de circulación. Había desaparecido el expositor de roble del que colgaban como pieles de animales muertos. También había desaparecido el cartel con: ¡DEVUELVA TODAS LAS REVISTAS A SUS LUGARES CORRESPONDIENTES!

El estante de las novelas nuevas seguía allí, pero el cartel con el mensaje SIETE DÍAS DE PRÉSTAMO había sido reemplazado por otro que invitaba: ¡LEA UN BEST SELLER SOLO POR EL PLACER DE HACERLO!

La gente —sobre todo jóvenes— entraba y salía hablando en voz baja. Alguien dejó escapar una risilla. Era un sonido natural, espontáneo.

Sam miró el techo tratando desesperadamente de comprender qué demonios había sucedido allí. Las claraboyas inclinadas ya no estaban. Las alturas del recinto estaban ocultas por un cielo raso moderno. Los anticuados globos habían sido reemplazados por paneles de iluminación fluorescente colocados en el techo nuevo.

Una mujer que se dirigía hacia el escritorio principal con un montón de novelas de misterio en la mano siguió la mirada de Sam, no vio nada anormal en el cielo raso y miró al hombre con curiosidad. Uno de los muchachos, que estaba sentado a un gran escritorio a la derecha de la mesa de las revistas, dio codazos a sus amigos y señaló a Sam. Otro se tocó la sien, y todos rieron por lo bajo.

Sam no advirtió ni la mirada ni las risillas. No era consciente de que estaba de pie en la entrada de la sala de lectura, mirando el techo con la boca abierta. Estaba tratando de absorber ese cambio radical.

Bueno, desde la última vez que estuviste han puesto un techo falso. ¿Y qué? Probablemente sea más aislante.

Sí, pero la señorita Lortz no habló de cambios.

No, pero ¿por qué había de hacerlo? No podía decirse que Sam fuera cliente asiduo de la Biblioteca, ¿verdad?

Sin embargo, habría estado alterada. Me pareció una conservadora a ultranza. Esto no le gustaría. En absoluto.

Eso era cierto, pero había otra cosa, algo aún más turbador. Colocar un cielo raso de ese tipo era una reforma importante. Sam no veía cómo era posible hacerla en solo una semana. ¿Y qué había de los estantes altos y los libros que había en ellos? ¿Adónde habían ido a parar los estantes? ¿Y los libros?

Ahora le miraba más gente. Incluso uno de los ayudantes de la Biblioteca lo contemplaba fijamente desde el otro lado del escritorio. La mayor parte de la animada aunque discreta charla se había acallado.

Sam se frotó los ojos y miró otra vez el cielo raso con sus cuadrados fluorescentes. Seguía allí.

¡*Me he equivocado de biblioteca*! —pensó frenéticamente—. ¡*Eso es lo que pasa*!

Su mente confusa se agarró a la idea y después volvió a retroceder, como un gatito que ha sido inducido a saltar sobre una sombra. Para los baremos de Iowa, Junction City era una ciudad bastante grande, con una población de unas treinta y cinco mil personas, pero era ridículo pensar que podía permitirse tener dos Bibliotecas. Además, la localización del edificio y la configuración de la sala eran correctas, lo que estaba mal era todo lo demás.

Por un momento, Sam pensó si no estaría volviéndose loco, pero desechó la idea. Miró en torno y se dio cuenta de que todos habían abandonado lo que estaban haciendo. Lo miraban. Sintió una urgencia frenética y momentánea de decir: «Vuelvan a lo que estaban haciendo. Solo estaba observando que esta semana la Biblioteca es diferente». En lugar de eso, se dirigió a la mesa de las revistas y cogió un ejemplar de *U. S. News & World Report*. Empezó a hojearla fingiendo gran interés y miró con el rabillo del ojo mientras la gente regresaba a su tarea.

Cuando sintió que podía moverse sin llamar la atención, Sam dejó la revista sobre la mesa y se dirigió hacia la Biblioteca Infantil. Se sentía como un espía atravesando territorio enemigo. El cartel que había encima de la puerta era exactamente el mismo: letras doradas sobre cálido roble oscuro, pero el cartel era distinto. Caperucita Roja en el instante de su espantosa revelación había sido reemplazada por los sobrinos de Donald: Juanito, Jorgito y Jaimito. Llevaban bañadores y se sumergían en una piscina llena de libros. En la parte inferior, una leyenda decía:

¡ENTRAD! ¡EL MATERIAL DE LECTURA ES ESTUPENDO!

—¿Qué pasa aquí? —murmuró Sam. Su corazón había empezado a latir demasiado deprisa; sentía que una fina película de sudor cubría sus brazos y su espalda. Si hubiera sido solo la lámina, habría podido suponer que habían despedido a la señorita Lortz. Pero no era solo la lámina. Era todo.

Abrió la puerta de la Biblioteca Infantil y miró dentro. Vio el mismo mundo agradable con sus mesas y sillas bajas, las mismas cortinas azul brillante, la misma fuente montada en la pared. Solo que ahora el cielo raso de aquí era igual que el de la sala de lectura principal, y todas las láminas habían cambiado. El niño chillón del sedán negro

(*Simón* El Tonto. *Le llaman Simón* El Tonto. *Lo desprecian. Creo que es muy saludable, ¿no le parece?)*

había desaparecido, y también el Policía de la Biblioteca, con su gabardina y su extraña estrella de muchas puntas. Sam retrocedió, miró a su alrededor y se dirigió

lentamente hacia el escritorio principal. Sentía como si su cuerpo se hubiera convertido en vidrio.

Dos ayudantes —un chico y una chica universitarios— lo miraron aproximarse. Sam no estaba tan alterado para no ver que parecían algo nerviosos.

Ten cuidado. No, actúa con NORMALIDAD. Ya piensan que estás a punto de volverte loco.

Súbitamente pensó en Lukey, y una urgencia horrible, destructiva, trató de apoderarse de su ánimo. Podía verse abriendo la boca y aullando a aquellos dos jóvenes nerviosos, exigiendo a voz en cuello que le dieran algunos Slim Jims, porque eso era comida, eso era comida, comida a medida.

En cambio, habló en voz baja y tranquila.

—Tal vez puedan ayudarme. Necesito hablar con la bibliotecaria.

—Ostras, lo siento —dijo la chica—. El señor Price no viene los sábados por la noche.

Sam bajó la mirada hacia el escritorio. Como en su visita previa a la Biblioteca, había una pequeña placa junto a la grabadora de microfilm, pero allí ya no se leía:

A. LORTZ.

Ahora se leía:

SR. PRICE.

Oyó en el interior de su cabeza la voz de Naomi que decía: ¿*Un hombre alto, de unos cincuenta años*?

—No —dijo—, el señor Price no. Ni tampoco el señor Peckham. La otra, Ardelia Lortz.

Los jóvenes intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Aquí no trabaja nadie llamado Ardelia Lord —dijo el muchacho—. Debe de estar refiriéndose a otra biblioteca.

—Lord no —dijo Sam. Su voz parecía llegar desde una gran distancia—. Lortz.

—No —dijo la chica—. Seguramente se equivoca, señor.

Empezaban a parecer cautelosos otra vez. Por eso, aunque Sam tenía ganas de insistir, de decirles que no cabía duda de que Ardelia Lortz trabajaba allí, que había estado con ella hacía solo ocho días, se obligó a retroceder. Y en cierta forma tenía sentido, ¿no? Tenía sentido en un marco de absoluta demencia, de acuerdo, pero eso no cambiaba el hecho de que la lógica interna estaba indemne. Al igual que las láminas, las claraboyas y el expositor de revistas, Ardelia Lortz había dejado de existir, así de sencillo.

Volvió a escuchar la voz de Naomi en su cabeza. ¡*Ah! La señorita Lortz, ¿eh? Debió de resultar divertido*.

—Naomi reconoció el nombre —masculló.

Ahora, los ayudantes lo miraban con idéntica expresión de consternación.

—Perdonen —se excusó Sam tratando de sonreír. Sentía la cara rígida—. Tengo uno de esos días tontos.

—Sí —dijo el muchacho.

—Puede apostar a que sí —recalcó la chica.

Creen que estoy loco —pensó Sam—. *¿Y sabes qué? No los culpo.*

—¿Quería algo más? —preguntó el chico.

Sam abrió la boca para decir que no y efectuar luego una apresurada retirada, pero cambió de idea. Ya había metido la pata una vez, así que muy bien podía meterla de nuevo.

—¿Cuánto tiempo hace que el señor Price es el bibliotecario?

Los ayudantes intercambiaron otra mirada. La chica se encogió de hombros.

—Desde que estamos aquí —contestó—, aunque no hace tanto tiempo, señor…

—Peebles —dijo Sam, tendiéndoles la mano—. Sam Peebles. Lo siento. Mis modales al parecer se esfumaron junto con el resto de mi cordura.

Ambos se tranquilizaron un poco. Era algo indefinible, pero real, y ayudó a Sam a hacer lo mismo. Alterado o no, se las había arreglado para al menos echar mano de parte de su notoria habilidad para poner cómoda a la gente. Un vendedor de seguros y bienes raíces incapaz de hacer eso debería estar buscando trabajo en otro sector.

—Soy Cynthia Berrigan —dijo la chica, dándole la mano y estrechando insegura la de Sam—. Éste es Tom Stanford.

—Encantado de conocerlo —dijo Tom Stanford.

No parecía totalmente seguro de lo que decía, pero también estrechó brevemente la mano de Sam.

—Perdón —dijo la mujer de las novelas de misterio—. ¿Podría atenderme alguien, por favor? Llegaré tarde a mi partida de bridge.

—Yo lo haré —dijo Tom a Cynthia, y se acercó al escritorio para dar la salida a los libros de la mujer.

La chica dijo:

—Tom y yo vamos al Chapelton Junior College, señor Peebles. Éste es un trabajo de prácticas. Hace tres semestres que estoy aquí; el señor Price me contrató la primavera pasada. Tom empezó en verano.

—¿El señor Price es el único empleado a tiempo completo?

—¡Ajá!

La chica tenía hermosos ojos castaños, y Sam vio en ellos una expresión de preocupación.

—¿Pasa algo malo? —preguntó la joven.

—No lo sé —respondió Sam, volviendo a mirar el techo. No podía evitarlo—. ¿El cielo raso ha estado así desde que usted vino a trabajar aquí?

Ella siguió su mirada.

—Bueno —contestó—, no sabía que se llamara así, pero sí, ya estaba cuando

llegué.

—Verá, creía que había claraboyas.

Cynthia sonrió.

—Sí, claro que las hay. Quiero decir, que pueden verse desde fuera, si se da la vuelta al edificio. Y naturalmente se las puede ver desde las estanterías, pero están cubiertas. Creo que hace años que están así.

Años.

—Y nunca ha oído hablar de Ardelia Lortz.

—No, lo siento —dijo, meneando la cabeza.

—¿Y sabe algo del Policía de la Biblioteca? —preguntó impulsivamente Sam.

Ella rió.

—Solo por mi vieja tía. Solía decirme que el Policía de la Biblioteca me cogería si no devolvía los libros a tiempo. Pero eso fue en Providence, Rhode Island, cuando era pequeña. Hace mucho tiempo.

Seguro —pensó Sam—. *Tal vez diez o doce años. En la época en que los dinosaurios eran dueños de la tierra*.

—Bueno, gracias por la información —dijo—. No tenía intención de asustarla.

—No lo ha hecho.

—Creo que un poco sí. Durante unos momentos me sentí algo confuso.

—¿Quién es esa Ardelia Lortz? —preguntó Tom Stanford, que regresaba—. El nombre me suena, pero no tengo ni la más mínima idea de por qué.

—De eso se trata. En realidad, no lo sé —contestó Sam.

—Bueno, mañana está cerrado, pero el lunes estará el señor Price por la tarde y por la noche —dijo—. Tal vez pueda decirle lo que quiere saber.

—Creo que vendré a verlo —asintió Sam—. Y, mientras tanto, gracias otra vez.

—Estamos para ayudar si podemos —dijo Tom—. Desearía haber podido ayudarlo más, señor Peebles.

—Yo también —dijo Sam.

4

Se sintió bien hasta que llegó al coche. Entonces, mientras abría la puerta, los músculos de su vientre y sus piernas parecieron dejar de funcionar. Tuvo que apoyarse en el techo del coche para no caer mientras abría la portezuela. En realidad, ni siquiera entró; se desplomó ante el volante y se quedó allí, respirando

agitadamente y preguntándose con cierta alarma si iba a desmayarse.

¿Qué pasa aquí? Me siento como un personaje del viejo programa de Rod Serling. «Se somete a su consideración el caso de un tal Sam Peebles, ex residente de Junction City, que ahora vende bienes raíces y seguros en… la dimensión desconocida».

Sí, era algo similar con la diferencia de que mirar cómo la gente se enfrentaba a acontecimientos inexplicables en televisión resultaba más bien divertido. Sam descubrió que, en cambio, cuando se trataba de uno mismo, lo inexplicable perdía gran parte de su encanto.

Miró la Biblioteca desde el otro lado de la calle, y vio entrar y salir a la gente bajo el suave resplandor de los faroles de carruaje. La anciana de las novelas de misterio iba calle abajo, presuntamente en dirección al lugar donde debía celebrarse su partida de bridge. Un par de chicas descendían los escalones, hablando y riendo, apretando los libros contra sus senos en flor. Todo parecía totalmente normal… Y lo era, naturalmente. La biblioteca anormal era aquélla en la que había entrado la semana anterior. Suponía que la única razón por la cual sus rarezas no lo habían sorprendido tanto era que tenía la mente ocupada con el maldito discurso.

No pienses en ello —se aconsejó, aunque temía que ésa sería una de esas veces en las que la cabeza se niega a obedecer—. *Imita a Scarlett O'Hara y piénsalo mañana. Cuando haya salido el sol, todo esto tendrá más sentido*.

Puso en marcha el coche y pensó en ello durante todo el viaje de regreso a casa.

Capítulo 7

Terrores Nocturnos

1

Lo primero que hizo al entrar fue mirar hacia el contestador. El corazón le dio un vuelco cuando vio encendida la luz indicadora de mensajes.

Será ella. No sé quién es realmente, pero empiezo a pensar que no se sentirá feliz hasta haberme vuelto completamente loco.

Entonces, no escuches el mensaje, dijo otra parte de su mente. A esas alturas, Sam estaba tan confuso que no sabía si era una idea razonable o no. Parecía razonable, pero también un poco cobarde. En realidad…

Advirtió que estaba allí de pie, sudando, mordiéndose las uñas, y de pronto gruñó, emitiendo un sonido débil y exasperado.

Del cuarto curso al pabellón de perturbados —pensó—. Bueno, encanto, que me cuelguen si lo permito.

Apretó el botón.

«¡Hola! —dijo una voz endurecida por el whisky—. Soy Joseph Randowski, señor Peebles. Mi nombre de tablas es El Increíble Joe. Llamo para agradecerle que me haya reemplazado en esa reunión del club Kiwani o lo que fuere. Quería decirle que me encuentro mucho mejor y que le envío un montón de entradas para el espectáculo. Regálelas a sus amigos. Cuídese. Gracias otra vez. Adiós».

La cinta se detuvo y se encendió la luz indicadora de que todos los mensajes habían sido transmitidos. Sam hizo un gesto burlándose de sus nervios. Si Ardelia Lortz quería que saltara ante la menor sombra, estaba lográndolo. Apretó el botón de rebobinado y se le ocurrió una nueva idea. Tenía el hábito de rebobinar las cintas de mensajes, pero eso significaba que los mensajes antiguos desaparecían cubiertos por los nuevos. El mensaje de El Increíble Joe habría borrado el mensaje anterior de Ardelia. Había desaparecido la única prueba de que la mujer existía realmente.

Pero eso no era verdad. Tenía la tarjeta de la Biblioteca. Se había quedado ante el maldito escritorio y la había visto firmar con letras grandes y barrocas.

Sam sacó su billetero y lo revisó tres veces antes de verse obligado a admitir que la tarjeta de la Biblioteca también había desaparecido. Y creía saber por qué.

Recordaba vagamente haberla metido bajo la solapa del libro *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano.*

Para guardarla bien.

Para no perderla.

Estupendo, realmente maravilloso.

Sam se sentó en el diván y apoyó la frente en una mano. Empezaba a dolerle la cabeza.

2

Quince minutos después estaba calentando una lata de sopa en el hornillo, con la esperanza de que algo de comida calmara su dolor de cabeza, cuando volvió a pensar en Naomi… Naomi, que se parecía tanto a la mujer del cartel de Dave *El Sucio*. La cuestión de si Naomi llevaba o no una vida secreta de alguna clase bajo el nombre de Sarah había cedido paso a algo que, al menos en ese momento, parecía mucho más importante: Naomi sabía quién era Ardelia Lortz. Pero su reacción ante el nombre había sido…, ¿cómo decirlo…?, un poco rara, ¿no? Durante un momento se había sobresaltado y después había empezado a bromear; entonces sonó el teléfono, y era Burt Iverson, y…

Sam trató de reproducir la conversación y le molestó comprobar lo poco que recordaba. Naomi había dicho que Ardelia era peculiar. Sí, estaba seguro de eso, pero no de mucho más. En aquel momento no le había parecido importante. En aquel momento lo importante era que su carrera parecía haber dado un salto adelante cuantitativo. Y seguía teniendo importancia, aunque esta otra cosa parecía disminuirla. En realidad, era como si disminuyese todo. Seguía pensando sin cesar en aquel moderno techo falso y en las estanterías bajas. No creía estar loco, en absoluto, pero empezaba a sentir que, si no solucionaba ese asunto, tal vez se volvería loco. Era como si hubiese destapado un agujero en el centro de su cabeza, un agujero tan profundo que en él podían arrojarse cosas sin oír el chapoteo, por grandes que fueran éstas y por mucho que se estuviera con el oído atento. Supuso que ese sentimiento pasaría… Quizá, pero mientras tanto era horrible.

Puso el fuego al mínimo, fue a su estudio y encontró el número de teléfono de Naomi. Sonó tres veces, y después una voz envejecida y quebrada dijo:

—¿Quién es, por favor?

Sam reconoció la voz de inmediato, aunque hacía casi dos años que no veía en

persona a su poseedora. Era la desvencijada madre de Naomi.

—Hola, señora Higgins —dijo—. Soy Sam Peebles.

Se detuvo esperando que dijera ¡*Ah, hola, Sam*! o, tal vez, ¿*Cómo está*?; pero solo oyó la respiración pesada y enfisemática de la señora Higgins. Sam nunca había sido uno de sus favoritos, y al parecer la ausencia no había incrementado su afecto.

Ya que la señora Higgins no se lo preguntaba, Sam decidió que podía hacerlo él.

—¿Cómo está usted, señora Higgins?

—Tengo días buenos y días malos.

Sam quedó anonadado por un momento. Era una de esas observaciones para las cuales no había respuesta adecuada. Decir *Lamento saberlo* no quedaba bien; pero decir ¡*Eso es estupendo, señora Higgins*! sonaría peor aún.

Decidió preguntar si podía hablar con Naomi.

—Esta noche ha salido. No sé cuándo volverá.

—¿Podría decirle que me llame?

—Me voy a la cama. Y no me pida que le deje una nota. Estoy muy mal de la artritis.

Sam suspiró.

—Llamaré mañana.

—Mañana por la mañana estaremos en la iglesia —afirmó la señora Higgins con la misma voz plana y poco colaboradora—, y por la tarde se celebra el primer picnic de la temporada de la Juventud Baptista. Naomi ha prometido ayudar.

Sam decidió cortar la comunicación. Era evidente que la señora Higgins se atenía cuanto podía al mínimo indispensable de información. Empezó a despedirse, pero cambió de idea.

—Señora Higgins, ¿significa algo para usted el nombre Lortz? ¿Ardelia Lortz?

El pesado silbido de su respiración se detuvo a mitad de camino. Durante un instante hubo en la línea un silencio total, y después la señora Higgins dijo en un tono bajo y lleno de odio:

—¿Durante cuánto tiempo nos echaréis esa mujer en cara los paganos sin Dios? ¿Le parece divertido? ¿Le parece inteligente?

—Señora Higgins, usted no me entiende. Solo quiero saber…

Oyó un chasquido seco. Era como si la señora Higgins hubiera partido una ramita. Y la línea quedó muerta.

3

Sam se tomó la sopa y pasó media hora tratando de mirar televisión. No sirvió de nada. Sus pensamientos vagaban sin cesar. Empezaban con la mujer del cartel de Dave *El Sucio*, o con la huella lodosa en la sobrecubierta de *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*, o con la desaparecida lámina de Caperucita Roja. Pero empezara por donde empezase, siempre terminaba en lo mismo: aquel cielo raso totalmente distinto, que cubría la sala de lectura de la Biblioteca Pública de Junction City.

Por último, se rindió y se metió en la cama. Había sido uno de los peores sábados que podía recordar, tal vez el peor de su vida. Lo único que deseaba ahora era realizar un rápido viaje a la tierra de la inconsciencia sin sueños.

Pero el sueño no llegó.

En cambio, vinieron los horrores.

El que predominaba era la idea de que se estaba volviendo loco.

Sam nunca había comprendido lo terrible que podía ser esa idea. Había visto películas donde un tipo iba a ver a un psiquiatra y decía: «Doctor, siento que me estoy volviendo loco», mientras se aferraba dramáticamente la cabeza, y suponía que había llegado a equiparar el inicio de la inestabilidad mental con un dolor de cabeza de Dexedrina. Pero mientras transcurrían las largas horas y el 7 de abril iba convirtiéndose en el 8 de abril, descubrió que no era así. Se parecía más a estirar la mano para rascarse las pelotas y descubrir allí un gran bulto, un bulto que probablemente fuera un tumor de alguna clase.

La Biblioteca no podía haber cambiado de manera tan radical en algo más de una semana. Él no podía haber visto las claraboyas desde la sala de lectura. La chica, Cynthia Berrigan, había dicho que ya estaban tapadas cuando ella llegó, al menos un año antes. De modo que era una especie de colapso mental. O un tumor cerebral. ¿O quizá la enfermedad de Alzheimer? Ésa era una idea agradable. Había leído en alguna parte, tal vez en el *Newsweek*, que las víctimas del mal de Alzheimer iban retrocediendo en el tiempo. Quizá todo aquel episodio extravagante fuera una señal de senilidad prematura, acechante.

Un desagradable cartelón empezó a llenar sus pensamientos; un cartelón con tres palabras escritas con letras grasientas de color rojo regaliz. Las palabras eran:

PIERDO LA CABEZA

Había vivido una vida ordinaria, llena de placeres y pesares ordinarios; una vida sin demasiado autoexamen. Era cierto que jamás había visto su nombre en letras de neón, pero tampoco había tenido nunca razones para poner en duda su cordura. Y ahora se encontraba echado en la cama desordenada y preguntándose si era así como uno se desconectaba del mundo real, racional; si era así como empezaba cuando uno

PERDÍA LA CABEZA…

La idea de que el ángel del refugio de Junction City era Naomi utilizando un alias le parecía otra ocurrencia de chalado. Simplemente, no podía ser. Comenzó incluso a poner en duda el alza de sus negocios. Tal vez todo hubiera sido una alucinación.

Alrededor de la medianoche, sus pensamientos se volvieron hacia Ardelia Lortz, y allí fue cuando las cosas empezaron a ponerse realmente mal. Empezó a pensar en lo terrible que sería que Ardelia Lortz estuviera en el armario, o incluso bajo la cama. La vio sonriendo feliz en la oscuridad, con los dedos inquietos rematados por uñas largas y afiladas, y el cabello esparcido en torno a la cara como la peluca de un fantasmón. Imaginó cómo se disolverían sus huesos si empezara a susurrarle:

Has perdido los libros, Sam, así que tendré que enviarte al Policía de la Biblioteca… Perdiste los libros…, los perdisssssste…

Por último, alrededor de las doce y media, Sam no pudo soportarlo más. Se sentó y tanteó en la oscuridad en busca de la lámpara de la mesilla de noche. Y, mientras lo hacía, le asaltó una nueva fantasía, tan vívida que era casi una certeza: no estaba solo en la habitación, pero su visitante no era Ardelia Lortz. ¡Oh, no! Su visitante era el Policía de la Biblioteca de aquella lámina que había desaparecido de la Biblioteca Infantil. Estaba de pie, allí, en la oscuridad; era un hombre alto, pálido, envuelto en una gabardina, un hombre de piel mortecina, con una cicatriz blanca y aserrada que le atravesaba la mejilla izquierda, por debajo del ojo, y pasaba por encima del puente de la nariz. Sam no había visto esa cicatriz en la lámina, pero era solo porque el artista no había querido ponerla. Estaba allí. Sam sabía que estaba allí.

Se equivocaba en lo de loz arbuztos —diría el Policía de la Biblioteca con un ligero ceceo—. *Hay arbuztos a loz ladoz. Montonez de arbuztos. Y vamoz a ezplorarlos. Vamos a ezplorarlos juntoz.*

¡*No! ¡Para! ¡Simplemente, PARA*!

Cuando su mano temblorosa encontró por fin la lámpara, en la habitación crujió un madero y Sam lanzó un gritito ahogado. Apretó el interruptor y la luz apareció. Durante un segundo le pareció ver al hombre alto, y después comprendió que era solo una sombra proyectada en la pared por el escritorio.

Sam sacó las piernas de la cama y se cubrió la cara con las manos. Después buscó el paquete de Kent que había sobre la mesilla.

—Tienes que controlarte —murmuró—. ¿En qué coño estabas pensando?

No lo sé —respondió rápidamente la voz interior—. *Además, no quiero saberlo. Nunca. Lo de los arbustos sucedió hace mucho tiempo. No tengo por qué volver a recordar los arbustos. Ni el sabor. Aquel sabor dulce, dulce…*

Encendió un cigarrillo y dio una calada profunda.

Lo peor era pensar que la próxima vez tal vez vería realmente al hombre de la gabardina. O a Ardelia. O a Gorgo, Emperador Supremo de Pellucidar. Porque si había sido capaz de crear una alucinación tan completa como su visita a la Biblioteca y su encuentro con Ardelia Lortz, eso significaba que podía imaginar haber visto cualquier cosa. En cuanto se empezaba a pensar en claraboyas que no estaban en su

lugar y en gente que tampoco estaba allí, e incluso en arbustos que no había, todo parecía posible. ¿Cómo se sofocaba una rebelión en la propia mente?

Bajó a la cocina encendiendo las luces a medida que pasaba y resistiendo el impulso de mirar por encima del hombro para ver si alguien lo seguía. Por ejemplo, un hombre con una placa en la mano. Supuso que lo que necesitaba era una pastilla para dormir, pero como no tenía ninguna, ni siquiera una de esas que se vendían sin receta, como el Sominex, tendría que limitarse a improvisar. Puso leche en un cazo, la calentó, la echó en una jarra de café y agregó un saludable chorro de brandy. Esto también lo había visto en las películas. Bebió un trago, hizo una mueca, estuvo a punto de tirar la mezcla al fregadero y miró el reloj del microondas. La una menos cuarto. Faltaba mucho para el amanecer; disponía de mucho tiempo para imaginar a Ardelia Lortz y al Policía de la Biblioteca subiendo sigilosamente la escalera con puñales entre los dientes.

O flechas —pensó—. *Largas flechas negras. Ardelia y el Policía de la Biblioteca subiendo la escalera con largas flechas negras entre los dientes. ¿Qué tal esa imagen, amigos y vecinos?*

¿Flechas?

¿Y por qué flechas?

No quería pensar en eso. Estaba cansado de las ideas que surgían siseando de la insospechada oscuridad de su interior, como horribles y hediondos Frisbees.

No quiero pensar en eso. No pensaré en eso.

Apuró el vaso de brandy disfrazado y regresó a la cama.

4

Dejó encendida la lámpara de la mesilla de noche, cosa que lo tranquilizó un poco. De hecho, empezó a creer que tal vez se dormiría en algún momento anterior a la muerte por sofocación del universo. Tiró de la colcha hasta colocarla bajo su barbilla, se puso las manos en la nuca y miró el techo.

Una PARTE debe de haber sucedido realmente —pensó—. *No puede haber sido todo una alucinación…, a menos que esto forme parte de la alucinación y esté en realidad en una de las celdas acolchadas de Cedar Rapids, envuelto en una camisa de fuerza e imaginando que estoy echado en mi cama.*

Había pronunciado el discurso. Había utilizado los chistes de *El compañero del orador* y el poema de Spencer Michael Free de *Los poemas favoritos del pueblo*

norteamericano. Y, puesto que en su pequeña colección de libros no figuraba ninguno de los dos títulos, tenía que haberlos sacado de la Biblioteca. Naomi conocía a Ardelia Lortz, al menos de nombre, y la madre de Naomi también. ¡Vaya si no! Era como si hubiera encendido un cohete bajo su tumbona.

Puedo preguntar por ahí —pensó—. *Si la señora Higgins conoce el nombre, otra gente también lo conocerá. Tal vez no estudiantes de Chapelton, pero sí gente que lleva mucho tiempo en Junction City. Quizá Frank Stephens. O Dave* El Sucio…

En ese punto, Sam se durmió por fin. Cruzó sin saberlo el confín casi invisible entre la vigilia y el sueño. No dejó de pensar, pero sus ideas empezaron a retorcerse en formas aún más extrañas y fabulosas, que se convirtieron en un sueño. Y el sueño en una pesadilla. Estaba otra vez en la calle Angle, y los tres borrachos permanecían en el porche, trabajando en sus carteles. Preguntó a Dave *El Sucio* qué estaba haciendo.

¡*Bah, solo paso el tiempo*!, respondió Dave, tras lo cual le dio la vuelta tímidamente a la lámina para que Sam pudiera verla.

Era el dibujo de Simón *El Tonto*. El niño estaba ensartado en un asador, sobre una hoguera. En una mano tenía un gran montón de regaliz rojo medio derretido. Sus ropas ardían, pero todavía estaba vivo. Gritaba. Las palabras escritas sobre la terrible imagen decían así:

CENA INFANTIL EN LOS ARBUSTOS
DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA
A BENEFICIO DEL FONDO POLICIAL DE LA BIBLIOTECA
SÁBADO 19 DE ABRIL Y DOMINGO 20 DE ABRIL
DE MEDIANOCHE A LAS 2 DE LA MADRUGADA
SI VIENE UNO, VIENEN TODOS
«¡ES COMIDA A MEDIDA!»

Dave, eso es horrible, dijo Sam en su sueño.

En absoluto —replicó Dave—. *Los niños le llaman Simón El Tonto. Les encanta comerlo. Me parece muy saludable, ¿no lo cree usted?*

¡*Mire*! —exclamó Rudolph—. ¡*Mire a Sarah*!

Sam levantó la vista y vio a Naomi cruzando el terreno lleno de basura y maleza situado entre la calle Angle y el centro de reciclaje. Se movía con mucha lentitud porque empujaba un carrito de la compra lleno de ejemplares de *El compañero del orador* y de *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*. Detrás de ella se ponía el sol con un ceñudo resplandor rojo de horno, y un largo tren de pasajeros traqueteaba lentamente por las vías, dirigiéndose hacia el vacío del oeste de Iowa. Tenía al menos treinta vagones de largo, y todos los vagones eran negros. De las ventanas colgaban tiras ondulantes de crep. Sam advirtió que era un tren funerario.

Se volvió otra vez hacia Dave *El Sucio* y dijo: *No se llama Sarah. Se llama Naomi. Es Naomi Higgins, de Proverbia*.

Claro que no —dijo Dave *El Sucio—. Es la Muerte que viene, señor Peebles. La Muerte es una mujer*.

Entonces, Lukey empezó a chillar. En el colmo de su terror, parecía un cerdo humano. ¡*Tiene Slim Jims! ¡Tiene Slim Jims! ¡Oh, Dios mío, tiene todos los malditos Slim Jims*!

Sam se volvió para ver de qué hablaba Lukey. La mujer estaba más cerca, pero ya no era Naomi, sino Ardelia. Llevaba una gabardina del color de una nube de tormenta invernal. El carrito de la compra no estaba lleno de Slim Jims, como había dicho Lukey, sino de miles de palitos de regaliz rojo entrelazados. Mientras Sam miraba, Ardelia cogió un montón de palitos y empezó a embutírselos en la boca. Sus dientes ya no eran postizos, sino largos y descoloridos. A Sam le parecían dientes de vampiro, afilados y horriblemente fuertes. Haciendo muecas, masticó el montón de dulces. De su boca brotó un chorro de sangre brillante, que proyectó una nubecilla rosada en el aire crepuscular y que empezó a chorrear por su mejilla. Trozos decapitados de regaliz cayeron sobre la tierra llena de maleza, sin dejar de chorrear sangre.

Levantó unas manos que parecían garras dobladas.

¡*Túuuu! ¡Has perdido los LIBROOOOS*!, le gritó, y arremetió contra él.

5

Sam despertó con una sensación de ahogo. Había desajustado las sábanas y estaba acurrucado debajo, a los pies de la cama, como una pelota sudorosa. Fuera, la primera y débil luz de un nuevo día asomaba por debajo de la persiana. Junto a la cama, el reloj indicaba las 5.53 de la mañana.

Al levantarse, el aire de la habitación refrescó su piel sudorosa. Sam se metió en el baño y orinó. Le dolía vagamente la cabeza, como resultado del trago de brandy o bien por la tensión del sueño. Abrió el botiquín, cogió dos aspirinas y volvió a tientas a la cama. Arregló las mantas como mejor pudo, sintiendo el residuo de su pesadilla en cada pliegue húmedo de las sábanas. No podría volver a dormirse, lo sabía, pero al menos se quedaría allí mientras la pesadilla empezaba a disolverse.

Cuando su cabeza tocó la almohada, comprendió súbitamente que sabía algo más, algo tan sorprendente e inesperado como su repentina comprensión de que la mujer del cartel de Dave *El Sucio* era su secretaria por horas. Esta nueva iluminación también se relacionaba con Dave *El Sucio*… Y con Ardelia Lortz.

Fue un sueño, pensó. *Eso fue lo que descubrí.*

Sam cayó en un sueño profundo y natural. No tuvo pesadillas, y cuando despertó eran casi las siete. Las campanas de las iglesias llamaban a los fieles a la oración, y fuera hacía un día hermoso. La visión de aquel sol posado en la hierba fresca y brillante le hizo más que bien; lo hizo sentir casi como si renaciera.

Capítulo 8

La calle Angle (II)

1

Se preparó un desayuno tardío (zumo de naranja, una tortilla de tres huevos llena de cebolla tierna y litros de café fuerte) y pensó en regresar a la calle Angle. Recordaba todavía el momento de iluminación que había experimentado durante el breve lapso de insomnio y estaba totalmente seguro de que su intuición era cierta, pero se preguntó si deseaba realmente continuar con aquel absurdo asunto.

Bajo la brillante luz de una mañana primaveral, sus miedos de la noche anterior parecían lejanos y ridículos, y Sam sentía la fuerte tentación, casi la necesidad, de dejar en paz las cosas. Pensó que le había sucedido algo que no tenía una explicación razonable, racional. Y la pregunta era: ¿y qué?

Había leído sobre esas cosas, sobre fantasmas, premoniciones y posesiones, pero el interés que le despertaban era mínimo. De vez en cuando le gustaba ver una película de terror, pero ahí se acababa todo. Él era un hombre práctico, y no veía ninguna aplicación práctica en los episodios paranormales, si es que se producían realmente. Había experimentado…, bueno, algo que se podría llamar suceso a falta de una palabra mejor. Ahora había terminado. ¿Por qué no dejarlo así?

Porque ella dijo que quería tener los libros mañana. ¿Te parece poco?

Sin embargo, ahora eso ya no parecía ejercer poder alguno sobre él. A pesar del mensaje que ella había dejado en el contestador, Sam ya no creía del todo en Ardelia Lortz.

Lo que sí le interesaba era su reacción ante lo que había sucedido. Se encontró recordando una clase de biología en el instituto. El profesor había empezado diciendo que el cuerpo humano tenía una forma sumamente eficaz de afrontar la incursión de organismos extraños. Sam recordaba que el maestro había dicho que, como las malas noticias —el cáncer, la gripe, las enfermedades de transmisión sexual como la sífilis — acaparaban los titulares, la gente tendía a creer que era mucho más vulnerable a la enfermedad de lo que lo era realmente. «El cuerpo humano —había dicho el profesor — tiene a su disposición su propio grupo de Boinas Verdes. Cuando el cuerpo humano es atacado por un extraño, damas y caballeros, la respuesta de esta fuerza es

veloz y despiadada. No hay cuartel. Sin este ejército de asesinos entrenados, cada uno de ustedes habría muerto veinte veces antes de cumplir el año».

La principal técnica utilizada por el cuerpo para deshacerse de los invasores era el aislamiento. Primero, los invasores eran rodeados, apartados de los nutrientes que necesitaban para vivir; y después, golpeados, comidos o sitiados. Ahora Sam estaba descubriendo —o eso creía, al menos— que la mente empleaba exactamente la misma técnica cuando era atacada. Recordaba muchas ocasiones en las que había sentido que estaba a punto de ser víctima de un resfriado, y había despertado a la mañana siguiente sintiéndose muy bien. El cuerpo había realizado su trabajo. Mientras él dormía, se había librado una batalla cruenta en su interior, y los invasores habían sido expulsados hasta el último hombre…, o microbio. Habían sido comidos, golpeados o sitiados.

La noche anterior había experimentado el equivalente mental de un resfriado inminente. Esa mañana, el invasor, la amenaza a sus percepciones claras y racionales, había sido rodeado, aislado de sus nutrientes. Ahora solo era cuestión de tiempo. Y parte de él estaba advirtiendo a la otra parte que seguir investigando este asunto podía muy bien ser una manera de alimentar al enemigo.

Es así cómo sucede —pensó—. *Ésta es la razón por la que el mundo no está lleno de informes de extraños sucesos y fenómenos inexplicables. La mente los experimenta, se desestabiliza un poco, y después contraataca*.

Pero sentía curiosidad. Sí, era eso. ¿Y acaso no decían que, aunque la curiosidad mata al gato, la satisfacción te devolvía al animal?

¿*Quién? ¿Quién dice eso*?

No lo sabía, pero supuso que podía descubrirlo en la Biblioteca local. Sam sonrió un poco mientras llevaba los platos al fregadero, y descubrió que ya había tomado una decisión: proseguiría un poco más con aquel absurdo asunto.

Solo un poco.

2

Sam llegó a la calle Angle alrededor de las doce y media. No le sorprendió excesivamente ver el viejo Datsun azul de Naomi en el sendero. Aparcó detrás, salió y subió los ruinosos escalones, pasando junto al cartel que le advertía que tenía que dejar en el barril de la basura cualquier botella que llevara consigo. Golpeó, pero no hubo respuesta. Abrió la puerta, que daba a un amplio vestíbulo sin muebles, a menos

que contara como mueble el teléfono que había en el centro. El empapelado estaba limpio, pero desvaído. Sam vio un lugar en que había sido reparado con cinta adhesiva.

—¿Hola?

No hubo respuesta. Entró, sintiéndose como un intruso, y cruzó el vestíbulo. La primera puerta a la izquierda daba a la sala común. En la puerta había dos carteles clavados con chinchetas.

¡AMIGOS DE BILL, ENTREN!

decía el de más arriba. Debajo había otro que a Sam le pareció al mismo tiempo muy sensato y exquisitamente idiota:

EL TIEMPO LLEVA TIEMPO.

La sala común estaba amueblada con sillas disparejas, desechadas por la gente, y un largo sofá que también había sido arreglado, aunque esta vez se trataba de cinta aislante de electricista. En la pared había colgados otros lemas. En una mesilla, junto al televisor, había una cafetera. Tanto el televisor como la cafetera estaban apagados.

Sam continuó avanzando por el vestíbulo hasta más allá de la escalera, sintiéndose más intruso que nunca. Echó una mirada dentro de las otras tres habitaciones que daban al pasillo. Cada una de ellas tenía dos catres sencillos, y todos estaban vacíos. Las habitaciones estaban escrupulosamente limpias, pero de todos modos contaban su historia. Una olía a desinfectante. La otra olía intensamente a enfermedad. *O bien alguien ha muerto recientemente en esta habitación o bien alguien está a punto de hacerlo*, pensó Sam.

La cocina, también vacía, se encontraba en el extremo más alejado del pasillo. Era una habitación grande, soleada, con el suelo cubierto de linóleo desvaído, accidentado por dunas y valles disparejos. En una alcoba había una cocina gigantesca de leña y gas. El fregadero era antiguo y profundo, y el esmaltado presentaba manchas de óxido. Los grifos estaban equipados con anticuadas bombas propulsoras. Junto a la alacena había un viejo lavavajillas y una secadora Kenmore a gas. El aire olía tenuemente a las judías estofadas de la noche anterior. A Sam le gustaba aquella estancia. Le hablaba de céntimos escurridos hasta hacerlos gritar, pero también de amor y cuidados, y de una felicidad difícilmente conseguida. Le recordaba la cocina de su abuela, que había sido un buen lugar. Un lugar seguro.

Contra la nevera Amana tamaño restaurante había una placa magnética donde se leía:

DIOS BENDIGA NUESTRO ABSTEMIO HOGAR.

Sam oyó voces débiles en el exterior. Atravesó la cocina y miró por una de las

ventanas, que había sido abierta para admitir tanto aire cálido de primavera como fuera posible.

El prado negro de la calle Angle comenzaba a lucir los primeros toques de verde; en la parte trasera de la propiedad, junto a un fino cinturón de árboles que empezaban a brotar, un huerto ocioso esperaba días más cálidos. A la izquierda, la red de balonvolea colgaba formando un arco suave. A la derecha había dos fosos en forma de herradura, donde empezaban a brotar unas hierbas. No era un patio trasero imponente —pocos lo eran en el campo en esa época del año—, pero Sam vio que había sido rastrillado al menos una vez desde las últimas nieves y que no había escoria, aunque distinguía el brillo acerado de las vías de ferrocarril a menos de quince metros. Pensó que tal vez los residentes de la calle Angle no tuvieran mucho que cuidar, pero desde luego cuidaban lo poco que tenían.

Entre la red de balonvolea y los fosos había una docena de personas sentadas en sillas de camping, formando un círculo. Sam reconoció a Naomi, a Dave, a Lukey y a Rudolph. Un momento después, comprendió que también reconocía a Burt Iverson, el abogado más próspero de Junction City, y a Elmer Baskin, el banquero que no había asistido a su charla en el Rotary, pero que le había llamado después para felicitarlo. Un soplo de brisa movió las hogareñas cortinas a cuadros que colgaban a ambos lados de la ventana a través de la cual miraba Sam. También agitó el pelo plateado de Elmer, que levantó la cara hacia el sol y sonrió. A Sam le sorprendió el placer sencillo que percibió, no en el rostro de Elmer, sino en su interior. En ese momento era mucho más que el banquero más rico de una ciudad pequeña; era todos los hombres que saludan a la primavera después de un largo y frío invierno, felices de estar vivos todavía, enteros y libres de cualquier dolor.

Sam se sintió inmerso en la irrealidad. Ya era bastante extraño que Naomi Higgins estuviera allí, conversando con los borrachos sin hogar de Junction City, y además, con otro nombre. Pero descubrir que el banquero más respetado de la ciudad y una de sus águilas legales más astutas también estaban allí suponía un rudo golpe.

Un hombre vestido con raídos pantalones verdes y una camiseta de los Bengals de Cincinnati levantó la mano. Rudolph lo señaló.

—Me llamo John y soy un alcohólico —dijo el hombre de la camiseta de los Bengals.

Sam retrocedió rápidamente. El rostro le ardía. Ahora ya no solo se sentía como un intruso, sino también como un espía. Supuso que solían celebrar las reuniones de Alcohólicos Anónimos en la sala común —en todo caso, así lo sugería la cafetera—, pero ese día el tiempo era tan agradable que habían sacado las sillas al aire libre. Estaba dispuesto a apostar que había sido idea de Naomi.

Mañana por la mañana estaremos en la iglesia —había dicho la señora Higgins —, *y por la tarde se celebra el primer picnic de la temporada de la Juventud Baptista. Naomi ha prometido ayudar*. Sam se preguntó si la señora Higgins sabía que su hija estaba pasando la tarde con los alcohólicos en lugar de con los baptistas, y

supuso que sí. Y pensó que también comprendía por qué Naomi había decidido de pronto que dos citas con Sam Peebles eran suficientes. En su momento, él creyó que se trataba de la religión, y Naomi no había intentado siquiera sugerir otra cosa. Pero después de la primera cita, en la que habían ido al cine, había aceptado volver a salir con él. Fue después de la segunda cuando desapareció todo el interés romántico que hubiera podido sentir por él. O eso parecía. En la segunda cita habían ido a cenar. Y él había pedido vino.

Bueno, por el amor de Dios, ¿cómo iba yo a saber que era una alcohólica? ¿Acaso leo los pensamientos?

Naturalmente, la respuesta era que no podía haberlo sabido, pero de todos modos sintió que se ruborizaba.

Tal vez no sea la bebida, o no solo la bebida. Tal vez tenga además otros problemas.

También se preguntó qué sucedería si Burt Iverson y Elmer Baskin, ambos hombres poderosos, descubrieran que él sabía que pertenecían a la mayor sociedad secreta del mundo. Tal vez nada, aunque no sabía lo suficiente sobre AA para estar seguro. No obstante, sí sabía dos cosas: que la segunda A era por Anónimos, y que éstos eran hombres que, si se lo proponían, podían aplastar sus nacientes aspiraciones comerciales.

Sam decidió irse tan rápida y silenciosamente como fuera posible. En su honor hay que decir que esa decisión no se basó en consideraciones personales. La gente sentada allá fuera, en el patio trasero de la calle Angle, compartía un problema serio. Lo había descubierto por accidente, pero no tenía intención de quedarse y escuchar de manera deliberada.

Mientras cruzaba el vestíbulo en sentido contrario, vio que en la parte superior del teléfono público había una pila de papeles. Junto al teléfono, y colgando de un cordel, había un lápiz. Obedeciendo a un impulso, cogió un trozo de papel y escribió rápidamente una nota.

> Dave:
>
> Esta mañana he pasado a verte, pero no había nadie.
>
> Quiero hablar contigo acerca de una mujer llamada Ardelia Lortz. Tengo la impresión de que sabes quién es y estoy ansioso por saber de ella. ¿Me telefonearás, si puedes, esta tarde o esta noche? El número es 572-8699. Muchas gracias.

Firmó, dobló la hoja por la mitad y escribió el nombre de Dave en la parte de fuera. Pensó un instante en llevarla a la cocina y dejarla sobre el mármol, pero no quería que ninguno de ellos —sobre todo Naomi— se preocupara pensando que los había pillado en sus extravagantes, aunque tal vez útiles reuniones. En lugar de eso, la dejó sobre el televisor de la sala, con el nombre de Dave hacia fuera. Pensó en colocar una moneda de cuarto de dólar al lado, para el teléfono, pero no lo hizo. Tal vez Dave se lo tomara a mal.

Entonces se fue, contento de volver a salir al sol sin haber sido descubierto. Al regresar hacia su coche vio la pegatina del Datsun de Naomi:

DÉJATE LLEVAR Y DEJA ENTRAR A DIOS.

—Mejor Dios que Ardelia —murmuró Sam, y retrocedió por el sendero hasta la carretera.

3

A última hora de la tarde, el descanso interrumpido de la noche anterior empezó a hacerse notar y Sam se sintió muy adormilado. Encendió el televisor, y en la pantalla apareció un partido de béisbol entre Cincinnati y Boston en su octava entrada; se echó en el sofá a mirarlo y casi inmediatamente se adormeció. El teléfono sonó antes de que la modorra tuviese tiempo de transformarse en sueño real, y Sam se levantó para atender la llamada, sintiéndose confuso y desorientado.

—¿Diga?

—Usted no querrá hablar de esa mujer —dijo Dave *El Sucio* sin ninguna introducción. Su voz temblaba, a punto de perder el control—. Usted no querría siquiera pensar en ella.

¿Durante cuánto tiempo nos echaréis esa mujer en cara, paganos sin Dios? ¿Cree que es divertido? ¿Cree que es inteligente?

La modorra de Sam desapareció en cuestión de segundos.

—Dave, ¿qué pasa con esa mujer? La gente o bien reacciona como si fuera el diablo o bien no sabe nada de ella. ¿Quién es? ¿Qué demonios hizo para asustaros así?

Se produjo un largo silencio. Sam esperó, con el corazón latiendo pesadamente en su pecho y su garganta. Si no hubiera sido por la respiración entrecortada de Dave en su oído, habría creído que se había cortado la comunicación.

—Señor Peebles —dijo por fin—, a lo largo de los años usted me ha ayudado mucho. Usted y otros me ayudaron a sobrevivir cuando ni siquiera estaba seguro de que quería hacerlo. Pero no puedo hablar de esa perra. No puedo. Y si sabe lo que le conviene, no le hablará de ella a nadie más.

—Eso suena a amenaza.

—¡No! —exclamó Dave. Parecía más que sorprendido; parecía escandalizado—.

No, señor Peebles, solo le estoy advirtiendo, como haría si lo viera dando vueltas en torno a un viejo pozo cubierto de hierbas de modo que no pudiera ver el agujero. No hable de ella y no piense en esto. Que los muertos entierren a sus muertos.

Que los muertos entierren a sus muertos.

En cierta forma, no le sorprendió. Todo lo que había sucedido (con la posible excepción de los mensajes en el contestador) señalaba a la misma conclusión: que Ardelia Lortz ya no se contaba entre los vivos. Él, Sam Peebles, agente de seguros y bienes raíces de una pequeña ciudad, había estado hablando con un fantasma sin saberlo. ¿Hablando con ella? ¡Diablos! ¡Había estado negociando con ella! Le había dado dos dólares, y ella le había entregado una tarjeta de lector.

De modo que no estaba exactamente sorprendido, pero, aun así, un profundo estremecimiento empezó a recorrer las blancas autopistas de su esqueleto. Miró hacia abajo y vio los pálidos montículos de la piel de gallina en sus brazos.

Debiste abandonar este asunto —le advirtió parte de su cerebro—. *¿No te lo dije*?

—¿Cuándo murió? —preguntó Sam. Su voz sonaba plana e inexpresiva a sus propios oídos.

—¡No quiero hablar de eso, señor Peebles! —Ahora, Dave parecía casi frenético. Su voz tembló, pasó a un registro alto semejante al falsete y allí se quebró—. ¡Por favor!

Déjalo tranquilo —se reprendió Sam enfadado—. *¿No tiene ya bastantes problemas sin esta tontería*?

Sí, podía dejar tranquilo a Dave. En la ciudad tenía que haber más gente que pudiera hablarle de Ardelia Lortz, si encontraba una manera de abordar el tema que no les hiciera llamar a los hombres de las redes de mariposas, claro. Pero había otra cosa, una cosa que tal vez solo Dave Duncan *El Sucio* pudiera decirle con seguridad.

—Alguna vez dibujaste unas láminas para la Biblioteca, ¿no es cierto? Me pareció reconocer tu estilo en el cartel que estabas acabando ayer. En realidad, estoy casi seguro. Había una que mostraba a un niño en un coche negro, y a un hombre con una gabardina, el Policía de la Biblioteca. ¿Acaso…?

Antes de que pudiera terminar, Dave comenzó a gritar con tal vergüenza, dolor y miedo que Sam enmudeció.

—¿Dave? Yo…

—¡No remueva las cosas! —sollozó Dave—. No pude evitarlo, así que por favor no remueva…

De pronto sus gritos disminuyeron y se oyó un ruido cuando alguien cogió el teléfono.

—Basta ya —ordenó Naomi. Ella misma parecía estar al borde de las lágrimas, pero también se la notaba furiosa—. ¿Es que no puedes dejarlo ya? Eres un hombre horrible.

—Naomi…

—Cuando estoy aquí, mi nombre es Sarah —dijo lentamente—, pero te odio de

todos modos, Sam Peebles, con los dos nombres. Nunca más pondré los pies en tu oficina. —Entonces, el tono de su voz empezó a elevarse—. ¿No podías dejarlo tranquilo? ¿No podías dejar de remover toda esa vieja mierda? ¿Por qué?

Irritado, casi descontrolado, Sam replicó:

—¿Por qué me enviaste a la Biblioteca? Si no querías que la conociera, Naomi, ¿por qué me enviaste a la maldita Biblioteca?

Al otro lado de la línea se oyó un jadeo.

—¿Naomi? ¿Podemos…?

Se oyó un chasquido cuando Naomi colgó el teléfono.

Comunicación interrumpida.

4

Sam permaneció sentado en su estudio hasta casi las nueve y media, comiendo caramelos y escribiendo un nombre tras otro en el mismo bloc que había utilizado para componer el borrador de su discurso. Miraba un rato cada nombre y después lo tachaba. Seis años en el mismo lugar parecía mucho tiempo, al menos hasta esa noche. Esa noche parecía un período mucho menor, digamos como un fin de semana.

«Craig Jones», escribió.

Contempló el nombre y pensó: *Craig podría saber algo sobre Ardelia, pero intentaría averiguar por qué estoy interesado.*

¿Conocía a Craig lo bastante bien para contestar verazmente a su pregunta? La respuesta era un no decidido. Craig era uno de los abogados más jóvenes de Junction City, un verdadero trepador. Habían compartido algunos almuerzos de negocios, ambos frecuentaban el Rotary Club y una vez Craig lo había invitado a cenar a su casa. Cuando se encontraban por la calle, charlaban cordialmente, a veces sobre negocios, y con más frecuencia sobre el tiempo. Nada de eso constituía una amistad, y si Sam tenía intención de hablarle a alguien de ese asunto de locos, quería que fuera un amigo, no un conocido que lo llamaba «compañero» después del segundo cóctel.

Tachó de la lista el nombre de Craig.

Desde su llegada a Junction City se había hecho dos amigos bastante íntimos: uno era asistente médico en el consultorio del doctor Melden; el otro, un policía del ayuntamiento. Russ Frame, su amigo asistente, se había marchado a comienzos de 1989 a un consultorio familiar mejor pagado en Grand Rapids. Y, desde primeros de enero, Tom Wycliffe estaba supervisando el nuevo Centro de Control de Tránsito de

la Patrulla Estatal de Iowa. Desde entonces había perdido contacto con los dos hombres. Le costaba hacer amigos y tampoco era muy bueno conservándolos.

¿Y en qué situación lo dejaba eso?

Sam no lo sabía. Sí sabía que el nombre de Ardelia Lortz afectaba como un atraco a mano armada a algunas personas de Junction City. Y también sabía —o creía saber — que él la había conocido aunque estuviera muerta. Ni siquiera podía decirse que había conocido a una pariente o a una loca que se hacía llamar Ardelia Lortz. Porque…

Creo que conocí a un fantasma. En realidad, creo que vi a un fantasma dentro de otro. Creo que la biblioteca donde entré era la Biblioteca de Junction City tal como estaba cuando Ardelia Lortz vivía y era la encargada del lugar, y que por eso parecía tan extraña y desfasada. No era como un viaje a través del tiempo, o como lo que yo imagino que es un viaje a través del tiempo. Se parece más a entrar en el limbo y permanecer allí durante un rato. Y era real. Estoy seguro de que era real.

Hizo una pausa, tamborileando sobre el escritorio.

¿Desde dónde me llamó? ¿Tienen teléfono en el limbo?

Miró un largo rato la lista de nombres tachados y después arrancó lentamente la hoja amarilla. La arrugó y la arrojó a la papelera.

Deberías haber abandonado el asunto, continuó quejándose parte de su cerebro.

Pero no lo había hecho, y entonces ¿qué pasaría?

Llama a uno de los tipos en los que confías. Llama a Russ Frame o a Tom Wycliffe. Simplemente, coge el teléfono y haz la llamada.

Pero no quería hacer eso. Al menos, no esa noche. Reconocía que era un sentimiento irracional, a medias supersticioso (al parecer, había transmitido y recibido un montón de información desagradable por teléfono últimamente), pero estaba demasiado cansado para afrontarlo esa noche. Si lograba dormir bien (y pensó que podría si dejaba encendida la lamparilla de noche), tal vez por la mañana se le ocurriera una solución mejor, algo más concreto. Y suponía que más adelante tendría que intentar arreglar las cosas con Naomi Higgins y Dave Duncan, pero primero quería averiguar qué tipo de cosas eran.

Si podía.

Capítulo 9

El policía de la Biblioteca (I)

1

Durmió bien. No tuvo pesadillas y, a la mañana siguiente, bajo la ducha, se le ocurrió de la forma más natural y sencilla una idea, de esa forma en que vienen las ideas a veces, cuando el cuerpo está descansado y el cerebro no ha permanecido despierto el tiempo suficiente para atestarse de un montón de mierda. La Biblioteca Pública no era el único lugar donde resultaba posible recabar información, y cuando lo que te interesaba era la historia local —la historia local reciente—, ni siquiera era el mejor lugar.

—¡La *Gazette*! —exclamó, metiendo la cabeza bajo el chorro de la ducha para aclararse el pelo de champú.

Veinte minutos después estaba abajo, completamente vestido salvo por la corbata y la americana, y bebiendo café en el estudio. Una vez más, tenía delante el bloc, y en él figuraba el comienzo de una nueva lista.

1. Ardelia Lortz - ¿Quién es o quién era?
2. Ardelia Lortz - ¿Qué hizo?
3. Biblioteca Pública de Junction City - ¿Renovada? ¿Cuándo? ¿Ilustraciones?

En ese momento sonó el timbre. Mientras se levantaba para ir a abrir, Sam miró el reloj. Iban a dar las ocho y media, hora de irse a trabajar. Podía acercarse a las oficinas de la *Gazette* a las diez, la hora habitual de su descanso matutino, y consultar algunos números atrasados. ¿Cuáles? Siguió meditándolo —sin duda, algunos serían más fructíferos que otros— mientras buscaba en su bolsillo el dinero para el repartidor de periódicos.

El timbre volvió a sonar.

—¡Voy enseguida, Keith! —gritó, al tiempo que llegaba a la entrada de servicio y asía el picaporte—. ¡No hagas un agujero en la maldita puer…!

En ese momento levantó la vista y vio una sombra mucho más larga que la de Keith Jardan, proyectándose al otro lado de la cortina que cubría la parte acristalada de la puerta. Había estado ocupado, más concentrado en el día que tenía por delante

que en el ritual matinal de los lunes de pagar al chico de los periódicos, pero en ese instante una esquirla helada de terror puro se abrió paso a través de sus pensamientos difusos. No necesitaba verle la cara; aun a través de la celosía reconocía la forma, la postura del cuerpo… Y la gabardina, claro.

La boca se le llenó de aquel sabor a regaliz, intenso, dulce y nauseabundo.

Soltó el picaporte, pero un segundo demasiado tarde. El pestillo se había descorrido, y la figura que permanecía de pie en el porche trasero abrió la puerta de par en par. Sam cayó hacia atrás, en la cocina. Agitó los brazos para mantener el equilibrio y se las arregló para tirar al suelo las tres chaquetas que colgaban del perchero de la entrada.

El Policía de la Biblioteca entró envuelto en su propia bolsa de aire frío, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y cerró la puerta a sus espaldas. En una mano llevaba el ejemplar de la *Gazette* de Sam, bien enrollado y doblado. Lo levantó como si fuera un bastón.

—Le he traído zu periódico —dijo el Policía de la Biblioteca. Su voz resultaba extrañamente remota, como si llegara hasta Sam a través de un pesado panel de vidrio —. Iba a pagarle al chico, pero parezía tener mucha priza. Me pregunto por qué.

Avanzó hacia la cocina, hacia Sam, que se apoyaba contra el mármol y contemplaba al intruso con los ojos enormemente abiertos y espantados de un niño aterrorizado, de un simple Simón *El Tonto* de cuarto curso.

Estoy imaginando esto —pensó Sam—. *O quizá sea una pesadilla… Una pesadilla tan horrible que convierte la que tuve hace dos noches en un dulce sueño.*

Pero no era una pesadilla. Era una visión aterradora, pero no una pesadilla. Sam tuvo tiempo de desear haberse vuelto loco. La demencia no era una alegre excursión a la playa, pero nada podía ser tan espantoso como esa cosa en forma de hombre que había entrado en su casa, como esa cosa que caminaba dentro de su propio clima invernal.

La casa de Sam era vieja y tenía los techos altos, pero el Policía de la Biblioteca tuvo que agachar la cabeza al entrar e incluso en la cocina la parte superior de su sombrero de fieltro gris rozaba el techo. Esto quería decir que medía más de dos metros de alto.

Su cuerpo iba envuelto en una gabardina del color plomizo de la niebla en el crepúsculo. Su piel tenía la blancura del papel. Su rostro era alargado y atractivo, pero estaba muerto, como si no pudiese comprender ni la dulzura, ni el amor, ni la piedad. Las líneas de su boca poseían rasgos de autoridad primaria y desapasionada, y durante un confuso instante Sam pensó en el aspecto que tenía la puerta cerrada de la Biblioteca, como una boca practicada en la cara de un robot de granito.

Los ojos del Policía de la Biblioteca parecían ser círculos plateados, perforados por diminutos perdigones. Estaban bordeados de una carne rojiza que parecía a punto de sangrar. No tenían pestañas. Y lo peor de todo era esto: se trataba de un rostro que Sam conocía. No creía que fuera la primera vez que se agazapaba aterrado bajo

aquella mirada negra; en la profundidad de su mente Sam escuchó una voz diciendo, con un ceceo ligerísimo: *Ven conmigo, hijo… Zoy un polizía*.

La cicatriz atravesaba la geografía de aquella cara como lo había hecho en la imaginación de Sam, por la mejilla izquierda, debajo del ojo izquierdo, sobre el puente de la nariz. Excepto por la cicatriz, era el hombre de la lámina…, ¿o no? Ya no estaba seguro.

Ven conmigo, hijo… Zoy un polizía.

Sam Peebles, niña de los ojos del Rotary Club de Junction City, se mojó los pantalones. Sintió que su vejiga descargaba un chorro cálido, pero eso parecía lejano y carente de importancia. Lo importante era que tenía un monstruo en la cocina, y lo más terrible acerca de ese monstruo era que Sam creía conocer su cara. En lo profundo de su mente, Sam sintió una puerta cerrada con triple llave que pugnaba por abrirse. Ni siquiera pensó en correr. La idea de la huida estaba más allá de su capacidad de imaginación. Volvía a ser un niño, un niño al que habían cogido con las manos en la masa,

(*El libro no es* El compañero del orador…) haciendo una cosa terriblemente mala. En lugar de correr,

(… *el libro no es* Los poemas favoritos del pueblo norteamericano…)

se dobló lentamente por encima de su entrepierna mojada y se derrumbó entre los dos banquillos que había junto al mostrador, alzando ciegamente las manos por encima de su cabeza.

(El libro es…)

—No —dijo con voz ronca y sin fuerza—. No, por favor… No, por favor, no me lo haga, por favor, seré bueno, por favor no me haga eso.

Había quedado reducido a esa súplica. Pero no importaba, porque ahora el gigante de la gabardina color niebla

(*el libro es* La flecha negra, *de Robert Louis Stevenson*) estaba directamente sobre él.

Sam dejó caer la cabeza. Parecía pesar una tonelada. Miró el suelo y rezó incoherentemente para que, cuando levantara la cabeza, cuando tuviera la energía suficiente para levantar la cabeza, la figura hubiera desaparecido.

—Míreme —ordenó la voz lejana y apagada. Era la voz de un dios maligno.

—¡No! —gritó Sam con una voz chillona y jadeante, y rompió a llorar.

No era solo terror, aunque el terror era absolutamente real y malo. Aparte de eso había una fría y profunda corriente de miedo y vergüenza infantiles. Esos sentimientos se aferraban como un jarabe venenoso a aquello que no se atrevía a recordar, a algo que tenía que ver con un libro que jamás había leído: *La flecha negra*, de Robert Louis Stevenson.

¡Zas!

Algo golpeó la cabeza de Sam, y el Policía de la Biblioteca gritó:

—¡Míreme!

—No, por favor, no me obligue —rogó Sam.

¡Zas!

Levantó la mirada, ocultando sus ojos arrasados en lágrimas con un brazo gomoso, justo a tiempo de ver bajar otra vez el brazo del Policía de la Biblioteca.

¡Zas!

Lo estaba golpeando con su propio ejemplar enrollado de la *Gazette*, castigándolo como se podría castigar a un cachorro olvidadizo que se ha orinado en el suelo.

—Ezo eztá mejor —dijo el Policía de la Biblioteca.

Sonrió. Sus labios se abrieron para revelar las puntas de unos dientes agudos, de unos dientes que eran casi colmillos. Metió la mano en el bolsillo de la gabardina y mostró la extraña estrella de muchas puntas. La estrella centelleó en la limpia luz de la mañana.

Ahora Sam no podía apartar la vista de aquella cara despiadada, de aquellos ojos plateados con sus diminutas pupilas de pájaro. Estaba babeando y lo sabía, pero tampoco podía evitarlo.

—Tiene doz libroz que noz pertenezen —dijo el Policía de la Biblioteca. Seguía dando la impresión de que su voz llegaba desde cierta distancia o desde detrás de un grueso panel de vidrio—. La zeñorita Lortz eztá muy enfadada con uzted, zeñor Peeblez.

—Los he perdido —se excusó Sam, empezando a llorar con fuerza. La idea de mentirle a aquel hombre acerca de

(«*La flecha negra*»)

los libros, acerca de cualquier cosa, resultaba inimaginable. Era todo autoridad, todo poder, todo fuerza. Era juez, jurado y verdugo.

¿*Dónde está el portero*? —se preguntó Sam con incoherencia—. ¿*Dónde está el portero que revisa los diales y después vuelve al mundo sensato, al mundo donde estas cosas no tienen por qué suceder*?

—Yo…, yo…, yo…

—No quiero ezcuchar zuz eztúpidas ezcusaz —dijo el Policía de la Biblioteca. Cerró la cartera de cuero y la metió en el bolsillo derecho. Al mismo tiempo rebuscó en el bolsillo izquierdo y sacó un cuchillo con una hoja larga y afilada. Sam, que había pasado tres veranos ganando dinero para ir a la universidad como ayudante de almacén, lo reconoció. Era un cortador de cartón. Sin duda, en cada biblioteca de Estados Unidos había un cuchillo así—. Tiene hazta medianoche. Dezpuéz…

Se inclinó, mostrando el cuchillo en una mano blanca, semejante a la de un cadáver. Aquel helado sobre de aire golpeó la cara de Sam, dejándola insensible. Trató de gritar, pero solo consiguió un vidrioso susurro de aire silencioso.

La punta de la hoja pinchó la carne de su garganta. Era como ser pinchado con un carámbano. Una sola gota escarlata surgió y se congeló, como una diminuta semilla perlífera de sangre.

—… dezpuéz volveré —prosiguió el Policía de la Biblioteca con su extraña voz

redondeada y ceceante—. Zerá mejor que encuentre lo que perdió, zeñor Peeblez.

El cuchillo desapareció otra vez en el bolsillo. El Policía de la biblioteca volvió a recuperar su estatura.

—Hay otra coza —añadió—. Ha eztado haziendo preguntaz, zeñor Peeblez. No haga máz. ¿Me entiende?

Sam trató de contestar, pero solo pudo emitir un profundo gemido.

El Policía de la Biblioteca empezó a inclinarse, precedido por un aire helado, de la misma manera en que la proa chata de una barcaza podría empujar un trozo de hielo en el río.

—No ze meta en cozaz que no le importan. ¿Me entiende?

—¡Sí! —aulló Sam—. ¡Sí, sí, sí!

—Bien, porque eztaré vigilándole. Y no eztoy zolo.

Se volvió envuelto en su crujiente gabardina, y cruzó de nuevo la cocina en dirección a la salida. Ni siquiera se molestó en dirigir una mirada a Sam. Al irse, pasó a través de un brillante pozo de sol matinal, y Sam vio una cosa extraordinaria y terrible: el Policía de la Biblioteca no proyectaba sombra alguna.

Llegó a la puerta trasera y agarró el picaporte. Sin volverse, dijo en voz baja y siniestra:

—Zeñor Peeblez, zi no quiere verme otra vez, encuentre ezoz libroz.

Abrió la puerta y salió.

En cuanto la puerta volvió a cerrarse y escuchó las pisadas del Policía de la Biblioteca en el porche trasero, un solo pensamiento frenético llenó su cabeza: tenía que cerrar la puerta con llave.

Casi había conseguido ponerse en pie, cuando una grisura lo envolvió y cayó inconsciente hacia delante.

Capítulo 10

Cro-no-ló-gi-ca-men-te hablando

1

—¿Puedo… ayudarle? —preguntó la recepcionista. La ligera pausa se produjo al mirar por segunda vez al hombre que acababa de aproximarse al escritorio.

—Sí —respondió Sam—. Quiero consultar algunos números atrasados de la *Gazette*, si es posible.

—Por supuesto —dijo ella—. Pero…, perdóneme si me meto donde no me llaman… ¿Se encuentra bien, señor? Tiene muy mal color.

—Bien, creo que estoy a punto de pillar algo —dijo Sam.

—Los resfriados de primavera son los peores, ¿verdad? —dijo ella, poniéndose de pie—. Pase por la puerta que está al final del mostrador, señor…

—Peebles, Sam Peebles.

Ella, una mujer regordeta de unos sesenta años, se detuvo y echó la cabeza a un lado.

—Usted vende seguros, ¿no?

—Sí, señora —contestó.

—Me había parecido reconocerlo. La semana pasada salió su foto en el periódico. ¿Era alguna especie de premio?

—No, señora —dijo Sam—. Pronuncié un discurso en el Rotary Club.

Y daría cualquier cosa por hacer retroceder el reloj —pensó—. *Le diría a Craig Jones que se fuera a tomar por el culo*.

—Bueno, eso es estupendo —dijo la mujer como si no estuviera muy segura de ello—. En la foto se le veía distinto.

Sam entró.

—Soy Doreen McGill —dijo la mujer, y le tendió una mano regordeta.

Sam la estrechó y dijo que estaba encantado de conocerla. Le costó. Pensó que hablar con la gente —y sobre todo tocarla— le resultaría difícil durante un tiempo. Su vieja facilidad parecía haberlo abandonado.

La señora McGill lo condujo por un alfombrado tramo de escaleras y encendió

una luz. La escalera era estrecha, y la bombilla que la iluminaba por encima de sus cabezas despedía un débil destello. Sam sintió que los terrores empezaban a cercarlo de inmediato. Descendieron velozmente, como lo haría una persona rodeada de admiradores porque ofrece entradas gratis para algún espectáculo fabuloso. El Policía de la Biblioteca podía estar allí abajo, esperando en la oscuridad. El Policía de la Biblioteca, con su blanca piel muerta, sus ojos plateados y bordeados de rojo, y un ceceo leve pero curiosamente familiar.

Para —se dijo—. *Y si no puedes, ¡contrólate, por Dios! Tienes que hacerlo. Porque ésta es tu única oportunidad. ¿Qué harás si ni siquiera puedes bajar una escalera hacia un sótano de oficinas? ¿Acurrucarte en tu casa y esperar la medianoche?*

—Eso es la morgue —dijo Doreen McGill, señalando. Evidentemente, se trataba de una dama que aprovechaba todas las oportunidades que tenía para señalar—. Solo tiene que…

—¿La morgue? —preguntó Sam, volviéndose hacia ella. El corazón había empezado a golpear contra sus costillas—. ¿La morgue?

Doreen McGill rió.

—Todos la llaman así. Es espantoso, ¿no? Pero así la llaman. Supongo que será alguna estúpida tradición periodística. No se preocupe, señor Peebles, allí abajo no hay cuerpos; solo cientos de rollos de microfilmes.

Yo no estaría tan seguro, pensó Sam, siguiéndola escalera abajo. Le alegraba mucho que fuera ella quien iba delante.

La mujer accionó una ristra de interruptores situados al pie de la escalera. Se encendieron unos tubos fluorescentes encastrados en lo que parecían enormes cubiteras invertidas. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías con pequeñas cajas. Contra la pared izquierda había cuatro lectoras de microfilm que parecían secadores de pelo futuristas. Eran del mismo azul que la alfombra.

—Lo que había empezado a decir era que tiene que firmar en el libro —dijo Doreen. Volvió a señalar, esta vez un gran libro encadenado a un atril que había junto a la puerta—. También tiene que poner la fecha, la hora a la que entra, es decir —y consultó su reloj—, las diez y veinte, y la hora en que se va.

Sam se inclinó y firmó en el libro. El nombre que quedaba encima del suyo era Arthur Meecham. El señor Meecham había estado allí abajo el 27 de diciembre de 1989. Hacía más de tres meses. Se trataba de un recinto bien iluminado, bien provisto y eficaz, que no se utilizaba demasiado.

—Resulta agradable, ¿no es cierto? —preguntó complacida Doreen—. Es porque el gobierno federal concede un subsidio a las morgues de los periódicos, o a las bibliotecas, si le gusta más. A mí sí.

Una sombra danzó en uno de los pasillos y el corazón de Sam empezó a batir otra vez. Pero era solo la sombra de Doreen McGill, que se había inclinado para asegurarse de que había puesto la hora correcta, y…

y ÉL, el Policía de la biblioteca no tenía sombra. Además…

Trató de reprimir el resto, pero no pudo.

Además, no puedo vivir así. No puedo vivir con este miedo. Si continuara mucho más, metería la cabeza en el horno. Y lo haré si continúa. No es solo miedo de él…, de ese hombre o lo que sea. Es percibir cómo se siente la mente de una persona, la forma en que aúlla cuando siente que todo aquello en lo que ha creído se aleja sin esfuerzo.

Doreen señaló la pared derecha, donde había tres enormes volúmenes *in folio* en un estante aparte.

—Eso es enero, febrero y marzo de 1990 —dijo—. Todos los meses de julio el periódico envía los primeros seis meses del año a Grand Island, Nebraska, para ser microfilmados. Lo mismo sucede a finales de diciembre —añadió, extendiendo la mano regordeta para señalar un clavo de cabeza roja que había en los estantes, contando desde el de la derecha hacia las lectoras de microfilmes, a la izquierda. Al hacerlo, parecía estar admirando sus uñas—. Los microfilmes van en ese sentido, cronológicamente —dijo. Pronunció la palabra con cuidado, con una entonación ligeramente exótica: «cro-no-ló-gi-ca-men-té». Lo más actual a su derecha; el pasado a su izquierda.

Sonrió para demostrar que se trataba de un chiste y, tal vez, para transmitir la sensación de lo maravilloso que era todo eso. Cro-no-ló-gi-ca-men-te hablando, decía la sonrisa, era fantástico.

—Gracias —dijo Sam.

—De nada. Para eso estamos aquí. En todo caso, es una de las razones —afirmó, apoyando una uña en una comisura de su boca y dedicándole otra sonrisa traviesa—. ¿Sabe manejar una lectora de microfilm, señor Peebles?

—Sí, gracias.

—Estupendo. Si puedo ayudarle en algo, estaré arriba. No vacile en llamar.

—¿Va a… —empezó a decir, pero reprimió el resto: … *dejarme aquí solo*?

Ella levantó las cejas.

—Nada —dijo Sam, mientras la miraba subir la escalera.

Tuvo que resistir un violento impulso de subir corriendo detrás de ella. Porque, con o sin lujosa alfombra azul, ésa era otra Biblioteca de Junction City.

Y a ésta la llamaban la morgue.

2

Sam se acercó lentamente a las estanterías repletas de cajas de microfilmes cuadradas, sin saber por dónde empezar. Le alegraba mucho que los fluorescentes que tenía sobre la cabeza fueran lo bastante brillantes para desterrar la mayor parte de las problemáticas sombras a los rincones.

No se había atrevido a preguntar a Doreen McGill si el nombre de Ardelia Lortz le decía algo; ni siquiera si sabía cuándo se habían hecho reparaciones en la Biblioteca de la ciudad. *Ha eztado haziendo preguntaz* —había dicho el Policía de la Biblioteca—. *No ze meta en cozaz que no le importan. ¿Me entiende?*

Sí, entendía. Y, por si fuera poco, suponía que estaba acicateando las iras del policía con sus investigaciones. Pero no estaba haciendo preguntas, al menos no directamente, y estas cosas le importaban, le importaban desesperadamente.

Eztaré vigilando. Y no eztoy zolo.

Sam miró nervioso por encima del hombro. No vio nada, pero siguió resultándole imposible moverse con gesto decidido. Había llegado hasta allí, pero no sabía si podría seguir adelante. Se sentía más que intimidado, más que asustado. Se sentía conmocionado.

—Tienes que hacerlo —murmuró roncamente, y se limpió los labios con una mano temblorosa—. Simplemente, tienes que hacerlo.

Obligó a su pie izquierdo a adelantarse. Se quedó así un momento, con las piernas separadas, como un hombre sorprendido en el momento de vadear una pequeña corriente. Después obligó a su pie derecho a ponerse a la altura del izquierdo. Se acercó a la estantería con los folios encuadernados de la misma manera vacilante y reacia. En el extremo del estante había una tarjeta donde ponía: 1987-1989.

Con casi absoluta seguridad, era demasiado reciente. En realidad, las renovaciones de la Biblioteca tenían que haberse producido antes de la primavera de 1984, cuando él se había mudado a Junction City. Si hubiera sucedido después, habría visto a los obreros, habría oído hablar a la gente del asunto y habría leído sobre ello en la *Gazette*. Pero, aparte de suponer que debía de haber sucedido en los últimos quince o veinte años (los techos falsos no parecían más antiguos), no podía precisar más. ¡Si pudiera pensar con más claridad! Pero no podía. Lo que había sucedido aquella mañana arruinaba cualquier esfuerzo normal y racional por pensar, de la misma manera en que la intensa actividad de las manchas solares arruinaba las transmisiones de radio y televisión. La realidad y la irrealidad se habían juntado como enormes piedras, y Sam Peebles, una diminuta, aullante y luchadora mancha de humanidad, había tenido la mala suerte de quedar atrapado en medio.

Se trasladó dos pasillos hacia la izquierda, sobre todo porque temía que, si dejaba de moverse durante demasiado tiempo, podía congelarse por completo, y descendió por el que estaba marcado con la fecha 1981-1983.

Cogió una caja casi al azar y la llevó a una de las lectoras. La abrió y trató de concentrarse exclusivamente en la bobina de microfilme (la bobina también era azul y Sam se preguntó si habría una razón por la que todo en aquel lugar limpio y bien

iluminado hacía juego). Primero había que montarla en uno de los ejes, correcto; después, tenías que pasarla, bien; luego, había que sujetar la cinta en el centro del riel superior, vale. La máquina era tan sencilla que hasta un niño de ocho años podría haber realizado esas pequeñas tareas, pero Sam necesitó casi cinco minutos; tenía que ocuparse de sus manos temblorosas, y de su cerebro atontado y confuso. Cuando tuvo el microfilme montado y vio el primer fotograma, descubrió que lo había montado al revés. La imagen estaba cabeza abajo.

Pacientemente, rebobinó el microfilme, le dio la vuelta y volvió a pasarlo. Descubrió que este pequeño inconveniente no le importaba en lo más mínimo; repetir la operación paso a paso parecía calmarlo. Esta vez apareció delante de él, al derecho, la primera plana del número de la *Gazette* de Junction City correspondiente al 1 de abril de 1981. El titular anunciaba la sorprendente dimisión de un funcionario del ayuntamiento del que Sam jamás había oído hablar, pero pronto su mirada se sintió atraída hacia un recuadro de pie de página. Dentro del recuadro aparecía el siguiente mensaje:

RICHARD PRICE Y EL PERSONAL DE
LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE JUNCTION
CITY LE RECUERDAN QUE
DEL 6 AL 13 DE ABRIL SE CELEBRA
LA SEMANA NACIONAL DE BIBLIOTECAS.
¡VENGA A VISITARNOS!

¿Lo sabía? —se preguntó Sam—. *¿Por eso cogí esta caja y no otra? ¿Recordaba inconscientemente que la segunda semana de abril es la Semana Nacional de Bibliotecas*?

Ven conmigo —contestó una voz tenebrosa y susurrante—. *Ven conmigo hijo, zoy un polizía.*

Se le puso la piel de gallina y lo sacudió un estremecimiento. Sam apartó la pregunta y aquella voz fantasmal. Al fin y al cabo, no importaba realmente por qué había cogido los números de abril de 1981; lo importante era que lo había hecho y que había tenido suerte.

Tal vez.

Hizo avanzar con rapidez la bobina hacia el 6 de abril y vio exactamente lo que había esperado. En el titular principal de la *Gazette*, ponía con tinta roja:

¡SE INCLUYE SUPLEMENTO ESPECIAL
SOBRE LA BIBLIOTECA!

Sam pasó al suplemento. En la primera página había dos fotografías. Una era del exterior de la Biblioteca. La otra mostraba a Richard Price, el bibliotecario jefe, de pie ante el escritorio y sonriendo nervioso a la cámara. Era como lo había descrito Naomi Higgins: un hombre alto, de unos cincuenta años, con gafas y un bigotillo

fino. Sam estaba más interesado en el fondo. Veía el techo falso que tanto le había sorprendido en su segunda visita a la Biblioteca. Así que las reformas se habían hecho antes de abril de 1981.

Los artículos eran el típico producto autocongratulatorio que había esperado. Hacía ya seis años que leía la *Gazette* y estaba acostumbrado a su tono de ¿no-somos-un-grupo-estupendo-de-Jota-Ces? Había artículos informativos (y algo ansiosos) sobre la Semana Nacional de Bibliotecas, el Programa de Lectura Estival, el Libromóvil del condado de Junction y la nueva colecta de fondos apenas iniciada. Sam los leyó rápidamente. En la última página del suplemento encontró una historia mucho más interesante, escrita por el propio Price. Se titulaba

LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE JUNCTION CITY
CIEN AÑOS DE HISTORIA

El entusiasmo de Sam no duró mucho. El nombre de Ardelia no aparecía. Vio una mención del proyecto de reforma —se había llevado a cabo en 1970— y algo más. Algo un tanto extraño. Sam empezó a leer otra vez, con más cuidado, la última parte de la prolija nota del señor Price.

> Con el final de la Gran Depresión, nuestra Biblioteca experimentó un cambio. En 1942, el ayuntamiento de Junction City concedió una partida de cinco mil dólares para reparar los graves daños producidos por la humedad durante la inundación de 1932, y la señora Felicia Culpepper pasó a ocupar el puesto de bibliotecaria jefe, dedicando su tiempo sin remuneración. Nunca perdió de vista su objetivo: una Biblioteca totalmente renovada, al servicio de un pueblo que iba convirtiéndose rápidamente en ciudad.
>
> La señora Culpepper se retiró en 1951, dando paso a Christopher Lavin, el primer bibliotecario de Junction City con una licenciatura en Biblioteconomía. El señor Lavin inició el Fondo Homenaje Culpepper, que en su primer año de vida reunió quince mil dólares para la adquisición de nuevos libros, y así la Biblioteca Pública de Junction City inició su camino en la edad moderna.
>
> Poco después de haber sido nombrado bibliotecario jefe en 1964, hice de las reformas en profundidad mi objetivo principal. Los fondos necesarios para lograr este objetivo lograron reunirse a finales de 1969, y, si bien el dinero del ayuntamiento y del gobierno federal ayudaron en la construcción del espléndido edificio que disfrutan hoy los «ratones de biblioteca» de Junction City, este proyecto no habría podido llevarse a cabo sin la ayuda de todos aquellos voluntarios que más tarde se presentaron para manejar un martillo o una sierra durante el «Mes de construcción de su biblioteca», en agosto de 1970.
>
> Otros proyectos notables de las décadas de los setenta y los ochenta…

Pensativo, Sam levantó la vista. Le parecía que en la cuidadosa y monótona historia de la Biblioteca local redactada por Richard Price faltaba algo. No, pensándolo mejor, faltar era una palabra inadecuada. El artículo convenció a Sam de que Price era un maniático obsesivo de primera línea; tal vez fuese un hombre agradable, pero en el fondo un obsesivo, y esos hombres no dejan escapar cosas, sobre todo tratándose de temas que evidentemente son caros a sus corazones.

Así que… no faltaba… Estaba oculto.

Cro-no-ló-gi-ca-men-te hablando las fechas no coincidían. En 1951, un hombre llamado Christopher Lavin había sucedido a Felicia Culpepper como bibliotecario

jefe. En 1964, Richard Price había ocupado el cargo. ¿Había sucedido Price a Lavin? Sam no lo creía. Pensaba que, en algún momento de aquéllos trece años en blanco, una mujer llamada Ardelia Lortz había sucedido a Lavin. Y Price, según eso, la había sucedido a ella. No figuraba en el obsesivo recuento del señor Price porque había hecho… algo. Sam no estaba más cerca de saber qué podía haber sido ese algo, pero tenía una idea más aproximada de su magnitud. Fuera la que fuese, había sido lo bastante malo para que Price lo suprimiera pese a su evidente amor por el detalle y la continuidad.

Asesinato —pensó Sam—. *Tiene que haber sido asesinato. Es lo único suficientemente malo para…*

En ese instante, una mano se apoyó en el hombro de Sam.

3

Si hubiera chillado, sin duda habría aterrorizado a la dueña de la mano casi tanto como ella lo había aterrorizado a él, pero Sam no podía chillar. En lugar de eso, todo el aire se escapó de su interior y el mundo se volvió de nuevo gris. Su pecho se hundió como un acordeón que fuera aplastado lentamente por la pata de un elefante. Todos sus músculos parecían haberse convertido en pasta. No volvió a mojarse los pantalones. Tal vez ésa fuera la única gracia salvadora.

—¿Sam? —oyó que preguntaba una voz. Parecía venir desde muy lejos…, por ejemplo, desde algún lugar de Kansas—. ¿Eres tú?

Se volvió, estuvo a punto de caer de la silla, situada frente a la lectora de microfilmes, y vio a Naomi. Trató de recuperar el aliento para poder decir algo. No salió más que un fatigado silbido. La habitación parecía ondular ante sus ojos. Las sombras iban y venían.

Después vio que Naomi daba un torpe paso hacia atrás y que sus ojos se dilataban, alarmados, mientras se llevaba la mano a la boca. Golpeó una de las estanterías con la fuerza suficiente para volcarla. Se balanceó, y dos o tres cajas cayeron sobre la alfombra con golpes sordos; después se quedó inmóvil.

—Omes —dijo él por fin.

Su voz salió en un susurro quebrado. Recordaba que una vez, en St. Louis, cuando era niño, había atrapado un ratón con su gorra de béisbol. Al correr de un lado a otro en busca de un resquicio que le permitiera huir, había hecho un ruido semejante.

—Sam, ¿qué te ha sucedido?

La voz de Naomi sonaba como la de alguien que habría gritado si el shock no lo hubiera dejado sin aliento.

Hacemos una buena pareja —pensó Sam—: *Abbot y Costello encuentran a los Monstruos*.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¡Mierda!

¡*Vaya*! —pensó—. *He vuelto a decir una palabrota. Además, volví a llamarte Omes. Lo siento*. Se sentía un poco mejor y pensó en levantarse, pero decidió no hacerlo. No tenía sentido tentar a la suerte. No estaba demasiado seguro de que su corazón no fuera a detenerse.

—Fui a verte a la oficina —dijo ella—. Cammy Harrington me dijo que le había parecido ver que entrabas aquí. Quería disculparme. Tal vez. Al principio pensé que debías de haberle gastado una broma cruel a Dave. Pero cuando él dijo que no serías capaz de hacer una cosa así, empecé a pensar que no parecía típico de ti. Siempre has sido tan agradable…

—Gracias —dijo Sam—. Supongo…

—… y por teléfono parecías tan…, tan aturdido. Le pregunté a Dave de qué se trataba, pero no quiso decirme nada más. Lo único que sé es lo que oí y el aspecto que tenía cuando hablaba contigo. Parecía que hubiese visto un fantasma.

No —pensó decirle Sam—. *He sido yo quien lo ha visto. Y esta mañana vi algo todavía peor*.

—Sam, tienes que comprender algo sobre Dave… Y sobre mí. Bueno, supongo que lo de Dave ya lo sabes, pero yo soy…

—Supongo que lo sé —dijo Sam—. En la nota que le dejé a Dave decía que no había visto a nadie en la calle Angle, pero no era cierto. Al comienzo no vi a nadie, pero mientras buscaba a Dave os vi allá atrás. Así que lo sé. Pero no lo sé deliberadamente, si entiendes lo que quiero decir.

—Sí —respondió Naomi—. Está bien, pero…, Sam… ¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? Tu cabello…

—¿Qué pasa con mi cabello? —preguntó él en un tono seco. Ella abrió torpemente su bolso con manos un tanto temblorosas y sacó un espejo.

—Mira —dijo.

Él miró, pero ya sabía lo que iba a ver.

Desde las ocho y media de la mañana, su cabello se había vuelto blanco casi por completo.

4

—Veo que ha encontrado a su amigo —le dijo Doreen McGill a Naomi cuando subieron la escalera. Apoyó una uña en una comisura de su boca y les dedicó su sonrisita de «¡qué bonita soy!».

—Sí.

—¿Se han acordado de firmar la salida?

—Sí —repitió Naomi.

Sam no, pero ella lo había hecho por ambos.

—¿Y guardaron los microfilmes que utilizaron?

Esta vez fue Sam quien respondió afirmativamente. No recordaba si había sido él o Naomi quien guardó la única bobina de microfilme que había montado, ni tampoco le importaba. Lo único que deseaba era salir de allí.

Doreen seguía con sus remilgos. Golpeando su labio inferior con la punta de un dedo, inclinó la cabeza y dijo a Sam:

—Parecía distinto en la foto del periódico. No consigo saber de qué se trata.

Mientras salían, Naomi dijo:

—Por fin se volvió inteligente y dejó de teñirse el pelo.

Fuera, en los escalones, Sam rompió a reír violentamente. La potencia de las carcajadas lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Era una risa histérica, y su sonido estaba a un paso del grito, pero no le importaba. Le hacía bien. Resultaba enormemente reconfortante.

Naomi permaneció junto a él, al parecer inconmovible tanto por el ataque de risa de Sam como por las miradas curiosas que les dedicaban los transeúntes. Incluso levantó una mano y saludó a un conocido. Sam apoyó las manos en los muslos, dominado todavía por su incontrolable ataque de risa; no obstante, había en él una parte lo bastante sobria para pensar: *Ella ha visto antes este tipo de reacción. Me pregunto dónde*. Pero conocía la respuesta incluso antes de que su cerebro hubiera terminado de formular la pregunta. Naomi era una alcohólica y había trabajado con otros alcohólicos, ayudándolos como parte de su propia terapia. Probablemente había presenciado bastante más que un ataque de risa histérica durante su permanencia en la calle Angle.

Va a abofetearme —pensó, mientras seguía riendo ante su propia imagen frente al espejo del lavabo, aplicando pacientemente Fórmula Grecian en sus rizos—. *Va a abofetearme porque es lo que se hace con la gente histérica*.

Al parecer, Naomi tenía otra idea sobre el asunto, pues se limitó a permanecer pacientemente junto a él bajo los rayos del sol, esperando a que recuperara el control. Por último, la risa empezó a agotarse y quedó reducida a una serie de resoplidos y risillas. Le dolían los músculos del estómago, su visión era acuosa y ondulada, y tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

—¿Mejor? —preguntó ella.

—¡Oh, Naomi! —exclamó, y se le escapó otra carcajada que resonó en la mañana soleada—. ¡No sabes cuánto mejor!

—Claro que lo sé —dijo ella—. Ven, cogeremos mi coche.

—¿Adónde…? —hipó él—. ¿Adónde vamos?

—A la calle Ángel —dijo ella, pronunciándolo como el autor del cartel había querido que se pronunciase—. Estoy muy preocupada por Dave. Fui allí esta mañana a primera hora, pero no estaba. Temo que pueda andar por ahí bebiendo.

—No es nada nuevo, ¿no? —preguntó Sam, bajando los escalones a su lado. El Datsun estaba aparcado junto al bordillo, detrás del coche de Sam.

Ella lo miró. Fue una mirada breve, pero compleja: irritación, resignación, compasión. Sam pensó que si se analizaba esa mirada, diría: *No sabes de qué estás hablando, pero tú no tienes la culpa*.

—Esta vez, Dave ha permanecido sobrio durante casi un año, pero su estado de salud general no es bueno. Como muy bien dices, para él no es nada nuevo caerse de un carro, pero otra caída podría matarlo.

—Y sería por mi culpa —sentenció Sam, al tiempo que los restos de su risa morían.

Ella lo miró de nuevo, algo sorprendida.

—No —dijo—. No sería por culpa de nadie, pero eso no significa que quiera que suceda. O que tenga que suceder. Ven. Cogeremos mi coche. Podemos hablar por el camino.

5

—Cuéntame qué te ha sucedido —dijo mientras se dirigían a los suburbios—. Cuéntamelo todo. No es solo tu pelo, Sam, es que pareces diez años mayor.

—Tonterías —repuso Sam. En el espejo de Naomi había visto algo más que su cabello; se había mirado mejor de lo que deseaba—. Más bien unos veinte. Y siento como si fueran cien.

—¿Qué sucedió? ¿Qué fue?

Sam abrió la boca para decírselo, pensó en cómo sonaría y meneó la cabeza.

—No —dijo—, todavía no. Primero vas a decirme tú algo. Vas a hablarme de Ardelia Lortz. El otro día creíste que estaba bromeando. En ese momento no me di cuenta, pero ahora sí. De modo que háblame de ella. Dime quién era y qué hizo.

Naomi se detuvo junto al bordillo, frente al viejo edificio de granito del Cuerpo

de Bomberos de Junction City, y lo miró. Bajo su discreto maquillaje su piel estaba pálida y tenía los ojos dilatados.

—¿No estabas bromeando? Sam, ¿estás tratando de decirme que no estabas bromeando?

—Exacto.

—Pero, Sam… —Se detuvo, y por un momento pareció que no sabía cómo continuar. Por último habló suavemente, como se le habla a un niño que ha hecho algo que no sabe que es malo—. Pero Sam, Ardelia Lortz está muerta. Murió hace treinta años.

—Sé que está muerta. Quiero decir que ahora lo sé. Lo que intento averiguar es el resto.

—Sam, sea quien sea a quien crees haber visto…

—Sé a quién vi.

—Dime, ¿qué te hace pensar…?

—Primero habla tú.

Ella volvió a poner el coche en marcha, miró por el espejo retrovisor y prosiguió el camino hacia la calle Angle.

—No sé mucho —dijo—. Verás, cuando ella murió yo solo tenía cinco años. La mayor parte de lo que sé es por haber escuchado chismes. Pertenecía a la Primera Iglesia Baptista de Proverbia, o al menos iba allí, pero mi madre no habla de ella. Ni tampoco los demás. Para ellos es como si nunca hubiera existido.

Sam asintió.

—Así es como la trata el señor Price en el artículo que escribió sobre la Biblioteca. El que estaba leyendo cuando me pusiste la mano en el hombro y me quitaste otros doce años de vida. Eso explica por qué tu madre se enfadó tanto conmigo cuando mencioné su nombre el sábado por la noche.

Naomi lo miró sobresaltada.

—¿Llamaste para eso?

Sam asintió.

—¡Oh, Sam! Si no estabas en la lista de mamá, ahora ya te ha incluido.

—¡Bah! Ya estaba antes, pero pienso que ahora me ha colocado en uno de los primeros puestos. —Sam rió y después dio un respingo. Todavía le dolía el estómago por el ataque de risa que había sufrido en la escalera de las oficinas del periódico, pero se alegraba mucho de haberlo tenido. Una hora antes le habría parecido imposible recuperar hasta ese punto el equilibrio. En realidad, una hora antes estaba seguro de que Sam Peebles y el equilibrio eran conceptos que se excluirían mutuamente durante el resto de su vida—. Sigue, Naomi.

—La mayor parte de lo que sé es lo que escuché en lo que la gente de AA llama «la verdadera reunión». Es cuando la gente va por ahí bebiendo café antes y después, hablando de todo lo que se les ocurre.

Ella miró con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en AA, Naomi?

—Nueve años —respondió ella con sobriedad—. Y han pasado seis desde la última vez que sentí la necesidad de tomar un trago. Pero siempre he sido alcohólica, Sam. Los borrachos no se hacen. Nacen.

—¡Ah! —exclamó él débilmente, y agregó—: ¿Estaba ella en el programa? ¿Ardelia Lortz?

—¡No, por Dios! Pero eso no significa que no haya gente en AA que la recuerde. Creo que apareció en Junction City en 1956 o 1957. Fue a trabajar para el señor Lavin en la Biblioteca pública. Uno o dos años después, él murió repentinamente… fue un ataque cardíaco o un infarto, creo, y el ayuntamiento dio el puesto a la señorita Lortz. He oído que era muy buena en su trabajo, pero, a juzgar por lo que sucedió, diría que en lo que más destacaba era en su capacidad para engañar a la gente.

—¿Qué hizo, Naomi?

—Mató a dos niños y se suicidó —dijo simplemente Naomi—. En el verano de 1960. Buscaron a los niños, pero nadie pensó en hacerlo en la Biblioteca porque se suponía que ese día estaba cerrada. Los encontraron al día siguiente, cuando se dieron cuenta de que la Biblioteca tenía que estar abierta y no lo estaba. En el techo de la Biblioteca hay unas claraboyas…

—Lo sé.

—… pero actualmente solo pueden verse desde fuera, porque reformaron el interior. Bajaron el cielo raso para conservar el calor o algo así. De todos modos, esas claraboyas tenían grandes cerrojos de bronce. Se los cogía con una vara larga para abrirlos y dejar entrar el aire, imagino. Ella ató una cuerda a uno de esos cerrojos…, debió de utilizar una de las escalerillas rodantes que había junto a las estanterías…, y se colgó de allí. Lo hizo después de matar a los niños.

—Ya veo. —La voz de Sam era serena, pero el corazón le latía lentamente y con fuerza—. ¿Y cómo…, cómo mató a los niños?

—No lo sé. Nadie lo ha dicho nunca y yo jamás lo pregunté. Supongo que fue horrible.

—Sí, supongo que sí.

—Ahora cuéntame lo que te pasó.

—Primero quiero ver si Dave está en el refugio.

Naomi se envaró.

—Yo veré si Dave está en el refugio —dijo—. Tú te quedarás en el coche. Lo siento por ti, Sam, y lamento haber sacado una conclusión errónea anoche. Pero no molestarás más a Dave. Yo me ocuparé de esto.

—¡Naomi, él es parte de esto!

—Eso es imposible —replicó ella en un tono de «aquí se termina la discusión».

—¡Demonios, todo este maldito asunto es imposible!

Estaban llegando a la calle Angle. Delante de ellos había un camión de basura que traqueteaba en dirección al centro de reciclaje con el remolque lleno de cajas de

cartón con botellas y latas.

—Creo que no comprendes lo que te he dicho —dijo ella—. No me sorprende: los terráqueos rara vez comprenden. Así que escúchame bien, Sam. Voy a decirlo sin adornos. Si Dave bebe, morirá. ¿Entiendes eso? ¿Lo comprendes?

Lanzó otra mirada en dirección a Sam. Era una mirada tan furiosa que humeaba, e incluso en medio de su profunda angustia Sam advirtió algo. Antes, incluso en las dos ocasiones en que había salido con Naomi, pensaba que era bonita. Ahora veía que era hermosa.

—¿Qué significa terráqueos? —le preguntó.

—Gente que no tiene problemas con el alcohol, o las píldoras, o la marihuana, o el jarabe para la tos, o cualquiera de esas cosas que complican la existencia humana —dijo casi escupiendo—. Gente que puede permitirse moralizar y emitir juicios.

Delante de ellos, el camión de basuras se internó por el largo y ruinoso sendero que conducía al centro de reciclaje. Más allá estaba la calle Angle. Sam veía algo aparcado frente al porche, pero no era un coche. Era el carrito de la compra de Dave *El Sucio*.

—Para un momento —dijo.

Naomi obedeció, pero no lo miró. Miraba al frente a través del parabrisas. Los huesos de su mandíbula se movían, y tenía las mejillas enrojecidas.

—Te preocupas por él y me alegro mucho —dijo Sam—. ¿También te preocupas por mí, Sarah, aunque sea un terráqueo?

—No tienes derecho a llamarme Sarah. Yo puedo porque es parte de mi nombre. Fui bautizada como Naomi Sarah Higgins. Y ellos pueden porque en cierta forma están más cerca de mí de lo que podría estar un pariente sanguíneo. De hecho, somos parientes sanguíneos, porque hay algo en nosotros que nos hace ser como somos. Algo en nuestra sangre. Tú, Sam, no tienes derecho.

—Tal vez lo tenga —replicó Sam—. Tal vez ahora sea uno de vosotros. Vosotros tenéis problemas con el alcohol. Este terráqueo tiene problemas con el Policía de la Biblioteca.

Ahora ella lo miró con unos ojos dilatados y fatigados.

—Sam, no comprendo…

—Tampoco yo. Lo único que sé es que necesito ayuda. La necesito desesperadamente. Tomé prestados dos libros de una Biblioteca que ya no existe, y ahora esos libros tampoco existen. Los perdí. ¿Sabes dónde terminaron?

Ella meneó la cabeza.

Sam señaló hacia la izquierda, donde dos hombres habían bajado del camión y empezaban a descargar las cajas con envases retornables.

—Allí. Terminaron allí. Han sido reducidos a pulpa. Yo tengo de plazo hasta medianoche, Sarah; entonces, el Policía de la Biblioteca me reducirá a pulpa a mí. Y no creo que quede ni siquiera mi chaqueta.

6

Sam se quedó sentado en el Datsun de Naomi Sarah Higgins durante lo que le pareció un tiempo muy, muy largo. Por dos veces, su mano se dirigió hacia la manilla de la portezuela y después cayó. Ella había cedido un poco. Si Dave quería hablar con él y estaba todavía en condiciones de hacerlo, lo permitiría. Si no, ni pensarlo.

Finalmente se abrió la puerta de la calle Angle. Salieron por ella Naomi y Dave Duncan. Ella le rodeaba la cintura con un brazo. Él arrastraba los pies, y el corazón de Sam desfalleció. Después, cuando salieron al sol, vio que Dave no estaba borracho, al menos, no necesariamente. De una manera extraña, mirarlo era como volver a mirarse en el espejo de Naomi. Dave Duncan parecía un hombre tratando de superar el peor shock de su vida, sin conseguirlo demasiado bien.

Salió del coche y se quedó junto a la portezuela, indeciso.

—Ven al porche —dijo Naomi. Su voz era a un tiempo resignada y temerosa—. No creo que pueda bajar los escalones.

Sam se acercó a ellos. Dave Duncan debía de tener unos sesenta años. El sábado anterior parecía un hombre de setenta o setenta y cinco. Sam suponía que era a causa del alcohol. En cambio, ahora, mientras Iowa giraba lentamente sobre el eje del mediodía, parecía cargar con todas las edades. Y Sam sabía que era por su culpa. Dave había sufrido un shock producido por cosas que creía enterradas hacía mucho tiempo.

No lo sabía, pensó Sam. Pero eso, por cierto que fuera, había perdido su capacidad de consuelo. Salvo por las venillas rotas de su nariz y sus mejillas, la cara de Dave tenía el color de un papel muy viejo. Sus ojos eran acuosos, y miraban atónitos. Sus labios tenían un tinte azulado, y en los profundos surcos de las comisuras de su boca brillaban diminutas gotas de saliva.

—No quería que hablara contigo —explicó Naomi—. Quería llevarlo al doctor Melden, pero se niega a ir sin hablar antes contigo.

—Señor Peebles —dijo febrilmente Dave—. Lo siento, señor Peebles, la culpa es mía, ¿no? Yo…

—No tienes por qué disculparte —dijo Sam—. Ven y siéntate.

Él y Naomi condujeron a Dave hasta una mecedora que había en un rincón del porche, y Dave se dejó caer en ella. Sam y Naomi acercaron sendas sillas con deteriorados asientos de paja y se sentaron uno a cada lado de él. Permanecieron allí sin hablar durante un rato, mirando el campo plano que se extendía al otro lado de las vías del ferrocarril.

—Ella lo persigue, ¿no es así? —preguntó Dave—. Esa furcia del otro lado del infierno.

—Ha enviado a alguien para que me persiga —respondió Sam—. Alguien que estaba en una de esas láminas que dibujaste. Es un…, sé que suena ridículo, pero es un Policía de Biblioteca. Vino a verme esta mañana. Hizo… —Sam se tocó el cabello

—. Hizo esto. Y esto —añadió, señalando el pequeño punto rojo en el centro de su garganta—. Y dice que no está solo.

Dave permaneció largo rato en silencio, mirando el vacío, mirando el chato horizonte interrumpido solo por altos silos y, hacia el norte, por la forma apocalíptica del elevador de granos de la Compañía Alimentaria de Proverbia.

—El hombre que ha visto no es real —dijo por fin—. Ninguno de ellos es real. Solo ella. Solo la furcia del diablo.

—¿Puedes contárnoslo, Dave? —preguntó Naomi con suavidad—. Si no puedes, dilo. Pero si te facilita las cosas…, si te las hace más llevaderas…, habla.

—Querida Sarah —dijo Dave. Cogió su mano y sonrió—. Te amo, ¿te lo había dicho alguna vez?

Ella meneó la cabeza devolviéndole la sonrisa. En sus ojos brillaban lágrimas como diminutos fragmentos de mica.

—No, pero me alegro, Dave.

—Tengo que hablar —afirmó—. No es cuestión de que haga las cosas más fáciles o llevaderas. No se puede permitir que eso siga. ¿Sabes qué recuerdo de mi primera reunión de AA, Sarah?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando dijeron que era un programa de honestidad. Que tenías que decirlo todo, no solo a Dios, sino a Dios y a otra persona. Y yo pensé: «Si eso es lo que se necesita para vivir una vida sin alcohol, estoy jodido. Me llevarán a una parcela de Wayvern Hill, a una de esas fosas que reservan para los borrachos y perdedores que nunca tuvieron una bacinilla donde mear ni una ventana por la cual arrojarse». Porque nunca podría contar las cosas que he visto ni las cosas que he hecho.

—Todos pensamos eso al principio —dijo ella con suavidad.

—Lo sé, pero no puede haber muchos que hayan visto lo que yo he visto, ni hecho lo que yo he hecho. Sin embargo, hice todo lo que pude. Poco a poco, hice todo lo que pude. Puse mi casa en orden. Pero las cosas que vi e hice entonces… Nunca le hablé de ellas a nadie, ni a Dios ni al hombre. Encontré un espacio en el sótano de mi corazón, las guardé allí y después cerré la puerta.

Miró a Sam, y éste vio lágrimas rodando lenta y fatigosamente por los surcos de sus ruinosas mejillas.

—Sí, lo hice. Y cuando la puerta estuvo cerrada, clavé tablas encima. Y cuando hube clavado las tablas, puse una lámina de acero encima y la atornillé bien fuerte. Y cuando terminé de atornillarla, coloqué un escritorio contra la obra, y antes de darme por satisfecho e irme, amontoné ladrillos sobre el escritorio. Y durante todos estos años no he dejado de repetirme que había olvidado todo lo referente a Ardelia y sus extrañas maniobras, las cosas que quería que hiciera, las cosas que me dijo, las promesas que hizo y lo que realmente era. Tomé muchas precauciones para garantizar el olvido, pero nunca funcionaron. Y cuando entré en AA, eso era lo que me retenía. Lo que estaba en esa habitación, ¿sabe? Esa cosa tiene un nombre, señor Peebles. Su

nombre es Ardelia Lortz. Cuando pasaba un tiempo sobrio, empezaba a tener pesadillas. Soñaba sobre todo con las láminas que había dibujado para ella, esas que asustaban tanto a los niños, pero esos sueños no eran los peores —dijo, con la voz transformada en un susurro tembloroso—. Ni muchísimo menos.

—Tal vez sea mejor que descanses un poco —intervino Sam.

Había descubierto que no le importaba en qué medida dependía de lo que Dave tenía que decir. Una parte de él no deseaba oírlo. Una parte de él temía oírlo.

—No se preocupe por el descanso —dijo Dave—. El doctor dice que soy diabético, que mi páncreas es un desastre y que el hígado se me cae a pedazos. Pronto me iré de vacaciones permanentes. No sé si iré al cielo o al infierno, pero estoy convencido de que en ambos lugares los bares y licorerías están cerrados, y le doy gracias a Dios por ello. Pero no es ahora el momento de descansar. Si voy a hablar alguna vez, tiene que ser ahora. Sabe que está metido en un lío, ¿no? —preguntó a Sam, mirándolo con cautela.

Sam asintió.

—Sí, pero no sabe hasta qué punto. Por eso tengo que hablar. Creo que a veces ella tiene que descansar, quedarse quieta. Pero su tiempo de descanso ha terminado, y lo ha elegido a usted, señor Peebles. Por eso tengo que hablar. No es que quiera. Anoche, cuando Sarah se fue, salí y me compré una botella. Me la llevé al patio trasero del centro de reciclaje y me senté allí como tantas otras veces, en medio de la maleza, las cenizas y los vidrios rotos. La destapé, me la acerqué a la nariz y la olí. ¿Sabe a qué huele una botella de vino? A mí siempre me recuerda al empapelado de las habitaciones de los hoteles baratos, o al de una corriente de agua que ha atravesado la alcantarilla de alguna ciudad. Pero, de todos modos, siempre me ha gustado ese olor, porque también huele como el sueño. Y todo el tiempo, mientras olía la botella, oía a la reina de las furcias hablando desde dentro de la habitación donde la había encerrado. Desde detrás de los ladrillos, el escritorio, la lámina de acero, las tablas y los cerrojos. Hablando como alguien a quien han enterrado vivo. Su voz sonaba algo apagada, pero de todos modos la oía muy bien. La oía decir: «Está bien, Dave, ésa es la respuesta, es la única que existe y funciona para gente como tú, y será la única respuesta que necesites hasta que las respuestas ya no importen». Levanté la botella para tomar un largo trago, y en ese último segundo olía como ella…, y recordé su cara al final, cubierta de pequeños hilos…, y cómo cambiaba su boca…, y tiré la botella. La arrojé contra una traviesa de las vías. Porque esta mierda tiene que terminar. ¡No dejaré que se lleve ni un pellizco más de esta ciudad! —Su voz se elevó hasta convertirse en el grito tembloroso pero potente de un viejo—. ¡Esta mierda ha durado demasiado tiempo!

Naomi apoyó una mano en el brazo de Dave. Su rostro reflejaba miedo y preocupación.

—¿Qué pasa, Dave? ¿Qué pasa?

—Quiero estar seguro —dijo Dave—. Hable usted primero, señor Peebles.

Cuénteme todo lo que le ha sucedido, sin omitir absolutamente nada.

—Lo haré con una condición —repuso Sam.

Dave sonrió débilmente.

—¿Y qué condición es ésa?

—Tienes que prometer que me llamarás Sam, y a cambio yo nunca volveré a llamarte Dave *El Sucio*.

La sonrisa se amplió.

—Trato hecho, Sam.

—Bien —dijo éste, haciendo una inspiración profunda—, todo empezó por culpa de ese maldito acróbata…

7

Le llevó más tiempo del que había creído, pero había un alivio inexpresable, casi placer, en contarlo todo sin omitir nada. Le habló a Dave de El Increíble Joe, de la llamada de Craig pidiendo ayuda y de la sugerencia de Naomi de que animara un poco su discurso. Les habló del aspecto que tenía la Biblioteca y de su encuentro con Ardelia Lortz. Mientras hablaba, los ojos de Naomi se dilataban más y más. Cuando llegó a la parte de la lámina de Caperucita Roja que había en la puerta que conducía a la Biblioteca Infantil, Dave asintió.

—Ésa es la única que no dibujé yo —dijo—. Ella ya la tenía. Además, apuesto a que nunca la encontraron. Apuesto a que todavía la tiene. La mía le gustaba, pero ésa era su favorita.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sam.

Dave se limitó a menear la cabeza y dijo a Sam que continuara. Sam les habló de la tarjeta de lector, de los libros que había tomado prestados, y de la extraña y breve discusión que habían mantenido cuando Sam se iba.

—Exacto —interrumpió bruscamente Dave—. Eso es todo lo que necesitaba. Tal vez no lo crea, pero yo la conozco. Usted hizo que se enfadara. ¡Vaya si lo hizo! Se enfadó, y ahora lo persigue.

Sam terminó su relato tan pronto como pudo, pero su voz bajó y estuvo a punto de quebrarse cuando llegó al episodio de la visita del Policía de la Biblioteca, con su gabardina color gris niebla. Cuando terminó, estaba casi llorando y sus manos habían vuelto a temblar.

—¿Podría beber un vaso de agua? —preguntó torpemente a Naomi.

—Por supuesto —respondió ella levantándose. Dio dos pasos, se volvió y besó a Sam en la mejilla. Sus labios eran frescos y suaves. Y antes de ir en busca del agua, le dijo al oído dos palabras consoladoras—: Te creo.

8

Sam se llevó el vaso a los labios, agarrándolo con ambas manos para asegurarse de que no se le cayera, y bebió la mitad de su contenido de un solo trago. Cuando lo dejó, preguntó:

—¿Y tú, Dave? ¿Me crees?

—Sí —contestó Dave.

Habló con aire ausente, como si fuera una conclusión inevitable. Sam suponía que para Dave lo era. Al fin y al cabo, él había conocido a la misteriosa Ardelia Lortz, y su cara devastada, demasiado envejecida, sugería que no había sido una relación de amor.

Durante unos instantes, Dave no dijo nada. Miró hacia los campos en barbecho al otro lado de las vías. Dentro de seis o siete semanas, estarían verdes, cubiertos de maíz tierno, pero ahora parecían estériles. Sus ojos observaron la sombra de una nube que pasaba sobre el vacío del Medio Oeste en forma de un halcón gigantesco.

Por último, pareció recuperarse y se volvió hacia Sam.

—Mi Policía de Biblioteca, el que dibujé para ella, no tenía ninguna cicatriz —dijo por fin.

Sam pensó en la cara larga y blanca del extraño. La cicatriz estaba allí, sin ninguna duda, atravesando la mejilla por debajo del ojo, sobre el puente de la nariz, como una línea delgada y fluida.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Para mí nada, pero creo que debe de significar algo para usted. Sam…, lo de la placa lo sé…, lo que llamó estrella de muchas puntas. La encontré en un libro de heráldica allí mismo, en la Biblioteca de Junction City. Es una estrella maltesa. Los caballeros musulmanes…, sí, ellos también tenían caballeros…, la llevaban en el centro del pecho cuando entraban en combate durante las cruzadas. Se suponía que eran mágicas. Me gustó tanto la forma que la puse en el dibujo. Pero no había ninguna cicatriz. En mi policía no. ¿Quién fue su Policía de Biblioteca, Sam?

—No sé…, no sé de qué estás hablando —respondió Sam lentamente.

Pero aquella voz leve, burlona y persecutoria regresó: *Ven conmigo, hijo… Zoy un*

polizía. Y de pronto la boca se le llenó de nuevo de aquel sabor. El sabor pegajoso y azucarado del regaliz. Sus papilas gustativas se enervaron y el estómago le dio un vuelco. Pero era estúpido, estúpido de verdad. Nunca en su vida había comido regaliz rojo. Lo detestaba.

Si nunca lo has comido, ¿cómo sabes que lo detestas?

—No te entiendo —dijo con más fuerza.

—Pero estás entendiendo algo —intervino Naomi—. Parece como si alguien te hubiera dado una patada en el estómago.

Sam la miró, molesto. Ella le devolvió serenamente la mirada, y el corazón de Sam se aceleró.

—Dejémoslo por ahora —dijo Dave—, aunque no podrá hacerlo por mucho tiempo, Sam. No si quiere tener alguna esperanza de salir de esto. Deje que le cuente mi historia. Nunca la he contado antes y jamás volveré a hacerlo, pero ya es hora de que lo haga.

Capítulo 11

La historia de Dave

1

—No siempre fui Dave Duncan *El Sucio* —empezó—. A comienzos de los cincuenta era solo Dave Duncan, y la gente me tenía simpatía. Era miembro del Rotary Club donde usted habló la otra noche, Sam. ¿Por qué no? Tenía mi propio negocio y ganaba dinero. Era pintor de carteles, y muy bueno. Tenía todo el trabajo que podía necesitar en Junction City y Proverbia, pero a veces también hacía algo en Cedar Rapids. Una vez pinté un anuncio de cigarrillos Lucky Strike en la pared derecha del campo de rugby, allá en el fin del mundo. Estaba muy solicitado y me lo merecía. Era bueno. Era el mejor pintor de carteles de estos contornos. Me quedé aquí porque lo que realmente me interesaba era la pintura seria, y pensé que podía hacerlo aquí tan bien como en cualquier otra parte. No tenía educación artística formal. Lo intenté, pero fracasé… Sabía que eso me perjudicaba, por decirlo así, pero también sabía que hubo artistas que lo lograron sin toda esa parafernalia, por ejemplo, Gramma Moses. Ella no necesitaba carnet de conducir; sin carnet llegó al centro del pueblo. Incluso habría podido conseguirlo. Vendí algunos cuadros, aunque no muchos. No lo necesitaba porque no estaba casado y me las arreglaba muy bien con mi negocio de los carteles. Además, guardaba la mayor parte de mis obras para montar exposiciones, como se supone que hacen los artistas, y llegué a organizar algunas. Al principio aquí mismo, después en Cedar Rapids y más tarde en Des Moines. De ésa escribieron una crítica en el *Democrat*, donde aparecía como el segundo advenimiento de James Whistler.

Dave se quedó callado un momento, pensando. Después levantó la cabeza y miró otra vez los campos vacíos en barbecho.

—En AA hablan de gente que tiene un pie en el futuro y otro en el pasado, y que se pasa el tiempo meando el hoy. Pero a veces resulta duro no preguntarse qué podría haber pasado si hubieras hecho las cosas de otra manera.

Miró con una especie de sentimiento de culpabilidad a Naomi, quien sonrió y le apretó la mano.

—Porque era bueno y me acerqué mucho. Pero también entonces bebía en

exceso. No pensaba en ello… ¡Diablos! Era joven y fuerte, y además, ¿acaso no beben todos los grandes artistas? Yo creía que lo hacían. Y aun así habría podido lograrlo, o en todo caso haber hecho algo por un tiempo. Pero entonces llegó Ardelia Lortz a Junction City. Y su llegada fue mi perdición —dijo mirando a Sam—. La reconozco en su historia, Sam, pero ése no era su aspecto entonces. Usted esperaba ver a una vieja bibliotecaria y a ella eso le venía bien, así que eso fue lo que vio. Pero cuando vino a Junction City, en el verano de 1957, su cabello era de un rubio ceniciento y solo era regordeta donde se supone que una mujer debe serlo. Por aquel entonces yo vivía en Proverbia y solía ir a la iglesia baptista. No es que me entusiasmara mucho la religión, pero allí había algunas mujeres muy guapas. Tu madre era una de ellas, Sarah.

Naomi rió como ríen las mujeres cuando se les dice algo que no acaban de creer.

—Ardelia congenió enseguida con la gente. Ahora, cuando la gente de esa iglesia habla de ella, si lo hacen, apuesto a que dicen cosas como: «desde el principio supe que había algo raro en esa tal Lortz» o «nunca confié en su mirada». Pero permítanme decirles que no fue así. Revoloteaban a su alrededor, tanto las mujeres como los hombres, igual que abejas alrededor de la primera flor de la primavera. Antes de llevar un mes en la ciudad consiguió trabajo como asistente del señor Lavin, pero ya hacía dos semanas que daba clases en la escuela dominical de Proverbia. No me gusta pensar qué les enseñaba, pero pueden apostar hasta el último dólar a que no era el evangelio según san Mateo. Y todo el mundo juraba que los niños la adoraban. Ellos también lo juraban, pero cuando lo hacían había una expresión en sus ojos…, una mirada distante, como si no estuvieran muy seguros de dónde estaban o de quiénes eran.

»Bueno, me atrajo y yo la atraje a ella. Les resulta difícil de imaginar por cómo soy ahora, pero en aquellos tiempos era un tipo bastante guapo. Estaba siempre bronceado de trabajar al aire libre, mi cabello era casi rubio a causa del sol, y tenía el vientre tan plano como tu tabla de planchar, Sarah. Ardelia había alquilado una granja a unos dos kilómetros de la iglesia, un lugar que estaba bastante bien pero que necesitaba una mano de pintura con tanta urgencia como necesita un vaso de agua un hombre que está en el desierto. Así que la segunda semana, al salir de la iglesia, la vi allí. No iba mucho, y para entonces estábamos en la segunda mitad de agosto. Me ofrecí a pintarle la casa. Ardelia tenía los ojos más grandes que han visto nunca. Supongo que la mayoría de la gente habría dicho que eran grises, pero cuando te miraba directamente, con intensidad, habrías jurado que eran plateados. Y aquel día, después de la iglesia, me miró intensamente. Llevaba una especie de perfume que nunca había olido y que jamás volví a oler. No sé cómo describirlo, pero siempre me hizo pensar en blancas florecillas silvestres que se abren después de la puesta del sol. Y caí. Allí mismo y en ese momento. Estaba muy cerca de mí, tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocaban. Llevaba un vestido negro sin atractivo, la clase de vestido que usaría una anciana, y un sombrero con un pequeño velo de tul, y sostenía el bolso

contra el estómago. Todo muy modoso y adecuado. Pero sus ojos no eran modosos. No señor. Ni decentes. Ni siquiera un poquito.

»“Espero que no quiera poner anuncios de lejía o tabaco para mascar en las paredes de mi nueva casa”, dijo.

»“No, señora —contesté—. Pensé en dos manos de pintura blanca. De todos modos, no me gano la vida pintando casas, pero como es nueva en la ciudad y todo eso, pensé que sería de buen vecino…”.

»“Claro que sí”, respondió y me tocó el hombro.

Dave miró a Naomi como disculpándose.

—Creo que tendría que darte una oportunidad de irte si quieres. Pronto voy a empezar a decir cosas sucias, Sarah. Me avergüenzo de ello, pero quiero aclarar de una vez por todas lo que hice con ella.

Ella palmeó su mano vieja y agrietada.

—Adelante —le dijo tranquilamente—. Dilo todo.

Él hizo una inspiración profunda y continuó.

—Cuando me tocó, supe que tenía que poseerla o morir intentándolo. Solo ese pequeño contacto ya hizo que me sintiera mejor y más loco de lo que me había hecho sentir ninguna mujer en mi vida. Además, ella lo sabía. Lo veía en sus ojos. Tenía una mirada astuta. También era una mirada mezquina, pero había algo en ella que me excitó más que cualquier otra cosa. «Sí que sería de buen vecino, Dave», dijo, «y yo quiero ser una excelente vecina». Así que la acompañé a su casa. Dejé a los demás jóvenes en la puerta de la iglesia, podríamos decir que furiosos y sin duda maldiciendo mi nombre. No sabían la suerte que tenían. Ninguno de ellos. Mi Ford estaba en la tienda y ella no tenía coche, así que tuvimos que ir andando. A mí no me importaba, y al parecer a ella tampoco. Fuimos por el Camino Truman, que en aquellos días todavía era de tierra, aunque cada dos o tres semanas enviaban un camión del ayuntamiento para aceitarlo y asentar el polvo. Nos encontrábamos a medio camino de su casa cuando se detuvo. Estábamos solos, de pie en medio del camino, al mediodía de un día de verano, con un millón de acres del maíz de Sam Orday a un lado y unos dos millones de acres del maíz de Bill Humpe al otro, todo ondulando por encima de nuestras cabezas y susurrando de esa forma misteriosa con que lo hace el maíz aunque no haya brisa. Mi abuelo solía decir que era el ruido del maíz creciendo. No sé si es verdad o no, pero es un sonido escalofriante, eso sí lo sé.

»“¡Mira! —dijo señalando a la derecha—. ¿Lo ves?”».

Yo miré, pero no vi nada…, solo maíz. Se lo dije.

»“¡Te lo mostraré!”, dijo, y se internó corriendo entre el maíz, con su vestido de los domingos y sus tacones altos. Ni siquiera se quitó el sombrero con el velo. Yo me quedé unos segundos allí, como atontado. Después la oí reír. La oí reír en medio del campo de maíz. Así que corrí tras ella, en parte para averiguar lo que había visto, pero sobre todo a causa de esa risa. ¡Era tan cachonda! No sé cómo expresarlo. La vi de pie en la hilera donde estaba, más adelante, y de pronto desapareció en la siguiente

sin dejar de reír. Yo también empecé a reír, y pasé a la otra hilera sin preocuparme el hecho de que estaba aplastando algunas de las plantas de Sam Orday. Nunca se daría cuenta con todos esos acres. Pero cuando llegué, sacudiéndome hebras de maíz de los hombros y una hoja verde pegada a mi corbata como un nuevo tipo de alfiler, dejé de reír enseguida, porque ya no estaba allí. Entonces la oí al otro lado. No tenía ni idea de cómo podría haber vuelto allí sin que la viera, pero lo había hecho. Así que retrocedí justo a tiempo de verla entrar en la hilera siguiente. Supongo que estuvimos jugando al escondite durante una media hora, pero no lograba cogerla. Lo único que conseguía era acalorarme y ponerme cada vez más cachondo. Pensaba que estaba frente a mí, en la hilera siguiente, y cuando llegaba la oía dos hileras por detrás de mí. A veces veía su pie o su pierna, y por supuesto dejaba huellas en la tierra blanda, pero no servían de nada, porque parecían ir en todas direcciones al mismo tiempo. Entonces, justo cuando empezaba a enfadarme —había sudado mi camisa buena, y tenía la corbata desanudada y los zapatos llenos de tierra—, llegué a una hilera y vi su sombrero colgando de una planta de maíz, con el velo agitándose por efecto de la brisa que se había levantado. “¡Ven a cogerme, Dave!”, me llamó. Cogí su sombrero y crucé en diagonal la siguiente hilera. No estaba… vi ondular el maíz en el lugar por donde acababa de pasar, y encontré sus zapatos. En la hilera siguiente encontré una de sus medias de seda colgada de una panocha. Y seguía oyendo su risa. Tocaba mi punto flaco. Cómo llegó allí la muy perra, solo Dios lo sabe. Pero entonces ya no me importaba.

»Me arranqué la corbata y corrí tras ella, dando vueltas y vueltas, y jadeando como un perro estúpido que no sabe que en un día caluroso hay que quedarse quieto. Y les diré algo: pasara por donde pasase, yo rompía el maíz. Dejé una huella de tallos pisoteados detrás de mí. En cambio ella no aplastó ninguno. Solo ondulaban un poco cuando pasaba, como si ella no fuera distinta de la brisa de verano. Encontré su vestido, sus bragas y su liguero. Después, su sostén y su enagua. Ya no la oía reír. Solo oía el ruido del maíz. Me quedé de pie en una de las hileras, jadeando como una hervidora resquebrajada, con toda su ropa apretada contra mi pecho. Aspiraba su perfume y me estaba volviendo loco.

»“¿Dónde estás?”, grité. Pero no obtuve respuesta. Bueno, finalmente perdí la poca cordura que me quedaba. Y por supuesto eso era lo que ella quería.

»“¿Dónde coño estás?”, grité de nuevo. Entonces, un largo brazo sedoso apareció por entre el maíz, junto a mí, y me acarició el cuello con un dedo. Me dio un susto de muerte.

»“Te estaba esperando”, me dijo. “¿Qué te retenía? ¿No quieres verlo?”. Me cogió y me arrastró entre el maíz y allí estaba, con los pies plantados en la tierra, sin una hoja encima y con los ojos tan plateados como la lluvia en un día de niebla.

2

Dave tomó un largo trago de agua, cerró los ojos y siguió.

—No hicimos el amor en el campo de maíz. En todo el tiempo que la conocí, nunca hicimos el amor. Pero hacíamos algo. Poseí a Ardelia más o menos de todas las maneras en que un hombre puede poseer a una mujer, y creo que la tuve de algunas formas que os parecerían imposibles. No puedo recordarlas todas, pero sí recuerdo la blancura de su cuerpo, la forma de sus piernas, el modo en que se curvaban los dedos de sus pies, como si percibieran el crecimiento de las plantas bajo tierra. Recuerdo cómo pasaba las uñas de sus manos por la piel de mi cuello y mi garganta. Seguimos y seguimos y seguimos. No sé cuántas veces, pero sí sé que no me cansaba. Cuando empezamos estaba lo bastante cachondo para follarme a la estatua de la Libertad, y cuando terminamos me sentía igual. No podía saciarme. Supongo que era como la bebida. Nunca había manera de tener bastante. Y eso también lo sabía ella. Pero finalmente paramos. Puso las manos detrás de la cabeza, movió los hombros en el polvo sucio donde yacíamos, me miró con aquellos ojos plateados y dijo: «Bueno, Dave, ¿somos vecinos o no?».

»Le dije que quería hacerlo otra vez y me dijo que no me aprovechara. A pesar de su negativa, traté de trepar sobre ella, pero me apartó con la misma facilidad con que una madre retira al bebé de su pecho cuando ya no quiere alimentarlo. Cuando volví a intentarlo, me arañó la cara y me abrió la piel en dos lugares. Eso me desanimó. Ardelia era veloz como un gato y el doble de fuerte. Cuando vio que aceptaba que se había terminado el juego, se vistió y me precedió. La seguí tan manso como una ovejita. Recorrimos el resto del camino hasta su casa. Nadie pasó junto a nosotros, y probablemente fuera lo mejor. Mi ropa estaba cubierta de tierra y espigas de maíz, el faldón de la camisa colgaba sobre el pantalón, llevaba la corbata metida en el bolsillo trasero y flameando detrás de mí como una cola, y me ardía cada trozo de piel en contacto con la ropa. Ella, en cambio, parecía tan compuesta y fría como un vaso de soda en un drugstore. Ni un pelo fuera de lugar, ni una mota de polvo en los zapatos, ni una hebra de maíz en la falda.

»Llegamos a su casa y, mientras yo la miraba tratando de calcular cuánta pintura necesitaría, me trajo un trago en un vaso alto. Tenía una cañita y una ramita de menta. Pensé que era té helado hasta que tomé un sorbo. Era whisky puro.

»“¡Jesús!”, exclamé, a punto de ahogarme.

»“¿No quieres?”, me preguntó con esa sonrisa burlona que tenía. “Tal vez preferirías café helado”.

»“¡Oh! Sí que quiero”, respondí. Pero era más que eso. Lo necesitaba. En aquella época estaba intentando no beber durante el día, porque es lo que hacen los alcohólicos. Pero ahí se terminó. Durante el resto del tiempo que tuve relación con ella, bebía casi todo el día y todos los días. Para mí, los dos últimos años de la presidencia de Ike fueron un constante estar en remojo.

»Mientras pintaba su casa…, y le hacía todo lo que me permitía…, ella se instalaba en la Biblioteca. El señor Lavin lanzó al aire el primer cohete y la puso a cargo de la Biblioteca infantil. Yo solía ir allí cada vez que tenía una oportunidad, lo cual solía suceder con frecuencia, ya que era mi propio jefe. Cuando el señor Lavin me habló del tiempo que pasaba allí, le prometí pintar gratis el interior de la Biblioteca. Entonces me dejó ir y venir todo lo que quise. Ardelia me había dicho que de esa manera funcionaría, y no se equivocó…, como de costumbre.

»No guardo recuerdos coherentes del tiempo que pasé bajo su influjo. Era un hombre embrujado viviendo bajo el sortilegio de una mujer que en realidad no era una mujer. No eran las amnesias que a veces sufren los borrachos; era que quería olvidar las cosas una vez que habían sucedido. De modo que lo que conservo son recuerdos sueltos, pero que parecen formar una cadena, como esas islas del Pacífico, Archie Pélagos o como se llamen.

»Recuerdo que puso la lámina de Caperucita Roja en la puerta de la Biblioteca Infantil alrededor de un mes antes de la muerte del señor Lavin, y también que cogió a un niño de la mano y lo llevó a verla. “¿Ves a esa niña?”, le preguntó Ardelia. “Sí”, respondió él. “¿Sabes por qué esa Cosa Mala va a comérsela?”, preguntó Ardelia. “No”, contestó el niño, con los ojos dilatados, solemnes y llenos de lágrimas. “Porque olvidó devolver a tiempo el libro de la Biblioteca”, dijo ella. “Nunca harás, eso, Willy, ¿no es cierto?”. “No, nunca”, respondió el pequeño. Y Ardelia añadió: “Será mejor que no”. Después lo condujo a la Biblioteca Infantil para la Hora de los Cuentos, sin soltarle la mano. Aquel niño…, era Willy Klemmart, que murió en Vietnam…, miró por encima del hombro hacia donde yo estaba, de pie en mi andamio con un pincel en la mano, y pude leer su mirada como si fuera el titular de un periódico. “Sálveme de ella”, decían sus ojos. “Por favor, señor Duncan”. Pero ¿cómo podría haberlo hecho? No habría podido salvarme ni a mí mismo.

Dave sacó un pañuelo de tela limpio pero muy arrugado de las profundidades de su bolsillo trasero y se sonó la nariz con un poderoso bocinazo.

—Al principio, el señor Lavin pensaba que Ardelia era casi una santa, pero al cabo de un tiempo cambió de opinión. Más o menos una semana antes de su muerte discutieron violentamente por aquella lámina de Caperucita Roja. A él nunca le gustó. Tal vez no tuviera una idea muy clara de lo que sucedía durante la Hora de los Cuentos…, ya llegaré a eso…, pero no estaba totalmente ciego. Veía cómo miraban los niños aquella lámina. Al final, le dijo que la sacara. Allí empezó la discusión. No lo oí todo porque estaba en el andamio, muy arriba, y la acústica era mala, pero sí lo suficiente. Él dijo algo acerca de asustar a los niños, o tal vez fuera marcar a los niños, y ella contestó que la ayudaba a mantener bajo control a «los revoltosos». Lo llamaba una herramienta pedagógica, como el puntero de nogal. Pero él se empeñó, y finalmente Ardelia tuvo que quitar la lámina. Aquella noche, en su casa, parecía un tigre del zoo que se hubiera pasado todo el día soportando puntazos de la vara manejada por un niño. Recorría la habitación a largos pasos, completamente desnuda,

con el cabello flotando a sus espaldas. Yo estaba en la cama, borracho como una cuba, pero recuerdo que se volvió y que sus ojos habían pasado del plateado al rojo, como si se le hubiese incendiado el cerebro, y tenía la boca rara, como si intentara despegarse de su cara o algo así. Casi me vuelvo sobrio del susto. Nunca había visto nada parecido y no quería verlo otra vez. «Voy a darle su merecido —dijo—. ¡Ya se puede ir preparando ese viejo maestrillo gordo, Davey. Espera y verás!». Le dije que no hiciera ninguna tontería, que no se dejase llevar por su temperamento y un montón de cosas insignificantes. Ella me escuchó durante un rato y después cruzó corriendo la habitación, tan rápido que…, bueno, no sé cómo decirlo. Estaba en el otro extremo de la habitación, junto a la puerta, y al segundo siguiente saltaba encima de mí, con los ojos rojos y penetrantes, y la boca despegada de su cara, como si quisiera besarme con tanta desesperación que se le estuviera estirando la piel o algo así, y pensé que esta vez, en lugar de arañarme, iba a clavarme las uñas en la garganta y a hundírmelas hasta el hueso. Pero no lo hizo. Simplemente acercó su cara a la mía y me miró. No sé qué vio…, supongo que lo asustado que estaba…, pero debió de sentirse feliz, porque echó la cabeza hacia atrás, de tal modo que sus cabellos rozaron mis muslos, y soltó una carcajada. «Deja de hablar, borracho», dijo «y métemela. ¿Para qué otra cosa sirves?».

»Y lo hice, porque metérsela y beber era todo lo que sabía hacer entonces. Ya no pintaba anuncios. Perdí mi licencia cuando protestaron mi tercer pagaré. Fue en 1958 o a comienzos de 1959, creo, y la gente se quejaba de algunos de mis trabajos. Verá, ya no me importaba mucho cómo los hacía; ella era lo único que quería. Empezaron a circular rumores de que ya no se podía confiar en Dave Duncan, pero la razón que daban siempre era el alcohol. Nunca circuló la noticia de nuestra relación. Ella era muy cuidadosa con eso. Mi reputación se fue al diablo, pero ella no recibió ni una salpicadura de lodo en sus faldas. Creo que el señor Lavin lo sospechaba. Al comienzo pensó que yo estaba enamoriscado de ella, y que ella ni se enteraba de que la miraba desde mi andamio como un carnero degollado, pero creo que al final sospechaba. Entonces murió. Dijeron que fue un ataque al corazón, pero yo sé lo que pasó. Aquella noche, después de lo que he contado, estábamos en la mecedora de su porche trasero, y fue ella quien se mostró insaciable. Me folló hasta que quedé vacío. Después se echó junto a mí y me miró tan satisfecha como un gato que se ha comido toda la nata; sus ojos tenían otra vez aquel brillo rojo. Veía el reflejo de ese resplandor en la piel de mi brazo desnudo. No estoy hablando de algo que estuviera en mi imaginación. Podía sentirlo. Era como sentarse junto a una estufa de leña que ha sido atizada y después sofocada. “Te dije que le daría su merecido, Davey”, dijo de repente con aquella voz burlona y mezquina.

»Yo estaba borracho y medio muerto de tanto follar. Apenas registré lo que dijo. Me sentía como si estuviera quedándome dormido en un pozo de arenas movedizas. “¿Qué le hiciste?”, pregunté medio dormido.

»“Lo abracé”, respondió. “Le di unos abrazos especiales, Davey. Tú no conoces

mis abrazos especiales, y con un poco de suerte nunca los conocerás. Lo arrastré hasta las librerías, lo rodeé con mis brazos y le mostré mi verdadero aspecto. Entonces empezó a llorar. Imagínate lo asustado que estaba. Empezó a llorar con lágrimas especiales, y yo se las sequé con mis besos, y cuando terminé estaba muerto en mis brazos". "Lágrimas especiales", así las llamaba. Y en aquel momento su cara cambió. Se desgarró, como si estuviera bajo el agua. Y yo vi algo…

La voz de Dave se apagó y sus ojos miraron los campos, el elevador de granos, todo y nada. Sus manos aferraban la barandilla del porche. Apretaban, aflojaban, volvían a apretar.

—No recuerdo —dijo por fin—. O tal vez no quiera recordar. Salvo dos cosas: tenía los ojos rojos, sin pestañas, y había mucha carne floja en torno a su boca, formando pliegues y colgajos, pero no era piel. Parecía… peligrosa. Después, aquella carne que rodeaba la boca empezó en cierta forma a moverse, y creo que me puse a gritar. Entonces desapareció. Desapareció todo. Era otra vez Ardelia, espiándome y sonriéndome como un bonito gato curioso.

»"No te preocupes", dijo. "No tienes por qué verlo, Davey. Es decir, mientras sigas haciendo lo que te digo, mientras seas uno de los Niños Buenos, mientras te portes bien. Esta noche soy muy feliz porque finalmente ese viejo estúpido ha muerto. El ayuntamiento me dará su puesto y llevaré las cosas como quiero". "Entonces, Dios nos ayude a todos", pensé, pero no lo dije. Y usted tampoco lo habría hecho si hubiera mirado y visto esa cosa con aquellos ojos rojos y fijos junto a usted en una hamaca en medio del campo, tan lejos que nadie le oiría gritar aunque gritara como un energúmeno. Un poco después entró en la casa y regresó con aquellos vasos altos llenos de whisky, y muy pronto volví a estar a veinte mil leguas por debajo del mar, donde nada importaba. Tuvo la Biblioteca cerrada durante una semana…, "por respeto al señor Lavin", como decía, y cuando volvió a abrirla Caperucita Roja estaba otra vez en la puerta de la Biblioteca Infantil. Una o dos semanas más tarde, me dijo que quería que dibujara algunas láminas nuevas para la Biblioteca Infantil.

Dave hizo una pausa y prosiguió con voz más baja y pausada.

—Aún ahora hay una parte de mí que quiere suavizarlo, fingir que mi participación en este asunto fue mejor de lo que fue. Me gustaría decirle que discutí con ella, que le dije que no quería tener nada que ver con el proyecto de asustar a un grupo de niños…, pero sería mentira. Acepté todo lo que quiso, ¡que Dios me ayude! En parte fue porque a aquellas alturas ya le tenía miedo, pero sobre todo porque me había encaprichado de ella. Y había otra cosa. Había una parte vil, mala en mí…, no creo que exista en todos, pero sí en muchos de nosotros…, a la que le gustaba lo que estaba haciendo. Le gustaba. Ahora estarán preguntándose qué hice, pero la verdad es que no puedo contarlo todo. Es cierto, no me acuerdo. Los acontecimientos de aquella época están muy mezclados, como los juguetes rotos que se envían al ejército de Salvación solo para sacar las malditas cosas del trastero. No maté a nadie. Eso es

lo único de lo que estoy seguro. Ella quería que lo hiciera…, y estuve a punto…, pero al final retrocedí. Es la única razón por la que he podido seguir viviendo conmigo mismo: porque al final retrocedí. Ella se guardó parte de mi alma (tal vez la mejor parte), pero nunca la poseyó toda.

Miró pensativo a Naomi y a Sam. A Sam le pareció que estaba más tranquilo, más controlado, tal vez incluso en paz consigo mismo.

—Recuerdo haber ido un día del otoño de 1959…, creo que era 1959, y que ella me dijo que quería que dibujara un cartel para la Biblioteca Infantil. Me dijo exactamente qué quería, y yo me mostré de acuerdo y dispuesto. No veía nada de malo en ello. En realidad, me pareció más bien divertido. Verá, lo que quería era un cartel que mostrara a un niño aplastado por una apisonadora en medio de la calle. Se suponía que debajo diría: ¡LA PRISA CONDUCE AL DESASTRE! ¡DEVUELVE A TIEMPO TUS LIBROS!

»A mí me parecía un chiste, como cuando el Coyote persigue al Correcaminos y lo aplasta un carguero o algo así. De modo que dije que sí. Ella estaba encantada. Entré en su despacho y dibujé el cartel. No me llevó mucho tiempo, porque era un dibujo cómico. Pensé que le gustaría, pero no le gustó. Sus cejas se fruncieron y su boca prácticamente desapareció. Yo había hecho un niño cómico con cruces en lugar de ojos, y de la boca del tipo que conducía la apisonadora surgía un globito donde ponía: “Si tuvieras un sello, podrías enviarlo como postal”. Ella ni siquiera sonrió. “No, Davey”, dijo, “no entiendes. Esto no hará que los niños devuelvan los libros a tiempo. Esto solo los hará reír, y tal como son las cosas ya ríen bastante”. “Bueno” respondí, “supongo que no entendí lo que querías.” Estábamos de pie detrás del escritorio de la biblioteca, así que solo nos veían de cintura para arriba. Ella se inclinó, me cogió las pelotas, me miró con aquellos grandes ojos plateados y dijo: “Quiero que lo hagas realista”. Me llevó uno o dos segundos comprender lo que quería decir realmente. Y cuando lo comprendí, no podía creerlo. “Ardelia”, repliqué, “no sabes lo que estás diciendo. Si de verdad un niño fuera atropellado por una apisonadora…”. Ella me apretó las pelotas hasta hacerme daño, como para recordarme hasta qué punto me poseía, y dijo: “Claro que comprendo. Y ahora entiéndeme tú a mí. No quiero que rían, Davey. Quiero que lloren. Así que ¿por qué no vuelves a entrar ahí y lo haces bien?”. Volví a entrar en su despacho. No sabía qué hacer, pero me decidí enseguida. Sobre el escritorio había otro papel, un vaso alto de whisky con una cañita y una ramita de menta, y una nota de Ardelia donde ponía: “D, esta vez utiliza mucho rojo”. —Miró seriamente a Sam y Naomi—. Pero ella no había entrado allí. Ni siquiera un instante.

3

Naomi fue a buscar otro vaso de agua para Dave. Cuando regresó, Sam observó que tenía el rostro muy pálido y los ojos enrojecidos. Sin embargo, tomó asiento con calma y le hizo a Dave una señal para que continuara.

—Yo hice lo que mejor hacen los alcohólicos —dijo él—. Me bebí el whisky y obedecí. Supongo que ustedes dirían que era una especie de…, de frenesí lo que se apoderó de mí. Pasé dos horas ante su escritorio, trabajando con una caja de acuarelas baratas, manchando el escritorio de agua y pintura, sin importarme qué caía ni dónde. El resultado de mi trabajo fue algo que no me gusta recordar, pero lo recuerdo. Era un niño aplastado en la calle Rampole, sin zapatos y con la cabeza esparcida como un pan de mantequilla derretida por el sol. El hombre que conducía la apisonadora era apenas una silueta; miraba hacia atrás, y en su cara se veía una sonrisa. El tipo aparecía una y otra vez en las láminas que dibujé para ella. Él era quien conducía el coche en el cartel que ha mencionado, Sam, aquel que advierte que no hay que subir al coche de desconocidos. Mi padre abandonó a mi madre un año después de mi nacimiento. Simplemente se fue, y en ese momento intuí a quién trataba de dibujar en aquellas láminas. Yo solía llamarlo el «hombre moreno», y creo que era mi padre. Creo que Ardelia se las arregló para sacarlo de mi interior. Cuando le llevé la segunda lámina, le gustó. Se echó a reír. «¡Es perfecto, Davey!», dijo. «Esto les refregará montañas de buen comportamiento por sus pequeños belfos. Voy a ponerlo enseguida». Y lo hizo. Lo colocó frente al escritorio de préstamos de la Biblioteca Infantil. Y cuando estuvo colgado vi algo que realmente me heló la sangre. Verá, yo conocía al niño que había dibujado. Era Willy Klemmart. Lo había dibujado sin darme cuenta, y la expresión de lo que le quedaba de cara era la misma que había visto aquel día cuando ella lo tomó de la mano y se lo llevó a la Biblioteca Infantil.

»Yo estaba allí cuando los chicos entraron para la Hora de los Cuentos y vieron aquel cartel por primera vez. Se asustaron. Se les agrandaron los ojos, y una niña pequeña empezó a llorar. Y me gustó que se asustaran. Pensé: “Eso les inculcará el buen comportamiento, claro que sí. Les enseñará lo que sucede si se la contraría, si no hacen lo que dice”. Y una parte de mí pensó: “Dave, estás empezando a razonar como ella. Muy pronto llegarás a SER como ella, y entonces estarás perdido. Estarás perdido para siempre”. Pero de todas formas continué. Me sentía como si viajara con un billete solo de ida y no fuese a bajar hasta que llegara al final del recorrido. Ardelia contrató a algunos chicos del instituto, pero siempre los enviaba al servicio de préstamo, a la biblioteca de consulta y al escritorio principal. Ella era la única que se encargaba de los niños. Eran los más fáciles de asustar, ¿comprenden? Porque de eso vivía, se alimentaba de su miedo. Y dibujé más láminas. No las recuerdo todas, pero recuerdo al Policía de la Biblioteca. Aparecía en muchas de ellas. En una que se llamaba LOS POLICÍAS DE BIBLIOTECA TAMBIÉN VAN DE VACACIONES, estaba de pie en la

orilla de un arroyo y pescaba. Solo que lo que utilizaba como cebo era aquel niño al que los otros llamaban Simón *El Tonto*. En otra lámina tenía a Simón *El Tonto* atado al extremo de un cohete y estaba apretando el botón que lo enviaría al espacio exterior. Ésa decía: APRENDE MÁS SOBRE CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN LA BIBLIOTECA, PERO ASEGÚRATE DE HACER LAS COSAS BIEN Y DE DEVOLVER LOS LIBROS A TIEMPO.

»Convertimos la Biblioteca Infantil en una cámara de los horrores para los niños que la frecuentaban —dijo Dave. Hablaba lentamente y con la voz estrangulada por las lágrimas—. Ella y yo. Les hicimos eso a los niños. Pero ¿sabéis qué? Siempre regresaban. Siempre regresaban a por más. Y nunca, nunca hablaron. Ella se ocupó de eso.

—Pero ¿y los padres? —preguntó Naomi con vehemencia, tanto que Sam dio un respingo—. Seguramente cuando los padres vieron…

—¡No! —la interrumpió Dave—. Los padres nunca vieron nada. El único cartel amenazante que vieron fue el de Caperucita Roja y el lobo. Ardelia lo dejaba todo el tiempo, pero los otros solo aparecían durante la Hora de los Cuentos, después de la escuela, los jueves por la noche y los sábados por la mañana. No era un ser humano, Sarah. Tienes que meterte eso en la cabeza. No era humana. Sabía cuándo iban a venir los adultos y, antes de que llegaran, siempre sacaba de las paredes los carteles pintados por mí y colocaba otros normales que decían cosas como: LEE LIBROS PARA DIVERTIRTE.

»Recuerdo algunas ocasiones en que me quedé allí durante la Hora de los Cuentos. En aquellos días nunca me iba si podía estar cerca, y tenía mucho tiempo para eso porque había dejado de pintar. Ya no me encargaban trabajos, y vivía de lo poco que había ahorrado. En poco tiempo el dinero se esfumó y tuve que empezar a vender cosas: el televisor, la guitarra, el camión y, por último, la casa. Pero eso no importa. Lo que importa es que pasaba mucho tiempo allí y que vi lo que sucedía. Los pequeños colocaban las sillas en círculo y Ardelia se sentaba en medio. Yo permanecía al fondo de la habitación, sentado en una de esas sillitas para niños, envuelto en mi bata manchada de pintura, borracho perdido, barbudo y apestando a whisky. Y ella leía, leía una de sus historias especiales, y después se interrumpía y volvía la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando. Los niños también se volvían, y parecían inquietos. Ellos también miraban hacia otro lado, como si estuvieran despertando de un profundo sueño inducido por ella.

»“Vamos a tener compañía”, decía sonriendo. “¿No es una ocasión especial, niños? ¿Hay algún Niño Bueno que me ayude a preparar las cosas para la Gente Mayor?”. Y todos levantaban la mano cuando lo decía, porque todos querían ser Niños Buenos. Las láminas que yo había pintado les mostraban lo que les sucedía a los Niños Malos que no hacían bien las cosas. Hasta yo levantaba la mano, sentado ahí atrás, borracho y con mi bata sucia, como el niño más viejo y fatigado del mundo. Y entonces todos se levantaban; algunos descolgaban mis láminas y otros sacaban las normales del cajón inferior del escritorio. Las cambiaban. Luego se sentaban, y ella

pasaba de las cosas horribles que les había estado contando a un cuento como *La princesa y el guisante*, e infaliblemente minutos más tarde alguna madre asomaba la cabeza por la puerta y veía a todos los Niños Buenos escuchando a aquella agradable señorita Lortz que les leía un cuento, y sonreía a los niños que estaban allí, y los niños devolvían la sonrisa, y las cosas continuaban.

—¿Qué quieres decir con «las cosas horribles que les había estado contando»? —preguntó Sam. Tenía la voz ronca y la boca seca. Había estado escuchando a Dave con un creciente sentimiento de horror y rechazo.

—Cuentos de hadas —respondió Dave—. Pero los convertía en cuentos de terror. Le sorprendería lo fácil que le resultaba en la mayor parte de los casos convertirlos en cuentos de terror.

—A mí no —comentó ásperamente Naomi—. Recuerdo esos cuentos.

—Apuesto a que sí —dijo Dave—, pero jamás los oíste tal como los contaba Ardelia. Y a los niños les gustaban, a una parte de ellos les gustaban los cuentos y les gustaba ella, porque ella los seducía y fascinaba de la misma manera que a mí. Bueno, no exactamente, porque nunca hubo nada sexual, al menos eso creo, pero la oscuridad que había en ella atraía la oscuridad interna de los niños. ¿Me entendéis?

Y Sam, que recordaba su espantosa fascinación por el cuento de *Barbazul* y las escobas danzantes de *Fantasía*, pensó que entendía. Los niños odiaban y temían la oscuridad, pero los atraía, ¿no? Los seducía…

(*Ven conmigo, hijo*),

¿no? Cantaba para ellos…

(*Zoy un polizía*),

¿no?

¿*No*?

—Sé lo que quieres decir, Dave —dijo.

Dave asintió.

—¿Ya lo ha descubierto, Sam? ¿Quién era su Policía de Biblioteca?

—Sigo sin entender esa parte —dijo Sam.

Sin embargo, pensó que parte de él la entendía. Era como si su cerebro fuera un profundo y oscuro cuerpo acuático y hubiera una barca hundida en el fondo…, pero no cualquier barca, no…, era un *shooner* pirata lleno de botín y cadáveres, y ahora empezaba a moverse en el lodo que lo había retenido tanto tiempo. Temía que pronto aquel desecho fantasmal, horrible, volviera a emerger, con sus palos destrozados envueltos en negras algas y un esqueleto con una sonrisa de un millón de dólares aferrado todavía a los restos podridos de un timón.

—Creo que tal vez sí —dijo Dave—, o que está empezando a entender. Ya lo recordará, Sam, créame.

—Sigo sin comprender realmente lo de los cuentos —dijo Naomi.

—Uno de sus favoritos, Sarah, y también de los niños, tienes que creerlo, era *Ricitos de Oro y los tres osos*. Conoces el cuento, pero no lo conoces como alguna

gente de esta ciudad, gente que ahora es adulta, banqueros, abogados y granjeros prósperos con flotas de tractores John Deere. En lo más profundo de sus corazones conservan la versión de Ardelia Lortz. Tal vez algunos de ellos hayan contado esos mismos cuentos a sus hijos, sin saber que hay otras maneras de contarlos. No me gusta pensar que es así, pero sé que lo es. En la versión de Ardelia, Ricitos de Oro es una Niña Mala que no quiere hacer bien las cosas. Entra en la casa de los tres osos y rompe todo adrede: arranca las cortinas de Mamá Osa, arrastra la colada por el barro, desgarra las revistas y papeles de Papá Oso y usa el cuchillo de cocina para hacer agujeros en su sillón favorito. Después, rompe todos sus libros. Creo que ésa era la parte que Ardelia prefería, cuando Ricitos de Oro arruinaba los libros. Y no se comía la papilla, no. ¡No si era Ardelia quien contaba el cuento! Según ella, Ricitos de Oro sacaba de un alto estante veneno para las ratas y lo espolvoreaba sobre la papilla como si fuera azúcar. No sabía nada de los habitantes de la casa, pero aun así quería matarlos porque era mala.

—¡Eso es horrible! —exclamó Naomi.

Por primera vez había perdido la compostura, la había perdido de verdad. Tenía las manos apretadas sobre la boca, y sus ojos dilatados miraban a Dave.

—Sí, lo era. Pero ahí no acababa todo. Verás, Ricitos de Oro estaba tan cansada después de destruir la casa que cuando subía para destrozar los dormitorios se quedaba dormida en la cama del Bebé Oso. Y cuando los tres Osos volvieron y la vieron, cayeron sobre ella…, así solía decirlo Ardelia…, cayeron sobre ella y se comieron viva a esa Niña Mala. Empezaron a comérsela por los pies y siguieron hacia arriba, mientras ella gritaba y se retorcía. La devoraron toda excepto la cabeza. Eso lo guardaron porque sabían lo que había hecho con la papilla. Habían olido el veneno. «Eso podían hacerlo, niños, porque eran osos», solía decir Ardelia. Y todos los niños, los Niños Buenos de Ardelia, asentían porque estaban convencidos de que era posible. «Se llevaron la cabeza de Ricitos de Oro a la cocina, la hirvieron y se comieron sus sesos para el desayuno. Todos estuvieron de acuerdo en que eran muy sabrosos, y vivieron felices para siempre».

4

En el porche se hizo un silencio espeso, casi letal. Dave cogió el vaso de agua y estuvo a punto de hacerlo caer de la barandilla con sus dedos temblorosos. Lo rescató en el último momento, lo sostuvo con ambas manos y bebió ansiosamente. Después

lo dejó y preguntó a Sam:

—¿Le sorprende que me descontrolara con la bebida?

Sam meneó la cabeza.

Dave miró a Naomi y dijo:

—¿Comprendes ahora por qué nunca pude contar esta historia? ¿Por qué la encerré en esa habitación?

—Sí —respondió ella con una voz tan temblorosa que apenas era algo más que un susurro—. Y creo que comprendo también por qué los niños nunca dijeron nada. Hay ciertas cosas demasiado… demasiado monstruosas.

—Tal vez para nosotros —dijo Dave—. Pero ¿también para los niños? No lo sé, Sarah. Creo que los niños no reconocen a los monstruos a primera vista. Son sus padres los que les dicen cómo reconocerlos. Y además había otra cosa. ¿Recuerdan que les dije que cuando ella les decía que venían sus padres daban la impresión de estar despertando de un sueño profundo? De una manera extraña, estaban dormidos. No era hipnosis, al menos no lo creo, pero se parecía a la hipnosis. Y cuando regresaban a casa no recordaban, con la parte más consciente de su mente, ni los cuentos ni los carteles. En su subconsciente, creo que recordaban mucho, del mismo modo que Sam, en su subconsciente, sabe quién es su Policía de Biblioteca. Creo que los banqueros, abogados y granjeros prósperos que alguna vez fueron los Niños Buenos de Ardelia todavía lo recuerdan. Aún puedo verlos, sentados en aquellas sillitas, mirando a Ardelia, que estaba en el centro del círculo, con los ojos grandes y redondos como pasteles. Y creo que cuando oscurece y llegan las tormentas, o cuando duermen y vienen las pesadillas, regresan a la infancia. Creo que se abren las puertas y ven a los Tres Osos, los Tres Osos de Ardelia, comiéndose los sesos de Ricitos de Oro, sacándoselos del cráneo con sus cucharas de papilla, y el Bebé Oso lleva en la cabeza la peluca dorada de Ricitos de Oro. Creo que despiertan sudorosos, descompuestos y asustados. Creo que ése es el legado que dejó a esta ciudad, un legado de pesadillas.

»Pero todavía no he llegado a lo peor. Verán, esos cuentos… bueno, a veces eran los carteles, pero sobre todo los cuentos…, asustaban a alguno de ellos y provocaban una crisis de llanto, un desvanecimiento, un desmayo o algo así. Y cuando eso sucedía, ella decía a los otros: “Bajad la cabeza y descansad mientras llevo a Billy, o a Sandra, o a Tommy, al lavabo para que se recupere”. Y al instante todos dejaban caer la cabeza. Era como si estuvieran muertos. La primera vez que lo vi, esperé unos dos minutos desde que salió con una niña de la habitación, y luego me puse de pie y me aproximé al círculo. Me acerqué primero a Willy Klemmart. “¡Willy!”, susurré, y le toqué el hombro. “¿Estás bien, Willy?”. No se movió, así que lo sacudí y repetí su nombre. Siguió inmóvil. Oía su respiración un poco ruidosa y ronca, cosa lógica en los niños, que casi siempre están resfriados, pero era como si estuviera muerto. Tenía los párpados entreabiertos, pero solo se veía el blanco de los ojos, y un largo hilo de saliva colgaba de su labio inferior. Me asusté y me acerqué a otros tres o cuatro, pero

ninguno de ellos me miró ni articuló sonido alguno.

—Quieres decir que los embrujaba, ¿no? —preguntó Sam—. Que eran como Blancanieves después de comer la manzana envenenada.

—Sí —asintió Dave—. Así era. Y, de una manera diferente, así estaba yo también. A continuación, justo cuando me preparaba para coger a Willy Klemmart y sacudirlo bien, oí que volvía del lavabo. Corrí a mi asiento para que no me pescara, porque tenía más miedo de lo que podía hacerme a mí que de cualquier cosa que les hiciera a ellos. Entró, y la pequeña, que estaba gris como una sábana sucia y medio inconsciente cuando Ardelia se la llevó, parecía que acabara de tomarse el mejor tónico del mundo. Estaba totalmente despierta, con las mejillas sonrosadas y los ojos chispeantes. Ardelia le dio una palmada en el trasero y la niña corrió a su asiento. Después, Ardelia dio una palmada y dijo: «¡Que todos los Niños Buenos levanten la cabeza! Sonia se encuentra mucho mejor y quiere que terminemos el cuento, ¿no es así, Sonia?». «Sí, señora», canturreó Sonia, tan animada como un petirrojo en una fuente. Y todos levantaron la cabeza. Nadie habría dicho que dos segundos antes aquella habitación parecía llena de niños muertos. La tercera o cuarta vez que sucedió esto, dejé que saliera de allí y la seguí. Sabía que estaba asustándolos adrede, y pensaba que había una razón para ello. Yo mismo estaba medio muerto de miedo, pero quería ver qué pasaba. Aquella vez era a Willy Klemmart al que había llevado al lavabo. Había empezado a ponerse histérico durante su versión de *Hansel y Gretel*. Abrí la puerta con mucho cuidado y vi a Ardelia arrodillada frente a Willy, cerca de los lavabos. Él había dejado de llorar, pero era todo lo que podía decir. Ella me daba la espalda, y Willy eran tan bajo que me lo tapaba aun estando de rodillas. Solo veía sus manitas apoyadas en los hombros del pichi que llevaba ella y una manga de su jersey rojo. Después oí algo, un sonido como de succión, como el que hace una cañita al sorber cuando ya se ha acabado casi todo el batido que había en el vaso. En ese momento se me ocurrió que estaba…, ya saben, abusándolo; y era así, pero no de la manera en que pensaba. Me adelanté un poco más y me deslicé hacia la derecha, caminando de puntillas para no hacer ruido con los tacones. Sin embargo, suponía que iba a oírme de todas maneras, pues tenía un oído como un maldito radar. Temía que de un momento a otro se diera la vuelta y me clavara aquellos ojos como alfileres. Pero no podía detenerme. Tenía que ver. Y a medida que iba avanzando hacia la derecha, empecé a ver. Por encima de su hombro apareció la cara de Willy, poco a poco, como la luna cuando sale de un eclipse. Al comienzo solo podía ver el cabello rubio de Ardelia…, tenía una cabellera espesa, llena de ondas y rizos…, pero después empecé a ver también su cara. Y vi lo que estaba haciendo. Mis piernas se aflojaron, perdieron fuerza de la misma manera en que el agua se va por una tubería. No podían verme a menos que me estirara y empezara a golpear uno de los tubos que había sobre sus cabezas. Tenían los ojos cerrados, pero no era ésa la razón. Verán, estaban perdidos en lo que hacían, y ambos estaban perdidos en el mismo lugar porque estaban enganchados. La cara de Ardelia ya no era humana. Se había

derretido como melcocha caliente, adquiriendo esa forma de tubo que le achataba la nariz y le estiraba los ojos hacia los lados, como los de los chinos, y la hacía parecer una especie de insecto, una mosca o una abeja quizá. Su boca había vuelto a desaparecer. Se había convertido en esa cosa que vi por primera vez después del asesinato del señor Lavin, la noche en que estábamos tumbados en la hamaca. Se había convertido en la parte más estrecha del tubo. Veía unas extrañas rayas rojas encima, y al comienzo pensé que era sangre, o quizá venas que se transparentaban bajo su piel, pero después comprendí que era carmín de labios. Ella ya no tenía labios, pero aquella pintura roja señalaba el lugar donde habían estado. Estaba utilizando esa cosa succionadora para beber de los ojos de Willy.

Sam miró estupefacto a Dave. Durante un instante se preguntó si el hombre se habría vuelto loco. Una cosa eran los fantasmas, y otra aquello, aunque no tenía la menor idea de lo que podía ser. Y, sin embargo, en el rostro de Dave brillaban la sinceridad y la honestidad como una lámpara. Sam pensó: *Si está mintiendo, no lo sabe*.

—Dave, ¿estás diciendo que Ardelia Lortz se bebía sus lágrimas? —preguntó vacilante Naomi.

—Sí… Y no. Lo que se bebía eran sus lágrimas especiales. Su cara estaba tendida hacia él, latía como un corazón, y sus rasgos aparecían contraídos y achatados. Parecía una careta de esas que se dibujan en las bolsas de la compra para hacer máscaras de Halloween. Lo que salía por los ojos de Willy era algo gomoso y rosado, como un moco sanguinolento o trozos de carne casi licuados. Y ella lo succionaba produciendo un sonido horrible. Lo que se bebía era su miedo. De alguna manera, lo había hecho real y tan grande que si el niño no lo expulsaba con aquellas lágrimas espantosas, moriría.

—Estás diciendo que Ardelia era una especie de vampiro, ¿no? —preguntó Sam.

Dave pareció aliviado.

—Sí, exacto. Desde entonces, siempre que he pensado en ese día, cuando me he atrevido a pensar en él, creo que eso es exactamente lo que vi. Todos esos viejos cuentos de vampiros que hunden los dientes en las gargantas de la gente y le chupan la sangre están equivocados. No mucho, pero es como dije: en este negocio, no basta con acercarse. Beben, pero no del cuello. Engordan y prosperan con lo que les sacan a sus víctimas, pero lo que les extraen no es sangre. Tal vez sea más rojo, más sangriento, cuando las víctimas son adultos. Tal vez sea lo que le quitó al señor Lavin. Creo que sí. Pero no es sangre. Es miedo.

5

—No sé cuánto tiempo estuve allí mirándola, pero no pudo haber sido mucho, porque nunca se ausentaba más de cinco minutos. Después de un tiempo, lo que salía de los ojos de Willy empezó a ser cada vez más pálido y menos abundante. Podía ver que eso…, ya saben, esa cosa de ella…

—Probóscide —dijo tranquilamente Naomi—. Se llama una probóscide.

—¿De veras? Vale. Pues veía que esa probo-como-se-llame se estiraba cada vez más para no perderse nada, para extraer hasta lo último, y me di cuenta de que estaba terminando, y de que cuando eso sucediera, despertarían y ella me vería. Y pensé que, si lo hacía, era probable que me matara. Empecé a retroceder despacio, paso a paso. No creí que pudiera lograrlo, pero al final mi trasero tocó la puerta del lavabo. Estuve a punto de gritar cuando sucedió, porque pensé que de alguna manera se las había arreglado para situarse detrás de mí. Estaba seguro de ello aun cuando la veía delante de mí. Me llevé la mano a la boca para sofocar el grito y salí. Me quedé allí mientras la puerta se cerraba sobre el gozne neumático. Parecía que no iba a terminar nunca. Cuando estuvo cerrada, empecé a caminar hacia la puerta principal. Estaba medio loco. Lo único que deseaba era salir de allí y no volver nunca. Quería correr para siempre. Bajé al vestíbulo, donde había colgado aquel cartel que vio usted, Sam, ése en el que solo se lee ¡SILENCIO!, y entonces me controlé. Si, al llevar a Willy de regreso a la Biblioteca Infantil, veía que había desaparecido, sabría que la había visto. Me perseguiría y me cogería. No pensé ni por un momento que fuera a costarle mucho. No podía olvidar aquel día entre el maíz y cómo había estado dando vueltas en torno a mí sin sudar siquiera. De modo que di media vuelta y regresé a mi asiento en la Biblioteca Infantil. Fue lo más difícil que he hecho en mi vida, pero de alguna manera me las arreglé para hacerlo. Acababa de apoyar el culo en la silla cuando los oí volver. Naturalmente, Willy estaba feliz, sonriente y animado, y ella también. Ardelia parecía preparada para hacer tres rounds con Carmen Basilio y derrotarlo. «¡Que los Niños Buenos levanten la cabeza!», exclamó. Luego dio una palmada y todos levantaron la cabeza y la miraron. «Willy se encuentra mucho mejor y quiere que termine el cuento. ¿No es así, Willy?».

»“Sí, señora”, dijo Willy. Ella lo besó y él regresó correteando a su asiento. Y Ardelia siguió con el cuento. Yo me quedé allí y escuché, y cuando terminó la Hora de los Cuentos empecé a beber. Y desde entonces hasta el final, no paré ni un momento.

6

—¿Y cómo terminó? —preguntó Sam—. ¿Qué sabes de ese asunto?

—No tanto como sabría si no hubiera estado tan borracho, pero más de lo que quisiera. Ni siquiera estoy seguro de cuánto duró aquella última parte. Creo que unos cuatro meses, pero tal vez fueran seis u ocho. Para entonces yo ni siquiera notaba el cambio de las estaciones. Cuando un borracho como yo empieza a resbalar, Sam, lo único que ve es el fondo de la botella. Pero sé dos cosas, y creo que son las dos únicas que importan. Alguien empezó a perseguirla, ésa era una. La otra era que le había llegado el momento de volver a dormir, de cambiar. Recuerdo que una noche, en su casa, pues ella nunca vino a la mía, me dijo: «Dave, empiezo a tener sueño. Ahora tengo sueño todo el tiempo. Pronto llegará el momento de un largo descanso. Cuando llegue, quiero que duermas conmigo. Verás, me he acostumbrado a ti». Yo estaba borracho, naturalmente, pero lo que dijo me produjo un estremecimiento. Creía saber de qué hablaba, pero cuando le pregunté se limitó a reír. «No, no es eso», respondió, lanzándome una mirada burlona y divertida. «Hablo de sueño, no de muerte. Pero tendrás que alimentarte conmigo». Eso me devolvió la sobriedad. Ella no creía que yo supiese de qué hablaba, pero yo lo sabía. Lo había visto. Entonces empezó a hacerme preguntas sobre los niños. Cuáles no me gustaban, cuáles me parecían entrometidos y cuáles eran los más revoltosos. «Son Niños Malos y no merecen vivir», afirmó. «Son groseros y destructivos, devuelven los libros marcados con lápiz y con las páginas desgarradas. ¿Cuáles crees tú que merecen morir, Davey?».

»En ese momento supe que tenía que apartarme de ella, y que si el suicidio era la única escapatoria tendría que optar por esa vía. Verán, le estaba sucediendo algo. Su pelo se volvía opaco y su piel, que siempre había sido perfecta, empezó a cubrirse de manchas. Y había algo más… Todo el tiempo podía ver, bajo la superficie de su piel, aquella cosa en la que se convertía su boca. Pero empezaba a parecer arrugada y fláccida y estaba envuelta en una especie de telaraña. Una noche, mientras estábamos en la cama, me sorprendió mirándole el pelo y dijo: “Ves el cambio que se produce en mí, ¿no, Davey?”. Me dio unas palmadas en la cara y prosiguió: “Esta bien. Es natural. Me sucede cada vez que me preparo para dormir otra vez. Tendré que hacerlo pronto, y si quieres venir conmigo debes darte prisa en coger a uno de los niños. O a dos. O a tres. ¡Cuantos más, mejor!”. Se rió de esa manera tan característica de ella, y cuando volvió a mirarme sus ojos estaban rojos otra vez. “En cualquier caso, no tengo intención de dejarte atrás. Aparte de todo lo demás, no sería seguro. Lo sabes, ¿no?”. Respondí que sí, que lo sabía. “Así que, si no quieres morir, Davey, tiene que ser pronto, muy pronto. Y si has decidido no hacerlo, deberías decírmelo ahora. Podemos terminar nuestra temporada juntos esta noche, de manera agradable y sin dolor”. Se inclinó sobre mí y percibí su aliento. Olía a comida para perros podrida, y no podía creer que alguna vez sobrio o borracho hubiera besado la boca de donde

salía aquel olor. Pero había una parte de mí, una parte pequeña, que todavía debía de desear vivir, porque le dije que estaba dispuesto a ir con ella, pero que necesitaba un poco más de tiempo para prepararme. Para prepararme mentalmente. “Querrás decir para beber”, rectificó ella. “Dave Duncan, deberías arrodillarte y dar las gracias a tus miserables estrellas por haberme encontrado. Si no fuera por mí, dentro de un año o incluso menos estarías muerto en la alcantarilla. Conmigo, en cambio, puedes vivir para siempre”. Su boca se estiró por un segundo, se estiró hasta casi tocar mi mejilla. Y todavía no sé cómo me las arreglé para no gritar.

Dave los miró con sus ojos profundos y acosados. Después sonrió. Sam Peebles jamás olvidó el aire fantasmagórico de aquella sonrisa. Pobló sus sueños para siempre.

—Aunque en cierto modo —prosiguió Dave—, en lo más profundo de mí he estado gritando desde entonces.

7

—Me gustaría decir que al final rompí el vínculo con que me sujetaba, pero sería mentira. Fue simple casualidad, o lo que la gente del Programa llama «poder superior». Tenéis que comprender que hacia 1960 yo estaba enteramente aislado del resto de la ciudad. Sam, ¿recuerda que le dije que una vez fui miembro del Rotary Club? Bueno, pues en febrero de 1960 los muchachos no me habrían contratado ni para limpiar los mingitorios. En lo que se refería a Junction City, yo era otro Niño Malo que vivía como un vagabundo. Gente a la que conocía de toda la vida cruzaba de acera cuando me veía venir. Por aquellos días yo tenía una constitución de toro, pero de todos modos la bebida me estaba destruyendo, y lo que no se llevaba la bebida lo cogía Ardelia Lortz. Más de una vez me pregunté si acudiría a mí para conseguir lo que necesitaba, pero nunca lo hizo. Tal vez no le sirviera en ese sentido, pero no creo que fuera eso. No creo que me amara, no creo que pudiera amar a nadie, pero sí que se sentía sola. Creo que ha vivido mucho tiempo, si a eso se le puede llamar vivir, y que ha tenido… —Dave se interrumpió. Sus dedos deformados tabletearon inquietos sobre sus rodillas y los ojos volvieron a buscar en el horizonte el elevador de granos, como si buscaran consuelo—. Compañeros parece la palabra más adecuada. Creo que había tenido compañeros durante parte de su larga vida, pero también creo que cuando llegó a Junction City hacía mucho tiempo que no los tenía. No me preguntéis qué dijo para hacerme pensar eso, porque no me acuerdo. Se ha

perdido, como tantas otras cosas. Pero estoy bastante seguro de que es verdad. Y me eligió a mí para ocupar ese puesto. Además, también estoy bastante seguro de que me habría ido con ella si no la hubieran descubierto.

—¿Quién la descubrió, Dave? —preguntó Naomi, echándose hacia delante—. ¿Quién?

—John Power, el alguacil del sheriff. En aquellos días, el sheriff del condado de Homestead era Norman Beeman, y es el mejor ejemplo que conozco de por qué los sheriffs tendrían que ser nombrados en lugar de elegidos. Los votantes le dieron el trabajo cuando regresó a Junction City en 1945, con una maleta llena de medallas que había ganado cuando el ejército de Patton entraba en Alemania. No se puede negar que era un tipo pendenciero, pero como sheriff del condado destacaba menos que un pedo en una tormenta de viento. Lo que tenía era la sonrisa más grande y más blanca que pueda verse, y un montón de mierda. Y por supuesto era republicano. En el condado de Homestead, eso siempre ha sido lo único importante. Creo que todavía estarían votando a Norm si no hubiera muerto de un infarto en la barbería de Hughie en el verano de 1963. Eso lo recuerdo muy bien. En aquella época hacía un tiempo que Ardelia se había ido y yo había reaccionado un poco. El éxito de Norm se basaba en dos secretos, aparte de su enorme sonrisa y su actitud pendenciera. En primer lugar, era honesto. Por lo que sé, jamás tocó un céntimo. En segundo lugar, siempre procuraba tener por lo menos un alguacil que pensara con rapidez y que no tuviera interés en presentarse como rival para el cargo. Siempre se portó bien con esos tipos. Todos ellos obtuvieron excelentes recomendaciones cuando estuvieron preparados para progresar y ascender. Norm cuidaba a los suyos. Creo que si uno se tomara el trabajo de echar una ojeada, vería que, en el Medio Oeste, hay seis u ocho jefes de policía y coroneles de la policía estatal que pasaron dos o tres años aquí, en Junction City, apartando mierda bajo las órdenes de Norm Beeman. Pero entre ellos no figura John Power. Está muerto. Según el certificado de defunción, murió de un ataque al corazón, aunque aún no había cumplido los treinta y no tenía ninguno de esos malos hábitos que a veces hacen que se detenga el reloj de alguien antes de tiempo. Yo sé la verdad. No fue un ataque al corazón lo que mató a John, como tampoco fue un ataque al corazón lo que mató a Lavin. Ella lo mató.

—¿Cómo lo sabes, Dave? —preguntó Sam.

—Lo sé porque se suponía que aquel último día morirían tres niños en la Biblioteca.

La voz de Dave seguía serena, pero Sam percibía el terror con el que había vivido aquel hombre durante tanto tiempo, corriendo bajo la superficie como una carga eléctrica de poco voltaje. Suponiendo que la mitad de lo que Dave había dicho esa tarde fuera verdad, debía de haber vivido los últimos treinta años con terrores que Sam se sentía incapaz de imaginar. No era sorprendente que hubiera utilizado la bebida como medio de mantenerlos a raya.

—Dos murieron, Patsy Harrigan y Tom Gibson. La tercera, pues se trataba de una

niña, iba a ser mi cuota de admisión a ese circo cuya directora era Ardelia Lortz. Ésa era la que realmente quería, porque fue la que llamó la atención sobre Ardelia cuando lo que más necesitaba ella era operar en la oscuridad. De ésa tenía que encargarme yo, porque ya no le permitían ir a la Biblioteca y Ardelia no podía acercársele. Esa tercera Niña Mala era Tansy Power, la hija del alguacil Power.

—No estarás hablando de Tansy Ryan, ¿verdad? —preguntó Naomi, en un tono de voz casi suplicante.

—Sí, Tansy Ryan, de la oficina de Correos, Tansy Ryan, la que asiste a nuestras reuniones, Tansy Ryan, la que antes era Tansy Power. Sarah, muchos de los niños que asistían a la Hora de los Cuentos de Ardelia están en AA. Explícalo como quieras. En el verano de 1960 estuve a punto de matar a Tansy Power, pero eso no es lo peor. Ya me gustaría que lo fuera.

8

Naomi se excusó, y cuando hubieron pasado varios minutos Sam se levantó para ir a buscarla.

—Déjela estar —dijo Dave—. Es una mujer maravillosa, Sam, pero necesita un poco de tiempo para controlarse. A usted también le pasaría si descubriera que uno de los miembros del grupo más importante de su vida estuvo una vez a punto de asesinar a su mejor amigo. Déjela estar. Volverá. Sarah es fuerte.

Volvió unos minutos después. Se había lavado la cara —en las sienes, el cabello estaba todavía húmedo y resbaloso—, y llevaba una bandeja con tres vasos de té helado.

—¡Ah! Llegamos a los tragos fuertes, ¿no, querida? —preguntó Dave.

Naomi hizo lo que pudo por devolverle la sonrisa.

—Ya puedes apostarlo. No podía retrasarlo más.

Sam pensó que sus esfuerzos eran más que notables, pensó que eran extraordinarios. De todos modos, el hielo hablaba con los vasos en frases quebradizas y chirriantes. Sam volvió a ponerse en pie y tomó la bandeja de sus manos inseguras. Ella lo miró agradecida.

—Y ahora —dijo, sentándose—, termina, Dave. Cuéntanoslo todo hasta el final.

9

—Muchas de las cosas que quedan las sé por ella —continuó Dave—, porque a esas alturas yo no estaba en disposición de darme cuenta de nada. Hacia finales de 1959, Ardelia me dijo que no podía seguir frecuentando la Biblioteca. Dijo que si me veía allí me echaría, y que si merodeaba por los alrededores, llamaría a la poli. Dijo que estaba volviéndome impresentable, y que si seguía yendo la gente empezaría a hablar. «¿A hablar de ti y de mí?», pregunté. «Ardelia, ¿quién lo creería?». «Nadie», respondió. «No seas idiota, no es eso lo que me preocupa». «Pues entonces, ¿qué?». «Que hablen de ti y de los niños», dijo. Creo que fue la primera vez que advertí realmente lo bajo que había caído. Desde que empezamos las reuniones de AA me has visto mal, Sarah, pero me alegra decir que nunca tanto como entonces.

»Bien, aquello quería decir que en el único lugar donde podía verla era en su casa, y solo me dejaba ir mucho después de oscurecido. Me dijo que no me acercara por el camino más allá de la granja de Orday. Al llegar allí, tenía que continuar a campo traviesa. Me dijo que si intentaba engañarla, lo sabría, y yo lo creí, porque cuando aquellos ojos plateados que tenía se volvían rojos, Ardelia lo veía todo. Por lo general, llegaba entre las once de la noche y la una de la madrugada, según cuánto hubiera bebido, y solía estar helado hasta los huesos. No puedo decir mucho sobre aquellos meses, pero sí que en 1959 y 1960 el estado de Iowa padeció unos inviernos terriblemente fríos. Hubo montones de noches en las que creo que un hombre sobrio habría muerto congelado en aquellos maizales. Pero en la noche de la que quiero hablar no existió ese problema. Debió de ser en julio de 1960, y hacía más calor que en el infierno. Recuerdo el aspecto que tenía la luna aquella noche, manchada y roja, colgada sobre los campos. Parecía como si todos y cada uno de los perros del condado de Homestead le ladraran.

»Entrar en casa de Ardelia aquella noche fue como internarse en un ciclón. Aquella semana…, en realidad, supongo que todo el mes…, había estado lenta y soñolienta, pero aquella noche no. Aquella noche estaba totalmente despierta y furiosa. No la había visto así desde la noche del día en que el señor Lavin le dijo que quitara la lámina de Caperucita porque asustaba a los niños. Al principio ni siquiera se enteró de que yo estaba allí. Iba y venía por la planta baja, desnuda como el día en que nació, si es que nació alguna vez, con la cabeza baja y los puños apretados. Estaba más furiosa que un oso con el culo lastimado. Por lo general, cuando estaba en casa llevaba el pelo recogido en un moño de solterona, pero cuando entré por la puerta de la cocina tenía el cabello suelto, y caminaba tan rápido que el pelo flotaba a sus espaldas como si estuviera volando. Lo oía crujir como si estuviera lleno de electricidad estática. Tenía los ojos rojos como la sangre. Resplandecían como aquellas farolas de ferrocarril que solían sacar en los viejos tiempos cuando había algún tramo de vía bloqueado, y parecían salírsele de la cara. Tenía el cuerpo empapado de sudor, y pese al estado en que me encontraba podía olerla. Hedía como

una gata salvaje en celo. Recuerdo que veía grandes gotas oleosas rodando por su pecho y su vientre. Le brillaban las caderas y los muslos. Era una de aquellas noches tranquilas y pegajosas que a veces tenemos por aquí en verano, cuando el aire huele a verde y se deposita en el pecho como un montón de chatarra, y parece que engullas hebras de maíz en cada bocanada que respiras. En esas noches, uno desearía que hubiese truenos y relámpagos, y que lloviera a cántaros, pero nunca sucede. Desearías que al menos soplara el viento, no solo porque te refrescaría, sino porque haría más soportable el ruido del maíz, ese sonido que produce al brotar de la tierra a tu alrededor, como un viejo con artritis que tratara de levantarse por la mañana sin despertar a su esposa. Entonces observé que esta vez estaba asustada además de enfadada. Alguien le había metido en el cuerpo el miedo a Dios. Y el cambio se aceleraba. Fuera lo que fuese lo que le sucedía, se había precipitado. No era que pareciese mayor, sino que parecía menos corpórea. Su pelo era más fino, como el de un bebé. Se le veía el cuero cabelludo. Y la piel parecía estar produciendo su propia piel, esa telaraña fina, brumosa, que se tejía sobre sus mejillas, en torno a la nariz, en el rabillo de los ojos, entre los dedos… En los pliegues de la piel se distinguía mejor. Se agitaba un poco cuando andaba. ¿Quieren saber algo muy tonto? Cuando montan la feria del condado, no puedo acercarme a los puestos de algodón azucarado. ¿Recuerdan la máquina con que se hace? Es como un donut que gira sin cesar, y el tipo mete un cono de papel y amontona el azúcar rosado encima. Ése es el aspecto que empezaba a tener la piel de Ardelia, el mismo que el de las finas tiras de azúcar batido. Creo que ahora sé lo que sucedía. Estaba haciendo lo que hacen los gusanos de seda cuando se disponen a dormir. Estaba tejiendo un capullo a su alrededor. Me quedé un rato junto a la puerta, mirándola ir y venir. Ella no me vio durante mucho tiempo. Estaba demasiado ocupada rodando en su particular cama de clavos. Golpeó la pared dos veces con el puño y la atravesó…, papel, yeso y listón. Sonaba como a huesos rotos, pero no parecía dolerle y tampoco le salía sangre. Y cada vez que golpeaba, gritaba, pero no de dolor. Era como el quejido de una gata frustrada, pero, como ya he dicho, bajo su ira había miedo. Y lo que gritaba era el nombre de aquel alguacil. “¡John Power!”, gritaba, y ¡paf!, su puño atravesaba la pared. “¡Que Dios te maldiga, John Power! Te enseñaré a no meterte en mis asuntos. ¿Quieres mirarme? ¡Estupendo! ¡Pero te enseñaré cómo hacerlo! ¡Te enseñaré, pequeñín!”, y después seguía andando, tan rápido que casi corría, y sus pies descalzos golpeaban tan fuerte que parecían sacudir la casa entera. Mientras andaba, murmuraba para sus adentros. Entonces, su labio se curvaba, sus ojos se ponían más rojos que nunca y ¡paf!, su puño atravesaba la pared y por el agujero salía una pequeña nube de yeso. “¡No te atrevas, John Power!”, ladraba. “¡No te atrevas a cruzarte en mi camino!”. Pero solo había que mirar su cara para saber que temía que él se atreviera. Y si hubierais conocido al alguacil Power, sabríais que tenía razón al preocuparse. Era listo y no tenía miedo de nada. Era un buen alguacil y un mal candidato para fastidiar. En su cuarto o quinto recorrido por la casa, llegó a la puerta de la cocina y me vio. Sus ojos

resplandecían en los míos y su boca empezó a adquirir esa forma de cuerno, solo que ahora estaba cubierto de esos hilos humosos, como de araña, y pensé que era hombre muerto. Si no podía ponerle las manos encima a John Power, me mataría a mí en su lugar. Empezó a avanzar y yo fui cayendo, apoyado en el marco de la puerta, en una especie de charco. Ella lo vio y se detuvo. La luz roja desapareció de sus ojos. Se transformó en un segundo. Por su aspecto y su lenguaje, se diría que yo acababa de entrar en una fiesta que ella ofrecía, en lugar de entrar en su casa a medianoche y encontrarla caminando en cueros y haciendo agujeros en las paredes. "¡Davey!", exclamó. "¡Me alegro tanto de que estés aquí! Toma una copa. ¡O más bien dos!". Quería matarme, lo vi en sus ojos, pero me necesitaba, y no precisamente como compañero, sino para matar a Tansy Power. Sabía que podía ocuparse sola del poli, pero quería que él supiera antes de morir que su hija había muerto. Y para eso me necesitaba a mí. "No hay mucho tiempo", dijo. "¿Conoces a ese alguacil Power?". Respondí que sí, que me había arrestado por ebriedad media docena de veces. "¿Y qué piensas de él?", preguntó. "Es un tipo duro", contesté. "¡Bueno, a la mierda! ¡Y tú también!". A eso no respondí. No parecía prudente. "Ese maldito obtuso entró esta tarde en la Biblioteca y me pidió que le mostrara mis referencias. Y no paraba de hacer preguntas. Quería saber dónde había estado antes de venir a Junction City, a qué escuela había ido, dónde me crié. Davey, tendrías que haber visto cómo me miraba… Pero yo le enseñaré la manera correcta de mirar a una dama. Ya lo verás". "No te conviene cometer un error con el alguacil Power", dije. "Creo que no le tiene miedo a nada". "Sí, me tiene miedo a mí. Solo que todavía no lo sabe", replicó. Entonces volví a ver el brillo del miedo en sus ojos. Verán, Power había elegido el peor momento del año para empezar a hacer preguntas. Ella se estaba preparando para el período de sueño y metamorfosis, y eso la debilitaba en cierta forma.

—¿Te dijo Ardelia cómo la había descubierto? —preguntó Naomi.

—Es evidente —intervino Sam—. Se lo dijo su hija.

—No —respondió Dave—. No pregunté…, no me atrevía con el humor que tenía…, pero no creo que Tansy le dijera nada a su padre. No creo que hubiera podido, al menos, no con todas las palabras. Cuando salían de la Biblioteca Infantil, los niños olvidaban todo lo que ella les había dicho y hecho allí dentro. Pero no se trataba solo de olvido; además, les metía en la cabeza otros recuerdos, recuerdos falsos, así que volvían a sus casas alegres y felices. La mayoría de los padres pensaban que Ardelia era lo mejor que le había sucedido nunca a la Biblioteca de Junction City. Creo que lo que alertó al padre de Tansy fue lo que Ardelia extraía de la niña, y creo que antes de ir a verla a la Biblioteca el alguacil Power debió de hacer muchas más indagaciones. No sé cuál era la diferencia que observaba en Tansy, porque los niños no estaban pálidos ni aturdidos como las víctimas de los vampiros en las películas, y tampoco tenían marcas en el cuello. Pero, de todos modos, les sacaba algo, y John Power lo vio o lo percibió.

—Aunque viera algo, ¿por qué sospechar de Ardelia? —preguntó Sam.

—Ya he dicho que era astuto. Creo que debió de hacerle algunas preguntas a Tansy…, nada directo, meras insinuaciones, ¿comprenden…?, y que las respuestas que obtuvo bastaron para ponerlo en el camino correcto. Aquel día, cuando fue a la Biblioteca, no sabía nada, pero sospechaba algo. Lo suficiente para alarmar a Ardelia. Recuerdo que lo que más la irritaba y asustaba era la forma en que él la miraba. «Te enseñaré a mirarme así», decía una y otra vez. Desde entonces me he preguntado cuánto tiempo hacía desde que alguien la había mirado con verdadera sospecha…, cuánto desde que alguien se había acercado a lo que era. Apuesto a que la asustaba en más de una manera. Apuesto a que la hacía preguntarse si no estaría perdiendo por fin su habilidad.

—A lo mejor habló con alguno de los otros niños —dijo Naomi vacilante—. Debió de comparar diferentes versiones, y se dio cuenta de que algunas respuestas no encajaban del todo. Tal vez la vieran de distintas maneras. Igual que tú y Sam la visteis de diferentes maneras.

—Podría ser, cualquiera de esas cosas podría ser. De todos modos, se asustó lo suficiente para acelerar sus planes.

»“Mañana estaré todo el día en la Biblioteca”, me dijo. “Me aseguraré de que mucha gente me vea allí. Pero tú irás a casa del alguacil Power, Davey. Montarás guardia y esperarás hasta que veas a esa niña sola…, no creo que tengas que esperar mucho…, y entonces la cogerás y la llevarás a los bosques. Hazle lo que quieras, pero asegúrate de que lo último que haces es cortarle el cuello. Córtale el cuello y déjala donde puedan encontrarla. Quiero que ese bastardo la vea antes de ir a buscarlo”.

»Yo no podía decir nada. Probablemente fuera lo mejor, porque cualquier cosa que hubiera dicho ella lo habría interpretado mal y me habría arrancado la cabeza. Me quedé sentado en la cocina, con el vaso en la mano, mirándola, y probablemente interpretó mi silencio como un asentimiento. Después fuimos al dormitorio. Fue la última vez. Recuerdo que pensé que no podría follármela, que a un hombre asustado no se le empina. Pero fue estupendo, ¡Dios se apiade de mí! Ardelia también tenía esa clase de magia. Seguimos y seguimos y seguimos, y en algún momento debí de quedarme dormido o de desmayarme, porque lo siguiente que recuerdo es a ella sacándome de la cama descalzo y dejándome en un lugar iluminado por el primer sol de la mañana. Eran las seis y cuarto; tenía el estómago como sumergido en un baño ácido, y la cabeza me latía como una encía con un absceso. “Es hora de que pongas manos a la obra”, dijo. “No dejes que nadie te vea regresar a la ciudad, Davey, y recuerda lo que te he dicho. Cógela hoy por la mañana. Llévatela a los bosques y mátala. Escóndete hasta que oscurezca. Si te cogen antes, no podré hacer nada por ti. Pero si consigues llegar hasta aquí, estarás salvado. Hoy me aseguraré de que mañana haya un par de niños en la Biblioteca, aunque esté cerrada. Ya los he elegido, son los dos peores mocosos de la ciudad. Iremos juntos a la Biblioteca…, vendrán…, y cuando el resto de los estúpidos nos encuentren, pensarán que estamos todos muertos. Pero tú y yo no lo estaremos, Davey; seremos libres. Nos burlaremos de ellos”.

Entonces empezó a reír. Estaba desnuda en la cama, conmigo a sus pies, descompuesto como una rata repleta de veneno, y rió y rió y rió. Muy pronto su cara empezó a transformarse de nuevo. Esa probo-lo-que-sea empezó a abrirse paso, como si fuera un cuerno vikingo, y los ojos se desviaban hacia un lado. Sabía que iba vomitar todo lo que tenía en el estómago, así que salí a toda prisa y vomité en la hiedra. A mis espaldas, la oía reír sin parar. Me estaba vistiendo junto a la casa cuando me habló desde la ventana. No la veía pero la oía muy bien. “No me falles, Davey”, dijo. “No me falles o te mataré. Y tardarás en morir”. “No te fallaré, Ardelia”, respondí, sin volverme para no verla asomada a la ventana de su dormitorio. Sabía que no podría soportar verla ni siquiera una vez más. Había llegado al final de mi aguante. Y, sin embargo, una parte de mí quería ir con ella aunque significara que antes tenía que volverme loco; la parte más importante de mí pensaba que iría con ella, a menos que su plan fuera tenderme alguna clase de trampa, cargarme con la culpa. Yo no la habría acusado. No le habría cargado nada. Partí hacia la ciudad cruzando los maizales. Habitualmente, esos paseos me despejaban un poco y sudaba lo peor de la resaca. Pero ese día no. Tuve que pararme a vomitar dos veces, y la segunda vez creí que no podría seguir. Finalmente lo hice, pero veía sangre sobre el maíz junto al que me había arrodillado, y cuando llegué a la ciudad la cabeza me dolía más que nunca y veía doble. Pensé que me estaba muriendo pero no podía dejar de pensar en lo que ella había dicho: “Hazle lo que quieras, pero asegúrate de que lo último que haces es cortarle el cuello”. Yo no quería lastimar a Tansy Power, pero a pesar de ello pensé que lo haría. No sería capaz de oponerme a los deseos de Ardelia y me condenaría para siempre. Y lo peor de todo sería si Ardelia decía la verdad y seguía viviendo para siempre con esa cosa en la cabeza. En aquellos días había dos depósitos de mercancías en la estación, y en el extremo norte del segundo una plataforma de carga que se utilizaba muy poco. Me arrastré debajo de la plataforma y dormí un par de horas. Cuando desperté, me encontraba un poco mejor. Sabía que no había forma de detenerla ni de detenerme, de modo que me dirigí a casa de John Power para buscar a aquella niña y secuestrarla. Atravesé el centro de la ciudad sin mirar a nadie. Lo único que pensaba, una y otra vez, era: “Puedo hacerlo rápido, al menos puedo hacer eso por ella. Le romperé el cuello en un abrir y cerrar de ojos y no se dará cuenta de nada”.

Dave volvió a sacar el pañuelo y se secó la frente con una mano muy temblorosa.

—Llegué hasta la tienda de cinco y diez céntimos. Ahora no existe, pero en aquella época era la última tienda de la calle O’Kane antes de volver a entrar en el distrito residencial. Me quedaban menos de cuatro manzanas, y pensé que cuando llegara a la casa de Power vería a Tansy en el patio trasero. Estaría sola, y los bosques no quedaban lejos. Entonces miré el escaparate de la tienda y lo que vi me paralizó. Era un montón de niños muertos de ojos fijos, brazos entrelazados y piernas destrozadas. Lancé un pequeño grito y me tapé la boca con las manos. Cerré con fuerza los ojos. Cuando volví a mirar, vi que era un montón de muñecas que la

anciana señora Seger estaba preparando para poner en el escaparate. Me vio y agitó una mano en mi dirección. «Vete, viejo borracho». Pero no lo hice. Seguí mirando aquellas muñecas. Intenté convencerme de que eran solo muñecas; cualquiera podía verlo. Pero cuando cerré los ojos y los abrí de nuevo, volvieron a ser cadáveres. La señora Seger estaba arreglando un montón de pequeños cuerpos en el escaparate de la tienda de cinco y diez céntimos, y ni siquiera lo sabía. Se me ocurrió que alguien trataba de enviarme un mensaje, y que tal vez el mensaje dijera que todavía no era demasiado tarde, ni siquiera entonces. Tal vez no pudiera parar a Ardelia, pero quizá sí. Y aunque no fuera capaz de eso tal vez pudiera evitar que me arrastrara al pozo con ella. Ésa fue la primera vez que recé realmente, Sarah. Recé pidiendo fuerzas. No quería matar a Tansy Power, pero era más que eso… Si era posible, quería salvarlos a todos. Retrocedí hacia la gasolinera Texaco, que quedaba una manzana más abajo, donde ahora está el Piggly Wiggly. De camino me detuve y saqué unos guijarros de la alcantarilla. Al costado de la gasolinera había una cabina telefónica…, y sigue allí, ahora que pienso en ello. Cuando llegué, me di cuenta de que no tenía un céntimo. Como último recurso, busqué en el compartimiento del cambio, y encontré una moneda de diez centavos. Desde aquella mañana, cuando alguien me dice que no cree que haya un Dios, pienso en cómo me sentí cuando metí los dedos en aquel compartimiento y encontré aquella moneda. Pensé en llamar a la señora Power, pero decidí que era mejor llamar a la oficina del sheriff. Alguien pasaría el mensaje a John Power, y si sospechaba tanto como parecía de Ardelia, daría los pasos adecuados. Cerré la puerta de la cabina y busqué el número. En aquella época, si tenías suerte, encontrabas una guía de teléfonos en las cabinas. Antes de marcar el número, me metí los guijarros en la boca. Contestó el propio John Power, y ahora pienso que por eso murieron Patsy Harrigan, Tom Gibson y el propio John Power, y por qué no detuvieron a Ardelia en ese mismo momento. Verán, yo esperaba que contestara la secretaria, que entonces era Hannah Verrill. Cuando lo hiciera, le diría lo que tenía que decir y ella se lo transmitiría al alguacil. En lugar de eso, oí aquella voz dura que decía: «Oficina del Sheriff, alguacil Power al habla, ¿qué puedo hacer por usted?». Estuve a punto de tragarme los guijarros, y durante un minuto no pude hablar. Él exclamó: «¡Malditos niños!», y supe que estaba a punto de colgar. «¡Espere!», dije. Con los guijarros en la boca, parecía que estaba hablando a través de un micrófono de algodón. «¡Alguacil, no corte!». «¿Quién es?», preguntó. «No importa», respondí. «Si quiere a su hija, sáquela de la ciudad y, haga lo que haga, no la deje acercarse a la Biblioteca. Lo digo en serio. Está en peligro» y colgué. Si hubiese contestado Hannah, creo que habría dicho más. Habría mencionado nombres…, el de Tansy, el de Tom, el de Patsy…, y también el de Ardelia. Pero él me asustaba…, sentía que, si seguía hablando, podría mirar por el hilo y verme al otro extremo, de pie en aquella cabina y apestando como si fuera una bolsa de melocotones podridos. Escupí los guijarros y salí a toda prisa de la cabina. El poder que ella ejercía sobre mí se había roto, aquella llamada lo había logrado, pero sentía pánico. ¿Alguna vez han visto a un

pájaro entrar volando en un garaje y empezar a dar vueltas, sin rumbo, golpeándose contra las paredes, loco por salir? Eso era lo que yo parecía. De pronto, ya no me preocupaban Patsy Harrigan y Tom Gibson; ni siquiera Tansy Power. Sentía que era Ardelia quien me miraba, que Ardelia sabía lo que había hecho y que estaría buscándome. Quería esconderme. ¡Diablos! Necesitaba esconderme. Empecé a bajar por la calle Mayor, y cuando llegué al final casi corría. En aquel momento, Ardelia ya se había confundido en mi cabeza con el Policía de la Biblioteca y con el hombre moreno, el que conducía la apisonadora y el coche donde iba Simón *El Tonto*. Esperaba verlos a los tres entrando en la calle Mayor en el viejo Buick del hombre moreno, buscándome. Me fui al depósito del ferrocarril y volví a arrastrarme debajo de la plataforma de carga. Me acurruqué allí, estremeciéndome y temblando, incluso llorando un poco, esperando a que ella apareciera y me matara. No dejaba de pensar que levantaría los ojos y vería su cara debajo de la falda de cemento de la plataforma, con los ojos rojos y enfurecidos, y la boca convertida en aquella cosa que parecía un cuerno. Me arrastré hasta el fondo y encontré media botella de vino bajo un montón de hojas muertas y viejas telarañas. La había metido allí solo Dios sabe cuándo y me había olvidado de ella. Me bebí el vino en tres largos tragos. Después empecé a arrastrarme otra vez hacia la parte delantera de aquel espacio, pero a mitad de camino me desvanecí. Cuando volví a despertar, pensé que no había pasado nada de tiempo, porque la luz y las sombras eran casi las mismas. Pero mi dolor de cabeza había desaparecido y el estómago rugía pidiendo comida.

—Habías dormido un día entero, ¿eh? —aventuró Naomi.

—No, casi dos días enteros. Había hecho la llamada a la oficina del sheriff alrededor de las diez de la mañana del lunes. Cuando recuperé el conocimiento bajo la plataforma, con la botella de vino vacía todavía en la mano, eran pasadas las siete de la mañana del miércoles. Pero en realidad no era sueño. Tienes que tener en cuenta que no se trataba de la borrachera de un día, ni siquiera de una semana. Había estado totalmente borracho durante la mayor parte de los dos años anteriores. Y eso no era todo, estaban Ardelia, la Biblioteca, los niños y la Hora de los Cuentos. Me había pasado dos años montado en un tiovivo del infierno. Creo que aquella parte de mi mente que todavía deseaba vivir y estar bien decidió que lo único que podía hacer era desconectar por un tiempo y apagarse. Y cuando desperté, todo había terminado. Todavía no habían encontrado los cuerpos de Patsy Harrigan y de Tom Gibson, pero había terminado. Lo supe incluso antes de asomar la cabeza por la plataforma de carga. Dentro de mí había un vacío, como un hueco en la encía cuando se cae un diente. La diferencia era que ese lugar vacío estaba en mi mente. Y comprendí. Se había ido. Ardelia se había ido. Salí a gatas de allá abajo y estuve a punto de desmayarme otra vez, a causa del hambre. Vi a Brian Kelly, que en aquellos días era jefe de almacén. Contaba sacos de algo en la otra plataforma de carga y hacía marcas en un papel. Me las arreglé para acercarme a él. Al verme, en su cara apareció una expresión de disgusto. Hubo un tiempo en que nos invitábamos a tragos en The

Domino, una taberna que se incendió mucho antes de su época, Sam, pero aquellos días habían terminado hacía mucho. Lo único que veía era a un borracho sucio e inmundo, con hojas y mugre en el pelo, a un borracho que hedía a orina y Old Duke. «Sal de aquí, papito, o llamo a la poli», dijo. Aquel día también supuso una primera vez para mí. Ser borracho tiene una cosa: constantemente se encuentran terrenos inexplorados. Fue la primera vez que mendigué dinero. Le pregunté si podía darme un cuarto de dólar para tomarme una taza de café y unas tostadas en el restaurante Route 32. Metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas. No me las dio; simplemente las tiró en mi dirección. Tuve que arrodillarme en la escoria y cogerlas. No creo que tirara el dinero para avergonzarme. Simplemente, no quería tocarme. Y no lo culpo. Cuando vio que tenía el dinero, dijo: «Muévete, papito. Y si vuelvo a verte por aquí, llamaré a la poli». «Puedes apostar a que sí», dije, y me fui. Nunca supo quién era yo, y me alegro. A medio camino del restaurante, pasé por uno de esos expositores de periódicos y vi la parte interior de la *Gazette* de aquel día. Entonces fue cuando me di cuenta de que había estado ausente dos días en lugar de uno. La fecha no significaba demasiado para mí…, por aquel entonces los calendarios no me interesaban mucho…, pero sabía que cuando Ardelia me echó de su cama por última vez y yo hice la llamada era la mañana del lunes. Después vi los titulares. Parecía que había dormido durante el día más lleno de noticias en la historia de Junction City. CONTINÚA LA BÚSQUEDA DE LOS NIÑOS DESAPARECIDOS, decía un titular. Había fotos de Tom Gibson y de Patsy Harrigan. El titular de la otra página informaba: EL FORENSE DEL CONDADO AFIRMA QUE EL ALGUACIL MURIÓ DE UN ATAQUE CARDÍACO. Debajo había una foto de John Power. Cogí uno de los periódicos y dejé un níquel en el montón, que era lo que se hacía cuando la gente solía confiar en los demás. Después me senté en el bordillo de la acera y leí ambos artículos. El de los niños era más breve. Lo principal era que nadie estaba demasiado preocupado todavía. El sheriff Beeman lo trataba como un caso de huida. Ella había escogido a los niños adecuados, a unos que eran verdaderos demonios y pájaros del mismo plumaje. Siempre estaban juntos. Vivían en la misma manzana, y el artículo decía que la semana anterior se habían metido en líos cuando la madre de Patsy Harrigan los pescó fumando en el cobertizo. Tom Gibson tenía un tío que vivía en una granja, en Nebraska, y Norm Beeman estaba bastante seguro de que iban hacia allí. Ya he dicho que no hacía funcionar demasiado el cerebro. De todos modos, ¿cómo podía saber lo que había sucedido? Y tenía razón en una cosa: no eran el tipo de niños que se caen dentro de pozos o se ahogan nadando en el río Proverbia. Sin embargo, yo sabía dónde estaban, así como que Ardelia había vuelto a ganar. Sabía que los encontrarían a los tres juntos y ese mismo día, más tarde, los encontraron. Había salvado a Tansy Power y me había salvado a mí, pero no me servía de consuelo. El artículo sobre el alguacil Power era más largo. Era el segundo porque habían encontrado el cuerpo el lunes por la tarde. Su muerte había aparecido en el periódico del martes, pero no la causa. Lo habían encontrado encogido tras el volante de su coche, a un kilómetro y medio al oeste de la

granja Orday. Era un lugar que yo conocía muy bien, porque era donde habitualmente me salía del camino y me internaba entre el maíz en dirección a la casa de Ardelia. Podía llenar los blancos bastante bien. John Power no era hombre que dejara crecer la hierba bajo sus pies; en cuanto yo colgué el teléfono, junto a la gasolinera, debió de salir hacia la casa de Ardelia. Tal vez llamara primero a su esposa para decirle que no dejara salir a Tansy de casa hasta que tuviera noticias de él. Por supuesto, eso no estaba en el periódico, pero apuesto a que fue así. Cuando llegó allí, ella debió de adivinar que la había denunciado y que el juego había terminado. Así que lo mató. Lo…, lo abrazó hasta la muerte, igual que hizo con el señor Lavin. Como le había dicho, era un tipo duro, pero un arce también es duro y, sin embargo, uno puede sacarle la savia si lo hiere profundamente. Imagino que ella lo hizo. Cuando estuvo muerto, debió de llevarlo en su propio coche hasta el lugar donde lo encontraron. Aunque por aquel entonces no pasaban muchos coches por el camino Garson, se necesitaban muchos cojones para hacerlo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Llamar a la oficina del sheriff y decirles que John Power había sufrido un ataque al corazón mientras hablaba con ella? Eso habría provocado un montón de preguntas en el preciso momento en que no quería que nadie pensara en ella. Y hasta John Beeman habría sentido curiosidad por saber por qué John Power tenía tanta prisa en hablar con la bibliotecaria del ayuntamiento. Así que lo sacó de allí y lo llevó casi hasta la granja Orday, aparcó el coche en la banquina y regresó a su casa por el camino que tomaba yo, a través del maizal. —Dave miró a Sam, luego a Naomi, y después otra vez a Sam—. Además, apuesto a que sé lo que hizo luego. Apuesto a que empezó a buscarme. No me refiero a que subiera al coche y empezara a recorrer Junction City asomando la cabeza en los agujeros habituales. No era necesario. Durante aquellos años, en repetidas ocasiones había aparecido donde yo estaba cuando me necesitaba, o me había enviado a uno de los niños con una nota. No importaba que yo estuviese sentado sobre una pila de cajas detrás de la barbería, o pescando en el río Grayling, o simplemente borracho detrás del depósito: ella sabía dónde encontrarme. Era una de sus facultades. Pero aquella última vez no; la vez que deseaba encontrarme más que ninguna otra cosa, y creo imaginar por qué no. Ya os he dicho que después de hacer aquella llamada no me dormí, ni siquiera me desvanecí. Se parecía más a haber entrado en coma o a estar muerto. Y cuando proyectó hacia el exterior ese ojo que tenía en la mente, buscándome, no pudo verme. No sé cuántas veces pasaría aquel ojo por encima del lugar donde estuve aquel día y aquella noche, ni quiero saberlo. Solo sé que si me hubiera encontrado no habría aparecido ningún niño con una nota. Se habría presentado ella en persona, y no puedo ni imaginar lo que me habría hecho por haber frustrado sus planes. De todos modos, si hubiera tenido más tiempo me habría encontrado; pero no lo tenía. En primer lugar, había hecho sus planes. Y después estaba la cuestión de la aceleración de la metamorfosis. Se acercaba el momento del sueño y no podía perder tiempo buscándome. Además, debía de saber que más adelante tendría otra oportunidad. Y ahora ha llegado el momento.

—No entiendo qué quieres decir —dijo Sam.

—Por supuesto que sí —contestó Dave—. ¿Quién cogió los libros que lo han metido en este atolladero? ¿Quién los envió al centro de reciclaje junto con los periódicos? Yo. ¿Cree que ella no lo sabe?

—¿Piensas que todavía te quiere? —preguntó Naomi.

—Sí, pero no como antes. Ahora solo quiere matarme. —Volvió la cabeza, y sus ojos brillantes y apenados miraron los de Sam—. Ahora lo quiere a usted.

Sam rió inquieto.

—Estoy convencido de que hace treinta años era una bomba —dijo—, pero la dama ha envejecido. Realmente no es mi tipo.

—Creo que sigue sin comprender —dijo Dave—. Sam, ella no quiere follárselo; quiere ser usted.

10

Unos momentos después, Sam dijo:

—Espera. Espera un segundo.

—Me ha escuchado, pero no se lo ha tomado tan en serio como debería —replicó Dave. Su voz era paciente, pero fatigada, terriblemente fatigada—. De modo que déjeme decirle algo más. Después de matar a John Power, llevó el cuerpo lo bastante lejos para no ser la primera sospechosa. Después siguió adelante y esa tarde abrió la Biblioteca, como siempre. En parte porque una persona culpable parece más sospechosa si se aparta de su rutina habitual, pero eso no era todo. Tenía el cambio encima y necesitaba la vida de aquellos niños. Ni se le ocurra preguntarme por qué, porque no lo sé. Tal vez sea como un oso que tiene que atracarse antes de hibernar. Lo único que sé es que tenía que asegurarse de que el lunes por la tarde hubiera una Hora de los Cuentos, y lo hizo.

»En algún momento, mientras los niños estaban sentados a su alrededor en el trance en que los ponía, les dijo a Tom y a Patsy que deseaba que fueran a la Biblioteca el martes por la mañana, aunque estuviera cerrada martes y jueves durante el verano. Lo hicieron, y ella los mató; después se sumió en ese sueño que tanto se parece a la muerte. Y ahora viene usted, Sam, treinta años más tarde. Me conoce, y Ardelia todavía necesita enfrentarse cara a cara conmigo, así que es un comienzo. Pero hay algo mucho mejor que eso. También sabe lo del Policía de la Biblioteca.

—No sé cómo…

—No, no sabe cómo lo sabe, y eso lo hace todavía mejor. Porque para alguien como Ardelia Lortz, esos secretos tan malos que tenemos que ocultárnoslos hasta a nosotros mismos son los mejores de todos. Además, mire las ventajas: usted es joven, soltero y no tiene amigos íntimos. Es verdad, ¿no es así?

—Es lo que habría dicho hasta hoy —dijo Sam después de pensar un momento—. Habría dicho que los únicos buenos amigos que hice desde que llegué a Junction City se han mudado. Pero considero que tú y Naomi sois mis amigos, Dave. Os considero muy buenos amigos. Los mejores.

Naomi cogió la mano a Sam y la apretó un instante.

—Me siento honrado —dijo Dave—, pero no importa, porque ella tiene intención de matarnos, a mí y a Sarah también. Una vez me dijo que cuantos más fuéramos, más reiríamos. Tiene que tomar vidas para sobrevivir a su tiempo de metamorfosis, y despertar también debe de ser un tiempo de cambio.

—Estás diciendo que de alguna manera planea poseer a Sam, ¿verdad? —preguntó Naomi.

—Creo que quiero decir algo más que eso, Sarah. Creo que tiene intención de destruir lo que hay dentro de Sam que lo hace ser Sam. Pienso que tiene intención de vaciarlo como un niño vacía una calabaza para hacer un farolillo de Halloween, y de ponérselo como quien se pone una muda de ropa limpia. Y después de que eso suceda, si sucede, él seguirá pareciéndose a un hombre llamado Sam Peebles, pero ya no será un hombre, no más de lo que Ardelia Lortz ha sido nunca una mujer.

»Hay algo no humano, algo escondido bajo su piel, y creo que siempre lo supe. Está dentro, pero es marginal. ¿De dónde vino Ardelia Lortz? ¿Dónde vivía antes de venir a Junction City? Creo que, si lo investigaran, verían que todo lo que puso en las referencias que mostró al señor Lavin era mentira, y que nadie en la ciudad lo sabía realmente. Creo que lo que selló el destino de John Power fue su curiosidad acerca de esos detalles. Pero también creo que alguna vez hubo una Ardelia Lortz real, en Pass Christian, Mississippi, o en Harrisburg, Pensilvania, o en Portland, Maine, y que ese “algo” la poseyó y se la puso. Ahora quiere hacerlo otra vez.

»Si permitimos que suceda, creo que este mismo año, más adelante, aparecerá un hombre llamado Sam Peebles en alguna otra ciudad, en San Francisco, California, o en Butte, Montana, o en Kingston, Rhode Island. Caerá bien a la mayoría de la gente, sobre todo a los niños, aunque tal vez también le teman de alguna manera que no comprenden y de la que no pueden hablar. Y, naturalmente, será bibliotecario.

Capítulo 12

Por aire a Des Moines

1

Sam miró el reloj y quedó estupefacto al comprender que eran casi las tres de la tarde. Faltaban apenas nueve horas para la medianoche, y entonces el hombre alto de ojos plateados estaría de regreso. O tal vez Ardelia Lortz. O los dos juntos.

—¿Qué crees que debería hacer, Dave? ¿Ir al cementerio local, encontrar el cadáver de Ardelia y clavarle una estaca en el corazón?

—No creo que pudiera hacerlo —contestó—, porque la dama fue incinerada.

—¡Ah! —exclamó Sam.

Volvió a acomodarse en su silla con un pequeño suspiro y Naomi le cogió otra vez la mano.

—En todo caso, no harás nada solo —dijo ésta con firmeza—. Dave dice que tiene intención de matarnos a nosotros dos también, pero no se trata de eso. Los amigos están para ayudarse cuando hay problemas. Ésa es la cuestión. ¿Para qué otra cosa sirven, si no?

Sam se acercó la mano de Naomi a los labios y la besó.

—Gracias, pero no sé qué podríais hacer vosotros. Ni yo. No parece que se pueda hacer nada. A menos que… —Sam miró esperanzado a Dave—. A menos que huya.

Dave meneó la cabeza.

—Ella, o *eso*, ve, ya se lo he dicho. Supongo que si realmente pisara el acelerador y los polis no le echaran el guante, podría llegar a Denver antes de medianoche, pero cuando saliera del coche estaría Ardelia Lortz esperándole. O en un tramo de gran oscuridad descubriría que el Policía de la Biblioteca está sentado junto a usted.

Esa idea —la cara blanca y los ojos plateados, iluminados solo por el resplandor verde del tablero— hizo estremecer a Sam.

—Entonces ¿qué?

—Creo que ambos saben lo que hay que hacer primero —dijo Dave. Terminó de beber el té helado y dejó el vaso en el suelo—. Piensen un momento y lo verán.

Los tres se quedaron un rato observando el elevador de granos. El cerebro de Sam era una clamorosa confusión; lo único que podía captar eran fragmentos aislados de

la historia de Dave Duncan y la voz del Policía de la Biblioteca con su extraño ceceo, diciendo: *No quiero ezcuchar zuz eztúpidas ezcuzas… Tiene hazta medianoche… dezpuéz regrezaré*.

En el rostro de Naomi se hizo repentinamente la luz.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Qué tonta! Pero…

Hizo una pregunta a Dave, y los ojos de Sam se dilataron al comprender.

—Creo recordar que hay un lugar en Des Moines —dijo Dave—. Pell's. Si en algún lugar pueden ayudarnos, será allí. ¿Por qué no llamas, Sarah?

2

Cuando Naomi se fue, Sam dijo:

—Aunque puedan ayudarnos no creo que sea posible llegar allí antes de la hora de cierre. Aunque supongo que debo intentarlo…

—Nunca pensé que condujera —dijo Dave—. No, Sarah y usted deben ir al aeropuerto de Proverbia.

Sam pestañeó.

—No sabía que hubiera un aeropuerto en Proverbia.

Dave sonrió.

—Bueno, supongo que es algo exagerado. Hay un kilómetro escaso de tierra apisonada a la que Stan Soames llama pista de despegue. La sala delantera de Stan es la oficina de la Compañía Charter de Iowa Occidental. Hablen con Stan. Tiene un pequeño Navajo. Los llevará a Des Moines y estarán de vuelta hacia las ocho, las nueve como muy tarde.

—¿Y si no está allí?

—Entonces trataremos de pensar en otra cosa. Pero creo que estará. Lo único que a Stan le gusta más que volar es trabajar en la granja, y estando en primavera los granjeros no se alejan mucho. Por cierto, a lo mejor dice que no puede llevarlos a causa de su jardín, que deberían haber concertado una cita con algunos días de antelación para que él hubiera llamado al hijo de Carter. Si es así, le dicen que van de parte de Dave Duncan, y que Dave ha dicho que ha llegado el momento de que le pague las pelotas de béisbol. ¿Lo recordará?

—Sí, pero ¿qué significa?

—Nada relacionado con esto —respondió Dave—. Lo importante es que, si se lo dice, los llevará. Y cuando vuelva a dejarlos en tierra, no se preocupen de venir aquí,

vayan directamente a la ciudad.

Sam empezó a sentir que el miedo se le metía en el cuerpo.

—A la Biblioteca.

—Exacto.

—Dave, lo que Naomi dijo de los amigos es muy dulce, y hasta puede que sea verdad, pero creo que tengo que excluirlos de ese lugar. Ninguno de ustedes tiene por qué participar en esto. Yo fui el único responsable de su reaparición.

Dave se estiró y cogió la muñeca de Sam con una fuerza sorprendente.

—Si realmente piensa eso, es que no ha entendido ni una palabra de lo que he dicho. Usted no es responsable de nada. Yo llevo en la conciencia las muertes de John Power y de dos criaturas, por no hablar de los terrores que no sé cuántos otros niños padecieron, pero tampoco soy responsable. No busqué ser el compañero de Ardelia Lortz de la misma manera en que no busqué ser un borracho durante treinta años. Esas cosas sucedieron. Pero ella me guarda rencor y vendrá a buscarme, Sam. Y si no estoy con ustedes cuando venga, me visitará primero. Y no seré el único a quien visite. Sarah tenía razón, Sam. Ella y yo no tenemos que estar juntos para protegerle; los tres tenemos que estar juntos para protegernos unos a otros. Sarah sabe lo de Ardelia, ¿comprende? Si Ardelia aún no se ha enterado, lo hará en cuanto aparezca esta noche. Planea partir de Junction City como si fuera usted, Sam. ¿Cree que dejaría detrás a alguien que conozca su nueva identidad?

—Pero…

—Pero nada —replicó Dave—. Al final, todo se reduce a una sencilla elección, que puede comprender hasta una vieja ruina como yo: o compartimos esto juntos o moriremos en sus manos. —Se inclinó hacia delante y prosiguió—: Sam, si quiere salvar a Sarah de Ardelia, olvide lo de ser un héroe y empiece a recordar quién era su Policía de Biblioteca. Tiene que hacerlo. Porque no creo que Ardelia pueda poseer a cualquiera. En este asunto hay una sola coincidencia, pero es fundamental: alguna vez usted también tuvo un Policía de Biblioteca. Y tiene que recuperar ese recuerdo.

—Lo he intentado —dijo Sam, a sabiendas de que era mentira. Porque cada vez que se ponía a pensar en…

(Ven conmigo, hijo… zoy un polizía)

en aquella voz, se apartaba. Sentía el sabor del regaliz rojo, que jamás había comido y que detestaba…, y eso era todo.

—Tiene que seguir intentándolo —dijo Dave—, o no habrá esperanza.

Sam hizo una inspiración profunda y dejó escapar el aire. La mano de Dave le tocó la nuca y le hizo una ligera caricia.

—Es la clave de esto —dijo Dave—. Tal vez descubra que es la clave para todo lo que le ha molestado en su vida. Para su soledad y su tristeza.

Sam lo miró sobresaltado. Dave sonrió.

—¡Oh, sí! —dijo—. Usted está solo, usted se siente triste y vive apartado de los demás. Habla mucho, pero no se mueve como habla. Hasta hoy, yo no era para usted

más que Dave *El Sucio*, el tipo que pasa a recoger los periódicos una vez al mes. Pero un hombre como yo ve mucho, Sam, y se necesita a alguien para conocer a alguien.

—La clave de todo —murmuró Sam.

Se preguntó si existirían realmente esas cosas fuera de las novelas populares y las películas de Estrenos TV, llenas de psiquiatras valerosos y pacientes atormentados.

—Es verdad —insistió Dave—. Esas cosas tienen un poder inmenso, Dave. No le culpo por no querer recordar. Pero si quiere, puede, ¿sabe? La elección depende de usted.

—¿Es otra de las cosas que ha aprendido en AA, Dave?

—Bueno, allí las enseñan —respondió sonriendo—, pero supongo que eso ya lo sabía.

Naomi volvió a aparecer en el porche. Sonreía y sus ojos centelleaban.

—¿No es maravillosa? —preguntó Dave tranquilamente.

—Sí —afirmó Sam—. Sin duda lo es.

Era totalmente consciente de dos cosas: de que estaba enamorándose y de que Dave Duncan lo sabía.

3

—El hombre estuvo tanto tiempo buscando que me asusté —dijo ella—, pero tuvimos suerte.

—Estupendo —dijo Dave—. Entonces ustedes dos irán a ver a Stan Soames. ¿La Biblioteca sigue cerrando a las ocho durante el curso, Sarah?

—Sí, estoy casi segura de que sí.

—Entonces, iré a hacerle una visita alrededor de las cinco. Los encontraré en la parte trasera, donde está la plataforma de carga, entre las ocho y las nueve. Por amor de Dios, traten de no llegar tarde.

—¿Cómo entraremos? —preguntó Sam.

—Yo me ocuparé de eso, no se preocupe. Váyanse ya.

—Tal vez deberíamos telefonear a este tal Soames desde aquí —dijo Sam—, para asegurarnos de que está libre.

Dave meneó la cabeza.

—No servirá de nada. La esposa de Stan lo abandonó por otro hace cuatro años. Afirmó que estaba casado con su trabajo, lo que siempre es una excelente excusa para una mujer que quiere cambiar de vida. Además, no tiene niños. Estará en el campo. Y

ahora, vayan, hay que aprovechar la luz del día.

Naomi se inclinó y besó la mejilla de Dave.

—Gracias por contárnoslo —dijo.

—Me alegro de haberlo hecho. Me siento muchísimo mejor.

Sam se dispuso a tenderle la mano a Dave, pero se lo pensó mejor. Se inclinó y abrazó al viejo.

4

Stan Soames era un hombre alto y huesudo con ojos furiosos que resplandecían en una cara amable, un hombre que ya lucía un bronceado estival aunque, según el calendario, la primavera no había cumplido aún un mes de vida. Sam y Naomi lo encontraron en la parte trasera de su casa, tal como les había dicho Dave. A sesenta metros al norte del Rototiller inmóvil y manchado de barro, Sam veía lo que parecía un camino sucio; sin embargo, dado que en un extremo había un pequeño aeroplano medio tapado con una lona, y un anemómetro agitándose en un poste herrumbroso en el otro, dio por sentado que era la única pista de despegue del aeropuerto de Proverbia.

—No puedo —dijo Soames—. Tengo que arar cincuenta acres esta semana y estoy solo. Deberían haber llamado con dos o tres días de antelación.

—Esto es una emergencia —dijo Naomi—. De verdad, señor Soames.

Él suspiró y extendió los brazos como para abrazar toda la granja.

—¿Quieren saber qué es una emergencia? —preguntó—. Lo que el gobierno le está haciendo a granjas como ésta y a gente como yo. Eso si que es una verdadera emergencia. Mire, en Cedar Rapids hay un tipo que podría…

—No tenemos tiempo de ir a Cedar Rapids —dijo Sam—. Dave nos contó que usted diría probablemente…

—¿Dave? —Stan Soames se volvió hacia él con más interés del que había demostrado hasta entonces—. ¿Qué Dave?

—Duncan. Me dijo que había llegado el momento de que le pagara las pelotas de béisbol.

Soames frunció el ceño y apretó los puños. Por un momento, Sam pensó que iba a pegarle. Después, súbitamente, el tipo se echó a reír y comenzó a menear la cabeza.

—¡Después de todos estos años, Dave Duncan vuelve a aparecer en escena con el pagaré en la mano! ¡Diablos!

Empezó a caminar hacia el tractor. Al hacerlo, volvió la cabeza hacia ellos, gritando para hacerse oír por encima del enérgico estallido de la máquina.

—¡Vayan hacia el aeroplano mientras saco esta cosa de aquí! ¡Cuidado con el terreno lodoso que haya al borde de la pista, o les succionará los zapatos!

Soames puso el tractor en movimiento. Con todo aquel ruido era difícil de decir, pero a Sam le pareció que seguía riendo.

—¡Pensé que el viejo bastardo se moriría antes de tener oportunidad de saldar las cuentas con él!

Pasó rugiendo al lado de ellos en dirección al granero, dejando a Sam y Naomi mirándose perplejos.

—¿De qué hablaba? —preguntó Naomi.

—No lo sé, Dave no quiso decírmelo. —Le ofreció su brazo y añadió—: Señora, ¿quiere venir conmigo?

—Gracias, señor —respondió ella, aceptando.

Hicieron lo que pudieron para evitar el terreno lleno de lodo, pero no lo consiguieron del todo. El pie de Naomi se hundió hasta el tobillo, y al intentar sacarlo el zapato se quedó atascado en el barro. Sam se inclinó, lo cogió y levantó a Naomi en brazos.

—¡Sam, no! —exclamó Naomi, riendo sobresaltada—. ¡Te romperás la espalda!

—No —dijo él—. Eres liviana.

Lo era, en efecto, y súbitamente Sam sintió la cabeza también ligera. Llevó a Naomi por la pendiente de la pista hasta el aeroplano y la dejó en el suelo. Los ojos de la joven se clavaron en los suyos con calma y una especie de luminosa claridad. Sin pensarlo, él se inclinó y la besó. Al cabo de un instante, ella le rodeó el cuello con los brazos y respondió a su beso.

Cuando volvió a mirarla, estaba algo agitado. Naomi sonreía.

—Puedes llamarme Sarah cuando quieras —dijo.

Sam rió y volvió a besarla.

5

Viajar en el Navajo detrás de Stan Soames era como sentarse a horcajadas sobre un saltador. Brincaron y se agitaron a merced de las rachas inquietas del viento primaveral, y una o dos veces Sam pensó que quizá engañaran a Ardelia de una manera que ni siquiera esa extraña criatura podía haber previsto: desapareciendo

diseminados en un maizal de Iowa.

Sin embargo, Stan Soames no parecía preocupado. Aullaba viejas baladas como *Dulce Susi* y *Las aceras de Nueva York* a todo pulmón, mientras el Navajo saltaba en dirección a Des Moines a trescientos metros de altura. Naomi estaba en trance, mirando por la ventanilla los caminos, campos y casas de abajo, con las manos colocadas a ambos lados de la cara para evitar que el sol la deslumbrara.

Por último, Sam le dio un golpecito en el hombro.

—¡Actúas como si nunca hubieras volado! —aulló sobre el zumbido del motor.

Ella se volvió un instante y sonrió como una escolar fascinada.

—¡Nunca lo he hecho! —dijo, y se volvió enseguida para seguir mirando.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Sam, y se ajustó el cinturón mientras el avión daba otro de sus gigantescos saltos.

6

Cuando el Navajo descendió y aterrizó en el aeropuerto del condado de Des Moines, eran las cuatro y veinte. Soames se dirigió hacia la terminal de Aviación Civil, apagó el motor y abrió la portezuela. A Sam le divirtió la punzada de celos que sintió cuando Soames rodeó la cintura de Naomi para ayudarla a bajar.

—¡Gracias! —exclamó ella, jadeante. Tenía las mejillas encendidas, y los ojos le brillaban—. ¡Es maravilloso!

Soames sonrió y de pronto pareció tener cuarenta años en lugar de sesenta.

—Siempre me ha gustado —dijo—, y es mejor que pasar la tarde moliéndose los riñones en el tractor, tengo que admitirlo. —Su mirada fue de Naomi a Sam—. ¿Pueden explicarme la razón de esta emergencia? Los ayudaré si puedo. Le debo a Dave algo más que un pequeño salto de Proverbia a Des Moines, incluida la vuelta.

—Tenemos que ir a la ciudad —dijo Sam—. A un lugar llamado Pell’s. Tienen un par de libros para nosotros.

Stan Soames los miró con los ojos dilatados.

—¿Perdón?

—Pell’s…

—Conozco Pell’s —dijo—. Libros nuevos delante, libros viejos detrás. «La Mayor Selección del Medio Oeste», dice el anuncio. Lo que trato de entender es esto: ¿me han sacado de mi granja y me han hecho volar a través del estado para conseguir un par de libros?

—Son libros muy importantes, señor Soames —respondió Naomi. Tocó una de las ásperas manos del granjero—. En este momento, son las cosas más importantes de mi vida…, y de la de Sam,

—Y de la de Dave también —dijo Sam.

—Si me explicaran lo que sucede —preguntó Soames—, ¿creen que podría entenderlo?

—No —contestó Sam.

—No —repitió Naomi, y sonrió un poco.

Soames dejó escapar un profundo suspiro por sus anchas narices y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Bueno, supongo que de todos modos no me importa tanto. Hace diez años que estoy en deuda con Dave, y ha habido momentos en que la deuda me ha pesado mucho. Además —añadió con el rostro resplandeciente—, le he ofrecido a una bonita joven su primer vuelo. Solo hay algo más hermoso que una chica después de su primer vuelo, y es una chica después de su primer…

Se detuvo de golpe y movió los pies sobre el asfalto. Naomi miró discretamente en dirección al horizonte. En ese momento se acercó un camión de combustible. Soames se dirigió rápidamente hacia él y se enzarzó en una interesante conversación con el conductor.

—Le has producido una gran impresión a nuestro indómito piloto —dijo Sam.

—Es posible, sí —dijo ella—. Me siento maravillosamente bien, Sam. ¿No es una locura?

Él acomodó un rizo rebelde de su cabello, poniéndolo detrás de la oreja.

—Ha sido un día loco. El más loco que recuerdo.

Pero entonces habló la voz interior. Surgió de aquel lugar profundo donde todavía se movían grandes objetos, y le dijo que eso no era del todo cierto. Hubo otro que había sido tan loco como ése. Más loco. El día de *La flecha negra* y el regaliz rojo.

Aquel pánico extraño y sofocado volvió a surgir en él, que ahogó la voz.

Sam, si quiere salvar a Sarah de Ardelia, olvide lo de ser un héroe y empiece a recordar quién era su Policía de Biblioteca.

¡No recuerdo! ¡No puedo! ¡No! ¡No debo!

Tiene que recuperar ese recuerdo.

¡No debo! ¡No está permitido!

Tiene que intentarlo más, o no habrá esperanza.

—De verdad, ahora tengo que irme a casa —murmuró Sam Peebles.

Naomi, que se había apartado para mirar los alerones del Navajo, lo oyó y regresó.

—¿Has dicho algo?

—Nada. No tiene importancia.

—Estás muy pálido.

—Estoy muy tenso —dijo él, irritado.

Stan Soames regresó. Señaló con el pulgar al conductor del camión de combustible.

—Dawson dice que puedo coger prestado su coche. Los llevaré a la ciudad.

—Podríamos llamar un taxi… —empezó Sam.

Naomi meneaba la cabeza.

—No tenemos tiempo para eso —dijo—. Muchas gracias, señor Soames.

—¡Bah! —exclamó Soames, dedicándoles una sonrisa de pilluelo—. Pueden llamarme Stan. Vamos. Dawson dice que hay bajas presiones que vienen desde Colorado. Quiero regresar a Junction City antes de que comience a llover.

7

Pell's era una gran estructura tipo granero situada al borde del distrito comercial de Des Moines: la antítesis de las pequeñas librerías de los centros comerciales. Naomi preguntó por Mike. La llevaron al escritorio del servicio a clientes, un quiosco que parecía un despacho de aduanas entre la sección de novedades y la otra, más grande, que vendía libros de segunda mano.

—Mi nombre es Naomi Higgins. Hablé por teléfono con usted hace un rato.

—¡Ah, sí! —exclamó Mike. Revolvió en uno de los atestados estantes y sacó dos libros.

Uno era *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano*; el otro, *El compañero del orador*, editado por Kent Adelmen. Nunca en su vida se había sentido Sam Peebles tan contento de ver dos libros, y se descubrió luchando contra el impulso de arrebatarlos de las manos del empleado y apretarlos contra su pecho.

—*Los poemas favoritos* se encuentra fácilmente —dijo Mike—, pero *El compañero del orador* no ha sido reeditado. Diría que Pell's es la única librería entre Des Moines y Denver con un ejemplar como éste, salvo los de las bibliotecas, claro.

—Ambos me parecen estupendos —dijo Sam fervorosamente.

—¿Son para regalar?

—Algo así.

—Si quiere, puedo hacer que los envuelvan para regalo. No tardarán ni un segundo.

—No será necesario —dijo Naomi.

El precio de ambos libros era de veintidós dólares y cincuenta y cinco centavos.

—No puedo creerlo —dijo Sam, mientras salían de la tienda y se encaminaban al

lugar donde Stan Soames había aparcado el coche. Llevaba la bolsa apretada en una mano—. No puedo creer que sea algo tan simple como… devolver los libros.

—No te preocupes —dijo Naomi—. No lo será.

8

Mientras regresaban al aeropuerto, Sam le preguntó a Stan Soames si podía contarles lo de Dave y las pelotas de béisbol.

—Si es algo personal, no se preocupe. Es simple curiosidad.

Soames lanzó una mirada a la bolsa que Sam tenía en el regazo.

—Yo también siento curiosidad por eso —dijo—. Le propongo un trato. El asunto de las pelotas de béisbol sucedió hace diez años. Se lo contaré si dentro de diez años usted me cuenta esto.

—De acuerdo —respondió Naomi desde el asiento trasero, y después agregó lo que Sam estaba pensando—: Si andamos todavía por aquí, claro.

Soames rió.

—Sí, supongo que siempre existe esa posibilidad, ¿no?

Sam asintió.

—A veces suceden cosas espantosas.

—Puede apostar a que sí. Una de ellas le sucedió a mi único hijo en 1980. Los médicos lo llamaron leucemia, pero en realidad es lo que acaba de decir usted, una de esas cosas espantosas que suceden a veces.

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo Naomi.

—Gracias. De vez en cuando empiezo a pensar que lo he superado y entonces me golpea en mi parte débil otra vez. Supongo que algunas cosas tardan mucho tiempo en desaparecer, y otras no desaparecen jamás.

Otras no desaparecen jamás.

Ven conmigo, hijo. Zoy un polizía.

Realmente, ahora tengo que volver a casa. ¿He pagado la multa?

Sam se tocó una comisura de la boca con una mano temblorosa.

—Bueno, ¡diablos!, ya conocía a Dave mucho antes de que sucediera eso —dijo Stan Soames. Pasaron junto a un cartel donde se leía: AEROPUERTO 3 MILLAS—. Crecimos juntos, fuimos juntos a la escuela y anduvimos de correrías juntos. La única diferencia fue que yo sembré mi cosecha y me retiré, y que Dave siguió. —Soames meneó la cabeza—. Borracho o sobrio, era uno de los tipos más amables que he

conocido. Pero las cosas llegaron a un punto en que se pasaba más tiempo borracho que sobrio y perdimos el contacto. Parece que su peor momento fue a finales de los cincuenta. Estaba borracho todo el tiempo. Después empezó a ir a AA y pareció mejorar un poco, pero siempre terminaba en el suelo. Yo me casé en 1968. Me habría gustado que fuese mi padrino, pero no me atreví. En aquella ocasión se presentó sobrio, pero no se podía confiar en que se mantuviera así.

—Sé lo que quiere decir —dijo Naomi tranquilamente.

Stan Soames rió.

—Bueno, más bien lo dudo; una muchacha dulce como usted no puede conocer las miserias en las que puede meterse un bebedor devoto. Pero créame, si le hubiera pedido a Dave que fuera mi padrino de bodas, Laura, mi ex, se habría puesto furiosa. A pesar de todo, Dave vino, y después del nacimiento de nuestro hijo Joe, en 1970, lo vi con mayor frecuencia. Durante aquellos años en los que intentaba apartarse de la botella, parecía sentir una debilidad especial por los niños. Lo que más le gustaba a Joey era el béisbol. Estaba loco por el juego, coleccionaba álbumes de pegatinas, tarjetas de esas que venían en los chicles, e incluso me perseguía para que comprara una parabólica y así poder ver todos los partidos de los Royals… Los Royals eran sus favoritos, y también los Cubs que veía en la WGN de Chicago. A los ocho años conocía los promedios de todos los jugadores de los Royals y los récords de ganancia-pérdida de prácticamente todos los lanzadores de la liga americana. Dave y yo lo llevamos tres o cuatro veces a ver un partido. Era como llevar a un niño de gira por el cielo. Dave lo llevó solo dos veces, porque yo tenía trabajo. Laura se quedaba muy preocupada. Decía que aparecería borracho y se habría olvidado del niño, que Joey estaría vagando por las calles o sentado en una comisaría en cualquier parte, esperando que alguien fuera a buscarlo. Pero nunca sucedió nada de eso. Por lo que sé, Dave jamás tomó un trago cuando estaba con Joey. Cuando Joe cayó enfermo, lo peor para él fue que los doctores le dijeron que no podría ir a ningún partido ese año, al menos hasta junio, y tal vez ni siquiera entonces. Le deprimía más eso que tener cáncer. Cuando Dave vino a verlo, Joe se echó a llorar. Dave lo abrazó y dijo: «Si no puedes ir a los partidos, Joey, no importa. Yo te traeré a los Royals». Joe se quedó mirándolo y le preguntó: «¿Quieres decir en persona, tío Dave?». Así lo llamaba, tío Dave. «No puedo hacer eso», respondió Dave, «pero puedo hacer algo casi tan bueno».

Soames se acercó a la puerta de la terminal de Vuelo Civil y tocó el claxon. La puerta se descorrió, y avanzaron hasta donde estaba el Navajo. Soames apagó el motor y se quedó un momento sentado ante el volante, mirándose las manos.

—Siempre supe que Dave era un bastardo con talento —dijo por fin—. Lo que no sé es cómo hizo lo que hizo tan rápido. Lo que se me ocurre es que debió de trabajar día y noche sin parar, porque en diez días lo acabó…, ¡y eran buenos los mamones! Claro que sabía que tenía que apresurarse. Verán, los doctores nos habían dicho la verdad a Laura y a mí, y yo se lo había contado a Dave. Joe no tenía muchas

posibilidades. Habían descubierto el problema demasiado tarde. Rugía en su sangre como un incendio en la pradera. Unos diez días después de haber hecho aquella promesa, Dave apareció en la habitación del hospital con una bolsa de la compra en cada mano. «¿Qué llevas ahí, tío Dave?», preguntó Joe sentándose en la cama. Aquel día se encontraba bastante decaído, sobre todo porque se le estaba cayendo el pelo, me parece. En aquella época, si un chico no llevaba el pelo hasta la mitad de la espalda, era considerado como de clase baja. Pero cuando Dave entró, se animó. «Los Royals, claro», contestó Dave. «¿No te lo había dicho?». Entonces puso las bolsas sobre la cama y las vació. Y nunca, nunca en su vida habrán visto esa expresión en la cara de un niño. Se encendió como un árbol de Navidad… y…, ¡mierda!, no sé…

La voz de Stan Soames sonaba cada vez más estrangulada. Ahora se inclinó sobre el volante del Buick de Dawson con tanto ímpetu que hizo sonar el claxon. Sacó un gran pañuelo del bolsillo trasero, se secó los ojos y se sonó la nariz.

Naomi también se había inclinado hacia delante. Puso una mano en la mejilla de Soames.

—Señor Soames, si esto es demasiado duro para usted…

—No —repuso él, y sonrió un poco. Sam lo miró, mientras una lágrima de Stan Soames trazaba un camino brillante e ignorado por su mejilla, bajo el sol de la última hora de la tarde—. Lo que pasa es que me hace recordar cómo era. Eso duele, señorita, pero también resulta satisfactorio. Los dos sentimientos van juntos.

—Comprendo —dijo ella.

—Cuando Dave vació aquellas bolsas, lo que salió de allí fueron pelotas de béisbol…, más de dos docenas. Pero no eran solo pelotas, porque en cada una había una cara pintada, y cada cara pertenecía a un jugador del equipo del Kansas City Royals de 1980. Y tampoco eran…, ¿cómo se llaman…?, caricaturas. Eran tan buenas como las caras que Norman Rockwell solía pintar para las portadas del *Saturday Evening Post*. Había visto trabajar a Dave antes de que empezara a beber tanto, y lo que hacía era bueno, pero no tanto como aquello. Allí estaban Willie Aikens y Frank White, U. L. Washington y George Brett, Willie Wilson y Amos Otis, Dan Quisenberry, que parecía tan bravo como un pistolero de una vieja película del oeste, Paul Splittorff y Ken Brett… No recuerdo todos los nombres, pero era todo el maldito equipo, incluido Jim Frey, el entrenador. Y antes de traérselas a mi hijo, las había llevado a Kansas City y había conseguido que las firmaran todos los jugadores, salvo uno. El que no firmó fue Darrell Porter, el *catcher*. Estaba con gripe, pero prometió firmar la pelota tan pronto como pudiera. Y lo hizo.

—¡Uau! —exclamó Sam con suavidad.

—Y todo fue cosa de Dave, el hombre al que oigo llamar Dave *El Sucio* por toda la ciudad. Les aseguro que, a veces, cuando oigo a la gente decir eso y recuerdo lo que hizo por Joey cuando estaba muriéndose a causa de la leucemia, podría…

Soames no terminó la frase, pero apretó los puños sobre los muslos. Y Sam —que hasta ese día lo había llamado así, y había reído con Craig Jones y Frank Stephens del

viejo borracho con su carrito lleno de periódicos— sintió que un rubor de vergüenza subía por sus mejillas.

—Eso fue algo maravilloso, ¿no? —preguntó Naomi, y volvió a tocar la mejilla de Stan Soames, que estaba llorando.

—Deberían haber visto su cara —dijo Soames con voz soñadora—. No habrían creído lo que parecía, sentado en su cama y mirando aquellas caras con las gorras de Kansas City en sus cabezas redondas. No puedo describirlo, pero jamás lo olvidaré. Deberían haber visto su cara. Joe se puso muy malo antes del final, pero no tanto para no poder mirar a los Royals en la tele, o escuchar los partidos por la radio, y tenía las pelotas por toda la habitación. El vano de la ventana, junto a su cama, era el lugar de honor. Allí alineaba a los nueve hombres que participaban en el partido que estaba mirando o escuchando por radio. Si Frey sacaba al lanzador, Joe lo quitaba del vano y ponía en su lugar al sustituto. Y cuando cada hombre bateaba, Joe cogía la pelota correspondiente. Así…

Stan Soames se interrumpió bruscamente y ocultó la cara en su pañuelo. Su pecho se levantó dos veces, y Sam vio que la garganta ahogaba un sollozo. Después volvió a limpiarse los ojos y guardó rápidamente el pañuelo en su bolsillo trasero.

—Así que ahora saben por qué los llevé hoy a Des Moines, y por qué los habría llevado a Nueva York a buscar esos libros si hubiera sido eso lo que querían. No era mi regalo, sino el de Dave. Es un hombre especial.

—Creo que tal vez usted también lo sea —dijo Sam.

Soames le dedicó una sonrisa —una sonrisa extraña, convulsa— y abrió la puerta del Buick de Dawson.

—Bueno, gracias —dijo—. Muchísimas gracias. Y ahora tendríamos que ponernos en marcha antes de que empiece a llover. Señorita Higgins, no olvide sus libros.

—No los olvidaré —dijo Naomi, mientras bajaba del coche con la bolsa apretada en una mano—. Créame, no los olvidaré.

Capítulo 13

El policía de la Biblioteca (II)

1

Veinte minutos después de salir de Des Moines, Naomi se apartó de la ventanilla. Había estado siguiendo con la vista la carretera 79 y maravillándose ante los coches de juguete que iban y venían, y ahora se volvió hacia Sam. Lo que vio la asustó. Se había quedado dormido con la cabeza apoyada contra una de las ventanillas, pero en su rostro no había paz. Parecía un hombre que padecía un dolor íntimo y profundo.

Por debajo de los párpados corrían lágrimas. Se inclinó para sacudirlo y le oyó preguntar con una temblorosa voz de niño.

—¿Es que me he metido en líos, señor?

El Navajo se abrió paso entre las nubes que se iban acumulando sobre el oeste de Iowa y empezó a agitarse, pero Naomi apenas lo notó. Su mano quedó un momento inmóvil sobre el hombro de Sam y después se retiró.

¿Quién era su Policía de Biblioteca, Sam?

Fuera quien fuese —pensó Naomi—, *me parece que ha vuelto a encontrarlo. Creo que ahora está con él. Lo siento, Sam, pero no puedo despertarte. Ahora no. Creo que ahora estás donde se supone que estabas, donde tienes que estar. Lo siento, pero debes seguir soñando. Y cuando despiertes, recuerda lo que has soñado. Recuerda*.

Recuerda.

2

En su sueño, Sam Peebles veía a Caperucita Roja salir de una casa de mazapán con una cesta cubierta en un brazo; iba a casa de la abuelita, donde la esperaba el lobo para comérsela, empezando por los pies y siguiendo hacia arriba. Terminaría por arrancarle el cuero cabelludo y comerse sus sesos directamente del cráneo, con una larga cuchara de madera.

Pero nada de eso era correcto, porque en este sueño Caperucita Roja era un niño y la casa de mazapán era el dúplex de St. Louis, donde vivía con su madre desde la muerte de su padre, y dentro de la canasta cubierta no había comida. En la cesta había un libro, *La flecha negra*, de Robert L. Stevenson, y él lo había leído palabra por palabra, y no iba a casa de la abuelita sino a la sucursal de la Biblioteca Pública de St. Louis de la avenida Briggs, y tenía que apresurarse porque ya se había pasado cuatro días del término del préstamo.

Era un sueño contemplativo.

Él miraba mientras el Pequeño y Blanco Caminante Sam esperaba en la esquina de la calle Dunbar y la avenida Johnstown a que cambiara la luz del semáforo. Él miraba mientras el niño cruzaba corriendo la calle con el libro en la mano. La cesta había desaparecido. Él miraba mientras el Pequeño y Blanco Caminante Sam entraba en el quiosco de la calle Dunbar, y él también entraba y olía los olores mezclados de alcanfor, caramelo y tabaco de pipa; él miraba mientras el Pequeño y Blanco Caminante Sam se acercaba al mostrador con un paquete de regaliz rojo Bull's Eye, su favorito. Él miraba mientras el niño sacaba cuidadosamente el billete de dólar que su madre había guardado en el bolsillo pequeño que había en la contraportada de *La flecha negra*. Él miraba mientras el empleado cogía el dólar y le devolvía noventa y cinco centavos, más que suficiente para pagar la multa. Él miraba mientras el Pequeño y Blanco Caminante Sam salía de la tienda y se detenía en la calle para guardar las monedas en el bolsillo y abrir el paquete de regaliz con los dientes. Él miraba mientras el Pequeño y Blanco Caminante Sam continuaba su camino —faltaban solo tres manzanas para llegar a la Biblioteca—, mascando los largos palitos rojos.

Trató de gritarle al niño.

¡*Cuidado! ¡Cuidado! ¡El lobo te espera, niño! ¡Cuidado con el lobo! ¡Cuidado con el lobo*!

Pero el niño siguió caminando y comiendo regaliz rojo; ahora estaba en la avenida Briggs, y más adelante se alzaba el edificio de la Biblioteca, un gran montón de ladrillos rojos.

En este punto, Sam —el Gran Sam Blanco que iba en avión— intentó salir del sueño. Percibía que Naomi, Stan Soames y el mundo de las cosas reales estaban a un paso de aquella infernal cáscara de pesadilla en la que se encontraba sumergido. Oía el ronroneo del motor del Navajo detrás de los ruidos del sueño: el tránsito de la avenida Briggs, el enérgico ring-ring del timbre de una bicicleta, los pájaros piando en las hermosas hojas de los olmos.

Cerró sus ojos soñadores y avanzó hacia el mundo que estaba fuera de la cáscara, el mundo de la realidad. Sentía que podía alcanzarlo, que podía romper la cáscara…

No —dijo Dave—. *No, Sam, no haga eso. No debe hacerlo. Si quiere salvar a Sarah de Ardelia, no intente interrumpir este sueño. En este asunto hay una sola coincidencia, y es fatal: alguna vez usted también tuvo un Policía de Biblioteca. Y tiene que recuperar ese recuerdo*.

No quiero ver. No quiero saber. Una vez fue suficiente.

No hay nada peor que lo que le espera, Sam. Nada.

Abrió los ojos, pero no los externos, sino los internos: los ojos del sueño.

Ahora, el Pequeño y Blanco Caminante Sam está en el sendero de cemento que conduce al lado este de la Biblioteca Pública, el sendero de cemento que va hacia la Biblioteca infantil. Se mueve en una especie de portentosa cámara lenta; cada paso es como el balanceo suave de un péndulo en la garganta de vidrio de un reloj antiguo, y todo se distingue con claridad: los trocitos chispeantes de mica y cuarzo que brillan en el sendero, las alegres rosas que lo bordean, la hiedra trepadora sobre la pared roja de ladrillos, el lema extraño y algo aterrador, *Fuimus, non sumus,* grabado en un pequeño semicírculo encima de las puertas verdes con gruesos paneles de cristal reforzado con alambre.

Y también se distingue con claridad al Policía de la Biblioteca que se encuentra junto a los escalones.

No está pálido. Está muy ruborizado. Tiene espinillas en la frente, rojas y brillantes. No es alto, sino de estatura media y con hombros muy anchos. No lleva trinchera, sino abrigo, y resulta extraño, porque es un día de verano, un caluroso día de verano. Sus ojos parecen plateados. El Pequeño y Blanco Caminante Sam no puede ver de qué color son en realidad, porque el Policía de la Biblioteca lleva pequeñas gafas redondas, gafas de hombre ciego.

¡*No es un Policía de Biblioteca! ¡Es el lobo! ¡Cuidado! ¡Es el lobo! ¡El lobo de la Biblioteca*!

Pero el Pequeño y Blanco Caminante Sam no oye. El Pequeño y Blanco Caminante Sam no tiene miedo. Al fin y al cabo, se encuentra a plena luz del día, y la ciudad está llena de gente extraña y a veces divertida. Ha vivido siempre en St. Louis y no le tiene miedo. Pero eso está a punto de cambiar.

Se acerca al hombre, y a medida que se acerca ve en su rostro una cicatriz, una delgada línea blanca que empieza en la parte superior de la mejilla izquierda, se hunde bajo el ojo izquierdo y sube por el puente de la nariz.

Hola, hijo, saluda el hombre de las gafas redondas.

Hola, replica el Pequeño y Blanco Caminante Sam.

¿*Te importa dezirme algo zobre el libro que tienez antez de entrar*? —pregunta el hombre. Su voz es suave y cortés, en absoluto amenazadora. Su discurso está marcado por un ligero ceceo que convierte algunas eses en zetas—. *Trabajo para la Biblioteca, ¿zavez?*

Se llama La flecha negra —responde cortésmente el Pequeño y Blanco Caminante Sam—, *y es del señor Robert Louis Stevenson. Ha muerto. Murió de tu-ber-ci-lo-cis. El libro es muy bueno. Hay unas batallas estupendas.*

El niño espera a que el hombre de las gafas redondas se haga a un lado y lo deje pasar, pero el hombre de las gafas redondas no se mueve. Solo se inclina para mirarlo más de cerca. Abuelito, ¡qué ojos tan redondos tienes!

Otra pregunta —dice el hombre—. ¿*Te haz pazado de la fecha de devoluzión*?

Ahora el Pequeño y Blanco Caminante Sam empieza a tener miedo.

Sí, pero solo un poco. Solo cuatro días. Verá, es que era muy largo, y estaba el partido y el campamento, y…

Ven conmigo, hijo. Zoy polizía.

El hombre de las gafas oscuras y el abrigo le tiende la mano. Por un instante, Sam piensa en correr. Pero él es un niño, y el hombre es un adulto. El hombre trabaja para la Biblioteca. El hombre es un policía. Súbitamente, el hombre —ese hombre que lo asusta, con su cicatriz y sus gafas redondas— es la Autoridad. No se puede huir de la Autoridad. Está en todas partes.

Sam se acerca tímidamente al hombre. Empieza a levantar la mano en la que lleva el paquete de regaliz, que está casi vacío, y en el último instante trata de esconderla tras la espalda. Demasiado tarde. El hombre la coge. El paquete de regaliz Bull's Eye cae al suelo. El Pequeño y Blanco Caminante Sam nunca volverá a comer regaliz rojo.

El hombre atrae a Sam hacia sí, lo acerca como un pescador acercaría una trucha recogiendo el carrete de su caña de pescar. La mano que aprieta la de Sam es muy fuerte. Le hace daño. Sam empieza a llorar. El sol sigue brillando y la hierba sigue siendo verde, pero de pronto el mundo parece remoto, apenas un espejismo cruel en el que le permitieron creer durante un tiempo.

Huele Sen-Sen en el aliento del hombre.

¿*Me he metido en un lío, señor*?, pregunta, esperando con todas las fibras de su ser que el hombre diga que no.

Zí —contesta el hombre—. *Zí. En un lío muy GRANDE. Y zi quierez librarte del lío, hijo, tendráz que hazer ezactamente lo que te digo. ¿Entiendez?*

Sam no puede contestar. Nunca ha tenido tanto miedo. Solo puede mirar al hombre con ojos dilatados y llenos de lágrimas.

El hombre lo sacude.

¿*Entiendez o no*?

Sí. ¡Sí!, responde Sam, jadeando. Siente una pesadez casi irresistible en la vejiga.

Deja que te diga ezactamente quién zoy —dice el hombre, exhalando pequeñas bocanadas de Sen-Sen en la cara de Sam—. *Zoy el Poli de la Biblioteca de la avenida Briggz, y eztoy autorizado a caztigar a loz niñoz y laz niñaz que ze retrazan en la devoluzión de loz libroz.*

El Pequeño y Blanco Caminante Sam empieza a llorar más fuerte.

¡*Tengo el dinero*! —se las arregla para articular entre sollozos—. ¡*Tengo noventa y cinco centavos! ¡Puede cogerlos! ¡Puede cogerlos todos*…!

El niño trata de sacar las monedas del bolsillo. En ese mismo momento, el Policía de la Biblioteca mira a su alrededor y de pronto su ancha cara parece afilarse; de pronto es la cara de un zorro o un lobo que ha logrado colarse en el gallinero, pero que huele el peligro.

Ven —ordena, apartando al Pequeño y Blanco Caminante Sam del sendero y obligándolo a internarse entre los espesos arbustos que crecen a ambos lados de la Biblioteca—. ¡*Cuando el polizía te dize que vengaz, VIENEZ*!

Allí reina la oscuridad; la oscuridad y el misterio. El aire huele intensamente a bayas de enebro. El terreno está negro de abono. Ahora, Sam llora muy fuerte.

¡*Calla*! —gruñe el Policía de la Biblioteca, dándole un empujón a Sam. Los huesos de la mano de Sam se entrechocan dolorosamente. Su cabeza se agita. Han llegado a un pequeño claro en la jungla de arbustos, una cueva donde los enebros están pisoteados y las ramas de los helechos quebradas, y Sam comprende que aquello no es tan solo un lugar que el policía conoce; es un lugar que ha hecho—. ¡*Calla, o la multa zerá zólo el prinzipio! ¡Tendré que llamar a tu madre y dezirle que haz zido un niño muy malo! ¿Quierez que lo haga*?

¡*No*! —replica Sam, llorando—. ¡*Pagaré la multa! ¡La pagaré, señor! Pero por favor, ¡no me haga daño*!

El Policía de la Biblioteca obliga al Pequeño y Blanco Caminante Sam a darse la vuelta.

¡*Pon laz manoz contra la pared! ¡Abre laz piernaz! ¡Ahora! ¡Pronto*!

Sin dejar de sollozar, aterrorizado ante la idea de que su madre pueda descubrir que ha hecho algo lo bastante malo para merecer este trato, el Pequeño y Blanco Caminante Sam obedece. Los ladrillos rojos están frescos, frescos a la sombra de los arbustos que se enredan y amontonan a este lado del edificio. Ve una ventanita a ras del suelo. Da a la habitación de la caldera. Bombillas coronadas por pequeños círculos de latón como sombreros chinos cuelgan sobre la gigantesca caldera; las tuberías proyectan extrañas formas de pulpo en las paredes. Ve a un portero de pie en la pared más alejada, de espaldas a la ventana, leyendo diales y tomando notas.

El Policía de la Biblioteca agarra los pantalones de Sam y se los baja de un tirón. Con ellos bajan los calzoncillos. Sam da un salto al sentir el aire fresco en su trasero.

¡*Quieto*! —ordena el Policía, jadeando—. *No te muevaz. Cuando hayaz pagado la multa, todo habrá terminado, hijo, y nadie tiene por qué zaberlo*.

Algo duro y caliente se aprieta contra su trasero. El Pequeño y Blanco Caminante Sam vuelve a agitarse.

¡*Quieto*!, repite el Policía de la Biblioteca, jadeando aún más.

Sam siente bocanadas calientes de aliento sobre el hombro izquierdo y huele Sen-Sen. Le domina el terror, pero no es solo terror lo que siente; también siente vergüenza. Ha sido arrastrado hacia las sombras, está siendo obligado a someterse a

este castigo grotesco, desconocido, porque se ha retrasado en la devolución de *La flecha negra*. ¡Si hubiera sabido que las multas podían llegar a esto…!

La cosa dura se sumerge en su trasero, separando las nalgas. Un dolor horrible, desgarrador, sube desde las entrañas del Pequeño y Blanco Caminante Sam. Nunca ha existido en el mundo un dolor como ése.

Deja caer *La flecha negra* y se muerde la muñeca, ahogando *sus* propios gritos.

¡*Quieto*! —continúa ordenando el Lobo de la Biblioteca, sin dejar de jadear. Ahora apoya las manos en los hombros de Sam, y se balancea atrás y adelante, adentro y afuera, atrás y adelante, adentro y afuera—. ¡*Quieto! ¡Quieeeto! ¡Ah! ¡Quieeeeeto*!

Jadeando y balanceándose, el Poli de la Biblioteca mete y saca del trasero de Sam algo que parece una inmensa barra de acero al rojo; Sam mira con los ojos desorbitados el sótano de la Biblioteca, que es otro universo, un universo ordenado donde jamás suceden cosas escandalosas como ésta. Ve al portero cabecear, ponerse su anotador bajo el brazo y dirigirse hacia la puerta, en el extremo más alejado del recinto. Si el portero volviera un poco la cabeza y levantase ligeramente la vista, vería en la ventana una cara que lo espía, la cara pálida y de ojos desorbitados de un niño con los labios manchados de regaliz rojo. Una parte de Sam desea que haga exactamente eso, que lo rescate como el leñador rescató a Caperucita Roja, pero la parte más importante de él sabe que el portero se limitaría a apartarse, asqueado, al ver a otro niño sometiéndose a su justo castigo, en manos del Policía de la Biblioteca de la avenida Briggs.

¡*Quieeeeeto*!, susurra con estridencia el Lobo de la Biblioteca, mientras el portero cruza el umbral de la puerta y se interna en el otro lado de su ordenado universo sin mirar a su alrededor. El Lobo se lanza aún más adelante, y durante un momento agónico el dolor es tan intenso que el Pequeño y Blanco Caminante Sam está seguro de que su vientre estallará, que aquello que el Policía de la Biblioteca le ha metido en el trasero, sea lo que fuere, saldrá por la parte delantera, empujando sus vísceras.

El Policía de la Biblioteca se derrumba sobre él impregnado de sudor rancio, jadeando ásperamente, y Sam cae de rodillas bajo su peso. Al hacerlo, el objeto macizo —que ya no es tan macizo— se sale, pero Sam siente el trasero todo mojado. Tiene miedo de acercar las manos allí. Tiene miedo de descubrir, al volver a mirarlas, que se ha convertido en el Pequeño y Sangrante Sam.

De pronto, el Policía de la Biblioteca agarra a Sam por los brazos y le obliga a volverse para mirarlo. Tiene la cara más roja que nunca, marcada por bandas hinchadas, febriles, como pinturas de guerra que atraviesan sus mejillas y su frente.

¡*Mírate*! —dice el Policía de la Biblioteca. Su cara se frunce en un nudo de desprecio y asco—. ¡*Mírate, con los pantalonez caídoz y el pompiz al aire! Te guztó, ¿no? ¡Te guztó*!

Sam no puede contestar. Solo es capaz de llorar. Se levanta los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo, tal como se los bajaron. Unos fragmentos de ramitas le

lastiman el violado trasero, pero no le importa. Comienza a retroceder y a apartarse del Policía de la Biblioteca hasta que su espalda toca la pared de ladrillos rojos del edificio. Siente que las duras ramas de la hiedra le pinchan la espalda como los huesos de una mano grande y sin carne. Tampoco le importa. Lo único que le importa es la vergüenza, el terror y el sentimiento de vileza que siente en su interior, y de estos tres sentimientos, la vergüenza es el más intenso. La vergüenza está más allá de la comprensión.

¡*Niño azquerozo*! —le escupe el Policía de la biblioteca—. ¡*Niñito azquerozo*!

De verdad, ahora tengo que irme a casa —dice el Pequeño y Blanco Caminante Sam, y las palabras surgen puntuadas por los sollozos desgarradores—. *¿He pagado la multa*?

El Policía de la Biblioteca se arrastra hacia Sam a cuatro patas, y sus ojillos redondos y negros miran la cara del niño como los ojos ciegos de un topo, y por algún motivo esto es la incongruencia final. Sam piensa: *Va a castigarme otra vez*, y ante esa idea algo dentro de su cabeza, un puntal o estructura estirados al máximo, ceden con un chasquido que casi puede oír. No llora ni protesta; ya está más allá de eso. Se limita a mirar en silenciosa apatía al Policía de la Biblioteca.

No —responde el Policía—. *Te dejo ir, ezo ez todo. Te compadezco, pero zi alguna vez ze lo dizez a alguien, volveré y te lo haré otra vez. Zeguiré haciéndolo hazta que hayaz pagado la multa. Y que no vuelva a pezcarte por aquí, hijo. ¿Entiendez?*

Sí, dice Sam.

Se da cuenta de que si lo cuenta, él volverá y lo hará otra vez. Estará escondido en el armario por la noche, tarde, estará debajo de la cama, posado en un árbol como un cuervo gigantesco y deforme. Cuando Sam mire hacia el cielo, verá en las nubes la cara retorcida y despreciativa del Policía de la Biblioteca. Estará en cualquier parte; en todas partes.

La idea deja agotado a Sam, que cierra los ojos para no ver la horrible cara de topo, para no ver nada.

El Policía de la Biblioteca lo coge y vuelve a sacudirlo. ¿*Zí qué? ¿Zí qué, hijo*?

Sí, entiendo, dice Sam sin abrir los ojos.

El Policía retira la mano. *Bien* —dice—. *Zerá mejor que no lo olvidez. Cuando loz niñoz y niñaz maloz olvidan, loz mato.*

El Pequeño y Blanco Caminante Sam se queda sentado contra la pared con los ojos cerrados durante mucho rato, esperando que el Policía de la Biblioteca empiece a castigarlo otra vez, o simplemente que lo mate. Quiere llorar, pero no tiene lágrimas. Pasarán años antes de que pueda volver a llorar por algo. Por fin abre los ojos y ve que está solo en la guarida de arbustos del Policía de la Biblioteca. El Policía ha desaparecido. Solo están Sam y su ejemplar de *La flecha negra*, abierto en el suelo.

Sam empieza a avanzar hacia la luz del día a gatas. Las hojas pinchan su cara sudorosa y manchada de lágrimas; las ramas le arañan la espalda y le golpean el

trasero dolorido. Se lleva el ejemplar de *La flecha negra*, pero no lo devolverá a la Biblioteca. Nunca volverá a entrar en la Biblioteca, en ninguna Biblioteca, nunca más: ésta es la promesa que se hace mientras se aleja arrastrándose del lugar del castigo. También hace otra promesa: nadie descubrirá jamás esta cosa terrible, porque tiene intención de olvidar lo que ha pasado. Siente que puede hacerlo. Puede hacerlo si lo intenta con todas sus fuerzas, y está decidido a empezar desde ese mismo instante.

Cuando llega al borde de los arbustos, mira al exterior como un pequeño animal perseguido. Ve a niños que atraviesan el césped. No ve al Policía de la Biblioteca, pero naturalmente eso no importa. El Policía de la Biblioteca lo ve a él. A partir de hoy, el Policía de la Biblioteca siempre estará cerca.

Por último, el césped queda vacío. Un niño pequeño, desaliñado, el Pequeño y Blanco Reptante Sam, sale de los arbustos con el cabello cubierto de hojas y la cara embadurnada de tierra. El faldón de su camisa ondea tras él. Tiene los ojos dilatados y la mirada extraviada. Se desliza hacia los escalones de cemento, lanza una mirada breve y aterrorizada al lema en latín que hay sobre la puerta, y deja el libro sobre uno de los escalones, con la angustia y el terror de una muchacha huérfana dejando a su hijo sin nombre en el umbral de un extraño. Después, el Pequeño y Blanco Caminante Sam se convierte en el Pequeño y Blanco Corredor Sam: atraviesa corriendo el césped y deja a sus espaldas la sucursal de la avenida Briggs de la Biblioteca Pública de St. Louis sin dejar de correr; pero no importa lo rápido que corra, porque no consigue eliminar el sabor dulce y pegajoso de regaliz rojo de su lengua y su garganta, y además, el Lobo de la Biblioteca corre con él, naturalmente, el Lobo de la Biblioteca está detrás de su hombro, donde no puede verlo, y susurra: *Ven conmigo, hijo. Zoy un polizía*. Y siempre susurrará eso, a través de los años lo susurrará, en aquellos sueños oscuros que Sam no se atreve a recordar susurrará lo mismo, y Sam siempre huirá de aquella voz que grita: *¿Está pagada? ¿Ya he pagado la multa? ¡Oh, Dios mío, por favor! ¿YA HE PAGADO LA MULTA*? Y la respuesta que llegue será siempre la misma: *Nunca quedará pagada, hijo; nunca quedará pagada*.

Nunca.

Nun…

Capítulo 14

La Biblioteca (III)

1

El descenso final a la pista de tierra que Stan llamaba aeropuerto de Proverbia era complicado y alarmante. El Navajo descendió, abriéndose paso entre ráfagas de aire violento, y aterrizó con un último golpe estremecedor. Cuando lo hizo, Sam dejó escapar un grito agudo. Sus ojos se abrieron.

Naomi había estado esperando pacientemente algo así. Se inclinó enseguida hacia delante, ignorando el cinturón que le oprimía la cintura, y lo rodeó con sus brazos. No prestó atención ni a sus brazos levantados ni al primer retroceso instintivo, de la misma manera en que no prestó atención a la primera bocanada caliente y desagradable de aliento horrorizado. Había consolado a muchos borrachos atrapados en el *delirium tremens*, y esto no era muy distinto. Al apretarse contra él, sintió su corazón. Parecía saltar y escurrirse inmediatamente debajo de la camisa.

—Está bien, Sam, no pasa nada. Soy yo. Has regresado. Ha sido un sueño. Has regresado.

Durante un instante, él siguió intentando hundirse en su asiento. Después se derrumbó, laxo. Levantó las manos y la abrazó con la energía del pánico.

—Naomi —dijo con voz ahogada y áspera—. Naomi, ¡oh, Naomi! ¡Amado Jesús! ¡Qué pesadilla! ¡Qué sueño tan terrible!

Stan había enviado un mensaje por radio y alguien había ido a encender las luces de aterrizaje. Rodaban entre ellas hacia el extremo de la pista. Al final, había empezado a llover antes de que llegaran. La lluvia tableteaba con golpes secos en el cuerpo del aparato. Delante, Stan gritaba algo parecido a «carreras de Camptown».

—¿Era una pesadilla? —preguntó Naomi apartándose de Sam para poder mirar sus ojos enrojecidos.

—Sí, pero también era verdad. Todo verdad.

—¿Era el Policía de la Biblioteca, Sam? ¿Tu Policía de la Biblioteca?

—Sí —susurró, y hundió la cara en sus cabellos.

—¿Sabes quién es? ¿Lo sabes ahora, Sam?

Después de una larga pausa, Sam murmuró:

—Lo sé.

2

Stan Soames lanzó una mirada al rostro de Sam cuando él y Naomi bajaron del avión, e inmediatamente dijo, contrito:

—Lamento que el viaje haya sido tan agitado. De verdad, pensé que llegaríamos antes de que comenzara a llover, pero con el viento de frente…

—Me repondré —dijo Sam. De hecho, ya parecía estar mejor.

—Sí —dijo Naomi—. Se pondrá estupendamente. Gracias, Stan. Muchas gracias. Y gracias también de parte de Dave.

—Bueno, mientras hayan conseguido lo que necesitaban…

—Lo conseguimos —le aseguró Sam—. De verdad.

—Demos la vuelta al extremo de la pista —les dijo Stan—. Esta tarde nos hundiríamos hasta la cintura en ese terreno enfangado si tratáramos de acortar camino. Entren en la casa. Tomaremos café. Creo que también hay un poco de tarta de manzana.

Sam lanzó una mirada a su reloj. Eran la siete y cuarto.

—Tendremos que suspenderlo por mal tiempo, Stan —dijo—. Naomi y yo tenemos que llevar estos libros a la ciudad inmediatamente.

—Al menos deberían entrar a secarse. Cuando lleguen al coche estarán empapados.

Naomi meneó la cabeza.

—Es muy importante.

—Sí —dijo Stan—. Por el aspecto que tienen, se diría que lo es. Pero recuerden que prometieron contarme la historia.

—Y lo haremos —replicó Sam.

Echó una mirada a Naomi y vio sus propios pensamientos reflejados en sus ojos: *Si todavía estamos vivos para contarla*.

3

Sam condujo resistiendo el impulso de apretar el acelerador a fondo. Estaba preocupado por Dave. Sin embargo, salirse del camino y meter el coche de Naomi en la zanja no era una manera eficaz de demostrar preocupación, y la lluvia bajo la cual habían aterrizado se había convertido en un aguacero intensificado por el viento cada vez más frío. Los limpiaparabrisas no podían controlarlo, ni siquiera puestos al máximo, y las luces de los faros altos dejaban de iluminar apenas a seis metros de distancia. Sam no se atrevía a conducir a más de cuarenta kilómetros por hora. Lanzó una mirada al reloj y después miró hacia Naomi, que llevaba la bolsa de la librería sobre el regazo.

—Creo que podremos llegar a las ocho —dijo—, pero no lo sé.

—Haz todo lo que puedas, Sam.

La luz de los faros, acuosa como las luces de una campana submarina, se proyectaba hacia delante. Sam redujo la velocidad y se echó hacia la izquierda cuando un camión de diez ruedas pasó ronroneando… Una mole entrevista en la oscuridad lluviosa.

—¿Puedes hablar de eso? ¿Del sueño que tuviste?

—Podría, pero no voy a hacerlo —dijo—. Ahora no. No es el momento adecuado.

Naomi lo pensó y asintió.

—Vale.

—Pero sí voy a decirte algo: Dave tenía razón cuando dijo que los niños constituían la mejor comida, y también cuando afirmó que ella vive del miedo.

Habían llegado a los suburbios de la ciudad. Una manzana más adelante, llegaron al primer cruce con semáforos. A través del parabrisas del Datsun, la señal era solo una mancha verde brillante danzando en el aire, delante de ellos. Sobre el pavimento húmedo danzaba el correspondiente reflejo.

—Necesito hacer una parada antes de ir a la Biblioteca —dijo Sam—. El Piggly Wiggly nos queda de camino, ¿no?

—Sí, pero si queremos encontrarnos con Dave detrás de la Biblioteca a las ocho, no nos queda mucho tiempo. Nos guste o no, este tiempo obliga a hacer las cosas despacio.

—Lo sé, pero no nos llevará mucho.

—¿Qué necesitas?

—No estoy seguro —respondió—, pero creo que lo sabré cuando lo vea.

Ella lo miró. Por segunda vez, él se sorprendió de la cualidad vulpina y frágil de su belleza, y no pudo comprender por qué no la había visto hasta entonces.

Bueno, saliste con ella, ¿no? Debiste ver algo.

Pero no era así. Había salido con ella porque era bonita, presentable, sin compromiso y aproximadamente de su edad. Había salido con ella porque los solteros

que vivían en ciudades apenas mayores que pueblos grandes debían salir con chicas si eran solteros interesados en hacerse un lugar en la comunidad comercial local. Si no salías con chicas, la gente…, alguna gente…, podía pensar que eras

(«UN POLIZÍA»)

algo rarillo.

Era un poco rarillo, reflexionó. *Pensándolo bien, era muy raro. Pero sea como fuere, creo que ahora soy un poco distinto. Y la veo. Eso es lo que pasa. Estoy viéndola de verdad*.

En cuanto a Naomi, estaba impresionada por la blancura fatigada de su cara y la tensión que percibía en torno a sus ojos y su boca. Parecía raro, pero ya no aterrorizado. Naomi pensó: *Tiene el aspecto de un hombre a quien se le ha brindado la oportunidad de regresar a su peor pesadilla…, con alguna arma poderosa en la mano*.

Pensó que era un rostro del que podía enamorarse y esto la hizo sentirse profundamente inquieta.

—Esta parada es importante, ¿no?

—Creo que sí. Sí.

Cinco minutos más tarde, se detuvo en el aparcamiento de la tienda Piggly Wiggly. Sam bajó enseguida y corrió hacia la puerta bajo la lluvia.

A mitad de camino se detuvo. A un costado del aparcamiento había una cabina telefónica. Sin duda era la misma cabina desde donde Dave había hecho la llamada a la oficina del sheriff de Junction City tantos años antes. La llamada hecha desde aquella cabina no había matado a Ardelia, pero la había alejado durante mucho tiempo.

Sam entró. Se encendió la luz. No había nada que ver; era simplemente una cabina con números y dibujos garrapateados en las paredes de acero. La guía telefónica había desaparecido, y Sam recordó a Dave diciendo: *En aquella época, si tenías suerte, encontrabas una guía de teléfonos en la cabina*.

Después miró el suelo y vio lo que había estado buscando. Era un envoltorio. Lo cogió, lo alisó y leyó lo que estaba escrito a la escasa luz que había sobre su cabeza: regaliz rojo Bull’s Eye.

A sus espaldas, Naomi tocó impaciente el claxon. Sam salió de la cabina con el papel en la mano, le hizo una señal y corrió hacia el interior de la tienda.

4

El empleado del Piggly Wiggly era un joven que parecía haber sido congelado en 1969 y descongelado esa misma semana. Sus ojos tenían la mirada roja ligeramente glaseada del veterano fumador de porros. Llevaba el cabello largo y sujeto con una goma. En una mano llevaba un anillo de plata con el signo de la paz. Bajo la bata de Piggly Wiggly llevaba una camisa estampada con un extravagante motivo floral. En el cuello llevaba una chapa en la que ponía:

MI CARA SE VA DENTRO DE 5 MINUTOS
¡NO SE LO PIERDAN!

Sam dudaba de que fuese una advertencia que pudiera aprobar el gerente de la tienda, pero era una noche desapacible y lluviosa y el gerente de la tienda no se veía por ninguna parte. Sam era el único cliente, y el empleado miró cómo se acercaba con ojos indiferentes y absortos al expositor de dulces y cómo empezaba a coger paquetes de regaliz rojo Bull's Eye. Sam cogió todos los que había, unos veinte paquetes.

—¿Seguro que tiene bastante, tío? —preguntó el empleado mientras Sam se acercaba al mostrador y dejaba el botín encima—. Creo que atrás, en el almacén, puede haber uno o dos cartones más. Sé lo que pasa cuando uno padece un serio ataque de masticación.

—Tiene que bastar. Cuéntelo, ¿quiere? Tengo prisa.

—Sí, es un mundo apresurado —dijo el empleado. Sus dedos viajaron por las teclas de la registradora NCR con la soñadora lentitud de las personas habitualmente drogadas.

Sobre el mostrador, junto a un expositor de tarjetas de béisbol, había una banda elástica. Sam la cogió.

—¿Puedo cogerla?

—Encantado, amigo, considérela un regalo mío, del Príncipe de Piggly Wiggly, a usted, el Conde del Regaliz, en una lluviosa tarde de lunes.

Cuando Sam deslizó la banda elástica por su mano (colgaba de su muñeca como un holgado brazalete), una racha de viento lo bastante fuerte para hacer temblar los cristales sacudió el edificio. Las luces del techo pestañearon.

—¡Uf, amigo! —dijo el Príncipe de Piggly Wiggly levantando los ojos—. Esto no figuraba en el pronóstico. Solo hablaron de chaparrones. —Volvió la vista a la registradora y añadió—: Quince cuarenta y uno.

Sam le tendió un billete de veinte con una pequeña y amarga sonrisa.

—Esta cosa era muchísimo más barata cuando yo era un niño.

—Pues sí, la inflación se lo come todo —acordó el empleado. Estaba regresando lentamente a aquél blando punto del ozono donde se encontraba cuando entró Sam—. Debe de gustarle mucho eso, tío. Yo prefiero el viejo Mars.

—¿Gustarme? —Sam soltó una carcajada mientras guardaba la vuelta—. Lo detesto. Es para otra persona. —Volvió a reír—. Llámelo un regalo.

En ese momento, el empleado vio algo en los ojos de Sam y de pronto retrocedió

apresuradamente hacia atrás, chocando casi contra un expositor de golosinas.

Sam miró su cara con curiosidad y decidió no pedir una bolsa. Repartió los paquetes al azar por los bolsillos de su chaqueta deportiva, que parecía haberse puesto mil años antes, y salió de la tienda. A cada paso que daba, el celofán crujía.

5

Naomi se había colocado ante el volante y condujo el resto del camino hasta la Biblioteca. Cuando salió del aparcamiento del Piggly Wiggly, Sam sacó los dos libros de la bolsa de Pell's y los miró tristemente un instante. *Todo este lío* —pensó— *por un anticuado libro de poemas y un manual de ayuda para oradores bisoños*. Pero no se trataba de eso, por supuesto. El problema nunca habían sido los libros.

Se quitó la banda elástica de la muñeca y la colocó en torno a los libros. Después cogió el billetero, sacó un billete de cinco dólares de su decreciente provisión de efectivo y lo colocó bajo la banda.

—¿Y eso para qué es?

—La multa. Lo que debo por estos dos y otro de hace mucho tiempo, *La flecha negra*, de Robert Louis Stevenson. Esto salda mi deuda.

Dejó los libros en la consola que había entre ambos asientos y sacó del bolsillo un paquete de regaliz rojo. Lo abrió, y aquel olor antiguo, azucarado, le llegó de inmediato con la fuerza de una enérgica bofetada. Pareció ir directamente de la nariz a la cabeza, y de la cabeza descendió ingrávidamente hacia el estómago, que inmediatamente se encogió como un puño duro. Durante un momento espantoso creyó que iba a vomitar en su regazo. Al parecer, algunas cosas no cambiaban jamás.

No obstante, continuó abriendo paquetes de regaliz rojo, formando un manojo de varitas de caramelo de textura cerosa. Naomi disminuyó la velocidad cuando la luz del siguiente semáforo se puso en rojo y se detuvo, aunque Sam no veía moverse ningún coche en ninguna dirección. La lluvia y el viento castigaban el pequeño coche. Ahora estaban apenas a cuatro manzanas de la Biblioteca.

—Sam, ¿qué diablos estás haciendo?

Y como en realidad él no sabía qué diablos estaba haciendo, dijo:

—Naomi, si el miedo es la carne de Ardelia, tenemos que encontrar otra cosa… La cosa que se opone al miedo. Porque eso, sea lo que fuere, será su veneno. ¿Qué crees tú que podría ser?

—Bueno, dudo que sea regaliz rojo.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Se supone que las cruces matan a los vampiros, a los que chupan la sangre, pero una cruz no es más que dos palos de madera o metal unidos perpendicularmente el uno al otro. Tal vez una lechuga funcionaría igual de bien si estuviese orientada de forma correcta.

El semáforo se puso en verde.

—Si fuera una lechuga dotada de energía —dijo pensativa Naomi, que volvió a ponerse en marcha.

—¡Exacto! —exclamó Sam, levantando una docena de largas varas rojas—. Lo único que sé es que esto es lo que tengo. Tal vez resulte ridículo, y probablemente lo sea, pero no me importa. Es un símbolo divino de todas las cosas que me quitó mi Policía de la Biblioteca: el amor, la amistad, el sentimiento de pertenencia. Me he sentido un recién llegado durante toda mi vida, Naomi, y nunca supe por qué. Ahora lo sé. Ésta es solo otra de las cosas que me quitó. Me encantaba esta golosina. Ahora apenas si puedo soportar su olor. Vale, puedo afrontar eso. Pero tengo que saber cómo volverlo eficaz.

Sam empezó a hacer rodar los palitos de regaliz entre las palmas, convirtiéndolos gradualmente en una pelota pegajosa. Había creído que el olor era el desafío más desagradable que podía oponerle el regaliz rojo, pero se equivocaba. La textura era peor. La anilina teñía sus palmas y dedos, volviéndolos de un siniestro color rojo oscuro. No obstante continuó, deteniéndose solo para agregar el contenido de otro paquete a la masa blanda, más o menos cada treinta segundos.

—Tal vez busco demasiado —dijo—. Tal vez lo opuesto al miedo sea simplemente la antigua valentía. O valor, si prefieres una palabra más elaborada. ¿Es eso? ¿Eso es todo? ¿Es valor la diferencia entre Naomi y Sarah?

Ella se sobresaltó.

—¿Estás preguntándome si dejar de beber fue un acto de valor?

—No sé qué estoy preguntando —respondió él—, pero creo que al menos te acercas. No necesito hacer preguntas sobre el miedo; sé lo que es. El miedo es una emoción que abarca e impide el cambio. ¿Fue un acto de valor dejar de beber?

—Jamás lo dejé realmente —contestó ella—. No es así como lo hacen los alcohólicos. No pueden hacerlo así. Lo que haces es utilizar un montón de ideas aledañas: superar un día tras otro, permanecer tranquila, vivir y dejar vivir, todo eso. Pero el núcleo es éste: dejas de creer que puedes controlar la bebida. Esa idea era un mito, y eso es lo que abandonas, el mito. Dime, ¿es eso valor?

—Naturalmente, pero no el valor atrincherado.

—¡Valor atrincherado! —exclamó Naomi riendo—. Me gusta. Pero tienes razón. Lo que hago, lo que hacemos para mantenernos alejados del primero no requiere esa clase de valor. Pese a esas películas como *The Lost Weekend*, creo que lo que hacemos no tiene ningún dramatismo.

Sam estaba recordando la espantosa apatía que lo había invadido después de

haber sido violado entre los arbustos que flanqueaban la sucursal de la avenida Briggs de la Biblioteca Pública de St. Louis. Violado por un hombre que se había hecho pasar por policía. Eso tampoco había tenido dramatismo. Solo un truco sucio, eso era todo: un truco sucio, imbécil, utilizado contra un niño por un hombre con serios problemas mentales. Sam suponía que, haciendo un recuento total de puntos, debía considerarse afortunado: el Policía de la Biblioteca podría haberlo matado.

Delante de ellos, los globos blancos que señalaban la Biblioteca Pública de Junction City pestañeaban bajo la lluvia. Naomi dijo vacilante:

—Creo que el opuesto real al miedo podría ser la honestidad. Honestidad y fe. ¿Qué tal suena?

—Honestidad y fe —dijo él, saboreando las palabras. Apretó la pegajosa pelota de regaliz que tenía en la mano derecha—. Supongo que no está mal. En todo caso, tendrá que servir. Ya hemos llegado.

6

Los temblorosos números verdes del tablero del coche marcaban las 7.57. Al final se las habían arreglado para llegar antes de las ocho.

—Tal vez lo mejor será que esperemos y nos aseguremos de que todos se han ido antes de dirigirnos a la parte trasera —dijo.

—Creo que es una excelente idea.

Se acercaron a un espacio vacío que había frente a la entrada de la Biblioteca. Los globos se agitaban delicadamente bajo la lluvia. El susurro de los árboles era menos delicado; el viento seguía aumentando. Los robles sonaban como si estuvieran soñando y todos los sueños fueran malos.

A las ocho y dos minutos, una furgoneta con un Garfield de trapo y una pegatina en la que ponía TAXI DE MAMÁ en la ventana trasera se detuvo frente a ellos. Sonó el claxon, y la puerta de la Biblioteca —que aun con aquella luz presentaba un aspecto menos ceñudo que el que había visto Sam en su primera visita, menos parecido a la boca de un enorme robot de granito— se abrió de inmediato. Tres muchachos, de los primeros cursos de enseñanza media, por su aspecto, salieron corriendo y bajaron los escalones. Mientras corrían por el sendero hacia el TAXI DE MAMÁ, dos de ellos se taparon la cabeza con las cazadoras para protegerse de la lluvia. La puerta lateral de la furgoneta se abrió y los chicos subieron. Sam oyó el débil eco de su risa y envidió el sonido. Pensó en lo agradable que debía de resultar salir de una biblioteca riendo.

Él no había podido experimentar esa sensación por culpa del hombre de las gafas redondas.

Honestidad —pensó—. *Honestidad y fe*. Y después se dijo: *La multa está pagada. La multa está pagada, maldita sea*. Rasgó el papel de los dos últimos paquetes de regaliz y empezó a amasar su contenido, incorporándolo a la pegajosa y hedionda bola roja. Al hacerlo, echó un vistazo a la parte trasera del TAXI DE MAMÁ. Vio el humo blanco que ascendía desde el tubo de escape. De pronto, empezó a comprender para qué estaba allí.

—Una vez, cuando iba al instituto —dijo—, vi que unos chicos le gastaban una broma pesada a otro que no les gustaba. Cogieron un trozo de arcilla de modelar de la clase de plástica y se lo metieron en el tubo de escape del Pontiac. ¿Y sabes qué pasó?

—¿Qué?

—Que el tubo de escape se partió en dos —dijo—. Un pedazo a cada lado del coche. Volaron como metralla. El silenciador era el punto débil. Supongo que si los gases hubieran retrocedido hasta el motor, habrían podido volar los cilindros.

—Sam, ¿de qué estás hablando?

—De la esperanza —respondió él—. Estoy hablando de la esperanza. Supongo que la honestidad y la fe tendrán que quedar para más tarde.

El TAXI DE MAMÁ se apartó del bordillo, y sus altos faros atravesaron las plateadas líneas de lluvia.

Los números verdes del tablero marcaban las 8.06 cuando la puerta volvió a abrirse. Salieron un hombre y una mujer. El hombre, que se abotonaba torpemente el abrigo y llevaba un paraguas bajo el brazo, era sin lugar a dudas Richard Price. Sam lo reconoció enseguida, aunque solo había visto su foto en un periódico viejo. La chica era Cynthia Berrigan, la ayudante de Biblioteca con quien había hablado el sábado por la noche.

Price le dijo algo a la chica. A Sam le pareció oírla reír. De pronto advirtió que estaba sentado en el asiento del Datsun de Naomi, con los músculos tan rígidos que crujían a causa de la tensión. Trató de relajarse, pero descubrió que no podía.

¿*Por qué no me sorprende*?, pensó.

Price levantó el paraguas. Ambos recorrieron a toda prisa el sendero bajo el paraguas, mientras la chica trataba de colocarse un pañuelo de impermeable en la cabeza. Se separaron al final del sendero. Price se dirigió hacia un viejo Impala del tamaño de un camarote de crucero, y Cynthia Berrigan hacia un Yugo aparcado a media manzana. Price dio una vuelta en U en la calle (Naomi se agachó, un poco sorprendida, cuando los faros iluminaron brevemente el interior del coche) y tocó el claxon. Cynthia Berrigan respondió y se marchó en dirección opuesta.

Ahora solo quedaban ellos, la Biblioteca y posiblemente Ardelia, esperándolos dentro, en alguna parte.

Junto con el viejo amigo de Sam, el Policía de la Biblioteca.

7

Naomi giró lentamente hacia la calle Wegman. A medio camino, a la izquierda, un discreto cartel señalaba una pequeña interrupción en el muro.

SOLO ENTREGAS A LA BIBLIOTECA

La lluvia caía sobre los vidrios con tanta intensidad que parecía arena. Una ráfaga de viento sacudió el Datsun con fuerza y en algún lugar cercano se oyó un fuerte crujido, como el que solo podían producir una rama muy gruesa o un arbolito al derrumbarse. A esto siguió un golpe sordo producido por algo al caer en la calle.

—¡Dios! —exclamó Naomi con voz débil y angustiada—. ¡Esto no me gusta!

—No es que a mí me vuelva loco —replicó Sam, aunque apenas le prestaba atención.

Estaba pensando en el aspecto que tenía aquella bola de arcilla, en su aspecto al sobresalir del tubo de escape del coche del chico. Parecía una ampolla.

Naomi giró cuando vio el cartel. Subieron por un corto sendero hasta una pequeña zona de carga y descarga pavimentada. Sobre el cuadrado de pavimento brillaba un solo arco de luz naranja. Lanzaba una luz intensa, penetrante, y los movedizos robles que flanqueaban la zona danzaban y proyectaban sus locas sombras en la pared trasera del edificio. Durante un instante, dos de estas sombras parecieron fundirse al pie de la plataforma, formando una sombra casi humana: parecía como si alguien hubiera estado esperando allá abajo, alguien que ahora salía a rastras a saludarlos.

Dentro de uno o dos segundos —pensó Sam—, *el resplandor naranja de esa luz se reflejará en sus gafas, sus pequeñas gafas redondas y oscuras, y me mirará a través del parabrisas. No a Naomi; solo a mí. Me mirará y dirá: «Hola, hijo. Te he eztado ezperando. He eztado ezperándote todoz eztoz añoz. Ahora ven conmigo. Ven conmigo, porque zoy un polizía»*.

Se oyó otro fuerte estallido, y la rama de un árbol cayó al pavimento apenas a un metro del maletero del Datsun, lanzando trozos de corteza y madera podrida en todas direcciones. Si hubiera caído sobre el coche, habría aplastado el techo como si fuera un bote de sopa de tomate.

Naomi gritó.

El viento, siempre en aumento, respondió.

Sam estaba inclinándose hacia ella con la intención de rodearla con un brazo cuando se entreabrió la puerta de la parte trasera de la plataforma de carga y Dave Duncan apareció en el hueco. Se aferraba a la puerta para evitar que el viento se la arrebatase de las manos. El rostro del viejo le pareció a Sam demasiado blanco y asustado, casi grotesco. Dave les hizo frenéticos gestos de llamada con la mano libre.

—Naomi, allí está Dave.

—¿Dónde? ¡Ah, sí! Ya lo veo. —Sus ojos se dilataron—. ¡Dios mío, tiene un

aspecto horrible!

Naomi abrió la portezuela. El viento se la arrancó de la mano y atravesó el Datsun como un pequeño tornado, levantando los envoltorios de regaliz y haciéndolos danzar en mareantes círculos.

La joven se las arregló para apartar la mano justo a tiempo de evitar que fuese golpeada —y tal vez herida— por el rebote de la portezuela del coche. Después salió. El cabello comenzó a revolotear en torno a su cabeza y, en un instante, la falda quedó empapada y pegada a sus muslos.

Sam abrió la otra portezuela —el viento soplaba en contra y tuvo que empujar literalmente la puerta con el hombro— y salió como pudo. Tuvo tiempo de preguntarse de dónde demonios habría salido esa tormenta. El príncipe del Piggly Wiggly había dicho que el pronóstico del tiempo no mencionaba ese espectacular despliegue de viento y lluvia. Solo chaparrones.

Ardelia. Tal vez fuera la tormenta de Ardelia.

Como para confirmarlo, en una pausa momentánea se alzó la voz de Dave.

—¡Deprisa! ¡Huelo su maldito perfume por todas partes!

Para Sam, la idea de que el perfume de Ardelia pudiera preceder de alguna manera a su materialización resultaba oscuramente aterradora.

Estaba a medio camino de los escalones de la plataforma cuando advirtió que, aunque todavía llevaba la bola de regaliz en la mano, había dejado los libros en el coche. Dio la vuelta, abrió trabajosamente la puerta y los cogió. Cuando lo hizo, la calidad de la luz cambió, pasando de un naranja brillante y penetrante al blanco. Sam percibió el cambio en la piel de sus manos, y durante un segundo pareció que sus ojos se congelaban en las órbitas. Salió a toda prisa del coche, con los libros en la mano, y giró en redondo.

La lámpara de seguridad naranja había desaparecido, siendo reemplazada por una anticuada farola callejera de vapor de mercurio. Ahora, los árboles que danzaban y gemían en torno a la plataforma de carga eran más espesos; predominaban los majestuosos olmos, que ganaban en altura a los robles. La forma de la plataforma de carga había cambiado, y enredados ramajes de hiedra trepaban por la pared trasera de la Biblioteca, una pared que, hasta un instante antes, había estado vacía.

Bienvenidos a 1960 —pensó Sam—. *Bienvenidos a la versión Ardelia Lortz de la Biblioteca Pública de Junction City*.

Naomi había llegado a la plataforma. Estaba diciéndole algo a Dave. Éste contestó y después miró por encima de su hombro. Su cuerpo se sacudió. En ese instante, Naomi gritó. Sam corrió hacia los escalones con el faldón de su chaqueta volando detrás de él. Mientras subía la escalera, vio una mano blanca que salía flotando de la oscuridad, se posaba en el hombro de Dave y lo arrastraba al interior de la Biblioteca.

—¡Coge la puerta! —gritó Sam—. ¡Naomi, coge la puerta! ¡No dejes que se cierre!

El viento acudió en su ayuda. Abrió la puerta de par en par, golpeando el hombro de Naomi y haciéndola retroceder a tropezones. Sam llegó a tiempo para coger la puerta en el momento en que rebotaba.

Naomi le dirigió una mirada de terror.

—Sam, era el hombre que fue a tu casa. El hombre alto de los ojos plateados. Lo he visto. ¡Ha cogido a Dave!

No había tiempo para pensar en ello.

—Ven —dijo Sam deslizando un brazo en torno a la cintura de Naomi y arrastrándola consigo a la Biblioteca.

Detrás de ellos, el viento cesó y la puerta se cerró con un golpe sordo.

8

Estaban en una zona de catalogación de libros, en penumbra pero no oscura por completo. Sobre el escritorio del bibliotecario había una pequeña lámpara de mesa con una pantalla bordeada de flecos rojos. Más allá de esa zona, llena de cajas y material de embalaje (que consistía en periódicos arrugados, porque estaban en 1960 y todavía no se habían inventado aquellos papeles de polietileno con bolitas), empezaban las estanterías. De pie en uno de los pasillos, flanqueado por libros, estaba el Policía de la Biblioteca. Tenía inmovilizado a Dave Duncan utilizando una llave de lucha libre, y lo sostenía, con facilidad casi ausente, suspendido a unos diez centímetros del suelo.

Miró a Sam y a Naomi. Sus ojos plateados resplandecieron, y una sonrisa como de media luna apareció en su cara blanca. Parecía una luna de cromo.

—Ni un pazo máz —dijo—, o le romperé el cuello como a un pollo. Lo oirán.

Sam lo pensó, pero solo un momento. Olía a perfume de lavanda, intenso y asfixiante. Fuera del edificio, el viento gemía y golpeaba. La sombra del Policía de la Biblioteca ascendía por la pared, esbelta como un caballete. *Antes no tenía sombra* —advirtió Sam—. ¿*Qué significa*?

Tal vez ahora el Policía de la Biblioteca era más real, estaba más presente, porque de hecho Ardelia, el Policía y el hombre moreno del coche viejo eran la misma persona. Solo había una con diferentes caras, que se ponía y quitaba con la misma facilidad con que un niño se prueba máscaras de Halloween.

—¿Se supone que debo creer que si nos mantenemos apartados lo dejará vivir? —preguntó—. Mentira.

Empezó a avanzar hacia el Policía de la Biblioteca.

En la cara del hombre alto se instaló una expresión rara. Era sorpresa. Dio un paso atrás. La gabardina envolvió sus tobillos y rozó los volúmenes que formaban los lados del estrecho pasillo donde se encontraba.

—¡Es una advertencia!

—Pues hágala y fastídiese —dijo Sam—. Su pelea no es con él. Tiene un asunto pendiente conmigo, ¿no? Muy bien, pues vamos a ello.

—¡La bibliotecaria tiene algo que arreglar con el viejo! —dijo el policía, y dio otro paso atrás. A su cara estaba sucediéndole algo extraño, y Sam necesitó un momento para darse cuenta de qué se trataba. La luz plateada de sus ojos estaba desvaneciéndose.

—Pues que lo arregle ella —dijo Sam—. Mi deuda es con usted, grandullón, y la tengo desde hace treinta años.

Pasó al otro lado del charco de luz proyectado por la lámpara de mesa.

—¡Muy bien! —ladró el Poli de la Biblioteca.

Dio media vuelta y arrojó a Dave Duncan por el pasillo. Dave voló como una bolsa de ropa sucia, pero solo se le escapó un gruñido de miedo y sorpresa. Trató de levantar un brazo cuando se acercaba a la pared, pero no pasó de ser un reflejo débil, poco entusiasta. Se estrelló contra el extintor montado junto a la escalera, y Sam oyó el crujido sordo de un hueso al romperse. Dave se desplomó, y el pesado extintor rojo se desprendió de la pared y cayó sobre él.

—¡Dave! —chilló Naomi, abalanzándose hacia él.

—¡No, Naomi!

Pero ella no prestó atención. La sombra del Policía de la Biblioteca reapareció. Cogió a Naomi por el brazo cuando ella trataba de pasar junto a él, y la atrajo hacia sí. Bajó la cabeza y, por un instante, su cara quedó oculta por el cabello color caoba de la nuca de Naomi. Emitió una extraña tos ahogada contra su carne y empezó a besarla, o al menos eso parecía. Su larga mano blanca asió el antebrazo de la joven. Naomi volvió a gritar y después pareció derrumbarse bajo el apretón.

Sam había llegado al comienzo de las estanterías. Cogió el primer libro que tocó, lo sacó del estante, tomó impulso y lo arrojó. El libro voló de un extremo al otro, abierto, con las páginas revoloteando, y golpeó al Policía de la Biblioteca en la cabeza. Él emitió un grito de furia y sorpresa, y levantó la mirada. Naomi se libró de su abrazo y cayó de lado, sobre una de las estanterías más altas, agitando los brazos para mantener el equilibrio. La estantería se balanceó al ser golpeada, y después se derrumbó con un estallido gigantesco. Los libros salieron despedidos de la estantería donde podrían haber permanecido años sin ser tocados, y cayeron al suelo en una lluvia de golpes que sonaron absurdamente como aplausos.

Naomi lo ignoró. Llegó junto a Dave y cayó de rodillas ante él, repitiendo una y otra vez su nombre. El Policía de la Biblioteca se volvió en aquella dirección.

—La pelea tampoco es con ella —dijo Sam.

El Policía volvió a fijarse en él. Sus ojos plateados habían sido reemplazados por pequeñas gafas oscuras que daban a su rostro un aspecto ciego, de topo.

—Tendría que haberte matado la primera vez —dijo, avanzando hacia Sam.

Su paso iba acompañado por un extraño sonido de barrido. Sam bajó la vista y vio que ahora el dobladillo de la gabardina rozaba el suelo. Estaba disminuyendo de estatura.

—La multa está pagada —dijo Sam con una gran calma. El Policía de la Biblioteca se detuvo. Sam levantó los libros con el billete de cinco dólares metido bajo la banda elástica—. La multa está pagada y los libros devueltos. Todo ha terminado, furcia…, o cabrón…, o lo que sea.

Fuera, el viento se alzó en un grito potente y hueco que pasaba bajo los aleros como si fuera vidrio. La lengua del Policía de la biblioteca asomó entre sus labios y los lamió. Era muy roja y puntiaguda. En sus mejillas y su frente habían empezado a aparecer manchas. Su piel estaba cubierta de una grasienta capa de sudor.

El olor de lavanda era mucho más intenso.

—¡Error! —exclamó—. ¡Error! ¡Ezos no zon loz libroz que tomó preztadoz! ¡Lo zé! ¡Eze viejo borracho mamón loz cogió! Fueron…

—Destruidos —terminó Sam. Empezó a andar otra vez, acercándose al Policía de la Biblioteca, y a cada paso que daba el olor de lavanda era más intenso. El corazón le saltaba en el pecho—. También sé de quién fue esa idea. Pero éstos son sustitutos perfectamente aceptables. Cójalos —ordenó en un tono severo, que no admitía réplica —. ¡Cójalos, maldita sea!

Le tendió los libros, y el Policía de la Biblioteca, con aspecto confuso y temeroso, estiró la mano para cogerlos.

—No, así no —dijo Sam, levantando los libros para que no los alcanzara la mano blanca—. Así.

Golpeó con los libros la cara del Policía de la Biblioteca…, la golpeó fuerte. No recordaba haber sentido nunca en toda su vida una satisfacción más completa que la que sintió cuando *Los poemas favoritos del pueblo norteamericano* y *El compañero del orador* golpearon y rompieron la nariz del Policía. Las redondas gafas oscuras salieron volando y cayeron al suelo, dejando al descubierto unas órbitas negras forradas con una capa de líquido blancuzco. De aquel material pegajoso salían diminutos hilos, y Sam recordó el relato de Dave. *Parecía como si estuviera empezando a criar su propia piel*, había dicho.

El Policía de la Biblioteca gritó:

—¡No puede! ¡No puede herirme! ¡Me tiene miedo! ¡Además, le gustó! ¡Te gustó, niño sucio! ¡Te gustó!

—Error —dijo Sam—. Lo odié. Y ahora coja esos libros. Cójalos y salga de aquí, porque la multa está pagada.

Sam golpeó el pecho del policía con los libros y, mientras las manos de éste se cerraban sobre ellos, le hundió una rodilla en la entrepierna.

—Esto es por los otros niños —dijo—. Los que tú te follaste y los que ella se comió.

La criatura ululó de dolor. Sus manos dejaron caer los libros cuando se inclinó para taparse la entrepierna. Su grasiento pelo negro cayó sobre su cara, ocultando misericordiosamente aquellas órbitas vacías, llenas de hilos.

Por supuesto que sus órbitas están vacías —tuvo tiempo de pensar Sam—. *Aquel día no vi en ningún momento los ojos tras las gafas, así que ella tampoco ha podido verlos*.

—Eso no paga su multa —dijo—, pero es un paso en la buena dirección, ¿no?

La gabardina del Policía de la Biblioteca empezó a agitarse y a arrugarse, como si debajo se hubiera iniciado una transformación inimaginable. Y cuando él…, eso…, levantó la mirada, Sam vio algo que lo hizo retroceder de asco y horror.

El hombre que había salido a medias de la lámina de Dave y a medias del cerebro de Sam se había convertido en un enano deforme. A su vez, el enano iba convirtiéndose en otra cosa, una espantosa criatura hermafrodita. En su rostro se producía una tormenta sexual, y también bajo la gabardina movediza. La mitad del pelo seguía siendo negro; la otra mitad era de un rubio ceniza. Una órbita seguía vacía; en la otra brillaba el odio desde un salvaje ojo azul.

—Te quiero —siseó la criatura enana—. Te quiero y te tendré.

—Inténtalo, Ardelia —dijo Sam—. Vamos a balancearnos y…

Estiró la mano hacia la cosa que tenía delante, pero chilló y la retiró en cuanto tocó la gabardina. No era un abrigo, sino una especie de terrible piel suelta. Daba la sensación de estar cogiendo un montón de bolsitas de té usadas.

Se refugió por el lado sesgado de la estantería y se hundió en las sombras del extremo más alejado. De pronto, el olor de lavanda se hizo mucho más intenso.

De las sombras surgió una risa brutal.

La risa de una mujer.

—Demasiado tarde, Sam —dijo—. Ya es demasiado tarde. Está hecho.

Ardelia ha vuelto, pensó Sam. Desde el exterior llegó un estallido tremendo, desgarrador. El edificio tembló cuando le cayó un árbol encima. Las luces se apagaron.

9

La oscuridad total duró solo un segundo, pero pareció mucho más. Ardelia volvió a

reír, y esta vez su risa tenía una extraña cualidad de sirena, como si sonara a través de un megáfono.

Después se encendió una lamparilla de emergencia, colocada en lo alto de una pared, arrojando un pálido haz de luz sobre ese sector de estanterías y proyectando por doquier sombras como marañas de hilo negro. Sam oía el zumbido ajetreado del generador. Se abrió camino hacia donde estaba Naomi, arrodillada junto a Dave, y por dos veces estuvo a punto de desplomarse al tropezar con las pilas de libros que habían caído de la librería volcada.

Naomi levantó la vista. Tenía el rostro lívido, horrorizado y anegado de lágrimas.

—Sam, creo que se está muriendo.

Sam se arrodilló junto a Dave. El viejo tenía los ojos cerrados y respiraba en bocanadas bruscas, casi azarosas. De la nariz y de un oído brotaban hilillos de sangre. En su frente había una depresión profunda, justo encima de la ceja derecha. Al verla, a Sam se le revolvió el estómago. Uno de los pómulos de Dave estaba evidentemente roto, y en ese lado de su cara estaba impresa la forma del asa del extintor, en líneas brillantes de sangre. Parecía un tatuaje.

—¡Sam, tenemos que llevarlo al hospital!

—¿Crees que ella nos dejaría salir ahora? —preguntó él.

A modo de respuesta, un libro inmenso —el volumen correspondiente a la T del *Oxford English Dictionary*— voló hacia ellos desde el otro lado del círculo de luz proyectado por el generador montado en la pared. Sam hizo retroceder a Naomi de un tirón, y ambos se arrastraron por el pasillo polvoriento. Tres kilos de *tabasco, tierno, trépano* y *tinte* llenaron el espacio donde un momento antes estaba la cabeza de Naomi, golpearon la pared y cayeron al suelo en un montón confuso.

Desde las sombras llegó una risa chillona. Sam se puso de rodillas justo a tiempo de ver una forma agazapada en el otro extremo del pasillo, más allá de la librería caída. *Sigue cambiando* —pensó—. *Solo Dios sabe en qué se está transformando*. La forma se echó hacia la izquierda y desapareció.

—Cógela, Sam —dijo Naomi roncamente, apretándole una mano—. Cógela, por favor, cógela.

—Lo intentaré —dijo él.

A continuación pasó por encima de las piernas abiertas de Dave y se internó en las sombras más oscuras del otro lado de la librería.

10

Fue asaltado por el aroma…, el aroma de lavanda mezclado con el olor polvoriento de los libros de los últimos años. Aquella percepción olfativa, en combinación con el ulular del viento, le hicieron sentirse como el viajero del tiempo de H. G. Wells… Y la Biblioteca era su máquina del tiempo.

Avanzó lentamente por el pasillo, apretando nerviosamente la bola de regaliz rojo en la mano izquierda. Los libros lo rodeaban, parecían mirarlo, ceñudos, y trepaban hasta una altura que doblaba la suya. Sam oía el chirrido de sus zapatos sobre el viejo linóleo.

—¿Dónde estás? —gritó—. Ardelia, si me quieres, ¿por qué no vienes a cogerme? ¡Estoy aquí!

No hubo respuesta, pero no podía tardar en aparecer. Si Dave estaba en lo cierto, tenía el cambio encima y disponía de poco tiempo.

A medianoche —pensó—. *El Policía de la Biblioteca me dio hasta medianoche, de modo que tal vez sea todo lo que tiene. Pero para eso faltan tres horas y media. No es posible que Dave pueda esperar tanto.*

Entonces se le ocurrió otra idea, menos agradable aún. ¿Y si mientras él daba vueltas por aquellos pasillos oscuros, Ardelia describía un círculo y regresaba al lugar donde estaban Naomi y Dave?

Llegó al extremo del pasillo, prestó atención, no oyó nada y se deslizó hacia el otro pasillo. Estaba vacío. Oyó un susurro sordo sobre su cabeza y levantó la mirada justo a tiempo de ver media docena de libros pesados que se deslizaban de uno de los estantes. Se echó hacia atrás gritando. Los libros cayeron, golpeando sus muslos, y Sam oyó la risa maníaca de Ardelia al otro lado de la librería.

Podía imaginarla allá arriba, aferrándose a los estantes como una araña atestada de veneno. Al parecer su cuerpo actuó antes de que su cerebro pudiera pensar. Giró sobre sus talones como un soldado borracho tratando de dar media vuelta y golpeó la estantería con la espalda. La risa se convirtió en un grito de miedo y sorpresa, y la estantería se inclinó bajo el peso de Sam. Cuando la cosa cayó de su percha, oyó un sordo golpe carnoso. Un segundo después, cayó la librería.

Lo que sucedió entonces fue algo que Sam no había previsto: la librería que había empujado cayó atravesada en el pasillo, vertiendo libros como una cascada mientras se desplomaba, y golpeó la librería siguiente. La segunda cayó contra una tercera, la tercera contra una cuarta, y así continuaron cayendo, como fichas de dominó, por toda la zona de almacenamiento enorme y sombría, golpeando, tintineando y tirándolo todo a su paso, desde las *Obras de Marriot* a *Los cuentos completos de los hermanos Grimm*. Oyó que Ardelia volvía a gritar y se lanzó sobre la librería inclinada que había empujado. Trepó por ella como si fuera una escalerilla, pateando libros para sacarlos del paso mientras buscaba dónde poner los pies, izándose con una sola mano.

Se echó boca abajo en el extremo más alejado y vio a una criatura blanca, horriblemente deformada, que se levantaba de debajo de un montón confuso de atlas

y libros de viajes. Tenía cabello rubio y ojos azules, pero allí terminaba toda semejanza con algo humano. Sus trucos ya no funcionaban. La criatura era una cosa gorda, desnuda, con brazos y piernas que parecían terminar en garras articuladas. Debajo del cuello le colgaba un saco de carne como un buche desinflado. En torno a su cuerpo se agitaban delgadas fibras blancas. En eso había algo de escarabajo, y súbitamente Sam se puso a gritar para sus adentros, emitiendo gritos silenciosos y atávicos que parecían irradiar a lo largo de sus huesos. Sintió asco, pero su terror había desaparecido; ahora que veía realmente la cosa, no era tan mala.

Entonces, la criatura empezó a cambiar otra vez, y el sentimiento de alivio de Sam desapareció. No tenía exactamente rostro, pero bajo los saltones ojos azules empezó a proyectarse una forma de cuerno que se separaba de la espantosa cara como la trompa de un elefante. Los ojos se estiraron a los lados, adoptando primero un aspecto chinesco y después como de insecto. Sam la oía resoplar mientras se estiraba hacia él.

Estaba cubierta de hilos ondulantes y polvorientos.

Una parte de él quería retroceder (le gritaba que retrocediera), pero la mayor parte deseaba permanecer donde estaba. Y cuando la carnosa probóscide de la cosa lo tocó, Sam percibió su gran poder. Lo invadió un sentimiento de letargo, la idea de que sería mejor quedarse quieto y dejar que sucediera. El viento se había convertido en un aullido lejano, onírico. En cierta forma resultaba relajante, como el sonido de la aspiradora cuando era pequeño.

—¿Sam? —llamó Naomi. Pero su voz era lejana, insignificante—. Sam, ¿estás bien?

¿Había creído amarla? ¡Qué tontería! Totalmente ridículo cuando se pensaba en ello. Cuando se examinaba, aquello era mucho mejor.

Esta criatura tenía… historias que contar.

Historias muy interesantes.

Ahora, todo el cuerpo plástico de la cosa blanca se estiraba hacia la probóscide, se alimentaba de sí mismo, y la probóscide se alargaba. La criatura se convirtió en una cosa en forma de tubo, y el resto de su cuerpo colgaba tan inútil y olvidado como había colgado aquel saco debajo del cuello. Toda su vitalidad se concentraba en el cuerno de carne, el conducto a través del cual pasarían la vitalidad y la esencia de Sam.

Y era agradable.

La probóscide se deslizó suavemente por las piernas de Sam, se apretó brevemente contra su sexo y siguió elevándose, acariciando su vientre.

Sam cayó de rodillas para ofrecerle su cara. Sintió que los ojos le picaban breve y agradablemente cuando un fluido (no eran lágrimas, sino algo más espeso que las lágrimas) empezó a surgir de ellos.

La probóscide se cebó en sus ojos. Veía un rosado pétalo de carne que se abría y se cerraba hambriento allí dentro. Cada vez que se abría, revelaba una oscuridad más

profunda. Después se apretaba formando un agujero en el pétalo, un tubo dentro del tubo, y se deslizaba con sensual lentitud sobre sus labios y mejillas, en dirección al fluido pegajoso. Deformes ojos azul oscuro lo contemplaban hambrientos.

Pero la multa estaba pagada.

Reuniendo hasta el último resto de sus fuerzas, Sam apretó la mano derecha sobre la probóscide. Era caliente y nociva. Los diminutos hilos de carne que la cubrían le pincharon la palma.

Se agitó, sorprendida, y trató de retroceder. Durante un instante, Sam estuvo a punto de perderla; después apretó el puño, hundiendo las uñas en su carne.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí, tengo algo para ti, puta! ¡Lo he traído desde St. Louis!

Describió un arco con la mano izquierda y metió la pegajosa bola de regaliz rojo en el extremo de la probóscide, del mismo modo que aquellos chicos, hacía tanto tiempo, habían metido la bola de arcilla en el tubo de escape del Pontiac de Tommy Reed en un aparcamiento antiguo. La cosa trató de chillar, pero solo produjo un zumbido. Después volvió a intentar apartarse de Sam. La bola de regaliz rojo sobresalía del extremo de su belfo convulso como una ampolla de sangre.

Sam luchó por ponerse de rodillas, sin dejar de apretar la carne agitada y ruidosa que tenía en la mano, y se lanzó sobre esa cosa-Ardelia que se retorcía y latía debajo de él, tratando de sacárselo de encima. Rodaron una y otra vez sobre los montones de libros. Era espantosamente fuerte. En una ocasión, Sam se quedó mirando sus ojos, y el odio y el pánico de aquella mirada estuvieron a punto de dejarlo petrificado.

Después, sintió que la cosa empezaba a hincharse.

La soltó y retrocedió jadeando. Ahora, la cosa que estaba en el pasillo cubierto de libros parecía una grotesca pelota de playa con un tronco; una pelota de playa cubierta de pelo fino que ondulaba como zarcillos de algas en la marea alta. Rodó por el pasillo; la probóscide se hinchaba como una manga de incendios a la que se le hubiera hecho un nudo. Sam miró, helado de horror y fascinación, mientras la cosa que se había llamado a sí misma Ardelia Lortz se ahogaba en sus propias entrañas humosas.

En su flanco estirado aparecieron trazos de sangre como brillantes mapas de carretera. Sus ojos se desorbitaron, mirando a Sam con una expresión de sorpresa aturdida. Hizo un esfuerzo final por escupir el globo blando de regaliz, pero la probóscide se había abierto tanto para recibir alimento que el regaliz se quedó donde estaba.

Sam se dio cuenta de lo que iba a pasar y se tapó la cara con un brazo un instante antes de que estallara.

Trozos de carne extraña volaron en todas direcciones. Cuerdas de sangre espesa mancharon los brazos, el pecho y las piernas de Sam, que gritó con una mezcla de asco y alivio.

Un momento después, la luz de emergencia se apagó, sumiéndolos otra vez en la oscuridad.

11

Esta vez, el intervalo de oscuridad también fue breve, pero duró lo bastante para que Sam percibiera el cambio. Lo sintió en la cabeza. Experimentó una clara sensación de que las cosas desfasadas ocupaban de nuevo su lugar. Cuando volvieron a encenderse las luces de emergencia, había cuatro. Las baterías emitían un ronroneo satisfecho en lugar de un ensordecedor zumbido, y las luces brillantes desterraban las sombras a los rincones más alejados del recinto. No sabía si el mundo de 1960, al que habían entrado cuando la farola a vapor de mercurio reemplazó al arco de luz de sodio, había sido real o ilusorio, pero sabía que había desaparecido.

Las librerías volcadas estaban ordenadas otra vez. En ese pasillo había libros tirados en el suelo, una docena o así, pero podía haberlos volcado él mismo al tratar de ponerse en pie. Y fuera el ruido de la tormenta se había transformado en murmullo. Sam oía repiquetear en el tejado lo que sonaba como una lluvia serena.

La cosa-Ardelia había desaparecido. No había manchas de sangre ni trozos de carne en el suelo, en los libros o en su persona.

Solo quedaba un resto de ella: un arete de oro que resplandecía. Sam se puso en pie temblando y le dio una patada. Después, una nube gris cubrió sus ojos. Se tambaleó con los ojos cerrados, esperando a ver si se desmayaba o no.

—¡Sam! —gritó Naomi con la voz llorosa—. Sam, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —respondió, al tiempo que levantaba un brazo, cogía un mechón de su propio cabello y daba un fuerte tirón.

Probablemente fuera un gesto estúpido, pero funcionó. La ondulante nube gris no desapareció por completo, pero se retiró. Sam empezó a retroceder hacia la zona de clasificación, caminando con pasos largos y cautelosos.

En la zona de clasificación se veía el mismo escritorio, un feo trozo de madera con patas rechonchas, pero la lámpara con su pantalla anticuada había sido reemplazada por un tubo fluorescente. La máquina de escribir ruinosa y el Rolodex habían sido reemplazados por un ordenador Apple. Y por si no estaba seguro de la época en que se encontraba, una mirada a las cajas de cartón que había en el suelo lo convencieron: estaban llenas de plásticos de embalaje.

Naomi seguía arrodillada junto a Dave en el extremo del pasillo. Cuando Sam llegó a su lado, vio que el extintor (aunque habían pasado treinta años, parecía ser el mismo) estaba otra vez montado en la pared, pero la forma de su asa seguía impresa en la mejilla y la frente de Dave.

El hombre tenía los ojos abiertos, y cuando vio a Sam sonrió.

—No está… mal —susurró—. Apuesto a que… no sabías que eras capaz… de eso.

Sam experimentó una enorme y cálida sensación de alivio.

—No —dijo—, no lo sabía. —Se inclinó y puso tres dedos ante los ojos de Dave —. ¿Cuántos dedos ves?

—Unos… setenta y cuatro —susurró Dave.

—Llamaré a la ambulancia —dijo Naomi.

Empezó a ponerse en pie, pero antes de que pudiera hacerlo la mano izquierda de Dave se cerró sobre su muñeca.

—No, todavía no —dijo, con la mirada fija en Sam—. Inclínate. Solo puedo susurrar.

Sam se inclinó sobre el viejo. Dave puso una mano temblorosa en su nuca. Sus labios cosquillearon en la oreja de Sam, y éste tuvo que obligarse a permanecer quieto.

—Sam —susurró—. Ella espera. Recuerda…, ella espera.

—¿Qué? —preguntó Sam. Se sentía casi totalmente desarticulado—. Dave, ¿qué quieres decir?

Pero la mano de Dave había caído, y su pecho subía y bajaba a un ritmo rápido y superficial.

—Me voy —dijo Naomi, alterada—. Allá, en el escritorio, hay un teléfono.

—No —dijo Sam.

Ella se volvió hacia él con los ojos brillantes y la boca estirada sobre los dientes blancos, furiosa.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás loco? ¡Como mínimo tiene el cráneo fracturado! Está…

—Está muriendo, Sarah —dijo Sam con suavidad—. Quédate con él. Sé su amiga.

Ella miró hacia abajo, y esta vez vio lo que había visto Sam. La pupila del ojo izquierdo de Dave tenía el tamaño de una cabeza de alfiler; la pupila de su ojo derecho estaba dilatada y fija.

—¿Dave? —susurró, asustada—. ¿Dave?

Pero Dave miraba otra vez a Sam.

—Recuerda —susurró—. Ella esp…

Sus ojos quedaron fijos e inexpresivos. Su pecho se alzó una vez más, bajó y no volvió a elevarse.

Naomi empezó a sollozar. Puso una mano de Dave contra su mejilla y le cerró los ojos. Sam se arrodilló penosamente y rodeó su cintura con el brazo.

Capítulo 15

La calle Angle (III)

1

Aquella noche y la siguiente fueron noches de insomnio para Sam Peebles. Se quedó despierto en su cama, con todas las luces de la segunda planta encendidas, y pensó en las últimas palabras de Dave Duncan: *Ella espera*.

Hacia el amanecer de la segunda noche, empezó a creer que comprendía lo que el viejo había estado tratando de decir.

2

Sam creía que Dave sería enterrado en el cementerio de la iglesia baptista, en Proverbia, y le sorprendió un poco descubrir que, en algún momento entre 1960 y 1990, se había convertido al catolicismo. El servicio se celebró en St. Martin el 11 de abril, un día desagradable que pasaba de las nubes al frío sol del comienzo de la primavera.

Después del servicio en el cementerio, hubo una recepción en la calle Angle. Había casi setenta personas que vagaban por las habitaciones de la planta baja o formaban pequeños grupos. Todos habían conocido a Dave y hablaban de él con humor, respeto e inconmovible amor. Bebían ginger-ale en tazas de plástico y comían pequeños sándwiches. Sam fue de grupo en grupo, cruzando algunas palabras con algún conocido pero sin detenerse a charlar. Raras veces sacó la mano del bolsillo de su abrigo oscuro. En el camino desde la iglesia había hecho una parada en el Piggly Wiggly, y ahora llevaba en el bolsillo media docena de paquetes de celofán, cuatro de ellos largos y delgados y otros dos rectangulares.

Sarah no estaba allí.

Se disponía a irse cuando vio a Lukey y a Rudolph sentados juntos en un rincón. Entre ambos había un tablero de *cribbage*, pero no parecían estar jugando.

—Hola, muchachos —dijo Sam, acercándose—. Tal vez no me recordéis…

—Claro que sí —le interrumpió Rudolph—. ¿Qué cree que somos? ¿Un par de idiotas? Usted es el amigo de Dave. Vino el día que estábamos pintando los carteles.

—¡Exacto! —dijo Lukey.

—¿Encontró esos libros que buscaba? —preguntó Rudolph.

—Sí —respondió Sam, sonriendo—. Finalmente los encontré.

—¡Excelente! —exclamó Lukey.

Sam sacó los cuatro paquetes largos y delgados de celofán.

—Os he traído algo, muchachos —dijo.

Lukey miró y sus ojos se iluminaron.

—¡Dolph! ¡Slim Jims! —exclamó sonriendo con deleite—. ¡Mira! ¡El novio de Sarah nos ha traído Slims Jims! ¡Maravilloso!

—Vamos, démelos, compañero —dijo Rudolph, y se los arrebató—. Este loco se los comería todos de golpe y después se cagaría en la cama, ¿sabe? —añadió, dirigiéndose a Sam. Sacó uno de los Slim Jims y se lo dio a Lukey—. Aquí tienes, cabeza de chorlito. Te guardaré el resto.

—Puedes comerte uno, Dolph. Adelante.

—Sabes que no puedo, Lukey. Estas cosas me queman por ambos extremos.

Sam ignoró ese intercambio. Estaba mirando fijamente a Lukey.

—¿El novio de Sarah? ¿Dónde oíste decir eso?

Lukey se comió medio Slim Jims de un mordisco y lo miró. Su expresión era al mismo tiempo benevolente y astuta. Apoyó un dedo en una aleta de la nariz y dijo:

—Los rumores corren cuando estás en el Programa, jovencito. ¡Ah, sí, ya lo creo!

—No sabe nada, señor —dijo Rudolph, vaciando su taza de ginger-ale.

—¡Yo lo sé porque Dave me lo dijo! ¡Anoche! ¡Tuve un sueño en el que estaba Dave, y me dijo que este tipo era el amorcito de Sarah!

—¿Dónde está Sarah? —preguntó Sam—. Pensé que estaría aquí.

—Habló conmigo después de la bendición —dijo Rudolph—. Me dijo que usted sabría dónde encontrarla más tarde, si deseaba verla. Dijo que ya la había visto allí una vez.

—A ella le gustaba mucho Dave —dijo Lukey. Una lágrima repentina apareció en el borde de uno de sus ojos y bajó por su mejilla. La secó con el dorso de la mano—. A todos nos gustaba. ¡Dave siempre se esforzaba tanto! Es muy lamentable, ¿sabe? Realmente muy lamentable.

Súbitamente, Lukey rompió a llorar.

—Bueno, deja que te cuente algo —dijo Sam. Se acuclilló junto a Lukey y le tendió su pañuelo. Él mismo estaba al borde de las lágrimas y aterrorizado por lo que tenía que hacer, o tratar de hacer—. Al final lo consiguió. Murió sobrio. Oigáis lo que

oigáis, ateneos a eso, porque yo lo sé. Murió sobrio.

—Amén —dijo reverentemente Rudolph.

—Amén —repitió Lukey, devolviendo su pañuelo a Sam—. Gracias.

—De nada, Lukey.

—Esto…, ¿no tendrá más de esos malditos Slim Jims?

—No —contestó Sam, sonriendo—. Ya sabes lo que dicen, Lukey, te pasas y después no te basta con mil.

Rudolph rió. Lukey sonrió y volvió a apoyar un dedo contra una aleta de la nariz.

—¿Y qué hay de un cuarto de dólar? ¿No tendrá un cuarto, por casualidad?

3

La primera idea de Sam fue que podía haber regresado a la Biblioteca, pero eso no encajaba con lo que había dicho Rudolph. Había estado con Sarah en la Biblioteca aquella noche terrible que parecía haber transcurrido diez años atrás, pero habían ido juntos, no la había «visto» allí como se ve a alguien por una ventana o…

Entonces recordó dónde había visto a Sarah por una ventana: allí mismo, en la calle Angle. Formaba parte del grupo reunido en el patio trasero, haciendo no se sabía qué para mantenerse sobrios. Atravesó la cocina como había hecho aquel día, saludando a otras personas. Burt Iverson y Elmer Baskin estaban en uno de los pequeños grupos, bebiendo ponche de helado mientras escuchaban gravemente a una mujer anciana a la que Sam no conocía.

Pasó por la puerta de la cocina y salió a la galería trasera. El día era otra vez gris y desagradable. El patio estaba desierto, pero a Sam le pareció ver un relámpago de color pastel al otro lado de los arbustos que marcaban el límite más alejado del patio.

Bajó los escalones y cruzó el patio, consciente de que su corazón había empezado a latir con fuerza otra vez. Volvió a meter la mano en el bolsillo, y esta vez la sacó con los dos paquetes de celofán restantes. Contenían regaliz rojo Bull’s Eye. Los abrió y empezó a amasarlos formando una bola, mucho más pequeña que la que había hecho en el Datsun la noche del lunes. El olor dulce, azucarado, seguía resultándole tan nauseabundo como siempre. Oyó el traqueteo de un tren que avanzaba a lo lejos, y esto le hizo pensar en su sueño, aquél en el que Naomi se convertía en Ardelia.

Demasiado tarde, Sam. Ya es demasiado tarde. Está hecho.

Ella espera. Recuerda, Sam… ella espera.

A veces había mucha verdad en los sueños.

¿Cómo había sobrevivido todos aquellos años intermedios? Nunca se habían hecho aquella pregunta. ¿Cómo realizaba la transición de una persona a otra? Tampoco se lo habían preguntado. Tal vez la cosa que parecía una mujer llamada Ardelia Lortz era, bajo sus embrujos e ilusionismo, como una de esas polillas que tejían sus capullos en la horqueta de un árbol, los cubrían con un tejido protector y después volaban al lugar adonde iban a morir. Las larvas yacían silenciosas, esperando dentro de sus capullos…

Ella espera.

Sam siguió caminando, sin dejar de amasar la olorosa bolita hecha de aquel material que el Policía de la Biblioteca —su Policía de la Biblioteca— había robado y convertido en la materia de las pesadillas. La materia que de alguna manera, con la ayuda de Naomi y de Dave, había conseguido transformar en la materia de la salvación.

El Policía de la Biblioteca apretando a Naomi contra sí, colocando su boca en la nuca de Naomi como para besarla, y tosiendo.

La bolsa que colgaba bajo el cuello de esa cosa-Ardelia, Fláccida. Agotada. Vacía.

Por favor, no permitas que sea demasiado tarde.

Entró en la delgada franja de arbustos. Naomi Sarah Higgins estaba de pie al otro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le dirigió una mirada breve, y él quedó espantado por la palidez de sus mejillas y el aspecto demacrado de sus ojos. Después, ella volvió a contemplar las vías del ferrocarril. El tren se acercaba. Pronto podrían verlo.

—Hola, Sam.

—Hola, Sarah.

Sam rodeó su cintura con un brazo. Ella lo dejó, pero la forma de su cuerpo era rígida, inflexible, reservada. *Por favor, no permitas que sea demasiado tarde*, volvió a repetirse Sam y se descubrió pensando en Dave.

Después de abrir la puerta que daba a la plataforma de carga sosteniéndola con un taco de goma, lo habían dejado allí, en la biblioteca. Sam había utilizado una cabina pública a dos manzanas de distancia para informar sobre la puerta abierta. Cuando la recepcionista preguntó su nombre, colgó. Así habían encontrado a Dave, y por supuesto el veredicto fue muerte accidental. Aquellos habitantes de la ciudad a los que les importaba lo bastante para formular una teoría harían el razonamiento lógico: otro viejo vagabundo se había trasladado a la gran taberna del cielo. Supondrían que había recorrido el sendero con una botella, había visto la puerta abierta, había entrado y había caído contra el extintor en la oscuridad. Fin de la historia. Los resultados de la autopsia, que indicarían que no había alcohol en el torrente sanguíneo de Dave, no cambiarían ni un ápice esos supuestos, tal vez ni siquiera para la policía. *Simplemente, la gente espera que un borracho muera como un borracho* —pensó Sam—, *aunque no esté borracho*.

—¿Cómo te encuentras, Sarah? —preguntó. Ella lo miró fatigada.

—No muy bien, Sam. No muy bien. No puedo dormir, no puedo comer… Mi cabeza parece llena de las ideas más horribles…, no se parecen en nada a mis pensamientos, y quiero beber. Eso es lo peor. Quiero beber, y beber, y beber… Las reuniones no me ayudan. Por primera vez en mi vida, las reuniones no me ayudan.

Cerró los ojos y empezó a llorar, produciendo un sonido débil y terriblemente perdido.

—No —dijo él suavemente—, es natural. No te pueden ayudar. Y supongo que a ella le gustaría que empezaras a beber otra vez. Está esperando, pero eso no quiere decir que no tenga hambre.

Ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Qué…? Sam, ¿de qué estás hablando?

—Supongo que de la persistencia —dijo—. De la persistencia del mal, de cómo espera, de cómo puede ser tan astuto y desconcertante.

Alzó lentamente la mano y la abrió.

—¿Reconoces esto, Sarah?

Ella se apartó de la bola de regaliz que había en su palma. Durante un segundo, sus ojos se dilataron, totalmente despiertos. Chispearon con odio y miedo.

Y las chispas eran plateadas.

—¡Tira eso! —susurró—. ¡Tira esa maldita cosa!

Su mano se dirigió en un gesto protector hacia su nuca, donde el cabello castaño rojizo colgaba hasta los hombros.

—Te estoy hablando a ti —dijo enérgicamente él—. No a ella, sino a ti. Te amo, Sarah.

Ella volvió a mirarlo, y en sus ojos estaba otra vez aquella mirada de terrible fatiga.

—Sí —dijo—. Tal vez me ames. Y tal vez deberías aprender a no hacerlo.

—Quiero que hagas algo por mí, Sarah. Quiero que me des la espalda. Por allí viene un tren. Quiero que mires ese tren y no vuelvas a mirarme hasta que te lo diga. ¿Puedes hacerlo?

Su labio superior se levantó. Aquella expresión de odio y miedo volvía a animar la cara demacrada.

—¡No, déjame sola! ¡Vete!

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó—. ¿Lo es realmente? Dijiste a Dolph dónde podía encontrarte, Sarah. ¿De verdad quieres que me vaya?

Sus ojos volvieron a cerrarse. Las comisuras de su boca bajaron formando un tembloroso arco de angustia. Cuando abrió los ojos, estaban llenos de acosado terror y brillantes lágrimas.

—¡Oh, Sam, ayúdame! ¡Algo va mal y no sé qué es ni qué hacer!

—Yo sé lo que hay que hacer —dijo él—. Confía en mí, Sarah, y confía en lo que dijiste cuando íbamos camino de la Biblioteca el lunes por la noche. Honestidad y fe.

Esas cosas son lo opuesto al miedo. Honestidad y fe.

—Pero resulta difícil —susurró ella—. Resulta difícil confiar y creer.

Él la miró con severidad.

Súbitamente, el labio superior de Naomi se levantó, y el inferior sobresalió, convirtiendo momentáneamente su boca en algo parecido a un cuerno.

—¡Vete a tomar por el culo! —dijo—. ¡Vete a tomar por el culo, Sam Peebles!

Él la miró de nuevo con severidad.

Ella levantó las manos y se apretó las sienes.

—No quise decir eso. No sé por qué lo dije. Yo…, mi cabeza…, Sam, mi pobre cabeza. Es como si se estuviera partiendo en dos.

El tren silbó al cruzar el río Proverbia y entró en Junction City. Era el tren de mercancías de media tarde, el que seguía sin detenerse hacia los almacenes de Omaha. Sam lo veía avanzar.

—No nos queda mucho tiempo, Sarah. Tiene que ser ahora. Vuélvete y mira el tren. Mira cómo se acerca.

—Sí —dijo ella de pronto—. Vale. Haz lo que quieres hacer, Sam. Y si ves…, si ves que no va a funcionar…, empújame. Empújame delante del tren. Después puedes decirles a los demás que salté, que fue un suicidio. —Y lo miró suplicante, con aquellos ojos mortalmente cansados que lo contemplaban desde la cara exhausta—. Saben que no me encontraba bien…, la gente del Programa lo sabe. No se les puede ocultar cómo te sientes. Después de un tiempo, es imposible. Si dices que salté te creerán, y tendrán razón, porque no quiero seguir así. Pero lo que sucede es…, Sam, lo que sucede es que dentro de poco querré seguir.

—Tranquila —dijo él—. No vamos a hablar de suicidio. Mira el tren, Sarah, y recuerda que te amo.

Ella se volvió hacia el tren, que ahora estaba a poco más de un kilómetro y se acercaba a toda velocidad. Acercó las manos a la nuca y se levantó el cabello. Sam se inclinó, y allí estaba lo que buscaba, sobre la piel blanca y limpia de su cuello. Él sabía que su bulbo raquídeo comenzaba a menos de un centímetro por debajo de aquel lugar, y sintió que su estómago se revolvía asqueado.

Se inclinó sobre la prominencia semejante a una ampolla. Estaba cubierta de una malla similar a una telaraña de hilos blancos entrecruzados, pero podía verla debajo: un trozo de jalea rosada que se movía y latía al ritmo de su corazón.

—¡Déjame sola! —gritó de pronto Ardelia Lortz por boca de la mujer a la que Sam había llegado a amar—. ¡Déjame sola, bastardo!

Pero las manos de Sarah se mantenían firmes, levantando el cabello, permitiéndole el acceso.

—¿Ves los números de la locomotora, Sarah? —murmuró. Ella gimió.

Él hundió el pulgar en la bola blanda de regaliz que tenía en la mano, haciendo una depresión algo mayor que el parásito que descansaba en el cuello de Sarah.

—Léemelos, Sarah. Lee los números.

—Dos…, seis… ¡Oh, Sam! Me duele la cabeza… Es como si unas enormes manos desgarraran mi cerebro en dos…

—Lee los números, Sarah —murmuró él, mientras acercaba el regaliz rojo Bull's Eye a aquella prominencia pulsante, obscena.

—Cinco…, nueve…, cinco…

Apoyó el regaliz con suavidad. De pronto lo sintió retorcerse y agitarse bajo la capa azucarada. *¿Y qué pasará si se rompe? ¿Qué pasará si se abre antes de que pueda sacárselo? Es el veneno concentrado de Ardelia… ¿Qué pasará si se rompe antes de sacarlo*?

El tren volvió a pitar. El sonido tapó el grito de dolor de Sarah.

—Tranquila…

Simultáneamente, retiró el regaliz y lo apretó. Lo tenía; estaba atrapado en el caramelo, latiendo y moviéndose como un diminuto corazón enfermo. En la nuca de Sarah había tres agujeros diminutos, del tamaño de pinchazos de alfiler.

—¡Se ha ido! —gritó ella—. ¡Sam, se ha ido!

—Todavía no —dijo Sam con gravedad. El regaliz rojo estaba otra vez en su palma, y en su superficie se insinuaba una burbuja que luchaba por emerger.

Ahora el tren pasaba rugiendo por el depósito de Junction City, el depósito donde una vez un hombre llamado Brian Kelly había arrojado cuatro monedas a Dave Duncan, diciéndole que se fuera de allí. El tren estaba a menos de trescientos metros y avanzaba a toda velocidad.

Sam dejó a Sarah y se arrodilló junto a los raíles.

—Sam, ¿qué estás haciendo?

—Aquí tienes, Ardelia —murmuró él—. Prueba esto —añadió, pegando la bola pulsante de regaliz rojo en uno de los resplandecientes raíles de acero.

Oyó dentro de su cabeza un chillido de inexpresable furia y terror. Se apartó, mirando cómo la cosa atrapada dentro del regaliz luchaba y empujaba. El caramelo se abrió. Sam vio que dentro había algo de un rojo más oscuro que pugnaba por salir, y en ese momento el tren de las dos y veinte con destino a Omaha pasó rugiendo por encima, en una organizada tormenta de temblores durmientes y ruedas demoledoras.

El regaliz desapareció, y dentro de la cabeza de Sam Peebles el chillido penetrante se interrumpió como si lo hubieran cortado con un cuchillo.

Retrocedió y se volvió hacia Sarah. Ella se tambaleaba, con los ojos dilatados y llenos de alegría. Él rodeó su cintura con los brazos y la sostuvo mientras los vagones, tanques y remolques pasaban rugiendo, echando sus cabellos hacia atrás.

Se quedaron así hasta que pasó el furgón de cola, llevándose sus lucecillas rojas hacia el oeste. Después, ella se apartó un poco sin salir del círculo de sus brazos y lo miró.

—¿Soy libre, Sam? ¿De verdad me he librado de ella? Siento como si lo fuera, pero apenas puedo creerlo.

—Eres libre —dijo Sam—. Tú también has pagado tu multa, Sarah. Tu deuda ha

quedado saldada para siempre.

Ella acercó su cara a la de Sam y empezó a cubrir de pequeños besos sus labios y mejillas. No cerró los ojos, sino que se quedó mirándolo con gravedad todo el tiempo.

Por fin, él cogió sus manos y dijo:

—¿Por qué no entramos para presentar nuestros respetos? Tus amigos estarán preguntándose dónde estás.

—También pueden ser tus amigos, Sam, si quieres.

Él asintió.

—Sí, quiero. Lo deseo intensamente.

—Honestidad y fe —dijo ella, y tocó su mejilla.

—Ésas son las palabras —dijo Sam, besándola otra vez. Después le ofreció su brazo—. ¿Quiere venir conmigo, señora?

Ella pasó su brazo por el de Sam.

—A cualquier parte, señor, a cualquier parte.

Regresaron lentamente hacia la calle Angle cogidos del brazo.

El Perro de la Polaroid

En memoria de
John D. MacDonald.
Te extraño mucho
viejo amigo:
estabas en lo cierto
acerca de los tigres.

Las cuatro después de medianoche

Una nota sobre El perro de la Polaroid

De vez en cuando alguien me pregunta: «Steve, ¿cuándo vas a cansarte de esas historias de horror y a escribir algo serio?».

Solía creer que el insulto implícito en esta pregunta era accidental, pero a medida que han ido pasando los años me he ido convenciendo de que no es así. Verán, al mirar a la cara a la gente que me hace esa pregunta, veo que la mayoría de ellos parecen bombarderos esperando que la última andanada de bombas no dé en el blanco o caiga sobre la fábrica que desean, o que las municiones aterricen sin estallar.

El hecho es que casi todo lo que he escrito —y eso incluye muchas cosas humorísticas— lo escribí con seriedad. Recuerdo muy pocas ocasiones en las que me haya sentado ante la máquina de escribir riéndome incontroladamente de alguna historia absurda que acabara de esbozar. Nunca seré Reynolds Price o Larry Woiwode, porque yo no soy como ellos, pero eso no significa que no me preocupe seriamente por lo que hago. No obstante, debo hacer lo que puedo hacer. Como dijo una vez Nils Lofgren: «Tengo que ser mi propio y sucio yo. No haré chistes».

Si su definición de algo serio es algo real (es decir, ¡ALGO QUE PUEDE SUCEDER REALMENTE!), no se encuentra usted en el lugar apropiado y debería salir del edificio, por supuesto. Pero, por favor, mientras sale, recuerde que no soy el único que tiene intereses en este lugar específico: Franz Kafka tuvo un despacho aquí, y también George Orwell, y Shirley Jackson, y Jorge Luis Borges, y Jonathan Swift, y Lewis Carroll. Una mirada al tablero del vestíbulo le demostrará que entre sus actuales inquilinos se cuentan Thomas Berger, Ray Bradbury, Jonathan Carroll, Thomas Pynchon, Thomas Disch, Kurt Vonnegut Jr., Peter Straub, Joyce Carol Oates, Isaac Bashevis Singer, Katherine Dunn y Mark Halpern.

Hago lo que hago por razones muy serias: amor, dinero y obsesión. El relato de lo irracional es el medio más sano de que dispongo para reflejar el mundo en el que

vivo. Estos cuentos me han servido como instrumentos de metáfora y moralidad; siguen ofreciendo la mejor ventana que conozco para asomarnos a ella y contemplar cómo percibimos las cosas y cómo nos comportamos en base a nuestras percepciones. He explorado estas cuestiones lo mejor que he podido dentro de los límites de mi talento e inteligencia. No soy un ganador del Premio Nacional o del Pulitzer, pero soy serio, de eso no cabe duda. Aunque no crean ninguna otra cosa, no duden nunca de esto: cuando les cojo de la mano, amigos míos, y empiezo a hablar, creo cada una de las palabras que digo.

Muchas de las cosas que tengo que decir —esas Cosas Realmente Serias— se refieren al universo de la ciudad pequeña donde me crié y donde todavía vivo. Los cuentos y novelas son modelos a escala de lo que alegremente llamamos «vida real», y creo que las vidas, tal como se viven en las ciudades pequeñas, son modelos a escala de lo que alegremente llamamos «sociedad». Indudablemente, esta idea se presta a la argumentación, y la argumentación es algo estupendo (sin ella, montones de profesores y críticos de literatura se quedarían sin trabajo). Yo simplemente digo que un escritor necesita alguna clase de rampa de salida; aparte de la firme creencia de que el cuento puede existir honorablemente por sí mismo, la idea de la ciudad pequeña como microcosmos social y psicológico es mía. Empecé a experimentar con este tipo de cosas en *Carrie*, y continué a una escala más ambiciosa con *El misterio de Salem's Lot*. No obstante, no acerté con mi vena hasta *La zona muerta*.

Creo que ésa fue la primera de mis historias de Castle Rock (que es, en realidad, la ciudad de Jerusalem's Lot sin los vampiros). En los años transcurridos desde que la escribí, Castle Rock se ha convertido cada vez más en «mi ciudad», en el sentido en que la mítica ciudad de Isola es la ciudad de Ed McBain, y la aldea de Glory, en Virginia Oeste, fue la ciudad de Davis Grubb. Una y otra vez he acudido allí para estudiar la vida de sus habitantes y la geografía que parece gobernarla: Castle Hill, Castle View, Castle Lake y las carreteras de la ciudad que forman una maraña en el extremo occidental de la población.

A medida que han ido pasando los años, me he sentido cada vez más interesado —casi fascinado— por la vida secreta de esa ciudad, a causa de las relaciones ocultas que parecían hacérseme cada vez más claras. La mayor parte de esta historia no está escrita o no se ha publicado: cómo el finado sheriff George Bannerman perdió su virginidad en el asiento trasero del coche de su difunto padre; cómo el marido de Ophelia Todd fue asesinado por un molino de viento andante; cómo el alguacil Andy Clutterbuck perdió el dedo índice de la mano izquierda (se lo cortó un ventilador y el perro de la familia se lo comió).

Después de *La zona muerta*, que es en parte la historia del psicópata Frank Dodd, escribí una novela corta titulada *El cuerpo*, luego *Cujo*, la novela en la cual el bueno del sheriff Bannerman mordió el polvo, y a continuación una serie de cuentos y relatos sobre la ciudad (los mejores, al menos para mí, son «El atajo de la Sra. Todd» y «El camión de tío Otto»). Todo ello está muy bien, pero un estado de fascinación

con un escenario ficticio tal vez no sea lo mejor del mundo para un escritor. Lo fue para Faulkner y para J. R. R. Tolkien, pero a veces un par de excepciones no hacen más que confirmar la regla, aparte de que yo no juego en ese equipo.

De modo que en algún momento decidí —primero en el inconsciente, me parece, que es donde se produce el Trabajo Realmente Serio— que había llegado el momento de cerrar el libro de Castle Rock, Maine, donde tantos de mis personajes favoritos han vivido y muerto. Ya era suficiente. Tocaba avanzar (tal vez hasta la puerta de al lado, en Harlow, ¡ja, ja, ja!). Pero no quería irme sin más; quería terminar las cosas, y hacerlo de manera contundente.

Poco a poco empecé a comprender cómo podía hacerlo, y durante los cuatro últimos años me he dedicado a escribir una trilogía de Castle Rock: ni más ni menos que los últimos relatos de Castle Rock. No los he escrito por orden (a veces creo que la historia de mi vida podría titularse «caos»), pero ahora ya están acabados y son lo bastante serios, aunque espero que eso no signifique que tienen tendencia a la sobriedad o al tedio.

El primero de estos relatos, *La mitad oscura*, fue publicado en 1989. Si bien es, en principio, la historia de Thad Beaumont y transcurre en su mayor parte en una ciudad llamada Ludlow (la ciudad donde vivían los Creed en *Cementerio de animales*), la ciudad de Castle Rock figura en el libro, que sirve para presentar al sustituto del sheriff Bannerman, un tipo llamado Alan Pangborn. El sheriff Pangborn aparece en el núcleo de la última historia de esta secuencia, una novela larga llamada *La Tienda*, cuya publicación está programada para el año próximo y cerrará mis tratos con lo que la gente del lugar llama La Roca.

El tejido conectivo entre estos trabajos más largos es el cuento que viene a continuación. En «El perro de la Polaroid» aparecen pocos de los personajes importantes de Castle Rock, pero sirve para presentar a Papi Merrill, cuyo sobrino, Ace Merrill, es el chico malo de la ciudad (y la *bête noire* de Gordie LaChance en *El cuerpo*). Además, «El perro de la Polaroid» prepara el escenario para el castillo de fuegos artificiales del final. Tiene entidad propia —o, al menos, eso espero— y podrán leerlo con placer aquéllos a quienes les importen un pito *La mitad oscura* y *La Tienda*.

Es necesario añadir algo: todo cuento tiene su propia vida secreta, aparte de su escenario, y «El perro de la Polaroid» es un cuento sobre cámaras y fotógrafos. Hace unos cinco años, mi esposa, Tabitha, se interesó por la fotografía; descubrió que se le daba bien y empezó a estudiar en serio. Yo soy mal fotógrafo (soy uno de esos tipos que se las arreglan siempre para cortarle la cabeza a la gente, fotografiarla con la boca abierta, o ambas cosas al mismo tiempo), pero respeto mucho a los buenos fotógrafos, y el proceso me fascina.

En el transcurso de sus experimentos, mi esposa compró una Polaroid, una cámara sencilla, accesible para los imbéciles como yo. Aquella cámara me fascinó. Naturalmente, había visto y utilizado antes una Polaroid, pero nunca había pensado

realmente en ellas ni había mirado con atención las imágenes que producen. Cuanto más pensaba en ellas, más extrañas me parecían. Al fin y al cabo, no son solo imágenes, sino momentos del tiempo, y hay algo peculiar en ellas.

Este cuento se me ocurrió una noche del verano de 1987, pero el proceso mental que lo hizo posible se prolongó durante casi un año, cosa que, para mí, es bastante. Ha sido estupendo estar otra vez con ustedes, así que no pienso dejar que se vayan aún.

Creo que tenemos que ir a una fiesta de cumpleaños en la pequeña ciudad de Castle Rock.

Capítulo 1

El 15 de septiembre era el cumpleaños de Kevin, y le regalaron precisamente lo que deseaba: una Sun.

El Kevin en cuestión era Kevin Delevan, y cumplía quince años. Era una Sun 660, una cámara Polaroid que lo hace todo por el fotógrafo principiante salvo sándwiches de mortadela de Bolonia.

Naturalmente, Kevin recibió otros regalos. Su hermana Meg le regaló un par de mitones tejidos por ella, llegaron diez dólares de su abuela de Des Moines, y su tía Hilda envió —como siempre— una corbata de lazo con un alfiler horrible. Había enviado la primera de esas corbatas cuando Kevin cumplió tres años, lo que quería decir que ya tenía doce corbatas de lazo con alfileres horribles guardadas en un cajón, a las cuales se agregaría ésta, la que hacía el número trece. Jamás se había puesto ninguna, pero no le permitían tirarlas. La tía Hilda, que vivía en Portland, jamás había ido a un cumpleaños de Kevin o de Meg, pero uno de esos años tal vez decidiera hacerlo. Dios sabía que era posible. Portland estaba apenas a veinticinco kilómetros de Castle Rock. Y, suponiendo que fuera y se le antojase ver a Kevin con otra de las corbatas (o, ya que estamos en eso, a Meg con otra de sus bufandas), ¿qué sucedería? Con algunos parientes cualquier excusa serviría, pero la tía Hilda era distinta. La tía Hilda presentaba cierta posibilidad dorada en un punto en el que se cruzaban dos hechos esenciales: era rica y era vieja.

La madre de Kevin estaba convencida de que, algún día, la tía Hilda podría HACER ALGO por Kevin y Meg. Se daba por sentado que ese ALGO se produciría después de que estirara la pata, en forma de una cláusula en su testamento. Mientras tanto, se consideraba una medida prudente guardar las horribles corbatas y las bufandas igualmente espantosas. De modo que aquella decimotercera corbata de lazo (en cuyo alfiler había un pájaro que a Kevin le pareció un pájaro carpintero) iría a reunirse con las otras, y Kevin escribiría a la tía Hilda una nota de agradecimiento, no porque su madre insistiera en ello, ni tampoco porque él pensara que la tía Hilda podría HACER ALGO por él y su hermana algún día, sino porque en general era un chico reflexivo con buenos hábitos y ningún vicio real.

Agradeció a su familia todos los regalos (como es natural, su padre y su madre le habían obsequiado con algunos regalos menores, aunque la Polaroid era evidentemente la estrella, y estaban encantados con su entusiasmo), sin olvidar dar un beso a Meg (que se echó a reír y fingió limpiarse el beso, pero que mostró su deleite con igual claridad) y decirle que estaba seguro de que los mitones le irían muy bien para esquiar en invierno. Sin embargo, la mayor parte de su atención quedó reservada para la caja de la Polaroid y los carretes que la acompañaban.

Se comportó muy bien mientras comían el pastel de cumpleaños y los helados, aunque era evidente que estaba deseando coger la cámara y probarla. Y lo hizo en

cuanto pudo.

Entonces empezaron los problemas.

Leyó las instrucciones con toda la minucia que le permitió su ansiedad por comenzar. Después, cargó la cámara mientras la familia lo miraba con atención y un miedo inexpresado (por alguna razón, aquellos regalos más deseados suelen ser los que no funcionan). Se oyó un pequeño suspiro colectivo —más ruido que aire— cuando la cámara escupió obedientemente el cuadrado de cartón, tal como el folleto de instrucciones había prometido.

En la carcasa de la cámara había dos pequeños puntos, uno rojo y el otro verde, separados por una línea relampagueante. Cuando Kevin cargó la cámara, se encendió la luz roja y permaneció encendida un par de segundos. Mientras la Sun 660 resoplaba en busca de luz, la familia observaba con silenciosa fascinación. Después, la luz roja se apagó y la verde empezó a parpadear rápidamente.

—Ya está lista —dijo Kevin, en el mismo tono esforzadamente desinteresado con el que Neil Armstrong había informado de su primer paso sobre la superficie de la luna—. ¿Por qué no os ponéis más juntos?

—¡Detesto que me hagan fotos! —exclamó Meg, cubriéndose la cara con la ansiedad y el placer teatrales que solo pueden expresar las niñas púberes y las actrices realmente malas.

—Vamos, Meg —dijo el señor Delevan.

—No seas tonta, Meg —dijo la señora Delevan.

Meg dejó caer las manos (y las objeciones), y los tres se situaron a la cabecera de la mesa con la disminuida tarta de cumpleaños en primer plano.

Kevin miró a través del visor.

—Mamá, acércate un poco a Meg —indicó, moviendo la mano izquierda—. Tú también, papá —añadió, moviendo esta vez la mano derecha.

—¡Me estáis aplastando! —protestó Meg dirigiéndose a sus padres.

Kevin apoyó el dedo en el botón del disparador. En ese momento recordó una nota que apenas había mirado al leer las instrucciones, sobre lo fácil que era cortarle la cabeza a la gente en las fotografías. *Cabezas fuera*, pensó. Eso tendría que haber resultado divertido, pero por alguna razón sintió un leve estremecimiento en la base de la columna vertebral, que olvidó casi antes de percibir. Levantó un poco la cámara. Muy bien. Estaban todos encuadrados. Estupendo.

—¡Vale! —canturreó—. ¡Una sonrisa, por favor!

—¡Kevin! —exclamó su madre.

Su padre rompió a reír, y Meg chilló con esa especie de risa histérica que ni siquiera se les suele escapar a las malas actrices; solo las niñas entre diez y doce años están autorizadas a emitir esa risa en particular.

Kevin apretó el disparador.

El flash, alimentado por la pila incluida en el carrete, bañó por un instante la habitación con una justiciera luz blanca.

Es mía, pensó Kevin. Ése debió haber sido el momento más emocionante de su decimoquinto cumpleaños, pero la idea provocó el regreso de aquel extraño estremecimiento. En esta ocasión lo notó con mayor intensidad.

La cámara hizo un ruido, una mezcla de chirrido y zumbido, un sonido difícil de describir, aunque de todos modos familiar para mucha gente: el sonido de una cámara Polaroid escupiendo lo que tal vez no sea arte, pero que a menudo resulta útil y casi siempre proporciona una gratificación instantánea.

—¡Déjame ver! —exclamó Meg.

—Frena, encanto —dijo el señor Delevan—. La impresión necesita cierto tiempo.

Meg observaba la rígida superficie gris de lo que todavía no era una fotografía con la atención fascinada de una mujer mirando una bola de cristal.

El resto de la familia se acercó, y se produjo la misma sensación de ansiedad que había presidido la ceremonia de cargar la cámara: naturaleza muerta de familia norteamericana esperando para soltar el aire.

Kevin sintió que sus músculos se tensaban, y esta vez no pudo ignorarlo. No acertaba a explicar la sensación que experimentaba, pero lo cierto es que estaba allí. Al parecer, no podía apartar los ojos del sólido cuadrado gris dentro del marco blanco que constituiría los bordes de la foto.

—¡Creo que me veo! —exclamó Meg, encantada. Y, después de un momento—: No, creo que no. Creo que veo…

Observaron en absoluto silencio mientras el gris se aclaraba como se supone que se aclara la bruma en la bola de una vidente, cuando la vibración de las emociones o lo que sea es la correcta y, de pronto, la escena se hace visible.

El señor Delevan fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Una especie de chiste?

Sin advertirlo, Kevin había dejado la cámara demasiado cerca del borde de la mesa, para ver cómo se impresionaba la foto. Meg vio lo que había en la foto y dio un paso atrás. La expresión de su cara no era de miedo o espanto, sino de vulgar sorpresa. Al volverse hacia su padre, levantó una mano. La mano golpeó la cámara, y ésta cayó de la mesa al suelo. La señora Delevan había estado mirando cómo emergía la fotografía sumida en una especie de trance, y ahora la expresión de su cara era la de una mujer profundamente desconcertada, o la de alguien que sufre una jaqueca. El ruido que hizo la cámara al caer al suelo la sobresaltó. Dejó escapar un débil grito y retrocedió. Al hacerlo, pisó un pie de Meg y perdió el equilibrio. El señor Delevan estiró un brazo para sostenerla y empujó hacia delante con bastante fuerza a Meg, que seguía entre ambos. El señor Delevan no solo sujetó a su mujer, sino que lo hizo con cierta gracia. Durante un instante, formaron un estupendo grupo fotográfico: mamá y papá demostrando que todavía sabían componer un corte y quebrada al final de un tango conmovedor; ella, con una mano levantada y el cuerpo tirado hacia atrás; él, inclinado sobre ella en aquella ambigua postura masculina que, sacada de contexto,

podría interpretarse como de solicitud o lujuria.

Meg tenía once años y era menos grácil. Salió despedida hacia la mesa y se golpeó el estómago. El golpe fue lo bastante fuerte para lastimarla, pero no sucedió nada porque durante el último año y medio había estado asistiendo a clase de ballet tres tardes a la semana. No bailaba con mucha gracia, pero disfrutaba, y afortunadamente la danza había endurecido los músculos de su estómago lo suficiente para amortiguar el golpe con la misma eficacia con que una buena suspensión amortigua, en beneficio del coche, los baches de una carretera. No obstante, al día siguiente había una banda negra y azul encima de sus caderas. Aquellos hematomas tardaron dos semanas en adquirir una tonalidad púrpura y a continuación amarillenta, hasta desaparecer. El mismo proceso que una foto de Polaroid, pero a la inversa.

En el momento en que se produjo este accidente tipo Rube Goldberg, ni siquiera lo sintió. Simplemente, se golpeó contra la mesa y gritó. La mesa se inclinó. La tarta de cumpleaños, que debería haber salido en primer plano en la primera foto de Kevin con la cámara nueva, resbaló de la mesa. La señora Delevan ni siquiera tuvo tiempo de empezar con el consabido: «Meg, ¿te has hecho daño?», cuando el fragmento restante de tarta cayó sobre la Sun 660, con un jugoso ¡plaf! que salpicó sus zapatos y el zócalo de crema *fondant*.

Solo se veía el visor, muy manchado de chocolate holandés. Eso era todo.

Feliz cumpleaños, Kevin.

Esa tarde, Kevin y el señor Delevan estaban sentados en el sofá de la sala cuando entró la señora Delevan agitando dos hojas de papel grapadas. Kevin y el señor Delevan tenían cada uno un libro en el regazo (*El mejor y más brillante* el padre; *Tiroteo en Laredo* el hijo), pero lo que hacían sobre todo era contemplar la cámara Sun, que yacía sobre la mesilla de café en medio de un montón de fotos Polaroid. Al parecer, en todas las fotos aparecía la misma imagen.

Meg estaba sentada en el suelo frente a ellos, mirando una película alquilada en el videoclub. Kevin no estaba seguro de cuál era, pero salía un montón de gente corriendo y chillando, así que supuso que sería una de terror. A Megan le apasionaban. A sus padres les parecía de mal gusto (sobre todo al señor Delevan, que se sentía con frecuencia ultrajado por lo que llamaba «basura inútil»), pero esa noche nadie dijo nada. Kevin imaginaba que ambos se sentían aliviados por que ella hubiera dejado de quejarse de su estómago dolorido, preguntándose en voz alta cuáles eran los síntomas de una lesión en el bazo.

—Aquí están. Los encontré en el fondo del bolso la segunda vez que miré —anunció la señora Delevan, tendiendo los papeles a su esposo. Se trataba de unas facturas de J. C. Penney’s y un recibo de MasterCard—. Nunca puedo encontrar este tipo de cosas la primera vez. Creo que a todo el mundo le pasa lo mismo. Es una especie de ley natural.

Estudió a su marido y a su hijo con las manos apoyadas en las caderas.

—Por el aspecto que tenéis, se diría que alguien ha matado al gato de la familia.

—No tenemos gato —dijo Kevin.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Claro que es una vergüenza, pero lo solucionaremos en un abrir y cerrar de ojos. En Penney's nos la cambiarán sin problemas…

—No estoy tan seguro —dijo Delevan. Cogió la cámara, la miró con disgusto (de hecho, casi resopló encima de ella) y después volvió a dejarla—. Cuando cayó se le hizo una muesca, ¿ves?

La señora Delevan solo le echó una mirada de compromiso.

—Bueno, si en Penney's se niegan, los de Polaroid no lo harán. Quiero decir que es evidente que el problema que tiene no fue provocado por la caída. La primera fotografía era exactamente igual a éstas, y Kevin la hizo antes de que Meg la tirara de la mesa.

—Fue sin querer —dijo Meg sin volverse.

En la pantalla, una figura pequeña —un muñeco diabólico llamado Chucky, si Kevin había entendido bien— estaba persiguiendo a un niño. Chucky llevaba un mono azul y esgrimía un cuchillo.

—Lo sé, cariño. ¿Cómo va el estómago?

—Duele —dijo Meg—. Un poco de helado me ayudaría. ¿Queda?

—Sí, creo que sí.

Meg dedicó a su madre su sonrisa más seductora.

—¿Podrías traerme un poco?

—Claro que no —contestó amablemente la señora Delevan—. Ve a buscarlo tú misma. ¿Qué es esa cosa horrible que estás mirando?

—*Muñeco Diabólico* —dijo Megan—. Es sobre ese muñeco llamado Chucky que tiene vida. ¡Es estupenda!

La señora Delevan frunció la nariz.

—Meg, los muñecos no tienen vida —dijo su padre en tono cansado, como si supiera que era una causa perdida.

—Chucky sí —respondió Meg—. En las películas puede pasar cualquier cosa.

Utilizó el mando para hacer una pausa y se fue a buscar el helado.

—¿Por qué le gusta mirar esas porquerías? —preguntó el señor Delevan a su esposa, en un tono casi de súplica.

—No lo sé, querido.

Kevin había cogido la cámara con una mano y las fotos con la otra. Había casi una docena.

—No estoy tan seguro de querer cambiarla —dijo.

Su padre lo miró estupefacto.

—¿Qué? ¡Jesús!

—Bueno —dijo Kevin, un poco a la defensiva—, yo lo único que digo es que tal

vez tendríamos que pensarlo con más calma. Lo que intento decir es que no se trata de un defecto ordinario. Vamos, si las fotos salieran sobreexpuestas, o borrosas, o simplemente blancas, sería una cosa. Pero ¿cómo se consigue obtener este resultado? La misma foto una y otra vez. ¡Mirad! ¡Y están al aire libre, pese a que sacamos todas las fotos dentro de casa!

—Es una broma práctica —dijo su padre—. Tiene que serlo. Lo que hay que hacer es cambiar la maldita cámara y olvidarlo.

—No creo que sea eso —replicó Kevin—. En primer lugar, es demasiado complicado. ¿Cómo se prepara una cámara para que fotografíe siempre lo mismo? Además, la psicología no encaja.

—¡Y ahora psicología! —exclamó el señor Delevan, mirando desanimado a su esposa.

—¡Sí, psicología! —respondió Kevin con firmeza—. Cuando un tipo te pone un explosivo en el cigarrillo o te ofrece una barrita de chicle con pimienta, se queda merodeando para no perderse la diversión, ¿no? Pero, a menos que tú o mamá me estéis tomando el pelo…

—Tu padre no suele tomar el pelo, cariño —dijo la señora Delevan, afirmando amablemente lo obvio.

El señor Delevan miraba a Kevin con los labios apretados. Era la mirada que adoptaba siempre que advertía que su hijo se deslizaba hacia el área en la que parecía hallarse más cómodo: el ala izquierda. El extremo del ala izquierda. En Kevin había una vena intuitiva, adivinatoria, que siempre lo desconcertaba y confundía. No sabía de dónde había salido, pero estaba convencido de que no era de su rama de la familia.

Suspiró y volvió a mirar la cámara. En el lado izquierdo de la carcasa faltaba un trocito de plástico negro, y en el centro del visor había una raja no más gruesa que un cabello humano. Era tan delgada que desaparecía por completo cuando acercabas la cámara al ojo para ver la foto que no conseguirías. Sobre la mesilla de café había una muestra de lo que sí conseguirías, y en el comedor había otros doce ejemplares.

Lo que se obtenía era algo parecido a un miembro de la perrera local.

—Vale, ¿y qué demonios vas a hacer con ella? —preguntó—. Lo que sugiero es que pensemos razonablemente, Kevin. ¿Qué utilidad práctica tiene una cámara que saca una y otra vez la misma fotografía?

Pero Kevin no estaba pensando en la utilidad práctica. Estaba sintiendo y recordando. En el instante en que abrió el obturador, una idea clara

(es mía)

había invadido su mente con la misma intensidad con que el relámpago momentáneo del flash había inundado sus ojos. Esa idea, completa, aunque inexplicable en cierta forma, había ido acompañada de una poderosa mezcla de emociones que todavía no podía identificar del todo, pero en la que le parecía que predominaban el miedo y la excitación.

Y además, su padre siempre quería razonar. Jamás podría comprender las

intuiciones de Kevin o el interés de Meg por un muñeco asesino llamado Chucky.

Meg regresó con un enorme plato de helado y volvió a poner la película. Ahora alguien intentaba quemar a Chucky con una tea, pero el muñeco seguía blandiendo el cuchillo.

—¿Todavía os estáis peleando?

—Estamos discutiendo —dijo el señor Delevan. Sus labios estaban más apretados que nunca.

—Sí, vale —dijo Meg, sentándose en el suelo y cruzando las piernas—. Siempre dices eso.

—¿Meg? —dijo Kevin amablemente.

—¿Qué?

—Si al bazo roto le echas esa cantidad de helado, morirás de manera horrible durante la noche. Naturalmente, es posible que tu bazo no esté roto, pero…

Meg le sacó la lengua y volvió a concentrarse en la película.

El señor Delevan miraba a su hijo con una expresión en la que se mezclaban el afecto y la exasperación.

—Mira, Kev, es tu cámara. Sobre eso no hay discusión. Puedes hacer lo que quieras con ella, pero…

—Papá, ¿no te interesa ni un poquito saber por qué hace lo que hace?

—No —respondió John Delevan tajante.

Esta vez le tocó a Kevin levantar los ojos al cielo. Mientras tanto, la mirada de la señora Delevan iba de uno a otro como la de alguien que disfruta de un estupendo partido de tenis. Y no se equivocaba demasiado. Se había pasado años observando cómo su esposo y a su hijo argumentaban, y todavía no se había aburrido. A veces se preguntaba si descubrirían alguna vez cuánto se parecían.

—Bueno, quiero meditarlo.

—Estupendo. Solo quiero que sepas que mañana puedo pasar por Penney’s y cambiarla, si es eso lo que deseas y ellos aceptan cambiar artículos deteriorados. Si decides quedártela, me parece estupendo, pero yo me lavo las manos. —Y, para ilustrarlo, se frotó enérgicamente las palmas.

—Supongo que no os interesa mi opinión —intervino Meg.

—Exacto —dijo Kevin.

—Por supuesto que sí, Meg —dijo la señora Delevan.

—Yo creo que es una cámara sobrenatural —explicó Meg, lamiendo helado de la cuchara—. Creo que es una manifestación.

—Eso es totalmente ridículo —replicó de inmediato el señor Delevan.

—No, no lo es —dijo Meg—. Resulta que es la única explicación posible. Tú no estás de acuerdo porque no crees en esas cosas. Papá, si alguna vez se te apareciera un fantasma, no lo verías. ¿Qué crees, Kev?

Durante un instante, Kevin no contestó. No pudo contestar. Sentía como si se hubiera disparado otro flash, pero este detrás de sus ojos en lugar de delante.

—¿Kev? ¡Vuelve a la tierra, Kevin!

—Creo que tal vez tengas razón, niña —dijo lentamente.

—¡Ay, Dios querido! —exclamó John Delevan poniéndose en pie—. Es la venganza de Freddy y Jason. Mi hijo cree que su cámara está embrujada. Me voy a la cama, pero antes quiero decir una sola cosa más. Una cámara que hace fotografías iguales una y otra vez, sobre todo de algo tan ordinario como lo que se ve en estas fotos, es una aburrida manifestación de lo sobrenatural.

—Sin embargo… —dijo Kevin, mirando las fotos como si se enfrentara a una jugada dudosa en una partida de póker.

—Creo que es hora de que todos nos vayamos a la cama —decidió la señora Delevan—. Meg, si te resulta imprescindible ver el final de esa obra maestra, puedes hacerlo por la mañana.

—¡Pero si falta muy poco! —exclamó Meg.

—Yo subiré con ella, mamá —dijo Kevin.

Quince minutos más tarde lo hizo, después de contemplar la eliminación del malvado Chucky (al menos hasta la siguiente película de la serie). Pero aquella noche a Kevin le costó dormirse. Se quedó mucho tiempo despierto, oyendo cómo el fuerte viento de final del verano agitaba las hojas en una conversación susurrada, pensando en la causa de que una cámara tomara la misma fotografía una y otra vez y qué significaba eso. Solo empezó a dormirse cuando comprendió que su decisión estaba tomada: se quedaría la Polaroid Sun.

Es mía, se dijo de nuevo. Se puso de costado, cerró los ojos, y cuarenta segundos más tarde dormía profundamente.

Capítulo 2

Entre los tintineos y latidos de lo que parecían cinco mil relojes, y absolutamente indiferente a ellos, Reginald *Papi* Merrill introdujo una linterna más delgada que un oftalmoscopio en la Polaroid 660 de Kevin, mientras éste contemplaba cómo manipulaba la cámara. Las gafas de Papi, que no necesitaba para ver de cerca, descansaban en lo alto de su cabeza calva.

—¡Ajá! —exclamó y apagó la luz.

—¿Quiere decir que sabe lo que le pasa? —preguntó Kevin.

—No —respondió Papi Merrill, cerrando el compartimiento de la Sun donde se alojaba la película, que ahora estaba vacío—. No tengo ni idea.

Antes de que Kevin pudiera añadir algo, los relojes empezaron a dar las cuatro, y durante unos momentos, la conversación, aunque posible, pareció absurda.

Quiero meditarlo, le había dicho a su padre la noche de su decimoquinto cumpleaños —tres días antes—, y fue una afirmación que les sorprendió a ambos. Siendo todavía niño había hecho profesión de no pensar en las cosas, y en el fondo de su corazón el señor Delevan creía que Kevin nunca sería capaz de reflexionar, aunque tuviera que hacerlo. Como sucede a menudo entre padres e hijos, los dos habían quedado seducidos por la idea de que sus comportamientos y sus maneras diversas de concebir las cosas jamás cambiarían, fijando así su relación para la eternidad y prolongando la infancia. *Quiero meditarlo*. En esta afirmación había un mundo de cambio potencial.

Además, como ser humano que hasta entonces había tomado la mayor parte de las decisiones en base a sus instintos más que a su razón (y era una de esas personas con suerte que casi siempre decidían bien; en otras palabras, la clase de persona que vuelve loca a la gente razonable), Kevin se sintió sorprendido e intrigado al descubrir que se encontraba atrapado entre la espada y la pared.

Punto 1: Había deseado una cámara Polaroid y se la habían regalado para su cumpleaños; sin embargo, lo que él quería era una Polaroid que funcionase.

Punto 2: Se sentía sumamente intrigado por el empleo de la palabra sobrenatural por parte de Meg.

Su hermana menor tenía una importante vena de locura, pero no era estúpida, y a Kevin no le parecía que hubiera utilizado esa palabra de manera irreflexiva o frívola. Su padre —que pertenecía más bien a la tribu de los Razonables que a la de los Instintivos— se había burlado. Kevin, por su parte, descubrió que no podía hacer lo mismo, al menos todavía no. Esa palabra… Esa palabra exótica y fascinante se convirtió en un plinto en torno al cual no podía dejar de dar vueltas.

Creo que es una Manifestación.

A Kevin le divertía (y le mortificaba un poco) que solo Meg hubiera tenido la suficiente inteligencia —o coraje— para decir explícitamente lo que tendría que habérseles ocurrido a todos, dada la rareza de las fotos producidas por la Sun, pero en

realidad no resultaba tan sorprendente. La verdad es que no se podía decir que fueran una familia religiosa. Tan solo frecuentaban la iglesia cuando, cada tres años, la tía Hilda iba a pasar con ellos las vacaciones, en lugar de con otros parientes. Y eso era más o menos todo, con excepción de las bodas y funerales ocasionales. Si alguno de ellos creía en el mundo invisible, era Megan, que nunca se cansaba de cadáveres andantes, muñecos vivientes y coches que tomaban sus propias decisiones y atropellaban a la gente que no les gustaba.

Ni el padre ni la madre de Kevin se sentían atraídos por lo esotérico. Jamás leían los horóscopos en el diario, ni confundían los cometas o las estrellas fugaces con señales del Señor; y cuando alguien veía el rostro de Jesús en el fondo de un plato de enchilada, John y Mary Delevan solo veían una enchilada demasiado cocida. No era sorprendente, pues, que Kevin, quien jamás había visto un rostro en la luna porque sus padres no se habían tomado la molestia de señalárselo, tampoco hubiera sido capaz de imaginar la posibilidad de una Manifestación sobrenatural en una cámara que tomaba sin cesar la misma fotografía —ya fuera en el interior, en el exterior, o en la oscuridad del armario del dormitorio—, hasta que le fue sugerida por su hermana, quien una vez había escrito una carta de admiradora a Jason, recibiendo a vuelta de correo la foto de un tipo con una máscara de hockey manchada de sangre.

Una vez que se había apuntado la posibilidad, resultaba difícil desprenderse de ella. Como dijo una vez aquel viejo inteligente de Dostoievski a su hermanito, cuando eran un par de rusos jóvenes y listos: a ver quién es capaz de pasar los próximos treinta segundos sin pensar en un oso polar de ojos azules.

Resultaba difícil.

De modo que se había pasado dos días dando vueltas mentalmente en torno a aquel plinto, intentando descifrar jeroglíficos que no estaban allí, y tratando de decidir si prefería la cámara o la posibilidad de una Manifestación.

Hacia el final del segundo día (los dilemas rara vez duran más de una semana, incluso en el caso de un chico de quince años, evidentemente destinado a pertenecer a la tribu de los Razonables), se había decidido por la Manifestación, al menos como prueba.

Tomó esta decisión durante la hora de estudio, a las siete, y cuando sonó la campana que señalaba el fin de la jornada escolar se acercó al maestro que más respetaba, el señor Baker, y le preguntó si conocía a alguien que reparara cámaras.

—Pero no un tipo cualquiera de una tienda —explicó—. Más bien algo así como…, ya sabe, un tipo reflexivo.

—¿Un filósofo? —preguntó el señor Baker. Ese tipo de cosas que decía eran las que inspiraban el respeto de Kevin. Le parecían geniales—. ¿Un sabio del obturador? ¿Un alquimista de la apertura? ¿Un…?

—Una persona que haya visto mucho —respondió Kevin con cautela.

—Papi Merrill —dijo el señor Baker.

—¿Quién?

—El encargado del Emporium Galorium.

—¡Ah, ese sitio!

—Sí —dijo sonriendo el señor Baker—. Ese sitio. Es decir, si es que estás buscando una especie de señor Manitas casero.

—Supongo que sí.

—Allí tiene prácticamente de todo —explicó el señor Baker.

Kevin estuvo de acuerdo. Aunque nunca había entrado, había pasado por delante del Emporium Galorium cinco, diez, tal vez quince veces por semana (en una ciudad del tamaño de Castle Rock se pasaba con frecuencia por delante de todo, lo que, según la humilde opinión de Kevin Delevan, resultaba increíblemente aburrido), y había mirado los escaparates. Parecían literalmente atestados de objetos, en su mayor parte mecánicos. Sin embargo, su madre decía con voz desdeñosa que era una «tienda de basuras», y su padre afirmaba que el señor Merrill ganaba dinero «tomándoles el pelo a los turistas veraniegos», de modo que Kevin nunca había entrado. Si solo hubiera sido una «tienda de basuras», tal vez lo habría hecho; en realidad, casi con toda certeza lo habría hecho. Pero hacer lo mismo que hacían los turistas o comprar algo donde «timaban» a los turistas era inconcebible. Antes habría ido al instituto con falda y blusa. Los turistas podían hacer lo que quisieran (y, de hecho, lo hacían). Estaban todos locos y llevaban sus asuntos de manera demencial. Existir junto a ellos tenía un pase, pero ser confundido con ellos a Kevin le resultaba francamente inaceptable.

—Prácticamente de todo —repitió el señor Baker—, y la mayor parte de lo que tiene lo ha arreglado él. Cree que esa pose de filósofo chalado que adopta engaña a la gente, pero nadie que lo conozca se atrevería a desengañarlo. No creo que nadie se atreviera.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

El señor Baker se encogió de hombros. Una sonrisilla extraña, apretada, se dibujó en su boca.

—Papi…, quiero decir, el señor Merrill tiene puestas las manos en un montón de pasteles de por aquí. Te sorprendería, Kevin.

A Kevin no le interesaba cuántos pasteles manoseara Papi Merrill ni de qué estaban rellenos. Solo le quedaba una pregunta importante por hacer, ya que los turistas se habían marchado y probablemente pudiera deslizarse sin ser visto en el interior del Emporium Galorium al día siguiente por la tarde, si aprovechaba la posibilidad que tenían todos los estudiantes, salvo los de primero, de acortar dos veces por mes la hora de estudio.

—¿Le llamo Papi o señor Merrill?

El señor Baker contestó solemnemente:

—Creo que mataría a cualquier persona menor de sesenta años que le llamara Papi.

A Kevin le pareció que el señor Baker no bromeaba.

—Realmente no lo sabe, ¿eh? —dijo Kevin cuando los relojes empezaron a calmarse.

No había sucedido como en las películas, cuando todos los relojes dan la hora al unísono; ésos eran relojes de verdad, y Kevin supuso que la mayoría de ellos —junto con el resto de los aparatos del Emporium Galorium— en realidad no funcionaban sino que se limitaban a ir tirando. Habían empezado a las 3.58 según su Seiko de cuarzo.

Empezaron a coger velocidad y a subir de volumen gradualmente (como un viejo camión entrando en segunda con gemidos y sacudidas de fatiga).

Hubo tal vez unos cuatro segundos durante los cuales parecieron dar la hora, tintinear, canturrear, sonar y piar al mismo tiempo, pero cuatro segundos era la sincronicidad máxima que podían conseguir. Y «empezar a calmarse» no fue exactamente lo que hicieron, sino algo así como darse por vencidos, como si cierta cantidad de agua estancada finalmente aceptara abrirse camino por la tubería, aunque no del todo.

No tenía ni idea de por qué se sentía tan decepcionado. ¿De verdad había esperado otra cosa? No era posible que hubiese confiado en que Papi Merrill, a quien el señor Baker describió como filósofo chalado y señor Manitas casero, apretase un resorte y dijera: «Aquí está, éste es el cabrón que hace aparecer el perro cada vez que aprietas el disparador. Es un resorte canino, y pertenece a uno de esos perritos de juguete a los que se les da cuerda para que caminen y ladren un poco; hay un bromista en la línea de montaje de Polaroid que siempre los pone en las malditas cámaras».

—No tengo ni la más mínima idea —repitió Papi alegremente. Estiró el brazo hacia atrás y cogió una pipa de caña de maíz tipo Douglas MacArthur de un apoyapipas en forma de cubo. Empezó a llenarla con tabaco que sacaba de una bolsa de piel que tenía grabadas las palabras MALA HIERBA—. Es más, ni siquiera puedo desmontar estos bebés.

—¿No puede?

—No —admitió Papi. Gorjeaba como un pájaro. Hizo una pausa lo bastante larga para introducir un pulgar en el puente de alambre que unía las lentes de sus gafas sin montura y darle un tirón. Las gafas cayeron de la calva cúpula y se colocaron exactamente en el lugar que les correspondía, ocultando las manchas rojas que se extendían a ambos lados de la nariz de Papi y haciendo un ruidillo carnoso—. Las viejas sí que podían desarmarse —continuó, sacando una cerilla de un bolsillo de su chaleco (naturalmente, usaba chaleco) y apretando la gruesa uña amarilla de su pulgar contra el extremo de encendido. Sí, sin duda alguna Papi era un hombre capaz de timar a los turistas con una mano atada a la espalda (suponiendo, claro, que no se tratara de la mano que usaba para coger las cerillas y encenderlas). Hasta el quinceañero Kevin podía darse cuenta de ello. Papi Merrill tenía estilo—. Me refiero a las Polaroid Land. ¿Alguna vez has visto una de esas bellezas?

—No —confesó Kevin.

Papi encendió la cerilla al primer intento, lo que por supuesto debía de hacer siempre, y la aplicó a la pipa de caña de maíz, enviando con sus palabras pequeñas señales de humo de aspecto vistoso y olor absolutamente repugnante.

—¡Ah! —exclamó con nostalgia—. Se parecían a esas cámaras antiguas que usaban gente como Mathew Brady a finales del siglo pasado, o en todo caso antes de que la Kodak introdujera la Brownie. Lo que quiero decir (Kevin observó que ésta era la expresión favorita de Papi Merrill; la utilizaba de la misma manera en que algunos de los chicos de la escuela decían «¿sabes?», es decir, como expresión enfatizadora, modificadora, cualificadora y, sobre todo, como una útil pausa de reflexión) es que introdujeron ciertas modificaciones, le dieron un baño de cromo y le pusieron paneles laterales de piel auténtica, pero aun así seguía pareciendo tan anticuada como las que se utilizaban para hacer daguerrotipos. Cuando abrías una de esas viejas Polaroid Land, aparecía un cuello en forma de acordeón, ya que las lentes necesitaban un pie, quizá de hasta veinte centímetros, para enfocar la imagen. Parecía anticuada como el demonio cuando la ponías junto a una Kodak de finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta. Además, tenía otra cosa en común con las cámaras de daguerrotipo: solo tomaba fotos en blanco y negro.

—¿De veras? —preguntó Kevin, interesado a su pesar.

—¡Ajá! —exclamó Papi entusiasmado, con los ojos azules chispeando a través del humo de su pipa, tras las gafas redondas sin montura. Era el tipo de chispas que tanto pueden indicar buen humor como avaricia—. Lo que quiero decir es que la gente se reía de esas cámaras como se rieron de los Escarabajos Volkswagen cuando salieron, pero compraban las Polaroid y los Volkswagen, porque los Escarabajos gastaban poco combustible y no se averiaban con tanta frecuencia como los coches norteamericanos, y las Polaroid hacían una cosa que ni las Kodak, las Nikon, las Minolta o las Leica hacían.

—Tomaban fotos instantáneas.

Papi sonrió.

—Bueno, no exactamente. Lo que quiero decir es que se tomaba la foto y después se sacaba la tira. No tenía motor, así que no hacía ese ruidillo gemebundo de las Polaroid modernas.

De modo que había una manera perfecta de describir aquel sonido; solo tenías que encontrar a un Papi Merrill que te lo dijera: el sonido que hacían las cámaras Polaroid cuando escupían su producto era un ruidillo gemebundo.

—Y además, tenías que cronometrar —dijo Papi.

—¿Crono…?

—¡Ajá! —afirmó Papi con inmensa satisfacción, contento como el pájaro tempranero que ha encontrado un fabuloso gusano—. Lo que quiero decir es que en aquella época no tenían toda esa basura automática. Tirabas para sacar esa tira larga, la ponías sobre la mesa o donde fuera, y esperabas sesenta segundos. Tenía que ser

aproximadamente sesenta. Si la dejabas menos, obtenías una foto borrosa; si la dejabas más, quedaba sobreexpuesta.

—¡Vaya! —exclamó Kevin respetuosamente.

Y no era un respeto fingido para seguirle la corriente al viejo con la esperanza de que regresara al punto de partida, que no era precisamente un montón de cámaras desaparecidas que en su día habían sido maravillas, sino su propia cámara, la maldita Sun 660 que descansaba sobre el banco de trabajo de Papi, entre un viejo reloj colocado a su derecha, y algo que se parecía sospechosamente a un consolador a su izquierda. No era respeto fingido, y Papi lo sabía. Entonces éste cayó en la cuenta (a Kevin no se le habría ocurrido) de cuán fugaz era aquel gran dios blanco del «estado de la artesanía». *Diez años más* —pensó— *y habrá desaparecido hasta la expresión*. A juzgar por el semblante fascinado del muchacho, se podría creer que estaba oyendo hablar de algo tan antiguo como la dentadura postiza de George Washington, en lugar de una cámara que todo el mundo había considerado el último grito solo treinta años atrás. Aunque, naturalmente, treinta años atrás ese niño todavía flotaba en el vacío incalculable, formando parte de una hembra que todavía no había conocido al macho que aportaría la otra mitad.

—Lo que quiero decir es que entre la foto y su soporte había una pequeña cámara oscura —resumió Papi, hablando lentamente al principio, pero acelerando a medida que resurgía su genuino interés por la materia (aunque en ningún momento dejó de pensar en quién sería el padre de ese chico ni en el valor que podrían tener para él el chico y su extraña cámara)—. Y, al cabo de un minuto, había que separar la foto de su soporte con mucho cuidado, porque detrás había una especie de jalea que, si tenías la piel un poco sensible, podía producirte una seria quemadura.

—Espantoso —dijo Kevin.

Tenía los ojos dilatados y parecía un chico a quien le estuvieran hablando de los antiguos excusados con dos agujeros, que Papi y todos sus colegas de la escuela (casi todos eran colegas; había tenido pocos amigos de infancia en Castle Rock, tal vez porque ya se preparaba para el trabajo de timar turistas y, de alguna manera, los otros niños lo percibían, como si se tratara de un ligero olor a mofeta) habían tomado como algo natural. Así, hacían sus necesidades lo más rápido posible, tanto en pleno verano, a causa de las avispas que siempre describían círculos por allí, entre el maná y los dos agujeros que eran el cielo desde donde caía, porque en cualquier momento podía ocurrírseles la idea de plantar el aguijón en sus tiernas nalgas, como en pleno invierno, porque sus tiernas nalgas podían congelarse si no lo hacían. *Bueno* —pensó Papi—, *es todo lo que puede decirse de la cámara del futuro. Después de treinta y cinco años, a este chico le causan el mismo impacto que el cagadero del patio*.

—El negativo estaba en el soporte —prosiguió Papi—. En cuanto al positivo…, bueno, era en blanco y negro, pero un blanco y negro estupendo, de una nitidez y claridad que ni siquiera hoy puede obtenerse. Y luego estaba aquel artilugio rosado, que si no recuerdo mal era como los borradores de la escuela, del que se desprendía

un producto químico con olor a éter. Tenías que pasarlo por encima de la foto lo más rápido posible, porque de otro modo la foto se convertía en un tubo.

Kevin rompió a reír, encantado con aquellas agradables antigüedades.

Papi permaneció en silencio el tiempo necesario para volver a encender su pipa. Cuando lo hubo hecho, continuó:

—Solo la gente de Polaroid sabía realmente lo que hacía esa cámara. Lo que quiero decir es que ellos estaban cerca, pero en realidad su trabajo era puramente mecánico. Se podía desarmar —afirmó, mirando con cierto disgusto la Sun de Kevin —. Y casi siempre que una se averiaba era todo lo que había que hacer. A veces entraba un tipo con una, diciendo que no funcionaba, y quejándose de que tendría que enviarla a la Polaroid y de que tardarían meses en devolvérsela, y preguntando si podía echarle un vistazo. «Bueno —respondía yo—, no creo que pueda hacer nada. Lo que quiero decir es que nadie sabe realmente nada de estas cámaras, salvo la gente de Polaroid, y ellos tampoco demasiado, pero le echaré un vistazo». Yo sabía que probablemente lo único que le pasaba es que tenía algún tornillo flojo, o tal vez un resorte en mal estado, o quizá que el niño había metido un poco de mantequilla de cacahuete en el compartimiento de la película.

Uno de sus brillantes ojos de pájaro hizo un guiño con tal rapidez y tan maravillosa astucia que, en opinión de Kevin, si uno no hubiera sabido que hablaba de los turistas, habría creído que su imaginación le gastaba una mala pasada o —cosa aún más probable— no se habría ni enterado.

—Lo que quiero decir es que se daba una situación perfecta —aclaró Papi—. Si podías arreglarla era que obrabas milagros. Vamos, que una vez me embolsé ocho dólares cincuenta por sacar dos migajas de patatas fritas de entre el disparador y el resorte del obturador, y la mujer que trajo la cámara me besó en los labios. ¡En los labios! —Desde el otro lado de la semitransparente cortina de humo azul, Kevin observó que el ojo de Papi volvía a hacer un guiño—. Y, naturalmente, si era algo que no podías arreglar no te lo tenían en cuenta, porque en realidad no esperaban que fueras capaz de hacer algo. Tú eras solo el último recurso antes de meterla en una caja, envolverla en un fajo de papel de periódico para evitar que se rompiera más en Correos, y enviarla a Schenectady. Pero esta cámara… —Habló con ese típico tono de disgusto que todos los filósofos chalados, ya estuvieran en Atenas en la edad de oro o en una pequeña tienda de basuras durante la actual edad de bronce, adoptan para expresar su visión de la entropía sin tener que explicitarla—. Esta cosa no ha sido armada, hijo, sino vertida. Tal vez podría sacar las lentes, y lo haré si quieres; y ya he mirado en el compartimiento de la película aunque sabía que no vería nada fuera de lugar…, de eso al menos me di cuenta…, y efectivamente no lo vi. Pero no puedo ir más allá. Podría coger un martillo y golpearla. Lo que quiero decir es que podría romperla, pero ¿arreglarla? —preguntó, abriendo los brazos entre el humo—. No, señor.

—Entonces, supongo que tendré que… —Lo que pensaba decir era «devolverla»,

pero Papi le interrumpió.

—De todos modos, hijo, creo que eso ya lo sabías. Lo que quiero decir es que eres un chico inteligente, capaz de ver cuándo una cosa es de una sola pieza. No creo que hayas traído esta cámara para que la arregle. Creo que sabes que, aun cuando no fuera de una sola pieza, un hombre no podría arreglar lo que está haciendo esa cosa, al menos no con un destornillador. Creo que me la trajiste para preguntarme si sabía de qué se trata.

—¿Lo sabe? —preguntó Kevin. Estaba totalmente en tensión.

—Tal vez —contestó tranquilamente Papi Merrill. Se inclinó sobre el montón de fotografías, que ahora sumaban veintiocho, contando la que había tomado Kevin para demostrarle lo que hacía y otra que había tomado Papi para asegurarse—. ¿Están en orden?

—No, pero más o menos. ¿Tiene importancia?

—Creo que sí —dijo Papi—. Son un poco diferentes, ¿no? No mucho, pero un poco.

—Sí —admitió Kevin—. Veo la diferencia en algunas, pero…

—¿Sabes cuál es la primera? Probablemente podría encontrarla, pero el tiempo es oro, muchacho.

—Es fácil —dijo Kevin, cogiendo una de las del montón y señalando una pequeña mancha marrón en el marco blanco de la fotografía—. ¿Ve el glaseado?

—¡Ajá!

Papi le dirigió apenas una mirada. Observó atentamente la foto y, al cabo de un momento, abrió el cajón de su banco de trabajo. Estaba lleno de herramientas colocadas al azar. A un lado, en un hueco especial, había un objeto envuelto en terciopelo de joyero. Papi lo cogió, apartó el paño y sacó una enorme lupa con un interruptor en la base. Se inclinó sobre la Polaroid y apretó el interruptor. Sobre la superficie de la foto apareció un círculo de luz brillante.

—¡Es estupendo! —exclamó Kevin.

—¡Ajá! —repitió Papi.

Kevin advirtió que, para Papi, él ya no estaba. Se limitaba a estudiar la foto con gran atención.

Si uno no hubiera conocido las extrañas circunstancias en que se había tomado, la foto no habría justificado semejante escrutinio. Al igual que la mayor parte de las fotos tomadas con una cámara decente, buena película y un fotógrafo lo bastante inteligente para no tapar la lente con el dedo, era clara, comprensible y, como casi todas las Polaroid, absurdamente ordinaria. Era una foto en la cual se podía identificar y nombrar cada objeto, pero su contenido era tan plano como su superficie. La composición no era brillante, pero lo que fallaba allí no era eso; apenas podía denominarse fallo a aquella monotonía ordinaria, de la misma manera en que no puede decirse que un día real de la vida real es un fallo, porque a lo largo de él no ha sucedido nada digno de un telefilme.

Al igual que en la mayoría de las Polaroid, las cosas que había en la foto eran reales, como una silla vacía en un porche, o el columpio vacío de un niño en un patio trasero, o un coche sin ocupantes estacionado en una esquina cualquiera, sin siquiera un neumático pinchado que lo hiciera interesante o único.

Lo que fallaba en la foto era la sensación de defecto que se experimentaba al contemplarla. Kevin recordó la intranquilidad que le había invadido mientras situaba a sus protagonistas para la foto que quería sacar, y el estremecimiento que recorrió su columna vertebral cuando pensó, todavía con el resplandor del flash iluminando la habitación: *Es mía*. Eso era lo que fallaba, y, así como no se puede dejar de ver un rostro en la luna una vez que se ha visto, estaba descubriendo que no se podía dejar de experimentar ciertas sensaciones. Además, en el caso de esas fotos, las sensaciones eran desagradables.

Kevin pensó: *Es como si desde esa fotografía soplara un viento muy suave, muy frío*.

Por primera vez la idea de que podía ser algo sobrenatural, de que aquello formaba parte de una Manifestación hizo algo más que intrigarlo. Por primera vez se encontró deseando haber dejado las cosas como estaban. *Es mía*. Eso fue lo que pensó al hacer la primera foto. Ahora se descubrió preguntándose si tal vez no lo habría entendido al revés.

Me asusta lo que está haciendo.

Pensar eso no le gustó. Se inclinó sobre el hombro de Papi Merrill con la determinación de un hombre que ha perdido un diamante en un montón de arena, totalmente decidido a, viera lo que viese (suponiendo que pudiera ver algo nuevo, cosa que dudaba, porque había estudiado esas fotografías lo suficiente para estar convencido de que había visto todo lo que había que ver), mirarlo, estudiarlo y no permitirse bajo ningún pretexto dejar de verlo. Aun cuando pudiera… Una dolorosa voz interior, sin embargo, le sugirió enérgicamente que el tiempo de no ver había pasado, tal vez para siempre.

Lo que mostraba la fotografía era un gran perro negro frente a una cerca de estacas blanca. La cerca no seguiría siendo blanca durante mucho tiempo, a menos que alguien perteneciente a aquel mundo plano de Polaroid la pintara, o al menos la encalara. Pero no parecía probable; la cerca se veía descuidada, olvidada. La parte superior de algunas estacas puntiagudas estaba rota. Otras colgaban hacia fuera, flojas.

El perro permanecía en un senderillo frente a la cerca. Sus cuartos traseros apuntaban al visor. Su cola, larga y espesa, estaba caída. Parecía estar oliendo una de las estacas, probablemente, en opinión de Kevin, porque esa estaca era lo que su padre llamaba un «rinconcito», un lugar donde muchos perros levantaban la pata y dejaban místicos garabatos amarillos antes de seguir andando.

A Kevin le parecía un perro vagabundo. Tenía el pelo largo, enredado y lleno de bardanas. Una de sus orejas presentaba el aspecto contraído de una vieja cicatriz de batalla. Su sombra era lo bastante larga para terminar fuera del marco, sobre el jardín herboso, irregular, que quedaba dentro de la cerca. La sombra hizo pensar a Kevin que la foto se había tomado no mucho después del amanecer o no mucho antes del crepúsculo; era imposible decir cuál era el caso sin saber en qué dirección había estado colocado el fotógrafo (¿qué fotógrafo?, ¡ja, ja, ja!), pero sí se podía afirmar que él (o ella) había hecho la foto de pie, a muy pocos grados del este o del oeste.

En el extremo izquierdo de la foto se distinguía, sobre la hierba, un objeto que parecía una pelota de goma roja. Estaba dentro de la cerca, y lo bastante oculto por uno de los montones de hierba para que resultara difícil decirlo con seguridad.

Y eso era todo.

—¿Reconoces algo? —preguntó Papi, moviendo lentamente atrás y adelante la lupa por la fotografía.

Tan pronto los cuartos traseros del perro se transformaban en montecillos llenos de arbustos negros, salvajes y ominosamente exóticos, como tres o cuatro de las estacas astilladas adquirían el tamaño de postes de teléfono, y el objeto que había detrás del manojo de hierba se identificaba claramente como la pelota de un niño (aunque bajo la lupa de Papi parecía una pelota de fútbol). Kevin veía incluso las estrellas que adornaban la parte media en erguidas líneas de goma. De modo que, bajo la lupa de Papi, se le reveló algo nuevo. Poco después vería otra cosa por sí solo, sin lupa. Pero eso fue más tarde.

—¡Diablos! No —respondió Kevin—. ¿Cómo podría reconocerlo, señor Merrill?

—Porque hay cosas —dijo Papi con paciencia, sin dejar de mover la lupa. Kevin recordó una película que había visto donde la poli enviaba un helicóptero con faros de búsqueda para encontrar prófugos—. Un perro, una acera, una cerca que pide a gritos una mano de pintura o ser derribada, un jardín que necesita cuidados. La acera no es mucho, ni siquiera puede verse toda, y la casa no sale en la foto, ni siquiera su base. En fin, lo que quiero decir es que aquí hay un perro. ¿Lo reconoces?

—No.

—¿Y la cerca?

—No.

—¿Y qué hay de la pelota roja de goma? ¿Qué me dices de eso, hijo?

—No, aunque por su aspecto se diría que tendría que acordarme.

—Mi aspecto es el de alguien que piensa que podrías acordarte —dijo Papi—. ¿Nunca tuviste una pelota así cuando eras niño?

—Que yo recuerde, no.

—Dijiste que tienes una hermana.

—Megan.

—¿Nunca tuvo una pelota así?

—No lo creo. Nunca sentí gran interés por los juguetes de Meg. Una vez tuvo un

saltador Bolo, y la pelota era roja, pero de otro tono más oscuro.

—¡Ajá! Ya sé cómo son esas pelotas, pero ésta es diferente. ¿Y ése no podría ser tu jardín?

—¡Host…! ¡Ostras, no! —exclamó Kevin algo ofendido. Él y su padre cuidaban muy bien el jardín que rodeaba la casa. Era de un verde profundo, y así seguiría siéndolo, aun bajo las hojas caídas, hasta por lo menos mediados de octubre—. De todos modos, no tenemos una cerca de estacas.

Y si la tuviéramos —pensó—, *no ofrecería ese aspecto horrible*.

Papi soltó el botón en la base de la lupa, la colocó sobre el retal de terciopelo de joyero y, con un cuidado que se acercaba a la reverencia, la envolvió. Volvió a guardar el paquete en su lugar original en el cajón y lo cerró. Miró atentamente a Kevin. Había dejado la pipa a un lado, así que el humo ya no oscurecía sus ojos, que seguían siendo penetrantes, aunque habían dejado de hacer guiños.

—Lo que quiero decir es si puede ser tu casa antes de que la comprarais. Hace diez años, por ejemplo.

—Hace diez años ya la teníamos —contestó Kevin, desconcertado.

—Bueno, pues veinte, treinta… Lo que quiero decir es si reconoces la forma del terreno. Parece como si hiciera una pendiente suave.

—Nuestro jardín delantero… —pensó meneando la cabeza—. No, el nuestro es llano. En todo caso hace un poco de bajada. Tal vez sea la razón por la que se filtra agua en el sótano cuando la primavera es lluviosa.

—¡Ajá, ajá! Podría ser. ¿Y el fondo?

—Allí no hay acera —dijo Kevin—, y a los lados… —De pronto se interrumpió —. ¡Está tratando de descubrir si mi cámara toma fotos del pasado! —exclamó, y por primera vez se sintió real y activamente asustado. Pasó la lengua por el paladar y le pareció percibir un sabor metálico.

—Solo preguntaba —dijo Papi, tamborileando con los dedos junto a las fotografías. Parecía hablar más para sus adentros que dirigiéndose a Kevin—. ¿Sabes? —dijo—. De vez en cuando pasan cosas muy extrañas con dos aparatos que nos parecen enteramente normales. No pretendo afirmar tajantemente que pasen, pero si no es así, el mundo está lleno de mentirosos y estafadores.

—¿Qué aparatos?

—Grabadoras y cámaras Polaroid —dijo Papi, hablando aún con las fotos o consigo mismo, como si no hubiera ningún Kevin en aquella polvorienta trastienda llena de relojes del Emporium Galorium—. Tomemos el ejemplo de las grabadoras. ¿Sabes cuánta gente afirma haber grabado las voces de tipos muertos?

—No —respondió Kevin. No tenía intención de susurrar, pero lo hizo; al parecer, por una u otra razón no le quedaba demasiado aire en los pulmones.

—Tampoco yo —dijo Papi, moviendo las fotografías con un dedo romo y nudoso, un dedo que parecía hecho para movimientos y operaciones rudos y torpes, para empujar a gente, tirar vasos y causar hemorragias nasales si trataba de sacar un moco

seco de las narices de su propietario.

Sin embargo, mirando las manos del hombre, Kevin pensó que probablemente habría más gracia en uno solo de sus dedos que en todo el cuerpo de su hermana Meg (y tal vez del suyo propio; el clan Delevan no se distinguía por la ligereza de sus manos o pies, lo cual probablemente fuera la razón por la que aquella imagen de su padre cogiendo tan ágilmente a su madre cuando caía le había impresionado tanto y tal vez siempre la recordaría). El dedo de Papi Merrill sugería que en cualquier momento podía tirar todas las fotos al suelo por error; ese tipo de dedo torpe siempre pegaría, golpearía y pellizcaría por error, pero no lo hizo. Las Polaroid apenas se movieron en respuesta a sus movimientos inquietos.

Sobrenatural, pensó otra vez Kevin, sintiendo un ligero estremecimiento. Fue un estremecimiento real, sorprendente, turbador y un poco molesto, aun cuando Papi no lo hubiera advertido.

—Pero ellos incluso tienen un sistema para hacerlo —dijo Papi. Después, como si Kevin lo hubiera preguntado, continuó—: ¿Quién? Que me aspen si lo sé. Supongo que algunos son «investigadores psíquicos», o al menos se autodenominan así, pero lo más probable es que la mayoría lo haga por puro entretenimiento, como esa gente que usa el tablero de *ouija* en las fiestas —y miró adusto a Kevin, como si estuviera redescubriéndolo—. ¿Tienes una *ouija*, hijo?

—No.

—¿Has jugado alguna vez?

—No.

—No lo hagas —dijo Papi, más severo que nunca—. Esas malditas cosas son peligrosas.

Kevin no se atrevió a decirle al viejo que no tenía ni la menor idea de lo que era un tablero de *ouija*.

—En todo caso, conectan una grabadora en una habitación vacía. Lo que quiero decir es que se supone que es una casa vieja, una casa con historia, si pueden encontrarla. ¿Sabes lo que quiero decir cuando hablo de una casa con historia, hijo?

—¿Algo así como… una casa encantada? —aventuró Kevin.

Descubrió que sudaba ligeramente, como el año anterior cada vez que la señora Whittacker anunciaba un suspenso en álgebra.

—Bueno, eso puede servir. Ésa… gente… prefiere una casa con una historia violenta, pero se conforma con lo que encuentra. Bien, como iba diciendo, conectan el aparato en la habitación vacía y al día siguiente…, porque lo hacen siempre por la noche, no están satisfechos a menos que sea de noche, y si es posible a medianoche…, al día siguiente escuchan la cinta.

—¿Graban una cinta en una habitación vacía?

—A veces —dijo Papi en un murmullo que podía disimular o no un sentimiento más profundo— se oyen voces.

Kevin volvió a estremecerse. Al fin y al cabo, había jeroglíficos en el plinto. Nada

que uno quisiera leer, pero…, sí, estaban allí.

—¿Voces reales?

—Por lo general, fruto de la imaginación —dijo Papi con cierto desdén—. Pero en una o dos ocasiones he oído decir a gente en quien confío que escucharon voces reales.

—Pero ¿usted no las ha oído nunca?

—Una vez —respondió Papi secamente. Permaneció en silencio durante tanto tiempo que Kevin comenzaba a pensar que no iba a añadir nada más. Pero dijo—: Era una sola palabra. Clara como una campana. Se grabó en el recibidor de una casa vacía en Bath. Un hombre mató allí a su esposa en 1946.

—¿Qué palabra era? —preguntó Kevin, tan seguro de que no se lo diría como de que no había poder en la tierra, y menos el de su voluntad, que le impidiera preguntar.

Sin embargo, Papi lo dijo.

—Jofaina.

—¿Jofaina? —pestañeó Kevin.

—¡Ajá!

—Eso no quiere decir nada.

—Tal vez sí —dijo tranquilamente Papi—, teniendo en cuenta que le cortó el cuello y después le sostuvo la cabeza sobre una jofaina para recoger la sangre.

—¡Ay, Dios!

—¡Ajá!

—¡Ay, Dios! ¿De veras?

Papi no se molestó en contestar.

—¿No podría haber sido un truco?

Papi señaló las fotos con la caña de su pipa.

—¿Acaso lo son éstas?

—¡Ay, Dios!

—Ahora, veamos el caso de las Polaroid —dijo Papi, como si fuera un narrador pasando enérgicamente al siguiente capítulo de una novela y leyendo las palabras: «Mientras tanto, en otra parte del bosque…»—. He visto fotos donde aparecen personas que la otra gente de la foto jura que no estaban con ellos en el momento de tomarse la fotografía. Y hay una, muy famosa, que hizo una señora en Inglaterra. Ella tomó una foto de unos cazadores de zorros regresando a casa al final del día. Son unos veinte, y aparecen cruzando un pequeño puente de madera. Es un camino campestre, flanqueado por árboles a ambos lados del puente. Los que van delante ya han salido del puente. Y a la derecha de la foto, de pie junto al camino, hay una dama con traje largo, un sombrero con velo, de modo que no puedes verle la cara, y un bolso colgado del brazo. Vamos, que hasta puedes ver que en el pecho lleva un relicario, o tal vez un reloj. Bueno, pues cuando la señora que hizo la fotografía la vio, se alteró muchísimo. Y nadie podía culparla, hijo, porque lo que quiero decir es que ella quería sacar una foto de los cazadores regresando a casa y de nadie más,

porque allí no había nadie más. Salvo en la fotografía, claro. Y, cuando la miras de cerca, parece como si a través de aquella dama pudieras ver los árboles.

Se lo está inventando todo, está tomándome el pelo y cuando me vaya se reirá como un loco, pensó Kevin, sabiendo que Papi Merrill no estaba haciendo nada por el estilo.

—La señora que tomó esa fotografía estaba pasando unos días en una de esas grandes casas inglesas que aparecen en los programas educativos de la tele, y, por lo que he oído decir, cuando mostró la fotografía el dueño de la casa se desmayó. Esa parte puede ser inventada. Probablemente lo sea. Suena a invención, ¿no? Sin embargo, he visto esa foto en una revista junto a un retrato de la bisabuela del tipo, y podría tratarse de la misma persona. No se puede estar seguro a causa del velo, pero podría ser.

—Tal vez sea un truco —sugirió Kevin débilmente.

—Puede ser —admitió Papi con indiferencia—. La gente es muy aficionada a todo tipo de travesuras. Por ejemplo, mira a mi sobrino Ace —dijo, frunciendo el ceño—. Está cumpliendo una condena de cuatro años en Shawshank. ¿Y por qué? Por asaltar The Mellow Tiger. Se aficionó a las travesuras y a causa de eso el sheriff Pangborn lo metió en chirona. El pequeño idiota recibió su merecido.

Kevin, exhibiendo una sabiduría superior a sus años, no dijo nada.

—Pero las fotografías en las que aparecen fantasmas, hijo, o, como tú dices, lo que la gente afirma que son fantasmas, casi siempre son Polaroid. Y casi siempre parece ser por accidente. En cambio, esas fotos de platillos volantes y aquella del monstruo del lago Ness casi siempre son una muestra de las del otro tipo, de las que puede hacer en un cuarto oscuro un tipo aficionado a las travesuras.

Dedicó un tercer guiño a Kevin, expresando con él todas las travesuras (sean las que fueren) que un fotógrafo sin escrúpulos puede realizar en un cuarto oscuro bien equipado.

Kevin pensó en preguntar a Papi si era posible que alguien se dedicara a las travesuras con *ouija*, pero decidió continuar en silencio. Parecía, con mucho, lo más prudente.

—Así que, por si acaso, te pregunté si en estas Polaroid veías algo conocido.

—Pero no veo nada —dijo Kevin, tan serio que pensó que Papi creería que estaba mintiendo, como le sucedía siempre a su madre cuando él cometía el error táctico de afirmar algo con excesiva vehemencia, aunque fuese controlada.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Papi, ignorando sus palabras de un modo que a Kevin le hizo sentirse casi irritado.

—Bueno —dijo Kevin después de un momento de absoluto silencio, salvo por el tictac de los cincuenta mil relojes—, supongo que eso es todo, ¿no?

—Tal vez no —contestó Papi—. Lo que quiero decir es que se me ha ocurrido una pequeña idea. ¿Te importa sacar otras fotos con esa cámara?

—¿Para qué? Son todas iguales.

—Ésa es la cuestión. No lo son.

Kevin abrió la boca y después la cerró.

—Incluso aportaré algo para comprar los carretes —dijo Papi—. Bueno, un poco —especificó rápidamente al ver la cara sorprendida de Kevin.

—¿Y cuántas fotos quiere?

—Bueno, tienes… ¿Cuántas? Veintiocho, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Otras treinta —dijo Papi, después de pensarlo durante unos instantes.

—¿Por qué?

—No voy a decírtelo. Por ahora, no —añadió, al tiempo que sacaba un pesado monedero, enganchado a un cinturón colgado de una cadena de acero. Lo abrió, extrajo un billete de diez dólares, vaciló y añadió otros dos de uno con evidente renuencia—. Supongo que eso cubre la mitad.

Sí, exacto, pensó Kevin.

—Si realmente estás interesado en averiguar qué hace la cámara, supongo que pondrás el resto, ¿no?

Los ojos de Papi resplandecieron como los ojos de un viejo gato curioso, y Kevin comprendió que el hombre estaba convencido de que diría que sí, pues le parecía inconcebible que pudiera decir lo contrario. Kevin pensó: *Si dijera que no, ni siquiera lo oiría. Respondería: Vale, estamos de acuerdo. Y yo me encontraría plantado en la acera con su dinero en el bolsillo, me gustara o no*.

Por otra parte, él tenía el dinero de su cumpleaños.

De todos modos, había que pensar en aquel viento helado. Ese viento que parecía soplar, no desde la superficie, sino desde dentro de aquellas fotografías, pese a su superficie engañosamente plana, engañosamente brillante. Sentía aquel viento que salía de ellas, pese a su muda declaración: *Somos fotografías Polaroid, y, por razones que no solo no podemos explicar, sino ni tan siquiera comprender, mostramos únicamente la superficie vulgar de las cosas*. El viento estaba allí. ¿Qué pasaba con el viento?

Kevin vaciló un momento más, mientras los ojos brillantes lo examinaban desde detrás de las gafas sin montura. *No voy a preguntarte si eres un hombre o un ratón* —decían los ojos de Papi Merrill—. *Tienes quince años. Lo que quiero decir es que puede que no seas un hombre todavía, pero eres demasiado viejo para ser un ratón. Además, ambos sabemos que no eres de fuera, sino de la ciudad, como yo*.

—Seguro —dijo Kevin, con una voz ligeramente hueca que no engañó a ninguno de los dos—. Supongo que puedo comprar los carretes esta noche y traer las fotos mañana, cuando salga de la escuela.

—No —dijo Papi.

—¿Cierra mañana?

—No —dijo Papi. Y, como era de la ciudad, Kevin esperó pacientemente—. Estás pensando en hacer todas las fotografías de golpe, ¿verdad?

—Supongo que sí.

En realidad, Kevin no había pensado en ello; simplemente, lo había dado por sentado.

—No es así como quiero hacerlo —dijo Papi—. No importa dónde se hagan, pero sí cuándo. A ver, déjame pensar.

Papi pensó, y después elaboró incluso una lista de horas, que Kevin se guardó en el bolsillo.

—¡Bueno! —exclamó Papi, frotándose enérgicamente las manos de modo que hicieron un sonido seco, como si frotara dos trozos de papel de lija—. Vendrás a verme dentro de unos tres días o así.

—Sí…, supongo que sí.

—De todos modos, apuesto a que preferirías esperar hasta el lunes después de la escuela —dijo Papi, dedicando a Kevin un cuarto guiño, lento, astuto y sumamente humillante—. Lo digo para que tus amigos no te vean entrar aquí y luego empiecen a fastidiarte con eso.

Kevin se ruborizó, bajó la mirada hacia el banco de trabajo y empezó a recoger las fotos para tener algo que hacer. Cuando se sentía incómodo, hacía crujir los nudillos.

—Yo…

Kevin comenzó a formular algún tipo de protesta absurda que no convencería a ninguno de los dos, pero se detuvo al fijarse en una de las fotos.

—¿Qué? —preguntó Papi. Por primera vez desde que Kevin lo conocía, la voz de Papi sonaba enteramente humana, pero el muchacho apenas oyó sus palabras, y mucho menos su ligero tono de alarma—. Ahora parece que hubieras visto un fantasma, hijo.

—No —dijo Kevin—, no es ningún fantasma. Veo a la persona que hizo la fotografía. A quien la hizo de verdad.

—¿De qué diablos estás hablando?

Kevin señaló una sombra. Él, su padre, su madre, Meg y, al parecer, el propio señor Merrill, la habían tomado por la sombra de un árbol que no aparecía en la foto.

Pero no era un árbol. Kevin lo veía ahora, y era imposible ignorar lo que ya se había visto.

Más jeroglíficos en el plinto.

—No sé de qué estás hablando —dijo Papi.

Pero Kevin sabía que el viejo sabía que estaba hablando de algo, y que por eso parecía molesto.

—Mire primero la sombra del perro —dijo Kevin—. Después vuelva a mirar esta de aquí —añadió, señalando el lado izquierdo de la fotografía—. En la foto, el sol está poniéndose o saliendo. Eso hace que las sombras sean largas, y resulta difícil decir qué las está proyectando. Pero al mirarla ahora me he dado cuenta.

—¿De qué te has dado cuenta, hijo? —Papi tendió la mano hacia el cajón,

probablemente con intención de coger otra vez la lupa con luz, pero se detuvo. De pronto no la necesitaba. De pronto, él también lo había advertido—. Es la sombra de un hombre, ¿no? —preguntó—. ¡Que me vaya al infierno si no es la sombra de un hombre!

—O de una mujer, no se puede saber. Eso son unas piernas, estoy seguro, pero podrían pertenecer a una mujer con pantalones. O incluso a un niño. Con la sombra tan alargada…

—¡Ajá! Imposible saberlo.

—Es la sombra de quien tomó la foto, ¿no? —preguntó Kevin.

—¡Ajá!

—Pero no fui yo —dijo Kevin—. Salió de mi cámara, todas salieron de allí, pero yo no las saqué. Entonces ¿quién lo hizo, señor Merrill? ¿Quién lo hizo?

—Llámame Papi —dijo el viejo con aire ausente, mirando la sombra en la fotografía, y Kevin sintió que su pecho se henchía de satisfacción mientras los pocos relojes todavía capaces de ir por delante empezaron a señalar a los otros que, por cansados que estuviesen, había llegado el momento de tocar la media.

Capítulo 3

Cuando el lunes, después de la escuela, Kevin regresó al Emporium Galorium con las fotografías, las hojas habían empezado a cambiar de color. Hacía casi dos semanas que había cumplido los quince años, y el sentimiento de novedad había desaparecido.

La novedad de aquel plinto, lo sobrenatural, no había desaparecido, pero no era algo que se pudiera considerar precisamente una bendición. A última hora de la tarde del viernes había terminado de sacar las fotografías programadas por Papi, y para entonces ya veía claramente —o, en todo caso, con suficiente claridad— por qué Papi había querido que las sacase a intervalos: las diez primeras cada hora; después de un descanso las diez segundas cada dos horas, y las diez terceras cada tres. Aquel día, en la escuela, había tomado las últimas. Y había visto algo más, algo que ninguno de ellos podía haber visto al principio, y que no se hizo claramente visible hasta las últimas tres fotos. Se había asustado tanto que, incluso antes de llevar las fotos al Emporium Galorium, había tomado la decisión de librarse de la Sun 660. No de cambiarla; eso era lo último que deseaba hacer, porque significaría que la cámara saldría de sus manos y, en consecuencia, de su capacidad de control. No podía aceptarlo.

Es mía, había pensado. La idea acudía una y otra vez a su mente, pero no era una idea verdadera. Si lo fuera, si la Sun solo tomase esas fotos del perro negro junto a la cerca blanca cuando era Kevin quien apretaba el disparador, habría sido una cosa. Pero no era así. Fuera cual fuese la magia maligna que operaba dentro de la Sun, él no era su único impulsor. Su padre había tomado la misma fotografía (bueno, casi la misma), y también Papi Merrill, y Meg, cuando Kevin le permitió sacar un par de fotos de las programadas cuidadosamente por Papi.

—¿Las has numerado como te pedí? —preguntó Papi cuando Kevin se las entregó.

—Sí, de uno a cincuenta y ocho —dijo Kevin. Pasó rápidamente las fotos, mostrando el número encerrado en un círculo en el extremo inferior izquierdo de cada una—. Pero no creo que importe. He decidido librarme de la cámara.

—¿Librarte de ella? No es eso lo que quieres decir.

—No, creo que no. Voy a romperla con una maza.

Papi lo miró con sus ojillos agudos.

—¿De veras?

—Sí —afirmó Kevin, afrontando serenamente su mirada—. La semana pasada me habría reído de esa idea, pero ahora no me río. Creo que es peligrosa.

—Bueno, tal vez tengas razón. Supongo que podrías ponerle una carga de dinamita y volarla en pedazos si quisieras. Lo que quiero decir es que te pertenece. Pero ¿por qué no esperas un poco? Quiero hacer algo con estas fotos y tal vez te interese.

—¿Qué?

—Prefiero no decirlo —contestó Papi—, por si no sale. Pero hacia el fin de semana tal vez tenga algo que te ayude a decidir mejor, en un sentido o en otro.

—Ya he decidido —dijo Kevin, y señaló algo que había aparecido en las dos últimas fotografías.

—¿Qué es? —preguntó Papi—. Lo he mirado con mi lupa y siento como si debiera saber lo que es…, quiero decir que es como cuando tienes un nombre en la punta de la lengua…, pero no lo consigo.

—Supongo que podría esperar hasta el viernes o así —dijo Kevin, que decidió no contestar a la pregunta del viejo—. Pero no quiero esperar mucho más, lo digo en serio.

—¿Asustado?

—Sí —respondió Kevin con sencillez—. Estoy asustado.

—¿Se lo has contado a tu familia?

—Todo no.

—Bueno, tal vez tendrías que hacerlo. Lo que quiero decir es que quizá deberías decírselo a tu padre. Tienes tiempo para pensarlo mientras me ocupo de lo que tengo que ocuparme.

—Sea lo que fuere que quiere hacer, el próximo viernes le aplicaré la maza de mi padre —dijo Kevin—. Ya ni siquiera quiero una cámara. Ni Polaroid ni de ninguna otra clase.

—¿Ahora dónde está?

—En el cajón de mi escritorio. Y allí se quedará.

—Pasa por la tienda el viernes y trae la cámara —dijo Papi—. Primero le echaremos una mirada a esta pequeña idea mía, y después, si quieres destruir la maldita cosa, yo mismo te prestaré la maza. Gratis. En la trastienda tengo incluso un tajo donde podrías ponerla.

—De acuerdo —dijo Kevin, y sonrió.

—¿Qué le has dicho a tu familia sobre este asunto?

—Que todavía lo estoy pensando. No quería alarmarlos. Sobre todo a mi madre. —Kevin lo miró con curiosidad—. ¿Por qué ha dicho que tal vez debería decírselo a mi padre?

—Si destruyes esa cámara, tu padre se enfadará contigo —dijo Papi—. Eso, en definitiva, no es tan malo. Lo peor es que pensará que eres un poco estúpido; en otras palabras, una vieja solterona que da la voz de alarma cada vez que cruje la madera del suelo.

Kevin se ruborizó un poco al pensar en lo que se había enfadado su padre cuando surgió la idea de lo sobrenatural, y después suspiró. No había pensado en ese aspecto de la cuestión, pero, ahora que lo hacía, imaginó que probablemente Papi tuviera razón. No le gustaba la idea de que su padre se enfadara con él, pero tampoco le quitaba el sueño. Sin embargo, la idea de que pudiera tomarlo por cobarde, estúpido,

o ambas cosas a la vez, era harina de otro costal.

Papi lo miraba con astucia, leyendo esos pensamientos, a medida que cruzaban por la mente de Kevin, con tanta facilidad como podría leer los titulares de primera plana de un periódico.

—¿Crees que podría encontrarse contigo aquí el viernes por la tarde?

—Ni hablar —respondió Kevin—. Trabaja en Portland. Raras veces vuelve a casa antes de las seis.

—Si quieres, puedo hacerle una llamada —sugirió Papi—. Si le llamo yo, vendrá.

Kevin le dedicó una mirada atónita.

Papi sonrió sutilmente.

—Lo conozco desde hace mucho —dijo—. No le gusta venir a verme más que a ti, y lo comprendo, pero lo que quiero decir es que lo conozco. Conozco a mucha gente en esta ciudad. Te sorprendería, hijo.

—¿Y cómo fue?

—Una vez le hice un favor —dijo Papi. Encendió una cerilla con la uña del pulgar y ocultó aquellos ojos tras una cortina de humo lo suficientemente densa para no poder descifrar si en ellos había diversión, sentimiento o desprecio.

—¿Qué clase de favor?

—Eso es algo entre él y yo —dijo Papi—. Al igual que este asunto —añadió señalando el montón de fotografías— es entre tú y yo. Eso es lo que quiero decir.

—Vale…, bueno…, supongo… ¿Tengo que decirle algo?

—¡No! —objetó Papi—. Deja que yo me ocupe de todo.

Durante un instante, pese al obnubilador humo de la pipa, Kevin vio algo que no terminaba de gustarle en los ojos de Papi Merrill. Luego se marchó. Era un chico penosamente confundido que solo sabía una cosa: deseaba que aquello terminase.

Cuando Kevin se hubo ido, Papi se quedó sentado en silencio e inmóvil durante casi cinco minutos. Permitió que la pipa se le apagara en la boca y ejecutó una marcha con los dedos —que eran casi tan sabios y virtuosos como los de un violinista, pero iban disfrazados de herramientas que podrían haber pertenecido a un cavador de zanjas o un cementador—, junto a las fotografías. A medida que se disipaba el humo, empezaron a verse claramente sus ojos, que eran tan fríos como el hielo en un charco de diciembre.

De pronto, depositó la pipa en el soporte y llamó a una tienda de cámaras y vídeos de Lewiston. Hizo dos preguntas. La respuesta a ambas fue afirmativa. Papi colgó el teléfono y volvió a tamborilear sobre la mesa, junto a las Polaroid. Lo que estaba planeando no era lo que se dice justo para el chico, pero el chico en cuestión había levantado la punta de algo que no solo no comprendía, sino que no quería comprender.

Justo o no, Papi no creía que fuese a dejar que el chico hiciera lo que pretendía.

Todavía no había decidido lo que él quería hacer, no por completo, pero era mejor estar preparado.

Eso siempre era prudente.

Se quedó allí sentado, tamborileando y preguntándose qué era lo que había visto el chico. Evidentemente, había pensado que Papi lo sabría o podría saberlo, pero Papi no tenía ni idea. Tal vez el chico se lo dijera el viernes. O tal vez no. Pero si no lo hacía el chico, su padre —a quien una vez Papi había prestado cuatrocientos dólares a un interés exorbitante para cubrir una deuda de juego, una apuesta que había perdido y de la cual su esposa no sabía nada— lo haría. Es decir, si podía. Ni siquiera el mejor de los padres lo sabía todo sobre su hijo una vez que éste había cumplido quince años o así, pero Papi pensaba que Kevin era un quinceañero muy joven, y que su papá sabía la mayor parte de las cosas, o podía descubrirlas.

Sonrió, ejecutó su marcha, y todos los relojes empezaron a dar fatigosamente las cinco.

Capítulo 4

El viernes por la tarde, a las dos, Papi Merrill le dio la vuelta al cartel donde decía ABIERTO, dejando de cara a la calle el lado donde decía CERRADO, y se acomodó tras el volante de su Chevrolet 1959. Durante años, el coche se había mantenido en perfecto estado de funcionamiento en la Texaco de Sonny, a la salida de la ciudad, y además gratis (gracias también a una pequeña suma prestada a Sonny Jackett, otro de los habitantes de la ciudad que preferiría que le aplicaran brasas ardientes en las plantas de los pies antes que admitir que no solo conocía a Papi Merrill, sino que estaba profundamente en deuda con él, porque una vez, en 1969, lo había sacado de un lío terrible en New Hampshire). Papi se dirigió a Lewiston, una ciudad que detestaba porque le daba la impresión de que todas las calles, salvo dos o quizá tres, eran de una sola dirección. Llegó como siempre llegaba cuando la única posibilidad era Lewiston y solo Lewiston, es decir, condujo lentamente por aquellas malditas calles de dirección única, hasta que supuso que se había acercado todo lo posible al lugar adonde iba, y recorrió a pie el resto del camino: un hombre alto y delgado, de cabeza calva, con unas gafas sin montura, unos pantalones limpios color caqui con arrugas y bolsas, y una camisa azul de obrero abotonada hasta el cuello.

En el escaparate del Twin City Camera and Video había un cartel con la caricatura de un hombre luchando con un descomunal rollo de película enredada y perdiendo la batalla. El tipo parecía a punto de estallar. En la parte superior e inferior del dibujo figuraban las siguientes inscripciones: ¿CANSADO DE LUCHAR? ¡PASAMOS SUS PELÍCULAS DE 8 MM A CINTA DE VÍDEO! (¡Y LAS INSTANTÁNEAS TAMBIÉN!).

Otro maldito aparato —pensó Papi, abriendo la puerta y entrando—. *El mundo está muriendo a causa de los aparatos*.

Sin embargo, él era el tipo de persona por cuya causa el mundo muere, ya que no desdeñaba el uso de lo que criticaba si resultaba ser eficaz. Habló un momento con el empleado, el cual fue en busca del propietario. Se conocían desde hacía muchos años (algunos listos habrían dicho que desde que Homero navegara por el mar de color vino). El propietario invitó a Papi a pasar a la trastienda, donde compartieron un trago.

—Es un extraño montón de fotos —dijo el propietario.

—¡Ajá!

—Y la cinta de vídeo que hice con ellas es más extraña aún.

—Apuesto a que sí.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—¡Ajá!

—Entonces a tomar por el culo —dijo el propietario, y ambos lanzaron sus penetrantes risillas de viejos. Detrás del mostrador, el empleado dio un respingo.

Papi salió veinte minutos más tarde con dos objetos: una cinta de vídeo y una

Polaroid Sun 660 nueva, todavía en su caja.

Cuando regresó a la tienda, llamó a casa de Kevin. No le sorprendió que le atendiera John Delevan.

—Si ha estado jodiendo a mi hijo, lo mataré, víbora —amenazó John Delevan sin ninguna clase de preámbulo.

Papi escuchó a lo lejos la exclamación herida del chico: «¡Papáaaa!», y sus labios se estiraron sobre sus dientes deteriorados, amarillos a causa del tabaco, ¡pero suyos, por los clavos de Cristo! Si Kevin lo hubiera visto en ese momento, no se habría limitado a preguntarse si Papi Merrill era algo más que la versión Castle Rock del Amable Sabio del Barril: lo habría sabido.

—Vamos, John —dijo Papi en tono conciliador—. Estoy tratando de ayudar a su hijo con esa cámara, es lo único que pretendo hacer. —Tras una pausa, añadió—: Igual que le ayudé a usted aquella vez, cuando se sintió demasiado orgulloso de los Seventy-Sixers. Eso es lo que quiero decir.

Al otro lado de la línea se produjo un indignado silencio, que significaba que John Delevan tenía mucho que decir sobre ese asunto, pero que el chico estaba en la habitación y era como una mordaza.

—Su hijo no sabe nada —prosiguió Papi con aquella desagradable sonrisa cada vez más amplia en las sombras fluctuantes del Emporium Galorium, donde predominaba el olor de viejas revistas y cagadas de ratones—. Le dije que ese asunto no era de su incumbencia, del mismo modo que este otro sí lo es. No se me habría ocurrido mencionar aquella apuesta si conociera otra manera de hacerle venir, eso es lo que quiero decir. Y tiene que ver lo que he conseguido, John, porque, si no lo ve, no comprenderá por qué su hijo quiere destrozar esa cámara que le compró…

—¿Destrozarla?

—… y por qué creo que es una idea excelente. Y ahora, ¿vendrá con él o no?

—No estoy en Portland, ¿no?

—No se preocupe por el cartel de CERRADO que hay en la puerta —dijo Papi con el tono sereno de un hombre que hace años que consigue todo lo que quiere y espera seguir así por muchos años más—. Golpee.

—¿Quién demonios le dio su nombre a mi hijo, Merrill?

—No se lo pregunté —respondió Papi con aquella serenidad irritante, y colgó el teléfono, añadiendo ante la tienda vacía—: Lo único que sé es que vino. Como hacen siempre.

Mientras esperaba, desempaquetó la Sun 660 que había comprado en Lewiston y enterró la caja en el cubo de basura que había junto al banco de trabajo. Miró pensativo la cámara y después cargó el paquete de cuatro fotos que venía con ella.

Una vez hecho eso, desplegó el cuerpo de la cámara, exponiendo la lente. La luz roja situada a la izquierda del pequeño relámpago hizo una fugaz aparición, y después empezó a parpadear la verde. A Papi no le sorprendió mucho comprobar que estaba inquieto. *Bueno* —pensó—, *Dios detesta a los cobardes*, y apretó el disparador. La confusión del interior del Emporium Galorium, semejante a un granero, quedó bañada durante un instante por una despiadada e improbable luz blanca. La cámara emitió su habitual chillidito y escupió lo que sería una foto Polaroid correcta, pero pobre en cierta forma; una foto toda ella superficies, las cuales describían un mundo donde los barcos, si navegaban lo bastante hacia el oeste, sin duda traspasarían el humoso borde de la tierra, poblado de monstruos.

Papi la contempló con la misma expresión fascinada del clan Delevan mientras esperaba que se impresionara la primera foto de Kevin. Se dijo que, naturalmente, esta cámara no haría lo mismo que la otra, pero de todos modos estaba rígido y tenso. Por muy zorro viejo que fuese, si en ese momento hubiera crujido un madero, casi con toda seguridad habría gritado.

Pero no crujió ningún madero; y, cuando se impresionó, la fotografía mostraba solo lo que se suponía que debía mostrar: relojes armados, relojes desarmados, tostadoras, montones de revistas atadas con cordel, lámparas con pantallas tan horribles que solo podrían gustarles a las mujeres de la clase alta británica, estanterías repletas de libros de bolsillo (seis por un dólar), con títulos como *Después de que oscurezca, muñeca, Fuego en la carne* o *El molde de latón*, y, al fondo del todo, la polvorienta ventana delantera. Se podían leer al revés las letras EMPOR, junto a la enorme silueta de una cómoda que tapaba el resto.

Ninguna extraña criatura del otro lado de la tumba; ningún muñeco con mono azul y blandiendo un cuchillo. Solo una cámara. Suponía que el capricho que le había impulsado a tomar una foto, solo para ver, demostraba lo profundamente que se le había metido en el cuerpo esa cosa.

Papi suspiró y arrojó la fotografía al cubo de la basura. Abrió el ancho cajón del banco de trabajo y sacó un pequeño martillo. Sujetó firmemente la cámara con la mano izquierda y levantó el martillo con la derecha, describiendo una breve parábola en el aire polvoriento. No tomó mucho impulso. No era necesario. Ya nadie se enorgullecía de la artesanía. Hablaban de las maravillas de la ciencia moderna, de sintéticos, aleaciones nuevas, polímeros y Dios sabe qué. No importaba. Era moco. De eso estaban hechas las cosas hoy en día, y no era necesario tener mucha fuerza para romper una cámara hecha de moco.

La lente se quebró, y astillas de plástico volaron por todas partes. Papi recordó otra cosa. ¿Era al lado izquierdo o al derecho? Frunció el ceño. *Izquierdo,* pensó. De todos modos, no lo notarían, y si se daban cuenta habrían olvidado a qué lado estaba, eso casi iba a misa. De todos modos, Papi no había acolchado su nido con aproximaciones. Era prudente estar preparado.

Siempre prudente.

Volvió a guardar el martillo, utilizó un cepillito para barrer de la mesa al suelo los trozos de cristal y plástico, guardó el cepillo y sacó un lápiz de grasa con punta fina y un cuchillo de precisión. Dibujó lo que pensaba que era la forma aproximada del trozo de plástico que se había roto en la Sun de Kevin Delevan cuando Meg la tiró al suelo, y luego utilizó el cuchillo para cortar la silueta. Cuando le pareció que ya había cavado bastante en el plástico, guardó el cuchillo en el cajón y tiró la cámara desde el banco de trabajo. Lo que había pasado una vez, pasaría otra, sobre todo habiendo marcado previamente las líneas de fractura.

Y salió bastante bien. Examinó la cámara —a la que ahora le faltaba un fragmento de plástico a un lado, además de tener la lente rota—, asintió y la colocó en las espesas sombras debajo del banco de trabajo. Después buscó el trocito de plástico que había saltado de la cámara y lo arrojó al cubo de la basura, junto con la caja y la única foto que había sacado.

Y ahora no quedaba nada que hacer, salvo esperar que llegaran los Delevan. Papi se llevó la cinta de vídeo arriba, al atestado apartamento donde vivía. La dejó encima del vídeo que había comprado para ver las películas porno que podían comprarse en la actualidad, y se sentó a leer el periódico. Se enteró de que se había producido un accidente aéreo en Pakistán. Ciento treinta personas muertas. Papi pensó con satisfacción que los malditos idiotas siempre se estaban matando. El hecho de que desaparecieran algunos tontos del mundo era de agradecer desde todos los puntos de vista. Después pasó a la sección de deportes para ver cómo le había ido a los Red Sox. Todavía tenían posibilidades de proclamarse campeones de la División Este.

Capítulo 5

—¿De qué se trataba? —preguntó Kevin mientras se preparaban para salir.

Tenían la casa para ellos. Meg estaba en su clase de ballet y la señora Delevan jugando al bridge con sus amigas. Llegaría a casa a las cinco, con una enorme pizza y hablando de quién iba a divorciarse o estaba pensando en hacerlo.

—No es de tu incumbencia —respondió el señor Delevan con voz áspera, a un tiempo enfadada y turbada.

El día era fresco. El señor Delevan estaba buscando su chaqueta ligera. Se detuvo, se volvió y miró a su hijo, que estaba detrás de él, con la chaqueta puesta y la cámara Sun en la mano.

—Vale —dijo—. Nunca te tiré esa porquería encima y supongo que no quiero empezar ahora. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí —asintió Kevin, y pensó: *Sé exactamente de qué hablas, eso es lo que quiero decir*.

—Tu madre no sabe nada de esto.

—No le diré nada.

—No se trata de eso —replicó su padre bruscamente—. Si tomas ese camino, no podrás detenerte.

—Pero tú has dicho que…

—En efecto, nunca se lo dije —le interrumpió su padre, encontrando por fin la chaqueta y poniéndosela—. Ella nunca me lo preguntó y yo jamás se lo dije. Si nunca te lo pregunta, nunca tendrás que decírselo. ¿Te parece una diferenciación artificial?

—Sí —contestó Kevin—. Si he de serte sincero, sí.

—Vale —dijo el señor Delevan—, pero de todas formas lo haremos así. Si alguna vez surge el tema, tú…, nosotros… tendremos que decírselo. En caso contrario, no será preciso. Así es como hacemos las cosas en el mundo adulto. Supongo que suena falso, y a veces lo es, pero así es como funcionamos. ¿Podrás soportarlo?

—Sí, supongo que sí.

—Estupendo. Vamos.

Bajaron juntos por el sendero mientras se abrochaban sus respectivas chaquetas. El viento jugaba con el cabello de las sienes de John Delevan, y Kevin observó por primera vez, con inquieta sorpresa, que el pelo de su padre empezaba a encanecer.

—De todos modos, no fue gran cosa —dijo el señor Delevan. Era casi como si hablara consigo mismo—. Nunca lo es con Papi Merrill. No es un tipo a lo grande, ¿sabes lo que quiero decir?

Kevin asintió.

—Es un hombre bastante adinerado, ¿sabes?, pero no gracias a esa tienda de basuras. Merrill es la versión Castle Rock de Shylock.

—¿De quién?

—No importa. Si la educación no se ha ido por completo al diablo, leerás la obra

más pronto o más tarde. Presta dinero a un interés más alto de lo que permite la ley.

—¿Y por qué la gente le pide dinero a él? —preguntó Kevin, mientras se dirigían hacia el centro caminando bajo árboles cuyas hojas rojas, púrpuras y doradas caían lentamente.

—Porque no pueden pedirlo en otra parte —contestó agriamente el señor Delevan.

—¿Quieres decir que no son solventes?

—Algo así.

—Pero, nosotros…, tú…

—Sí, ahora nos va bien. Pero no siempre fue así. Cuando tu madre y yo nos casamos, nuestra situación era muy diferente.

Volvió a reinar un silencio que Kevin no interrumpió.

—Bueno, había un tipo que estaba orgullosísimo de los Celtics —dijo su padre. Se miraba los pies como si temiera meterlos en una grieta y desplomarse—. Estaban apostando contra los Seventy-Sixers de Filadelfia. Ellos, los Celtics, eran los favoritos, pero por menos que de costumbre. Yo tenía el presentimiento de que los Seventy-Sixers iban a ganar, que era su año.

Miró rápidamente a su hijo, ocultando casi la mirada, como un ladrón de tiendas que cogiera un artículo pequeño, pero valioso, y lo guardase bajo la chaqueta para después seguir mirando las grietas de la acera. Ahora bajaban por Castle Hill en dirección hacia el único semáforo de la ciudad, en el cruce entre Lower Main Street y Watermill Lane. Más allá de la intersección, lo que los locales llamaban el Puente de Hojalata cruzaba Castle Stream. Su estructura cortaba el cielo otoñal, profundamente azul, en formas geométricas netas.

—Supongo que es esa peculiar sensación de seguridad la que invade las pobres almas que pierden sus cuentas en el banco, sus casas, sus coches, e incluso la ropa que llevan puesta en los casinos y las partidas ilegales de póquer. La sensación de que acabas de recibir un telegrama de Dios. Yo solo la tuve una vez, y doy gracias a Dios por ello. En aquella época solía hacer una apuesta amistosa por un partido de fútbol o de la Copa con alguien, cinco dólares como máximo, creo, y por lo general mucho menos, solo una prenda, un cuarto de dólar o un paquete de cigarrillos.

Esta vez fue Kevin quien arriesgó una mirada, con la diferencia de que el señor Delevan la captó, con o sin grietas en la acera.

—Sí, en aquella época también fumaba. Ahora ni fumo ni apuesto. No desde aquella última vez. Aquélla me curó. Por entonces solo hacía dos años que tu madre y yo nos habíamos casado. Tú todavía no habías nacido. Yo trabajaba como asistente de un agrimensor y ganaba un sueldo de ciento dieciséis dólares a la semana, o en todo caso era lo que me quedaba cuando el gobierno lo soltaba. El tipo que estaba tan orgulloso de los Celtics era uno de los ingenieros. Incluso trabajaba con uno de esos jerséis verdes de los Celtics que llevan dibujado un trébol en la espalda. La semana antes del cierre de apuestas no paraba de decir que le gustaría encontrar a alguien lo

bastante valiente y estúpido para apostar por los Seventy-Sixers, porque tenía cuatrocientos dólares esperando para darle dividendos. Esa voz dentro de mí se hacía cada vez más fuerte, y el día antes de que empezaran los partidos para el campeonato me acerqué a él a la hora del almuerzo. Estaba tan asustado que era como si el corazón fuera a salírseme del pecho.

—Porque no tenías cuatrocientos dólares —dijo Kevin—. El otro sí, pero tú no.

Ahora miraba abiertamente a su padre. Había olvidado por completo la cámara por primera vez desde su visita inicial a Papi Merrill. El asombro ante el comportamiento de la Sun 660 quedó eclipsado, al menos temporalmente, por esa novedad todavía más asombrosa: cuando era joven, su padre había hecho algo espectacularmente estúpido, igual que otros hombres de los que Kevin había oído hablar, y tal como podría hacer él algún día, cuando viviera solo y no contara con ningún miembro adulto de la Tribu Racional para protegerle de algún posible impulso terrible o instinto erróneo. Al parecer, su padre había sido miembro de la Tribu Instintiva. Resultaba difícil de creer, pero ¿acaso no era ésa la prueba?

—Exacto.

—Pero, a pesar de todo, hiciste la apuesta.

—No inmediatamente —dijo su padre—. Le dije que creía que los Seventy-Sixers ganarían el campeonato, pero que cuatrocientos dólares eran mucho dinero para un tipo que solo era asistente de agrimensor.

—Pero no reconociste que no tenías el dinero.

—Me temo que fui algo más allá, Kevin. Le di a entender que lo tenía. Le dije que no podía permitirme el lujo de perder cuatrocientos dólares, lo cual, como mínimo, era falso. Le dije que no podía arriesgar esa cantidad de dinero en una apuesta pareja… No mentí, pero mis palabras estaban justo al borde de la mentira, ¿entiendes?

—Sí.

—No sé qué habría pasado si el capataz no hubiera tocado en ese momento la campana de vuelta al trabajo. Tal vez nada. Pero lo hizo, y entonces el ingeniero levantó las manos y dijo: «Te daré dos a uno, muchacho, si es lo que quieres. A mí no me importa. De todas formas me embolsaré cuatrocientos dólares». Y, antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, nos estrechamos las manos ante media docena de testigos. Para bien o para mal, ya estaba metido en el lío. Aquella noche, mientras regresaba a casa, pensé en tu madre y en lo que diría si se enteraba. Aparqué a un lado del camino el viejo Ford que tenía entonces y vomité.

Un coche patrulla bajó lentamente por la calle Harrington. Norris Ridgewick iba al volante, y Andy Clutterbuck le acompañaba. Clut levantó la mano mientras el coche doblaba a la izquierda en Main Street. John y Kevin Delevan levantaron la mano en respuesta, y el otoño dormitó apaciblemente en torno a ellos, como si John Delevan nunca hubiera vomitado por la puerta abierta de su viejo Ford en el camino polvoriento, entre sus propios pies.

Cruzaron Main Street.

—Bueno, en todo caso, podría decirse que obtuve el valor de mi dinero. Los Sixers fueron bien hasta los últimos segundos del séptimo juego, en que uno de esos cabrones irlandeses, no recuerdo quién, le robó la pelota a Hal Greer y la llevó hasta el agujero. ¡Y allá se fueron los cuatrocientos dólares que no tenía! Cuando al día siguiente le pagué al maldito ingeniero, dijo que «se había puesto un poquito nervioso al final». Eso fue todo. Tenía ganas de arrancarle los ojos.

—¿Le pagaste al día siguiente? ¿Cómo lo hiciste?

—Ya te he dicho que fue una especie de fiebre. En cuanto nos estrechamos las manos después de apostar, la fiebre pasó. Esperaba ganar la apuesta, pero sabía que tenía que pensar en la posibilidad de perderla. Había en juego mucho más que cuatrocientos dólares. Estaba la cuestión de mi trabajo, claro, y de las consecuencias en caso de que no pudiera pagarle al tipo con el que había apostado. Al fin y al cabo, era un ingeniero; y, técnicamente, mi jefe. El tipo era lo bastante hijo de perra para despedirme si no pagaba la apuesta. La apuesta no habría sido la excusa, pero habría encontrado algún motivo, así como el medio de que figurara en mi expediente laboral con grandes letras rojas. De todas formas, eso no era en absoluto lo más importante.

—¿Qué era?

—Tu madre. Nuestro matrimonio. Cuando eres joven y no tienes dónde caerte muerto, el matrimonio está constantemente sometido a una fuerte tensión. Al margen de cuánto ames al otro, el matrimonio es como un caballo de carga que puede caer de rodillas, o incluso morir, si pasan determinadas cosas en determinados momentos. No creo que se hubiera divorciado de mí por una apuesta de cuatrocientos dólares, pero me alegro de no haber tenido que comprobarlo. Así que, cuando pasó la fiebre, pensé que tal vez me había apostado algo más que cuatrocientos dólares, que tal vez me había apostado mi maldito futuro.

Estaban acercándose al Emporium Galorium. Había un banco a un lado de la plaza del pueblo, y el señor Delevan hizo un gesto a Kevin para que se sentara.

—No tardaré mucho —dijo, riendo con un sonido rasposo, comprimido, como el que hace un conductor inexperto al cambiar las marchas—. Me es muy difícil contarlo, incluso después de tantos años.

Así que se sentaron en el banco, y el señor Delevan terminó de explicar cómo había conocido a Papi Merrill, mientras ambos contemplaban el verde césped con su templete en el centro.

—La misma noche que hice la apuesta fui a verlo —dijo—. Le dije a tu madre que iba a comprar cigarrillos. Fui después de oscurecer, para que no me viera nadie de la ciudad. Habrían sabido que estaba metido en un lío, y yo quería evitarlo a toda costa. Cuando entré, Papi dijo: «¿Qué hace un profesional como usted en un lugar como éste, señor John Delevan?». Después de explicarle lo que había hecho, él comentó: «¿De modo que ha hecho una apuesta y ya ha decidido que va a perderla?». «Quiero asegurarme de que, si la pierdo, no voy a perder nada más», respondí. Eso le

hizo reír. «Respeto a los hombres prudentes —dijo—. Supongo que puedo confiar en usted. Si ganan los Celtics, venga a verme, me ocuparé de su problema. Creo que es una persona honesta».

—¿Y eso fue todo? —preguntó Kevin. En matemáticas de octavo curso habían estudiado el tema de los empréstitos y todavía lo recordaba—. ¿No te pidió un aval?

—La gente que va a ver a Papi no tiene avales —contestó su padre—. No es un tiburón como los que ves en las películas. No va rompiendo piernas a los que no le pagan, pero sabe la manera de fastidiar a la gente.

—¿Cómo?

—No importa. Cuando acabó el partido, subí a decirle a tu madre que iba a comprar cigarrillos… otra vez. Pero estaba dormida, así que me ahorré aquella mentira. Era tarde para un pueblo como Castle Rock, casi las once, pero las luces de su casa estaban encendidas. Sabía que lo estarían. Me dio el dinero en billetes de diez dólares. Los sacó de una vieja lata. Todos eran de diez, lo recuerdo. Estaban arrugados, pero los estiró. Mientras le observaba contar los cuarenta billetes de diez dólares como si fuera el empleado de un banco, con aquella pipa encendida y las gafas sobre la cabeza, sentí un intenso deseo de romperle los dientes de un puñetazo. En lugar de eso, le di las gracias. No sabes lo duro que resulta a veces dar las gracias. Espero que nunca te suceda. Merrill me dijo: «Entiende las condiciones, ¿verdad?». Yo respondí que sí, y él añadió: «Muy bien, estoy seguro de que puedo confiar en usted. Lo que quiero decir es que su aspecto es el de un hombre honrado. Ahora resuelva el asunto con ese tipo del trabajo y después cumpla el trato que ha hecho conmigo. Y no apueste más. No hay más que mirarle la cara para ver que no está hecho para eso». De modo que cogí el dinero, me fui a casa, lo guardé bajo la alfombrilla del viejo Chevy, me acosté junto a tu madre y me pasé toda la noche sin dormir porque me sentía sucio. Al día siguiente le di los billetes al ingeniero. Él los contó, los plegó, se los guardó en un bolsillo de la camisa y lo abotonó como si ese dinero no fuera más que un recibo del gas que tendría que llevar al contratista al terminar el día. Después me palmeó el hombro y dijo: «Bueno, Johnny, eres un buen hombre. Mejor de lo que creí. He ganado cuatrocientos, pero he perdido veinte con Bill Untermeyer. Él apostó que llegarías a primera hora de la mañana con la pasta, y yo le aposté que no la vería hasta el fin de semana. Si la veía». «Yo pago mis deudas», repliqué. «Tranquilo», dijo, palmeándome de nuevo el hombro. En ese momento, como ya te he dicho, estuve a punto de sacarle los ojos.

—¿Cuánto interés te cargó Papi?

Su padre lo miró, escudriñándolo.

—¿Permite que lo llames así?

—Sí, ¿por qué?

—Entonces, ten cuidado —dijo el señor Delevan—. Es una víbora. —Después suspiró, como si admitiera ante ambos que estaba eludiendo la pregunta—. El diez por ciento. Ése era el interés.

—Eso no es tan…

—Compuesto semanalmente —añadió el señor Delevan.

Kevin se quedó atónito.

—Pero ¡eso no es legal! —exclamó, una vez recuperado de la sorpresa.

—¡Qué gran verdad! —dijo el señor Delevan con sequedad. Al ver la expresión ansiosa de incredulidad en el rostro de su hijo, su propia ansiedad desapareció. Se echó a reír y, dándole unas palmadas en el hombro, añadió—: Así es la vida, Kev. De uno u otro modo, al final acaba matándonos.

—Pero…

—Pero nada. Ése era el interés y él sabía que lo pagaría. Yo me había enterado de que en la fábrica de Oxford estaban contratando a gente para el turno de tres a once. Ya te he dicho que había previsto la posibilidad de perder, así que no me limité a ir a ver a Papi. Le dije a tu madre que podía hacer un turno allí durante una temporada. Al fin y al cabo, ella quería un coche más nuevo, y quizá cambiarse a otro apartamento mejor y tener algo en el banco por si surgía algún gasto imprevisto. —El señor Delevan se echó a reír—. Bueno, ya había surgido el primer gasto imprevisto, pero ella no lo sabía y yo pensaba hacer todo lo posible para que no se enterara. No sabía si lo conseguiría, pero tenía intención de hacerlo lo mejor que pudiera. Ella estaba en contra. Decía que me mataría trabajando dieciséis horas diarias, que los talleres de laminación eran peligrosos; siempre aparecían noticias de gente que había perdido un brazo o una pierna, o incluso que había muerto aplastada por los rodillos. Le dije que no se preocupara, que conseguiría un trabajo en el control de calidad, con el sueldo mínimo, pero sentado, y que si realmente era demasiado lo dejaría. Ella seguía oponiéndose; quería buscarse un trabajo, pero la disuadí. Era lo último que deseaba, ¿comprendes?

Kevin asintió.

—Le dije que, de todos modos, solo sería durante seis u ocho meses. Así que fui y me contrataron, pero no en el control de calidad. Conseguí trabajo en el tren de laminación, metiendo materia prima en una máquina que parecía el centrifugador de una lavadora gigantesca. El trabajo era peligroso; si resbalabas o te distraías, cosa harto difícil de evitar porque era terriblemente monótono, perdías una parte de ti mismo o todo. Una vez vi a un hombre perder una mano, y no quiero volver a ver algo así nunca más. Era como contemplar el estallido de una carga de dinamita dentro de un guante lleno de carne.

—¡Maldición! —exclamó Kevin. Raras veces había dicho algo así en presencia de su padre, pero éste no pareció advertirlo.

—De todos modos, ganaba dos dólares ochenta por hora, y al cabo de dos meses me aumentaron a tres dólares diez. Era un infierno. Trabajaba todo el día en el proyecto de carretera…, menos mal que era a comienzos de primavera y no hacía calor…, y después me dirigía al taller pisando a fondo el acelerador del Chevy para no llegar tarde. Me quitaba los pantalones color caqui, y saltaba prácticamente dentro

de unos tejanos y una camiseta para trabajar en las prensas de tres a once. Llegaba a casa alrededor de medianoche. Lo peor eran las noches en que tu madre me esperaba…, lo hacía dos o tres noches por semana…, y tenía que estar alegre y animado en momentos en que apenas podía andar derecho de tan cansado que estaba. Pero si ella lo hubiera notado…

—Te habría obligado a dejarlo.

—Sí, claro. Así que me mostraba brillante y conversador, y le contaba historias sobre el control de calidad en el que trabajaba. A veces me preguntaba qué sucedería si decidía ir por allí alguna noche para llevarme una cena caliente o algo así. Lo disimulé bien, pero debió de notar algo, porque no paraba de decirme que era una tontería agotarse así por tan poco… Realmente parecía calderilla una vez que el gobierno y Papi sacaban sus respectivas tajadas. Se quedaba más o menos en lo que podía sacar en limpio un tipo trabajando en el control de calidad. Pagaban los miércoles por la tarde, y yo siempre me aseguraba de cobrar el talón en la oficina antes de que las chicas se fueran a casa. Tu madre nunca vio uno de esos talones.

»La primera semana le pagué cincuenta dólares a Papi, cuarenta de interés y diez de capital, con lo que mi deuda quedó reducida a trescientos noventa. Era como un zombi. Al mediodía, me sentaba en el coche, me comía el sándwich y después dormía hasta que el capataz tocaba su maldita campana. Odiaba esa campana.

»La segunda semana le di otros cincuenta dólares, treinta y nueve de interés y once de capital. ¡Ya solo le debía trescientos setenta y nueve dólares! Me sentía como un pájaro tratando de comerse una montaña a picotazos.

»La tercera semana estuve a punto de caer en el rodillo; me asusté tanto que desperté durante unos minutos, lo suficiente para que se me ocurriera una idea, así que supongo que fue una bendición disimulada. Tenía que dejar de fumar. No entendía cómo no lo había pensado antes. En aquellos días un paquete de cigarrillos me costaba cuarenta centavos y fumaba dos paquetes al día. ¡Eran cinco dólares sesenta a la semana!

»Cada dos horas teníamos unos minutos para fumar un cigarrillo. Miré mi paquete de Tareytons y vi que tenía diez o doce. Hice que aquellos cigarrillos me duraran una semana y media, y nunca más compré otro paquete.

»Durante un mes no supe si lo lograría. Había días, cuando el despertador sonaba a las seis y media, en que sentía que no podría, que tendría que decírselo a Mary y aceptar lo que ella quisiera disponer. Pero, cuando empezó el segundo mes, supe que probablemente todo iba a salir bien. Todavía hoy sigo creyendo que fueron los cinco sesenta a la semana…, eso, y los envases retornables de cerveza y agua con gas que recogía de la carretera, los que hicieron la diferencia. Conseguí reducir el préstamo a trescientos, y eso quería decir que podía deducir de ellos veinticinco o veintiséis dólares a la semana, cada vez más a medida que pasaba el tiempo.

»Después, a finales de abril, terminamos la carretera y nos dieron una semana de vacaciones pagadas. Le dije a Mary que me estaba preparando para dejar el trabajo

del taller, y ella dio gracias a Dios. Esa semana libre la pasé trabajando en el taller todas las horas que podía conseguir, turno y medio. Nunca tuve un accidente. Los veía, veía a hombres más descansados y despiertos que yo que sufrían accidentes, pero yo nunca. No sé por qué. A finales de aquella semana le di cien dólares a Papi Merrill y dije en el taller que pensaba dejar el trabajo.

»Después de aquella última semana había rebajado la deuda lo bastante para poder deducir el resto de mi sueldo regular sin que tu madre lo notara. —El señor Delevan lanzó un profundo suspiro y prosiguió—: Ahora ya sabes cómo conocí a Papi Merrill y por qué no confío en él. Pasé diez semanas en el infierno, y él recogió el producto del sudor de mi frente y de mi culo también en billetes de diez dólares, que sin duda volvió a sacar de aquella vieja lata para prestárselos a otro pobre idiota que se había metido en un lío parecido al mío.

—¡Vaya! Debes de odiarlo.

—No —dijo el señor Delevan poniéndose en pie—. Ni le odio a él ni me odio a mí mismo. Tuve una fiebre, eso es todo. Podía haber sido peor. Mi matrimonio habría podido acabar a causa de eso, y ni tú ni Meg habríais nacido, Kevin. O habría podido morir. La cura fue Papi Merrill. Fue un remedio duro, pero funcionó. Lo difícil de perdonar es cómo funcionó. Cogió hasta el último céntimo y lo anotó en un libro que guardaba en un cajón debajo de la caja registradora, observando las ojeras que tenía bajo los ojos y la forma en que me colgaban los pantalones de las caderas, sin decir nada.

Se dirigieron hacia el Emporium Galorium, pintado de aquel polvoriento amarillo desvaído de los carteles que han estado demasiado tiempo en el escaparate de una tienda de pueblo, con su falsa fachada a un tiempo obvia e inflexible. Cerca de allí, Polly Chalmers barría la acera mientras conversaba con Alan Pangborn, el sheriff del condado. Ella parecía joven y fresca, con el cabello recogido en una coleta; él, joven y heroico con su uniforme bien planchado. Pero las cosas nunca eran lo que parecían. Incluso Kevin, a sus quince años, lo sabía. El sheriff Pangborn había perdido a su esposa y a su hijo más pequeño en un accidente de coche aquella primavera, y Kevin había oído decir que la señorita Chalmers, por joven que fuera, padecía una artritis infecciosa que probablemente la dejaría baldada antes de que pasaran muchos años. Las cosas no siempre eran lo que parecían. Esa reflexión hizo que volviera a echar una mirada al Emporium Galorium, y después a la cámara que llevaba en la mano.

—Incluso me hizo un favor —murmuró el señor Delevan—. Me obligó a dejar de fumar. Pero, de todos modos, no confío en él. Ten cuidado, Kevin. Y, pase lo que pase, deja que hable yo. Tal vez ahora lo conozca un poco más.

Y se sumergieron en el polvoriento y tintineante silencio donde los esperaba Papi Merrill, con las gafas en lo alto de su cabeza calva, y uno o dos ases guardados en la manga.

Capítulo 6

—Bueno, aquí están padre e hijo —dijo Papi, dedicándoles una sonrisa admirativa de abuelo. Sus ojos centelleaban tras una bruma de humo de pipa, y durante un instante Kevin pensó que parecía Papá Noel, pese a no llevar barba —. Tiene un hijo estupendo, señor Delevan. Estupendo.

—Lo sé —replicó el señor Delevan—. Me enfadé cuando supe que había tenido trato con usted, porque quiero que siga siéndolo.

—Eso es muy duro —dijo Papi, con un ligerísimo tono de reproche—. Es duro viniendo de un hombre que cuando no tuvo a quién recurrir…

—Eso ya pasó —le interrumpió el señor Delevan.

—¡Ajá! Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Pero esto no.

—Pronto terminará —dijo Papi, al tiempo que tendía la mano a Kevin, quien le dio la Sun—. Hoy sin falta —añadió, levantando la cámara y haciéndola girar entre sus manos—. Esto es trabajo, aunque no sé de qué tipo. Su hijo quiere romperla porque piensa que es peligrosa, y yo creo que tiene razón. Sin embargo, le dije: «No querrás que tu padre piense que eres un mariquita, ¿verdad?». Es la única razón por la que hice que viniera aquí, John…

—«Señor Delevan» me gustaba más.

—Vale —dijo Papi, dejando escapar un suspiro—. Ya veo que no piensa conmoverse ni olvidar el pasado.

—No.

Kevin miró inquieto primero a uno y luego al otro.

—Bueno, no importa —dijo Papi. Tanto su voz como su cara se enfriaron con notable prontitud, y ya no se parecía en absoluto a Papá Noel—. Cuando dije que el pasado, pasado está, y que lo que está hecho, hecho está, lo decía en serio, salvo cuando afecta a lo que la gente hace aquí y ahora. Pero le diré una cosa, señor Delevan: no negocio por dinero, y usted lo sabe.

Papi lanzó esa magnífica mentira con tal frialdad que ambos le creyeron; el señor Delevan se sintió incluso un poco avergonzado de sí mismo, por increíble que pareciera.

—Nuestro negocio fue nuestro negocio. Usted me explicó lo que quería, yo le dije lo que deseaba a cambio, usted me lo dio, y allí terminaron las cosas. Éste es otro asunto. —Entonces, Papi dijo una mentira incluso más imponente, una mentira que era simplemente demasiado enorme para no creerla—. No obtengo ningún beneficio de esto, señor Delevan. Lo único que quiero es ayudar a su hijo, porque me gusta.

Tras pronunciar estas palabras, la sonrisa que se dibujó en su rostro hizo regresar a Papá Noel con tal verosimilitud que Kevin olvidó que había desaparecido en algún momento. Es más, John Delevan, que se había pasado meses al borde del agotamiento, y tal vez incluso de la muerte, para pagar el precio exorbitante que

exigía este hombre en compensación de un momento de locura, también olvidó aquella expresión.

Papi los guió por los pasillos retorcidos, a través del olor a letra muerta y los relojes, dejó la Sun 660 sobre el banco de trabajo (casualmente demasiado cerca del borde, como había hecho Kevin en su casa después de tomar la primera foto) y después siguió caminando en dirección a la escalera trasera, que conducía a su pequeño apartamento. Allí, contra la pared posterior, había un viejo espejo polvoriento cuyo reflejo Papi miró para comprobar si el chico o su padre cogían la cámara o la retiraban un poco del borde. No creía que lo hicieran, pero era posible.

No le dedicaron ni una mirada al pasar, y mientras los conducía por la estrecha escalera, con sus deteriorados bordes de goma, Papi esbozó una sonrisa astuta y pensó: ¡*Diablos, soy bueno*!

Abrió la puerta y entraron en el apartamento.

Ni John ni Kevin Delevan habían estado jamás en la vivienda de Papi, y John no conocía a nadie que hubiera estado. En cierta forma, no era sorprendente, pues nadie propondría jamás a Papi como hijo predilecto de la ciudad. En opinión de John, era posible que el viejo cabrón tuviera uno o dos amigos —al parecer, el mundo era una inagotable fuente de sorpresas—, pero, de ser así, no sabía quiénes eran.

Kevin, por su parte, dedicó un pensamiento fugaz al señor Baker, su maestro favorito. Se preguntó si, por casualidad, el señor Baker se habría metido alguna vez en la clase de problema que requeriría la ayuda de un tipo como Papi. La idea le parecía tan improbable como a su padre la de que Papi tuviera amigos. Sin embargo, hacía apenas una hora, la idea de que su propio padre…

Bueno, tal vez fuera mejor dejarlo.

Papi tenía un amigo (al menos un conocido) o dos, pero no los llevaba a su casa. No quería. Era su casa, y se acercaba a la revelación de su naturaleza más de lo que le gustaba. Luchaba por estar limpia, pero no lo conseguía del todo. El empapelado estaba salpicado de manchas de humedad; no eran muy conspicuas, sino más bien cautelosas y marrones, como los pensamientos fantasmales que ocupan las mentes ansiosas y preocupadas. En el fregadero había fuentes sucias y, aunque la mesa estaba limpia y la tapa del cubo de basura puesta, flotaba un olor a sardinas y a algo más —tal vez a pies sucios— apenas perceptible. Un olor tan cauteloso como las manchas de humedad en el empapelado.

La sala era diminuta. Allí no olía a sardinas, y (tal vez) tampoco a pies, sino a humo de pipa concentrado. Había dos ventanas que daban a un panorama tan poco alentador como el callejón que corría detrás de la calle Mulberry. Los cristales, si bien daban muestras de haber sido lavados —o, al menos, ocasionalmente frotados—, presentaban una acumulación de grasa y mugre en las esquinas a causa de los años de humo condensado. El lugar ofrecía un aspecto de cosas feas barridas bajo las

desvaídas alfombrillas, y escondidas bajo el sillón y el sofá anticuados, excesivamente hinchados. Estos dos muebles eran de color verde claro, y al mirarlos se deseaba comprobar que hacían juego, pero resultaba imposible, porque no era del todo así.

Los únicos objetos nuevos de la habitación eran un gran televisor Mitsubishi con pantalla de veinticinco pulgadas y un vídeo colocado en la mesilla aneja. A la izquierda de la mesilla había una estantería para cintas que llamó la atención de Kevin porque estaba totalmente vacía. A Papi le había parecido mejor guardar en el armario la colección de más de setenta películas porno que tenía.

Sobre el televisor había una cinta de vídeo sin identificación.

—Siéntense —dijo Papi, señalando el nudoso sofá. Se acercó al televisor y sacó la cinta del estuche.

El señor Delevan miró el sofá con una fugaz expresión de duda, como si pensara que podía tener piojos, y después se sentó. Kevin lo hizo a su lado. El miedo había vuelto, y esta vez con más fuerza que nunca.

Papi conectó el vídeo e introdujo la cinta.

—Conozco un tipo allá en la ciudad —empezó a decir (para los residentes en Castle Rock y pueblos vecinos, «allá en la ciudad» significaba Lewiston)— que tiene un negocio de cámaras desde hace unos veinte años. Se metió en este negocio del VCR en cuanto empezó, dijo que era el negocio del futuro. Quería que participara en él, pero pensé que estaba chalado. Bueno, lo que quiero decir es que me equivoqué, pero…

—Vaya al grano —le interrumpió el padre de Kevin.

—Lo intento —dijo Papi con ojos dilatados y heridos—. Si me deja, quizá lo logre.

Kevin le dio un suave codazo a su padre y el señor Delevan no dijo nada más.

—En todo caso, hace un par de años descubrió que alquilar películas a la gente no era la única manera de ganar dinero con estos aparatos. Si uno estaba dispuesto a invertir la módica cantidad de ochocientos dólares, podía coger las películas e instantáneas de la gente y pasarlas a cinta. Así resulta mucho más fácil de mirar.

Kevin hizo un pequeño ruido involuntario, y Papi sonrió y asintió.

—¡Ajá! Tomaste cincuenta y ocho fotos con tu cámara, y vimos que cada una era ligeramente distinta de la anterior. Supongo que supe lo que significaba, pero quería verlo. Lo que quiero decir es que no se es un paleto por pretender ver algo evidente.

—¿Trató de hacer una película con esas instantáneas? —preguntó el señor Delevan.

—No traté de hacerlo —contestó Papi—, lo hice. Para ser exactos, lo hizo el tipo que conozco allá en la ciudad, pero la idea fue mía.

—¿Es una película? —preguntó Kevin. Comprendía lo que había hecho Papi, y en parte se sentía incluso mortificado por no haberlo pensado, pero sobre todo estaba maravillado (y encantado) con la idea.

—Mírenlo ustedes mismos —dijo Papi, y encendió el televisor—. Cincuenta y ocho fotos. Cuando este tipo monta una cinta con instantáneas, suele darles cinco segundos a cada una; según él, lo bastante para echarles una buena mirada, pero no tanto como para aburrirse antes de pasar a la siguiente. Le dije que éstas las quería una por segundo y juntas, sin pausas.

Kevin recordó algo a lo que solía jugar en la escuela primaria cuando había terminado una clase y le quedaba tiempo libre antes de la siguiente. Tenía un pequeño bloc de papel que se llamaba Bloc Escolar Arco Iris, porque había treinta páginas de hojitas amarillas, otras treinta de hojitas rosadas, después treinta verdes, etcétera. Para jugar se iba hasta la última página y, en el extremo inferior derecho se dibujaba un monigote con pantaloncillos abolsados y los brazos extendidos. En la página anterior se dibujaba el mismo monigote, en el mismo lugar y con los mismos pantaloncillos, solo que esta vez se dibujaban los brazos un poco más arriba. Se hacía esto en cada página hasta que los brazos se unían por encima de la cabeza del monigote. Después, si te quedaba tiempo, seguías dibujando el monigote, pero ahora con los brazos cada vez más abajo. Y, cuando lo habías hecho, si pasabas las páginas muy rápido veías una especie de dibujo animado primitivo que mostraba a un boxeador celebrando un KO: levantaba los brazos por encima de la cabeza, juntaba las manos, las agitaba y las bajaba.

Se estremeció. Su padre lo miró.

—No es nada —dijo Kevin meneando la cabeza.

—Lo que quiero decir es que la cinta dura alrededor de un minuto —prosiguió Papi—. Tienen que mirar con atención. ¿Listos?

No, pensó Kevin.

—Supongo que sí —dijo el señor Delevan.

Todavía intentaba sonar gruñón y reacio, pero Kevin adivinó que, aun a su pesar, se sentía interesado.

—Vale —dijo Papi Merrill, y apretó el botón de PLAY.

Kevin se repitió que era estúpido sentir miedo, pero no le sirvió de nada. Sabía lo que iba a ver porque él y Meg habían notado que la Sun hacía algo más que reproducir una y otra vez la misma imagen, como una fotocopiadora; no necesitaron mucho tiempo para comprender que, de una a otra fotografía, se intentaba expresar movimiento.

—Mira —dijo Meg—. ¡El perro se está moviendo!

En lugar de contestarle con una de las amistosas pero irritantes bromas que, por lo general, reservaba para su hermanita, Kevin respondió:

—Parece que sí, pero no se puede tener la seguridad, Meg.

—Sí que se puede —replicó ella. Estaban en la habitación de Kevin, donde el muchacho había permanecido contemplando apáticamente la cámara, que se

encontraba en el centro del escritorio, junto a los libros de texto nuevos, pendientes de forrar. Meg dobló el cuello flexible de su lámpara, de modo que proyectaba un brillante círculo luminoso en medio del papel secante del escritorio. Apartó la cámara y puso la primera foto, la que tenía la manchita de azúcar glaseado, en el centro de la luz—. Cuenta los postes que hay entre el trasero del perro y el borde derecho de la foto.

—Son estacas, no postes —rectificó él.

—De acuerdo. Cuéntalos.

Kevin lo hizo. Veía cuatro y parte de una quinta, aunque el enmarañado cuarto trasero del perro la ocultaba casi por completo.

—Ahora mira ésta.

Le puso delante la cuarta foto, y entonces Kevin vio la quinta estaca entera y parte de la sexta.

Así que sabía —creía— que iba a ver un cruce entre un dibujo animado muy antiguo y uno de esos «librillos con movimiento» que solía hacer en la primaria cuando estaba aburrido.

Los últimos veinticinco segundos de la cinta eran así, aunque, según Kevin, los librillos que había dibujado en segundo curso en realidad eran mejores, pues se percibía la acción del boxeador que levantaba y bajaba los brazos. En cambio, en los últimos veinticinco segundos de la cinta la acción progresaba a empujones bruscos, lo cual hacía que los antiguos filmes mudos de la Keystone Kops parecieran por comparación películas modernas.

Sin embargo, la palabra clave era «acción», y eso los mantuvo a todos, incluso a Papi, en silencio. Miraron tres veces el minuto de película sin decir una palabra. No se oía nada salvo la respiración: la de Kevin, rápida, pareja y por la nariz; la de su padre, más profunda; y la de Papi, una especie de crujido flemático procedente de su pecho delgado.

Y los treinta primeros segundos…

Suponía que había esperado acción —la había en los librillos, así como en los dibujos animados del sábado por la mañana, que eran una versión apenas más sofisticada de los librillos—, pero lo que no había esperado era que durante los primeros treinta segundos la cinta no fuera como pasar rápidamente las hojas del bloc, o como un dibujo animado primitivo en la tele. Durante treinta segundos (o veintiocho, en todo caso), sus fotos Polaroid se parecían escalofriantemente a una película real. No a una película de Hollywood, naturalmente, ni siquiera a una de esas de terror de bajo presupuesto con las que Megan alimentaba a veces al vídeo cuando su padre y su madre estaban ausentes; se parecía más a un fragmento de película casera hecha por alguien que acaba de comprarse una cámara de 8 mm y todavía no sabe utilizarla bien.

En aquellos veintiocho primeros segundos, el sieteleches negro caminaba dando saltos apenas perceptibles a lo largo de la cerca, exponiendo cinco, seis, siete estacas;

incluso se detenía por segunda vez para olfatear una de ellas, leyendo al parecer otro de esos mensajes caninos. Después seguía avanzando con la cabeza baja y vuelta hacia la cerca, y los cuartos traseros de cara a la cámara. Y, hacia la mitad de esta primera parte, Kevin observó algo más que no había visto antes: aparentemente, el fotógrafo había movido la cámara para mantener enfocado al perro. Si no lo hubiera hecho, el perro habría desaparecido de la foto, dejando tan solo la cerca. Las estacas del extremo derecho de las dos o tres primeras fotografías desaparecían, mientras que a la izquierda aparecían otras nuevas. Se notaba porque una de esas estacas de la derecha tenía la punta rota, y, a partir de determinado momento, desaparecía.

El perro empezó a olfatear otra vez y levantó la cabeza. Su oreja sana se puso rígida; la que había sido partida en alguna antigua pelea trataba de hacer lo mismo. No había sonido, pero Kevin sintió, con una certeza imposible de ignorar, que el perro empezaba a gruñir porque percibía algo o a alguien. ¿Qué o quién?

Kevin miró la sombra que al principio había confundido con la rama de un árbol, o tal vez un poste de teléfono, y entonces lo supo.

La cabeza del perro empezó a volverse… Y a partir de ahí era cuando empezaba la segunda mitad de aquella extraña película, treinta segundos de acción brusca que te producían dolor de cabeza y picor de ojos. Kevin pensó que Papi había tenido una corazonada, o tal vez había leído sobre algún caso parecido. En cualquier caso, estaba demostrado y resultaba demasiado evidente para necesitar declaraciones. Con las fotos tomadas juntas, aunque no exactamente una detrás de otra, la acción en la «película» improvisada fluía. No del todo, pero casi. Sin embargo, cuando el tiempo entre las fotografías se espaciaba, lo que miraban se convertía en algo que asqueaba al ojo, porque éste quería ver una película o una serie de fotografías fijas, y en lugar de eso veía las dos cosas a la vez, y al mismo tiempo ninguna.

En aquel mundo plano de Polaroid, el tiempo no pasaba a la misma velocidad que el tiempo

(¿real?)

porque en tal caso el sol ya se habría levantado (u ocultado) tres veces, y lo que estaba haciendo el perro ya estaría hecho (si tenía algo que hacer), y si no, simplemente habría desaparecido y solo se vería la deteriorada cerca inmóvil y aparentemente eterna, rodeando el desvaído trozo de jardín, pero en cualquier caso pasaba.

La cabeza del perro se volvía hacia el fotógrafo, dueño de la sombra, como la cabeza de un perro que padece un ataque: por un momento, la cara y hasta la forma de la cabeza quedaban oscurecidas por aquella oreja colgante; después se veía un ojo marrón oscuro encerrado en una especie de anillo mucoso que a Kevin le hizo pensar en una clara de huevo podrida; a continuación se veía medio morro ligeramente arrugado, como si el perro estuviera preparándose para ladrar o gruñir; y, por fin, se veían tres cuartos de una cara que por alguna razón era más espantosa que aquélla a la que tenía derecho un simple perro, incluso un perro miserable. Las manchas

blancas del morro sugerían que ya no era joven. Al final de la cinta se veía que los labios del perro estaban contraídos sobre los dientes. Había una confusa mancha blanca que a Kevin le pareció un diente. No lo vio hasta la tercera pasada. Lo que le atrajo fue el ojo. Era homicida. Aquel sieteleches casi proclamaba a gritos su condición de villano. Y no tenía nombre; eso también lo sabía. Tenía la absoluta certeza de que ningún hombre, mujer o niño Polaroid habían puesto nunca un nombre a ese perro Polaroid. Era un vagabundo, nacido y criado como vagabundo, que había envejecido y se había hecho malo en la misma situación; era el sino de todos los perros que alguna vez vagabundearan por el mundo, sin nombre y sin hogar, matando pollos, comiendo basura de los cubos que hacía ya mucho tiempo habían aprendido a volcar, y durmiendo en alcantarillas o bajo los porches de casas abandonadas. Su inteligencia sería escasa, pero sus instintos afinados y violentos. Él…

Cuando Papi Merrill habló, Kevin se sintió tan profundamente sobresaltado que estuvo a punto de gritar.

—Al hombre que tomó esas fotografías…, si es que hubo una persona, quiero decir…, ¿qué creen que le sucedió?

Papi había congelado la última foto con el mando a distancia. Una temblorosa línea de estática cruzaba la foto. Kevin habría deseado que pasara por el ojo del perro, pero quedaba más abajo.

El ojo los contemplaba, funesto, estúpidamente asesino…, aunque no del todo estúpido, lo cual le confería un aspecto no solo imponente, sino aterrador, que hacía innecesario contestar a la pregunta de Papi. No se necesitaban más fotos para saber lo que sucedería después. Tal vez el perro había oído algo. Por supuesto que sí, y Kevin lo sabía. Había escuchado aquel ruidillo gemebundo.

Las fotos siguientes lo mostrarían volviéndose, y después empezaría a llenar cada vez más el cuadrado de papel hasta que no hubiera nada que no fuese perro. Ni desvaído trozo de jardín, ni cerca, ni acera, ni sombra; tan solo perro.

Que pensaba atacar.

Que pensaba matar, si podía.

La voz seca de Kevin parecía salir de algún otro.

—Creo que no le gusta que le hagan fotos —dijo.

La breve risa de Papi era como un manojo de ramas secas que se rompen contra la rodilla para hacer fuego.

—Rebobínela —ordenó el señor Delevan.

—¿Quiere verlo todo otra vez? —preguntó Papi.

—No, solo los últimos diez segundos o así.

Papi utilizó el mando a distancia para volver atrás y pasarla de nuevo. El perro volvió la cabeza tan bruscamente como un robot viejo que empieza a romperse, pero que sigue siendo peligroso. Kevin quiso decirle: *Deténgalo ahora. Deténgalo. Ya hay suficiente. Deténgalo y rompamos la cámara*. Porque sabía que había algo más, algo en lo que no quería pensar, pero que tendría que pensar pronto; lo sentía aparecer en

su mente como el ancho lomo de una ballena.

—Una vez más —dijo el señor Delevan—. Esta vez deteniéndose en cada imagen. ¿Puede hacerlo?

—¡Ajá! —exclamó Papi—. Esta maldita máquina lo hace todo, salvo la colada.

Ahora la película se detenía en cada imagen. Ya no se parecía a un robot, o no exactamente, sino a una especie de extraño reloj, algo similar a los especímenes que tenía Papi abajo. Tirón, tirón, tirón…, y la cabeza se volvía. Pronto se enfrentarían otra vez a aquel ojo despiadado, no del todo idiota.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Delevan.

—¿Qué es qué? —preguntó Papi, como si no supiera a qué se refería, y de lo que el chico no había querido hablar el otro día; lo que había decidido al muchacho, estaba convencido de ello, a destruir la cámara de una vez por todas.

—Debajo del cuello —dijo el señor Delevan señalando hacia allí—. No se trata de un collar ni de una placa, pero lleva algo en torno al cuello, colgado de un cordel o una cuerda delgada, que no consigo identificar.

—No sé —dijo Papi imperturbable—. Tal vez su hijo sí. La gente joven tiene mejor vista que nosotros, los viejos.

El señor Delevan se volvió a mirar a Kevin.

—¿Puedes distinguirlo?

—Yo… Es muy pequeño.

Recordó lo que había dicho su padre cuando salieron de casa: *Si nunca te lo pregunta, nunca tendrás que decírselo… Así es como hacemos las cosas en el mundo adulto*. Ahora acababa de preguntarle a Kevin si distinguía el objeto que colgaba del cuello del perro. Kevin no había contestado exactamente la pregunta; en cambio, había dicho otra cosa: *Es muy pequeño*. Y lo era. El hecho de que, pese a ello, supiera qué era…, bueno…

¿Cómo lo había llamado su padre? ¿Hacer equilibrios al borde de la mentira?

En realidad, no lo veía; pero aun así, sabía. El ojo solo sugería; el corazón comprendía, del mismo modo que comprendía que, si tenía razón, la cámara debía ser destruida.

En ese momento, Papi Merrill tuvo una repentina inspiración. Se puso en pie y apagó la televisión.

—Tengo las fotos abajo —dijo—. Las traje cuando fui a recoger la cinta. Yo también he visto esa cosa y la he examinado con mi lupa, pero no he conseguido distinguir… De todas formas, me resulta familiar. Permítanme que vaya a buscar las fotos y la lupa.

—Podríamos bajar con usted —sugirió Kevin.

Eso era lo último que Papi deseaba. Afortunadamente, el señor Delevan interfirió, ¡Dios lo bendiga!, y dijo que tal vez querría mirar la cinta otra vez, después de examinar el último par de fotos con la lupa.

—No tardo ni un minuto —dijo Papi.

Acto seguido, desapareció, animoso como un pájaro que salta de rama en rama en un manzano, antes de que ninguno de ellos pudiera protestar, si es que alguno tenía intención de hacerlo.

Kevin no. Aquella idea había introducido su monstruoso lomo en su cabeza y, le gustara o no, estaba obligado a contemplarlo.

Era sencillo como el lomo de una ballena —al menos para el ojo de alguien que no se gana la vida estudiando ballenas—, y era colosal en el mismo sentido.

No era una idea, sino una sencilla convicción. Tenía que ver con aquella extraña cualidad plana que parecen poseer las Polaroid, con la manera en que te muestran las cosas en dos dimensiones; aunque eso lo hagan todas las fotos, las otras parecen al menos sugerir una tercera dimensión, incluso las que se toman con una simple Kodak 110.

En sus fotografías, que mostraban cosas que nunca había visto a través del visor de la Sun o de ningún otro, todo era así: plano, descaradamente bidimensional.

Excepto el perro.

El perro no era plano. El perro no era insignificante, no era algo que podías reconocer pero que carecía de impacto emocional. El perro no solo parecía sugerir tres dimensiones, sino tenerlas realmente, igual que un holograma o una de esas películas tridimensionales, para las que hay que ponerse gafas especiales que reconcilien las imágenes dobles.

No es un perro Polaroid —pensó Kevin—, *no pertenece al mundo que fotografía Polaroid. Es una locura, lo sé, pero también sé que es cierto. ¿Qué quiere decir? ¿Por qué mi cámara no para de sacarle fotos? ¿Y qué hombre o mujer Polaroid está sacando esas fotos? ¿Acaso él o ella lo ven? Si es un perro tridimensional en un mundo bidimensional, tal vez no lo vean, tal vez no puedan verlo. Dicen que, para nosotros, el tiempo es la cuarta dimensión. Sabemos que está ahí, pero no podemos verlo; ni siquiera lo sentimos pasar, aunque a veces, supongo que sobre todo cuando estamos aburridos, da la impresión de que podemos*.

Sin embargo, cuando te parabas a pensarlo, llegabas a la conclusión de que tal vez todo eso no importara. En todo caso, las preguntas eran demasiado duras para él; había otras que le parecían más importantes, preguntas vitales, tal vez incluso mortales.

Como, por ejemplo, por qué estaba el perro en su cámara.

¿Quería algo de él, o simplemente de cualquiera? Al principio había pensado que la respuesta era de cualquiera; cualquiera serviría, porque tomara quien tomase las fotografías, el movimiento no cesaba. No obstante, lo que llevaba en torno al cuello, eso que no era un collar, estaba relacionado con él, Kevin Delevan, y con nadie más. ¿Quería hacerle algo a él? Si la respuesta a esa pregunta era afirmativa, podía olvidarse de las otras, porque era evidente lo que el perro quería hacer. Estaba en su ojo gomoso y en el inicio de gruñido. Deseaba dos cosas.

Primero, escapar.

Después, matar.

Hay un hombre con una cámara, o quizá una mujer, que posiblemente ni siquiera vea a ese perro —pensó Kevin—. *Si el fotógrafo no puede ver al perro, tal vez el perro no pueda ver al fotógrafo, y en tal caso éste estaría a salvo. Pero, si el perro es tridimensional, tal vez vea hacia fuera, tal vez vea a quienquiera que esté utilizando mi cámara. A lo mejor todavía no soy yo, o no yo específicamente; a lo mejor su blanco es quien está utilizando la cámara*.

Sin embargo, lo que llevaba en torno al cuello… ¿Qué pasaba con eso?

Pensó en los ojos oscuros del chucho, salvados de la estupidez por una única chispa maligna. Solo Dios sabía cómo se había metido el perro en ese mundo Polaroid; pero lo que resultaba evidente era que, cuando se le tomaba una foto, podía ver el exterior y quería salir. En el fondo de su corazón, Kevin creía que primero quería matarlo; el objeto que llevaba en torno al cuello decía que primero quería matarlo, proclamaba que primero quería matarlo, pero ¿y después?

Bueno, después de Kevin, cualquiera serviría.

Absolutamente cualquiera.

En cierta forma, era como otro juego infantil, ¿no? Era como el Paso de Gigante. El perro caminaba junto a la cerca. Oía el sonido de la Polaroid, aquel ruidillo gemebundo. Se volvía y veía… ¿qué? ¿Su propio mundo o universo? ¿Un mundo o universo lo bastante parecido al suyo para ver o percibir que podría vivir y cazar en él? No importaba. Ahora, cada vez que alguien le tomaba una foto, el perro estaba más cerca. Y continuaría acercándose hasta que…, bueno, ¿hasta que qué? ¿Hasta que cruzara al otro lado?

—Eso es estúpido —murmuró—. Jamás encajaría.

—¿Qué? —preguntó su padre, saliendo de sus propias meditaciones.

—Nada —dijo Kevin—. Estaba hablando conmigo mis…

En ese momento se oyó, procedente del piso inferior, una exclamación ahogada pero audible de Papi Merrill, que decía con desmayo, irritación y sorpresa mezcladas:

—¡Diablos del infierno! ¡Maldición!

Kevin y su padre se miraron, sobresaltados.

—Vamos a ver qué pasa —dijo su padre, poniéndose en pie—. Espero que no se haya caído y roto un brazo o algo así. Lo que quiero decir es que una parte de mí espera que sí, pero…, ya sabes.

Kevin pensó: *¿Qué pasará si ha estado sacando fotos? ¿Qué pasará si el perro está allá abajo*?

En la voz del viejo no parecía haber miedo, y naturalmente no había manera de que un perro que parecía un pastor alemán de tamaño medio pudiera pasar por una cámara del tamaño de la Sun 660 o por una de las fotos que hacía. Era como tratar de pasar una lavadora por el ojo de una aguja.

Sin embargo, mientras seguía a su padre escalera abajo, en dirección al melancólico bazar, sentía bastante miedo por los dos (por los tres).

Mientras bajaba la escalera, Papi Merrill se sentía tan feliz como una almeja durante la marea alta.

Se había preparado para realizar el cambio delante de ellos, si era preciso. Si hubiera estado solo el muchacho, al que todavía le faltaba más o menos un año para convencerse de que lo sabía todo, habría sido problemático, pero el padre… ¡Ah! Engañar a ese tipo habría sido como robarle el biberón a un bebé. ¿Le habría hablado a su hijo del lío en que se había metido aquella vez? A juzgar por la forma en que el chico lo miraba —una forma nueva, cautelosa—, a Papi le pareció probable. ¿Y qué más le había dicho el padre al hijo? Bueno, veamos. *¿Te permite que le llames Papi? Eso significa que planea engañarte*. Eso para empezar. *Es una víbora oculta en la hierba, hijo*. Eso en segundo lugar. Y naturalmente, lo mejor de todo: *Déjame hablar a mí, hijo. Lo conozco mejor que tú. Deja que yo lo maneje todo*. Para Papi Merrill, los hombres como Delevan eran el equivalente de un buen plato de pollo frito para otros: tierno, sabroso, jugoso y desprendiéndose casi de los huesos. En una época, el propio Delevan apenas había sido algo más que un muchacho, y jamás comprendería del todo que no era Papi quien lo había metido en el aprieto, sino él mismo. Habría podido confiar en su esposa, quien habría recurrido a aquella vieja tía cuyo estrecho culo estaba forrado de dólares. Delevan habría pasado un mal rato, pero al cabo de un tiempo todo habría quedado olvidado. Sin embargo, no solo no lo había visto así, sino que no lo había visto de ninguna manera. Y ahora, por la sencilla razón de que había pasado el tiempo, de que iba y venía sin pedir consejo a nadie, creía que lo sabía todo sobre Reginald Marion Merrill.

Y eso era exactamente lo que quería Papi.

En realidad, habría podido cambiar una cámara por otra delante de sus narices, en lugar de dejar la del chico en el suelo, esconderla bajo el banco de trabajo y aparecer con la que había comprado en la ciudad y había roto, y Delevan no se habría percatado absolutamente de nada… ¡Tan seguro como estaba él de conocer al viejo Papi!

Pero su plan era mejor.

Nunca se pedía una cita a la señora Fortuna; ella tenía una manera de presentarse a los hombres justo cuando más la necesitaban. Pero si venía por propia voluntad…, bueno, lo más prudente era dejar lo que se estuviese haciendo, llevarla a pasear, e invitarla a comer y a beber con la mayor generosidad posible. Era una furcia que se esforzaba si la tratabas bien.

De modo que se acercó rápidamente al banco de trabajo, se inclinó y sacó de las tinieblas inferiores la Polaroid 660 con la lente rota. La depositó sobre la mesa, sacó un llavero del bolsillo (lanzando una rápida mirada por encima del hombro para asegurarse de que ninguno de los dos había decidido seguirlo) y eligió la llavecita del cajón que ocupaba todo el costado izquierdo de la mesa.

En aquel profundo cajón había cierta cantidad de Krugerrands de oro, un álbum

de sellos cuya pieza menos valiosa costaba seiscientos dólares en el último Catálogo Nacional del Filatelista, dos docenas de brillantes fotografías de una mujer de ojos cansados que estaba follando con un poni Shetland y una suma de dinero en efectivo que superaba los dos mil dólares.

El dinero, guardado en diferentes botes de hojalata, era el que utilizaba para los préstamos.

John Delevan habría reconocido los billetes. Todos eran arrugados billetes de diez.

Papi depositó la Sun 660 de Kevin en ese cajón, lo cerró y volvió a guardarse la llave en el bolsillo. Después, empujó otra vez la cámara con la lente rota y exclamó lo bastante alto para ser oído: «¡Diablos del infierno! ¡Maldición!».

Luego compuso una adecuada expresión de desmayo y pesar, y esperó a que bajaran corriendo para ver qué había sucedido.

—¡Papi! —gritó Kevin—. Señor Merrill, ¿se encuentra bien?

—¡Ajá! —exclamó—. Solo ha sido una herida en mi orgullo. Supongo que esa cámara es gafe. Lo que quiero decir es que, al inclinarme para abrir el cajón de las herramientas, tiré la maldita cámara al suelo, y me parece que esta vez no le ha ido tan bien. No sé si debería decir que lo siento o no. Quiero decir que tú ibas a…

Tendió la cámara a Kevin con expresión de disculpa. Éste la cogió, y miró la lente rota y el plástico destrozado de la carcasa.

—No pasa nada —le dijo Kevin, haciendo girar la cámara entre sus manos, aunque no con el mismo cuidado temeroso de antes, como si hubiera sido construida con alguna clase de explosivo en lugar de con plástico y cristal—. De todos modos, pensaba romperla.

—Supongo que te he ahorrado el trabajo.

—Me sentiría mejor… —empezó a decir Kevin.

—¡Ajá! ¡Ajá! A mí me pasa lo mismo con los ratones. Ríete si quieres, pero, cuando cojo a uno en una trampa, aunque esté muerto lo golpeo con la escoba para estar seguro.

Kevin sonrió débilmente y miró a su padre.

—Dice que tiene un tajo de carnicero, papá…

—Además, en el cobertizo tengo una buena almádena, si nadie la ha cogido.

—¿Te importa, papá?

—Es tu cámara, Kev —dijo Delevan. Lanzó una mirada suspicaz a Papi, pero aquella mirada revelaba desconfianza hacia Papi en general, y no por una razón específica—. Pero, si va a hacer que te sientas mejor, creo que es una buena decisión.

—Vale —dijo Kevin.

Sentía como si se hubiera quitado un peso tremendo de encima, o más bien de dentro, del corazón. Seguramente, con la lente rota la cámara era inservible, pero no se sentiría realmente tranquilo hasta verla hecha añicos sobre el tajo de Papi. La examinó atentamente, divertido y sorprendido de lo mucho que le gustaba rota.

—Delevan, creo que le debo el precio de la cámara —dijo Papi, sabiendo exactamente cómo respondería el hombre.

—No —dijo Delevan—. Vamos a aplastarla y a olvidar que esta locura sucedió alguna vez. —Hizo una pausa y añadió—: Lo había olvidado; ¿no íbamos a mirar esas últimas fotos con su lupa? Quería ver si podía distinguir qué lleva el perro. Sigo pensando que me resulta familiar.

—Podemos hacerlo una vez que nos hayamos librado de la cámara, ¿no? —preguntó Kevin—. ¿Vale, papá?

—Claro.

—Y tampoco sería mala idea quemar las fotos —propuso Papi—. Podríamos hacerlo en mi horno.

—Creo que es una gran idea —dijo Kevin—. ¿Qué piensas, papá?

—Que la señora Merrill no tuvo hijos tontos —contestó su padre.

—Bueno —dijo Papi, sonriendo enigmáticamente tras las nubes de ascendente humo azul—, éramos cinco, ¿sabe?

Cuando Kevin y su padre habían ido al Emporium Galorium, era un día luminoso, un agradable día otoñal. Ahora eran las cuatro y media, el cielo estaba encapotado y amenazaba con llover antes de que oscureciera. Kevin sintió en las manos el primer frío real del otoño. Si se quedaba mucho tiempo en la calle, se le agrietarían, pero no pensaba hacerlo. Su madre llegaría a casa dentro de media hora, y él ya se preguntaba qué diría cuando viera que su padre estaba con él, y qué diría éste. Pero eso sería después.

Kevin colocó la Sun 660 sobre el tajo, en el pequeño patio trasero, y Papi Merrill alcanzó un hacha pequeña. El mango estaba abrillantado y suave por el uso, y la hoja oxidada, como si alguien la hubiera dejado bajo la lluvia, no una o dos veces, sino muchas. No obstante, servía para el trabajo. Kevin no lo dudaba. La Polaroid, con la lente y gran parte de la carcasa rotas, parecía frágil e indefensa sobre el bloque astillado, mellado y lleno de cortes, donde lo lógico era ver un trozo de fresno o arce esperando ser partido en dos.

Kevin rodeó el mango del hacha con sus manos y lo apretó.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó el señor Delevan.

—Sí.

—Muy bien —dijo el padre de Kevin mirando su reloj—. Entonces, hazlo.

Papi permanecía de pie a un lado, con la pipa apretada entre sus dientes deteriorados y las manos en los bolsillos traseros. Miraba astutamente a uno y a otro, pero no dijo nada.

Kevin levantó el hacha y, de pronto, sorprendido ante la furia desconocida que sentía por la cámara, la dejó caer con toda la fuerza de que fue capaz.

Demasiado fuerte —pensó—. *Fallarás el golpe y la cámara se quedará ahí,*

apenas un trozo de plástico hueco que un niño podría romper casi sin intentarlo. Y, aun suponiendo que tengas la suerte de no destrozarte un pie, Papi te mirará. No dirá nada; no será necesario. Todo estará en la manera en que te mire. Y también pensó: *No importa que la golpee o no. Es mágica, es una especie de cámara mágica y no puedes romperla. Aunque le des de lleno, el hacha rebotará como las balas en el pecho de Superman.*

Pero no quedaba tiempo para pensar nada más, porque el hacha golpeó la cámara de lleno. Realmente, Kevin había tomado demasiado impulso para mantener siquiera una ficción de control. Afortunadamente, el hacha no rebotó ni golpeó a Kevin entre los ojos, matándolo como sucede en las historias de terror.

Más que romperse, la Sun estalló. El plástico negro voló por todas partes. Un largo rectángulo con un brillante cuadrado negro en un extremo (Kevin supuso que era una foto que jamás se sacaría) cayó cadenciosamente al suelo, junto al tajo, y se quedó allí boca abajo.

Hubo un momento de silencio tan absoluto que no solo se oía el ruido de los coches que pasaban por Main Street, sino también los gritos de los niños que jugaban al pillapilla a media manzana de distancia, en el aparcamiento situado detrás del Wardell's Country Store, que había ido a la quiebra dos años antes y estaba vacío desde entonces.

—Bueno, ya está hecho —dijo Papi Merrill—. Kevin, has levantado esa hacha como Paul Bunyan. ¡Que me aspen si no! No se moleste —añadió, dirigiéndose al señor Delevan, que estaba recogiendo fragmentos de plástico tan modosamente como si se tratara de los trozos de un vaso que hubiese tirado por accidente al suelo—. Cada diez o quince días viene un chico a limpiar el patio. Sé que no lo parece, pero si no tuviera a ese chico…, ¡diablos!

—Entonces, tal vez deberíamos coger la lupa y echar una mirada a esas fotografías —dijo el señor Delevan incorporándose. Dejó caer los pocos trozos de plástico que había recogido en el interior de un herrumbroso incinerador que tenía cerca y se limpió las manos.

—Me parece muy bien —dijo Papi.

—Y después, quémelas —le recordó Kevin—. No lo olvide.

—No lo había olvidado —dijo Papi—. Yo también me sentiré mejor cuando hayan desaparecido.

—¡Jesús! —exclamó John Delevan. Estaba inclinado sobre el banco de trabajo de Papi, mirando a través de la lupa la antepenúltima foto. Era en la que mejor se veía el objeto que rodeaba el cuello del perro; en la última foto, el objeto volvía a quedar medio oculto—. Kevin, mira esto y dime si es lo que creo que es.

Kevin cogió la lupa y miró. Naturalmente, lo sabía, pero de todas maneras no fue una mirada para guardar las formas. Clyde Tombaugh debió de mirar con la misma

fascinación una fotografía real del planeta Plutón. Tombaugh sabía que estaba allí; los cálculos que demostraban distorsiones semejantes en las órbitas de Neptuno y Urano habían hecho de Plutón no solo una posibilidad, sino una necesidad. Sin embargo, saber que una cosa estaba allí, saber incluso qué era, no disminuía la fascinación de verla en realidad por primera vez.

Soltó el botón de la luz y devolvió la lupa a Papi.

—Sí —dijo a su padre—. Es lo que crees que es.

Su voz era tan plana como las cosas en el mundo Polaroid. Sintió deseos de reír, pero se controló, no porque reír resultase inapropiado (aunque suponía que sí), sino porque habría sonado…, bueno…, chato.

Papi esperó hasta que se hizo evidente que iban a necesitar un empujoncito, y entonces dijo:

—¡Bueno, no me tengan en ascuas! ¿Qué demonios es?

Kevin se había sentido reacio a decirle qué era y seguía sintiéndose igual. No había ninguna razón para su renuencia, pero…

¡*Deja de ser tan condenadamente idiota! No importa cómo se gane la pasta, te ayudó cuando necesitabas ayuda. Díselo, quema las fotos y sal de aquí antes de que esos relojes empiecen a dar las cinco.*

Sí. Si estaba por ahí cuando eso sucediera, sería la gota que colmaría el vaso; sencillamente, se volvería loco y tendrían que llevarlo a Juniper Hill, presa de delirios sobre perros reales, mundos Polaroid y cámaras que no paraban de sacar la misma fotografía, aunque no fuera exactamente la misma.

—La cámara fue un regalo de cumpleaños —se oyó decir con la misma voz seca —. Lo que el perro lleva en torno al cuello es otro.

Papi se puso lentamente las gafas sobre la cabeza y miró a Kevin bizqueando.

—Creo que no te sigo, hijo.

—Tengo una tía —dijo Kevin—. En realidad, es una tía abuela, pero se supone que no debemos llamarla así porque dice que la hace sentir vieja. Se trata de la tía Hilda. Pues bien, su esposo le dejó un montón de dinero…, según mi madre, más de un millón de dólares…, pero es una rácana.

Se detuvo, previendo las protestas de su padre, pero éste se limitó a sonreír y asentir. Papi Merrill, que lo sabía todo sobre ese asunto (en realidad, no había muchas cosas en Castle Rock y sus inmediaciones sobre lo que Papi no supiera al menos algo), permaneció en silencio y esperó a que el chico se decidiera a escupirlo.

—Una vez cada tres años viene a pasar la Navidad con nosotros, y es más o menos la única vez que vamos a la iglesia, porque ella va. Cuando viene tía Hilda, comemos mucho brécol. A ninguno de nosotros nos gusta, y a mi hermana casi la hace vomitar, pero a la tía Hilda le gusta muchísimo, así que lo comemos. En la lista de lecturas para el verano había un libro, *Grandes esperanzas*, donde aparecía un personaje exactamente igual a tía Hilda. Se llamaba señorita Havisham, y cuando ella decía «rana», la gente saltaba. Nosotros saltamos y supongo que el resto de la familia

hace lo mismo.

—¡Bueno! Tu tío Randy hace que tu madre parezca discreta —dijo inesperadamente el señor Delevan. Kevin pensó que la intención de su padre era que sonara divertido en un estilo cínico, pero lo que salió fue algo de una profunda y ácida amargura—. Cuando tía Hilda dice «rana» en casa de Randy, todos dan volteretas por las vigas del tejado.

—En todo caso —dijo Kevin a Papi—, todos los años por mi cumpleaños me envía el mismo regalo. Quiero decir que son todos distintos, pero es la misma cosa.

—¿Qué es lo que te envía, hijo?

—Una corbata de lazo —dijo Kevin—. Como esas que usan los tipos de las viejas bandas de country. Todos los años tiene un broche distinto, pero siempre es una corbata de lazo.

Papi cogió la lupa y se inclinó sobre la foto.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó, enderezándose—. ¡Una corbata de lazo! ¡Eso es lo que es! ¿Cómo no me di cuenta?

—Supongo que porque no es el tipo de cosa que uno espera ver en el cuello de un perro —respondió Kevin con la misma voz como de madera.

Hacía unos cuarenta y cinco minutos que estaban allí, pero se sentía como si hubiese envejecido otros quince años. *Lo que tienes que recordar* —le decía una y otra vez una voz que sonaba en su cerebro— *es que la cámara ha desaparecido. Está hecha astillas. No te preocupes por los caballos del rey; ni por los hombres del rey*[3]; *ni siquiera un experto de los que trabajan montando cámaras para Polaroid en la fábrica de Schenectady podría volver a montar ésta*.

Sí, gracias a Dios era cierto, pero éste era el final. Por lo que se refería a Kevin, aunque no volviera a enfrentarse con lo sobrenatural hasta que tuviera ochenta años, seguiría pareciéndole demasiado pronto.

—Además, es muy pequeña —señaló el señor Delevan—. Cuando Kevin la sacó de la caja, todos sabíamos qué sería. El único misterio era qué habría este año en el broche. Bromeamos con eso.

—¿Y qué hay? —preguntó Papi, volviendo a mirar en la fotografía…, o en todo caso la fotografía, pues Kevin habría estado dispuesto a jurar ante cualquier tribunal que mirar dentro de una Polaroid era imposible.

—Un pájaro —dijo Kevin—. Estoy seguro de que es un pájaro carpintero. Y eso es lo que lleva en torno al cuello el perro de la foto. Una corbata de lazo con un pájaro carpintero en el broche.

—¡Jesús! —exclamó Papi.

A su manera, era uno de los mejores actores del mundo, pero no necesitaba simular la sorpresa que sentía en ese momento.

De repente, el señor Delevan agrupó todas las fotografías.

—Vamos a echar estas malditas fotos al horno de leña —dijo.

Cuando Kevin y su padre llegaron a casa, eran las cinco y diez y empezaba a lloviznar. El Toyota de la señora Delevan no estaba en el sendero, pero ella había regresado y salido de nuevo. Había dejado una nota sobre la mesa de la cocina, debajo del salero. Cuando Kevin abrió la nota, cayó un billete de diez dólares.

> Querido Kevin:
> En la partida de bridge, Jane Doyon preguntó si a Meg y a mí nos gustaría cenar con ella en Bonanza, porque su marido se ha ido a Pittsburgh y está sola. Dije que nos encantaría, sobre todo a Meg. Ya sabes que le gusta sentirse «una de las chicas». Espero que no te moleste cenar en «solitario esplendor». ¿Por qué no pides que te traigan una pizza y gaseosa? Tu padre puede hacerlo cuando llegue a casa. No le gusta la pizza recalentada, y ya sabes que querrá un par de cervezas.
> Te quiero,
>
> MAMÁ.

Se miraron como diciendo: «Bueno, una preocupación menos», sin necesidad de pronunciar las palabras. Al parecer, ni ella ni Meg habían observado que el coche del señor Delevan seguía en el garaje.

—¿Quieres que…? —empezó a decir Kevin, pero no fue necesario terminar porque su padre intervino.

—Sí, mira. Ahora mismo.

Kevin subió los escalones de dos en dos y entró en su cuarto. Tenía una cómoda y un escritorio. El último cajón del escritorio estaba lleno de lo que Kevin llamaba simplemente «cosas». Cosas que habría sido un crimen tirar, aunque no supiera qué hacer con ellas. Estaba el reloj de bolsillo de su abuelo, pesado, grabado, magnífico, y tan oxidado que el joyero de Lewiston al cual lo llevaron él y su madre lo había mirado, meneando la cabeza, y se lo había devuelto. Había dos pares de gemelos y dos gemelos desparejados, una página central de *Playboy*, un libro de bolsillo llamado *Chistes pesados* y un walkman Sony que, por alguna razón, había adquirido el hábito de comerse las cintas que se suponía debía pasar. Eran cosas, nada más. No había otra palabra adecuada.

Naturalmente, parte de las cosas eran las trece corbatas de lazo que la tía Hilda le había enviado con ocasión de sus trece últimos cumpleaños.

Las sacó una por una, contó doce en lugar de trece, volvió a revisar el cajón y volvió a contar. Siempre doce.

—¿No la encuentras?

Kevin, que estaba en cuclillas, gritó y se puso en pie de un salto.

—Lo siento —dijo el señor Delevan desde la puerta—. Ha sido una estupidez.

—Está bien —dijo Kevin. Se preguntó por un momento a cuánta velocidad podía latir el corazón de una persona antes de que la maquinaria estallara—. Estoy… nervioso. Es estúpido.

—No lo es —dijo su padre sobriamente—. Cuando vi aquella película, me asusté tanto que sentí como si tuviera que meterme los dedos en la boca para devolver el

estómago a su lugar.

Kevin miró a su padre con agradecimiento.

—No está la del pájaro carpintero o lo que diablos fuera, ¿verdad? —preguntó el señor Delevan.

—No, no está.

—¿Guardaste la cámara en ese cajón?

Kevin asintió lentamente.

—Papi…, el señor Merrill… me dijo que la dejara descansar con frecuencia. Era parte del horario que estableció. —Algo afloró a su cerebro y desapareció—. Así que la metí allí.

—Muchacho… —dijo suavemente el señor Delevan.

—Sí.

Se miraron en la penumbra, y de pronto Kevin sonrió. Era como ver aparecer el sol entre las nubes.

—¿Qué sucede?

—Estaba recordando la sensación —dijo Kevin—. Bajé el hacha con tanta fuerza…

El señor Delevan también esbozó una sonrisa.

—Pensé que ibas a arrancarte tu propio…

—… y cuando cayó hizo ese ¡CRUNCH!…

—… maldito…

—¡BUM! —terminó Kevin—. ¡Desapareció!

Empezaron a reír juntos y Kevin descubrió que estaba casi contento —solo casi— de que hubiera sucedido todo eso. La sensación de alivio era tan inexpresable y, sin embargo, tan perfecta como la que se tiene cuando, por un feliz accidente o por una especie de intuición psíquica, alguien consigue rascar el punto exacto de la espalda que uno no puede alcanzar, encontrándolo con exactitud, ¡bingo!, empeorando maravillosamente la comezón durante un segundo mediante el toque, la presión, la llegada de esos dedos…, y después…, ¡ah!, bendito alivio.

Exactamente lo mismo sucedía con la cámara y con el hecho de que su padre lo supiera.

—Ha desaparecido, ¿verdad? —preguntó Kevin.

—Tanto como Hiroshima después de que el *Enola Gay* arrojara sobre ella la bomba atómica —contestó el señor Delevan. Tras una breve pausa, añadió—: Lo que quiero decir es que quedó hecha mierda.

Kevin miró boquiabierto a su padre y rompió a reír a carcajadas, casi a gritos. Su padre lo imitó. Poco después pidieron una pizza con muchos ingredientes. Cuando Mary y Meg Delevan llegaron a casa a las siete y veinte, seguían lanzando risillas.

—Bueno, parece que no estáis tramando nada bueno —dijo la señora Delevan algo desconcertada. En su hilaridad había algo que a la mujer que la habitaba (aquella profunda parte femenina que solo aparece al completo en tiempos de parto y desastre)

le pareció enfermiza. Su aspecto y su comportamiento correspondían al de alguien que acaba de evitar un accidente de coche—. ¿Pueden participar las señoras?

—Solo dos solteros pasándoselo bien —dijo el señor Delevan.

—Pasándoselo explosivamente bien —apostilló Kevin.

Y su padre añadió:

—Eso es lo que queremos decir.

Los dos hombres se miraron y volvieron a prorrumpir en carcajadas.

Meg, sinceramente desconcertada, miró a su madre y preguntó:

—¿Por qué hacen eso, mamá?

—Porque tienen pene, querida. Ve a colgar tu abrigo.

Papi Merrill dejó salir a los Delevan, *père et fils*, y cerró la puerta con llave. Apagó todas las luces salvo la que iluminaba el banco de trabajo, sacó las llaves y abrió su propio cajón de cosas. Allí estaba la Sun 660 de Kevin Delevan, con una pequeña muesca, pero por lo demás intacta. La miró fijamente. Había asustado al padre y al hijo, eso era evidente para Papi. A él también le había metido el miedo en el cuerpo y seguía haciéndolo, pero poner una cosa como ésa en un tajo y hacerla pedazos era una locura.

Seguro que había algún modo de ganar unos dólares con la maldita cosa.

Siempre había algún modo de hacerlo.

Papi la guardó de nuevo en el cajón. Lo pensaría durante la noche, y a la mañana siguiente sabría cómo actuar. En realidad, ya tenía una idea bastante aproximada.

Se puso en pie, apagó la lámpara de trabajo y se abrió paso por la oscuridad hacia los escalones que conducían a su apartamento. Se movía con la gracia segura de los largos años de práctica.

A mitad de camino se detuvo.

Sentía una urgencia, una urgencia sorprendentemente intensa, de volver a mirar otra vez la cámara. ¿Para qué, en nombre de Dios? Ni siquiera tenía película, ni tampoco la más mínima intención de sacar ninguna foto con ella. Si alguna otra persona quería hacer unas instantáneas y contemplar el progreso del perro, el comprador era bienvenido. «No me hago responsable de…», como siempre decía. Que el maldito emperador advirtiera o no, según le viniera en gana. En cuanto a él, prefería entrar en una jaula llena de leones, incluso sin látigo ni silla.

Sin embargo…

—Déjalo estar —dijo ásperamente en la oscuridad.

El sonido de su propia voz lo sobresaltó y lo incitó a moverse, de modo que se fue sin mirar atrás.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, muy temprano, Kevin Delevan tuvo una pesadilla tan horrible que solo la recordaba a trozos, como si una radio con el altavoz averiado emitiera fragmentos musicales aislados.

Estaba entrando en una pequeña ciudad textil. Al parecer era un vagabundo, porque llevaba un hatillo a la espalda. La ciudad se llamaba Oatley, y Kevin creía recordar que estaba en Vermont o en el estado de Nueva York. «¿Sabe de alguien que dé trabajo aquí en Oatley?», preguntó a un viejo que empujaba un carrito de la compra por una acera deteriorada. En el carrito no había alimentos, sino que estaba lleno de basura indeterminada. Kevin advirtió que el hombre era un borracho. «¡Vete! —gritó el borracho—. ¡Vete! ¡Ladrón! ¡Maldito ladrón! ¡LADRÓN!».

Kevin cruzó corriendo la calle, más asustado de la locura del viejo que de la idea de que alguien pudiera creer que él, Kevin, era un ladrón. A sus espaldas, el borracho gritó: «¡Esto no es Oatley! ¡Es Hildasville! ¡Sal de la ciudad, maldito ladrón!».

Fue entonces cuando advirtió que aquella ciudad no era ni Oatley, ni Hildasville, ni ninguna otra ciudad con nombre normal. ¿Cómo podía tener un nombre normal una ciudad absolutamente anormal?

Todo —calles, edificios, coches, carteles, los escasos peatones— era bidimensional. Las cosas tenían altura y anchura, pero carecían de profundidad. Pasó junto a una mujer que se parecía a la maestra de ballet de Meg con un peso de casi setenta kilos. Llevaba unos pantalones del color de los chicles Bazooka. Al igual que el borracho arrastraba un carrito de la compra. Una de las ruedas chirriaba. Estaba lleno de cámaras Polaroid Sun 660. A medida que se aproximaba, miraba a Kevin con creciente sospecha. En el momento en que pasaron uno junto al otro, desapareció. Su sombra seguía allí, y él oía todavía el chirrido rítmico, pero ella ya no estaba. Después reapareció, mirándolo por encima del hombro con su cara plana y suspicaz, y Kevin comprendió la razón por la que había desaparecido un momento. Era porque el concepto de «visión de costado» no existía, no podía existir, en un mundo en el que todo era absolutamente plano.

Esto es Polaroidsville —pensó con un alivio extrañamente teñido de horror—. *Y eso significa que no se trata más que de un sueño.*

Después vio la cerca blanca, el perro, y el fotógrafo de pie en la alcantarilla. Llevaba gafas sin montura en lo alto de la cabeza. Era Papi Merrill.

Bueno, hijo, lo encontraste —dijo a Kevin el Papi Polaroid bidimensional, sin apartar el ojo del disparador—. *Ése es el perro, ese de ahí. El que destrozó a aquel niño en Schenectady. Tu perro, eso es lo que quiero decir*.

Entonces Kevin despertó en su cama temiendo haber gritado, pero más preocupado al comienzo no por el sueño en sí, sino por la necesidad de asegurarse de que todo estaba allí, sus tres dimensiones.

Lo estaba, pero había algo que no cuadraba.

¡*Estúpido sueño*! —pensó—. *Déjalo estar, ¿quieres? Ha terminado. Las fotos han ardido, las cincuenta y ocho fotos. Y la cámara está ro…*

Cuando aquello que no encajaba volvió a aparecer, su formulación se quebró como hielo.

No ha terminado —pensó—. *No ha ter…*

Antes de acabar de formular la idea, Kevin Delevan se sumió en un profundo sueño sin pesadillas. A la mañana siguiente, apenas recordaba nada.

Capítulo 8

Las dos semanas que siguieron a la adquisición de la Polaroid Sun de Kevin Delevan fueron las dos semanas más agraviantes, enfurecedoras y humillantes de la vida de Papi Merrill. Había muy poca gente en Castle Rock que no estuviera dispuesta a decir que era quien más lo merecía. No era que en Castle Rock alguien supiera… Pero ése era aproximadamente todo el consuelo que le quedaba a Papi. Y le parecía un consuelo magro. Muy magro, sí señor.

Sin embargo, ¿quién habría creído que los Sombrereros Locos iban a dejarlo en la estacada?

Casi era suficiente para que un hombre se preguntara si empezaba a perder tacto.

¡Dios no lo quisiera!

Capítulo 9

En el mes de septiembre ni siquiera se había molestado en preguntarse si vendería la Polaroid; lo único que faltaba por saber era cuándo y a cuánto. Los Delevan habían mencionado la palabra «sobrenatural», y Papi no los había corregido aunque sabía que lo que hacía la Sun sería clasificado por los investigadores psíquicos entre los fenómenos paranormales más que entre los sobrenaturales. Habría podido decirlo; pero, si lo hubiese hecho, ellos podrían haberse preguntado cómo el dueño de una pequeña tienda de segunda mano (y usurero en sus ratos libres) sabía tanto sobre el tema. El hecho era que sabía mucho, porque saber mucho era rentable si se trataba con gente a la que para sus adentros llamaba los «Sombrereros Locos».

Los Sombrereros Locos eran personas que grababan con lujosos equipos en habitaciones vacías, no por hacer travesuras o en el impulso momentáneo de una fiesta de borrachos, sino porque creían apasionadamente en un mundo invisible y querían probar su existencia, o porque deseaban apasionadamente ponerse en contacto con amigos y/o parientes que habían «pasado» («pasado», así lo llamaban siempre; los Sombrereros Locos nunca tenían parientes que hicieran algo tan sencillo como morir).

Los Sombrereros Locos no solo tenían y utilizaban tableros *ouija*; también mantenían conversaciones regulares con «guías espirituales» del «otro mundo» (nunca del «cielo», el «infierno» o la «zona de descanso de los muertos», sino el «otro mundo»), quienes los ponían en contacto con amigos, parientes, reinas, cantantes de rock-and-roll fallecidos, e incluso villanos. Papi conocía la existencia de un Sombrerero Loco de Vermont que mantenía dos conversaciones semanales con Hitler. Hitler le había dicho que todo eran calumnias, que en enero de 1943 él había pedido la paz y el hijo de puta de Churchill lo había desdeñado. También le había dicho que Paul Newman era un extraterrestre nacido en una cueva de la luna.

Los Sombrereros Locos acudían a las sesiones tan regular y compulsivamente como los drogadictos visitan a sus camellos. Compraban bolas de cristal y amuletos garantizados como dispensadores de buena suerte; organizaban sus pequeñas sociedades propias e investigaban casas presuntamente encantadas en busca de los fenómenos habituales: golpecitos teleplasmáticos en las mesas, mesas y camas flotantes, puntos fríos y, por supuesto, fantasmas. Los observaban, fuesen reales o imaginarios, con el entusiasmo de devotos ornitólogos.

La mayoría de ellos se lo pasaban muy bien, pero no todos. Por ejemplo estaba aquel tipo de Wolfeboro que se ahorcó en la famosa casa Tecumseh, donde un granjero había ayudado a su prójimo durante el día, allá por 1880 o 1890, y se lo había comido durante la noche ante una mesa formalmente servida en el sótano, sobre un suelo lleno de mugre acre formada por los huesos y cuerpos descompuestos de por lo menos doce jóvenes, y tal vez hasta treinta y cinco, todos vagabundos. El tipo de Wolfeboro había dejado esta breve nota en un bloc, junto a su tablero *ouija*: «No

puedo salir de la casa. Todas las puertas cerradas. Le oigo comer. Lo he intentado con el algodón. No sirve».

«Y el pobre gilipollas seguro que creyó que lo oía», había murmurado Papi después de oír esta historia de una fuente fiable.

También estaba aquel tipo de Dunwick, en Massachusetts, a quien Papi había vendido una vez una presunta trompeta espiritual por noventa dólares. El tipo se llevó la trompeta al cementerio de Dunwick, donde debió de oír algo particularmente desagradable, porque hacía ya seis años que deliraba en una celda acolchada de Arkham, totalmente loco. Cuando entró en el osario, su pelo era negro; cuando sus gritos despertaron a los pocos vecinos que vivían lo bastante cerca para oírlos y llamar a la policía, era tan blanco como su cara desencajada.

Y estaban, asimismo, la mujer de Portland que perdió un ojo durante una sesión de *ouija* que salió escandalosamente mal; el hombre de Kingston, en Rhode Island, que perdió tres dedos de la mano derecha al cerrarse la puerta trasera de un coche donde dos adolescentes se habían suicidado; la anciana dama que llegó al Memorial Hospital de Massachusetts con una oreja de menos porque su gata Claudette, tan anciana como ella, se descontroló durante una sesión…

Papi creía algunas de estas cosas y otras no, pero por lo general no tenía opinión sobre ninguna, no por falta de pruebas lo bastante sólidas en un sentido o en otro, sino porque le importaban un pimiento los fantasmas, sesiones, bolas de cristal, trompetas espirituales, gatos violentos o la fabulosa raíz de Juan el Conquistador. Por lo que se refería a Reginald Marion *Papi* Merrill, los Sombrereros Locos podían irse al diablo.

Naturalmente, siempre y cuando uno de ellos entregara algunos de los grandes por la cámara de Kevin Delevan antes de completar su tránsito.

Papi no llamaba Sombrereros Locos a esos entusiastas a causa de sus intereses espectrales. Los llamaba así porque la gran mayoría de ellos —a veces sentía la tentación de afirmar que todos— parecía nadar en la abundancia, estar ociosa y pedir a gritos que la desplumasen. Si estabas dispuesto a pasar quince minutos en su compañía, asintiendo mientras te aseguraban que distinguían un falso médium de uno verdadero nada más entrar en la habitación —o como mucho, en cuanto se sentaban a la mesa para celebrar una sesión—, o escuchando en una grabadora ruidos trucados que podían ser o no palabras, con la adecuada expresión de respeto en la cara, podías venderles un pisapapeles de cuatro dólares por cien, diciéndoles que una vez un hombre había visto en él a su madre muerta. Si les sonreías, te extendían un cheque por doscientos dólares; si les dedicabas una palabra de estímulo, te extendían uno por mil; y si les ofrecías las dos cosas, era como si colocaran el talonario encima de la mesa y te dejaran poner la cantidad. Siempre había sido tan fácil como robar un caramelo a un niño.

Hasta ahora.

Papi no tenía un fichero dedicado a los SOMBRERREROS LOCOS, del mismo modo que tampoco lo tenía para los COLECCIONISTAS DE MONEDAS o los COLECCIONISTAS DE SELLOS. En realidad, no tenía ningún fichero. Lo que más se acercaba a ello era una deteriorada agenda telefónica que llevaba en su bolsillo trasero (y que, a semejanza de su monedero, había adquirido con los años la curva mezquina y pequeña del huesudo trasero sobre el cual yacía todos los días). Papi guardaba los datos donde debe guardarlos un hombre de su oficio: en la cabeza. Había cuatro Sombrereros Locos de pleno derecho con los que había hecho negocio en el transcurso de los años, gente que no se limitaba a juguetear con lo oculto, sino que estaba metida hasta el fondo en el asunto. El más rico era un industrial retirado llamado McCarty, que vivía en una isla de su propiedad a unos veinte kilómetros de la costa. Este hombre despreciaba los barcos, y tenía empleado a un piloto que lo llevaba y traía del continente cuando lo necesitaba.

Papi fue a visitarlo el 28 de septiembre, el día después de haber obtenido la cámara de Kevin (no pensaba, no podía pensar en ello estrictamente como en un robo; al fin y al cabo, el chico pensaba aplastarla, y ojos que no ven, corazón que no siente). Fue en su coche, antiguo pero en excelentes condiciones, hasta una pista privada al norte de Boothbay Harbar. Después apretó los dientes, entornó los ojos y se agarró con todas sus fuerzas a la caja de acero que contenía la Sun 660, mientras el Beechcraft del Sombrerero Loco corría por la sucia pista como un caballo desbocado, se elevaba precisamente cuando Papi estaba seguro de que iban a salirse de la pista y a estrellarse contra las rocas de abajo, y se adentraba volando en el cielo otoñal. Había hecho ese viaje dos veces, y las dos había jurado que nunca más volvería a meterse en aquel ataúd volante.

El aparato recorrió el trayecto dando tumbos sobre el hambriento Atlántico, a menos de mil quinientos metros, mientras el piloto charlaba alegremente. Papi asentía y exclamaba en los momentos apropiados, aunque estaba más preocupado por su inminente fallecimiento que por cualquier cosa que dijera el piloto.

Después apareció ante sus ojos la isla, con aquella pista de aterrizaje horrible, espantosa y abismalmente corta, y la gran casa de madera y piedra. El piloto descendió, dejando el pobre y ácido estómago de Papi en algún lugar del aire. Aterrizaron con un golpe sordo y, después, milagrosamente, fueron deteniéndose, vivos aún y enteros, permitiendo a Papi que pudiera volver a sustentar su opinión de que Dios era un invento de los Sombrereros Locos, al menos hasta que tuviera que emprender el viaje de regreso.

—Gran día para volar, ¿eh, señor Merrill? —comentó el piloto mientras desplegaba la escalerilla.

—De lo mejor —gruñó Papi.

Acto seguido, subió por el sendero hacia la casa, en cuya puerta estaba el pavo del día de Acción de Gracias, sonriendo con ansiosa anticipación. Papi había prometido

mostrarle «la cosa más extraordinaria que he encontrado nunca», y el aspecto de Cedric McCarty era el de alguien que apenas puede contenerse. Papi pensó que le echaría una mirada formal y entregaría la pasta. Sin embargo, cuarenta y cinco minutos después regresaba al continente, sin advertir apenas los golpes, saltos y caídas vertiginosas cada vez que el Beech entraba en una bolsa de aire. Era un hombre castigado, pensativo.

Había enfocado al Sombrerero Loco con la Polaroid y le había hecho una foto. Mientras esperaban a que se impresionara, el Sombrerero Loco le hizo una a Papi. ¿Había oído algo cuando se disparó el flash? ¿Había oído el gruñido bajo y desagradable de aquel perro negro, o lo había imaginado? Era lo más probable. En sus tiempos, Papi había cerrado los tratos más extraordinarios, y eso no podía hacerse sin imaginación.

Sin embargo…

Cedric McCarty, industrial retirado *par excellence* y *extraordinaire* Sombrerero Loco, miró con ansiedad infantil cómo se impresionaban las fotos; pero, cuando por fin se aclararon, pareció divertido e incluso tal vez algo desdeñoso. Entonces, Papi, con su infalible intuición desarrollada a lo largo de casi cincuenta años, supo que los argumentos, las instancias, incluso las vagas insinuaciones de que tenía otro cliente suplicando una oportunidad de comprar aquella cámara, en resumen, ninguna de las técnicas habitualmente fiables funcionaría. En el cerebro de Cedric McCarty se había encendido una gran tarjeta color naranja donde se leía: NO HAY TRATO.

¿Por qué?

¡Maldición! ¿Por qué?

En la foto tomada por Papi, aquel destello que Kevin había visto entre las arrugas del morro del perro negro se había convertido claramente en un diente, aunque «diente» no era la palabra correcta, ni siquiera haciendo un esfuerzo de imaginación. Aquello era un colmillo. En la que tomó McCarty podía verse el comienzo de los dientes anejos.

El perro cabrón tiene una boca que parece una trampa de osos, pensó Papi. Sin querer, en su mente apareció la imagen de su brazo dentro de aquella boca. No vio al perro mordiéndolo ni comiéndoselo, sino desgarrándolo de la misma manera en que una sierra desgarra corteza, hojas y pequeñas ramas. ¿*Cuánto tiempo tardaría*?, se preguntó. Miró aquellos ojos turbios contemplándolo desde la cara aumentada y supo que no sería demasiado. ¿Y si en lugar de eso el perro le mordía la entrepierna? Supongamos…

Pero McCarty había dicho algo y esperaba una respuesta. Papi volvió a centrar su atención en el hombre, y cualquier resto de esperanza que hubiera podido mantener de hacer una venta se evaporó. El Sombrerero Loco alegremente dispuesto a pasar una tarde contigo tratando de convocar el fantasma de tu tío Ned había desaparecido. En su lugar estaba el otro aspecto de McCarty: el realista testarudo que había figurado en la lista de hombres más ricos de Estados Unidos de *Fortune* durante doce

años consecutivos, no porque fuese un soplapollas que había tenido la suerte de heredar un montón de dinero, y un equipo honesto capaz de manejarlo y multiplicarlo, sino porque era un genio en el campo del diseño y el desarrollo aerodinámicos. No era tan rico como Howard Hughes, pero tampoco estaba tan loco como él. Cuando se trataba de fenómenos psíquicos, el hombre era un Sombrerero Loco. Sin embargo, fuera de esa zona era un tiburón que convertía a hombres como Papi Merrill en meros renacuajos nadando en el fango.

—Lo siento —dijo Papi—. Estaba algo distraído, señor McCarty.

—Decía que es fascinante —dijo McCarty—. Sobre todo las sutiles señales del paso del tiempo de una foto a otra. ¿Cómo funciona? ¿Una cámara dentro de otra?

—No entiendo a qué se refiere.

—No, una cámara no —dijo McCarty para sí mismo. Cogió la cámara y la sacudió junto a su oído—. Probablemente sea una especie de rodillo. Ranuras. ¡Ranuras, eso es!

Papi miró al tipo sin saber de qué estaba hablando. Pero, fuera lo que fuese, su rostro decía bien claro: «NO HAY TRATO». Así que había hecho aquel maldito viaje en el avioncito (que se repetiría pronto) para nada. Pero ¿por qué? ¡Había estado tan seguro de ese tipo, capaz, si se lo decías, de creer que el puente de Brooklyn era una ilusión espectral del otro mundo! Entonces ¿por qué?

—¡Naturalmente, ranuras! —insistió McCarty con el deleite de un niño—. ¡Ranuras! Dentro de esta carcasa hay un cinturón circular montado sobre palancas, con determinada cantidad de ranuras. Cada ranura contiene una Polaroid expuesta de este perro. La continuidad sugiere… —y miró con atención las fotos— sí, que el perro podría haber sido filmado, y posteriormente se han hecho las Polaroid con cada fotograma individual. Cuando se aprieta el disparador, una foto cae de su ranura y emerge. La batería hace girar lo bastante el cinturón para colocar en posición la foto siguiente, y… *voilà*.

De pronto, su expresión complacida había desaparecido, y Papi vio a un hombre que parecía haber recorrido el camino hacia la fama y la fortuna pasando por encima de los cadáveres destrozados y sangrantes de sus rivales, y disfrutando con ello.

—Joe le llevará de vuelta —dijo. Su voz se había vuelto fría e impersonal—. ¡Es usted bueno, señor Merrill! —Papi comprendió melancólicamente que aquel hombre nunca volvería a llamarlo Papi—. Estoy dispuesto a admitirlo. Al final se ha pasado, pero me engañó durante mucho tiempo. ¿Cuántas veces me ha engañado? ¿Todo eran trucos?

—No le he engañado ni en diez céntimos —protestó Papi enérgicamente—. Jamás le vendí una sola cosa que no creyera genuina, y lo que quiero decir es que eso va también por esta cámara.

—Me pone enfermo —dijo McCarty—. No porque confiara en usted, no, pues he confiado en otros que eran impostores y simuladores; ni tampoco porque cogiera mi dinero, pues no era tanto para que me importe. Me pone enfermo porque son los

hombres como usted los que han mantenido la investigación científica de los fenómenos psíquicos en la Edad Media, porque la han convertido en algo que causa gracia, en algo que puede considerarse terreno exclusivo de chalados e imbéciles. El único consuelo que queda es que, tarde o temprano, ustedes se pasan. Se vuelven avariciosos y tratan de vender una cosa ridícula como ésta. Quiero que se vaya de aquí, señor Merrill.

Papi tenía la pipa en la boca y una cerilla en una mano temblorosa. McCarty lo señaló, y los ojos helados que planeaban encima de ese dedo lo convertían en el cañón de un arma.

—Y si enciende esa cosa apestosa aquí —dijo—, haré que Joe se la arranque de la boca y tire las brasas dentro de sus pantalones. De modo que, a menos que desee abandonar mi casa con su flaco culo en llamas, le sugiero…

—¿Qué le pasa, señor McCarty? —gimió Papi—. ¡Estas fotos no salieron impresionadas! ¡Usted mismo vio cómo se impresionaban!

—Una emulsión que puede crear cualquier chico con un juego de química de doce dólares —dijo McCarty fríamente—. No es el catalizador-fijador que utiliza Polaroid, pero se le parece. Usted expone sus Polaroid (las crea a partir de una película, si es lo que ha hecho) y después las mete en un cuarto oscuro común y las pinta con una sustancia viscosa. Cuando están secas, las carga. Cuando salen, parecen fotos Polaroid que no han empezado a impresionarse. Gris sólido con borde blanco. Después, la luz da sobre su emulsión casera, creando un cambio químico, y se evapora, mostrando una foto que usted tomó días o semanas antes. ¡Joe!

Antes de que Papi pudiera añadir nada más, lo agarraron de los brazos y lo sacaron de la sala espaciosa y acristalada. De todos modos, no habría dicho nada. Otra de las muchas cosas que tenía que saber un hombre de negocios era cuándo estaba vencido. Y, no obstante, deseaba gritar por encima del hombro: ¡*Cualquier hembra idiota de pelo teñido y una bola de cristal solicitada a la revista* Fate *hace flotar un libro, una lámpara o la página de una partitura por una habitación oscura, y usted come mierda, pero cuando le muestro una cámara que toma fotografías de otro mundo, me echa de su casa! ¡Es verdad que está loco como un sombrerero! ¡Bueno, a tomar por el culo! ¡Hay otros peces en el mar!*

Y los había.

El 5 de octubre, Papi se metió en su coche perfectamente conservado y se fue a Portland a hacer una visita a las Hermanas Pus.

Las Hermanas Pus eran unas mellizas idénticas que vivían en Portland. Tenían cerca de ochenta años, pero parecían más viejas que Stonehenge. Fumaban sin cesar cigarrillos Camel, y les complacía explicar que lo hacían desde los diecisiete años. Jamás tosían, pese a los seis paquetes diarios que fumaban entre las dos todos los días. En aquellas raras ocasiones en que salían de su mansión colonial de ladrillo

visto, eran conducidas en un Lincoln Continental de 1958 que tenía el resplandor sombrío de un coche fúnebre. Este vehículo era conducido por una mujer negra apenas algo más joven que las Hermanas Pus. Probablemente la chófer fuera muda, pero tal vez fuese algo más especial: uno de los pocos seres humanos verdaderamente taciturnos creados por Dios. Papi no lo sabía y jamás preguntó. Había cerrado tratos con ambas damas en los últimos treinta años; la mujer negra siempre había estado con ellas, la mayoría de las veces conduciendo el coche, y en otras ocasiones lavándolo, cortando el césped, podando los setos que rodeaban la casa o llevando al buzón de la esquina cartas de las Hermanas Pus dirigidas a Dios sabía quién (tampoco sabía si la mujer negra entraba alguna vez en la casa, pero jamás la había visto allí). Bien, pues durante todo aquel tiempo nunca había oído hablar a aquella criatura maravillosa.

La mansión colonial estaba en el distrito Bramhall de Portland, que corresponde a la zona de Beacon Hill en Boston. En esta última ciudad, en la tierra del guisante y el bacalao, se dice que los Cabot solo hablan con los Lowell, y los Lowell solo con Dios, pero las Hermanas Pus y sus pocos contemporáneos restantes de Portland podían afirmar, y lo hacían tranquilamente, que los Lowell habían establecido una conexión privada con una línea partidaria algunos años después que los Deere, y que sus contemporáneos de Portland eran los dueños originales del teléfono.

Y, naturalmente, ninguna persona sensata las habría llamado Hermanas Pus en sus idénticas caras, del mismo modo que ninguna persona sensata metería la nariz bajo una sierra para eliminar un prurito molesto. Cuando no andaban por allí, eran las Hermanas Pus (si estabas seguro de no encontrarte en compañía de uno o dos chismosos), pero sus verdaderos nombres eran señorita Eleusippus Deere y señora Meleusippus Verrill. Su padre, en un afán desmedido por combinar devoción cristiana y erudición, les había puesto los nombres de dos de unos trillizos que se habían convertido en santos, pero que, por desgracia, eran hombres.

El esposo de Meleusippus había muerto muchísimos años antes, de hecho, en 1944, durante la batalla del golfo de Leyte; pero ella había conservado decididamente su nombre, lo que hacía imposible tomar el camino más fácil y llamarlas sencillamente las señoritas Deere. No, era preciso practicar los malditos trabalenguas hasta que sus nombres salían tan fluidamente como la mierda de un culo lubricado. Si te equivocabas una vez, te lo tenían en cuenta y podías perderlas como clientes durante seis meses o incluso un año. Si te equivocabas dos veces, no hacía falta que te molestaras en llamar nunca más.

Papi se fue con la caja de acero que contenía la Polaroid sobre el asiento contiguo, repitiendo una y otra vez sus nombres en voz baja.

—Eleusippus, Meleusippus. Eleusippus y Meleusippus. ¡Ajá! Está bien.

Pero resultó que eso era lo único que estaba bien. No querían la Polaroid, como McCarty, pese a que aquella entrevista había conmocionado tanto a Papi que en esta ocasión se presentó preparado para coger diez mil dólares menos o el cincuenta por

ciento de su estimación original del valor de la cámara.

La anciana mujer negra rastrillaba hojas, dejando al descubierto un césped que, pese a ser octubre, seguía siendo tan verde como el fieltro de una mesa de billar. Papi la saludó con un movimiento de cabeza. Ella lo miró, miró a través de él, y siguió rastrillando. Papi pulsó el timbre, y una campana repicó en algún lugar de las profundidades de la casa. La palabra «mansión» resultaba totalmente apropiada para hablar del domicilio de las Hermanas Pus. Aunque no era en absoluto tan grande como algunos de los viejos hogares del distrito Bramhall, la perpetua penumbra que reinaba dentro la hacía parecer mucho mayor. El sonido de la campana realmente parecía flotar en las profundidades de habitaciones y pasillos, y siempre evocaba la misma imagen en el cerebro de Papi: el carro de los muertos cruzando las calles de Londres durante el año de la plaga, con el conductor tañendo su campana y gritando: ¡*Sacad a vuestros muertos! ¡Sacad a vuestros muertos! ¡Por amor de Jesús, sacad a vuestros muertos*!

La Hermana Pus que abrió la puerta unos treinta segundos más tarde no solo parecía muerta, sino también embalsamada; era una momia entre cuyos labios había metido la colilla ardiente de un cigarrillo para gastar una broma.

—Merrill —dijo la dama.

Su vestido era de un azul profundo, y llevaba el cabello teñido haciendo juego. Trataba de hablarle como hablaría una gran dama a un mercader que ha llamado a una puerta equivocada, pero Papi vio que, a su manera, estaba tan excitada como lo había estado el hijo de perra de McCarty. La diferencia era que las Hermanas Pus habían nacido en Maine, se habían criado y morirían en Maine, mientras que McCarty provenía de algún lugar del Medio Oeste, donde al parecer el arte y oficio de la taciturnidad no estaba considerado una parte importante de la educación de un niño.

En algún lugar cercano al saloncillo, al extremo del pasillo, se movió una sombra apenas visible sobre el hombro huesudo de la hermana que había abierto la puerta. Era la otra. ¡Pues sí que estaban ansiosas! Papi empezó a preguntarse si al fin y al cabo no podría sacarles doce de los grandes. O incluso catorce.

Papi sabía que podía decir: «¿Tengo el honor de dirigirme a la señorita Deere o a la señora Verrill?», y seguir siendo totalmente correcto y cortés. Sin embargo, había tratado antes con aquellos vejestorios y sabía que, si bien la Hermana Pus que había abierto la puerta no movería una pestaña y le diría simplemente con quién hablaba, perdería por lo menos unos mil dólares. Se enorgullecían mucho de sus viejos nombres masculinos, y estaban más dispuestas a mirar amablemente a una persona que lo intentaba y fallaba que a una que optaba por el camino de los cobardes.

Así que, entonando una rápida plegaria mental para que su lengua no le fallara ahora que había llegado el momento, se aplicó y quedó complacido al escuchar que los nombres se deslizaban por su lengua como la charla de un vendedor de aceite de serpiente.

—¿Hablo con Eleusippus o con Meleusippus? —preguntó, y su cara sugería que la pronunciación de los nombres le preocupaba tan poco como si hubieran sido Joan y Kate.

—Meleusippus, señor Merrill —dijo ella.

¡Excelente! Ahora era señor Merrill, y estaba seguro de que todo iba a salir tan bien como pudiera desearlo. Sin embargo, se equivocaba tanto como es posible equivocarse.

—¿Quiere pasar? —preguntó Meleusippus, invitándole a hacerlo.

—Mil gracias —respondió Papi, y penetró en las oscuras profundidades de la mansión Deere.

—¡Dios mío! —exclamó Eleusippus Deere cuando la Polaroid empezó a impresionarse.

—¡Qué aspecto tan brutal! —dijo Meleusippus Verrill, en tono de verdadero desmayo y miedo.

Papi tenía que admitir que el perro tenía un aspecto cada vez más horrible. Y había algo más que le preocupaba: la secuencia temporal parecía ir acelerándose.

Para su foto demostración había colocado a las Hermanas Pus en el sofá estilo reina Ana. La cámara despidió su brillante luz blanca, rescatando por un instante la habitación de la zona del purgatorio entre la tierra de los vivos y la de los muertos, donde existían de alguna manera aquellas dos reliquias, y convirtiéndola en algo plano y deslumbrante, como la foto policial de un museo en el que se ha cometido un crimen.

Pero, como era de esperar, la foto que emergió no mostraba a las Hermanas Pus sentadas en el sofá de su saloncillo como dos epílogos idénticos. La foto mostraba al perro negro, que ahora miraba de frente a la cámara, y a aquel fotógrafo lo bastante loco para permanecer allí. El perro ya exhibía todos los dientes en un gruñido demente, homicida, y su cabeza había realizado un ligero movimiento predatorio hacia la izquierda. Papi pensó que, cuando saltara sobre su víctima, aquella cabeza seguiría inclinándose para cumplir dos objetivos: ocultar la zona vulnerable del cuello protegiéndola de cualquier posible ataque, y colocarse en una posición que le permitiera volver a erguirse una vez que los dientes se cerraran sólidamente sobre la carne de su víctima, arrancándole un gran trozo de tejido.

—¡Es espantoso! —exclamó Eleusippus, apoyando una mano momificada en la piel escamosa de su cuello.

—¡Terrible! —gimió Meleusippus, encendiendo un nuevo Camel con la colilla del anterior, presa de tales temblores que estuvo a punto de quemarse la comisura izquierda de la boca.

—¡Es totalmente i-nex-pli-ca-ble! —dijo Papi en tono triunfal.

En realidad, lo que pensaba era: *Me gustaría que estuvieras aquí, McCarty,*

gilipollas. Me gustaría que estuvieras. ¡He aquí a dos damas que han dado la vuelta al mundo unas cuantas veces y no piensan que esta maldita cámara sea un truco de teatro de variedades!

—¿Muestra algo que ha sucedido? —susurró Meleusippus.

—¿O algo que sucederá? —preguntó Eleusippus también en un susurro.

—No lo sé —admitió Papi—. Lo único que sé seguro es que a lo largo de mi vida he visto muchas cosas extrañas, pero nunca nada comparable a estas fotos.

—¡No me sorprende! —dijo Eleusippus.

—¡Ni a mí! —añadió Meleusippus.

Papi estaba preparado para orientar la conversación hacia la cuestión del precio, un asunto siempre delicado, pero mucho más con las Hermanas Pus. Cuando se trataba de negociar, eran tan delicadas como un par de vírgenes, cosa que, por lo que Papi sabía, era totalmente cierto por lo menos en el caso de una de ellas. Ya había decidido plantear el asunto con una frase como: «Para empezar, ni se me había ocurrido vender algo como esto, pero…». En realidad, era un enfoque más antiguo que las propias hermanas Pus, aunque, después de echarles una ojeada, cualquiera habría afirmado que no mucho más. Sin embargo, cuando se trataba con Sombrereros Locos no importaba nada; de hecho, les gustaba oírlo, del mismo modo que a los niños les gusta escuchar una y otra vez el mismo cuento de hadas. Pero, en ese momento, Eleusippus lo desconcertó por completo diciendo:

—No puedo responder por mi hermana, señor Merrill, pero no me sentiría cómoda mirando nada que usted tenga para… ofrecernos desde el punto de vista comercial —añadió tras una pausa penosa—, hasta que ponga esa…, esa cámara o lo que sea… en su coche.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Meleusippus, apagando el Camel a medio fumar en un cenicero en forma de pez que lo hacía todo salvo cagar colillas de Camel.

—Las fotos de fantasmas —dijo Eleusippus— son una cosa. Tienen cierta…

—Dignidad —sugirió Meleusippus.

—Sí, dignidad. Pero ese perro… se diría que está a punto de saltar de la fotografía para morder a uno de nosotros.

—¡A todos nosotros! —precisó Meleusippus.

Hasta ese último intercambio entre las dos hermanas, Papi había estado convencido —tal vez porque tenía que estarlo— de que las ancianas habían iniciado, con admirable estilo, su parte del regateo. Sin embargo, el tono de sus voces, tan idéntico como sus rostros y figuras (si hubiera podido decirse que tenían algo así como figuras), era inconfundible. No albergaban duda alguna acerca de que la Polaroid Sun 660 exhibía alguna clase de conducta paranormal. El problema residía en que era demasiado paranormal para ellas. No estaban ni regateando, ni fingiendo, ni jugando con él en un esfuerzo por rebajar el precio. Cuando decían que no querían tener nada que ver con la cámara y las extravagancias que hacía era exactamente eso

lo que querían decir. Y tampoco cometían la descortesía (porque es lo que habría sido para ellas) de suponer que su propósito al acudir allí era el de venderla.

Papi miró el saloncillo. Le recordaba la habitación de una anciana dama en una película de terror que había visto una vez en vídeo, una porquería donde un tipo grande y fornido trataba de ahogar a su hijo en una piscina, pero en la que nadie se quitaba ni una prenda. La habitación de aquella anciana estaba llena, atestada de fotografías viejas y nuevas en toda clase de marcos. Ocupaban las mesas y la repisa de la chimenea; cubrían zonas tan extensas de las paredes que ni siquiera se distinguía el dibujo del empapelado.

El saloncillo de las Hermanas Pus no era tan horrible, pero había muchas fotografías; tal vez llegaran a ciento cincuenta, un número que en una habitación tan pequeña y mal iluminada como aquélla parecía triplicarse. Papi había estado allí con la suficiente frecuencia para ver la mayor parte de ellas al menos al pasar, y a algunas las conocía muy bien porque él se las había vendido a Eleusippus y Meleusippus.

Tenían muchas más «fotos de fantasmas» —como las llamaba Eleusippus Deere —, tal vez mil, pero al parecer incluso ellas habían comprendido que una habitación de ese tamaño poseía una capacidad de exhibición limitada, ya que no una limitación por cuestiones de buen gusto. El resto de las «fotos de fantasmas» estaba distribuido en las otras catorce habitaciones de la mansión. Papi las había visto todas, pues se contaba entre los pocos afortunados a quienes se les había concedido la gracia de lo que las Hermanas Pus llamaban La Gira. Sin embargo, era en el saloncito donde guardaban las mejores, encabezadas por la foto favorita, que atraía la mirada por el simple hecho de hallarse en solitario esplendor encima del Steinway cerrado, junto al mirador. La foto en cuestión mostraba a un cadáver que salía levitando de su ataúd delante de cincuenta o sesenta testigos horrorizados. Naturalmente, se trataba de un fraude. Un niño de diez años…, ¡qué diablos!, uno de ocho habría comprendido que era un fraude. Por comparación, aquellas fotos de elfos danzantes que tanto habían fascinado a Arthur Conan Doyle al final de su vida parecían perfectas. En realidad, Papi solo vio en la habitación dos fotografías que no fueran fraudes evidentes; para ver cómo se había hecho el truco había que examinarlas en profundidad. Sin embargo, aquellas dos ancianas gatitas que se habían pasado la vida coleccionando «fotos de fantasmas» y afirmaban ser expertas en el tema, se comportaban como un par de adolescentes en una película de terror cuando les mostraba, además de una auténtica fotografía paranormal, una maldita cámara paranormal que no se limitaba a realizar el truco una vez —como aquélla con la que se había tomado la foto de la dama fantasma contemplando el regreso al hogar de los cazadores—, sino que lo hacía siempre. ¿Y cuánto se habían gastado en todas esas cosas que no eran más que basura? ¿Miles? ¿Decenas de miles? ¿Cientos de miles? ¿Cientos de…?

—¿… mostrarnos? —le preguntó Meleusippus.

Papi Merrill se obligó a dirigirle lo que debió de ser una imitación aceptable de su Sonrisa de Compañero Chalado, porque no registró en ellas ni sorpresa ni

desconfianza.

—Perdóneme, querida señora —dijo Papi—. Durante uno o dos minutos me he distraído. Supongo que nos sucede a todos a medida que vamos envejeciendo.

—Tenemos ochenta y tres años y nuestras cabezas están tan claras como el cristal de una ventana —dijo Eleusippus reprobatoriamente.

—El cristal de una ventana recién lavada —matizó Meleusippus—. Le he preguntado si tenía algunas fotografías para mostrarnos…, una vez que se haya llevado esa cosa, claro.

—Hace años que no vemos fotos realmente buenas —dijo Eleusippus, encendiendo otro Camel.

—El mes pasado —intervino Meleusippus— asistimos a la Convención Psíquica y de Tarot de Nueva Inglaterra, y si bien las conferencias eran iluminadoras…

—… y estimulantes…

—… muchas de las fotografías eran fraudes evidentes. Hasta un niño de diez años…

—… ¡o de siete!…

—… habría podido descubrirlo. De modo que… —Meleusippus enmudeció. Su rostro adoptó una expresión de perplejidad que parecía potencialmente dolorosa (hacía tiempo que los músculos de su cara se habían atrofiado en expresiones de placer moderado y conocimiento sereno)—. Señor Merrill, estoy desconcertada. Debo admitir que estoy algo desconcertada.

—Estaba a punto de decir lo mismo —añadió Eleusippus.

—¿Por qué ha traído esa cosa espantosa? —preguntaron Meleusippus y Eleusippus en perfecto dueto armónico, distorsionado únicamente por el rasguido nicotínico de sus voces.

Papi sentía una urgencia tan intensa de decir *Porque no sabía que eran dos viejas gallinas* que durante un segundo de horror pensó que lo había dicho y se detuvo tembloroso, esperando escuchar dos gritos ultrajados en los límites tenebrosos y resonantes del saloncillo, gritos que se elevarían como gemidos de sierras herrumbrosas al chocar contra los nudos de la madera de pino, y seguirían elevándose hasta que el cristal de cada una de las fotos trucadas temblara en una vibración angustiosa.

La idea de que había expresado ese terrible pensamiento en voz alta duró tan solo un segundo, pero cuando recordó el momento en las posteriores noches de insomnio, mientras los relojes marchaban fatigosamente en el piso de abajo (y la Polaroid de Kevin Delevan se agazapaba en el cajón cerrado del banco de trabajo), le pareció mucho más largo. Durante aquellas horas sin sueño, muchas veces se sorprendió deseando haberlo dicho y preguntándose si no se estaría volviendo loco.

Lo que hizo fue reaccionar con una velocidad y un instinto certero para la autoconservación que resultaban casi nobles. Insultar a las Hermanas Pus le proporcionaría una enorme gratificación, pero por desgracia sería una gratificación

breve. En cambio, si las adulaba —que era exactamente lo que esperaban porque se habían pasado la vida untadas de mantequilla, aunque eso no les había mejorado en absoluto la piel—, tal vez pudiera venderles tres o cuatro mil dólares más en «fotos de fantasmas». Eso sí, siempre y cuando continuaran eludiendo el cáncer de pulmón que, con toda seguridad, debería haber matado por lo menos a una de ellas doce años atrás.

Al fin y al cabo, en el archivo mental de Papi había otros Sombrereros Locos, aunque no tantos como creyera el día en que visitó a Cedric McCarty. Una investigación había demostrado que dos de ellos habían muerto y que otro estaba aprendiendo a tejer cestas en una residencia del norte de California, donde cuidaban a los tipos increíblemente ricos que, además, se habían vuelto completamente locos.

—En realidad —dijo—, traje la cámara para que ustedes pudieran verla, señoras. Lo que quiero decir —se apresuró a añadir, al ver sus expresiones consternadas— es que sé la experiencia que tienen en este campo.

La consternación se transformó en gratificación. Las hermanas intercambiaron miradas cómplices, tranquilizadoras, y Papi se descubrió deseando rociar un par de sus malditos paquetes de Camel con gasolina de mechero y metérselos en sus pequeños culos de doncellas ancianas antes de encender una cerilla. Entonces sí que fumarían. Lo que quería decir era que fumarían como chimeneas.

—Lo que quiero decir es que pensé que podrían darme algún consejo sobre lo que debería hacer con la cámara —terminó.

—Destrúyala —dijo Eleusippus inmediatamente.

—Yo usaría dinamita —sugirió Meleusippus.

—Primero ácido y después dinamita —precisó Eleusippus.

—Exacto —concluyó Meleusippus—. Es peligrosa. No es necesario mirar a ese perro maligno para saberlo.

Sin embargo, lo miró; ambas lo hicieron, e idénticas expresiones de asco y miedo cruzaron sus rostros.

—Se percibe la maldad en su mirada —dijo Eleusippus con una voz tan siniestra que habría podido resultar cómica, como la de una chica representando el papel de bruja de *Macbeth* en una función de colegio, pero que por alguna razón no lo era—. Señor Merrill, destrúyala, antes de que suceda algo espantoso. Quizá…, observe que digo quizá…, antes de que lo destruya a usted.

—Vamos, vamos —dijo Papi, molesto al descubrir que, aun a su pesar, se sentía algo inquieto—, eso es cargar excesivamente las tintas. Lo que quiero decir es que no es más que una cámara.

Eleusippus Deere afirmó con serenidad:

—Y la tabla de escritura espiritista que hace unos años le arrancó un ojo a la pobre Colette Simineaux no era más que una tabla de conglomerado.

—Por lo menos hasta que aquella gente tonta de remate le puso las manos encima y la despertó —añadió Meleusippus solemnemente.

Al parecer, no quedaba nada por decir. Papi cogió la cámara procurando hacerlo por la correa, sin tocar el cuerpo del aparato —aunque se dijo que lo hacía solo para tranquilizar a las dos gatitas—, y se puso en pie.

—Bueno, ustedes son las expertas —dijo.

Ambas mujeres se miraron satisfechas.

Sí, la retirada. La respuesta era la retirada, al menos por el momento. Pero todavía no había terminado. Todo perro tiene su día, y eso iba a misa.

—No quiero robarles más tiempo, y mucho menos incomodarlas.

—¡Oh, no lo ha hecho! —dijo Eleusippus, levantándose a su vez.

—¡Recibimos tan pocas visitas últimamente! —dijo Meleusippus, imitándola.

—Señor Merrill, déjela en el coche y después venga a tomar el té.

—Merienda cena.

Aunque Papi no deseaba más que salir de allí (y decírselo con toda claridad: *Gracias, pero quiero salir de aquí*), hizo una semirreverencia cortés y dio una excusa del mismo tenor:

—Estaría encantado —dijo—, pero me temo que tengo otro compromiso. No vengo a la ciudad con la frecuencia que quisiera.

Si vas a mentir una vez, bien puedes hacerlo varias, le había dicho su propio padre; y era un consejo que se había tomado muy en serio, así que consultó su reloj.

—Ya me he quedado demasiado tiempo. Me temo que ustedes, señoras, me han retenido, pero supongo que no soy el primer hombre al que se lo han hecho.

Las hermanas rieron y se sonrojaron genuinamente, con un rubor como el resplandor de rosas muy antiguas.

—¡Señor Merrill! —se estremeció Eleusippus.

—Invítenme la próxima vez —dijo él, sonriendo hasta que sintió que su cara iba a resquebrajarse—. ¡Invítenme la próxima vez, por Júpiter! ¡Invítenme y ya verán si no acepto a la velocidad de un tren expreso!

Salió y, mientras una de ellas cerraba rápidamente la puerta a sus espaldas

(*Tal vez creen que el sol puede desintegrar sus fotos trucadas de fantasmas*, pensó Papi con amargura),

se volvió y disparó la Polaroid en dirección a la anciana negra, que seguía rastrillando hojas. Lo hizo siguiendo un impulso, como un hombre malvado puede apartarse impulsivamente de su camino para matar a una mofeta o un mapache.

El labio superior de la mujer negra se levantó en un gruñido, y Papi quedó estupefacto al ver que le hacía el signo del mal de ojo.

Se metió en su coche y retrocedió deprisa por el sendero. La parte trasera de su coche estaba a medias en la calle cuando volvió la cabeza para ver si había tráfico, y su mirada tropezó con la foto que acababa de sacar. Todavía no estaba impresionada del todo; tenía el aspecto lechoso e indiferente que presentan todas las fotos Polaroid hacia la mitad del proceso de revelado.

No obstante, había aparecido lo suficiente para que, cuando Papi la miró, el aire

que había empezado a aspirar se detuviera a medio camino, como una brisa que, por alguna razón ignorada, se interrumpiera bruscamente. Incluso su corazón pareció detenerse a mitad de un latido.

Estaba sucediendo lo que Kevin había imaginado. El perro había completado el giro, iniciando su incansable y predeterminado avance hacia la cámara, y el que la tenía en la mano… ¡Ah! Pero esta vez era él. Reginald Marion *Papi* Merrill, quien había levantado la cámara y fotografiado a la vieja negra en un momento de fastidio, como un niño malcriado que dispara contra una botella apoyada en una cerca con su escopeta de juguete porque no puede disparar contra su padre, aunque en ese momento humillante, después de recibir unos azotes, se sentiría más que feliz de poder hacerlo.

El perro se acercaba. Kevin había sabido que eso sucedería; y Papi también lo habría sabido si hubiera tenido ocasión de pensar en ello. Sin embargo, a partir de ese momento le resultaría difícil no hacerlo cuando pensara en la cámara, y descubriría que aquellas ideas le obsesionaban cada vez más, tanto despierto como dormido.

Viene —pensó Papi, con esa especie de horror helado que puede sentir un hombre de pie en la oscuridad mientras una Cosa, alguna Cosa inexplicable e intolerable, se acerca a él exhibiendo sus garras y sus dientes como navajas—: ¡*Oh, Dios mío! Viene, ese perro viene*.

Pero no solo venía; también cambiaba.

Resultaba imposible decir cómo. Le dolían los ojos, atrapados entre lo que deberían estar viendo y lo que estaban viendo. Al final, la única explicación que encontró era insignificante: se diría que alguien había cambiado la lente de la cámara por un ojo de pez, de modo que la frente del perro, con sus nudos de pelo enredado, parecía retroceder y avanzar al mismo tiempo, y sus ojos asesinos parecían salpicados de inmundas y apenas visibles chispas rojas, como esas que a veces hace aparecer en los ojos de la gente el estallido del flash de la Polaroid.

El cuerpo del perro parecía más alargado, pero no más delgado; si acaso, más grueso… no más gordo, sino más musculoso.

Y sus dientes eran más grandes, más largos, más agudos.

Súbitamente, Papi se encontró pensando en Cujo, el San Bernardo de Joe Camber, que había matado a Joe, al viejo borracho, a Gary Pervier, y a Big George Bannerman. El perro había cogido la rabia. Había atrapado a una mujer y a un niño en su coche, cerca de donde vivía Camber, y el niño había muerto al cabo de dos o tres días. Ahora Papi se descubrió preguntándose si eso era lo que habían visto durante aquellos largos días y noches encerrados en el horno hirviente del coche: unos lodosos ojos rojos, unos dientes afilados…

Se oyó el sonido impaciente de un claxon.

Papi gritó, y su corazón no solo empezó a latir otra vez, sino a disparar como el motor de un fórmula uno.

Una furgoneta rodeó su sedán, que seguía detenido entre el sendero y la calle

residencial. El conductor de la furgoneta sacó la mano por la ventanilla con el dedo medio levantado.

—¡Cómete mi polla, hijo de puta! —gritó Papi.

Terminó de sacar el coche del sendero, pero tan torpemente que chocó contra el bordillo de la acera de enfrente. Hizo girar el volante (tocando sin querer su propio claxon en la operación) y partió. Sin embargo, a tres manzanas de distancia tuvo que acercar el coche a la acera y detenerse diez minutos, esperando que sus temblores se calmaran lo bastante para poder conducir.

Así acabó el episodio con las Hermanas Pus.

Durante los cinco días siguientes, Papi recorrió el resto de nombres de su lista mental. El precio, que había empezado en veinte mil dólares con McCarty y descendido a diez mil con las Hermanas Pus (aunque no había avanzado con ellas lo bastante para hablar de dinero), continuó descendiendo a medida que iba descartando candidatos. Al final solo le quedó Emory Chaffee y la posibilidad de ganar unos dos mil quinientos dólares.

Chaffee era una paradoja fascinante. En toda la experiencia de Papi con los Sombrereros Locos —una experiencia larga y sorprendentemente variada—, Emory Chaffee era el único creyente en «el otro mundo» que carecía por completo de imaginación. Con semejante cerebro, resultaba sorprendente que alguna vez hubiera dedicado un pensamiento al «otro mundo»; el hecho de que creyera en él dejaba atónito a cualquiera, pero el de que pagara sustanciosas sumas para coleccionar objetos relacionados con el tema era algo totalmente incomprensible para Papi. Sin embargo, era así, y Papi lo habría ascendido a los primeros puestos de su lista de no ser por el hecho irritante de que Chaffee era, con mucho, el menos acaudalado de aquéllos a quienes Papi consideraba como sus Sombrereros Locos «ricos». Llevaba a cabo un trabajo hábil, aunque poco productivo, para lograr continuar aferrado a los restos de lo que alguna vez fuera una gran fortuna familiar. De ahí que se produjera un gran descenso en el precio atribuido por Papi a la Polaroid de Kevin.

De todos modos, si hay alguien dispuesto a comprar este condenado aparato, ése es Emory, se había dicho, deteniendo el coche en el sendero invadido por la maleza de la que en los años veinte fuera una de las residencias de verano más hermosas del lago Sebago, y que ahora estaba en un tris de convertirse en una de las casas más deterioradas de dicho lago (quince años atrás, la casa Chaffee, situada en el distrito Bramhall de Portland, había sido vendida por cuestiones de impuestos).

Lo único que le preocupaba —y cada vez más a medida que iba recorriendo la lista— era la demostración. Podía describir lo que hacía la cámara hasta quedar sin aliento, pero ni siquiera un viejo idiota como Emory Chaffee ofrecería una suma digna de mención sobre la base única de una descripción.

A veces, Papi pensaba que había sido una estupidez pedir a Kevin que sacara

todas aquellas fotografías para poder montar la cinta de vídeo. Sin embargo, cuando lo pensaba en profundidad, no estaba seguro de que estableciera alguna diferencia. En aquel mundo pasaba el tiempo (porque, al igual que Kevin, había llegado a pensar en eso como en un mundo real), y pasaba mucho más lentamente que aquí, pero ¿no era cierto que se aceleraba a medida que el perro se acercaba a la cámara? A Papi le parecía que sí. El movimiento del perro junto a la cerca había sido imperceptible; a decir verdad, al comienzo ni siquiera lo había visto. Pero, ahora, solo un ciego podía no ver que el perro estaba cada vez más cerca a medida que iba apretándose el disparador. Se podía apreciar la variación de distancia aunque se sacaran dos fotografías seguidas. Era casi como si el tiempo de allí tratara de…, bueno, de ponerse a la par de algún modo, sincronizándose con el tiempo de aquí.

Si eso hubiera sido todo, ya habría resultado bastante malo. Pero no era todo.

¡Aquello no era un perro, maldición!

Papi no sabía qué era, pero sí sabía, tan bien como que su madre estaba enterrada en el cementerio Homeland, que no era un perro.

Pensaba que había sido un perro mientras olfateaba a lo largo de la cerca, que ahora quedaba a unos tres metros detrás de él; entonces parecía un perro, aunque un perro excepcionalmente malvado una vez que volvía lo bastante la cabeza y podías ver bien su fisonomía.

Pero ahora Papi pensaba que no se parecía a ninguna criatura existente en esta tierra de Dios, y probablemente tampoco en el infierno. Y lo que más le molestaba era que las pocas personas ante las cuales había hecho fotografías de demostración no parecían advertirlo. Inevitablemente, retrocedían; inevitablemente, decían que era la criatura más fea y maligna que habían visto jamás, pero eso era todo. Ni uno solo de ellos sugirió que el perro de la Sun 660 de Kevin estaba convirtiéndose en una especie de monstruo a medida que se acercaba al fotógrafo, a medida que se acercaba a la lente que podía constituir una especie de portal entre aquel mundo y éste.

Papi volvió a pensar, como había hecho el propio Kevin: *Nunca podrá pasar. Nunca. Porque esa cosa es un animal, tal vez uno horrible, aterrador incluso, como los monstruos que ven los niños en el armario cuando sus madres apagan la luz, pero sigue siendo un animal, y si algo va a suceder será lo siguiente: habrá una última foto en la que se verá algo borroso porque el perro del diablo habrá saltado, pues resulta evidente que ésa es su intención, y después la cámara dejará de funcionar o solo hará fotos que se convertirán en cuadros negros, porque no se pueden hacer fotografías con una cámara que tiene una lente rota o se ha partido en dos, y si quien sea deja caer la cámara cuando el perro del diablo lo golpea, y supongo que lo hará, la cámara se estrellará contra la acera y se romperá. Al fin y al cabo, la maldita cosa no es más que plástico y el plástico y el cemento no se llevan bien.*

Emory Chaffee había salido a su astillado porche, en el que la pintura se descascarillaba, los tablones se desencajaban y las puertas batientes se oxidaban, adquiriendo el color de la sangre seca y produciendo algunos agujeros en el alambre.

Emory Chaffee llevaba una chaqueta que alguna vez había sido impecablemente azul, pero que las múltiples lavadas habían dejado de un gris indescriptible, como el del uniforme de un ascensorista. Emory Chaffee tenía una ancha frente que se prolongaba hasta desaparecer por fin bajo el poco cabello que le quedaba, y una sonrisa que descubría sus gigantescas paletas y le daba el aspecto que, en opinión de Papi, tendría Bugs Bunny si hubiera sufrido un retraso mental catastrófico.

Papi cogió la cámara por la correa (¡Dios, cómo había llegado a detestar aquella cosa!), salió del coche y se obligó a responder al saludo y la sonrisa del hombre.

Al fin y al cabo, el negocio era el negocio.

—¿No diría que es un feo cachorro?

Chaffee examinaba la Polaroid, revelada casi por completo. Papi había explicado lo que hacía la cámara, estimulado por el sincero interés y curiosidad de Chaffee. Después le había entregado la Sun al hombre, invitándolo a sacar la foto que quisiera.

Emory Chaffee, dedicándole su repugnante sonrisa de dientes de conejo, enfocó la Polaroid hacia Papi.

—A mí no me enfoque —dijo Papi a toda prisa—. Preferiría que me apuntara con una escopeta antes que con esa cámara.

—Cuando usted vende una cosa, la vende, ¿eh? —dijo Chaffee con admiración.

Pero le hizo caso y volvió la Sun 660 hacia la amplia ventana que daba al lago, un paisaje magnífico que seguía siendo tan majestuoso como durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, los años dorados de la familia Chaffee, que, por alguna razón, habían empezado a convertirse en hojalata hacia 1970.

Emory apretó el disparador.

La cámara gimió.

Papi saltó. Descubrió que ahora daba un respingo cada vez que oía aquel sonido, aquel ruidillo gemebundo. Había intentado controlarse descubriendo turbado que no podía.

—¡Sí, señor! ¡Un animal espantosamente feo! —repitió Chaffee después de examinar la foto.

Papi quedó amargamente complacido al ver que por fin había desaparecido aquella repulsiva sonrisa llena de dientes y saliva. Por lo menos, la cámara había sido capaz de hacer eso.

No obstante, le resultaba igualmente evidente que el hombre no estaba viendo lo que veía él. En cierta forma, Papi se había preparado para esa eventualidad; pero, aun así, ante su impasibilidad yanqui se sintió muy conmocionado. Creía que si a Chaffee le hubiera sido dado ver lo que estaba viendo él, el maldito idiota habría salido corriendo hacia la puerta más cercana.

El perro —bueno, ya no era un perro, pero había que llamarlo de alguna manera — todavía no había iniciado su salto hacia el fotógrafo, pero estaba preparándose. Sus cuartos traseros iban flexionándose y descendiendo hacia la resquebrajada acera anónima, en un gesto que a Papi le recordaba el vibrante movimiento del coche de un joven, a punto de arrancar, unos segundos antes de que desapareciera la luz roja, con la aguja del cuentarrevoluciones señalando el máximo, y el motor chirriando a través de los tubos de cromo y los gruesos neumáticos dispuestos a sacar humo del asfalto en un intenso beso enamorado.

La cara del perro ya no era algo reconocible. Aparecía retorcida y distorsionada de un modo monstruoso y presentaba un solo ojo oscuro y malevolente, ni redondo, ni oval sino colgante, como la yema de un huevo pinchada por un tenedor. Su nariz era un pico negro con profundos agujeros practicados a cada lado. ¿Era humo lo que salía de esos agujeros, como vapor del cráter de un volcán? Tal vez sí, o tal vez eso fuera fruto de su imaginación.

No importa —pensó Papi—. *Si sigues apretando ese disparador o permites que lo haga gente como este estúpido, terminarás por descubrirlo, ¿no crees?*

Pero la cuestión era que no quería descubrirlo. Miró la cosa negra y asesina de cuyo manto enredado colgaban algunos abrojos pegados, aquella cosa que ya no tenía exactamente pelo, sino un material como de lanzas vivas y una cola como un arma medieval. Miró aquella sombra cuyo significado exacto había descubierto un chico insolente, y vio que había cambiado. Una de las piernas de la sombra parecía haber dado un paso atrás, un paso muy largo, aun considerando el efecto del sol poniente o naciente (pero se ponía; por alguna razón, Papi estaba seguro de que se ponía, de que en aquel mundo llegaba la noche, no el día).

Finalmente, el fotógrafo de aquel mundo había comprendido que su modelo no tenía intención de posar para su retrato, que eso nunca había formado parte de su plan. Tenía intención de comer, no de posar. Ése era el plan. Comer y después, de alguna manera que Papi no comprendía, escapar.

¡*Descúbrelo*! —pensó irónicamente—. ¡*Adelante! ¡Sigue sacando fotos! ¡Lo descubrirás! ¡Descubrirás toda clase de cosas*!

—Y usted, señor —estaba diciendo Emory Chaffee, que solo se había detenido un momento porque las criaturas con poca imaginación rara vez se detienen mucho para hacer algo tan trivial como meditar—, es un estupendo vendedor.

El recuerdo de McCarty seguía muy vivo aún y todavía molestaba.

—Si cree que es un fraude… —empezó a decir.

—¿Un fraude? ¡En absoluto! ¡En absoluto! —La sonrisa de Chaffee se amplió en todo su repulsivo esplendor, mientras abría las manos como preguntando si quería gastarle una broma—. Pero verá, señor Merrill, me temo que no podemos hacer negocio con este artículo en particular. Lamento decirlo, pero…

—¿Por qué? —interrumpió Papi—. Si no cree que la maldita cosa es un fraude, ¿por qué demonios no la quiere?

Papi Merrill se quedó estupefacto al oír que su voz se elevaba en una especie de furia quejumbrosa, frustrada. Estaba seguro de que nunca en la historia del mundo había existido nada como eso, y de que jamás volvería a repetirse. Sin embargo, parecía que no podía desprenderse de ella.

—Bueno… —Chaffee parecía desconcertado, como si no supiera cómo decirlo porque, fuera lo que fuese, a él le resultaba evidente. En ese momento parecía un maestro de párvulos agradable, pero un tanto torpe, tratando de enseñar a un niño retrasado a atarse los zapatos—. No hace nada, ¿verdad?

—¿Que no hace nada? —dijo Papi, casi gritando. No podía creer que hubiese perdido hasta ese punto el control de sí mismo y que cada vez lo perdiera más. ¿Qué le pasaba? O, para decirlo con mayor claridad, ¿qué le estaba haciendo la maldita cámara?—. ¿Que no hace nada? Pero ¿acaso está ciego? ¡Toma fotografías de otro mundo! Toma fotografías que se mueven en el tiempo de una a otra, independientemente del lugar o el momento en que las haga en este mundo. Y esa…, esa cosa…, ese monstruo…

¡Ay, ay! ¡Al final lo había hecho! Finalmente, había ido demasiado lejos. Lo sabía por la manera en que lo miraba Chaffee.

—Es solo un perro, ¿no? —dijo Chaffee en voz baja y tranquilizadora. Era el tipo de voz que se utiliza para intentar calmar a un lunático mientras la enfermera se precipita sobre el botiquín para buscar las agujas y las drogas hipnóticas.

—¡Ajá! —exclamó Papi lenta y fatigosamente—. Es solo un perro. Pero usted mismo dijo que era una bestia infernalmente fea.

—Claro, claro que lo dije —admitió Chaffee demasiado pronto. Papi pensó que si la sonrisa del hombre seguía ampliándose, terminaría por contemplar cómo los tres cuartos superiores de la cabeza del idiota caían en su regazo—. Pero, señor Merrill, ¿es que no se da cuenta del problema que representa para el coleccionista, para el coleccionista serio?

—No, creo que no —dijo Papi, aunque después de recorrer toda la lista de Sombrereros Locos, una lista que al comienzo parecía tan prometedora, estaba empezando a verlo. En realidad, estaba empezando a ver toda una multitud de problemas que planteaba la Polaroid Sun al coleccionista serio. En cuanto a Emory Chaffee, solo Dios sabía lo que pensaba exactamente.

—Indudablemente, existen cosas como las fotografías de fantasmas —dijo Chaffee con una voz clara y pedante que inspiró a Papi el deseo de estrangularlo—. Pero éstas no son fotos de fantasmas. Son…

—¡Lo que está claro es que no son fotos normales!

—Eso es precisamente lo que quiero decir —dijo Chaffee, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Pero ¿qué tipo de fotografías son? No se puede decir, ¿verdad? Uno solo puede mostrar una cámara totalmente normal que fotografía un perro, el cual, al parecer, se prepara para saltar. Y, una vez que salte, habrá desaparecido del encuadre. En ese punto, puede pasar una de estas tres cosas. La cámara puede empezar a sacar

fotos normales, es decir, fotos de las cosas que se enfocan; puede no sacar más fotos una vez completado su propósito, el de fotografiar…, casi podría decirse documentar ese perro; o podría, sencillamente, seguir sacando fotos de aquella cerca blanca y del césped mal cuidado que hay detrás. —Después de hacer una pausa, añadió—: Supongo que en algún momento, dentro de cuarenta o de cuatrocientas fotografías, podría pasar alguien; pero, a menos que el fotógrafo eleve el ángulo, algo que no parece haber hecho hasta ahora, se vería al transeúnte de cintura para abajo. En resumen… —prosiguió, imitando al padre de Kevin sin saber siquiera quién era—, perdone por decir esto, señor Merrill, pero me ha mostrado algo que creí que no vería nunca: un suceso inexplicable y casi innegablemente paranormal, que en realidad resulta sumamente tedioso.

Esta observación sorprendente, pero al parecer sincera, obligó a Papi a desdeñar lo que Chaffee pudiera pensar sobre su estado mental y volver a preguntar:

—¿Realmente es solo un perro, según usted?

—Naturalmente —afirmó Chaffee con aspecto algo sorprendido—, un sieteleches vagabundo que parece tener pésimo carácter. —Lanzó un suspiro y añadió—: Por otra parte, no incita a que se lo tome en serio. Lo que quiero decir es que no sería tomado en serio por personas que no lo conozcan personalmente, señor Merrill, personas que no estén familiarizadas con su honestidad y fiabilidad en estos asuntos. Verá, parece un truco. Y ni siquiera muy bueno. Algo del estilo de la bola mágica de un niño.

Dos semanas antes, Papi habría discutido fervorosamente esa idea, pero eso era antes de haber sido invitado a abandonar la casa de aquel cabrón de McCarty.

—Bueno, si es su última palabra —dijo Papi, poniéndose en pie y cogiendo la cámara por la correa.

—Lamento mucho que se haya molestado por tan poco —dijo Chaffee, y su horrible sonrisa reapareció, llena de labios gomosos e inmensos dientes brillantes de saliva—. Cuando llegó, estaba a punto de prepararme un sándwich. ¿Le gustaría comer conmigo, señor Merrill? Hago unos sándwiches estupendos, aunque no queda bien que sea yo quien lo diga. Les pongo rábanos picantes y cebollas en vinagre, ése es mi secreto, y después…

—Paso —dijo Papi pesadamente. Como le había sucedido en el saloncillo de las Hermanas Pus, lo único que quería en ese momento era salir de allí y poner kilómetros entre él y aquel idiota sonriente. Papi tenía alergia a los lugares en los que había jugado y perdido. Últimamente, parecía haber muchos. Demasiados—. Lo que quiero decir es que ya he comido. Tengo que regresar.

Chaffee rió con regocijo.

—El destino del que trabaja en la viña es duro, pero proporciona un gran botín —dijo.

Últimamente no —pensó Papi—. *Últimamente no ha proporcionado ningún maldito botín*.

—Bueno, es una forma de ganarse la vida —contestó, antes de que Chaffee le permitiera salir de aquella casa húmeda y fría (Papi no conseguía imaginar cómo sería vivir en ese lugar en febrero), que despedía un olor arratonado y mohoso que podía provenir de cortinas y tapizados en proceso de putrefacción, o ser solo el olor que deja el dinero cuando ha pasado mucho tiempo en un lugar y después se va. Le pareció que el fresco aire de octubre, teñido con un leve sabor del lago y otro más fuerte de panocha, jamás había sido tan bueno.

Se metió en su coche y conectó el motor. A diferencia de la Hermana Pus que lo había acompañado a la puerta, cerrándola después rápidamente como temerosa de que le diera el sol y la convirtiera en polvo, como si fuera un vampiro, Emory Chaffee permanecía de pie en la galería, esbozando su sonrisa idiota y saludándolo con la mano, como si Papi partiera para realizar un maldito crucero.

Y, sin pensar, del mismo modo que había sacado la foto de la vieja negra, había hecho una instantánea de Chaffee y de la casa en proceso de derrumbe, que era todo lo que quedaba de la fortuna Chaffee. No recordaba haber cogido la cámara del asiento sobre el que la había arrojado antes de cerrar la portezuela; ni siquiera era consciente de que tenía la cámara en la mano o de que había apretado el disparador, hasta que escuchó el gemido del mecanismo que escupía la fotografía como una lengua bañada en un blando fluido gris, quizá leche de magnesia. Ahora, aquel ruido pareció vibrar a lo largo de sus terminaciones nerviosas haciéndolas rechinar; era como la sensación que se tenía cuando algo demasiado frío o demasiado caliente entraba en contacto con un empaste nuevo.

Advirtió, con su visión periférica, que Chaffee reía como si fuera el mejor chiste del mundo. Luego arrancó la foto de su ranura dominado por una especie de horror furioso, diciéndose que había imaginado aquel ruido momentáneo y borroso de gruñido —un ruido como el que podría oírse si se aproximara una motora mientras se mantiene la cabeza bajo el agua—, así como la sensación fugaz de que la cámara había saltado entre sus manos, como si una enorme presión interior la hubiera estremecido. Abrió la guantera y tiró dentro la foto, cerrándola después con tanta fuerza y rapidez que se rompió la uña del pulgar.

Partió bruscamente, casi a trompicones, y estuvo a punto de golpear una de las viejas picas que flanqueaban el extremo del sendero más cercano a la casa. Mientras recorría el camino para coches le pareció oír a Emory Chaffee riendo a carcajadas.

El corazón le golpeaba en el pecho, y sentía la cabeza como si alguien la estuviera machacando con un hacha. El pequeño manojo de venas que tenía en las sienes latía con fuerza. Poco a poco, consiguió controlarse. Después de recorrer unos diez kilómetros, el enano que había en el interior de su cabeza dejó de utilizar el hacha; después de casi veinte (ahora estaba a mitad de camino de Castle Rock), su ritmo cardíaco recuperó la normalidad. Entonces se dijo: *No vas a mirarla. No lo harás. Deja que esa cosa se pudra ahí. No necesitas mirarla ni tampoco sacar más fotos. Ha llegado el momento de incluirla en la lista de pérdidas. Ha llegado el momento de*

hacer lo que debiste permitir que hiciese el muchacho.

De modo que, naturalmente, cuando llegó a la zona de recreo Castle View, un rincón desde donde, al parecer, se podía contemplar todo el oeste de Maine y la mitad de New Hampshire, detuvo el coche, abrió la guantera y sacó la foto que había tomado con el mismo interés o conocimiento con que podía haberlo hecho un sonámbulo. Por supuesto, la foto se había revelado allí dentro; los productos químicos del interior de aquel cuadrado engañosamente plano habían despertado, haciendo su habitual trabajo con eficacia. Luz u oscuridad no establecían diferencias para una foto Polaroid.

Ahora, esa cosa lejanamente similar a un perro estaba acuclillada por completo, todo lo agazapada que era posible. Sus dientes habían superado la boca, de modo que su gruñido no parecía solo una expresión de cólera, sino una necesidad. ¿Cómo podían cerrarse los labios sobre aquellos dientes? ¿Cómo podían juntarse aquellas mandíbulas? Ahora se parecía más a una variedad salvaje de oso que a un perro, pero aquello a lo que se parecía realmente era algo que Papi no había visto nunca. Mirarlo hacía más que provocarle dolor en los ojos; dañaba su cerebro. Le hacía sentirse como si estuviera volviéndose loco.

¿*Por qué no te libras de la cámara aquí*? —pensó de pronto—. *Puedes hacerlo. Sal, ve hasta la barandilla y tírala. Desaparecida. Adiós*.

Pero ése habría sido un acto impulsivo, y Papi Merrill pertenecía en cuerpo y alma a la Tribu Racional. No quería hacer, en el impulso del momento, nada que pudiera lamentar más tarde, y… *Si no haces esto, más tarde lo lamentarás*.

No, no y no. Un hombre no puede ir contra su naturaleza. Es antinatural. Papi necesitaba tiempo para pensar, para estar seguro.

Llegó a un arreglo consigo mismo tirando la foto por la ventanilla, y siguió su camino. Durante uno o dos minutos se sintió como si fuera a vomitar, pero se le pasó. Entonces se sintió un poco más él mismo. De regreso en su tienda, a salvo, abrió la caja de acero, cogió la Sun, revisó una vez más su llavero y encontró la llave del cajón donde guardaba sus artículos «especiales». Se dispuso a guardar la cámara, pero se detuvo con el ceño fruncido. La imagen del tajo que había en el patio trasero se le apareció con tanta claridad, con tal detalle, que era como una fotografía.

Pensó: *No importa todo eso de que un hombre no puede ir contra su naturaleza. Es basura y lo sabes. En la naturaleza del hombre no está el comer mierda, pero por Dios que si alguien que te apunta a la cabeza te lo ordenara podrías comerte un bol entero. Ya sabes en qué momento estás, compañero, en el momento de hacer lo que debiste dejar que hiciera el muchacho. Al fin y al cabo, no es como si hubieras invertido en esto*.

Sin embargo, otra parte de su cerebro se alzó en una protesta airada y expresiva: ¡*Claro que sí! ¡Hice una inversión, por Dios! ¡Ese chico destrozó una cámara Polaroid totalmente nueva! ¡Tal vez no lo sepa, pero eso no cambia el hecho de que me he gastado ciento treinta y nueve pavos*!

—¡Oh, mierda! —murmuró agitado—. ¡No es eso! ¡No es el maldito dinero!

No, no era el maldito dinero. Al menos podía admitir que no era el dinero. Podía permitírselo; de hecho, Papi habría podido permitirse mucho, incluida una mansión en el distrito Bramhall de Portland y un Mercedes-Benz nuevo. Jamás habría comprado esas cosas —atesoraba los peniques y llamaba a una avaricia casi patológica «el espíritu ahorrativo yanqui»—, pero eso no quería decir que no hubiese podido tenerlas de haberlo deseado.

No se relacionaba con el dinero; se relacionaba con algo más importante de lo que jamás podría ser el dinero. Se relacionaba con no ser desplumado. Papi había basado el trabajo de su vida en la decisión de no dejarse desplumar, y, en las pocas ocasiones en las que le había sucedido, se había sentido como un hombre cuyo cráneo es recorrido por hormigas rojas.

Por ejemplo, el asunto del maldito tocadiscos Kraut. Cuando Papi descubrió que aquel anticuario de Boston (se llamaba Donahue) le había cobrado cincuenta pavos más por un gramófono Victor-Graff de 1915 (que resultó ser un modelo mucho más común de 1919), se permitió el lujo de perder trescientos dólares, que le quitaron el sueño, planificando diversas formas de venganza (a cual más salvaje y ridícula que la anterior), maldiciéndose por idiota, y diciéndose que realmente estaba decayendo si un ciudadano como aquel Donahue podía desplumar a Papi Merrill. Y a veces imaginaba al tipo contándoles a sus colegas de póquer lo fácil que había sido. ¡Diablos!, por allí eran un montón de paletos, creían que si intentaban venderle el puente de Brooklyn a un pavo como aquel ratón de campo de Merrill, de Castle Rock, el maldito idiota preguntaría: «¿Cuánto?». Y después los imaginaba balanceándose en sus sillas en torno a aquella mesa de póquer (Papi no sabía por qué en aquel sueño mórbido los veía siempre en torno a una mesa de póquer, pero así era), fumando cigarros de a dólar y rugiendo de risa como un montón de trols.

El asunto de la Polaroid corroía su interior como un ácido, pero todavía no estaba preparado para abandonar el asunto.

Todavía no.

¡*Estás loco*! —le gritaba una voz—. ¡*Es una locura seguir con esto*!

—¡Que me condenen si lo dejo! —murmuró malhumorado en respuesta a aquella voz, en medio de su tienda vacía y sombría, que latía nuevamente como una bomba en una maleta—. ¡Que me condenen!

Pero eso no quería decir que tuviera que seguir corriendo por ahí en más viajes estúpidos tratando de vender la maldita cámara. Y, desde luego, tampoco tenía intención de sacar más fotos con ella. Calculaba que quedarían al menos tres fotos «seguras», y que probablemente hubiera incluso siete, pero no sería él quien lo descubriera. En absoluto.

Sin embargo, podía surgir algo. Nunca se sabía. Y no podía hacerle ningún daño ni a él ni a nadie tenerla encerrada en un cajón, ¿no?

—No —se dijo Papi animosamente.

A continuación, dejó caer la cámara dentro del cajón, lo cerró, se guardó las llaves en el bolsillo y después fue hasta la puerta y colocó el cartel con la cara ABIERTO mirando a la calle, con el aire de un hombre que por fin ha dejado atrás un problema fastidioso.

Capítulo 10

A las tres de la madrugada, Papi despertó bañado en sudor y mirando atemorizado la oscuridad. Los relojes acababan de iniciar otro fatigado circuito a la hora.

No fue su sonido lo que lo despertó, aunque habría podido ser, porque no estaba arriba, en su cama, sino abajo, en la tienda. El Emporium Galorium era una gruta oscura atestada de sombras abultadas creadas por la farola de la calle, que proyectaba la luz suficiente para crear la desagradable sensación de que había cosas escondidas más allá de donde alcanzaba la vista.

No fueron los relojes los que lo despertaron; fue el flash.

Sintió horror al encontrarse de pie con su pijama junto al banco de trabajo, con la Polaroid Sun 660 en la mano. El cajón «especial» estaba abierto. Era consciente de que, aunque había tomado una sola foto, su dedo había estado apretando el botón que disparaba una y otra vez. Habría hecho muchas más, aparte de la que sobresalía de la ranura, si no hubiera sido por la buena fortuna de que solo quedaba una en el rollo.

Papi empezó a bajar los brazos —había estado apuntando la cámara hacia el frente de la tienda, y el visor con su diminuta raja estaba apoyado contra un ojo soñoliento y abierto—, pero en cuanto los tuvo a la altura de las costillas empezaron a temblar, y los músculos que sostenían las articulaciones de los codos se aflojaron. Sus manos se abrieron, y la cámara volvió a caer con estrépito en el cajón «especial». La foto que había tomado se deslizó por la ranura y voló. Golpeó un borde del cajón abierto, vaciló como si pensara seguir a la cámara al interior, y después se inclinó hacia el otro lado. Cayó al suelo.

Ataque cardíaco —pensó Papi con incoherencia—. *Voy a tener un maldito ataque cardíaco*.

Trató de levantar el brazo derecho con la intención de masajear el lado izquierdo de su pecho, pero el brazo no respondía. La mano que había en su extremo colgaba como un hombre muerto al final de una cuerda. El mundo se desenfocaba y volvía a enfocarse. El ruido de los relojes (los más remolones estaban terminando de sonar) se retiró como un eco distante. Después, el dolor de su pecho disminuyó, la luz pareció regresar un poco, y Papi comprendió que lo que le estaba sucediendo era que estaba a punto de desmayarse.

Se obligó a sentarse en la silla con ruedas que había junto al banco de trabajo. La tarea de acomodarse en el asiento, al igual que el asunto de bajar la cámara, empezó bien; pero, antes de llegar a mitad de camino, aquellos goznes que unían sus muslos con sus pantorrillas mediante las rodillas también fallaron, y, más que sentarse en la silla, cayó sobre ella. Ésta rodó hacia atrás, golpeó un cajón lleno de viejos números de *Life* y *Look* y se detuvo.

Papi bajó la cabeza como se supone que hay que hacer cuando estás mareado, y pasó el tiempo. Ni en ese momento ni después supo cuánto tiempo. Tal vez había vuelto a dormirse un rato. El caso es que, cuando levantó la cabeza, estaba más o

menos bien otra vez. Sentía un latido regular en las sienes y detrás de la frente, probablemente porque se había llenado de sangre la maldita croqueta al haberla mantenido tanto tiempo echada hacia delante. Descubrió que podía ponerse de pie y supo lo que tenía que hacer. Cuando la cosa lo dominaba hasta el punto de hacerlo caminar en sueños y obligarlo (su cabeza trataba de rebelarse contra aquel verbo, pero no se lo permitió) a tomar fotos, era que había llegado el momento de ponerle fin. No tenía ni idea de qué era la maldita cosa, pero había algo evidente: no se podía negociar con ella.

Es hora de hacer lo que debiste permitir que hiciera el muchacho.

Sí, pero esa noche no. Estaba agotado, bañado en sudor y temblando. Pensó que bastante tendría con volver a subir la escalera, como para pensar en empuñar la almádena. Supuso que podría hacer el trabajo allí mismo: simplemente, sacar la cámara y estrellarla una y otra vez contra el suelo. Sin embargo, había una verdad más profunda y era mejor que la aceptara: esa noche no podía tener ningún otro contacto con aquella cámara. Por la mañana se sentiría bien, y mientras tanto la cámara no podría hacer ningún daño. No tenía película.

Papi cerró el cajón y giró la llave. Después se levantó lentamente, como si estuviera más cerca de los ochenta que de los setenta, y se dirigió muy despacio hacia la escalera. Subió de escalón en escalón, descansando en cada uno y aferrándose a la barandilla (que no era demasiado sólida) con una mano, mientras llevaba en la otra el pesado llavero. Finalmente, llegó arriba. Con la puerta cerrada a sus espaldas, pareció sentirse algo mejor. Entró en el dormitorio y se metió en la cama, ignorando como siempre el fuerte olor a sudor y vejez que se extendía por la habitación cuando él se tumbaba. Cambiaba las sábanas el primer día de cada mes y le parecía suficiente.

Ahora no dormiré, pensó. Y después: *Sí que dormirás. Dormirás porque puedes hacerlo, y puedes hacerlo porque mañana cogerás el hacha, harás pedazos esa maldita cosa y todo habrá terminado.*

Esta idea y el sueño llegaron al mismo tiempo, y Papi durmió sin soñar, casi sin moverse, durante el resto de la noche. Cuando despertó, quedó atónito al oír que los relojes de la planta baja daban una campanada de más: ocho en lugar de siete. Hasta que no vio la luz que se reflejaba en el suelo y la pared en un sesgo ligero no comprendió que eran las ocho. Por primera vez en diez años se había quedado dormido. Después recordó la noche anterior. Ahora, a la luz del día, todo el episodio parecía menos extravagante. ¿Había estado a punto de desmayarse? ¿O sería tal vez un tipo de debilidad normal que acometía al sonámbulo cuando se despertaba bruscamente?

Aunque, naturalmente no se trataba de eso, ¿verdad? El brillante sol matinal no podía cambiar el hecho central: había caminado durante el sueño, había hecho por lo menos una foto, y habría hecho muchas más si hubiese habido más película en el rollo.

Se levantó, se vistió, y bajó dispuesto a hacer pedazos la cosa antes de tomar el

café matutino.

Capítulo 11

Kevin habría querido que su primera visita al mundo bidimensional de Polaroidsville hubiera sido la última, pero no era el caso. Durante las trece noches transcurridas desde la primera, había tenido ese sueño cada vez con más frecuencia. Si el sueño se tomaba la noche libre
(*unas pequeñas vacaciones, Kev, pero volveremos a vernos pronto, ¿vale?*),
a lo mejor lo tenía dos veces la noche siguiente. Ahora sabía siempre que se trataba de un sueño, y en cuanto comenzaba se decía que lo único que tenía que hacer era despertarse: ¡*Maldición, simplemente despiértate*! Unas veces se despertaba, y otras se sumía en el descanso más profundo, pero nunca logró despertarse deliberadamente.

Ahora siempre era Polaroidsville, nunca Oatley o Hildasville, aquellos dos primeros esfuerzos de su mente confusa por identificar el lugar. Y, como en las fotografías, en cada sueño la acción progresaba un poco más. Primero aparecía el hombre con el carrito de la compra, que ahora nunca estaba vacío sino lleno de una multitud de objetos, relojes en su mayor parte, pero todos provenientes del Emporium Galorium y todos con el aspecto escalofriante, no de cosas reales, sino de fotografías de cosas reales sacadas de revistas y, después, de manera absurda y paradójica, metidas en un carrito de la compra que, al ser bidimensional como los propios objetos, no tenía profundidad para almacenarlas. Y, sin embargo, allí estaban; y el viejo se inclinaba protectoramente sobre ellas, y le decía a Kevin que se fuera, que era un maldito ladrón, y ahora también le amenazaba con que, si no se iba, le arrojaría el perro de Papi.

También estaba la mujer gorda, que no podía ser gorda porque era plana, pero que de todas maneras era gorda. Aparecía empujando su propio carrito lleno de cámaras Sun de Polaroid. Ella también le hablaba antes de pasar a su lado. «Ten cuidado, muchacho —decía con la voz alta pero átona de alguien que está totalmente sordo—. El perro de Papi ha roto la correa y es muy malo. Antes de venir destrozó a dos o tres personas de la granja Trenton, en Camberville. Resulta difícil hacerle una foto, pero naturalmente es imposible sin cámara».

Entonces se inclinaba para coger una. A veces llegaba incluso a tendérsela, y él se acercaba para cogerla, sin saber por qué la mujer pensaba que él debía sacarle una foto al perro o por qué querría hacerlo. ¿O acaso era que intentaba ser cortés?

En cualquier caso, no establecía ninguna diferencia. Ambos se movían con la majestuosa lentitud de personas nadando bajo el agua, como hacen con tanta frecuencia los personajes de los sueños, y siempre eludían el contacto por los pelos. Cuando Kevin pensaba en aquella parte del sueño, a menudo recordaba el famoso fresco de Dios y Adán pintado por Miguel Ángel en el cielo raso de la Capilla Sixtina: ambos con un brazo estirado, y la mano también, y las puntas de los dedos casi tocándose; no del todo, pero casi.

Después, la mujer desaparecía un instante porque no tenía profundidad, y cuando

reaparecía estaba fuera de su alcance. *Pues entonces retrocede tú*, pensaba Kevin cada vez que el sueño llegaba a ese punto. Pero no podía. Sus pies lo llevaban sin prisa pero sin pausa hacia delante, hacia la cerca blanca y desconchada, y Papi, y el perro… Pero el perro ya no era un perro, sino una horrible mezcla que despedía calor y humo, como un dragón, y tenía los dientes y el morro llenos de cicatrices y retorcidos de un jabalí. Papi y el perro de la Sun se volvían hacia él simultáneamente, y Papi tenía la cámara —su cámara, Kevin lo sabía porque le faltaba un trocito de un lado— y la levantaba hacia su ojo derecho. Su ojo izquierdo permanecía cerrado. Las gafas sin montura centelleaban en lo alto de su cabeza bajo la brumosa luz solar. Tanto Papi como el perro tenían las tres dimensiones. Eran las únicas cosas que las tenían en aquella sórdida y siniestra ciudad onírica.

—¡Es ése! —gritaba Papi con voz chillona y temerosa—. ¡Él es el ladrón! ¡Atácalo, chico! ¡Lo que quiero decir es que le saques las entrañas!

Y, mientras gritaba, relampagueaba el último y frío flash, y Kevin se volvía para salir corriendo. La segunda vez, el sueño se detenía allí. Y cada vez que lo tenía, las cosas avanzaban un poco más. Se movía con la lentitud acuática del personaje de un ballet submarino. Sentía que, si hubiera estado fuera, incluso habría parecido un bailarín, con los brazos girando como las hélices de un helicóptero que empieza a elevarse, la camisa pegándose a su cuerpo, pegándose a su pecho y a su vientre, mientras oía el ruido del faldón al salirse de los pantalones con un rasguido magnificado como el de papel de lija.

Después, regresaba por donde había llegado, levantando despacio un pie tras otro y flotando soñadoramente

(*Soñadoramente, claro, ¿cómo si no, idiota?*, pensaba cada vez que llegaba a ese punto),

hasta que tocaba el cemento resquebrajado de la acera y las suelas de sus zapatillas de deporte se achataban al soportar su peso, y levantaban pequeñas nubes de tierra que se movían con tal lentitud que veía las partículas girando como átomos.

Sí, naturalmente, corría despacio, y el perro de la Polaroid, esa cosa vagabunda sin nombre que salía de ninguna parte y no significaba nada, que tenía la sensibilidad de un ciclón, pero que de todos modos existía, lo perseguía lentamente…, pero no tan lentamente.

La tercera noche, el sueño se desvaneció justo cuando Kevin empezaba a volver la cabeza con aquel movimiento arrastrado, enloquecedoramente lento, para comprobar la ventaja que le llevaba al perro. Después, se saltó una noche. A la noche siguiente regresó dos veces. En el primer sueño, conseguía volver la cabeza a medias, de modo que podía ver la calle situada a su izquierda desapareciendo en el limbo a medida que corría; en el segundo (y de este sueño lo despertó la alarma del reloj, sudando y agazapado a los pies de la cama en posición fetal), pudo volver la cabeza lo bastante para ver al perro en el momento en que sus patas delanteras caían sobre sus propias huellas, y vio que las patas practicaban pequeños cráteres en el cemento

porque tenían garras fuertes, y que en la parte posterior de cada articulación de las patas había una larga espina de hueso que parecía un espolón. La mirada rojiza y lodosa de aquello estaba clavada en Kevin. De sus narices salía una tenue llama. ¡*Jesucristo! Su morro está ardiendo*, pensó Kevin. Y, cuando despertó, quedó horrorizado al oírse a sí mismo susurrar una y otra vez, muy rápido: *Morro ardiendo, morro ardiendo, morro ardiendo*.

Noche tras noche, el perro iba ganando ventaja mientras corría por la acera. Aunque no se volviera a mirar, lo percibía. Era consciente de una calidez que se dispersaba desde su entrepierna, y supo que tenía bastante miedo para haberse orinado, aunque la sensación poseía las mismas características diluidas y anestésicas de la forma en que se movía en ese mundo. Oía las patas del perro de la Sun golpeando el cemento; oía el chasquido seco del cemento quebrándose; oía las calientes bocanadas de su aliento y el sonido del aire cuando pasaba por aquellos dientes espantosos.

Y la noche en que Papi despertó y descubrió que no solo había caminado en sueños sino que había tomado al menos una fotografía, Kevin sintió el aliento del perro por primera vez, además de oírlo: una ráfaga cálida de aire en sus nalgas, como la de un metro o un tren expreso cuando pasa sin detenerse por una estación. Supo que ahora el perro estaba lo bastante cerca para saltar sobre su espalda, y que ése sería el siguiente paso. Sentiría de nuevo el aliento, pero en esta ocasión no sería cálido, sino caliente, tan caliente como la acidez producida por una indigestión aguda, y después aquella retorcida trampa para osos que era su boca se hundiría profundamente en la carne de su espalda, entre los omóplatos, desgarrando la piel y la carne que cubrían su columna vertebral. ¿Y creía que era un sueño? ¿Lo creía?

Despertó de ese último sueño en el momento en que Papi llegaba a lo alto de la escalera y descansaba por última vez antes de meterse en la cama. En esa ocasión, Kevin se encontró sentado rígidamente en la cama, con la sábana y la manta rodeando su cintura, la piel cubierta de sudor helado, y un millón de rígidos botoncillos de piel de gallina impregnando su vientre, su pecho, su espalda y sus brazos, como estigmas. Hasta las mejillas parecían tener piel de gallina.

Y no pensó en el sueño, o, al menos, no directamente. En cambio, pensó: *Está mal, el número está mal; dice tres, pero no puede*…

Después volvió a caer hacia atrás y, como suele sucederles a los niños (porque incluso a los quince años seguía siendo en su mayor parte un niño y lo sería hasta ese mismo día, más tarde), volvió a dormirse profundamente.

El despertador sonó a las siete y media, como siempre que debía ir a la escuela, y se encontró sentado otra vez en la cama, con los ojos muy abiertos y todas las piezas por fin en su lugar. La Sun que había destruido no era su Sun, y ésa era la razón por la cual seguía teniendo esa pesadilla sin cesar. Papi Merrill, aquel amable y chalado filósofo, reparador de cámaras, relojes y pequeños aparatos, los había embaucado a su padre y a él con tanta limpieza y habilidad como un jugador que hace la travesía del

río en una vieja película del Oeste.

¡Su padre!

Oyó que abajo se cerraba la puerta y saltó de la cama. Dio dos pasos hacia la puerta en ropa interior, lo pensó mejor, se volvió, abrió la ventana y gritó, justo en el momento en que su padre se metía en el coche para ir a trabajar: «¡Papá!».

Capítulo 12

Papi sacó el llavero del bolsillo, abrió el cajón «especial» y sacó la cámara, procurando cogerla por la correa. Miró con cierta esperanza la parte delantera de la Polaroid, pensando que tal vez vería que la lente se había roto en su última caída, esperando, por decirlo de algún modo, que el ojo de la maldita cosa se hubiera salido de su órbita. Pero su padre siempre había dicho que el diablo tiene suerte, y eso era, al parecer, lo que sucedía con la maldita cámara de Kevin Delevan. La pequeña muesca del costado se había agrandado algo más, y eso era todo.

Cerró el cajón y, al hacer girar la llave, vio la foto que había tomado en sueños, cara abajo en el suelo. Tan incapaz de no mirarla como la mujer de Lot de no mirar la destrucción de Sodoma, la cogió con aquellos dedos romos que tan bien escondían al mundo su destreza y le dio la vuelta.

La criatura había iniciado el salto. Sus patas delanteras acababan de abandonar el suelo, pero, a lo largo de su deformada columna vertebral y en la masa de músculo que había debajo del pelo, formado por filamentos que sobresalían como cepillos de acero, veía cómo empezaba a desplegarse aquella energía cinética. De hecho, en esta fotografía la cara y el cuello estaban algo borrosos, al tiempo que su boca se abría más; y, como si oyera un sonido metido bajo una campana de vidrio, le pareció percibir un gruñido bajo y gutural que empezaba a convertirse en rugido. El fotógrafo fantasma parecía estar intentando dar otro paso atrás, pero ¿qué importaba? Lo que salía del morro de la cosa era humo, sí, humo, y había más humo saliendo de las articulaciones de las mandíbulas, en el pequeño espacio donde terminaba aquella horrible pared de dientes. Cualquier hombre retrocedería espantado ante eso, cualquier hombre daría media vuelta y echaría a correr, pero Papi no tenía más que mirar para poder afirmar que el hombre (por supuesto que era un hombre, tal vez habría sido un chico alguna vez, pero ¿quién tenía la cámara ahora?) que había hecho la fotografía en un mero acto reflejo, con una especie de contracción del dedo, que ese hombre no tenía ni la sombra de una posibilidad. Podía mantenerse en pie o caer al suelo, pero la única diferencia estaría en la forma de morir: mientras permanecía en pie o mientras estaba caído.

Papi estrujó la foto entre sus dedos y volvió a guardar el llavero en el bolsillo. Se volvió, sujetando por la correa lo que había sido la Polaroid Sun 660 de Kevin Delevan y que ahora era la suya; se detendría solamente lo necesario para coger la almádena. Y mientras se acercaba a la puerta trasera, se disparó un flash enorme, blanco y silencioso, no frente a sus ojos, sino detrás de ellos, en su cerebro.

Se volvió, y ahora sus ojos estaban tan vacíos como los de un hombre que ha quedado momentáneamente cegado por una luz brillante.

Pasó junto al banco de trabajo llevando la cámara a la altura del pecho, como podría llevarse una urna votiva o cualquier otra clase de ofrenda o reliquia religiosa. A mitad de camino entre el banco de trabajo y la parte delantera de la tienda había

una cómoda repleta de relojes. A su izquierda estaba una de las vigas de soporte de la estructura, y de un gancho colocado allí colgaba otro reloj, uno de cuco alemán de imitación. Papi lo cogió por el tejado y lo descolgó, indiferente a los contrapesos que inmediatamente se enredaron entre sí, y al péndulo, que se soltó cuando una de las cadenas enredadas trató de enroscarse en él. Bajo la punta del tejado la puertecilla se entreabrió, y el pájaro de madera asomó el pico y un ojo sobresaltado. Emitió un solo sonido ahogado a modo de protesta antes de volver a entrar.

Papi colgó la Sun por la correa en el gancho donde había estado el reloj; después se volvió y se dirigió hacia la parte trasera de la tienda por segunda vez, con la mirada todavía inexpresiva y confusa. Sostenía el reloj por el tejado, balanceándolo con indiferencia, sin escuchar los chasquidos y tañidos del interior, o el ocasional sonido estrangulado que podía provenir de un intento del pájaro por escapar, sin advertir que uno de los contrapesos golpeaba el cabezal de una cama antigua, se soltaba y comenzaba a rodar por el suelo, dejando un surco profundo en el polvo acumulado durante años. Se movía con la decisión carente de objeto de un robot.

En el cobertizo se detuvo el tiempo suficiente para coger la almádena de mango gastado y suave. Como tenía ambas manos ocupadas, tuvo que utilizar el codo de su brazo izquierdo para poder correr el pestillo y abrir la puerta del cobertizo que daba al patio trasero.

Fue hasta el tajo y colocó encima el reloj alemán de imitación. Se quedó un momento con la cabeza inclinada sobre él y ambas manos en torno al mango del hacha. Su rostro seguía inexpresivo, sus ojos confusos y nublados, pero había una parte de su cerebro que no solo pensaba con claridad, sino que creía que todo él estaba pensando y actuando con claridad. Esa parte de él no veía un reloj de cuco de escaso valor y ahora, además, roto; veía la Polaroid de Kevin. Esa parte de su mente creía realmente que había bajado, sacado la Polaroid del cajón y salido directamente al patio, haciendo una única pausa para coger la almádena.

Y ésta era la parte que recordaría después, a menos que le resultara conveniente recordar otra verdad. De hecho cualquier otra verdad.

Papi Merrill levantó el hacha por encima del hombro derecho y la descargó con fuerza; no tanta como Kevin, pero la suficiente para hacer el trabajo. Golpeó de lleno en el tejado del reloj de cuco. El reloj no se rompió, sino que más bien se dispersó; los trozos de madera, las pequeñas ruedecillas y los resortes saltaron por todas partes. Y lo que recordaría haber visto aquella pequeña parte de Papi (a menos, naturalmente, que le conviniera recordar otra cosa) sería un montón de trozos de cámara esparciéndose por todas partes.

Sacó la almádena del bloque donde se había clavado y se quedó un momento con la mirada extraviada, meditativa, clavada en los fragmentos.

El pájaro, que a Papi le parecía el compartimiento del carrete, de un carrete de Polaroid Sun, permanecía echado de espaldas con sus patitas de madera erguidas, y parecía al mismo tiempo más muerto que cualquier pájaro que no fuera un personaje

de historieta, y sin embargo milagrosamente intacto. Miró, se volvió y se encaminó hacia la puerta del cobertizo.

—Eso —murmuró—; buen viaje.

Ni siquiera alguien que estuviese a su lado habría podido entender las palabras, pero el tono de alivio con que las pronunció resultaba inconfundible.

—Está hecho. Ya no tienes que volver a preocuparte. ¿Y ahora qué? Tabaco para la pipa, ¿no?

Sin embargo, cuando quince minutos más tarde entró en el drugstore de enfrente, no pidió tabaco (aunque sería lo que recordaría haber pedido), sino carretes de película.

De película Polaroid.

Capítulo 13

—Kevin, si no me voy llegaré tarde al tra…

—¿No puedes llamar? ¿No puedes llamar y decir que llegarás tarde, o que tal vez no irás? ¿Lo harías si fuera algo realmente importante?

Con fatiga, el señor Delevan preguntó:

—¿Y qué es ese algo?

—¿Podrías hacerlo?

La señora Delevan estaba de pie en la puerta del dormitorio de Kevin. Meg estaba detrás de ella. Ambas miraban con curiosidad al hombre vestido con traje y al chico alto en calzoncillos.

—Supongo que sí, digamos que podría. Pero no lo haré hasta que sepa de qué se trata.

Kevin bajó la voz y, mirando hacia la puerta, dijo:

—Es sobre Papi Merrill y la cámara.

El señor Delevan, que al comienzo había mirado con desconcierto el movimiento de los ojos de Kevin, se acercó ahora a la puerta. Murmuró algo a su esposa, que asintió. Después cerró la puerta, sin prestar más atención al gemido rebelde de Meg que la que habría podido prestar a un pájaro lanzando sus trinos desde el cable de teléfono que había frente a la ventana del dormitorio.

—¿Qué le has dicho a mamá? —preguntó Kevin.

—Que era una conversación de hombre a hombre —dijo el señor Delevan con una ligera sonrisa—. Creo que piensa que quieres hablar de la masturbación.

Kevin se sonrojó.

El señor Delevan pareció preocupado.

—No se trata de eso, ¿verdad? Quiero decir, sabes lo de…

—Lo sé, lo sé —dijo Kevin a toda prisa.

No pensaba contarle a su padre (y tampoco estaba seguro de que pudiera encontrar las palabras necesarias, aunque hubiera querido) que lo que le producía confusión momentánea era, en primer lugar, que su padre supiera algo sobre aquello de meneársela —cosa que no tenía por qué haberle sorprendido, pero que por algún motivo lo llenaba de sorpresa ante su sorpresa—, y en segundo lugar que su madre también lo supiera.

No importaba. Todo eso no tenía ninguna relación con las pesadillas y con esa nueva certeza que se había instalado en su mente.

—Te he dicho que es sobre Papi. Y sobre algunas pesadillas que he estado teniendo. Pero principalmente sobre la cámara. Papá, no sé cómo, pero se las arregló para robárnosla.

—Kevin…

—Ya sé que la hice pedazos, pero no era mi cámara. Era otra. Y eso no es lo peor. Lo peor es que continúa utilizando la mía para hacer fotos. ¡Y ese perro va a salir de

allí! Cuando lo haga, creo que me matará. En aquel otro mundo ya ha empezado a…

No podía terminar. Kevin volvió a sorprenderse, esta vez rompiendo a llorar.

Cuando John Delevan logró calmar a su hijo ya eran las ocho menos diez y se había resignado al menos a llegar tarde al trabajo. Estrechó al chico entre sus brazos… Fuera por la razón que fuese, Kevin estaba asustado, y si en realidad no eran más que unos sueños, el señor Delevan pensaba que en algún lugar, en la raíz del asunto, encontraría el sexo.

Cuando Kevin empezó a recuperarse y a tomar aire con algún ocasional sollozo sin lágrimas, el señor Delevan se acercó a la puerta y la abrió con cautela, esperando que Kate se hubiera llevado a Meg abajo. Así era; el vestíbulo estaba vacío. *Bueno, al menos tenemos eso a nuestro favor*. Luego regresó junto a Kevin.

—¿Puedes hablar ahora? —preguntó.

—Papi tiene mi cámara —dijo Kevin con aspereza. Sus ojos enrojecidos, todavía húmedos, miraron a su padre casi como un miope—. De alguna manera la tiene y la está utilizando.

—¿Y eso lo soñaste?

—Sí. Y recordé algo.

—Kevin, ésa era tu cámara. Lo siento, hijo, pero lo era. Vi incluso la pequeña muesca en el costado.

—Debió de hacerla de algún modo…

—Kevin, eso parece demasiado…

—Escucha —dijo Kevin con urgencia—, ¿quieres escucharme?

—Vale. Sí, estoy escuchando.

—Lo que recordé fue que cuando me dio la cámara…, cuando fuimos atrás a romperla, ¿recuerdas…?

—Sí…

—Miré esa ventanita donde la cámara indica las fotos que quedan. ¡Y ponía tres, papá! ¡Ponía tres!

—Bueno, ¿y qué?

—¡Estaba cargada! ¡Cargada! Lo sé porque recuerdo que, cuando aplasté la cámara, salió disparada una de esas cosas negras y brillantes. Salió y cayó al suelo.

—Repito: ¿y qué?

—¡Que cuando le di mi cámara a Papi no tenía película! Eso. Yo tenía veintiocho fotos; él quiso que sacara treinta más, un total de cincuenta y ocho. Si hubiera sabido lo que quería, tal vez habría comprado más carretes, aunque probablemente no. Entonces esa cosa ya me asustaba…

—Sí, a mí también, un poco.

Kevin lo miró respetuosamente.

—¿De veras?

—Sí. Continúa. Creo que veo adónde quieres llegar.

—Iba a decir que él contribuyó en la compra de los carretes, pero no puso bastante, ni siquiera la mitad. ¡Es un rácano terrible, papá!

John Delevan esbozó una sonrisa ligerísima.

—Lo es, hijo. Lo que quiero decir es que es uno de los mayores rácanos del mundo. Continúa. El tiempo vuela.

Kevin lanzó una mirada al reloj. Eran casi las ocho. Aunque ninguno de los dos lo sabía, al cabo de dos minutos Papi despertaría y empezaría con sus tareas matinales, de las cuales solo recordaría una parte mínima.

—Vale —dijo Kevin—. Lo que intento decir es que aunque hubiera querido, no habría podido comprar más película. Utilicé todo el dinero que tenía en comprar los tres carretes. Incluso le pedí prestado un dólar a Megan, así que le dejé sacar un par de fotos.

—¿Y entre los dos gastasteis todos los carretes? ¿Hasta la última foto?

—¡Sí, sí! ¡Incluso él dijo que había cincuenta y ocho! Y en el tiempo que pasó entre que terminé de hacer todas las fotografías que quería y fuimos a ver la cinta, no compré más carretes. ¡Cuando la llevé estaba totalmente vacía, papá! ¡En la ventanita ponía cero! ¡Yo lo vi, me acuerdo! Así que, si era mi cámara, ¿cómo se explica que indicara tres en la ventanita cuando volvimos a bajar?

—Él no pudo…

El señor Delevan se interrumpió, y una extraña expresión de melancolía poco habitual se pintó en su cara cuando comprendió que Papi «pudo» y que la verdad del asunto era ésta: que él, John Delevan, no quería creer que Papi lo había hecho, que ni siquiera su amarga experiencia había sido vacuna suficiente contra la estupidez y que cabía dentro de lo posible que Papi les hubiera arrojado a los dos arena a los ojos.

—¿No pudo qué? ¿En qué piensas, papá? ¡Se te acaba de ocurrir algo!

Sí, se le había ocurrido algo. ¡Lo ansioso que había estado Papi por bajar y coger las fotos originales para que todos pudieran mirar más de cerca lo que rodeaba el cuello del perro, aquello que resultó ser la última corbata de lazo regalada a Kevin por la tía Hilda, la que llevaba un pájaro que probablemente fuera un pájaro carpintero!

«Podríamos bajar con usted», había sugerido Kevin cuando Papi se ofreció a ir a buscar las fotos. Pero Papi había saltado gorjeante como un ave. «No tardaré ni un minuto», había dicho el viejo, o algo así. Y el señor Delevan pensó que la verdad era que apenas se había fijado en lo que decía o hacía porque quería volver a ver la maldita cinta. Y la verdad era también ésta: Papi ni siquiera había tenido que hacer el cambiazo delante de ellos. Aunque —ahora lo veía claro— el señor Delevan estaba dispuesto a creer, con renuencia, que probablemente el viejo hijo de perra se había preparado para hacer exactamente eso si era necesario, y que además podía hacerlo, por mucho que hubiese pasado de los setenta. Mientras ellos permanecían arriba y él abajo, presuntamente buscando las fotos de Kevin, podía haberles cambiado veinte

cámaras con toda tranquilidad.

—¿Papá?

—Supongo que ha podido —dijo el señor Delevan—. Pero ¿por qué?

Kevin solo pudo menear la cabeza. No sabía por qué. La cuestión era que el señor Delevan pensaba que lo había hecho, y eso ya suponía un alivio. Tal vez los hombres honestos no tuvieran que aprender una y otra vez las verdades más sencillas del mundo; tal vez algunas de esas verdades terminasen por persistir. Solo había tenido que formular la pregunta en voz alta para obtener la respuesta. ¿Por qué hacen algo los Papi Merrill de este mundo? Para ganar dinero. Ésa era la razón, toda la razón y la única razón. Kevin había decidido destruirla. Después de mirar la cinta de vídeo de Papi, el señor Delevan se mostró de acuerdo. De ellos tres, ¿quién había sido el único capaz de formar un proyecto?

Papi, naturalmente. Reginald Marion *Papi* Merrill.

John Delevan se encontraba sentado al borde de la cama de Kevin, rodeando los hombros de su hijo con un brazo. Se puso en pie.

—Ahora, vístete. Bajaré a llamar por teléfono. Le diré a Brandon que tal vez solo llegue tarde, pero que es posible que no pueda ir.

Estaba dándole vueltas a eso, hablando ya para sus adentros con Brandon Reed, pero no se sentía tan preocupado para no ver la gratitud que iluminó el rostro turbado de su hijo. El señor Delevan sonrió ligeramente y sintió que aquélla melancolía inhabitual primero se aliviaba y después desaparecía por completo. Al menos sabía una cosa: su hijo no era todavía lo bastante mayor para no buscar consuelo en él o aceptarlo como un poder más alto a quien a veces podían hacerse demandas sabiendo que se actuaría en consecuencia; y tampoco él era tan viejo para no sentir consuelo por la tranquilidad de su hijo.

—Creo que es necesario hacerle una visita al señor Merrill —dijo, dirigiéndose hacia la puerta. Echó una mirada al reloj que había sobre la mesilla de noche de Kevin. Eran las ocho y diez, y en el patio trasero del Emporium Galorium una almádena estaba golpeando un reloj de cuco de imitación—. Suele abrir hacia las ocho y media. Creo que será más o menos la hora en que lleguemos. Si te apresuras, claro.

Hizo una pausa, y una sonrisa breve y fría se dibujó en su boca. No sonreía a su hijo.

—Lo que quiero decir es que tiene que explicarnos algunas cosas.

El señor Delevan salió, cerrando la puerta tras él. Rápidamente, Kevin empezó a vestirse.

Capítulo 14

El Super Drugstore LaVerdiere de Castle Rock era mucho más que un drugstore. En realidad, si se pensaba un poco, no tenía nada de drugstore. Era como si, en el último momento —por ejemplo, antes de la inauguración—, alguien se hubiera percatado de que una de las palabras del cartel era «DRUGSTORE». Esa persona podría haber pensando en decirle a otra, a alguien de la gerencia de la compañía, que allí estaban abriendo otro LaVerdiere, y que por pura distracción habían olvidado una vez más corregir el cartel para que dijera simple y exactamente: SUPER TIENDA LAVERDIERE. Y, después de haberlo pensado, la persona a cargo de observar esas cosas habría retrasado uno o dos días la gran inauguración para incorporar un minúsculo mostrador donde se despacharan recetas, en el rincón más alejado, oscuro y abandonado del largo edificio.

El Super Drugstore LaVerdiere se parecía más a una tienda de saldos con pretensiones que a cualquier otra cosa. La última tienda auténtica de saldos de la ciudad —un recinto largo y oscuro, iluminado con globos manchados de cagadas de mosca, que colgaban de cadenas y proyectaban un reflejo borroso en el suelo de madera crujiente, pese a ser encerado con frecuencia— había sido la de Ben Franklin. En 1978, dicho establecimiento había entregado su alma para dejar paso a una sala de videojuegos llamada Galaxia y E-Z Video Rentals, donde los martes era el día de Toofers y nadie menor de veinte años podía pasar a la parte posterior.

LaVerdiere vendía todo lo que en su época había vendido Ben Franklin, pero aquí las mercancías estaban bañadas por la luz despiadada de los fluorescentes Maxi-Glo, que dotaba a los artículos de un temblor afiebrado. ¡*Cómprame*! —parecía gritar cada artículo—. ¡*Cómprame o morirás! ¡También podría morir tu esposa! ¡O tus hijos! ¡O tu mejor amigo! ¡Tal vez todos al mismo tiempo! ¿Por qué? ¿Y cómo quieres que lo sepa? ¡Solo soy un artículo sin cerebro colocado en una estantería prefabricada de LaVerdiere! Pero ¿no te suena a verdad? ¡Sabes que sí! ¡Así que cómprame ahora mismo*!

Había un pasillo de artículos de mercería, dos de artículos de primeros auxilios y curalotodos y uno dedicado a cintas de audio y vídeo (tanto vírgenes como grabadas). Había un largo expositor de revistas que daba paso a libros de bolsillo, otro de encendedores bajo una caja registradora digital, y un despliegue de relojes debajo de otra (había una tercera caja registradora escondida en el rincón oscuro donde el farmacéutico se movía entre las solitarias sombras). Los dulces de Halloween habían ocupado la mayor parte del pasillo de los juguetes (los juguetes no solo regresarían después de Halloween, sino que finalmente terminarían por ocupar dos pasillos completos a medida que los días se acercaban inflexiblemente a la Navidad). Y, a la entrada, había algo demasiado oportuno para existir en realidad —excepto como admisión resignada de un Destino con D mayúscula, que podía, a su manera, indicar

la existencia de todo aquel «otro mundo» por el que Papi nunca se había preocupado (excepto en términos de cómo sacarle beneficios, por supuesto), y en el cual Kevin Delevan nunca había pensado antes—: un escaparate cuidadosamente arreglado bajo el título general de FESTIVAL FOTOGRÁFICO DE OTOÑO.

Este despliegue consistía en una cesta de coloridas hojas otoñales que caían al suelo en brillante profusión (un observador cuidadoso habría llegado a la conclusión de que semejante cantidad de hojas no podía haber salido de esa cesta). Entre las hojas había algunas cámaras Kodak y Polaroid —entre estas últimas, varias Sun 660 — y toda clase de artículos relacionados con la fotografía: estuches, álbumes, carretes, flashes… En medio de esa extravagante cornucopia se alzaba un trípode anticuado que parecía una de las naves marcianas de la muerte de H. G. Wells, sobrevolando el hundimiento de Londres. Llevaba un cartel en el que se explicaba a todos los interesados que esa semana se podían obtener SUPERDESCUENTOS EN TODAS LAS CÁMARAS Y ACCESORIOS POLAROID.

Aquella mañana, a las ocho y media, media hora después de la apertura de LaVerdiere, «los interesados» consistían única y exclusivamente en Papi Merrill. No prestó atención al escaparate, sino que se dirigió directamente hacia el único mostrador abierto, donde Molly Durham acababa de colocar los relojes sobre el paño de imitación de terciopelo.

¡*Oh, no! Ahí viene Ojos de Huevo*, pensó la joven haciendo una mueca. La idea que tenía Papi de pasar un rato —casi tan largo como el descanso del café de Molly — era arrastrarse al mostrador donde ella trabajaba (siempre elegía el suyo aunque tuviera que hacer cola; en realidad, Molly creía que le gustaba más cuando había cola) y comprar una bolsa de tabaco Prince Albert. Se trataba de una compra que un hombre normal podía realizar en unos treinta segundos; sin embargo, si podía dejar de ver a Ojos de Huevo en menos de tres minutos, podía darse por contenta. Guardaba todo su dinero en un monedero de cuero ajado, atado con una cadena. Cuando se disponía a pagar, lo sacaba del bolsillo (tocando un poco las monedas de paso, le parecía a Molly) y después lo abría. Siempre se producía un chirrido, y por Dios que una esperaba ver salir una polilla, como en esos chistes sobre los avaros. En la capa superior del monedero había una confusión de billetes y facturas con un aspecto repulsivo, como si pudieran estar impregnadas de gérmenes de alguna clase, y debajo, monedas tintineantes. Papi extraía un billete de dólar y, después, apartaba los otros con uno de sus gruesos dedos para encontrar el cambio que había debajo (nunca te daba un par de dólares, no, señor, eso habría sido demasiado rápido para él), y también lo sacaba. Mientras realizaba esa aparición, sus ojos estaban atareados durante uno o dos segundos con el monedero, pero luego dejaban que los dedos eligieran las monedas al tacto, para arrastrar la mirada por sus tetas, su vientre, sus caderas, y después de nuevo a sus tetas. Ni una sola vez le miraba la cara; ni siquiera la boca, que era una parte de las chicas que parecía interesar a los hombres. No, Papi Merrill se interesaba estrictamente por las partes más bajas de la anatomía femenina.

Cuando por fin terminaba —y, por rápido que fuera, a Molly le parecía tres veces más largo—, y volvía a salir de la tienda, ella se sentía siempre como si necesitara una buena ducha.

De modo que se armó de valor, compuso su mejor sonrisa de «solo son las ocho y cuarto y me quedan siete horas y media», y se quedó ante el mostrador mientras Papi se aproximaba. Se dijo: *Solo está mirándote, igual que hacen todos los hombres desde que creciste*. Y era verdad, pero había una diferencia. Porque Papi Merrill no era como la mayoría de tipos que habían recorrido con los ojos su estructura impecable y eminentemente contemplable desde aquella época, hacía diez años. En parte se debía a que Papi era viejo, pero había algo más. La verdad era que algunos tipos miraban, y otros, muy pocos, parecían estar realmente tocando con los ojos: Merrill pertenecía a esa última categoría. Su mirada parecía tener peso. Cuando rebuscaba en su crujiente monedero de solterona, sujeto a la cadena incongruentemente masculina, le parecía que sentía sus ojos subiendo y bajando por su parte frontal, abriéndose camino por encima de sus colinas como si los nervios ópticos fueran renacuajos, y después deslizándose sin huesos hacia sus valles, haciendo que deseara haberse puesto un hábito de monja para ir a trabajar. O una armadura.

Su madre siempre decía: «Dulce Molly, lo que no puede curarse debe soportarse». De modo que, hasta que alguien descubriera un método de pesar las miradas con objeto de que los hombres obscenos, jóvenes y viejos, pudieran ser marginados, o, más probablemente, hasta que Papi Merrill hiciera a todos los habitantes de Castle Rock el favor de morirse, para así poder demoler esa espantosa trampa para turistas que tenía, tendría que afrontarlo lo mejor que pudiera.

Sin embargo, ese día le esperaba una sorpresa agradable, o al menos eso parecía. La habitual apreciación hambrienta de Papi no era siquiera una mirada ordinaria de cliente; parecía totalmente opaca. No era que mirase a través de ella, o que su mirada la tocara y rebotase. A Molly le parecía que estaba tan absorto en sus pensamientos que su mirada habitualmente penetrante ni siquiera la alcanzaba; llegaba a mitad de camino y se agotaba, como la de un hombre tratando de localizar y observar sin telescopio una estrella en el punto más alejado de la galaxia.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Merrill? —preguntó, con los pies ya dispuestos para volverse rápidamente y buscar las bolsas de tabaco. Tratándose de Papi, era una tarea que realizaba siempre lo más pronto posible, porque, cuando se volvía y se estiraba, sentía sus ojos recorriendo atareados su trasero, descendiendo para lanzar una mirada rápida a las piernas y volviendo a elevarse hasta el trasero para dar un último pellizco ocular antes de que se volviese.

—Sí —dijo él con total serenidad. Por el interés que demostraba, podía haber estado hablando con uno de esos cajeros automáticos, cosa que a Molly le parecía muy bien—. Querría…

Entonces pronunció una palabra que, o bien ella no entendió, o bien era

incongruente. Molly pensó esperanzada que, si hubiera farfullado, tal vez empezaran a derrumbarse las complicadas redes de diques, grúas y aliviaderos que el viejo bribón había construido para detener el avance de la senilidad.

Parecía haber dicho algo así como «tufilmaco». No era ninguno de los productos que tenían, a menos que fuese una medicina.

—¿Perdón, señor Merrill?

—Film —dijo con tanta claridad y firmeza que Molly quedó muy decepcionada. Estaba convencida de que lo había dicho así la primera vez y le había oído mal. Tal vez fuera a ella a quien empezaban a derrumbársele los diques y grúas.

—¿De qué clase?

—Polaroid —dijo él—. Dos carretes.

No sabía exactamente qué sucedía, pero sin duda el viejo más sucio de Castle Rock no estaba en su mejor momento. Su mirada seguía extraviada, y sus palabras le recordaban algo relacionado con su sobrina Ellen, de cinco años de edad, pero no sabía qué.

—¿Para qué modelo, señor Merrill?

Sonaba susceptible y sobreactuada a sus propios oídos, pero Papi Merrill no parecía notarlo. Papi estaba perdido en el ozono.

Después de un momento de reflexión durante el cual no la miró en absoluto, sino que pareció estudiar las hileras de cigarrillos que estaban detrás de su hombro izquierdo, consiguió decir:

—Para una cámara Polaroid Sun. Modelo 660.

Y entonces, mientras le decía que tendría que ir a buscarlo al escaparate, se dio cuenta. Su sobrina tenía un gran oso panda de peluche, a quien había llamado Paulette por razones que probablemente solo tendrían sentido para otra niña como ella. En algún lugar del interior de Paulette había un circuito electrónico y un chip de memoria con unas cuatrocientas frases sencillas almacenadas, tales como: «Me gustan los abrazos, ¿y a ti?» y «Me gustaría que no te fueras nunca». Cada vez que se apretaba el peludo vientre de Paulette se producía una breve pausa, y después surgía una de esas amorosas observaciones, casi saltaba, con una voz remota e indiferente que, por su tono, parecía negar el contenido de las palabras. A Ellen le parecía que Paulette era maravilloso. A Molly le parecía escalofriante. Siempre esperaba que, cuando Ellen le apretara la barriga, los sorprendiera a todos (excepto a tía Molly, de Castle Rock) diciendo lo que pensaba de verdad: *Creo que esta noche, cuando te hayas dormido, te estrangularé*; o tal vez simplemente: *Tengo un cuchillo*.

Esa mañana Papi Merrill sonaba como Paulette. Su mirada neutra se parecía espantosamente a la de Paulette. Molly había creído que cualquier cambio en la mirada habitualmente rijosa del viejo sería bienvenido. Se equivocaba.

Molly se inclinó sobre el expositor, por una vez totalmente inconsciente de la manera en que sobresalía su trasero, y trató de encontrar lo más pronto posible lo que quería el viejo. Estaba segura de que, cuando se volviese, Papi estaría mirando

cualquier cosa menos a ella. Esta vez tenía razón. Cuando encontró la película y emprendió regreso hacia el mostrador, Papi seguía mirando los cigarrillos, y a primera vista parecía mirarlos con la misma atención que si estuviera haciendo inventario. Se necesitaban uno o dos segundos para advertir que esa expresión era en realidad ausencia de expresión: una mirada de neutralidad casi divina.

Por favor, vete de aquí —suplicó Molly para sus adentros—. *Por favor, coge el carrete y vete. Y, hagas lo que hagas, no me toques, por favor*.

Molly pensó que, si la tocaba mientras tenía ese aspecto, gritaría. ¿Por qué tenía que estar vacío el lugar? ¿Por qué no podía haber otro cliente? Preferentemente el sheriff Pangborn, pero, ya que él parecía estar ocupado en otra parte, cualquier otro serviría. Suponía que el señor Constantine, el farmacéutico, estaría en algún rincón de la tienda, pero el mostrador de medicinas parecía estar a medio kilómetro de distancia; aunque sabía que no podía ser tanto, seguía siendo demasiado para ir a buscarlo si el viejo Merrill decidía tocarla. ¿Y si el señor Constantine se había ido a Nan's a tomar café con el señor Keeton, del departamento de ropa masculina? Cuanto más pensaba en aquella posibilidad, más factible le parecía. Cuando a una chica le sucedía algo extraño como aquello, ¿no era casi una conclusión lógica que le sucediera estando sola?

Sufre un colapso mental de alguna clase, pensó.

Acto seguido se oyó decir con frágil jovialidad:

—Aquí tiene, señor Merrill.

Tras dejar el carrete sobre el mostrador, se deslizó hacia la izquierda y se refugió detrás de la caja registradora.

De los pantalones de Papi Merrill salió el viejo monedero, y los dedos inquietos de Molly marcaron mal el precio de compra, de modo que tuvo que anular la operación y empezar otra vez.

Él le tendía dos billetes de diez dólares.

Molly se dijo que estaban arrugados porque en el pequeño monedero había demasiados, y que probablemente ni siquiera fueran viejos, sino que solo tenían aspecto de viejos. Sin embargo, ese razonamiento no detuvo su pensamiento enloquecido. Su cerebro insistía en que no solo estaban arrugados, sino arrugados y viscosos. Decía además que «viejos» no era la palabra adecuada, que no se trataba de eso. Para aquellos billetes ni siquiera servía la palabra «antiguos». Eran billetes prehistóricos, emitidos antes del nacimiento de Cristo y la construcción de Stonehenge, antes de que el ceñudo Neanderthal sin cuello se arrastrara fuera de la caverna. Pertenecían a una época en que Dios era un bebé.

No quería tocarlos.

Pero tenía que tocarlos.

El hombre querría el cambio.

Haciendo acopio de valor, cogió los billetes y los metió en la caja registradora lo más rápido que pudo, golpeándose tan fuerte un dedo que se rompió parte de la uña,

un dolor habitualmente intenso que, en su situación de angustia, no notaría hasta algo más tarde, es decir, cuando reflexionara con la suficiente calma para regañarse por actuar igual que una jovencita histérica a punto de tener su primera regla.

Sin embargo, en ese momento se concentró en guardar los billetes en la caja a toda velocidad para poder dejar de tocarlos, aunque más tarde seguiría recordando la textura de aquellos billetes de diez. Era como si de verdad se arrastraran y movieran bajo las puntas de sus dedos; como si billones de gérmenes, gérmenes enormes, casi lo bastante grandes para poder verlos sin microscopio, se deslizaran por los billetes en su dirección, ansiosos por contagiarle la enfermedad que él padecía.

El hombre querría el cambio.

Se concentró en eso con los labios tan apretados que estaban blancos: cuatro billetes de dólar que no querían de ningún modo salir de debajo del rodillo que los sujetaba dentro de la caja; después, una moneda de diez céntimos… Pero ¡ay, Jesús, ayúdame!, no había monedas de diez… ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se empeñaba en retener durante tanto tiempo a ese viejo raro, precisamente la histórica mañana en que parecía querer salir de allí a toda prisa?

Extrajo una moneda de cinco centavos, sintiendo la mole silenciosa y hedionda del hombre muy próxima (sentía que, cuando por fin levantara la mirada, vería que estaba aún más cerca, que estaba echado sobre el mostrador); después, tres de un centavo, cuatro, cinco…, pero el último volvió a caer en el cajón entre las monedas de veinticinco, y tuvo que buscarlo con uno de sus dedos fríos y entumecidos. Estuvo a punto de volver a escurrírsele; sentía que el sudor le cubría la nuca y la pequeña franja de piel entre la base de la nariz y el labio superior. Después, apretando las monedas y rezando para que él no hubiera estirado la mano y así no tener que tocar su piel seca y ofídica, pero al mismo tiempo sabiendo que sí lo habría hecho, levantó la vista, percibiendo que la brillante y alegre sonrisa LaVerdiere estiraba los músculos de su cara en una especie de alarido congelado, tratando de reunir fuerzas incluso para eso, diciéndose que sería lo último y que no importaba la imagen que su mente estúpida e insistente intentaba hacerle ver: la imagen de aquella mano seca cerrándose súbitamente sobre la de ella como la garra de un pájaro viejo y horrible, no un ave de presa, no, ni siquiera eso, sino carroñera. Se dijo que no veía aquellas imágenes, que no las veía en absoluto, y, viéndolas a pesar de todo, levantó la vista con la sonrisa gritando en su cara de manera tan penetrante como un grito de asesinato en una noche calurosa y tranquila.

Pero la tienda estaba vacía.

Papi había desaparecido. Se había ido mientras ella contaba el cambio.

Molly empezó a temblar. Si hubiera necesitado una prueba concreta de que el viejo no estaba bien, era aquélla. Aquélla era una prueba positiva, una prueba indudable, una prueba impecable: por primera vez desde que tenía memoria (y estaba dispuesta a apostar que desde que la ciudad la tenía), Papi Merrill, que se negaba a dejar propina incluso en las raras ocasiones en las que se veía obligado a comer en un

restaurante sin servicio de comidas para llevar, se había marchado de una tienda sin esperar el cambio.

Molly trató de abrir la mano y soltar el dinero. Le sorprendió descubrir que no podía. Tuvo que estirar la otra mano y abrirse los dedos. El cambio de Papi cayó sobre la superficie de vidrio del mostrador, y ella lo apartó porque no deseaba tocarlo.

Y tampoco quería volver a ver a Papi Merrill.

Capítulo 15

La mirada de Papi permaneció vacía mientras éste salía de LaVerdiere y cruzaba la calzada con los carretes de fotos en la mano. Cuando el viejo llegó junto al bordillo, la mirada cambió y se convirtió en una expresión de alerta casi turbadora. Papi se quedó inmóvil, con un pie en la calzada y el otro plantado en medio de la capa de colillas de cigarrillos y bolsas vacías de patatas fritas. Allí había otro Papi que Molly no habría reconocido, aunque otros que habían sido estafados por el viejo sí conocían. No era Merrill el lascivo ni Merrill el robot, sino Merrill el animal, olfateando un rastro. De pronto estaba allí de una manera en que raras veces se permitía ser visto en público. En opinión de Papi, no era bueno mostrar tanto del propio yo en público. Sin embargo, esa mañana era incapaz de controlarse, y de todos modos no había nadie que pudiera observarlo. Si lo hubiera habido, esa persona no habría visto ni al Papi filósofo chalado ni al Papi negociante astuto, sino algo parecido al espíritu del hombre. En aquel momento parecía un perro bribón, un vagabundo que se ha vuelto salvaje y hace una pausa en la matanza del gallinero, con las astrosas orejas levantadas y los dientes ensangrentados, mientras escucha algún ruido proveniente de la granja y piensa en la escopeta con sus grandes agujeros negros, como un número ocho acostado. El perro no sabe nada de números ocho, pero incluso un perro puede reconocer la forma difusa de la eternidad si sus instintos están lo bastante aguzados.

Al otro lado de la plaza veía la fachada de color amarillo orina del Emporium Galorium, ligeramente apartada de sus vecinos más próximos: el edificio vacío que hasta comienzos de ese año había albergado The Village Washtub, el Comedero de Nan e Hilo y Aguja, la tienda de ropa y mercería de la bisnieta de Evvie Chalmers, Polly, una muchacha de la que hablaremos en otro momento.

Frente a todas las tiendas que estaban ubicadas en la parte baja de Main Street había espacios para aparcar. Todos estaban vacíos, salvo uno que empezaba a ocupar una furgoneta Ford que Papi reconoció. El suave latido de su motor era perfectamente audible en el aire tranquilo de aquella mañana. Después se interrumpió, las luces se apagaron, y Papi retiró el pie de la alcantarilla y retrocedió prudentemente hacia la esquina de LaVerdiere. Allí se quedó tan quieto como aquel perro al que un pequeño ruido había alertado en el gallinero, el tipo de ruido que, en el frenesí asesino de perros no tan viejos ni tan sabios como éste, habría podido pasar totalmente inadvertido.

John Delevan salió de la furgoneta. Su hijo salió por el otro lado. Se dirigieron hacia la puerta del Emporium Galorium. El hombre empezó a golpear con impaciencia, lo bastante fuerte para que Papi lo oyera, al igual que el ruido del motor. Delevan hizo una pausa, ambos se quedaron atentos, y luego Delevan comenzó de nuevo, ya no golpeando, sino aporreando la puerta. No era necesario ser adivino para darse cuenta de que el hombre estaba furioso.

Lo saben —pensó Papi—. *Por alguna razón, lo saben. ¡Menos mal que me decidí a destruir la cámara!*

Permaneció inmóvil un momento más, y después dobló la esquina del drugstore y se metió en el callejón situado entre éste y el banco vecino. Lo hizo tan sigilosamente que un hombre cincuenta años menor habría envidiado la agilidad casi fluida del movimiento.

Papi pensó que esa mañana podía resultar prudente entrar en casa por el patio de atrás.

Capítulo 16

Al ver que no obtenía respuesta, John Delevan comenzó a golpear la puerta por tercera vez, aporreándola tan fuerte que hizo temblar los cristales metidos en las guías podridas y se lastimó la mano. Eso fue lo que le hizo comprender lo enfadado que estaba. No era que pensase que su cólera era injustificada, si Merrill había hecho lo que Kevin creía… y, cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que Kevin tenía razón. Sin embargo, le sorprendió no haber advertido hasta entonces lo encolerizado que estaba.

Al parecer, esta mañana estoy aprendiendo muchas cosas de mí mismo, pensó. La idea despedía un tufillo pedante que le permitió sonreír y relajarse un poco.

Kevin no sonreía ni parecía relajado.

—Hay tres posibilidades —dijo el señor Delevan a su hijo—: O Merrill no se ha levantado, o no está dispuesto a abrir la puerta, o se imaginó que estábamos sobre la pista y ha huido con tu cámara. —Hizo una pausa y después rió—. Supongo que hay una cuarta. Tal vez haya muerto mientras dormía.

—No ha muerto —dijo Kevin, con la cabeza apoyada contra el sucio cristal de esa puerta que deseaba fervorosamente no haber atravesado nunca. Tenía las manos colocadas a los lados de los ojos, porque el sol que se elevaba por el este de la plaza de la ciudad arrojaba su resplandor sobre el cristal—. Mira.

El señor Delevan también apoyó la nariz en el cristal, colocando las manos a ambos lados de los ojos. Se quedaron así, uno junto al otro, dando la espalda a la plaza y observando la penumbra del Emporium Galorium como los consumidores más fervientes del mundo.

—Bueno —dijo al cabo de unos segundos—, si ha huido, al parecer dejó la mierda a sus espaldas.

—Sí, pero no es eso lo que quiero decir. ¿La ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Colgando de aquel poste. El que está junto a la cómoda repleta de relojes.

Al cabo de un instante, el señor Delevan la vio: era una cámara Polaroid colgando por la correa de un gancho. Le parecía ver incluso la muesca, aunque podía ser su imaginación.

No es tu imaginación.

La sonrisa se borró de sus labios cuando comprendió que empezaba a sentir lo mismo que Kevin: la certeza extraña e inquietante de que un mecanismo simple, pero terriblemente peligroso, seguía funcionando, y de que, a diferencia de los relojes de Papi, funcionaba con una puntualidad perfecta.

—¿Crees que está sentado arriba, esperando a que nos vayamos? —preguntó el señor Delevan en voz alta, aunque en realidad hablaba para sí. La cerradura de la puerta parecía nueva y cara, pero estaba dispuesto a apostar que si uno de los dos…, probablemente Kevin estaba en mejor forma…, golpeaba la puerta con suficiente

fuerza, la madera se rompería—. Una cerradura es tan buena como la puerta en que la colocas. La gente no piensa en eso —murmuró.

Kevin volvió el rostro inquieto para mirar a su padre. En ese momento a John Delevan le sorprendió su cara, como le había sucedido no hacía mucho a Kevin con la de él, y pensó: *Me pregunto a cuántos padres se les presenta la oportunidad de ver el aspecto que tendrán sus hijos cuando sean hombres. Espero que Kevin no siempre tenga este aspecto tenso, pero será así. ¡Y va a ser guapo!*

Al igual que Kevin, experimentó ese momento en medio de lo que fuera que estaba sucediendo allí; fue breve, pero nunca lo olvidó; siempre estuvo en su conciencia.

—¿Qué hacemos, papá? —preguntó Kevin ásperamente.

—¿Quieres romperla? Yo te secundaría.

—Todavía no. No creo que tengamos que hacerlo. No creo que esté dentro de casa, pero sí cerca.

No puedes saber eso. No puedes ni siquiera pensarlo.

Pero su hijo lo pensaba, y creía que tenía razón. Entre Papi y Kevin se había establecido una especie de vínculo. ¿Una especie de vínculo? ¡Vamos! Sabía perfectamente cuál era el vínculo. Era esa maldita cámara colgada de la pared, y cuanto más tiempo se prolongaba aquello, cuanto más sentía el funcionamiento de la maquinaria, con sus ruedecillas chirriando y sus tornillos girando, menos le gustaba.

Rompe la cámara, rompe el vínculo, pensó. Y dijo:

—¿Estás seguro, Kev?

—Vayamos a la parte de atrás. Probemos por la otra puerta.

—Hay una cerca. La tendrá cerrada.

—Tal vez podamos saltar por encima.

—Vale —dijo el señor Delevan, y siguió a su hijo escalones abajo, hacia el callejón, preguntándose mientras tanto si se había vuelto loco.

Pero la cerca no estaba cerrada, Papi había olvidado hacerlo. Aunque al señor Delevan no le gustaba la idea de trepar o quizá de caer por encima de la cerca, tal vez desgarrándose las pelotas en el intento, por alguna razón la cerca abierta le gustó todavía menos. De todos modos, él y Kevin la cruzaron y entraron en el sucio patio trasero de Papi, que no podían mejorar ni siquiera las hojas caídas de octubre.

Kevin se abrió paso por entre los montones de basura que Papi había sacado sin molestarse en llevar al contenedor, y el señor Delevan lo siguió. Llegaron junto al tajo más o menos en el mismo momento en que Papi salía del patio trasero de la señora Althea Linden en la calle Mulberry, una manzana más al oeste. Seguiría por la calle Mulberry hasta llegar a las oficinas de la Compañía Maderera Wolf Jaw. Aunque los camiones de pulpa de papel de la compañía ya estarían recorriendo las carreteras del oeste de Maine, y desde las seis y media o así los chirridos y gemidos

de las sierras estarían llenando la zona de diminutas virutas de madera, a la oficina no llegaría nadie hasta las nueve, para lo cual faltaban unos quince minutos largos. Detrás del diminuto patio había una cerca alta de madera. La puerta de la cerca estaba cerrada, pero Papi tenía la llave. Abriría la puerta y pasaría a su propio patio trasero.

Kevin llegó junto al tajo. El señor Delevan se situó a su lado, siguió la mirada de su hijo y pestañeó. Abrió la boca para preguntar qué demonios sucedía, pero volvió a cerrarla. No necesitaba la ayuda de Kevin para empezar a formarse una idea de lo que pasaba. Tener esas ideas no era correcto, no era natural, y sabía por amarga experiencia (una experiencia en la que el propio Reginald Marion *Papi* Merrill había desempeñado un papel, tal como ya explicara a su hijo) que hacer las cosas impulsivamente era una excelente manera de tomar la decisión incorrecta y salir mal parado, pero no importaba. Aunque no lo pensaba en estos términos, sería justo decir que el señor Delevan esperaba pedir la readmisión en la Tribu Racional una vez terminado aquello.

Al principio le pareció que estaba mirando los restos de una cámara Polaroid. Pero esa imagen solo existía en su mente, que trataba de encontrar cierta racionalidad en la repetición; lo que había sobre el tajo y a su alrededor no se parecía en absoluto a una cámara, ni Polaroid ni de cualquier otra marca. Todas aquellas ruedecillas y resortes no podían pertenecer más que a un reloj. Después vio el pájaro, y supo incluso de qué reloj se trataba. Abrió la boca para preguntar a Kevin por qué, en nombre de Dios, querría Papi sacar un reloj de cuco y destrozarlo. Volvió a pensarlo y decidió que no tenía ninguna necesidad de preguntar. Empezaba a ocurrírsele la respuesta. No quería que sucediera, porque indicaba un grado de demencia que al señor Delevan le parecía grande, pero de todos modos se le ocurrió.

Un reloj de cuco había que colgarlo en alguna parte. Tenías que colgarlo a causa de los pesos del péndulo. ¿Y de dónde lo colgabas? De un gancho, naturalmente.

Tal vez de un gancho colocado en una viga. Como aquel del que colgaba la Polaroid.

Entonces habló, y sus palabras parecían venir desde una enorme distancia:

—¿Qué demonios le pasa, Kevin? ¿Se ha vuelto loco?

—No se ha vuelto loco —contestó Kevin, con una voz que también parecía llegar de muy lejos, cuando en realidad estaba junto al tajo, mirando el reloj destrozado—. Está siendo arrastrado a la locura por la cámara.

—Tenemos que romperla —dijo el señor Delevan. La voz parecía llegar a sus oídos mucho después de que las palabras salieran de su boca.

—Todavía no —dijo Kevin—. Primero tenemos que ir al drugstore. Las tienen en oferta.

—¿Qué es lo que tienen en of…?

Kevin le tocó el brazo. John Delevan lo miró. Kevin había levantado la cabeza, y parecía un ciervo olfateando el peligro. En aquel momento el muchacho estaba más que guapo, casi divino, como un joven poeta en el momento de su muerte.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Delevan con urgencia.

—¿Has oído algo? —preguntó Kevin, mientras la postura de alerta derivaba despacio hacia una de duda.

—Un coche en la calle —respondió el señor Delevan.

De pronto se preguntó cuántos años le llevaba a su hijo. ¿Veinticinco? ¡Dios! ¿No iba siendo hora de empezar a actuar en consecuencia?

Rechazó la sensación de extrañeza. Buscó desesperadamente su madurez y no encontró demasiada. Recurrir a ella era como ponerse un abrigo muy raído.

—¿Estás seguro de que fue solo eso, papá?

—Sí, Kevin, estás demasiado tenso. Contrólate o… —¿O qué? Lo sabía y rió, tembloroso—. O los dos echaremos a correr como un par de conejos.

Kevin lo miró pensativo un momento, como alguien que despertara de un profundo sueño, tal vez incluso de un trance, y asintió.

—Vamos.

—¿Por qué, Kevin? ¿Qué quieres? Podría estar arriba y no contestar…

—Te lo diré cuando lleguemos, papá. Vamos —insistió, arrastrando a su padre, sacándolo del patio y metiéndolo en el estrecho callejón.

—Kevin, ¿es que quieres arrancarme el brazo? —preguntó el señor Delevan cuando estuvieron otra vez en la cerca.

—Estaba allí detrás, escondido —dijo Kevin—. Esperando a que nos fuéramos. Lo sentí.

—¿Estaba…? —El señor Delevan se detuvo y comenzó de nuevo—. Bueno, digamos que estaba. Admitámoslo para poder seguir la argumentación. ¿No deberíamos regresar y atraparlo? —Y añadió—: ¿Dónde estaba?

—Al otro lado de la cerca —contestó Kevin. Sus ojos parecían flotar. A John Delevan le gustaba cada vez menos todo aquello—. Ya ha ido. Ya tiene lo que necesita. Tendremos que apresurarnos.

Kevin se dirigía al bordillo con intención de cruzar para ir a LaVerdiere. El señor Delevan estiró el brazo y lo cogió, como un revisor cogiendo a un tipo al que acaba de atrapar en un tren sin billete.

—Kevin, ¿de qué estás hablando?

Y entonces Kevin lo dijo. Miró a su padre y le dijo:

—Papá, ya viene. Por favor, es mi vida —suplicó con su cara pálida y sus extraños ojos de duende—. El perro viene. Entrar y coger la cámara no servirá de nada. Ahora ya no. Por favor, no me detengas; por favor, no me despiertes. Es mi vida.

El señor Delevan hizo un último gran esfuerzo por no ceder a aquella locura escalofriante… y sucumbió.

—Vamos —dijo, rodeando con la mano el codo de su hijo y arrastrándolo hacia la plaza—. Sea lo que fuere, hagámoslo enseguida. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Tenemos tiempo suficiente?

—No estoy seguro —dijo Kevin, y después, reacio, añadió—: Creo que no.

Capítulo 17

Papi esperó detrás de la cerca, observando a los Delevan por un agujero de la madera. Había guardado el tabaco en el bolsillo de atrás, de modo que sus manos estaban libres para apretarse y relajarse, apretarse y relajarse.

Estáis en mi propiedad —les decía su cerebro, y si su cerebro hubiera podido matar, los habría matado a los dos—. ¡*Estáis en mi propiedad, maldita sea, en mi propiedad*!

Lo que tenía que hacer era acudir a la Ley y arrojarla con todo su peso sobre sus bonitas cabezas. Eso era lo que tenía que hacer. Y lo habría hecho en ese mismo momento si no hubiesen estado de pie sobre los restos de la cámara que el propio chico había destruido con la bendición de Papi dos semanas atrás. Pensó que, aun así, podría arreglárselas, pero sabía lo que pensaba de él el resto de la ciudad. Pangborn, Keeton, todos ellos pensaban que era basura. Eso pensaban que era: basura. Hasta que se metían en un lío y necesitaban un préstamo de la noche a la mañana. Entonces acudían a él.

Apretar, relajar. Apretar, relajar.

Hablaban, pero Papi no se molestó en escuchar lo que estaban diciendo. Su cabeza era un volcán. Ahora la letanía era: ¡*Están en mi maldita propiedad y no puedo hacer nada! ¡Están en mi maldita propiedad y no puedo hacer nada! ¡Malditos, malditos*!

Al final, se fueron. Cuando oyó el chirrido herrumbroso de la puerta, Papi utilizó la llave para abrir la puerta de la cerca de madera. Entró y cruzó corriendo el patio trasero en dirección a la puerta de su casa. Corría a una velocidad inquietante para un hombre de setenta años, con una mano apretada contra la parte superior de su pierna derecha, como si, a pesar de la carrera, estuviera luchando con un fuerte dolor reumático. En realidad, a Papi no le dolía nada. Simplemente, no quería que las llaves o las monedas tintinearan por si los Delevan seguían allí, escondidos donde no pudiese verlos. A Papi no le habría sorprendido que hiciesen eso. Cuando se trataba con mofetas, esperabas que en cualquier momento empezaran a oler mal.

Sacó las llaves del bolsillo. Ahora tintinearon, y el ruido, aunque sonó amortiguado, le pareció ensordecedor. Miró hacia la izquierda un momento, convencido de que vería la cara de oveja del mocoso. La boca de Papi estaba apretada en una dura y tensa mueca de miedo. Allí no había nadie. Y, sin embargo…

Encontró la llave, la metió en la cerradura y entró. Procuró no abrir demasiado la puerta del cobertizo, porque los goznes chirriaban cuando se los forzaba demasiado.

Una vez dentro, apretó salvajemente el botón del picaporte y entró en el Emporium Galorium. Entre aquellas sombras se encontraba mejor que en su casa. Habría podido atravesar aquellos corredores estrechos y llenos de trastos incluso en sueños. En realidad, lo había hecho, aunque por el momento no recordaba ni eso ni otras muchas cosas.

Cerca de la parte delantera de la tienda había un ventanuco sucio que daba al estrecho callejón por donde los Delevan habían accedido al patio trasero. Ofrecía además una vista muy oblicua de la acera y de parte de la plaza pública de la ciudad.

Papi se acercó a esa ventana entre montones de revistas inútiles, carentes de valor, que esparcían su polvoriento y amarillo olor a museo por el aire oscuro. Miró el callejón y vio que estaba desierto. Miró hacia la derecha y vio a los Delevan, ondulantes como peces en un acuario a través del cristal sucio y de mala calidad, cruzando la plaza. No los siguió hasta que se perdieron de vista ni acudió a las ventanas delanteras para verlos mejor. Supuso que iban a LaVerdiere y que preguntarían por él allí. ¿Qué podía decirles la putilla del mostrador? Que había estado y se había ido. ¿Y qué más?

Solo que había comprado dos bolsas de tabaco.

Papi sonrió. No podían colgarlo por eso.

Encontró una bolsa marrón y salió al patio trasero. Empezó a avanzar hacia el tajo, se detuvo y se dirigió hacia la puerta que daba al callejón. Que fuera descuidado una vez no quería decir que tuviera que serlo otra.

Después de cerrar la puerta, llevó la bolsa hacia el tajo y recogió los trozos de cámara rota. Trabajó tan rápido como le fue posible, pero se tomó el tiempo necesario para hacerlo con toda minuciosidad.

Lo recogió todo, excepto pequeños fragmentos y astillas que parecían basura anónima. Probablemente, una unidad de investigación de un laboratorio policial podría identificar parte de lo que quedaba. Papi había visto programas de televisión (cuando no estaba viendo películas clasificadas «X» en el vídeo) en los que aquellos científicos revisaban la escena del crimen con cepillitos, aspiradoras e incluso pinzas, colocando cosas en bolsas de plástico. Pero el Departamento de Policía de Castle Rock no tenía una de esas unidades, y Papi dudaba que el sheriff Pangborn pudiera conseguir que la policía estatal enviase una furgoneta. Ni siquiera aunque el propio Pangborn estuviera convencido de que el esfuerzo merecía la pena, y no precisamente por el robo de una cámara, que era de lo único que podían acusarle los Delevan sin arriesgarse a que los tomaran por dementes. Una vez limpia la zona, volvió a entrar, abrió su cajón «especial» y metió adentro la bolsa marrón. Volvió a cerrar el cajón y guardó las llaves en el bolsillo. Lo tenía todo bajo control. Además, estaba informado acerca de las órdenes de registro. Antes de que los Delevan consiguieran que Pangborn solicitara una de esas órdenes a la corte del distrito, nevaría en el infierno. Y suponiendo que estuviese lo bastante loco para intentarlo, mucho antes de que lo consiguiera los restos de la maldita cámara habrían desaparecido para siempre. Tratar de eliminar esos fragmentos ahora sería más peligroso que dejarlos en el cajón. Los Delevan regresarían y lo pescarían con las manos en la masa. Era mejor esperar.

Porque regresarían.

Papi Merrill lo sabía con tanta certeza como conocía su propio nombre.

Tal vez más adelante, cuando se hubiera calmado todo ese estrépito y tontería, podría acercarse al muchacho y decir: *Sí, exacto. Hice todo lo que crees que hice. Y ahora, ¿por qué no lo dejamos y volvemos a nuestro mutuo desconocimiento? ¿Vale? Podemos permitírnoslo. Al principio tal vez pienses que no es posible, pero sí lo es. Porque, verás, tú querías romperla porque pensabas que era peligrosa, y yo quería venderla porque la creía valiosa. Resultó que tú tenías razón y que yo me equivocaba. Ésa es toda la venganza que necesitas. Si me conocieras mejor, sabrías por qué en esta ciudad no hay muchos hombres que me hayan oído decir esto. Lo que quiero decir es que me toca las pelotas, pero no importa. Me gusta pensar que, cuando me equivoco, tengo la grandeza suficiente de admitirlo, por mucho que me fastidie. Al final hice lo que pensabas hacer tú al principio. Lo que quiero decir es que nos encontramos en el mismo camino y creo que deberíamos dejar el pasado en paz. Sé lo que piensas de mí y lo que pienso de ti, y ninguno de los dos votaría por que el otro hiciera de Gran Mariscal en el desfile del cuatro de julio, pero está bien. Podemos vivir con eso, ¿no? Lo que quiero decir es que ambos nos alegramos de que la maldita cámara haya desaparecido, así que estamos en tablas*.

Pero eso sería después, y además todavía estaba por ver. De momento no servía, eso seguro. Necesitarían tiempo para calmarse. Ahora ambos debían de estar deseando poder arrancarle la piel del culo, como…

(el perro de esa foto)

como…, bueno, no importaba cómo. Lo importante era estar allí cuando regresaran, trabajando como de costumbre y tan inocente como un bebé.

Porque regresarían.

Pero estaba bien. Estaba bien porque…

—Porque las cosas están bajo control —susurró Papi—. Eso es lo que quiero decir.

Se dirigió hacia la puerta de entrada y colocó el cartel con la inscripción de ABIERTO de cara a la calle (acto seguido volvió a darle la vuelta, pero Papi no tuvo conciencia de hacerlo, y tampoco lo recordaría más tarde). Vale, eso era un comienzo. ¿Y ahora qué? Ni más ni menos que ofrecer el aspecto de un día normal. Cuando regresaran echando llamas por la boca, listos para matar o morir, tenía que mostrar sorpresa y poner cara de no saber de qué diablos estaban hablando.

Así pues, ¿qué actividad normal podían encontrarlo haciendo cuando regresaran, con el sheriff Pangborn o sin él?

La mirada de Papi se fijó en el reloj de cuco que colgaba de la viga, junto a aquella hermosa cómoda que había conseguido en una subasta estatal de Sebago, un mes o seis semanas atrás. No era un reloj de cuco muy bonito. Probablemente, el dueño original lo habría comprado a cambio de sellos. Debía de tratarse de alguna alma que trataba de sacar beneficios (las personas que solo intentaban sacar beneficios sin conseguirlo del todo eran, en opinión de Papi, pobres almas que

pasaban por la vida en un estado vago y permanente de decepción). Sin embargo, si podía arreglarlo para que funcionara un poco, tal vez pudiese vendérselo a algún pánfilo que entrara en la tienda dentro de uno o dos meses, alguien que necesitara un reloj para su chalet o cabaña de esquí porque la última ganga estaba muerta y terminada, y que todavía no había entendido (y probablemente no entendería jamás) que la solución no estaba en comprar otra ganga.

Papi se compadecería de esa persona y negociaría con ella con tanta justicia como pudiera, pero no la desanimaría. «No me hago responsable» no era solo lo que quería decir, sino lo que decía con frecuencia, y tenía que ganarse la vida, ¿no?

Sí, se quedaría sentado ante su banco de trabajo y trabajaría con ese reloj, intentando hacerlo funcionar, y cuando regresaran los Delevan lo encontrarían haciendo exactamente eso. Para entonces, tal vez hubiera también algunos clientes en perspectiva dando vueltas por allí. No perdía nada con esperarlo, aunque la época del año no era buena. De todos modos, los clientes serían algo así como el decorado del pastel. Lo importante era el aspecto que ofrecería: el de un tipo sin nada que esconder, que realiza los movimientos ordinarios de un día ordinario.

Papi se acercó a la viga y bajó el reloj de cuco, procurando que no se enredaran los contrapesos. Lo llevó al banco de trabajo, canturreando. Lo dejó sobre la mesa y se tocó el bolsillo. Tabaco nuevo. Eso también era bueno.

Papi pensó que, mientras trabajaba, se fumaría una pipa.

Capítulo 18

—¡Kevin, no puedes saber que estuvo aquí! —protestaba todavía el señor Delevan, débilmente, mientras entraban en LaVerdiere.

Ignorándolo, Kevin se encaminó directamente hacia el mostrador donde estaba Molly Durham, que ya había superado sus deseos de vomitar y se sentía mucho mejor. Ahora todo el asunto parecía algo estúpido, como cuando se tiene una pesadilla y, al despertar, después del alivio inicial, se piensa: *¿Y eso me daba miedo? ¿Cómo pude creer, aunque fuera soñando, que me estaba sucediendo eso*?

Sin embargo, cuando la cara blanca y demacrada del joven Delevan apareció al otro lado del mostrador, supo que era posible tener miedo, ¡oh, sí!, incluso de cosas tan ridículas como las que suceden en sueños, porque recayó en su propio paisaje onírico.

La cuestión era que Kevin Delevan tenía en la cara prácticamente la misma expresión; como si estuviera tan inmerso en algo que cuando su voz y su mirada la alcanzaron por fin, parecían casi agotadas.

—Papi Merrill estuvo aquí —dijo—. ¿Qué compró?

—Por favor, disculpe a mi hijo —intervino el señor Delevan—. No se encuentra…

Entonces vio la cara de Molly y se interrumpió. Tenía el aspecto de quien acaba de ver cómo un hombre pierde un brazo en la máquina de una fábrica.

—¡Oh! —exclamó Molly—. ¡Dios mío!

—¿Compró carretes de fotos? —le preguntó Kevin.

—¿Qué le pasa? —preguntó Molly débilmente—. Supe que le pasaba algo en cuanto entró. ¿Qué es? ¿Ha… hecho algo?

¡*Jesús*! —pensó John Delevan—. *Él lo sabe. Entonces todo es verdad*.

En ese momento el señor Delevan tomó una decisión heroica: se dio por vencido. Se dio por vencido y se puso —él mismo y lo que creía que podía ser verdad o no— enteramente en manos de su hijo.

—Fue eso, ¿no? —urgió Kevin. Su rostro tenso parecía rechazarla por sus vacilaciones y temblores—. Películas Polaroid. De allí —dijo señalando el escaparate.

—Sí. —La piel de Molly parecía porcelana; el toque de colorete que se había puesto por la mañana destacaba en manchas febriles, ardientes—. ¡Estaba tan extraño! Como una muñeca parlante. ¿Qué le pasa? ¿Qué…?

Pero Kevin se había vuelto hacia su padre.

—Necesito una cámara —le espetó—. La necesito ahora. Una Polaroid Sun 660. Ahí hay. Están de oferta, ¿ves?

Y, pese a su decisión, la boca del señor Delevan no terminaba de abandonar los últimos jirones de racionalidad.

—¿Por qué…? —empezó a preguntar. Pero eso fue todo cuanto Kevin le permitió

decir.

—¡No sé por qué! —gritó. Molly Durham gimió. Ahora no quería vomitar. Kevin Delevan daba miedo, pero no tanto. Lo que deseaba hacer en ese mismo momento era irse a casa, subir sigilosamente a su habitación, meterse en la cama y taparse la cabeza—. ¡Pero la necesito y se está acabando el tiempo, papá!

—Deme una de esas cámaras —dijo el señor Delevan al tiempo que sacaba la cartera con manos temblorosas, sin advertir que Kevin ya se había abalanzado sobre el escaparate.

—Coge solo una —se oyó decir Molly con una voz totalmente distinta de la suya —. Coge solo una y vete.

Capítulo 19

Al otro lado de la plaza, Papi Merrill, que creía estar reparando apaciblemente un reloj de cuco barato, inocente como un niño de pecho, terminó de cargar la cámara de Kevin y la cerró. La máquina hizo su ruidillo gemebundo.

El maldito cuco suena como si tuviera una laringitis aguda. Supongo que le falta algo. Bueno, yo tengo el remedio.

—Ya te arreglaré —dijo Papi, levantando la cámara.

Acercó un ojo neutro al visor con su diminuta resquebrajadura, tan pequeña que ni siquiera se veía al acercar el ojo. La cámara apuntaba al frente de la tienda, pero eso no importaba; apuntara donde apuntase, iba dirigida a cierto perro negro que no había sido creado por Dios, en una pequeña ciudad llamada Polaroidsville, a falta de un nombre mejor, que tampoco había creado Él.

¡*Flash*!

Cuando la cámara de Kevin escupió una nueva fotografía, se oyó el conocido ruidillo.

—Eso —dijo Papi con satisfacción—. Tal vez haga más que hacerte hablar, pajarillo. Lo que quiero decir es que tal vez consiga hacerte cantar. No puedo prometerlo, pero lo intentaré.

Papi esbozó una sonrisa seca y correosa, y volvió a apretar el botón.

¡*Flash*!

Cuando llegaron al centro de la plaza, John Delevan vio que una luz silenciosa y blanca llenaba las sucias ventanas del Emporium Galorium. La luz era silenciosa, pero inmediatamente después, y como un shock posterior, se oyó un gruñido bajo, oscuro, que parecía proceder de la tienda de baratijas del viejo…, pero solo porque era el único lugar del que podía salir. En realidad, parecía emanar del subsuelo. ¿O era simplemente que solo la tierra parecía un lugar lo bastante grande para albergar al dueño de aquella voz?

—¡Corre, papá! —gritó Kevin—. ¡Ha empezado a hacerlo!

El resplandor se repitió, iluminando las ventanas como un fogonazo eléctrico sin calor. Una vez más le sucedió aquel gruñido subterráneo, el ruido de una explosión sónica en un túnel de viento, el rugido de algún animal más horrible que cualquier cosa que pudiera imaginarse, a quien despertaban a patadas de su sueño.

El señor Delevan, incapaz de detenerse y casi ajeno a lo que hacía, abrió la boca para decir a su hijo que una luz tan grande y brillante no podía salir del flash incorporado de una cámara Polaroid, pero Kevin ya había echado a correr.

John Delevan lo imitó, sabiendo perfectamente lo que pensaba hacer: alcanzar a su hijo, cogerlo y sacarlo a rastras de allí antes de que sucediera algo espantoso, más allá de su capacidad de control.

Capítulo 20

La segunda foto que hizo Papi obligó a la primera a desalojar la ranura, que voló hasta la superficie del escritorio, donde aterrizó con un golpe sordo, más fuerte del que puede hacer un cuadrado de papel tratado químicamente. Ahora, el perro de la Sun llenaba casi todo el marco; el primer plano era su cabeza imposible, los oscuros pozos de los ojos, las mandíbulas humeantes y llenas de dientes.

El cráneo parecía alargarse hasta adquirir la forma de una bala o una lágrima, a medida que la velocidad de esa cosa y la distancia entre ella y la lente se combinaban para desenfocarla. Ahora solo se veía la parte superior de los tablones de la cerca; la mole de los omóplatos de la cosa llenaba el resto de la foto.

En la parte inferior, despidiendo un brumoso haz de luz solar, aparecía el broche de corbata de Kevin, que había estado en el cajón junto a la Sun.

—Casi te tengo, hijo de puta —dijo Papi en voz alta y cascada. Estaba cegado por la luz. No veía ni perro ni cámara. Solo el cuco mudo que se había convertido en el objeto de su vida—. ¡Maldito seas, cantarás! ¡Yo te haré cantar!

¡*Flash*!

La tercera foto empujó a la segunda, que cayó demasiado rápido, más como un trozo de piedra que como un cuadrado de cartón, y, cuando llegó al escritorio, atravesó el viejo secante y sacó astillas de la madera que había debajo.

En esa foto la cabeza del perro estaba aún más desenfocada; se había convertido en una columna de carne que le proporcionaba un aspecto extraño, casi tridimensional.

En la tercera, que todavía asomaba por la ranura, en la parte inferior de la cámara, el morro del perro parecía estar otra vez enfocado. Era imposible, porque la lente no podía acercarse más; estaba tan cerca que parecía el morro de algún monstruo marino que permaneciera debajo del frágil menisco que llamamos superficie.

—La maldita cosa no termina de arreglarse —dijo Papi.

Su dedo volvió a apretar el disparador de la Polaroid.

Capítulo 21

Kevin subió corriendo los escalones del Emporium Galorium. Su padre estiró el brazo para cogerlo, pero solo cogió aire a un centímetro del faldón volante de la camisa de Kevin, tropezó y aterrizó sobre la escalera. Sus manos se deslizaron por el segundo escalón, clavándole un montón de astillitas en la piel.

—¡Kevin!

Miró un momento hacia arriba, y el mundo prácticamente desapareció bajo otro de esos relámpagos blancos. Esta vez, el rugido fue mucho más audible. Era el rugido de un animal enloquecido a punto de destrozar su jaula. Vio a Kevin con la cabeza gacha, protegiéndose con una mano del resplandor blanco, congelado en aquella luz estroboscópica mientras se convertía en una fotografía. Vio hendiduras como de mercurio abriéndose paso por el cristal de los escaparates.

—¡Kevin, cuida…!

El cristal estalló en una lluvia chispeante, y el señor Delevan bajó la cabeza. El vidrio volaba en ráfagas a su alrededor. Lo sintió caer sobre su cabeza y arañarle las mejillas, pero ningún fragmento los hirió, ni a él ni a su hijo. La mayor parte del cristal se había pulverizado. Se oyó un crujido. Volvió a mirar y vio que Kevin había entrado tal como el señor Delevan había pensado antes: empujando con el hombro la puerta sin vidrios y arrancando la cerradura nueva por la parte en que estaba fijada a la madera vieja y podrida.

—¡Maldición, Kevin! —aulló. Se levantó, estuvo a punto de caer sobre una rodilla al enredársele los pies, se incorporó de nuevo y entró siguiendo a su hijo.

Algo le había sucedido al maldito reloj de cuco. Algo malo.

Tocaba una y otra vez, lo cual ya era un problema, pero eso no era todo. Además, había adquirido peso entre las manos de Papi, y también parecía estar recalentándose de una forma extraña.

Papi lo miró y, de pronto, trató de gritar horrorizado a través de unas mandíbulas que, por alguna razón, parecían estar soldadas entre sí.

Advirtió que estaba ciego y también que lo que tenía en las manos no era un reloj de cuco.

Intentó que sus manos aflojaran el apretón letal que sostenía la cámara, y se horrorizó al descubrir que no podía abrir los dedos. El campo de gravedad en torno a la cámara parecía haber aumentado. Y aquella cosa horrible estaba cada vez más caliente. Entre los dedos extendidos de blancas uñas de Papi, el plástico gris de la cámara había empezado a humear.

Su índice derecho empezó a deslizarse hacia arriba, hacia el disparador rojo, como una mosca herida.

—No —murmuró. Y después rogó—: Por favor…

Su dedo no prestó atención. Llegó al botón rojo y se colocó encima de él en el preciso momento en que Kevin golpeaba la puerta con el hombro y la rompía. El vidrio de los paneles de la puerta crujió y se dispersó.

Papi no apretó el botón. Incluso ciego y sintiendo que la carne de sus dedos empezaba a chamuscarse, supo que no había apretado el botón. Pero, cuando su dedo se puso encima, aquel campo gravitatorio pareció primero duplicarse y después triplicarse. Trató de mantener el dedo levantado y apartado del botón. Era como intentar mantenerse erguido en el planeta Júpiter.

—¡Tírela! —gritó el chico desde alguna parte al otro lado de su oscuridad—. ¡Tírela, tírela!

—¡No! —respondió Papi a gritos—. ¡Lo que quiero decir es que no puedo!

El botón rojo empezó a hundirse hacia su punto de contacto.

Kevin estaba de pie, con las piernas separadas, inclinado sobre la cámara que acababan de comprar en LaVerdiere. La caja en la que venía envuelta permanecía a sus pies. Se las había arreglado para encontrar el botón que desbloqueaba la parte frontal de la cámara, mostrando el ancho compartimiento de carga. Estaba tratando de introducir uno de los carretes, pero éste se negaba a entrar. Era como si también esa cámara se hubiera convertido en una traidora, tal vez por simpatía con su hermana.

Papi volvió a gritar, pero esta vez no eran palabras, sino un grito inarticulado de dolor y miedo. Kevin olió a plástico caliente y carne asada. Levantó la vista y vio que la Polaroid estaba derritiéndose, derritiéndose de verdad, entre las manos paralizadas del viejo. Su silueta cuadrada, como de caja, iba adoptando una forma extraña, como agazapada. De alguna manera, los cristales del visor y la lente también se habían transformado en plástico. En lugar de romperse o saltar de la estructura cada vez más informe de la cámara, se estiraban y colgaban como si fuesen de melcocha, convirtiéndose en un par de ojos grotescos, como los de una máscara de tragedia.

El plástico oscuro, recalentado hasta deshacerse como si fuera cera caliente, resbaló por los dedos de Papi y el dorso de sus manos en gruesas gotas, practicando surcos en su carne. El plástico cauterizaba lo que quemaba, pero Kevin vio manar sangre por los lados de esos surcos y gotear por la carne de Papi, para caer sobre la mesa en forma de gotas humeantes que chisporroteaban como manteca caliente.

—¡El carrete está envuelto! —gritó su padre a sus espaldas, quebrando la parálisis de Kevin—. ¡Desenvuélvelo! ¡Dámelo!

Su padre alargó un brazo, golpeando a Kevin con tanta fuerza que estuvo a punto de derribarlo. Cogió el carrete, rasgó el grueso papel de aluminio y lo sacó.

—¡Ayúdenme! —chilló Papi.

Fue la última palabra coherente que le oyeron pronunciar.

—¡Rápido! —gritó el padre de Kevin, entregándole de nuevo el carrete—. ¡Rápido!

El chisporroteo de carne caliente continuaba. La caída de sangre sobre el escritorio, que había sido como una ducha, se convirtió en una tormenta cuando las venas y arterias de los dedos de Papi empezaron a romperse. Un arroyuelo de plástico caliente, líquido, rodeó su muñeca izquierda, y el paquete de venas cercanas a la superficie cedió, lanzando sangre como a través de una tubería rota que primero pierde por algunos agujeros y luego empieza a desintegrarse bajo la presión insistente, pulsante.

Papi aullaba como un animal.

Kevin trató de meter la película y, como seguía resistiéndose, exclamó:

—¡Joder!

—¡Está al revés! —dijo el señor Delevan.

Intentó quitarle la cámara, pero Kevin se apartó, dejando a su padre con un trozo de camisa en la mano.

El muchacho sacó la película, que durante un segundo estuvo a punto de caérsele. Daba la impresión de que el suelo estaba esperando precisamente eso para levantarse como un puño y romperla. Después la sujetó bien, le dio la vuelta, la metió en el compartimiento y cerró la parte frontal de la cámara, que colgaba como una criatura con el cuello roto.

Papi volvió a aullar…

¡FLASH!

Capítulo 22

Esta vez fue como estar de pie en el centro de un sol, que en una ráfaga repentina y helada de luz se convierte en una supernova. Kevin sintió como si su sombra hubiera sido arrancada de sus talones y proyectada en la pared. Tal vez fuera verdad, al menos en parte, porque toda la pared a sus espaldas quedó instantáneamente bañada en luz y recorrida por mil grietas enloquecidas, salvo la zona hundida donde caía su sombra. Su contorno, tan claro e inconfundible como una silueta recortada, estaba tatuado allí con un codo levantado en una cuña volante, inmovilizado y congelado incluso mientras el brazo que proyectaba la sombra dejaba su imagen estática detrás, alzándose para levantar la cámara hasta su cara.

La parte superior de la cámara que estaba en manos de Papi se desprendió del resto con un sonido como el de un hombre muy gordo aclarándose la garganta. El perro de la Polaroid gruñó, y esta vez el trueno bajo fue lo bastante fuerte, claro y cercano para resquebrajar el cristal de los relojes, y hacer que el vidrio de espejos y marcos de fotos saliera despedido, en fugaces arcos de cristal de belleza sorprendente e insólita.

En esta ocasión, la cámara ni gimió ni se quejó; su mecanismo emitió un chillido alto y penetrante, como una mujer que está muriendo en las agonías de un parto anormal. El cuadrado de papel que salió y se abrió camino por la abertura humeaba y se quemaba. Después, la propia ranura empezó a derretirse. Uno de sus lados cayó hacia abajo, el otro se enrolló hacia arriba, y todo empezó a bostezar como una boca sin dientes. Sobre la superficie brillante de la última fotografía se formaba una burbuja, que todavía colgaba de la boca cada vez más grande del canal por el cual la Polaroid Sun daba vida a sus productos.

Mientras Kevin miraba, helado, a través de una cortina de puntos brillantes y zigzagueantes que la última explosión había corrido frente a sus ojos, el perro de la Polaroid volvió a rugir. Ahora el sonido no retumbaba tanto, no producía aquella sensación de que provenía de abajo y de todas partes, pero parecía más letal porque era más real, estaba más allí.

Parte de la cámara en proceso de disolución saltó hacia atrás como si fuera una bocaza gris, golpeando el cuello de Papi Merrill y estirándose hasta formar un collar.

De pronto, la yugular y la carótida de Papi se transformaron en anchos chorros de sangre que brotaban hacia arriba y hacia fuera en espirales brillantes. La cabeza de Papi cayó hacia atrás como si no tuviera huesos.

La burbuja que había sobre la superficie de la foto creció. La propia foto empezó a temblar en la ranura abierta en la parte inferior de la cámara, ahora decapitada.

Sus lados empezaron a expandirse, como si la foto ya no estuviera en un soporte de cartón, sino de alguna sustancia flexible, como nailon.

Se movió hacia atrás y hacia delante en la ranura, y Kevin pensó en las botas de vaquero que le habían regalado para su cumpleaños hacía dos años, y en que había

tenido que embutírselas porque eran demasiado pequeñas.

Los bordes de la foto tocaron los bordes de la ranura de la cámara, donde tendrían que haberse detenido. Pero la cámara ya no era un objeto sólido; de hecho, estaba perdiendo toda semejanza con lo que había sido. Los bordes de la foto cortaron los lados con tanta limpieza como el filo agudo de un puñal corta la carne tierna. Atravesaron lo que había sido la carcasa de la Polaroid, haciendo volar en la penumbra gotas grises de plástico humeante. Una cayó en un montón seco y crujiente de viejos números de *Mecánica popular*, practicando un agujero humeante y chamuscado.

El perro volvió a rugir. Era un sonido lleno de cólera, feo, el grito de algo cuyo único propósito es destrozar y matar. Eso y nada más.

La foto vaciló al borde de la ranura colgante, en proceso de disolución, que ahora se parecía más a la campana de algún instrumento de viento deforme que a cualquier otra cosa, y después cayó hacia delante, sobre el escritorio, con la velocidad de una piedra que cae al interior de un pozo.

Kevin sintió que una mano le aferraba el hombro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó su padre con voz ronca—. Kevin, por el amor de Dios, ¿qué está haciendo?

Kevin se oyó responder con voz remota, casi indiferente:

—Está naciendo.

Capítulo 23

Papi Merrill murió echado hacia atrás en la silla, ante el banco de trabajo donde había pasado tantas horas sentado: sentado y fumando; sentado y arreglando cosas para que funcionaran al menos un tiempo y él pudiera vender lo inútil a los irreflexivos; sentado y prestando dinero a los impulsivos e imprevisores después de ponerse el sol. Murió mirando el cielo raso de donde goteaba su propia sangre, cayendo sobre sus mejillas y dentro de sus ojos abiertos.

La silla se balanceó y tiró el cuerpo inerte al suelo. El monedero y el llavero tintinearon.

Sobre su escritorio, la última Polaroid continuaba agitándose intranquila. Sus lados se desgarraron, y a Kevin le pareció percibir una cosa desconocida, al mismo tiempo viva y no viva, gruñendo en horribles y desconocidos dolores de parto.

—Tenemos que salir de aquí —jadeó su padre, tirando de él. Los ojos de John Delevan estaban dilatados y enloquecidos, clavados en aquella foto móvil que ahora cubría la mitad del banco de trabajo de Merrill. Ya no se parecía en nada a una fotografía. Sus lados se abultaban como las mejillas de alguien que intenta silbar frenéticamente. La burbuja brillante, que ahora medía treinta centímetros de alto, se estremecía y se curvaba. Colores extraños, indescriptibles, recorrían al azar la superficie, donde aparecía una especie de sudor oleoso. Aquel rugido, lleno de frustración y hambre desesperada, llegaba una y otra vez a su cerebro, amenazando con destrozarlo y dejar paso a la demencia.

Kevin se apartó de él rompiéndose la camisa por el hombro. En su voz había una calma profunda, extraña.

—No, se limitaría a seguirnos. Creo que me quiere a mí, porque si hubiera querido solo a Papi se habría quedado tranquilo. Si se piensa bien, es lógico, porque yo fui el primer dueño de la cámara. Pero no se detendría ahí. También te cogería a ti. Y tal vez ni siquiera se detuviera entonces.

—¡No puedes hacer nada! —gritó su padre.

—Sí —replicó Kevin—. Tengo una posibilidad.

Y levantó la cámara.

Los bordes de la foto alcanzaron los bordes de la mesa. En lugar de caer, se enrollaron y continuaron retorciéndose y extendiéndose. Ahora parecían extrañas alas, de alguna manera equipadas con pulmones, que trataban de respirar de una forma torturada.

Toda la superficie de la cosa amorfa, pulsante, continuó hinchándose. Lo que en un principio fue una superficie plana, se había convertido en un horrible tumor, y sus costados llenos de bultos y depresiones rezumaban un líquido inmundo. Olía fuertemente a queso rancio.

Los rugidos del perro ya eran continuos; parecían los ladridos atrapados y furiosos de un mastín del infierno dispuesto a escapar. Algunos de los relojes del finado Papi Merrill empezaron a dar la hora una y otra vez, como en señal de protesta.

El deseo frenético que el señor Delevan tenía de escapar desapareció; se sentía dominado por una lasitud profunda y peligrosa, una especie de somnolencia letal.

Kevin acercó el visor de la máquina a sus ojos. Solo había ido unas cuantas veces a cazar ciervos, pero recordaba el momento en que llegaba el turno de esperar escondido con el rifle, mientras los compañeros de cacería atravesaban el bosque en tu dirección, haciendo deliberadamente todo el ruido que podían, con la esperanza de hacer salir algo de entre los árboles y guiarlo hacia el claro donde tú permanecías agazapado, con el campo de tiro en un ángulo seguro que dejara a un costado a los hombres. No debías pensar en la posibilidad de que pudieras herirlos; solo tenías que pensar en darle al ciervo.

Te daba tiempo para preguntarte si podrías darle, si aparecería y cuándo. También te daba tiempo para preguntarte si serías capaz de disparar, tiempo para desear que el ciervo quedara reducido a una mera hipótesis y no tuvieras que pasar la prueba. Siempre había sido igual. La única vez que apareció un ciervo, era Bill Robertson, el amigo de su padre, quien estaba al acecho. El señor Robertson había puesto la bala exactamente donde se suponía que había que ponerla, en el punto de unión entre el cuello y el omóplato. Después le habían pedido al guarda de caza que les sacara una foto rodeándolo: un macho bien desarrollado con el cual habría alardeado cualquier hombre.

«Apuesto a que te habría gustado que apareciese durante tu turno, ¿eh, hijo?», había preguntado el guarda de caza, acariciando el pelo de Kevin (por aquel entonces tenía doce años y todavía faltaba uno para que se iniciara aquel proceso de crecimiento que había comenzado hacía apenas diecisiete meses, y que lo había llevado a alcanzar el metro ochenta, lo que significaba que no era lo bastante grande para molestarse porque un hombre quisiera despeinarlo). Kevin había asentido, guardándose su secreto: se alegraba de que el ciervo no hubiera aparecido durante su turno, de que no hubiese sido su rifle el responsable de enviar o no la bala, y de no poder gozar, suponiendo que hubiera tenido el valor de disparar, de la recompensa de rematar al macho. No sabía si habría podido reunir el valor necesario para meter otra bala en el cuerpo del animal, en caso de no haberlo matado con la primera, o la fortaleza imprescindible para seguir el rastro de su sangre humeante y rematar lo que había empezado, en caso de que el animal huyera.

Había sonreído al guarda de caza y asentido, y su padre había sacado una foto de eso, y nunca había sido necesario decirle a su padre que la idea que se escondía tras su rostro levantado y bajo la mano del guarda de caza era: *No. No quiero. El mundo está lleno de pruebas, pero doce años son muy pocos para realizarlas. Me alegro de que fuera el señor Robertson. No estoy preparado para someterme a pruebas de*

hombres.

Pero ahora era él quien estaba en el escondite, ¿no? Y el animal venía, ¿no? Y esta vez no se trataba de un inofensivo herbívoro, ¿verdad? Esta vez era una máquina asesina lo bastante grande y malvada para tragarse un tigre entero, y tenía intención de matarlo a él, y eso era solo el comienzo, y él era el único que podía detenerlo.

Se le pasó por la cabeza la idea de entregarle la máquina a su padre, pero solo fugazmente. Algo en lo más profundo de él sabía la verdad: entregarle la cámara a su padre habría sido como asesinarlo y suicidarse. Su padre creía algo, pero no era lo bastante específico. La cámara no funcionaría en manos de su padre aunque éste se las arreglara para liberarse de su actual aturdimiento y apretar el disparador.

Solo funcionaría si la accionaba él.

De modo que esperó la prueba, mirando a través del visor de la cámara como si fuese la mira de un rifle, espiando la fotografía que continuaba expandiéndose y aquella burbuja brillante y delicuescente que se hacía cada vez más grande y alta.

Entonces empezó a producirse el nacimiento del perro de la Polaroid. La cámara pareció ganar peso y convertirse en plomo cuando la casa volvió a rugir, produciendo un sonido semejante al de una ametralladora cargada con municiones de acero. La cámara tembló entre sus manos, y Kevin sintió que sus dedos húmedos y resbalosos deseaban abrirse y dejarla caer. Se aferró a ella mientras sus labios se estiraban sobre los dientes en una sonrisa desesperada. El sudor se le metió en un ojo, duplicando momentáneamente su visión. Echó la cabeza hacia atrás, apartándose el pelo de la frente y las cejas, y después volvió a mirar a través del visor mientras un enorme ruido desgarrador, como el de un paño grueso rasgado con fuerza y lentitud, invadió el Emporium Galorium.

La superficie brillante de la burbuja se rompió. Surgió un humo rojo, como el vapor de una tetera colocada frente a una luz de neón roja.

La cosa volvió a rugir, emitiendo un sonido colérico y homicida. A través de la membrana cada vez más encogida de la burbuja que se derrumbaba, surgió una quijada gigantesca y llena de dientes, semejante a la de una ballena. La quijada desgarró y mordió la membrana, que se rompía con un ruido gomoso.

Los relojes sonaban enloquecida y desordenadamente.

Su padre volvió a agarrarlo con fuerza. Los dientes de Kevin golpearon contra el cuerpo de plástico de la cámara, que estuvo a punto de caérsele y estrellarse contra el suelo.

—¡Haz la foto! —gritó su padre por encima del estrépito de la cosa—. ¡Hazla, Kevin! ¡Si puedes, hazla ahora! ¡Por Dios, va a…!

Kevin se libró de la mano de su padre.

—Todavía no —dijo—. No, todav…

Ante el sonido de la voz de Kevin, la cosa gritó. El perro se alzó desde donde estuviera, ensanchando aún más la foto, que cedió y se estiró con un gemido, reemplazado una vez más por la espesa tos de una tela rota.

De pronto, el perro se levantó. Su cabeza negra, brutal y enmarañada atravesó aquel agujero practicado en la realidad, como si fuera un extraño periscopio todo él metal enredado y lentes restallantes, observadoras… Pero lo que veía Kevin no era metal, sino aquella piel retorcida, erizada; y tampoco eran lentes, sino los ojos dementes y furiosos de la cosa.

A la cabeza le siguió el cuello, y los pinchos de su pelaje desgarraron los bordes del agujero, convirtiéndolo en una extraña eclosión de su silueta. El perro volvió a rugir, y de su boca salió un malsano fuego amarillo rojizo.

John Delevan retrocedió un paso y golpeó una mesa atestada de gruesos ejemplares de *Weird Tales* y *Fantastic Universe*. La mesa se balanceó, y el señor Delevan, indefenso, primero resbaló y luego se desplomó. Hombre y mesa se derrumbaron. El perro de la Polaroid volvió a rugir, estiró la cabeza con una delicadeza inesperada y rompió la membrana que la retenía. La membrana se desgarró. La cosa ladró, y de su boca salió una delgada línea de fuego que alcanzó la membrana y la convirtió en cenizas. La bestia volvió a estirarse, y Kevin vio que lo que rodeaba su cuello ya no era un broche de corbata sino la herramienta en forma de cucharilla que Papi Merrill utilizaba para limpiar su pipa.

En ese momento, el muchacho experimentó una serenidad limpia. Su padre gimió de sorpresa y miedo, y trató de librarse de la mesa que le había caído encima, pero Kevin no le prestó atención. El grito parecía llegar desde muy lejos.

Está bien, papá —pensó, enfocando con mayor precisión a la bestia que emergía —. *Está bien, ¿no lo ves? O, por lo menos, puede salir bien, porque ha cambiado de amuleto*.

Pensó que tal vez el perro de la Polaroid tuviera un amo, y que ese amo había advertido que Kevin ya no era una presa segura.

Y tal vez en aquella extraña ciudad inexistente de Polaroidsville hubiera un criador de perros. Tenía que haberlo, porque, de otro modo, ¿qué sentido tenía la aparición en sus sueños de la mujer gorda? Era la mujer gorda quien le había dicho lo que tenía que hacer, bien por propia iniciativa, bien porque el criador de perros la había puesto allí para que él se la encontrase y la observara: una mujer bidimensional, con un carrito bidimensional lleno de cámaras bidimensionales. *Ten cuidado, muchacho. El perro de Papi ha roto la correa y es muy malo. Resulta difícil hacerle una foto, pero naturalmente es imposible sin cámara*.

Ahora tenía una cámara, ¿no? No estaba en absoluto seguro, pero al menos la tenía.

El perro hizo una pausa, moviendo la cabeza casi al azar, hasta que su mirada lodosa y ardiente se detuvo en Kevin Delevan. Sus labios negros se retiraron de los retorcidos colmillos de jabalí, el morro se abrió mostrando el canal humeante de su garganta, y el animal lanzó un aullido alto y penetrante de furia. Los antiguos globos que iluminaban por la noche la tienda de Papi estallaron uno tras otro, arrojando fragmentos afilados de vidrio esmerilado lleno de cagadas de mosca. El monstruo se

irguió, y su pecho ancho y jadeante atravesó la membrana entre dos mundos.

El dedo de Kevin se apoyó sobre el disparador de la Polaroid.

El animal volvió a estirarse. Ahora se liberaron las patas delanteras, y aquellos crueles espolones de hueso, tan parecidos a espinas gigantescas, arañaron el escritorio en busca de apoyo y practicaron largas cicatrices verticales en la pesada madera de arce. Kevin oía los golpes y rasguños de las inquietas patas traseras que buscaban apoyo allí abajo (fuera donde fuese ese «allí abajo»), y en ese momento supo que era el último lapso breve en que permanecería atrapado y a su merced; el siguiente empujón convulsivo lo enviaría volando por encima del escritorio, y, una vez libre del agujero por el cual estaba surgiendo, se movería tan rápido como la muerte líquida, atravesando el espacio que los separaba e incendiando sus pantalones con su fiero aliento, segundos antes de desgarrar sus cálidas entrañas.

Kevin le ordenó con toda claridad:

—Sonríe, hijo de puta.

Y tomó la foto.

Capítulo 24

El flash fue tan brillante que más tarde Kevin no consiguió concebirlo; de hecho, apenas si podía recordarlo. La cámara que tenía en la mano no se calentó ni derritió. En cambio, se oyeron tres o cuatro crujidos dentro cuando las lentes estallaron, y los resortes saltaron o simplemente se desintegraron.

En medio del blanco resplandor posterior, vio al perro de la Polaroid congelado, como una perfecta foto Polaroid en blanco y negro, con la cabeza echada hacia atrás, y cada pliegue y depresión de su salvaje piel reproducidos igual que la complicada topografía de un valle ribereño seco. Sus dientes ya no brillaban con aquel amarillo sutilmente matizado, sino que aparecían tan blancos y desagradables como viejos huesos en un vacío estéril por donde el agua ha dejado de correr hace milenios. Su único ojo hinchado, al que el despiadado flash había robado la puerta oscura y sangrienta del iris, era tan blanco como el de la cabeza de un busto griego. Un moco humeante se deslizaba por sus narices ardientes, y corría como lava hirviendo por los estrechos canales situados entre sus labios negros y sus encías.

Era como el negativo de todas las Polaroid que Kevin había visto en su vida: blanco y negro en lugar de color, y en tres dimensiones en lugar de dos. Y también era como contemplar a una criatura viva convertida instantáneamente en piedra a causa de una mirada descuidada a la cabeza de Medusa.

—¡Estás listo, hijo de puta! —gritó Kevin con voz cascada e histérica.

Como una confirmación a las palabras de Kevin, las patas delanteras congeladas de la cosa perdieron el apoyo del escritorio y empezaron a desaparecer, primero lentamente y después cada vez más rápido, dentro del agujero del que había salido. El perro desapareció con un sonido como de tos, como de deslizamiento de tierras.

¿*Qué vería si ahora me acercase y mirara dentro del agujero*? —se preguntó confuso—. ¿*Vería aquella casa, aquella cerca, al viejo con su carrito de la compra mirando con ojos dilatados la cara del gigante? ¿Vería, no a un muchacho, sino a un Muchacho, mirándolo desde un agujero desgarrado y chamuscado en el cielo brumoso? ¿Me aspiraría? ¿Qué*?

En cambio, lo que hizo fue dejar caer la Polaroid y taparse la cara con las manos.

Solo John Delevan, tirado en el suelo, vio el último acto: la membrana arrugada, muerta, encogiéndose sobre sí misma, formando un nódulo complicado pero carente de significado en torno al agujero, arrugándose allí y después cayendo (o siendo inhalada) dentro de sí misma.

Se oyó una ráfaga de aire que se transformó de jadeo profundo en silbido de tetera.

Después, se volvió del revés y desapareció. Así de sencillo: desapareció como si jamás hubiera existido.

Poniéndose lenta y temblorosamente en pie, el señor Delevan vio que la entrada final de aire (o salida, según en qué lado del agujero estuvieras) había arrastrado

consigo el papel secante y el resto de fotos que había hecho el viejo.

Su hijo estaba de pie en el centro de la habitación, con la cara entre las manos, llorando.

—Kevin —dijo despacio, y abrazó a su hijo.

—Tenía que hacerle una foto —dijo Kevin a través de sus lágrimas y sus manos —. Era la única manera de librarme de él. Tenía que hacerle una foto a ese maldito hijo de puta. Eso es lo que quiero decir.

—Sí —dijo su padre, estrechándolo aún más—. Sí, y lo hiciste.

Kevin miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Ésa era la única forma de dispararle, papá. ¿Comprendes?

—Sí —asintió su padre—. Sí, lo comprendo. —Volvió a besar la mejilla ardiente de Kevin y añadió—: Vamos a casa, hijo.

Aumentó el apretón en torno a los hombros de Kevin con intención de conducirlo hacia la puerta, lejos del cuerpo humeante y ensangrentado del viejo (el señor Delevan pensó que Kevin todavía no lo había observado, pero que lo haría si seguían mucho tiempo allí). Kevin se resistió un momento.

—¿Qué dirá la gente? —preguntó, en un tono de voz tan mojigato que el señor Delevan se echó a reír pese al estado lamentable de sus nervios.

—Que digan lo que quieran —respondió—. Nunca se acercarán a la verdad, y de todos modos no creo que nadie se esfuerce. No le caía bien a nadie, ¿sabes?

—Yo tampoco quiero acercarme a la verdad —susurró Kevin—. Vamos a casa.

—Sí. Te quiero, Kevin.

—Yo también te quiero —dijo Kevin con voz ronca.

Y salieron a la luz del día, dejando atrás el humo y el hedor de cosas viejas que es mejor olvidar.

Epílogo

Era el decimosexto cumpleaños de Kevin Delevan, y le regalaron exactamente lo que quería: un ordenador personal WordStar 70. Era un juguete de mil setecientos dólares, que sus padres no habrían podido permitirse comprar en los viejos tiempos. Pero en enero, unos tres meses después de aquella confrontación final en el Emporium Galorium, la tía Hilda había muerto apaciblemente mientras dormía. Y había «hecho algo por Kevin y Meg». En realidad, había hecho mucho por toda la familia. Cuando se abrió el testamento a comienzos de junio, los Delevan descubrieron que eran poseedores de casi setenta mil dólares, una vez descontados los impuestos.

—¡Ostras, es estupendo! ¡Gracias! —exclamó Kevin.

A continuación besó a su madre, a su padre, e incluso a su hermana Meg (que rió, pero siendo un año mayor, no se limpió el beso; Kevin no sabía si ese cambio significaba un paso en la dirección correcta). Luego, se pasó gran parte de la tarde en su habitación, manipulando el ordenador y probando el programa.

Alrededor de las cuatro, bajó a los dominios de su padre.

—¿Dónde están mamá y Meg? —preguntó.

—Se han ido a la feria de artesanía de… ¿Kevin? Kevin, ¿qué sucede?

—Será mejor que subas —dijo Kevin con voz hueca.

Cuando llegaron a la puerta de su habitación, volvió su cara pálida hacia la de su padre, igualmente desprovista de color. Mientras seguía a su hijo escalera arriba, el señor Delevan había estado pensando que tendría que pagar alguna otra cosa. Por supuesto que sí. ¿Acaso no había aprendido eso de Reginald Marion *Papi* Merrill? Lo que te hería era la deuda en la que incurrías.

Lo que te destrozaba eran los intereses.

—¿Podemos conseguir otro? —preguntó Kevin, señalando el ordenador portátil que estaba abierto sobre su escritorio, proyectando en el secante un resplandeciente óvalo de mística luz amarilla.

—No lo sé —respondió el señor Delevan aproximándose al escritorio. Kevin se quedó detrás de él como un pálido guardián—. Supongo que si tuviéramos que…

Se detuvo mirando la pantalla.

—Puse el programa de procesamiento de texto y escribí: «El veloz zorro marrón saltó por encima del perro haragán y soñoliento» —dijo Kevin—. En cambio, lo que salió por la impresora fue eso.

El señor Delevan se quedó inmóvil, leyendo. Sentía las manos y la frente muy frías. Las palabras eran las siguientes:

EL PERRO ESTÁ SUELTO OTRA VEZ.
NO DUERME.
NO ES HARAGÁN.

VIENE A BUSCARTE, KEVIN.

John Delevan volvió a pensar que lo que lastimaba era la deuda original, y lo que te destrozaba, los intereses. En las dos últimas líneas ponía:

ESTÁ MUY HAMBRIENTO.
Y TAMBIÉN MUY FURIOSO.

Adenda

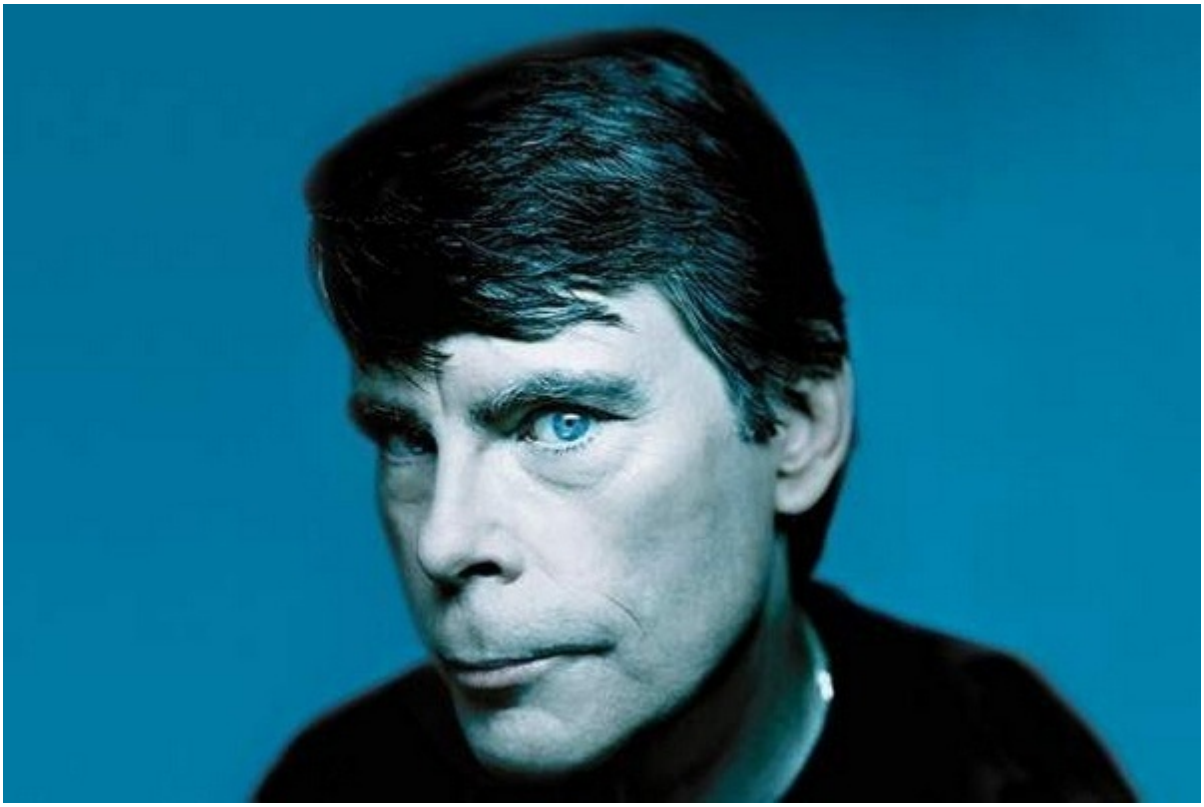
«Después de media noche» ha sido publicada en castellano en un tomo individual, lo mismo que en dos tomos separados intitulados: «Las dos después de medianoche» y «Las cuatro después de medianoche».

Aquí incluimos las portadas de dichos tomos

Ed. D.

STEPHEN
KING
LAS DOS DESPUÉS
DE MEDIANOCHE

STEPHEN
KING
LAS CUATRO DESPUÉS
DE MEDIANOCHE



STEPHEN KING (Portland, EE. UU., 1947). El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de cincuenta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America.

Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *Carrie*, *Christine*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde*, *Cell*, *Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

Notas

[1] Juego de palabras con el nombre del grupo musical Grateful Dead («muertos agradecidos»). *(N. de la T.)*. <<

[2] *Shooter* significa «tirador». *(N. de la T.)*. <<

[3] Alusión al poema «Humpty Dumpty», de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll: «Humpty Dumpty se sentó en un muro. / Humpty Dumpty cayó y pegó duro. / Todos los caballos y hombres del rey / No pudieron unir a Humpty otra vez». *(N. de la T.).* <<